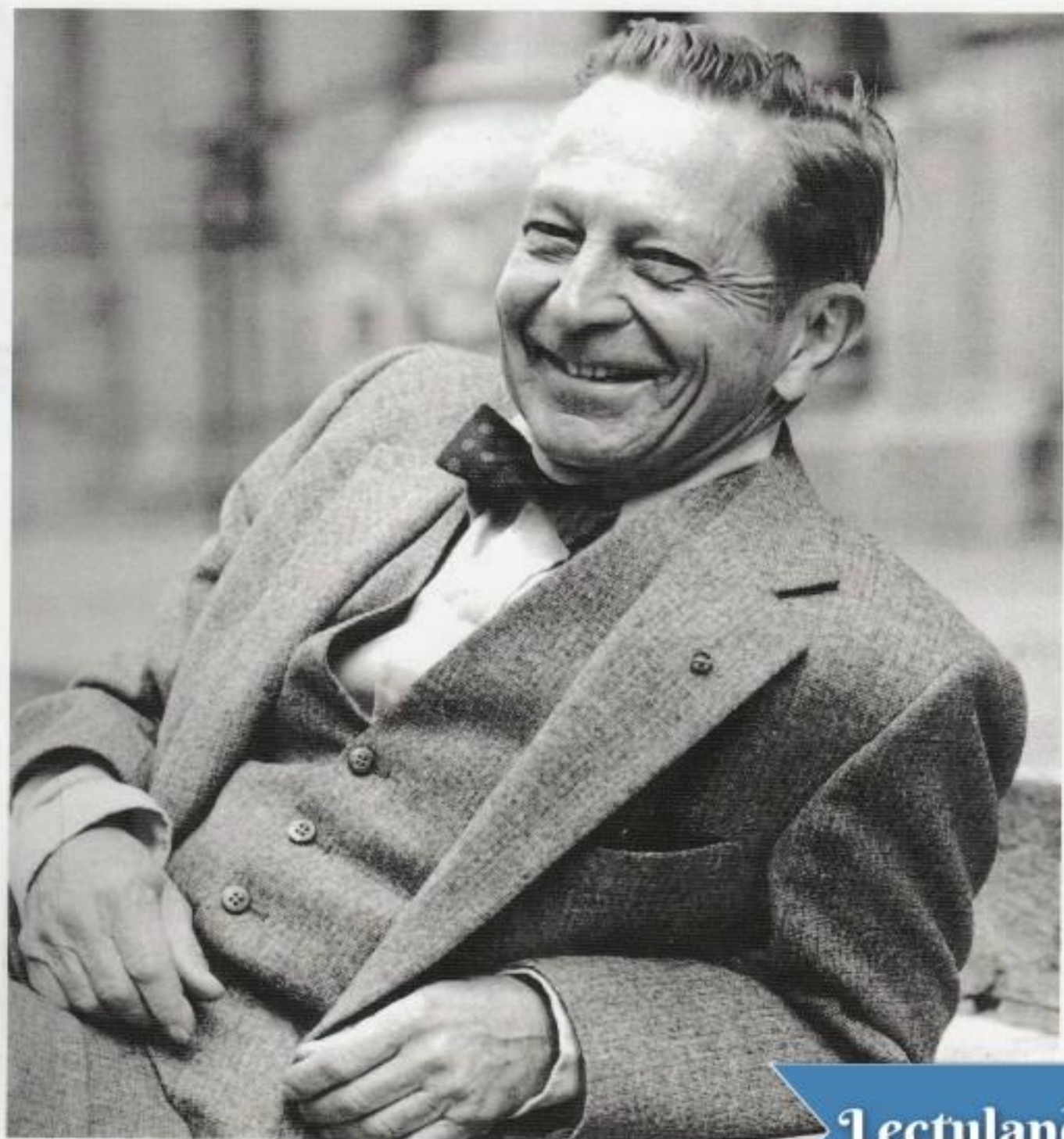


John Cheever

Cuentos



Lectulandia

Autor imprescindible para comprender las inquietudes, los deseos y los miedos de toda una clase social, John Cheever es considerado hoy un clásico incontestable de las letras estadounidenses, especialmente gracias a sus relatos breves, auténticas gemas literarias de una belleza que lo sitúan entre los mejores escritores modernos del género. Estos cuentos, ambientados sobre todo en urbanizaciones situadas en el extrarradio de las grandes urbes, aunque también en otros lugares como la ciudad de Nueva York o Italia, son certeros retratos sociológicos de una clase media norteamericana que disfruta de lujos materiales pero que paradójicamente se ve acosada por una inefable sensación de vacío y soledad. Con estas piezas maestras, Cheever deja al desnudo los secretos más íntimos de estas personas acomodadas, reflejando su confusión y las contradicciones en las que caen ante la necesidad de mantener a cualquier precio el estatus y las convenciones sociales.

Recopilados por primera vez en los Estados Unidos en 1978, estos relatos alcanzaron un inmediato éxito de ventas y significaron el reconocimiento definitivo de John Cheever como uno de los grandes narradores estadounidenses de su generación. Al año siguiente, el autor recibió el Premio Pulitzer y el National Book Critics Circle, que vinieron a certificar su consagración.

Desde entonces, Cheever ha sido considerado como el cronista más sensible e insidioso de la clase media de los años cincuenta en su país, y ha conquistado lectores de todas las edades en el mundo.

Lectulandia

John Cheever

Cuentos

ePub r1.5

Apuntex_Medicus 29.06.16

Título original: *Collected Stories*

John Cheever, 1978

Traducción: José Luis López Muñoz & Jaime Zulaika Goicoechea

Diseño de portada: Luz de la Mora

Editor digital: Apuntex_Medicus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

Me gustaría que el orden en que se han publicado estos relatos se invirtiera y que apareciera yo primero como un hombre mayor, y no como un joven estupefacto al descubrir que hombres y mujeres genuinamente recatados admitían en sus relaciones amargura erótica e incluso codicia. El parto de un escritor, según creo, a diferencia del de un pintor, no presenta alianzas interesantes con sus maestros. En el crecimiento de un escritor, no hay nada comparable a las primeras copias de Jackson Pollock de las pinturas de la capilla Sixtina, con sus interesantes referencias a Thomas Hart Benton. Al escritor podemos verlo aprendiendo torpemente a caminar, a hacerse el nudo de la corbata, a hacer el amor y a comer los guisantes con tenedor. Se presenta más bien solo y determinado a instruirse por su cuenta. Ingenuo, provinciano en mi caso, a veces obtuso y casi siempre torpe, incluso una cuidada selección de sus primeros trabajos será siempre la historia desnuda de su lucha por recibir una educación en economía y en amor.

Estos relatos se remontan a mi honorable licenciamiento del ejército, al final de la segunda guerra mundial. Están en orden cronológico, si no me falla la memoria, y los textos más embarazosamente inmaduros han sido eliminados. A veces parecen historias de un mundo hace tiempo perdido, cuando la ciudad de Nueva York aún estaba impregnada de una luz ribereña, cuando se oían los cuartetos de Benny Goodman en la radio de la papelería de la esquina y cuando casi todos llevaban sombrero. Aquí está el último de aquella generación de fumadores empedernidos que por la mañana despertaban al mundo con sus accesos de tos, que se ponían ciegos en las fiestas e interpretaban obsoletos pasos de baile, como el *Cleveland chicken*, que viajaban a Europa en barco, que sentían auténtica nostalgia del amor y la felicidad, y cuyos dioses eran tan antiguos como los míos o los suyos, quienquiera que sea usted. Las constantes que busco en esta parafernalia a ratos anticuada son cierto amor a la luz y cierta determinación de trazar alguna cadena moral del ser. Calvino no desempeñó ningún papel en mi educación religiosa, pero su presencia parecía habitar en los graneros de mi juventud, y quizá me dejó cierta indebida amargura.

Muchos de estos relatos se publicaron por primera vez en *The New Yorker*, donde Harold Ross, Gus Lobrano y William Maxwell me dieron el don inestimable de un grupo amplio, inteligente y sensible de lectores y suficiente dinero para dar de comer a la familia y comprarme un traje nuevo cada dos años. «¡Esto es una revista familiar, maldita sea!», solía vociferar Ross al menor signo de incitación a los impulsos eróticos. Él no era nada recatado, y cuando descubrió que yo daba un respingo cada vez que él usaba la palabra «follar» en la mesa del almuerzo, la repetía con frecuencia, solo para verme saltar. Su falta de recato era realmente pronunciada; por

ejemplo, si preveía que un compañero de póquer iba a ser un pesado, se iba al cuarto de baño y volvía con las orejas rellenas de papel higiénico. Naturalmente, esa clase de conducta nunca aparecía en la revista. Pero le enseñó a uno, o así me gusta pensarlo, que el recato es una forma de discurso tan profundo y connotativo como cualquier otro, diferente no solo por su contenido, sino por su sintaxis y sus imágenes. Puesto que los hombres a quienes apoyó van desde Irwin Shaw hasta Vladimir Nabokov, parece que ha hecho más bien que ninguna otra cosa.

Toda documentación precisa de nuestra inmadurez resulta embarazosa, y así lo encuentro a veces en estas narraciones, pero para mí la turbación queda redimida por los recuerdos que las historias me reavivan de las mujeres y los hombres que he amado y de las habitaciones, los pasillos y las playas donde fueron escritos los relatos. Mis historias favoritas son las escritas en menos de una semana y compuestas a menudo en voz alta. Recuerdo haber exclamado: «¡Me llamo Johnny Hake!». Fue en el vestíbulo de una casa en Nantucket que habíamos conseguido alquilar barata, por el retraso de un juicio sucesorio. Saliendo del cuarto de servicio de otra casa alquilada, le grité a mi mujer: «¡Esta es una noche en la que reyes con trajes dorados cabalgan sobre las montañas a lomos de elefantes!». La paciencia de mi familia ha sido inestimable. Bajo el toldo de la entrada de un edificio de apartamentos de la calle Cincuenta y Nueve escribí, en voz alta, las líneas finales de «Adiós, hermano mío». «¡Ah! ¿Qué se puede hacer con un hombre así?», pregunté, y cerré la historia diciendo: «Me quedé mirando a las mujeres desnudas, saliendo del agua». «Está hablando usted solo, señor Cheever», me dijo amablemente el portero, y también él —correcto, jovial y satisfecho con su propina de diez dólares para Navidad— parece un personaje del pasado perdurable.

ADIÓS, HERMANO MÍO

La nuestra es una familia que siempre ha estado muy unida espiritualmente. Nuestro padre se ahogó por accidente navegando a vela cuando éramos muy jóvenes, y nuestra madre siempre ha insistido en el hecho de que nuestras relaciones familiares poseen una estabilidad que nunca volveremos a encontrar. No pienso con mucha frecuencia en la familia, pero cuando me acuerdo de sus miembros, de la costa en la que viven y de la sal marina que creo que corre por nuestras venas, me alegro de ser un Pommeroy —de tener la misma nariz, el mismo color de piel, y la misma promesa de longevidad— y de que, si bien no somos una familia distinguida, nos hacemos la ilusión, cuando nos hallamos reunidos, de que los Pommeroy son únicos. No digo todo esto porque me interese la historia familiar o porque este sentimiento de singularidad sea muy profundo o tenga mucha importancia para mí, sino para dejar constancia de que somos leales unos con otros a pesar de nuestras diferencias, y de que cualquier fallo en el mantenimiento de esta lealtad es una fuente de confusión y de dolor.

Somos cuatro hijos; mi hermana Diana y los tres varones: Chaddy, Lawrence y yo. Como la mayoría de las familias con hijos de más de treinta años, nos hemos visto separados por razones profesionales, por el matrimonio y por la guerra. Helen y yo vivimos ahora en Long Island, con nuestros cuatro hijos. Yo doy clases en un colegio privado con alumnos internos, y aunque ya he pasado la edad en que podría tener esperanzas de que me nombraran director, siento respeto por mi trabajo. Chaddy, que es quien ha tenido más éxito de todos los hermanos, vive en Manhattan, con Odette y los chicos; nuestra madre, en Filadelfia, y Diana, desde su divorcio, lo ha hecho en Francia, pero vuelve a Estados Unidos durante el verano para pasar un mes en Laud's Head. Laud's Head es un lugar de veraneo a la orilla de una de las islas de Massachusetts. Allí teníamos un chalet, y en los años veinte nuestro padre construyó la casa grande. Se alza en una colina sobre el mar y, con la excepción de St. Tropez y de algunas aldeas de los Apeninos, es el sitio del mundo que más me gusta. Cada uno de nosotros tiene una participación en la propiedad, y todos contribuimos con cierta cantidad de dinero a su mantenimiento.

Lawrence, el más joven de los hermanos, que es abogado, consiguió trabajo en una empresa de Cleveland después de la guerra, y ninguno de nosotros lo vio durante cuatro años. Cuando decidió marcharse de Cleveland e ir a trabajar a Albany, escribió a madre diciéndole que, aprovechando el traslado, pasaría diez días en Laud's Head con su mujer y sus dos hijos. Yo había planeado disfrutar de mis vacaciones por entonces —después de dar clases en un curso de verano—, y Helen, Chaddy, Odette y Diana iban a estar allí, de manera que la familia se reuniría al completo. Lawrence es

el hermano con el que todos los demás tenemos menos cosas en común. Nunca hemos pasado mucho tiempo con él, e imagino que esa es la razón de que sigamos llamándolo Tifty: un mote que se le puso cuando niño, porque al avanzar por el pasillo camino del comedor para desayunar, sus zapatillas hacían un ruido que sonaba como «tifty, tifty, tifty». Padre lo llamaba así, y lo mismo hacíamos todos los demás. Cuando se hizo mayor, a veces Diana lo llamaba Little Jesus, y madre, con mucha frecuencia, el Gruñón. No teníamos buenos recuerdos de Lawrence, pero esperábamos su vuelta con una mezcla de recelo y lealtad, y con algo de la alegría y la satisfacción que produce recobrar a un hermano.

Lawrence cogió el barco de las cuatro de la tarde, un día de finales de verano, para venir a la isla, y Chaddy y yo fuimos a recibirlo. Las llegadas y las salidas del trasbordador del verano tienen todos los signos exteriores de un viaje —sirenas, campanas, carretillas de mano, olor a salitre—, pero es un trayecto sin importancia, y cuando vi entrar el barco en el puerto azul aquella tarde y pensé que estaba dando fin a un trayecto sin importancia, me di cuenta de que se me había ocurrido exactamente el tipo de comentario que Lawrence hubiese hecho. Buscamos su rostro detrás de los parabrisas mientras los automóviles abandonaban el buque, y no nos costó ningún trabajo reconocerlo. Nos acercamos corriendo y le estrechamos la mano, y besamos torpemente a su mujer y a los niños.

—¡Tifty! —gritó Chaddy—. ¡Tifty!

Es difícil emitir juicios sobre los cambios en el aspecto de un hermano, pero Chaddy y yo estuvimos de acuerdo, mientras volvíamos a Laud's Head, en que Lawrence seguía pareciendo muy joven. Él entró primero en la casa, y nosotros sacamos sus maletas del coche. Cuando entré yo, estaba de pie en el cuarto de estar, hablando con madre y con Diana, que llevaban sus mejores trajes y todas sus joyas, y lo estaban recibiendo como si fuera el hijo pródigo, pero incluso en ese momento, cuando todo el mundo se esforzaba por parecer más afectuoso y cuando ese tipo de esfuerzos consiguen los mejores resultados, yo ya era consciente de la presencia de cierto nerviosismo en la habitación. Pensando acerca de esto mientras subía las pesadas maletas de Lawrence escaleras arriba, me di cuenta de que nuestras antipatías están tan profundamente arraigadas como nuestros mejores sentimientos, y recordé que una vez, veinticinco años atrás, cuando acerté a Lawrence con una piedra en la cabeza, él se levantó y fue directamente a quejarse a nuestro padre.

Subí las maletas al tercer piso, donde Ruth, la mujer de Lawrence, había comenzado a instalar a su familia. Ruth es una chica muy delgada, y parecía muy cansada del viaje, pero cuando le pregunté si quería que le subiera un cóctel, dijo que le parecía que no.

Cuando bajé, Lawrence había desaparecido, pero los demás estaban listos para los cócteles, y decidimos empezar. Lawrence es el único miembro de la familia que

nunca ha disfrutado bebiendo. Nos llevamos las copas a la terraza, para poder contemplar los acantilados, el mar y las islas del este, y el regreso de Lawrence y de su mujer, su presencia en la casa, parecía estimular nuestras reacciones ante aquel panorama tan familiar; era como si el placer que sin duda experimentarían ante la amplitud y el colorido de aquella costa, después de tan larga ausencia, nos hubiese sido concedido a nosotros. Mientras estábamos allí, Lawrence apareció por el sendero que llevaba a la playa.

—¿No es fabulosa la playa, Tifty? —preguntó madre—. ¿No te parece maravilloso estar de vuelta? ¿Quieres un martini?

—Me da igual —dijo Lawrence—. Whisky, ginebra..., me da lo mismo beber una cosa que otra. Ponme un poco de ron.

—No tenemos ron —repuso madre. Fue el primer síntoma de aspereza. Ella nos había enseñado a no mostrarnos nunca indecisos, a no responder nunca como Lawrence lo había hecho. Además, le preocupa extraordinariamente la corrección en los modales, y cualquier cosa anómala, como beber ron solo o llevar una lata de cerveza a la mesa, le produce un desasosiego al que, a pesar de su amplio sentido del humor, es incapaz de sobreponerse. Madre se dio cuenta de la aspereza en su tono de voz y se esforzó por enmendarlo—: ¿No te gustaría un poco de whisky irlandés, cariño? ¿No es eso lo que siempre te ha gustado? Hay una botella en el aparador. ¿Por qué no te sirves un poco de whisky irlandés?

Lawrence dijo que le daba lo mismo. Se sirvió un martini, y en seguida apareció Ruth y nos sentamos a la mesa.

A pesar de que, esperando a Lawrence, habíamos bebido demasiado antes de cenar, todos estábamos deseosos de esmerarnos y de disfrutar de un rato tranquilo. Madre es una mujer pequeña cuyo rostro tiene aún una sorprendente capacidad para recordar lo bonita que debió de ser, y cuya conversación resulta extraordinariamente animada, pero aquella velada estuvo hablando de un proyecto para volver a cultivar determinadas zonas en la parte alta de la isla. Diana es tan guapa como madre debió de serlo; es una mujer encantadora y muy alegre, a quien le gusta hablar de los disolutos amigos que ha hecho en Francia, pero aquella noche nos contó cómo era el colegio suizo al que había llevado a sus dos hijos. Me di cuenta de que la cena había sido planeada para agradar a Lawrence. No resultó demasiado pesada y no comimos nada que pudiera hacerle pensar en despilfarros.

Después de cenar, cuando volvimos a la terraza, las nubes estaban iluminadas por ese tipo de luz que parece sangre, y me alegré de que Lawrence encontrara una puesta de sol tan sensacional el día de su vuelta a casa. Cuando llevábamos allí unos minutos, un hombre llamado Edward Chester vino a buscar a Diana. Lo había conocido en Francia, o en el barco durante el viaje de vuelta, y él estaba pasando diez días en la fonda del pueblo. Le presentamos a Lawrence y a Ruth, y luego, Diana y él se marcharon.

—¿Es con ese con el que se acuesta ahora? —preguntó Lawrence.

—¿Hace falta decir una cosa tan desagradable? —replicó Helen.

—Deberías pedir disculpas, Tifty —dijo Chaddy.

—No lo sé —contestó madre cansadamente—. No lo sé, Tifty. Diana puede hacer lo que quiera, y yo no le hago preguntas sórdidas. Es mi única hija. No la veo con mucha frecuencia.

—¿Vuelve a Francia?

—Parte dentro de dos semanas.

Lawrence y Ruth estaban sentados en el borde de la terraza, sin utilizar las sillas y fuera del círculo formado por ellas. Quizá debido al gesto hosco de su boca, mi hermano me pareció en aquel momento un clérigo puritano. A veces, cuando trato de entender su estado de ánimo, pienso en los comienzos de nuestra familia en este país, y su condena de Diana y de su amante me lo recordó. La rama de los Pommeroy a la que pertenecemos fue fundada por un ministro que recibió los elogios de Cotton Mather por su incansable renuncia al diablo. Los Pommeroy fueron ministros del Señor hasta mediados del siglo XIX, y el rigor de sus ideas —el hombre es un ser desdichado, y toda belleza terrenal está viciada y corrompida— ha sido conservado en libros y sermones. El carácter de nuestra familia cambió en cierta manera y se hizo más despreocupado, pero cuando yo iba al colegio, recuerdo una colección de parientes de edad avanzada que parecían volver a los oscuros días del ministerio eclesiástico y estar animados por un perpetuo sentimiento de culpa y por la deificación del castigo divino. Si a uno lo educan en ese ambiente —y en cierta manera, tal era nuestro caso—, creo que es muy difícil para el espíritu rechazar los hábitos de culpabilidad, abnegación, tendencia al silencio y espíritu de penitencia, y tuve la impresión de que Lawrence había sucumbido ante aquella prueba espiritual.

—¿Es Casiopea esa estrella? —preguntó Odette.

—No, querida —dijo Chaddy—. Esa no es Casiopea.

—¿Quién era Casiopea? —quiso saber Odette.

—Era la mujer de Cefeo y la madre de Andrómeda —dije yo.

—La cocinera es una forofa de los Giants —comentó Chaddy—. Está incluso dispuesta a darle a uno dinero si ganan la liga.

Había oscurecido tanto que veíamos en el cielo la luz del faro del cabo Heron. En la negrura bajo el acantilado, resonaban las continuas detonaciones de la marea. Y entonces, madre empezó a hablar, como sucede con frecuencia cuando está anocheciendo y ha bebido mucho antes de cenar, de las mejoras y de las ampliaciones que se harían algún día en la casa, de las nuevas alas, los cuartos de baño y los jardines.

—Esta casa estará en el mar dentro de cinco años —señaló Lawrence.

—Tifty el Gruñón —dijo Chaddy.

—No me llames Tifty —replicó Lawrence.

—Little Jesus —dijo Chaddy.

—El rompeolas está lleno de grietas —dijo Lawrence—. Lo he visto antes de

cenar. Tuvisteis que repararlo hace cuatro años, y costó ocho mil dólares. No podéis hacer eso cada cuatro años.

—Por favor, Tifty —intervino madre.

—Los hechos son los hechos —insistió Lawrence—, y es una idea descabellada construir una casa al borde de un acantilado en una costa que se está hundiendo en el mar. En los años que llevo vivo, ha desaparecido la mitad del jardín, y hay más de un metro de agua donde solíamos tener la caseta para desvestirnos.

—¿Por qué no hablamos de un tema más general? —dijo madre, amargamente—. De política, o del baile en el club marítimo.

—De hecho —continuó Lawrence—, la casa peligra ya en estos momentos. Si tuvierais una marea desacostumbradamente alta, o una fuerte tormenta, el rompeolas podría derrumbarse y la casa se vendría abajo. Podríamos ahogarnos todos.

—No lo soporto —exclamó madre. Fue a la despensa y regresó con un vaso lleno de ginebra.

Soy ya demasiado viejo para creerme capaz de juzgar los sentimientos de los demás, pero sí me daba cuenta de la tensión entre Lawrence y madre, y estaba al tanto de parte de su historia. Lawrence no debía de tener más de dieciséis años cuando decidió que madre era frívola, malintencionada, destructiva y demasiado autoritaria. Al llegar a esta conclusión, decidió apartarse de ella. Por entonces, estaba interno en un colegio, y recuerdo que no vino a pasar las Navidades con nosotros. Fue a casa de un amigo. Después de hacer su desfavorable juicio sobre madre, volvió muy pocas veces, y en la conversación siempre se esforzaba por recordarle su voluntario alejamiento. Cuando se casó con Ruth, no se lo dijo a madre. Tampoco le comunicó el nacimiento de sus hijos. Pero, a pesar de aquellos esfuerzos tan pertinaces por cuestión de principios, daba toda la impresión, a diferencia del resto de nosotros, de no haberse separado nunca de ella, y cuando están juntos, todo el mundo nota al instante el nerviosismo, la falta de comprensión.

Y fue mala suerte, en cierta manera, que madre hubiese elegido aquella noche para emborracharse. Está en su derecho, y lo hace muy pocas veces, y afortunadamente no se mostró belicosa, pero todos éramos conscientes de lo que estaba sucediendo. Mientras se bebía despacio la ginebra, parecía decirnos adiós con tristeza; parecía estar a punto de marcharse de viaje. Luego su estado de ánimo pasó del viaje al agravio, y los pocos comentarios que hizo resultaron malhumorados e improcedentes. Cuando su vaso se hallaba casi vacío, miró enfadada el aire oscuro delante de su nariz, moviendo la cabeza un poco, como un boxeador. Comprendí que en aquel momento no le cabían en la cabeza todos los agravios que era capaz de recordar. Sus hijos eran estúpidos, su marido se había ahogado, los criados eran unos ladrones, y la silla en la que se sentaba era incómoda. De repente dejó el vaso vacío e interrumpió a Chaddy, que estaba hablando de béisbol.

—Solo sé una cosa —dijo con voz ronca—. Solo sé que si hay otra vida después de esta, voy a tener una familia completamente distinta. Mis hijos serán todos

fabulosamente ricos, ingeniosos y encantadores.

Se puso en pie y, al dirigirse hacia la puerta, estuvo a punto de caerse. Chaddy la sostuvo y la ayudó a subir la escalera. Los oí darse las buenas noches con mucha ternura, y luego Chaddy volvió a donde estábamos los demás. Pensé que para entonces Lawrence se hallaría cansado del viaje y de las emociones del regreso, pero siguió en la terraza, como si estuviera esperando nuestra última fechoría, y nosotros lo dejamos allí y nos fuimos a la playa a nadar en la oscuridad.

Cuando me desperté, o empecé a despertarme, a la mañana siguiente, oí el ruido de alguien que estaba allanando la pista de tenis. Es un sonido más débil y más grave que el de las boyas de campana más allá del promontorio —un golpeteo sobre hierro sin ritmo alguno—, ligado en mi imaginación con el comienzo de un día de verano, algo así como un buen augurio. Cuando bajé la escalera, encontré a los dos hijos de Lawrence en el cuarto de estar, vestidos con unos trajes de vaqueros llenos de adornos. Son unos niños asustadizos y muy flacos. Me dijeron que su padre estaba allanando la pista de tenis, pero que ellos no querían salir porque habían visto una serpiente junto al escalón de la puerta. Les expliqué que sus primos —todos los otros niños— desayunaban en la cocina, y que lo mejor era que fuesen corriendo a reunirse con ellos. Al oír esto, el niño empezó a llorar. Su hermana se unió en seguida a él. Lloraban como si ir a la cocina y comer allí fuese a destruir sus más preciados derechos. Entonces les dije que se sentaran conmigo. Al entrar Lawrence le pregunté si quería jugar un poco al tenis. Dijo que no, que muchas gracias, aunque pensaba que quizá jugase algún partido individual con Chaddy. Tenía toda la razón en eso, porque tanto Chaddy como él lo hacen mejor que yo, y los dos jugaron varios partidos después del desayuno, pero más tarde, cuando bajaron los otros a jugar dobles, Lawrence desapareció. Eso hizo que me enfadara —imagino que injustificadamente—, pero lo cierto es que jugamos unos dobles familiares muy interesantes y que podía al menos haber participado en un set por una simple razón de cortesía.

Más tarde, aquella misma mañana, cuando volvía solo de la pista, vi a Tifty en la terraza, separando de la pared una tablilla con su navaja.

—¿Qué sucede, Lawrence? —le pregunté—. ¿Termitas?

—Hay termitas en la madera y nos han causado muchos problemas.

Me señaló, en la base de cada hilera de tablillas, una débil línea azul de tiza de carpintero.

—Esta casa tiene unos veintidós años —dijo—. Las maderas, en cambio, unos doscientos. Papá debió de comprar tablillas de todas las granjas de los alrededores cuando construyó esta casa para darle un aire venerable. Todavía se ven las marcas de la tiza de carpintero en el sitio donde había que clavar estas antigüedades.

Lo de las tablillas era cierto, aunque yo lo hubiese olvidado por completo. Al construir la casa, nuestro padre, o su arquitecto, había encargado tablillas de madera

cubiertas de líquenes y curtidas por la intemperie. Pero no entendía cómo Lawrence llegaba a la conclusión de que aquello tenía algo de escandaloso.

—Y mira estas puertas —añadió Lawrence—. Mira estas puertas y los marcos de las ventanas.

Fui tras él hasta una gran puerta de dos paneles que se abre hacia la terraza y me puse a mirarla. Era una puerta relativamente nueva, pero alguien había trabajado en ella esforzándose por ocultarlo. Alguien le había hecho muescas profundas con un instrumento de metal, y las había untado luego con pintura blanca para imitar el salitre, los líquenes y el desgaste producido por la intemperie.

—Piensa en lo que significa gastar miles de dólares para lograr que una casa sólida parezca una ruina —dijo Lawrence—. Piensa en la tesitura mental que eso implica. Piensa en sentir un deseo tan intenso de vivir en el pasado que te haga pagar un sueldo a los carpinteros para desfigurar la puerta principal de tu casa.

Entonces recordé lo sensible que Lawrence era al tiempo, y sus sentimientos y sus opiniones sobre nuestra simpatía por el pasado. Yo lo había oído decir, años antes, que nosotros y nuestros amigos y nuestra parte del país, al descubrimos incapaces de enfrentarnos con los problemas del presente, habíamos optado, como una persona adulta que ha perdido la razón, por volvernos hacia lo que imaginábamos ser una época más feliz y más sencilla, y que nuestro gusto por las reconstrucciones y por la luz de los candelabros era la prueba de ese irremediable fracaso. La débil línea azul de tiza había servido para recordarle estas ideas, las incisiones en la puerta las habían reforzado, y ahora, uno tras otro, se le iban presentando todos los indicios: el farol de barco sobre la puerta, el tamaño de la chimenea, la anchura de las tablas del suelo y las piezas incrustadas para que pareciesen ganchos. Mientras Lawrence me sermoneaba acerca de todas estas flaquezas, llegaron los otros que venían de la pista de tenis. La reacción de madre al ver a Lawrence fue inmediata, y comprendí que había muy pocas esperanzas de entendimiento entre la encarnación del matriarcado y el traidor. Madre se cogió del brazo de Chaddy.

—Vayamos a nadar y a beber martinis en la playa —dijo—. Quiero que pasemos una mañana fabulosa.

Aquella mañana, el mar tenía un color muy denso, como si fuera una piedra verde. Todo el mundo bajó a la playa, excepto Tifty y Ruth.

—Lawrence no me importa —dijo madre. Estaba nerviosa, y al torcer la copa se le derramó algo de ginebra sobre la arena—. No me importa en absoluto. Me tiene sin cuidado que sea todo lo grosero, desagradable y deprimente que quiera, pero lo que no soporto son las caras de esos pobres hijos suyos, de esos niñitos tan increíblemente desdichados.

Separados de él por la altura del acantilado, todos hablábamos de Lawrence con indignación; de cómo había empeorado en lugar de mejorar, de lo distinto que era del resto de nosotros, de cómo se esforzaba por estropear cualquier placer. Nos bebimos la ginebra; los insultos parecieron alcanzar un punto álgido, y luego, uno a uno, nos

fuimos a nadar en la sólida agua verde. Pero cuando volvimos nadie tuvo palabras duras para Lawrence; la tendencia a decir cosas injuriosas se había roto, como si nadar tuviese la fuerza purificadora que reclama el bautismo. Nos secamos las manos, encendimos unos cigarrillos, y si se mencionaba a Lawrence era solo para sugerir, amablemente, algo que pudiese agradarle. ¿No le gustaría dar un paseo en bote hasta la ensenada de Barin, o salir a pescar?

Y ahora me doy cuenta de que durante la visita de Lawrence íbamos a nadar con más frecuencia de lo normal, y creo que había un motivo para ello. Cuando la irritabilidad acumulada por su presencia empezaba a socavar nuestra paciencia, no solo con Lawrence, sino de unos con otros, íbamos a nadar y nos quitábamos el rencor con agua fría. Recuerdo ahora a toda la familia, mientras permanecíamos sentados en la arena, escocidos por los reproches de Lawrence, y nos veo chapoteando, zambulléndonos y volviendo a la superficie, y percibo en las voces una paciencia renovada y el redescubrimiento de inagotables reservas de buena voluntad. Si Lawrence hubiese advertido este cambio —esta apariencia de purificación—, supongo que habría encontrado en el vocabulario de la psiquiatría, o de la mitología del Atlántico, algún nombre discreto para ello, pero no creo que se percatara del cambio. No se molestó en dar un nombre a la capacidad curativa del mar abierto, pero fue sin duda una de las pocas oportunidades que perdió de quitar valor a las cosas.

La cocinera que teníamos aquel año era una polaca llamada Anna Ostrovick, contratada exclusivamente para el verano. Era excelente: una mujer grande, gorda, cordial, diligente, que se tomaba su trabajo muy en serio. Le gustaba cocinar, y que la gente apreciara y comiera los alimentos que preparaba, y siempre que la veíamos insistía en que comiéramos. Hacía bollos calientes, croissants y brioche dos o tres veces por semana para desayunar y los traía ella misma al comedor diciendo: «¡Coman, coman, coman!». Cuando la doncella devolvía los platos sucios a la antecocina, a veces oíamos decir a Anna, que estaba allí esperando: «¡Excelente! Comen». Daba de comer al que recogía la basura, al lechero y al jardinero. «¡Coma!», les decía. Los jueves por la tarde iba al cine con la doncella, pero no disfrutaba con las películas, porque los actores estaban demasiado delgados. Se pasaba hora y media en la sala a oscuras aguardando ansiosamente a que apareciese alguien con aspecto de disfrutar comiendo. Para Anna, Bette Davis no pasaba de ser una mujer con aspecto de no comer bien. «¡Están todos tan flacos!», decía al salir del cine. Por las noches, después de habernos atiborrado y de fregar las cazuelas y las sartenes, recogía las sobras y salía fuera para alimentar a la creación. Aquel año teníamos unos cuantos pollos, y aunque para entonces ya estaban todos descansando en sus perchas, les arrojaba los alimentos en el comedero y exhortaba a las aves dormidas para que comieran. También alimentaba a los pájaros cantores del jardín, y a las ardillas del patio trasero. Su presencia en el límite del jardín y su voz apremiante —oíamos perfectamente su «Comed, comed, comed»— estaban ya, como la salva de cañón en el club náutico y la luz del faro del cabo Heron, ligadas a aquel momento

del día. «Comed, comed, comed», le oíamos decir a Anna. «Comed, comed...». Y ya se había hecho de noche.

Cuando Lawrence llevaba tres días en casa, Anna me llamó a la cocina.

—Dígale a su madre que no quiero al señorito en mi cocina —anunció—. Si sigue entrando aquí todo el tiempo, me marchó. Se pasa la vida diciéndome que soy una mujer muy desgraciada; que trabajo demasiado y no me pagan lo bastante, y que debería pertenecer a un sindicato que me asegurara las vacaciones. ¡Ja! Está flaquísimo, pero siempre viene a la cocina cuando estoy ocupada para compadecerse de mí, pero yo valgo tanto como él, valgo tanto como cualquiera, y no tengo por qué aguantar a gente así molestándome todo el tiempo y compadeciéndose de mí. Soy una estupenda cocinera y muy famosa además, y tengo trabajo en todas partes, y la única razón de que haya venido a trabajar aquí este verano es que no había estado nunca en una isla, pero puedo conseguir otro empleo mañana mismo, y si sigue viniendo a mi cocina a compadecerse de mí, dígame a su madre que me marchó. Valgo tanto como cualquiera, y no tengo por qué aguantar a ese tipo flacucho diciéndome todo el tiempo lo pobre que soy.

Me agradó descubrir que la cocinera estaba de nuestra parte, pero comprendí que la situación era delicada. Si madre le pedía a Lawrence que no hiciera visitas a la cocina, mi hermano consideraría aquella petición como un agravio. Era capaz de convertir cualquier cosa en un agravio, y a veces daba la impresión de que —mientras permanecía hoscamente sentado en la mesa del comedor— toda palabra de menosprecio, fuera cual fuese su destino, la consideraba dirigida a él. No hablé con nadie de las quejas de la cocinera, pero por alguna razón no volvieron a presentarse problemas de ese tipo.

El siguiente motivo de disputa que tuve con Lawrence nació de nuestras partidas de backgammon.

Cuando estamos en Laud's Head jugamos mucho al backgammon. A las ocho, después de tomarnos el café, sacamos el tablero. En cierto modo, es uno de nuestros ratos más agradables. Aún no se han encendido las luces del cuarto, la figura de Anna resulta visible en el jardín, y en el cielo, por encima de su cabeza, se crean continentes de sombra y fuego. Madre enciende la luz y deja caer los dados como si fuera una señal. Normalmente jugamos tres partidas por persona, cada uno contra los demás. Jugamos con dinero, y se puede ganar o perder hasta cien dólares en una partida, pero las cantidades son de ordinario mucho más bajas. Creo que Lawrence solía jugar —no estoy seguro—, pero ahora ya no lo hace. No participa en juegos de azar. No se trata de que no tenga dinero, ni es tampoco una cuestión de principios: simplemente piensa que jugar es una ocupación absurda y una pérdida de tiempo. Sin embargo, estaba perfectamente dispuesto a perderlo viendo cómo jugábamos los demás. Noche tras noche, cuando empezaban las partidas, acercaba su silla al tablero y contemplaba las fichas y los dados. Su expresión era desdeñosa, y, sin embargo, miraba con mucho interés. Yo me preguntaba por qué se dedicaba a observarnos

noche tras noche, y, estudiando su rostro, creo que quizá haya logrado averiguarlo.

Lawrence no juega, y no entiende por tanto la emoción que produce ganar o perder dinero. Ha olvidado cómo se juega al backgammon, creo, de manera que sus complejas posibilidades no consiguen interesarle. Sus observaciones tenían necesariamente que centrarse en el hecho de que el backgammon es un juego para matar el tiempo y un juego de azar, y que el tablero, marcado con puntos, era un símbolo de nuestra inutilidad. Y puesto que no entiende ni el juego ni sus diferentes posibilidades, pensé que lo que le interesaba debían de ser los miembros de la familia. Una noche en que yo estaba jugando con Odette —ya les había ganado treinta y siete dólares a madre y a Chaddy—, creo que entendí lo que pasaba por su cabeza.

Odette tiene el pelo y los ojos negros. Se preocupa de no pasarse mucho tiempo al sol, para que el llamativo contraste entre negrura y palidez de la piel no se desvirtúe durante el verano. Necesita admiración y merece que se la admire —es el elemento que la satisface—, y coquetea, aunque nunca seriamente, con cualquier hombre. Aquella noche llevaba los hombros descubiertos, y el vestido estaba cortado para mostrar la división de sus pechos, y para mostrar los pechos mismos cuando se inclinaba sobre el tablero para jugar. No hacía más que perder y coquetear y hacer que sus derrotas pareciesen parte del coqueteo. Chaddy estaba en la otra habitación. Odette perdió tres partidas, y al terminar la tercera, se dejó caer en el sofá y, mirándome directamente a los ojos, dijo algo sobre salir a la arena para ajustar cuentas. Lawrence la oyó. Me volví a mirarlo. Parecía escandalizado y satisfecho al mismo tiempo, como si llevara sospechando desde el principio que no jugábamos por algo tan poco importante como el dinero. Puedo equivocarme, desde luego, pero creo que Lawrence contemplaba nuestras partidas de backgammon con la esperanza de estar observando el desarrollo de una irónica tragedia en la que el dinero que ganábamos y perdíamos se transformaba en símbolo de prendas mucho más vitales. Es muy propio de Lawrence tratar de descubrir significados y finalidades en todos los gestos que hacemos, y está convencido de que cuando descubra la lógica profunda de nuestro comportamiento, esta será enteramente sórdida.

Chaddy vino a jugar conmigo. A ninguno de los dos nos gusta que nos gane el otro. Cuando éramos pequeños, se nos prohibía que jugásemos juntos, porque siempre acabábamos peleándonos. Los dos creemos conocer perfectamente la valía del otro. Yo lo considero prudente; él a mí, temerario. Siempre hay encono cuando jugamos a cualquier cosa —tenis, backgammon, *softball* o bridge—, y es verdad que a veces parece como si nos estuviéramos jugando la posesión de las libertades del otro. Cuando pierdo con Chaddy no me puedo dormir. Todo esto es solo la verdad a medias de nuestra relación competitiva, pero era precisamente la verdad a medias que podía resultar discernible para Lawrence, y su presencia al lado del tablero me cohibió tanto que perdí dos partidas. Traté de que no se me notara el enfado cuando me levanté de la mesa. Lawrence me observaba. Salí a la terraza para sufrir allí a

oscuras el malhumor que siento siempre que pierdo con Chaddy.

Cuando volví a entrar, Chaddy y madre estaban jugando. Lawrence seguía presenciando las partidas. De acuerdo con su óptica, Odette había perdido conmigo su virtud, y yo la autoestima con Chaddy; me pregunté qué vería en la confrontación entonces en curso. Los contemplaba extasiado, como si las fichas opacas y el tablero dividido sirvieran para un decisivo intercambio de poder. ¡Qué dramáticos debían de parecerle el tablero, dentro de su círculo de luz, los jugadores inmóviles, y el fragor del mar en el exterior! Allí había canibalismo espiritual hecho visible; allí, bajo sus mismas narices, se hallaban los símbolos del uso voraz que unos seres humanos hacen de otros.

Madre juega con mucha astucia y apasionamiento, y se hace culpable de intromisiones. Siempre tiene las manos en el tablero del contrario. Cuando juega con Chaddy, que es su favorito, lo hace con gran concentración. Lawrence tuvo que notarlo. Madre es una mujer sentimental. Tiene buen corazón, y las lágrimas y la debilidad la conmueven fácilmente, rasgo que, como su bien dibujada nariz, no ha sufrido el menor cambio con la edad. El dolor del otro le causa una profunda impresión, y a veces parece tratar de adivinar en Chaddy algún pesar, alguna pérdida que ella esté en condiciones de socorrer o remediar, para restablecer así la relación que mantenía con él cuando era pequeño y enfermizo. A madre le encanta defender a los débiles y a los inocentes, y ahora que ya somos mayores lo echa de menos. El mundo de las deudas y de los negocios, de los hombres y de la guerra, de la caza y de la pesca consigue irritarla. (Cuando padre se ahogó, tiró sus cañas y sus escopetas). Nos ha sermoneado a todos interminablemente sobre la confianza en uno mismo, pero si acudimos de nuevo a ella en busca de consuelo y ayuda —particularmente Chaddy—, es entonces cuando parece sentirse más ella misma. Imagino que, según Lawrence, aquella mujer mayor y su hijo estaban jugándose el alma.

Nuestra madre perdió.

—¡Dios mío! —dijo. Parecía afligida y desconcertada, como le sucede siempre que pierde—. Tráeme las gafas, el talonario de cheques y algo de beber.

Lawrence se levantó por fin y estiró las piernas. Nos dirigió a todos una mirada sombría. Soplaba el viento y había subido la marea, y pensé que si oía el ruido de las olas lo interpretaría también como una sombría respuesta a sus sombrías preguntas; que para él la marea se habría encargado de dispersar las cenizas de los fuegos que encendemos en nuestras excursiones. Convivir con una mentira es insoportable, y él parecía la encarnación de una mentira. Yo no podía explicarle el simple e intenso placer de jugar por dinero, y me parecía una terrible equivocación que se hubiese sentado junto a la mesa para llegar a la conclusión de que nos estábamos jugando el alma. Inquieto, dio dos o tres paseos por la habitación y luego, como de costumbre, nos lanzó la última andanada antes de irse:

—No entiendo cómo no os volvéis locos, encerrados unos con otros de esta forma, noche tras noche —dijo—. Vamos, Ruth. Quiero acostarme.

Aquella noche soñé con Lawrence. Vi su rostro de facciones insignificantes convertido en un prodigio de fealdad, y al despertarme por la mañana sentí náuseas, como si hubiera sufrido una gran pérdida espiritual mientras dormía, como una disminución de valor y un descorazonamiento. Era absurdo preocuparme por mi hermano. Yo necesitaba unas vacaciones. Necesitaba descansar. En el colegio donde enseñó, mi mujer y yo vivimos en una de las residencias, comemos con los alumnos, y nunca salimos de allí. No solo doy clases de lengua en invierno y en verano, sino que también trabajo en el despacho del director, y soy el que dispara la pistola cuando se celebran competiciones atléticas en pista. Necesitaba alejarme de aquel y de todos los demás motivos de inquietud, y decidí evitar a mi hermano. Por la mañana temprano me llevé a navegar a Helen y a los niños, y no volvimos hasta la hora de la cena. Al día siguiente salimos de excursión. Luego tuve que ir a Nueva York, y cuando volví, iba a celebrarse el baile de disfraces en el club náutico. Lawrence no asistiría, y se trata de una fiesta en la que siempre lo he pasado estupendamente.

Las invitaciones de aquel año exhortaban a disfrazarse de lo que a cada uno le gustaría ser en realidad. Después de varias conversaciones, Helen y yo habíamos decidido ya qué ponernos. A ella lo que más le apetecía era volver a ser una novia, y por tanto decidió llevar su traje de boda. A mí me pareció una buena elección: sincera, risueña y barata. Su elección tuvo influencia sobre la mía, y decidí ponerme un viejo uniforme de jugar al fútbol americano. Madre optó por vestirse de Jenny Lind, porque había un viejo disfraz de Jenny Lind en el ático. Los demás prefirieron trajes alquilados, y cuando estuve en Nueva York, me encargué de conseguirlos. Lawrence y Ruth no participaban en nada de esto.

Helen formaba parte del comité encargado de organizar el baile, y se pasó la mayor parte del viernes decorando el club. Diana, Chaddy y yo salimos a navegar. Casi toda la navegación a vela que practico últimamente transcurre en Manhasset, y estoy acostumbrado a fijar el rumbo de vuelta a casa mediante la barcaza de la gasolina y los tejados de cinc del cobertizo de las embarcaciones, y aquella tarde era un placer, mientras volvíamos, mantener proa hacia la blanca torre de la iglesia del pueblo y descubrir que incluso el agua cercana a la orilla era verde y transparente. Al terminar nuestro paseo nos detuvimos en el club para recoger a Helen. El comité había tratado de darle una apariencia de fondo marino a la sala de baile, y el hecho de que casi hubiesen logrado crear la ilusión hacía que Helen se sintiera muy feliz. Volvimos en coche a Laud's Head. La tarde había sido extraordinariamente luminosa, pero camino de casa nos llegó el olor del viento del este, el viento negro, como hubiese dicho Lawrence, que llegaba del mar.

Mi mujer, Helen, tiene treinta y ocho años. Imagino que el cabello se le habría vuelto entrecano si no se lo tiñera, pero el color que utiliza es un rubio nada molesto, bastante apagado, y creo que le sienta bien. Aquella noche estuve preparando cócteles mientras ella se vestía, y cuando subí a llevarle una copa, la vi por primera vez desde

nuestra boda con su traje de novia. No tendría sentido decir que me pareció más hermosa que cuando nos casamos, pero como he envejecido y creo también que mis sentimientos tienen más hondura, y porque aquella noche vi en su rostro al mismo tiempo juventud y madurez, su fidelidad a la joven que había sido y las posiciones que ha tenido que ceder airesamente ante el avance del tiempo, estoy dispuesto a afirmar que no me había sentido nunca antes tan profundamente conmovido. Ya me había puesto mi uniforme de futbolista, y el peso de todo ello, de los pantalones y de las hombreras, había producido un cambio en mí, como si al encasquetarme aquella ropa vieja hubiera desechado todas las ansiedades y los problemas de mi vida. Era como si los dos hubiésemos regresado a los años anteriores a nuestro matrimonio, a los años anteriores a la guerra.

Los Collard daban una cena para muchos invitados antes del baile, y a ella asistió toda nuestra familia, con la excepción de Lawrence y Ruth. Luego, a eso de las nueve y media, nos dirigimos en coche hacia el club, atravesando la niebla que se había levantado ya. La orquesta tocaba un vals. Mientras dejaba el impermeable en el guardarropa, alguien me dio un golpe en la espalda. Era Chucky Ewing, y lo gracioso es que él también iba disfrazado de jugador de fútbol. Esto nos pareció terriblemente divertido a los dos. Íbamos riendo mientras avanzábamos por el pasillo hacia la sala de baile. Me paré en la puerta para ver la decoración, y me pareció muy hermosa. Los organizadores habían cubierto con redes de pescar las paredes y el cielo raso. Las redes del techo estaban llenas de globos de colores. La luz era suave y desigual, y los participantes en la fiesta —nuestros amigos y vecinos— formaban un conjunto muy agradable bailando al compás de *Three O'Clock in the Morning*. Luego me fijé en que había muchas mujeres vestidas de blanco, y me di cuenta de que también ellas, al igual que Helen, llevaban trajes de novia. Patsy Hewitt, la señora Gear y la chica de los Lackland bailaban un vals vestidas de novia. En seguida, Pep Talcott se acercó a donde estábamos Chucky y yo. Iba vestido de Enrique VIII, pero nos dijo que los gemelos Auerbach, Henry Barrett y Dwight MacGregor llevaban todos uniforme de jugador de fútbol, y que, según el último recuento, había diez novias en la sala.

Esta coincidencia, esta divertida coincidencia, hizo reír a todo el mundo, y logró que aquella fiesta fuese una de las más alegres jamás celebradas en el club. Al principio pensé que las mujeres se habían puesto de acuerdo para vestirse de novias, pero las que bailaron conmigo me aseguraron que se trataba de una coincidencia, y yo estoy seguro de que Helen tomó la decisión por su cuenta. Todo me fue muy bien hasta poco antes de la medianoche, cuando vi a Ruth junto a la pista de baile. Llevaba un traje de noche rojo totalmente fuera de lugar. Resultaba completamente ajeno al espíritu de la fiesta. La saqué a bailar, pero no hubo nadie que viniera a sustituirme, y yo no estaba dispuesto a pasarme con ella el resto de la noche, así que le pregunté por Lawrence. Me dijo que había salido al muelle. Dejé a Ruth en el bar y salí en busca de mi hermano.

La niebla del este era muy densa, y Lawrence estaba solo en el muelle. No iba

disfrazado. Ni siquiera se había molestado en vestirse de pescador o de marinero. Parecía particularmente taciturno. La niebla se deslizaba a nuestro alrededor como humo frío. Me hubiese gustado que se tratara de una noche clara, porque la niebla del este parecía facilitarle su juego de misántropo. Yo sabía que las boyas —los crujidos y los repiques que podíamos oír en aquel momento— resonarían en sus oídos como gritos semihumanos de personas a punto de ahogarse, aunque cualquier marinero sabe que las boyas son dispositivos necesarios y seguros, y también adivinaba que la sirena de niebla del faro significaría para él extravíos y pérdidas, y que era igualmente capaz de interpretar erróneamente la viveza de la música de baile.

—Entra, Tifty —le dije—; baila con tu mujer o consíguele una pareja.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué razón hay? —Se acercó a una de las ventanas del club y contempló la fiesta—. Míralos —exclamó—. Mira eso...

Chucky Ewing se había apoderado de uno de los globos y estaba tratando de organizar un simulacro de partido en el centro de la pista de baile. Los demás bailaban una samba. Y comprendí que Lawrence contemplaba la fiesta con el mismo gesto sombrío con que había contemplado en nuestra casa las tablillas desgastadas por la intemperie, como viendo en ello un abuso o una distorsión del tiempo; como si al querer volver a ser jugadores de fútbol y novias pusiéramos de manifiesto el hecho de que, una vez apagadas en nosotros las luces de la juventud, habíamos sido incapaces de encontrar otras con las que guiarnos y, carentes de fe y de principios, nos habíamos convertido en criaturas estúpidas y tristes. El hecho de que estuviera pensando eso de tantas personas amables, felices y generosas hizo que me enfureciera, hizo que me inspirara un aborrecimiento tan antinatural que me sentí avergonzado, porque Lawrence es mi hermano y un Pommeroy. Le pasé el brazo por encima del hombro y traté de forzarlo a que entrara, pero no quiso.

Volví a tiempo para el Gran Desfile, y después de entregar los premios a los mejores disfraces, dejaron caer los globos. Hacía calor en la sala, alguien abrió las grandes puertas que daban al muelle, el viento del este se coló de rondón y cuando volvió a salir se llevó consigo la mayor parte de los globos, que, después de cruzar el muelle, cayeron al agua. Chucky Ewing salió corriendo detrás de ellos, y cuando vio que seguían más allá del muelle y se posaban sobre el agua, se quitó el traje de jugador de fútbol y se tiró de cabeza al mar. Luego lo hicimos Eric Auerbach, Lew Phillips y también yo; y ya se sabe lo que pasa en una fiesta después de medianoche cuando la gente empieza a tirarse al agua. Recuperamos la mayor parte de los globos, nos secamos y seguimos bailando, y no volvimos a casa hasta la mañana siguiente.

Al otro día era la exposición de flores. Madre, Helen y Odette participaban en el concurso. Después de un almuerzo improvisado con restos de otras comidas, Chaddy llevó a las mujeres y a los niños en coche a la exposición. Yo me eché una siesta y a media tarde cogí el traje de baño y una toalla; al salir de casa vi a Ruth, que estaba

lavando ropa. No sé por qué ha de parecer que ella tiene más trabajo que los demás, pero lo cierto es que siempre está lavando, planchando, zurciendo y haciendo arreglos en la ropa. Puede que, cuando era pequeña, la enseñaran a utilizar el tiempo de esa manera, o quizá sea víctima de un impulso expiatorio. Parece restregar y planchar con fervor penitencial, aunque no se me ocurre qué es lo que considera que ha hecho mal. Sus hijos estaban con ella en el lavadero. Me ofrecí a llevarlos a la playa, pero no quisieron.

Eran los últimos días de agosto, y las vides silvestres que crecen con gran profusión por toda la isla hacían que el aire del interior oliera a vino. Hay un bosquecillo de acebos al final del sendero, y luego empiezan las dunas, donde solo crecen unas hierbas muy ásperas. Oía el ruido del mar, y recuerdo que pensé en cómo Chaddy y yo solíamos hablar del mar con lenguaje místico. Cuando éramos muy jóvenes, habíamos decidido que nunca seríamos capaces de vivir más hacia el oeste porque echaríamos de menos el mar. «Esto es muy bonito —decíamos cortésmente cuando visitábamos a alguien en las montañas—, pero notamos la falta del Atlántico». Mirábamos por encima del hombro a la gente de Iowa y de Colorado que se había visto privada de esta revelación, y despreciábamos el Pacífico. Ahora estaba oyendo el rumor de las olas, y su violencia creaba múltiples ecos, como un tumulto, y aquello me producía el mismo placer que cuando era joven y parecía tener una fuerza catártica, como si hubiese liberado mi memoria —entre otras cosas— de la imagen penitente de Ruth en el lavadero.

Pero Lawrence se hallaba en la playa, sentado. Me metí en el agua sin hablarle. Estaba fría, y cuando salí me puse una camisa. Expliqué a mi hermano que iba a dar un paseo hasta Tanners Point, y me dijo que me acompañaría. Traté de caminar a su lado. Sus piernas son más largas que las mías, pero siempre le gusta ir un poco por delante de la persona que va con él. Desde detrás, mientras contemplaba sus hombros y su cabeza inclinada, me pregunté qué impresión debía de causarle aquel paisaje.

Había dunas y oteros, y más allá, donde perdían altura, algunos campos que estaban pasando del verde al marrón y al amarillo. Eran sitios donde pastaban las ovejas, e imagino que Lawrence habría notado la erosión del suelo y el hecho de que las ovejas acelerarían su deterioro. Más allá de los campos hay unas cuantas granjas costeras, de agradables edificios cuadrados, pero Lawrence podría haber hecho notar las duras condiciones de vida de un granjero en una isla. El mar, al otro lado, era ya mar abierto. A nuestros invitados siempre les decimos que hacia allí, hacia el este, se encuentran las costas de Portugal, pero Lawrence habría pasado de las costas de Portugal a la tiranía en España sin la menor dificultad. Las olas rompían con un ruido parecido a un «hurra, hurra, hurra», pero para Lawrence debían de decir «adiós, adiós». Imagino que a su mente incisiva y malsana se le habría ocurrido que la costa era una morrena terminal, el límite del mundo prehistórico, y también que avanzábamos por el borde del mundo conocido en un sentido tan espiritual como físico. Si por alguna razón hubiera pasado por alto esto último, había algunos aviones

de la marina bombardeando una isla deshabitada para recordárselo.

Esa playa es un paisaje amplio, simple e increíblemente limpio. Es como un lugar en la Luna. La marea había dado gran consistencia a la arena, de manera que no costaba trabajo andar, y todo lo que quedaba sobre la playa había sido repetidamente modificado por las olas. Quedaban restos de conchas, el palo de una escoba, un trozo de botella y otro de ladrillo, ambos zarandeados y rotos hasta resultar prácticamente irreconocibles, y supongo que el melancólico estado de ánimo de Lawrence —que seguía con la cabeza baja— lo iba llevando de un objeto roto al siguiente. Verme acompañado por su pesimismo empezó a enfurecerme, de manera que me situé a su altura y le puse una mano en el hombro.

—No es más que un día de verano, Tifty —le dije—. Tan solo un día de verano. ¿Qué sucede? ¿No te gusta este sitio?

—No me gusta —dijo con voz tranquila, sin levantar los ojos del suelo—. Voy a venderle a Chaddy mi parte de la casa. No esperaba pasarlo bien. La única razón de que haya vuelto ha sido para decir adiós.

Lo dejé que volviera a adelantarme y caminé tras él, contemplando sus hombros y pensando en su carrera de adioses. Cuando padre se ahogó, Lawrence fue a la iglesia y dijo adiós a padre. Al cabo tan solo de tres años llegó a la conclusión de que madre era frívola y le dijo adiós también a ella. En su primer año de universidad llegó a tener muy buena amistad con su compañero de cuarto, pero era un chico que bebía demasiado, y al comienzo del segundo semestre cambió de compañero de cuarto y dijo adiós a su amigo. Después de dos años en la universidad, llegó a la conclusión de que el ambiente era de excesivo aislamiento, y dijo adiós a Yale. Se matriculó en Columbia y obtuvo allí su licenciatura en derecho, pero descubrió que su primer jefe era una persona deshonesto, y al cabo de seis meses dijo adiós a un buen empleo. Se casó con Ruth en el ayuntamiento, y dijo adiós a la Iglesia episcopaliana; se fueron a vivir a un barrio bajo de Tuckahoe, y dijeron adiós a la clase media. En 1938 fue a Washington para trabajar como abogado del gobierno, diciendo adiós a la empresa privada, pero al cabo de ocho meses en la capital federal llegó a la conclusión de que la administración Roosevelt era sentimental, y también le dijo adiós. De Washington se marcharon a un barrio residencial de Chicago, donde mi hermano fue diciendo adiós a todos sus vecinos, uno por uno, por razones de alcoholismo, pesadez e imbecilidad. Dijo adiós a Chicago y se trasladó a Kansas; dijo adiós a Kansas para irse a Cleveland. Y ahora había dicho adiós a Cleveland y había vuelto al este, deteniéndose el tiempo suficiente en Laud's Head para decir adiós al mar.

Era elegíaco y también fanático e intolerante; confundía la cautela excesiva con la fuerza de carácter, y yo quería ayudarlo.

—Sal de todo eso —le dije—. Déjalo de lado, Tifty.

—¿Que salga de qué?

—Sal de toda esa tristeza. Olvídala. No es más que un día de verano. Te empeñas en no pasarlo bien y estás echando a perder las distracciones de los demás.

Necesitamos unas vacaciones, Tifty. Yo las necesito. Necesito descansar. Nos hace falta a todos. Y tú has conseguido que todo resulte desagradable y que esté lleno de tensiones. Solo dispongo de dos semanas al año. Necesito pasarlo bien, y lo mismo les sucede a los demás. Necesitamos descansar. Crees que tu pesimismo es una ventaja, pero no es más que negarse a aceptar la realidad.

—¿Cuál es la realidad? —dijo él—. ¿Que Diana es una mujer estúpida y de vida ligera? Lo mismo puede decirse de Odette. Madre es una alcohólica. Si no se controla un poco, no tardará más de un año o dos en ir a parar a un hospital. Chaddy no es honesto; nunca lo ha sido. La casa terminará hundiéndose en el mar. —Me miró y luego añadió, como una última reflexión—. Tú eres estúpido.

—Y tú un desgraciado hijo de perra —repliqué—. Nada más que un deprimente hijo de perra.

—Apártate de mi vista —dijo. Y siguió andando.

Entonces cogí un trozo de raíz y, acercándome por la espalda —aunque no había golpeado nunca a un hombre por la espalda—, hice girar la raíz, empapada en agua de mar. La inercia imprimió velocidad a mi brazo y le asesté a mi hermano un golpe en la cabeza que lo hizo doblar las rodillas sobre la arena, y vi cómo le brotaba la sangre y comenzaba a oscurecerse el pelo. Entonces deseé que estuviera muerto, muerto y a punto de ser enterrado; no enterrado ya, sino a punto de serlo, porque no quería que faltara el ceremonial y la corrección en su desaparición, en el acto de borrarlo de mi conciencia, y nos vi a todos nosotros —Chaddy, madre, Diana y Helen— de luto en la casa de Belvedere Street, derribada por la piqueta veinte años antes, saludando a invitados y parientes en la puerta y contestando a sus educadas condolencias con un desconsuelo igualmente cortés. Todo resultaba perfectamente apropiado, e incluso aunque hubiese sido asesinado en una playa, antes de que la aburrida ceremonia concluyera todo el mundo sentiría que mi hermano había llegado al invierno de su existencia, y que era una ley de la naturaleza, y una ley muy hermosa, que Tifty tuviera que ser enterrado en la fría tierra.

Lawrence seguía aún de rodillas. Miré en todas direcciones. Nadie nos había visto. La playa desnuda, como un fragmento de la Luna, se extendía hasta tornarse invisible. La cabeza de una ola, en rapidísima carrera, llegó hasta donde él permanecía arrodillado. Me hubiese gustado terminar con él, pero para entonces ya había empezado a actuar como dos personas: el asesino y el samaritano. Con súbito estrépito, como un vacío hecho sonido, una blanca ola lo alcanzó y lo rodeó, bullendo sobre sus hombros, y lo sostuve para que no lo arrastrara la resaca. Luego lo trasladé a un sitio más alto. La sangre se le había extendido por todo el cabello, que parecía completamente negro. Me quité la camisa y la rasgué para vendarle la cabeza. No había perdido el conocimiento, y no creo que estuviese malherido. No dijo nada; tampoco yo. Luego lo dejé allí.

Anduve un poco playa adelante y me volví para mirarlo; para entonces, estaba pensando en mi propia piel. Él se había incorporado y parecía sostenerse bien en pie.

Aún había suficiente claridad en el cielo, pero la brisa marina traía unos vapores salinos con consistencia de neblina, y cuando me alejé un poco más de él, apenas distinguía su figura en aquella oscuridad. A todo lo largo de la playa noté cómo venía del mar el denso aire salino. Luego le di la espalda, y cuando estuve más cerca de la casa, volví a nadar una vez más, como parece que había estado haciendo aquel verano después de cada encuentro con Lawrence.

Cuando volví a la casa, me tumbé en la terraza. Un poco más tarde regresaron los demás. Oí cómo madre criticaba los arreglos florales que habían ganado premios. Ninguno de los nuestros había ganado nada. Luego la casa se quedó en silencio, como sucede siempre a esa hora. Los niños se fueron a la cocina para que les dieran la cena, y los demás subieron a bañarse. Después oí cómo Chaddy preparaba los cócteles, y se reanudaba la conversación sobre los jueces del concurso. Al poco, madre exclamó:

—¡Tifty! ¡Dios mío, Tifty! ¡Tifty!

Se hallaba en la puerta, con aire de estar medio muerto. Se había quitado la venda ensangrentada y la llevaba en la mano.

—Lo ha hecho mi hermano —dijo—. Ha sido mi hermano. Me golpeó con una piedra, o algo parecido, en la playa. —La autocompasión hizo que se le quebrara la voz. Pensé que iba a echarse a llorar. Nadie dijo nada—. ¿Dónde está Ruth? —exclamó—. ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde demonios está Ruth? Quiero que empiece a hacer las maletas. No necesito perder más tiempo aquí. Tengo cosas importantes que hacer. Tengo cosas muy importantes que hacer. —Y echó a andar escaleras arriba.

Salieron hacia el continente por la mañana, en el barco de las seis y media. Madre se levantó para decirle adiós, pero fue la única, y es una escena cruel y fácil de imaginar al mismo tiempo: la encarnación del matriarcado y el traidor, mirándose el uno al otro con una consternación que podría parecer como la fuerza del amor vuelta del revés. Oí las voces de los niños y el coche alejándose por la avenida de grava; me levanté y me acerqué a la ventana, y ¡qué mañana tan maravillosa! ¡Cielo santo, qué mañana! Soplaban viento del norte. El aire era muy limpio. Con el primer calor del día, las rosas del jardín olían como mermelada de fresas. Mientras me vestía, oí la sirena del barco, primero la señal de aviso y luego el doble pitido, y me imaginé a la buena gente en la cubierta de arriba, bebiendo café en frágiles vasos de plástico, y Lawrence en la proa, diciéndole al mar: «*Thalassa, thalassa*», mientras sus tímidos y desgraciados hijos contemplaban la creación desde el círculo de los brazos de su madre. Las boyas doblarían tristemente por Lawrence, y aunque el esplendor de la luz hiciera muy difícil no abrir los brazos y lanzar exclamaciones de gozo, sus ojos permanecerían fijos en la negrura del mar que iba quedando atrás; pensaría en su fondo, oscuro y extraño, donde yace nuestro padre, bajo diez metros de agua.

¡Ah! ¿Qué se puede hacer con un hombre así? ¿Qué se puede hacer? ¿Cómo

convencer a su ojo para que no descubra entre la multitud la mejilla con acné, la mano enferma? ¿Cómo se le puede enseñar a responder ante la inestimable grandeza de la raza humana, ante la áspera belleza de la piel de la vida? ¿Cómo obligarlo a poner el dedo en las testarudas verdades ante las que el miedo y el horror resultan impotentes? Aquella mañana, el mar estaba tornasolado y oscuro. Mi mujer y mi hermana nadaban —Diana y Helen—, y vi sus cabezas descubiertas, ébano y oro en el agua oscura. Las vi dirigirse hacia la orilla, y vi que se hallaban desnudas, sin rubor alguno, hermosas, y llenas de gracia, y me quedé mirando a las mujeres desnudas, saliendo del mar.

UN DÍA CUALQUIERA

Cuando Jim se despertó a las siete de la mañana, saltó de la cama y recorrió todas las ventanas del dormitorio. Estaba tan acostumbrado al ruido y al hacinamiento de la ciudad que después de seis días en New Hampshire aún le parecía extraña y violenta la belleza de una mañana en el campo. Las colinas parecían surgir directamente del cielo del norte. Desde las ventanas del oeste vio el potente sol iluminando los árboles de las montañas, vertiendo su luz sobre la tranquila superficie del lago, y cayendo sobre las dependencias de aquella enorme y anticuada mansión con tanta energía como el tañido de campanas de hierro.

Se vistió y corrió las cortinas con mucho cuidado para que la luz no despertara a su mujer. Ellen, a diferencia de él, podía pasar en el campo todo el tiempo que quisiera; llevaba allí desde el principio del verano, y se quedaría hasta primeros de setiembre, para volver entonces a la ciudad con la cocinera, la picadora de hielo y la alfombra persa.

La planta baja de la gran casa de su suegra estaba tranquila y limpia cuando bajó la escalera. Emma Boulanger, la doncella francesa, quitaba el polvo del vestíbulo. Jim cruzó el sombrío comedor y abrió la puerta de la antecocina, pero otra de las criadas, Agnes Shay, se encontraba allí para impedirle penetrar en su territorio.

—Usted dígame tan solo lo que quiere desayunar, señor Brown —dijo en tono desagradable—. Greta se lo preparará.

Jim quería desayunar en la cocina con su hijo de cinco años, pero Agnes no tenía intención de permitirle abandonar la parte noble de la casa para invadir la zona reservada a los criados y a los niños. Jim le dijo lo que quería para desayunar y volvió sobre sus pasos; cruzó el comedor y salió a la terraza. Allí la luz era tan violenta como un golpe, y el aire olía como si muchas maravillosas muchachas acabaran de cruzar el césped. Era una espléndida mañana de verano y parecía imposible que algo pudiera salir mal. Jim contempló la terraza, los jardines, la casa, con un ilusorio sentimiento de posesión. Oía a la señora Garrison —su suegra, viuda y propietaria legal de todo lo que abarcaba con la vista— hablando animadamente consigo misma desde el distante macizo de flores.

Mientras Jim tomaba el desayuno, Agnes le dijo que Nils Lund quería verlo. Esta noticia halagó a Jim. No pasaba más que diez días en New Hampshire todos los veranos, y estaba allí únicamente en calidad de huésped, pero le gustaba ser consultado por el jardinero. Nils Lund llevaba muchos años trabajando para la señora Garrison. Vivía en una casita dentro de la finca, y su mujer, ya muerta, había trabajado en la cocina. Nils se quejaba de que ninguno de los hijos de la señora Garrison se interesara por la propiedad, y a menudo le decía a Jim lo feliz que se

sentía de tener un hombre con quien discutir sus problemas.

La huerta y el jardín de Nils no tenían ya la menor relación con las necesidades de la casa. Todas las primaveras araba y plantaba hectáreas de hortalizas y flores. La aparición de los primeros brotes de espárragos señalaba el comienzo de una desesperada carrera entre las hortalizas y la mesa de la señora Garrison. Nils, amargado por el despilfarro del que él mismo era autor, aparecía todas las tardes en la puerta de la cocina para decirle a Greta que si no comían más guisantes, más fresas, más judías, más lechugas y más repollos, las magníficas hortalizas que él había regado con su sudor se pudrirían.

Cuando Jim terminó de desayunar, rodeó la casa hasta llegar a la parte de atrás y Nils le dijo, cariacontecido, que algún animal se estaba comiendo el maíz, que empezaba a madurar en aquel momento. Ya habían hablado anteriormente de los destrozos en el sembrado de maíz. Al principio creyeron que se trataba de ciervos. Aquella mañana, la hipótesis de Nils se inclinaba más bien hacia los mapaches. Quería que Jim fuera con él a ver los destrozos.

—Esas trampas que hay en el cobertizo de las herramientas deberían resolvernó el problema si se trata de mapaches —dijo Jim—. Y además, me parece que hay un rifle en algún sitio. Esta noche colocaré las trampas.

Caminaron por el sendero que subía colina arriba hacia la huerta. De los campos que había junto a la senda, invadidos por el musgo y moteados de enebros, surgía un perfume indescriptible, acre y adormecedor.

—¿Ve usted? —dijo Nils cuando llegaron al sembrado de maíz—. ¿Ve usted, ve usted...? —Hojas, hilos sedosos y mazorcas medio comidas se hallaban esparcidos y pisoteados entre la tierra—. Lo planto —siguió el jardinero, como el marido de una arpía enumerando inútiles ejemplos de paciencia—. Entonces aparecen los cuervos para comerse la simiente. Lo cultivo. Y ahora no hay maíz.

Oyeron a Greta, la cocinera, cantando mientras subía por el camino; traía sobras de comida para los pollos. Se volvieron para verla. Era una mujer grande y robusta con una voz magnífica y los pechos de una contralto de ópera. Un segundo después de oír a Greta, el viento les trajo la voz de la señora Garrison desde el macizo de flores. La señora Garrison hablaba consigo misma continuamente. Sus palabras enérgicas y claramente pronunciadas resonaban en el aire transparente de la mañana como las notas de una trompeta.

—¿Por qué planta todos los años esta horrible verbena morada? Sabe que no me gusta el morado. ¿Por qué se empeña en plantar esta odiosa verbena morada...? Voy a hacer que cambie otra vez de sitio los aros. Y pondré los lirios de nuevo junto al estanque...

Nils escupió en la tierra.

—¡Condenada mujer! —dijo—. ¡Que el demonio se la lleve!

Greta le había recordado a su difunta esposa, y la sonora voz de la señora Garrison, a esa otra unión entre señora y jardinero que duraría hasta que la muerte la

truncara. No hizo ningún esfuerzo por dominar su indignación, y Jim se vio atrapado entre el fuego cruzado del soliloquio de su suegra y la rabia de su jardinero. Dijo que iría a echar una ojeada a las trampas.

Las encontró en el cobertizo de las herramientas, y también halló un rifle en el sótano. Mientras cruzaba el césped se encontró con la señora Garrison, una mujer delgada, de cabellos blancos, vestida en aquel momento con un desastrado uniforme de doncella y un sombrero de paja medio deshecho. Llevaba un gran ramo de flores en los brazos. Ella y su yerno se dieron mutuamente los buenos días, elogiaron el buen tiempo, y siguieron su camino en direcciones opuestas. Jim llevó las trampas y el rifle detrás de la casa. Timmy, su hijo, estaba allí, jugando a los médicos con Ingrid, la hija de la cocinera, una niña de once años, pálida y flacucha. Los dos lo observaron durante unos instantes y luego continuaron con sus juegos.

Jim engrasó las trampas y limó las lengüetas para que saltaran al más mínimo roce. Mientras probaba las trampas, apareció Agnes Shay llevando de la mano a Carlotta Bronson, otra de los nietos de la señora Garrison. Carlotta tenía cuatro años. Su madre se había ido aquel verano a la costa Oeste para conseguir el divorcio, y Agnes se vio ascendida de doncella a niñera. Tenía casi sesenta años y se tomaba su nuevo cargo con gran vehemencia. Desde la mañana hasta la noche, llevaba a Carlotta fuertemente sujeta de la mano.

Miró las trampas por encima del hombro de Jim y dijo:

—No debería usted colocarlas hasta después de que los niños se hayan acostado, señor Brown... Carlotta, no te acerques a esas trampas. Ven aquí.

—No las pondré hasta más tarde —dijo Jim.

—Figúrese, si uno de los niños quedara atrapado podría romperle una pierna —dijo Agnes—. También tendrá usted cuidado con esa escopeta, ¿verdad, señor Brown? Las armas están hechas para matar. Siempre que he visto alguna, ha habido después un accidente... Ven, Carlotta, vamos. Te pondré un delantal limpio y luego podrás jugar en la arena antes de tomarte el zumo y las galletas.

La pequeña entró en la casa tras ella, y juntas subieron por la escalera de atrás al cuarto de los niños. Cuando estuvieron solas, Agnes besó tímidamente a la niña en la cabeza, como si tuviera miedo de molestar a Carlotta con su afecto.

—No me toques, Agnes —dijo Carlotta.

—No, querida, no lo haré.

Agnes Shay tenía el genuino espíritu de doncella. Rociada con agua de lavar platos y colonias muy poco perfumadas, criada en dormitorios estrechos y privados de la luz del sol, en pasillos y escaleras traseras, en lavaderos, en armarios de ropa blanca, y en esos comedores para los criados que hacen pensar en cárceles, su alma se había ido volviendo dócil y yerma. El escalafón dentro del servicio le parecía algo tan justo e inflexible como los círculos del infierno. Hubiese estado tan poco dispuesta a cederle un sitio a la señora Garrison en la mesa de la cocina como su señora lo hubiera estado de sentarla en su melancólico comedor. Agnes disfrutaba con el ritual

de una casa grande. Corría las cortinas de la sala de estar al atardecer, encendía los candelabros en la mesa, y tocaba el gong para la cena con el entusiasmo de un monaguillo. En las noches que hacía buen tiempo, sentada entre los cubos de la basura y las leñeras, le gustaba recordar las caras de todas las cocineras que había conocido. Aquello hacía que su vida le pareciese más plena.

Agnes nunca había sido tan feliz como aquel verano. Le gustaban las montañas, el lago y el cielo, y se había enamorado de Carlotta con ardor juvenil. Se preocupaba por su propio aspecto. Se preocupaba por sus uñas, por su letra, por su educación. ¿Soy digna?, se preguntaba. La irritable e infeliz niña era su único lazo con la mañana, con el sol, con todas las cosas hermosas y estimulantes. Tocar a Carlotta, apoyar la mejilla sobre los cálidos cabellos de la niña, la colmaban de un sentimiento de recobrada juventud. La madre de Carlotta volvería de Reno en setiembre, y Agnes tenía ya pensado lo que iba a decirle: «¡Déjeme cuidar de Carlotta, señora Bronson! Mientras estuvo usted fuera, leí todos esos artículos del *Daily News* sobre el cuidado de los niños. Quiero a Carlotta. Está acostumbrada a mí. Sé lo que quiere...».

A la señora Garrison no le interesaban los niños, y con la señora Bronson en Reno, Agnes carecía de rivales, pero le atormentaba continuamente la idea de que pudiera sucederle algo a Carlotta. No la dejaba llevar una bufanda al cuello por temor a que se le enganchara en un clavo o en alguna puerta y la estrangulara. Cualquier escalera empinada, cualquier extensión de agua un poco profunda, el ladrido lejano de cualquier perro guardián asustaba a Agnes. Por la noche soñaba con un incendio en la casa y que ella, incapaz de salvar a Carlotta, terminaba arrojándose a las llamas. Ahora las trampas de acero y el rifle se habían añadido a todos sus otros motivos de ansiedad. Veía a Jim desde la ventana del cuarto de los niños. Las trampas no estaban montadas, pero eso no las hacía menos peligrosas, extendidas sobre el suelo, donde cualquiera podía pisarlas. En cuanto al rifle, Jim lo había desarmado y lo estaba limpiando con un trapo, pero Agnes tenía la impresión de que se hallaba cargado y de que apuntaba al corazón de Carlotta.

Jim oyó la voz de su mujer, y llevó las piezas del rifle a la terraza, donde Ellen estaba sentada en una hamaca, con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. Jim le dio un beso, y pensó en lo joven, esbelta y bonita que parecía. Durante su vida de casados habían pasado muy poco tiempo en el campo, y estar juntos en una tranquila y luminosa mañana hacía que los dos sintieran que habían recuperado la emoción de los primeros encuentros. La tibieza del sol, como un estado ininterrumpido de intenso deseo, les impedía ver los defectos del otro.

Aquella mañana habían planeado ir en coche a Black Hill y ver el sitio donde había vivido Emerson. A Ellen le gustaba visitar granjas abandonadas con la idea de comprar algún día una casa de campo. Jim le seguía la corriente en esto, aunque en realidad no le interesaba, y ella, a su vez, creía que lo estaba engañando y que algún día, en algún sitio, sobre alguna colina desolada, encontraría una granja que le llegara directamente al corazón.

Salieron hacia Black Hill en cuanto Ellen terminó de desayunar. Aquellas excursiones a hogares abandonados los habían llevado por carreteras secundarias en pésimas condiciones, y la que los condujo hasta Black Hill resultó tan mala como la peor que Jim había encontrado nunca. Resultaría infranqueable desde octubre hasta mayo.

Cuando llegaron al lugar donde Emerson había vivido, Ellen contempló primero la modesta y deteriorada granja, y después observó el rostro de Jim, para ver cuál sería su reacción. Ninguno de los dos habló. Donde ella veía encanto y seguridad, él tomaba únicamente conciencia de un avanzado estado de decrepitud y de una sensación de encarcelamiento.

La granja estaba en la parte alta de la colina pero dentro de un pliegue del terreno, y Jim advirtió que si bien la curva de nivel protegía la casa de los vientos procedentes del lago, también la privaba de la vista del agua y de las montañas. Se fijó, además, en que todos los árboles de buen tamaño dentro de un radio de mil metros a partir del escalón de la entrada, hecho de granito, habían sido talados. El sol daba de lleno sobre el tejado de estaño. En una de las ventanas de la fachada, como un símbolo de la mezquina vida rural que él detestaba, pensó Jim, se veía un descolorido adhesivo de la Cruz Roja.

Bajaron del coche y cruzaron el patio delantero. Las hierbas les llegaban hasta la cintura, y entre ellas abundaba el trébol oloroso. Los brezos arañaban los pantalones de Jim. Se quedó con el oxidado picaporte en la mano cuando trató de abrir la puerta. Luego siguió a Ellen con impaciencia a través de las oscuras y malolientes habitaciones, igual que lo había hecho a través de otros cuartos en un estado similar de decrepitud en Maine, en Massachusetts, en Connecticut y en Maryland. Ellen era una mujer de muchos temores inexpresables —al tráfico, a la pobreza, y, particularmente, a la guerra—, y aquellas casas remotas e improbables representaban para ella seguridad y el sentimiento de encontrarse a salvo.

—Por supuesto, si compráramos este sitio —dijo ella—, tendríamos que gastarnos por lo menos diez mil dólares en arreglarlo. No haríamos más que comprar el terreno. Me doy perfecta cuenta de ello.

—Bueno, tengo que admitir que seis mil dólares es un buen precio por toda esta tierra —dijo él discretamente. Encendió un cigarrillo y a través de una ventana con los cristales rotos contempló un montón de maquinaria agrícola oxidada.

—¿Te das cuenta? Podríamos tirar todos estos tabiques —dijo ella.

—Sí —asintió él.

—Cada vez estoy más convencida de que debemos tener un sitio nuestro, lejos de Nueva York —explicó Ellen—. Si hubiese una guerra, nos atraparía como a ratas. Claro que, si dejáramos la ciudad por completo, no estoy segura de que pudiéramos ganarnos la vida. Tal vez abriendo un almacén de productos congelados...

—Yo no sé mucho sobre procesos de congelación —dijo él.

Aquel diálogo era ya tan parte de sus estancias en el campo como nadar y beber,

pensó Jim, y sería breve.

—Entonces, ¿no te gusta este sitio? —preguntó Ellen, y cuando él dijo que no, suspiró y abandonando el oscuro zaguán salió a la luz del sol.

Él la siguió y cerró la puerta. Ellen miró hacia atrás como si su marido hubiese cerrado la puerta de la salvación, y luego lo cogió del brazo y fue caminando a su lado hasta el coche.

La señora Garrison, Ellen y Jim almorzaron aquel día en la terraza. Ingrid y Timmy lo hicieron en la cocina, y Agnes Shay dio de comer a Carlotta en el cuarto de los niños. Luego la desnudó, corrió las cortinas y la acostó. Ella se tumbó en el suelo al lado de la cama y se durmió profundamente. A las tres se despertó y llamó a Carlotta. La niña estaba sudorosa y de mal humor.

Después de vestir a Carlotta, Agnes bajó con ella al cuarto de estar. La señora Garrison la esperaba allí. Uno de los ritos de aquel verano era que pasara una hora con Carlotta todas las tardes. Al quedarse sola con su abuela, la niña se sentó muy erguida en una silla. La señora Garrison y Carlotta se aburrían mutuamente.

La vida de la señora Garrison había sido siempre extraordinariamente fácil, tan bien apoyada por sus amistades y por todo tipo de placeres que conservaba aún una sorprendente viveza. Era impulsiva, generosa y muy amable. Inquieta, también.

—¿Qué te parece que hagamos, Carlotta? —preguntó.

—No sé —dijo la niña.

—¿Quieres que te haga un collar de margaritas, Carlotta?

—Sí.

—Bueno, espérame aquí, entonces. No toques los caramelos ni las cosas de mi escritorio, ¿entendido?

La señora Garrison salió al vestíbulo y consiguió un cesto y unas tijeras. El césped debajo de la terraza terminaba bruscamente en un campo cubierto de margaritas blancas y amarillas. En seguida llenó el cesto. Cuando volvió al cuarto de estar, Carlotta seguía sentada muy tiesa en su silla. La señora Garrison no se fiaba de la niña, e inspeccionó el escritorio antes de instalarse en el sofá. Luego empezó a enhebrar las flores con aguja e hilo.

—Te voy a hacer un collar, un brazalete y una corona —dijo.

—No quiero un collar de margaritas —replicó Carlotta.

—Pero antes me has dicho que querías uno.

—Quiero un collar *de verdad* —dijo la niña—. Quiero uno de perlas, como el que tiene tía Ellen.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora Garrison.

Dejó a un lado la aguja y las flores. Se acordó de sus primeras perlas. Las había llevado en una fiesta en Baltimore. Había sido una fiesta maravillosa, y el recuerdo la emocionó por un momento. Luego se sintió vieja.

—Todavía no eres lo bastante mayor para tener perlas —le dijo a Carlotta—. No eres más que una niña. —Hablaban en voz baja, porque el recuerdo de Baltimore la había hecho pensar en otras fiestas; la del club náutico cuando se torció el tobillo y el baile de máscaras al que asistió disfrazada de sir Walter Raleigh. El día estaba resultando muy caluroso, y el calor adormilaba a la señora Garrison y la inclinaba a las reminiscencias. Pensó en Filadelfia y en las Bermudas, y se sumergió tanto en los recuerdos que se sobresaltó cuando Carlotta habló de nuevo.

—No soy una niña —dijo de pronto—. ¡Soy una chica mayor! —Se le quebró la voz y las lágrimas acudieron a sus ojos—. ¡Soy mayor que Timmy y que Ingrid y que todo el mundo!

—Ya te llegará el momento de ser mayor —dijo la señora Garrison—. Deja de llorar.

—Quiero ser una señora. Quiero ser una señora como tía Ellen y como mamá.

—¡Y cuando seas tan mayor como tu madre querrás ser niña de nuevo! —repuso la señora Garrison, enfadada.

—Quiero ser una señora —exclamó la niña—. No quiero ser pequeña. No quiero ser una niña.

—Ya está bien. Deja de llorar. Hace demasiado calor. No sabes lo que quieres. Mírame a mí: me paso la mitad del tiempo deseando ser más joven para poder bailar. Es ridículo, es perfectamente...

Advirtió una sombra que cruzaba bajo el toldo al otro lado de la ventana. Se acercó a ella y vio a Nils Lund, que se alejaba por el césped. Habría oído toda la conversación. Esto hizo que la señora Garrison se sintiera profundamente incómoda. Carlotta seguía llorando. Le molestaba mucho oír la llorar. Le pareció que el sentido de aquella tarde calurosa, que su vida misma, por un segundo, dependía de la felicidad de la niña.

—¿Hay algo que te apetezca hacer, Carlotta?

—No.

—¿Quieres un caramelo?

—No, muchas gracias.

—¿Te gustaría ponerte mis perlas?

—No, muchas gracias.

La señora Garrison decidió dar por terminada la conversación y llamó a Agnes para que acudiera a recoger a su nieta.

En la cocina, Greta y Agnes tomaban café. Ya estaban lavados los platos del almuerzo, y la agitación que precedía a la cena no había comenzado aún. La cocina estaba fresca y limpia, y en silencio los alrededores de la casa. Las dos se reunían allí todas las tardes; era la hora más agradable del día.

—¿Dónde está? —preguntó Greta.

—Está ahí dentro, con Carlotta —respondió Agnes.

—Esta mañana hablaba sola en el jardín —dijo Greta—. Nils la oyó. Ahora quiere que cambie de sitio algunos lirios. Nils no hará nada, ni siquiera cortará la hierba.

—Emma limpió la sala de estar —comentó Agnes—. Y acto seguido apareció ella con todas esas flores.

—El verano que viene vuelvo a Suecia —dijo Greta.

—¿Todavía cuesta cuatrocientos dólares?

—Sí —respondió Greta. Siempre tenía que hacer un esfuerzo para no utilizar *ja*, la palabra sueca—. Quizá el año que viene no cueste tanto. Pero si no voy el año que viene, Ingrid cumplirá los doce y tendrá que pagar billete completo. Quiero ver a mi madre; está mayor.

—Deberías ir —señaló Agnes.

—Fui en 1927, en 1935 y en 1937 —dijo Greta.

—Yo volví a casa en 1937 —dijo Agnes—. Esa fue la última vez. Mi padre era ya un anciano. Estuve allí todo el verano. Pensaba volver al año siguiente, pero ella me dijo que si me marchaba me despediría, así que no fui. Y aquel invierno mi padre murió. Quería verlo.

—Yo quiero ver a mi madre —declaró Greta.

—Aquí hablan mucho del paisaje —comentó Agnes—. ¡Unas montañitas insignificantes! Irlanda es como un jardín.

—¿Volvería a hacerlo?, me pregunto a mí misma —dijo Greta—. Ahora soy demasiado vieja. Mírame las piernas. Fíjate en mis varices. —Sacó una pierna de debajo de la mesa para que Agnes se la viera.

—No tengo ninguna razón para volver —aseguró Agnes—. Mis hermanos han muerto, los dos. No tengo a nadie fuera de aquí. Querría haber visto a mi padre.

—¡Ah, la primera vez que vine! —exclamó Greta—. Era como una fiesta en aquel barco. Hazte rica. Vuelve a casa. Hazte rica. Vuelve a casa.

—A mí me pasó lo mismo —dijo Agnes. Oyeron un trueno. La señora Garrison volvió a tocar el timbre, impaciente.

La tormenta llegó desde el norte. El viento se transformó en huracán, una rama verde cayó sobre el césped y por la casa resonaron gritos y el ruido de las ventanas al cerrarse de golpe. Cuando llegaron la lluvia y los relámpagos, la señora Garrison estuvo viéndolos desde la ventana de su dormitorio. Carlotta y Agnes se escondieron en un armario. Jim, Ellen y su hijo estaban en la playa y contemplaron la tormenta desde la puerta del cobertizo de los botes. Duró media hora y luego se alejó hacia el oeste, dejando la atmósfera más fría y transparente; pero la tarde se había esfumado.

Mientras los niños cenaban, Jim fue hasta el maizal, instaló las trampas y puso el cebo. Al volver colina abajo, le llegó desde la cocina el olor de un bollo que se hacía

en el horno. El cielo estaba limpio, la luz sobre las montañas era muy suave, y la casa parecía concentrar todas sus energías en la preparación de la cena. Jim vio a Nils junto al gallinero y le dio las buenas tardes, pero el jardinero no le respondió.

La señora Garrison, Jim y Ellen tomaron unos cócteles antes de cenar, luego vino con la comida, y para cuando se trasladaron a la terraza con el café y el coñac estaban un poquito borrachos. Anochecía.

—He tenido carta de Reno —anunció la señora Garrison—. Florrie quiere que me lleve a Carlotta a Nueva York cuando vaya el día 12 para la boda de Peyton.

—Shay morirá —dijo Ellen.

—Shay perecerá —la corrigió la señora Garrison.

El cielo daba la impresión de estar lleno de fuego. Veían el triste resplandor rojo entre los pinos. Los extraños vientos que soplan en las montañas inmediatamente antes de que oscurezca trajeron, desde más abajo, en el lago, las palabras de una canción, cantada por unas niñas que se hallaban allí de acampada:

Hay un campamento para chicas
en el lago Bellows.
Campamento Massassoit's
es su nombre.
Desde que sale el sol
hasta que acaba el día,
allí se pasa
estupendamente...

Las voces eran agudas, entusiastas, confiadas. Luego un cambio en la dirección del viento interrumpió la canción y trajo un poco de humo de leña hasta donde se hallaban los tres sentados. Se oyó el distante retumbar de un trueno.

—Siempre que oigo truenos —dijo la señora Garrison—, me acuerdo de que a Enid Clark la mató un rayo.

—¿Quién era? —quiso saber Ellen.

—Una mujer extraordinariamente desagradable. Una tarde se bañó frente a una ventana abierta y la mató un rayo. Su marido se había peleado con el obispo, así que el cortejo fúnebre no salió de la catedral. La instalaron junto a la piscina y celebraron el funeral allí, pero no había nada de beber. Nosotros volvimos en coche a Nueva York después de la ceremonia y tu padre se paró durante el camino en casa de un contrabandista de bebidas y compró una caja de botellas de whisky. Era sábado por la tarde y había un partido de fútbol y muchísimo tráfico en la zona de Princeton. Teníamos aquel chófer francocanadiense, y su manera de conducir siempre me ponía nerviosa. Hablé de ello con Ralph, y dijo que era una estupidez; cinco minutos después, el coche estaba boca abajo. Yo salí disparada por una ventanilla abierta y fui a caer en un pedregal, y lo primero que hizo tu padre fue mirar en el maletero para ver qué había pasado con el whisky. Allí me tenías, desangrándome, mientras él contaba las botellas.

La señora Garrison arregló la manta de viaje con que se tapaba las piernas y miró hacia el lago y las montañas entornando los ojos. El ruido de pasos en el camino de grava la alarmó. ¿Visitantes? Al volverse vio que se trataba de Nils Lund. El jardinero torció para cruzar el césped en dirección a la terraza, arrastrando los pies dentro de unos zapatos que le estaban grandes. El mechón que le caía sobre la frente, el pelo corto y descolorido, su silueta enjuta y la línea de los hombros hacían pensar a Jim en un muchacho. Era como si el desarrollo de Nils, su mismo espíritu, se hubiesen visto detenidos en algún verano de su juventud, aunque por otra parte se moviera con aire cansado y sin vivacidad, como un anciano con el corazón destrozado. Se acercó al borde de la terraza y habló en dirección a la señora Garrison, aunque sin mirarla:

—No voy a cambiar los lirios, señora Garrison.

—¿Cómo dice, Nils? —preguntó ella, inclinándose hacia adelante.

—Que no voy a cambiar los lirios.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiado trabajo. —La miró y habló airadamente—: Todo el invierno lo paso aquí solo, con nieve hasta el cuello. El viento hace tanto ruido que no me deja dormir. Llevo diecisiete años trabajando para usted y no ha venido nunca cuando hace mal tiempo.

—¿Qué tiene que ver el invierno con los lirios, Nils? —preguntó ella con calma.

—Tengo demasiado trabajo. Trasplanta los lirios. Trasplanta las rosas. Corta la hierba. Todos los días quiere usted algo distinto. ¿Por qué? ¿Por qué es usted mejor que yo? Lo único que sabe hacer es matar flores. Yo las hago crecer. Usted las mata. Si se funden los plomos, usted no sabe cómo cambiarlos. Si algo se sale, tampoco sabe qué hacer. Matar flores, eso es lo único que sabe hacer. Llevo diecisiete años esperándola todos los inviernos —gritó—. Usted me escribe: «¿Hace buen tiempo? ¿Están bonitas las flores?». Luego viene. Se sienta ahí. Bebe. Malditos sean. Usted mató a mi mujer. Ahora quiere matarme a mí. Usted...

—Cállese, Nils —dijo Jim.

El jardinero se dio la vuelta inmediatamente e inició la retirada cruzando el césped, sintiéndose de pronto tan avergonzado que parecía cojear. Ninguno de ellos dijo nada, porque tenían la impresión, después de verlo desaparecer detrás del seto, que quizá se hubiera escondido allí, esperando para oír lo que dijeran. Luego, Ingrid y Greta cruzaron el césped de vuelta de su paseo al anochecer, cargadas con piedras y flores silvestres que traían de aquellas excursiones para decorar sus habitaciones encima del garaje. Greta le dijo a Jim que había un animal en una trampa del maizal. A ella le parecía que se trataba de un gato.

Jim cogió el rifle y una linterna y subió la colina hacia el huerto. Al acercarse al maizal oyó unos débiles gemidos. Luego aquella criatura, la que fuese, empezó a golpear el suelo, con un ruido potente, tan regular como un latido, y acompañado por el entrecocar de los eslabones de la cadena sujeta a la trampa. Al llegar al maizal,

Jim dirigió la luz hacia los tallos rotos. El animal hizo un ruido silbante y se abalanzó hacia la luz, pero no podía librarse de la cadena. Era un mapache gordo y con joroba. En seguida se escondió de la luz entre el maíz destrozado. Jim esperó. La luz de las estrellas le permitía ver las altas y deshilachadas siluetas de las plantas de maíz, y cada vez que la brisa pasaba entre las hojas, entrechocaban como trozos de madera. El mapache, empujado por el dolor, empezó a golpear el suelo espasmódicamente. Jim mantuvo la linterna pegada al cañón del rifle y disparó dos veces. Cuando el mapache hubo muerto, soltó la trampa y la sacó del maizal junto con el cadáver.

Era una hermosa noche, tranquila e inmensa. En lugar de volver al camino, Jim tomó un atajo, atravesando el huerto y un campo para llegar al cobertizo de las herramientas. La tierra estaba muy oscura, y Jim se movía con precaución, aunque torpemente. El pesado cuerpo del mapache olía como un perro.

—Señor Brown, señor Brown, oh, señor Brown —llamaba alguien. Era Agnes. Se había quedado casi sin aliento y su voz destilaba preocupación. Carlotta y ella se hallaban en medio del campo, y en camión—. Oímos el ruido —explicó Agnes—. El disparo de la escopeta. Teníamos miedo de que hubiese habido un accidente. Yo ya sabía que a Carlotta no le había pasado nada, porque estaba junto a mí. ¿No es cierto, cariño? Pero no podíamos dormir. No podíamos cerrar los ojos después de oír el ruido. ¿No ha sucedido nada malo?

—No —dijo Jim—. Tan solo que había un mapache en el huerto.

—¿Dónde está el mapache? —preguntó Carlotta.

—El mapache se ha ido a hacer un viaje muy largo, cariño —explicó Agnes—. Vamos, ven conmigo, mi vida. Espero que ahora podamos ya dormir tranquilas, ¿no te parece?

Se dieron la vuelta, camino de la casa, avisándose la una a la otra sobre los palos y las zanjas y otros peligros del campo. Su conversación estaba llena de diminutivos, timidez y vaguedad. Jim quería ayudarlas, sentía un deseo apremiante de ayudarlas, de ofrecerles la linterna, pero llegaron a la casa sin su ayuda, y oyó cómo la puerta de atrás se cerraba y ahogaba sus voces.

LA MONSTRUOSA RADIO

Jim e Irene Westcott pertenecían a esa clase de personas que parecen disfrutar del satisfactorio promedio de ingresos, dedicación y respetabilidad que alcanzan los exalumnos universitarios, según las estadísticas de los boletines que ellos mismos editan. Eran padres de dos niños pequeños; llevaban casados nueve años; vivían en el piso doce de un bloque de apartamentos cerca de Sutton Place; iban al teatro una media de 10,3 veces al año y confiaban en residir algún día en Westchester. Irene Westcott era una muchacha agradable y no demasiado atractiva, de suave pelo castaño y frente fina y amplia sobre la que nada en absoluto había sido escrito; en tiempo frío solía usar un abrigo de turón teñido de tal forma que parecía visón. No podía afirmarse que Jim Westcott aparentase ser más joven de lo que era, pero al menos podía asegurarse que parecía sentirse más joven. Llevaba muy corto el pelo ya grisáceo, se vestía con la clase de ropa que su generación solía llevar en los campus de Andover, y su porte era formal, vehemente y deliberadamente ingenuo. Los Westcott se diferenciaban de sus amigos, vecinos y compañeros de estudios únicamente en su común interés por la música seria. Asistían a un gran número de conciertos, aunque raramente se lo decían a nadie, y pasaban gran parte de su tiempo escuchando música en la radio.

Tenían un aparato anticuado, sensible, imprevisible e imposible de reparar. Ninguno de los dos entendía sus mecanismos, ni tampoco el de los restantes artefactos domésticos; cuando la radio fallaba, Jim golpeaba con la mano uno de los lados de la caja. A veces servía de algo. Un domingo por la tarde, en mitad de un cuarteto de Schubert, la música se desvaneció por completo. Jim aporreó la caja varias veces, pero no hubo respuesta; habían perdido a Schubert para siempre. Prometió a Irene comprarle una radio nueva, y el lunes, al volver a casa después del trabajo, le dijo que había adquirido una. Se negó a describírsela, y añadió que cuando llegase le daría una sorpresa.

La tarde siguiente les entregaron la radio por la puerta de servicio y, con ayuda del portero y la sirvienta, Irene la desembaló y la llevó a la sala. Le disgustó en el acto la fealdad de la amplia caja de madera encolada. Estaba orgullosa de su cuarto de estar; había escogido el mobiliario y los colores con el mismo cuidado con que elegía sus vestidos, y ahora le parecía que la nueva radio era una intrusa agresiva en medio de sus pertenencias íntimas. Se quedó perpleja ante la cantidad de interruptores y botones del panel de mandos, y los examinó minuciosamente antes de insertar el enchufe en la pared y encender la radio. Una malévola luz verde bañó los botones, y como a distancia, percibió la música de un quinteto de piano. Los compases sonaron lejanos nada más que un segundo; luego se abatieron sobre Irene a una velocidad

mayor que la de la luz e inundaron la casa con tanta potencia que un objeto de porcelana cayó de una mesa al suelo. Corrió hacia el aparato y bajó el volumen. Las violentas fuerzas agazapadas dentro de la fea caja de madera encolada la hacían sentirse incómoda. Entonces los niños volvieron del colegio, y se los llevó al parque. Hasta última hora de la tarde, Irene no pudo volver a ocuparse de la radio.

La sirvienta ya había dado de cenar a los niños y supervisado su baño cuando Irene la encendió de nuevo, bajó el volumen y se sentó a escuchar un quinteto de Mozart que conocía y amaba. La música salía nítida. El sonido del nuevo aparato, pensó, era mucho más puro que el del antiguo. Decidió que lo más importante era el sonido y que podía esconder la fea caja detrás de un sofá. Pero tan pronto hubo hecho las paces con la radio empezaron las interferencias. Un crujido similar al chisporroteo de una mecha encendida acompañaba el cántico de las cuerdas. Más allá de la música se oía un susurro que a Irene, molesta, le recordó el mar, y a medida que el quinteto avanzaba, más y más ruidos iban sumándose al primero. Pulsó todos los interruptores y botones, pero nada atenuó las interferencias. Se sentó otra vez, presa de la frustración y el desconcierto, e intentó seguir el hilo de la melodía. El hueco del ascensor del inmueble daba a la pared de la sala, y precisamente el ruido de este le dio una pista sobre la causa de las interferencias. El chasquido de los cables del ascensor y el abrir y cerrar de sus puertas se reproducían en el altavoz del aparato, y, percatándose de que la radio era sensible a toda suerte de corrientes eléctricas, empezó a discernir a través de la música de Mozart el repiqueteo del teléfono, la acción de marcar el número y el lamento de una aspiradora. Escuchando con mayor atención, fue capaz de captar los timbres, los ruidos del ascensor, las máquinas de afeitar eléctricas y las batidoras, sonidos capturados de los apartamentos circundantes y transmitidos por el altavoz. La fea y potente radio, con su equívoca sensibilidad para la disonancia, escapaba a su dominio, así que apagó el cacharro y fue a ver qué tal estaban los niños.

Esa misma noche, al volver a casa, Jim Westcott se dirigió a la radio confiadamente y manipuló los mandos. Vivió una experiencia parecida a la de Irene. Un hombre hablaba en la emisora que Jim había elegido, y su voz creció al instante desde la lejanía hasta una potencia tal que estremeció la casa. Jim giró el botón del volumen y redujo el torrente de aquella voz. Las interferencias comenzaron un minuto o dos más tarde. Empezó el campanilleo de teléfonos y timbres, junto con el chasquido de las puertas de ascensor y la rotación de los electrodomésticos. El tipo de ruidos que la radio registraba había cambiado desde que Irene la había probado; habían desenchufado la última máquina de afeitar, las aspiradoras habían vuelto a sus armarios y las interferencias reflejaban el cambio de ritmo que impera en la ciudad tras la caída del sol. Jugueteeó con los botones del aparato pero no logró eliminar las interferencias; lo apagó por fin y le dijo a Irene que por la mañana llamaría a la gente que se la había vendido y que lo iban a oír.

La tarde siguiente, cuando Irene volvió a casa después de un almuerzo fuera, la

servienta le dijo que un hombre había venido y había arreglado la radio. Irene fue a la sala de estar antes de quitarse el sombrero y las pieles y probó el aparato. Por el altavoz empezó a oírse un disco; era el *Missouri Waltz*. Le recordó la chirriante y floja música de un anticuado fonógrafo que a veces podía oírse desde el otro lado del lago donde solía veranear. Esperó hasta que el vals hubo acabado, suponiendo que habría algún comentario sobre la grabación, pero no hubo ninguno. El silencio siguió a la música, y luego se repitió el chirriante y quejumbroso disco. Giró el sintonizador, y del aparato salió una agradable ráfaga de música caucasiana —golpeteo de pies desnudos en el polvo, tintinear de alhajas—, pero del fondo venían timbrazos y una algarabía de voces. Los niños llegaron entonces del colegio; Irene apagó la radio y se reunió con ellos en su habitación.

Cuando aquella noche Jim llegó a casa, estaba cansado; se dio un baño y se cambió de ropa. Luego se reunió con Irene en la sala. Acababa de poner la radio cuando la sirvienta anunció la cena, así que la dejó encendida y él e Irene se sentaron a la mesa, Jim estaba tan fatigado que ni siquiera simuló deseos de mostrarse sociable. No hubo nada en la cena que atrajese la atención de Irene, de modo que su atención se centró en la comida para después desviarse al brillo plateado que cubría los candelabros y más tarde a la música en la otra habitación. Escuchó unos minutos un preludio de Chopin y se sintió de pronto sorprendida al oír que irrumpía la voz de un hombre:

«Por el amor de Dios, Kathy —dijo—, ¿siempre tienes que tocar el piano justo cuando llego a casa?».

La música cesó bruscamente.

«Es el único momento que tengo —dijo una mujer—. Estoy todo el día en la oficina».

«Y yo también», dijo el hombre.

Agregó algo obsceno sobre un piano vertical y salió dando un portazo. La apasionada y melancólica música sonó de nuevo.

—¿Has oído eso? —preguntó Irene.

—¿Qué?

Jim estaba tomando el postre.

—La radio. Un hombre ha dicho algo mientras la música seguía sonando. Una palabrota.

—Una obra de teatro probablemente.

—No lo creo —dijo Irene.

Dejaron la mesa y tomaron el café en la sala de estar. Irene pidió a Jim que pusiera otra emisora. Él giró el botón.

«¿Has visto mis ligas?», preguntó un hombre.

«Abróchame», pidió una mujer.

«¿Has visto mis ligas?», repitió el hombre.

«Primero abróchame y luego buscaré tus ligas», dijo la mujer.

Jim cambió de emisora.

«Me gustaría que no dejases los corazones de las manzanas en los ceniceros —dijo un hombre—. Detesto el olor».

—Es extraño —dijo Jim.

—Sí, ¿verdad? —dijo Irene.

Jim volvió a girar el botón.

«En las orillas de Coromandel, donde crecen las tempranas calabazas —dijo una mujer con marcado acento inglés—, en medio de los bosques vivía el Gran Patazas. Dos antiguas sillas, la mitad de una vela, una jarra sin asas más vieja que mi abuela...».

—¡Dios mío! —exclamó Irene—. Es la niñera de los Sweeney.

«Ninguna otra cosa tenía en el mundo», prosiguió la voz inglesa.

—Apaga la radio —dijo Irene—. Quizá puede oírnos.

Jim la apagó.

—Era la señorita Armstrong, la niñera de los Sweeney —expresó Irene—. Le estará leyendo a la niña pequeña. Viven en el 17-B. He hablado con la señorita Armstrong en el parque. Conozco muy bien su voz. Seguramente estamos captando lo que ocurre en otras casas.

—Imposible —dijo Jim.

—Te digo que era la niñera de los Sweeney —repitió Irene, acalorada—. Conozco su voz. La conozco muy bien. Me pregunto si nos oyen los vecinos.

Jim encendió la radio. Primero a lo lejos y después más cerca, cada vez más cerca, como transportado por el viento, se oía otra vez el diáfano acento de la niñera:

«“¡Mi Maria, mi Maria!, sentado entre estas calabazas, ¿vendrás y serás mi esposa?”, dijo triste el Gran Patazas».

Jim se acercó a la radio y dijo: «Hola», muy alto junto al altavoz.

«“Estoy harto de vivir sin compañía —siguió la niñera—, en esta ribera tan salvaje y umbría, la vida me resulta muy penosa; si tú vienes y quieres ser mi esposa, mi existencia se volverá muy hermosa...”».

—Creo que no puede oírnos —dijo Irene—. Busca otra cosa.

Jim puso otra emisora, e inundó la habitación el alboroto de una fiesta que se había salido de madre. Alguien tocaba el piano y cantaba *Whiffenpoof song*, las voces que lo acompañaban eran alegres, enérgicas. «Come más bocadillos», gritó una mujer. Se oyeron carcajadas, y un plato o algo semejante se estrelló contra el suelo.

—Deben de ser los Fuller, en el 2-E —dijo Irene—. Sé que esta tarde daban una fiesta. La vi a ella en la tienda de licores. ¡Es como un fenómeno sobrenatural! Pon otra cosa. Trata de captar a los del 18-C.

Los Westcott oyeron esa noche un monólogo sobre la pesca del salmón en Canadá, una partida de bridge, comentarios directos sobre una película casera, al parecer filmada durante una estancia de dos semanas en Sea Island, y una agría disputa doméstica a propósito de unos números rojos en un banco. Apagaron la radio

a medianoche y se fueron a la cama, cansados de tanto reír. En un momento dado de la noche, su hijo empezó a llamar pidiendo un vaso de agua, e Irene se levantó y se lo llevó a su cuarto. Era muy temprano. Todas las luces del vecindario estaban apagadas, y por la ventana de la habitación del niño Irene vio la calle vacía. Fue a la sala y encendió la radio. Se oyeron toses débiles, un gemido, y luego habló un hombre:

«¿Estás bien, cariño?», preguntó.

«Sí —respondió una mujer, con voz cansada—. Sí, estoy bien, supongo. —Y luego añadió muy sentidamente—: Pero ¿sabes, Charlie?, ya no me siento yo misma. En una semana me siento yo misma, como mucho, quince o veinte minutos. No quiero que me vea otro médico, porque los honorarios que debemos pagar son ya demasiados, pero no me siento yo misma, Charlie. Nunca volveré a sentirme como antes».

No eran jóvenes, pensó Irene. Adivinó por el timbre de sus voces que eran personas de mediana edad. La contenida melancolía del diálogo y una corriente de aire que entró por la ventana del dormitorio le dieron escalofríos, y volvió a acostarse.

A la mañana siguiente, Irene preparó el desayuno para su familia —la sirvienta no subió hasta las diez de su habitación en el sótano—, hizo las trenzas a la niña y esperó en la puerta hasta que sus hijos y su marido se alejaron en el ascensor. Luego fue a la sala y puso la radio.

«No quiero ir al colegio —gritó un niño—. Odio el colegio. No quiero ir al colegio. Lo odio».

«Irás al colegio —dijo una mujer, furiosa—. Pagamos ochocientos dólares para que vayas, e irás aunque te mueras».

El siguiente número que probó en el dial le trajo el gastado disco del *Missouri Waltz*. Cambió de emisora e invadió la intimidad de varias mesas de desayuno.

Sorprendió muestras de indigestión, de amor carnal, de insondable vanidad, de fe y de desesperación. La vida de Irene era casi tan simple y protegida como aparentaba serlo, y el lenguaje franco y en ocasiones brutal que emitía el altavoz aquella mañana le produjo asombro y malestar. Siguió escuchando hasta que llegó la sirvienta. Entonces apagó a prisa la radio, consciente de que aquella invasión de intimidades ajenas era algo furtivo. Irene tenía aquel día una cita para comer con una amiga, y salió de casa poco después de las doce. Había unas cuantas mujeres en el ascensor cuando este se paró en su piso.

Miró con fijeza sus rostros bellos e impasibles, sus pieles y las flores de tela en sus sombreros. ¿Cuál de ellas había estado en Sea Island? ¿Cuál había tenido un descubierto en su cuenta bancaria? El ascensor se detuvo en la décima planta y entró una mujer con un par de perros terrier. Llevaba un peinado alto y lucía una capa de

visión. Tarareaba el *Missouri Waltz*.

Irene tomó dos martinis durante el almuerzo, miró de forma inquisitiva a su amiga y se preguntó cuáles serían sus secretos. Habían planeado ir de compras después de comer, pero Irene se disculpó y regresó a casa. Dijo a la sirvienta que nadie la molestara; luego entró en la sala, cerró las puertas y encendió la radio. A lo largo de esa tarde, escuchó la conversación entrecortada de una mujer que entretenía a su tía, el epílogo histórico de una comida con invitados, y a una anfitriona que daba instrucciones a su criada a propósito de ciertos asistentes al cóctel.

«No des el mejor whisky a los que no tengan el pelo blanco —dijo—. Trata de deshacerte de ese paté de hígado antes de servir los platos calientes. Y otra cosa: ¿podrías prestarme cinco dólares? Quiero darle una propina al ascensorista».

A medida que la tarde declinaba, las conversaciones ganaban en intensidad. Desde donde Irene se había sentado, veía el cielo abierto sobre el East River. Había cientos de nubes en el firmamento, como si el viento del sur hubiese roto en pedazos el invierno y lo transportara al norte, y en la radio oía la llegada de los invitados al cóctel y el retorno de los niños y los hombres de negocios de colegios y oficinas.

«Esta mañana encontré un diamante de tamaño considerable en el suelo del baño —dijo una mujer—. Seguramente se cayó de la pulsera que la señora Dunston llevaba anoche».

«Lo venderemos —dijo un hombre—. Llévaselo al joyero de Madison Avenue y véndeselo. A la señora Dunston no va a suponerle nada, y a nosotros nos vendrán bien un par de cientos de dólares...».

«Naranjas y limones, dice la campana de Santa Ana —cantaba la niñera de los Sweeney—. Medio penique y un chelín, dice la campana de San Martín. ¿Cuándo tu deuda habrás saldado?, dicen las campanas del viejo juzgado...».

«No es un sombrero, es un asunto sentimental —gritaba una mujer, y a su espalda se oía el bullicio del cóctel—. No es un sombrero, es un idilio. Es lo que dijo Walter Florell. Dijo que no es un sombrero, sino un idilio. —Y luego, en voz más baja, la misma mujer añadió—: Habla con alguien, por el amor de Dios, cariño, habla con alguien. Si ella te pilla aquí parado sin hablar con nadie, nos borrará de su lista de invitados, y me encantan estas fiestas».

Los Westcott cenaban fuera aquella noche, y cuando Jim llegó a casa, Irene se estaba vistiendo. Parecía triste y ausente, y él le sirvió una copa. Cenaban con unos amigos de la vecindad, y fueron andando hasta su domicilio. El cielo estaba despejado y lleno de luz. Era uno de esos espléndidos atardeceres de primavera que excitaban la memoria y el deseo, y el aire que rozaba su cara y sus manos era muy suave. En la esquina, una banda del Ejército de Salvación tocaba *Jesús es más dulce*. Irene cogió por el brazo a su marido y le retuvo allí durante un minuto, para escuchar la música.

—Son gente buena de verdad, ¿no te parece? —dijo—. Tienen una cara tan agradable... En realidad, son mucho más agradables que mucha otra gente que

conocemos.

Sacó un billete de su monedero, se aproximó a ellos y lo depositó en la pandereta. Cuando regresó junto a su marido, en el rostro de Irene había una radiante melancolía que a él no le era familiar. Y su comportamiento durante la cena de aquella noche también pareció extrañar a Jim. Ella interrumpió de manera descortés a su anfitriona y miró a las personas del otro lado de la mesa con una intensidad por la que habría castigado a sus hijos.

Seguía haciendo buen tiempo cuando volvieron a casa caminando, e Irene contempló las estrellas primaverales.

—Qué lejos envía sus rayos aquella lucecita —exclamó—. Así brilla una buena acción en un mundo malvado.

Esa noche aguardó hasta que a Jim lo venció el sueño. Se levantó, fue a la sala y encendió la radio.

La tarde del día siguiente, Jim regresó del trabajo a eso de las seis. Emma, la sirvienta, le abrió la puerta, y él ya se había quitado el sombrero y se estaba quitando el abrigo cuando Irene llegó corriendo al recibidor. Tenía la cara arrasada por las lágrimas y el pelo desordenado.

—¡Sube al 16-C, Jim! —chilló—. No te quites el abrigo. Sube al 16-C. El señor Osborn le está pegando a su mujer. Han estado riñendo desde las cuatro en punto, y ahora le está pegando. Sube y deténlo, Jim.

Jim oyó alaridos, palabrotas y ruidos procedentes de la radio que estaba en la sala.

—Sabes que no deberías escuchar esas cosas —dijo.

Entró a zancadas en la sala y giró el interruptor.

—Es indecente —dijo—. Es como fisgar por las ventanas. Sabes muy bien que no debes escuchar cosas como estas. Puedes apagar la radio.

—¡Oh, es tan horrible, tan espantoso! —Irene sollozaba—. He estado escuchando todo el día, y es tan deprimente.

—Bien, si es tan deprimente, ¿por qué escuchas? Compré esa maldita radio para que te distrajeras —dijo—. Pagué un montón de dinero. Pensé que te haría feliz. Quería hacerte feliz.

—No, no, por favor, no nos peleemos —gimió ella, y descansó su cabeza en el hombro de él—. Todo el mundo ha estado riñendo todo el día. Todo el mundo se ha estado peleando. Todos tienen problemas de dinero. La madre de la señora Hutchinson está muriéndose de cáncer en Florida y no tienen suficiente dinero para enviarla a la clínica Mayo. Por lo menos eso dice el señor Hutchinson; dice que no tiene el dinero que hace falta. Y una mujer de este edificio está liada con el portero, con ese repugnante portero. Da náuseas. Y la señora Melville padece del corazón, y el señor Hendricks va a perder su empleo en abril, y su mujer está inaguantable a causa de ese asunto, y la chica que toca el *Missouri Waltz* es una puta, una puta vulgar, y el ascensorista tiene tuberculosis, y el señor Osborn ha estado pegándole a la señora Osborn.

Gimoteó, tembló de congoja y frenó con el dorso de la mano el río de lágrimas que surcaba su cara.

—Bueno, pero ¿por qué tienes que escuchar? —preguntó Jim de nuevo—. ¿Por qué tienes que oír todas esas cosas si te entristecen tanto?

—¡Oh, no, no, no! —gritó ella—. La vida es tan terrible, tan sórdida y espantosa. Pero nosotros nunca hemos sido así, ¿verdad que no, cariño? ¿Verdad que no? Me refiero a que siempre hemos sido buenos, decentes y cariñosos el uno con el otro, ¿no es cierto? Y tenemos dos niños, dos niños preciosos. Nuestra vida no es sórdida, ¿verdad, cielo? ¿Verdad que no?

Le echó los brazos al cuello y atrajo la cara de Jim hacia la suya.

—Somos felices, ¿no es así, cariño? Somos felices, ¿verdad?

—Claro que somos felices —dijo él, cansado. Empezaba a olvidar su enfado—. Por supuesto que lo somos. Mandaré que arreglen esa maldita radio, o les diré que se la lleven. —Acarició el suave cabello de su mujer—. Mi pobre niña —dijo.

—Me quieres, ¿verdad? —preguntó ella—. Y no andamos siempre criticando ni preocupados por el dinero, y somos honrados, ¿verdad?

—Sí, cariño.

Un hombre llegó por la mañana y arregló la radio. Irene la encendió con cautela y oyó con gozo un anuncio del vino de California y una grabación de la Novena Sinfonía de Beethoven, incluida la *Oda a la alegría*, de Schiller. Dejó puesta la radio todo el día y nada inconveniente salió por el altavoz.

Retransmitían una suite española cuando Jim volvió a casa.

—¿Todo va bien? —preguntó.

Está pálido, pensó Irene. Bebieron algunos cócteles y se pusieron a cenar oyendo el Coro de los Gitanos de *Il Trovatore*. Luego radiaron *La Mer*, de Debussy.

—Hoy he pagado la factura de la radio —dijo Jim—. Cuatrocientos dólares. Espero que la disfrutes.

—Oh, seguro que sí —dijo Irene.

—Cuatrocientos dólares es bastante más de lo que puedo permitirme —prosiguió Jim—. Quería comprar algo que tú disfrutaras. Es el último lujo que podemos permitirnos este año. He visto que no has pagado todavía las facturas de tus vestidos. Las he visto sobre tu tocador. —La miró de frente—. ¿Por qué me dijiste que ibas a pagarlas? ¿Por qué me has mentado?

—No quería preocuparte, Jim —dijo. Bebió un poco de agua—. Pagaré esas cuentas con mi subsidio de este mes. El mes pasado hubo que pagar las fundas y la fiesta aquella.

—Tienes que aprender a emplear el dinero que te doy de un modo un poco más inteligente, Irene —dijo—. Tienes que entender que este año no disponemos de tanto dinero como el año pasado. Hoy he tenido una conversación muy seria con Mitchell.

Nadie compra nada. Nos pasamos el tiempo promoviendo nuevos artículos, y ya sabes que todo eso va muy despacio. No soy precisamente joven, ya me entiendes. Tengo treinta y siete años. Tendré el pelo gris el año que viene. No todo me ha salido tan bien como esperaba. Y no creo que las cosas mejoren.

—Sí, cariño —asintió ella.

—Tenemos que empezar a hacer recortes en los gastos —dijo Jim—. Hay que pensar en los niños. Para ser del todo sincero contigo, el dinero me preocupa mucho. No tengo ninguna seguridad respecto del futuro. Nadie la tiene. Por si me ocurre algo tenemos mi seguro de vida, pero con eso hoy día no se puede ir muy lejos. He trabajado muy duro para daros una vida confortable a ti y a los niños —declaró amargamente—. No quiero ver todas mis energías, toda mi juventud, desperdiciada en abrigos de pieles, radios, fundas y...

—Por favor, Jim —dijo ella—. Por favor. Pueden oírnos.

—¿Quién puede oírnos? Emma no puede.

—La radio.

—Oh, ¡estoy harto! —gritó—. Me asquean tus aprensiones. La radio no puede oírnos. Nadie puede oírnos. ¿Y qué si nos oyen? ¿A quién le importa?

Irene se levantó de la mesa y fue a la sala. Jim se acercó a la puerta y le gritó desde allí.

—¿Por qué te has vuelto tan mojigata de repente? ¿Qué ha hecho que te conviertas de golpe en una monjita? Robaste las joyas de tu madre antes de que legalizasen su testamento. No le diste a tu hermana ni un céntimo de ese dinero que se suponía que era para ella, ni siquiera cuando lo necesitaba. Hiciste desgraciada a Grace Howland, y ¿dónde estaban tu piedad y tu virtud cuando fuiste a abortar? Nunca he olvidado lo tranquila que estabas. Preparaste tu bolsa y te fuiste a que asesinaran a un niño como quien se va de vacaciones a Nassau. Si por lo menos hubieras tenido alguna razón, si hubieras tenido un buen motivo...

Irene permaneció un minuto ante la monstruosa caja, avergonzada, asqueada, pero mantuvo su mano en el interruptor antes de apagar la música y las voces, confiando en que el aparato quizá le hablase amablemente, en que tal vez oyese a la niñera de los Sweeney. Jim seguía gritándole desde la puerta. La voz de la radio era suave, inofensiva:

«Un desastre ferroviario en Tokio esta mañana temprano causó la muerte de veintinueve personas —se oyó por el altavoz—. A primera hora de la mañana, las monjas de un hospital católico extinguieron el fuego que se produjo en el centro, situado cerca de Buffalo y consagrado a la asistencia de niños ciegos. La temperatura es de ocho grados centígrados. La humedad es del ochenta y nueve por ciento».

OH, CIUDAD DE SUEÑOS ROTOS

Cuando el tren de Chicago salió de Albany y empezó a traquetear valle fluvial abajo, camino de Nueva York, los Malloy, que ya habían vivido con anterioridad muchos momentos emocionantes, sintieron que se les aceleraba la respiración, como si no hubiese suficiente aire en el vagón. Enderezaron las espaldas y alzaron las cabezas, en busca de oxígeno, como la tripulación de un submarino condenado. La niña, Mildred-Rose, halló una envidiable manera de evitar la incomodidad. Se quedó dormida. Evarts Malloy quiso bajar las maletas del portaequipajes, pero Alice, su mujer, consultó la guía de ferrocarriles y le dijo que era demasiado pronto. Luego miró por la ventanilla y vio el noble río Hudson.

—¿Por qué lo llaman el fin de América? —preguntó a su marido.

—El Rin —corrigió Evarts—. El Rin, no el fin.

—Ah.

La víspera habían abandonado su hogar en Wentworth, Indiana, y a pesar de la excitación del viaje y la brillantez del punto de destino, ambos se preguntaban de vez en cuando si no habrían olvidado cerrar la llave del gas y apagar la fogata de la basura detrás del cobertizo. Al igual que esa gente que en ocasiones se ve en Times Square los sábados por la noche, se habían vestido con ropas reservadas ex profeso para aquel desplazamiento.

El calzado ligero que Evarts llevaba tal vez no había salido nunca del fondo del armario desde el entierro de su padre o la boda de su hermano. Alice estrenaba guantes nuevos: se los habían regalado una Navidad, haría diez años. Él, por su parte, había guardado durante años en el cajón de arriba del escritorio el deslustrado pasador del cuello de la camisa, la aguja de la corbata con sus iniciales y su cadena dorada, los calcetines de fantasía, el pañuelo de seda artificial del bolsillo superior de la chaqueta y el falso clavel de la solapa, firmemente convencido de que la vida, algún día, lo alejaría de Wentworth.

Alice Malloy tenía los cabellos recios y oscuros, y su rostro enjuto recordaba a veces a su marido —que la amaba más de lo que él creía— el portal de una casa de vecinos en un día de lluvia: un semblante largo, inexpresivo y apenas iluminado, un corredor por el que pasaban los suaves éxtasis y los infortunios de los pobres. Evarts Malloy era muy flaco. Había sido conductor de autobús y era algo cargado de espaldas. Su hija dormía con el pulgar en la boca. Tenía el pelo oscuro, y su carita sucia era alargada como la de su madre. Cuando una violenta sacudida del tren la despertó, se chupó ruidosamente el dedo gordo hasta sumirse de nuevo en su sopor. No había podido atesorar tantas galas como sus padres (tenía solo cinco años), pero lucía un abrigo de piel blanco. Varias generaciones atrás se había perdido el sombrero

y el manguito a juego; la piel del abrigo estaba reseca y desgarrada, pero ella la acariciaba en sueños, como si poseyera notables propiedades que la convencían de que todo iba bien, muy bien.

El revisor que recorría el vagón marcando billetes desde Albany reparó en los Malloy: algo en el aspecto de aquellos tres le preocupó. Cuando volvió a pasar, se detuvo junto a su asiento y charló un rato con ellos, primero sobre Mildred-Rose y después sobre el viaje.

—¿Primera vez que van a Nueva York? —preguntó.

—Sí —respondió Evarts.

—¿A visitar la ciudad?

—Oh, no —dijo Alice—. En viaje de negocios.

—¿A buscar trabajo? —quiso saber el revisor.

—Oh, no —dijo Alice—. Cuéntaselo, Evarts.

—Bueno, en realidad, no se trata de un trabajo —dijo Evarts—. Quiero decir que no busco trabajo. Verá, ya tengo un empleo.

Su actitud era amistosa y sencilla, y contó la historia con entusiasmo, porque el revisor era el primer extraño interesado en conocerla.

—Estuve en el ejército, ¿sabe?, y luego, cuando me licenciaron, volví a casa y empecé otra vez con el autobús. Soy chófer nocturno de autobuses. Pero ese trabajo no me gustaba. Comencé a sentir dolores de estómago, y conducir de noche me estropeaba la vista, así que en los ratos libres, por las tardes, empecé a escribir una comedia. Verá usted, en la Nacional 7, cerca de Wentworth, donde vivimos, hay una vieja llamada mamá Finelli, que tiene una gasolinera y un criadero de serpientes. Es un personaje con mucho jugo y gancho, así que me decidí a escribir una comedia sobre ella. Tiene muchísimos dichos con jugo y con gancho. Bueno, pues escribí el primer acto, y entonces Tracey Murchison, el director teatral, vino de Nueva York a dar una conferencia en el Club de Mujeres sobre los problemas del teatro. Bueno, pues Alice fue a la conferencia, y cuando él se estaba quejando, cuando Murchison se quejó de la falta de jóvenes dramaturgos, Alice levantó la mano y le dijo a Murchison que su marido era un joven dramaturgo y que a ver si él quería leer la obra de su marido. ¿No fue así, Alice?

—Sí —asintió Alice.

—Bueno, el hombre se hizo de rogar —prosiguió Evarts—. Murchison venga a poner pegas, pero Alice no lo dejaba en paz, con toda aquella gente escuchando, y cuando el hombre acabó su conferencia, ella fue derecha al estrado y le dio la obra; la llevaba en el bolso. Después lo acompañó al hotel y se sentó a su lado hasta que Murchison acabó de leer la pieza, o sea, el primer acto. El único escrito. Bueno, pues resulta que en la obra hay un papel que él quería que interpretase su mujer, Madge Beatty, y cuanto antes. Supongo que usted sabe quién es Madge Beatty. ¿Y sabe qué hizo él, entonces? ¡Se sentó, rellenó un cheque de treinta y cinco dólares y dijo que Alice y yo fuéramos a Nueva York! Así que sacamos todo el dinero de la caja de

ahorros, zanjamos todos los asuntos pendientes y aquí estamos.

—Bueno, me figuro que de ahí se puede sacar un montón de dinero —dijo el revisor. Luego les deseó buena suerte y se marchó.

Evarts quiso bajar las maletas en Poughkeepsie y otra vez lo mismo en Harmon, pero Alice buscó ambas localidades en su guía y lo obligó a esperar. Ninguno de los dos había estado nunca en Nueva York, y conforme iban acercándose a la ciudad empezaron a mirar por las ventanillas con creciente avidez. Como Wentworth era un villorrio deprimente, incluso los tugurios de Manhattan les parecieron maravillosos aquella tarde. Cuando el tren se adentró en la oscuridad bajo Park Avenue, Alice se sintió cercada por la presencia de aquellos bloques gigantescos. Despertó a Mildred-Rose y ató el gorro de la chiquilla con dedos trémulos.

Cuando se aparearon del tren, Alice advirtió que el pavimento, al fondo de la estación, tenía un brillo escarchado, y se preguntó si habrían sembrado diamantes en el cemento. Prohibió a Evarts que preguntase direcciones.

—Si se dan cuenta de que somos de pueblo, nos despluman —susurró.

Deambularon por la sala de espera con suelo de mármol, atentos al ruido del tráfico y a las bocinas de coches como si fueran la esencia de la vida. Alice había estudiado previamente un mapa de Nueva York, y al salir de la estación ya sabía adónde ir. Recorrieron la calle Cincuenta y Dos hasta la Quinta Avenida. Las caras que veían al pasar les parecieron resueltas y abstraídas, como si pertenecieran a personas que regían los destinos de magnas industrias. Evarts nunca había visto tantas mujeres hermosas, tantos rostros agradables, jóvenes, prometedores de fácil conquista. Era una tarde de invierno, y la clara luz de la ciudad tenía un matiz violeta, exactamente como la luz de los campos que rodeaban Wentworth.

Su destino, el hotel Mentone, estaba en una calle lateral, al oeste de la Sexta Avenida. Era un lugar sombrío, de aposentos malolientes y comida deplorable. El techo del vestíbulo tenía tantos estucos y dorados como las capillas del Vaticano. El alojamiento era popular entre los ancianos y atractivo para las personas de mala reputación, y los Malloy lo habían encontrado porque el Mentone se anunciaba en todas las carteleras de las estaciones ferroviarias del Oeste. Muchas almas cándidas se habían alojado allí; su humildad y su dulzura habían prevalecido sobre la evidente atmósfera de esplendor ruinoso y mezquino vicio, y habían depositado en todos los dormitorios ese humilde olor que evoca el de una tienda de piensos pueblerina en una tarde de invierno. Un botones los llevó a su habitación. En cuanto este se retiró, Alice inspeccionó el baño y abrió las cortinas. La ventana daba a una pared de ladrillo, pero al levantarla oyó el rumor del tráfico, que sonaba, al igual que en la estación, como la titánica e irresistible voz de la vida misma.

Esa tarde, los Malloy hallaron el camino hasta el restaurante Automat de Broadway. Gritaron de alegría ante los mágicos grifos de café y las puertas de cristal que se

abrían solas.

—Mañana comeré alubias blancas —exclamó Alice—, y pasado mañana pastel de pollo, y al día siguiente croquetas de pescado.

Después de cenar salieron a la calle. Mildred-Rose caminaba entre sus padres, cogida de sus manos callosas. Estaba oscureciendo, y las luces de Broadway respondieron a sus sencillas plegarias. Arriba, en el aire, había enormes imágenes, brillantemente iluminadas, de sangrientos héroes, criminales amantes, monstruos y bandidos armados. Un revoltijo de luz deletreaba títulos de películas y marcas de refrescos, restaurantes y cigarrillos, y a lo lejos se divisaba el resplandor del crepúsculo invernal más allá del Hudson. Al este, los altos edificios iluminados parecían arder, como si hubiese caído fuego sobre sus sombrías siluetas. El aire rezumaba música, y la luz brillaba más que la del día. Vagaron entre el gentío durante horas.

El paseo cansó a Mildred-Rose, que empezó a lloriquear; al cabo, sus padres la llevaron de vuelta al hotel. Alice estaba ya desnudándose cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Evarts.

Un botones apareció en la entrada. Tenía cuerpo de muchacho, pero su rostro era triste y arrugado.

—Solo quería ver si estaban a gusto —dijo—. Quería preguntarles si les apetecía una gaseosa o un poco de agua helada.

—Oh, no, gracias, muy amable —respondió Alice—. De todas formas, se lo agradecemos.

—¿Es la primera vez que vienen a Nueva York? —preguntó el botones. Cerró la puerta tras él y se sentó en el brazo de una silla.

—Sí —asintió Evarts—. Salimos ayer de Wentworth, Indiana, en el tren de las nueve y cuarto, vía South Bend. De ahí a Chicago. Comimos allí.

—Yo tomé pastel de pollo —dijo Alice—. Estaba delicioso.

Le metió a Mildred-Rose el camisón por la cabeza.

—Y por fin, Nueva York —dijo Evarts.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó el botones—. ¿Aniversario?

Cogió un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y se dejó caer en la silla.

—Oh, no —dijo Evarts—. Nos ha tocado el gordo.

—Las vacas gordas —añadió Alice.

—¿Un concurso? —preguntó el botones—. ¿Algo parecido?

—Oh, no —dijo Evarts.

—Díselo, Evarts —lo apremió Alice.

—Sí —dijo el botones—. Dígamelo, Evarts.

—Bueno, verá, la cosa empezó así.

Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Yo estaba en el ejército, ¿sabe?, y cuando me licenciaron volví a Wentworth...

Repitió al botones la historia que había contado al revisor.

—¡Oh, qué suerte la suya, ustedes sí que son gente con suerte! —exclamó el botones cuando Evarts concluyó el relato—. ¡Tracey Murchison! ¡Madge Beatty! Tienen suerte, mucha suerte.

Miró la habitación pobremente amueblada. Alice estaba instalando a la niña en el sofá donde iba a dormir. Sentado en el borde de la cama, Evarts columpiaba las piernas.

—Lo que usted necesita es un buen agente —sentenció el botones. Escribió un nombre y unas señas en un pedazo de papel y se lo tendió a Evarts—. La agencia Hauser es la mayor del mundo —dijo—, y Charlie Leavitt es el mejor hombre que tienen. Cuénteles a Charlie sus problemas, con toda libertad, y si él le pregunta quién lo envía, dígame que lo manda Bitsey. —Se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches. Ustedes son gente con suerte. Buenas noches. Dulces sueños. Felices sueños.

Los Malloy eran los diligentes vástagos de una estirpe trabajadora, y a las seis y media de la mañana estaban ya en pie. Se lavaron la cara y las orejas y se cepillaron los dientes. A las siete en punto salieron rumbo al Automat. Evarts no había dormido. El ruido del tráfico se lo había impedido, y se pasó toda la noche pegado a la ventana. Sentía la boca arrasada de tanto fumar, y la falta de sueño lo ponía nervioso. Les sorprendió ver que la ciudad dormitaba todavía; ese hecho les chocó. Desayunaron y volvieron al hotel. Evarts llamó a la oficina de Tracey Murchison, pero nadie contestó. Telefonó varias veces. A las diez en punto, una muchacha respondió al teléfono.

—El señor Murchison lo recibirá a las tres —le dijo, y colgó.

Como no había nada que hacer, salvo esperar, Evarts llevó a su mujer y a su hija a recorrer la Quinta Avenida. Miraron los escaparates. A las once en punto abría sus puertas el Radio City Music Hall, y allá se fueron.

Fue una buena idea. Antes de adquirir las entradas merodearon por salones y lavabos una hora entera. Durante la función, un gigantesco samovar ascendió del foso de la orquesta y sacó al escenario a cincuenta cosacos que cantaban *Ojos negros*, mientras Alice y la niña gritaban de alegría. La grandiosidad del espectáculo parecía esconder una simple y familiar comprensión, como si el soplo que recorría los metros y metros de doradas cortinas soplase directamente desde Indiana. La función dejó un sabor muy grato a Alice y a Mildred-Rose y, de regreso al hotel, Evarts tuvo que guiarlas por la acera para que no tropezaran con las bocas de riego. Llegaron al Mentone a las tres menos cuarto. Evarts despidió con un beso a su mujer y a su hija y se marchó a ver a Murchison.

Se perdió. Tuvo miedo de llegar tarde y echó a correr. Preguntó la dirección a una pareja de policías y por fin llegó al edificio de oficinas.

La puerta principal del despacho era sórdida —deliberadamente sórdida, confiaba Evarts—, pero no ignominiosa, pues había muchas mujeres y hombres atractivos

aguardando para ver al señor Murchison. Ninguno de ellos estaba sentado, y conversaban como si les complaciera el retraso que los retenía allí. La recepcionista guio a Evarts hasta otro despacho igualmente repleto, pero en él reinaba la inquietud y la prisa, como si el lugar sufriera un asedio. Allí estaba Murchison, que lo recibió dinámicamente.

—Aquí mismo tengo sus contratos —dijo. Tendió a Evarts una pluma y le acercó un montón de hojas.

»Ahora quiero que vaya corriendo a ver a Madge —añadió tan pronto como Evarts hubo firmado los contratos. Lo miró, le arrancó de la solapa el clavel artificial y lo tiró a la papelera—. Vamos, vamos, de prisa. Lo espera en el 400 de Park Avenue. Se muere de ganas de conocerle. Le está esperando. Le veré esta noche; creo que Madge ha preparado algo... Vamos, dese prisa.

Evarts se precipitó al vestíbulo y llamó impacientemente al ascensor. En cuanto salió del edificio se perdió de nuevo y erró por el barrio de las peleterías. Un policía lo encaminó directamente al hotel Mentone. Alice y Mildred-Rose lo esperaban en el recibidor, y él les contó lo que había ocurrido.

—Ahora tengo que ir a ver a Madge —dijo—. ¡Tengo que darme mucha prisa!

Bitsey, el botones, captó la conversación. Dejó caer unas bolsas que llevaba y se acercó a ellos. Explicó a Evarts el camino para ir a Park Avenue. Este volvió a besar a su mujer y a su hija. Ellas le dijeron adiós con la mano mientras salía por la puerta.

Evarts había visto tantas películas de Park Avenue que observó su amplitud y su frialdad con cierta sensación de familiaridad. Subió en ascensor al apartamento de Murchison y una sirvienta lo condujo hasta una bonita sala de estar. Dentro ardía un fuego, y había flores sobre la chimenea. Evarts se puso en pie de un salto cuando entró Madge Beatty. Era una mujer frágil, animada, rubia, y su voz ronca y experta lo hizo sentirse desnudo.

—He leído su obra, Evarts —dijo—, y me encanta, me encanta, me encanta.

Se movía alegremente por la habitación, hablándole ya directamente, ya por encima del hombro. No era tan joven como parecía a primera vista, y a la luz de las ventanas daba casi una impresión de marchitez.

—Espero que infle mi papel cuando escriba el segundo acto —dijo—. Debe aumentarlo, aumentarlo y aumentarlo.

—Haré todo lo que usted quiera, señorita Beatty —aseguró Evarts.

Ella se sentó y cruzó sus hermosas manos. Sus pies eran muy grandes, advirtió Evarts. Sus espinillas eran muy flacas, y eso hacía que sus pies pareciesen de mayor tamaño.

—Nos entusiasma su obra, Evarts —dijo—. La amamos, la queremos, la necesitamos. ¿Sabe hasta qué punto la necesitamos? Tenemos deudas, Evarts, tenemos deudas terribles. —Descansó una mano sobre el pecho y habló en un susurro—: Debemos un millón novecientos sesenta y cinco mil dólares. —Dejó que la preciosa luz inundase de nuevo su voz—. Pero ahora le estoy impidiendo que escriba

su magnífica obra. Lo estoy apartando del trabajo, y quiero que vuelva y escriba, escriba y escriba, y quiero que usted y su mujer vengan aquí a cualquier hora después de las nueve esta noche y conozcan a algunos de nuestros amigos más queridos.

Evarts preguntó al portero cómo se volvía al hotel Mentone, pero comprendió mal las indicaciones que le dieron, y se perdió de nuevo. Dio vueltas por el East Side hasta que encontró a un policía que le señaló el camino de vuelta. Era tan tarde cuando llegó que Mildred-Rose lloraba de hambre. Los tres se lavaron, fueron al Automat y pasaron Broadway arriba y Broadway abajo hasta cerca de las nueve. Luego regresaron al hotel. Alice se puso su traje de noche y ambos besaron a la niña dándole las buenas noches. En el vestíbulo se encontraron con Bitsey y le dijeron adónde iban. Él les prometió cuidar de Mildred-Rose.

El trayecto hasta la casa de los Murchison fue más largo de lo que Evarts recordaba. El chal de Alice era muy fino. Estaba lívida de frío cuando llegaron al edificio de apartamentos. Al salir del ascensor, oyeron de lejos a alguien que tocaba el piano y a una mujer que cantaba «*A kiss is but a kiss, a sigh is but a sigh...*». Una sirvienta recogió sus abrigos y el señor Murchison los saludó desde otra puerta. Alice se azoró y arregló la peonía de tela que colgaba por la parte delantera de su traje; luego ambos entraron.

La habitación estaba llena de gente, las luces eran tenues y la mujer que cantaba estaba acabando la canción. En el aire flotaba un fuerte olor a pieles de animales y un perfume astringente. Murchison les presentó a una pareja que estaba cerca de la puerta y los dejó solos. La pareja volvió la espalda a los Malloy. Evarts era tímido y callado, pero Alice, nerviosa, empezó a hacer conjeturas sobre la identidad de la gente que rodeaba el piano. Estaba segura de que todos eran estrellas de cine, y tenía razón.

La cantante terminó la canción, se levantó del piano y se alejó. Hubo breves aplausos y después un curioso silencio. El señor Murchison pidió a otra mujer que cantara.

—No voy a hacerlo después de ella —dijo.

La situación, fuese la que fuese, cortó la conversación. Murchison pidió a varias personas que actuaran para la concurrencia, pero todas se negaron.

—Quizá la señora Malloy quiera cantar para nosotros —dijo amargamente.

—De acuerdo —accedió Alice.

Se colocó en el centro de la estancia. Adoptó la postura adecuada y, cruzando las manos de forma que mantuviesen alto el pecho, empezó a cantar.

La madre de Alice le había enseñado a cantar siempre que un anfitrión se lo pidiese, y ella jamás había violado ninguna enseñanza materna. De niña había recibido lecciones de canto de la señora Bachman, una anciana viuda que vivía en Wentworth. Había cantado en las reuniones de la escuela primaria y luego en las del

instituto. En las fiestas de familia, al final de la tarde, siempre llegaba el momento en que le pedían que cantase; entonces se levantaba de su sitio, en el duro sillón junto a la estufa, o salía de la cocina, donde había estado fregando, a cantar las canciones que la viuda Bachman le había enseñado.

Aquella noche, la invitación fue tan inesperada que Evarts no tuvo la menor oportunidad de detener a su esposa. Había captado la amargura en la voz de Murchison, y en ese momento la hubiese detenido, pero tan pronto como Alice empezó a cantar, aquello dejó de preocuparle. Tenía una voz bien modulada, su figura era austera, conmovedora, y cantaba para aquel auditorio obedeciendo a su natural cortés. Cuando hubo superado su propio desconcierto, Evarts advirtió el respeto y la atención que los huéspedes de Murchison prestaban a la música. Muchos de ellos venían de lugares como Wentworth; eran gente de buen corazón, y la canción sencilla que entonaba la intrépida garganta de Alice les recordaba sus comienzos. Nadie susurraba ni sonreía. Muchos habían bajado la cabeza, y Evarts vio a una mujer que se llevaba a los ojos un pañuelo. Alice ha triunfado, pensó, y seguidamente identificó la canción: *Annie Laurie*.

Años atrás, cuando la señora Bachman se la había enseñado, le enseñó también a concluirla con un toque profesional que le granjeó muchos aplausos cuando niña, muchacha y alumna de instituto, pero que, en la mal ventilada sala de estar de Wentworth, con su inexorable olor a pobreza y a cocina, ya había empezado a aburrir y a fastidiar incluso a su familia. En la última frase, al clamar aquello de «*Lay me doun and dee*», le había enseñado a caer al suelo hecha un ovillo. Ahora, con los años, se dejaba caer con menos precipitación que antaño, pero seguía haciéndolo, y Evarts se dio cuenta, al mirar su rostro sereno, de que su esposa planeaba consumir el golpe de efecto. Pensó en ir hacia ella, en abrazarla y musitarle al oído que el hotel estaba ardiendo o que Mildred-Rose se había puesto enferma. En lugar de eso, le volvió la espalda.

Alice aspiró rápidamente y atacó el último verso. Evarts había empezado a sudar tan copiosamente que la sal del sudor le entró en los ojos. «*I'll lay me doun and dee*», la oyó cantar; oyó el pesado impacto de su cuerpo contra el suelo; oyó las irremediables carcajadas, las toses por causa del tabaco y los juramentos de una mujer que reía tan fuerte que se le rompió su collar de perlas. Los invitados de Murchison parecían embrujados. Lloraban, se estremecían, se inclinaban, se daban palmadas en la espalda unos a otros, y caminaban en círculos, como dementes. Cuando Evarts osó mirar la escena, Alice estaba sentada en el suelo. La ayudó a incorporarse.

—Vamos —dijo—. Vamos, cariño.

La rodeó con el brazo y la llevó al vestíbulo.

—¿No les ha gustado mi canción? —preguntó. Y se echó a llorar.

—No tiene importancia, mi amor —dijo Evarts—. Ninguna importancia.

Cogieron sus abrigos y en la fría noche regresaron al hotel.

Bitsey los esperaba en el pasillo, delante de la habitación. Quiso enterarse de todo lo relativo a la fiesta. Evarts mandó a Alice adentro y habló a solas con el botones. No tenía ganas de hablar de la fiesta.

—No creo que tenga nada más que ver con los Murchison —decidió—. Voy a buscar otro director.

—Así me gusta —dijo Bitsey—. Eso es hablar. Pero primero quiero que vaya a la agencia Hauser y hable con Charlie Leavitt.

—Muy bien —dijo Evarts—. Muy bien. Iré a ver a Charlie Leavitt.

Alice lloró aquella noche hasta quedarse dormida. Tampoco esta vez Evarts concilio el sueño. Se sentó en una silla junto a la ventana. Se adormeció poco antes del alba, pero no por mucho tiempo. A las siete en punto llevó a su familia al Automat.

Bitsey subió a la habitación de los Malloy después del desayuno. Estaba muy excitado. Un periodista de uno de los periódicos de cuatro centavos informaba de la llegada de Evarts a Nueva York. En el mismo párrafo se mencionaba a un miembro del gabinete y a un rey balcánico. Luego empezó a sonar el teléfono. En primer lugar, llamó un hombre que quería vender a Evarts un abrigo de visón de segunda mano. Luego telefoneó un abogado, un tintorero, una modista, una guardería, varias agencias y un hombre que dijo que podía conseguirles un buen apartamento. Evarts dijo que no a todos los importunos, pero tuvo que discutir todas las veces antes de colgar. Bitsey le había concertado una cita al mediodía con Charlie Leavitt, y al llegar la hora, besó a Alice y a la niña y salió a la calle.

La agencia Hauser tenía su sede en uno de los edificios del Radio City. En esta ocasión, los asuntos de Evarts le permitieron cruzar las formidables puertas de aquellos inmuebles con tanto derecho —se dijo— como cualquier otro. La agencia estaba en el piso veintiséis. No pulsó el botón hasta que el ascensor ya estaba subiendo.

—Demasiado tarde —le dijo el ascensorista—. Tiene que decirme el número de su planta al entrar.

Evarts sabía que su condición de pueblerino había quedado en evidencia ante todas las personas que había en el ascensor, y se ruborizó. Subió al piso sesenta y luego descendió al veintiséis. Cuando salía, el ascensorista le dedicó una sonrisa burlona.

Había dos puertas de bronce, ensambladas por una águila partida en dos, al fondo de un largo pasillo. Evarts empujó las alas del ave imperial y entró en un elegante vestíbulo de mansión feudal. El artesonado estaba carcomido y blancuzco. A cierta distancia, detrás de una ventanilla de cristal, vio a una mujer con auriculares. Se acercó a ella, le dijo lo que quería y ella le rogó que se sentara. Evarts se sentó en un sillón de cuero y encendió un cigarrillo. La suntuosidad del vestíbulo le causó una gran impresión. Luego notó que el sillón estaba cubierto de polvo. Y también la mesa, las revistas que descansaban sobre ella, la lámpara, la reproducción en bronce

de *El beso* de Rodin: todo era polvoriento en la amplia habitación. Advirtió al mismo tiempo el peculiar silencio del vestíbulo. No se oía ni uno solo de los ruidos habituales en una oficina. En medio de aquella calma, desde el distante suelo, abajo, ascendió la música de un disco que sonaba en la pista de hielo, donde un carillón anunciaba: «¡Alégrese el mundo! ¡Ha llegado el Señor!». Las revistas de la mesa que había tras el sillón eran de hacía cinco años.

Al rato, la recepcionista le señaló una doble puerta situada al final del vestíbulo y Evarts se encaminó hacia allí tímidamente. Al otro lado de la puerta, el despacho era menos espacioso que la estancia que acababa de dejar, pero más sombrío y suntuoso, más imponente, y a lo lejos seguía oyéndose la música de la pista de hielo. Un hombre estaba sentado ante un escritorio antiguo. Se puso en pie en cuanto vio a Evarts.

—¡Bienvenido, Evarts, bien venido a la agencia Hauser! —clamó—. He oído que tiene usted una obra estupenda, y Bitsey me ha dicho que ha terminado con Tracey Murchison. No he leído su obra, por supuesto, pero si Tracey la quiere, yo también la quiero, y por tanto, también la quiere Sam Farley. He encontrado un director, una estrella y un teatro para usted, y creo que tengo concertado un trato previo a la puesta en escena. Cien mil dólares sobre un tope de cuatrocientos mil. Siéntese, siéntese.

Daba la impresión de que el señor Leavitt estaba comiendo algo o tenía algún problema con los dientes, pues al acabar cada frase movía los labios ruidosa y pensativamente. Quizá había estado comiendo, porque tenía migas en torno a la boca. O tal vez tenía un problema con los dientes, ya que el ruido de sus labios persistió a lo largo de toda la entrevista. Leavitt llevaba encima gran cantidad de oro: varios anillos, un nomeolvides dorado, un reloj del mismo metal y una pesada pitillera de oro con brillantes engastados. La pitillera estaba vacía, y Evarts la abasteció de cigarrillos mientras conversaban.

—Ahora quiero que vuelva a su hotel, Evarts —dijo Leavitt en voz muy alta—, y que se lo tome con calma. Charlie Leavitt se ocupa de su propiedad intelectual. Quiero que me prometa que no se preocupará por nada. Ahora bien, tengo entendido que ha firmado un contrato con Murchison. Voy a declarar ese contrato nulo e inválido, y mi abogado lo declarará nulo e inválido, y si Murchison lo impugna, lo llevaremos a juicio y haremos que el juez declare que el contrato es nulo e inválido. Antes de seguir adelante, sin embargo —suavizó la voz—, quiero que me firme estos papeles que me confieren autoridad para representarlo.

Le tendió unos papeles y una pluma estilográfica de oro.

—Fírmelos —dijo tristemente— y ganará cuatrocientos mil dólares. ¡Ustedes, los autores! —exclamó—. ¡Gente afortunada!

En cuanto Evarts hubo firmado, cambió la actitud de Leavitt, que empezó a gritar de nuevo.

—El director que le he escogido es Sam Farley. La actriz es Susan Hewitt. Sam es el hermano de Tom Farley. Está casado con Clarissa Douglas y es tío de George

Howland. Pat Levy es su cuñada y Mitch Kababian y Howie Brown están emparentados con él por parte de madre. Ella se llama Lottie Mayes. Son una familia muy unida. Forman un estupendo equipo. Cuando su obra se represente en Wilmington, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown estarán allí mismo, en aquel hotel, escribiendo el tercer acto. Cuando se represente en Baltimore, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown lo acompañarán a la ciudad. Y cuando se estrene en Broadway con una producción de gran categoría, ¿quién estará en la primera fila, animando a Evarts? —Había forzado la voz, y concluyó con un ronco susurro—: Sam Farley, Tom Farley, George Howland, Clarissa Douglas, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown.

»Ahora quiero que regrese a su hotel y que se divierta —gritó, después de haberse aclarado la garganta—. Lo llamaré mañana y le diré cuándo pueden verlo Sam Farley y Susan Hewitt, y voy a telefonar a Hollywood y le voy a decir a Max Rayburn que le cedo los derechos por cien mil dólares sobre un máximo de cuatrocientos mil, ni un centavo menos.

Dio unas palmaditas en la espalda a Evarts y lo condujo amablemente hasta la puerta.

—Diviértase, Evarts —dijo.

Cuando cruzaba el vestíbulo, vio que la recepcionista estaba comiendo un bocadillo. Ella lo llamó.

—¿Quiere participar en un sorteo donde rifan un Buick descapotable nuevo? —murmuró—. Diez centavos el boleto.

—Oh, no, gracias.

—¿Huevos frescos? —preguntó—. Los traigo de Jersey todas las mañanas.

—No, gracias —dijo Evarts.

Volvió corriendo, entre la multitud, al hotel Mentone, donde Alice, Mildred-Rose y Bitsey lo estaban esperando. Les contó su entrevista con Leavitt.

—Cuando tenga esos cuatrocientos —dijo—, mandaré algún dinero a mamá Finelli.

Entonces Alice le recordó a muchas personas de Wentworth que necesitaban dinero. Para festejarlo, aquella noche fueron a cenar espaguetis en lugar de ir al Automat. Después se dirigieron al Radio City Music Hall. Tampoco pudo Evarts conciliar el sueño esa noche.

En Wentworth, Alice estaba considerada como el miembro más práctico de la familia. Abundaban las bromas al respecto. Alice calculaba el presupuesto y gobernaba la economía doméstica, y a menudo se decía que Evarts hubiera perdido la cabeza de no ser por ella. Este rasgo pragmático de su carácter le impulsó a recordar a su marido al día siguiente que no había trabajado en su obra. Ella tomó la iniciativa.

—No tienes más que sentarte en la habitación y escribir la obra —dijo—, y Mildred-Rose y yo recorreremos de arriba abajo la Quinta Avenida para que puedas estar solo.

Evarts intentó trabajar, pero el teléfono empezó a sonar de nuevo y a cortos intervalos le interrumpieron un vendedor de joyas, abogados del mundillo teatral y diversos servicios de lavandería. A eso de las once contestó al teléfono y oyó una voz familiar y colérica: era Murchison.

—Lo traje de Wentworth y le convertí en lo que usted es hoy —gritó—. Ahora me dicen que ha violado mi contrato y me ha traicionado con Sam Farley. Voy a arruinarlo, a hundirlo en la miseria, a demandarlo, voy a...

Evarts colgó y, cuando el teléfono volvió a sonar minutos después, no contestó a la llamada. Dejó una nota para Alice, se puso el sombrero y subió por la Quinta Avenida hasta las oficinas de la agencia Hauser.

Cuando aquella mañana empujó el águila hendida de la puerta doble y entró en el señorial vestíbulo, encontró allí a Leavitt, en mangas de camisa, limpiando la alfombra.

—Oh, buenos días —dijo Leavitt—. Terapia ocupacional.

Guardó la escoba y el recogedor detrás de una cortina de terciopelo.

—Pase, pase —dijo, enfundándose la chaqueta y guiando a Evarts hacia el despacho interior—. Esta tarde va a conocer a Sam Farley y a Susan Hewitt. Usted es uno de los hombres más afortunados de Nueva York. Muchos no han visto nunca a Sam. Ni siquiera una vez en su vida. No han gozado de su ingenio ni han sentido la fuerza de su personalidad única. Y en cuanto a Susan Hewitt... —Enmudeció durante un momento y luego dijo que la cita era a las tres—. Se reunirá con ellos en la bonita casa de Sam Farley —dijo, y le dio la dirección.

Evarts intentó contarle la conversación telefónica con Murchison, pero Leavitt lo interrumpió.

—Le he pedido una cosa —gritó—. Que no se preocupara. ¿Pido demasiado? Le pido que hable con Sam Farley y que eche un vistazo a Susan Hewitt y piense si es la adecuada para el papel. ¿Pido demasiado? Ahora, diviértase. Compre un periódico. Vaya al zoo. Vaya a ver a Sam a las tres en punto.

Le dio una palmada en la espalda y lo empujó hacia la puerta.

Evarts almorzó en el hotel con Alice y Mildred-Rose. Le dolía la cabeza. Después de comer, subieron y bajaron por la Quinta Avenida, y al acercarse las tres, Alice y Mildred-Rose lo acompañaron hasta la casa de Sam Farley. Era un edificio impresionante, con fachada de piedra tosca, como una prisión española. Evarts dio un beso de despedida a su mujer y a su hija y tocó el timbre. Un mayordomo abrió la puerta (Evarts supo que era un mayordomo porque llevaba pantalones de rayas). El mayordomo lo condujo a un salón de arriba.

—Vengo a ver al señor Farley —anunció Evarts.

—Lo sé —dijo el mayordomo—. Usted es Evarts Malloy. Tiene una cita con él.

Pero no vendrá. Está jugando una partida de dados en el Acme Garage de la calle Ciento Sesenta y Cuatro, y no volverá hasta mañana. De todas formas, vendrá Susan Hewitt. Usted tenía que verla. ¡Oh, si usted supiera lo que ocurre aquí! —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y acercó su cara a la de Evarts—. ¡Si estas paredes hablaran! No ha habido calefacción en esta casa desde que regresamos de Hollywood, y él no me ha pagado desde el 21 de junio. No me importaría mucho si no fuera porque el hijo de perra nunca ha aprendido a vaciar el agua de la bañera. Se da un baño y deja el agua sucia dentro de la bañera. Para que se estanque. Por si fuera poco, ayer me corté en un dedo mientras fregaba los platos.

Una venda sucia cubría el dedo índice del mayordomo, el hombre empezó a desenrollar a toda prisa, capa tras capa, la ensangrentada gasa.

—Mire —dijo, acercando la herida a la cara de Evarts—. Un corte hasta el hueso. Ayer se veía el hueso. Sangre. Sangre por todas partes. Me llevó media hora limpiarla. No se me ha infectado de milagro. —Sacudió la cabeza recordando el milagro—. Cuando venga la gatita, le diré que está usted aquí.

Salió de la habitación arrastrando tras de sí toda la longitud de la venda ensangrentada.

A Evarts le ardían los ojos de fatiga. Estaba tan cansado que si hubiera posado la cabeza en algún sitio, se habría quedado dormido. Oyó el timbre de la puerta y el mayordomo recibió a Susan Hewitt. Ella subió corriendo la escalera y entró en el salón.

Era joven, y había entrado en el salón como si fuera su casa y acabara de volver de la escuela. Era menuda, de facciones delicadas y pequeñas; sus cabellos rubios, peinados con sencillez y que ya empezaban a oscurecer naturalmente, tenían una suave tonalidad castaña, como las vetas en la madera de pino.

—Estoy tan contenta de conocerlo, Evarts —dijo—. Quería decirle que me encanta su obra.

Evarts ignoraba cómo era posible que ella la hubiera leído, pero su belleza lo había dejado tan confuso que no se atrevía a preguntárselo, ni siquiera se atrevía a hablar. Tenía la boca seca. Podía deberse al ritmo acelerado de los últimos días, o quizá se debiese a la falta de sueño —no lo sabía—, pero se sintió como si se hubiera enamorado.

—Usted me recuerda a una chica que conocí —dijo—. Trabajaba en una furgoneta que vendía bocadillos en las afueras de South Bend. ¿Nunca ha trabajado en un puesto de bocadillos en las afueras de South Bend?

—No —respondió ella.

—Y no solo eso —prosiguió él—. Usted me recuerda todo aquello. Me refiero a los viajes nocturnos. Yo trabajaba de conductor nocturno de autobús. Usted me recuerda todo eso. O sea, las estrellas, y los pasos a nivel, y el ganado en fila a lo largo de las cercas. Y las chicas de las cafeterías. Siempre parecían tan bonitas. Pero usted nunca ha trabajado en una cafetería...

—No —repitió ella.

—Puede actuar en mi obra —dijo Evarts—. Quiero decir que es apropiada para el papel. Sam Farley puede dirigirla. Puede hacer lo que quiera.

—Gracias, Evarts —dijo ella.

—¿Puede hacerme un favor?

—¿Qué?

—Oh, ya sé que es estúpido —dijo. Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación—. Pero aquí no hay nadie. Nadie lo sabrá. Detesto tener que pedirselo.

—¿Qué quiere?

—¿Me permite cogerla en brazos? —pidió—. Nada más que levantarla. Quiero comprobar lo poco que pesa usted.

—De acuerdo —accedió ella—. ¿Quiere que me quite el abrigo?

—Sí, sí, sí —dijo él—. Quíteselo.

Susan se puso de pie. Arrojó el abrigo sobre el sofá.

—¿Puedo hacerlo ya? —preguntó él.

—Sí.

Evarts pasó ambas manos bajo los brazos de ella. La levantó del suelo y luego la depositó en tierra suavemente.

—¡Oh, es usted tan ligera! —exclamó—. Tan ligera, tan frágil. No pesa usted mucho más que una maleta. Vaya, podría transportarla, llevarla a cualquier sitio, llevarla a cuestras de una punta a otra de Nueva York.

Cogió su sombrero y su abrigo y salió precipitadamente de la casa.

Se sentía desconcertado y exhausto cuando volvió al hotel. Bitsey estaba en la habitación con Alice y Mildred-Rose. No paró de hacer preguntas acerca de mamá Finelli. Quería saber dónde vivía y cuál era su número de teléfono. Evarts perdió la paciencia y le dijo al botones que se fuera. Se tumbó en la cama y se quedó dormido mientras Alice y Mildred-Rose le hacían preguntas. Al despertar, una hora después, se sentía mucho mejor. Fueron al Automat y luego al Radio City, y se acostaron temprano para que Evarts pudiese trabajar en su obra al día siguiente. Esa noche tampoco pudo dormir.

Después de desayunar, Alice y Mildred-Rose lo dejaron solo en la habitación. Intentó trabajar. No pudo, pero ese día no lo molestaría el teléfono. La dificultad que bloqueaba su trabajo era grande, y mientras fumaba y miraba fijamente la pared de ladrillo, la descubrió: estaba enamorado de Susan Hewitt. Eso podría haber sido un incentivo para su tarea, pero se había dejado la fuerza creadora en Indiana. Cerró los ojos y trató de recordar la voz fuerte y disoluta de mamá Finelli, pero antes de que lograra captar una palabra, esta se había perdido ya en el ruido procedente de la calle.

De haber habido algo capaz de liberar el flujo del recuerdo: el silbido de un tren, un instante de silencio, los olores de un granero, tal vez se habría sentido inspirado.

Evarts dio vueltas por la habitación, fumó, olfateó las cortinas negras de hollín de la ventana, se taponó los oídos con papel higiénico; pero no hubo manera de evocar a Indiana en el Mentone. Estuvo sentado al escritorio todo el día. No almorzó. Cuando su mujer y su hija regresaron del Radio City Music Hall, donde habían pasado la tarde, les dijo que iba a dar un paseo. Oh —pensó al salir del hotel—, ¡si por lo menos pudiera oír el graznido de un cuervo!

Subió por la Quinta Avenida con la cabeza erguida, tratando de captar en la confusión de ruidos una voz que lo guiase. Caminó rápidamente hasta llegar al Radio City, y pudo oír, a lo lejos, la música de la pista de patinaje. Algo lo detuvo. Encendió un cigarrillo. Luego oyó que alguien lo llamaba.

—Observa el altivo alce, Evarts —gritó una mujer.

Era la ronca y disoluta voz de mamá Finelli, y Evarts pensó que el deseo había hecho que se volviera loco, hasta que se giró y la vio sentada en uno de los bancos, junto a una fuente seca.

—Observa el altivo alce, Evarts —repitió ella, y se puso las manos, separadas como cuernos, encima de la cabeza. En Wentworth solía recibir así a todo el mundo.

—Observe el altivo alce, mamá Finelli —gritó Evarts. Corrió a su lado y se sentó—. Oh, mamá Finelli, me alegra tanto verla —dijo—. No se lo creerá, pero he estado pensando en usted todo el santo día. He estado deseando poder hablar con usted. —Se volvió para beberse, literalmente, los rasgos astutos y la barbilla vellosa de la mujer—. ¿Cómo es que ha venido usted a Nueva York, mamá Finelli?

—He venido en una máquina voladora —gritó ella—. He llegado hoy en una máquina voladora. Toma un bocadillo.

Estaba comiendo bocadillos que sacaba de una bolsa de papel.

—No, gracias —dijo él—. ¿Qué le parece Nueva York? ¿Qué opina de ese edificio tan alto?

—Bueno, no sé —respondió, pero él advirtió que sí sabía, y vio que ella adoptaba la expresión precisa para formular su réplica—. Supongo que es el único, porque como hubiera dos, ¡se habrían fecundado y habrían parido!

Se mondaba de risa, golpeándose los muslos.

—¿Qué está haciendo en Nueva York, mamá Finelli? ¿A qué ha venido?

—Bueno, un hombre, un tal Tracey Murchison, me puso una conferencia telefónica y me dijo que viniera a Nueva York para demandarte por difamación. Dijo que habías escrito una obra sobre mí y que podía demandarte por difamación y ganar un montón de dinero y repartírmelo con él equitativamente, y que ya no tendría que trabajar en la gasolinera. Así que me envió un giro para el billete de la máquina voladora y me vine y hablé con él, y voy a demandarte por difamación y a repartirme el dinero con él, sesenta para mí y cuarenta para él. Eso es lo que voy a hacer.

Esa misma noche, los Malloy volvieron a la marmórea sala de espera de la estación Grand Central, y Evarts se puso a buscar un tren para Chicago. Encontró uno, compró los billetes y los tres subieron a un vagón. Era una noche lluviosa, y el

oscuro, húmedo pavimento, al fondo de la estación, no relucía, pero Alice seguía pensando que lo habían sembrado de diamantes, y contaría la historia de ese modo. Habían asimilado velozmente las enseñanzas del viaje de ida, y se instalaron con pericia en varios asientos. Cuando el tren hubo partido, Alice trabó amistad con una pareja sencilla que estaba al otro lado del pasillo y viajaban con un bebé a Los Ángeles. La mujer tenía allí a un hermano que le había escrito entusiasmado por el clima y las oportunidades.

—Vámonos a Los Ángeles —le dijo Alice a Evarts—. Todavía nos queda algún dinero. Podemos comprar los billetes en Chicago y tú puedes vender la obra en Hollywood, donde nadie ha oído hablar de mamá Finelli ni de toda esa gente.

Evarts dijo que tomaría una decisión en Chicago. Estaba agotado y se quedó dormido. Mildred-Rose se metió el dedo gordo en la boca, y pronto ella y su madre sucumbieron también al sueño. La niña acarició las pieles reseca de su abrigo y notó que le decían que todo iba bien, muy bien...

Quizá los Malloy se apearon del tren en Chicago y regresaron a Wentworth. No es difícil imaginar su retorno al hogar, pues los recibirían sus amigos y parientes, aun cuando seguramente no creyeran sus historias. O quizá, una vez en Chicago, cambiaron de tren y tomaron otro hacia el oeste, y, a decir verdad, es más fácil imaginar esto último. Uno puede verlos jugando a las cartas en el coche comedor y comiendo bocadillos de queso en las estaciones de ferrocarril mientras cruzan Kansas y Nebraska, sobre las montañas y rumbo a la costa.

LOS HARTLEY

El señor Hartley, su mujer y su hija Anne llegaron al hostel Pemaquoddy un atardecer de invierno, después de la cena, y en el preciso momento en que empezaban las partidas de bridge. Hartley cruzó con las bolsas el amplio porche y entró en el vestíbulo seguido por su mujer y por su hija. Los tres parecían muy cansados, y contemplaron la brillante y acogedora habitación con la gratitud del viajero que ha dejado atrás la tensión y el peligro: los había pillado en la carretera una terrible tormenta de nieve a primeras horas de aquella mañana. Venían de Nueva York, y había nevado durante todo el trayecto, dijeron. El señor Hartley dejó en el suelo las bolsas y volvió al coche a coger los esquís. Su mujer se sentó en una de las sillas del vestíbulo y su hija, tímida y cansada, se acercó a ella. Un poco de nieve blanqueaba el pelo de la niña, y su madre se la quitó con los dedos. Entonces, la viuda Butterick, la dueña del hostel, salió al porche y le gritó a Hartley que no hacía falta que aparcara el coche; lo haría uno de los empleados. Él regresó al vestíbulo y firmó el registro.

Parecía un hombre agradable, de voz cortante y un modo de ser firme y educado. Su esposa era una elegante mujer de pelo oscuro, muerta de fatiga en aquellos momentos, y la niña debía de tener unos siete años. La señora Butterick le preguntó a Hartley si no había estado antes en el hostel.

—Cuando le hice la reserva —dijo—, su nombre me sonaba.

—Mi mujer y yo estuvimos aquí en febrero, hace ocho años —respondió Hartley—. Llegamos el 23, y nos quedamos diez días. Me acuerdo muy bien de la fecha porque lo pasamos maravillosamente.

Luego subieron a la habitación. Bajaron otra vez y se quedaron el tiempo suficiente para cenar unas sobras que habían guardado al calor de la cocina. La niña estaba tan cansada que casi se durmió en la mesa. Subieron de nuevo después de cenar.

En la estación fría, la vida del hostel Pemaquoddy giraba enteramente en torno a los deportes de invierno. Ni los holgazanes ni los bebedores eran bien vistos, y casi todo el mundo se tomaba el esquí en serio. Por la mañana cruzaban el valle en autobús para ir a las montañas, y si hacía buen tiempo subían con una cesta de comida y se quedaban en las laderas nevadas hasta el atardecer. A veces preferían quedarse patinando en una pista que se había creado mediante la inundación de un almacén textil cercano al hostel. Tras este había una colina que solía usarse para esquiar cuando las condiciones en la montaña no eran buenas. Para acceder a la colina se usaba un rudimentario arrastre construido por el hijo de la señora Butterick.

—Compró el motor que lo acciona cuando cursaba el último año en Harvard —decía siempre la viuda al hablar del arrastre—. Tenía un viejo Mercer, ¡y se vino

desde Cambridge, de noche, en un automóvil sin matrícula!

Y al contarlo se llevaba una mano al corazón, como si los peligros del trayecto fueran todavía un recuerdo muy próximo.

La mañana que siguió a su llegada, los Hartley adoptaron la rutina del ejercicio y el aire libre propio de Pemaquoddy.

La señora Hartley era una mujer algo despistada. Aquella misma mañana subió al autobús, se sentó y se puso a hablar con otra pasajera, y de pronto advirtió que había olvidado los esquís. Todos aguardaron mientras su marido iba a buscárselos. Ella llevaba un brillante anorak con adorno de pieles que parecía apropiado para alguien de rostro más joven; la prenda daba a su propietaria un aspecto como de cansancio. El marido vestía con ropas de la Marina, marcadas con su nombre y su grado. Anne, la hija, era bonita. Llevaba el pelo peinado en unas pulcras trenzas, tirantes; un reguero de pecas surcaba su naricita, y miraba las cosas con la fría y crítica atención propia de su edad.

Hartley esquiaba bien. Subía y bajaba la ladera con los esquís paralelos, las rodillas dobladas y los hombros meciéndose grácilmente en semicírculo. Su mujer no era tan diestra, pero sabía lo que se hacía, y disfrutaba con el aire frío y la nieve. Se caía alguna que otra vez, y cuando alguien la ayudaba a levantarse, y el contacto de la nieve en la cara avivaba sus colores, parecía mucho más joven.

Anne no sabía esquiar. Se quedó al pie de la pista mirando a sus padres. Estos la llamaron, pero ella no se movió, y al cabo de un rato empezó a tiritar. Su madre se le acercó y quiso animarla, pero la niña se apartó, enfadada.

—No quiero que tú me enseñes —dijo—. Quiero que me enseñe papá.

La señora Hartley llamó a su marido.

Tan pronto como Hartley prestó atención a Anne, la niña ya no lo dudó. Siguió a su padre colina arriba y abajo, y siempre que él la acompañaba, la niña parecía feliz y confiada. Hartley se quedó al lado de Anne hasta después del almuerzo. Luego la llevó junto a un monitor profesional que daba una clase para principiantes, fuera de las pistas. El matrimonio Hartley fue con el grupo hasta el pie de la pendiente, y el padre llevó aparte a su hija.

—Tu madre y yo vamos a hacer unos cuantos recorridos —dijo—, y quiero que vayas a la clase del señor Ritter y que aprendas todo lo que puedas. Si es que alguna vez aprendes a esquiar, Anne, aprenderás sin mi ayuda. Volveremos a eso de las cuatro, y entonces me enseñarás lo que hayas aprendido.

—Sí, papá —asintió la niña.

—Ahora, ve a la clase.

—Sí, papá.

Hartley y su esposa esperaron hasta que Anne escaló la ladera y se unió al grupo de aprendices. Luego se marcharon. Anne atendió al monitor unos minutos, pero en cuanto se percató de que sus padres se habían ido, se separó del grupo y se marchó colina abajo en dirección al albergue. «Señorita —la llamó el instructor—.

Señorita...». Ella no contestó. Entró en la cabaña, se quitó el anorak y los guantes, los extendió con cuidado sobre una mesa para que se secaran y se sentó junto al fuego, agachando la cabeza para ocultar la cara. Se quedó allí sentada toda la tarde. Poco antes de oscurecer, cuando sus padres volvieron golpeando el suelo con los pies para sacudirse la nieve de las botas, ella salió corriendo al encuentro de su padre. Su cara hinchada mostraba rastros de llanto.

—Oh, papá, ¡creí que no ibas a volver!

Le echó los brazos al cuello y sepultó el rostro entre las ropas del señor Hartley.

—Vamos, Anne, vamos —dijo él, dándole palmaditas en la espalda y sonriendo a la gente, que parecía haber captado la escena. Anne, sentada junto a él en el camino de vuelta, lo agarraba del brazo.

Esa noche, en el hostel, los Hartley bajaron al bar antes de cenar y se instalaron en una mesa junto a la pared. Madre e hija bebieron zumo de tomate, y Hartley tomó tres cócteles old-fashioned. Le dio a la niña las rodajas de naranja y las guindas de su bebida. A ella le interesaba todo lo que hacía su padre. Encendía sus cigarrillos y apagaba de un soplo las cerillas. Consultaba su reloj y reía todos sus chistes. Su risa era aguda, agradable.

La familia conversaba tranquilamente. El matrimonio hablaba entre sí menos que con Anne, como si hubiesen llegado a un punto en su vida en común en el que ya no había nada que decir. Se enzarzaron en deshilvanados comentarios sobre la montaña y la nieve, y en el curso de aquella tentativa de avivar la conversación, Hartley, por alguna razón, dirigió a su mujer unas palabras bruscas. Ella se levantó rápidamente de la mesa. Tal vez llorando. Cruzó a prisa el vestíbulo y subió la escalera.

Padre e hija se quedaron en el bar. Cuando sonó la campanilla que anunciaba la cena, Hartley pidió al recepcionista que enviaran a su mujer una bandeja. Cenó con la niña en el comedor. Después se sentó en el salón y comenzó a leer un ejemplar atrasado de *Fortune*, mientras Anne jugaba con otros niños. Como aquellos eran algo más jóvenes que ella, los trataba afable y cariñosamente, imitando a un adulto. Les enseñó un juego de cartas sencillo, y más tarde les leyó un cuento. Cuando mandaron a la gente menuda a la cama, Anne se puso a leer un libro. Su padre la llevó a su habitación hacia las nueve de la noche.

Más tarde, él bajó de nuevo y fue al bar. Bebió solo y charló con el camarero sobre las diversas marcas de bourbon.

—A mi padre se lo mandaban de Kentucky en barriles —dijo Hartley. Una leve aspereza en su voz y sus modales enérgicos y corteses hacían que sus palabras pareciesen importantes—. Eran muy pequeños, que yo recuerde. Supongo que no tendrían más de cuatro o cinco litros. Por lo general, se los enviaban dos veces al año. Cuando la abuela le preguntaba qué eran, él siempre le decía que estaban llenos de sidra dulce.

Después de hablar del bourbon, hicieron comentarios sobre el pueblo y los cambios habidos en el hostel.

—Ya hemos estado aquí una vez —dijo Hartley—. Hace ocho años, en febrero. —Entonces repitió, palabra por palabra, lo que había dicho en el vestíbulo la noche anterior—. Llegamos el 23 y nos quedamos diez días. Me acuerdo muy bien de la fecha porque lo pasamos maravillosamente.

Los días siguientes de los Hartley fueron casi iguales que el primero. Él dedicaba las primeras horas a enseñar a su hija. Anne aprendía rápidamente; cuando estaba con su padre se volvía audaz y airosa, pero apenas él se marchaba, se refugiaba en el albergue y se sentaba junto al fuego. Todos los días, después de comer, llegaba un momento en que él le soltaba un sermón sobre la seguridad en uno mismo.

—Tu madre y yo nos vamos ahora —le decía—, y quiero que esquíes por tu cuenta, Anne.

Ella asentía y estaba de acuerdo con él, pero tan pronto como su padre se marchaba, se metía en el albergue y esperaba allí. Una vez —el tercer día—, él perdió los estribos.

—Escúchame, Anne —gritó—: si quieres aprender a esquiar, tienes que aprender tú sola.

El tono de su voz hirió a la niña, al parecer sin enseñarle, como contrapartida, el camino a la independencia. Anne se convirtió en una figurita familiar, allí sentada junto al fuego, una tarde tras otra.

A veces, Hartley alteraba su rutina. Volvían los tres al hostel en uno de los primeros autobuses, y él llevaba a Anne a la pista de patinaje y le daba una clase. En esas ocasiones, se quedaban fuera hasta bastante tarde. A veces la madre los miraba desde la ventana del salón. La pista se hallaba al pie del rudimentario arrastre construido por el hijo de la viuda Butterick. Los postes terminales del arrastre parecían horcas a la luz del crepúsculo, y Hartley y su hija parecían personificar la contrición y la paciencia. Una y otra vez, serios, solemnes, recorrían en círculos la pequeña pista, como si él la iniciara a ella en algo más misterioso que un deporte.

Todo el mundo en el hostel los apreciaba, pero los otros huéspedes tenían la sensación de que los Hartley habían sufrido una pérdida reciente: de dinero, quizá, o tal vez el señor Hartley había perdido su empleo. Su mujer seguía con sus despistes, y la gente empezó a pensar que aquel rasgo de su carácter obedecía a alguna desdicha que de un modo u otro habría quebrantado su entereza, el dominio de sí misma. Parecía esforzarse en ser amistosa y, como una mujer sola, intervenía en cuanta conversación hubiera. Era hija de un médico, decía. Hablaba de su padre como si este hubiera sido un gran personaje, y evocaba su infancia con intenso placer.

—El cuarto de estar de mi madre en Grafton medía trece metros de largo —decía—. Había chimeneas en cada rincón. Era una de esas viejas y maravillosas casas victorianas.

En la vitrina de la porcelana del comedor había piezas como las que tenía la madre de la señora Hartley. En el vestíbulo había un pisapapeles como el que una vez le habían regalado de niña. De vez en cuando, también hablaba de su origen. En una

ocasión, la viuda Butterick le pidió que trinchase una pierna de cordero, y mientras afilaba el cuchillo, dijo:

—Nunca lo hago sin acordarme de papá.

En la colección de bastones expuesta en el recibidor, había uno repujado en plata.

—Es exactamente igual que el bastón que el señor Wentworth le trajo a papá de Irlanda —dijo la señora Hartley.

Anne adoraba a su padre, pero evidentemente también quería a su madre. De noche, cuando estaba cansada, se sentaba a su lado en un sofá y descansaba la cabeza en el hombro de la señora Hartley. Al parecer, el padre se convertía para ella en la única persona del mundo solamente en la montaña, cuando el entorno era extraño. Una noche, cuando el matrimonio estaba jugando al bridge —era bastante tarde y Anne ya estaba acostada—, la niña empezó a llamar a su padre.

—Ya voy yo, cariño —dijo la señora Hartley, que se disculpó y subió a la habitación.

—Que venga papá —pidió la niña llorando, y los jugadores de la mesa pudieron oírlo.

Su madre la tranquilizó y bajó a la sala.

—Tenía una pesadilla —explicó, y siguió jugando.

El día siguiente fue ventoso y cálido. A media tarde empezó a llover, y salvo los esquadores más intrépidos, todos volvieron a sus hoteles. El bar del hostel se llenó muy temprano. Encendieron la radio para oír los boletines meteorológicos, y un huésped muy serio descolgó el teléfono del vestíbulo y llamó a otras estaciones. ¿Estaba lloviendo en Pico? ¿Llovía en Stowe? ¿Y en Ste. Agathe? El matrimonio Hartley estuvo en el bar esa tarde. Ella tomó una copa por primera vez desde su llegada, pero no pareció disfrutarla. Anne jugaba en el salón con los demás niños. Un poco antes de la cena, Hartley fue al vestíbulo y preguntó a la señora Butterick si les sería posible cenar en su habitación. La viuda dijo que podría arreglarlo. Cuando sonó la campanilla, los Hartley subieron, y una camarera les llevó unas bandejas. Después de cenar, Anne bajó otra vez al salón a jugar. Cuando el comedor quedó desierto, la camarera subió a recoger las bandejas.

El tragaluz que había sobre la puerta de la habitación de los Hartley estaba abierto, y, cuando avanzaba por el pasillo, la camarera pudo oír la voz de la señora Hartley, una voz tan descontrolada, tan gutural y quejumbrosa, que se detuvo y escuchó como si la vida de aquella mujer corriera peligro.

—¿Por qué tenemos que volver? ¿Por qué tenemos que hacer estos viajes a los sitios donde creímos ser felices? ¿A santo de qué todo esto? ¿De qué ha servido hasta ahora? Repasamos el listín buscando los nombres de gente que conocimos hace diez años y los invitamos a cenar, pero ¿de qué vale todo eso? ¿De qué ha servido hasta ahora? Volvemos a restaurantes, a montañas, a casas, incluso a vecindarios, recorreremos los suburbios pensando que nos sentiremos felices, y jamás lo conseguimos. Por el amor de Dios, ¿por qué seguimos empeñados en algo tan

horrible? ¿Por qué no acabamos de una vez? ¿No podemos volver a separarnos? Así era mucho mejor. ¿No lo era? Era mejor para Anne, me da igual lo que digas, era mejor para ella. Puedo llevármela otra vez y tú puedes vivir en la ciudad. ¿Por qué no puedo hacerlo, por qué, por qué, por qué no puedo...?

La camarera, asustada, volvió sobre sus pasos. Cuando bajó la escalera, Anne, sentada en el salón, leía un cuento a los niños más pequeños.

Esa noche, aclaró el tiempo y volvió el frío. Todo se congeló. Por la mañana, la viuda Butterick anunció que todas las pistas de la montaña estaban cerradas y que el autobús no haría ningún viaje. Hartley y otros huéspedes rompieron la capa de hielo que cubría la colina de detrás del hostel, y uno de los empleados puso en marcha el primitivo arrastre.

—Mi hijo compró el motor que lo acciona cuando cursaba el último año en Harvard —dijo la viuda al oír las vacilantes explosiones del artilugio—. Tenía un viejo Mercer, ¡y se vino desde Cambridge, de noche, en un automóvil sin matrícula!

La ladera de la colina detrás del hostel era el único sitio donde era posible esquiar en Pemaquoddy y sus alrededores; esto atrajo, después de comer, a un montón de gente de otros hoteles. Los esquís de tantas personas remolcadas una y otra vez cuesta arriba acabaron por poner al descubierto la piedra viva; hubo que arrojar paladas de nieve en las huellas. El cable del arrastre estaba bastante raído, y el hijo de la señora Butterick había diseñado tan torpemente el mecanismo que el trayecto resultaba arduo y cansado para los esquiadores. La señora Hartley intentó que Anne utilizase el arrastre, pero ella se negó si su padre no iba delante. Él le enseñó a acomodarse, a coger la cuerda con firmeza, a doblar las rodillas y a arrastrar los bastones. En cuanto él empezó a moverse, ella lo siguió, encantada. Subió y bajó con él toda la tarde, feliz porque aquella vez no lo perdía de vista. Rota y apartada la capa de hielo de la pista, el terreno quedó en buenas condiciones, y espontáneamente se estableció el extraño y casi coercitivo ritmo de ascender y esquiar, ascender y esquiar.

Hacía una tarde magnífica. Aunque había nubes cargadas de nieve, una luz brillante y alegre se filtraba a través de ellas. Visto desde lo alto de la colina, el campo era blanco y negro. Los únicos colores eran los del fuego extinguido, y la vista resultaba impresionante, como si la desolación fuera algo más que invierno; como si fuera obra de un magno incendio. La gente hablaba, desde luego, mientras esquiba o aguardaba para coger el cable, pero apenas era posible oírla. Se oía el ruido sordo del motor del arrastre y el chirrido de la rueda de hierro sobre la cual giraba el cable, pero los esquiadores parecían haber perdido el habla, absortos en su rítmico subir y bajar. La tarde fue un incesante ciclo de movimiento. Había una sola cola a la izquierda de la ladera; uno tras otro, los esquiadores sujetaban la gastada cuerda, y en la cumbre de la

colina se separaban de ella para lanzarse por la pendiente que habían escogido. Pasaban y volvían a pasar por la misma superficie, como quien ha perdido un anillo o una llave en la playa y recorre una y otra vez la misma arena. En medio del silencio, la pequeña Anne empezó a chillar. El brazo se le había enganchado en el cable raído; había caído al suelo, y estaba siendo brutalmente arrastrada ladera arriba, rumbo a la rueda de hierro.

—¡Paren el arrastre! —rugió el padre—. ¡Párenlo! ¡Paren el arrastre!

Todo el mundo en la colina comenzó a gritar: «¡Paren el arrastre! ¡Párenlo! ¡Paren!».

Pero no había nadie allí para pararlo. Los chillidos de Anne eran roncós y terribles, y cuanto más se esforzaba por soltarse de la cuerda, más violentamente la arrojaba esta contra el suelo. El espacio y el frío parecían amortiguar las voces — incluso la angustia de las voces—, que se elevaban pidiendo que pararan el arrastre. Los gritos de la niña fueron desgarradores hasta que la rueda de hierro le partió el cuello.

Los Hartley salieron para Nueva York ese mismo día, cuando hubo oscurecido. Conducirían toda la noche detrás del coche fúnebre. Varias personas se ofrecieron a llevar el volante, pero Hartley dijo que quería conducir él, y su mujer también parecía querer que él lo hiciera. Cuando todo estuvo a punto, la afligida pareja atravesó el porche, mirando en torno a ellos la desconcertante belleza de la noche. Hacía mucho frío, el cielo estaba despejado, y las constelaciones brillaban más que las luces del hostel o del pueblo. Él ayudó a su mujer a subir al coche, y después de ponerle una manta sobre las piernas, emprendieron el largo, largo viaje.

LA HISTORIA DE SUTTON PLACE

El domingo por la mañana, Deborah Tennyson esperó en el cuarto de los niños la señal de su padre que significaba el permiso para ir al dormitorio conyugal. La señal llegó tarde, porque sus padres habían estado bebiendo bastante, hasta altas horas de la noche, con un amigo de Minneapolis que se dedicaba a los negocios; pero cuando Deborah recibió la venia paterna, corrió a trompicones por el oscuro pasillo, chillando de alegría. Su padre la cogió en brazos y le dio con un beso los buenos días, y después la niña se acercó a su madre, acostada aún.

—Hola, cielo, mi amor —dijo la madre—. ¿Te ha dado Ruby el desayuno? ¿Has desayunado bien?

—Hace un día precioso —anunció Deborah—. Un tiempo divino.

—Sé buena con tu pobre mamá —dijo Robert—. Mamá tiene una resaca horrorosa.

—Mamá tiene una resaca horrorosa —repitió Deborah, y le dio una suave palmadita en la mejilla.

Deborah no había cumplido todavía los tres años. Era una hermosa chiquilla, con un maravilloso pelo, espeso y con brillos de plata y oro. Era una niña de ciudad y sabía lo que eran los cócteles y las resacas. Su padre y su madre trabajaban, y casi siempre los veía a última hora de la tarde, cuando la llevaban a darles las buenas noches. Katherine y Robert Tennyson solían beber con amigos, y a Deborah le permitían ofrecer el salmón ahumado, y la niña había llegado a la conclusión de que los cócteles eran el eje de la vida adulta. Le gustaba jugar a que preparaba martinis, y creía que en las ilustraciones de los libros de su cuarto todas las tazas, las copas y los vasos estaban llenos de cócteles.

Los Tennyson leían el *Times* esa mañana mientras esperaban el desayuno. Deborah abrió en el suelo las páginas del segundo suplemento de noticias e inició una complicada fantasía a la que sus padres estaban tan acostumbrados que apenas si le prestaban atención. La niña fingía coger ropas y joyas de los anuncios del periódico y ataviarse con ellas. A juicio de Katherine, los gustos de Deborah eran codiciosos y vulgares, pero el monólogo de la chiquilla, tan claro y tan ingenuo, parecía formar parte, deliciosamente, de la luminosa mañana de verano.

—Ponte los zapatos —decía la niña, y hacía como si se pusiera zapatos—. Ponte el abrigo de visón.

—Hace demasiado calor para un abrigo de visón, cielito —le dijo su madre—. ¿No te iría mejor una capa de visón?

—Ponte una capa de visón —dijo Deborah. La cocinera entró en el dormitorio con el café y el zumo de naranja y anunció que había llegado la señora Harley. Robert

y Katherine despidieron a la niña con un beso y le dijeron que se divertiera en el parque.

Los Tennyson no disponían de sitio para tener niñera en casa, así que la señora Harley acudía por las mañanas y se ocupaba de Deborah durante todo el día. La señora Harley era viuda. Había disfrutado de una vida sana y confortable hasta la muerte de su marido, y como este no le dejó dinero, se vio obligada a trabajar de niñera. Decía que adoraba a los niños y que le habría gustado tenerlos, pero no era cierto. Los niños la aburrían y la irritaban. Era una mujer amable e ignorante y esto, más que amargura alguna, se le reflejaba en la cara cuando bajó a la calle con Deborah. Prodigó sus pueblerinas simplezas al ascensorista y al portero. Comentó que hacía una mañana preciosa, ¿verdad?, una mañana divina.

Niña y niñera fueron andando hasta un parquecillo a orillas del río. La belleza de la criatura era luminosa, y la anciana vestía de negro, y las dos caminaban cogidas de la mano, como una simpática personificación de la primavera y el invierno. Mucha gente les daba los buenos días. «¿De dónde ha sacado a esta niña tan encantadora?», le preguntó alguien. A la viuda le agradaban tales cumplidos. A veces estaba orgullosa de Deborah, pero llevaba con ella cuatro meses, y chiquilla y anciana habían trabado una relación no tan sencilla como podría parecer.

Reñían con frecuencia cuando estaban a solas, y disputaban como dos adultos, conociendo cada una de ellas, sagazmente, los puntos flacos de la otra. La niña no se quejaba nunca de la señora Harley, como consciente ya de la nefasta importancia de las apariencias. Deborah se mostraba reservada respecto a la manera en que empleaban el tiempo. No decía a nadie dónde había estado ni qué había hecho. La señora Harley descubrió pronto que podía contar con la discreción de la pequeña, y así fue cómo ambas llegaron a compartir ciertos secretos.

Muchas tardes de finales del invierno, con tiempo todavía sombrío y glacial, cuando la señora Harley recibía instrucciones de sacarla hasta las cinco, se llevaba a la niña al cine. Deborah ocupaba la butaca contigua a la de la niñera en el local oscuro, sin llorar ni quejarse nunca. De vez en cuando estiraba el cuello para ver mejor la pantalla, pero por lo general se quedaba quieta en su asiento, escuchando la música y las voces. Un segundo secreto, y este mucho menos pecaminoso, en opinión de la niñera, consistía en que, unas veces los domingos por la mañana y otras las tardes laborables, la señora Harley la había dejado con una amiga de los Tennyson. La amiga se llamaba Renée Hall, y la señora Harley pensaba que no había nada malo en ello. Nunca se lo había dicho a los padres de Deborah, porque lo que no se sabe no hace daño. Cuando Renée cuidaba de Deborah los domingos, la niñera iba a misa de once, y sin duda no había nada indecoroso en el hecho de que una anciana acudiera a la casa de Dios a rezar por sus muertos.

La señora Harley se sentó aquella mañana veraniega en uno de los bancos del parque. El sol calentaba y sus rayos resultaban benéficos para sus viejas piernas. El aire era tan diáfano que la perspectiva del río parecía haber cambiado. Welfare Island

parecía estar a un tiro de piedra, y por un efecto óptico, era como si los puentes a Manhattan estuviesen más cerca del centro urbano. Las embarcaciones subían y bajaban por el río, y al cortar el agua llenaban el aire de un olor húmedo y recogido, como la fragancia de tierra fresca que deja el arado. En el parque solo había otra niñera y un niño. La señora Harley le dijo a Deborah que fuese a jugar en la arena. Entonces la niña vio la paloma muerta.

—La paloma está durmiendo —dijo Deborah, y se agachó para coger sus alas.

—¡Ese cochino pájaro está muerto, y no te atrevas a tocarlo! —gritó la niñera.

—La bonita paloma está durmiendo —dijo Deborah. De pronto se le ensombreció el rostro y asomaron lágrimas a sus ojos. Se quedó con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, postura que imitaba cómicamente la reacción de la señora Harley ante la tristeza; pero la pesadumbre en la voz y la cara de la niña procedía directamente de su corazón.

—¡Apártate de ese asqueroso bicho! —gritó la anciana, que se levantó y le dio un puntapié a la paloma—. Vete a jugar en la arena. No sé qué te pasa. Seguro que han pagado al menos veinticinco dólares por el cochecito de muñecas que tienes en tu cuarto, pero tú prefieres jugar con un pájaro muerto. Vete a ver el río. ¡Vete a mirar las barcas! Y no te subas a la barandilla, porque te caerás y esa corriente terrible acabará contigo.

La niña, obediente, se encaminó hacia el río.

—Y aquí estoy —dijo la señora Harley a la otra niñera—, aquí me ve usted, una mujer que anda por los sesenta y que durante cuarenta años ha tenido casa propia, sentada en un banco del parque una mañana de domingo como un vagabundo, mientras los padres de la chiquilla duermen la borrachera de ayer ahí arriba, en el décimo piso.

La otra niñera era una escocesa bien educada a la que no le interesaban las cuitas de la señora Harley. Esta desvió su atención a la escalera que bajaba al parque desde Sutton Place, mirando a ver si llegaba Renée Hall. Habían concertado el acuerdo entre ellas hacía cosa de un mes.

Renée Hall había conocido a la señora Harley y a Deborah en casa de los Tennyson, cuyos cócteles había frecuentado aquel invierno. La había llevado allí un hombre de negocios conocido de Katherine. Era una mujer agradable y divertida, y a Katherine le había impresionado cómo vestía. Vivía a la vuelta de la esquina, había aceptado invitaciones posteriores y gustaba a casi todos los hombres. Los Tennyson no sabían de ella sino que era una invitada atractiva y que de cuando en cuando hacía obras de teatro para la radio.

La noche en que Renée fue por primera vez a casa de los Tennyson, trajeron a la niña para que dijese buenas noches, y la actriz y Deborah se sentaron juntas en un sofá. Entre ambas nació una extraña simpatía, y Renée dejó que la chiquilla jugase con sus joyas y sus pieles. Se comportó de un modo muy amable con Deborah, pues se hallaba en un momento de su vida en que ella misma era sensible al buen trato.

Tenía unos treinta y cinco años disolutos y gratos. Solía pensar que la vida que llevaba era una vía hacia algo maravilloso, definitivo e incluso convencional que habría de acontecer la siguiente temporada o la que siguiese a esta, pero empezaba a darse cuenta de que tal esperanza era cada vez menos sostenible. Comenzaba a percatarse de que estaba siempre cansada, salvo si bebía. Era, simplemente, falta de fortaleza. Si no bebía se sentía deprimida, y cuando estaba deprimida se peleaba con maîtres y peluqueras, acusaba a los clientes de los restaurantes de mirarla fijamente y reñía con algunos de los hombres que pagaban sus deudas. Conocía bien la inestabilidad de su temperamento, y era hábil ocultándola —entre otras cosas— a los amigos superficiales, como los Tennyson.

Una semana después de la primera visita, Renée se había dejado caer de nuevo por casa del matrimonio, y, cuando Deborah oyó su voz, se escapó de la tutela de la señora Harley y echó a correr por el pasillo. La adoración de la niña emocionaba a Renée. De nuevo se sentaron juntas. Renée lucía un conjunto de pieles y un sombrero repleto de rosas de tela; al verla, Deborah pensó que era la dama más hermosa del mundo.

A partir de entonces, Renée iba a menudo a casa de los Tennyson. Fue habitual el comentario jocosos de que venía a ver a la niña, y no a sus padres o a los invitados. Renée siempre había querido tener hijos, y todas sus frustraciones parecían centrarse en la cara resplandeciente de la niña. Empezó a mostrarse posesiva con respecto a ella. Le enviaba costosos vestidos y juguetes.

—¿Nunca ha ido al dentista? —preguntaba a Katherine—. ¿Tienes confianza en su médico? ¿No la has matriculado en el parvulario?

Una noche cometió el error de sugerir que Deborah veía demasiado poco a sus padres y que carecía del sentimiento de seguridad que estos tenían el deber de inculcarle.

Katherine se enfureció.

—Tiene ocho mil dólares a su nombre en el banco —dijo.

Renée siguió enviando a Deborah primorosos regalos. La niña bautizaba con el nombre de la actriz a todas sus muñecas y sus juegos, y más de una noche llamó llorando a Renée después de que la habían acostado. Robert y Katherine pensaron que sería mejor no volver a ver a Renée, por lo que dejaron de invitarla.

—Después de todo —dijo Katherine—, siempre he pensado que había algo desagradable en esa chica.

Renée los telefoneó un par de veces y los invitó a cócteles, y Katherine dijo que no, que gracias, que estaban todos resfriados.

Renée se dio cuenta de que Katherine estaba mintiéndole, y resolvió olvidar a los Tennyson. Echaba de menos a la pequeña, pero tal vez no hubiese vuelto a verla nunca de no haber sido por algo que sucedió a fines de aquella semana. Una noche se marchó temprano de una fiesta insulsa y volvió sola a su casa. Tenía miedo de perder llamadas telefónicas y había instalado un contestador automático. Esa noche la había

llamado una tal señora Walton, que dejó su número.

Walton, Walton, Walton, pensó Renée, y entonces recordó que una vez había tenido un amante con ese nombre. Debía de hacer ocho o diez años de eso. En una ocasión había cenado con la madre de él, recién llegada de Cleveland para ver a su hijo. Rememoró claramente aquella velada. A Walton se le había ido la mano con la bebida, y su madre se llevó a Renée aparte y le dijo que la consideraba una buena influencia para su hijo, ¿no podría ella lograr que él bebiese menos y que fuese a la iglesia más a menudo? Al final, Walton y ella se habían discutido a propósito de la bebida, recordó Renée, y desde aquel día no había vuelto a verlo. Tal vez estuviese enfermo, o borracho, o a punto de casarse. No caía en qué edad podía tener, porque desde que cumplió los treinta, los años eran un revoltijo en su memoria, y no distinguía entre el principio y el final de la década. Marcó el número. Pertenecía a un hotel del West Side. La voz de la señora Walton, cuando contestó, era débil y ronca como la de una anciana.

—Billy ha muerto, Renée —dijo, y empezó a sollozar—. Me alegra tanto que hayas llamado. Lo enterramos mañana. Me gustaría mucho que vinieras al sepelio. Me siento tan sola.

Al día siguiente, Renée se puso un traje negro y cogió un taxi hasta la funeraria. En cuanto abrió la puerta, la recibió un portero amable y enguantado, dispuesto a acompañarla en el sentimiento con una aflicción más profunda y sosegada de lo que serían nunca las pesadumbres de Renée. Un ascensor la llevó a la capilla. Cuando oyó que un órgano eléctrico entonaba «*Oh, What a Beautiful Morning!*», pensó que debía sentarse a fin de cobrar fuerzas antes de acercarse a la señora Walton. Y entonces la vio de pie, junto a la puerta de la capilla. Ambas mujeres se abrazaron, y a Renée le presentaron a la hermana de su antiguo amante, una tal señora Henlein. No había nadie más. Al fondo de la habitación, bajo unos pobres gladiolos, yacía el hombre muerto.

—Estaba tan solo, querida Renée —dijo la señora Walton—. Tan terriblemente solo. Murió solo, ¿sabes?, en aquella habitación alquilada.

La anciana empezó a llorar. La señora Henlein lloraba. Vino el pastor, y comenzó el oficio. Renée se arrodilló y trató de recordar el padrenuestro, pero no pudo pasar de «... así en la tierra como en el cielo». Lloró, pero no porque evocase al difunto con ternura; no había pensado en él durante años, y solo gracias a un enorme esfuerzo de memoria consiguió recordar que alguna vez él le había llevado el desayuno a la cama, y que se cosía él mismo los botones de las camisas. Lloró por sí misma, porque tuvo miedo de morir aquella misma noche, porque estaba sola en el mundo, y su vacua y desesperada existencia no la llevaba a ninguna parte, sino que era un punto final, y a través de todo ello veía los toscos, brutales contornos del féretro.

Las tres mujeres abandonaron la capilla, auxiliadas por el amable portero, y bajaron en el ascensor. Renée dijo que no le era posible ir al cementerio, que tenía una cita. Le temblaban las manos de miedo. Dio un beso de despedida a la señora

Walton y volvió en taxi a Sutton Place. Caminó hasta el parquecillo donde seguramente estarían Deborah y su niñera.

La niña la vio primero. La llamó por su nombre y corrió hacia Renée, subiendo los peldaños de uno en uno. Renée la cogió en brazos.

—Bonita Renée —dijo la chiquilla—. Bonita, bonita Renée.

La mujer y la niña se sentaron junto a la señora Harley.

—Si quiere ir de compras —le dijo Renée a la anciana—, yo cuidaré a Deborah unas horas.

—No sé si debería —respondió la señora Harley.

—Estará perfectamente segura conmigo —insistió Renée—. La llevaré a mi apartamento. Puede usted recogerla a las cinco. No hace falta que lo sepan los señores.

—Bueno, quizá vaya de compras —decidió la niñera. De este modo, la señora Harley había concertado un acuerdo que le concedía unas cuantas horas libres por semana.

Cuando dieron las diez y media sin que Renée apareciese, la señora Harley supo que aquel domingo ya no vendría. Se sintió disgustada, porque había contado con ir a la iglesia aquella mañana. Pensó en el latín y en las campanillas, y en la estimulante sensación de santidad y purificación que siempre experimentaba al levantarse después de haber estado de rodillas. Se enfureció al pensar que Renée estaría en la cama, y que, por culpa de aquella perezosa, ella no podía ir a rezar. Según transcurría la mañana, más y más niños fueron llegando al parque, y la señora Harley persiguió con la mirada la chaquetita amarilla de Deborah en medio de aquel enjambre.

El cálido sol excitaba a la niña, que correteaba con otros chiquillos de su edad. Brincaban, cantaban, daban vueltas en torno a la pila de arena, sin más propósito que desahogarse. Deborah iba un poco rezagada en pos de los otros, pues su coordinación de movimientos era todavía imperfecta, y a veces caía al suelo por exceso de impulso. La niñera la llamó; Deborah corrió obedientemente hacia la anciana, se apoyó en sus rodillas y se puso a hablar de leones y de niñitos. La señora Harley le preguntó si quería ir a ver a Renée.

—Quiero ir y quedarme con Renée —dijo la niña.

La niñera la cogió de la mano, juntas subieron la escalera que daba acceso al área de juegos y fueron andando al bloque de apartamentos donde vivía Renée. La señora Harley llamó al timbre del portero automático y Renée contestó al cabo de un rato. Parecía soñolienta. Dijo que cuidaría encantada a la chiquilla durante una hora si la señora Harley la subía. La anciana subió con Deborah al piso decimoquinto; el apartamento estaba en penumbra.

Renée cerró la puerta y cogió en brazos a la niña. La piel y el pelo de Deborah eran suaves y fragantes, y Renée la besó, le hizo cosquillas y le sopló en el cuello

hasta que la risa casi sofocó a la niña. Renée subió las persianas y la luz penetró en la habitación. La estancia estaba sucia, y el aire, enrarecido. Había vasos de whisky y ceniceros volcados, y algunas rosas marchitas en un deslucido florero de plata.

Renée explicó a Deborah que tenía una cita a la hora de comer.

—Voy a comer al Plaza —le dijo—. Voy a bañarme y a vestirme; sé buena chica.

Dio a Deborah su joyero y abrió el grifo de la bañera. La niña se sentó sin hacer ruido en el tocador y se cubrió de collares y de broches. Cuando Renée estaba a medio vestir, sonó el timbre; se puso la bata y salió al cuarto de estar. Deborah la siguió. Había llegado un hombre.

—Me voy a Albany en coche —le dijo el hombre a Renée—. ¿Por qué no metes un par de cosas en una bolsa y te vienes conmigo? Te traeré de vuelta el miércoles.

—Me encantaría, cariño —respondió Renée—, pero no puedo. Voy a comer con Helen Foss. Cree que tal vez pueda conseguirme algún trabajo.

—Suspende la comida —insistió el hombre—. Vamos.

—No puedo, cariño —dijo Renée—. Te veré el miércoles.

—¿De quién es la niña? —preguntó él.

—Es la hija de los Tennyson. La estoy cuidando mientras su niñera va a la iglesia.

El hombre abrazó a Renée vigorosamente, la besó y se fue después de haberse citado para el miércoles por la noche.

—Ese era tu rico Tío Asqueroso —le dijo Renée a la pequeña.

—Tengo una amiga. Se llama Martha —dijo Deborah.

—Sí, seguro que tienes una amiga que se llama Martha —repuso Renée. Advirtió que la niña fruncía el ceño y que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, mi vida? —preguntó—. ¿Qué pasa? Ven aquí, ven, siéntate en el sofá y escucha la radio. Tengo que pintarme.

Fue a su dormitorio a maquillarse y a cepillarse el pelo. Pocos minutos después, volvió a sonar el timbre. Esta vez era la señora Harley.

—¿Ha estado bien el oficio? —preguntó Renée—. Le pondré la chaqueta a Deborah.

Buscó el sombrero y la chaqueta de la pequeña. No estaban donde los había dejado, y la niña no estaba en el cuarto de estar. El corazón empezó a latirle violentamente. Renée entró en su dormitorio.

—Es tan bueno para el alma ir a la iglesia —oyó que decía la señora Harley. Renée, aterrada, pensó en las ventanas abiertas. La de su dormitorio estaba abierta. Se asomó, y quince pisos más abajo divisó la acera, el toldo, el portero que silbaba en la esquina llamando a un taxi y a una rubia que pateaba a un caniche. Renée volvió corriendo al cuarto de estar.

—¿Dónde está Deborah? —preguntó la niñera.

—Estaba vistiéndome —dijo Renée—. Estaba aquí hace un minuto. Debe de haberse escapado. Habrá abierto la puerta ella sola.

—¡Quiere decir que ha perdido a la niña! —exclamó la señora Harley.

—Por favor, no se alarme —dijo Renée—. No puede haber ido muy lejos. Si ha bajado, la única manera de hacerlo es con el ascensor.

Salió por la puerta de la cocina y llamó el ascensor. Advirtió que la escalera de servicio era peligrosa. Era de hierro y cemento, pintada de un color gris sucio, y llegaba al suelo quince pisos más abajo. Trató de captar algún ruido en el hueco de la escalera, pero solo alcanzó a oír el rumor de una cocina y a alguien que cantaba en una planta inferior:

Soy un soldado en el ejército del Señor,
soy un soldado
en el ejército...

El ascensor llegó por fin, lleno de basura hedionda.

—Había una niña en mi apartamento —dijo Renée al ascensorista—. Ha desaparecido. ¿Podría buscarla?

—Sí —respondió el ascensorista—. Bajé a una niña hará unos diez minutos. Llevaba una chaqueta amarilla.

Su aliento olía a whisky. Renée llamó a la señora Harley. Volvió a entrar en el apartamento para coger cigarrillos.

—No voy a quedarme aquí sola —dijo la niñera.

Renée la empujó hasta sentarla en una silla. Cerró la puerta y bajó en el ascensor.

—Me pareció raro que bajase sola —explicó el ascensorista—. Pensé que a lo mejor iba a reunirse con alguien en el vestíbulo.

Mientras él hablaba, Renée seguía percibiendo el olor a whisky de su aliento.

—Ha estado usted bebiendo —le dijo—. Si no lo hubiera hecho, esto no habría ocurrido. Debería usted saber que a una niña de esa edad no se la puede dejar sola. No debería beber cuando trabaja.

Llegaron a la planta baja. El hombre detuvo de golpe el ascensor y abrió con violencia la puerta. Renée corrió al vestíbulo. Los espejos, las luces eléctricas y el pañuelo sucio del portero la pusieron enferma.

—Sí —dijo el portero—. Me pareció ver salir a una niña. No me fijé bien. Yo estaba fuera, tratando de llamar a un taxi.

Renée salió a la calle a la carrera. La niña no estaba allí. Corrió calle abajo hasta donde pudo ver el río. Se sentía débil y desvalida, como desplazada en una ciudad en la que había vivido quince años. El tráfico era intenso. Se paró en la esquina y, haciendo bocina con las manos, empezó a gritar: «¡Deborah, Deborah!».

Los Tennyson iban a salir aquella tarde, y habían comenzado a vestirse cuando sonó el teléfono. Contestó Robert. Katherine oyó la voz de Renée: «... Ya sé que es terrible, Bob, ya sé que no debería haberlo hecho nunca».

—O sea, que la señora Harley la dejó contigo...

—Sí, sí. Ya sé que es terrible. He buscado por todas partes. La señora Harley está aquí, conmigo. ¿Quieres que se ponga?

—No.

—¿Llamo a la policía?

—No —dijo Robert—. Yo llamaré a la policía. Dime qué ropa llevaba.

Cuando Robert acabó de hablar con Renée, telefoneó a la policía.

—Los esperaré aquí hasta que lleguen —dijo—. Por favor, vengan lo más rápido que puedan.

Katherine estaba de pie en la puerta del cuarto de baño. Caminó hacia Robert y él la acogió en sus brazos. La sujetó firmemente, y ella empezó a llorar. Luego se soltó y se sentó en la cama. Él se dirigió a la ventana abierta. Abajo, en la calle, vio un camión en cuyo techo se leía: COMPAÑÍA DE ALFOMBRAS CONFORT. En la manzana de al lado había varias pistas de tenis y gente jugando. Había un seto de alheña en torno a las pistas, y una mujer ya mayor cortaba ramas con un cuchillo. Llevaba un sombrero redondo, y un pesado abrigo de invierno que le llegaba a los tobillos. Bob cayó en la cuenta de que la mujer robaba alheña. Trabajaba rápida y furtivamente, y miraba constantemente por encima del hombro para asegurarse de que nadie la veía. Cuando hubo cortado un buen montón de ramas verdes, las metió en una bolsa y se largó a toda prisa calle abajo.

Sonó el timbre. Eran un sargento y un policía de paisano. Ambos se quitaron el sombrero.

—Estos casos suelen ser duros para las mujeres —dijo el sargento—. Ahora, cuéntemelo todo otra vez, señor Tennyson. Tenemos ya varios hombres buscándola. Dice usted que la niña bajó sola en el ascensor, hará más o menos una hora. —Verificó los hechos con Robert—. No quiero alarmarlos —dijo—, pero ¿podría alguien tener algún motivo para raptarla? Debemos estudiar todas las posibilidades.

—Sí —dijo de repente Katherine en voz muy alta. Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación—. Quizá no parezca razonable, pero vale la pena tenerlo en cuenta. Podría haber sido raptada. He visto a esa mujer dos veces esta semana por el vecindario, y tuve la sensación de que estaba siguiéndome. Entonces no le di importancia a la cosa. Y después me escribió esa carta. Ay, no me explico bien. Verán, antes de que la señora Harley se ocupara de Deborah, tuvimos a otra mujer, la señora Emerson. Ella y yo reñimos a propósito de Deborah, y mientras discutíamos, ella me dijo... (no te hablé de esto nunca, cariño, porque no quería que te preocuparas, y no creí que fuese importante), me dijo que me quitaría a la niña. Intenté olvidarlo, porque pensé que estaba loca. Después la he visto dos veces en la calle esta semana, y tuve la impresión de que me seguía. Vive en el hotel Princess, en el West Side. Por lo menos, antes vivía allí.

—Voy para allá —dijo Robert—. Cogeré el coche.

—Yo lo llevo, señor Tennyson —dijo el sargento.

—¿Quieres venir? —preguntó Robert a su mujer.

—No, cariño. Estaré bien aquí.

Robert se encasquetó el sombrero y se fue con el sargento. El ascensorista le dijo a Robert:

—Lo siento de veras, señor Tennyson. Todos la queríamos en esta casa. He telefonado a mi mujer y se ha ido derecha a la iglesia de St. John a poner una vela por la pobre criatura.

Los dos hombres se metieron en el coche patrulla estacionado frente a la casa y marcharon rumbo al oeste. Robert meneaba sin cesar la cabeza; quería apartar de sus ojos la visión de la muerte de la niña. Imaginaba el accidente con los toscos dibujos y ásperos colores de un cartel de la serie «Conduzca con prudencia»: veía a un desconocido sacando de debajo del parachoques de un taxi el cuerpecito exánime, veía el gesto de horror y de sorpresa pintado en el delicioso rostro que no había conocido jamás horror alguno, oía los bocinazos y el chirrido de frenos, veía un automóvil disparado cuesta abajo. Tuvo que hacer un esfuerzo físico para rechazar tales imágenes y obligarse a mirar la calzada reluciente.

Apretaba el calor. Unas cuantas nubes bajas y móviles ponían sobre la ciudad toques de sombra, y la ágil penumbra iba saltando de manzana en manzana. No cabía un alfiler en las calles. Pero para Robert la ciudad no era sino una trampa mortal. Bocas de alcantarilla, excavaciones y escalinatas dominaban el esplendor del día, realizadas al revés, como en el negativo de una foto, y el gentío y los verdes árboles de Central Park le parecieron sacrílegos.

El hotel Princess estaba en un deslucido callejón del bajo West Side. El aire del vestíbulo era fétido. El conserje se mostró inquieto al ver al policía. Buscó la llave de la señora Emerson, pero no la encontró; dijo que seguramente estaría ella arriba, que subieran.

Subieron en un ascensor tipo jaula, de hierro dorado, manejado por un hombre muy entrado en años. Llamaron a la puerta, y la señora Emerson los hizo pasar. Robert no había tratado nunca con ella. Alguna vez la había visto de pie delante del pasillo que llevaba a la habitación de Deborah, cuando la mujer llevaba a la niña para que esta diese las buenas noches a sus padres. Inglesa, recordó. Su voz le había sonado siempre refinada e insegura.

—Oh, señor Tennyson —dijo, reconociendo a Robert.

El sargento le preguntó, sin embargo, dónde había estado aquella mañana.

—No se inquiete, señora Emerson —dijo Robert. Temió que se pusiera histérica y no les dijese nada—. Deborah se ha escapado esta mañana. Pensamos que tal vez usted podría saber algo al respecto. Katherine dice que usted le escribió una carta.

—Oh, me da tanta pena oír eso de Deborah —dijo ella. Adoptó la voz fina y débil de quien es consciente de su condición de dama—. Sí, sí. Desde luego, escribí una carta a la señora Tennyson. Tuve un sueño en el que vi que perderían ustedes a la pequeña si se descuidaban. Es mi profesión, ¿sabe? Interpreto sueños. Le dije a su esposa, cuando me marché, que tuviese mucho cuidado con la niña. Después de todo,

nació bajo ese espantoso planeta nuevo, Plutón. Yo estaba en la Riviera cuando lo descubrieron, en 1938. Entonces supimos que iba a suceder algo espantoso.

»La chiquitina me inspiraba muchísimo cariño, y lamenté mi discusión con la señora Tennyson —prosiguió—. La niña pertenecía al signo del fuego, del fuego encauzado. Estudié muy detenidamente las palmas de sus manos. Pasábamos solas muchas horas, ¿sabe usted? Tenía una línea de la vida larga, un temperamento bastante equilibrado y buena cabeza. Vi signos de imprudencia en su mano, pero gran parte de ella dependería de ustedes. Vi aguas profundas y un gran peligro, un gran riesgo. Por eso escribí esa carta a su esposa. Nunca le cobré nada por mis servicios profesionales.

—¿Por qué discutieron usted y la señora Tennyson? —preguntó el sargento.

—Estamos perdiendo el tiempo —decidió Robert—. Demasiado tiempo. Vámonos.

Se puso en pie y salió de la habitación; el sargento lo siguió. Les llevó un buen rato el regreso. La muchedumbre dominical que cruzaba las calles los hizo detenerse en cada esquina. El policía de paisano los esperaba delante de la casa.

—Más vale que suba a ver a su mujer —le dijo a Robert.

Ni el portero ni el ascensorista le dirigieron la palabra. Entró en el apartamento y llamó a Katherine. Estaba en el dormitorio, sentada junto a la ventana. Tenía un libro negro en el regazo: la Biblia. Era un ejemplar Gideon^[1] que un amigo de ambos había robado, borracho, de un hotel. Ambos la habían consultado un par de veces. Por la ventana abierta, Robert alcanzó a divisar el río, una ancha, brillante extensión de luz. La habitación estaba muy tranquila.

—¿Qué ha dicho la señora Emerson? —preguntó Katherine.

—Ha sido un error. Ha sido un error pensar que podría hacerle daño a la pequeña.

—Renée ha llamado de nuevo —dijo ella—. Ha llevado a la señora Harley a su casa. Ha dicho que quería que la telefoneásemos cuando encontremos a Deborah. No quiero volver a ver a Renée nunca más.

—Lo sé.

—Si algo le pasa a Deborah —dijo Katherine—, no me lo perdonaré jamás. Nunca, nunca. Siento como si la hubiéramos sacrificado. He estado leyendo el pasaje de Abraham. —Abrió la Biblia y empezó a leer:

»Y él dijo: “Coge a tu hijo, tu unigénito Isaac, al que amas, y llévalo al país de Moria y ofrécelo en holocausto sobre una de las montañas que te indicaré”. Y Abraham se levantó temprano, ensilló su asno y se llevó a dos de sus siervos consigo, y a Isaac, su hijo, y cortó leña para el holocausto, se alzó y fue al lugar que Dios le había dicho.

Cerró el libro.

—Tengo miedo de volverme loca. No hago más que repetirme nuestra dirección y número de teléfono. Absurdo, ¿verdad?

Robert acarició la frente y los cabellos de su mujer. El oscuro pelo estaba dividido

con crenchas y peinado con sencillez, como el de una niña.

—Tengo miedo de volverme loca —repitió Katherine—. ¿Sabes cuál fue mi primer impulso cuando me dejaste sola? Coger un cuchillo, un cuchillo afilado, e ir al ropero y destruir mi ropa. Quería hacerla trizas. Porque es muy cara. No parece muy sensato, ¿verdad? Pero no soy una demente, por supuesto. Soy perfectamente racional.

»Tuve un hermano que murió pequeño. Se llamaba Charles, Charles júnior. Le pusieron el nombre de mi padre; murió de no sé qué enfermedad a los dos años y medio, casi como Deborah. Desde luego, fue muy duro para papá y mamá, pero no fue tan malo como esto. ¿Sabes?, creo que los niños significan mucho más para nosotros que lo que representaban para nuestros padres. Es lo que he estado pensando. Supongo que será porque no somos tan religiosos y nuestro modo de vivir nos hace mucho más vulnerables. Me siento asquerosamente culpable. Me siento una pésima madre y una pésima esposa, y también siento como si esto fuese mi castigo. No he cumplido ninguno de los votos y las promesas que he hecho. He roto todas mis buenas promesas. Cuando era niña, solía hacer promesas cada luna nueva y cada primera nieve. He destrozado todo lo bueno que he tenido. Pero hablo como si la hubiésemos perdido, y no la hemos perdido, ¿verdad? La encontrarán, el policía dice que la encontrarán.

—La encontrarán —dijo Robert.

La habitación se ensombreció. Las nubes bajas cubrían ya la ciudad. Oyeron el repiqueteo de la lluvia que empezaba a caer sobre el edificio y las ventanas.

—¡Está tumbada en algún sitio bajo la lluvia! —exclamó Katherine. Retorcó su cuerpo en la silla y se tapó la cara—. Está tumbada bajo la lluvia.

—La encontrarán —repitió Robert—. Muchos niños se pierden. Lo he leído más de una vez en el *Times*. Es algo que les sucede a todos los que tienen hijos. Mi hermana pequeña se cayó por la escalera. Se fracturó el cráneo. Nadie creía que pudiese salvarse.

—Les pasa a otras personas, ¿verdad? —preguntó Katherine. Se volvió y miró a su marido. La lluvia cesó de golpe, y dejó en el aire un aroma tan intenso como si hubieran rociado las calles con amoníaco. Robert vio cómo las nubes de tormenta oscurecían el brillante río—. Quiero decir que hay toda clase de enfermedades y accidentes, y que hemos tenido mucha suerte. ¿Sabes?, Deborah no ha almorzado hoy. Debe de tener muchísima hambre. No ha comido nada desde el desayuno.

—Lo sé.

—Vete a dar una vuelta, cariño —dijo Katherine—. Será más fácil para ti que quedarte en casa.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Limpiar el cuarto de estar. Anoche nos dejamos las ventanas abiertas y está todo cubierto de hollín. Anda, vete. Yo estoy bien. —Sonrió. Tenía la cara hinchada de tanto llorar—. Sal. Será más fácil para ti. Yo limpiaré la habitación.

Robert bajó de nuevo a la calle. El coche patrulla seguía aparcado delante de la casa. Un policía se acercó a Robert y charlaron un rato.

—Voy a echar otro vistazo por el barrio —dijo el policía—. ¿Me acompaña?

Robert asintió. Reparó en que el agente llevaba una linterna.

No muy lejos de allí se alzaban aún las ruinas de una fábrica de cerveza abandonada en la época de la Ley Seca. Los perros del vecindario habían heredado la acera, y la habían cubierto con sus desechos. Las ventanas del sótano de un garaje próximo estaban rotas, y el policía proyectó la luz de su linterna por el marco de una ventana. Robert se sobresaltó al ver un montón de paja sucia y un pedazo de papel amarillo: el color de la chaqueta de Deborah. No dijo nada. Siguieron caminando. A lo lejos se oía el vasto ruido vespertino de la ciudad.

Había unas cuantas casas cerca de la fábrica. Eran construcciones miserables; sobre la puerta de una de ellas, un tosco letrero rezaba: «Bien venido al hogar de Jerry». La puerta de hierro que conducía a la empinada escalera del sótano estaba abierta. El policía iluminó los peldaños. Estaban rotos. Allí no había nada.

Una mujer mayor estaba sentada en el pórtico de la casa de al lado, y los observó con desconfianza mientras ellos miraban hacia la escalera.

—Ahí no encontrarán a mi Jimmy —gritó—, ustedes, ustedes...

Alguien abrió de golpe una ventana y le dijo que se callara. Robert notó que estaba borracha. El policía no le prestó atención. Registró metódicamente los sótanos de cada vivienda, y luego doblaron una esquina. Había una hilera de tiendas a lo largo de la fachada de un bloque de apartamentos. No había escaleras, ni patios.

Robert oyó una sirena. Se detuvo y detuvo a su acompañante. Un coche de la policía dobló la esquina y frenó junto a ellos.

—Suba, señor Tennyson —dijo el conductor—. La hemos encontrado. Está en la comisaría.

Conectó la sirena y se encaminó hacia el este sorteando el tránsito.

—La encontramos en la Tercera Avenida —informó el policía—, sentada delante de una tienda de antigüedades y comiendo un pedazo de pan. No tiene hambre.

La niña lo esperaba en la comisaría. Robert la cogió con ambas manos, se arrodilló ante ella y se echó a reír. Los ojos le ardían.

—¿Dónde has estado, Deborah? ¿Quién te dio el pan? ¿Dónde has estado? ¿Dónde?

—La señora me dio pan —dijo ella—. Yo buscaba a Martha.

—¿Qué señora te dio el pan, Deborah? ¿Dónde has estado? ¿Quién es Martha? ¿Dónde has estado?

Supo que ella no iba a contárselo nunca, que jamás en la vida, por mucho que viviera, obtendría las respuestas, y pese a ello, con el corazón de su hija claramente perceptible en la palma de la mano, siguió preguntando: «¿Dónde has estado?, ¿quién te dio el pan?, ¿quién es Martha?...».

GRANJERO DE VERANO

El Nororiental es un tren que la compañía de ferrocarril bautizó en un momento en que sus directivos creían en el misterio de viajar. Los recuerdos tienen con frecuencia más capacidad de sugestión que los hechos, y determinados pasajeros, a pesar de haberlo usado muchas veces, aún eran capaces de olvidarse de su ruido y de su suciedad cada vez que entraban en la estación Grand Central y veían allí el nombre de un tren que hacía un recorrido hacia el norte de tres días de duración. Ese, al menos, era el caso de Paul Hollis, que utilizaba el Nororiental casi todos los jueves o los viernes por la noche durante el verano. Era un hombre corpulento, que sufría en todos los coches cama, pero nunca tanto como en aquel trayecto. Por regla general, se quedaba en el coche club hasta las diez, bebiendo whisky. De ordinario, el whisky lo mantenía dormido hasta que llegaban a Springfield, con sus tumultuosas demoras, después de medianoche. Al norte de Springfield, el tren adoptaba el paso cauteloso y como a regañadientes de un correo, y Paul yacía en su litera entre la vigilia y el sueño, como un enfermo parcialmente anestesiado. La pesadilla terminaba cuando, después del desayuno, abandonaba el Nororiental, en Meridian Junction, donde iba a recogerlo su dulce esposa. Había al menos una cosa que decir en favor del viaje: servía para que uno tomara plena conciencia de la distancia terrestre que separaba la ciudad calurosa de las inocentes y sombreadas calles del pueblo donde se hallaba el pequeño nudo ferroviario.

La conversación entre Paul y Virginia Hollis durante el trayecto desde Meridian Junction hasta su granja, al norte de Hiems, quedaba reducida a las modestas propiedades y los afectos que compartían; parecía incluso orientarse hacia una deliberada intrascendencia, como si hablar del saldo de una cuenta corriente o de las guerras pudiera destruir el encanto de una tibia mañana y de un vehículo descapotable. La tubería de desagüe de la ducha de la planta baja se salía; Ellen —la hermana de Paul— bebía demasiado; los Marston habían almorzado en su casa, y había llegado el momento de que sus hijos tuvieran una mascota. Este último era un tema que Virginia había estado considerando con cierto detenimiento. Ningún perro criado en el campo duraría en un apartamento neoyorquino cuando regresaran en otoño, dijo; en cuanto a los gatos, resultaban muy molestos, y había llegado a la conclusión de que lo más adecuado era comprar unos conejos. En la carretera había una casa con una conejera en el patio, y podían pararse aquella misma mañana y comprar un par. Serían un regalo de Paul a los niños, cosa muy conveniente. La compra convertiría aquel fin de semana en el fin de semana en que compraron los conejos, y lo distinguiría de aquel en que trasplantaron el árbol de Navidad o del otro en que retiraron el enebro muerto.

Instalarían los conejos en el antiguo corral de los patos, dijo Virginia, y cuando volvieran a la ciudad en otoño, Kasiak podría comérselos. Kasiak era un trabajador asalariado.

La carretera ascendía. Desde Meridian Junction hacia el norte nunca se perdía por completo la sensación de una subida gradual. Las colinas ocultaban el delicado y al mismo tiempo viciado paisaje de New Hampshire, con la omnipresencia de sus casas medio en ruinas, pero cada pocos kilómetros, un afluyente del Merrimack abría un amplio valle, con olmos, granjas y muros de piedra.

—Es por esta zona —dijo Virginia. Paul no sabía de qué estaba hablando hasta que su mujer le recordó los conejos—. Si vas un poco más despacio... Aquí, Paul, aquí.

Paul detuvo el coche al borde de la carretera. Sobre el césped, delante de una casa blanca y pulcra, sombreada por un grupo de arces, había una conejera.

—Oiga —gritó Paul—. ¿Hay alguien?

Un hombre vestido con un mono salió por una puerta lateral, masticando algo, como si hubiera tenido que interrumpir una comida. Dijo que los conejos blancos costaban dos dólares; los marrones y los grises, dólar y medio. Tragó, y se limpió la boca con la mano. Hablaba con desasosiego, como si no quisiera que nadie más se enterara de aquella simple transacción, y después de que Paul hubo elegido un conejo marrón y otro gris, se dirigió corriendo hacia el granero en busca de una caja. En el momento en que Paul giraba el volante para volver a la carretera, oyeron a sus espaldas un grito de congoja. Un niño salió corriendo de la casa en dirección a la conejera, y comprendieron el origen de la inquietud del granjero.

El mercado de verduras y la tienda de antigüedades, el cañón de la Guerra Civil y la oficina de Correos de Riems quedaron atrás, y Paul pisó el acelerador con alegría cuando escaparon de las estrechas calles del pueblo y se encontraron con la refrescante brisa del lago. La carretera los llevó primero junto al extremo del lago menos elegante, donde la gente vivía apiñada; luego las casas se fueron distanciando y dieron paso a bosques de pinos y a campos vacíos a medida que se dirigían más al norte. La sensación de vuelta a casa —de volver a un sitio donde había pasado todos los veranos de su vida— llegó a ser tan intensa para Paul que la diferencia entre la rapidez de su imaginación y la velocidad del coche logró impacientarlo hasta que abandonaron la carretera para internarse por unas rodadas cubiertas de hierba y vieron su granja al final del camino.

La suave sombra de una nube atravesaba la fachada de la casa de los Hollis. En el sitio donde terminaba el césped, cabeza abajo, había un mueble de jardín abandonado durante una tormenta y que parecía haber estado secándose desde la adolescencia de Paul. La luz y el calor aumentaron, y los contrastes se hicieron más pronunciados a medida que la sombra en movimiento de la nube oscurecía primero el granero y luego el tendedero, para perderse finalmente en el bosque.

—Hola, hermano. —Era Ellen, la hermana de Paul, que lo llamaba desde una de

las ventanas abiertas.

Su traje de ciudad le molestó en los hombros al salir del coche, como si hubiera aumentado en estatura, porque aquel lugar lo hacía sentirse con diez años menos, y los arces, la casa y las simples montañas eran de la misma opinión. Sus dos hijos todavía pequeños salieron corriendo desde detrás del granero hasta estrellarse contra sus piernas. Más altos, más morenos, más saludables, más guapos, más inteligentes: esa era la impresión que le causaban todos los fines de semana cuando se reunía con ellos. La rama marchita de un arce atrajo su atención. Habría que cortarla. Se agachó para coger a su hijito y a su hijita, dominado por una ardiente oleada de amor frente a la que se encontraba indefenso y, al parecer, desprevenido.

El corral de los patos, donde pusieron los conejos aquella mañana, llevaba años vacío, pero había una jaula y un refugio, y serviría de momento.

—Ahora ya son vuestros, son vuestros conejos —les dijo Paul a sus hijos. Su severidad los sobrecogió, y el niño empezó a chuparse el dedo gordo—. Ahora la responsabilidad es vuestra, y si los cuidáis bien, quizá podáis tener un perro cuando volvamos a Nueva York. Tendréis que darles de comer y limpiarles la casa. —Su amor por los niños y su deseo de delinear para ellos, aunque fuese de manera muy vaga, las misteriosas formas de la responsabilidad lo llevaban a adoptar una actitud presuntuosa de la que él mismo era consciente—. No quiero que penséis que alguien va a venir a ayudaros —les dijo—. Tendréis que darles agua dos veces al día. Según parece, les gusta la lechuga y las zanahorias. Ahora podéis llevarlos vosotros mismos al corral. Papá tiene cosas que hacer.

Paul Hollis era un granjero de verano. Segaba, cultivaba, y se enfurecía ante el precio del pienso para las gallinas, pero tan pronto como empezaban a resonar los quejumbrosos vientos del Día del Trabajo, Paul colgaba su embotada guadaña para que se oxidara en el zaguán de atrás, donde se guardaba también la lámpara de queroseno, y alegremente trasladaba su interés al cálido apartamento de Nueva York. Aquel día —el día que compró los conejos— fue a su dormitorio después de adoctrinar a los niños, y se puso un mono del ejército en el que aún se leían con dificultad, escritos con lápiz graso, su nombre, su graduación y su número de identificación. Virginia estuvo sentada en el borde de la cama mientras él se vestía, y habló de su hermana Ellen, que pasaba un mes con ellos. Ellen necesitaba descansar; Ellen bebía demasiado. Pero no había la menor sugerencia de censura o cambio en lo que Virginia decía sobre ella, y cuando Paul miró a su mujer, pensó en lo comprensiva y en lo bonita que era. El cuarto era antiguo y agradable —había sido el de los padres de Paul— y la luz que recibía le llegaba a través de las hojas de los árboles. Se entretuvieron allí hablando de Ellen, de los niños, saboreando la austeridad de su contento y su valía moral, pero no tanto como para dar una impresión de indolencia. Paul iba a ayudar a Kasiak a segar el campo más alto, y Virginia quería coger algunas flores.

La propiedad de los Hollis estaba en una zona elevada, y fue el padre de Paul —muerto hacía muchos años— quien llamó Elíseo al pastizal más alto, debido a su extraordinaria quietud. Aquella dehesa se segaba en años alternos para impedir que las malezas se agarraran a la tierra. Cuando Paul llegó allí aquella mañana, encontró a Kasiak, y juzgó que debía de llevar unas tres horas faenando; a Kasiak se le pagaba por horas. Los dos hombres hablaron brevemente —el jornalero y el veraneante—, y en seguida restablecieron la tácita alianza de las personas que por alguna razón trabajan juntas. Paul segaba más abajo y un poco a la derecha de Kasiak. Usaba bien la guadaña, pero resultaba imposible confundir, incluso desde lejos, la diligente figura de Kasiak con la de Paul.

Kasiak había nacido en Rusia. Esto y todo lo que Paul sabía de él se lo había contado el ruso mientras trabajaban. Kasiak había desembarcado en Boston, trabajó luego en una fábrica de zapatos, estudió inglés por la noche, y alquiló primero, y posteriormente adquirió, la granja que quedaba más abajo de la finca de los Hollis. Habían sido vecinos durante veinte años. Aquel año, Kasiak trabajaba por vez primera para los Hollis. Hasta entonces no había pasado de ser una perseverante y pintoresca figura en su paisaje habitual. Kasiak vestía a su mujer sorda con la tela de las bolsas de sal y de los sacos de patatas. Era muy tacaño, y estaba amargado. Incluso en aquella mañana de verano, tenía un aire de disgusto y descontento. Cuidaba de sus árboles y almacenaba el heno exactamente en el momento adecuado, y sus campos, sus huertos, su montón de estiércol y el agrio olor de la leche en su cocina immaculada transmitían un sentimiento de seguridad basado en la fuerza de una agricultura inteligente. Kasiak segaba y andaba como un preso por el patio de su cárcel. Desde el momento en que se dirigía al granero, una hora antes del alba, no mostró vacilación en su determinación ni en su paso y aquella impecable cadena de tareas era parte de un conjunto más amplio de responsabilidades y aspiraciones que habían empezado con su juventud en Rusia y que terminarían, creía él, con el nacimiento de un mundo de justicia y de paz, rescatado mediante incendios y derramamiento de sangre.

Cuando Paul le dijo a su mujer que Kasiak era comunista, Virginia lo encontró divertido. Kasiak se lo había dicho personalmente a Paul. Dos semanas después de que empezó a trabajar para ellos, cogió la costumbre de recortar editoriales de un periódico comunista y pasárselos a Paul o introducirlos por debajo de la puerta de la cocina. Moderación era el lema de Paul en sus relaciones con Kasiak: al menos, eso era lo que le gustaba pensar. Dos veces, en el almacén de piensos, cuando se habían discutido las ideas políticas del ruso, Paul había defendido el derecho de Kasiak a sacar sus propias conclusiones sobre el futuro, y al hablar con él siempre le preguntaba en tono de broma cuándo iban a hacer la revolución los suyos.

Aquel día señaló el final de la época adecuada para recolectar el heno. Al avanzar la mañana, empezaron a oír el sordo retumbar de los truenos. Se alzó algo de viento en los alrededores, pero no podía decirse lo mismo del campo donde trabajaban.

Kasiak dejaba tras de sí un intenso olor a esencia de limón mezclada con vinagre, y los dos hombres se veían acosados por las moscas. No permitieron que la posibilidad de una tormenta modificara el ritmo de su trabajo; era como si para ellos hubiera algún significado oculto en terminar de segar aquel campo. Luego, el viento húmedo subió tras ellos por la colina, y Paul, retirando una mano del mango de la guadaña, enderezó la espalda. Mientras ellos trabajaban, las nubes habían oscurecido el cielo desde el horizonte hasta por encima de su cabeza, así que recibió la engañosa impresión de un país dividido equitativamente entre las luces de la catástrofe y el reposo. La sombra de la tormenta ascendía por el campo con la misma rapidez que camina un hombre, pero el heno que no había tocado seguía siendo amarillo, y no había augurios de tormenta ni en el delicado cielo de él ni en las nubes ni en nada de lo que veía excepto en el bosque verde, cuyo color había empezado a oscurecerse. Luego, Paul sintió un frío en la piel ajeno a las características del día, y oyó a sus espaldas las gotas de lluvia que empezaban a caer entre los árboles.

Paul corrió hacia el bosque. Kasiak lo siguió lentamente, con la tormenta pisándole los talones. Se sentaron el uno junto al otro sobre unas piedras bajo la protección del denso follaje, contemplando la cortina de lluvia en movimiento. Kasiak se quitó el sombrero: por primera vez en todo el verano, según recordaba Paul. Tenía el cabello y la frente de color gris. La piel rojiza comenzaba en los pómulos —muy altos— y se iba debilitando hasta convertirse en un castaño oscuro que se extendía desde la mandíbula hasta el cuello.

—¿Cuánto me cobraría por utilizar su caballo para arar la huerta? —preguntó Paul.

—Cuatro dólares —Kasiak no alzó la voz, y el ruido de la lluvia cayendo con violencia sobre el campo hizo que Paul no lo oyera.

—¿Cuánto?

—Cuatro dólares.

—Podemos intentarlo mañana por la mañana si hace buen día, ¿qué le parece?

—Tendrá que ser a primera hora. Por la tarde hace demasiado calor para la yegua.

—A las seis, entonces.

—¿Quiere usted levantarse tan temprano? —Kasiak sonrió ante su propia burla de la familia Hollis y de sus desordenadas costumbres.

Un relámpago tocó el bosque, tan cerca de ellos que les llegó el olor de la descarga galvánica, y un segundo después se produjo la explosión de un trueno que dio la impresión de haber destruido el condado. Luego pasó el frente de la tormenta, cesó el viento, y las gotas cayeron a su alrededor con la perseverante melancolía de una lluvia otoñal.

—¿Ha sabido usted algo de su familia recientemente, Kasiak? —preguntó Paul.

—Dos años..., hace dos años que no sé nada.

—¿Le gustaría volver?

—Sí, claro. —Surgió en su rostro un destello de interés—. En la granja de mi

padre hay algunos campos de grandes dimensiones. Mis hermanos siguen allí. Me gustaría ir en avión. Aterrizaría en esos grandes campos, y todos vendrían corriendo a ver quién era, y descubrirían que era yo.

—No le gusta esto, ¿verdad?

—Es un país capitalista.

—Entonces, ¿por qué vino?

—No lo sé. Creo que allí me hacían trabajar demasiado. En nuestra tierra cortamos el centeno de noche, cuando hay algo de humedad en el aire. Me pusieron a trabajar en los campos cuando tenía doce años. Nos levantábamos a las tres para cortar el centeno. Tenía las manos llenas de sangre y tan hinchadas que no podía dormir. Mi padre me pegaba como a un preso; en Rusia pegaban a los presos. Me golpeó con un látigo para los caballos hasta sangrar por la espalda. —Kasiak se palpó la espalda como si todavía sintiera los latigazos—. Después de aquello, decidí marcharme. Esperé seis años. Esa es la razón de que viniera, creo... me pusieron demasiado pronto a trabajar en los campos.

—¿Cuándo harán ustedes la revolución, Kasiak?

—Cuando los capitalistas empiecen otra guerra.

—¿Y a mí qué me pasará, Kasiak? ¿Que sucederá con la gente como yo?

—Depende. Si uno trabaja en una granja o en una fábrica, imagino que no le pasará nada. Solo eliminarán a los tipos inútiles.

—De acuerdo, Kasiak —dijo Paul con entonación sincera—. Trabajaré para usted —y dio unas palmadas al granjero en la espalda. Luego miró la lluvia con gesto desaprobador—. Creo que voy a bajar a comer algo. Hoy no vamos a poder segar más, ¿no es cierto?

Cruzó corriendo el campo húmedo hasta llegar al granero. Kasiak lo siguió unos minutos después, pero sin correr. Entró en el granero y se puso a reparar una cajonera para proteger las plantas nuevas, como si la tormenta encajase con toda exactitud en su horario.

Aquella noche, antes de la cena, Ellen, la hermana de Paul, bebió demasiado. Se retrasó a la hora de sentarse a la mesa, y cuando Paul fue a la antecocina a por una cuchara, se la encontró allí, bebiendo directamente de la coctelera de plata. Una vez en la mesa, muy alta en su firmamento de ginebra, miró críticamente a su hermano y a su mujer, recordando alguna injusticia real o imaginaria de su juventud, porque al aproximarse, por poco que sea, las constelaciones de algunas familias generan entre sí asperezas que nada logra suavizar. Ellen era una mujer de facciones muy marcadas y de intensos ojos azules algo estrábicos. Se había divorciado por segunda vez aquella primavera. Para cenar se cubrió la cabeza con un pañuelo de brillantes colores y se puso un antiguo vestido que había encontrado en uno de los baúles del desván, y como aquella ropa descolorida le trajo el recuerdo de una época más simple de la

vida, habló ininterrumpidamente del pasado y, particularmente, de su padre... (Padre hizo esto y lo de más allá). El vestido viejo y su actitud de nostalgia del pasado lograron impacientar a Paul, y tuvo la impresión de que una enorme hendidura había aparecido mágicamente en el corazón de Ellen la noche en que padre murió.

Un viento del noroeste había alejado del condado la tormenta, dejando en el aire un frío penetrante, y cuando salieron al porche después de la cena para ver la puesta de sol, había un centenar de nubes en el oeste: nubes de oro, nubes de plata, nubes color de hueso y de yesca, y de la pelusa que se acumula debajo de la cama.

—Me sienta muy bien estar aquí arriba —comentó Ellen—. Me hace mucho bien. —Se había sentado sobre la barandilla a contraluz, y Paul no le veía la cara—. No encuentro los prismáticos de padre —continuó—, y sus palos de golf han desaparecido.

A través de la ventana abierta del cuarto de los niños, Paul oía cantar a su hija: «¿Cuántos kilómetros hay hasta Babilonia? Tres veces veinte y diez más. ¿Llegaremos allí alumbrándonos con velas...?». Una inmensa ternura y satisfacción se derramaron sobre él junto con la voz de la niña desde la ventana abierta.

Les sentaba bien a todos, como Ellen decía; era muy beneficioso para todos. Era una frase que Paul había oído pronunciar en aquel porche desde que tenía uso de razón. Ellen era la única mancha en aquel atardecer perfecto. Había algo erróneo, algún mal identificado solo a medias en el culto de su hermana por la bucólica escena: un índice de las insuficiencias de Ellen y, suponía Paul, también de las suyas.

—Tomemos algún licor —dijo Ellen.

Entraron en la casa para beber. En el cuarto de estar deliberaron mucho tiempo sobre lo que tomarían: coñac, crema de menta, cointreau, whisky. Paul fue a la cocina y colocó copas y botellas en una bandeja. Algo agitaba la puerta de tela metálica; el viento, supuso Paul, hasta que se repitió el golpeteo y vio a Kasiak en la oscuridad al otro lado. Le ofrecería una copa. Lo instalaría en el sillón de orejas y jugaría al juego de la igualdad entre veraneante y jornalero, que es uno de los principales espejismos de los meses con abundancia de hojas.

—Aquí tengo algo que debería usted leer —dijo Kasiak antes de que Paul pudiese hablar, y le hizo entrega de un recorte de periódico.

Paul reconoció el tipo de letra de imprenta de la publicación comunista que le enviaban por correo a Kasiak desde Indiana, VIDA EN EL LUJO DEBILITA A EE. UU., decía el titular, y el texto describía con pérfido júbilo a los aguerridos y profundamente motivados soldados rusos. El rostro de Paul se encendió por la indignación hacia Kasiak y por la súbita oleada de chovinismo que sintió.

—¿No quiere usted nada más? —La voz se le quebró, llena de sequedad. Kasiak negó con la cabeza—. Lo veré mañana a las seis —dijo Paul, de patrono a jornalero. Luego enganchó la puerta metálica y le volvió la espalda.

A Paul le gustaba creer que su paciencia con aquel hombre era inagotable, porque, después de todo, Kasiak no solo creía en Bakunin: también estaba convencido de que

las piedras crecen y de que los truenos cortan la leche. En sus tratos con Kasiak había sacrificado inconscientemente algo de independencia, y a la mañana siguiente, para estar en el huerto a las seis, se levantó a las cinco. Se preparó el desayuno, y a las cinco y media oyó el traqueteo de un carro en el camino. Había comenzado la pueril competición sobre virtud y laboriosidad. Paul ya se encontraba en el huerto cuando Kasiak apareció con el carro. El ruso pareció decepcionarse.

Paul solo había visto la yegua en los pastizales, y, además de que iba a costarle cuatro dólares, sentía curiosidad por el animal, ya que, junto con una mujer y una vaca, formaba toda la familia de Kasiak. Vio que tenía la piel polvorienta; el vientre, hinchado; los cascos, sin herrar y descuidados, se desmenuzaban como si fueran papel.

—¿Cómo se llama? —preguntó, pero Kasiak no le contestó. Unció la yegua al arado, y ella resopló e inició la faena colina arriba. Paul llevaba al animal por la brida, y Kasiak apretaba el arado contra la tierra.

Hacia la mitad del primer surco, una piedra los obligó a detenerse, y después de desenterrarla y apartarla, Kasiak gritó: «¡Arre!», pero el animal no se movió. «¡Arre!», volvió a gritar. La voz era áspera, aunque había algo de ternura escondida en ella. «¡Arre, arre!». Le golpeó suavemente el costado con las riendas. Miró ansiosamente a Paul, como si le diera vergüenza que pudiera notar la extremada decrepitud de la yegua y se formara un juicio equivocado sobre un animal al que quería. Cuando Paul sugirió el uso del látigo, Kasiak dijo que no. «¡Arre, arre!», gritó de nuevo, y como la yegua siguió sin responder, le golpeó la grupa con las riendas. Paul tiró del bocado. Estuvieron diez minutos en medio del surco empujando y gritando, y parecía como si a la yegua le faltase la vida. Luego, cuando se habían quedado roncos y estaban desanimados, la yegua empezó a moverse y a llenarse de aire los pulmones. Su cuerpo funcionaba como un fuelle y el aire le silbaba en los ollares, y como el saco que Eolo dio a Ulises, parecía estar llena de tempestades. Se sacudió las moscas de la cabeza y tiró del arado unos cuantos metros.

Esto hizo que el trabajo avanzara despacio, y para cuando terminaron, el sol calentaba bastante. Paul oyó voces en la casa mientras Kasiak y él llevaban a la endeble yegua otra vez al carro, y vio a sus hijos, todavía en pijama, dando de comer a los conejos en el sendero de las lechugas. Cuando Kasiak hubo aparejado la yegua, Paul volvió a preguntarle cómo se llamaba.

—No tiene nombre —respondió el ruso.

—Es la primera vez que oigo hablar de un caballo de labranza sin nombre.

—Poner nombre a los animales es sentimentalismo burgués —repuso Kasiak, al tiempo que ponía el carro en marcha.

Paul se echó a reír.

—¡No volverá usted nunca! —dijo Kasiak por encima del hombro. Era la única maldad que tenía a su alcance; sabía lo mucho que Paul amaba la colina. Su rostro se había ensombrecido—. No volverá usted el año que viene. Espere y verá.

En domingo llega muy pronto el momento en que la marea del día de verano se vuelve inexorablemente hacia el tren de la noche. Uno puede bañarse, jugar al tenis, echarse una siesta o dar un paseo, pero eso no cambia mucho las cosas. Inmediatamente después del almuerzo, Paul tenía que enfrentarse con sus escasos deseos de marcharse. Este sentimiento era tan fuerte que le recordaba a la intensidad de las emociones y de los temores que había experimentado durante sus permisos militares. A las seis, Paul se puso su ajustado traje de ciudad y se tomó un cóctel con Virginia en la cocina. Ella le pidió que comprara unas tijeras para las uñas y dulces en Nueva York. Mientras estaban allí, Paul oyó unos sonidos cuya simple posibilidad le quitaba el sueño más que ninguna otra cosa: los gritos de dolor de sus inocentes y dulces hijos.

Salió corriendo, dejando que la puerta de tela metálica le diera a Virginia en la cara. Luego volvió y sostuvo la puerta abierta para que saliera ella, y ambos corrieron colina arriba. Los niños bajaban por el camino, bajo los grandes árboles. Inmersos en su dolor transparente, cegados por las lágrimas, tropezaban y corrían hacia su madre, buscando en su falda oscura una forma donde apoyar la cabeza. Gritaban con toda la fuerza de sus pulmones. Pero no era nada serio, después de todo: los conejos se habían muerto.

—Vamos, vamos, vamos... —Virginia condujo a los niños hacia la casa.

Paul continuó camino arriba y encontró en la jaula los conejos sin vida. Los llevó hasta el borde del jardín y cavó un hoyo. Kasiak se acercó, con agua para los pollos, y al hacerse cargo de la situación, habló con tristeza.

—¿Para qué cavar una fosa? —preguntó—. Las mofetas los desenterrarán esta noche. Llévelos al pastizal de Cavis. Si no, los desenterrarán de nuevo... —Y siguió andando camino del gallinero.

Paul aplastó con los pies el suelo encima de la tumba; le entró tierra en los zapatos. Volvió a la conejera para ver si descubría algún rastro de lo que había matado a los animales, y en el comedero, debajo de algunas lacias hortalizas que los niños habían arrancado, vio los cristales de un veneno mortal que utilizaban para matar ratas en invierno.

Paul hizo un gran esfuerzo para recordar si podía haber sido él mismo quien había dejado el veneno allí. El calor sofocante de la conejera hizo que las gotas de sudor se deslizaran por su rostro. ¿Podría haberlo hecho Kasiak? ¿Era posible que Kasiak se hubiera comportado de una manera tan mezquina, tan cruel? ¿Era posible que, con la creencia de que alguna noche de otoño las fogatas en las montañas darían la señal para que los diligentes y los de confianza tomaran el poder de las manos de quienes bebían martinis, el ruso se hubiese vuelto lo suficientemente taimado para poner el dedo en el único interés que para Paul tenía el futuro?

Kasiak estaba en el gallinero. Las sombras empezaban a cubrir el suelo, y algunas de las felices y estúpidas aves se disponían a instalarse en sus perchas.

—¿Ha envenenado usted a los conejos, Kasiak? —inquirió Paul—. ¿Ha sido usted? —Sus voces asustaron a los pollos, que extendieron las alas y cacarearon—. ¿Ha sido usted, Kasiak?

Kasiak no dijo nada. Paul le puso las manos sobre los hombros y lo zarandeó.

—¿No sabe usted lo fuerte que es ese veneno? ¿No sabe que los niños podrían haberlo cogido? ¿No se da cuenta de que podría haberlos matado?

Las aves empezaron a intervenir en el altercado. Las señales se transmitieron desde el gallinero hasta el patio; los pollos se expulsaron unos a otros de las abarrotadas tablas, agitando las alas con fuerza. Como si la vida de Kasiak se escondiera astutamente de la violencia detrás de cartílago y hueso, no había en él resistencia aparente, y Paul lo zarandeó hasta que empezó a cruji.

—¿Ha sido usted, Kasiak? —gritó Paul—. ¿Ha sido usted? Kasiak, si toca usted a mis hijos, si les hace daño de alguna forma, la que sea, le abriré la cabeza. —Luego lo apartó de un empujón y el ruso quedó tumbado en el suelo.

Cuando Paul regresó a la cocina, no había nadie allí, y se bebió dos vasos de agua. Desde el cuarto de estar se oía a los apesadumbrados niños, y a su hermana Ellen, que no había tenido hijos, esforzándose torpemente por distraerlos con una historia acerca del gato que ella tuvo una vez. Virginia entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí. Preguntó si los conejos habían sido envenenados, y Paul respondió afirmativamente. Ella se sentó en una silla junto a la mesa de la cocina.

—Fui yo quien puso allí el veneno, el pasado otoño —declaró—. Nunca se me ocurrió que volviéramos a usar ese sitio, y quería ahuyentar a las ratas. Lo había olvidado. Nunca pensé que volviéramos a usar ese corral. Lo olvidé por completo.

Es cierto, incluso para los mejores de entre nosotros, que si un observador nos sorprendiera subiéndonos a un tren en una estación intermedia; si reparara en nuestros rostros, privados por el nerviosismo de su aplomo habitual; si valorara nuestro equipaje, nuestra ropa, y mirara por la ventanilla para ver quién nos ha llevado en coche hasta la estación; si escuchara las palabras ásperas o tiernas que decimos en el caso de que nos acompañe nuestra familia, o si se fijara en la manera que tenemos de colocar la maleta en el portaequipajes, de comprobar en qué sitio hemos guardado la cartera y el llavero, y de limpiarnos el sudor que nos cae por la nuca; si pudiera juzgar acertadamente sobre el engreimiento, la desconfianza o la tristeza con que nos instalamos, obtendría un panorama de nuestras vidas más amplio del que la mayoría hubiese querido proporcionarle.

Aquel domingo por la noche, Paul cogió el tren por los pelos. Cuando subió los empinados escalones para entrar en el vagón descubrió que le faltaba el aliento. Aún quedaban algunas hebras de paja en sus zapatos por el forcejeo en el gallinero. El trayecto en coche no había logrado calmarlo por completo, y tenía el rostro enrojecido. No había pasado nada irreparable, pensó. «No ha pasado nada», susurró

para sí mientras colocaba la maleta en el portaequipajes: un hombre de unos cuarenta años con signos de su condición mortal en el temblor de la mano derecha, con signos de verse superado por los acontecimientos en la confusión de su entrecejo fruncido; un granjero de verano con ampollas en las manos, quemado por el sol, con los ojos doloridos, y tan visiblemente afectado por alguna reciente pérdida de principios que cualquier extraño podría haberlo advertido desde el otro lado del pasillo.

CANCIÓN DE AMOR NO CORRESPONDIDO

Después de haber tratado a Joan Harris en Nueva York durante algunos años, Jack Lorey empezó a pensar en ella como en la Viuda. Joan siempre vestía de negro, y, por un peculiar desorden en su apartamento, Jack tenía siempre la impresión de que los empleados de la funeraria acababan de marcharse. Esta impresión no tenía nada de maliciosa, porque Jack sentía un gran afecto por Joan. Procedían de la misma ciudad de Ohio y habían llegado a Nueva York aproximadamente en la misma época, hacia mediados de los años treinta. Ambos eran de la misma edad, y durante su primer verano en la gran ciudad solían verse después del trabajo e iban juntos a beber martinis en sitios como Brevoort y Charles', y a cenar y a jugar a las damas en el Lafayette.

Joan acudió a una escuela para modelos cuando se instaló en Nueva York, pero no resultó fotogénica, de manera que, después de pasarse seis semanas aprendiendo a andar con un libro sobre la cabeza, consiguió un empleo de recepcionista en un Longchamps. El resto del verano se lo pasó junto al guardarropa, envuelta en una intensa luz rosada y una romántica música de violines, balanceando su cabellera oscura y su falda negra cada vez que se adelantaba para recibir a los clientes. Por entonces era una chica grande y bien parecida con una hermosa voz, y su rostro, y toda ella, siempre parecían iluminados por el dulce y saludable placer que le producía lo que tenía alrededor, fuera lo que fuese. Joan era inocente e incorregiblemente sociable, y era capaz de levantarse de la cama y vestirse a las tres de la mañana si alguien la telefoneaba y le proponía salir a tomar una copa, como Jack hacía con frecuencia. Cuando llegó el otoño, consiguió un empleo administrativo de poca importancia en unos grandes almacenes. Jack y ella se veían cada vez menos, y luego, durante una temporada se perdieron de vista por completo. Jack vivía con una chica que había conocido en una fiesta, y nunca se le ocurrió preguntarse qué habría sido de Joan.

La novia de Jack tenía amigos en Pennsylvania, y durante la primavera y el verano de su segundo año en la ciudad, Jack iba frecuentemente con ella a pasar allí los fines de semana. Todo esto —el apartamento compartido en el Village, las relaciones ilícitas, el tren del viernes por la noche para ir a una casa de campo— era tal como Jack se había imaginado la vida en Nueva York, y se sentía intensamente feliz. Un domingo por la noche volvía a Nueva York con su novia por la línea Lehigh; el tren era uno de esos que cruzan lentamente toda Nueva Jersey, devolviendo a la ciudad a cientos de personas, como si fueran las víctimas de una inmensa y fatigosa excursión, con rostros encendidos y agujetas en todos los músculos. Jack y su novia, como la mayoría de los pasajeros, llevaban grandes

cantidades de hortalizas y flores. Cuando el tren se detuvo en Pennsylvania Station, ambos avanzaron con la multitud por el andén hacia la escalera mecánica. Cuando pasaban junto a las amplias e iluminadas ventanillas del coche restaurante, Jack volvió la cabeza y vio a Joan; era la primera vez desde el Día de Acción de Gracias o desde Navidad, no lo recordaba bien.

Joan estaba con un hombre que, evidentemente, había perdido el conocimiento. Su cabeza descansaba sobre los brazos, apoyados encima de la mesa, y cerca de uno de sus codos había un vaso caído. Joan le zarandeaba los hombros con suavidad y hablaba con él. Parecía vagamente preocupada, y también un tanto divertida. Los camareros habían recogido todas las demás mesas y permanecían en pie en torno a Joan, esperando a que resucitara su acompañante. A Jack le angustió ver en aquellas dificultades a una chica que le recordaba los árboles y los jardines de su ciudad natal, pero no podía hacer nada por ayudarla. Joan continuó sacudiendo los hombros de su acompañante, y la multitud empujó a Jack, obligándolo a pasar una tras otra las ventanillas del coche restaurante, a dejar atrás su cocina maloliente y ascender por la escalera mecánica. Volvió a ver a Joan más adelante aquel mismo verano, cuando cenaba en un restaurante del Village. A él lo acompañaba una chica distinta, una sureña; aquel año había muchas chicas del sur en Nueva York. Jack y su amiga habían entrado en el restaurante porque les quedaba a mano, pero la comida era terrible, y el local estaba iluminado con velas. A mitad de la cena, Jack advirtió la presencia de Joan al otro lado de la sala, y cuando terminó de comer se acercó a hablar con ella. Joan estaba con un hombre alto que llevaba monóculo, y que después de levantarse y hacer una ceremoniosa reverencia, le dijo a Jack:

—Nos complace mucho conocerlo.

Luego pidió disculpas y se dirigió hacia el servicio.

—Es conde, es un conde sueco —explicó Joan—. Trabaja en la radio los viernes por la tarde, tiene un programa a las cuatro y cuarto. ¿No es maravilloso? —Parecía encantada con el conde y con aquel terrible restaurante.

Durante el invierno siguiente, Jack dejó el Village y se mudó a un apartamento en el lado este de las calles treinta. Una fría mañana, cuando cruzaba Park Avenue camino de su despacho, reconoció, entre la multitud, a una mujer que había visto varias veces en el apartamento de Joan. Se detuvo a hablar con ella y le preguntó por su amiga.

—¿No se ha enterado? —dijo ella con gesto compungido—. Quizá sea mejor que se lo cuente. Tal vez pueda usted ayudar.

Desayunaron juntos en un *drugstore* de Madison Avenue y la amiga de Joan se desahogó contándole la historia.

El conde tenía un programa radiofónico llamado «La canción de los fiordos», o algo parecido, en el que cantaba canciones folklóricas suecas. Todo el mundo sospechaba que era un impostor, pero a Joan eso no le preocupaba. El supuesto conde la había conocido en una fiesta y, advirtiendo en seguida sus posibilidades de ternura,

se fue a vivir con ella al día siguiente. Alrededor de una semana después, el conde empezó a quejarse de dolores en la espalda, y dijo que precisaba un poco de morfina. Luego, la necesidad de morfina se hizo constante. Si no la obtenía, insultaba y recurría a la violencia. Joan empezó a tratar con médicos y farmacéuticos que vendían drogas bajo cuerda, y cuando le fallaban, acudía a los bajos fondos. Sus amigos temían que el día menos pensado la policía encontrara su cuerpo en una alcantarilla. Quedó embarazada y tuvo un aborto. El conde la dejó y se mudó a una pensión de mala muerte cerca de Times Square, pero a ella le preocupaba tanto su desamparo, le daba tanto miedo que pudiera morirle sin ella, que fue tras él, compartió su habitación y siguió comprándole narcóticos. Él volvió a abandonarla, y Joan, antes de volver a su apartamento y a sus amigos del Village, esperó una semana por si regresaba.

Jack se conmovió al pensar que aquella inocente chica de Ohio había vivido con un brutal drogadicto y había comerciado con delincuentes, y al llegar a su despacho aquella mañana, la telefoneó y quedaron para cenar. Se reunieron en Charles'. Cuando Joan entró en el bar, parecía tan saludable y serena como siempre. Su voz era dulce, y lo hizo pensar en olmos, en jardines, en esas estructuras de cristal que solían colgarse del techo de los porches para que tintinearan con la brisa del verano. Ella le habló del conde. Lo hizo caritativamente y sin el menor rastro de amargura, como si su voz, como si toda su manera de ser, solo fueran capaces de recoger los afectos y los placeres más simples. Su forma de andar, cuando lo precedió camino de la mesa, era ágil y elegante. Joan comió mucho y habló con entusiasmo de su trabajo. Después fueron al cine y se despidieron delante de su casa.

Aquel invierno Jack conoció a una chica con la que decidió casarse. Anunciaron su compromiso en enero, y tenían intención de casarse en julio. Durante la primavera, entre la correspondencia de su despacho, Jack recibió una invitación para un cóctel en casa de Joan. La fecha de la fiesta coincidía con un sábado en el que su prometida iba a Massachusetts a visitar a sus padres, y cuando llegó la hora del cóctel, y Jack descubrió que no tenía nada mejor que hacer, tomó un autobús que lo llevaba al Village. Joan conservaba el mismo apartamento. Se trataba de un edificio sin ascensor. Había que llamar al timbre que se hallaba encima de los buzones del correo en el vestíbulo, y la respuesta era una especie de estertor agónico de la cerradura. Joan vivía en el segundo piso. Su tarjeta de visita estaba pegada al buzón, y encima de su nombre figuraba escrito a mano el de Hugh Bascomb.

Jack subió los dos tramos de escaleras alfombradas, y al llegar al apartamento de Joan la encontró junto a la puerta abierta, con un vestido negro. Después de saludarlo, Joan lo cogió del brazo y lo llevó a través del cuarto.

—Quiero presentarte a Hugh, Jack —dijo.

Hugh era un hombre corpulento de rostro encarnado y ojos de color azul celeste. Sus modales eran obsequiosos, y se le notaba en la mirada que bebía mucho. Jack estuvo un rato hablando con él y luego fue a charlar con alguien que conocía y que se

hallaba junto a la repisa de la chimenea. Fue entonces cuando notó, por primera vez, el desorden indescriptible del apartamento de Joan. Los libros estaban en las estanterías y los muebles eran razonablemente buenos, pero, por alguna razón la casa resultaba un completo desastre. Era como si los objetos hubiesen sido colocados en sus sitios sin reflexionar sobre ello o sin verdadero interés y, también por vez primera, Jack tuvo la impresión de que alguien había muerto allí recientemente.

Jack paseó por la estancia y se dio cuenta entonces de que conocía a aquellos diez o doce invitados de otras fiestas. Entre ellos había una mujer con un sombrero extravagante, que ocupaba un puesto de dirección en una empresa, un hombre que imitaba a Roosevelt, una tétrica pareja cuya obra de teatro se estaba ensayando y un periodista que encendía constantemente la radio para oír las noticias sobre la guerra civil española. Jack bebió martinis y estuvo hablando con la mujer del sombrero extravagante. Contempló por la ventana los patios traseros y los ailantos que los adornaban, y oyó un retumbar de truenos más allá de los acantilados del Hudson.

En un momento dado, Hugh Bascomb llegó a estar muy borracho. Empezó a derramar las bebidas, como si para él beber fuera una especie de alegre carnicería, y disfrutara con el derramamiento de sangre y con la confusión. Tiró el whisky de una botella, se vertió una copa sobre la camisa e hizo que a otra persona se le cayera el contenido de su vaso. Era una fiesta bastante ruidosa, pero la voz ronca de Hugh fue dominando a todas las demás. Más tarde arremetió contra un fotógrafo que estaba sentado en un rincón dando explicaciones técnicas a una mujer de aire sencillo.

—¿Para qué ha venido a la fiesta si todo lo que quería hacer era sentarse ahí y mirarse la punta de los zapatos? —gritó Hugh—. ¿Para qué ha venido? ¿Por qué no se ha quedado en casa?

El fotógrafo no sabía qué decir. No se estaba mirando la punta de los zapatos. Joan se acercó a Hugh con gesto amable.

—Por favor, no te enzarces ahora en una pelea, cariño —dijo—. Esta tarde, no.

—Cállate —chilló él—. Déjame en paz. Métete en tus asuntos. —Perdió el equilibrio y, al esforzarse por recobrarlo, tiró una lámpara.

—¡Qué lástima, Joan! Esa lámpara tuya tan bonita —suspiró una mujer.

—¡Lámparas! —rugió Hugh. Alzó los brazos y se rodeó la cabeza con ellos como para golpearse a sí mismo—. Lámparas, vasos, cajas de cigarrillos, platos... Me están matando. Me están matando, maldita sea. Vámonos todos a las montañas a cazar y a pescar y a vivir como hombres, maldita sea.

La gente se fue dispersando como si hubiera empezado a llover dentro de la habitación. De hecho, estaba lloviendo ya en la calle. Alguien se ofreció a llevar a Jack al centro en su coche, y él no desaprovechó la ocasión. Joan estaba en la puerta, despidiéndose de sus amigos en retirada. Su voz seguía siendo dulce, y sus modales, a diferencia de esas mujeres cristianas que en la presencia del desastre son capaces de sacar a relucir nuevas y formidables reservas de serenidad, parecían por completo carentes de afectación. Daba la impresión de que Joan se sentía completamente ajena

al enfurecido borracho que tenía a sus espaldas, que se paseaba de un lado a otro triturando fragmentos de cristal contra la alfombra, y que contaba a grandes gritos a uno de los supervivientes de la fiesta la historia de cómo él, Hugh, había resistido en una ocasión tres semanas sin comer.

Jack se casó durante el mes de julio en un jardín de Duxbury, y su mujer y él pasaron unas cuantas semanas en West Chop. Cuando volvieron a Nueva York, su apartamento estaba abarrotado de regalos, entre ellos una docena de tacitas de café enviadas por Joan. Su mujer y él le enviaron la acostumbrada nota de agradecimiento pero no hicieron nada más.

A finales del verano, Joan telefoneó a Jack a su despacho y le pidió que fuese con su mujer a verla, proponiéndole una tarde de la semana siguiente. Jack se sintió culpable por no haber dado señales de vida, y aceptó la invitación, lo que hizo que su mujer se enfadara. Era una muchacha ambiciosa a quien le gustaba llevar una vida social que ofreciera recompensas, y acudió con él a regañadientes al apartamento de Joan en el Village.

En el buzón del portal, encima del nombre de Joan se veía escrito a mano el de Franz Denzel. Jack y su mujer subieron la escalera y Joan los recibió junto a la puerta abierta. Entraron en el apartamento y se encontraron con un grupo de personas entre las que Jack, por lo menos, era incapaz de orientarse.

Franz Denzel era un alemán de mediana edad. Su rostro estaba contraído por la amargura o por la enfermedad. Recibió a Jack y a su mujer con esa complicada y hábil cortesía dirigida a hacer sentir a los invitados que han llegado demasiado pronto o demasiado tarde. Insistió enérgicamente en que Jack se sentara en la silla que él había estado ocupando, y él fue a instalarse sobre un radiador. Había cinco alemanes más en la habitación, bebiendo café. En un rincón se hallaba otra pareja de norteamericanos, con aspecto de sentirse incómodos. Joan sirvió a Jack y a su mujer tacitas de café con nata montada.

—Estas tazas pertenecían a la madre de Franz —declaró—. ¿Verdad que son deliciosas? Fueron lo único que trajo de Alemania cuando escapó de los nazis.

Franz se volvió hacia Jack y dijo:

—Quizá quiera darnos su opinión sobre el sistema educativo norteamericano. Estábamos hablando de eso cuando usted llegó.

Antes de que Jack pudiese responder, uno de los invitados alemanes inició un ataque contra el sistema educativo estadounidense. Los otros alemanes lo secundaron, y de allí pasaron a describir todas las cosas vulgares que les habían llamado la atención del modo de vida norteamericano y a comparar en términos generales las culturas alemana y norteamericana. ¿Dónde, se preguntaban unos a otros con pasión, es posible encontrar en Estados Unidos algo como los coches restaurantes Mitropa, la Selva Negra, los cuadros de Munich o la música de Bayreuth? Franz y sus amigos

empezaron a hablar en alemán. Ni Jack, ni su mujer, ni tampoco Joan entendían el alemán, y la otra pareja de norteamericanos no habían abierto la boca desde que se hicieron las presentaciones. Joan iba alegremente de un lado a otro de la habitación, llenando de café todas las tazas, como si la música de un idioma extranjero bastara para justificar una velada.

Jack bebió cinco tazas de café. Se sentía terriblemente incómodo. Joan fue a la cocina mientras Franz y sus amigos reían chistes alemanes, y Jack abrigó la esperanza de que volviera con algo de beber, pero regresó con una bandeja de helado y moras.

—¿No les parece agradable? —preguntó Franz, hablando de nuevo en inglés.

Joan recogió las tazas de café, y cuando estaba a punto de llevárselas a la cocina, Franz la detuvo.

—¿No está desportillada una de esas tazas?

—No, cariño —respondió Joan—. Nunca permito que las toque la criada. Las lavo yo misma.

—¿Y eso qué es? —preguntó él, señalando el borde de una de las tazas.

—Esa es la taza que siempre ha estado desportillada, cariño. Ya lo estaba cuando la desempaquetaste. Te diste cuenta entonces.

—Las tazas se hallaban intactas cuando llegaron a este país —replicó él.

Joan se retiró a la cocina y él la siguió.

Jack trató de charlar con los alemanes, y entonces llegó de la cocina el ruido de un golpe y un grito. Franz regresó a la sala de estar y empezó a comerse las moras con voracidad. Al poco, Joan volvió con su plato de helado. Su voz seguía siendo dulce. Sus lágrimas, si es que llegó a derramarlas, se habían secado con la rapidez de las de los niños. Jack y su mujer se acabaron el helado y desaparecieron. Aquella inútil y desagradable velada enfureció a la mujer de Jack, quien supuso que no volvería nunca a ver a Joan.

La mujer de Jack quedó embarazada a principios del otoño, y se apropió inmediatamente de todas las prerrogativas de una futura madre. Se echaba largas siestas, comía melocotón en almíbar a media noche, y hablaba sobre el riñón embrionario. Decidió ver tan solo a otras parejas que también esperasen hijos, y en las fiestas que dieron Jack y ella no se servían bebidas alcohólicas. El niño, porque fue un varón, nació en mayo, y Jack se sintió muy feliz y orgulloso. La primera fiesta a la que asistieron después de la convalecencia se celebró con motivo de la boda de una chica cuya familia Jack había conocido en Ohio.

La ceremonia fue en la iglesia de St. James, y a continuación hubo una gran fiesta en el River Club. Los componentes de la orquesta iban vestidos de gitanos, y el champán y el whisky corrieron en abundancia. Hacia el final de la tarde, cuando Jack avanzaba por un corredor mal iluminado, oyó la voz de Joan.

—No, por favor, cariño —estaba diciendo—. Vas a romperme el brazo. Por favor, cariño, no.

Un hombre que parecía retorcerle un brazo la tenía sujeta contra la pared. Tan pronto como vieron a Jack, cesó el forcejeo. Los tres se sintieron intensamente avergonzados. Joan tenía las mejillas húmedas, e hizo un esfuerzo para sonreír a Jack a través de las lágrimas. Él dijo «hola» y siguió adelante sin detenerse. Cuando volvió a pasar por allí, Joan y el hombre habían desaparecido.

Antes de que el hijo de Jack cumpliera los dos años, su mujer se marchó con él a Nevada para tramitar la separación. Jack le dejó el apartamento con todo lo que contenía, y alquiló una habitación en un hotel cerca de la estación Grand Central. Su mujer consiguió el divorcio a su debido tiempo, y la historia salió en los periódicos. Pocos días después, Jack recibió una llamada telefónica de Joan.

—He sentido mucho lo de tu divorcio, Jack —dijo—. Parecía una chica realmente encantadora. Pero no es ese el motivo de mi llamada. Necesito tu ayuda, y me gustaría, si pudieras, que vinieses a mi apartamento esta tarde, hacia las siete. Es algo de lo que prefiero no hablar por teléfono.

Jack se presentó obedientemente en el Village a la hora indicada y subió la escalera. En el apartamento, la confusión era total. Faltaban las cortinas y los cuadros, y los libros estaban en cajones.

—¿Te mudas? —preguntó él.

—Ese es el motivo de que quisiera verte, Jack. Pero déjame que te sirva antes algo de beber. —Preparó dos cócteles—. Me van a echar, Jack —dijo—. Me echan porque soy una mujer inmoral. La pareja que vive en el apartamento de abajo (siempre me han parecido unas personas encantadoras) le ha dicho al casero que soy una borracha y una prostituta y todo lo que quieras imaginarte. ¿No es increíble? El casero ha sido siempre tan amable conmigo que estaba convencida de que no iba a creerlos, pero me ha rescindido el contrato de alquiler, y si protesto, me amenaza con llevar el asunto ante mis jefes de los grandes almacenes, y yo no quiero perder el empleo. Y este casero, que era una persona tan amable, ni siquiera está dispuesto a volver a hablar conmigo. Cuando voy a su despacho, la secretaria me mira de reojo como si yo fuera una mujer horrible. Es cierto que aquí ha habido muchos hombres y que algunas veces hacemos ruido, pero tampoco es lógico que tenga que acostarme a las diez todas las noches, ¿no te parece? Pues bien, al parecer, el casero les ha dicho a todos sus colegas del barrio que soy una mujer inmoral y una borracha, y no hay nadie que quiera alquilarme un apartamento. Fui a hablar con uno que parecía un caballero muy amable, y me hizo proposiciones deshonestas. ¿No es increíble? Tengo que dejar el apartamento el jueves, y me veo literalmente en la calle.

Joan parecía tan serena e inocente como siempre mientras describía el acoso al que se veía sometida por caseros y vecinos. Jack trató cuidadosamente de detectar algún signo de indignación o amargura o al menos de angustia en su relato, pero no descubrió el más mínimo. Le vino a la memoria el recuerdo de una canción de amor no correspondido, de una de esas desoladas y conmovedoras baladas que Marion Harris había cantado, no para ella ni para él, sino para sus hermanas y sus hermanos

mayores. Joan parecía estar cantando sus agravios.

—Me han hecho la vida imposible —continuó tranquilamente—. Si tengo la radio encendida después de las diez, llaman al casero a la mañana siguiente y le cuentan que he celebrado una orgía. Una noche, cuando Philip (creo que no has llegado a conocerlo, está en la RAF; ya ha vuelto a Inglaterra), una noche en que él y algunas otras personas se hallaban aquí, llamaron a la policía. La policía vino dispuesta a echar la puerta abajo, y me hablaron como si yo fuera no sé qué, y luego miraron en el dormitorio. Si creen que hay aquí algún hombre después de medianoche, me llaman por teléfono y me dicen las cosas más desagradables que te puedas imaginar. Siempre me queda la solución de almacenar mis muebles en algún sitio e irme a un hotel, imagino. Supongo que en un hotel aceptarían a una mujer con mi reputación, pero se me ha ocurrido que quizá tú sepas de algún apartamento. Pensé que...

A Jack le encolerizó la idea de que aquella muchacha se viera perseguida por sus vecinos, y dijo que vería lo que podía hacer. Le propuso que cenara con él, pero Joan dijo que ya estaba comprometida.

Como no tenía nada mejor que hacer, Jack decidió volver andando a su hotel. Hacía calor aquella noche; el cielo estaba cubierto. De camino, vio una manifestación desfilando por una bocacalle que desembocaba en Broadway, cerca de Madison Square. Todos los edificios del barrio estaban a oscuras. La oscuridad era tan intensa que Jack no distinguió las pancartas que llevaban los manifestantes hasta situarse junto a un farol: sus consignas propugnaban la entrada de Estados Unidos en la guerra, y cada pelotón representaba una de las naciones que habían sido sojuzgadas por las potencias del Eje. Continuaron Broadway arriba mientras él los contemplaba, sin música, sin otro sonido que el de sus propios pasos sobre los desiguales adoquines. Se trataba en su mayor parte de un ejército de ancianos y ancianas: polacos, noruegos, daneses, judíos, chinos... Unas cuantas personas ociosas como Jack se alineaban en las aceras, y los manifestantes pasaban entre ellos con toda la timidez de un grupo de prisioneros de guerra. Había entre ellos niños vestidos con los trajes típicos, con los que, en presencia de las cámaras de los noticiarios, habían hecho entrega al alcalde de un paquete de té, de una petición, de una protesta, de una constitución, de un cheque o de un par de entradas. Siguieron renqueando entre la oscuridad de los altos edificios como un pueblo humillado y destruido, hacia Greeley Square.

Por la mañana, Jack encargó a su secretaria que se ocupara de encontrar un apartamento para Joan: en seguida empezó a telefonar a distintos agentes inmobiliarios, y para el mediodía ya había encontrado dos disponibles en la zona oeste de las calles veinte. Joan llamó a Jack al día siguiente para decirle que se había quedado con uno de los apartamentos y para darle las gracias.

Jack no volvió a verla hasta el verano siguiente. Era un domingo a última hora de la tarde; Jack salía de una pequeña fiesta en un apartamento de Washington Square y había decidido andar un poco por la Quinta Avenida antes de coger el autobús. Al

pasar por delante de Brevoort, Joan lo llamó. Estaba con un hombre en una de las mesas instaladas en la terraza. Tenía un aspecto tranquilo y saludable, y su acompañante parecía una persona seria. Su nombre, según supo en seguida, era Pete Bristol. Invitó a Jack a sentarse y a acompañarlos en una celebración. Alemania había invadido Rusia aquel fin de semana, y Joan y Pete bebían champán para celebrar el cambio de posición de Rusia en la guerra. Los tres bebieron champán hasta que se hizo de noche. También bebieron champán con la cena. Después siguieron con el champán y luego se trasladaron al Lafayette y posteriormente a dos o tres sitios más. Joan siempre había sido incansable dentro de su dulce manera de ser. No le gustaba que se acabasen las noches de fiesta, y eran más de las tres cuando Jack llegó dando traspies a su apartamento. A la mañana siguiente se despertó ojeroso y con náuseas, y sin recuerdo alguno sobre más o menos la última hora de la noche anterior. Se le había manchado el traje y había perdido el sombrero. No llegó a su despacho hasta las once. Joan le había telefoneado ya dos veces, y volvió a llamar poco después de que él llegó. Jack no advirtió la menor ronquera o aspereza en su voz. Dijo que necesitaba verlo, y se pusieron de acuerdo para almorzar en un restaurante especializado en marisco y pescado de las calles cincuenta.

Jack se hallaba de pie en el bar cuando Joan entró con paso firme y con aspecto de no haber tenido participación alguna en la calamitosa noche precedente. Quería que Jack le aconsejara sobre la venta de sus joyas. Su abuela le había dejado algunas, y quería conseguir dinero en efectivo desprendiéndose de ellas, pero no sabía adónde acudir. Acto seguido, sacó algunas sortijas y brazaletes del bolso y se los enseñó a Jack. Él dijo que no sabía nada de joyas, pero que podía prestarle algún dinero.

—No, no; no puedo aceptar que me prestes dinero, Jack. Lo quiero para Pete, ¿comprendes? Deseo ayudarlo. Va a abrir una agencia de publicidad, y necesita una cantidad importante para empezar.

Jack no le insistió en que aceptara el préstamo después de eso, y el proyecto no volvió a mencionarse durante el almuerzo.

La siguiente vez que supo de Joan fue a través de un joven médico, un amigo común de ambos.

—¿Has visto a Joan recientemente? —le preguntó a Jack el doctor una noche que cenaban juntos.

Jack dijo que no.

—Le hice una revisión la semana pasada —continuó el médico—, y aunque lo que ha pasado sería suficiente para matar a cualquiera (y no te puedes hacer a la idea de los problemas que ha tenido), aún conserva la constitución de una mujer sana y virtuosa. ¿No te has enterado de lo que le sucedió con el último? Vendió sus joyas para financiarle algún tipo de negocio, y tan pronto como el otro tuvo el dinero en su poder, la dejó plantada por otra chica que tenía un coche descapotable.

A Jack lo llamaron a filas en la primavera de 1942. Permaneció cerca de un mes en Fort Dix, y durante ese tiempo iba a Nueva York por las noches siempre que

conseguía un permiso. Aquellas oportunidades las vivía con la intensidad de un condenado a muerte a quien se aplaza la sentencia, y ese estado de ánimo se veía fortalecido por el hecho de que en el tren que tomaba en Trenton las mujeres se empeñaban en que aceptara sus ejemplares usados de *Life* y sus cajas de bombones ya empezadas, como si la ropa de color caqui que llevaba fuera una mortaja. Una noche telefoneó a Joan desde Pennsylvania Station.

—Ven ahora mismo, Jack —le pidió ella—. Ven ahora mismo. Quiero que conozcas a Ralph.

Seguía viviendo en el mismo barrio de las calles veinte que Jack le había encontrado. Se trataba de un barrio pobre. Delante de su casa había cubos de basura, y una anciana iba eligiendo fragmentos de desechos y de basura para meterlos en un cochecito de bebé. El edificio mismo donde se hallaba el apartamento de Joan estaba muy descuidado, pero el interior del piso resultaba muy familiar. Los muebles eran los mismos. Joan seguía siendo la misma chica fuerte y plácida.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado —dijo—. Estoy muy contenta de volver a verte. Voy a prepararte algo de beber. Yo también me estaba tomando una copa. Ralph ya debería estar aquí: prometió invitarme a cenar.

Jack se ofreció a llevarla a Cavanagh's, pero ella dijo que Ralph podía llegar mientras ella estaba fuera.

—Si no ha venido a las nueve, me prepararé un sándwich. La verdad es que no tengo hambre.

Jack habló del ejército. Joan de los grandes almacenes. ¿Cuántos años llevaba trabajando en el mismo sitio? Jack no lo sabía. No la había visto nunca detrás de una mesa de despacho, y no lograba imaginarse qué era lo que hacía.

—Siento muchísimo que Ralph no aparezca —dijo ella—. Estoy segura de que congeniaríais. Es cardiólogo, no demasiado joven, y le gusta mucho tocar la viola. —Encendió algunas luces porque el cielo de verano se estaba oscureciendo ya—. Tiene una horrible mujer en Riverside Drive y cuatro hijos que son unos perfectos desagradecidos. Cuando...

El ruido de una sirena anunciando un simulacro de ataque aéreo, lúgubre y que parecía surgir del mismo dolor, como si todos los padecimientos y las dudas de la ciudad hubiesen encontrado una voz, interrumpió sus palabras. Otras sirenas, en barrios más alejados, sonaron también, hasta que la oscuridad exterior se llenó con su ruido.

—Déjame que te prepare otro whisky antes de que tenga que quitar la luz —dijo Joan, cogiendo el vaso de Jack.

Cuando regresó de la cocina, apagó las luces. Ambos se acercaron a las ventanas, y, como si fueran niños que contemplando una tormenta, estuvieron viendo cómo la ciudad se oscurecía progresivamente. Todas las luces de los alrededores se apagaron menos una. Los encargados de la defensa civil habían empezado a tocar el silbato en la calle. Desde un patio lejano llegó un ronco alarido de indignación.

—¡Fascistas, apaguen las luces! —gritó una mujer—. ¡Apaguen las luces, nazis, más que nazis! Apaguen las luces.

La última luz se extinguió. Los dos se alejaron de la ventana y fueron a sentarse en la habitación a oscuras.

Joan empezó a hablar de los amantes desaparecidos de su vida, y, por lo que dijo, Jack llegó a la conclusión de que todos lo habían pasado muy mal. Nils, el supuesto conde, había muerto. Hugh Bascomb, el borracho, se alistó en la marina mercante y lo dieron por desaparecido en el Atlántico norte. Franz, el alemán, se suicidó la noche en que los nazis bombardearon Varsovia.

—Oímos las noticias en la radio —dijo Joan—, y luego volvió a su hotel y se envenenó. La criada lo encontró a la mañana siguiente muerto en el cuarto de baño.

Cuando Jack le preguntó por el que pensaba abrir una agencia de publicidad, al principio pareció que Joan se hubiera olvidado de él.

—Ah, sí, Pete —dijo después de una pausa—. Bueno, siempre estuvo muy enfermo, ¿sabes? Tenía que haber ido a Saranac, pero lo fue posponiendo y posponiendo, y...

Dejó de hablar al oír pasos en la escalera, esperando, supuso Jack, que fuese Ralph, pero la persona en cuestión cruzó el pasillo y continuó hacia los pisos superiores.

—Me gustaría que viniera Ralph —dijo ella con un suspiro—. Quiero que lo conozcas.

Jack le pidió de nuevo que salieran juntos, pero Joan no aceptó, y cuando sonó la señal de que había pasado el peligro, se despidió.

De Fort Dix, Jack fue trasladado a un campo de entrenamiento de infantería en Carolina, y de allí a una división acorazada en Georgia. Llevaba tres meses en Georgia cuando se casó con una chica de la aristocracia sin dinero de Augusta. Un año después, poco más o menos, cruzó el continente en un vagón de segunda clase y pensó, filosóficamente, que quizá lo último que viera del país que amaba fueran las ciudades del desierto, como Barstow, y que quizá lo último que oyera fuese el campanileo de los tranvías en el puente sobre la bahía de San Francisco. Lo enviaron al Pacífico y regresó veinte meses después a Estados Unidos, sin heridas y, al parecer, sin cambio alguno en su manera de ser. Tan pronto como obtuvo un permiso, viajó a Augusta. Hizo entrega a su mujer de los recuerdos que había traído de las islas del Pacífico, se peleó violentamente con ella y con toda su familia, y, después de dejarlo todo listo para que se divorcieran en Arkansas, salió camino de Nueva York.

A Jack lo licenciaron definitivamente del ejército en un campamento del este pocos meses más tarde. Se tomó unas vacaciones y después volvió al empleo que había dejado en 1942. Parecía haber reanudado su vida aproximadamente en el mismo momento en que quedó interrumpida por la guerra. Con el tiempo, todo volvió a parecerle igual y a inspirarle los mismos sentimientos. Vio a la mayoría de sus antiguos amigos. Tan solo dos de sus conocidos habían muerto en la guerra. No llamó

a Joan, pero se la encontró una tarde de invierno en un autobús.

Su rostro juvenil, su vestido negro y su voz dulce destruyeron instantáneamente la sensación —si es que alguna vez había llegado a tenerla— de que algo había cambiado u ocurrido desde su último encuentro, tres o cuatro años antes. Joan lo invitó a una pequeña fiesta y Jack se presentó en su apartamento el sábado siguiente a primera hora de la tarde. La habitación y los invitados le recordaron las fiestas que Joan daba en los primeros tiempos después de su llegada a Nueva York. Allí había una mujer con un sombrero extravagante, un médico de avanzada edad y un hombre pegado todo el tiempo a la radio, escuchando noticias sobre los Balcanes. Jack se preguntó cuál de aquellos hombres era el compañero de Joan, y finalmente se decidió por un inglés que tosía incesantemente sobre un pañuelo que se sacaba de la manga. Después supo que había acertado.

—¿No te parece brillante Stephen? —le preguntó Joan un poco más tarde, cuando estaban solos en un rincón—. No hay nadie en el mundo que sepa tanto como él sobre los polinesios.

Jack había vuelto no solo a su antiguo empleo, sino también a su antiguo salario. Como el coste de la vida se había doblado y le correspondía pagar la pensión de dos esposas, tuvo que echar mano de sus ahorros. Se cambió a un nuevo trabajo que prometía más dinero, pero este no duró mucho, y se quedó sin empleo. Eso no le preocupó en absoluto. Aún tenía dinero en el banco y, en cualquier caso, no era difícil conseguirlo prestado de sus amigos. Su indiferencia no era resultado de la abulia ni de la desesperación, sino más bien de un exceso de esperanza. Jack tenía la sensación de que había llegado hacía muy poco a Nueva York desde Ohio. La idea de que era muy joven y de que aún le quedaban por delante los mejores años de su vida era una ilusión de la que no parecía capaz de librarse. Tenía todo el tiempo del mundo. Por entonces vivía en hoteles, y se cambiaba de uno a otro cada cinco días.

En primavera, Jack se mudó a una habitación amueblada en una zona de mala reputación al oeste de Central Park. Se le estaba acabando el dinero. Luego, cuando empezó a comprender que necesitaba desesperadamente un empleo, se puso enfermo. Al principio no parecía más que un fuerte catarro, pero no logró curárselo y empezó a tener fiebre y a escupir sangre cuando tosía. La fiebre lo mantenía amodorrado la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando se despertaba e iba a una cafetería a comer algo. Estaba seguro de que ninguno de sus amigos sabía dónde se hallaba, y le parecía muy bien que así fuera. No había contado con Joan.

Un día, a última hora de la mañana, la oyó hablando con su patrona en el pasillo. Pocos momentos después llamó a la puerta. Jack estaba tumbado en la cama con un par de pantalones y una chaqueta de pijama muy sucia, y no contestó. Joan volvió a llamar y luego entró en el cuarto.

—Te he buscado por todas partes, Jack —dijo. Hablaba muy suavemente—. Cuando descubrí que vivías en un sitio como este, pensé que estabas sin un céntimo o enfermo. Pasé por el banco y saqué algo de dinero, por si era eso lo que necesitabas.

Te he traído whisky. No creo que una copa te haga daño. ¿Quieres un poco?

Joan iba vestida de negro. Hablaba en voz baja y con entonación serena. Se sentó en una silla junto a la cama como si hubiese estado acudiendo todos los días a cuidarlo. Sus facciones se habían vuelto más vulgares, pensó Jack, pero apenas había aún arrugas en su cara. Había ganado peso. Estaba casi gorda. Llevaba puestos unos guantes negros de algodón. Buscó dos vasos y sirvió el whisky. Jack se lo bebió con avidez.

—Anoche no me acosté hasta las tres —dijo ella.

Su voz lo había hecho pensar anteriormente en una dulce canción desesperada, pero ahora, quizá por estar enfermo, su suavidad, el luto que llevaba, su elegancia un tanto furtiva, lo hacían sentirse incómodo.

—Fue una de esas noches, ya sabes —prosiguió ella—. Primero estuvimos en el teatro. Después alguien propuso que subiéramos a su apartamento. No sé quién era. Se trataba de un sitio muy extraño, con algunas plantas carnívoras y una colección de botellas chinas para guardar rapé. ¿Por qué habrá gente que las colecciona? Todos firmamos en la pantalla de una lámpara, pero no recuerdo muchas más cosas.

Jack trató de incorporarse en la cama, como si sintiera la necesidad de defenderse, pero luego volvió a dejarse caer sobre la almohada.

—¿Cómo me has encontrado, Joan? —preguntó.

—Ha sido muy sencillo. Llamé al hotel en el que habías estado viviendo. Me dieron esta dirección. Mi secretaria consiguió el número de teléfono. Tómate otro whisky.

—¿Sabes? No has estado nunca en los sitios donde he vivido —señaló él—. ¿Por qué has venido ahora?

—¿Por qué he venido, cariño? —exclamó ella—. ¡Vaya una pregunta! Te conozco desde hace treinta años. Eres el amigo más antiguo que tengo en Nueva York. ¿Te acuerdas de aquella noche en el Village cuando nevó y no nos acostamos en toda la noche y tomamos whisky para desayunar? No parece que hayan pasado doce años. Y aquella otra noche...

—No me gusta que me veas en un sitio como este —dijo él con vehemencia. Se tocó la cara y notó la barba crecida.

—Y toda la gente que imitaba a Roosevelt —continuó ella, como si no lo hubiese oído, como si fuera sorda—. Y aquel sitio en Staten Island donde íbamos a cenar cuando Henry tenía coche. Pobre Henry. Compró una casa en Connecticut y fue allí solo un fin de semana. Se quedó dormido con un pitillo encendido y ardió todo: la casa, el granero... Ethel se llevó a los niños a California. —Sirvió más whisky en el vaso de Jack y se lo ofreció. Encendió un cigarrillo y se lo colocó entre los labios. Lo íntimo de aquel gesto, que hacía pensar no solo en que él estuviese mortalmente enfermo, sino en que fuese su amante, lo turbó extraordinariamente.

—Tan pronto como me encuentre mejor, alquilaré una habitación en un buen hotel —aseguró él—. Te telefonaré entonces. Has sido muy amable viniendo a

verme.

—No tienes que avergonzarte de esta habitación, Jack —dijo ella—. Los cuartos nunca me han importado. Me da igual dónde esté, por lo que parece. Stanley tenía una habitación sucísima en Chelsea. Por lo menos, eso es lo que me decían otras personas; yo nunca me di cuenta. Las ratas se comían la comida que le llevaba. Stanley la colgaba del techo, del cable de la luz.

—Te llamaré en cuanto me sienta mejor —declaró Jack—. Creo que me dormiría si estuviese solo; parece que necesito dormir mucho.

—Estás enfermo de verdad, cariño —dijo ella—. Debes de tener fiebre. —Se sentó en el borde de la cama y le puso una mano en la frente.

—¿Qué tal está tu amigo inglés, Joan? —preguntó él—. ¿Sigues viéndolo?

—¿Qué inglés? —dijo ella.

—Ya sabes quién. Lo conocí en tu casa. Llevaba un pañuelo en la manga. Tosía todo el tiempo. Ya sabes a quién me refiero.

—Debes de estar pensando en otra persona —repuso ella—. No he tenido ningún invitado inglés desde la guerra. Claro está que no siempre me acuerdo de todo el mundo. —Se volvió y, cogiéndole una mano, entrelazó sus dedos con los de Jack.

—Se ha muerto, ¿no es cierto? —dijo Jack—. Ese inglés ha muerto. —La empujó hasta echarla de la cama, y él se levantó también—. Vete —añadió.

—Estás enfermo, cariño. No puedo dejarte solo.

—Vete —dijo él de nuevo, y como ella no se movió, siguió hablando a gritos—: ¿Qué clase de obscena criatura eres, para poder oler la enfermedad y la muerte de la manera que lo haces?

—Pobrecito mío.

—¿Es que te sientes más joven viendo a los que agonizan? —gritó—. ¿Es esa la lascivia que te mantiene joven? ¿Es esa la razón de que te vistas siempre como un cuervo? Sí, ya sé que nada de lo que diga te herirá. Ya sé que no hay nada sucio, corrompido, depravado, grosero o vil que los demás no hayan intentado, pero esta vez te has equivocado. No estoy listo. La vida no se me acaba, sino que empieza. Tengo por delante años maravillosos. Los tengo, no lo dudes, años absolutamente maravillosos, y cuando hayan acabado, cuando llegue la hora, te llamaré. Entonces, como el viejo amigo tuyo que soy, te llamaré y te proporcionaré ese sucio placer que sientes contemplando a los que agonizan, pero hasta entonces, tú y tu fea y deforme figura me dejaréis en paz.

Joan se terminó el whisky y miró el reloj.

—Creo que será mejor que aparezca por el despacho —dijo—. Te veré más tarde. Volveré esta noche. Ya verás cómo te sientes mejor para entonces, cariño.

Cerró la puerta tras de sí, y él oyó sus pasos ligeros descendiendo la escalera.

Jack vació la botella de whisky en el fregadero. Empezó a vestirse. Metió la ropa sucia en una bolsa. La enfermedad y el miedo lo hacían temblar y llorar. Veía el cielo azul a través de la ventana, y con el miedo le parecía milagroso que el cielo fuese

azul, que las nubes blancas le recordaran la nieve, que desde la acera pudiese oír las agudas voces de los niños gritando: «Soy el rey de la montaña, soy el rey de la montaña, soy el rey de la montaña». Vacío en el retrete el cenicero que contenía recortes de uñas y colillas de cigarrillos, y barrió el suelo con una camisa para que, cuando aquella lujuriosa e inquisitiva forma de la muerte acudiera a buscarlo por la noche, no quedaran rastros ni de su vida ni de su cuerpo.

LA OLLA REPLETA DE ORO

En justicia no puede decirse que Ralph y Laura Whittemore tuvieran los defectos y las características propios de los incorregibles buscadores de tesoros, pero sí cabe afirmar, sin faltar a la verdad, que el brillo, el olor, el peculiar poder y la posibilidad de llegar a poseer dinero ejercieron una desfavorable influencia en su vida. Siempre se hallaban en el umbral de la fortuna; siempre parecían tener algo en perspectiva. Ralph era un joven rubio con una incansable imaginación comercial y una fe evangélica en el atractivo y en la magia del éxito en los negocios, y aunque trabajaba oscuramente para un fabricante de tejidos, esto solo le pareció un punto de partida.

Los Whittemore no eran personas importunas ni arrogantes, y conservaban una inflexible fidelidad a los cortesés modales de la clase media. Laura era una chica agradable, no particularmente bonita, que había llegado de Wisconsin a Nueva York aproximadamente por la misma época en que Ralph lo había hecho desde Illinois, pero tuvieron que transcurrir dos años de idas y venidas hasta que se encontraron una tarde a última hora, en el vestíbulo de un edificio de oficinas en la parte baja de la Quinta Avenida. El corazón de Ralph era tan constante, le sirvió tan bien en aquella ocasión, que nada más ver los cabellos claros de Laura y su rostro agradable y melancólico quedó extasiado. La siguió hasta la calle, abriéndose camino entre la multitud, y como no se le había caído nada, como no tenía ninguna excusa legítima para hablar con ella, empezó a gritar: «¡Louise! ¡Louise! ¡Louise!», y la vehemencia de su voz hizo que Laura se detuviese. Ralph dijo que se había equivocado, que lo sentía. Dijo que Laura se parecía mucho a una chica llamada Louise Hatcher. Todo esto sucedía una noche del mes de enero en que el aire sabía a humo, y como Laura era una chica razonable y estaba muy sola, le permitió invitarla a una copa.

Transcurrían los años treinta, y su noviazgo fue breve: se casaron tres meses más tarde. Laura trasladó sus pertenencias al apartamento sin ascensor de Madison Avenue, encima de una tintorería y de una tienda de flores, donde Ralph vivía. Ella trabajaba de secretaria, y su sueldo, junto con lo que él traía a casa del negocio de tejidos, era apenas bastante para mantenerlos a flote, pero nunca pareció afectarles la monotonía de una infructuosa vida de ahorro. Cenaban en *drugstores*. Laura colgó una reproducción de los *Girasoles* de Van Gogh sobre el sofá que había comprado con parte de la modesta suma de dinero que sus padres le dejaron. Cuando sus tías y sus tíos venían a Nueva York —tanto Ralph como ella habían perdido a sus padres—, cenaban en el Ritz y acudían al teatro. Laura cosía cortinas y sacaba brillo a los zapatos de Ralph, y los domingos se quedaban en la cama hasta las doce. Parecían encontrarse en el umbral de la abundancia, y Laura le decía con frecuencia a la gente lo contenta que estaba pensando en el maravilloso empleo que Ralph tenía en

perspectiva.

Durante el primer año de su matrimonio, Ralph trabajaba por las noches en un plan que iba a asegurarle un puesto muy bien pagado en Texas, pero, sin culpa alguna por su parte, aquella promesa nunca llegó a materializarse. Hubo una vacante en Siracusa al año siguiente, pero le dieron el empleo a una persona de más edad. Entre estos dos existieron también otros muchos proyectos y vacantes tan ventajosos como esquivos. En el tercer año de su matrimonio, una firma que era casi idéntica en tamaño y características a la que empleaba a Ralph cambió de propietario, y a él lo abordaron y le preguntaron si le interesaría trabajar en la empresa reestructurada. Su empleo del momento le ofrecía tan solo una mezquina estabilidad después de una lenta serie de ascensos, y Ralph recibió con los brazos abiertos aquella posibilidad de escaparse. Se entrevistó con los nuevos propietarios, que parecían entusiasmados con él. Estaban dispuestos a hacerlo encargado de un departamento y a pagarle el doble de lo que ganaba entonces. El acuerdo tardaría un mes o dos en hacerse público, hasta que los nuevos propietarios hubiesen afirmado su posición, pero se estrecharon la mano con calor y se tomaron una copa para celebrarlo. Aquella noche, Ralph llevó a Laura a cenar a un restaurante de lujo.

Sentados a ambos lados de la mesa, decidieron buscar un apartamento más grande, tener un hijo y comprar un coche de segunda mano. Aceptaron su buena suerte con perfecta calma, porque era lo que siempre habían esperado. La ciudad les parecía un lugar generoso, donde las personas se veían recompensadas por un repentino y merecido acontecimiento como aquel o por la caprichosa munificencia de algún pleito, por arriesgados negocios de carácter excéntrico y marginal, por herencias inesperadas, o por otros inesperados golpes de suerte. Después de la cena, pasearon por Central Park a la luz de la luna, mientras Ralph fumaba un cigarrillo. Más tarde, cuando Laura se había dormido ya, él siguió sentado en pijama junto a la ventana abierta del dormitorio.

La peculiar agitación que parece impregnar el aire de la ciudad después de la medianoche, cuando su vida cae en manos de vigilantes y borrachos, siempre le había gustado. Ralph conocía a fondo los ruidos nocturnos de la calle: los frenos de los autobuses, las remotas sirenas y el sonido del agua girando a bastante altura (moviendo una rueda de molino); la suma, suponía, de diferentes ecos, aunque, a pesar de las muchas veces que había oído el sonido, nunca llegaba a una conclusión sobre su origen. Ahora lo escuchaba todo con mayor atención porque la noche le parecía una realidad prodigiosa.

Tenía veintiocho años; según su experiencia vital, pobreza y juventud eran inseparables, y una iba a terminar con la otra. La vida que estaban a punto de abandonar no había sido dura, y pensó con ternura en el mantel sucio del restaurante italiano al que iban de ordinario cuando tenían algo que celebrar, y en el buen humor con que en las noches lluviosas Laura corría desde el metro hasta la parada del autobús. Pero iban a alejarse de todo aquello. Saldos de camisas en los sótanos de los

grandes almacenes, colas para comprar carne, whiskys con demasiada agua, las rosas que él le compraba a Laura en el metro durante la primavera, cuando las rosas estaban baratas: todos aquellos eran indudablemente los recuerdos de los pobres, y si bien le resultaban agradables, se alegraba de que muy pronto pasaran a ser únicamente recuerdos.

Laura dejó su empleo cuando quedó embarazada. La reorganización de la firma y el nuevo puesto de Ralph iban para largo, pero los Whittemore hablaban de ello sin reservas de ninguna clase cuando se hallaban con amigos.

—Estamos muy contentos con la marcha de las cosas —decía Laura—. Todo lo que necesitamos es un poco de paciencia.

Se produjeron retrasos y aplazamientos, y ellos esperaban con la paciencia de las personas que aguardan a que se les haga justicia. Llegó un momento en que los dos necesitaban ropa, y una noche Ralph sugirió que gastaran algo del dinero que habían ahorrado. Laura se negó a hacerlo. Cuando sacó el tema a colación, ella no respondió y pareció no oírlo. Él alzó la voz y se enfadó. Gritó. Ella lloró. Él se acordó de todas las otras chicas con las que podría haberse casado: la rubia de tez morena, la cubana que lo veneraba, la otra, guapa y con dinero, que tenía un ojo estrábico. Todos sus deseos parecían hallarse fuera del pequeño apartamento que Laura había decorado. A la mañana siguiente seguían sin hablarse, y para fortalecer su posición, Ralph telefoneó a sus futuros patronos. Su secretaria le dijo que ninguno de los dos estaba en su despacho. Esto le preocupó. Llamó varias veces más desde la cabina telefónica que había en el vestíbulo del edificio donde trabajaba, pero le dijeron que estaban ocupados, que habían salido, que estaban en una reunión con unos abogados o manteniendo una conferencia telefónica. La diversidad de excusas lo asustó. Aquella noche no le dijo nada a Laura e intentó llamarlos de nuevo al día siguiente. A última hora de la tarde, después de muchos intentos, uno de ellos se puso al teléfono.

—Le hemos dado el empleo a otra persona, hijo —declaró. Como un padre apesadumbrado, le habló a Ralph con voz ronca y amable—: No siga insistiendo en que nos pongamos al teléfono. Tenemos otras cosas que hacer, además de contestar a sus llamadas. La otra persona parecía más adecuada para el empleo, hijo. Eso es todo lo que puedo decirle, así que no insista en llamar por teléfono.

Aquella noche, Ralph recorrió andando los kilómetros que separaban su despacho del apartamento, con la esperanza de librarse así de parte del peso de su desengaño. Se hallaba tan poco preparado para aquel golpe que le afectó como un vértigo, y anduvo con pasos de viejo, levantando mucho los pies, como si el pavimento estuviese hecho de arenas movedizas. Se quedó parado delante del edificio en que vivían, tratando de decidir cómo describirle el desastre a Laura, pero al entrar en el apartamento, se lo dijo de sopetón.

—Lo siento, cariño —respondió ella, y se inclinó para besarlo—. Lo siento muchísimo.

Luego se alejó de él y empezó a acomodar los cojines del sofá. La frustración de

Ralph era tan violenta, se sentía tan prisionero de sus planes y sus expectativas que le asombró la serenidad con que ella aceptó el fracaso. No había ningún motivo para preocuparse, dijo Laura. Todavía le quedaban unos cientos de dólares en el banco del dinero que le habían dejado sus padres. No había ningún motivo para preocuparse.

Cuando nació la niña, le pusieron Rachel, y una semana después del parto Laura regresó al edificio sin ascensor de Madison Avenue. Ella se ocupaba de todo lo relativo al bebé, y siguió cocinando y haciendo las tareas del hogar.

La imaginación de Ralph siguió siendo adaptable y fértil, pero no parecía capaz de encontrar un plan que encajase dentro de su falta de tiempo y de capital. Laura y él, como el ejército de los pobres en todas partes, llevaban una vida muy sencilla. Seguían yendo al teatro con los parientes que los visitaban, y de vez en cuando acudían a fiestas, pero el único contacto continuo de Laura con las brillantes luces que los rodeaban era indirecto, a través de una amiga que hizo en Central Park.

Laura pasó muchas tardes en un banco del parque durante los primeros años de la vida de Rachel; era al mismo tiempo esclavitud y placer: le molestaba su encadenamiento, pero disfrutaba con el cielo abierto y el aire libre. Una tarde de invierno reconoció a una mujer que había conocido en una fiesta, y poco antes de que oscureciera, mientras Laura y las otras madres recogían los muñecos de trapo y preparaban a sus hijos para el frío trayecto hasta el hogar, la mujer cruzó la zona del parque reservada a los niños y habló con ella. Era Alice Holinshed, dijo. Se habían conocido en casa de los Galvin. Era bonita y muy simpática, y acompañó a Laura hasta la salida del parque. Tenía un niño de la edad de Rachel aproximadamente. Las dos madres se encontraron de nuevo al día siguiente y se hicieron amigas.

La señora Holinshed era mayor que Laura, pero poseía una belleza más juvenil y llamativa. Tenía los ojos y el cabello negros, su rostro pálido y perfectamente ovalado poseía un cutis envidiable, y su voz resultaba de una pureza extraordinaria. Encendía los cigarrillos con cerillas del Stok Club y hablaba de los inconvenientes de vivir con un niño en un hotel. Si Laura albergaba algún pesar acerca de su propia vida, encontraba una clara compensación en su amistad con aquella mujer tan hermosa, que se movía con tanta libertad por tiendas y restaurantes caros.

Se trataba de una amistad circunscrita, con la excepción de los Galvin, al triste y conmovedor paisaje de Central Park. Las dos mujeres hablaban sobre todo acerca de sus maridos, y aquel era un juego en el que Laura podía participar con los bolsillos vacíos. De manera vaga pero algo jactanciosa, ambas analizaban las posibilidades que sus maridos tenían entre manos. Compartían sentadas con sus niños los contaminados atardeceres, cuando hacia el sur la ciudad arde como un alto horno, el aire huele a carbón, las grandes piedras húmedas brillan como escorias, y el parque mismo parece una franja de árboles en el límite de una ciudad minera. Luego la señora Holinshed recordaba que se le hacía tarde —siempre se le hacía tarde para algo misterioso y

espléndido—, y las dos mujeres iban juntas hasta donde terminaban los árboles. Este contacto indirecto con el mundo del lujo agradaba a Laura, y el placer que le producía se prolongaba mientras empujaba el cochecito de la niña hacia Madison Avenue; luego empezaba a preparar la cena oyendo el ruido sordo de la plancha de vapor y oliendo el líquido quitamanchas de la tintorería de la planta baja.

Una noche, cuando Rachel tenía dos años aproximadamente, la frustración por la inútil búsqueda de la estrecha senda que había de llevarlo a él y a su familia a un mundo de razonable bienestar mantuvo despierto a Ralph. Necesitaba dormir con urgencia, y cuando aquella bendición no le era concedida, salía de la cama y se sentaba a oscuras. La magia y la agitación de la calle después de la medianoche se le escapaba. Los explosivos frenos del autobús de Madison Avenue lo hacían saltar. Cerró la ventana, pero el ruido del tráfico continuaba pasando a través de él. Le pareció que la voz penetrante de la ciudad tenía un efecto mortal sobre las preciosas vidas de sus habitantes y que habría que amortiguarlo.

Imaginó una persiana veneciana cuyas superficies exteriores se trataran con una sustancia que refractara o absorbiera las ondas sonoras. Con una persiana así, los amigos que vinieran de visita una tarde de primavera no tendrían que gritar para que se los oyera, tratando de imponerse al ruido de los camiones que pasaban por la calle. Los dormitorios también podrían quedar en silencio de aquella misma manera: los dormitorios, sobre todo, porque le parecía que el sueño era lo que todo el mundo buscaba en la ciudad y solo conseguía a medias. Todos los rostros atormentados que circulaban por las calles al anochecer, cuando incluso las chicas guapas hablaban solas, iban en busca del sueño. Las cantantes de los night clubs y sus afables clientes, las personas que esperaban un taxi enfrente del Waldorf en una noche lluviosa, los policías, los cajeros, los que limpiaban las ventanas: el sueño se les escapaba a todos.

La noche siguiente habló con Laura de esa persiana veneciana, y a ella le pareció una idea razonable. Ralph compró una persiana que encajara en la ventana de su dormitorio, e hizo experimentos con diferentes mezclas de pintura. Finalmente dio por casualidad con una que al secarse adquiría la consistencia del fieltro y que era porosa. La mezcla en cuestión tenía un olor repugnante, que invadió su apartamento durante los cuatro días que tardó en pintar y repintar la superficie exterior de las tablillas. Cuando la pintura se hubo secado, colgó la persiana y abrieron la ventana para hacer una prueba. El silencio —un silencio relativo— cautivó sus oídos. Ralph apuntó la fórmula y la llevó durante la hora del almuerzo a un abogado especializado en patentes. El abogado tardó varias semanas en descubrir que una fórmula semejante había sido patentada varios años atrás. El dueño de la patente, un hombre llamado Fellows, tenía una dirección en Nueva York, y el abogado sugirió que Ralph se pusiera en contacto con él y tratara de llegar a un acuerdo.

La búsqueda del señor Fellows empezó una noche, después de que Ralph terminó

de trabajar, y lo llevó primero al ático de una casa de huéspedes de Hudson Street, donde la patrona le enseñó un par de calcetines que el señor Fellows había dejado al mudarse. Ralph fue de allí hacia el sur en busca de otra casa de huéspedes, y luego al oeste, al barrio de los comerciantes de efectos navales y de las pensiones para marineros. La búsqueda nocturna se prolongó durante una semana. Ralph siguió la pista de las andanzas del señor Fellows al sur del Bowery, y luego en la parte alta del West Side. Subió escaleras que lo hicieron pasar ante puertas abiertas donde se daban lecciones de baile español, y dejar atrás prostitutas y mujeres que practicaban el concierto *Emperador*, hasta que una noche encontró al señor Fellows sentado en el borde de la cama en un ático, frotándose las manchas de su corbata con un trapo empapado de gasolina.

El señor Fellows era avaricioso: quería cien dólares en metálico y el cincuenta por ciento de los derechos de patente. Ralph consiguió que redujera esto último al veinte por ciento, pero no hubo forma de que disminuyera el pago inicial. El abogado redactó un documento definiendo la participación de Ralph y la del señor Fellows, y unos días más tarde Ralph fue a Brooklyn y consiguió llegar a una fábrica de persianas venecianas cuando las puertas estaban ya cerradas pero antes de que apagarán las luces de la oficina. El encargado aceptó fabricar algunas de acuerdo con la descripción de Ralph, pero tenía que hacerles un pedido por valor de cien dólares como mínimo. Ralph aceptó esta condición y también se comprometió a proporcionarles la mezcla de pintura para la superficie exterior de las tablillas. Todos aquellos gastos se llevaron más de tres cuartas partes del capital de los Whittemore, y ahora al problema del dinero se añadía el elemento tiempo. Pusieron un pequeño anuncio en el periódico solicitando un vendedor de artículos para el hogar, y durante una semana Ralph recibió a los candidatos en el cuarto de estar después de la cena. Eligió a un joven que salía para el Medio Oeste a finales de semana. Quería un adelanto de cincuenta dólares, y les hizo ver que Pittsburgh y Chicago eran ciudades exactamente igual de ruidosas que Nueva York. El departamento de cobros de unos grandes almacenes los amenazaba por entonces con llevarlos a juicio por deudas, y los Whittemore habían llegado a un punto en el que cualquier enfermedad, cualquier caída, cualquier daño que se hicieran a sí mismos o a la poca ropa que poseían resultarían funestos. El vendedor prometió escribirles desde Chicago al cabo de una semana, y ellos contaban con que las noticias fueran buenas, pero de Chicago no les llegó nada en absoluto. Ralph telegrafió dos veces al vendedor, y debieron de reexpedir los cables, porque les contestó desde Pittsburgh: «Imposible vender persianas. Devuelvo muestras transporte rápido». Pusieron otro anuncio en el periódico para encontrar un nuevo vendedor, y Ralph aceptó al primero que llamó a la puerta, un caballero de avanzada edad con un aciano en el ojal de la solapa. Tenía también otras representaciones —papeleras decoradas con espejos, exprimidores de naranjas—, y dijo que conocía a fondo a todas las personas de Manhattan que compraban artículos para el hogar. Era parlanchín, y cuando descubrió que las

persianas no se vendían, fue al apartamento de los Whittemore y analizó su producto detenidamente, con la mezcla de espíritu crítico y de caridad que reservamos habitualmente para los seres humanos.

Ralph necesitaba dinero, pero ni su salario ni su patente se consideraban adecuadas garantías para un préstamo si no era con un tanto por ciento de interés absolutamente ruinoso, y un día, en el despacho donde trabajaba, le hicieron entrega de una citación cursada por el departamento de cobros de los grandes almacenes. Ralph volvió a Brooklyn y ofreció las persianas venecianas al fabricante que se las había hecho. El encargado le dio sesenta dólares por lo que le había costado cien, y Ralph pudo pagar a los grandes almacenes. Los Whittemore colgaron las muestras en sus ventanas, y trataron de olvidar todo aquel asunto.

Ahora eran más pobres que nunca, y comían lentejas para cenar todos los lunes, y en ocasiones también los martes. Laura lavaba los platos después de la cena mientras Ralph le leía algo a Rachel. Cuando la niña se quedaba dormida, él iba a su escritorio en el cuarto de estar y trabajaba en uno de sus proyectos. Siempre había expectativas de algo. Un empleo en Dallas y otro en Perú. Y también el protector de plástico para superficies curvas, el mecanismo para cerrar automáticamente las puertas de las neveras, y el plan para apoderarse sin permiso de descripciones detalladas de proyectos navales y competir con la marina. Durante un mes, Ralph estuvo a punto de comprar unos terrenos en barbecho al norte del estado de Nueva York para plantar allí árboles de Navidad, y luego, con uno de sus amigos, proyectó un negocio para enviar contra reembolso objetos de lujo, pero no lograron el menor apoyo financiero. Cuando los Whittemore se reunieron de nuevo con tío George y tía Helen en el Ritz, parecían encantados de cómo les iban las cosas. Les había ilusionado mucho, dijo Laura, una oferta que le habían hecho a Ralph para encargarse de una representación comercial en París, pero habían decidido rechazarla, por temor a que estallara la guerra.

Los Whittemore permanecieron dos años separados durante la contienda. Laura consiguió un empleo. Iba con Rachel al colegio por las mañanas y la recogía al terminar el día. Trabajando y ahorrando, pudo comprar alguna ropa para Rachel y para ella. Cuando Ralph regresó al terminar la guerra, sus asuntos estaban en perfecto orden. La vida en el ejército parecía haberle dado nuevos ánimos, y aunque aceptó su antiguo trabajo como un refugio contra el mal tiempo, como un triunfo en la manga, nunca habían hablado tanto sobre empleos, empleos en Venezuela y en Irán. Reanudaron todas sus antiguas costumbres y métodos de ahorro. Y siguieron siendo pobres.

Laura dejó su trabajo y volvió por las tardes a Central Park con Rachel. Alice Holinshed también estaba allí. Hablaron de las mismas cosas. Los Holinshed vivían en un hotel. El marido de Alice era vicepresidente de una nueva compañía que fabricaba refrescos, pero el vestido que la señora Holinshed llevaba día tras día era uno que Laura recordaba de antes de la guerra. Su hijo estaba muy delgado y tenía

mal genio. Llevaba ropa de sarga, igual que los escolares ingleses, pero sus prendas, como el vestido de su madre, parecían gastadas y se le habían quedado pequeñas. Una tarde, cuando la señora Holinshed y su hijo llegaron al parque, el niño lloraba.

—He hecho una cosa terrible, —le dijo a Laura—. Hemos ido al médico y me he olvidado de coger dinero, y quería pedirte que me prestaras unos dólares para coger un taxi y volver al hotel.

Laura dijo que lo haría con mucho gusto. No tenía más que un billete de cincuenta dólares, y se lo dio. El niño seguía llorando, y su madre lo llevó a rastras hacia la Quinta Avenida. Laura nunca volvió a verlos por el parque.

La vida de Ralph seguía estando, como siempre, dominada por las esperanzas. En los primeros años después de la guerra, Nueva York parecía ser inmensamente rica. Daba la impresión de que había dinero por todas partes, y los Whittemore, que dormían en invierno extendiendo sobre la cama sus gastados abrigos para no pasar frío, sentían que para disfrutar de su parte en la prosperidad general solo necesitaban un poco de paciencia, de iniciativa y de suerte. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, paseaban con las multitudes de gentes bien vestidas por la parte alta de la Quinta Avenida. A Ralph le parecía que quizá hiciera falta solo otro mes, todo lo más un año, para encontrar la llave de la prosperidad que tanto se merecían. Paseaban por la Quinta Avenida hasta que se hacía de noche, y luego se iban a casa y cenaban una lata de judías y, para que la comida estuviese equilibrada, una manzana de postre.

Un domingo, al volver de uno de aquellos paseos, empezó a sonar el teléfono mientras subían la escalera hacia el apartamento. Ralph se adelantó y contestó a la llamada.

Oyó la voz de su tío George, un hombre de una generación que todavía conserva el sentido de la distancia, y que hablaba por teléfono como si llamara desde la orilla a un barco que pasase por el mar.

—¡Soy tu tío George, Ralph! —gritó, y su sobrino supuso que tía Helen y él habían venido inesperadamente a Nueva York, hasta que se dio cuenta de que lo estaba llamando desde Illinois—. ¿Me oyes bien? —vociferó tío George—. ¿Me oyes bien, Ralphie...? Te llamo para hablarte de un empleo, por si acaso estás buscando un trabajo nuevo. Paul Hadaam pasó por aquí, ¿me oyes, Ralphie? Paul Hadaam pasó por aquí camino del este la semana pasada, y vino a hacerme una visita. Tiene mucho dinero, Ralphie, es muy rico, y va a montar una empresa en el oeste para fabricar lana sintética. ¿Me oyes, Ralphie...? Yo le hablé de ti, y se va a hospedar en el Waldorf, así que ve a verlo. Una vez le salvé la vida: lo saqué del lago Erie. Ve a verlo mañana al Waldorf, Ralphie. ¿Sabes dónde está? El hotel Waldorf... Espera un momento, aquí está tía Helen. Quiere hablar contigo.

Ahora le llegó una voz femenina, pero mucho más débilmente. Todos sus hijos habían cenado con ellos, le dijo su tía. Habían comido pavo. Sus nietos también estaban allí, y se portaban muy bien. George se los había llevado a dar un paseo después de cenar. Hacía calor, pero si se sentaban en el porche no lo notaban. Tía

Helen vio interrumpido el relato del domingo por su marido, que le quitó el auricular para continuar su cantinela sobre la visita al señor Hadaam en el Waldorf.

—Ve a verlo mañana, Ralphie, mañana, que es 19, en el Waldorf. Te está esperando. ¿Me oyes...? El hotel Waldorf. Es millonario. Me despido ya, ¿eh? Adiós.

El señor Hadaam tenía una suite en The Waldorf Towers, y cuando Ralph fue a verlo al día siguiente a última hora de la tarde, al volver a casa del trabajo, el millonario estaba solo. A Ralph le pareció un hombre muy viejo, pero muy terco, y por su manera de estrecharle la mano, de tirarse de los lóbulos de las orejas, de desperezarse y de pasearse por el saloncito con sus piernas arqueadas, Ralph comprendió que se hallaba ante un espíritu en plena posesión de sus facultades, independiente y tenaz. A Ralph le ofreció un whisky apenas sin agua y él se sirvió otro más flojo. Iba a ocuparse de la fabricación de lana sintética en la costa oeste, explicó, y había venido al este en busca de personas con experiencia en la comercialización de la lana. George le había dado el nombre de Ralph, y él quería un hombre con su experiencia. Encontraría una casa adecuada para los Whittemore, se ocuparía de facilitarles los medios de transporte, y Ralph comenzaría con un sueldo de quince mil dólares. Fue la cuantía del sueldo lo que le hizo darse cuenta a Ralph de que el ofrecimiento del señor Hadaam era una manera indirecta de recompensar a su tío por haberle salvado la vida, y el anciano pareció comprender sus sentimientos.

—Esto no tiene nada que ver con el hecho de que su tío me salvara la vida —dijo bruscamente—. Le estoy agradecido, ¿quién no lo estaría?, pero esto no tiene nada que ver con su tío, si es eso lo que está pensando. Cuando se llega a ser tan viejo y tan rico como yo, resulta difícil conocer gente. Todos mis viejos amigos han muerto..., todos menos George. Estoy rodeado por una cadena de asociados y parientes que resulta prácticamente impenetrable, y si no fuera por George, que me da un nombre de vez en cuando, nunca llegaría a ver una cara nueva. El año pasado tuve un accidente de tráfico. Fue culpa mía: soy muy mal conductor. Choqué con el coche de un joven, me apeé inmediatamente, me acerqué a él y me presenté. Como tuvimos que esperar unos veinte minutos hasta que llegaron las grúas, estuvimos hablando. Bien, en la actualidad trabaja para mí y es uno de los mejores amigos que tengo, y si no hubiera chocado con él nunca lo hubiese conocido. Cuando uno llega a ser tan viejo como yo, esa es la única manera de conocer gente..., accidentes de tráfico, fuegos, cosas así.

Se irguió, se recostó contra el respaldo de la silla y saboreó el whisky. Sus habitaciones se hallaban muy por encima del ruido del tráfico, y el silencio era casi total. La respiración del señor Hadaam era fuerte y regular y, durante una pausa, sonó como la tranquila respiración de alguien que duerme.

—Bueno, no quiero que tome usted una decisión precipitada —dijo—. Vuelvo a la costa oeste pasado mañana. Piénselo y yo le telefonearé. —Sacó una agenda y

escribió el nombre de Ralph y su número de teléfono—. Lo llamaré el 27 por la noche, que es martes, a eso de las nueve..., a las nueve según el horario de aquí. George me ha dicho que tiene usted una mujer encantadora, pero en este momento no tengo tiempo para conocerla. La veré en la costa. —Pasó a hablar sobre béisbol y luego llevó otra vez la conversación al tío George—: Me salvó la vida. El maldito bote se dio la vuelta, luego se enderezó y empezó a hundirse inmediatamente. Todavía lo siento, hundiéndose bajo mis pies. No sabía nadar entonces, y sigo sin saber ahora. Bueno, hasta la vista.

Se dieron la mano, y nada más cerrarse la puerta, Ralph oyó cómo el señor Hadaam empezaba a toser. Era la tos irreverente y machacona de un anciano, llena de amargas quejas y de achaques, y siguió castigándolo sin compasión durante todo el tiempo que Ralph tuvo que esperar en el descansillo hasta que llegó el ascensor.

Camino de casa, Ralph pensó que aquella podía ser la ocasión, que aquella absurda cadena de casualidades que había empezado con su tío sacando a un amigo del lago Erie podía ser la que los salvara. Al menos él, personalmente, no tenía motivos para considerarla inverosímil. Ralph reconocía que la proposición era el capricho de un anciano y que surgía de la gratitud que el señor Hadaam sentía hacia su tío: una gratitud que parecía haber aumentado con los años. Al llegar a casa, le contó a Laura los detalles de la entrevista y su propia opinión sobre la conducta del señor Hadaam, y con cierta sorpresa por su parte, Laura dijo que a ella le parecía la oportunidad que llevaban tanto tiempo esperando. Ambos se mostraron extraordinariamente tranquilos, teniendo en cuenta el cambio que los esperaba. No se habló de celebración, y Ralph ayudó a su mujer a fregar los platos. Buscó en un atlas el emplazamiento de la fábrica del señor Hadaam, y el nombre español en la costa norte de San Francisco les permitió vislumbrar una vida de razonable bienestar.

Quedaba un lapso de ocho días entre la entrevista y la llamada telefónica, y Ralph se dio cuenta de que no habría nada definitivo hasta el martes, y que existía la posibilidad de que el anciano señor Hadaam, mientras cruzaba el país, pudiera, bajo la sutil influencia del viaje, cambiar de idea. También podía intoxicarse con un sándwich de pescado, y morir en un hospital de Chicago, al tener que bajarlo allí del tren. Entre las personas que lo esperasen en San Francisco podía estar su abogado, con la noticia de que se había arruinado o de que su mujer le había abandonado. Pero al final Ralph fue incapaz de inventar nuevos desastres o de creer en los que ya se le habían ocurrido.

Esta incapacidad para seguir dudando de su buena suerte ponía de manifiesto la existencia de un fallo en su carácter. Apenas había pasado un solo día de su vida en el que no se le hubiera hecho sentir el poder del dinero, pero Ralph descubría que su fuerza resultaba especialmente irresistible cuando tomaba la forma de una promesa, y que los años de decidida autorrenuncia, en lugar de recompensarlo con mayores reservas de fortaleza, lo habían hecho especialmente susceptible a la tentación. Puesto que el cambio en sus vidas dependía aún de una llamada telefónica, se abstuvo de

hablar —de pensar, dentro de lo posible— de la vida que podrían llevar en California. Llegaba a decir que le gustaría tener algunas camisas blancas, pero no iba más allá de este deseo deliberadamente pesadoso, y, en aquel caso, cuando creía ejercitar su comedimiento y su inteligencia, lo que en realidad hacía era empezar a sentir respeto por todo el cúmulo de supersticiones a las que se considera acompañantes de la buena suerte, y cuando deseaba camisas blancas, no era un deseo auténticamente modesto sino tan solo una forma de recordar —él mismo no hubiese sido capaz de expresarlo con palabras— que los dioses de la fortuna son celosos y se los engaña fácilmente con la falsa modestia. Ralph no había sido nunca supersticioso, pero el martes vertió el dinero que tenía en la mesa de café y se alborozó al descubrir una mariquita en el alféizar de la ventana del cuarto de baño. No recordaba cuándo había oído asociar a aquel insecto con el dinero, pero tampoco podría haber explicado ninguno de los otros presagios que empezaron a gobernar sus movimientos.

Laura advertía este cambio sutil que la esperanza iba operando en su marido, pero no podía decir nada. Ralph no hablaba ni del señor Hadaam ni de California. Permanecía en silencio; se mostraba amable con Rachel; paulatinamente, fue poniéndose pálido. El miércoles se hizo cortar el pelo. Se puso su mejor traje. El sábado le cortaron de nuevo el pelo y le hicieron la manicura. Se bañaba dos veces al día, se cambiaba de camisa para cenar, e iba con frecuencia al cuarto de baño para lavarse las manos y los dientes y alisarse con agua el remolino que tenía en el pelo. El desmedido cuidado con que trataba su cuerpo hacía pensar a Laura en un adolescente sorprendido por un temprano amor.

Los invitaron a una fiesta el lunes por la noche, y Laura insistió en que fueran. Los invitados eran los supervivientes de un grupo formado diez años antes, y si alguien hubiese pasado lista con los nombres de los asistentes a otras fiestas en la misma habitación, como se hace en la ceremonia de retreta de un regimiento roto y diezmado, «Desaparecido... Desaparecido... Desaparecido», hubiese sido la respuesta de la patrulla enviada a Westchester. «Desaparecido... Desaparecido... Desaparecido», habrían sido las palabras del pelotón que el divorcio, la bebida, las enfermedades nerviosas y la adversidad habían asesinado o herido. Como Laura había ido a la fiesta sin ganas, fue consciente de los que faltaban.

Llevaba menos de una hora allí cuando oyó llegar a algunas personas y, al volver la cabeza, vio a Alice Holinshed y a su marido. El salón estaba abarrotado, y Laura decidió esperar hasta más tarde para hablar con ella. Mucho tiempo después fue al cuarto de baño, y al salir otra vez al dormitorio se encontró con Alice sentada en la cama. Parecía estar esperándola. Laura se instaló ante el tocador para peinarse, y vio la imagen de su amiga reflejada en el espejo.

—He oído que os vais a California —dijo Alice.

—Eso esperamos. Lo sabremos mañana.

—¿Es cierto que el tío de Ralph le salvó la vida?

—Sí, es cierto.

—Tenéis suerte.

—Supongo que sí.

—Tenéis suerte, no cabe duda.

Alice se levantó de la cama, cruzó la habitación, cerró la puerta, y volvió a sentarse en la cama. Laura la contempló a través del espejo, pero ella no miraba a Laura. Se la veía encogida y parecía nerviosa.

—Tenéis suerte —repitió—. Tenéis mucha suerte. ¿Te das cuenta de la suerte que tenéis? Déjame que te hable de mi pastilla de jabón —siguió—. Es una pastilla de jabón que tengo; que tenía, mejor dicho. Alguien me la regaló cuando me casé, hace quince años. No recuerdo quién; alguna criada, una profesora de música, alguien así. Era jabón de buena calidad, inglés, del tipo que me gusta, y decidí guardarlo para el día en que Larry tuviera un gran éxito, para cuando me llevara a las Bermudas. Primero pensé usarlo cuando consiguió el trabajo en Bound Brook. Luego se me ocurrió que podría usarlo cuando nos íbamos a Boston, y luego a Washington, y más tarde, cuando consiguió este nuevo puesto; quizá sea esta vez, pensé, quizá sea ahora cuando pueda sacar al chico de esa horrible escuela, y pague las cuentas atrasadas y dejemos esos hoteles de mala muerte en los que hemos estado viviendo. Durante quince años he planeado cuándo utilizar la pastilla de jabón. Bien, pues la semana pasada, mirando en los cajones de la cómoda, la vi. Estaba toda cuarteada. La tiré; la tiré porque sabía que nunca tendré una oportunidad para utilizarla. ¿Te das cuenta de lo que quiere decir eso? ¿Sabes cómo se siente una después de eso? Vivir durante quince años de promesas, esperanzas, préstamos y a crédito en hoteles que no están hechos para seres humanos, sin verse libre de deudas ni un solo día, y sin embargo fingir, creer que cada año, cada invierno, cada empleo, cada reunión va a ser la definitiva. Vivir así durante quince años y luego darse cuenta de que todo seguirá siempre igual. ¿Tienes idea de cómo se siente una? —Se levantó para acercarse al tocador y se detuvo delante de Laura. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su voz era ronca y fuerte—. Nunca iré a las Bermudas —dijo—. No iré nunca a Florida. Nunca conseguiré soltarme del anzuelo, nunca, nunca, *nunca*. Sé que no tendré nunca una casa decente y que tendré que seguir usando todo lo que poseo, que está gastado y roto y que no es de buena calidad. Sé que durante lo que me queda de vida, todo lo que me quede de vida, llevaré combinaciones raídas, camisones rotos, ropa interior hecha un desastre y zapatos que me hacen daño. Sé que en lo que me queda de vida nadie se acercará a mí para decirme que llevo un vestido muy bonito, porque nunca podré comprarme un vestido así. Sé que durante el resto de mi vida todos los taxistas, los porteros y los camareros de esta ciudad van a saber al cabo de un minuto que no llevo ni cinco dólares en ese bolso negro de imitación de ante que durante diez años he cepillado y cepillado y cepillado, llevándolo conmigo a todas partes. ¿Cómo lo consigues? ¿Qué valor le das? ¿Qué tienes de maravilloso para conseguir una oportunidad como esta? —Recorrió con los dedos el brazo desnudo de Laura. El vestido que llevaba puesto olía a gasolina—. ¿Lo conseguiré si te toco? ¿Hará eso

que tenga suerte? Te juro por Dios que mataría a cualquiera si creyera que con ello conseguiríamos algún dinero. Le retorcería el cuello a alguien, a ti, a cualquiera. Te juro que lo haría...

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Alice fue a abrirla y salió del cuarto. Entró una mujer, una desconocida que buscaba el cuarto de baño. Laura encendió un cigarrillo y esperó unos diez minutos en el dormitorio antes de volver a la fiesta. Los Holinshed ya se habían marchado para entonces. Pidió un whisky, se sentó y trató de mantener una conversación, pero se le iba de la cabeza lo que estaba diciendo.

La caza, la búsqueda del dinero que había considerado una actividad tan natural, tan grata, tan justa cuando al principio se consagraron a ella, le parecía ahora una expedición corsaria llena de riesgos. A primera hora de la noche había pensado en los desaparecidos. Ahora pensó de nuevo en ellos. La adversidad y el fracaso explicaban más de la mitad de las ausencias, como si, debajo de los modales corteses en aquella agradable habitación, estuviera en marcha una despiadada carrera en la que las penalidades impuestas al que perdía fuesen extremas. Laura sintió frío. Con los dedos sacó el cubito de hielo que tenía en el vaso y lo puso en un jarrón de flores, pero el whisky no logró hacerla entrar en calor. Y le pidió a Ralph que la llevara a casa.

El martes, después de cenar, Laura lavó los platos y Ralph los secó. Él leyó el periódico y ella cosió un poco. A las ocho menos cuarto sonó el teléfono en el dormitorio, y Ralph fue a cogerlo sin apresurarse. Era alguien con dos entradas para una obra de teatro que estaban a punto de quitar. El teléfono no volvió a sonar, y a las nueve y media Ralph le dijo a Laura que iba a llamar a California. No hizo falta mucho tiempo para establecer la comunicación, y una juvenil voz femenina le respondió desde el número del señor Hadaam.

—Ah, sí, el señor Whittemore —dijo—. Hace un rato hemos intentado ponernos en contacto con usted, pero la línea estaba ocupada.

—¿Puedo hablar con el señor Hadaam?

—No, señor Whittemore. Soy la secretaria del señor Hadaam. Sé que él tenía intención de telefonarle porque lo apuntó en su agenda. El señor Hadaam me ha pedido que explique la situación al mayor número posible de personas, y he procurado ocuparme de todas las llamadas y las citas que tenía anotadas en su agenda. El señor Hadaam sufrió un ataque de apoplejía el domingo. No tenemos esperanzas de que se restablezca. Imagino que le había hecho a usted algún tipo de promesa, pero me temo que no estará en condiciones de mantenerla.

—Lo siento mucho —dijo Ralph. Luego colgó.

Laura había entrado en el dormitorio cuando estaba hablando la secretaria.

—¡Cariño! —exclamó.

Dejó el cesto de las labores sobre la cómoda y se dirigió hacia el armario. Luego volvió y buscó algo en el costurero y lo dejó sobre su tocador. Después se quitó los

zapatos, los puso en la horma, se sacó el vestido por la cabeza y lo colgó muy bien doblado. Luego se dirigió a la cómoda, buscando el costurero, lo encontró sobre el tocador, se lo llevó al armario y lo dejó en un estante. A continuación se llevó el cepillo y el peine al cuarto de baño y abrió el agua para bañarse.

El latigazo de la frustración había azotado a Ralph, y el dolor lo atontó. No llegó a saber cuánto tiempo se quedó sentado junto al teléfono. Oyó salir a Laura del cuarto de baño. Se volvió hacia ella cuando oyó su voz:

—Siento terriblemente lo que le ha pasado al pobre señor Hadaam. Me gustaría que hubiese algo que pudiésemos hacer. —Llevaba puesto el camisón, y se instaló delante del tocador como una mujer hábil y paciente situándose delante de un telar, y cogió y dejó horquillas y frascos y peines y cepillos con la fácil destreza de una experta hilandera, como si el tiempo que pasaba allí fuese todo él parte de una continua operación—. Sí que parecía ser el tesoro...

La palabra sorprendió a Ralph, y por un momento vio la quimera, la olla repleta de monedas de oro, el vellocino, el tesoro enterrado en los suaves colores de un arco iris, y el primitivismo de su búsqueda lo sorprendió. Armado con una azada bien afilada y una varita mágica de fabricación casera, había recorrido colinas y valles, entre sequías y aguaceros, cavando dondequiera que los mapas dibujados por él mismo prometían oro. Seis pasos al este del pino muerto, cinco paneles a partir de la puerta de la biblioteca, debajo del escalón que cruje, en las raíces del peral, debajo de la parra, está escondida la olla llena de doblones y de lingotes de oro.

Laura se volvió en el taburete y extendió los brazos en su dirección, como había hecho más de un millar de veces. Ya no era joven, y estaba más pálida y delgada que si él hubiese encontrado los doblones que le habrían ahorrado preocupaciones y tener que trabajar incansablemente. Su sonrisa, sus hombros desnudos, habían empezado a crear las indescifrables formas y símbolos que constituyen la piedra de toque del deseo, y la luz de la lámpara parecía dar brillo y calor, y derramar esa inexplicable complacencia, esa benevolencia que trae la luz del sol en primavera sobre cualquier especie de fatiga y de desesperación. Desearla alegró y turbó a Ralph al mismo tiempo. Allí estaba, allí estaba todo, y le pareció entonces que el brillo del oro se encontraba todo él alrededor de los brazos de Laura.

CLANCY EN LA TORRE DE BABEL

James y Nora Clancy procedían de granjas próximas a un pueblecito llamado Newcastle. Newcastle está cerca de Limerick. Habían sido pobres en Irlanda y no les iba mucho mejor en su nuevo país, pero eran personas decentes y limpias. Sus granjas de origen habían sido sitios bien organizados, donde vivían las mismas familias desde mucho tiempo atrás, y los Clancy disfrutaban del beneficio de una tradición. Sus sencillas costumbres campesinas estaban tan profundamente enraizadas que veinte años en Nueva York habían tenido muy poco efecto sobre ellos. Nora iba al mercado con una cesta de mimbre bajo el brazo, como una mujer que sale a la huerta, y el agradable rostro de Clancy reflejaba una vida de total simplicidad. Solo tenían un hijo, John, y ambos habían sido capaces de transmitirle su actitud satisfecha y apacible ante el mundo. Eran personas cuya existencia giraba en torno a media manzana de casas, que se arrodillaban para rezar: «Dios te salve, María, llena eres de gracia», y que se turnaban los sábados por la noche en el uso de la bañera que había en la cocina.

Cuando Clancy era todavía un hombre fuerte alrededor de los cuarenta, se cayó por una escalera en la fábrica y se rompió la cadera. Estuvo casi un año sin trabajar, y aunque cobró el subsidio de desempleo, la cantidad era inferior a la de su antiguo salario, y su familia y él sufrieron el dolor del endeudamiento y de la necesidad. Cuando Clancy se restableció, le quedó una cojera, y tardó mucho tiempo en encontrar otro trabajo. Iba a la iglesia todos los días, y al final consiguió un puesto de ascensorista en uno de los grandes edificios de apartamentos del East Side por mediación de un sacerdote. Los buenos modales de Clancy y su rostro agradable y limpio gustaron a los inquilinos, y con su sueldo y las propinas que le daban ganaba lo suficiente para pagar sus deudas y mantener a su mujer y a su hijo.

El edificio de apartamentos no quedaba lejos de la humilde casa de vecindad donde James y Nora habían vivido, desde que se casaron, pero financiera y moralmente era como una creación distinta, y, al principio, Clancy miraba a los inquilinos de los apartamentos como si estuviesen hechos de una pasta distinta. Las señoras llevaban abrigo y joyas que costaban más de lo que Clancy podría ganar en toda una vida de trabajo, y cuando llegaba a casa por las noches, le contaba a Nora, como un viajero de regreso al hogar, las cosas que había visto. Le interesaban los caniches, las reuniones para tomar cócteles, los niños y sus niñeras, y le decía a Nora que aquel sitio era igual que la torre de Babel.

A Clancy le llevó algún tiempo aprenderse a qué pisos pertenecían los inquilinos, emparejar a los esposos con sus mujeres, unir a los hijos con sus padres, y a los criados (que utilizaban los ascensores de atrás) con cada una de las familias, pero

finalmente acabó por conseguirlo, y se sintió satisfecho de tenerlo todo en orden. Entre sus rasgos de carácter se hallaba un apasionado sentido de la lealtad, y con frecuencia hablaba del Edificio como si fuera una escuela o una corporación, producto de una comunidad de sentimientos y aspiraciones. «Nunca haría nada que perjudicase al Edificio», decía a menudo. Sus modales eran respetuosos, pero no carecía de sentido del humor, y cuando el 11-A mandó un frac a la tintorería, Clancy se lo puso y estuvo paseándose un buen rato por el vestíbulo de atrás. Veía a la mayor parte de los inquilinos con indiscriminada benevolencia, aunque existían algunas pocas excepciones. Había un borracho que pegaba a su mujer; era un zoquete corpulento y piesplanos, en opinión de Clancy, y el Edificio no era su sitio. Luego había una chica muy bonita en el 11-B que salía por las noches con un hombre débil de carácter: Clancy estaba seguro, porque el individuo en cuestión tenía un hoyuelo en la barbilla. Clancy se lo advirtió a la chica, aunque ella no hizo caso de sus consejos. Pero el inquilino que más le preocupaba era el señor Rowantree.

El señor Rowantree, un hombre soltero, vivía en el 4-A. Se hallaba en Europa cuando Clancy empezó a trabajar en el Edificio, y no regresó a Nueva York hasta el invierno. Cuando Clancy vio al señor Rowantree por primera vez, le pareció un hombre bien parecido de cabello entrecano, que se sentía cansado después de un largo viaje. El ascensorista esperó a que volviera a instalarse en la ciudad, a que amigos y parientes comenzaran a telefonarle y a escribir, y a que el propio señor Rowantree iniciase el toma y daca de fiestas practicado por la mayor parte de los inquilinos.

Para entonces, Clancy había descubierto ya que los pasajeros del ascensor no estaban hechos de otra pasta. Todos ellos se hallaban firmemente anclados en el mundo por una intrincada red de amigos y amantes, perros y canarios, deudas, herencias, fideicomisos y empleos, y esperó a que el señor Rowantree desplegara sus conexiones. Pero no sucedió nada. El señor Rowantree salía a trabajar a las diez de la mañana y volvía a casa a las seis; ningún visitante se presentaba a verlo. Pasó un mes sin que tuviera un solo invitado. A veces salía por las noches, pero siempre regresaba solo, y por lo que a Clancy se le alcanzaba, podía muy bien continuar cultivando su soledad en cualquiera de los cines de los alrededores. La falta de amigos en aquel hombre sorprendió primero y luego empezó a exasperar y a preocupar a Clancy. Un día, cuando trabajaba en el turno de noche y el señor Rowantree salió de casa solo, Clancy detuvo el ascensor entre dos pisos.

—¿Va usted a cenar, señor Rowantree? —le preguntó.

—Sí —dijo el otro.

—Bueno, pues si come usted por este barrio, señor Rowantree —dijo Clancy—, descubrirá usted que el Bill's Clam Bar es el único restaurante que merece la pena. Llevo veinte años viviendo en esta zona y los he visto aparecer y desaparecer. Los otros tienen iluminación de lujo y precios más caros, pero solo encontrará buenos alimentos en el Bill's Clam Bar.

—Gracias, Clancy —dijo el señor Rowantree—. No lo olvidaré.

—Perdóneme —siguió Clancy—, no quisiera resultar demasiado curioso, pero ¿le importaría decirme en qué trabaja usted?

—Tengo una tienda en la Tercera Avenida. Venga a verla cualquier día.

—Lo haré con gusto. Pero, se me ocurre que a usted debe de gustarle cenar con sus amigos, en lugar de estar solo todo el tiempo. —Clancy se daba cuenta de que aquello era inmiscuirse en la intimidad de su interlocutor, pero lo empujaba la idea de que aquel ser humano quizá necesitara ayuda—. Un hombre tan bien parecido como usted debe de tener amigos —añadió—, y lo normal sería que cenara usted con ellos.

—Voy a cenar con una de mis amistades, Clancy —dijo el señor Rowantree.

Aquella respuesta hizo que Clancy se sintiera más tranquilo, y que se olvidara del señor Rowantree durante una temporada. El Edificio le dio vacaciones el día de San Patricio para que pudiera tomar parte en el desfile, y cuando terminó el festejo y Clancy se dirigía ya hacia su casa, decidió buscar la tienda de la Tercera Avenida. El señor Rowantree le había dicho en qué manzana estaba; no le resultó difícil encontrarla. A Clancy le agradó descubrir que era un local amplio, con dos puertas de entrada, separadas por un gran escaparate. Clancy miró a través del cristal para ver si el señor Rowantree estaba ocupado con un cliente, pero no había nadie dentro. Antes de entrar, examinó los objetos expuestos en el escaparate. Le desilusionó comprobar que no se trataba de una sastrería ni de una tienda de *delicatessen*. Parecía más bien un museo. Había copas y candelabros, mesas y sillas, todo ello antiguo. Abrió la puerta. Se oyó un tintineo, y Clancy levantó la vista para ver la campana pasada de moda con la cuerda de la que colgaba. El señor Rowantree salió de detrás de un biombo y lo saludó cordialmente.

A Clancy no le gustó la tienda. Tuvo la impresión de que el señor Rowantree estaba perdiendo el tiempo allí. Le preocupaba la idea de que un hombre gastara diariamente sus energías en un sitio como aquel. Un pasillo muy estrecho, entre mesas y escritorios, ánforas y estatuas, avanzaba hacia el interior de la tienda para dividirse luego en varias direcciones. Clancy nunca había visto tantos cachivaches juntos. Como no le cabía en la cabeza que todo aquello pudiera fabricarse en un solo país, imaginó que se trataba de objetos traídos desde todos los rincones del mundo. A Clancy le pareció una pérdida de tiempo haber reunido todas aquellas cosas en una oscura tienda de la Tercera Avenida. Pero era sobre todo la confusión y el despilfarro lo que le desagradaba; la sensación de estar rodeado por símbolos de frustraciones, y de que todos los jóvenes y las doncellas de porcelana en sus actitudes amorosas servían tan solo de acompañamiento a la amargura. Quizá el hecho de que una vida tan feliz como la suya hubiese transcurrido en habitaciones desnudas hacía que Clancy asociase bondad con fealdad.

Tuvo mucho cuidado de no decir nada que pudiera ofender al señor Rowantree.

—¿Tiene usted algún dependiente que lo ayude? —preguntó.

—Sí, claro —dijo el señor Rowantree—. La señorita James está aquí casi

siempre. Somos socios.

De modo que era eso, pensó Clancy. La señorita James. Esa era su ocupación por las noches. Pero, entonces, ¿por qué no se casaban? ¿Era acaso porque él ya lo estaba? Quizá el señor Rowantree había sido víctima de alguna terrible desgracia, como que su mujer se hubiese vuelto loca, o que le hubieran quitado a sus hijos.

—¿Tiene usted alguna fotografía de la señorita James? —preguntó Clancy.

—No —respondió el señor Rowantree.

—Bueno, me alegro mucho de haber visto su tienda, y le quedo muy agradecido —dijo Clancy.

El paseo había merecido la pena, porque de la tienda oscura se llevó una clara imagen de la señorita James. Era un buen apellido, un apellido irlandés, y de ahora en adelante, cuando el señor Rowantree saliera por las noches, Clancy le preguntaría por la señorita James.

John, el hijo de Clancy, estaba en el último año de instituto. Era capitán del equipo de baloncesto y un personaje en su centro docente, y aquella primavera presentó un ensayo sobre la democracia a un concurso patrocinado por un industrial de Chicago. Se presentaron millones de concursantes, pero John obtuvo una mención honorífica, que le daba derecho a un viaje a Chicago en avión y a una visita de una semana a la ciudad con todos los gastos pagados. El muchacho, como es lógico, estaba contento con aquel regalo inesperado y lo mismo le pasaba a su madre, pero se diría que era a Clancy a quien le habían dado el premio. Se lo contó a todos los inquilinos del Edificio, les preguntó qué clase de ciudad era Chicago, y si era peligroso viajar en avión. Clancy se despertaba a medianoche y se iba al cuarto de John a contemplar a aquel maravilloso hijo suyo mientras dormía. El cerebro del muchacho estaba lleno de saber, pensaba. Tenía buen corazón y mucha fortaleza. Era pecado, Clancy lo sabía, confundir la inmortalidad del Espíritu Santo y el amor terrenal, pero cuando se daba cuenta de que John tenía su misma carne y sangre, de que el rostro del muchacho era su mismo rostro, mejorado por una mayor movilidad e inteligencia, y de que cuando él, Clancy, hubiese muerto, alguna costumbre o gusto suyo viviría en el muchacho, llegaba a la conclusión de que no había nada de doloroso en la muerte.

El avión de John salía para Chicago un sábado por la tarde. El muchacho fue a confesarse y luego se dirigió andando hasta el Edificio para despedirse de su padre. Clancy retuvo al muchacho en el vestíbulo todo lo que pudo y se lo presentó a los inquilinos que cruzaron por allí. Finalmente llegó el momento en que el chico tenía que marcharse. El portero se hizo cargo del ascensor, y Clancy acompañó a John hasta la esquina. Era una soleada y transparente tarde de cuaresma; no había ni una sola nube en el cielo. El muchacho llevaba su mejor traje, y para Clancy no había otro que pudiera comparársele. Se estrecharon la mano en la esquina, y el ascensorista regresó cansadamente al Edificio. Había muy pocas personas utilizando el ascensor, y Clancy se quedó junto a la puerta de entrada, viendo a la gente que pasaba por la

acera. La mayoría llevaban su mejor ropa e iban camino de alguna diversión. Clancy les deseaba lo mejor a todos. Al otro lado de la calle vio la cabeza y los hombros del señor Rowantree, y se dio cuenta de que estaba con un joven. Clancy esperó y les abrió la puerta cuando se acercaron.

—Hola, Clancy —saludó el señor Rowantree—. Quiero que conozca a mi amigo Bobbie. Vivirá aquí de ahora en adelante.

Clancy dejó escapar un gruñido. El joven no tenía nada de joven. Llevaba el pelo corto, un suéter color amarillo canario y un abrigo con hombreras, pero era de la edad del señor Rowantree, y casi tan viejo como Clancy. Todas las características y los ademanes de la juventud que un hombre normal deja de lado cuando llega el momento persistían obscenamente en él. Se había aplicado un cosmético para que le brillaran los ojos, olía a perfume, y el señor Rowantree lo cogió del brazo para ayudarlo a cruzar la puerta como si fuera una chica bonita. Tan pronto como Clancy vio con qué tenía que enfrentarse, adoptó una postura firme. Se quedó en la puerta. El señor Rowantree y su amigo cruzaron el vestíbulo y entraron en el ascensor. Luego llamaron al timbre.

—¡No pienso subirlos en mi ascensor! —gritó Clancy desde el otro extremo del vestíbulo.

—Venga aquí, Clancy —dijo el señor Rowantree.

—No voy a llevar a ese tipo en mi ascensor —insistió Clancy.

—Haré que lo despidan por esto —aseguró el señor Rowantree.

—Me tiene sin cuidado —dijo Clancy—. Yo no los subo en el ascensor.

—Venga aquí, Clancy.

Pero Clancy no respondió. El señor Rowantree apoyó el dedo en el botón y lo mantuvo allí un buen rato. Clancy no se movió. Oyó hablar al señor Rowantree con su amigo. Un momento después empezaron a subir andando la escalera. Toda la solicitud que había sentido por él, las veces que lo había imaginado paseando por el parque con la señorita James, le parecieron dinero perdido en una terrible estafa. Se sintió herido y lleno de amargura. La idea de Bobbie viviendo en el Edificio le resultaba insoportable, y le pareció un desafío a sus simples convicciones sobre la vida. Se comportó de manera brusca con todo el mundo durante el resto del día. Incluso habló con aspereza a los niños. Cuando bajó al sótano a quitarse el uniforme, el señor Coolidge, el encargado, lo llamó a su despacho.

—Rowantree se ha pasado la última hora tratando de que lo despidamos, Jim —dijo—. Ha dicho que no ha querido usted subirlo en el ascensor. No voy a despedirlo porque es usted un hombre bueno y trabajador, pero le voy a hacer una advertencia: el señor Rowantree conoce a mucha gente rica y con influencias, y si no se ocupa usted de sus propios asuntos, conseguirá que lo echen.

El señor Coolidge estaba rodeado de todos los tesoros que había encontrado en los cubos de basura de las entradas de servicio: lámparas rotas, jarrones rotos, un cochecito de bebé con tres ruedas...

—Pero él... —empezó Clancy.

—No es asunto suyo, Jim. Ha estado muy tranquilo desde que volvió de Europa. Es usted un hombre bueno y trabajador, Clancy, y no quiero despedirlo, pero tiene que acordarse de que no es usted quien manda aquí.

Al día siguiente era Domingo de Ramos, y, gracias a Dios, el ascensorista no vio al señor Rowantree. El lunes, Clancy añadió a su amargura por tener que vivir en Sodoma la profunda y general aflicción que experimentaba siempre al comienzo de los sucesos que terminarían en el Gólgota. Era un día muy triste. Nubes y oscuridad flotaban sobre Nueva York. De vez en cuando, llovía. Clancy bajó al señor Rowantree en el ascensor a las diez. No dijo nada, pero le lanzó una mirada de desprecio. Las señoras empezaron a salir alrededor de las doce para almorzar. Bobbie, el amigo del señor Rowantree, salió también hacia esa hora.

A eso de las dos y media, una de las señoras regresó del almuerzo oliendo a ginebra, e hizo una cosa muy curiosa. Cuando entró en el ascensor, se volvió de cara a la pared, para que Clancy no la viera. Él no era un hombre que mirase el rostro de alguien si esa persona deseaba ocultarlo, y eso hizo que se enfadara. Detuvo el ascensor.

—Vuélvase —ordenó—. Vuélvase. Me avergüenzo de usted, una mujer con tres hijos crecidos, vuelta de cara a la pared como una niña llorona.

La señora se volvió. Estaba llorando por algo. Clancy puso otra vez en marcha el ascensor.

—Debería usted ayunar —murmuró—. Quedarse sin cigarrillos o sin carne durante la cuaresma. Eso le daría algo en lo que pensar.

La señora salió del ascensor, y Clancy acudió a la llamada del timbre desde la planta baja. Era el señor Rowantree. Lo subió hasta su piso. Luego llevó a la señora DePaul al noveno. Era una mujer muy simpática, y le habló de John y de su viaje a Chicago. Al bajar de nuevo, empezó a oler a gas.

Para un hombre que ha vivido siempre en una casa de vecindad, el olor a gas es el olor del invierno, de la enfermedad, de la carestía y de la muerte. Clancy subió al piso del señor Rowantree. Era allí. Tenía la llave maestra, abrió la puerta y penetró en aquel aliento infernal. Estaba todo oscuro. Oyó las llaves de paso silbando en la cocina. Sujetó la puerta con una alfombra para que no se cerrara y abrió una ventana del pasillo. Sacó la cabeza fuera en busca de un poco de aire. Luego, aterrado ante la idea de saltar él mismo por los aires, maldiciendo, rezando y medio cerrando los ojos, como si el aire envenenado pudiera dejarlo ciego, se dirigió hacia la cocina y se dio un golpe terrible contra el marco de la puerta que le dejó todo el cuerpo helado de dolor. Entró en la cocina dando tumbos, cerró el gas y abrió las puertas y las ventanas. El señor Rowantree, de rodillas, tenía metida la cabeza dentro del horno. Se incorporó: estaba llorando.

—Bobbie se ha ido, Clancy —dijo—. Bobbie se ha ido.

A Clancy se le revolvió el estómago, y se le llenó la boca de saliva amarga.

—¡Dios del cielo! —gritó—. ¡Dios del cielo!

Salió tambaleándose del apartamento. Iba temblando de la cabeza a los pies. Bajó en el ascensor, llamó a gritos al portero y le contó lo que había sucedido.

El portero lo sustituyó, Clancy fue al cuarto donde se cambiaban de ropa y se sentó. No sabía el tiempo que llevaba allí cuando reapareció el portero y dijo que volvía a oler a gas. Clancy subió otra vez al apartamento del señor Rowantree. La puerta estaba cerrada. La abrió y se quedó en el vestíbulo oyendo el silbido de las llaves de paso.

—¡Saque la condenada cabeza del horno, señor Rowantree! —gritó. Fue a la cocina y apagó el gas. El señor Rowantree estaba sentado en el suelo.

—No lo volveré a hacer, Clancy —aseguró—. Se lo prometo, se lo prometo.

Clancy bajó a buscar al señor Coolidge, ambos entraron juntos en el sótano y cerraron la llave del gas del señor Rowantree. Clancy volvió a subir. La puerta del apartamento estaba cerrada. Cuando la abrió, oyó el silbido del gas. Sacó la cabeza del señor Rowantree del horno.

—¡Está usted perdiendo el tiempo! —gritó—. ¡Le hemos cortado el gas! ¡Está perdiendo el tiempo!

El señor Rowantree se puso en pie como pudo y salió corriendo de la cocina. Clancy le oyó avanzar por el piso dando portazos. Lo siguió y lo encontró en el cuarto de baño, metiéndose en la boca las píldoras de un frasco. Clancy le quitó el frasco de la mano y luego lo tiró al suelo. Después llamó a la comisaría desde el teléfono del señor Rowantree, y esperó hasta que llegaron un policía, un médico y un sacerdote.

Clancy se fue andando a casa a las cinco. El cielo estaba negro. Llovía hollín y cenizas. Sodoma, pensó, la ciudad indigna de clemencia, el lugar de imposible redención, y, al alzar los ojos para ver la lluvia y las cenizas caer del cielo, sintió una gran desesperanza por sus semejantes. Habían perdido la capacidad de alcanzar misericordia; en la ciudad, a su alrededor, todo se orientaba hacia la autodestrucción y el pecado. Sintió nostalgia de la sencilla vida de Irlanda y de la Ciudad de Dios, pero se sentía contaminado por el hedor del gas.

Le contó a Nora lo que había sucedido, y ella trató de consolarlo. No habían recibido ni carta ni postal de John. Por la noche telefoneó el señor Coolidge. Dijo que se trataba del señor Rowantree.

—¿Se lo han llevado al manicomio? —preguntó Clancy.

—No —respondió el señor Coolidge—. Su amigo ha vuelto y han salido juntos. Pero ha amenazado otra vez con hacer que lo despidan, Jim. Tan pronto como se sintió bien de nuevo, dijo que iba a hacer que lo echaran. Yo no quiero despedirlo, pero tiene usted que tener cuidado, tiene que tener cuidado.

Clancy no lograba entender aquel giro, y se sintió enfermo. Le pidió al señor Coolidge que buscara a alguien del sindicato que lo sustituyera durante un día o dos, y se metió en la cama.

Clancy no se levantó a la mañana siguiente. Se sintió peor. Tenía frío. Nora encendió un fuego en la cocina, pero Clancy tiritaba como si tuviera helados el corazón y los huesos. Doblaba las rodillas hasta pegarlas contra el pecho y se arrebujaba bajo las mantas, pero no conseguía entrar en calor. Finalmente, Nora llamó al médico, un hombre originario de Limerick. Eran más de las diez cuando llegó. Dijo que Clancy debía ir al hospital. El doctor se marchó para disponer las cosas y Nora sacó la mejor ropa de Clancy y lo ayudó a ponérsela. Los calzoncillos largos aún conservaban la etiqueta con el precio, y todavía quedaban alfileres en la camisa. Al final nadie vio la ropa interior nueva ni la camisa limpia. En el hospital corrieron una cortina alrededor de su cama y le devolvieron a Nora todas sus galas. Luego Clancy se metió en la cama, y su mujer le dio un beso y se marchó.

Durante un rato, gruñó y gimió, pero tenía fiebre y acabó durmiéndose. No supo o no le interesó saber dónde estaba durante los días siguientes. Dormía la mayor parte del tiempo. Cuando John volvió de Chicago, la presencia del muchacho y su relato del viaje levantaron un poco el ánimo de Clancy. Nora lo visitaba todos los días, y en una ocasión, unas dos semanas después de que Clancy ingresó en el hospital, vino acompañada de Frank Quinn, el portero. Frank le dio a Clancy un estrecho sobre marrón, y cuando lo abrió, preguntando malhumorado qué era, vio que estaba lleno de billetes de banco.

—De parte de los inquilinos, Clancy —dijo Frank.

—¿Por qué han hecho una cosa así? —quiso saber Clancy. Aquello le afectó mucho. Se le humedecieron los ojos y no pudo contar el dinero—. ¿Por qué lo han hecho? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Por qué se han tomado la molestia? No soy más que un ascensorista.

—Son casi doscientos dólares.

—¿Quién recogió el dinero? ¿Fuiste tú, Frank?

—Fue uno de los inquilinos.

—Debió de ser la señora DePaul —supuso Clancy—. Me apuesto cualquier cosa a que fue la señora DePaul.

—Uno de los inquilinos —dijo Frank.

—Fuiste tú, Frank —aseguró Clancy con calor—. Fuiste tú quien recogió el dinero.

—Fue el señor Rowantree —dijo Frank bajando la cabeza con tristeza.

—No irás a devolver el dinero, ¿eh, Jim? —preguntó Nora.

—¡No soy imbécil! —gritó Clancy—. Cuando encuentro un dólar por la calle, ¡no soy de los que lo llevan a la oficina de objetos perdidos!

—Ningún otro hubiese conseguido tanto, Jim —dijo Frank—. Fue piso por piso. Dicen que estaba llorando.

Clancy tuvo una visión. Vio la iglesia desde dentro de su ataúd abierto, colocado delante del altar. El sacristán solo había encendido unas pocas lámparas de color

vaselina, porque los asistentes eran muy escasos, todos personas pobres y viejas que habían venido con Clancy en el barco desde Limerick. Oyó la voz juvenil del sacerdote mezclada con la débil música de campanas. Luego, en la parte trasera de la iglesia, vio al señor Rowantree y a Bobbie. Lloraban y lloraban. Lloraban con más fuerza que Nora. Veía sus hombros subiendo y bajando, y oía sus suspiros.

—¿Cree que me estoy muriendo, Frank? —preguntó Clancy.

—Sí, Jim. Eso es lo que cree.

—Piensa que voy a morirme —dijo Clancy, enfadado—. No le rige bien la cabeza. Bueno, pues no me voy a morir. No voy a echarme sus tribulaciones a la espalda. Quiero salir de aquí.

Se bajó de la cama. Nora y Frank trataron sin éxito de que volviera a acostarse. Frank salió corriendo a buscar a una enfermera. La enfermera reconvino a Clancy con el dedo y le ordenó que volviera a la cama, pero ya se había puesto los pantalones y se estaba atando los cordones de los zapatos. La enfermera salió y volvió con otra, y ambas trataron de sujetarlo, pero se libró de ellas sin dificultad. La primera enfermera fue en busca de un médico. El que volvió con ella era un hombre joven, mucho menos fuerte que Clancy. Dijo que el ascensorista podía irse a casa. Frank y Nora se lo llevaron en un taxi, y tan pronto como llegó telefoneó al señor Coolidge y le dijo que iría al trabajo a la mañana siguiente. Se sentía mucho mejor, rodeado de los olores y de las luces de su propia casa. Nora le preparó una buena cena y se la tomó en la cocina.

Después de cenar, se sentó en mangas de camisa junto a la ventana. Pensó en la vuelta al trabajo, en el hombre con el hoyuelo en la barbilla, en el hombre que pegaba a su esposa, en el señor Rowantree y en Bobbie. ¿Por qué tendría un hombre que enamorarse de un monstruo? ¿Por qué debería intentar suicidarse? ¿Por qué tendría que empeñarse en despedir a un hombre y luego recoger dinero para él con lágrimas en los ojos, y después, quizá una semana más tarde, tratar otra vez de despedirlo? No devolvería el dinero, no le daría las gracias al señor Rowantree, pero se preguntó qué tipo de condena debería emitir contra aquel perverso. Empezó a elegir las palabras que le diría cuando se lo encontrara: «Yo le sugeriría, señor Rowantree, que la próxima vez que quiera suicidarse, consiga una soga o un revólver. También le sugeriría, señor Rowantree —añadiría—, que fuese a un buen médico para que le mire la cabeza».

El viento primaveral, el viento del sur que en la ciudad huele a alcantarilla, estaba soplando. La ventana de Clancy daba sobre un espacio ocupado por tendederos y árboles del cielo, por patios utilizados como estercoleros y por las fachadas desnudas de otras casas de vecindad, con sus ventanas encendidas y apagadas. La simetría, la solidez de la escena infundió ánimos a Clancy, como si estuviese de acuerdo con algo bueno que existía en su interior. Hombres con mentes normales como la suya habían construido aquellas casas. Nora le trajo un vaso de cerveza y se sentó cerca de la ventana. Él le pasó el brazo alrededor de la cintura. Estaba en combinación, debido al

calor. Llevaba el pelo sujeto con horquillas. A Clancy le parecía una de las criaturas más bellas de su época, pero un extraño, supuso, quizá notara el roto de la combinación y que su cuerpo se encorvaba un poco y carecía de elasticidad. Un retrato de John colgaba de la pared. A Clancy le maravilló la fuerza y la inteligencia que ponía de manifiesto el rostro de su hijo, pero se imaginó que un extraño podría notar las gafas del chico y la mala calidad de su piel. Y luego, pensando en Nora y en John y en aquella semiceguera que era todo lo que él conocía del amor mortal, decidió no decirle nada al señor Rowantree. Se cruzarían en silencio.

LA NAVIDAD ES TRISTE PARA LOS POBRES

La Navidad es una época triste. La frase acudió a la mente de Charlie un instante después de que el despertador hubo sonado, y le trajo otra vez la depresión amorfa que lo había perseguido toda la tarde anterior. Al otro lado de la ventana, el cielo estaba negro. Se sentó en la cama y tiró de la cadenilla de la luz que colgaba delante de su nariz. «El día de Navidad es el día más triste del año —pensó—. De todos los millones de personas que viven en Nueva York, yo soy prácticamente el único que tiene que levantarse en la fría oscuridad de las seis de la mañana el día de Navidad; prácticamente el único».

Se vistió, y al bajar la escalera desde el piso superior de la pensión donde vivía, solo oyó unos ronquidos, para él groseros; las únicas luces encendidas eran las que habían olvidado apagar. Desayunó en un puesto ambulante que no cerraba en toda la noche, y, en un tren elevado, marchó hacia la parte alta de la ciudad. Recorrió la Tercera Avenida hasta desembocar en Sutton Place. El vecindario estaba a oscuras. Los edificios levantaban, a ambos lados de las luces callejeras, muros de ventanas negras. Millones y millones de personas dormían, y aquella pérdida general de conciencia generaba una impresión de abandono, como si la ciudad se hubiera desmoronado, como si aquel día fuese el fin del tiempo. Charlie abrió las puertas de hierro y cristal del edificio de apartamentos donde trabajaba como ascensorista desde hacía seis meses, cruzó el elegante vestíbulo y entró en el vestidor de la parte trasera. Se puso el chaleco de rayas con botones de latón, un falso fular, unos pantalones con una franja azul cielo en la costura, y una chaqueta. El ascensorista de noche dormitaba en el banquillo dentro del ascensor. Charlie lo despertó. El hombre le dijo con voz espesa que el portero de día se había puesto enfermo y que no vendría. Enfermo el portero, Charlie no dispondría de tiempo para almorzar, y muchísima gente le pediría que saliera a buscar un taxi.

Charlie llevaba trabajando unos minutos cuando lo llamaron desde el piso catorce. Era una tal señora Hewing, que —Charlie se había enterado por casualidad— tenía fama de inmoral. La señora Hewing todavía no se había acostado, y entró en el ascensor ataviada con un vestido largo bajo el abrigo de pieles. La acompañaban dos perros de aspecto raro. Él la bajó y miró cómo salía a la oscuridad de la calle y acercaba los perros al bordillo. No estuvo fuera más de unos minutos. Volvió a entrar y él subió con ella otra vez a la planta catorce. Al salir del ascensor, ella dijo:

—Felices pascuas, Charlie.

—Bueno, para mí hoy no es precisamente un día festivo, señora Hewing —repuso

él—. Creo que las Navidades son las fechas más tristes del año. Y no es porque la gente de esta casa no sea generosa, quiero decir, recibo muchas propinas, pero ¿sabe usted?, vivo solo en un cuarto de alquiler y no tengo familia ni amistades, o sea, que la Navidad no es para mí una fiesta precisamente.

—Lo siento, Charlie —dijo la señora Hewing—. Yo tampoco tengo familia. Es bastante triste estar solo, ¿verdad?

Llamó a sus perros y entró tras ellos en su apartamento. Él volvió a bajar en el ascensor.

Todo estaba tranquilo, y Charlie encendió un cigarrillo. A aquella hora, la calefacción del sótano acompasaba la respiración del edificio con su vibración regular y profunda, y los tétricos ruidos de vapor caliente que despedía la caldera empezaron a resonar primero en el vestíbulo y después en cada uno de los dieciséis pisos. Aquel despertar puramente mecánico no alivió la soledad ni el malhumor del ascensorista. La oscuridad al otro lado de las puertas de cristal se había vuelto azul, pero aquella luz azulada parecía carecer de origen; como surgida en medio del aire. Era una luz lacrimosa, y a medida que iba invadiendo la calle vacía, Charlie tuvo ganas de llorar. Entonces llegó un taxi y los Walser se apearon, borrachos y vestidos con trajes de noche, y él los subió al ático. Los Walser le hicieron reflexionar sobre la diferencia entre su propia vida en un cuarto de pensión y la vida de la gente que residía allí arriba. Era terrible.

Después empezaron a llamar los que madrugaban para ir a la iglesia, que aquella mañana no fueron sino tres personas. Algunos más salieron hacia la iglesia a las ocho en punto, pero la mayoría de los inquilinos siguieron durmiendo, aun cuando el olor a beicon y café ya penetraba en la caja del ascensor.

Poco después de las nueve, una niñera bajó con un niño. Tanto ella como él exhibían un bronceado intenso: Charlie sabía que acababan de volver de las Bermudas. Él nunca había estado en las Bermudas. Él, Charlie, era un prisionero confinado ocho horas al día en una caja de dos metros por dos y medio, a su vez confinada en un hueco de dieciséis pisos. En un inmueble u otro, llevaba diez años ganándose la vida como ascensorista.

Según sus cálculos, el trayecto medio venía a tener unos doscientos metros, y, cuando pensaba en los miles de kilómetros que había recorrido sin moverse del sitio, cuando se imaginaba a sí mismo conduciendo el ascensor a través de la bruma por encima del mar Caribe y posándose en una playa de coral de las Bermudas, no atribuía a la naturaleza misma del ascensor la estrechez de sus viajes: para él, los pasajeros eran los culpables de su confinamiento, como si la presión que aquellas vidas ejercían sobre la suya le hubiese cortado las alas.

En todo esto pensaba cuando llamaron los DePaul, que vivían en el piso nueve. Le desearon también una feliz Navidad.

—Bueno, son ustedes muy amables por pensar en mí —les dijo mientras bajaban—, pero para mí no se trata de un día festivo. La Navidad es una fecha triste cuando

uno es pobre. Vivo solo en un cuarto de alquiler. No tengo familia.

—¿Con quién va a comer hoy, Charlie? —preguntó la señora DePaul.

—No voy a tener comida navideña —dijo Charlie—. Nada más que un bocadillo.

—¡Oh, Charlie! —La señora DePaul era una mujer corpulenta, de corazón vehemente, y la queja de Charlie cayó sobre su talante festivo como un súbito chubasco—. Ojalá pudiéramos compartir con usted nuestra comida de Navidad —dijo—. Yo soy de Vermont, ¿sabe?, y cuando era niña, ¿me entiende?, solíamos invitar a mucha gente a nuestra mesa. El cartero, ¿sabe?, y el maestro, y cualquiera que no tuviese familia propia, ¿no?, y ojalá pudiéramos compartir nuestra comida con usted, digo, como entonces, y no veo por qué no podemos. No podremos sentarlo a nuestra mesa porque no puede usted dejar el ascensor, ¿no es cierto?, pero en cuanto mi marido trinche el pavo, le daré un timbrazo y prepararé una bandeja para usted, ya verá, y quiero que usted suba y comparta, aunque sea así, nuestra comida de Navidad.

Charlie les dio las gracias, sorprendido por tanta generosidad, pero se preguntó si no olvidarían su promesa al llegar los parientes y amigos del matrimonio.

Luego llamó la anciana señora Gadshill, y cuando ella le deseó felices fiestas, él bajó la cabeza.

—Para mí no es precisamente fiesta —repitió—. La Navidad es un día triste para los pobres. No tengo familia, ¿sabe? Vivo solo en una habitación de huéspedes.

—Yo tampoco tengo familia, Charlie —dijo la señora Gadshill. Habló con deliberada amabilidad, pero su buen humor era forzado—. Es decir, hoy no tendré conmigo a ninguno de mis chicos. Tengo tres hijos y siete nietos, pero nadie encuentra manera de venir al este a pasar las Navidades conmigo. Yo entiendo sus problemas, desde luego. Ya sé que es difícil viajar con niños en vacaciones, aunque yo siempre me las arreglaba cuando tenía su edad, pero la gente tiene distintas formas de ver las cosas, y no podemos juzgarla por lo que no entendemos. Pero sé cómo se siente, Charlie. Yo tampoco tengo familia. Estoy tan sola como usted.

El discurso de la anciana no conmovió a Charlie. Sí, quizá estuviese sola, pero tenía un apartamento de diez habitaciones y tres criadas, y mucha, muchísima pasta, y diamantes por todas partes, y había cantidad de niños pobres en los suburbios que se darían sobradamente por satisfechos si tuvieran ocasión de hacerse con la comida que su cocinera tiraba. Entonces pensó en los niños pobres. Se sentó en una silla del vestíbulo y se puso a pensar en ellos.

Ellos se llevaban la peor parte. A partir de otoño comenzaba toda aquella agitación a propósito de las Navidades y de que eran fechas dedicadas a ellos. Después del Día de Acción de Gracias, no podían escaparse; estaba establecido que no podían escaparse. Guirnaldas y adornos por todas partes, campanas repicando, árboles en el parque, Santa Claus en cada esquina y fotos en diarios y revistas, y en todas las paredes y las ventanas de la ciudad les anunciaban que los niños buenos tendrían cuanto quisieran. Aunque no supiesen leer, sabrían esto. Aunque fuesen ciegos. Estaba en la atmósfera que los pobres críos respiraban. Cada vez que salían de

paseo, veían todos aquellos juguetes caros en los escaparates; escribían cartas a Santa Claus, y sus padres y madres les prometían echarlas al correo, y cuando los niños se habían ido a la cama, las quemaban en la estufa. Y al llegar la mañana de Navidad, ¿cómo explicarles, cómo decirles que Santa Claus solo visitaba a los niños ricos, que nada sabía de los niños buenos? ¿Cómo mirarlos a la cara, cuando todo lo que uno podía regalarles era un globo o una piruleta?

Al volver a casa unas cuantas noches atrás, Charlie había visto a una mujer y a una chiquilla que bajaban por la calle Cincuenta y Nueve. La niña lloraba. Adivinó que estaba llorando, y supo que lloraba porque había visto en los escaparates todos los juguetes de las tiendas y no alcanzaba a comprender por qué ninguno era para ella. Imaginó que la madre era sirvienta, o quizá camarera, y las vio camino de vuelta a una habitación como la suya, con paredes verdes y sin calefacción, para cenar una sopa de lata el día de Nochebuena. Y vio luego cómo la niña colgaba en alguna parte sus raídos calcetines y se quedaba dormida, y vio a la madre buscando en su bolso algo que meter en los calcetines... El timbre del piso once interrumpió su ensoñación.

Subió; el señor y la señora Fuller estaban esperando. Cuando le desearon feliz Navidad, él dijo:

—Bueno, para mí no es precisamente fiesta, señora Fuller. La Navidad es un día triste cuando uno es pobre.

—¿Tiene usted hijos, Charlie? —preguntó ella.

—Cuatro vivos —dijo él—. Dos en la tumba. —Se sintió abrumado por la majestad de su embuste—. Mi mujer está inválida —añadió.

—Qué triste, Charlie —lamentó la señora Fuller. Salió del ascensor cuando llegaron a la planta baja, y dio media vuelta—. Voy a darle algunos regalos para sus hijos, Charlie. Mi marido y yo vamos a hacer una visita, pero cuando volvamos le daremos algo para sus niños.

Él le dio las gracias. Luego llamaron del cuarto piso, y subió a recoger a los Weston.

—No es que sea un día festivo para mí —les dijo cuando le desearon feliz Navidad—. Es una fecha triste para los pobres. Ya ven, yo vivo solo en una pensión.

—Pobre Charlie —dijo la señora Weston—. Sé exactamente cómo se siente. Durante la guerra, cuando el señor Weston estaba lejos, yo pasé sola las Navidades. No tuve comida navideña, ni árbol ni nada. Me preparé unos huevos revueltos, me senté y me eché a llorar.

Su marido, que ya estaba en el vestíbulo, la llamó impacientemente.

—Sé exactamente cómo se siente usted —declaró la señora Weston.

Al mediodía, el olor de aves y caza había reemplazado al de beicon y café en el recinto del ascensor, y la casa, como una gigantesca y compleja granja, estaba ensimismada en la preparación de un festín doméstico. Todos los niños y las niñeras

habían vuelto del parque. Abuelas y tías llegaban en enormes automóviles. La mayoría de la gente que atravesó el vestíbulo llevaba paquetes envueltos en papel de colores y lucía sus mejores pieles y sus ropas nuevas. Charlie siguió quejándose ante casi todos los inquilinos cuando estos le deseaban felices pascuas, ya en su papel de solterón solitario, ya representando a un pobre padre, según su talante, pero aquella efusión de melancolía y la compasión que suscitaba no lograron mejorarle el ánimo.

A la una y media llamaron del piso nueve, y al subir encontró al señor DePaul, que, de pie en la puerta de su piso, sostenía una coctelera y un vaso.

—Un pequeño brindis navideño, Charlie —dijo, y le sirvió una copa. Después apareció una sirvienta con una bandeja de platos cubiertos, y la señora DePaul salió del cuarto de estar.

—Feliz Navidad, Charlie —le deseó—. Le dije a mi marido que trinchara pronto el pavo para que usted pudiera probarlo, ¿sabe? No puse el postre en la bandeja porque tuve miedo de que se derritiera, así que cuando vayamos a tomarlo ya le avisaremos.

—Y ¿qué es una Navidad sin regalos? —dijo el señor DePaul, y sacó del recibidor una caja grande y plana que colocó encima de los platos cubiertos.

—Ustedes hacen que este día me parezca un auténtico día de Navidad —dijo Charlie. Las lágrimas le asomaban a los ojos—. Gracias, gracias.

—¡Feliz Navidad! ¡Felices pascuas! —exclamaron los otros, y vieron cómo Charlie se llevaba su comida y su regalo al ascensor.

Guardó ambas cosas en el vestidor cuando llegó abajo. En la bandeja había un plato de sopa, un pescado con salsa y una ración de pavo. Sonó otro timbre, pero antes de contestar abrió la caja que le habían regalado y vio que contenía una bata. La generosidad de los DePaul y la bebida que había ingerido empezaban a hacerle efecto, y subió lleno de júbilo a la planta doce. La sirvienta de la señora Gadshill lo esperaba en la puerta con una bandeja, y a su espalda estaba la anciana.

—¡Felices Navidades, Charlie! —le dijo. Él se lo agradeció y de nuevo le afluyeron las lágrimas.

Al bajar tomó un sorbo del vaso de jerez que había en la bandeja. La aportación de la señora Gadshill era un plato combinado. Comió con los dedos la chuleta de cordero. Sonaba el timbre otra vez; se limpió la cara con una servilleta de papel y subió a la planta once.

—Feliz Navidad, Charlie —dijo la señora Fuller, que estaba en la puerta con los brazos llenos de paquetes envueltos en papel de regalo, como en un anuncio comercial. El señor Fuller, a su lado, rodeaba con el brazo a su mujer, y ambos parecían a punto de echarse a llorar.

—Aquí tiene algunas cosas para llevar a sus hijos —dijo el señor Fuller—. Y esto es para su mujer, y esto otro para usted. Y si quiere llevarlo todo al ascensor, dentro de un minuto le tendremos preparada su comida.

Charlie llevó todos los obsequios al ascensor y regresó en busca de la bandeja.

—¡Felices pascuas, Charlie! —exclamó el matrimonio cuando él cerró la puerta.

Guardó la comida y los regalos en el vestidor y abrió el paquete que iba a su nombre. Dentro había una cartera de piel de cocodrilo con las iniciales del señor Fuller en la esquina. La bandeja contenía también pavo; comió con los dedos un pedazo de carne y lo estaba regando con bebida cuando sonó el timbre. Subió de nuevo. Esta vez eran los Weston.

—¡Feliz Navidad, Charlie! —le dijeron, y lo invitaron a un ponche de huevo, le ofrecieron pavo y le entregaron un regalo. El presente era también una bata.

Luego llamaron del siete, y él subió y le dieron más comida y más obsequios. Sonó el timbre del catorce, y cuando llegó arriba vio en el recibidor a la señora Hewing, vestida con una especie de salto de cama, llevando un par de botas de montar en una mano y varias corbatas en la otra. Había estado llorando y bebiendo.

—Felices fiestas, Charlie —le deseó tiernamente—. Quería regalarle algo, he pensado en ello toda la mañana, he revuelto todo el apartamento y estas son las únicas cosas útiles para un hombre que he podido encontrar. Es lo único que dejó el señor Brewer. Me figuro que las botas no le sirven para nada, pero ¿por qué no se queda con las corbatas?

Charlie las aceptó, le dio las gracias y volvió precipitadamente al ascensor, porque el timbre había sonado ya tres veces.

Hacia las tres de la tarde, Charlie tenía catorce bandejas de comida esparcidas por la mesa y por el suelo del vestidor, y los timbres seguían sonando. Cuando empezaba a probar un plato, tenía que subir y recoger otro, y en mitad del buey asado de los Parson tuvo que dejarlo para ir a buscar el postre del matrimonio DePaul. Dejó cerrada la puerta del vestidor, porque intuía que un acto de caridad era exclusivo y que a cada uno de sus amigos le habría disgustado descubrir que no eran ellos los únicos que trataban de aliviar su soledad. Había pavo, ganso, pollo, faisán, pichón y urogallo. Había trucha y salmón, escalopes a la crema, langosta, ostras, cangrejo, salmonete y almejas. Había pudín de ciruela, bizcocho con frutas, crema batida, trozos de helado derretido, tartas de varias capas, *torten*, *éclairs* y dos porciones de crema bávara. Tenía batas, corbatas, gemelos, calcetines y pañuelos, y uno de los inquilinos le había preguntado su talla y después le había regalado tres camisas verdes. Había una tetera de cristal, llena —según rezaba la etiqueta— de miel de jazmín, cuatro botellas de loción para después del afeitado, varios sujetalibros de alabastro y una docena de cuchillos de carne. La avalancha de caridad que Charlie había precipitado llenaba el vestidor y a ratos lo hacía sentirse inseguro, como si hubiera abierto un manantial del corazón femenino que fuese a enterrarlo vivo bajo una montaña de comida y batas. No había hecho notables progresos en la ingestión de los platos, porque todas las raciones eran anormalmente grandes, como si los donantes hubieran pensado que la soledad genera un apetito descomunal. Tampoco

había abierto ninguno de los regalos para sus hijos imaginarios, pero se había bebido todo lo que le habían dado, y en derredor yacían los posos de martinis, manhattans, old-fashionedes, cócteles de champán con zumo de frambuesas, ponches, bronxes y sidecars.

Le ardía la cara. Amaba al mundo y el mundo lo amaba a él. Al recordar su vida, la veía bajo una luz rica y maravillosa, rebotante de asombrosas experiencias y amigos excepcionales. Pensó que su trabajo de ascensorista —surcar de arriba abajo cientos de metros de peligroso espacio— requería el nervio y el intelecto de un hombre-pájaro. Todas las limitaciones de su vida, las paredes verdes de su habitación, los meses de desempleo, se desvanecieron. Nadie pulsó el timbre, pero entró en el ascensor y lo disparó a toda velocidad hasta el ático para descender de nuevo y volver a subir otra vez, a fin de poner a prueba su maravilloso dominio del espacio.

Sonó el timbre del doce mientras él viajaba, y se detuvo en el piso el tiempo necesario para recoger a la señora Gadshill. Cuando la caja inició el descenso, él soltó los mandos, en un paroxismo de júbilo, y gritó:

—¡Ajústese el cinturón de seguridad, señora! ¡Vamos a hacer una acrobacia aérea!

La pasajera chilló. Después, por alguna razón, se sentó en el suelo del ascensor. ¿Por qué la mujer estaba tan pálida?, se preguntó Charlie. ¿Por qué se había sentado en el suelo? Ella soltó otro chillido. Charlie hizo que la caja se posase suavemente e incluso, a su juicio, hábilmente, y abrió la puerta.

—Siento haberla asustado, señora Gadshill —dijo mansamente—. Estaba bromeando.

Ella gritó de nuevo. A continuación, salió al vestíbulo llamando a gritos al superintendente.

El superintendente del inmueble despidió en el acto a Charlie, y ocupó el puesto de este en el ascensor. La noticia de que se había quedado sin empleo escoció a Charlie durante un minuto. Era su primer contacto del día con la mezquindad humana. Se sentó en el vestidor y empezó a roer un mondadientes. El efecto de las bebidas empezaba a abandonarlo, y aun cuando no había cesado todavía, preveía una sobriedad fatal. El exceso de comida y regalos comenzó a provocarle una sensación de culpabilidad y desprecio por sí mismo. Lamentó largamente haber mentido con respecto a sus imaginarios hijos. Era un solterón con necesidades bastante elementales. Había abusado de la bondad de los inquilinos. Era despreciable.

Entonces, mientras desfilaba por su pensamiento una secuencia de ideas ebrias, evocó la nítida silueta de su casera y de sus tres hijos flacuchos. Pudo imaginárselos sentados en el sótano. La alegría de la Navidad no había existido para ellos. La escena le llegó al alma. Darse cuenta de que él se hallaba en condiciones de dar, de hacer dichoso al prójimo sin el menor esfuerzo, le devolvió la sobriedad. Cogió un gran saco de arpillera que se usaba para la recogida de basuras y empezó a llenarlo, primero con sus propios regalos y luego con los obsequios para los niños que no

tenía. Procedió con la prisa de un hombre cuyo tren se acerca a la estación, porque apenas era capaz de esperar el momento en que aquellas largas caras se iluminasen cuando él cruzara la puerta. Se cambió de ropa y, espoleado por una desconocida y prodigiosa sensación de poderío, se echó el saco al hombro como un Santa Claus cualquiera, salió por la puerta trasera y se dirigió en taxi a la zona baja del East Side.

La patrona y sus hijos acababan de comerse el pavo que les había enviado el Club Demócrata local, y estaban ahítos e incómodos cuando Charlie empezó a aporrear la puerta y a gritar: «¡Feliz Navidad!». Arrastró el saco tras él y derramó por el suelo los regalos de los niños. Había muñecas y juguetes musicales, cubos, costureros, un traje de indio y un telar, y tuvo la impresión de que, en efecto, como había esperado, su llegada disipaba la melancolía reinante. Una vez abierta la mitad de los regalos, dio un alboroz a la patrona y subió a su cuarto a examinar las cosas con que le habían obsequiado.

Ahora bien, los hijos de la casera habían recibido tantos regalos antes de que llegase Charlie que estaban confusos con aquella avalancha; la patrona, guiada por una intuitiva comprensión de la naturaleza de la caridad, les permitió abrir varios paquetes mientras Charlie estaba en la habitación, pero luego se interpuso entre los niños y los obsequios que quedaban sin abrir.

—Eh, chicos, ya tenéis bastante —dijo—. Ya habéis recibido vuestros regalos. Mirad todas las cosas que os han dado. Fijaos, ni siquiera habéis tenido tiempo de jugar con la mitad. Mary Anne, ni has mirado esa muñeca que te dio el Cuerpo de Bomberos. Sería una hermosa acción coger todo esto que sobra y llevarlo a esa pobre gente de Hudson Street: a los Deckkers. No habrán tenido regalos.

Una aura beatífica iluminó la cara de la casera cuando advirtió que podía dar, podía ser heraldo de alegría, mano salvadora en un caso de mayor necesidad que el suyo, y, al igual que la señora DePaul y la señora Weston, al igual que el propio Charlie y la señora Deckker, que a su vez habría de pensar posteriormente en los pobres Shannon, se dejó invadir primero por el amor, luego por la caridad y finalmente por una sensación de poder.

—Vamos, niños, ayudadme a recoger todo esto. De prisa, vamos, de prisa —dijo, porque ya había oscurecido y sabía que estamos obligados mutuamente a una benevolencia dispendiosa un solo y único día, y que ese día concreto estaba casi a punto de acabar. Estaba cansada, pero no podía quedarse tranquila, no podía descansar.

TIEMPO DE DIVORCIO

Mi mujer tiene el pelo castaño, ojos oscuros y carácter bondadoso. A veces pienso que este buen carácter es el responsable de que consienta a los niños. Es incapaz de negarles nada. Siempre saben cómo engatusarla. Ethel y yo llevamos diez años casados. Ambos somos de Morristown, Nueva Jersey, y ni siquiera puedo recordar cuándo la conocí. Nuestro matrimonio me ha parecido siempre lleno de recursos, y feliz. Vivimos en una casa sin ascensor, en una de las calles cincuenta del East Side. Nuestro hijo Carl, de seis años, se educa en una buena escuela privada, y nuestra hija, que solo tiene cuatro, no irá al colegio hasta el año que viene. A menudo criticamos el modo en que nos educaron, pero al parecer nos esforzamos por criar a nuestros hijos conforme a las mismas pautas, y supongo que, a su debido tiempo, irán a los mismos centros y universidades a los que nosotros fuimos.

Ethel se graduó en una universidad femenina del Este, y luego cursó un año en la Universidad de Grenoble. Al volver de Francia trabajó durante un año en Nueva York, y después nos casamos. En una ocasión colgó su diploma encima del fregadero de la cocina, pero la broma fue efímera, y no sé dónde está ahora el documento. Ethel es alegre, amable, se adapta fácilmente a todo, y ambos procedemos de ese enorme estrato de la clase media que se distingue por su habilidad para recordar mejores tiempos. El dinero perdido forma hasta tal punto parte de nuestra vida que a veces me recuerda a los expatriados, a un grupo que se ha acomodado con gran esfuerzo a una tierra extraña, pero que se acuerda, alguna que otra vez, de los perfiles de su costa nativa. Como nuestra vida está limitada por mi modesto sueldo, resulta sencillo describir la existencia cotidiana de Ethel.

Se levanta a las siete y pone la radio. Después de vestirse, despierta a los niños y prepara el desayuno. A las ocho en punto hay que llevar al niño a la parada del autobús de la escuela. Una vez de vuelta, Ethel peina a Carol. Yo salgo de casa a las ocho y media, pero sé que cada uno de sus movimientos a lo largo de toda la jornada está determinado por las tareas domésticas: cocinar, ir de compras y atender a los niños. Sé que los martes y los jueves, desde las once hasta el mediodía, estará en los almacenes A & P, sé que de tres a cinco, los días que hace bueno, se sienta en tal banco de tal parque, que hace la limpieza de la casa los lunes, los miércoles y los viernes, y que abrillanta la plata cuando llueve. Cuando vuelvo, a las seis, normalmente está lavando las verduras o preparando algo para la cena. A continuación, cuando los niños ya han cenado y se han bañado, cuando la cena está lista y los platos en la mesa del cuarto de estar, se queda parada en medio de la habitación como si hubiese perdido u olvidado algo, y ese momento de reflexión es tan profundo que no me oye si le hablo o si los niños llaman. El momento pasa.

Enciende las cuatro velas blancas en los candeleros de plata y nos sentamos a cenar un picadillo de ternera o algún otro plato sencillo.

Salimos una o dos veces por semana, y recibimos visitas, por lo general, una vez al mes. Por razones prácticas, la mayoría de la gente que vemos reside en el vecindario. Vamos con frecuencia a las fiestas que organiza una generosa pareja que se apellida Newsome y vive a la vuelta de la esquina. Son reuniones tumultuosas y espléndidas, y en ellas se da libre curso a los arbitrarios impulsos de la amistad.

Una noche, en casa de los Newsome, por motivos que nunca he entendido, intimamos con una pareja, el doctor Trencher y su esposa. Creo que la señora Trencher fue el elemento activo en la formación de esta amistad, y después de aquel encuentro telefoneó a Ethel tres o cuatro veces. Fuimos a cenar a su casa y ellos vinieron a la nuestra, y algunas veces, de noche, cuando el doctor sacaba a su vieja perra salchicha de paseo, subía a hacernos una breve visita. Parecía un hombre de trato agradable. He oído a otros médicos decir que es un buen profesional. Los Trencher rondan los treinta; por lo menos, él; ella es mayor.

Yo diría que es una mujer fea, pero su fealdad es difícil de especificar. Es pequeña, tiene buen tipo y rasgos regulares, pero supongo que esa impresión de fealdad emana de cierta modestia interior, de una inmotivada falta de fe en sus posibilidades. Su marido no bebe ni fuma, e ignoro si eso tiene algo que ver, pero su rostro delgado posee una tez fresca; tiene las mejillas rosadas, y sus ojos azules son claros e intensos. Exhibe el singular optimismo de un médico muy experimentado: el sentimiento de que la muerte es una desdicha fortuita y de que el mundo físico no pasa de ser un territorio por conquistar. De la misma manera que su mujer parece fea, él da la impresión de ser joven.

El matrimonio vive en una casa individual, confortable y sencilla de nuestro vecindario. La construcción es anticuada; los salones son amplios, el vestíbulo lúgubre, y ellos no parecen irradiar el suficiente calor humano para prestar vida a la vivienda, de suerte que a veces, al marcharnos al final de una velada, nos ha producido la impresión de ser un sitio con muchas habitaciones vacías. La señora Trencher está visiblemente apegada a sus pertenencias —sus vestidos, sus joyas, los objetos que decoran su casa— y a *Fräulein*, la vieja perra salchicha. Le da las sobras de la mesa furtivamente, como si no le estuviera permitido hacerlo y, después de comer, *Fräulein* se tiende a su lado en el sofá. Con la luz verde del televisor proyectada en su rostro y sus delgadas manos acariciando a la perra, la señora Trencher me pareció una noche un ser desgraciado y de buen corazón.

Empezó a telefonar a Ethel por las mañanas, para hablar con ella o para proponerle un almuerzo o una *matinée*. Ethel no puede salir durante el día, y asegura que le disgustan las conversaciones telefónicas largas. Se quejó de que la señora Trencher era una agresiva e incansable chismosa. Más adelante, el doctor Trencher

apareció una tarde en el parque donde Ethel lleva a los niños. Pasaba por allí, la vio y se sentó a su lado hasta que llegó la hora de volver con los niños a casa. Regresó unos días después, y Ethel me dijo que a partir de entonces sus visitas al parque fueron frecuentes. Ethel pensó que tal vez no tenía muchos pacientes, y que al estar desocupado le encantaba hablar con alguien. Luego, una noche, cuando estábamos fregando, Ethel dijo pensativamente que la actitud del médico con respecto a ella se le antojaba extraña.

—Me mira fijamente —dijo—. Suspira y me mira fijamente.

Sé el aspecto que tiene mi mujer cuando va al parque de los niños. Se pone un viejo abrigo de *tweed*, botas de goma, guantes del ejército y un pañuelo anudado bajo la barbilla. El parque es una parcela con el suelo de losas y una cerca, entre las casas bajas y el río. La imagen del doctor Trencher, bien vestido y sonrosado prendándose de Ethel en aquel entorno, no podía tomarse muy en serio. Ella no me habló de él en varios días, y supuse que habían cesado las visitas. A finales de mes fue el cumpleaños de Ethel y yo me olvidé de la fecha, pero al llegar a casa esa noche había cantidad de rosas en el cuarto de estar. Regalo de Trencher, me explicó. Me enfadé conmigo mismo por haber olvidado el día de su cumpleaños, y las rosas del médico me pusieron furioso. Le pregunté si lo había visto recientemente.

—Oh, sí —contestó—, sigue viniendo a verme casi todas las tardes. No te lo había dicho, ¿verdad? Se me ha declarado. Me quiere. No puede vivir sin mí. Caminaría por encima del fuego con tal de oír el sonido de mi voz. —Se rio—. Eso me ha dicho.

—¿Cuándo?

—En el parque. Y al volver a casa. Ayer.

—¿Desde cuándo está interesado en ti?

—Eso es lo más curioso del asunto. Desde antes de conocerme en casa de los Newsome aquella noche. Me vio esperando el autobús unas tres semanas antes. Dice que lo supo nada más verme, en aquel mismo instante. Está loco, por supuesto.

Esa noche yo estaba cansado y preocupado por los impuestos y las facturas, y pensé que la declaración de Trencher era únicamente un cómico error. Pensé que era un cautivo de compromisos económicos y sentimentales, como cualquier otra persona que lo pueda conocer, y que tenía las mismas posibilidades de enamorarse de una desconocida entrevista en una esquina que de darse un garbeo a pie por la Guayana francesa o de empezar una nueva vida en Chicago bajo un nombre supuesto. Su declaración de amor, la escena acontecida en el parque, se me antojaba uno de esos encuentros casuales que forman parte de la vida de toda gran ciudad. Un ciego te pide que lo ayudes a cruzar la calle, y cuando estás a punto de dejarlo, te agarra del brazo y te obsequia con un apasionado relato sobre la crueldad y la ingratitud de sus hijos; o bien el ascensorista que te sube a una fiesta donde te esperan, se vuelve de repente hacia ti y te dice que su nieto tiene parálisis infantil. La ciudad rebosa de revelaciones casuales, de gritos de socorro a media voz y de desconocidos que te lo cuentan todo a

poco que les muestres la más leve simpatía, y Trencher no me pareció muy diferente del ciego o del ascensorista. Su declaración no tenía en nuestra vida más importancia que las intromisiones que acabo de citar.

No hubo más conversaciones telefónicas con la señora Trencher y ya no íbamos a visitar al matrimonio, pero algunas veces en que yo llegaba tarde al trabajo me encontré con él por la mañana en la parada del autobús a la ciudad. Parecía comprensiblemente incómodo cada vez que me veía, pero a aquella hora el autobús estaba siempre repleto, y no era muy difícil evitarnos el uno al otro. Por esa misma época cometí un error financiero e hice perder varios miles de dólares a la empresa para la que trabajo. No era muy probable que me despidieran, pero la posibilidad gravitaba siempre en el fondo de mi cerebro, y a causa de este trastorno y de la constante necesidad de ganar más dinero, quedó sepultado el recuerdo del excéntrico médico. Transcurrieron tres semanas sin que Ethel lo mencionara, pero una noche en que yo estaba leyendo advertí que ella, de pie junto a la ventana, miraba a la calle.

—Está ahí, en serio —dijo.

—¿Quién?

—Trencher. Ven a ver.

Me acerqué a la ventana. Solo había tres personas en la acera opuesta. Estaba oscuro y hubiese sido difícil reconocer a nadie, pero una silueta que caminaba hacia la esquina con un perro salchicha al extremo de una correa podía muy bien ser Trencher.

—Bueno, ¿y qué? —respondí—. Está paseando a la perra.

—Pero no era lo que estaba haciendo la primera vez que me he asomado a la ventana. Estaba ahí parado mirando fijamente a la casa. Eso dice él que hace. Dice que viene hasta aquí y mira fijamente nuestras ventanas iluminadas.

—¿Cuándo te ha dicho eso?

—En el parque.

—Creí que ibas a otro.

—Oh, sí, claro, pero él me sigue. Está loco, cariño. Sé que está loco, pero me da tanta pena. Dice que se pasa noche tras noche mirando nuestras ventanas. Dice que me ve en todas partes, mi nuca, mis cejas, que oye mi voz. Dice que nunca ha actuado con medias tintas en su vida, y que esta vez tampoco va a hacerlo. Me da tanta lástima, cariño. No puedo evitarlo, me pone muy triste.

Entonces, por primera vez la situación me pareció seria, porque sabía que el desamparo del médico podría haber despertado una inestimable y obstinada pasión que Ethel comparte con ciertas mujeres: la incapacidad de desoír toda petición de ayuda, de desdeñar una voz de acento lastimero. No se trata de una pasión razonable, y casi hubiera preferido que lo deseara en lugar de compadecerlo. Cuando esa noche nos disponíamos a acostarnos, sonó el teléfono; descolgué y dije «diga», pero nadie contestó. Quince minutos después, el teléfono sonó de nuevo, y al no recibir respuesta empecé a gritar y a insultar virulentamente a Trencher, que no respondió —

ni siquiera se oyó el clic que corta la comunicación—, y me hizo sentirme estúpido. Y como me sentía estúpido acusé a Ethel de haberle dado alas, de haberlo alentado; pero mis acusaciones no le hicieron mella, y al acabar de formularlas me sentí peor que antes, porque sabía que Ethel era inocente y que había tenido que salir a la calle para ir a la tienda y pasear a los niños, y que no existía ninguna ley que impidiese a Trencher esperarla en la tienda de ultramarinos, o que le prohibiera mirar fijamente las luces de nuestra casa.

La semana siguiente fuimos una noche a visitar a los Newsome, y en el momento de quitarnos los abrigos oí la voz de Trencher. Se marchó unos minutos después de nuestra llegada, pero su comportamiento —la mirada triste que dedicó a Ethel, la manera de esquivarme, el modo pesaroso de negarse cuando los anfitriones le pidieron que se quedara más tiempo y las galantes atenciones que mostró con su desdichada esposa— me puso furioso. Entonces, por casualidad me fijé en Ethel, y advertí que se le habían subido los colores a la cara, que le brillaban los ojos, y que mientras ensalzaba los zapatos nuevos de la señora Newsome su mente estaba en otra parte. Cuando volvimos a casa, la niñera nos dijo, enfadada, que ninguno de los niños se había dormido. Ethel les tomó la temperatura. Carol estaba bien, pero el niño tenía cuarenta grados de fiebre. Esa noche no dormimos gran cosa, y Ethel me llamó por la mañana a la oficina para decirme que Carl tenía bronquitis. Tres días después, la pescó la niña.

Durante las dos semanas que siguieron, los niños nos ocuparon la mayor parte del tiempo. Debían tomar la medicina a las once de la noche y a las tres de la mañana, y en aquel período perdimos muchas horas de sueño. Era imposible ventilar o limpiar la casa, y cuando yo llegaba desde la fría parada del autobús, aquello apestaba a tabaco y a jarabe para la tos, a corazones de frutas y lechos de enfermo. Por todas partes había mantas y almohadas, ceniceros y vasos con medicamentos. Dividimos con sensatez las fatigas de la enfermedad y nos turnamos para la vigilia nocturna, pero durante el día solía quedarme dormido encima de mi escritorio, y después de cenar Ethel se dormía con frecuencia en una silla del cuarto de estar. Se supone que la diferencia existente entre niños y adultos en cuanto a la fatiga reside en que estos la reconocen y no se sienten abrumados por algo que no aciertan a nombrar; pero, con nombre y todo, agobia a los adultos, y cuando estamos cansados no razonamos, nos ponemos irritables y somos víctimas de serias depresiones. Una noche, superado ya lo peor de la enfermedad, entré en casa y vi unas rosas en la sala. Ethel dijo que Trencher se las había llevado. No lo había dejado entrar. Le había cerrado la puerta en las narices. Cogí las rosas y las tiré a la calle. No nos peleamos. Los niños se acostaron a las nueve, y pocos minutos después me fui a la cama. Más tarde, algo me despertó.

Había luz en el vestíbulo. Me levanté. La habitación de los niños y el cuarto de estar estaban a oscuras. Encontré a Ethel en la cocina, sentada a la mesa y tomando café.

—Acabo de hacer café —dijo—. Carol se estaba ahogando otra vez y la he ayudado a hacer inhalaciones. Ya se han dormido los dos.

—¿Desde cuándo estás levantada?

—Desde las doce y media. ¿Qué hora es?

—Las dos.

Me serví una taza de café y me senté. Ella se levantó, lavó su taza y se miró en el espejo que hay sobre el fregadero. Era una noche de viento. Un perro gemía en algún apartamento debajo del nuestro, y una antena de radio medio suelta golpeaba la ventana de la cocina.

—Hace el mismo ruido que una rama —dijo Ethel.

Bajo la cruda luz de la cocina, apropiada para pelar patatas y fregar platos, parecía muy cansada.

—¿Podrán salir mañana los niños?

—Oh, espero que sí —respondió—. ¿Te das cuenta de que hace más de dos semanas que no salgo de esta casa?

Hablaba con amargura, y eso me sobresaltó.

—No han sido dos semanas enteras.

—Más de dos semanas —dijo ella.

—Bueno, vamos a sacar la cuenta —dijo—. Los niños enfermaron el sábado por la noche. El día cuatro. Hoy es...

—Calla, cállate —dijo—. Yo sé lo que ha durado. No me he puesto los zapatos durante dos semanas.

—Lo dices como si fuera algo terrible.

—Lo es. No me he puesto un vestido decente ni me he arreglado el pelo.

—Podría ser peor.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor.

—Lo dudo.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor —dijo alzando la voz.

—Vas a despertar a los niños.

—Las cocineras de mi madre vivían mejor que yo. Tenían habitaciones agradables. Nadie podía entrar en la cocina sin su permiso.

Tiró a la basura el poso del café y empezó a limpiar la cafetera.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí Trencher esta tarde?

—Un minuto. Ya te lo he dicho.

—No te creo. Entró.

—No. No lo dejé. No lo dejé entrar porque no estaba arreglada. No quise desalentarlo.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Puede ser un imbécil. Puede que esté loco, pero las cosas que me ha dicho me hacen sentirme de maravilla. De maravilla.

—¿Quieres irte?

—¿Irme? ¿Adónde quieres que vaya? —Cogió el monedero que se guarda en la cocina para pagar la comida y contó dos dólares y treinta y cinco centavos—. ¿A Ossining? ¿A Montclair?

—Quiero decir irte con Trencher.

—No sé, no lo sé —dijo—, pero ¿quién puede decir que no debería hacerlo? ¿Qué daño haría eso? ¿Qué bien reportaría? Quién sabe. Quiero a los niños, pero no es suficiente, no es bastante. No quisiera hacerlos sufrir, pero ¿sufrirían mucho si te dejara? ¿Es terapéutico el divorcio? Y de todas esas cosas que mantienen unido a un matrimonio, ¿cuántas son buenas?

Se sentó a la mesa.

—En Grenoble —prosiguió—, escribí en francés un largo artículo sobre Carlos Estuardo. Un catedrático de la Universidad de Chicago me mandó una carta. Hoy día no podría leer un periódico francés sin diccionario, no tengo tiempo de leer ningún periódico, y me avergüenzo de mi incompetencia, me avergüenzo de mi aspecto. Oh, creo que te quiero, sé que quiero a los niños, pero también me quiero a mí misma, amo la vida, aún significa algo para mí, y aún me quedan cosas por hacer, y las rosas de Trencher me hacen pensar que me estoy perdiendo todo esto, que estoy perdiendo mi dignidad. ¿Sabes a lo que me refiero, comprendes lo que quiero decir?

—Está loco —dije.

—¿Sabes a lo que me refiero? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No —contesté—. No.

Carl se despertó entonces y llamó a su madre. Dije a Ethel que se fuera a la cama. Apagué la luz de la cocina y fui al dormitorio de los niños.

Los niños se sintieron mejor al día siguiente, y como era domingo los saqué a dar un paseo. El sol de la tarde era benigno y puro, y solo las sombras coloreadas me hicieron recordar que nos hallábamos en mitad del invierno, que los cruceros volvían al puerto de partida y que una semana más tarde los narcisos costarían veinticinco centavos el ramo. Al descender por Lexington Avenue, oímos en el cielo un sonido semejante al tono bajo de un órgano de iglesia, y nosotros y los demás transeúntes alzamos la mirada con aturdimiento, como una devota y estúpida asamblea de fieles, y vimos una escuadrilla de bombarderos pesados que se dirigían hacia el mar. A medida que avanzaba la tarde, el tiempo se hizo más frío, claro y apacible, y en la silenciosa atmósfera, el humo residual de las chimeneas a lo largo del East River parecía articular, de un modo tan legible como el avión de la Pepsi-Cola, palabras y frases enteras. Calma. Desastre. Resultaba difícil descifrarlas. Se diría que era el reflujó del año —un mal día para la gastritis, la sinusitis, los trastornos respiratorios—, y al recordar otros inviernos, los cambios de luz me persuadieron de que era tiempo de divorcio. Fue una tarde larga, y antes de que oscureciera llevé a los niños a casa.

Creo que la solemnidad del día afectó a mis hijos, y una vez en casa se estuvieron callados. La seriedad del momento siguió aportándome la sensación de que aquel cambio, al igual que el fenómeno de la velocidad, afectaba a nuestros corazones tanto como a nuestros relojes. Intenté recordar la buena voluntad con que Ethel había seguido a mi regimiento durante la guerra, de West Virginia a las dos Carolinas y a Oklahoma, y los autocares diurnos, y las habitaciones en las que había tenido que vivir, y la calle de San Francisco en la que le dije adiós antes de zarpar para el frente, pero no acerté a expresar nada de esto en palabras: ninguno de los dos encontró nada que decir. Poco después de oscurecer, bañamos a los niños y los metimos en la cama, y nosotros nos sentamos a cenar. Hacia las nueve llamaron al timbre; contesté yo y reconocí la voz de Trencher en el portero automático; le pedí que subiera.

Parecía enloquecido y exultante cuando apareció. Tropezó en el borde de la alfombra.

—Ya sé que aquí no soy bien recibido —dijo con voz recia, como si yo fuera sordo—. Ya sé que no le gusta verme aquí. Respeto sus sentimientos. Esta es su casa. Respeto los sentimientos de un hombre con respecto a su hogar. No suelo ir a casa de un hombre a menos que este me lo pida. Respeto su hogar. Respeto su matrimonio. Respeto a sus hijos. Creo que todo debe decirse abiertamente. He venido aquí a decirle que quiero a su mujer.

—Váyase —dije.

—Tiene que escucharme. Quiero a su mujer. No puedo vivir sin ella. Lo he intentado y no puedo. Incluso he intentado marcharme a otro sitio, mudarme a la costa Oeste, pero sé que no serviría de nada. Quiero casarme con ella. No soy un romántico. Soy realista. Muy realista. Sé que usted tiene dos hijos y que no dispone de mucho dinero. Sé que hay problemas de tutela y bienes y cosas que resolver. No soy un romántico. Soy un hombre práctico. He hablado de todo esto con mi mujer y está de acuerdo en concederme el divorcio. Yo no juego sucio. Su mujer puede decírselo. Soy consciente de todos los aspectos prácticos que deben tenerse en cuenta: tutela, bienes y demás. Tengo mucho dinero. Puedo proporcionar a Ethel todo lo que necesite, pero están los niños. Tienen que decidir al respecto entre ustedes. He traído un cheque. Está a nombre de Ethel. Quiero que lo cobre y que se vaya a Nevada. Soy un hombre práctico y sé que no puede decidirse nada hasta que obtenga el divorcio.

—¡Largo de aquí! —grité—. ¡Lárguese ahora mismo!

Se encaminó hacia la puerta. Había un tiesto con geranios sobre la repisa de la chimenea, y se lo lancé a través de la habitación. Le dio en los riñones y casi lo derribó. El tiesto se rompió en el suelo. Ethel gritó. Trencher seguía avanzando hacia la puerta. Fui tras él, cogí un candelabro y traté de golpearle en la cabeza, pero fallé el golpe y el candelabro rebotó en la pared. «¡Lárguese!», aullé, y él cerró de un portazo. Volví al cuarto de estar. Ethel estaba pálida pero no lloraba. Hubo unos ruidosos golpecitos sobre el radiador, una señal de la gente de arriba pidiendo decoro y silencio, una llamada urgente y expresiva, como las comunicaciones que los

reclusos entablan por medio de las cañerías de una cárcel. Luego volvió el silencio.

Nos fuimos a la cama y me desperté en algún momento de la noche. No podía ver el reloj del aparador, así que ignoro qué hora sería. No se oía nada en el cuarto de los niños. El vecindario estaba perfectamente silencioso. No había luces encendidas en ninguna ventana. Entonces supe que Ethel me había despertado. Yacía de costado en la cama. Lloraba.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—¿Que por qué? —dijo—. ¿Por qué estoy llorando?

Oír mi voz y hablar le provocó un nuevo acceso, y se echó a sollozar con desespero. Se incorporó, deslizó los brazos en las mangas de la bata y buscó a tientas un paquete de cigarrillos en la mesa. Vi su rostro mojado cuando encendió uno. La oí moverse en la oscuridad.

—¿Por qué lloras?

—¿Por qué lloro? ¿Por qué lloro? —preguntó, impacientemente—. Lloro porque vi a una anciana abofetear a un niño en la Tercera Avenida. Estaba borracha. No puedo quitármelo de la cabeza.

Arrancó el edredón de los pies de la cama y caminó con él hacia la puerta.

—Lloro porque mi padre murió cuando yo tenía doce años y porque mi madre se casó con un hombre a quien yo detestaba o creía detestar. Lloro porque tuve que ponerme un vestido espantoso, un vestido de segunda mano, para ir a una fiesta hace veinte años, y no me lo pasé bien. Lloro por alguna crueldad que no consigo recordar. Lloro porque estoy cansada; porque estoy cansada y no puedo dormir.

Oí que se acomodaba en el sofá, y a continuación todo quedó en silencio.

Me gustaría saber que los Trencher se han marchado lejos, pero sigo viéndolo a él alguna que otra vez en la parada del autobús, cuando llego tarde al trabajo. También he visto a su mujer yendo a la biblioteca del barrio acompañada de *Fräulein*. Parece mayor. No tengo buen ojo para calcular edades, pero no me sorprendería que la señora Trencher fuese quince años mayor que su marido. Cuando vuelvo a casa por la noche, Ethel sigue sentada en el taburete junto al fregadero, limpiando verduras. Vamos juntos a la habitación de los niños. Allí la luz es brillante. Los niños han construido algo con una caja de naranjas, algo absurdo y ascendente, y su dulzura, el impulso que los mueve a construir, la brillantez de la luz se reflejan perfectamente — y se incrementan — en el rostro de Ethel. Luego les da de cenar, los baña y prepara la mesa, y se queda un momento en medio de la habitación, tratando de establecer cierto vínculo entre la noche y el día. Transcurre ese instante. Enciende las cuatro velas y nos sentamos juntos a cenar.

LA CASTA CLARISSA

En el barco de la noche que iba a Vineyard Haven estaban cargando mercancías. Muy pronto la sirena advertiría que las ovejas tenían que separarse de los cabritos: así, al menos, era como Baxter lo enfocaba, distinguiendo entre los isleños y los turistas que merodeaban por las calles de Woods Hole. Su automóvil, como todos los que iban a embarcar en el trasbordador, estaba aparcado cerca del muelle. Baxter fumaba sentado en el parachoques delantero. El ruido y el movimiento del pequeño puerto parecían indicar que la primavera había terminado, y que las orillas del West Chop, al otro lado del estrecho, eran las playas del verano; pero las implicaciones de la hora y del viaje no tenían ningún efecto sobre Baxter. El retraso lo aburría y lo irritaba. Cuando oyó que alguien lo llamaba, se puso en pie con una sensación de alivio.

Era la anciana señora Ryan, al volante de una camioneta cubierta de polvo, y Baxter se acercó para hablar con ella.

—Lo sabía —dijo la señora Ryan—. Sabía que iba a encontrar a alguien de Holly Cove. Estaba completamente segura. Llevamos en camino desde las nueve de la mañana. Tuvimos dificultades con los frenos a las afueras de Worcester. Y ahora me pregunto si la señora Talbot habrá limpiado la casa. El verano pasado me pidió setenta y cinco dólares, y le dije que no volvería a pagarle esa cantidad; no me extrañaría que hubiese tirado todas mis cartas sin abrirlas. No me gusta nada terminar un viaje en una casa sucia, pero, si las cosas se ponen muy mal, podemos limpiarla nosotras, ¿no es cierto, Clarissa? —preguntó, volviéndose hacia una joven que iba sentada a su lado—. ¡Perdóname, Baxter! —exclamó—. No conoces a Clarissa, ¿verdad? Es la mujer de Bob, Clarissa Ryan.

Lo primero que se le ocurrió a Baxter fue que una chica como aquella no debería viajar en una camioneta polvorienta; la vida tendría que sonreírle mucho más. Era joven. Baxter calculó que debía de tener unos veinticinco años. Pelirroja, de pechos prominentes, indolente y esbelta, parecía pertenecer a una especie diferente de la de la señora Ryan y sus hijas, criaturas sencillas y de huesos grandes. «Las chicas del cabo Cod / peines no tienen. / Raspas de bacalao / son suficientes», se dijo Baxter a sí mismo, pero los cabellos de Clarissa estaban muy bien cuidados, y sus brazos tenían una blancura inmaculada. Woods Hole y la actividad del muelle parecían aburrirla, y como tampoco le interesaban los cotilleos de la señora Ryan sobre la isla, en seguida encendió un cigarrillo.

Aprovechando una pausa en el monólogo de la anciana, Baxter habló directamente con la nuera.

—¿Cuándo llegará Bob, señora Ryan? —preguntó.

—No viene —dijo la hermosa Clarissa—. Está en Francia. Lo...

—Lo ha mandado el gobierno —intervino la anciana, como si su nuera fuese incapaz de dar una explicación tan sencilla—. Trabaja en un proyecto muy interesante. No volverá hasta el otoño. Yo también me marché al extranjero. Clarissa se quedará sola. Por supuesto —añadió llena de convicción—, espero que le guste la isla. A todo el mundo le gusta. Confío en que tenga muchas cosas que hacer, y que...

La sirena del trasbordador la interrumpió. Baxter se despidió de ellas. Uno a uno, los coches subieron a bordo y el barco se puso en marcha sobre las aguas poco profundas que separaban el continente de la isla. Baxter tomó una cerveza en el bar mientras contemplaba a Clarissa y a la anciana señora Ryan, sentadas en cubierta. Como no había visto nunca a la mujer de Bob, supuso que se habría casado con ella aquel invierno. No entendía cómo una criatura tan hermosa había ido a parar a la familia Ryan. Eran aficionados a la geología y a observar pájaros, todo ello con gran entusiasmo. «Nos gustan mucho las aves y las piedras», solían decir cuando conocían a alguien. Su casa quedaba a tres kilómetros del edificio más próximo y, como la señora Ryan decía con frecuencia, había sido construida en 1922, «aprovechando las paredes de un granero». Los Ryan navegaban, hacían excursiones, se bañaban cuando había mucho oleaje, y organizaban expediciones a Cuttyhunk y a Tarpaulin Cove. Eran personas que, en opinión de Baxter, daban demasiada importancia al *corpore sano*, y que no deberían dejar sola a Clarissa en la casa de la isla. El viento había alborotado los cabellos de la muchacha y un mechón de color de fuego le ocultaba la mejilla. Tenía las piernas cruzadas. Mientras el trasbordador entraba en el puerto, Clarissa se levantó y recorrió la cubierta en dirección contraria al suave viento marino, y Baxter, que había iniciado el viaje hacia la isla con una actitud de indiferencia, se dio cuenta de que había empezado el verano.

Baxter sabía muy bien que tendría que actuar con mucho tacto cuando intentara conseguir información sobre Clarissa Ryan. En Holly Cove lo aceptaban porque había veraneado allí toda la vida. Era un hombre simpático y bien parecido, pero sus dos divorcios, sus aventuras amorosas, su tacañería y su aire latino le habían creado entre sus vecinos cierta fama de persona desaprensiva. Se enteró de que Clarissa se había casado con Bob Ryan en noviembre y de que había nacido en Chicago. También oyó decir que era hermosa y estúpida. Eso fue todo lo que averiguó.

Buscó a Clarissa en las pistas de tenis y en las playas, pero no consiguió verla. Fue varias veces a la playa que quedaba más cerca de la casa de los Ryan. Tampoco apareció por allí. Cuando aún llevaba muy poco tiempo en la isla, recibió por correo una invitación de la señora Ryan para tomar el té. Era una invitación que no hubiese aceptado normalmente, pero aquella vez acudió agradecido. Llegó tarde, sin embargo. Delante de la casa estaban ya los automóviles de la mayor parte de sus amigos y vecinos. Desde las ventanas abiertas sus voces llegaban hasta el jardín, donde florecían las rosas trepadoras de la señora Ryan.

—¡Bien venido a bordo! —le gritó la anciana señora cuando cruzó el porche—. Es mi fiesta de despedida. Me voy a Noruega. —Inmediatamente lo condujo a una habitación abarrotada.

Clarissa estaba sentada detrás de la mesa donde se servía el té. A sus espaldas, pegada a la pared, había una vitrina con todos los ejemplares geológicos de los Ryan. Llevaba los brazos descubiertos. Baxter los estuvo contemplando mientras ella le servía el té.

—¿Caliente...? ¿Frío...? ¿Limón...? ¿Leche?

Daba la impresión de que no tenía nada más que decir, pero sus cabellos rojos y sus brazos blancos dominaban aquella esquina de la habitación. Baxter se comió un sándwich y se quedó cerca de la mesa.

—¿Habías estado antes aquí, Clarissa? —preguntó.

—Sí.

—¿Vas a la playa de Holly Cove?

—Queda demasiado lejos.

—Cuando se vaya tu suegra —dijo Baxter—, yo puedo llevarte en coche por las mañanas. Suelo ir a las once.

—Gracias. —Clarissa bajó los ojos. Parecía incómoda, y la posibilidad de que fuera una persona vulnerable cruzó por la cabeza de Baxter y le causó un inmediato alborozo—. Muchas gracias —repitió—, pero yo también tengo coche y..., bueno, no sé, no...

—¿De qué habláis vosotros dos? —preguntó la señora Ryan colocándose entre ellos y sonriendo desaforadamente, en un esfuerzo por ocultar en parte la prepotencia de su intervención—. Estoy segura de que no se trata de geología —continuó—, ni de pájaros, ni de libros, ni tampoco de música, porque a Clarissa no le interesa ninguna de esas cosas, ¿no es cierto? Ven conmigo, Baxter.

Lo llevó hasta el otro extremo del cuarto y le habló sobre la cría del ganado lanar. Cuando terminaron la conversación, también acababa la fiesta. Clarissa se había marchado. Su silla estaba vacía. Al detenerse junto a la puerta para dar las gracias y despedirse de la señora Ryan, Baxter dijo que confiaba en que no saliera hacia Europa inmediatamente.

—¡Sí, sí! Me marcho en seguida —respondió la anciana—. Vuelvo al continente en el trasbordador de las seis y mañana al mediodía me embarco en Boston.

A las diez y media de la mañana del día siguiente Baxter se acercó en coche a casa de los Ryan. La señora Talbot, la mujer de la isla que ayudaba en las faenas de la casa, le abrió la puerta. Clarissa bajó la escalera. Estaba más hermosa que nunca, aunque pareció sorprenderse al encontrarlo allí. Aceptó su invitación para ir a bañarse, pero lo hizo sin el menor entusiasmo.

—De acuerdo —dijo.

Cuando volvió a bajar llevaba un albornoz sobre el traje de baño y un sombrero de ala ancha. Mientras iban camino de Holly Cove, Baxter le preguntó por sus planes para el verano. Clarissa no se mostró comunicativa. Parecía preocupada y poco deseosa de hablar. Aparcaron el coche y caminaron juntos atravesando las dunas hasta llegar a la playa. Una vez allí, Clarissa se tumbó sobre la arena con los ojos cerrados. Algunos de los amigos y vecinos de Baxter se detuvieron un rato a charlar, pero, según pudo apreciar, ninguno duraba mucho tiempo. El silencio de Clarissa hacía difícil cualquier conversación. Sin embargo, a él no le importaba en absoluto.

Baxter fue a nadar. Clarissa se quedó en la arena, envuelta en el albornoz. Al volver del agua, Baxter se tumbó junto a ella. Se puso a contemplar a sus vecinos y a sus hijos. Había hecho muy buen tiempo. Las mujeres tenían la piel bronceada. Todas estaban casadas y, a diferencia de Clarissa, eran esposas con hijos, pero las dificultades del matrimonio y de los embarazos no les impedían continuar siendo bonitas y ágiles ni sentirse satisfechas. Mientras Baxter las admiraba, Clarissa se puso en pie y se quitó el albornoz.

Aquello era distinto, y Baxter se quedó sin aliento. Parte del poder sobrecogedor de su belleza radicaba en la blancura de su piel y también en el hecho de que, a diferencia de las otras mujeres, que se sentían a gusto en sus trajes de baño, a Clarissa parecía humillarla y avergonzarla tener que llevar tan poca ropa. Se dirigió hacia la orilla como si estuviera desnuda. Al entrar en contacto con el agua se detuvo en seco porque, también a diferencia de las demás, que correteaban por el embarcadero como focas, a Clarissa no le gustaba el frío. Después avanzó y nadó unos cuantos metros. Salió en seguida del agua, se cubrió apresuradamente con el albornoz y volvió a tumbarse en la arena. Entonces habló por vez primera aquella mañana y, por primera vez desde que Baxter la conocía, lo hizo con calor y poniendo sentimiento en lo que decía.

—¿Sabes? Esas piedras del promontorio han crecido mucho desde la última vez que estuve aquí —dijo.

—¿Qué? —exclamó Baxter.

—Las piedras del promontorio... Han crecido mucho.

—Las piedras no crecen —repuso Baxter.

—Ya lo creo que sí —aseguró ella—. ¿No lo sabías? Las piedras crecen. Hay una piedra en la zona del jardín donde mi suegra tiene los rosales que ha crecido treinta centímetros en los últimos años.

—No sabía que las piedras crecieran.

—Pues sí, crecen. —Luego Clarissa bostezó y cerró los ojos. Pareció quedarse dormida. Cuando abrió los ojos de nuevo, le preguntó a Baxter qué hora era.

—Las doce —dijo él.

—He de volver a casa. Espero invitados.

Baxter tuvo que aceptar aquella explicación y la llevó a casa. Clarissa siguió mostrándose poco comunicativa durante el camino, y cuando él le preguntó si podría

acompañarla otro día a la playa, respondió que no. Era un día muy hermoso y hacía calor, y casi todas las puertas de la isla estaban abiertas; pero cuando Clarissa se despidió de él, casi le dio con la suya en las narices.

Al día siguiente, Baxter pasó por la oficina de Correos a recoger las cartas y los periódicos de Clarissa, pero cuando se presentó con ellos en la casa, la señora Talbot le dijo que la señorita estaba ocupada. Durante aquella semana, Baxter asistió a dos fiestas muy concurridas en las que Clarissa debería haber estado presente, pero no fue a ninguna de las dos. El sábado por la noche acudió a uno de esos bailes a la antigua usanza que se celebraban en un granero, y cuando ya era bastante tarde —bailaban *Lady of the Lake*— descubrió a Clarissa, sentada junto a la pared.

Resultaba realmente extraño que una chica como ella se quedara sin bailar. Era mucho más hermosa que cualquiera de las mujeres que había allí, pero su belleza parecía intimidar a los hombres. Baxter dejó de bailar en cuanto le fue posible y se acercó a ella. Estaba sentada sobre un cajón de embalaje. Fue de la primera cosa de la que se quejó.

—Ni siquiera hay donde sentarse —dijo.

—¿No quieres bailar? —le preguntó Baxter.

—Me encanta bailar —dijo—. Bailaría toda la noche, pero no me parece que eso sea bailar. —Hizo un gesto de repugnancia en dirección hacia la música del piano y del violín—. He venido con los Horton. Solo me dijeron que iba a haber un baile, pero no me explicaron que se trataba de esta clase de baile. No me gustan todos esos saltos y cabriolas.

—¿Se marcharon ya tus invitados? —preguntó Baxter.

—¿Qué invitados?

—El martes me dijiste que esperabas invitados. Cuando estábamos en la playa.

—Pero no dije que fueran a llegar el martes, ¿no es cierto? —replicó Clarissa—. Vienen mañana.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Baxter.

—He venido con los Horton —dijo ella.

—Déjame llevarte a casa —insistió Baxter.

—De acuerdo.

Llevó el coche hasta la puerta del granero y encendió la radio. Clarissa se subió y cerró la portezuela con energía. Baxter condujo a toda velocidad por las malas carreteras de la isla, y cuando se detuvieron ante la casa de los Ryan, apagó las luces del coche y se quedó mirando las manos de Clarissa. Ella las cruzó sobre el bolso.

—Muchísimas gracias —dijo—. Lo estaba pasando fatal y me has salvado la vida. Supongo que no entiendo a la gente de este sitio. Siempre ha habido muchos hombres dispuestos a bailar conmigo, pero hoy me he pasado casi una hora sentada en esa caja tan dura y no ha habido nadie que viniese a hablarme. Me has salvado la vida.

—Eres encantadora, Clarissa —comentó Baxter.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—. Eso es solo mi apariencia exterior. Nadie conoce mi verdadero yo.

Eso era lo importante, pensó Baxter, y si conseguía adaptar sus cumplidos a lo que ella creía ser, los escrúpulos de Clarissa se desvanecerían. ¿Pensará que es una actriz, se preguntó, o una nadadora excepcional, o una heredera? Los indicios de vulnerabilidad que emanaban de ella en la noche de verano eran tan evidentes, tan embriagadores, que Baxter llegó a la conclusión de que su castidad pendía de un hilo.

—Creo que sé cómo eres realmente —dijo Baxter.

—No, claro que no —repuso ella—. Nadie lo sabe.

Desde un hotel de Boston, la radio emitía canciones de amores desgraciados. Según el calendario, el verano estaba aún empezando, pero, de alguna forma, la quietud y el gran tamaño de los árboles oscuros creaban la impresión de que la estación se hallaba mucho más avanzada. Baxter rodeó a Clarissa con los brazos y la besó en la boca.

Ella lo rechazó con violencia y abrió la portezuela.

—Lo has estropeado todo —dijo mientras se apeaba—. Lo has echado a perder. Sé lo que pensabas. Sé que pensabas en ello todo el tiempo. —Dio un portazo y le habló desde el otro lado de la ventanilla—. No hace falta que vuelvas por aquí. Mis amigas llegan de Nueva York en el avión de la mañana, así que voy a estar demasiado ocupada el resto del verano para poder verte. Buenas noches.

Baxter se dio cuenta de que la culpa era exclusivamente suya: se había precipitado. Era un error absurdo en un hombre de su experiencia. Se acostó triste y enfadado consigo mismo, y durmió mal. Seguía deprimido cuando se despertó, y su depresión creció al oír el ruido de una tormenta marina que venía del noroeste. Se quedó en la cama oyendo el fragor de las olas y el repiqueteo de la lluvia. La tormenta cambiaría el aspecto de la isla. Las playas quedarían desiertas. Costaría trabajo abrir los cajones de los armarios. Repentinamente, saltó de la cama, fue hasta el teléfono y llamó al aeropuerto. El avión de Nueva York no había podido aterrizar, le dijeron, y no esperaban ningún otro durante el resto del día. Aquella tormenta daba toda la impresión de haberse puesto de su parte. A las doce bajó al pueblo, compró un periódico dominical y una caja de bombones. Los bombones eran para Clarissa, pero no le corría demasiada prisa dárselos.

Ella tendría la nevera llena de comida, habría sacado las toallas, y planeado la excursión, pero ahora sus amigas iban a retrasarse, y todas sus esperanzas quedaban sin objeto ante aquel día lluvioso y desapacible. Sin duda había formas de superar aquella desilusión, pero después de lo que había pasado en el baile del granero, Baxter estaba seguro de que Clarissa se sentía perdida sin su marido o sin su suegra, y de que había muy poca gente en toda la isla —si es que había alguien— dispuesta a dejarse caer por su casa o a llamarla para tomar una copa juntos. Lo más probable era

que se pasara el día escuchando la radio y la lluvia, y que al final del día estuviese dispuesta a dar la bienvenida a cualquiera, Baxter incluido. Y puesto que las fuerzas de la soledad y del ocio trabajaban a su favor, era más sensato esperar, Baxter estaba seguro de ello. Lo mejor sería llegar justo antes de que oscureciera, y decidió aguardar hasta entonces. Luego cogió el coche y se dirigió a casa de los Ryan con la caja de bombones. Había luz en las ventanas. Clarissa le abrió la puerta.

—Quería dar la bienvenida a tus amigos —dijo Baxter—. Me...

—No han venido —explicó Clarissa—. El avión no pudo aterrizar. Se han vuelto a Nueva York. Me han telefoneado. Lo tenía muy bien organizado, pero no ha servido de nada.

—Lo siento, Clarissa. Te he traído un regalo.

—¡Qué caja tan bonita! —dijo ella al cogerla—. ¡Qué detalle!... —Su rostro y su voz se dulcificaron y recobraron su ingenuidad durante unos instantes, pero luego Baxter vio cómo la decisión de resistir los transformaba—. No deberías haberte molestado —dijo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Baxter.

—Bueno, no sé —respondió ella—. No puedes quedarte si no vas a hacer otra cosa más que estar sentado.

—Podemos jugar a las cartas —sugirió Baxter.

—No sé jugar —dijo ella.

—Yo te enseño.

—No. No; tienes que irte. No entiendes qué clase de mujer soy yo. Me he pasado todo el día escribiéndole una carta a Bob. Le he dicho que me besaste anoche. No puedo dejarte entrar.

Clarissa cerró la puerta.

Por su expresión al recibir la caja de bombones, Baxter concluyó que a Clarissa le gustaba mucho que le hicieran regalos. Un brazalete de oro no muy caro o incluso un ramo de flores podían bastarle para conseguir sus objetivos. Baxter, sin embargo, era un hombre muy tacaño, y aunque se daba cuenta de la utilidad de un regalo, no se decidió a comprarlo. Optó por esperar.

La tormenta se prolongó dos días. El martes por la noche, el cielo se aclaró, y en la tarde del miércoles las pistas de tenis ya estaban secas y podían utilizarse. Baxter estuvo jugando mucho rato. Después de bañarse y cambiarse de ropa, fue a una fiesta a tomar una copa. Una de sus vecinas, una mujer casada y con cuatro hijos, se sentó a su lado e inició una conversación sobre la naturaleza del amor matrimonial.

Aquel diálogo incluía cierto tipo de miradas y de insinuaciones que no eran nuevas para él; Baxter se imaginaba con bastante exactitud lo que todo aquello podía dar de sí. Su vecina era una de las hermosas mujeres que despertaban su admiración en la playa: tenía los cabellos castaños, una bonita dentadura y gráciles y bronceados brazos. Pero aunque Baxter parecía profundamente interesado en sus opiniones sobre el amor, la blanca imagen de Clarissa ocupaba su mente, y terminó por interrumpir la

conversación y abandonar la fiesta. Puso el coche en marcha y se dirigió a casa de los Ryan.

Desde lejos parecía que no había nadie: la casa y el jardín estaban en completo silencio. Baxter llamó primero con los nudillos y luego tocó el timbre. Clarissa le contestó desde una ventana del piso de arriba.

—¡Hola! —dijo.

—He venido a despedirme, Clarissa. —No se le ocurrió nada mejor.

—Espera un momento —respondió ella—. Ahora bajo.

—Me marcho, Clarissa —exclamó cuando ella le abrió la puerta—. He venido a decirte adiós.

—¿Adónde vas?

—No lo sé —dijo él, tristemente.

—Bueno, entra, entonces —respondió ella, indecisa—. Quédate un minuto. Supongo que es la última vez que voy a verte, ¿no es cierto? Perdona el desorden que hay en la casa. El señor Talbot se puso enfermo el lunes, su mujer ha tenido que llevarse a un hospital en el continente, y no ha venido nadie a ayudarme. He estado completamente sola.

Baxter la siguió hasta la sala de estar y se sentó. Clarissa le pareció más hermosa que nunca. Ella le habló de los problemas que le había creado la desaparición de la señora Talbot: se había apagado el fuego de la caldera que calentaba el agua, había un ratón en la cocina, la bañera estaba atascada, no había logrado poner el coche en marcha...

En la casa silenciosa Baxter oyó el ruido de un grifo que goteaba y el tictac de un reloj de pared. El cristal que protegía los ejemplares geológicos de los Ryan reflejaba el cielo que se desvanecía más allá de la ventana. La casa estaba muy cerca del mar y se oía el rumor de las olas. Baxter anotó todos estos detalles desapasionadamente y apreciándolos en su justo valor. Cuando Clarissa terminó de hacer sus comentarios sobre la señora Talbot, esperó todo un minuto antes de empezar a hablar.

—Te da el sol en el pelo —comentó.

—¿Cómo dices?

—Que te da el sol en el pelo. Tiene un color muy hermoso.

—Ya no es tan bonito como antes —dijo ella—. Se me ha oscurecido. Pero no tengo intención de teñírmelo. Creo que las mujeres no deberían teñirse el pelo.

—Eres muy inteligente —murmuró Baxter.

—¿Lo dices en serio?

—¿El qué?

—Que soy inteligente.

—Claro que sí —dijo él—. Eres inteligente y eres hermosa. Nunca olvidaré la noche que te conocí en el barco. Yo no quería venir a la isla. Había hecho planes para marcharme al oeste.

—No es posible que sea inteligente —dijo Clarissa con voz compungida—. Debo

de ser muy estúpida. Mamá Ryan dice que lo soy, y Bob también lo dice, e incluso la señora Talbot dice que soy estúpida, y... —Empezó a llorar. Luego se puso ante un espejo y se secó los ojos. Baxter la siguió y la rodeó con sus brazos—. No me abracés —dijo con más desesperación que enojo—. Nadie me toma nunca en serio hasta que empiezan a abrazarme.

Volvió a sentarse y Baxter se colocó a su lado.

—Pero tú no eres estúpida, Clarissa —aseguró él—. Tienes una inteligencia prodigiosa, una mente muy clara. Lo he pensado con frecuencia. Siempre tengo la impresión de que debes de tener opiniones muy interesantes sobre muchas cosas.

—Eso es curioso —dijo ella—, porque sí que tengo opiniones sobre muchas cosas. Claro que no me atrevo a contárselas a nadie, y Bob y mamá Ryan nunca dejan que hable. Siempre me interrumpen como si se avergonzaran de mí. Pero es cierto que tengo opiniones. Pienso, por ejemplo, que somos como los dientes de una rueda. Esa es la conclusión a la que he llegado. ¿A ti te parece que somos como los dientes de una rueda?

—Sí. ¡Claro que sí!

—Creo que somos como los dientes de una rueda —repitió Clarissa—. Por ejemplo, ¿crees que las mujeres deben trabajar? He pensado mucho sobre eso. Mi opinión es que las mujeres casadas no deben trabajar. Quiero decir, a no ser que tengan mucho dinero, por supuesto; pero incluso entonces creo que cuidar de un hombre es un trabajo que llena todo el día. ¿O tú opinas que las mujeres deben trabajar?

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó él—. Me interesa mucho saber lo que tú piensas.

—Yo creo —dijo Clarissa tímidamente—, que cada palo debe aguantar su vela. No creo que trabajar o ir a la iglesia vayan a cambiarlo todo, y pienso lo mismo de las dietas especiales. No me fío nada de esas dietas extravagantes. Tenemos un amigo que come cien gramos de carne en cada comida. Tiene una balanza encima de la mesa y pesa la carne. Eso hace que la mesa tenga un aspecto horrible, y no veo qué bien puede hacerle a él. Yo compro lo que tiene un precio razonable. Si el jamón tiene un precio razonable, compro jamón. Si es el cordero lo que está barato, compro cordero. ¿No te parece que eso es inteligente?

—Es muy inteligente.

—Y la educación progresista —siguió Clarissa—. No tengo una buena opinión sobre la educación progresista. Cuando vamos a cenar a casa de los Howard, los niños montan todo el tiempo en bicicleta alrededor de la mesa, y en mi opinión eso es lo que aprenden en las escuelas progresistas, y creo que a los niños hay que decirles lo que está bien y lo que no lo está.

El sol que había encendido sus cabellos había desaparecido ya, pero aún quedaba luz suficiente en el cuarto para advertir que, al airear sus opiniones, el rostro de Clarissa se llenaba de color y se le dilataban las pupilas. Baxter escuchaba

pacientemente porque sabía ya lo que Clarissa quería: que la tomaran por algo que no era, y sabía también que la pobre muchacha estaba completamente perdida.

—Eres muy inteligente —le decía de vez en cuando—. Realmente inteligente. Era tan sencillo como eso.

LA CURA

Ocurrió en el verano. Recuerdo que hacía mucho calor tanto en Nueva York como en el barrio residencial donde vivimos, a las afueras. Mi mujer y yo habíamos discutido, y Rachel cogió a los niños y se marchó, con la camioneta. Tom no apareció —o por lo menos no advertí su presencia— hasta unas dos semanas después de la escisión familiar, pero la partida de Rachel y la llegada de Tom parecían estar relacionadas. La marcha de Rachel pretendía ser definitiva. Me había abandonado en dos ocasiones anteriores (la segunda nos divorciamos para luego volver a casarnos), y cada una de las veces acepté la separación con un sentimiento que no tenía mucho que ver con la felicidad, pero sí con aquella resurrección de la propia dignidad, del valor, que al parecer es la recompensa de aceptar una verdad dolorosa. Era verano, como ya he dicho, y en cierto modo me alegré de que ella hubiera elegido esa época para nuestra riña. De este modo nos ahorra la inmediata necesidad de legalizar nuestra nueva situación. Intervalos aparte, llevábamos trece años viviendo juntos: teníamos tres hijos e intereses económicos comunes. Intuí que ella se alegraba igual que yo de que las cosas siguieran su curso hasta septiembre u octubre.

Me complacía que la desavenencia hubiese ocurrido en verano, porque en esa época del año mi trabajo es más agotador que de costumbre y por lo general estoy demasiado cansado por la noche para pensar en otras cosas, y asimismo porque he advertido que el verano es la estación en que más fácil me resulta vivir solo. También supuse que Rachel querría quedarse con la casa una vez resueltos nuestros asuntos, y a mí me gusta la vivienda y pensé que aquellos días eran los últimos que pasaba en ella. Hubo unos cuantos síntomas secundarios de trastornos domésticos. En primer lugar, el perro y luego el gato se escaparon. Además, llegué a casa una noche y encontré a Maureen, la sirvienta, completamente borracha. Me dijo que su marido, que estaba en el ejército de ocupación en Alemania, se había enamorado de otra mujer. Lloró. Cayó de rodillas. La escena —nosotros dos, a solas en una casa anormalmente vacía de mujeres y niños, en una noche de verano— fue grotesca, con aquel carácter grotesco que —lo sé— puede anular la más firme de las resoluciones. Le preparé café, le pagué el salario de dos semanas y la llevé en coche a su casa; al despedirnos parecía sosegada y sobria, y pensé que era posible olvidar lo grotesco del caso. Después de todo eso, planeé un horario sencillo que confié en cumplir hasta el otoño.

Me dije que uno puede curarse de un matrimonio romántico, carnal y desastroso, y que, como cualquier clase de adicto después de las agonías de una cura, uno tiene que medir con exquisito cuidado cada paso. Decidí no contestar al teléfono, porque sabía que Rachel podía arrepentirse, y para entonces yo tampoco ignoraba la cantidad

y la naturaleza de las cosas capaces de reconciliarnos. Si llovía cinco días seguidos, si uno de los niños padecía fiebre pasajera, si mi mujer recibía una carta con malas noticias, cualquier cosa de ese tipo podría bastar para que me telefonease, y yo no quería verme tentado a reanudar una relación que había sido tan desventurada. Los primeros meses serían como una cura, pensé, y organicé mi tiempo conforme a esa idea. Por la mañana cogía el tren de las ocho y diez a la ciudad y volvía en el de las seis y media. Yo tenía experiencia suficiente como para evitar la casa vacía en el crepúsculo estival, así que cogía el coche en el aparcamiento de la estación y me iba directamente a un buen restaurante llamado Orpheo's. Por lo general, siempre encontraba allí a alguien con quien hablar; bebía un par de martinis y me tomaba un filete. Luego me iba al autocine Stonybrook y veía un programa doble. Todo ello — los martinis, el filete y las películas— pretendía provocarme una especie de anestesia, y daba resultado. No quería ver a nadie aparte de a la gente de mi oficina.

Pero no duermo bien en una cama varía, y pronto tuve que afrontar el problema del insomnio. Al volver del cine a casa, conseguía dormir, pero solo un par de horas. Traté de sacar el máximo partido del insomnio. Si llovía, escuchaba la lluvia y los truenos. Si no llovía, escuchaba el ruido lejano de los camiones en la autopista, un rumor que me recordaba la época de la Depresión, cuando me pasé algún tiempo en la carretera. Los camiones bajaban rugiendo por la autopista, cargados de pollos, muebles, latas de conserva o jabón en polvo. Aquel ruido significaba la oscuridad para mí, la oscuridad y los faros; y la juventud, supongo, puesto que al parecer se trataba de un sonido agradable. A veces, el ruido de la lluvia, el bullicio del tráfico o algo similar conseguían distraerme y me dormía de nuevo, pero una noche no resultó, y a las tres de la mañana decidí bajar al cuarto de estar y ponerme a leer.

Encendí la luz y busqué entre los libros de Rachel. Escogí uno de un autor llamado Lin Yutang, y me senté en un sofá a la luz de una lámpara. Nuestro cuarto de estar era confortable. El libro parecía interesante. Me hallaba en un vecindario donde casi ninguna puerta delantera estaba cerrada, y en una calle muy tranquila una noche de verano. Todos los animales de la zona son domésticos, y los únicos pájaros nocturnos que he llegado a oír son unos búhos junto a las vías del tren. Todo estaba muy tranquilo. Oí el breve ladrido del perro de los Barstow, como si lo hubiera despertado una pesadilla, y luego cesó el ruido. Todo volvió a quedar en calma. Entonces oí, muy cerca de mí, unos pasos y una tos.

Sentí que mis músculos se tensaban —quién no conoce esa sensación—, pero no levanté la vista del libro, pese a notar que me estaban observando. Tal vez existen la intuición y otras cosas por el estilo, pero soy más dichoso no teniéndolas en cuenta y, sin embargo, sin alzar la mirada del libro, no solo supe que me estaban observando, sino que lo hacían desde el ventanal, al fondo de la sala, y que mi espía era alguien cuyo propósito consistía en observarme y violar mi intimidad. Allí sentado, bajo la luz de una brillante lámpara y rodeado por la oscuridad, me sentí indefenso. Pasé una página y fingí seguir leyendo. Entonces me distrajo un miedo mucho peor que el

miedo al imbécil que estaba apostado al otro lado del ventanal. Tuve miedo de que la tos, los pasos y la sensación de ser observado procediesen de mi imaginación. Alcé los ojos.

Lo vi con toda claridad, y creo que él también me vio; reía burlonamente. Apagué la luz, pero fuera estaba demasiado oscuro y mis ojos se hallaban tan acostumbrados a la brillante luz de la lectura que no logré discernir ninguna forma al otro lado del cristal. Corrí al vestíbulo y encendí varias lámparas exteriores de la puerta delantera (no daban una luz muy intensa, pero me bastaba para ver a alguien que cruzase el césped); cuando volví al ventanal, el jardín estaba desierto y advertí que no había nadie donde él había estado. Podía haberse escondido en muchísimos sitios. La gran mata de lilas al borde del sendero podría haber ocultado a un hombre, y también las lilas y el arce de hojas cortadas. No iba a coger la vieja espada de samurái y perseguirlo. No yo, desde luego. Apagué las luces de fuera y permanecí en la oscuridad preguntándome quién podría ser el hombre.

Nunca he tenido nada que ver con gente que merodea por ahí por las noches, pero sé que la hay, y pensé que probablemente era un viejo chiflado de la fila de chabolas que hay junto a las vías, y quizá a causa de mi resolución, mi necesidad, de poner a todo buena cara —o por lo menos de tomármelo con calma—, incluso logré sentir piedad por aquel anciano que, en un arranque senil, se veía impulsado a salir de su casa y a vagar de noche por un vecindario desconocido, a merced de perros y de policías, sin más recompensa que la de ver a un hombre leyendo a Lin Yutang o a una mujer que administra pastillas a un niño enfermo o a alguien que saca de la nevera chile *con carne*^[2]. Mientras subía la oscura escalera oí truenos, y un segundo después una tromba de lluvia de verano inundó el condado, y pensé con lástima en aquel hombre que merodeaba, y en su caminata de regreso a casa bajo la tormenta.

Eran ya más de las cuatro, y me tendí a oscuras escuchando la lluvia y el tránsito de los trenes matutinos. Llegaban de Buffalo, Chicago y el Lejano Oeste, cruzaban Albany y bajaban a lo largo del río por la mañana temprano; en una u otra ocasión, yo había viajado en la mayoría de ellos, y tumbado en la oscuridad pensé en el aire glacial de los coches Pullman, en el olor de la ropa de dormir, en el sabor del agua del vagón restaurante y en lo que se siente al finalizar un día en Cleveland o Chicago y comenzar el siguiente en Nueva York, especialmente si se ha vivido fuera un par de años y en verano. Rodeado por la penumbra, imaginé los vagones oscuros en la lluvia, las mesas puestas para el desayuno y los olores.

Al día siguiente tenía mucho sueño, pero cumplí con mi trabajo y dormité en el tren de vuelta a casa. Podría haberme acostado en seguida, pero no quise correr riesgos y preferí seguir la rutina de ir a Orpheo's y después al autocine. Vi dos películas malísimas. Me dejaron aturdido y me dormí nada más acostarme, pero me despertó el teléfono. Eran las dos de la mañana. Me quedé en la cama hasta que cesó el sonido. Sabía que estaba completamente desvelado y que ningún ruido nocturno — el viento, el tráfico— me induciría al sueño, y bajé al cuarto de estar. No esperaba

que volviese el Peeping Tom^[3], pero mi lámpara de lectura era llamativa en el oscuro vecindario, y opté por encender las luces de la entrada y me senté de nuevo con el libro de Lin Yutang. Al oír el ladrido del perro de los Barstow, dejé a un lado el libro y miré al ventanal para asegurarme de que mi espía no había venido o de que, si venía, yo lo viese antes que él a mí.

No vi nada, nada en absoluto, pero al cabo de unos minutos experimenté aquel terrible endurecimiento de los músculos, aquella certeza de que me estaban observando. Volví a coger el libro, no con intención de leer, sino de demostrarle que su presencia me era indiferente. Hay muchas otras ventanas en el cuarto, por supuesto, y por un instante me pregunté cuál habría escogido esa noche como observatorio. Entonces lo supe, y el hecho de que estuviese detrás, de que estuviese a mi espalda, me asustó y me exasperó, y me levanté de un brinco sin apagar la luz y vi su cara en la estrecha ventana por encima del piano.

—¡Váyase al infierno! —aullé—. ¡Se ha ido! ¡Rachel se ha marchado! ¡No hay nada que ver! ¡Déjeme en paz!

Corrí a la ventana, pero se había ido. Y como había gritado a voz en cuello en una casa vacía, pensé que quizá me estaba volviendo loco. Pensé, una vez más, que acaso la cara de la ventana era fruto de mi imaginación, y cogí la linterna y salí al jardín.

Hay un macizo de flores bajo la ventana estrecha. Lo enfoqué con la linterna y vi que había estado allí. Había huellas en la tierra y algunas flores estaban pisoteadas. Seguí las huellas hasta el borde del césped y allí encontré una zapatilla de charol masculina. Estaba un poco resquebrajada y vieja, y pensé que podría ser de un anciano, pero sabía que no era propiedad de ningún sirviente. Supuse que Peeping Tom era uno de mis vecinos. Arrojé la zapatilla por encima del seto hacia el montículo de estiércol del jardín de los Barstow, entré de nuevo en casa, apagué las luces y subí a mi dormitorio.

Al día siguiente pensé una o dos veces en llamar a la policía, pero no acabé de decidirme. Volví a pensar en ello por la noche, mientras esperaba mi bistec en Orpheo's. Me daba cuenta de que la situación, superficialmente analizada, era ridícula, pero el temor de ver de nuevo la cara en la ventana era real y acumulativo, y no veía razón alguna para soportarlo, sobre todo en una época en que me esforzaba en rehacer mi vida. Estaba oscureciendo. Fui a una cabina y telefoneé a la policía. Contestó Stanley Madison, que a veces dirige el tráfico desde la comisaría. Dijo: «Oh», cuando le expliqué que deseaba dar parte de un merodeador. Me preguntó si Rachel estaba en casa. Luego comentó que desde 1916, fecha en que se había hecho cargo de su puesto, no se había formulado en el pueblo ninguna denuncia de ese tipo. Me lo dijo con el comprensible orgullo que todos sentimos por nuestro barrio. Yo ya había previsto que me pondría en una situación de desventaja, pero Stanley me habló como si yo estuviese intentando vulnerar deliberadamente los bienes inmuebles.

Prosiguió diciendo que un cuerpo de policía compuesto de cinco hombres era insuficiente, que trabajaban mucho y cobraban poco, que si yo quería que un agente vigilase mi casa, debería colaborar con las fuerzas policiales en el próximo mitin de la Asociación Pro Mejora Cívica. Trató de no parecer poco amable, y acabó la conversación preguntándome por Rachel y los niños. Cuando salí de la cabina telefónica, pensé que había cometido un error.

Esa noche estalló una tormenta justo en mitad de la película, y llovió hasta el amanecer. Supongo que el mal tiempo retuvo a Tom en casa, porque no lo vi ni lo oí. Pero volvió a la noche siguiente. Lo sentí llegar a eso de las tres y marcharse aproximadamente una hora más tarde, pero no levanté la vista del libro. Razoné que probablemente era un pesado inofensivo, y que, si por lo menos pudiera yo saber quién era él, conocer su nombre, el fulano perdería su capacidad de irritarme y yo reanudaría en paz mi programa de cura. Subí a la alcoba sin poder quitarme de la cabeza la cuestión de su identidad. Estaba bastante seguro de que era alguien del barrio. Me pregunté si alguno de mis amigos o vecinos habría invitado a pasar el verano a algún pariente chiflado. Repasé los nombres de todos mis conocidos, tratando de asociarlos con algún tío o abuelo excéntrico. Pensé que todo iría bien si conseguía desalojar al intruso nocturno, sacarlo de la oscuridad.

Por la mañana, cuando bajé a la estación, caminé entre la multitud del andén en busca de algún desconocido que pudiera ser el culpable. Aunque únicamente había entrevisto su cara, creí que le reconocería. Entonces lo vi. Así de simple. Aguardaba en el andén el tren de las ocho y diez con todos nosotros, pero no era ningún desconocido.

Era Herbert Marston, que vive en la gran casa amarilla de Blenhollow Road. Si me hubiera quedado alguna duda, habría sido resuelta por la forma en que me miró cuando se dio cuenta de que lo reconocía. Pareció asustado y culpable. Me dirigí hacia él por el andén. «No me importa que me espíe de noche por la ventana, señor Marston —iba a decirle, con una voz lo suficientemente alta como para incomodarlo—, pero me gustaría que no pisoteara las flores de mi mujer». Entonces me detuve, porque vi que no estaba solo. Estaba con su mujer y su hija. Pasé por detrás de ellos y me quedé parado en la esquina de la sala de espera, mirando a la familia.

No hubo nada irregular en la expresión de Marston ni en su comportamiento en cuanto vio que iba a dejarlo tranquilo. Es un hombre de cabellos grises, un poco más alto de lo normal, cuya cara huesuda debía de ser atractiva cuando era más joven. Mi creencia en que la parálisis, los tics y otras flaquezas delatan un corazón tortuoso se vio defraudada. Sentí que perdía esa convicción aquella mañana al escudriñar su rostro en busca de algún indicio. Su aspecto era solvente, reposado y moral, mucho más que el de Chucky Ewing, que buscaba trabajo, o el de Larry Spencer, cuyo hijo tenía polio, o que el de cualquiera entre la docena de hombres que esperaban el tren. Luego miré a su hija Lydia. Lydia es una de las chicas más bonitas de la vecindad. Había viajado en el tren un par de veces con ella y sabía que estaba trabajando

voluntariamente de secretaria para la Cruz Roja. Esa mañana llevaba un vestido azul y los brazos desnudos, y tenía un aspecto tan fresco, dulce y hermoso que por nada del mundo la hubiera molestado ni herido sus sentimientos. Después miré a la señora Marston, y si el indicio que yo había buscado se hallaba en alguna parte, era precisamente en su cara, aunque no entiendo por qué habría de afligirse ella por los caprichos de su marido. Hacía mucho calor, pero vestía un traje sastre castaño y una raída estola de piel. Una sonrisa impermeable iluminaba su cara cetrina y vulgar incluso mientras aguardaba el tren de la mañana. Mucho tiempo atrás, aquella cara debía de haber dado la impresión de estar hecha para una pasión violenta y hasta malévolas. Pero años de rezos y abstinencia —pensé— habían erradicado aquella inclinación a la violencia, dejando únicamente a la señora Marston unas feas arrugas en los ojos y la boca y recompensándola con un aire de fétida e inflexible dulzura. Me dije que seguramente rezaba por su marido mientras él vagabundeaba en albornoz por los patios traseros de las casas. Yo había querido averiguar quién era Tom, y ahora que lo sabía no me sentía en absoluto mejor. Todos juntos, el hombre de cabellos grisáceos, la hermosa muchacha y la mujer, me hacían sentirme peor que antes.

Esa noche decidí quedarme en la ciudad e ir a una fiesta. Se celebró en un apartamento de uno de esos hoteles gigantescos: muy, muy, muy arriba. En cuanto llegué, salí a la terraza y busqué a alguien a quien invitar a cenar. Quería a una chica bonita con zapatos nuevos, pero al parecer todas las chicas bonitas se habían quedado en la costa. Había una mujer de pelo gris y otra con un sombrero blando, y también estaba Grace Harris, la actriz a la que había visto un par de veces. Grace es una belleza, aunque algo desteñida ya, y nunca hemos tenido gran cosa que decirnos, pero esa noche me dedicó una sonrisa muy cordial. Sonrisa cordial, sí, pero muy triste, y lo primero que pensé fue que debía de haberse enterado de que Rachel me había abandonado. Le devolví la sonrisa y fui al bar, allí encontré a Harry Purcell. Tomamos unas copas juntos y conversamos. Miré alrededor en un par de ocasiones, las dos veces vi a Grace Harris observándome con aquella triste, triste mirada. Me pregunté el motivo, y luego pensé que probablemente me había confundido con otra persona. Sé que muchas de esas beldades sin edad, de ojos violetas, son medio ciegatas, y pensé que quizá no veía nada al otro lado de la sala. Se hizo tarde, pero yo no tenía nada especial que hacer, así que seguí bebiendo. Harry fue al lavabo y me quedé solo en la barra unos minutos. A Grace Harris, que estaba con otra gente en el otro extremo de la habitación, le faltó tiempo para acercármeme. Vino derecha y descansó en mi brazo su mano nívea.

—Pobre muchacho —murmuró—, pobre muchacho.

No soy un muchacho, y no soy pobre, y sentí unas ganas endiabladas de que se largara con viento fresco. Grace tiene una cara inteligente, pero aquella noche pensé que encarnaba toda la fuerza de una gran tristeza y una gran perversidad.

—Veo una soga en torno a tu cuello —dijo tristemente.

Luego quitó la mano de la manga de mi chaqueta y salió de la sala, y supongo que

se marchó a su casa, porque no volví a verla. Harry regresó y no le conté lo ocurrido, y yo mismo traté de no pensar mucho en ello. Me quedé en la fiesta demasiado tiempo y cogí un tren tardío a casa.

Recuerdo que me di un baño, me puse el pijama y me acosté. Nada más cerrar los ojos vi la sogá. La cuerda tenía un lazo de verdugo en el extremo, pero yo había sabido desde el principio lo que había querido decir Grace: había tenido la premonición de que yo me ahorcaría. La sogá parecía llegar lentamente a mi conciencia. Abrí los ojos y pensé en el trabajo que tenía que hacer la mañana siguiente, pero cuando los volví a cerrar hubo un momentáneo vacío en el que la sogá cayó como arrojada desde una viga y se balanceó en el aire. Abrí los ojos y pensé un poco más en la oficina, pero al cerrarlos de nuevo vi la sogá, que seguía columpiándose. Cada vez que cerraba los ojos y trataba de dormir, sentía como si el sueño hubiese cobrado la forma angustiosa de la ceguera. Y una vez desvanecido el mundo visible, nada podía impedir que la sogá ocupara la oscuridad. Me levanté, bajé y abrí el libro de Lin Yutang. Pocos minutos después, oí a Marston en el jardín. Pensé que por fin sabía lo que él esperaba ver. Eso me asustó. Apagué la luz, me incorporé. Estaba oscuro al otro lado de la ventana y no pude verlo. Me pregunté si habría alguna cuerda en casa. Entonces recordé la amarra del bote de goma de mi hijo. Estaba en el sótano. Bajé a buscarla. El bote descansaba sobre unos caballetes y dentro de él había una larga amarra, lo bastante larga como para que un hombre pudiera ahorcarse con ella. Subí a la cocina, cogí un cuchillo y corté en pedazos la amarra. Luego reuní varios periódicos, los metí en el horno, abrí el tiro y quemé la cuerda. Después subí a mi dormitorio y me acosté. Me sentí a salvo.

No sé cuánto hacía que no había gozado de un buen reposo nocturno. Pero me noté raro por la mañana, y aunque pude ver por la ventana que hacía un hermoso día, eso no me levantó el ánimo. El cielo, la luz y el resto de las cosas me parecieron tenues y remotos, como vistos desde una gran distancia. La idea de volver a encontrarme con la familia Marston me revolvió el estómago, de modo que perdí adrede el tren de las ocho y diez y cogí otro posterior. La imagen de la sogá persistía en el fondo de mi mente, y durante el trayecto la vi una o dos veces. Logré soportar la mañana, pero al salir de la oficina al mediodía le dije a mi secretaria que no volvería por la tarde. Tenía una cita para almorzar con Nathan Shea, en el University Club; llegué temprano y tomé un martini en el bar. A mi lado, un señor de edad refería a su amigo la regularidad de sus costumbres, y sentí unas inmensas ganas de darle en la cabeza con un bol de palomitas de maíz, pero me bebí mi aperitivo y clavé los ojos en el reloj de pulsera del camarero, colgado en torno al largo cuello de la botella de crema de menta blanca. Cuando llegó Shea, tomé dos copas más con él. Anestesiado por la ginebra, conseguí engullir el almuerzo.

Nos despedimos en Park Avenue. Allí me abandonó el efecto del alcohol y vi de nuevo la sogá. Eran como las dos de una tarde soleada, pero sombría para mí. Fui al Corn Exchange Bank y cobré un cheque de quinientos dólares. Entré después en los

almacenes Brooks Brothers y compré corbatas y una caja de puros, y subí a echar un vistazo a los trajes. Había pocos clientes en el establecimiento, y entre ellos reparé en aquella muchacha o mujer joven que parecía estar sola. Supuse que estaría haciendo compras para su marido. Era rubia, y su piel blanca era de ese tipo que parece papel fino. Hacía mucho calor, pero ella daba la impresión de no notarlo, como si en el viaje en tren desde Rye o Greenwich hubiera sido capaz de conservar la frescura de su baño. Tenía hermosos brazos y piernas, pero la expresión de su cara era sensata, pacífica, incluso muy de ama de casa, y aquel aire cuerdo parecía acentuar la belleza de sus brazos y piernas. Se dirigió al ascensor y apretó el botón. Me acerqué y me puse a su lado. Bajamos juntos y salí tras ella a Madison Avenue. La acera rebosaba de gente, y caminé a su lado. Me miró una vez y supo que yo la seguía, y yo supe que no era una mujer de esas que en seguida te piden que las ayudes. Aguardó en la esquina a que la luz del semáforo cambiara. Esperé a su lado. Fue cuanto pude hacer para evitar decirle muy, muy suavemente: «Señora, ¿me permite que le coja un tobillo? Es todo lo que le pido, señora. Me salvará usted la vida. Le pagaré el favor». No volvió a girar la cabeza, pero vi que estaba asustada. Cruzó la calle y caminé junto a ella, y una voz dentro de mi cabeza repetía sin cesar: «Por favor, déjeme poner la mano en torno a su tobillo. Me salvará la vida. Solo quiero rodearle el tobillo con la mano. Con mucho gusto se lo pagaré». Saqué mi cartera y de ella unos billetes. Entonces oí que alguien, detrás de mí, me llamaba por mi nombre. Reconocí la voz campechana de un representante de publicidad que entra y sale de nuestra oficina. Me guardé la cartera en el bolsillo, crucé la calle y traté de perderme entre el gentío.

Llegué a Park Avenue y después a Lexington, y me metí en un cine. Un viento frío y viciado me llegó del ventilador, como el aire de los Pullmans a los que yo había oído bajar por la mañana a lo largo del río, procedentes de Chicago y el Lejano Oeste. El vestíbulo estaba vacío, y me sentí como si pisara el umbral de un palacio o una basílica. Subí por la estrecha escalera que ascendía para luego girar bruscamente, alejándose del resplandor. Los rellanos estaban sucios y las paredes desnudas. La escalera me condujo al anfiteatro, y me quedé sentado en la oscuridad, pensando que ya nada iba a salvarme, que ninguna muchacha bonita con zapatos nuevos se cruzaría a tiempo en mi camino.

Volví a casa en tren, pero me sentí demasiado fatigado para ir a Orpheo's y después al autocine. Conduje desde la estación a casa y metí el coche en el garaje. Desde allí oí que llamaban al teléfono, y aguardé en el jardín hasta que dejó de sonar. En cuanto entré al cuarto de estar, vi en la pared las sucias huellas de manos que habían dejado los niños antes de marcharse. Las huellas estaban casi a la altura del zócalo y tuve que arrodillarme para besarlas.

Me quedé sentado mucho tiempo en el cuarto. Me dormí, y al despertar era tarde; todas las demás casas estaban a oscuras. Encendí una luz. Pensé que Peeping Tom se estaría poniendo su albornoz y las zapatillas para empezar su merodeo por jardines y patios traseros. La señora Marston estaría de rodillas, rezando. Cogí el libro de Lin

Yutang y empecé a leer. Oí el ladrido del perro de los Barstow. Sonó el teléfono.

—¡Oh, cariño mío! —grité al oír la voz de Rachel—. ¡Cariño mío! ¡Cariño!

Ella lloraba. Estaba en Seal Harbor. Había llovido durante una semana, y Tobey tenía cuarenta grados de fiebre.

—Salgo ahora mismo —dije—. Conduciré toda la noche. Llegaré mañana. Mañana por la mañana. ¡Cariño mío!

Eso fue todo. Todo había acabado. Preparé una bolsa, desconecté la nevera y conduje toda la noche. Hemos sido felices desde entonces. Que yo sepa, Marston no ha vuelto a acechar nuestra casa en la oscuridad, aunque lo he visto a menudo en el andén de la estación y en el club de campo. Su hija Lydia va a casarse el mes que viene, y el nombre de su cetrina esposa ha salido hace poco en el cuadro de honor de una institución nacional de beneficencia, en reconocimiento de sus buenas obras. Todo el mundo está bien en el vecindario.

EL SUPERINTENDENTE

La alarma empezó a sonar a las seis de la mañana. Sonó débilmente en la vivienda del primer piso que Chester Coolidge ocupaba como pago parcial de su puesto de superintendente en un bloque de apartamentos, pero lo despertó al instante; dormía sin perder conciencia del golpeteo de la maquinaria del edificio, como si aquel estuviera vinculado a su propio bienestar. Se vistió rápidamente en la oscuridad y corrió por el vestíbulo hasta la escalera de servicio; allí, una cesta de color melocotón, llena de rosas y claveles marchitos, le estorbó el paso. La apartó de un puntapié, bajó a paso ligero la escalera de hierro hasta el sótano y corrió por un pasillo cuyas paredes de ladrillo, recubiertas de pintura, recordaban el pasadizo de alguna catacumba. El sonido del timbre subió de volumen a medida que se aproximaba al cuarto de máquinas. La alarma significaba que el tanque de agua del tejado estaba casi vacío, y que el mecanismo que regulaba el suministro de agua no funcionaba. Al llegar al cuarto, Chester puso en marcha la bomba auxiliar.

En el sótano reinaba el silencio. Oyó, distante, el montacargas que descendía piso por piso, acompañado por el tintineo de botellas de leche. La bomba auxiliar tardaría una hora en llenar el tanque del tejado, y Chester prefirió vigilar él mismo el indicador en lugar de despertar al hombre que se ocupaba de las averías menores. Volvió a subir, se afeitó y se lavó mientras su mujer preparaba el desayuno. Era día de mudanza, y antes de sentarse a desayunar vio que el barómetro había descendido; se asomó por la ventana y comprobó que, justo encima de las dieciocho plantas, el cielo estaba casi negro. A Chester le gustaba que los días de mudanza fueran claros y secos. Antes, cada vez que alguien se mudaba un primero de octubre, las probabilidades de buen tiempo solían ser favorables; pero ahora hasta el tiempo había cambiado para empeorar, y no era raro tener que trajinar con nieve y lluvia. Los Bestwick (del 9.º-E) dejaban libre el piso, y los Negus (1.º-A) pasarían a ocuparlo. Mientras Chester tomaba su primera taza de café, su mujer hablaba de los Bestwick, cuya partida suscitaba en ella recuerdos y celos. Chester no respondió a sus preguntas, ni ella esperaba respuestas a hora tan temprana. Divagaba, como decía ella misma, para escuchar el sonido de su propia voz.

Veinte años atrás había venido de Massachusetts con su marido. El traslado había sido idea suya. Enferma y sin hijos, había decidido que sería más feliz en una ciudad más grande que New Bedford. Era perfectamente feliz atrincherada en el apartamento de un superintendente, en una de las calles cincuenta del East Side. Se pasaba el día en el cine y de tiendas, y había visto al sha de Persia con sus propios ojos. La única cosa que le perturbaba de la vida ciudadana eran las inhibiciones que imponía a la innata generosidad de su carácter.

—Pobre señora Bestwick —decía—. ¡Pobrecilla! Me dijiste que han mandado a los niños a casa de la abuela hasta que se instalen, ¿no? Ojalá pudiera hacer algo por ella. Si estuviésemos en New Bedford, podríamos invitarla a comer, o darle una cesta con una buena comida. Ya ves, me recuerda a aquella gente, las Fenner. Eran dos hermanas. Tenían diamantes gordos como avellanas, igual que la señora Bestwick, pero vivían en una casa sin electricidad. Solían ir a la de Georgiana Butler a darse un baño.

Chester no miró a su esposa, pero su mera presencia era para él reconfortante y maravillosa, porque estaba persuadido de que era una mujer extraordinaria. Pensaba que en su forma de cocinar había algo genial, que la genialidad marcaba sus faenas domésticas, que poseía la memoria de un genio y que su aptitud para aceptar el mundo tal cual era llevaba el sello de la genialidad. Había hecho torta de maíz para el desayuno, y él se la comía con una aprobación rayana en la reverencia. Daba por sentado que nadie en el mundo aventajaba a su esposa haciendo tortas de maíz, y que nadie en Manhattan había acometido la empresa esa mañana.

Cuando acabó el desayuno, encendió un puro y se quedó allí sentado pensando en los Bestwick. Chester había visto desfilar muchas épocas por el edificio de apartamentos, y le parecía que otra era estaba empezando. A partir de 1943, había dividido a los inquilinos en dos grupos: los «permanentes» y los de «tope máximo». La administración había obtenido permiso para subir los alquileres, y él sabía que el aumento habría de desalojar a unos cuantos de los de «tope». Los Bestwick eran los primeros en marcharse ante la nueva situación y, al igual que su mujer, Chester lamentaba que se fueran. El señor Bestwick trabajaba en el centro. Su esposa era una ciudadana concienciada, y había estado formando dirigentes para la Cruz Roja, la Marcha del Centavo y las Girl Scouts. Ganara lo que ganase el señor Bestwick, nunca la alcanzaba; no en aquel barrio. La tienda de licores lo sabía. El carnicero, también. El portero y el limpiacristales tampoco lo ignoraban, y desde hacía un año lo sabían también el Retail Credit y el Corn Exchange Bank. Los Bestwick fueron los últimos del barrio en encarar los hechos. El marido usaba un sombrero de fieltro de alta copa, chaquetas de corte holgado en torno a la cintura, pantalones ceñidos y un impermeable blanco. Todas las mañanas, a las ocho, iba al trabajo arrastrando los pies calzados con un par de zapatos ingleses que daban la sensación de quedarle pequeños. El matrimonio había tenido antaño más dinero que ahora, y aun cuando los trajes de *tweed* de ella se veían gastados, sus diamantes, como había señalado la mujer de Chester, eran gordos como avellanas. Los Bestwick tenían dos hijas, y nunca habían creado al superintendente el menor problema.

Hacía cosa de un mes, al atardecer, la señora Bestwick había llamado a Chester y le había pedido que subiese a verla. No era nada urgente, le explicó con su voz agradable, pero si no tenía inconveniente, le gustaría hablar con él. Lo recibió con la misma afabilidad que demostraba en todo. Era una mujer esbelta, una mujer demasiado esbelta, con un espléndido busto y una grácil manera de moverse. La

siguió esa tarde al cuarto de estar, donde había una mujer de cierta edad sentada en un sofá.

—Esta es mi madre, la señora Doubleday, Chester —dijo—. Mamá, te presento a Chester Coolidge, el superintendente del edificio.

La anciana dijo que estaba encantada de conocerlo, y Chester aceptó su invitación a sentarse. En uno de los dormitorios oyó cantar una canción a la mayor de las hijas: «*Up with Chapin, down with Spence* —cantaba—. *Hang Miss Hewitt to a back yard fence*».

Chester conocía todos los cuartos de estar del inmueble, y a su juicio, el de los Bestwick era tan agradable como cualquier otro. Pensaba que todos los apartamentos del edificio eran intrínsecamente feos e incómodos. Cuando veía a los envanecidos inquilinos atravesar el vestíbulo, a veces pensaba que eran una raza de pobres. Eran pobres en espacio, pobres en luz, indigentes sin calma, privados de reposo, desposeídos de una atmósfera de intimidad: pobres en todo lo que hace del hogar de un hombre su castillo. Conocía las penalidades que sufrían por superar esas deficiencias: los extractores, por ejemplo, para disipar los olores de la cocina. Un apartamento de seis habitaciones no es una casa, y si se fríen cebollas en un extremo, probablemente olerá a cebolla en el otro, pero todos instalan extractores de humos y los dejan en marcha, como si un dispositivo de ventilación pudiera lograr que un apartamento huelga como una casa en el bosque. Todos los espacios habitables eran para él demasiado estrechos y de techo excesivamente alto, demasiado ruidosos y oscuros, y sabía cuán incansablemente las mujeres gastaban tiempo y dinero en las tiendas de muebles, pensando que otra clase de alfombras, otro juego de mesitas, un nuevo par de lámparas haría que la vivienda reflejase por fin su idea de un hogar seguro. La señora Bestwick había tenido más gusto que la mayoría, pensó, pero quizá le gustaba el cuarto porque le agradaba su dueña.

—¿Sabe algo sobre los nuevos alquileres, Chester? —preguntó la señora Bestwick.

—Nunca sé nada de alquileres o contratos —mintió Chester—. La oficina se encarga de todo eso.

—Nos lo han subido —prosiguió ella—, y no queremos pagar tanto. Pensé que tal vez usted supiera si ha quedado libre en el edificio algún apartamento más barato.

—Lo siento, señora Bestwick —dijo Chester—. No hay nada de nada.

—Ya veo.

Él advirtió que la señora Bestwick tenía algo en mente; probablemente confiaba en que él se ofrecería a hablar con la administración para convencerlos de que los Bestwick, inquilinos antiguos y muy buena gente, fueran autorizados a quedarse pagando el alquiler de siempre. Pero era evidente que ella no iba a cometer la embarazosa iniciativa de pedirle ayuda, y él tuvo el tacto de contenerse y no decirle que no había manera de que presionase para modificar la situación.

—La empresa Marshall-Cavis administra el inmueble, ¿verdad? —preguntó la

señora Doubleday.

—Sí —asintió Chester.

—La señora Cavis fue compañera mía en Farmington^[4] —dijo la madre a la hija—. ¿Crees que serviría de algo que hablara con ella?

—La señora Cavis no viene mucho por aquí —dijo Chester—. Llevo quince años trabajando en el inmueble y nunca la he visto, ni a su marido tampoco.

—Pero ¿administran el edificio? —le preguntó la señora Doubleday.

—Lo administra la Marshall-Cavis Corporation —dijo Chester.

—Maude Cavis era la prometida de Benton Towler —comentó la señora Doubleday.

—No creo que personalmente tengan mucho que ver con esto —repuso Chester—. No sé, pero me parece haber oído que ni siquiera viven en Nueva York.

—Muchas gracias, Chester —dijo la señora Bestwick—. Simplemente pensé que podía haber un piso libre.

Cuando la alarma empezó de nuevo, esta vez indicando que el depósito de agua del tejado estaba lleno, Chester atravesó el vestíbulo, bajó la escalera de hierro y desconectó la bomba. Stanley, el encargado de las averías, se había levantado y rebullía ya por el cuarto, y Chester le dijo que seguramente se había roto la varilla de la boya que regulaba la bomba, y le pidió que vigilase el indicador. Había empezado la jornada en el sótano. Ya habían repartido la leche y los periódicos; Delaney, el portero, ya había vaciado los cubos de basura en la entrada trasera, y los cocineros y los sirvientes que dormían fuera iban llegando al trabajo. Chester los oyó saludar a Ferrari, el encargado del montacargas, y su claro «Buenos días» confirmó su sensación de que el nivel de cortesía era algo más alto en el sótano que en el vestíbulo de arriba.

Poco antes de las nueve, Chester telefoneó a la oficina de administración. Una secretaria, cuya voz no reconoció, apuntó el recado. «La varilla de la boya del depósito de agua se ha partido —dijo—, y estamos haciendo funcionar manualmente la bomba auxiliar. Diga al equipo de mantenimiento que venga esta misma mañana».

—El equipo está en otro de los edificios —dijo la voz desconocida—, y no esperamos que regresen hasta las cuatro.

—¡Es una emergencia, maldita sea! —gritó Chester—. Tengo más de doscientos cuartos de baño aquí. Este inmueble es tan importante como los de Park Avenue. Si todos los baños se quedan sin agua, ya puede venir usted a oír las quejas. Es día de mudanza, y mi ayudante y yo tenemos muchas más cosas que hacer que estar sentados todo el tiempo junto a la bomba auxiliar.

Enrojeció de rabia. Su voz retumbaba en el sótano. Al colgar, se sintió incómodo y el puro le quemó la boca. Entonces entró Ferrari con una mala noticia: la mudanza de los Bestwick iba a retrasarse. Habían contado con una pequeña compañía de

transportes para el traslado a Pelham, pero el camión se había averiado esa noche, cuando llevaba un cargamento al sur desde Boston.

Ferrari subió a Chester al 9.º-E en el ascensor de servicio. Una de las sirvientas baratas y por horas que la señora Bestwick había contratado recientemente había clavado con una chincheta un letrero en la puerta de servicio: «A quien corresponda —había escrito—. No juego a la lotería, no he jugado nunca y no jugaré nunca». Chester tiró el cartel a la basura y llamó al timbre. La señora Bestwick abrió la puerta. Sostenía en una mano una taza rajada llena de café, y Chester advirtió que la mano temblaba.

—Lamento terriblemente lo del camión, Chester —dijo—. No sé qué hacer. Todo está preparado —añadió señalando las cajas con loza que casi llenaban la cocina.

Guio a Chester por el vestíbulo hasta el cuarto de estar, donde paredes, ventanas y suelo estaban desnudos.

—Todo está preparado —repitió—. Mi marido ha subido a Pelham y me espera allí. Mi madre se ha llevado a las niñas.

—Ojalá me hubiera pedido consejo sobre las compañías de transporte —dijo Chester—. No me pagan comisión ni gano nada con ello, pero podría haberle puesto en contacto con una empresa de confianza que no le habría costado más que la otra. La gente intenta ahorrar dinero contratando transportes baratos y al final no ahorran nada. La señora Negus, la del 1.º-A, quiere traer sus cosas aquí esta misma mañana.

La señora Bestwick no respondió.

—La echaré de menos, señora Bestwick —dijo Chester, pensando que tal vez había sido descortés—. No hace falta decirlo. La echaré de menos a usted, a su marido y a las niñas. Han sido buenos inquilinos. En los ocho años que han vivido aquí, creo que nunca ha habido ni una queja de ustedes. Pero las cosas están cambiando, señora Bestwick. Algo pasa. La vida se encarece. Ah, me acuerdo de los tiempos en que la mayoría de los vecinos de este inmueble no eran ni ricos ni pobres. Ahora no quedan más que los ricos. Y se quejan de unas cosas, señora Bestwick... No se lo creería. Anteayer llamó esa divorciada del 7.º-F, ¿y sabe de qué se quejaba? Me dijo que la taza del retrete de su apartamento no era lo suficientemente grande.

La señora Bestwick no festejó la broma. Sonrió, pero parecía estar pensando en otra cosa.

—Bueno, voy a bajar, a decirle a la señora Negus que hay un retraso —dijo Chester.

La señora Negus, que iba a mudarse a la casa de la señora Bestwick, recibía lecciones de piano. Su apartamento tenía la entrada al fondo del vestíbulo, y por la tarde se la oía practicar escalas. El piano le resultaba difícil, y solo había llegado a dominar unas cuantas notas. Las lecciones eran para ella una nueva empresa. Cuando fue a vivir al inmueble, durante la guerra, se llamaba Mary Toms, y había compartido la casa con la señora Lasser y la señora Dobre. Chester sospechaba que eran unas perdidas, y cuando Mary Toms empezó a vivir con ellas, Chester se apenó, porque era

una muchacha muy joven y bonita. Su inquietud carecía de fundamento: la vida alegre no la deprimió ni embruteció en absoluto. De llegar como una pobre muchacha con un abrigo de paño, al cabo de un año pasó a tener más pieles que nadie, y daba la impresión de ser más feliz que una alondra. El segundo invierno hizo su aparición el señor Negus. Chester sospechaba que había ido a verla por casualidad, y la visita cambió toda su vida. Era un hombre de mediana edad, de aspecto rudo, y Chester lo recordaba porque, al cruzar el vestíbulo rumbo al 1.º-A, solía sepultar la nariz en el cuello de su abrigo y bajar hacia los ojos el borde de su sombrero.

En cuanto Negus empezó a visitar regularmente a Mary Toms, esta prescindió de sus restantes amigos. Uno de ellos, un oficial de la marina francesa, armó cierto escándalo, e hizo falta el concurso de un policía y un portero para echarlo. Después de esto, Negus expulsó a la señora Lasser y a la señora Dobree. No era una medida contra Mary Toms, que trató con ahínco de lograr que sus amigas alquilaran otro apartamento en el inmueble. Negus se mantuvo inflexible, y las dos mujeres recogieron sus cosas y se fueron a vivir a un apartamento de la calle Cincuenta y Ocho Oeste. Después de su partida, llegó el decorador, que arregló todo el piso. Lo siguió el gran piano, los caniches, la inscripción en el Club del Libro del Mes y la desabrida sirvienta irlandesa. Ese invierno, Mary Toms y el señor Negus viajaron a Miami y se casaron, pero incluso después de la boda él siguió cruzando el vestíbulo furtivamente, como si transgrediera los dictados de su conciencia. Ahora, el matrimonio iba a trasladar todo el tinglado al 9.º-E. A Chester le tenía sin cuidado una cosa u otra, pero no creía que la mudanza fuese a ser definitiva. La señora Negus era la instigadora del traslado: al cabo de un año o dos en el 9.º-E, se le antojaría subir a vivir a uno de los áticos. Probablemente desde allí despegaría a uno de los inmuebles más lujosos de la Quinta Avenida.

Cuando Chester tocó el timbre esa mañana, le abrió la señora Negus. Seguía siendo tan bonita como una pintura.

—¿Qué hay, Chet? —le dijo—. Entre. Creía que la mudanza no empezaba hasta las once.

—Bueno, es posible que haya un retraso —respondió Chester—. El camión de la otra señora no ha llegado todavía.

—Tengo que subir todo esto arriba, Chet.

—Bueno, si el camión no ha llegado a las once, diré a Max y a Delaney que lo bajen todo.

—Hola, Chet —lo saludó el señor Negus.

—¿Qué tienes en los fondillos del pantalón, cariño? —preguntó su mujer.

—No tengo nada en el pantalón.

—Sí. Tienes una mancha.

—Oye, estos pantalones acaban de salir de la tintorería.

—Si has desayunado mermelada, puedes haberte sentado encima. Quiero decir que a lo mejor te has manchado.

—No he tomado mermelada.

—Bueno, entonces mantequilla. Se nota muchísimo.

—La llamaré por teléfono —dijo Chester.

—Si baja todo lo de esa mujer —dijo ella—, le daré diez dólares, Chet. Ese apartamento es mío desde medianoche. Quiero llevar mis cosas allí.

Luego se volvió hacia su marido y empezó a frotarle el pantalón con una servilleta. Chester se marchó.

En su despacho del sótano sonaba el teléfono. Descolgó el auricular y una sirvienta le dijo que el cuarto de baño del 5.º-A estaba inundándose. El teléfono sonó repetidamente mientras él estuvo en la oficina, y tomó nota de varias quejas a propósito de fallos mecánicos formuladas por sirvientas o inquilinos: una ventana atascada, un grifo que goteaba, una puerta atrancada, un desagüe obstruido. Chester cogió la caja de herramientas y lo reparó todo él mismo. Casi todos los vecinos fueron respetuosos y agradables, pero la divorciada del 7.º-F lo condujo al comedor y le habló secamente.

—¿Es usted el portero?

—Soy el superintendente —repuso Chester—. Mi ayudante está ocupado.

—Bueno, quería hablarle sobre la entrada de servicio. Pienso que este inmueble no está tan limpio como debería. La criada cree haber visto cucarachas en la cocina. Aquí nunca ha habido cucarachas.

—Es un inmueble limpio —dijo Chester—. Uno de los más limpios de Nueva York. Delaney friega la escalera de servicio cada dos días, y la pintamos cada vez que tenemos ocasión. Cuando no tenga nada que hacer, puede usted bajar a ver mi sótano. Me ocupo tanto de él como del vestíbulo.

—No estoy hablando del sótano —replicó la mujer—, sino de la entrada trasera.

Chester se marchó a su oficina antes de perder los estribos. Ferrari le dijo que había llegado el equipo de mantenimiento y que los hombres estaban en el tejado con Stanley. Chester hubiera querido que se presentaran ante él, pues teniendo en cuenta que era el superintendente y llevaba sobre sus hombros todo el peso del inmueble, pensaba que deberían haberle consultado antes de ponerse a trabajar en sus dominios. Subió al ático F y de allí a la azotea por la escalera de la entrada trasera. Un viento del norte aullaba en las antenas de televisión, y quedaba un poco de nieve en los tejados y las terrazas. Lonas alquitranadas cubrían el mobiliario del portal, y un gran sombrero de paja, cubierto de hielo, colgaba de la pared de una de las terrazas. Chester fue hasta el tanque de agua y vio a dos hombres con mono de trabajo encaramados en la escalera de hierro, trabajando en la varilla. Stanley se hallaba unos cuantos peldaños más abajo, pasándoles herramientas. Chester subió la escalera y les dio consejos. Los escucharon respetuosamente, pero mientras bajaba los peldaños, oyó que uno de los hombres del equipo de mantenimiento preguntaba a Stanley: «¿Quién es ese, el portero?».

Herido por segunda vez ese día, Chester se dirigió al borde de la azotea y

contempló la ciudad. A su izquierda estaba el río. Vio un barco que descendía, un carguero que se abría paso en la marea, con las luces de portilla y de cubierta encendidas en la niebla. Se hacía a la mar, pero sus luces y su sosiego hicieron que Chester lo viera tan cálido y quieto como una granja en un prado. Avanzaba marea abajo como una granja móvil. Comparado con sus propios dominios, un barco no era nada, pensó Chester. A sus pies se extendían miles de arterias rezumantes de vapor; cientos de cuartos de baño, kilómetros de cañerías de desagües y una lista de pasajeros de más de cien personas, y cualquiera de ellos, en aquel mismo momento, podía estar premeditando un suicidio, un robo, un incendio o un crimen. Era una enorme responsabilidad, y Chester dedicó un pensamiento conmisericordioso a los deberes relativamente insignificantes de un capitán de barco que se hace a la mar con su embarcación.

Cuando volvió al sótano, el señor Negus lo esperaba al teléfono para preguntarle si la señora Bestwick ya se había ido. Chester le dijo que volvería a hablar con ella, y colgó. Se diría que los diez dólares ofrecidos por la señora Negus obligaban a Chester a encender una hoguera bajo los pies de la señora Bestwick, y pensó con pena en lo buena inquilina que había sido. El día encapotado, el hecho de pensar en la señora Bestwick y en la gente que lo había llamado portero persuadieron a Chester de que necesitaba animarse, y decidió hacerse lustrar los zapatos.

Pero aquella mañana el local del limpiabotas estaba silencioso y vacío, y Bronco, el dueño, se inclinó lúgubrementemente sobre el calzado de Chester.

—Tengo sesenta y dos años, Chester —dijo Bronco—, y una mente sucia. ¿Crees que será porque me paso el día entre zapatos? ¿Crees que tendrá algo que ver con el olor del betún? —Untó con crema los zapatos de Chester y frotó el betún con un recio cepillo—. Eso piensa mi mujer —añadió—. Cree que tiene algo que ver con esto de andar entre zapatos todo el día. Yo no hago otra cosa —dijo tristemente— que pensar en el sexo, sexo, sexo. Es repugnante. Veo en el periódico una foto de una pareja joven cenando. Por lo que yo sé, son gente joven, agradable y de mente limpia, pero yo pienso otras cosas de ellos. Una mujer viene a que le ponga tacones a sus zapatos. «Sí, señora. No, señora. Estarán listos mañana, señora», le estoy diciendo, pero me daría vergüenza decirte lo que estoy pensando en ese momento. Pero si eso viene de pasarme el día entre zapatos, ¿qué puedo hacer yo para evitarlo? Es la única manera de ganarme la vida. Para un trabajo como el tuyo hay que ser carpintero, pintor, político, niñera permanente. ¡El tuyo sí que tiene que ser todo un trabajo, Chester! Una ventana que se atasca. Unos plomos que se funden. Te llaman para que subas y lo arregles. Te abre la puerta la señora de la casa. Está completamente sola. Está en camisón. Te...

Bronco se interrumpió y empezó a pasar el trapo vigorosamente.

Cuando Chester volvió al edificio, el camión de mudanzas de la señora Bestwick no había llegado todavía; subió directamente al 9.º-E y llamó al timbre de la puerta de servicio. No hubo respuesta. No se oyó ni un ruido. Llamó y volvió a llamar, y

luego abrió la puerta con una llave maestra, justo cuando la señora Bestwick entraba en la cocina.

—No he oído el timbre —dijo—. Estoy tan disgustada por este retraso que no lo he oído. Estaba en la otra habitación.

Se sentó ante la mesa de la cocina. Parecía pálida y trastornada.

—Anímese, señora Bestwick —dijo Chester—. Le gustará Pelham ¿No es allí adonde se muda? Árboles, pájaros... Las niñas engordarán. Tendrá una casa bonita.

—Es una casa pequeña, Chester.

—Bueno, voy a decirles a los mozos de cuerda que bajen todo esto, sus cosas, y lo dejen en el callejón —dijo Chester—. Estará tan a salvo como aquí, y si llueve ya me ocuparé de que todo quede bien cubierto y seco. ¿Por qué no se va a Pelham ahora, señora Bestwick? Yo me haré cargo de todo. ¿Por qué no coge el tren y sube a Pelham?

—Creo que esperaré; gracias, Chester.

En algún lugar, la sirena de una fábrica anunció las doce en punto. Chester bajó a inspeccionar el vestíbulo. Las alfombras y el suelo estaban limpios, y el cristal que cubría el letrero del inmueble brillaba. Permaneció bajo el toldo el tiempo necesario para cerciorarse de que los soportes de cobre habían sido abrillantados, que el felpudo de goma estaba fregado y que su toldo era un buen toldo que, a diferencia de otros, había resistido las tormentas invernales. «Buenos días», le dijo alguien con elegancia mientras él estaba allí parado, y respondió: «Buenos días, señora Wardsworth», antes de que se diese cuenta de que era Katie Shay, la sirvienta ya entrada en años de la señora Wardsworth. Era un error comprensible, pues Katie lucía un sombrero y un abrigo desechados por aquella, y se había rociado con los posos de una botella de perfume de la misma. A la luz mortecina, la anciana parecía el espectro de su ama.

Una furgoneta de mudanzas, el camión que esperaba la señora Bestwick, aparcó junto al bordillo. Eso levantó el ánimo de Chester, y se fue a almorzar con buen apetito.

Su mujer no se sentó con él a la mesa, y como llevaba el vestido púrpura, Chester adivinó que iba a ir al cine.

—Esa mujer del 7.º-F me ha preguntado si soy el portero —señaló Chester.

—No le des vueltas a eso, Chester —dijo su mujer—. Cuando pienso en todas las cosas que tienes en la cabeza, en todo lo que tienes que hacer, me parece que estás más atareado que casi todas las personas que yo haya conocido. Por ejemplo, en este inmueble puede haber un incendio en mitad de la noche, y solo tú y Stanley sabéis dónde están las mangueras. Está la maquinaria del ascensor, la electricidad, el gas y la caldera. ¿Cuánto petróleo dijiste que se consumió el invierno pasado, Chester?

—Más de cuatrocientos mil litros.

—Fíjate —dijo su mujer.

La mudanza se estaba llevando a cabo ordenadamente cuando Chester volvió a bajar. Los transportistas le dijeron que la señora Bestwick estaba todavía en su apartamento. Encendió un puro, se sentó a su escritorio y oyó a alguien que cantaba: «¿Alguna vez has visto caminar a un sueño?». La canción, acompañada de risas y palmas, procedía del extremo más alejado del sótano, y Chester se guio por la voz a lo largo del oscuro corredor hasta la lavandería. Era una habitación brillantemente iluminada que olía al gas que emanaba de la secadora. Sobre la tabla de planchar se veían pieles de plátano y papel de envolver bocadillos, y ninguna de las lavanderas estaba trabajando. En el centro de la habitación, una de ellas, vestida con un salto de cama que alguien había mandado lavar, bailaba un vals con otra compañera ataviada con un mantel. Las demás daban palmadas y reían. Chester dudaba si intervenir o no cuando sonó de nuevo el teléfono de su despacho. Era la señora Negus.

—Saque a esa perra de ahí, Chester —ordenó—. Es mi apartamento desde medianoche. Voy a subir ahora mismo.

Chester le pidió que esperara en el vestíbulo. Se reunió con ella allí; la mujer lucía un chaquetón de pieles y gafas oscuras. Subieron juntos al 9.º-E y él llamó al timbre de la señora Bestwick. Presentó a ambas mujeres, pero la señora Negus hizo caso omiso de la presentación, interesada por un mueble que los transportistas llevaban a cuestas por el recibidor.

—Bonito mueble —comentó.

—Gracias —dijo la señora Bestwick.

—¿No le gustaría venderlo?

—Me temo que no puedo —dijo la señora Bestwick—. Siento dejar todo este lío al marcharme —prosiguió—. No hubo tiempo de que alguien viniera a limpiar.

—Oh, no tiene importancia. De todas formas, encargaré que cambien la decoración y lo pinten todo. Yo solo quería instalar aquí mis cosas.

—¿Por qué no se va ya a Pelham, señora Bestwick? —insistió Chester—. El camión está aquí y yo me ocuparé de que lo carguen todo.

—Me iré dentro de un minuto, Chester.

—Bonitas piedras —señaló la señora Negus, mirando los anillos de la otra mujer.

—Gracias —dijo ella.

—Baje conmigo, señora Bestwick —pidió Chester—; yo le conseguiré un taxi y me ocuparé de que todo vaya bien embalado en la furgoneta.

La señora Bestwick se puso el abrigo y el sombrero.

—Se supone que hay ciertas cosas que debo comentarle sobre este apartamento —le dijo a la señora Negus—, pero por lo visto no me acuerdo de ninguna. Encantada de conocerla. Espero que disfrute de esta casa tanto como nosotros lo hemos hecho. —Chester abrió la puerta y ella le precedió camino del recibidor—. Un momento, Chester —pidió—. Un momento, por favor.

Chester tuvo miedo de que se echase a llorar, pero ella abrió su bolso y revolvió cuidadosamente lo que había dentro.

Chester sabía que su infelicidad de aquel momento no consistía solamente en abandonar un lugar familiar por otro extraño; era la pesadumbre de dejar un sitio donde su acento y sus miradas, su traje raído y sus anillos de diamantes todavía lograban suscitar muestras de respeto; era la congoja de salir de una clase e ingresar en otra, doblemente dolorosa porque la separación nunca sería completa. En algún lugar de Pelham encontraría a una vecina que había estado en Farmingdale o dondequiera que fuese; encontraría a una amiga con diamantes como avellanas y agujeros en los guantes.

Dijo adiós en la entrada al ascensorista y al portero. Chester salió a la calle con ella, pensando que le diría adiós bajo el toldo, y estaba preparado para alabarla de nuevo como inquilina, pero ella le dio la espalda sin decir palabra y caminó rápidamente hacia la esquina. Su descortesía sorprendió e hirió a Chester, y estaba mirándola indignado cuando ella se volvió de pronto y regresó hacia él.

—Pero si me olvidaba de despedirme de usted, Chester, ¿no? Adiós, y gracias, y diga adiós a su esposa de mi parte. Dele recuerdos.

Luego se marchó.

—Bueno, parece como si quisiera despejar, ¿verdad? —comentó Katie Shay al salir unos minutos más tarde.

Llevaba una bolsa de papel llena de grano. En cuanto cruzó la calle, las palomas que se posaban en Queensboro Bridge la reconocieron, pero ella no levantó la cabeza para ver a las cien aves abandonar su percha y volar trazando círculos muy amplios, como si las llevara el viento. Oyó el zumbido de sus alas por encima de su cabeza y vio que su sombra oscurecía los charcos de la calle, pero parecía no advertir la presencia de los pájaros. Avanzaba firme y lentamente, como una niñera con niños inoportunos, y cuando las palomas se posaron en la acera y se arremolinaron a sus pies, Katie las hizo esperar. Después empezó a repartir el grano amarillo, primero a las viejas y enfermas, que se hallaban en los flancos de la bandada, y luego a todas las demás.

Un trabajador que se apeaba de un autobús en la esquina reparó en las palomas y en la anciana. Abrió su fiambarrera y arrojó a la acera las migas de su comida. Katie se puso a su lado en un segundo.

—Preferiría que no les diese de comer —dijo bruscamente—. Yo lo hago desde mucho antes que usted. Mire, yo vivo en esa casa de ahí, y puedo vigilarlas y ocuparme de que tengan todo lo que necesitan. Les doy grano fresco dos veces al día. Maíz en invierno. Me cuesta nueve dólares al mes. Me ocupo de que tengan todo lo que necesitan, y no me gusta que un desconocido les dé de comer.

Mientras hablaba, iba empujando con el pie las migas del intruso hacia la calzada.

—Les cambio el agua dos veces al día, y en invierno estoy atenta a que no se forme hielo encima, Pero no me gusta nada que los desconocidos les den de comer. Sé que usted lo entenderá.

Volvió la espalda al hombre y vació sobre la acera lo que le quedaba en la bolsa. Es extraña —pensó Chester—, tan extraña como el idioma chino. Pero ¿quién era más raro? ¿Ella, por sustentar a las palomas, o él por mirarla mientras lo hacía?

Lo que Katie había dicho sobre el cielo era cierto. Las nubes se alejaban, y Chester percibió la luz en el firmamento. Los días se alargaban. La luz parecía demorarse. Chester salió de debajo del toldo para contemplarla. Cruzó las manos a la espalda y miró hacia afuera y hacia arriba. De niño le habían enseñado a creer que las nubes ocultaban la Ciudad de Dios, y las nubes bajas todavía le excitaban la curiosidad como a un chiquillo que cree estar mirando hacia donde viven los santos y los profetas. Pero de su piadosa infancia retenía algo más que el hábito litúrgico del pensamiento. El día no había llegado a tener sentido, y el cielo parecía prometer una explicación literal.

¿Qué había fallado? ¿Por qué había sido infructuoso? ¿Por qué Bronco, los Bestwick, los Negus, la divorciada del 7.º-F, Katie Shay y el desconocido no significaban nada? ¿Tal vez porque los Bestwick, los Negus, Chester y Bronco habían sido incapaces de ayudarse mutuamente; porque la vieja sirvienta no había consentido que el extraño la ayudara a alimentar a los pájaros? ¿Sería por eso?, se preguntó Chester, mirando al cielo azul como si esperara una respuesta escrita en el vaho. Pero el cielo le dijo únicamente que era un día largo al final del invierno, que se hacía tarde, y que ya era hora de entrar.

LOS CHICOS

Al señor Hatherly le gustaban muchas cosas pasadas de moda. Usaba botas amarillas de caña alta, cenaba en Litchow's para oír a los músicos, y, por las noches, se ponía una camisa de dormir. Su tendencia a establecer en los negocios un lazo patriarcal con algún joven que pudiera ser su sucesor —en el más estricto sentido de la palabra— era otro de esos gustos pasados de moda. El señor Hatherly escogió como heredero a un joven emigrante llamado Victor Mackenzie, que había cruzado el océano —creo que durante el invierno— cuando tenía dieciséis o diecisiete años. El cruce del Atlántico es una simple suposición. Quizá trabajara para reunir el dinero de la travesía o lo pidiera prestado o tuviera algún pariente en este país que lo ayudase, pero todo esto se mantenía a oscuras, y su vida conocida se iniciaba cuando entró a trabajar para el señor Hatherly. En su calidad de emigrante, quizá Victor acariciara una visión anticuada del hombre de negocios norteamericano. Es cierto que, algunas veces, se descubrían en el señor Hatherly rasgos de tiempos ya pasados. Sus principios fueron oscuros, y, como todo el mundo sabe, se enriqueció lo bastante para llegar a embajador. En los negocios se lo conocía como un luchador duro y sin escrúpulos. Ventoseaba cuando le apetecía y disfrutaba con la ruina de un competidor. Era muy bajo: casi un enano. Tenía unas piernas muy delgadas y el volumen de la panza le había deformado la columna vertebral. Decoraba su calvicie peinándose de través unas cuantas canas, y llevaba un dije de esmeraldas en la cadena del reloj. Victor era un hombre alto, con ese tipo de atractivo que antes o después termina por decepcionar. Su mandíbula cuadrada y todos sus otros rasgos de correctas proporciones podían al principio hacer pensar que se trataba de un hombre excepcionalmente dotado, pero se acababa por descubrir que era simplemente una persona agradable, ambiciosa y un poco ingenua. Durante años, el cascarrabias y el joven inmigrante caminaron el uno al lado del otro confiadamente, convencidos, al parecer, de que los habrían aceptado juntos en el Arca.

Lógicamente, todo esto llevó mucho tiempo; hicieron falta años y años. Victor empezó de botones con un agujero en el calcetín. Como los inmigrantes de una generación anterior, había puesto en libertad grandes depósitos de energía y de ingenuidad mediante el acto de la expatriación. Trabajaba alegremente todo el día. Se quedaba alegremente por la noche para decorar las vitrinas de la sala de espera. No parecía tener un hogar adonde ir. Su buena disposición hizo que el señor Hatherly se acordara con gusto de los aprendices de su juventud. Había muy pocas cosas más en el mundo de los negocios que le recordaran el pasado. Mantuvo a Victor en el mismo puesto durante un año o dos, hablándole secamente, si es que llegaba a hablarle. Luego, a su manera desagradable y arbitraria, empezó a enseñar a Victor el papel de

heredero. Lo tuvo viajando durante seis meses. Después trabajó en las fábricas de Rhode Island. Pasó una temporada en el departamento de publicidad, y otra en el de ventas. Su posición en la empresa era difícil de valorar, pero resultaba muy llamativo ver cómo el señor Hatherly iba apreciándolo más día tras día. El señor Hatherly era consciente de su desagradable apariencia física, y no le gustaba ir solo a ningún sitio. Cuando Victor llevaba unos cuantos años trabajando para él, se le ordenó que todos los días se presentara a las ocho de la mañana en el apartamento del anciano, en la parte alta de la Quinta Avenida, y lo acompañara al trabajo. Nunca hablaban mucho por el camino, pero también es cierto que el señor Hatherly no era un hombre locuaz. Al final de la jornada, Victor le buscaba un taxi o lo acompañaba a su casa andando. Cuando el anciano se fue a Bar Harbor sin sus gafas, fue Victor quien se levantó a medianoche y se las mandó en el primer avión de la mañana. Cuando el señor Hatherly quería enviar un regalo de boda, Victor se encargaba de comprarlo. Cuando se ponía enfermo, Victor conseguía que se tomara las medicinas. En el cotilleo de la profesión, la posición de Victor era, lógicamente, blanco de muchos chistes, críticas y simples envidias. Gran parte de las críticas carecían de fundamento, porque Victor no era más que un joven ambicioso que expresaba su sentido de los negocios administrando píldoras al señor Hatherly. Por debajo de toda su buena disposición existía una conciencia muy precisa de la propia identidad. Cuando le pareció que tenía motivos para quejarse, así lo hizo. Después de trabajar durante ocho años obedeciendo hasta el menor deseo del señor Hatherly, fue a hablar con el anciano y le dijo que, en su opinión, su sueldo era demasiado bajo. El señor Hatherly respondió con una sabia mezcla de sentimientos ultrajados, asombro y ternura. Llevó a Victor a su sastre y lo autorizó para que se encargara cuatro trajes. Victor se quejó de nuevo: esta vez sobre lo impreciso de su posición en la empresa. Se precipitaba, le dijo el anciano, al protestar por su falta de responsabilidad. Estaba decidido que, al cabo de una o dos semanas, presentara un informe ante el consejo de administración. Aquello era más de lo que Victor esperaba, y se sintió satisfecho. Más aún, agradecido. ¡Aquello era Norteamérica! Trabajó mucho en el informe. Se lo leyó en voz alta al anciano, y el señor Hatherly le explicó dónde tenía que alzar y bajar la voz, a quién tenía que mirar a los ojos y qué rostros debía evitar, cuándo tenía que dar un puñetazo sobre la mesa y cuándo servirse un vaso de agua. Consideraron juntos la ropa que debía ponerse. Cinco minutos antes de que empezara el consejo de administración, el señor Hatherly se apoderó de las cuartillas, dio a Victor con la puerta en las narices y leyó el informe él mismo.

Al final de aquel día tan penoso, llamó a Victor a su despacho. Eran más de las seis, y las secretarias habían guardado bajo llave sus tazas de té y se habían ido a casa.

—Siento lo del informe —murmuró el anciano. Su voz era triste. Victor se dio cuenta entonces de que había estado llorando. El señor Hatherly abandonó la silla alta que utilizaba para realzar su estatura y empezó a pasearse por el espacioso despacho.

Esto, en sí mismo, era ya un gesto de intimidad y una demostración de confianza—. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte —dijo—. Quiero hablarte de mi familia. ¡No hay peor desgracia que la animosidad dentro de una familia! Mi esposa —añadió con repugnancia— es una mujer estúpida. Las horas de satisfacción que me han dado mis hijos se pueden contar con los dedos de una mano. Puede que sea culpa mía —continuó, con manifiesta falta de sinceridad—. Lo que ahora quiero que hagas es ayudarme con mi chico, Junior. Lo he educado en el respeto al dinero. He hecho que se ganara con su propio esfuerzo todo el dinero que ha tenido hasta los dieciséis años, de manera que ahora no es culpa mía si lo gasta, pero lo cierto es que lo hace. Ya no tengo tiempo para seguir ocupándome de sus cheques sin fondos. Soy un hombre muy ocupado. Tú lo sabes. Lo que quiero es que trabajes como consejero de Junior en cuestiones económicas. Quiero que pagues el alquiler del piso, la pensión de su exmujer, el sueldo de la criada, las facturas de la casa, y que le des dinero para sus gastos una vez a la semana.

Por un momento, Victor pareció capaz de ver las cosas con una considerable dosis de escepticismo. Aquella tarde se le había escamoteado una responsabilidad de primera magnitud y ahora se lo abrumaba con otra perfectamente estúpida. Las lágrimas podían ser de cocodrilo. El hecho de que la petición se le hiciera en un edificio vacío y extrañamente silencioso, y a una hora en que la creciente oscuridad detrás de las ventanas podía ayudar a debilitar su oposición, eran trucos perfectamente al alcance del anciano. Pero, incluso viéndolo con escepticismo, el dominio que Hatherly tenía sobre él era completo. «El señor Hatherly me ha pedido que le diga», explicaba siempre Victor. «Vengo de parte del señor Hatherly». «El señor Hatherly...». Sin la presencia de aquel nombre, su propia voz carecía de entidad. La cómoda y elegante camisa de cuyos puños empezó a tirarse, indeciso, era un regalo del señor Hatherly. El señor Hatherly le había presentado al Séptimo Regimiento. El señor Hatherly era su única identidad en el mundo de los negocios, y separarse de aquella fuente de poder quizá resultase mortal. Victor no dijo nada.

—Siento lo del informe —repitió el anciano—. Me ocuparé de que te encargues de uno el año que viene. Te lo prometo. —Se encogió de hombros para indicar que se disponía a cambiar de tema—. Reúnete conmigo mañana a las dos en el Metropolitan Club —dijo animadamente—. Tengo que comprarle su parte a Worden durante el almuerzo. No llevará mucho tiempo. Espero que vaya con su abogado. Llámalo por la mañana y asegúrate de que sus documentos están en orden. Apriétale las tuercas de mi parte. Ya sabes cómo hacerlo. Me serás de gran ayuda ocupándote de Junior —añadió en tono emocionado—. Y cuídate, Victor. Eres todo lo que tengo.

Al día siguiente, después del almuerzo, el abogado del anciano se reunió con ellos en el Metropolitan Club y fueron juntos a un apartamento donde Junior aguardaba. Era un hombre corpulento, por lo menos diez años mayor que Victor, y parecía resignado a perder el control de sus ingresos. Llamó papá al señor Hatherly y le entregó con gesto triste un montón de facturas sin pagar. Junto con Victor y el

abogado, el señor Hatherly comparó los ingresos de Júnior con sus deudas, tuvo en cuenta los pagos de la pensión a su exmujer, y obtuvo unas cifras razonables para los gastos de la casa y para su asignación, que tendría que recoger en el despacho de Victor todos los lunes por la mañana. El asunto Junior quedó despachado en media hora.

El hijo del señor Hatherly empezó a acudir regularmente los lunes por la mañana y le presentaba a Victor todas las facturas. A veces se quedaba en el despacho para hablar de su padre: con desconfianza, como si temiera que otros pudieran oírlo. Todas las menudencias de la vida del señor Hatherly —que a veces se hacía afeitarse tres veces en un día y que poseía cincuenta pares de zapatos— interesaban a Victor. Fue el anciano quien puso fin a aquellas entrevistas.

—Dile que venga, que coja el dinero y que se marche —ordenó el señor Hatherly—. Aquí se viene a trabajar. Eso es algo que mi hijo no ha entendido nunca.

Mientras tanto, Victor había conocido a Theresa y estaba pensando en casarse. El nombre completo de su novia era Theresa Mercereau; sus padres eran franceses, pero ella había nacido en Estados Unidos. Se había quedado huérfana muy pronto, y su tutor la envió a internados de cuarta categoría. Ya se sabe cómo son esos centros docentes. El director dimite durante las vacaciones de Navidad. Lo sustituye el profesor de educación física. La caldera de la calefacción se estropea en febrero y el agua se hiela en las cañerías. Para entonces, la mayoría de los padres que se preocupan de sus hijos se los han llevado a otros sitios, y para la primavera solo quedan doce o trece internas. Estas se pasean solas o en parejas por los alrededores del establecimiento docente matando el tiempo hasta la hora de la cena. Desde hace meses son todas conscientes de que la Old Palfrey Academy se muere, pero en los primeros, largos y sombríos días de primavera este hecho adquiere nueva intensidad y fuerza. Desde la vivienda del director llega el ruido de voces airadas: el profesor de latín amenaza con llevar a juicio a la institución porque no le pagan lo que le deben. El olor que sale por las ventanas de la cocina indica que volverán a tener repollo para cenar. Han florecido unos cuantos junquillos, y la luz que no acaba de marcharse y los nuevos helechos animan a las niñas abandonadas a que miren hacia adelante, hacia el futuro, pero en el fondo de sus corazones queda la sospecha de que los junquillos, los petirrojos y la estrella de la tarde ocultan imperfectamente el hecho de que viven una hora de horror, de un horror sin paliativos. Luego un automóvil sube rugiendo por la avenida de grava.

—Soy la señora Hubert Jones —exclama una mujer—; vengo a recoger a mi hija...

Theresa era siempre una de las últimas rescatadas, y esas horas del atardecer parecían haberla dejado marcada. Lo que uno recordaba siempre de ella era una tristeza especial, una delicadeza que nunca llegaba a la desesperanza, un aire dulce de haber sido tratada injustamente.

Aquel invierno, Victor viajó a Florida con el señor Hatherly para acarrear la

sombrilla de la playa y jugar a las cartas con él, y mientras estaban allí le dijo que quería casarse. El anciano expuso a gritos sus objeciones. Victor se mantuvo firme. Cuando regresaron a Nueva York, el señor Hatherly le propuso que una noche llevara a Theresa a su apartamento. El anciano recibió a la muchacha con gran cordialidad y luego se la presentó a la señora Hatherly: una mujer demacrada y nerviosa que tenía todo el tiempo las manos delante de la boca. El señor Hatherly se acercó subrepticamente a un extremo del cuarto y luego desapareció.

—No pasa nada —susurró su esposa—. Te va a hacer un regalo.

El señor Hatherly regresó a los pocos minutos y colocó una sarta de amatistas alrededor del hermoso cuello de Theresa. Una vez que el anciano la hubo aceptado, pareció estar muy contento con la boda. Organizó, por supuesto, todos los detalles de la ceremonia, les dijo dónde tenían que ir a pasar la luna de miel y alquiló para ellos un piso amueblado aprovechando el tiempo libre entre una comida de negocios y un viaje en avión a California. Como su marido, Theresa parecía capaz de aceptar su entrometimiento. Cuando nació su primera hija, Theresa le puso Violet —fue idea suya—, igual que la virtuosa madre del señor Hatherly.

Durante aquellos años, cuando los Mackenzie daban una fiesta, era normalmente porque el señor Hatherly les había dicho que lo hicieran. Llamaba a Victor a su despacho al final de un día de trabajo, le decía que diese una fiesta y fijaba la fecha. Encargaba las bebidas y las cosas de comer, y revisaba la lista de invitados pensando en el bienestar social y económico de los Mackenzie. Rechazaba con descortesía la invitación para asistir personalmente a la fiesta, pero luego se presentaba antes que ninguno de los invitados, con un ramo de flores que casi era tan alto como él. Se aseguraba de que Theresa ponía las flores en el jarrón adecuado. Luego entraba en el cuarto de los niños y permitía que Violet escuchara el tictac de su reloj. Recorría el apartamento, cambiando de sitio una lámpara aquí, un cenicero allá y dando un tironcito a las cortinas. Para entonces los invitados de los Mackenzie habían empezado a llegar, pero el señor Hatherly no daba la menor señal de querer irse. Era un anciano muy importante, y a todo el mundo le gustaba hablar con él. Recorría la habitación asegurándose de que todas las copas estuvieran llenas, y si Victor contaba una anécdota, lo más probable era que el señor Hatherly le hubiese explicado cómo hacerlo. Cuando se servía la cena, el anciano se preocupaba por la comida y por el aspecto de la doncella.

Siempre era el último en irse. Cuando los demás invitados se habían despedido, él se sentaba y los tres se tomaban un vaso de leche y charlaban sobre la velada. El anciano parecía feliz: con un tipo de alegría del que sus enemigos nunca lo hubiesen creído capaz. Reía hasta que las lágrimas le caían rodando por las mejillas. A veces se quitaba las botas. Aquella salita de estar parecía ser la única donde se sentía a gusto, pero en el fondo de su corazón debía de seguir siempre presente el hecho de que los Mackenzie no eran en realidad nada suyo, y de que solo debido a las amargas decepciones que había recibido de su propia carne y de su propia sangre se

encontraba en una posición tan artificial como aquella. Finalmente, el señor Hatherly se levantaba para marcharse. Theresa le enderezaba el nudo de la corbata, le sacudía las migas del chaleco y se inclinaba para que la besase. Victor lo ayudaba a ponerse el abrigo de pieles. Los tres parecían totalmente sumergidos en el clima afectuoso de una despedida familiar.

—Cuidaos mucho —murmuraba el anciano—. Sois todo lo que tengo.

Una noche, después de una fiesta en casa de los Mackenzie, el señor Hatherly murió mientras dormía. El funeral se celebró en Worcester, donde había nacido. La familia parecía inclinada a no informar a Victor de estos detalles, pero él se enteró sin grandes dificultades y fue, con Theresa, a la iglesia y al cementerio. La anciana señora Hatherly y sus desdichados hijos se reunieron al borde de la tumba. Debieron de presenciar el entierro de su esposo y padre con sentimientos tan conflictivos que sería imposible separar de aquella confusión de emociones algo a lo que poder dar un nombre.

—Adiós, adiós —dijo la señora Hatherly, casi con indiferencia, en dirección a la tierra que iba cubriendo el ataúd, llevándose las manos a la boca: una costumbre que no había logrado superar, aunque el muerto había amenazado frecuentemente con pegarla por ello.

Si saborear el dolor en su plenitud es un privilegio, los Mackenzie lo tuvieron. Quedaron anonadados. Theresa era demasiado joven al morir sus padres para conservar, siendo ya persona adulta, ningún claro recuerdo del dolor que pudiera haber sentido, y los padres de Victor, dondequiera que estuviesen, habían muerto unos años antes, en Inglaterra o en Escocia, y ante la tumba de Hatherly dio la impresión de que los dos se sentían dominados por una pena muy intensa y de que enterraban algo más que los huesos de un anciano. Los hijos verdaderos negaron el saludo a los Mackenzie.

Victor y Theresa no le dieron importancia al hecho de que no se los mencionara en el testamento del señor Hatherly. Aproximadamente una semana después del funeral, el consejo de administración nombró a Júnior presidente de la empresa, y una de las primeras cosas que hizo fue despedir a Victor. Llevaba años viendo cómo lo comparaban con aquel inmigrante tan trabajador, y su resentimiento era comprensible y profundo. Victor encontró otro empleo, pero su íntima asociación con el señor Hatherly era un factor en contra suya. El anciano tenía multitud de enemigos, y Victor los heredó todos. Perdió su nuevo trabajo al cabo de seis u ocho meses, y encontró otro que consideró provisional: un arreglo que le permitiría pagar sus gastos mensuales mientras buscaba algo mejor. No lo encontró. Dejaron el apartamento que el señor Hatherly había alquilado para ellos, vendieron los muebles, y fueron mudándose de un sitio a otro, pero todo esto —las feas habitaciones en las que vivieron, los sucesivos empleos de Victor— no merece la pena contarlos con detalle. Simplemente, los Mackenzie pasaron tiempos difíciles; los Mackenzie se perdieron de vista.

La escena cambia a una fiesta donde se recaudan fondos para las Girl Scouts de Norteamérica, en un barrio residencial de Pittsburgh. Se trata de un baile de gala en una casa grande —Salisbury Hall— que ha sido seleccionada por el comité con la esperanza de que la vana curiosidad acerca de este edificio anime a mucha gente a gastarse los veinticinco dólares que cuesta la entrada. La señora Brownlee, la dueña de la casa, es la viuda de uno de los primeros magnates del acero. Su casa se extiende a lo largo de más de medio kilómetro sobre el espinazo de una de las colinas de los montes Allegheny. Salisbury Hall es un castillo, o, más bien, una colección de fragmentos de castillos y casas. Hay una torre, una almena y una mazmorra; y la entrada posterior es una reproducción de la puerta del Chateau Gaillard. Las piedras y la madera para el gran salón y la armería vinieron del extranjero. Como la mayoría de las casas de su especie, Salisbury Hall presenta problemas insuperables de mantenimiento. Si uno toca las cotas de malla de la armería, la mano se le ennegrece con el orín. La copia de un fresco de Mantegna en la sala de baile tiene unas horribles manchas de humedad. Pero la fiesta es un éxito. Un centenar de parejas están bailando. La orquesta toca una rumba. Los Mackenzie se encuentran allí.

Theresa baila. Aún tiene el cabello rubio —quizá se lo tiña a estas alturas—, y sus brazos y sus hombros siguen siendo hermosos. Todavía conserva el aire de tristeza, de delicadeza. Victor no está en la sala de baile. Se halla en el invernadero, donde se sirven bebidas alcohólicas con mucha agua. Paga el importe de cuatro whiskys, camina siguiendo el borde de la atestada pista de baile y cruza por la armería, donde un extraño lo detiene para hacerle una pregunta.

—Sí, claro —dice Victor cortésmente—; se trata de una armadura hecha para la coronación de Felipe II. El señor Brownlee quiso tener una reproducción...

Luego continúa a través de casi otro medio kilómetro de pasillos y salas, atraviesa el gran salón, hasta llegar a una habitación más pequeña, donde la señora Brownlee está reunida con varios amigos.

—¡Aquí llega Vic con nuestros whiskys! —exclama.

La señora Brownlee es una anciana decidida y muy maquillada, con el pelo teñido de una sorprendente tonalidad rosa. Lleva los dedos y los antebrazos cargados de sortijas y brazaletes. Su collar de diamantes es famoso. Lo mismo sucede, en realidad, con casi todas sus joyas: la mayoría tienen nombre. Están las esmeraldas Taphir, los rubíes Bertolotti y las perlas Demidoff, y teniendo en cuenta que el precio de la entrada debe de incluir la posibilidad de echar una ojeada a su colección, se las ha puesto con gran prodigalidad, en beneficio de las Girl Scouts.

—Todo el mundo lo pasa bien, ¿no es cierto, Vic? —pregunta—. Por lo menos, deberían pasarlo bien. Mi casa siempre ha sido conocida por su ambiente de hospitalidad así como por su abundancia de tesoros artísticos. Siéntate, Vic —dice—. Siéntate. Descansa un poco. No sé qué haría si no os tuviera a ti y a Theresa.

Pero a Victor no le queda tiempo para sentarse. Debe dirigir la rifa. Vuelve

atravesando el gran salón, luego el veneciano, para cruzar por la armería y llegar a la sala de baile. Se sube a una silla. La orquesta inicia unos compases floreados.

—¡Señoras y caballeros! —anuncia por el megáfono—. Señoras y caballeros, les ruego que me escuchen unos instantes...

Victor sorteá una caja de botellas de whisky, otra de bourbon, una batidora Waring y una segadora mecánica para el césped. Cuando termina la rifa y comienza otra vez el baile, sale a la terraza para respirar un poco de aire fresco, y nosotros lo seguimos y hablamos allí con él.

—¿Victor?

—¡Qué alegría verte otra vez! —exclama—. ¿Qué demonios estás haciendo en Pittsburgh?

Se le ha vuelto entrecano el cabello, siguiendo las pautas convencionales de elegancia. Deben de haberle hecho algo en los dientes, porque su sonrisa es más blanca y más deslumbrante que nunca. La charla es una conversación entre conocidos que llevan diez o quince años sin verse —ya que realmente ha pasado tanto tiempo— sobre esto y lo de más allá, luego sobre Theresa y finalmente acerca de Violet. Al mencionar a Violet, Victor parece entristecerse. Deja el megáfono sobre la balaustrada de piedra y se apoya sobre el borde de metal. Inclina la cabeza.

—Violet tiene ya dieciséis años, ¿sabes? —explica—. Me preocupa mucho. La expulsaron del internado hace cosa de seis semanas. He conseguido que la acepten en otro sitio en Connecticut. Ha costado mucho trabajo. —Respira hondo, sorbiendo el aire por la nariz.

—¿Cuánto tiempo llevas en Pittsburgh, Victor?

—Ocho años —dice. Agita el megáfono en el aire y contempla una estrella a través de él—. Nueve, en realidad —añade.

—¿A qué te dedicas, Victor?

—Ahora mismo estoy sin trabajo. —Deja caer el megáfono.

—¿Dónde vives, Victor?

—Aquí —responde.

—Ya lo sé. Pero ¿dónde en Pittsburgh?

—Aquí —dice, y se echa a reír—. Vivimos aquí. En Salisbury Hall. Pero veo que llega la presidenta del comité y, si me disculpas, voy a darle el informe sobre la rifa. Me alegro mucho de haberte saludado.

Cualquiera —es decir, cualquier persona que no se comiera los guisantes con cuchillo — podía recibir una invitación a Salisbury Hall cuando los Mackenzie fueron allí por vez primera. Acababan de llegar a Pittsburgh, y vivían en un hotel. Fueron con unos amigos para pasar el fin de semana. Había catorce o quince invitados en el grupo, además de Prescott Brownlee, el hijo mayor de la anciana señora. El problema surgió antes de cenar. Prescott se emborrachó en una hostería cerca de la finca, y el

camarero llamó a la señora Brownlee y le dijo que se llevara a su hijo o, de lo contrario, llamaría a la policía. La anciana señora estaba acostumbrada a ese tipo de problemas. A sus hijos les pasaba con mucha frecuencia, pero aquella tarde no sabía a quién acudir en busca de ayuda. Nils, el criado de la casa, odiaba a Prescott. El jardinero se había ido a su casa. Ernest, el mayordomo, era demasiado viejo. Entonces se acordó de la cara de Victor, aunque no había hecho más que entreverla en el vestíbulo cuando se lo habían presentado. Lo encontró en el gran salón y lo llamó aparte. Él creyó que iba a pedirle que preparara los cócteles. Cuando la señora Brownlee le explicó de qué se trataba, él respondió que ayudaría gustoso. Fue en coche a la hostería, y se encontró a Prescott sentado a una mesa. Alguien le había dado un puñetazo en la nariz y tenía la ropa manchada de sangre, pero aún seguía con ganas de pelea, y cuando Victor le dijo que tenía que irse a casa, se levantó agitando los puños. Victor lo derribó. Esto apaciguó a Prescott, que empezó a llorar y se subió obedientemente al coche. Victor volvió a Salisbury Hall por una entrada de servicio. Luego, sosteniendo a Prescott, que no podía andar, lo introdujo en la casa por una puerta lateral que daba a la armería. Nadie los vio. En aquella sala sin calefacción, el aire era frío y cortante. Victor arrastró al borracho que no dejaba de sollozar bajo estandartes reales y gallardetes que colgaban de las alfardas, y junto a la estatua de un hombre a caballo que lucía una armadura ecuestre. Luego subió a Prescott por una escalera de mármol y lo metió en la cama. Después se limpió el serrín del esmoquin, volvió al gran salón y preparó los cócteles.

No habló del incidente con nadie —ni siquiera con Theresa— y el domingo por la mañana la señora Brownlee volvió a hacer un aparte para darle las gracias.

—¡Que Dios lo bendiga, señor Mackenzie! —dijo la anciana—. Es usted un buen samaritano. Cuando ese hombre me llamó ayer por teléfono, no sabía a quién acudir.

Oyeron que alguien se acercaba atravesando el gran salón. Era Prescott. Se había afeitado, curado las heridas y alisado el pelo echándose mucha agua, pero estaba otra vez borracho.

—Me voy a Nueva York —murmuró en dirección a su madre—; Ernest me llevará al aeropuerto. Adiós.

Se dio la vuelta y se alejó a través de la biblioteca y del salón veneciano hasta perderse de vista, y su madre apretó los dientes mientras lo veía marcharse. Luego cogió a Victor de la mano y le dijo:

—Quiero que usted y su encantadora esposa vengan a vivir a Salisbury Hall. Sé que están ustedes en un hotel. La casa siempre ha sido conocida por su ambiente de hospitalidad y por su abundancia de tesoros artísticos. Me harán ustedes un favor. No se trata más que de eso.

Los Mackenzie rechazaron amablemente su ofrecimiento y el domingo por la noche regresaron a Pittsburgh. Pocos días más tarde, al enterarse de que Theresa estaba en cama, la señora Brownlee le envió flores y reiteró su invitación mediante una nota. Los Mackenzie hablaron de ello por la noche.

—Si consideramos la posibilidad de aceptar, hemos de verlo como un acuerdo comercial —dijo Victor—. Hemos de enfocarlo como una respuesta concreta a un problema práctico.

Theresa no había gozado nunca de muy buena salud, y vivir en el campo podía resultarle beneficioso. Aquello fue lo primero que pensaron. Victor tenía un empleo en la ciudad, pero estaba en condiciones de utilizar la estación de ferrocarril más próxima a Salisbury Hall. Hablaron de nuevo con la señora Brownlee, y lograron que aceptara de ellos la cantidad que hubiesen tenido que pagar en otro sitio por el alquiler y la comida, de manera que no se convirtiera en un favor unilateral. Luego se mudaron a unas habitaciones situadas encima del gran salón.

Todo funcionó muy bien. Sus habitaciones eran amplias y tranquilas, y la relación con la señora Brownlee muy placentera. Cualquier sentimiento de estar en deuda que pudieran haber tenido quedaba disipado por el hecho de que le resultaban útiles a su anfitriona, y ¿qué otra persona hubiese querido vivir en Salisbury Hall? Excepto cuando se daban fiestas, más de la mitad de las habitaciones estaban cerradas, y no había suficientes criados para intimidar a las ratas que vivían en el sótano. Theresa emprendió la hercúlea labor de reparar los bordados de la señora Brownlee; había ochenta y seis piezas en total. Nadie se había ocupado de la pista de tenis desde la guerra, y Victor, en los fines de semana, arrancó las malas hierbas y la alisó y volvió a dejarla en buenas condiciones. Aprendió muchísimas cosas sobre la casa de la señora Brownlee y sobre su desperdigada familia, y cuando la anciana se sentía demasiado cansada para enseñar Salisbury Hall a los huéspedes que manifestaban interés, Victor la sustituía con mucho gusto.

—Esta sala —decía— se trasladó entrepaño por entrepaño y piedra por piedra desde una casa de estilo Tudor cercana a la catedral de Salisbury..., el suelo de mármol es parte del suelo del vestíbulo del viejo First National Bank..., el señor Brownlee regaló el salón veneciano a la señora Brownlee por su cumpleaños, y estas cuatro columnas de ónix macizo vinieron de las ruinas de Herculano. Las trajeron flotando por el lago Erie desde Buffalo a Ashtabula... —Victor era también capaz de señalar el árbol donde Spencer Brownlee se había estrellado con su coche, y los rosales que Hester Brownlee plantó cuando estuvo tan enferma. Ya hemos visto lo útil que Victor resultaba en ocasiones, como en el baile donde se recaudaron fondos para las Girl Scouts.

Violet pasaba todo el tiempo en campamentos de verano y en internados.

—¿Por qué vivís aquí? —preguntó la primera vez que fue a visitar a sus padres a Salisbury Hall—. ¡No es más que una vieja ruina mohosa! ¡Un montón de basura!

Quizá la señora Brownlee oyó cómo Violet se burlaba de su casa. En cualquier caso, su actitud ante la hija única de los Mackenzie era de absoluto desagrado, y las visitas de Violet se hicieron poco frecuentes y muy breves. El único de los hijos de la señora Brownlee que aparecía de vez en cuando era Prescott. Luego, una noche, poco después del baile de las Girl Scouts, la dueña de la casa recibió un telegrama de su

hija Hester, que llevaba quince años viviendo en Europa. Se hallaba en Nueva York y llegaría a Pittsburgh al día siguiente.

La señora Brownlee dio la buena noticia a los Mackenzie durante la cena. Estaba encantada.

—Ya veréis cómo os gusta mucho —dijo—. Siempre ha sido igual que una porcelana de Dresde. De pequeña solía estar enferma con frecuencia, e imagino que quizá por eso ha sido siempre mi preferida. ¡Cuánto me gustaría que se quedara! ¡Ojalá hubiera tiempo para pintar sus habitaciones! Tienes que insistirle para que se quede, Victor. No sabes lo feliz que me haría. Insístele para que se quede. Creo que le caerás muy bien.

Las palabras de la señora Brownlee resonaban en el comedor, que tenía las proporciones de un gimnasio; la pequeña mesa donde cenaban había sido colocada junto a una ventana y permanecía separada del resto de la habitación por un biombo; a los Mackenzie les gustaba cenar allí. La ventana les ofrecía un panorama de césped y de escaleras que conducían a un jardín de estilo versallesco ya casi irreconocible como tal. La filigrana de hierro en los techos de los decrepitos invernaderos, el ruido de las fuentes, cuyas tazas estaban desfiguradas y con grietas, el traqueteo del montacargas que subía su insípida cena desde las cocinas del sótano, donde vivían las ratas: los Mackenzie miraban todas estas cosas absurdas con el mayor respeto, como si poseyeran algún auténtico significado. Quizá padecían de una incurable falta de criterio con relación al pasado, o simplemente de una incapacidad para entender que el pasado no influye en nuestra felicidad presente. Pocos días antes, Theresa había encontrado en el tercer piso un dormitorio que estaba lleno de viejas cestitas doradas y con un adorno de lazos mustios, recuerdo de los muchos viajes de la señora Brownlee.

Mientras la dueña de la casa hablaba aquella noche de Hester, no perdía de vista el jardín, y vio, a lo lejos, a un hombre que trepaba por uno de los muros de mármol. Luego una muchacha le pasó una manta, una cesta con comida y una botella, y saltó para caer en sus brazos. Tras ellos penetraron en el jardín otras dos parejas. Se instalaron en el templo del Amor y, amontonando trozos rotos de la celosía, encendieron un pequeño fuego.

—Échalos, Victor —ordenó la señora Brownlee.

Victor se levantó de la mesa, cruzó la terraza, salió al jardín y pidió a los integrantes del grupo que se marcharan.

—Soy un buen amigo de la señora Brownlee —dijo uno de los hombres.

—Eso no importa —respondió Victor—. Tienen ustedes que marcharse.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—¿Y usted quién es?

Victor no contestó. Deshizo el fuego y aplastó las brasas con los pies. Los otros eran más que él y más corpulentos, y se daba cuenta de que, si llegaban a las manos,

probablemente saldría perdiendo, pero el humo del fuego recién apagado obligó al grupo a abandonar el templo y situó a Victor en una posición ventajosa. Se colocó a un tramo de escalones por encima de ellos y miró el reloj.

—Les doy cinco minutos para que se vayan por donde han venido —dijo.

—¡Pero si soy amigo de la señora Brownlee!

—Si es usted amigo de la señora Brownlee —respondió Victor—, entre por la puerta principal. Les doy cinco minutos.

Los otros echaron a andar por el sendero hacia la valla, y Victor esperó hasta que una de las chicas —las tres eran bonitas— hubo pasado del otro lado. Luego volvió al comedor y terminó de cenar mientras la señora Brownlee hablaba incansablemente de su pequeña Hester.

Al día siguiente era sábado, pero Victor lo pasó entero en Pittsburgh, buscando trabajo. No volvió a Salisbury Hall hasta cerca de las cuatro, tenía calor y se sentía sucio. Al pisar el umbral del gran salón, vio que las puertas de la terraza habían sido abiertas y que los empleados de la floristería estaban descargando un camión lleno de naranjos en macetas. Una doncella se acercó a él muy acalorada.

—¡Nils está enfermo y no puede conducir! —exclamó—. La señora Brownlee quiere que vaya usted a la estación a recoger a la señorita Hester. Será mejor que se dé prisa. El tren llega a las cuatro y cuarto. La señora Brownlee dice que no vaya usted en su coche, sino en el Rolls-Royce. Dice que tiene usted permiso para cogerlo.

El tren de las cuatro y cuarto había llegado ya y se había marchado para cuando Victor se presentó en la estación. Hester Brownlee se hallaba de pie en la sala de espera, rodeada de su equipaje. Era una mujer de mediana edad que había mantenido tenazmente su buen aspecto, y que desde lejos podría haber parecido bonita.

—¿Qué tal está usted, señorita Brownlee? —la saludó Victor—. Soy Victor Mackenzie. Me...

—Sí, ya sé —dijo ella—. Prescott me ha informado de todo lo referente a usted. —Miró más allá de donde se encontraba Victor—. Llega tarde.

—Lo siento —se disculpó Victor—, pero su madre...

—Esas son mis maletas —señaló ella. Luego se dirigió hacia el Rolls-Royce y se instaló en el asiento de atrás.

Victor encendió un cigarrillo y se fumó la mitad. Después llevó las maletas al coche y emprendió la marcha hacia Salisbury Hall por una carretera secundaria.

—Se ha equivocado de dirección —exclamó la señorita Brownlee—. ¿Ni siquiera conoce usted el camino?

—No voy por el sitio habitual —respondió Victor pacientemente—, pero se debe a que hace años construyeron una fábrica junto a la carretera, y el tráfico es muy intenso a la hora en que termina el trabajo. Llegaremos antes por aquí. Me imagino que va a notar muchos cambios en toda esta zona. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que estuvo usted en Salisbury Hall, señorita Brownlee? —Su pregunta no obtuvo respuesta, y, pensando que quizá ella no lo hubiese oído, repitió la frase—:

¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que estuvo usted en Salisbury Hall, señorita Brownlee?

El resto del camino lo hicieron en silencio. Al llegar a la casa, Victor descargó las maletas y las colocó junto a la puerta. La señorita Brownlee las contó en voz alta. Luego abrió el bolso y le tendió a Victor una moneda de veinticinco centavos.

—¡Vaya, gracias! —dijo Victor—. ¡Muchísimas gracias!

Bajó al jardín para calmar su indignación paseando, y decidió no contarle a Theresa aquel episodio. Finalmente subió al piso de arriba. Su mujer trabajaba en uno de los escabeles con bordados. La habitación que usaban como saloncito estaba abarrotada de objetos con bordados a medio reparar. Theresa lo abrazó con ternura, como hacía siempre que pasaban todo el día sin verse. Victor había terminado de vestirse cuando una doncella llamó a la puerta.

—La señora Brownlee quiere verlos, a los dos —dijo—. Está en su despacho. Ahora mismo.

Theresa se aferró al brazo de su marido mientras bajaban la escalera. El despacho, una habitación sucia y con demasiados muebles, situada junto al ascensor, se hallaba brillantemente iluminada. La señora Brownlee, de gran gala, los recibió sentada tras el escritorio de su marido.

—Sois la gota que hace rebosar el vaso, uno y otro —les dijo secamente cuando entraron—. Cerrad la puerta; no quiero que me oiga todo el mundo. La pequeña Hester vuelve a casa por primera vez después de quince años, y nada más bajarse del tren tienes que insultarla. Durante nueve años habéis disfrutado del privilegio de vivir en esta hermosa casa, una de las maravillas del mundo, y ¿cómo me correspondéis? ¡Esto es la gota que hace rebosar el vaso! Prescott me ha dicho muchas veces que no me fiara de vosotros, de ninguno de los dos; Hester opina lo mismo, y poco a poco yo también estoy empezando a darme cuenta.

La anciana señora, extravagantemente pintada y rebosante de malhumor, esgrimía contra los Mackenzie todo el poder de los ángeles. Su vestido plateado brillaba como el atavío de san Miguel, y en la mano derecha empuñaba el trueno y el relámpago, la muerte y la destrucción.

—Todo el mundo ha estado previniéndome contra vosotros desde hace años —prosiguió—. Y quizá no queráis hacer las cosas mal, puede que solo tengáis mala suerte, pero una de las primeras cosas que Hester ha notado es que faltan la mitad de los bordados. Tú, Theresa, siempre estás arreglando la silla en la que quiero sentarme. Y tú, Victor, me dijiste que habías reparado la pista de tenis, y, claro está, yo no sé nada de eso porque no juego al tenis, pero cuando invité a los Beardon la semana pasada me dijeron que la pista estaba inutilizable, y puedes imaginarte el mal rato que pasé, y esas personas que echaste anoche del jardín han resultado ser los hijos de un amigo muy querido del difunto señor Brownlee. Además, lleváis dos semanas de retraso en el pago de la renta.

—Le enviaré el dinero —dijo Victor—. Nos iremos inmediatamente.

Theresa no había soltado el brazo de su marido durante toda la entrevista, y ambos salieron juntos del despacho. Estaba lloviendo, y Ernest había empezado a colocar cubos en el salón veneciano porque en el techo con forma de cúpula había aparecido una gotera.

—¿Podría ayudarme con las maletas? —preguntó Victor. El viejo mayordomo debía de haber oído la entrevista con la señora Brownlee, porque no contestó.

En las habitaciones de los Mackenzie se habían acumulado objetos de valor sentimental, como fotografías, piezas de plata y otras cosas parecidas. Theresa empezó a guardarlas apresuradamente. Victor bajó al sótano y recogió sus maletas. Hicieron el equipaje a toda prisa —sin pararse siquiera a fumar un cigarrillo—, pero les llevó todo lo que quedaba de la tarde. Cuando terminaron, Theresa retiró la ropa de la cama y puso las toallas usadas en un cesto. Victor bajó las maletas. Escribió una postal al internado donde se encontraba Violet, diciéndole que Salisbury Hall no sería ya su dirección a partir de aquel momento. Y esperó a Theresa junto a la puerta principal.

—¿Adónde iremos, cariño? —murmuró ella al reunirse con él.

Esperó bajo la lluvia a que Victor trajera el coche, y solo Dios sabe dónde fueron a parar cuando salieron de Salisbury Hall.

Solo Dios sabe adónde fueron, pero, para efectos de nuestro relato, los veremos reaparecer, años después, en un lugar de veraneo en la costa de Maine llamado Horsetail Beach. Victor tenía un empleo en Nueva York, y habían ido en coche a Maine para pasar las vacaciones. Violet no estaba con ellos: se había casado, vivía en San Francisco y tenía un hijo pequeño. No escribía a sus padres y Victor estaba al tanto de que su actitud hacia él era de amargo resentimiento, aunque ignoraba por qué. El distanciamiento de su única hija angustiaba a Victor y a Theresa, pero muy pocas veces conseguían hablar de ello. Helen Jackson, su anfitriona en Horsetail Beach, era una mujer joven muy animosa y con cuatro hijos. Divorciada. En su casa había arena por todas partes, y la mayoría de los muebles estaban rotos. Los Mackenzie llegaron allí una noche tormentosa, cuando el viento del norte atravesaba sin contemplaciones las paredes de la casa. Su anfitriona cenaba fuera, y tan pronto como llegaron ellos, la cocinera se puso el sombrero y el abrigo y salió camino del cine, dejándolos a cargo de los niños. Subieron las maletas pisando por la escalera varios trajes de baño todavía húmedos, acostaron a los niños y se instalaron en la fría habitación para huéspedes.

Por la mañana, su anfitriona les preguntó si les importaba que fuera a Camden a la peluquería. A primera hora de la tarde iba a ofrecer una fiesta en honor de los Mackenzie, aunque era el día libre de la cocinera. Helen prometió estar de vuelta para las doce, y como a la una no había vuelto aún, Theresa preparó el almuerzo. A las tres, su anfitriona los telefoneó desde Camden para decir que acababa de salir de la

peluquería, ¿le importaría mucho a Theresa adelantar un poco la preparación de los canapés? Theresa hizo los canapés. Luego barrió la arena del cuarto de estar y recogió los trajes de baño húmedos. Helen Jackson regresó por fin de Camden, y los invitados empezaron a llegar a las cinco. Hacía frío y el tiempo era tormentoso. Victor tiritaba dentro de su traje blanco de seda. La mayoría de los invitados eran gente joven, se negaban a beber cócteles e ingerían en cambio ginger-ale, y también cantaban, reunidos en torno al piano. Esa no era precisamente la idea que los Mackenzie tenían de una fiesta agradable. Helen Jackson intentó sin éxito atraerlos al círculo de sonrisas tan cordiales como desprovistas de significado, de saludos y de apretones de manos sobre los que aquella reunión, como cualquier otra, estaba montada. Todos los invitados se marcharon a las seis y media, y los Mackenzie y su anfitriona cenaron los canapés que habían sobrado.

—¿Te importaría mucho llevar a los niños al cine? —le preguntó Helen Jackson a Victor—. Les prometí que irían al cine si se portaban bien durante la fiesta, y han sido unos verdaderos ángeles; no me gustaría nada darles un chasco, y yo estoy completamente muerta.

A la mañana siguiente aún seguía lloviendo. Victor advertía en el rostro de su mujer que la casa y el mal tiempo le suponían un tremendo gasto de energía. La mayoría de nosotros estamos acostumbrados a los inconvenientes de una casa de verano cuando llueve y hace frío, pero no era ese el caso de Theresa. Los somieres de hierro y los visillos de papel tenían un poder desproporcionado sobre su espíritu, como si no se limitaran a ser objetos feos en sí mismos, sino que amenazaran con trastornar su sentido común. Durante el desayuno, su anfitriona sugirió que dieran un paseo en coche bajo la lluvia.

—Sé que hace muy mal tiempo —dijo—, pero podéis ir hasta Camden, que es una manera de matar el tiempo, ¿no es cierto?, y pasaréis por muchos pueblecitos maravillosos, y si llegáis hasta Camden, podéis ir a la biblioteca y sacar *El cáliz de plata*. Hace ya muchos días que me lo tienen reservado, pero nunca encuentro el momento de ir a buscarlo. La biblioteca está en Estrella Lane.

Los Mackenzie fueron hasta Camden y consiguieron *El cáliz de plata*. Cuando regresaron había otro trabajo para Victor. La batería del coche de Helen Jackson estaba descargada. La llevó al taller, le prestaron otra y la instaló. Luego, a pesar del mal tiempo, intentó bañarse en la playa, pero las olas eran tan fuertes y venían tan llenas de arena y piedrecitas que después de sumergirse una vez renunció y volvió a la casa. Al entrar en el cuarto de huéspedes con el traje de baño todavía húmedo, Theresa alzó el rostro y Victor vio que estaba llorando.

—Cariño —dijo—, echo de menos nuestra casa.

Aquel comentario era de difícil interpretación, incluso para Victor. Su único hogar era un estudio en Nueva York, que, con su cocina diminuta y su sofá cama resultaba extrañamente juvenil y provisional para aquellos abuelos. La nostalgia de Theresa solo podía referirse a un conjunto de fragmentos de distintas casas. Sin duda hablaba

de otra cosa.

—Entonces nos iremos —decidió él—. Saldremos muy de mañana. —Y luego, al notar cómo Theresa se animaba con aquellas palabras, continuó—: Cogemos el coche y seguiremos adelante, y adelante, y adelante. Llegaremos a Canadá.

Cuando a la hora de cenar le dijeron a Helen Jackson que se marcharían a la mañana siguiente, ella pareció sentirse aliviada. Sacó un mapa de carreteras y marcó con un lápiz el mejor camino hasta Ste. Marie y la frontera atravesando las montañas. Los Mackenzie hicieron el equipaje después de cenar y se marcharon muy pronto a la mañana siguiente. Helen salió al camino de grava para despedirse de ellos. No se había vestido aún y llevaba en la mano una cafetera de plata.

—Ha sido maravilloso teneros aquí —declaró—, aunque el tiempo no haya acompañado en absoluto. Puesto que habéis decidido cruzar la frontera por Ste. Marie, ¿os importaría mucho deteneros un momento y devolver a tía Marly su cafetera de plata? Me la prestó hace años, y me ha estado escribiendo cartas amenazadoras y telefoneándome, así que basta con que se la dejéis en la puerta y salgáis corriendo. Su nombre es señora Sauer. La casa está muy cerca de la carretera principal.

Dio unas indicaciones muy sumarias a los Mackenzie, besó a Theresa y le pasó la cafetera.

—Ha sido estupendo teneros aquí —gritó mientras se alejaban.

En Horsetail Beach las olas seguían siendo fuertes y el viento muy frío cuando los Mackenzie dieron la espalda al océano Atlántico. El ruido y el olor del mar se fue debilitando. Hacia el interior, el cielo parecía despejarse. El viento venía del oeste, y la cubierta de nubes empezó a verse desplazada por la luz y el movimiento. Los Mackenzie llegaron a una zona algo escarpada de tierras de cultivo. Era un paisaje que no habían visto nunca, y a medida que las densas nubes se iban abriendo y la luz entraba a raudales, Theresa fue sintiéndose mejor. Tuvo la impresión de estar en una casa a la orilla del Mediterráneo, abriendo puertas y ventanas. Era una casa en la que no había estado nunca. Solo habían visto una fotografía, años atrás, en una tarjeta postal. Las paredes de la casa, de color azafrán, llegaban directamente hasta el agua azul, y todas las puertas y las ventanas se hallaban cerradas. Ahora ella las estaba abriendo. Comenzaba el verano. Ella abría puertas y ventanas, y, asomándose hacia la luz desde una de las más altas, veía una única vela, que desaparecía en dirección a África, llevándose consigo al perverso rey. ¿De qué otra manera podía explicar la sensación de absoluta felicidad que la embargaba? Estaba en el coche con el brazo y el hombro pegados a los de su marido, como hacía siempre. Al llegar a las montañas, Theresa se dio cuenta de que el aire parecía más fresco y más ligero allí, pero la imagen de abrir puertas y ventanas —puertas que se atascaban en el umbral, ventanas con postigos, ventanas batientes, ventanas de guillotina, y todas ellas con vistas sobre el mar— continuó presente en su cabeza hasta que, al atardecer, llegaron, descendiendo, hasta Ste. Marie, un pequeño lugar de veraneo junto a un río.

—Condenada mujer —dijo Victor—. La casa de la señora Sauer no estaba donde Helen había dicho que la encontrarían.

Si la cafetera no hubiese tenido aspecto de ser un objeto valioso, la habría arrojado a la cuneta sin preocuparse de más. Se metieron por una carretera de tierra que discurría paralela al río, y se detuvieron en una gasolinera para que los orientaran.

—Sí, sí —dijo el hombre—. Claro que sé dónde viven los Sauer. Su desembarcadero está justo al otro lado de la carretera, y el que lleva la lancha se hallaba aquí hace un minuto. —Abrió la puerta de tela metálica y gritó poniendo las manos a los lados de la boca—: ¡Perley! Hay unas personas que quieren ir a la isla.

—Solo se trata de devolver una cosa —aclaró Victor.

—Él los llevará. A esta hora del día es un paseo muy bonito. No tiene nada que hacer. Se pasa aquí la mayor parte del tiempo hablando por los codos. ¡Perley! ¡Perley!

Los Mackenzie cruzaron la carretera hasta donde un torcido embarcadero se adentraba en el agua. Un anciano estaba sacando brillo a los adornos metálicos de una lancha.

—Los llevo y luego los traigo en un santiamén —dijo.

—Yo te esperaré aquí —decidió Theresa.

Los árboles crecían inclinados en las dos riberas; en algunos sitios tocaban el agua. El río era muy ancho en aquel punto, y al curvarse entre las montañas, Theresa veía su curso, aguas arriba, por espacio de varios kilómetros. La amplitud del paisaje le agradó, y apenas oyó la conversación entre Victor y el barquero.

—Dígale a la señora que venga —sugirió el anciano.

—¿Theresa?

Ella se volvió, y Victor le tendió la mano para que subiese a la lancha. El barquero se encasquetó una sucia gorra de capitán de yate, y se pusieron en marcha aguas arriba. La corriente era fuerte, y la lancha avanzaba lentamente; al principio no distinguían ninguna isla, pero luego vieron cómo luz y agua separaban de la orilla lo que les había parecido una península. Atravesaron algunos pasajes angostos y, después de hacer un giro muy brusco —todo aquello les resultaba extraño y nuevo—, llegaron a un desembarcadero situado en una cala. Victor tomó una senda que llevaba hasta una casa de madera de aire anticuado y color de miel. El emparrado que unía la casa con el jardín estaba hecho con troncos de cedro, de los que —entre las rosas— colgaban tiras de corteza desprendidas. Victor llamó al timbre. Una vieja criada abrió la puerta y lo condujo, atravesando la casa, hasta el porche, donde la señora Sauer se hallaba sentada con un trabajo de costura sobre el regazo. Le dio las gracias por traerle la cafetera y, cuando Victor estaba a punto de marcharse, le preguntó si había venido solo.

—Mi mujer está conmigo —dijo él—. Vamos camino de Quebec.

—Bueno, como Talbot solía decir, ha llegado el momento de empezar a beber —

respondió la anciana—. Si usted y su mujer se quedaran el tiempo suficiente para tomar un cóctel conmigo, me harían muy feliz. No se trata más que de eso.

Victor salió a buscar a Theresa, que esperaba junto al emparrado, y la condujo hasta el porche.

—Ya sé que ustedes, la gente joven, siempre tienen mucha prisa —dijo la anciana—. Me doy cuenta de lo amable que son deteniéndose aquí, pero mi marido y yo hemos estado muy solos todo el verano. Aquí me tienen, haciendo dobladillos para los visillos de la habitación de la cocinera. ¡Qué aburrimiento! —Alzó la labor y la dejó caer—. Y puesto que han sido tan amables de quedarse a tomar un cóctel, voy a pedirles otro favor. Le voy a pedir a usted que prepare los cócteles. Agnes, la persona que le ha abierto la puerta, los prepara de ordinario, pero echa demasiada agua a la ginebra. Encontrará todo lo necesario en la antecocina. No tiene más que cruzar el comedor.

Alfombras hechas por los navajos cubrían el suelo del amplio cuarto de estar. El hogar de la chimenea era de piedras sin desbastar, y encima, por supuesto, había una cornamenta de ciervo. Al final de un comedor grande y más bien sombrío, Victor encontró la antecocina. La anciana criada le llevó la coctelera y las botellas.

—Me alegro de que se queden —comentó—. Sabía que iba a proponérselo. Se ha pasado el verano tan sola que me preocupa. Es una mujer encantadora, se lo aseguro, pero últimamente ha cambiado mucho. Empieza a beber a las once de la mañana. A veces incluso antes.

La coctelera era un trofeo de una competición de vela. La bandeja de plata maciza había sido un regalo de los colaboradores financieros del señor Sauer.

Cuando Victor regresó al porche, Theresa estaba cosiendo los visillos para el cuarto de la cocinera.

—¡Qué agradable es notar otra vez el sabor de la ginebra! —exclamó la anciana señora Sauer—. No sé qué es lo que Agnes cree conseguir aguando los cócteles. Es una criada extraordinariamente fiel y útil, pero se está haciendo vieja, se está haciendo vieja. A veces tengo la impresión de que ha perdido un tornillo. Esconde las escamas de jabón en la nevera y, por la noche, duerme con una hacha debajo de la almohada.

—¿A qué regalo de la fortuna debemos esta encantadora visita? —preguntó el anciano caballero al reunirse con ellos. Se quitó los guantes de trabajar en el jardín y guardó las tijeras de cortar las rosas en un bolsillo de su chaqueta de cuadros.

—¿No es muy amable por su parte que estos chicos hayan aceptado quedarse a tomar una copa con nosotros? —dijo la señora Sauer, después de hacer las presentaciones. El anciano no pareció sorprenderse al oír que su esposa llamaba «chicos» a los Mackenzie—. Vienen de Horsetail y se dirigen hacia Quebec.

—Mi mujer y yo siempre hemos detestado Horsetail Beach —declaró el anciano caballero—. ¿Cuándo piensan llegar a Quebec?

—Esta noche —respondió Victor.

—¿Esta noche? —preguntó la señora Sauer.

—Dudo que lleguen a Quebec esta noche —dijo su marido.

—Imagino que podrán hacerlo —comentó la anciana—, tal como conducen ustedes, los chicos de hoy en día, pero llegarán más muertos que vivos. Quédense a cenar y pasen aquí la noche.

—Sí, por favor, quédense a cenar —insistió su marido.

—Se quedan, ¿verdad? —preguntó la señora Sauer—. ¡No estoy dispuesta a aceptar un no por respuesta! La edad me concede muchos privilegios, y si dicen que no, haré profesión de sordera y fingiré que no los oigo. Y ahora que ya han decidido quedarse, prepárenos otra ronda de esos deliciosos cócteles y dígame a Agnes que dormirán en la habitación de Talbot. Hágalo con mucho tacto. No le gustan nada los huéspedes. Recuerde que es muy vieja.

Victor regresó con el trofeo de la competición de vela al interior de la casa, que, a pesar de sus muchas ventanas de grandes proporciones, parecía ya una cueva en los primeros momentos del atardecer.

—Mi mujer y yo nos quedamos a cenar y pasaremos aquí la noche —le dijo a Agnes—. La señora Sauer ha dicho que utilicemos la habitación de Talbot.

—Vaya, eso está bien. Quizá se anime un poco. Ha sufrido mucho en la vida, y creo que le ha afectado mentalmente. Sabía que iba a proponérselo, y me alegro de que se queden. Son más platos que fregar y más camas que hacer, pero también es más... es más...

—¿Más movido?

—Eso es, eso es. —La anciana criada se echó a reír—. Me recuerda usted un poco al señor Talbot. Siempre bromeaba conmigo cuando venía a preparar los cócteles. Que Dios se apiade de él. Cuesta trabajo hacerse a la idea —comentó con tristeza.

Al atravesar de nuevo el cuarto de estar con aspecto de cueva, Victor oyó a Theresa y a la señora Sauer, que hablaban del aire de la noche, y se dio cuenta de que una brisa fresca estaba descendiendo de las montañas. Lo notó en la habitación. Aunque invisibles por la oscuridad, había flores en algún sitio, y el aire de la noche realzaba su olor y el de las grandes piedras de la chimenea, con lo que el cuarto de estar olía como una cueva con flores dentro.

—Todos dicen que el paisaje es muy parecido al de Salzburgo —dijo la señora Sauer—, pero yo soy muy patriota y no creo que el paisaje mejore con esas comparaciones. No obstante, sí parece mejorar cuando se está bien acompañado. Solíamos tener huéspedes en otro tiempo, pero ahora...

—Sí, sí —intervino el anciano caballero, dando un suspiro. Destapó una botella de esencia de limón y se frotó las muñecas y la nuca.

—¡Ya está! —dijo Theresa—. ¡Terminados los visillos de la cocinera!

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! —dijo la señora Sauer—. Y si ahora alguien tuviera la amabilidad de darme las gafas, admiraría tu labor. Están sobre la repisa de

la chimenea.

Victor encontró las gafas: no donde ella había dicho, sino en una mesa próxima. Se las dio y luego se paseó arriba y abajo por el porche unas cuantas veces. Consiguió dar la impresión de que ya no era un invitado casual, sino que se había convertido en un miembro de la familia. Se sentó en los escalones, y Theresa fue a reunirse con él.

—Míralos —dijo la anciana señora a su marido—. ¿No te reconforta ver, para variar, a una pareja de gente joven que se quiere...? Eso ha sido el cañonazo de la puesta de sol. Mi hermano George compró ese cañón para el club náutico. Era su orgullo y su satisfacción. ¿No es cierto que está muy tranquila la noche?

Pero las miradas tiernas y los gestos que la señora Sauer interpretaba como manifestaciones de amor puro eran los gestos de unos chicos sin hogar de verano que habían conseguido un indulto momentáneo. ¡Qué delicioso, qué impagable les parecía aquel instante! Brillaban las luces en otra isla. Recortado contra el crepúsculo se veía el entarimado de hierro del techo roto de un invernadero. Pobres urracas. Su aspecto y sus ademanes eran inocentes; sus huesos, endebles. De hecho, representaban a los muertos. Marchaos, marchaos, cantaban el viento, los árboles y la hierba, pero no cantaban para los Mackenzie, que volvieron la cabeza para escuchar a la anciana señora Sauer.

—Me voy a poner el vestido verde de terciopelo —dijo—, pero si no tenéis ganas de cambiaros para la cena...

Aquella noche, mientras servía la mesa, a Agnes le pareció que no había visto un grupo tan alegre desde hacía mucho tiempo. Y después de cenar los oyó jugar al billar en la mesa comprada para el pobre Talbot, que estaba muerto. Llovió un poco, pero, a diferencia de la lluvia en Horsetail Beach, allí no fue más que un suave chaparrón de montaña que pasó en seguida. La señora Sauer bostezó a las once, y dejaron de jugar. Se dieron las buenas noches en el descansillo del primer piso, junto a las fotografías de la tripulación de Talbot, del poni de Talbot y de su promoción en la universidad.

—Buenas noches, hasta mañana —les deseó la señora Sauer, y luego adoptó un aire decidido, dispuesta a prescindir de las restricciones impuestas por la buena crianza, y añadió—: Estoy encantada de que accedierais a quedaros. No os puedo decir lo mucho que significa. Me... —Se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—Es maravilloso estar aquí —declaró Theresa.

—Buenas noches, chicos —repitió la señora Sauer.

—Buenas noches, hasta mañana —dijo el señor Sauer.

—Buenas noches —dijo Victor.

—Buenas noches —dijo Theresa.

—Que durmáis bien —añadió la señora Sauer—, y que tengáis dulces sueños.

Diez días después, los dueños de la casa esperaban otros invitados: unos primos jóvenes llamados Wycherly. Nunca habían estado antes allí, y aparecieron por el camino del embarcadero a última hora de la tarde. Victor les abrió la puerta.

—Soy Victor Mackenzie —se presentó alegremente. Llevaba unos pantalones

cortos de jugar al tenis y un jersey, pero cuando se inclinó para coger una maleta, las rodillas le crujieron con estrépito—. Los Sauer han salido a dar un paseo en coche con mi mujer —explicó—. Estarán de vuelta para las seis, cuando llegue el momento de empezar a beber. —Los primos lo siguieron, atravesando el gran cuarto de estar y después escaleras arriba—. La señora Sauer les ha asignado la habitación del tío George —dijo Victor—, porque tiene las mejores vistas y más agua caliente que las demás. Es la única habitación que se le ha añadido a la casa desde que el padre del señor Sauer la construyó en 1903...

Los invitados no sabían muy bien qué pensar de Victor. ¿Era también un primo? ¿Un tío, tal vez? ¿Un pariente pobre? Pero la casa era cómoda y el día espléndido, y al final aceptarían a Victor por lo que parecía ser, y lo que parecía ser era un hombre francamente feliz.

LAS AMARGURAS DE LA GINEBRA

Era domingo por la tarde, y, desde su dormitorio, Amy oyó llegar a los Bearden, seguidos, poco después, por los Farquarson y los Parminter. Siguió leyendo *Belleza negra* hasta que el instinto le dijo que quizá estuviesen comiendo algo bueno. Entonces cerró el libro y bajó la escalera. La puerta del cuarto de estar se hallaba cerrada, pero a través de ella se oía ruido de risas y de gente hablando en voz muy alta. Debían de estar cotilleando o algo aún peor, porque se callaron todos cuando la niña entró en el cuarto.

—Hola, Amy —la saludó el señor Farquarson.

—Te están hablando, Amy —dijo su padre.

—¿Qué tal está, señor Farquarson? —dijo ella.

Permaneció apartada del grupo durante un minuto, hasta que reanudaron la conversación; se deslizó entonces junto a la señora Farquarson, y pudo abalanzarse sobre el plato de cacahuets y coger un puñado.

—¡Amy! —la riñó el señor Lawton.

—Lo siento, papá —dijo ella, saliendo del círculo en dirección al piano.

—Deja esos cacahuets —ordenó su padre.

—Los he manoseado, papá —respondió ella.

—Bueno, ofrece el plato a los demás, cariño —dijo su madre con voz dulce—.

Quizá alguien más quiera cacahuets.

Amy se llenó la boca con los que había cogido, volvió junto a la mesita del café y fue presentando el plato con los cacahuets.

—Gracias, Amy —le dijeron las personas mayores, cogiendo uno o dos.

—¿Qué te parece tu nuevo colegio, Amy? —preguntó la señora Bearden.

—Me gusta —respondió ella—. Los colegios privados me gustan más que los institutos. No se parecen tanto a una fábrica.

—¿En qué curso estás? —preguntó la señora Bearden.

—En cuarto —contestó ella.

Su padre cogió el vaso del señor Parminter y el suyo propio, y se levantó para ir al comedor y volver a llenarlos. Amy se sentó en la silla que había dejado libre el señor Lawton.

—No ocupes el asiento de tu padre, Amy —dijo su madre, sin darse cuenta de que las piernas de la niña estaban cansadas de montar en bicicleta, mientras que su padre no había hecho otra cosa que permanecer sentado durante todo el día.

Al dirigirse hacia las puertas vidrieras que daban a la terraza, Amy oyó que su madre empezaba a hablar de la nueva cocinera. Era un buen ejemplo de los interesantes temas de conversación que encontraban.

—Será mejor que guardes la bicicleta en el garaje —dijo su padre al volver con los vasos llenos—. Parece que va a llover.

Amy salió a la terraza y examinó el cielo, pero no estaba muy nublado, no llovería, y el consejo del señor Lawton, como todos los suyos, era perfectamente superfluo. Siempre se estaban metiendo con ella: «Guarda la bicicleta»; «Ábrele la puerta a la abuelita, Amy»; «Da de comer al gato», «Haz los deberes»; «Ofrece el plato de los cacahuetes»; «Ayuda a la señora Bearden a llevar los paquetes»; «Amy, procura cuidar más tu aspecto»...

Todos los invitados se pusieron en pie, y su padre salió hasta la puerta de la terraza y la llamó.

—Nos vamos a cenar a casa de los Parminter —anunció—. La cocinera está aquí, de manera que no te vas a quedar sola. No dejes de acostarte a las ocho como una buena chica. Y ahora ven a darme un beso y las buenas noches.

Después de que se hubieron marchado los coches, Amy cruzó la cocina hasta llegar al dormitorio de la cocinera y llamó a la puerta.

—Pasa —dijo una voz, y cuando la niña entró, vio a la cocinera, que se llamaba Rosemary, con el albornoz puesto, leyendo la Biblia. Rosemary sonrió a Amy. Tenía una sonrisa dulce y sus viejos ojos eran azules—. ¿Tus papas se han vuelto a marchar? —preguntó.

Amy asintió con la cabeza, y la anciana la invitó a sentarse.

—Parece que lo pasan bien, ¿no es cierto? Durante los cuatro días que llevo aquí, todas las noches han salido o tenían invitados a cenar. —Puso la Biblia boca abajo sobre el regazo y sonrió, aunque no a Amy—. Claro está que lo que se bebe en esta casa queda justificado por razones sociales, y además, lo que hagan tus padres no es asunto mío, ¿verdad? Pero me preocupa la bebida más que a la mayoría de la gente debido a mi pobre hermana. Mi pobre hermana bebía demasiado. Durante diez años fui a verla los domingos por la tarde, y la mayor parte del tiempo estaba *non compos mentis*. A veces la encontraba acurrucada en el suelo con una o dos botellas de jerez vacías al lado. A veces podría haberle parecido serena a un extraño, pero yo me daba cuenta en un segundo por la manera que tenía de hablar de que estaba tan borracha que ya no era ella misma. Ahora mi pobre hermana se ha ido, y ya no tengo a nadie a quien visitar.

—¿Qué le pasó a tu hermana? —preguntó Amy.

—Era una persona encantadora, con la piel de melocotón y el pelo rubio —dijo Rosemary—. La ginebra pone contentas a algunas personas (les hace reír y llorar), pero a mi hermana solo conseguía entristecerla y hacerla más reservada. Cuando bebía, se metía dentro de sí misma. La bebida la empujaba a llevar la contraria. Si yo hablaba del buen tiempo que hacía, ella respondía que me equivocaba. Si decía que estaba lloviendo, ella aseguraba que se aclaraba el cielo. Me corregía todo lo que decía, por insignificante que fuera. Murió un verano en el hospital Bellevue, mientras yo trabajaba en Maine. Ella era toda la familia que me quedaba.

La sinceridad con la que Rosemary le hablaba logró que Amy se sintiera como una persona mayor, y por una vez no le costó trabajo ser cortés.

—Debes de echar mucho de menos a tu hermana —dijo.

—Ahora mismo estaba pensando en ella. También se dedicaba al servicio doméstico, como yo, un trabajo en el que se está muy sola. Vives rodeada de una familia, y, sin embargo, nunca formas parte de ella. Con frecuencia hieren tu orgullo. La dueña de la casa resulta condescendiente y desconsiderada. No me estoy quejando de las señoras con las que he trabajado. Es la naturaleza misma de la relación. Piden ensalada de pollo, y tú te levantas antes de que amanezca para ganar tiempo, y nada más terminar la ensalada de pollo, cambian de idea y quieren sopa de marisco.

—Mi madre cambia de idea todo el tiempo —dijo Amy.

—A veces estás en un sitio en el campo donde no hay nadie que te ayude. Estás cansada, pero no tan cansada como para sentirte sola. Sales al porche de servicio cuando has terminado de fregar, con ánimo de disfrutar de la creación divina, y aunque la fachada de la casa quizá tenga una hermosa vista del lago o de las montañas, la vista desde atrás nunca es gran cosa. Pero está el cielo y los árboles y las estrellas y los pájaros cantando, y el placer de que los pies te descansen un poco. Pero entonces los oyes en la parte delantera, riendo y hablando con sus invitados y sus hijos e hijas. Y si eres nueva y los oyes cuchichear, puedes estar segura de que hablan de ti. Eso hace que desaparezca todo el placer.

—Oh —dijo Amy.

—He trabajado en toda clase de sitios: lugares donde había ocho o nueve personas de servicio y otros en los que esperaban que quemara yo misma la basura en las noches de invierno, y también que quitara la nieve con una pala. En una casa donde hay muchos criados suele haber algún demonio entre ellos (un viejo mayordomo o una doncella) que trata de hacerte la vida imposible desde el primer momento. «A la señora no le gustan las cosas así», o «A la señora no le gustan las cosas así», o «Llevo veinte años con la señora», te dicen. Hace falta ser muy diplomático para entenderse con ellos. Luego están las habitaciones que te asignan, y todas las que he visto siempre son muy tristes. Si llevas una botella en la maleta, al principio tienes unas tentaciones terribles de echar un trago para animarte. Pero yo tengo un carácter muy fuerte. Con mi pobre hermana era distinto. Solía quejarse de nerviosismo, pero, mientras estaba aquí sentada pensando en ella esta noche, me preguntaba si realmente sufrió de nerviosismo. Me pregunto si no lo inventaría todo. Quizá era que no valía para el servicio doméstico. Hacia el final, solo conseguía trabajo en el campo, en sitios adonde nadie quería ir, y nunca duraba mucho más de una semana o dos. Tomaba un poco de ginebra para que se le pasara el nerviosismo, luego otro poco para el cansancio, y cuando se había bebido su propia botella y todo lo que podía robar, se enteraban en el resto de la casa. Normalmente se producía un enfrentamiento, y a mi pobre hermana le gustaba tener siempre la última palabra. ¡Si estuviera en mi mano, habría una ley contra ello! No es asunto mío aconsejarte que le

quites nada a tu padre, pero me sentiría orgullosa de ti si de vez en cuando le vaciaras la botella de ginebra en el fregadero. ¡No es más que una porquería! Pero me ha venido bien hablar contigo, corazón. Has conseguido que no eche tanto de menos a mi pobre hermana. Ahora voy a leer la Biblia un poco más, y luego te prepararé algo de cenar.

Los Lawton habían tenido un mal año con las cocineras: llevaban cinco hasta el momento. La llegada de Rosemary hizo que Marcia Lawton recordara una vaga teoría sobre compensaciones; había sufrido y ahora recibía el premio. Rosemary era limpia, trabajadora, y alegre, y su cocina —como decían los Lawton— comparable con la del mejor restaurante francés. El miércoles por la noche después de cenar, la cocinera cogió el tren de Nueva York, prometiendo regresar al día siguiente, a última hora de la tarde. El jueves por la mañana, Marcia entró en el cuarto de Rosemary. Era una precaución desagradable, pero convertida ya en habitual. La ausencia de objetos personales —un paquete de cigarrillos, una pluma estilográfica, un despertador, una radio, o cualquier otra cosa que pudiera ligar a la anciana con su habitación— hizo que la señora Lawton tuviera la desagradable sensación de estar siendo engañada, como le había sucedido en anteriores ocasiones con otras cocineras. Abrió la puerta del armario y vio un único uniforme colgado de una percha y, en el suelo, la vieja maleta de Rosemary y las playeras blancas que usaba en la cocina. La maleta estaba cerrada con llave, pero cuando Marcia la levantó, tuvo la impresión de que se encontraba casi vacía.

El señor Lawton y Amy fueron a la estación el jueves después de cenar, para esperar el tren de las ocho y dieciséis. El paseo en el coche descapotable, el aire tonificante, el resplandor de las estrellas, y la compañía de su padre hicieron que la niña se sintiera a gusto con el mundo. La estación de ferrocarril de Shady Hill se parecía a las de las viejas películas que había visto en la tele, donde alguien salía a esperar a detectives o a espías, a barbazules y a sus confiadas víctimas, para llevarlos en coche hasta remotas y aisladas fincas. A Amy le gustaba la estación, particularmente cuando se hacía de noche. Se imaginaba que quienes viajaban en los trenes de cercanías cumplían misiones mucho más urgentes y siniestras que volver a su casa después del trabajo. Excepto cuando caía una nevada o la niebla era espesa, el coche club en el que viajaba su padre parecía tener el brillo superficial y la monotonía del resto de su existencia. Los trenes de cercanías que circulaban a horas fuera de lo común pertenecían a un mundo de contrastes más violentos, en el que a Amy le gustaría vivir.

Llegaron unos minutos antes de la hora, y Amy se bajó del automóvil y se situó sobre el andén. Se preguntó para qué servirían los flecos de cuerda que colgaban sobre las vías en los dos extremos de la estación, pero también sabía por experiencia que era mejor no preguntárselo a su padre, porque no sería capaz de contestarle. Amy

oyó el tren antes de verlo, y el ruido la animó y la hizo sentirse feliz. Mientras avanzaba por la estación hasta detenerse, la niña examinó las ventanillas iluminadas en busca de Rosemary, pero no la encontró. El señor Lawton se apeó del coche y se reunió con Amy en el andén. Vieron que el revisor se inclinaba sobre una persona sentada, y finalmente la cocinera se levantó, agarrándose al hombre mientras él la ayudaba a bajar al andén desde el vagón. Rosemary estaba llorando.

—Tenía piel de melocotón —Amy la oyó sollozar—. Era una persona encantadora de verdad.

El revisor le respondió amablemente pasándole un brazo alrededor de los hombros, sujetándola para bajar los peldaños. Luego el tren se marchó, y ella permaneció inmóvil, secándose las lágrimas.

—No diga una sola palabra, señor Lawton, y yo tampoco diré nada. —Extendió una bolsita de papel que llevaba en la mano—. Esto es un regalo para ti, mi niña.

—Gracias, Rosemary —respondió Amy. Miró dentro de la bolsa y vio que contenía varios paquetes de algas japonesas verdiazules.

Rosemary se dirigió hacia el automóvil con las precauciones de alguien que apenas ve por dónde anda debido a la falta de luz. Despedía un olor agrio. Su abrigo nuevo tenía manchas de barro y un desgarrón en la espalda. El señor Lawton le dijo a Amy que se sentara detrás, e hizo que la cocinera se colocara a su lado, en el asiento delantero. Luego cerró la portezuela con violencia, rodeó el vehículo para ocupar el sitio del conductor y emprendió el regreso a casa. Rosemary sacó del bolso una botella de Coca-Cola con un tapón de corcho y bebió un trago. Amy advirtió por el olor que la botella contenía ginebra.

—¡Rosemary! —exclamó el señor Lawton.

—Estoy muy sola —dijo la cocinera—. Estoy muy sola, tengo miedo, y esto es todo lo que me queda.

Él no dijo nada más hasta que entraron por el camino de grava y dio la vuelta a la casa hasta situarse frente a la puerta trasera.

—Recoja su maleta, Rosemary —le ordenó—. La espero en el coche.

Tan pronto como la cocinera cruzó el umbral tambaleándose, el señor Lawton le dijo a Amy que entrara en la casa por la puerta principal.

—Sube a tu cuarto y ponte el pijama.

Su madre la llamó desde el piso de arriba para preguntar si Rosemary había vuelto. La niña no contestó. Fue al bar, cogió una botella abierta de ginebra y la vació en el fregadero de la antecocina. Estaba casi llorando cuando se encontró con su madre en el cuarto de estar y le dijo que el señor Lawton se disponía a devolver a la cocinera a la estación.

Cuando Amy regresó del colegio al día siguiente, se encontró con una mujer corpulenta, de pelo negro, limpiando el cuarto de estar. El automóvil que el señor Lawton dejaba habitualmente en la estación se hallaba en el garaje para una revisión, y Amy fue con su madre a buscarlo en el otro coche. Mientras se dirigía hacia ellas

cruzando el andén, la niña se dio cuenta, por la palidez del rostro de su padre, que había tenido un mal día. El señor Lawton besó a su mujer, dio una palmadita a Amy en la cabeza y se colocó detrás del volante.

—¿Sabes? —dijo la madre de la niña—, sucede algo terrible con la ducha del cuarto de huéspedes.

—¡Maldita sea, Marcia! —exclamó el señor Lawton—. ¡Preferiría que no me recibieras siempre con malas noticias!

Su voz irritada angustió a Amy, que empezó a jugar nerviosamente con el botón que servía para subir y bajar el cristal de la ventanilla.

—¡Estate quieta, Amy! —gritó su padre.

—¡Bueno, la ducha no tiene importancia! —dijo su madre, e hizo un débil esfuerzo por sonreír.

—Cuando volví de San Francisco la semana pasada —dijo él—, te faltó tiempo para decirme que necesitábamos un quemador nuevo para la calefacción.

—Ya tenemos una cocinera a media jornada. Eso es una buena noticia.

—¿Otra borracha? —preguntó el padre de Amy.

—No te pongas desagradable, cariño. Nos preparará algo de cenar, fregará los platos y se volverá a su casa en el autobús. Nos han invitado los Farquarson.

—Estoy demasiado cansado para ir a ningún sitio —repuso él.

—¿Quién se va a quedar conmigo? —preguntó Amy.

—Siempre lo pasas bien en casa de los Farquarson —dijo su madre.

—Bueno, pero no quiero quedarme hasta muy tarde —señaló el señor Lawton.

—¿Quién se va a quedar conmigo? —insistió Amy.

—La señora Henlein —dijo su madre.

Cuando llegaron a casa, Amy se sentó al piano.

Su padre se lavó las manos en el baño que daba al vestíbulo y luego se dirigió al bar. En seguida entró en el cuarto de estar blandiendo la botella vacía de ginebra.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Ruby —respondió su mujer.

—Es excepcional. Casi se ha bebido un litro de ginebra el primer día.

—¡Cielo santo! —exclamó la madre de Amy—. Bueno, será mejor que no digamos nada ahora.

—¡Todo el mundo entra a saco en el bar! —gritó su padre—. ¡Y estoy más que harto!

—Hay toda la ginebra que quieras en el armario. Abre otra botella.

—Le pagamos tres dólares la hora a aquel jardinero, y todo lo que hizo fue venir aquí a escondidas y beberse mi whisky. La canguro que tuvimos antes de la señora Henlein le echaba agua al bourbon, y qué te voy a contar de Rosemary. La cocinera anterior no solo se bebió lo que había en el mueble bar, sino también todo el ron, el kirsch, el jerez y el vino que había en la despensa para cocinar. Luego está la polaca que tuvimos el último verano. Incluso aquella lavandera vieja. Y los pintores. Creo

que deben de haber hecho alguna marca en mi puerta. Y estoy convencido de que la agencia me tiene subrayado como víctima fácil.

—Bueno, vamos a cenar primero, y luego hablas con ella si quieres.

—¡Ni hablar! —replicó él—. No estoy dispuesto a animar a la gente a que me robe. ¡Ruby! —Repitió el nombre a gritos varias veces, pero la cocinera no respondió. Luego apareció en la puerta del comedor, con el sombrero y el abrigo puestos.

—Me siento mal —dijo. Amy se dio cuenta de que estaba asustada.

—No me sorprende en absoluto —repuso el señor Lawton.

—Me siento mal —murmuró la cocinera—; no consigo encontrar nada y me voy a mi casa.

—Estupendo —dijo él—. ¡Magnífico! Estoy harto de pagar a la gente para que venga aquí y se beba todo lo que tengo en el bar.

La cocinera se dirigió hacia la entrada y Marcia Lawton la siguió hasta el vestíbulo para darle algún dinero. Amy había contemplado la escena desde el taburete del piano, una posición que la aislaba y al mismo tiempo le permitía verlo todo perfectamente. Observó cómo su padre iba a buscar otra botella de ginebra y preparaba una coctelera de martinis. Parecía muy deprimido.

—Bueno —dijo su madre al volver—. La verdad es que no daba la impresión de estar borracha.

—Haz el favor de no discutir conmigo, Marcia —dijo su padre.

Sirvió dos cócteles, dijo «Salud», y bebió un poco.

—Podemos cenar en Orpheo's —comentó.

—Imagino que sí —dijo su madre—. Voy a preparar algo para Amy. —Entró en la cocina, y Amy abrió su cuaderno de música por *Reflets d'Automne*. «CUENTA —había escrito la profesora de música—. CUENTA, y suavidad, mucha suavidad...». Amy empezó a tocar. Cada vez que se equivocaba, decía: «¡Maldita sea!», y empezaba de nuevo. A mitad de *Reflets d'Automne*, tomó conciencia de que había sido ella quien había vaciado la botella de ginebra. Se sintió tan perpleja que dejó de tocar, pero sus sentimientos no fueron más allá de la perplejidad, aunque le faltara la fortaleza para seguir tocando el piano. Su madre fue a socorrerla.

—Tienes la cena en la cocina, cariño —dijo—. Y para postre puedes sacar un helado del congelador, pero solo uno.

Marcia Lawton tendió la copa vacía hacia su marido, que volvió a llenársela con lo que quedaba en la coctelera. Luego subió al piso de arriba. El señor Lawton se quedó en el cuarto de estar, y, al examinar a su padre con detenimiento, Amy notó que su expresión malhumorada empezaba a dulcificarse. Ya no parecía tan desgraciado, y al pasar junto a él, camino de la cocina, el señor Lawton le sonrió tiernamente, dándole unas palmaditas en la cabeza.

Cuando Amy terminó la cena, se comió el helado, hizo estallar la bolsa en la que venía, volvió a sentarse al piano y estuvo practicando ejercicios durante un rato. Su

padre bajó la escalera vestido de etiqueta, dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y se acercó a la puerta cristalera que daba a la terraza y al jardín. Amy notó que la transformación iniciada con la dulcificación de sus facciones se hallaba aún más avanzada. Su padre, finalmente, parecía contento. Amy se preguntó si estaría borracho, aunque su paso no era nada inseguro. Resultaba, por el contrario, aún más decidido.

Sus padres nunca lograban el tipo de andares bamboleantes que Amy veía todos los años encarnados en un equilibrista de la cuerda floja cuando la banda del circo atacaba «Muéstrame el camino de casa», y que a ella le gustaba imitar de vez en cuando. Le gustaba girar y girar y girar sobre el césped, hasta que, tambaleándose y un poco mareada, repetía: «¡Estoy borracha! ¡Soy una borracha!», haciendo eses sobre la hierba, enderezándose cuando estaba a punto de caer, y sin sentirse descontenta por haber perdido durante un segundo la capacidad de ver el mundo. Pero a sus padres no los había visto nunca así. Nunca los había visto abrazados a una farola, cantando y haciendo eses, pero sí los había visto caerse. Nunca resultaban indecorosos —parecían incluso más correctos y ceremoniosos cuanto más bebían—, aunque en ocasiones su padre, al levantarse para llenar las copas de todos, caminaba suficientemente erguido, pero daba la impresión de que los zapatos se le quedaban pegados a la alfombra. Y a veces, cuando se dirigía hacia la puerta del comedor, calculaba mal las distancias y se equivocaba casi en medio metro. En una ocasión, Amy lo había visto darse contra la pared con tanta fuerza que se derrumbó en el suelo y se le rompieron la mayoría de las copas que llevaba en la mano. Una o dos personas se echaron a reír, pero las risas no fueron ni generales ni vigorosas, y la mayoría de los presentes fingieron que la caída no se había producido. Cuando su padre se levantó, fue directamente al bar como si nada hubiera sucedido. Amy había visto una vez cómo la señora Farquarson se equivocaba al ir a sentarse en una silla y caía al suelo, pero nadie rio, y todos fingieron que no había pasado nada. Parecían actores en una obra de teatro. En las representaciones del colegio, cuando alguien tiraba un árbol de papel, lo correcto era enderezarlo sin que se notara lo que se estaba haciendo, para no echar a perder la ilusión de hallarse en un bosque muy espeso, y eso era lo que ellos hacían cuando alguien se caía al suelo.

Ahora su padre andaba de aquella manera rígida y extraña, tan diferente de su descuidada forma de recorrer el andén por las mañanas, y Amy se dio cuenta de que buscaba algo: su copa, concretamente. Estaba encima de la repisa de la chimenea, pero no miró en aquella dirección. Recorrió con la vista todas las mesas del cuarto de estar. Luego salió a la terraza y miró allí, y después de nuevo en las mesas del cuarto de estar, examinando tres veces el mismo sitio, aunque siempre le decía a Amy que buscara inteligentemente cuando la niña perdía las playeras o el impermeable. «Búscalos, Amy —decía siempre—. Trata de recordar dónde lo dejaste. No puedo comprarte un impermeable nuevo cada vez que llueve». Finalmente, el señor Lawton renunció a su búsqueda y se sirvió un cóctel en otra copa.

—Voy a buscar a la señora Henlein —le dijo a su hija como si estuviera dándole una noticia importante.

Amy no sentía más que indiferencia hacia la señora Henlein, y cuando su padre regresó con la canguro, Amy pensó en las noches, enlazadas hasta formar semanas — años casi—, que había pasado encerrada con la señora Henlein, una mujer muy educada que siempre le estaba diciendo cómo debía comportarse una señorita. La señora Henlein también quería saber dónde iban los padres de Amy y de qué clase de fiesta se trataba, aunque no era asunto de su incumbencia. Siempre se instalaba en el sofá como si fuera la dueña de la casa, hablaba de personas que nunca le habían sido presentadas, y le pedía a Amy que le llevara el periódico, aunque carecía en absoluto de autoridad para hacerlo.

Cuando Marcia Lawton bajó la escalera, la señora Henlein le dio las buenas noches.

—Que se diviertan —dijo mientras los Lawton cruzaban el umbral. Luego se volvió hacia Amy—: ¿Adónde van tus papás, cariño? Seguro que lo sabes, corazón. Haz un esfuerzo y trata de recordarlo. ¿Van al club?

—No.

—Quizá vayan a casa de los Trencher —sugirió la señora Henlein—. He visto que estaba muy iluminada mientras veníamos hacia aquí.

—No van a casa de los Trencher —dijo Amy—. No les son nada simpáticos.

—Muy bien, cariño, ¿adónde van, entonces?

—A casa de los Farquarson.

—Eso es todo lo que quería saber, corazón —dijo la señora Henlein—. Ahora tráeme el periódico y dámelo cortésmente. Cortésmente —añadió mientras la niña se acercaba con el periódico—. No sirve de nada hacer cosas para las personas mayores si no se hacen cortésmente. —Se puso las gafas y empezó a leer.

Amy subió a su cuarto. Sobre la mesa, en un vaso, estaban las algas japonesas que Rosemary le había traído, floreciendo mustiamente en una agua que los tintes habían vuelto de color rosa. Luego bajó por la escalera de atrás y llegó al comedor atravesando la cocina. Los utensilios que su padre utilizaba para preparar los cócteles estaban aún sobre el bar. Amy vació la botella de ginebra en el fregadero de la antecocina y luego volvió a dejarla donde estaba. Era demasiado tarde para montar en bicicleta y demasiado pronto para irse a la cama, y sabía de sobra que en el caso de que hubiera algo interesante en la televisión, una serie de asesinatos, por ejemplo, la señora Henlein la obligaría a apagarla. Finalmente recordó que su padre le había traído un libro sobre caballos de su viaje al oeste, y subió alegremente la escalera de atrás para ponerse a leerlo.

Eran más de las dos cuando regresaron los Lawton. La señora Henlein, que dormía en el sofá del cuarto de estar soñando con un desván polvoriento, despertó al oír sus voces en el vestíbulo. Marcia Lawton le pagó, le dio las gracias, preguntó si había telefonado alguien, y luego subió al piso de arriba. El señor Lawton estaba en

el comedor, haciendo ruido con las botellas. La señora Henlein, deseosa de meterse en su propia cama y de seguir durmiendo, rezó para que no se sirviera otra copa, como solían hacer todos a menudo noche tras noche, y la señora Henlein era devuelta a su casa por caballeros borrachos. De pronto, el señor Lawton apareció en la puerta del comedor con una botella vacía en la mano.

—Debe de apestar usted a ginebra, señora Henlein —dijo.

—¿Hummm? —respondió ella. No había captado el sentido de la frase.

—Se ha bebido casi un litro de ginebra —declaró el señor Lawton.

La desvaída anciana, a medias entre la vigilia y el sueño, se irguió, llevándose una mano a los cabellos entrecanos. Lo suyo era dar cobijo a gatos sin dueño, llenar hasta el techo el cuarto de baño con interesantes y valiosos periódicos, darse colorete, hablar sola, dormir sin quitarse la ropa interior en previsión de un posible incendio, discutir sobre el precio de los huesos para hacer caldo, y difundir por el barrio la noticia de que, cuando finalmente se muriera en el polvoriento montón de cachivaches viejos que era su casa, el colchón estaría lleno de libretas de ahorro y la almohada repleta de billetes de cien dólares. La señora Henlein era una mujer que había resistido muchas tentaciones para parecer una dama, y ahora la recompensaban llamándola vulgar ladrona. Acto seguido, empezó a chillarle al dueño de la casa.

—¡Retírelo inmediatamente, señor Lawton! ¡Retire todas y cada una de las palabras que ha dicho! No he robado nada en toda mi vida, ni nadie de mi familia lo ha hecho nunca, y no tengo por qué soportar los insultos de un borracho. En cuanto a beber, no he bebido lo suficiente para llenar un dedal en veinticinco años. Mi marido me llevó a un bar hace veinticinco años, y bebí dos cócteles me sentaron tan mal y me marcaron tanto que aborrecí las bebidas alcohólicas desde entonces. ¿Cómo se atreve usted a hablarme así! ¡A llamarme ladrona y borracha! Me repugnan usted y su ignorancia de todas las dificultades con las que he tenido que enfrentarme. ¿Sabe en qué consistió mi comida de Navidad el año pasado? En un sándwich de beicon. ¡Hijo de perra! —Empezó a llorar—. ¡Me alegro de haberlo dicho! —gritó—. Es la primera vez que uso una palabrota en toda mi vida y me alegro de haberlo hecho. ¡Hijo de perra! —Un sentimiento de libertad, como si se encontrara en la proa de un barco, se apoderó de ella—. He vivido en este barrio toda mi vida. Aún me acuerdo de cuando estaba lleno de buenas gentes dedicadas a la agricultura, y había peces en los ríos. Mi padre poseía una hectárea y media de excelente tierra de pastos y era un hombre conocido en todas partes, y por el lado de mi madre desciendo de terratenientes de la nobleza holandesa. Mi madre era la viva imagen de la reina Guillermina. Cree usted que me puede insultar impunemente, pero está usted muy equivocado, pero que muy equivocado. —Fue hasta el teléfono y, cogiendo el auricular, gritó—: ¡Policía! ¡Policía! Soy la señora Henlein, y estoy en casa de los Lawton. ¡El dueño de la casa está borracho y me ha insultado! ¡Quiero que vengan a detenerlo!

Su voz despertó a Amy, que, tumbada en la cama, advirtió de manera imprecisa la lastimosa corrupción del mundo de los adultos; lo vio áspero y quebradizo como un

gastado trozo de arpillera recosido con errores y estupideces, feo e inútil. Y, sin embargo, las personas mayores nunca advertían su falta de valor, y si se les señalaba montaban en cólera. Pero al notar que los gritos iban en aumento y oír la palabra «¡Policía!», la niña se asustó. No le parecía que pudieran detenerla, aunque, por otra parte, quizá encontrarán sus huellas en la botella vacía, pero no era el peligro que corriera ella misma lo que la asustaba, sino la ruina de la casa paterna en mitad de la noche. Todo lo que pasaba era obra suya, y cuando oyó a su padre hablando por el teléfono de la biblioteca, el sentimiento de culpabilidad la dominó por completo. Su padre trataba de mostrarse bondadoso y amable, y, al recordar el lujoso libro con ilustraciones que le había traído de su viaje, Amy tuvo que apretar los dientes para contener las lágrimas. Se tapó la cabeza con la almohada y comprendió, sintiéndose muy desgraciada, que tendría que marcharse. No le faltaban amigos de los años en que habían vivido en Nueva York; o, si no, pasaría la noche en el parque o se escondería en un museo. Pero no le quedaba más remedio que marcharse de casa.

—Buenos días —dijo su padre al sentarse a desayunar—. ¡Dispuesto a empezar un excelente día!

Animado por la creciente luminosidad del cielo, y por el recuerdo de cómo había calmado a la señora Henlein, evitando la irrupción de la policía, bien dormido, y ante la agradable perspectiva de jugar al golf, el señor Lawton hablaba con convicción, pero a Amy sus palabras le parecieron ofensivas y fatuas; le quitaron el apetito y le hicieron inclinar la cabeza sobre el bol de cereales que removía con una cuchara.

—Siéntate bien, Amy —dijo su padre. Entonces la niña se acordó de la noche anterior, de los gritos, y de su decisión de marcharse. El buen humor de su padre le refrescó la memoria. No podía volverse atrás. Tenía clase de ballet a las diez, y almorzaría con Lillian Towele. Después se escaparía.

Los niños se enfrentan a un viaje por mar con un cepillo de dientes y un osito de peluche; para dar la vuelta al mundo ponen en la maleta un par de calcetines desparejados, una caracola y un termómetro; libros y piedras, y plumas de faisán, barritas de chocolate, pelotas de tenis, pañuelos sucios y trozos viejos de cordel les parecen los objetos más necesarios para un viaje, y Amy, aquella tarde, hizo el equipaje con la misma falta de premeditación que todos sus iguales. Volvió tarde a casa después del almuerzo y tuvo que retrasar la huida, pero no le importó. Tomaría uno de los trenes que circulaban a última hora de la tarde; uno de los trenes que utilizaban las cocineras. Su padre estaba jugando al golf y su madre había salido. Una asistente limpiaba el cuarto de estar. Cuando Amy terminó de hacer el equipaje, fue al dormitorio de sus padres y tiró de la cadena del cuarto de baño. Mientras corría el agua cogió un billete de veinte dólares del tocador de su madre. Luego bajó la escalera, salió de la casa y fue andando por Blenhollo Circle y Alewives Lane hasta llegar a la estación. No se sentía pesarosa ni con ganas de decir adiós a nadie. Repasó

los nombres de las amigas que tenía en Nueva York, por si acaso decidiera no pasar la noche en un museo. Cuando abrió la puerta de la sala de espera, el señor Flanagan, el jefe de estación, hurgaba en el fuego de carbón de la chimenea.

—Quiero un billete para Nueva York —dijo Amy.

—¿Un solo trayecto o ida y vuelta?

—De ida solo, por favor.

El señor Flanagan entró en el despacho de billetes y alzó el cristal de la ventanilla.

—Mucho me temo que no tengo medios billetes, Amy —dijo—. Te lo extenderé por escrito.

—No importa —respondió ella. Dejó el billete de veinte dólares sobre el mostrador.

—Para darte la vuelta, tengo que cruzar al otro lado —dijo el señor Flanagan—. Está llegando el tren de las cuatro y treinta y dos, pero podrás coger el de las cinco y diez.

Amy no protestó, y fue a sentarse junto a su maleta de cartón, que tenía impresos nombres de ciudades y de hoteles europeos. Después de dar salida al tren de las cuatro y treinta y dos, el señor Flanagan cerró la ventanilla, cruzó por el puente para peatones al otro andén y telefoneó a los Lawton. El padre de Amy acababa de llegar del campo de golf y se estaba preparando un cóctel.

—Creo que su hija tiene intención de hacer un viaje —le comunicó el señor Flanagan.

Había oscurecido ya cuando el señor Lawton llegó a la estación. Vio a su hija a través de una ventana. La niña sentada en el banco, los sugestivos nombres en su maleta de cartón lo conmovieron como Amy solo era capaz de conmoverlo cuando le parecía desvalida o estaba muy enferma. El señor Lawton sintió un escalofrío. Se estremeció de nostalgia, sintió que se le ponía la carne de gallina como cuando, al volver en coche a casa tarde y solo, la luz de los faros iluminaba súbitamente una lluvia de hojas arrastradas por el viento, liberándolo por un segundo de los símbolos más prosaicos de su vida: las camisas sin botones, los comprobantes y los movimientos bancarios, las hojas de pedido y las copas vacías. Dio la impresión de quedarse escuchando..., Dios sabe qué. Ordenes, un redoble de tambores, el crepitar de las hogueras, la música de un carillón —qué agradable su sonido en el aire de los Alpes— que canta en una taberna del desfiladero, los graznidos de los gansos silvestres; le pareció notar el olor salobre de las iglesias de Venecia. Luego, como le sucedía con las hojas arrastradas por el viento, la capacidad perturbadora de la silueta de su hija desapareció; dejó de tener la carne de gallina. Ya era otra vez él mismo. ¿Por qué quería escaparse Amy? Los viajes —y nadie lo sabía mejor que un hombre que se pasaba en la carretera tres días de cada quince— eran un mundo de cabinas de avión donde hacía demasiado calor y de revistas monótonas, donde hasta el café, donde incluso el champán sabía a plástico. ¿Cómo podría enseñarle a su hija que el

hogar, el dulce hogar, era el mejor de todos los sitios posibles?

¡ADIÓS, JUVENTUD! ¡ADIÓS, BELLEZA!

Al final de casi todas las largas y multitudinarias fiestas de los sábados por la noche en el barrio residencial de Shady Hill, cuando prácticamente todos los que iban a jugar al golf o al tenis a la mañana siguiente se habían marchado ya a sus casas y los diez o doce supervivientes parecían incapaces de poner término a la velada a pesar de que la ginebra y el whisky se estuviesen acabando, y aquí y allá las mujeres que aguantaban por acompañar a sus maridos hubiesen empezado a beber leche; cuando todo el mundo había perdido por completo la noción del tiempo, y los canguros que aguardaban en sus distintos hogares a aquellos recalitrantes se habían tumbado hacia ya mucho en el sofá y dormían a pierna suelta, soñando con ganar concursos de cocina, con viajes transoceánicos y aventuras románticas; cuando el borracho belicoso, el aficionado a los dados, el pianista y la mujer enfrentada con la extinción de sus esperanzas habían hecho ya sus manifestaciones públicas; cuando todas las propuestas —desayunar en casa de los Farquarson, ir a nadar, despertar a los Townsend, hacer esto o lo de más allá— morían nada más sugerirlas, llegaba el momento de que Trace Bearden empezara a meterse con Cash Bentley porque se hacía viejo y se le estaba cayendo el pelo. Aquel ataque era el paso previo para cambiar de sitio muebles del cuarto de estar. Trace y Cash levantaban las mesas y las sillas, los sofás y la pantalla de la chimenea, el cajón de la leña y el taburete para poner los pies, y cuando terminaban, nadie hubiese reconocido la habitación. Luego, si el anfitrión tenía un revólver, se le pedía que fuera a buscarlo. Cash se quitaba los zapatos y se agazapaba detrás de un sofá. Trace disparaba el arma por una ventana abierta, y si uno era nuevo en la zona y no había entendido el significado de los preparativos, no tardaba en darse cuenta de que estaba presenciando una carrera de obstáculos. Cash saltaba sobre el sofá, sobre las mesas, sobre la pantalla de la chimenea y el cajón de la leña. No era exactamente una carrera, puesto que Cash carecía de rivales, pero resultaba extraordinario ver a aquel hombre de cuarenta años superar todos aquellos obstáculos con tanta elegancia. No había un solo mueble en todo Shady Hill que Cash no pudiera saltar sin esfuerzo. La carrera terminaba con vítores, y aquello marcaba el final de la fiesta.

Cash era, naturalmente, una vieja gloria del atletismo, pero nunca se ponía pesado acerca de su brillante historial. La universidad donde pasó sus años juveniles le había ofrecido un empleo remunerado en el consejo de antiguos alumnos, pero él no aceptó, pues se dio cuenta de que aquella parte de su vida había terminado. Cash y su mujer, Louise, tenían dos hijos, y vivían en Alewives Lane en una especie de rancho no demasiado caro. Pertenecían al club de campo aunque no podían permitírselo, pero en el caso de los Bentley, nadie lo mencionaba nunca, y Cash era uno de los hombres

que gozaba de más simpatías en Shady Hill. Seguía estando delgado —procuraba no descuidarse con el peso—, e iba andando a coger el tren todas las mañanas con unas zancadas vigorosas y elásticas que lo señalaban como atleta. Le clareaba el pelo y había mañanas en las que parecía tener los ojos inyectados en sangre, pero esto apenas suponía un obstáculo para su atractivo de hombre pertinazmente juvenil.

En los negocios, Cash había sufrido muchos reveses y desilusiones, y de ordinario los Bentley pasaban graves dificultades económicas. Siempre pagaban con retraso los impuestos y la hipoteca de la casa, y el cajón de la mesa del vestíbulo estaba lleno de facturas sin pagar; la situación de los Bentley en el banco se hallaba siempre pendiente de un hilo. Louise resultaba bonita los sábados por la noche, pero lo cierto era que su vida resultaba pesada y monótona. En los bolsillos de sus trajes, abrigos, y vestidos había trozos de papel en los que se leía: «Margarina, espinacas congeladas, kleenex, galletas de perro, carne picada, pimienta, manteca de cerdo...». Por la mañana, cuando solo estaba despierta a medias, había puesto ya a calentar el agua del café mientras diluía el zumo congelado de naranja. Luego eran los niños los que la necesitaban. Tenía que ponerse a cuatro patas debajo de la cómoda para encontrar un calcetín de Toby. O tumbarse boca abajo y meterse culebreando debajo de la cama (con lo que le entraba polvo por la nariz) en busca de uno de los zapatos de Rachel. Luego estaba la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, y preparar las comidas, además de las exigencias de los niños. Nunca parecían faltar zapatos que poner o que quitar, cremalleras de anoraks que cerrar y abrir, traseros que limpiar, lágrimas que secar, y cuando se ponía el sol (Louise lo veía ocultarse a través de la ventana de la cocina), había que darles de cenar, bañarlos, contarles un cuento al acostarse y rezar juntos el padrenuestro. Con las sonoras palabras de la oración dominical en el cuarto a oscuras terminaba la jornada de los niños, pero a Louise Bentley aún le quedaba mucho día por delante. Estaban los zurcidos y los remiendos y algunas cosas que planchar, y después de dieciséis años de tareas domésticas, Louise no parecía capaz de escapar a sus quehaceres ni siquiera mientras dormía. Anoraks, zapatos, baños y artículos de ultramarinos parecían haberle invadido el subconsciente. De vez en cuando hablaba en sueños; tan fuerte que despertaba a su marido. «No me llega el presupuesto para chuletas de ternera», dijo una noche. Después suspiró intranquila y volvió a guardar silencio.

Según los criterios de Shady Hill, los Bentley eran un matrimonio feliz, pero tenían sus altibajos. En ocasiones, Cash se volvía muy susceptible. Cuando regresaba a casa después de un mal día en la oficina y se encontraba con que Louise, por algún motivo perfectamente válido, no había empezado a hacer la cena, se enfadaba mucho.

—¡Por el amor de Dios! —decía, y entraba en la cocina a calentar algún alimento congelado.

Durante aquella penosa experiencia bebía whisky para tranquilizarse, pero nunca parecía lograr su propósito, porque de ordinario quemaba el fondo de una cacerola, y cuando se sentaban a cenar, el sitio donde comían estaba lleno de humo. Ya era solo

cuestión de tiempo que se enzarzaran en una encarnizada pelea. Louise subía corriendo la escalera, se desplomaba sobre la cama y sollozaba. Cash cogía la botella de whisky y se recetaba una buena dosis. Aquellas confrontaciones, a pesar del entusiasmo con que Cash y Louise se lanzaban a ellas, les resultaban muy dolorosas a los dos. Cash dormía en el sofá del cuarto de estar, pero el sueño nunca arreglaba las cosas una vez iniciado el mal, y si se encontraban por la mañana, volvían a pelearse inmediatamente. Luego Cash se marchaba a trabajar y, tan pronto como el autobús recogía a los niños para llevárselos a la guardería, Louise se ponía el abrigo y cruzaba el césped camino de la casa de los Bearden. Se echaba a llorar sobre una taza de café recalentado y le contaba sus problemas a Lucy Bearden. ¿Qué sentido tenía el matrimonio? ¿Significaba algo el amor? Lucy siempre le sugería que se buscara un empleo, porque el trabajo le daría independencia emocional y económica, y eso, decía Lucy, era lo que necesitaba.

La noche de ese día las cosas empeoraban. Cash no aparecía por casa para cenar, pero se presentaba dando tumbos a eso de las once, y el mismo sórdido altercado volvía a producirse, con Louise yendo a acostarse en el dormitorio hecha un mar de lágrimas y Cash tumbándose en el sofá del cuarto de estar. Al cabo de unos cuantos días y noches, Louise decidía que no podía más, y que tenía que irse a pasar una temporada con su hermana casada que vivía en Mamaroneck. Normalmente elegía un sábado, cuando Cash estaba en casa, para marcharse. Hacía la maleta y sacaba sus cupones de guerra del escritorio. Luego se daba un baño y se ponía la mejor combinación que tenía. Cash, al pasar ante la puerta de la alcoba, la veía. La combinación era transparente, y de pronto Cash era todo arrepentimiento, ternura, delicadeza, sabiduría y amor. «¡Corazón!», gemía él, y cuando bajaban la escalera cosa de una hora después para comer algo, no hacían más que suspirar y ponerse ojos tiernos el uno al otro; eran la pareja más feliz de todo el este de Estados Unidos. Habitualmente era en un momento así cuando Lucy Bearden se presentaba con la buena noticia de que había encontrado un empleo para Louise. Lucy llamaba a la puerta, y Cash, envuelto en un albornoz, salía a abrirle. Después de intercambiar muy pocas palabras con Cash, como es lógico, Lucy se dirigía corriendo al comedor para dar la buena noticia a la pobre Louise.

—Bueno, te agradezco mucho que te hayas tomado la molestia —decía Louise lánguidamente—, pero me parece que ya no quiero tener un empleo. No creo que a Cash le gustara que yo trabajase, ¿verdad, cariño?

Luego miraba a Cash con sus grandes ojos oscuros, y la corriente de deseo resultaba casi palpable. Lucy se ausentaba lo más de prisa que podía de aquella escena de corrupción, pero no lo hacía nunca enfadada, porque llevaba diecinueve años casada, y sabía que toda unión tiene sus altibajos. Tampoco parecía llegar nunca a ninguna conclusión; la siguiente vez que los Bentley se peleaban, Lucy se esforzaba tanto como de costumbre por conseguirle un empleo a Louise. Pero aquellas peleas y reconciliaciones, al igual que la carrera de obstáculos, no parecían perder interés a

causa de la repetición.

Un sábado por la noche, durante la primavera, los Farquarson dieron una fiesta de aniversario a los Bentley. Llevaban diecisiete años casados. En la tarde del mismo día, Louise procedió a prepararse poniendo casi el mismo empeño que si se tratara de la colada de los lunes. Descansó durante una hora, reloj en mano, con los pies en alto, la barbilla sujeta con una cinta ancha y los ojos humedecidos con una solución astringente. La mascarilla, la faja demasiado apretada, la depilación, los rizos y el maquillaje que vinieron después iban todos encaminados a lograr un rejuvenecimiento. Sintiendo al final que el éxito no había sido completo, se colocó un velito que le cubriera los ojos; pero era una mujer encantadora, y todos los cosméticos con los que había estado forcejeando parecían, como el velo, extenderse con absoluta transparencia sobre un rostro donde la belleza en toda su madurez y la capacidad para el ingenio y el apasionamiento resultaban imposibles de ocultar. La fiesta de los Farquarson resultó un éxito, y los Bentley lo pasaron muy bien. La única persona que bebió demasiado fue Trace Bearden. Avanzada la fiesta, empezó a pinchar a Cash acerca del poco pelo que le quedaba, y Cash, de muy buen humor, se puso a cambiar los muebles de sitio. Harry Farquarson tenía una pistola, y Trace salió a la terraza para dispararla hacia el cielo. Cash saltó por encima del sofá, por encima de la mesita auxiliar, sobre los brazos del sillón de orejas y sobre la pantalla de la chimenea. Fue un relieve de un arcón lo que lo hizo caer, y Cash se precipitó hacia el suelo como una tonelada de ladrillos.

Louise soltó un grito y corrió hacia donde había quedado tumbado su marido. Tenía un corte en la frente, y alguien improvisó un vendaje para cortar la hemorragia. Al tratar de levantarse, Cash tropezó y cayó de nuevo, y su rostro adquirió un terrible color verde. Harry telefoneó al doctor Parminter, al doctor Hopewell, al doctor Altman, y al doctor Barnstable, pero eran las dos de la mañana y ninguno contestó al teléfono. Finalmente, un tal doctor Yerkes —un perfecto desconocido— accedió a ir. Yerkes era un hombre joven —no parecía suficientemente viejo para ser médico— y contempló la habitación en desorden y los rostros ansiosos de los presentes como si hubiera algo muy raro en aquella escena. Y, en cuanto a Cash, no pudo empezar con peor pie.

—¿Qué es lo que le pasa, veterano? —preguntó.

Cash tenía una pierna rota. El doctor Yerkes se la entablilló, y Harry y Trace llevaron al herido hasta el coche del médico. Louise los siguió en su propio coche hasta el hospital, donde ingresaron a su marido en una de las salas. El médico le suministró un calmante, y Louise le dio un beso e inició la vuelta a casa cuando amanecía ya.

Cash permaneció dos semanas en el hospital, y cuando volvió a su hogar caminaba con una muleta y tenía la pierna escayolada. Tuvieron que pasar otros diez días antes de que pudiera ir cojeando a la estación para tomar el tren matutino.

—Ya no podré hacer más la carrera de obstáculos, cariño —le dijo a Louise, lleno de tristeza.

Su mujer le respondió que no tenía importancia, pero aunque a ella le diese igual, a Cash sí que le importaba. Había perdido peso en el hospital. Estaba muy decaído y parecía descontento. No entendía lo sucedido. Él, o todo lo que lo rodeaba, daba la impresión de haber cambiado imperceptiblemente para empeorar. Incluso sus sentidos parecían empeñados en echar a perder el mundo inocente del que había disfrutado durante muchos años. Una noche entró tarde en la cocina para prepararse un sándwich, y cuando abrió el frigorífico notó un olor desagradable. Tiró la carne estropeada al cubo de la basura, pero se le quedó pegado el olor a las ventanas de la nariz. Pocos días después, se hallaba en el desván, buscando su camiseta de la universidad. El cuarto no tenía ventanas y la linterna daba muy poca luz. Arrodillado en el suelo para abrir un baúl, rompió una telaraña con los labios. El tenue entramado le cubrió la boca como si se tratara de una mano. Se la limpió molesto, pero tuvo la sensación de que le habían puesto una mordaza. Unas cuantas noches después, en Nueva York, andando por una bocacalle mientras llovía, vio a una puta vieja en un portal. Estaba tan sucia y era tan fea que parecía una caricatura de la muerte, pero antes de que pudiera examinarla con detenimiento —en el momento en que sus ojos recibieron la primera impresión de su figura encorvada—, se le hincharon los labios, su respiración se aceleró, y Cash experimentó todos los otros síntomas de la excitación erótica. Pocos días más tarde, cuando leía la revista *Time* en el cuarto de estar, advirtió que las rosas marchitas que Louise había traído del jardín olían más a tierra que a ninguna otra cosa. Era un olor a podrido, y muy intenso. Tiró las rosas en una papelera, pero no logró evitar que le recordaran la carne estropeada, la prostituta y la tela de araña.

Cash había empezado a asistir de nuevo a fiestas, pero sin la carrera de obstáculos las reuniones de sus amigos y vecinos le resultaban interminables y carentes de todo interés. Oía sus chistes verdes con una irritación que le costaba mucho trabajo ocultar. Incluso sus semblantes lo deprimían, y, hundido en un sillón, examinaba con detenimiento su cutis y sus dientes, como si él fuera un hombre mucho más joven.

El peso de su irritabilidad caía sobre Louise, quien tenía la impresión de que su marido, al perder la carrera de obstáculos, había perdido la clave de su equilibrio. Se mostraba antipático con sus amigos cuando aparecían por la casa a tomar una copa. También se mostraba descortés y lleno de melancolía si Louise y él salían por la noche. Cuando su mujer preguntaba qué le sucedía, él se limitaba a murmurar: «Nada, nada, nada», y a servirse un poco de bourbon. Transcurrieron mayo y junio, y

luego la primera mitad de julio sin que Cash mejorara en absoluto.

Después llega una noche de verano, una hermosa noche de verano. Los pasajeros del tren de las ocho y quince ven Shady Hill —si es que se fijan— bañado por una tranquila luz dorada. La espesa vegetación ahoga el ruido del tren, y las alargadas ventanillas parecen una hilera de grandes peceras iluminadas antes de perderse de vista instantes después. En lo alto de la colina, las señoras se dicen unas a otras: «¡Fíjate cómo huele la hierba! ¡Y los árboles!». Los Farquarson dan otra fiesta, Harry ha colgado un cartel en la rosaleta, BARRANCO DEL WHISKY, y se ha puesto un gorro de cocinero y un delantal. Sus invitados todavía están bebiendo cócteles, y el humo del fuego para asar la carne se alza, en esta noche sin viento, directamente hacia los árboles.

En el club, el primer baile de etiqueta para la gente joven empieza a eso de las nueve. En Alewives Lane, los aspersores siguen girando después del crepúsculo. El aire parece tan fragante como oscuro —es un delicioso elemento para avanzar a través de él—, y la mayoría de las ventanas están abiertas. Al pasar por delante de su casa, se puede ver al señor y la señora Bearden mirando la televisión. Joe Lockwood, el joven abogado que vive en la esquina, ensaya su discurso al jurado delante de su mujer.

—Trato de mostrarles —dice— que un hombre recto, un hombre cuya reputación por su honestidad e integridad... —Mueve los brazos mientras habla. Su mujer hace punto.

La señora Carver —la suegra de Harry Farquarson— mira al cielo y pregunta: —¿De dónde han salido todas las estrellas?

Es una vieja un poco tonta, pero tiene razón: las estrellas de la noche anterior parecen haber atraído a una nueva formación de galaxias, y el cielo nocturno no resulta oscuro en absoluto, excepto donde hay una rasgadura en la membrana luminosa. En las parcelas aún sin vender junto a la vía del tren canta un tordo.

Los Bentley están en casa. El pobre Cash se ha mostrado últimamente tan antipático y melancólico que los Farquarson no lo han invitado a la fiesta. Permanece sentado en el sofá junto a Louise, que pone gomas nuevas a la ropa interior de los niños. A través de la ventana abierta llegan los agradables ruidos de la noche de verano. En el jardín de los Rogers, detrás del de los Bentley, hay otra fiesta. La música de baile se derrama colina abajo. La orquesta es muy pobre —saxofón, batería y piano—, y todas las piezas son de hace veinte años. Tocan *Valencia*, y Cash mira tiernamente a Louise, pero esta noche su mujer presenta una figura descorazonadora. La luz de la lámpara destaca sus cabellos grises. Su delantal está manchado. Su cara parece pálida y ojerosa. De pronto, Cash empieza a marcar frenéticamente el ritmo de la música con los pies. Canta unas sílabas ininteligibles —«Jababajabajajaba»— para acompañar al lejano saxofón. Luego suspira y se dirige a la cocina.

Allí, en la oscuridad, sigue presente un débil olor rancio a comida. Desde la ventana de la cocina, Cash ve las luces y las figuras de la fiesta de los Rogers. Es un guateque para gente joven. La hija de la familia ha invitado a algunos amigos a cenar antes de la fiesta, y parece que se están yendo ahora. Hay automóviles que se ponen en marcha.

—Voy llena de manchas de hierba —se lamenta una chica.

—Espero que el viejo se haya acordado de comprar gasolina —dice un muchacho, y su acompañante se echa a reír.

No tienen otra cosa en la cabeza que las fugaces noches de verano. Los impuestos y las gomas de la ropa interior —todas las desagradables realidades de la vida que amenazan con cortarle la respiración a Cash— no han tocado ni a una sola de las figuras del jardín vecino. Luego los celos se apoderan de él: unos celos tan salvajes y tan amargos que se siente enfermo.

No entiende lo que lo separa de esos chicos que están en el jardín de al lado. También él ha sido joven. Y héroe. Lo han adorado, ha sido feliz y se ha sentido lleno de energía, y ahora se encuentra inmóvil en una cocina a oscuras, privado de sus proezas atléticas, de su impetuosidad, de su buena presencia: de todo lo que significa algo para él. Siente que las figuras del jardín cercano son los espectros de alguna fiesta del pasado a la que están ligados todos sus gustos y deseos, y de la que se ha visto cruelmente apartado. Se siente como un fantasma en la noche veraniega, enfermo de añoranza. Luego oye voces en la parte delantera de la casa. Louise enciende la luz de la cocina.

—Ah, estás aquí —dice su mujer—. Los Bearden han pasado un momento a vernos. Creo que les gustaría tomar una copa.

Cash volvió a la sala de estar para recibir a los Bearden, que querían acercarse al club, para bailar por lo menos una vez. En seguida se dieron cuenta de que Cash estaba muy inquieto, e insistieron en que los Bentley fueran con ellos. Louise localizó a alguien para que se quedara con los niños y ellos dos subieron a cambiarse.

Cuando llegaron al club encontraron a unos pocos amigos de su edad reunidos en el bar, pero Cash no se quedó allí. Parecía intranquilo, y quizá borracho. Tropezó con una mesa al cruzar el salón camino de la pista de baile. Sustituyó a la pareja de una chica muy joven. La abrazó con demasiada vehemencia y se lanzó a dar unos pasos de baile completamente anticuados. La muchacha hizo claras señas a un chico del grupo de hombres solos solicitando auxilio, y Cash se vio a su vez rápidamente sustituido. Se alejó muy enfadado de la pista de baile camino de la terraza. Algunas parejas de jóvenes que estaban abrazados se separaron al abrir él la puerta de tela metálica. Cash se dirigió hacia el fondo de la terraza, donde esperaba encontrarse solo, pero también sorprendió a otra joven pareja, que se levantó del césped, donde al parecer habían estado tumbados, y se alejaron hacia la piscina a oscuras.

Louise se quedó en el bar con los Bearden.

—El pobre Cash está algo achispado —explicó. Y luego—: Por la tarde me dijo

que iba a pintar las contraventanas. Después mezcló la pintura, lavó las brochas, se puso un mono viejo y bajó al sótano. A eso de las cinco lo llamaron por teléfono, y cuando fui a decírselo, ¿sabéis qué hacía? Estaba allí, sentado a oscuras, con la coctelera. No había tocado las contraventanas. No hacía más que permanecer allí sentado a oscuras, bebiendo martinis.

—Pobre Cash —lamentó Trace.

—Tendrías que buscarte un empleo —le dijo Lucy—. Eso te daría independencia emocional y económica. —Mientras hablaba, todos oyeron el ruido que hacía alguien cambiando los muebles de sitio en el salón.

—¡Cielo santo! —exclamó Louise—. Quiere hacer la carrera de obstáculos. ¡Detenlo, Trace, detenlo! Se hará daño. ¡Se matará!

Todos se dirigieron hacia la puerta del salón. Louise volvió a pedirle a Trace que interviniera, pero notó en el rostro de su marido que sería inútil hacerle objeciones. Unas cuantas parejas abandonaron la pista de baile y se quedaron contemplando los preparativos. Trace no intentó detener a Cash: lo ayudó. Como no había pistola, golpeó entre sí un par de libros para dar la salida.

Cash voló por encima del sofá, de la mesa de café, del velador, de la pantalla de la chimenea y del puf. Parecía haber recobrado toda su antigua elegancia y toda su fuerza. Superó también el gran sofá situado al fondo de la habitación, y en lugar de pararse allí, se dio la vuelta y empezó otra vez la carrera. Tenía el rostro contraído y la boca abierta. Se le marcaban terriblemente los tendones del cuello. Pasó por encima del puf, de la pantalla de la chimenea, del velador y de la mesa de café. La gente contuvo la respiración mientras se acercaba al último sofá, pero también lo superó y cayó de pie al otro lado. Se oyeron algunos aplausos. Luego Cash dejó escapar un gemido y se derrumbó. Louise corrió a su lado. Tenía la ropa empapada en sudor y respiraba entrecortadamente. Su mujer se arrodilló, puso la cabeza de Cash en su regazo y le acarició los escasos cabellos.

Cash tenía una resaca terrible el domingo, y Louise lo dejó dormir hasta casi la hora de salir para los servicios religiosos. Toda la familia se presentó junto a la iglesia de Cristo a las once, como hacían siempre. Cash cantó, rezó y se puso de rodillas, pero lo único que sentía en la iglesia era que se hallaba fuera del reino de la infinita misericordia de Dios, y, a decir verdad, no creía ya en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo más de lo que cree mi bullterrier. A la una volvieron a casa para comerse la carne demasiado hecha y las pétreas patatas que componían habitualmente su almuerzo dominical. A eso de las cinco llamaron los Parminter y los invitaron a tomar una copa. Louise dijo que no, y Cash acudió solo. (¡Ah, esas noches de domingo en los barrios residenciales, esas melancolías de domingo por la noche! ¡Esos huéspedes del fin de semana a punto de irse, esos cócteles que ya no saben a nada, esas flores medio muertas, esos viajes a Harmon para coger el Century, esos

análisis *a posteriori* y esas cenas a base de sobras!). Hacía bochorno y el cielo estaba cubierto. Empezaban los días de mucho calor. Cash bebió ginebra con los Parminter durante una hora o dos, y luego fue a tomarse una copa con los Townsend. Los Farquarson llamaron a los Townsend y les pidieron que fueran a su casa y llevaran a Cash con ellos, y allí bebieron algunas copas más y comieron las sobras de la fiesta. Los Farquarson se alegraron de ver que Cash parecía otra vez el mismo de siempre. Eran las diez y media o las once cuando volvió a casa. Louise estaba en el piso de arriba, recortando del último número de *Life* las escenas de pandemónium, desastre y muerte violenta que, en su opinión, podían corromper a sus hijos. Era una costumbre suya. Cash subió a hablar con ella y luego bajó de nuevo. Al cabo de un rato, Louise lo oyó cambiar de sitio los muebles del cuarto de estar. Luego la llamó, y al bajar ella se lo encontró al pie de la escalera, descalzo, y ofreciéndole la pistola. Louise no había disparado nunca, y las instrucciones que le dio su marido no sirvieron de mucho.

—Date prisa —dijo él—. No voy a pasarme toda la noche esperando.

Había olvidado mencionar que el revólver tenía el seguro puesto, y cuando ella apretó el gatillo no pasó nada.

—Es esa palanquita —indicó él—. Aprieta esa palanquita. —Luego, llevado por la impaciencia, saltó de todas formas por encima del sofá.

La pistola se disparó, y Louise lo alcanzó en el aire. Cash murió en el acto.

EL DÍA QUE EL CERDO SE CAYÓ AL POZO

Durante el verano, cuando la familia Nudd se reunía en Whitebeach Camp, en los montes Adirondack, siempre había una noche en que uno de ellos preguntaba:

—¿Os acordáis del día que el cerdo se cayó al pozo?

Luego, como si hubiera sonado la primera nota de un sexteto, todos los demás se apresuraban a representar sus papeles de siempre, como esas familias que cantan las operetas de Gilbert y Sullivan, y el recital se prolongaba por espacio de una hora o más. Los días perfectos —y había habido cientos de ellos— parecían haberse incorporado a sus conciencias sin dejar recuerdos, y volvían a aquella crónica de pequeños desastres como si fuera la génesis del verano.

El famoso cerdo había pertenecido a Randy Nudd. Lo ganó en la feria de Lanchester, y lo llevó a casa; tenía intención de hacerle una pocilga, pero Pamela Blaisdell lo telefoneó, y Randy metió al cerdo en el cobertizo de las herramientas y se fue a casa de los Blaisdell en el viejo Cadillac. Russell Young estaba jugando al tenis con Esther Nudd. La cocinera de aquel año era una irlandesa llamada Nora Quinn. La hermana de la señora Nudd, tía Martha, se había ido al pueblo de Macabit a recoger unos esquejes en casa de una amiga, y el señor Nudd planeaba ir con la lancha hasta Polett's Landing y traerla de vuelta a casa después del almuerzo. Se esperaba a una tal señorita Coolidge para la cena y para pasar el fin de semana. La señora Nudd la había conocido treinta años antes, cuando las dos estudiaban en Suiza. La señorita Coolidge había escrito a la señora Nudd diciéndole que estaba en casa de unos amigos en Glens Falls y, ¿podría hacer una visita a su antigua condiscípula? La señora Nudd apenas se acordaba de ella, y no tenía ningún interés en verla, pero le contestó pidiéndole que fuera a pasar el fin de semana con ellos. Aunque estaban a mediados de julio, desde el amanecer, violentas ráfagas de viento del noroeste habían estado trastornando todas las actividades de la casa y rugiendo entre los árboles como si se tratara de una tormenta. Cuando uno se libraba del viento, si es que podía, hacía calor al sol.

En los acontecimientos del día que el cerdo se cayó al pozo, uno de los protagonistas no era miembro de la familia: Russell Young. El padre de Russell era el dueño de la ferretería de Macabit, y los Young, una familia local muy respetada. La señora Young trabajaba de asistenta un mes todas las primaveras, limpiando las casas para el verano, pero su posición no era la de criada. Russell conoció a los Nudd por los hijos de la casa, Hartley y Randall, y desde muy joven empezó a pasar mucho tiempo en su finca. Era uno o dos años mayor que los chicos Nudd, y, en cierta manera, la señora Nudd le confiaba el cuidado de sus hijos. Russell tenía la misma edad que Esther Nudd y era un año más joven que Joan. Al comienzo de su amistad,

Esther era una chica muy gorda. Joan era bonita y se pasaba la mayor parte del tiempo delante del espejo. Esther y Joan adoraban a Randy y le daban dinero de su asignación para que comprara pintura para su bote, pero aparte de eso no había mucha relación entre ambos sexos. Hartley Nudd tenía muy mala opinión de sus hermanas.

—Ayer vi a Esther desnuda en la caseta de la playa —le decía a cualquiera—; tiene unos michelines alrededor del estómago más grandes que yo qué sé. No he visto nunca una cosa tan horrible. Y Joan es sucia. Tendrías que ver su cuarto. No entiendo que alguien quiera llevar a un baile a una persona así de sucia.

Pero, en su recuerdo favorito, tenían algunos años más. Russell había terminado el bachillerato en el instituto local y se había marchado a la Universidad de Albany, y durante el verano de su primer año trabajó para los Nudd, echando una mano en lo que hiciera falta. El hecho de que se le pagara un sueldo no cambió su relación con la familia, y continuó siendo amigo de Randall y de Hartley. En cierta manera, el carácter y los orígenes de Russell parecían ser los dominantes, y los hijos de la familia Nudd regresaban a Nueva York imitando su acento norteamericano. Por otra parte, Russell iba con ellos a todas las excursiones a Hewitt's Point, los acompañaba a escalar montañas y a pescar, y también a los bailes al estilo campesino en el ayuntamiento, y al hacer todas estas cosas aprendió de los Nudd una interpretación de los meses de verano que no hubiese conocido en su calidad de nativo. A Russell aquella influencia tan inocente y placentera no le inspiraba el menor recelo, y recorría con los Nudd las carreteras de montaña en el viejo Cadillac, compartiendo con ellos el sentimiento de que los luminosos días de julio y agosto proporcionaban algo muy especial a la mente y la carrera de todos. Si los Nudd nunca mencionaban las diferencias entre la posición social de Russell y la suya, era porque las barreras que estaban perfectamente capacitados para ver habían sido retiradas durante los meses de verano; porque la zona en la que vivían, con el cielo derramando luminosidad sobre las montañas y el lago, daba la impresión de ser un paraíso momentáneo donde los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, convivían apaciblemente.

El verano en que el cerdo se cayó al pozo fue también el verano en que Esther se dedicó a jugar al tenis y adelgazó mucho. Esther estaba muy gorda cuando entró en la universidad, pero durante el primer año había empezado la ardua tarea —en su caso, coronada por el éxito— de conseguir una nueva apariencia y una nueva personalidad. Seguía una dieta muy estricta, y jugaba de doce a catorce sets todos los días, y su actitud casta, atlética e intensa nunca se modificaba. Russell fue su contrincante en el tenis aquel verano. La señora Nudd había vuelto a ofrecerle un empleo, pero él prefirió trabajar para un granjero, repartiendo la leche que producían sus vacas. Los Nudd supusieron que quería ser independiente, y eso les pareció comprensible, porque todos ellos deseaban lo mejor para Russell. El hecho de que hubiera

terminado su segundo año de universidad en la lista de honor del decano era un motivo de orgullo para toda la familia. Como pudo verse después, el empleo con el granjero no cambió nada las cosas. Russell terminaba de repartir la leche a las diez de la mañana, y se pasó la mayor parte del verano jugando al tenis con Esther. Y también se quedó a cenar con frecuencia.

Esther y Russell se encontraban jugando al tenis aquella tarde cuando Nora se acercó corriendo por el jardín y les dijo que el cerdo se había escapado del almacén de las herramientas y que después se había caído al pozo. Alguien había dejado abierta la puerta del cobertizo donde estaba el pozo. Russell y Esther fueron allí y encontraron al animal nadando en dos metros de agua. Russell hizo un nudo corredizo con una cuerda de tender la ropa e intentó pescar al cerdo. En aquel momento, la señora Nudd estaba esperando a que llegara la señorita Coolidge, y el señor Nudd y tía Martha volvían en la lancha de Polett's Landing. Había un oleaje muy fuerte en el lago y el bote se balanceaba mucho; un poco de sedimento se salió del depósito de gasolina y obturó el tubo de alimentación. El viento arrastró la lancha estropeada hacia Gull Rock y acabó haciéndole un agujero en la proa. El señor Nudd y tía Martha se pusieron los chalecos salvavidas y recorrieron a nado los veinte metros, aproximadamente, que los separaban de la orilla.

La intervención del señor Nudd en el relato era muy sobria (tía Martha había muerto), y no decía nada hasta que le preguntaban.

—¿Es cierto que tía Martha se puso a rezar? —preguntaba Joan, y él se aclaraba la garganta para decir (el señor Nudd hablaba de una manera extraordinariamente seca y precisa):

—Efectivamente, Joany: rezó el padrenuestro. Hasta entonces nunca había sido una mujer demasiado religiosa, pero estoy seguro de que ese día se la oía rezar desde la orilla.

—¿Es cierto que tía Martha llevaba corsé? —preguntaba Joan.

—Bueno, yo diría que sí, Joany —contestaba el señor Nudd—. Cuando ella y yo llegamos al porche donde tu madre y la señorita Coolidge tomaban el té, nuestra ropa seguía chorreando, y tía Martha llevaba encima muy pocas prendas que no pudieran verse.

El señor Nudd había heredado de su padre un negocio de lana, y siempre llevaba un traje completo de ese mismo material, como si estuviera haciendo publicidad de su empresa. El año que el cerdo se cayó al pozo, el señor Nudd permaneció todo el verano en el campo; no porque su negocio funcionara solo, sino porque se había peleado con sus socios.

—No tiene sentido que vuelva ahora a Nueva York —repetía—. Me quedaré aquí hasta septiembre y les daré a esos hijos de perra libertad suficiente para que se ahorquen con su propia soga. —La codicia de sus socios desalentaba al señor Nudd

—. La verdad es que Charlie Richmond carece de principios —le decía a la señora Nudd indignado y, al mismo tiempo, con resignación, como si no esperara que su mujer entendiera de negocios, o como si el impacto de la codicia fuese indescriptible—. No tiene el menor sentido ético —continuaba—; carece de moral y de educación, no tiene principios, solo piensa en hacer dinero.

La señora Nudd parecía entender. Su opinión era que personas como aquellas terminaban suicidándose. Ella había conocido a un hombre así, que trabajaba día y noche para hacer dinero. Arruinó a sus socios, traicionó a sus amigos y rompió el corazón de su dulce mujercita y de sus adorables hijos, y luego, después de acumular millones y millones de dólares, fue a su despacho un domingo por la tarde y se tiró por la ventana.

El papel de Hartley en la historia giraba alrededor de un lucio muy grande que pescó aquel día, y Randy no hacía su aparición en el relato casi hasta el final. A Randy lo habían expulsado de la universidad aquella primavera. Asistió con seis amigos a una conferencia sobre socialismo, y uno de ellos le tiró un pomelo al conferenciante. Randy y los demás se negaron a decir quién había sido el culpable, y los expulsaron a todos. Sus padres se disgustaron mucho con el incidente, pero por otra parte estaban orgullosos de cómo se había comportado Randy. Esta experiencia hizo, en definitiva, que Randy tuviera la sensación de ser una celebridad y sirvió para aumentar su ya considerable amor propio. El hecho de que lo hubieran expulsado de la universidad, y de que fuese a trabajar a Boston cuando llegara el otoño, lo hacía sentirse superior a los demás.

La historia no empezó a adquirir peso hasta un año después del incidente con el cerdo, y ya en aquel corto espacio de tiempo se produjeron alteraciones en su estructura. El papel de Esther cambió en favor de Russell. Esther interrumpía a los demás para cantar las alabanzas de Russell.

—¡Qué bien lo hiciste, Russell! ¿Cómo demonios aprendiste a hacer un nudo corredizo? Si no hubiera sido por ti, apuesto cualquier cosa a que el cerdo todavía seguiría en el pozo.

El año anterior, Esther y Russell se habían besado unas cuantas veces, y decidieron que aunque se enamoraran nunca se casarían. Él no saldría de Macabit. Ella no podía vivir allí. Habían llegado a aquella conclusión durante el verano que Esther se dedicó al tenis, cuando sus besos, como todos los demás, estaban llenos de seriedad y eran muy castos. Al verano siguiente, Esther parecía tan deseosa de perder la virginidad como lo había estado anteriormente de adelgazar. Algo sucedido aquel invierno —Russell nunca supo qué— la había hecho avergonzarse de su inexperiencia.

Esther hablaba sobre sexo cuando estaban solos. Russell pensaba que la castidad de su amiga era de gran valor, y fue él quien necesitó de una cierta tarea de

persuasión, pero luego perdió la cabeza muy de prisa y subió al cuarto de Esther por la escalera de atrás. Después de convertirse en amantes, siguieron hablando de que nunca podrían casarse, pero la provisionalidad de sus relaciones parecía no tener importancia, como si aquello, al igual que todo lo demás, quedara ennoblecido por la inocente y transitoria temporada de verano. Esther solo se mostraba dispuesta a hacer el amor en su propia cama, pero como su habitación estaba en la parte trasera de la casa y podía llegar a ella por la escalera de la cocina, Russell nunca tuvo la menor dificultad para subir hasta allí sin ser visto. Como todos los demás cuartos de la casa, el de Esther se hallaba sin terminar. Las tablas de pino, oscurecidas por el paso del tiempo, despedían un olor agradable, una reproducción de Degas y una fotografía de Zermatt estaban clavadas con chinchetas en las paredes, el colchón tenía bultos, y, en aquellas noches de verano, con los insectos de junio estrellándose contra las ventanas de tela metálica, con el calor del día aún apresado en las maderas de la vieja casa, con el seco perfume del cabello castaño de Esther, con su inocencia y su esbeltez entre los brazos, Russell sintió que aquella felicidad era inestimable.

Pensaron que todo el mundo lo descubriría, y que estaban perdidos. Esther no se arrepentía de lo que había hecho, pero no sabía cómo acabaría. Esperaron a que surgieran los problemas, y cuando nada sucedió, se quedaron perplejos. Luego, una noche, ella decidió que todo el mundo debía saberlo, pero todo el mundo lo comprendió. La idea de que sus padres eran en el fondo lo suficientemente jóvenes para entender aquella pasión tan inocente y natural hizo llorar a Esther.

—¿No es cierto que son unas personas maravillosas, cariño? —le preguntó a Russell—. ¿Has conocido alguna vez a personas tan maravillosas? Me refiero a que, como los educaron de una manera tan *estricta*, y todos sus amigos son tan *estirados*, ¿no es maravilloso que *comprendan*?

Russell estuvo de acuerdo. Su respeto por los Nudd aumentó al pensar que eran capaces de prescindir de las convicciones ante algo mucho más grande. Pero los dos se equivocaban, por supuesto. Nadie les habló de sus encuentros nocturnos porque nadie estaba enterado. Al señor y a la señora Nudd no se les ocurrió nunca que una cosa así pudiera estar sucediendo.

El otoño anterior Joan se había casado de repente y se había ido a vivir a Minneapolis. El matrimonio no duró. En abril, Joan estaba en Reno, y consiguió el divorcio a tiempo de volver a Whitebeach para pasar el verano. Seguía siendo una chica guapa, de cara alargada y cabellos rubios. Nadie había pensado que fuese a volver, y los objetos de su cuarto se desperdigaron por toda la casa. Ella insistía en localizar sus cuadros y sus libros, sus alfombras y sus sillas. Cuando se reunía con los otros en el porche después de cenar, siempre hacía muchas preguntas: «¿Tiene alguien una cerilla?»; «¿Hay un cenicero por ahí?»; «¿Queda café?»; «¿Vamos a beber algo?»; «¿Hay una almohada sobrante en algún sitio?». Hartley era el único

que contestaba con amabilidad a sus preguntas.

Randy y su mujer pasaron allí dos semanas. Randy seguía sacándoles dinero a sus hermanas. Pamela era una chica delgada y morena que no se entendía en absoluto con la señora Nudd. Se había criado en Chicago, y la señora Nudd, que había vivido siempre en el este, pensaba a veces que quizá eso explicara sus diferencias.

—Quiero la *verdad* —le decía con frecuencia Pamela a la señora Nudd, como si tuviera la sospecha de que su suegra mentía—. ¿Crees que me sienta bien el rosa? —preguntaba—. Quiero que me digas la *verdad*.

No le parecía bien la manera que tenía la señora Nudd de administrar Whitebeach Camp, y en una ocasión trató de hacer algo para evitar el desperdicio que veía por todas partes. Detrás del jardín de la señora Nudd había un campo de grosellas que los mozos abonaban y podaban todos los años, aunque a los Nudd no les gustaban las grosellas y nunca las recogían. Una mañana apareció un camión por el camino de grava y cuatro desconocidos se metieron en el campo de las grosellas. La criada se lo dijo a la señora Nudd, y ya estaba a punto de pedirle a Randy que echara a aquellos extraños cuando llegó Pamela y lo explicó todo.

—Las grosellas se están pudriendo —dijo—, así que le dije al encargado de la tienda de ultramarinos que podían recogerlas si nos las pagaban a quince centavos el kilo. No me gusta nada que se desperdicien las cosas...

Este incidente inquietó a la señora Nudd y a todos los demás, aunque no hubieran sido capaces de decir por qué.

Pero en el fondo aquel verano fue como todos los demás. Russell y «los chicos» fueron a Sherill's Falls, donde el agua tiene color de oro; escalaron el monte Macabit, y fueron a pescar a Bates's Pond. Como estas excursiones se hacían una vez al año, habían empezado a parecer ritos. Después de cenar, la familia se reunía en el porche abierto. A menudo había nubes de color rosa en el cielo.

—Acabo de ver a la cocinera tirar un plato de coliflor —le decía Pamela a la señora Nudd—. No me corresponde a mí reñirla, pero me molesta mucho ver que se desperdician las cosas. ¿A ti no te pasa lo mismo?

O Joan preguntaba:

—¿Ha visto alguien mi suéter amarillo? Estoy segura de que lo dejé en la caseta de la playa, pero acabo de ir allí y no lo encuentro. ¿Lo ha traído alguien a casa? Es el segundo suéter que pierdo este año.

Luego, durante algún tiempo, nadie decía nada, como si todos hubieran quedado libres por aquella noche de las rígidas leyes de la conversación, y cuando volvían a hablar, seguía siendo sobre menudencias: comentaban las mejores maneras de calafatear un bote, o si los autobuses son más cómodos que los tranvías, o cuáles son los caminos más cortos para llegar en coche hasta Canadá. La oscuridad se apoderaba del aire tibio y resultaba tan espesa como el lodo. Luego alguien, hablando del cielo,

le recordaba a la señora Nudd lo rojo que estaba la noche en que el cerdo se cayó al pozo.

—Tú estabas jugando al tenis con Esther, ¿no es cierto, Russell? Fue el verano que Esther se dedicó al tenis. ¿No ganaste el cerdo en la feria de Lanchester, Randy? ¿En uno de esos sitios donde hay que tirar pelotas de béisbol contra un blanco? Siempre has sido muy buen atleta.

El cerdo, todos lo sabían, había sido el premio de una rifa, pero nadie corregía a la señora Nudd por su pequeña modificación de la historia. Desde hacía poco había empezado a elogiar a Randy por méritos que nunca había poseído. No lo hacía de manera consciente, y se hubiese quedado muy perpleja si alguien le hubiera llevado la contraria, pero ahora recordaba con frecuencia las buenas notas que Randy sacaba en alemán, lo popular que había sido en el internado, su destacado papel en el equipo de fútbol: todos falsos recuerdos bienintencionados que parecían dirigidos a Randy, como para darle ánimos.

—Ibas a hacerle una pocilga al cerdo —dijo su madre—. Siempre se te ha dado muy bien la carpintería. ¿Recuerdas la estantería para libros que fabricaste? Luego Pamela llamó por teléfono, y te fuiste a su casa en el viejo Cadillac.

La señorita Coolidge llegó aquel famoso día a las cuatro: eso lo recordaban todos. Era una solterona originaria del Medio Oeste que se ganaba la vida como solista de iglesia. No había nada notable en ella, pero era, por supuesto, muy diferente de la despreocupada familia Nudd, y les agradaba pensar que provocaron su desaprobación. Una vez que estuvo instalada, la señora Nudd la llevó al porche y Nora Quinn les llevó el té. Después de servirlo, Nora cogió subrepticamente una botella de whisky del comedor, subió a su cuarto en el ático y empezó a beber. Hartley regresó del lago con su lucio de más de tres kilos en un cubo. Lo dejó en el vestíbulo de atrás y se reunió con su madre y la señorita Coolidge, atraído por las pastas que vio encima de la mesa. La señorita Coolidge y la señora Nudd se dedicaban a sus recuerdos escolares cuando el señor Nudd y tía Martha, completamente vestidos y chorreando agua, aparecieron en el porche y fueron presentados. El cerdo ya se había ahogado para entonces, y Russell no logró sacarlo del pozo hasta la hora de la cena. Hartley le prestó su maquinilla de afeitar y una camisa blanca, y Russell se quedó a cenar. No se habló del cerdo delante de la señorita Coolidge, pero en la mesa se hicieron muchos comentarios sobre lo salada que sabía el agua. Después de cenar salieron todos al porche. Tía Martha había colgado el corsé en la ventana de su dormitorio para que se secase, y cuando subió para ver qué tal iba la operación se fijó en el cielo y llamó a los que estaban abajo para que lo vieran.

—¡Mirad todos al cielo, fijaos!

Un momento antes, las nubes lo ocultaban por completo; ahora empezaban a

descargar mundos de fuego. El resplandor que se extendía sobre el lago resultaba cegador.

—¡Mira al cielo, Nora! —dijo la señora Nudd alzando la cabeza hacia donde vivía Nora, pero para cuando la cocinera, que estaba borracha, llegó a la ventana, la ilusión del fuego se había desvanecido y las nubes carecían de interés, y, pensando que quizá no había entendido bien a su señora, se asomó al descansillo de la escalera para preguntar si querían algo, con tan mala fortuna que cayó rodando y volcó el cubo con el lucio vivo dentro.

Al llegar a este punto de la historia, Joan y la señora Nudd reían hasta saltárseles las lágrimas. Todos reían alegremente menos Pamela, que esperaba impaciente su turno para intervenir en el relato. Le llegaba inmediatamente después de la caída de Nora escaleras abajo. Randy se quedó a cenar con los Blaisdell y regresó a Whitebeach Camp con Pamela mientras Hartley y Russell estaban tratando de meter a Nora en la cama. Traían noticias para todo el mundo, dijeron; habían decidido casarse. La señora Nudd nunca había querido que Randy se casara con Pamela, y la noticia la entristeció, pero besó a su futura nuera con mucha ternura y subió al piso de arriba en busca de una sortija de brillantes.

—¡Qué bonita es! —dijo Pamela cuando la señora Nudd le hizo entrega de la sortija—. Pero ¿no te hará falta? ¿No la echarás de menos? ¿Estás *segura* de que quieres que la tenga yo? Dime la verdad...

La señorita Coolidge, que había estado muy callada hasta entonces y que debía de sentirse muy ajena a todo aquello, preguntó si podía cantar.

Todas las largas conversaciones que Russell había mantenido con Esther sobre lo provisional de sus relaciones no lo ayudaron nada aquel otoño cuando se marcharon los Nudd. La echaba muchísimo de menos, y también las noches de verano pasadas en su cuarto. Empezó a escribirle cartas muy largas cuando regresó a Albany. Se sentía más preocupado y más solo que nunca. Esther no contestó a sus cartas, pero eso no modificó su manera de sentir. Decidió que debían prometerse. Se quedaría en la universidad hasta terminar la tesina, y con un empleo de profesor podría vivir en un sitio como Albany. Esther no respondió tampoco a su proposición matrimonial, y Russell, desesperado, la telefoneó a la universidad. Había salido. Le dejó recado de que lo llamara. Un día más tarde, Esther no había dado señales de vida, y volvió a telefonarla. Esta vez sí dio con ella y le pidió que se casaran.

—No puedo casarme contigo, Russell —le dijo con impaciencia—. No *quiero* casarme contigo.

Russell colgó el teléfono sintiéndose muy desgraciado, y estuvo enfermo de amor una semana. Luego decidió que la negativa de Esther no era decisión suya; que sus

padres le habían prohibido casarse con él: una suposición que se vio reforzada por el hecho de que ninguno de los Nudd volvió a Macabit al verano siguiente. Pero Russell estaba equivocado. El señor y la señora Nudd se llevaron a Joan y a Esther a California aquel verano, no para mantener a esta última alejada de Russell, sino porque la señora Nudd había recibido una herencia y decidió gastar el dinero viajando. Hartley consiguió un empleo en Maine en un campamento de verano. Randy y Pamela —Randy había perdido el empleo en Boston y ya tenía otro en Worcester— iban a tener un hijo en julio, de manera que Whitebeach Camp permaneció cerrado todo el verano.

Luego volvieron todos. Un año después, cierto día de junio, cuando un furgón para transportar caballos llevaba unos cuantos al picadero de Macabit y había un montón de embarcaciones con motor sobre remolques a lo largo de la carretera, los Nudd regresaron. Hartley trabajaba en la enseñanza, de manera que pasó allí todo el verano. Randy pidió dos semanas sin sueldo, para que Pamela, el niño y él pudieran quedarse un mes entero. Joan no tenía intención de volver; se había asociado con una mujer propietaria de un salón de té en Lake George, pero se peleó con su compañera a poco de empezar, y en junio el señor Nudd fue a buscarla y se la llevó a casa. Joan había ido al médico aquel invierno porque empezaba a tener depresiones, y hablaba con franqueza de su infortunio.

—Creo que lo que me pasa —decía durante el desayuno—, es que tuve muchísimos celos de Hartley cuando se fue por primera vez al internado. Podría haberlo matado cuando volvió aquel año a casa durante las Navidades, pero reprimí toda mi rabia...

»¿Os acordáis de aquella niñera, O'Brien? —preguntaba a la hora del almuerzo—. Bueno, pues creo que O'Brien echó a perder todos mis puntos de vista sobre el sexo. Solía desnudarse dentro del armario, y una vez me pegó por mirarme al espejo sin nada de ropa encima. Creo que echó a perder todas mis ideas...

»Creo que lo que me pasa se debe a que la abuela fue siempre demasiado estricta —decía a la hora de cenar—. Nunca me pareció que estuviera orgullosa de mí. Me refiero a que sacaba muy malas notas en el colegio, y ella siempre hacía que me sintiera muy culpable. Creo que eso ha influido en mi actitud hacia otras mujeres...

»¿Sabéis? —exclamaba en el porche después de cenar—, creo que el punto crucial de toda mi vida fue que aquel horrible chico, Trenchard, me enseñara aquellas fotografías cuando yo solo tenía diez años...

Los recuerdos le proporcionaban una felicidad momentánea, pero media hora más tarde ya había empezado a morderse las uñas. Después de pasarse toda la vida rodeada de personas justas y cariñosas, y, uno a uno, iba culpando a los miembros de su familia, a sus amigos, y también a los criados.

Esther se había casado con Tom Dennison el otoño anterior, al regresar de

California. Todos los miembros de la familia estaban contentos con aquel enlace. Tom era un hombre agradable, trabajador e inteligente. Tenía un empleo, de poca importancia todavía, en una empresa que manufacturaba cajas registradoras. Su sueldo era pequeño, y Esther y él iniciaron su vida de casados en una casa de vecindad sin agua caliente en la zona este de las calles sesenta. Hablando de esto, la gente añadía algunas veces: «¡Esa Esther Nudd tiene mucho valor!». Cuando llegó el verano, resultó que las vacaciones de Tom eran muy cortas, y Esther y él se fueron al cabo Cod en junio. El señor y la señora Nudd confiaban en que Esther apareciese después por Whitebeach Camp, pero su hija dijo que no, que se quedaría con Tom en Nueva York. En agosto cambió de idea, y el señor Nudd salió en coche al encuentro de su tren en el empalme ferroviario. No se quedaría más que diez días, dijo, y sería su último verano en Whitebeach Camp. Tom y ella iban a comprarse una casa en cabo Cod. Cuando llegó el momento de marcharse, Esther telefoneó a Tom, y él le dijo que se quedara en el campo; en Nueva York, el calor era terrible. Ella siguió telefoneándole una vez por semana y se quedó en Whitebeach Camp hasta mediados de setiembre.

Aquel verano, el señor Nudd pasaba dos o tres días a la semana en Nueva York, y tomaba el avión en Albany. Para variar, ahora estaba contento con la marcha de su compañía. Lo habían nombrado presidente del consejo de administración. Pamela tenía a su niño con ella, y se quejaba de la habitación que les habían dado. En una ocasión, la señora Nudd oyó por casualidad lo que decía en la cocina, mientras hablaba con la cocinera:

—Las cosas serán muy diferentes cuando Randy y yo llevemos esta casa, puede estar usted segura...

La señora Nudd habló de aquello con su marido, y se pusieron de acuerdo para dejar Whitebeach Camp a Hartley.

—Ese jamón solo ha venido una vez a la mesa —decía Pamela—, y anoche la vi tirar a la basura un plato de habas en perfectas condiciones. No me corresponde a mí reñirla, pero me molesta mucho ver que se desperdician las cosas. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Randy adoraba a su flaca esposa, y ella se aprovechaba al máximo de su protección. Una tarde salió al porche mientras el resto de la familia tomaba unos cócteles antes de cenar y se sentó al lado de la señora Nudd. Llevaba al niño en brazos.

—¿Siempre cenáis a las siete, abuelita? —preguntó.

—Sí.

—Creo que no voy a poder sentarme a la mesa a las siete —dijo Pamela—. Me molesta llegar tarde a cenar, pero tengo que pensar primero en el niño, ¿no es cierto?

—Mucho me temo que no puedo pedir al servicio que retrase la cena —dijo la señora Nudd.

—No quiero que retrases la cena por mí, pero en esa habitación tan pequeña

donde estamos hace demasiado calor, y nos cuesta trabajo dormir a Binxey. A Randy y a mí nos encanta Whitebeach Camp, y queremos hacer todo lo posible para no causarte problemas, pero tengo que pensar en Binxey, y mientras le cueste trabajo dormirse no podré estar a tiempo para cenar. Espero que no te importe. Quiero que me digas la verdad.

—No tiene importancia que llegues tarde —aseguró la señora Nudd.

—¡Qué vestido tan bonito! —comentó Pamela, para acabar la conversación de una manera agradable—. ¿Es nuevo?

—Gracias, querida —respondió la señora Nudd—. Sí, es nuevo.

—El color es muy bonito —dijo Pamela, y se levantó para tocar la tela, pero algún movimiento brusco hecho por ella o por el niño que llevaba en brazos o quizá por la señora Nudd hizo que el pitillo encendido de Pamela tropezara con el vestido nuevo y le hiciera un agujero. La señora Nudd contuvo la respiración, sonrió desmañadamente y dijo que no tenía importancia.

—¡Sí que tiene importancia! —exclamó Pamela—. Me siento terriblemente avergonzada. Avergonzadísima. Es todo culpa mía, y si me dejas el vestido lo mandaré a Worcester para que le hagan un zurcido. Conozco un sitio en Worcester donde zurcen de maravilla.

La señora Nudd repitió que no tenía importancia, e intentó cambiar de tema preguntando si no había hecho un día maravilloso.

—Insisto en que me dejes que lo lleve a zurcir —dijo Pamela—. Quiero que te lo quites después de cenar y que me lo des. —Luego fue hasta la puerta, giró sobre sí misma y alzó al niño—. Dile adiós a la abuelita, Binxey. Dile adiós, anda, Binxey. El niño dice adiós a la abuelita. ¡Adiós, abuelita! Anda, dile adiós a la abuelita. El niño dice adiós...

Pero ninguno de aquellos incidentes alteraba los ritos del verano. Los domingos a primera hora de la mañana, Hartley llevaba a la doncella y a la cocinera a oír misa en St. John's y luego las esperaba en los escalones delante del almacén de piensos. Randy preparaba el helado a las once. Parecía como si el verano fuera un continente, armonioso y autosuficiente, con un peculiar abanico de sensaciones que incluía el placer de conducir descalzo el viejo Cadillac por un pastizal lleno de protuberancias, el sabor del agua que salía de la manguera del jardín cerca de la pista de tenis, la satisfacción de ponerse un suéter limpio en un refugio de montaña al amanecer, la de sentarse en el porche a oscuras, notando, sin que resultase molesto, que se hallaba uno preso en una red de algo tan tangible y tan frágil como hilos de araña, y la de sentirse limpio después de un largo baño en el mar.

Aquel año los Nudd no invitaron a Russell a Whitebeach Camp, y contaron la historia del cerdo sin su ayuda. Después de los cuatro años de universidad, Russell se había casado con Myra Hewitt, una chica de la localidad. La negativa de Esther a su

propuesta de matrimonio lo había hecho abandonar sus planes de seguir estudiando un posgrado. Ahora trabajaba para su padre en la ferretería. Los Nudd lo veían cuando iban a comprar una parrilla para asar la carne o sedales para pescar, y todos coincidían en que tenía mal aspecto. Estaba pálido. Esther notó que su ropa olía a pienso para pollos y a queroseno. Tuvieron la impresión de que, al trabajar en una tienda, Russell se había descalificado como figura importante en sus veranos. No se trataba de un convencimiento muy hondo, de todas formas, y más bien dejaron de verlo por razones de indiferencia y de falta de tiempo. Pero el verano siguiente llegaron a odiar a Russell; lo tacharon por completo de su lista.

Hacia el final de la primavera, Russell y su suegro comenzaron a cortar y a vender los árboles de Hewitt's Point, talando un claro de más de una hectárea a lo largo de la orilla del lago en preparación para un complejo turístico de grandes proporciones que se llamaría Young's Bungalow City. Hewitt's Point se hallaba al otro lado del lago y a cinco kilómetros al sur de Whitebeach Camp, y el complejo no afectaría a la propiedad de los Nudd, pero Hewitt's Point era el sitio donde iban siempre de excursión, y no les gustaba ver cómo desaparecía el bosque para ser reemplazado por cabañas para turistas. Russell les había defraudado enormemente. Lo creían una persona amante de las colinas donde había crecido. Esperaban de él, que era algo así como un hijo adoptivo, la capacidad de compartir su veraniega falta de interés por el dinero, y resultaba un doble golpe que manifestara tener intereses mercenarios y que el objeto de sus transacciones fuera el bosque de Hewitt's Point, feliz escenario de tantas inocentes excursiones.

Pero es costumbre de esa zona dejar las bellezas de la naturaleza a las mujeres y a los clérigos. El pueblo de Macabit se encuentra en tierra alta por encima de un desfiladero, y está orientado hacia las montañas del norte. El lago se extiende al final de este desfiladero, y, excepto en las mañanas de más calor, siempre hay nubes por debajo de los escalones del almacén de piensos y del porche de la iglesia federada. El tiempo en el desfiladero se caracteriza por un fenómeno parecido a esas brisas marinas que con frecuencia producen neblinas en la costa. En los días más calurosos y tranquilos podía surgir de pronto una cortina tan densa como el terciopelo, y un violento chaparrón ocultaba las montañas; pero este continuo desplazamiento de luz y sombras, al igual que el trueno y las puestas de sol, al igual que los rayos de luz que a veces aparecen al final de una tormenta y que han sido ligados por artistas religiosos a la misericordia divina, solo han servido para acentuar la indiferencia del varón laico ante su entorno. Cuando los Nudd se cruzaban con Russell en la carretera sin saludarlo, este último no sabía qué era lo que había hecho para incurrir en sus iras.

Aquel año, Esther se marchó en setiembre. Su marido y ella se habían mudado a un barrio residencial. Pero no habían logrado aún la casa en el cabo Cod, y ella pasó la mayor parte del verano sin él en Whitebeach Camp. Joan, que iba a empezar un curso de secretariado, volvió a Nueva York con su hermana. El señor y la señora Nudd se quedaron hasta el primero de noviembre. El señor Nudd se había engañado

sobre su éxito en los negocios. Cuando ya era demasiado tarde descubrió que su cargo de presidente del consejo de administración equivalía a una jubilación escasamente remunerada. Carecía de sentido volver a la ciudad, y la señora Nudd y él pasaron el otoño dando largos paseos por los bosques. El racionamiento de la gasolina había hecho que aquel verano fuera una época difícil, y, cuando cerraron la casa, tuvieron la impresión de que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a abrirla. La escasez de materiales de construcción había detenido las obras en Young's Bungalow City. Después de cortar los árboles y de colocar las vigas de hormigón para veinticinco chalets turísticos, Russell no había podido conseguir ni clavos, ni madera, ni materiales para los techos.

Al terminar la guerra, los Nudd regresaron a Whitebeach Camp para pasar allí los veranos. Todos habían colaborado activamente durante los años de la contienda: la señora Nudd había trabajado para la Cruz Roja; el señor Nudd, de conserje en un hospital; Randy como oficial de intendencia en Georgia; el marido de Esther había sido teniente en Europa, y Joan se había ido a África con la Cruz Roja, pero se peleó con su superior y la devolvieron a toda prisa a Estados Unidos en un buque de transporte. Pero sus recuerdos de la guerra resultaron menos duraderos que la mayoría de los recuerdos y, con la excepción de la muerte de Hartley (que se había ahogado en el Pacífico), la olvidaron sin dificultad. Ahora era Randy quien los domingos, a primera hora, llevaba a misa a St. John's a la cocinera y a la doncella. Jugaban al tenis a las once, se bañaban a las tres, y bebían ginebra a las seis. «Los chicos» —a falta de Hartley y de Russell— iban a Sherill's Falls, escalaban el monte Macabit, pescaban en Bates's Pond y seguían conduciendo descalzos el viejo Cadillac por los pastizales.

El primer verano después de la guerra, el nuevo pastor de la capilla episcopal de Macabit fue a visitar a los Nudd y les preguntó por qué no habían celebrado un servicio religioso en memoria de Hartley. No pudieron darle una respuesta satisfactoria. El pastor insistió. Unos días después, la señora Nudd soñó que veía a Hartley con semblante descontento. El pastor la detuvo en la calle aquella misma semana, y volvió a hablar sobre el servicio conmemorativo, y esta vez la señora Nudd accedió a que se celebrara. Russell era la única persona de Macabit a quien creyó que era su deber invitar. Russell también había estado en el Pacífico. Al regresar a Macabit había vuelto a trabajar en la ferretería. Los terrenos de Hewitt's Point habían pasado a manos de una empresa inmobiliaria, que estaba edificando casitas de veraneo con una y dos habitaciones.

El servicio en memoria de Hartley se celebró un día muy caluroso de final de verano, tres años después de su muerte. A la ceremonia relativamente simple, el pastor añadió unos versos sobre la muerte en el mar. La señora Nudd no experimentó el menor consuelo durante la lectura de las oraciones. No tenía más fe en el poder de

Dios que en la fuerza mágica de la estrella de la tarde. Por lo que a ella se refiere, no se lograba nada con aquel servicio religioso. Cuando terminó, el señor Nudd la cogió del brazo, y la anciana pareja se dirigió hacia la sacristía. La señora Nudd vio a Russell delante de la iglesia, esperando para hablar con ella, y pensó: ¿Por qué tuvo que ser Hartley? ¿Por qué no Russell?

Hacía años que no lo había visto. Llevaba un traje que le estaba pequeño y tenía la cara roja. Avergonzada por haber deseado la muerte a una persona (porque siempre que advertía la mala voluntad o rencor en su comportamiento se apresuraba a cubrirlos con cariño, y, entre sus amistades y su familia, los destinatarios de su generosidad más cálida eran quienes por provocar su impaciencia la hacían avergonzarse), se dirigió hacia Russell instintivamente y lo cogió de la mano. En su rostro brillaron las lágrimas.

—Muchas gracias por haber venido; tú eras uno de sus mejores amigos. Te hemos echado de menos, Russell. Ven a vernos. ¿Mañana, tal vez? Nos marchamos el sábado. Ven a cenar. Será como en los viejos tiempos. Ven a cenar. No te pido que traigas a Myra y a los niños porque este año estamos sin doncella, pero nos gustaría mucho verte. No dejes de venir.

Russell prometió hacerlo.

El día siguiente resultó ventoso, pero la atmósfera estaba muy clara, y todo tenía una ligereza reconfortante, con una multiplicidad de cambios de luz y del tono ambiental que lo convertían en una jornada a caballo entre el verano y el otoño, precisamente como el día en que se ahogó el cerdo. Después del almuerzo, la señora Nudd y Pamela fueron a una subasta. Habían logrado un razonable equilibrio entre las dos, aunque Pamela seguía interviniendo en la cocina y consideraba Whitebeach Camp como una inevitable herencia que se retrasaba más de lo esperado. Randy, con la mejor voluntad del mundo, había empezado a encontrar el cuerpo de su mujer demasiado familiar y enjuto, aunque sus deseos continuaran siendo tan intensos como siempre, y, en consecuencia, le había sido infiel en una o dos ocasiones. Se habían producido acusaciones, una confesión y una reconciliación, y a Pamela le gustaba hablar de todo esto con la señora Nudd, buscando, como ella decía, la «verdad» sobre los hombres.

Randy había tenido que quedarse con los niños durante las primeras horas de la tarde, y se los había llevado a la playa. Era un padre cariñoso pero con poca paciencia, y desde la casa se lo oía reñir a Binxey:

—Cuando hablo contigo, Binxey, no lo hago porque me guste oír el sonido de mi propia voz; ¡hablo contigo porque quiero que hagas lo que digo!

Como la señora Nudd le había dicho a Russell, no tenían doncella aquel verano. Esther se encargaba del trabajo de la casa. Siempre que alguien sugería contratar a una asistente, Esther decía:

—No nos la podemos permitir, y de todas formas, yo no tengo nada que hacer. No me importa limpiar la casa, solo me gustaría que todos os acordaseis de no entrar en

el cuarto de estar con los pies llenos de arena...

El marido de Esther había pasado las vacaciones en Whitebeach Camp, pero hacía ya tiempo que se había reincorporado a su trabajo.

El señor Nudd estaba sentado al sol en el porche aquella tarde cuando Joan se acercó a él con una carta en la mano. Sonrió con ansiedad y empezó a hablar con un tonillo afectado que siempre irritaba a su padre.

—He decidido no irme mañana con vosotros —declaró—. He decidido quedarme aquí un poco más, papaíto. Después de todo, no tengo nada que hacer en Nueva York. No tengo ninguna razón para irme, ¿no es cierto? He escrito a Helen Parker, y va a venir a quedarse conmigo, para que no esté sola. La carta que tengo en la mano es suya. Dice que le gustaría venir. Creo que podríamos quedarnos hasta Navidad. Durante todos estos años, nunca me he quedado aquí en invierno. Vamos a escribir un libro para niños entre las dos. Ella hará las ilustraciones y yo redactaré el texto. Su hermano conoce a un editor, y dice...

—Joan, cariño, no puedes quedarte aquí durante el invierno —dijo el señor Nudd amablemente.

—Sí que puedo, papaíto, sí que puedo —respondió Joan—. Helen es consciente de que no se trata de un sitio cómodo. Le he escrito contándole todo. Estamos dispuestas a pasar penalidades. Compraremos la comida en Macabit. Nos turnaremos para ir andando al pueblo. Voy a comprar leña para el fuego, muchas latas de conservas y algunos...

—Pero Joan, cariño, esta casa no ha sido construida para vivir en ella durante el invierno. Las paredes son muy finas. Cortaremos el agua.

—No nos importa el agua... cogeremos agua del lago.

—Joan, cariño, escúchame —dijo el señor Nudd con firmeza—. No puedes quedarte aquí durante el invierno. No resistirías más de una semana. Tendría que venir a recogerte, y no quiero cerrar esta casa dos veces. —Había hablado con cierta impaciencia, pero en seguida la razón y el afecto volvieron a hacer aparición en su voz—: Piensa en lo mal que lo pasarías, cariño, sin calefacción ni agua ni nadie de tu familia.

—Papaíto, ¡quiero quedarme! —exclamó Joan—. ¡Quiero quedarme! ¡Deja que me quede, por favor! Llevo mucho tiempo planeándolo.

—Te estás comportando de un modo ridículo, Joan —repuso el señor Nudd—. Esto no es más que una casa para el verano.

—Pero, papaíto, ¡no te estoy pidiendo mucho! —exclamó Joan—. Ya no soy una niña. Tengo casi cuarenta años. Nunca te he pedido nada. Siempre has sido demasiado severo conmigo; nunca me dejas hacer lo que quiero.

—Joan, cariño, trata de ser razonable, haz por lo menos el favor de intentar ser razonable, procura imaginar...

—Esther consiguió todo lo que quería. Fue dos veces a Europa; tuvo aquel coche en la universidad, y el abrigo de pieles. —Repentinamente, se puso de rodillas y

luego se sentó en el suelo; era un gesto desprovisto de elegancia y tenía por objeto enfadar a su padre—. ¡Quiero quedarme, quiero quedarme, quiero quedarme, quiero quedarme! —exclamó.

—¡Joan, te estás portando como una niña! —gritó su padre—. Levántate.

—¡Quiero portarme como una niña! —chilló ella—. ¡Quiero portarme como una niña durante un rato! ¿Qué tiene de terrible querer portarse como una niña durante un rato? Ya no tengo nunca momentos de alegría en mi vida. Cuando me siento desgraciada, trato de recordar una época en que haya sido feliz, pero nunca lo consigo.

—Joan, levántate, ponte en pie. No sigas sentada en el suelo.

—No puedo, no puedo, no puedo —sollozó ella—. Me hace daño estar de pie..., me duelen las piernas.

—Levántate, Joan. —El señor Nudd se inclinó, y para el anciano era todo un esfuerzo incorporar a su hija—. ¡Niñita mía, pobre niñita mía! —dijo, rodeándola con los brazos—. Ven al cuarto de baño y te lavaré la cara, pobrecita.

Joan le dejó lavarle la cara, y después de tomarse una copa se sentaron juntos a jugar a las damas.

Russell se presentó en Whitebeach Camp a las seis y media, y estuvieron bebiendo un poco de ginebra en el porche. El alcohol lo volvió locuaz, y empezó a hablar de sus experiencias de la guerra, pero el ambiente era de distensión y buena voluntad, y Russell se dio cuenta de que nada de lo que hiciera allí aquella noche sería mal recibido. Volvieron a salir otra vez al porche después de la cena, aunque hacía fresco. Las nubes no habían cambiado de color. Con luz reflejada, la ladera de la colina brillaba como una pieza de terciopelo. La señora Nudd se cubrió las piernas con una manta y contempló la escena. Era el placer más duradero de aquellos años. Habían pasado por la prosperidad repentina, por el crac de la Bolsa, por la depresión, por la recesión, por el malestar ante la guerra inminente, por la guerra misma, por la nueva prosperidad, por la inflación, por la recesión, por la baja repentina, y ahora otra vez por el malestar, pero ninguna de aquellas cosas habían cambiado ni una piedra ni una hoja del panorama que se divisaba desde el porche.

—No sé si os dais cuenta, pero tengo treinta y siete años —dijo Randy. Hablaba con entonación solemne, como si el paso del tiempo sobre su cabeza fuese singular, interesante, y una mala pasada. Se pasó la lengua por los dientes—. Si hubiese ido a Cambridge para la reunión con mis compañeros de promoción, habría sido la decimoquinta.

—Eso no es nada —dijo Esther.

—¿Sabían que Teeter ha comprado la casa del viejo Henderson? —preguntó el señor Nudd—. Ese hombre sí que hizo fortuna durante la guerra. —Se levantó, puso cabeza abajo la silla donde estaba sentado, y golpeó las patas con el puño. Su

cigarrillo estaba húmedo. Cuando volvió a sentarse, la ceniza le cayó sobre el chaleco.

—¿Doy la impresión de tener treinta y siete años? —preguntó Randy.

—¿Te das cuenta de que has mencionado tus treinta y siete años ocho veces en el día de hoy? —replicó Esther—. Las he contado.

—¿Cuánto cuesta ir a Europa en avión? —preguntó el señor Nudd.

La conversación pasó de tarifas aéreas a si era más agradable llegar a una ciudad desconocida por la mañana o por la tarde. Luego recordaron nombres extraños entre los huéspedes que habían estado en Whitebeach Camp; había habido unos señores Peppercorn, unos señores Starkweather, unos señores Freestone, los Blood, los Mudd y los Parsley^[5].

Los atardeceres eran ya muy cortos al final del verano. Un minuto lucía el sol, y al minuto siguiente se había hecho de noche. Macabit y su sierra se inclinaban contra el resplandor crepuscular, y por un momento resultó inimaginable que pudiera haber algo detrás de las montañas, que aquello no fuera el fin del mundo. La pared de luz incandescente parecía surgir del infinito. Luego salieron las estrellas, la tierra siguió adelante, y la ilusión de un abismo se perdió por completo. La señora Nudd miró a su alrededor, y el momento y el lugar le parecieron extrañamente importantes. Esto no es una imitación —pensó—, esto no es el producto de la costumbre, este es el sitio singular, el aire singular donde mis hijos han gastado lo mejor de sí mismos. Darse cuenta de que ninguno de ellos había logrado triunfar en la vida la hizo echarse hacia atrás en el asiento. Entornó los ojos para evitar las lágrimas. ¿Cuál había sido la causa, se preguntó, de que el verano se convirtiera siempre en una isla? ¿Y por qué en una isla tan pequeña? ¿Cuáles habían sido sus equivocaciones? ¿Qué habían hecho mal? Habían amado a sus prójimos, respetado el poder de la modestia, apreciado el honor por encima de las ganancias materiales. ¿Dónde, entonces, habían perdido la capacidad de competir, la libertad, la grandeza? ¿Por qué aquellas personas buenas y cariñosas que estaban a su alrededor le parecían semejantes a las figuras de una tragedia?

—¿Os acordáis del día que el cerdo se cayó al pozo? —preguntó—. El cielo había perdido su color. Bajo las montañas negras, el lago se teñía de un gris áspero y mortífero. Tú estabas jugando al tenis con Esther, ¿no es cierto, Russell? Fue el verano que Esther se dedicó al tenis. ¿No ganaste el cerdo en la feria de Lanchester, Randy? En uno de esos sitios donde hay que tirar pelotas de béisbol contra un blanco. Siempre has sido muy buen atleta.

Todos aguardaron amablemente a que les llegara el turno. Recordaron el cerdo ahogado, la lancha en Gull Rock, el corsé de la tía Martha colgando de la ventana, el fuego en las nubes y el viento del noroeste con sus ráfagas violentas. Se rieron hasta no poder más en el momento en que Nora se caía rodando por la escalera. Pamela intervino para revivir el anuncio de su compromiso. Luego recordaron cómo la señorita Coolidge había subido a su cuarto para regresar con una maleta llena de

partituras, y, de pie junto a la puerta abierta, para poder así recibir la luz, les había obsequiado con el repertorio característico de las iglesias protestantes rurales. Estuvo cantando más de una hora. No hubo forma de pararla. Durante el recital, Esther y Russell abandonaron el porche y salieron al prado para enterrar al cerdo ahogado. Hacía fresco. Esther sostuvo la linterna mientras Russell cavaba la fosa. Habían decidido que, aunque llegaran a enamorarse, nunca se casarían, porque él no abandonaría Macabit y ella nunca viviría allí. Cuando volvieron al porche, la señorita Coolidge estaba cantando la última pieza; luego Russell se marchó y todos se fueron a la cama.

La historia animó a la señora Nudd y la hizo sentir que todo estaba bien. También había conseguido alegrar a los demás, y todos ellos, riendo y hablando a grandes voces, entraron en la casa. El señor Nudd encendió un fuego en la chimenea y se sentó a jugar a las damas con Joan. La señora Nudd fue pasando de mano en mano una caja de bombones rancios. En el exterior había empezado a soplar el viento, y la casa crujía suavemente, como el casco de un barco cuando se hinchan sus velas. La habitación, con las personas que la ocupaban, daba una impresión de permanencia y de seguridad, aunque a la mañana siguiente se hubieran marchado todos.

EL TREN DE LAS CINCO CUARENTA Y OCHO

Blake la vio al salir del ascensor. Unas cuantas personas, en su mayoría hombres que esperaban a chicas, contemplaban desde el vestíbulo las puertas del ascensor. Ella se encontraba entre esas personas. Al verlo, el rostro de la mujer adquirió una expresión tan intensa de odio y decisión que Blake se dio cuenta de que lo había estado esperando. No se dirigió hacia ella. La mujer carecía de motivos legítimos para hablar con él. No tenían nada que decirse. Blake se dio la vuelta y se encaminó hacia las puertas de cristal al fondo del vestíbulo, con el impreciso sentimiento de culpa y desconcierto que experimentamos al cruzarnos con algún viejo amigo o condiscípulo que parece tener dificultades económicas, estar enfermo o sufrir por cualquier otro motivo. Eran las cinco y dieciocho en el reloj del despacho de la Western Union. Podía coger el expreso. Mientras esperaba turno junto a la puerta giratoria, vio que seguía lloviendo. Había estado lloviendo todo el día, y Blake se fijó en que la lluvia intensificaba los ruidos de la calle. Una vez en el exterior, se dirigió a buen paso en dirección este, hacia Madison Avenue. El tráfico estaba paralizado, y los cláxones sonaban con impaciencia a lo lejos, en una de las calles transversales de Manhattan. No había un alfiler en las aceras. Blake se preguntó qué esperaba conseguir ella viéndolo un instante al salir de la oficina al final de la jornada. Luego se preguntó si lo estaría siguiendo.

Cuando vamos andando por las calles de una ciudad, muy pocas veces volvemos la cabeza para mirar atrás. Esta costumbre hizo que Blake se contuviera. Mientras avanzaba, estuvo aguzando el oído estúpidamente durante un minuto, como si pudiera distinguir sus pasos en el universo sonoro de la ciudad al final de un día de lluvia. Luego advirtió, delante de él y al otro lado de la calle, un hueco en el muro que formaban los edificios. Algo había sido derruido y algo nuevo surgía en su sitio, pero la estructura de acero apenas sobresalía aun de la valla que aislaba el solar, y la luz del día se filtraba por el hueco. Blake se detuvo enfrente a ver un escaparate. Se trataba del establecimiento de un decorador o de un sitio donde se celebraban subastas. El escaparate estaba arreglado como si fuera una habitación donde la gente vive y recibe a sus amigos. Había tazas y una mesa de café, revistas, y flores en los jarrones; pero las flores estaban marchitas, las tazas vacías y los invitados no se habían presentado. En la luna del escaparate, Blake vio un nítido reflejo de sí mismo y de las multitudes que pasaban, como sombras, a sus espaldas. Luego vio la imagen de la mujer: tan cerca que se sobresaltó. Se hallaba a menos de un metro, detrás de él. Podría haberse vuelto y preguntarle qué quería, pero en lugar de hacer un gesto de reconocimiento, huyó bruscamente del reflejo de su rostro contraído y siguió avanzando. Quizá tuviera intención de hacerle daño; quizá pretendiera matarlo.

La precipitación con que se puso en movimiento al ver el reflejo del otro rostro hizo que el agua acumulada en el ala del sombrero le cayera en parte por la espalda, entre el codo y el cuello de la camisa. La sensación fue tan desagradable como el sudor del miedo. Después, el agua fría derramándose sobre su cara y sus manos, el olor desagradable de las cunetas y del asfalto húmedo, la conciencia de que estaban empezando a mojarse los pies y de que podía resfriarse —todas las habituales incomodidades de tener que andar bajo la lluvia—, parecieron acrecentar la amenaza que suponía su perseguidora, dándole una morbosa vivencia de su propia corporeidad y de lo fácil que sería hacerle daño. Veía ya delante de sí la esquina de Madison Avenue, donde las luces eran más brillantes. Pensó que si llegaba hasta allí no le pasaría nada. En la esquina había una panadería con dos puertas; Blake entró por la que daba a la calle transversal, compró un bollo recubierto de azúcar como muchas de las personas que volvían a su casa en tren después del trabajo, y salió por la puerta de Madison Avenue. Al reanudar la marcha, Blake la vio esperándolo junto a un quiosco de prensa.

No era una mujer inteligente; no sería difícil engañarla. Blake podía entrar en un taxi por una portezuela y, acto seguido, apearse por la otra. Podía pararse a hablar con un policía, o echar a correr, aunque tenía miedo de que echar a correr pudiera desencadenar la violencia que sin duda entraba en los planes de la mujer. Blake se estaba acercando a una zona de la ciudad que conocía bien y donde el laberinto de pasadizos a nivel de la calle y bajo tierra, los ascensores y los vestíbulos abarrotados facilitaban que una persona se librara de un perseguidor. Esta idea y una ráfaga de cálido aroma azucarado procedente del bollo sirvieron para animarlo. Era absurdo pensar que alguien fuese a hacerle daño en una calle con tanta gente. La mujer era estúpida, o estaba confundida o quizá se sentía sola: no podía tratarse más que de eso. Él era un hombre insignificante, y carecía de sentido que alguien lo siguiera desde su oficina hasta la estación. Blake no estaba al tanto de ningún secreto importante. Los informes que llevaba en la cartera no tenían conexión alguna ni con la guerra, ni con la paz, ni con el tráfico de drogas, ni con la bomba de hidrógeno, ni con ninguna otra de las intrigas internacionales que Blake asociaba con perseguidores, hombres con impermeables, y aceras húmedas. Luego divisó a poca distancia delante de él la puerta de un bar reservado para hombres. ¡Qué cosa tan sencilla!

Pidió un martini, y se abrió paso entre dos de los clientes hasta colocarse junto al mostrador, de manera que si ella miraba desde el otro lado del ventanal no pudiera verlo. El bar estaba lleno de gente que vivía fuera de Nueva York, y que tomaba una copa antes de coger el tren para volver a casa. Habían traído consigo pegado a la ropa, a los zapatos y a los paraguas, el desagradable olor del húmedo atardecer, pero Blake empezó a tranquilizarse tan pronto como probó su martini y contempló los rostros familiares —no demasiado jóvenes en su mayor parte— que lo rodeaban, y cuya preocupación, si es que estaban preocupados, era el pago de los impuestos y quién debía hacerse cargo del departamento de ventas. Trató de recordar su nombre

—señorita Dent, señorita Bent, señorita Lent—, y se quedó sorprendido al no lograrlo, a pesar de lo orgulloso que se sentía siempre de su poder de retención y del alcance de su memoria; y a pesar de que solo habían pasado seis meses desde entonces.

El departamento de personal se la había enviado una tarde: Blake buscaba secretaria. Se encontró con una mujer morena de unos veintitantos años, quizá, delgada y tímida. Llevaba un vestido muy sencillo, su figura era poca cosa, y se le había torcido una de las medias, pero tenía una voz agradable, y Blake se mostró dispuesto a hacerle una prueba. Después de trabajar con él unos cuantos días, le dijo que había pasado ocho meses en el hospital y que debido a ello le había sido difícil encontrar trabajo, y quería darle las gracias por haberle proporcionado una oportunidad. Tenía el cabello oscuro y los ojos también oscuros, y le dejaba siempre una agradable sensación de oscuridad. Al ir conociéndola mejor, Blake llegó a la conclusión de que era extremadamente sensible y de que, en consecuencia, se sentía muy sola. En una ocasión, cuando ella le hablaba de la idea que se hacía de la vida de Blake —muchas amistades, dinero, y una familia numerosa y estrechamente unida—, le pareció reconocer un peculiar sentimiento de privación. Aquella mujer daba la impresión de imaginarse las vidas del resto de los mortales como mucho más extraordinarias de lo que realmente eran. Una vez le puso una rosa sobre el escritorio, y él la tiró a la papelera.

—No me gustan las rosas —le dijo.

Había demostrado ser competente, puntual y buena mecanógrafa, y Blake solo encontró una objeción que hacerle: su letra. Le resultaba imposible asociar la fealdad de su letra con su apariencia personal. Hubiera esperado de ella una caligrafía inclinada hacia la izquierda y de rasgos redondos, y había huellas intermitentes de todo esto en sus escritos, pero estaban mezcladas con torpes letras en caracteres de imprenta. Su caligrafía le produjo la sensación de que había sido víctima de algún conflicto interior emocional que rompía —con su violencia— la continuidad de las líneas que era capaz de escribir sobre una hoja de papel. Cuando llevaba tres semanas trabajando para él, no más, un día se quedaron hasta tarde, y él se ofreció a invitarla a una copa cuando terminaran el trabajo.

—Si realmente quiere tomar una copa —dijo ella—, tengo un poco de whisky en mi apartamento.

Vivía en una habitación que a Blake le pareció semejante a un armario. Había maletas y sombrereras apiladas en un rincón, y aunque en el cuarto apenas parecía haber sitio suficiente para la cama, el tocador y la silla en la que él se sentó, aún había un piano vertical contra una pared, con un libro de sonatas de Beethoven en el atril. Ella le ofreció una copa y dijo que iba a ponerse algo más cómodo. Él la instó a que lo hiciera; después de todo, era a eso a lo que había ido allí. De tener escrúpulos, hubieran sido puramente prácticos. Su desconfianza, su sentimiento de privación, prometían evitarle cualquier posible consecuencia. La mayor parte de las muchas

mujeres que Blake había conocido las había elegido por su falta de amor propio.

Cuando él se vistió de nuevo, una hora después aproximadamente, ella estaba llorando. Pero Blake se sentía demasiado satisfecho, cómodo y somnoliento para preocuparse mucho por sus lágrimas. Mientras se ponía la ropa, vio sobre el tocador una nota para la mujer de la limpieza. La única luz procedía del cuarto de baño —la puerta estaba entreabierta—, y en aquella semioscuridad las letras extrañamente garabateadas le parecieron de nuevo poco apropiadas para ella, fruto, sin duda, de la mano de otra mujer mucho más vulgar. Al día siguiente, Blake optó por lo que consideró la única solución razonable. Cuando ella salió a almorzar, telefoneó al departamento de personal y les dijo que la despidieran. Él, por su parte, no regresó a la oficina después de comer. Pocos días más tarde, la mujer intentó verlo. Blake le dijo a la recepcionista que no la dejara pasar. Y ya no había vuelto a saber nada de ella hasta aquella tarde.

Blake se bebió un segundo martini y vio por el reloj de pared que había perdido el expreso. Cogería el tren de cercanías de las cinco cuarenta y ocho. Cuando salió del bar aún había luz en el cielo y seguía lloviendo. Miró cuidadosamente a un lado y a otro de la calle y vio que aquella pobre mujer se había marchado. Una o dos veces, camino de la estación, miró por encima del hombro, pero parecía estar definitivamente a salvo. De todas formas seguía sin recuperarse por completo, tuvo que reconocérselo a sí mismo, porque había dejado el bollo recubierto de azúcar en el bar, y él no era una persona que olvidara cosas habitualmente. Aquel descuido lo apenó.

Compró un periódico. El tren de cercanías estaba lleno solo a medias cuando subió a él; encontró un asiento del lado del río y se quitó el impermeable. Blake era un hombre esbelto, de cabello castaño: sin nada de especial en ningún sentido, a no ser que uno pudiera adivinar por su palidez y sus ojos grises que tenía unos gustos muy desagradables. Se vestía igual que el resto de nosotros, como si admitiera la existencia de reglas muy estrictas sobre la manera correcta de hacerlo. Su gabardina tenía el pálido color amarillento de los hongos. Su sombrero era marrón oscuro; el traje también. Con la excepción de los pocos hilos brillantes de la corbata, su ropa se caracterizaba por una escrupulosa falta de color que daba la impresión de tener un carácter protector.

Miró a su alrededor en el vagón en busca de vecinos. A varios asientos por delante y a su derecha se encontraba la señora Compton. En seguida le sonrió, pero su sonrisa era fugaz; moría muy de prisa y de una manera horrible. El señor Watkins estaba frente a Blake. El señor Watkins necesitaba un corte de pelo, y había roto las reglas sobre la forma correcta de vestir: llevaba una chaqueta de pana. Él y Blake estaban peleados, así que no se hablaban.

La veloz muerte de la sonrisa de la señora Compton no afectó a Blake en

absoluto. Los Compton vivían en la casa vecina a la de los Blake, y la señora Compton nunca había entendido la importancia de ocuparse de sus propios asuntos. Blake sabía que Louise, su mujer, hablaba con la señora Compton de sus problemas, y en lugar de oponerse a aquellos desahogos lacrimosos, la señora Compton había llegado a creer ser una especie de confesor, y a desarrollar una viva curiosidad por las relaciones íntimas de los Blake. Probablemente ya estaba al tanto de su pelea más reciente. Una noche, Blake llegó agotado a casa, y se encontró con que Louise no había empezado siquiera a preparar la cena. Se dirigió a la cocina, seguido de Louise, y le señaló que estaban a día cinco. Luego trazó un círculo alrededor de la fecha del calendario de la cocina.

—Dentro de una semana estaremos a doce —dijo—. Y dentro de dos, a diecinueve. —Trazó otro círculo alrededor del diecinueve—. No voy a hablar contigo por espacio de dos semanas —añadió—. Es decir, hasta el diecinueve.

Su mujer lloró y protestó, pero hacía ya ocho o diez años que a Blake habían dejado de conmoverle sus súplicas. Louise se había hecho vieja. Ahora las arrugas de su cara eran indelebles, y cuando se ponía las gafas para leer el periódico de la tarde, le parecía una desconocida de facciones desagradables. Sus encantos físicos —que habían sido su único atractivo en otro tiempo— habían desaparecido por completo. Habían pasado ya nueve años desde que Blake construyó una librería en el vano que comunicaba sus dormitorios, y la cubrió además con unas puertas de madera que podían cerrarse con llave, porque no quería que sus hijos vieran los libros que tenía. Pero Blake no encontraba nada de extraordinario en este prolongado alejamiento. Se había peleado con su mujer, pero todo varón nacido de mujer hacía lo mismo. La naturaleza humana era así. En cualquier sitio donde se oigan voces de matrimonio — el patio de un hotel, los orificios de un sistema de ventilación, cualquier calle en una noche de verano—, serán palabras ásperas lo que se oiga.

El resentimiento entre Blake y el señor Watkins también tenía que ver con la familia del primero, pero no era una cosa tan seria ni tan enfadosa como lo que se escondía tras la fugaz sonrisa de la señora Compton. Los Watkins no eran propietarios: vivían en una casa de alquiler. El señor Watkins rompía las reglas del vestir día tras día —una vez apareció en el tren de las ocho catorce con un par de sandalias—, y se ganaba la vida trabajando como comercial. El hijo mayor de Blake, Charlie, de catorce años, había hecho amistad con el chico de los Watkins. Durante una temporada pasó mucho tiempo en la descuidada casa donde vivían los Watkins. Esa amistad tuvo un efecto negativo sobre sus modales y sobre su pulcritud. Luego empezó a comer a veces con los Watkins y a quedarse a dormir los sábados por la noche. Pero cuando trasladó la mayoría de sus objetos personales a la otra casa y empezó a pasar allí más de la mitad de las noches, Blake se vio obligado a intervenir. No habló con Charlie, sino con el señor Watkins, y tuvo que decir, inevitablemente, cierto número de cosas que debieron de sonar como una crítica. El pelo largo y sucio del señor Watkins y su chaqueta de pana confirmaban que Blake había estado en lo

cierto.

Pero ni la sonrisa moribunda de la señora Compton ni el pelo sucio del señor Watkins lograron aguar el placer experimentado por Blake al instalarse en su incómodo asiento del tren de las cinco cuarenta y ocho, muy por debajo del nivel de la calle. El vagón era viejo y tenía un curioso olor a refugio antiaéreo en el que familias enteras hubieran pasado la noche. La luz que se derramaba desde el techo sobre las cabezas y los hombros de los pasajeros era muy débil. La mugre del cristal de la ventanilla conservaba churretes producidos por la lluvia en algún viaje anterior, y nubes malolientes de humo de pipa y cigarrillos habían empezado a alzarse detrás de cada periódico. Pero esa escena significaba para Blake encontrarse ya en una senda segura, y después de su roce con el peligro, incluso la señora Compton y el señor Watkins despertaban en él ciertos sentimientos de cordialidad.

El tren salió del túnel subterráneo a la débil luz exterior, y los barrios pobres y la ciudad en general hicieron que Blake se acordara vagamente de la mujer que lo había seguido. Para evitar pensar en ello o sentir remordimientos, concentró su atención en el periódico de la noche. Por el rabillo del ojo veía el paisaje, eminentemente industrial y, a aquella hora del día, lleno de tristeza. Había cobertizos para maquinaria y almacenes, y por encima de ellos, Blake vio una abertura entre las nubes: un poco de luz amarilla.

—Señor Blake —dijo alguien. Levantó la vista: era ella. Estaba de pie, con una mano en el respaldo del asiento para que el balanceo del vagón no le hiciera perder el equilibrio. En aquel momento se acordó de su nombre.

—¿Qué tal, señorita Dent?

—¿Le importa que me sienta aquí?

—Supongo que no.

—Gracias. Es usted muy amable. Siento molestarlo de esta manera. No quisiera...

Blake se había asustado al alzar los ojos y verla, pero su voz tímida lo tranquilizó en seguida. Movi6 las posaderas —ese inútil gesto reflejo de hospitalidad—, y la mujer se sentó y suspiró a continuación. Blake percibió el olor de su ropa húmeda. Llevaba un informe sombrero negro con un adorno barato cosido encima. El abrigo era de tela fina, según pudo advertir, y la mujer llevaba, además, guantes y un bolso de grandes dimensiones.

—¿Vive usted ahora en este distrito, señorita Dent?

—No.

La mujer abrió el bolso para buscar un pañuelo. Había empezado a llorar. Él miró alrededor para ver si alguno de los pasajeros del vagón contemplaba la escena, pero nadie se preocupaba de ellos. Blake se había sentado junto a millares de pasajeros en el tren de la tarde. Se había fijado en su propia ropa, y en los agujeros de sus guantes, y si se dormían y murmuraban en sueños, se preguntaba qué problemas tendrían. Los había clasificado brevemente a casi todos antes de hundir la nariz en el periódico. Le

habían parecido ricos o pobres, brillantes o aburridos, vecinos o completos desconocidos, pero ni uno solo entre ellos se había echado nunca a llorar. Cuando la señorita Dent abrió el bolso, él se acordó de su perfume. Se le quedó pegado a la piel la noche que fue a su apartamento a tomar una copa.

—He estado muy enferma —dijo ella—. Esta es la primera vez que me levanto de la cama después de dos semanas. He estado terriblemente enferma.

—Siento que haya estado usted enferma, señorita Dent —dijo con voz lo suficientemente alta para que el señor Watkins y la señora Compton lo oyeran—. ¿Dónde trabaja usted ahora?

—¿Cómo?

—¿Dónde trabaja usted ahora?

—No me haga reír —dijo ella con voz suave.

—No la entiendo.

—Usted envenenó sus cerebros.

Blake enderezó el cuello y alzó los hombros. Aquellos forzados movimientos expresaban un breve —e imposible— anhelo de encontrarse en otro sitio. La señorita Dent quería causarle dificultades. Respiró hondo. Contempló con profundo sentimiento el vagón medio vacío y mal iluminado para confirmar su sentido de la realidad, de un mundo en el que no había demasiados problemas insolubles después de todo. Era consciente de la trabajosa respiración de la señorita Dent y del olor de su abrigo empapado por la lluvia. El tren se detuvo. Una monja y un hombre vestido con un mono se apearon. Al reanudarse la marcha, Blake se puso el sombrero y extendió el brazo para coger el impermeable.

—¿Adónde va usted? —preguntó ella.

—Al vagón de al lado.

—¡Oh, no! —le dijo—. ¡No, no, no, no! —Acercó su blanco rostro tanto a su oído, que él podía sentir su cálido aliento en su mejilla—. No lo haga —susurró—. No intente escapar. Tengo una pistola y tendré que matarlo... y no quiero hacerlo. Lo único que quiero es hablar con usted. No se mueva o lo mataré. ¡No lo haga! ¡No lo haga!

Blake se recostó bruscamente en el asiento. Aunque hubiese querido levantarse y gritar pidiendo auxilio, no hubiera sido capaz de hacerlo. La lengua se le había hinchado, alcanzando el doble de su tamaño normal, y cuando trató de moverla, se le quedó horriblemente pegada al paladar. Las piernas se negaron a sostenerlo. Todo lo que se le ocurría hacer era esperar a que su corazón dejara de latir histéricamente, para poder juzgar la gravedad del peligro que corría. La señorita Dent estaba sentada un poco de lado, y en el bolso llevaba la pistola, apuntándolo al vientre.

—Ahora ya me entiende usted, ¿no es cierto? —dijo ella—. Se da cuenta de que hablo en serio, ¿verdad? —Blake trató de decir algo, pero tampoco esta vez pudo hacerlo. Asintió con la cabeza—. De manera que nos estaremos quietos durante un rato —añadió ella—. Me he puesto tan nerviosa que se me han mezclado las ideas.

Nos quedaremos tranquilos un ratito, hasta que las ponga de nuevo en orden.

Alguien vendría en su ayuda, pensó Blake. Era tan solo cuestión de minutos. Alguien, al fijarse en la expresión de su rostro o en la peculiar postura de la señorita Dent, se detendría e intervendría, y todo habría terminado. Lo único que tenía que hacer era esperar a que alguien se diera cuenta de la situación en que se encontraba. Por la ventanilla veía el río y el cielo. Las nubes de lluvia descendían como una cortina, y mientras las contemplaba, una línea de luz naranja en el horizonte adquirió un brillo repentino. El brillo se fue extendiendo —Blake lo veía moverse sobre las olas— hasta barrer las orillas del río con una débil lumbre. Luego la luz se extinguió. La ayuda llegaría en seguida, pensó. Llegaría antes de que se detuvieran de nuevo; pero el tren se paró, algunas personas subieron y otras bajaron, y Blake continuó en la misma situación, a merced de la mujer sentada a su lado. La idea de que el auxilio no llegara era una hipótesis impensable. La posibilidad de que su apuro pasase inadvertido, de que la señora Compton se imaginara que llevaba a cenar a Shady Hill a una pariente pobre, era algo que solo consideraría más adelante. Luego la saliva le volvió a la boca y pudo hablar de nuevo.

—¿Señorita Dent?

—Dígame.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero hablar con usted.

—Vaya a mi despacho.

—Oh, no. Fui allí todos los días durante dos semanas.

—Concierte una cita.

—No —dijo ella—. Creo que podemos hablar aquí. Le escribí una carta, pero he estado demasiado enferma para salir a la calle y echarla. Le exponía en ella todas mis ideas. Me gusta viajar. Me gustan los trenes. Uno de mis problemas ha sido siempre la falta de dinero para viajar. Supongo que ve usted este paisaje todas las noches y ya no se fija en él, pero es bonito para alguien que se ha pasado mucho tiempo en la cama. Dicen que Él no está ni en el río ni en las colinas, pero yo creo que sí. «¿Dónde se hallará la sabiduría? —dicen las Escrituras—. ¿Cuál es el sitio del entendimiento? El abismo, dice, no está en mí; el mar, dice, no está en mí. La destrucción y la muerte dicen que hemos oído la fuerza con nuestros oídos». Ya sé en qué piensa usted —continuó—. Cree que estoy loca, y es cierto que he estado muy enferma, pero voy a mejorar. Hablar con usted hará que me sienta mejor. Estuve en el hospital mucho tiempo antes de empezar a trabajar para usted, pero allí nunca trataron de curarme, solo querían quitarme la dignidad. Estoy sin trabajo desde hace tres meses. Incluso aunque tuviera que matarlo, no podrían hacer nada conmigo excepto mandarme otra vez al hospital, así que ya puede ver que no tengo miedo. Pero vamos a seguir sentados un poquito más. Tengo que estar muy tranquila.

El tren continuó su progreso renqueante por la orilla del río, y Blake trató de encontrar fuerzas para preparar algún plan de escape, pero la directa amenaza contra

su vida lo hacía difícil, y en lugar de planear sensatamente, repasó las muchas maneras en que podría haberla evitado en un principio. Tan pronto como sintió esos remordimientos se dio cuenta de su inutilidad. Era como arrepentirse de no haber sospechado nada cuando ella mencionó por vez primera sus meses en el hospital. Era como arrepentirse de su incapacidad para valorar adecuadamente su timidez, su desconfianza, y la letra que parecía algo así como las huellas de una zarpa. No había manera de rectificar sus equivocaciones, y Blake sintió —quizá por vez primera en su vida de adulto— toda la fuerza del arrepentimiento. Por la ventanilla vio a unos hombres pescando en el río casi en sombras, y luego un desvencijado club flotante que parecía ser el resultado de clavar unos con otros los trozos de madera que el agua depositaba sobre la orilla.

El señor Watkins se había dormido y estaba roncando. La señora Compton leía el periódico. El tren chirrió, disminuyó la velocidad y se detuvo, achacoso, en otra estación. Blake veía el andén del lado opuesto, donde unos cuantos pasajeros esperaban para ir a Nueva York. Había un obrero con una fiambra, una mujer endomingada y otra con una maleta. Los tres se mantenían apartados entre sí. En la pared detrás de ellos habían pegado varios anuncios: una pareja brindando con vino, tacones de goma de la marca Cat's Paw, y una hawaiana bailando una danza típica. Su pretendido ambiente de optimismo no parecía llegar más allá de los charcos de agua sobre el andén, daba toda la impresión de morir allí mismo. El andén y las personas que lo ocupaban creaban una sensación de soledad. Al salir de la estación, el tren atravesó un suburbio escasamente iluminado para internarse luego en la oscuridad del campo y del río.

—Quiero que lea mi carta antes de que lleguemos a Shady Hill —dijo ella—. Está sobre el asiento. Cójala. Se la hubiera mandado por correo, pero he estado demasiado enferma para salir. He pasado dos semanas en la cama. Hace tres meses que estoy sin trabajo. No he hablado con nadie a excepción de mi patrona. Haga el favor de leer la carta.

Blake la cogió del asiento donde ella la había dejado. El contacto con el papel de mala calidad le resultó desagradable y le produjo una sensación de suciedad. La hoja estaba doblada dos veces. «Querido esposo —había escrito la señorita Dent con aquella letra suya absurda y delirante—, dicen que el amor humano lleva al divino, pero ¿es eso cierto? Sueño contigo todas las noches. Mis deseos son intensísimos. Siempre he tenido el don de los sueños. El martes soñé con un volcán que arrojaba sangre. Cuando estaba en el hospital decían que querían curarme, pero solo deseaban quitarme la dignidad. Solo querían que soñara con labores de costura y de cestería, pero yo no me dejé arrebatar el don de los sueños. Soy clarividente. Sé cuándo va a sonar el teléfono. Nunca he tenido un verdadero amigo en toda mi vida...».

El tren se detuvo de nuevo. Otro andén, otro anuncio con la pareja brindando, el tacón de goma, la bailarina hawaiana. De repente, la señorita Dent acercó otra vez su rostro al de Blake y le susurró al oído:

—Sé lo que está pensando. Lo leo en su cara. Cree que podrá librarse de mí en Shady Hill, ¿no es cierto? Pero hace semanas que lo vengo planeando. No tenía otra cosa en que pensar. No le haré daño si me deja hablar. He estado pensando en demonios. Me refiero a que si hay demonios en el mundo, personas que representan el mal, ¿es obligación nuestra exterminarlos? Sé que usted se aprovecha siempre de la gente débil. Lo veo con claridad. Sí, a veces pienso que debería matarlo. A veces creo que es usted el único obstáculo entre mi felicidad y yo. A veces...

Tocó a Blake con la pistola, que sintió la boca del cañón contra el vientre. El proyectil, a aquella distancia, produciría un orificio muy pequeño al entrar, pero le arrancarían de la espalda un trozo del tamaño de un balón de fútbol. Se acordó de los cadáveres que había visto durante la guerra. El recuerdo le vino de golpe: entrañas, ojos, huesos destrozados, excrementos y otras porquerías.

—Lo único que he deseado en la vida ha sido un poco de amor —prosiguió ella, disminuyendo la presión de la pistola.

El señor Watkins seguía durmiendo. La señora Compton permanecía tranquilamente sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo. El vagón se mecía suavemente, y los abrigos y los impermeables de color amarillento que colgaban entre las ventanillas se balanceaban un poco con el movimiento del tren. El codo de Blake descansaba sobre el antepecho de la ventanilla, y su zapato izquierdo pisaba la reja protectora que cubría la tubería del vapor. El vagón olía como una aula miserable. Los pasajeros parecían dormidos y aislados unos de otros, y Blake tuvo la impresión de que quizá no se librara nunca de la mezcla del olor de la calefacción y de la ropa húmeda y de las luces demasiado débiles. Trató de llamar en su ayuda las deliberadas mentiras con las que a veces se infundía ánimos, pero no le quedaban energías ni para confiar en engañarse.

El revisor asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—La próxima, Shady Hill.

—Ahora —dijo ella—, va usted a salir delante de mí.

El señor Watkins se despertó de repente, se puso el sombrero y el abrigo, y sonrió a la señora Compton, que reunía sus paquetes con una serie de gestos maternos. Ambos se dirigieron hacia la salida. Blake se reunió con ellos, pero no le dirigieron la palabra ni parecieron fijarse en la mujer a su espalda. El revisor abrió la puerta, y, en la plataforma del vagón vecino, Blake vio a unos cuantos vecinos más que habían perdido el expreso y que esperaban paciente y cansadamente, bajo la luz mortecina, a que terminara su viaje. Alzó la cabeza para ver a través de la puerta abierta la mansión vacía, situada en las afueras del pueblo, con el cartel de PROHIBIDA LA ENTRADA clavado en el tronco de un árbol, y a continuación los depósitos de petróleo. Los estribos de cemento del puente pasaron tan cerca de la puerta abierta que Blake podría haberlos tocado. Luego vio la primera de las farolas del andén donde paraban los trenes con dirección norte, el cartel de SHADY HILL en negro y oro, y la pequeña parcela de césped y el arriate de flores mantenidos por la Asociación para las Mejoras

Urbanísticas, y después la parada de taxis y un extremo de la vieja estación pasada de moda. Llovía de nuevo, y con mucha fuerza. Blake oyó el ruido del agua y vio las luces reflejadas en los charcos y sobre el asfalto reluciente, y el sonido indolente de salpicaduras y goteos fue creando en su mente una idea de protección tan alegre y extraña que parecía pertenecer a una época de su vida que ya no era capaz de recordar.

Bajó del tren con la señorita Dent a su espalda. Aproximadamente una docena de coches esperaban junto a la estación con el motor en marcha. Unas pocas personas se apearon de cada uno de los otros vagones; Blake reconocía a la mayoría, pero ninguno se ofreció a llevarlo a casa. Caminaban separados o en parejas, decididos a librarse de la lluvia bajo la protección del andén cubierto, donde oírían los cláxones de los coches que los reclamaban. Era la hora de irse a casa, la hora de tomarse una copa, la hora del amor, la hora de la cena, y Blake veía las luces de la colina bajo cuyo resplandor se bañaba a los niños, se preparaba la carne, se fregaban los platos brillando bajo la lluvia. Uno a uno, los coches fueron recogiendo a los cabezas de familia hasta que solo quedaron cuatro. Dos de los pasajeros abandonados se subieron al único taxi del pueblo.

—Lo siento, cariño —dijo tiernamente una mujer a su marido cuando apareció conduciendo su automóvil unos minutos después—. Todos nuestros relojes están atrasados.

El último hombre miró la hora, contempló la lluvia, y optó por marcharse andando; Blake lo vio alejarse como si tuvieran alguna razón para decirse adiós: no como se despide a uno de los amigos después de una fiesta, sino más bien como cuando nos enfrentamos con la inexorable y no deseada separación entre espíritu y corazón. Los pasos del hombre resonaron mientras cruzaba el aparcamiento en dirección a la acera, y luego se perdieron. En la estación empezó a sonar un teléfono. Los timbrazos eran fuertes, regularmente espaciados, y no encontraban respuesta. Alguien quería informarse acerca del próximo tren para Albany, pero el señor Flanagan, el jefe de estación, se había marchado a su casa una hora antes, encendiendo todas las luces antes de irse. Ahora brillaban, con sus pantallas de hojalata, cada cierto número de metros, arriba y abajo de los andenes, con la peculiar melancolía de las luces mortecinas y sin objeto. Seguían alumbrando a la bailarina hawaiana, a la pareja que brindaba con vino, al tacón de goma.

—No había estado nunca aquí —comentó la señorita Dent—. Me lo imaginaba de otra forma. Nunca se me ocurrió que tuviera este aspecto tan mezquino. Salgamos de la luz. Vaya hacia allí.

A Blake le dolían las piernas. Se había quedado sin fuerzas.

—Vamos —dijo ella.

Al norte de la estación había un almacén de mercancías, un depósito de carbón, una caleta donde el carnicero y el panadero y el encargado de la gasolinera amarraban los botes que utilizaban los domingos para pescar y que ahora, con la lluvia, estaban

sumergidos en el río hasta la borda. Al dirigirse hacia el almacén de mercancías, Blake notó un movimiento en el suelo y oyó un sonido raspante; luego vio una rata que sacaba la cabeza de una bolsa de papel y lo miraba. La rata cogió la bolsa con los dientes y la arrastró hasta una alcantarilla.

—Deténgase —ordenó ella—. Dé la vuelta. Tendría que compadecerme de usted. Hay que ver qué cara se le ha puesto. Pero no sabe lo que yo he tenido que pasar. Me da miedo salir durante el día. Tengo miedo de que el cielo azul se me caiga encima. Me asusta cualquier cosa. Solo me siento otra vez yo misma cuando empieza a oscurecer. Pero, de todas formas, soy mejor que usted. Aún tengo a veces sueños buenos. Sueño con excursiones, y con el cielo y con la hermandad entre los hombres, y con castillos a la luz de la luna y un río con sauces a lo largo de toda la orilla y con ciudades extranjeras y, después de todo, sé del amor más que usted.

Procedente del río, a oscuras, Blake oyó el zumbido de un motor fuera borda, un sonido que arrastraba tras de sí lentamente, cruzando el agua en tinieblas, tal carga de dulces y transparentes recuerdos de veranos ya idos y de placeres muertos que sintió un hormigueo por todo el cuerpo, y pensó en las montañas cuando se hace de noche y en sus hijos cantando.

—Nunca quisieron curarme —dijo ella—. Me...

El ruido de un tren procedente del norte ahogó su voz, pero ella siguió hablando. El ruido le llenó los oídos, y las ventanillas donde la gente comía, bebía, dormía y leía pasaron a toda velocidad. Cuando el tren llegó más allá del puente, el sonido empezó a debilitarse, y Blake oyó que la señorita Dent le gritaba:

—¡Arrodílese! ¡Arrodílese! Haga lo que le digo. ¡Arrodílese!

Blake se puso de rodillas. Luego inclinó la cabeza.

—Eso está bien —dijo ella—. ¿Ve usted? Si hace lo que le digo, no le haré daño, porque en realidad no quiero hacerle daño, quiero ayudarlo, pero a veces, cuando le veo la cara, me parece que no puedo ayudarlo. A veces me parece que aunque fuera buena y cariñosa y tuviese buena salud (aunque fuera mucho mejor de lo que soy, desde luego), y aunque fuese además joven y hermosa, y me presentara para mostrarle el buen camino, usted tampoco me haría caso. Soy mejor que usted, claro que soy mejor que usted, y no debería perder el tiempo ni echar a perder mi vida de esta manera. Ponga la cara contra el suelo. *¡Ponga la cara contra el suelo!* Haga lo que le digo. *¡Ponga la cara contra el suelo!*

Blake cayó hacia adelante sobre el polvo. El carbón le desolló la cara. Luego se tumbó por completo, llorando.

—Ahora me siento mejor —declaró ella—. Ahora puedo lavarme las manos y olvidarme de usted y de todo esto, porque, ¿sabe?, todavía hay en mí un poco de ternura y de sensatez que soy capaz de descubrir y de usar. Por eso puedo lavarme las manos.

Luego, Blake oyó sus pasos que se alejaban sobre la grava. Después oyó el sonido más claro y más distante que producían sobre la superficie dura del andén. Los oyó

debilitarse. Levantó la cabeza. Vio cómo la mujer subía la escalera del puente de madera y cómo lo cruzaba para bajar al otro andén, donde su figura bajo la luz mortecina de las lámparas resultaba pequeña, insignificante e inofensiva. Blake se levantó del polvo, con cautela al principio, hasta que se dio cuenta, por su actitud, por su aspecto, de que la señorita Dent se había olvidado de él; que había terminado de hacer lo que se había propuesto, y que estaba a salvo. Entonces se incorporó del todo, recogió el sombrero de donde había caído y se dirigió hacia su casa.

SOLO UNA VEZ MÁS

No tiene sentido complicarse la vida, pero en cualquier descripción amplia y auténtica de la ciudad en que todos vivimos tiene que haber sitio para decir unas palabras sobre los que se niegan a desaparecer, sobre los que se agarran a cualquier cosa, sobre esas personas que nunca triunfan, pero tampoco se rinden, los eternos insatisfechos que todos hemos conocido en una u otra ocasión. Me refiero a los aristócratas de poca monta que viven en la parte alta del East Side, a esos hombres elegantes y encantadores que trabajan para firmas de abogados y a sus pretenciosas mujeres, con sus visones de saldo y sus estolas raídas, sus zapatos de cocodrilo, sus aires de superioridad al hablar con los porteros y las cajeras de los supermercados, sus joyas de oro de ley y sus últimas gotas de Je Reviens y de Chanel. Estoy pensando en realidad en los Beer —Alfreda y Bob—, que vivían en un bloque de apartamentos del East Side, propiedad en otros tiempos del padre de Bob, rodeados de trofeos náuticos, fotografías dedicadas del presidente Hoover, muebles de estilo español y otras reliquias de la edad de oro. No era un sitio muy bonito, a decir verdad; grande y más bien oscuro, pero, en cualquier caso, por encima de sus posibilidades; se notaba en las caras de los porteros y de los ascensoristas cuando les decías a qué piso ibas. Imagino que siempre pagaban el alquiler con dos o tres meses de retraso y que no podían permitirse el lujo de dar propinas. Alfreda, por supuesto, había ido al colegio en Fiesole. Su padre, como el de Bob, había perdido millones y millones de dólares. Todos sus recuerdos estaban bañados en oro: las elevadas apuestas en las partidas de bridge de antaño, lo difícil que era hacer arrancar el Daimler en los días de lluvia, y las excursiones por el Brandywine con las hijas de Du Pont.

Alfreda era bien parecida: de cara alargada y con ese tipo de belleza rubia característica de Nueva Inglaterra que parece implicar una tímida reivindicación de privilegios raciales. Se diría que para ella nunca habían existido problemas. Cuando andaban mal de dinero, Alfreda trabajaba: primero en Steuben, una lujosa cristalería de la Quinta Avenida; luego se cambió a Jensen's, en donde tuvo problemas por insistir en su derecho a fumar en la tienda. De allí pasó a Bonwit's, y de Bonwit's a Bendel's. Estuvo unas Navidades en Schwarz's y trabajó para Saks durante la Pascua de Resurrección del año siguiente, en la sección de guantes de la planta baja. Durante los períodos entre diferentes empleos tuvo dos hijos, y solía dejarlos al cuidado de una anciana escocesa —otra reliquia familiar de los buenos tiempos— que parecía tan incapaz como los mismos Beer de adaptarse con éxito a un mundo en continua transformación.

Los Beer eran de ese tipo de personas a las que uno se encuentra continuamente

en las estaciones de ferrocarril y en las fiestas. Me refiero a las típicas estaciones de los domingos por la noche; sitios para pasar el fin de semana y de final de vacaciones, como el nudo ferroviario de Flemington; lugares como la estación de Lake George, o Aiken o Greenville al comenzar la primavera; sitios como Westhampton, el vapor que hace la travesía hasta Nantucket, Stonington y Bar Harbor; o, para ir un poco más lejos, lugares como la estación de Paddington, o Roma, o el barco nocturno de Amberes. «¡Hola! ¿Qué tal?», saludaban a través de la muchedumbre de pasajeros; y allí estaba él, con su gabardina blanca, su bastón y su sombrero de fieltro, y allí estaba ella, con su visón o su estola raída. Y, en cierto modo, las fiestas donde uno se tropezaba con ellos no eran muy distintas, a decir verdad, de las estaciones, de los nudos ferroviarios, ni de los barcos nocturnos. Eran de ese tipo de fiestas en las que nunca hay mucha gente ni las bebidas son realmente buenas; fiestas en las que, mientras se bebe y se habla, se advierte una palpable indiferencia más fuerte que cualquier lógico entusiasmo social; como si los lazos familiares, sociales, académicos o geográficos que dan unidad al grupo estuvieran disolviéndose a la misma velocidad que los cubitos de hielo depositados en cada vaso. Pero el ambiente, más que de disolución social, es de sociedad en cambio, en reestructuración: una atmósfera de viaje, a fin de cuentas. Los invitados parecen agruparse sobre la cubierta de un buque o en el andén de una estación, esperando a que el barco o el tren se pongan en movimiento. Más allá de la camarera que recoge las mantas, más allá del vestíbulo y de la puerta contra incendios, parece extenderse una gran masa de aguas oscuras, aguas, a veces, agitadas por la tormenta, y es posible reconocer el gemido del viento, el chirriar de las señales metálicas sobre sus goznes, las luces, los gritos de los marineros y la sirena quejumbrosa de un barco que cruza el canal de la Mancha.

En buena parte, el tropezarse siempre con los Beer en fiestas y en estaciones de ferrocarril se debía a que también ellos buscaban a alguien. No buscaban a alguien como usted o como yo; buscaban a la marquesa de Bath, pero cuando estalla la tempestad cualquier puerto es bueno. La manera que tenían de llegar a una fiesta y mirar a su alrededor era comprensible —todos lo hacemos—, pero su forma de escudriñar a los compañeros de viaje en el andén de una estación ya era otra cosa. Si tenían que esperar más de quince minutos para utilizar un servicio público, eran capaces de examinar a todos los presentes, asegurándose de que debajo del ala de los sombreros o detrás de los periódicos no había ningún conocido.

Estoy hablando de los años treinta y cuarenta, de la época anterior y posterior a la segunda guerra mundial: años en que los problemas económicos de los Beer debieron de verse complicados por el hecho de que sus hijos estaban ya en edad de ir a colegios caros. Hicieron algunas cosas desagradables; firmaron cheques sin fondos y, después de pedir prestado un coche durante un fin de semana y caérseles en una zanja, desaparecieron, lavándose las manos en el asunto. Semejantes jugarretas

crearon cierta inestabilidad, tanto en su situación social como económica, pero sobrevivieron gracias a un margen de simpatía y de esperanzas —no había que olvidar la existencia de tía Margaret en Filadelfia y de tía Laura en Boston—, y, todo hay que decirlo, debido a que resultaban encantadores. A la gente siempre le agradaba verlos porque, a pesar de ser las patéticas cigarras de un esplendoroso verano económico, eran capaces de hacer recordar muchas cosas buenas —sitios agradables, diversiones, comidas y amigos—, y la intensidad con que buscaban caras conocidas en los andenes de las estaciones puede perdonárseles si se tiene en cuenta que buscaban en realidad un mundo que les resultara inteligible.

Luego murió tía Margaret, y fue así como me enteré de este interesante acontecimiento: estábamos en primavera, y mi jefe y su mujer se embarcaban camino de Europa; la mañana en que zarpaban fui hasta el barco con una caja de puros y una novela histórica. El barco era nuevo, según recuerdo, con muchos curiosos mirando las obras completas de Edna Ferber encerradas bajo llave en la biblioteca, y asombrándose ante las piscinas vacías y los bares sin bebidas. Los corredores se hallaban abarrotados, y todos los camarotes de primera clase estaban llenos de flores y de visitantes que bebían champán a las once de una mañana melancólica, mientras las verdosas aguas del puerto de Nueva York enviaban su trágico olor hacia las nubes. Hice entrega de los regalos a mi jefe y a su mujer, y luego, buscando la cubierta principal, pasé junto a un camarote o una suite en la que oí las risas características del internado donde Alfreda se educó. La habitación estaba llena de gente, y un camarero servía champán; cuando saludé a mis amigos, Alfreda se apartó de los demás para hablar conmigo.

—Tía Margaret se nos ha ido —me dijo—, y otra vez tenemos dinero...

Bebí algo de champán, y en seguida se dejó oír la sirena del «todos-a-tierra», vehemente, ensordecedora, como una ronca llamada de la vida misma y, de alguna manera, trágica también como el olor de las aguas del puerto; porque, mientras el grupo se deshacía, me pregunté cuánto podría durarles a aquellos dos la fortuna de tía Margaret. Sus deudas eran enormes, sus costumbres, extravagantes, y ni siquiera un centenar de miles de dólares los llevaría muy lejos.

Esta idea parece haberse quedado grabada en algún lugar de mi mente, porque aquel otoño, durante un combate de pesos pesados en el Yankee Stadium, me pareció ver a Bob que rondaba por allí intentando alquilar unos prismáticos. Lo llamé —grité su nombre—, pero no era él, aunque el parecido resultaba tan extraordinario que sentí como si lo hubiera visto o hubiese tenido al menos una vívida imagen de los contrastes sociales y económicos que aguardaban todavía a aquella pareja.

Quisiera poder decir que, una noche en la que nevaba, al salir del teatro, vi a Alfreda

vendiendo lápices en la calle Cuarenta y Seis para regresar desde allí a un sótano del West Side donde Bob agonizaba sobre una colchoneta. Pero eso solo pondría de manifiesto la pobreza de mi imaginación.

Al decir que los Beer eran del tipo de personas que uno se encuentra en las estaciones de ferrocarril y en las fiestas pasé por alto las playas. Los Beer eran muy acuáticos. Ya se sabe lo que pasa. Durante los meses de verano, la costa del noroeste desde Long Island hasta muy arriba en el estado de Maine, incluyendo las islas cercanas, parece transformarse en una gigantesca casa de intercambio social, y mientras uno está sentado en la arena escuchando la artillería pesada del Atlántico del norte, las figuras de nuestro pasado surgen del agua tan juntas como las pasas en un bollo. Aparece una ola, acelera la marcha, se hincha y se rompe, mostrándonos a Consuelo Roosevelt y al señor y a la señora Vanderbilt, con los hijos de los dos matrimonios. Luego llega una ola que avanza desde la derecha como una carga de caballería, y que arrastra hacia tierra a Lathrope Macy con la segunda mujer de Emerson Crane sobre un bote de goma, y al obispo de Pittsburgh montado en la cámara de un neumático. Finalmente, otra ola rompe a nuestros pies haciendo el ruido de la tapa de un baúl al cerrarla con violencia, y allí están los Beer.

—Cuánto nos alegramos de verte, qué alegría tan grande...

Esa es la razón de que el verano y el mar sean el escenario de su última aparición: al menos de la última aparición que tiene interés para nuestra historia. Nos encontramos en un pequeño pueblo de Maine, pongamos por caso, y decidimos salir de excursión con la familia en barca y llevarnos la comida. El conserje del hotel nos dice dónde podemos alquilar un bote, envolvemos los sándwiches y, siguiendo sus instrucciones, llegamos al muelle. En una casucha encontramos a un viejo que alquila un balandro; le dejamos un depósito, firmamos un papel muy sucio, y nos damos cuenta de que a las diez de la mañana el anciano ya está borracho. En un bote de remos nos lleva hasta donde está amarrado el balandro; nos despedimos de él y luego, al comprobar que la embarcación está inservible, lo llamamos, pero ya se ha dado la vuelta en dirección a tierra firme y no nos oye.

Hay tanta agua a bordo que las tablas que cubren el fondo flotan. Además, la aguja del timón está torcida, y uno de los pernos completamente oxidado. Las poleas están rotas y cuando, después de achicar el agua, alzamos la vela, descubrimos que se halla podrida y rasgada. Finalmente nos ponemos en marcha —empujados por la impaciencia de los niños—, navegamos hasta una isla y comemos. Luego intentamos volver a casa. Pero el viento tiene ahora nuevos bríos; ha cambiado de dirección y sopla hacia el suroeste; cuando ya hemos abandonado la isla, se rompe el soporte de estribor, el cable sale disparado hacia arriba y se enrolla alrededor del mástil. Estiramos la vela y reparamos el soporte con alambre. Entonces nos damos cuenta de que la marea nos es contraria y de que nos dirigimos rápidamente hacia mar abierto. El soporte que acabamos de reparar nos permite navegar durante diez minutos, hasta que se nos rompe el de babor. Ahora estamos en una situación difícil. Pensamos en el

viejo de la casucha y en su cabeza repleta de vapores de alcohol, porque es la única persona que sabe dónde estamos. Intentamos remar con las tablas del suelo, pero no conseguimos nada contra la fuerza de la marea. ¿Quién nos salvará? ¡Los Beer!

Al anochecer, aparecen por el horizonte en uno de esos yates de grandes dimensiones con una plataforma sobre el puente, luces con pantallas y jarrones con rosas dentro del camarote. Un marinero contratado maneja el timón, y Bob nos echa un cable. Es algo más que un encuentro inesperado entre viejos amigos: nos han salvado la vida. Casi desvariarnos. El marinero se instala en el balandro y diez minutos después de librarnos de las fauces de la muerte estamos bebiendo martinis en el puente. Nos van a llevar a su casa, dicen. Podemos pasar allí la noche. Y aunque el escenario y el *atrezzo* no son muy distintos de otras veces, la relación de los Beer con ellos es completamente distinta. Se trata de *su* casa, de *su* barco. Nos preguntamos cómo —estamos atónitos—, y Bob es lo suficientemente cortés como para darnos una explicación, en voz baja, casi con un murmullo, como si se tratara de algo sin importancia:

—Cogimos la mayor parte del dinero de tía Margaret, todo el de tía Laura y un poco que nos dejó tío Ralph, y lo invertimos en la Bolsa, ¿sabes?, y se ha triplicado en los dos últimos años, un poco más incluso. He vuelto a comprar todo lo que papá perdió: bueno, las cosas que me interesaban. Esa de ahí es mi goleta. La casa es nueva, por supuesto. Esas son nuestras luces.

El atardecer y el océano, que parecían tan amenazadores desde el barquichuelo, se extienden ahora a nuestro alrededor con milagrosa tranquilidad, y nos disponemos a pasarlo bien con nuestros amigos, porque los Beer son encantadores —siempre lo han sido—, y ahora resulta además que son inteligentes, porque ¿no demuestra inteligencia haber sabido que el verano llegaría una vez más para ellos?

EL LADRÓN DE SHADY HILL

Me llamo Johnny Hake. Tengo treinta y seis años. Mido 1,78 en calcetines, peso 64 kilos desvestido, y estoy, por así decirlo, desnudo en este momento y hablando en la oscuridad. Fui concebido en el hotel St. Regis, nací en el hospital presbiteriano, me educaron en Sutton Place, fui bautizado y confirmado en la iglesia de San Bartolomé, y me entrené con los Knickerbocker Greys, jugué al rugby y al béisbol en Central Park, hacía gimnasia en el armazón de los toldos de los bloques de apartamentos del East Side, y conocí a mi mujer (Christina Lewis) en una de esas grandes fiestas en el Waldorf. Serví cuatro años en la marina, ahora tengo cuatro hijos y vivo en un suburbio llamado Shady Hill. Tenemos una hermosa casa con jardín y barbacoa al aire libre, y las noches de verano, sentado allí con los niños y mirando lo que el escote de Christina deja ver cuando se inclina para dar la vuelta a los filetes y echarles sal, o simplemente contemplando las luces del cielo, me estremezco como me estremecen ocupaciones más audaces y peligrosas, y me imagino que eso es lo que significa el dolor y la dulzura de la vida.

Inmediatamente después de la guerra, fui a trabajar con un fabricante industrial, y creí que aquel empleo acabaría convirtiéndose en mi vida. La empresa era patriarcal, es decir, el anciano te ponía a hacer una cosa y luego te cambiaba a otra, llevaba las riendas de cada caballo —el molino de Jersey y la planta de transformación de Nashville— y se comportaba como si hubiese soñado toda su industria en el curso de una siesta. Yo me quitaba del camino del viejo tan ágilmente como podía, y me comportaba en su presencia como si fuese un pedazo de arcilla que él hubiese moldeado con sus propias manos y al que hubiera infundido el fuego de la vida. Era el tipo de déspota que necesitaba una fachada, y en eso consistía el trabajo de Gil Bucknam. Era la mano derecha, la fachada y el pacificador del anciano, y podía negociar cualquier asunto con la humanidad de la que el viejo carecía, pero empezó a faltar a la oficina; al principio un día o dos, luego dos semanas, y posteriormente durante más tiempo. Al volver, alegaba problemas estomacales o vista cansada, aunque se veía de lejos que estaba trastornado. No era tan extraño, puesto que beber como un cosaco era uno de los cometidos que debía cumplir para la empresa. El viejo lo aguantó durante un año, y después vino a mi despacho una mañana y me dijo que me presentara en el apartamento de Bucknam y le comunicara que estaba despedido.

Era una maniobra tan sucia y tortuosa como enviar al botones a poner de patitas en la calle al presidente del consejo de administración. Bucknam no solo era mi superior, sino que me llevaba muchos años y era un hombre que condescendía a pagarme una copa en cualquier momento, pero así solía proceder el viejo, y yo sabía lo que tenía que hacer. Telefoneé a casa de Bucknam y su mujer me dijo que podría

ver a Gil esa tarde. Comí solo y anduve vagando por la oficina hasta eso de las tres; a esa hora salí, y me dirigí andando desde nuestra sede, en el centro de la ciudad, hasta el apartamento de Bucknam, en una de las calles setenta del East Side. Era a principios del otoño —se estaba celebrando el campeonato mundial de béisbol— y una tormenta se cernía sobre la ciudad. Alcancé a oír el estruendo de artillería en las nubes y a oír la lluvia cuando llegué al domicilio de Bucknam. Su mujer me hizo pasar, y todas las penalidades del pasado año parecían pintadas en su cara, apresuradamente escondidas por una densa capa de maquillaje. No he visto nunca unos ojos tan apagados; llevaba uno de esos vestidos anticuados con grandes flores estampadas que se usaban en las fiestas al aire libre. (Tenían tres hijos en la universidad, un yate con un marinero a sueldo y muchos otros gastos). Gil estaba en la cama y la señora Bucknam me llevó al dormitorio. La tormenta estaba ahora a punto de estallar, y todo estaba bañado por una grata semioscuridad tan semejante al alba que más que transmitirnos uno a otro malas noticias parecía que estábamos durmiendo y soñando.

Gil estuvo divertido, adorable, condescendiente, y me dijo que se alegraba muchísimo de verme; había comprado un montón de regalos para mis hijos en su último crucero a las Bermudas, y se había olvidado de enviármelos.

—¿Podrías traer esas cosas, cariño? —preguntó—. ¿Te acuerdas de dónde las pusimos?

Ella volvió a entrar en la habitación con cinco o seis paquetes grandes de aspecto caro y los depositó sobre mis rodillas.

Pienso en mis hijos como un padre afectuoso, y me encanta hacerles regalos. Por eso me entusiasmé. Era una artimaña, desde luego —sospecho que de ella—, una de las muchas que seguramente habría concebido a lo largo del año anterior para que el mundo no se les cayera encima. (Pude advertir que el papel de envolver no era reciente, y al llegar a casa y encontrar dentro unos viejos suéters de cachemira que las hijas de Gil no habían llevado a la universidad y una gorra escocesa con la badana sucia, aumentó mi compasión por los Bucknam en apuros). Con el regazo lleno de obsequios para mis niños y la piedad rezumando por todos mis poros, no me atreví a darle la puntilla. Hablamos del campeonato de béisbol y de ciertos asuntos insignificantes de la oficina, y cuando empezó a llover y se levantó viento ayudé a la señora Bucknam a cerrar las ventanas del apartamento. Después me marché, cogí uno de los primeros trenes y me volví a casa en medio de la tormenta. Cinco días después, Gil Bucknam tomó la decisión de dejar la bebida definitivamente y se presentó en la oficina para sentarse de nuevo a la derecha del anciano patrón; la mía fue una de las primeras cabezas que pidió. Di en pensar que si mi destino hubiera sido ser bailarín de ballet ruso o fabricar piezas de orfebrería, pintar bailarinas Schuhplattler en cajones de escritorio y paisajes sobre conchas de almeja o vivir en algún lugar de marea muy baja como Provincetown, no habría conocido un puñado de gente más extraña que la que conocía en aquella empresa. Y entonces me decidí a volar con mis

propias alas.

Mi madre me enseñó a no hablar nunca de dinero cuando el dinero sobra, y por mi parte he sido siempre muy reacio a hablar de él cuando escasea, de modo que apenas puedo referir lo que ocurrió durante los seis meses que siguieron. Alquilé un local para oficina —un cubículo con espacio para un escritorio y un teléfono— y envié cartas, pero rara vez me contestaban, y habría dado lo mismo que el teléfono hubiese estado desconectado, y cuando llegó el momento de pedir dinero prestado, no encontré un lugar donde acudir. Mi madre odia a Christina, y de todas formas no creo que tenga mucho dinero, porque nunca me compró un abrigo o un bocadillo de queso cuando yo era pequeño sin recordarme que el obsequio procedía de su economía.

Tenía muchos amigos, pero aunque mi vida dependiera de ello no podría pedirle a un hombre que me invitara a una copa y darle un sablazo de quinientos billetes; y yo necesitaba más. Lo peor de todo es que no había descrito la situación a mi mujer de una forma adecuada.

En eso pensaba una noche en que nos estábamos vistiendo para ir a cenar a casa de los Warburton, que vivían carretera arriba. Christina estaba sentada ante el tocador, poniéndose los pendientes. Es una mujer hermosa y en la flor de la vida, y su ignorancia de la penuria económica es completa. Posee un grácil cuello, sus senos relucían al alzarse bajo la tela de su vestido y, al observar el deleite saludable y honesto que extraía de la contemplación de su propia imagen, no me atreví a decirle que estábamos arruinados. Ella había endulzado gran parte de mi vida, y al contemplarla renacían en mi interior los manantiales de una clara energía que transformaba en vívidos y alegres la habitación, los cuadros de la pared y la luna que alcanzaba a ver por la ventana. La noticia la haría llorar, estropearía su maquillaje y habitación de huéspedes. Parecía haber tanta verdad en su belleza y en el poder que ella ejercía sobre mis sentidos como en el hecho de que nuestra cuenta bancaria arrojase un saldo negativo.

Los Warburton son ricos, pero no alternan; incluso es posible que les traiga sin cuidado. Ella es una vieja cobarde, y él la clase de hombre que a uno no le hubiera gustado tener como compañero de escuela. Es una mala persona, tiene la voz áspera y una idea fija: la lascivia. Los Warburton siempre están gastando, y por eso hay que hablar de dinero con ellos. El suelo de su vestíbulo es de mármol blanco y negro procedente del antiguo Ritz; su casita de Sea Island está siendo habilitada para el invierno; van en avión a Davos para pasar allí diez días; piensan comprar un par de caballos de monta y están construyendo una nueva ala para su casa. Esa noche llegamos con retraso. Los Meserve y los Chesney ya estaban allí, pero Carl Warburton aún no había llegado y Sheila estaba preocupada.

—Carl tiene que atravesar un barrio horrible para ir a la estación —dijo—, y lleva encima miles de dólares; tengo tanto miedo de que lo atraquen...

Carl llegó por fin a casa, contó un chiste verde a la variada concurrencia y nos sentamos a cenar. Era de esas fiestas en las que todos los presentes se han dado una ducha y puesto sus mejores galas, y en que algún viejo cocinero lleva desde el amanecer pelando champiñones o extrayendo la carne de la concha de los cangrejos. Yo quería pasármelo bien. Ese era mi deseo, pero mis deseos no lograron esa noche hacerme despegar los pies del suelo. Me sentía como cuando mi madre me llevaba de niño, por medio de amenazas y promesas, a una de aquellas fiestas de cumpleaños indescritiblemente atroces. La reunión se prolongó hasta eso de las once y media, y volvimos a casa. Me quedé un rato en el jardín acabando uno de los puros de Carl Warburton. Era la noche del jueves y mis cheques no serían devueltos hasta el martes siguiente, pero tenía que hacer algo pronto. Christina estaba dormida cuando subí y también a mí me rindió el sueño, pero desperté alrededor de las tres.

Había estado soñando con envolver pan en papel de colores. Había visto en sueños un anuncio a toda página en una revista de difusión nacional: ¡DÉ UN POCO DE COLOR A SU PANERA! Rebanadas de pan cubrían la página con colores de tonos parecidos a los de las joyas: pan turquesa, pan rubí, pan de color esmeralda. La idea me pareció buena en sueños; me había animado, y verme sumido en la oscuridad del dormitorio fue como si me echaran un jarro de agua fría. Repentinamente entristecido, me puse a pensar en todos los cabos sueltos de mi vida, y así llegué a evocar a mi madre, anciana ya, que vive sola en un hotel de Cleveland. La vi vistiéndose para bajar a cenar en el comedor del hotel. Inspiraba piedad imaginarla así: solitaria y entre extraños. Y, sin embargo, cuando volvió la cabeza, vi que todavía le quedaban algunos dientes afilados en las encías.

Me envió a la universidad, lo dispuso todo para que mis vacaciones transcurrieran en agradables entornos y espoleó mis ambiciones, las mismas que conservo, pero se opuso tenazmente a mi matrimonio, y desde entonces nuestra relación ha sido tirante. A menudo la he invitado a que venga a vivir con nosotros, pero siempre se niega, y siempre con resentimiento. Le envió flores y obsequios, le escribo todas las semanas, pero parece que estas atenciones únicamente sirven para fortalecer su convicción de que mi matrimonio ha sido un desastre para ella y para mí. Luego pensé en las cintas de su delantal, pues cuando yo era niño me parecía que aquellas cintas estaban tendidas sobre los océanos Pacífico y Atlántico; me daban la sensación de que se enlazaban, como estelas de vapor, bajo la mismísima bóveda del paraíso. Entonces la evoqué sin rebeldía ni inquietud; simplemente con la tristeza de comprobar que todos nuestros esfuerzos habían cosechado tan pocas emociones limpias, y que ni siquiera podíamos tomar juntos una taza de té sin remover toda clase de amargos sentimientos. Anhelé corregir aquel estado de cosas, revivir toda la relación con mi madre sobre un trasfondo más sencillo y humano, un marco en el que mi educación no se hubiera cobrado un precio tan alto en emociones malsanas. Quise recrear todo aquel pasado en una Arcadia afectiva en que nuestra conducta fuera diferente, para de este modo poder pensar en ella a las tres de la mañana sin sentimiento de culpa y para

ahorrarle soledad y olvido en su vejez.

Me acerqué un poco a Christina, y al entrar en el espacio bañado por su calor sentí de pronto que todo era amable, encantador, pero ella se movió en sueños y se alejó de mi lado. Entonces tosí. Tosí de nuevo. Tosí ruidosamente. No pude contener la tos, salí de la cama, fui al oscuro cuarto de baño y bebí un vaso de agua. Me asomé a la ventana del baño y miré el jardín. Hacía un poco de viento del alba —un rumor lluvioso inundaba el aire— agradable de sentir en la cara. Había unos cigarrillos detrás del retrete y encendí uno para recobrar el sueño. Pero al inhalar el humo me dolieron los pulmones, y de improviso me asaltó el convencimiento de que me estaba muriendo de cáncer.

Había experimentado todo tipo de disparatadas melancolías —nostalgias de países donde jamás había estado, anhelos de ser lo que no podía ser—, pero aquellas fantasías resultaban triviales comparadas con la premonición de mi muerte. Tiré el cigarro al retrete (¡pin!) y enderecé la espalda, pero el dolor en el pecho no hizo sino aumentar, y me persuadí de que el deterioro ya se había iniciado. Mis amigos pensarían en mí cariñosamente, sin duda, y seguramente Christina y los niños me recordarían con amor. Pero luego volví a pensar en el dinero, los Warburton y los cheques sin fondos acercándose a la cámara de compensación, y me pareció que el dinero prevalecía sobre el amor. Había codiciado a algunas mujeres —sucumbido a la envidia, de hecho—, pero me dio la sensación de que nunca había ambicionado a nadie del modo como esa noche anhelaba dinero. Fui al armario de nuestro dormitorio y me puse unos viejos zapatos azules de lona, un par de pantalones y un jersey oscuro. Luego bajé y salí de casa. La luna había salido y no había muchas estrellas, pero el aire de encima de los árboles y los setos rezumaba una luz tenue. Rodeé el jardín de los Trenholme, hollando la hierba sigilosamente, y llegué por el césped a la casa de los Warburton. Aceché los ruidos procedentes de las ventanas abiertas y solo oí el tictac de un reloj. Subí los peldaños de la escalinata delantera, abrí la puerta de tela metálica y crucé el piso de mármol del antiguo Ritz. Bajo la débil luz nocturna que entraba por las ventanas, la casa parecía una concha, un nautilo modelado para hospedarse a sí mismo.

Oí el ruidito producido por la chapa del collar de un perro, y el viejo cocker de Sheila vino trotando por el vestíbulo. Lo acaricié detrás de las orejas y el animal volvió al sitio donde tenía su cama, gruñó y se quedó dormido. Conocía la casa de los Warburton tan bien como la mía. La escalera estaba alfombrada, pero primero asenté el pie sobre uno de los peldaños para ver si crujía. Luego empecé a subir la escalera. Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas, y en el de Carl y Sheila, donde a menudo había dejado mi abrigo con ocasión de grandes cócteles, capté el sonido de una respiración profunda. Me detuve en la entrada un segundo para orientarme. En la penumbra pude discernir la cama y una chaqueta y un par de pantalones colgados en el respaldo de una silla. Con rápidos movimientos, entré en el cuarto, saqué un abultado billetero del bolsillo interior de la chaqueta y emprendí el camino de vuelta

hacia el vestíbulo. Mi violenta emoción tal vez me volvió torpe, porque Sheila se despertó. Oí que decía:

—¿Has oído ese ruido, cariño?

—El viento —murmuró él entre dientes, y se restableció el silencio.

Me hallaba ya a salvo en el vestíbulo, a salvo de todo excepto de mí mismo. Parecía atenazado por un ataque de nervios. Me había quedado sin saliva, mi corazón parecía haber detenido su bombeo, y fuera cual fuese la fuerza que mantenía mis piernas derechas, me había abandonado. Únicamente logré avanzar apoyándome en la pared. Me aferré a la barandilla al bajar la escalera y salí de allí tambaleándome.

Una vez en la oscura cocina de mi casa, bebí tres o cuatro vasos de agua. Debí de permanecer junto al fregadero una media hora o quizá más antes de que se me ocurriera registrar el billetero de Carl. Bajé al sótano y cerré la puerta antes de encender la luz. Había poco más de novecientos dólares. Apagué la luz y regresé a la oscuridad de la cocina. Oh, ¡jamás sospeché que un hombre pudiera ser tan desdichado ni que la mente pudiera abrir tantos compartimentos y anegarlos de remordimiento! ¿Dónde quedaban los riachuelos de truchas de mi juventud y otros inocentes placeres? El olor a cuero quemado de las aguas sonoras y la penetrante fragancia de los bosques tras una lluvia torrencial; o, al rayar el alba, las brisas estivales olorosas al aliento herbáceo de las vacas lecheras —la cabeza puede darte vueltas— y todos los arroyos pletóricos de truchas (o así lo imaginaba en la oscura cocina), nuestro tesoro sumergido. Lloré.

Shady Hills es, como digo, un suburbio, blanco de críticas de los planificadores urbanos, aventureros y poetas líricos, pero si uno trabaja en la ciudad y tiene hijos que criar, no concibo un lugar mejor. Es cierto que mis vecinos son ricos y que en este caso la riqueza significa ocio, pero emplean su tiempo sabiamente. Viajan por el mundo y oyen buena música, y ante un surtido de libros en un aeropuerto, elegirán Tucídides y en ocasiones santo Tomás de Aquino. Instados a construir refugios antiaéreos, plantan árboles y rosas, y sus jardines son espléndidos, radiantes. Si a la mañana siguiente hubiese contemplado desde la ventana de mi cuarto de baño la maloliente ruina de una gran ciudad, posiblemente no habría sido tan violento mi sobresalto como lo fue al recordar lo que había hecho la noche anterior; los fundamentos morales se habían retirado de mi mundo sin alterar un ápice la luz del sol. Me vestí furtivamente —¿qué hijo de la oscuridad desea oír las alegres voces de su familia?— y cogí uno de los primeros trenes. Mi traje de gabardina pretendía reflejar limpieza y honradez, pero yo era una desdichada criatura de pasos descarriados por el rumor del viento. Leí el periódico. En el Bronx habían robado una nómina por valor de treinta mil dólares. Una rica mujer de White Plains había vuelto a casa de una fiesta y se había encontrado con que sus pieles y sus joyas habían desaparecido. Se habían apoderado de sesenta mil dólares en medicinas de un

almacén de Brooklyn. Me sentí mejor al comprobar lo corriente que era mi delito. Pero solamente un poco, y no por mucho tiempo. Luego hice frente una vez más a la conciencia de que yo era un vulgar ladrón y un impostor, y que había hecho algo tan censurable que violaba los principios de cualquier religión conocida. Había robado y, lo que es peor, había allanado la morada de un amigo y pisoteado todas las leyes no escritas que aseguran la supervivencia de una comunidad. Mi conciencia me picoteó tanto el ánimo —como el duro pico de una ave carnívora— que mi ojo izquierdo se contrajo repentinamente, y una vez más me sentí al borde de un colapso nervioso. El tren llegó a la ciudad y yo fui al banco. Al salir casi me atropella un taxi. No temí por mis huesos, sino por la posibilidad de que encontrasen en mi bolsillo el billetero de Carl Warburton. Cuando creí que nadie me miraba, limpié la cartera con mis pantalones (por las huellas digitales) y la dejé caer en un cubo de basura.

Pensando que un café me sentaría bien, entré en un restaurante y me senté a una mesa en compañía de un desconocido. No habían retirado los manteles de papel ni los vasos de agua medio vacíos, y en el lugar que ocupaba el extraño había una propina de treinta y cinco centavos que había dejado un cliente anterior. Consulté el menú, pero por el rabillo del ojo observé que el desconocido se embolsaba los treinta y cinco centavos. ¡Vaya granuja! Me levanté y salí del restaurante.

Llegué a mi cubículo, colgué el sombrero y el abrigo, me senté ante el escritorio, estiré los puños, suspiré y alcé la mirada como si estuviera a punto de empezar una jornada llena de desafíos y decisiones. No había encendido la luz. Al cabo de un rato ocuparon la oficina de al lado y oí a mi vecino aclararse la garganta, toser, raspar una cerilla y disponerse a atacar los asuntos del día.

Las paredes eran delgadas —mitad cristal esmerilado y mitad madera contrachapada—, y no existía intimidad acústica en aquellos despachos. Busqué en mi bolsillo un cigarro con tanta cautela como la que había desplegado en casa de los Warburton, y aguardé a que un camión que pasaba por la calle hiciese ruido para ahogar el chasquido de mi cerilla. El prurito de la indiscreción se apoderó de mí. Mi vecino estaba tratando de vender por teléfono unas existencias de uranio. Procedía del siguiente modo: primero era cortés, luego grosero: «¿Qué le pasa, Fulano? ¿No quiere ganar un dinerillo?». Después se mostraba muy desdeñoso: «Lamento haberlo molestado. Creí que tendría sesenta y cinco dólares para invertir». Hizo doce llamadas sin hallar comprador. Yo estaba más silencioso que un ratón. Luego llamó a la oficina de información de Idlewild para enterarse de la llegada de aviones procedentes de Europa. El de Londres llegaría a su hora. Los de Roma y París venían con retraso.

—No, no está aquí todavía —oí decir a alguien por teléfono—. Todavía está oscuro ahí al lado.

El corazón me latía a toda velocidad. Entonces mi teléfono empezó a sonar y conté doce timbrazos antes de que cesara.

—Estoy seguro, seguro —dijo el hombre del despacho contiguo—. Está sonando

su teléfono y no contesta, no es más que un solitario hijo de puta en busca de trabajo. Adelante, adelante, te digo. No tengo tiempo de ir ahí. Vamos... Siete, ocho, tres, cinco, siete, siete.

Cuando colgó, fui hasta la puerta, la abrí, la cerré, encendí las luces, moví los percheros, silbé una canción, me dejé caer pesadamente en la silla ante mi escritorio y marqué el primer número de teléfono que se me pasó por la cabeza. Era el de un antiguo amigo, Burt Howe, que exclamó al oír mi voz:

—Hakie, ¡te he estado buscando por todas partes! Seguro que levantaste el campamento y te escabulliste.

—Sí —respondí.

—Te escabulliste —repitió Howe—. Te has esfumado. Pero de lo que quería hablarte es de ese negocio que pensé que podría interesarte. Es un chollo, pero no te llevará más de tres semanas. Tan sencillo como un robo. Son crédulos, estúpidos y están forrados: es como robar.

—Sí —dije.

—Bueno, entonces, ¿podemos vernos a las doce y media para comer en Cardin y que te dé los detalles?

—De acuerdo —respondí con voz ronca—. Muchas gracias, Burt.

—Fuimos a la cabaña el domingo —estaba diciendo el hombre del despacho vecino cuando yo colgué—. A Louise le picó una araña venenosa. El médico le puso una inyección. Se pondrá bien. —Marcó otro número y repitió—: Fuimos a la cabaña el domingo. A Louise le picó una araña venenosa...

Era posible que un hombre cuya mujer ha sido mordida por una araña y que disponga del tiempo necesario llame a tres o cuatro amigos para contárselo, y era asimismo posible que la araña fuese una frase cifrada de advertencia o conformidad con determinado negocio ilícito. Lo que me atemorizaba era el hecho de que, habiéndome convertido en un ladrón, me parecía verme rodeado de ladrones y estafadores. Mi ojo izquierdo repitió el tic, y la incapacidad de una parte de mi conciencia para resistir al asedio de los reproches que me formulaba otra vez me obligaron a buscar desesperadamente a alguien a quien se pudiese censurar. Muchas veces había leído en los periódicos que el divorcio conduce en ocasiones al delito. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía alrededor de cinco años. Era una buena pista que en seguida me condujo a otra mejor.

Mi padre se fue a vivir a Francia después del divorcio y no lo vi durante diez años. Luego escribió a mamá pidiéndole permiso para verme y ella preparó el encuentro diciéndome lo borracho, cruel y obsceno que era el viejo. Transcurría el verano y estábamos en Nantucket, y yo cogí solo el vapor y fui a Nueva York en tren. Me reuní con mi padre en el Plaza a primera hora de la noche, aunque no tan temprano como para que no hubiese empezado ya a beber. Con el agudo y sensible olfato de un adolescente, olí su aliento a ginebra y noté que se golpeaba contra una mesa y que a veces repetía sus palabras. Pensé más tarde que aquella cita debió de ser

agotadora para un hombre de su edad, sesenta años. Cenamos y luego fuimos a ver *Roses of Picardy*. Tan pronto como salieron las coristas, me dijo que podría acostarme con la que me apeteciese; había resuelto todos los trámites. Incluso podría elegir a una de las bailarinas solistas. Ahora bien, si yo hubiera pensado que él había cruzado el Atlántico para prestarme aquel servicio habría sido distinto, pero sentí que había hecho el viaje con objeto de causar un perjuicio a mi madre. Yo estaba asustado. El espectáculo se desarrollaba en uno de esos teatros anticuados que parecen sostenerse gracias a los ángeles. Ángeles de un color pardo dorado sujetaban el techo; sostenían los palcos; incluso se habría dicho que eran el soporte de un anfiteatro que daba asiento a cuatrocientas personas. Pasé mucho tiempo mirando a aquellos polvorientos ángeles dorados. Si el techo del teatro hubiera caído sobre mi cabeza, habría sentido alivio. Después de la función volvimos al hotel para lavarnos antes de reunirnos con las chicas, y el hombre se tendió en la cama durante un minuto y empezó a roncar. Cogí su cartera, que contenía cincuenta dólares, dormí en la estación Grand Central y me volví temprano a Woods Hole. Así pues, todo aquel asunto se explicaba, incluso la violencia de la emoción que había experimentado en el vestíbulo superior de los Warburton; había estado reviviendo aquella escena acaecida en el Plaza. No fue culpa mía que entonces hubiera robado, ni tampoco lo fue cuando acudí a casa de mis vecinos. ¡Fue culpa de mi padre! Entonces recordé que estaba enterrado en Fontainebleau desde hacía quince años, y ahora no sería mucho más que polvo.

Fui al servicio de hombres, me lavé las manos y la cara y me peiné hacia atrás con cantidad de agua. Era hora de salir a almorzar. Pensé con inquietud en la comida que me esperaba y, al preguntarme por qué, reparé con asombro en que se debía al libre empleo que Burt Howe daba a la palabra «robar». Confié en que no siguiera usándola.

En cuanto esta idea revoloteó por mi mente en los servicios, la contracción de mi ojo pareció extenderse hasta la mejilla; era como si el verbo estuviese hincado en el idioma inglés como un anzuelo envenenado. Yo había cometido adulterio, y la palabra «adúltero» no poseía fuerza para mí; me había emborrachado, y el vocablo «borrachera» carecía de un poder extraordinario. Solo el término «robar» y su cortejo de sustantivos, verbos y adverbios poseían la facultad de tiranizar mi sistema nervioso, como si yo hubiera desarrollado inconscientemente cierta doctrina en la que el acto de hurtar cobraba preeminencia sobre los demás pecados que se enumeran en los Diez Mandamientos, y fuese signo de muerte moral.

El cielo estaba oscuro cuando salí a la calle. Las luces fulguraban por todas partes. Miré al rostro de la gente que se cruzaba conmigo en busca de alentadoras señales de honradez en un mundo tan corrompido, y en la Tercera Avenida vi a un joven con una taza de hojalata que mantenía los ojos cerrados para aparentar ceguera. El sello de la ceguera, la impresionante inocencia de la parte superior de una cara, se veía desmentido por el ceño fruncido y las patas de gallo de los ojos de un hombre

que era capaz de ver su bebida en el bar. Había otro mendigo ciego en la calle Cuarenta y Uno, pero no examiné sus cuencas oculares porque advertí que no podía certificar la autenticidad de cada mendigo urbano.

Cardin es un restaurante para hombres situado en una de las calles cuarenta. La agitación y el bullicio del vestíbulo me volvieron retraído, y la chica del guardarropa, al reparar (me imagino) en el tic de mi ojo, me dirigió una mirada hastiada.

Burt estaba ya en la barra, y después de haber pedido las bebidas hablamos directamente de negocios.

—Para un asunto como este deberíamos vernos en un callejón trasero —dijo—, pero se trata de un primo, su dinero y demás. Son tres críos. Uno de ellos es P. J. Burdette, y entre los tres tienen un millón limpio para tirarlo por ahí. Está visto que alguien va a robárselo, así que lo mismo puedes ser tú.

Coloqué una mano sobre el lado izquierdo de mi cara para tapar el tic. Al tratar de llevarme el vaso a la boca, me derramé ginebra sobre el traje.

—Los tres acaban de salir de la universidad —prosiguió Burt—. Y los tres tienen tan llenos los bolsillos que si los dejas sin blanca ni siquiera lo notarán. Pues bien, para participar en este atraco lo único que tienes que hacer es...

Los servicios estaban al otro extremo del restaurante, pero fui hasta allí. Llené el lavabo de agua fría y hundí en él la cabeza y la cara. Burt me había seguido hasta los lavabos. Mientras me secaba con una toalla de papel, dijo:

—En serio, Hakie, no iba a decirte nada, pero ahora que te has puesto malo, por lo menos puedo decirte que tienes un aspecto pésimo. Te aseguro que me di cuenta de que algo no andaba bien nada más verte. Solo quería decirte que, sea lo que sea, whisky, droga o problemas en casa, es mucho más tarde de lo que crees, y quizá deberíamos hacer algo al respecto. No me guardes rencor por decirte esto.

Respondí que estaba enfermo, y aguardé en el retrete el tiempo suficiente para que Burt se largara. Luego recogí mi sombrero y coseché otra mirada de hastío de la chica del guardarropa y, sentado en una silla, leí en el periódico de la tarde que unos ladrones de banco habían huido en Brooklyn con dieciocho mil dólares.

Paseé por las calles preguntándome cómo me convertiría en carterista y ladrón de bolsos, y los arcos y las agujas de la catedral de San Patricio solo me recordaron los cepillos de limosnas para los pobres. Cogí el acostumbrado tren a casa, contemplando por la ventanilla el apacible paisaje y el primaveral atardecer, y me pareció que los pescadores y los bañistas aislados y los vigilantes de los pasos a nivel, los que jugaban a la pelota en los solares y los amantes no avergonzados de su diversión, los propietarios de pequeñas embarcaciones y los hombres que jugaban a las cartas en los parques de bomberos eran quienes remendaban los grandes agujeros que hacían en el mundo las personas como yo.

Christina es de esas mujeres que cuando la secretaria de la asociación de exalumnos

de su universidad le pide que describa su posición social, se marea pensando en la diversidad de sus actividades y sus intereses. ¿Y qué tiene que hacer en un día determinado, haciendo una excepción aquí y allá? Me lleva en coche al tren. Manda reparar los esquís. Reserva una pista de tenis. Compra el vino y la comida para la cena mensual de la Société Gastronomique du Westchester Nord. Consulta alguna que otra definición en el Larousse. Asiste a un simposio de la Liga de Mujeres Votantes acerca del alcantarillado. Va a un almuerzo de gala en honor de la tía de Bobsie Neil. Arranca las malas hierbas en el jardín. Plancha el uniforme de la asistente. Pasa a máquina dos páginas y media de su periódico sobre las primeras novelas de Henry James. Vacía los cubos de basura. Ayuda a Tabitha a preparar la cena de los niños. Practica con Ronnie el bateo de béisbol. Se riza el pelo con horquillas. Trae una cocinera a casa. Me espera en la estación. Se baña. Se viste. Recibe a sus invitados en francés a las siete y media. Dice «*bonsoir*» a las once. Descansa en mis brazos hasta las doce. ¡Eureka! Cabría afirmar que es orgullosa, pero yo creo que es únicamente una mujer que se divierte en un país próspero y joven. Sin embargo, cuando vino a buscarme al tren aquella noche, me resultó difícil estar a la altura de su gran vitalidad.

Aunque no me hallaba en condiciones de hacerlo, tuve la mala suerte de que tocara hacer la colecta en la comunión matutina del domingo. Respondí a las piadosas miradas de mis amigos con una sonrisa muy torva, y después me arrodillé junto a la sucia vidriera ojival que parecía hecha a base de culos de botellas de vermut y borgoña. Me arrodillé sobre un cojín de imitación de cuero, donado por algún gremio o auxiliar para reemplazar a uno de los raídos de color marrón que al empezar a abrirse por las costuras y a enseñar mechones de paja, hacía que todo el local oliese como un viejo pesebre. El olor de paja y flores, el resplandor de la vela y los cirios cuya llama vacilaba ante el aliento del párroco, así como la humedad de aquel edificio de piedra con mala calefacción, me resultaban muy familiares y pertenecían a mi infancia en igual medida que los rumores y los aromas de una cocina o una guardería, y, no obstante, aquella mañana eran tan intensos que me sentí mareado. Entonces percibí en el zócalo, a mi derecha, el roer de unos dientes de rata que perforaban como un taladro el duro roble.

—Santo, Santo, Santo —dije en voz muy baja, con la esperanza de espantar al animal—. ¡Señor de los ejércitos, el cielo y la tierra están LLENOS de tu gloria!

La reducida congregación murmuró amén con un rumor como de pisadas, y la rata se escabulló corriendo a lo largo del zócalo. Y entonces —quizá porque estaba demasiado absorto por el chirrido de los dientes de la rata, o tal vez porque el olor a humedad y paja resultaba soporífero—, alcé los ojos que había cobijado con ambas manos, vi que el oficiante bebía del cáliz y caí en la cuenta de que yo no había comulgado.

Una vez en casa, hojeé el periódico dominical buscando reseñas de nuevos robos, y comprobé que abundaban. Habían saqueado bancos, vaciado de joyas las cajas de

caudales de algunos hoteles, atado a sillas de cocina a mayordomos y sirvientas, robado partidas de pieles y diamantes industriales, irrumpido en comercios de comida preparada, estancos y casas de empeño, y alguien se había llevado un cuadro del Instituto de Arte de Cleveland. A última hora de la tarde, salí al jardín y recogí las hojas muertas con el rastrillo. ¿Qué mayor penitencia que limpiar el césped de los desechos del oscuro otoño bajo los rayados y pálidos cielos de la primavera?

Mientras rastrillaba, se acercaron mis hijos.

—Los Tobler están jugando al *softball*^[6] —dijo Ronnie—. Todo el mundo está allí.

—¿Por qué no vais a jugar? —pregunté.

—No se puede si no te han invitado —contestó Ronnie por encima del hombro, y luego se marcharon.

Entonces reparé en que se oían los vítores del partido al que no nos habían invitado. Los Tobler vivían al final de la manzana. Las alegres voces parecían volverse cada vez más nítidas a medida que se hacía de noche; incluso pude oír el ruido del hielo chocando contra los vasos y las voces femeninas que se alzaban con débil regocijo.

Me pregunté por qué no nos habrían invitado a jugar en casa de los Tobler. ¿Por qué nos habían excluido de aquellos placeres sencillos, aquella alegre reunión, de las risas, las voces y los portazos que parecían brillar en la oscuridad al haberme negado mi participación en el bullicio? ¿Por qué no me habían pedido que fuese a jugar a su casa? ¿Por qué el éxito social —la escalada, en realidad— excluía a un buen tipo como yo de un partido de *softball*? ¿Qué clase de mundo era aquel? ¿Por qué tenían que dejarme solo recogiendo hojas muertas al atardecer —como de hecho estaba— invadido de tanta tristeza, abandono y soledad que mi cuerpo tiritaba?

Si hay alguien a quien detesto, es al sentimental sin personalidad: a toda esa gente melancólica que debido a un exceso de piedad por los demás desconocen el estremecimiento de su propia esencia y se deslizan por la vida sin identidad, como brumas humanas, compadeciendo a todo el mundo. El mendigo sin piernas de Times Square, con su humilde exposición de lápices, la anciana pintarrajeada que habla a solas en el metro, el exhibicionista de los urinarios públicos, el borracho tirado en la escalera del metro, toda esa gente suscita algo más que piedad: son, de golpe, la suma de todos los desventurados. Los desechos humanos parecen pisotear sus propias almas malogradas, dejándolas al crepúsculo en un estado muy similar a la escena de un motín carcelario. Decepcionados de sí mismos, están siempre dispuestos a desilusionarse de los demás, y erigirán ciudades enteras, creaciones completas, firmamentos y principios sobre los cimientos de una decepción bañada en lágrimas. De noche, en la cama, pensarán tiernamente en el apostante que ha perdido una fortuna al extraviar el boleto ganador, en el gran novelista cuya obra magna fue quemada por error al confundirla con basura, y en Samuel Tilden, que perdió la presidencia de Estados Unidos por culpa de las trampas del colegio electoral. Y como

yo detesto semejante compañía, me resultaba doblemente doloroso apiadarme de mí mismo. Y al ver un conejo desnudo bajo la luz de las estrellas, pensé: ¡Qué triste es todo!

El miércoles fue mi cumpleaños. Me acordé a media tarde, en la oficina, y la idea de que Christina pudiera estar planeando una fiesta sorpresa me hizo pasar de la posición sedente a la vertical, sin aliento. Después llegué a la conclusión de que ella no lo haría. Pero los meros preparativos de los niños me suponían un problema emotivo: ignoraba la forma de afrontarlos.

Me marché temprano del despacho y tomé dos copas antes de coger el tren. Christina parecía muy contenta cuando fue a buscarme a la estación, y yo puse muy buena cara a pesar de mi inquietud. Los niños se habían puesto ropa limpia y me desearon feliz cumpleaños con tal fervor que me sentí horriblemente mal. Sobre la mesa había un montón de regalitos, sobre todo cosas hechas por los niños: gemelos confeccionados con botones, un bloc de notas y otras cosas por el estilo. Creí estar bastante alegre, teniendo en cuenta las circunstancias, y saqué fotos, me puse mi ridículo sombrero, apagué de un soplo las velas de la tarta y di las gracias a todos, pero al parecer todavía había otro regalo —el gran regalo—, y después de cenar me dejaron en casa mientras Christina y los niños salían afuera, y luego entró Juney, me sacó al jardín y me llevó a la parte de atrás de la casa, donde estaban todos. Apoyada contra la pared había una escalera extensible de aluminio con una tarjeta y una cinta atada a ella, y yo dije, como si me hubieran dado un golpe:

—¿Qué diablos significa esto?

—Pensamos que la necesitabas, papá —dijo Juney.

—¿Para qué necesito una escalera? ¿Qué os creéis que soy, el dependiente de una librería?

—Contraventanas —dijo Juney—. Cortinas...

Me volví hacia Christina.

—¿He estado hablando en sueños?

—No —contestó ella—. No has hablado en sueños.

Juney comenzó a lloriquear.

—Podrás quitar las hojas de los canalones para la lluvia —dijo Ronnie. Los dos chicos me miraban con cara larga.

—Por lo menos tienes que reconocer que es un regalo muy poco habitual —le dije a Christina.

—¡Santo Dios! —exclamó ella—. Vamos, niños. Vamos.

Estuve dando vueltas por el jardín hasta después de oscurecer. Las luces se encendieron en el piso de arriba. Juney seguía llorando, y Christina le cantaba. Luego se calló. Esperé hasta que se encendió la luz de nuestro dormitorio, y al cabo de un rato subí la escalera. Christina estaba en camisón, sentada ante su tocador, y en sus

ojos había gruesas lágrimas.

—Tienes que tratar de comprender... —dije.

—Aunque quisiera, no podría. Los niños han estado ahorrando durante meses para comprarte ese chisme.

—Tú no sabes por lo que he pasado.

—Aunque lo hubieras pasado peor que en el infierno, no te lo perdonaría. No te ha ocurrido nada que pueda justificar tu conducta. La han tenido escondida una semana en el garaje. ¡Son tan encantadores!

—No me he sentido yo mismo últimamente.

—No me digas a mí que no te has sentido tú mismo —replicó—. He estado esperando que te marchases esta mañana y he temido que volvieras a casa esta noche.

—No me he portado tan rematadamente mal.

—Peor aún —dijo ella—. Has sido brusco con los niños, odioso conmigo, grosero con tus amigos, y malvado a sus espaldas. Peor imposible.

—¿Quieres que me vaya?

—Oh, Señor, ¿si quiero que te vayas? Volvería a respirar.

—¿Qué hacemos con los niños?

—Pregúntaselo a mi abogado.

—Entonces, me iré.

Bajé a la sala y me dirigí a donde guardábamos las maletas. Al sacar la mía descubrí que el cachorro de los niños había mordido la correa de cuero hasta desatarla por uno de los lados. Cuando intentaba buscar otra maleta, todas las demás se me cayeron encima, magullándome. Arrastré tras mis pasos hasta el dormitorio la maleta con su larga correa colgando.

—Mira —dije—. Mira esto, Christina. El perro se ha comido la correa de mi maleta. —Ni siquiera levantó la cabeza.

»He invertido veinte mil dólares al año en esta casa durante diez años —grité—, ¡y cuando llega la hora de marcharme ni siquiera tengo derecho a una maleta decente! Todo el mundo tiene una. Hasta el gato tiene una buena bolsa de viaje.

Abrí bruscamente mi armario y solo encontré cuatro camisas limpias.

—¡No tengo camisas limpias ni para una semana! —grité.

A continuación reuní unas cuantas cosas, me calé el sombrero y salí. Por un instante pensé incluso en llevarme el coche; fui al garaje y le eché un vistazo. Entonces vi el letrero que rezaba SE VENDE, y que había colgado de la casa cuando la compramos mucho tiempo atrás. Desempolvé el letrero, cogí un clavo y una piedra, rodeé la casa hasta la entrada delantera y clavé en un arce el rótulo SE VENDE. Después me fui a pie hasta la estación. Está como a dos kilómetros. La larga correa de cuero iba arrastrándose a mi espalda; me detuve y traté de cortarla, pero no lo conseguí. Al llegar a la estación, descubrí que el próximo tren no pasaba hasta las cuatro de la mañana. Decidí esperar. Me senté sobre la maleta y aguardé cinco minutos. Luego desanduve el camino a casa. A mitad del trayecto vi a Christina, que bajaba la calle

con una camisa, suéter y zapatos de lona —las cosas que más rápido se pone uno encima, pero eran prendas estivales—, volvimos juntos a casa y nos acostamos.

El sábado jugué al golf, y aunque el partido terminó tarde, quise darme un baño en la piscina del club antes de volver a casa. En la piscina no había nadie, aparte de Tom Maitland. Es un hombre de piel morena y bien parecido; muy rico, pero muy callado. Parece introvertido. Su esposa es la mujer más obesa de Shady Hill, y a nadie le gustan gran cosa sus hijos, y creo que es el tipo de hombre cuyas fiestas, amistades, asuntos amorosos y negocios descansan a modo de intrincada superestructura — castillo de naipes— sobre la melancolía de su primera juventud. Un soplo podría derrumbarlo todo. Casi había anochecido cuando dejé de nadar; el local del club tenía las luces encendidas y se oían los ruidos de la cena en el pórtico. Maitland estaba sentado al borde de la piscina y columpiaba los pies en el agua de color azul intenso, que olía a cloro del mar Muerto. Yo me estaba secando y, al pasar junto a él, le pregunté si no pensaba bañarse.

—No sé nadar —dijo.

Sonrió, desvió de mí los ojos y contempló el agua inmóvil y reluciente de la piscina en el oscuro paisaje.

—Teníamos una piscina en casa —prosiguió—, pero nunca tuve ocasión de nadar en ella. Siempre estaba dando clases de violín.

Y he aquí que aquel hombre de cuarenta y cinco años, millonario como mínimo, ni siquiera era capaz de flotar, y no creo que tuviese tampoco muchas oportunidades de hablar con tanta franqueza como acababa de hacerlo. Mientras me vestía, se asentó en mi cerebro la idea (sin que yo la alentase) de que los Maitland serían mis próximas víctimas.

Pocas noches después, me desperté a las tres de la mañana. Repasé mentalmente los cabos sueltos de mi vida —mamá en Cleveland, la fábrica—, y luego fui al cuarto de baño a encender un cigarrillo antes de recordar que me estaba muriendo de cáncer y dejando a viuda y huérfanos sin un céntimo. Me puse mis zapatillas azules de lona y el resto de la indumentaria, eché una ojeada por las puertas abiertas de los dormitorios de los niños y salí de casa. Estaba nublado. A través de jardines traseros llegué hasta la esquina. Luego crucé la calle y me planté ante el camino de acceso a la casa de los Maitland. Caminaba por la hierba, a la orilla de la grava. La puerta estaba abierta y entré tan excitado y temeroso como cuando estuve en la mansión de los Warburton; bajo la luz tenue me sentía incorpóreo: un fantasma. Me guié por el olfato al subir la escalera hasta donde sabía que estaba el dormitorio y, tras percibir una respiración profunda y ver sobre una silla unos pantalones y una chaqueta, busqué el bolsillo de esta, pero no había bolsillos. No era una chaqueta de traje; era una de esas de satén brillante que usan los niños. No tenía sentido buscar una cartera en los pantalones de Tom. No la llevaría encima para segar la hierba del jardín. Salí de allí precipitadamente.

No volví a dormirme esa noche; me quedé sentado en la oscuridad pensando en

Tom y en Gracie Maitland, en los Warburton y en Christina y en mi propio destino miserable, y en lo distinto que era Shady Hill visto de noche y a la luz del día.

Pero volví a salir la noche siguiente, esta vez al domicilio de los Pewter, que no solo eran ricos, sino borrachines, y que bebían tanto que no me explicaba cómo podrían oír los truenos en cuanto apagaban las luces. Salí, como de costumbre, poco después de las tres.

Estuve pensando tristemente en mis comienzos: en cómo me engañó aquella pareja de tramposos en un hotel del centro tras una cena de seis platos regados con vino, y mi madre me había dicho muchísimas veces que, si ella no hubiera bebido tantos cócteles antes de aquella famosa cena, yo todavía seguiría en una estrella, a la espera de nacer. Y pensé en mi viejo padre y en aquella noche en el Plaza, en los muslos con cardenales de la campesina de Picardía, en los ángeles de color pardo dorado que sostenían el teatro, y en mi terrible destino. Mientras me encaminaba hacia la casa de los Pewter, se produjo un áspero revoloteo en todos los árboles y jardines, como una corriente de aire sobre un lecho de fuego, y me pregunté cuál sería la causa, hasta que sentí la lluvia sobre mi cara y mis manos, y entonces me eché a reír.

Ojalá pudiera afirmar que un bondadoso león me devolvió al buen camino, o bien un niño inocente, o incluso las notas de la música distante de alguna iglesia, pero no fue más que la lluvia sobre mi cabeza —su fragancia revoloteando hasta mi olfato— la que me mostró la magnitud de mi liberación de los huesos de Fontainebleau y las artes de un ladrón. Había maneras de salir del apuro si me preocupaba por utilizarlas. No estaba atrapado. Yo estaba aquí en la tierra porque yo lo había escogido. Y me tuvo sin cuidado el modo en que me habían sido concedidos los dones de la vida, puesto que los poseía, y los poseí entonces: el vínculo entre las raíces de la hierba húmeda y el vello que crecía en mi cuerpo, el escalofrío de mi mortalidad que había conocido las noches de verano, amando a los niños y mirando dentro del escote del vestido de Christina. Me hallaba ya delante de la casa de los Pewter; alcé la vista hacia la vivienda a oscuras y después di media vuelta y me alejé. Volví a acostarme y tuve agradables sueños. Soñé que navegaba en un barco por el Mediterráneo. Vi unos peldaños de gastado mármol que bajaban hasta el agua, vi el agua misma, azul, salada y sucia. Planté el mástil, icé la vela y empuñé el timón. Pero al hacerme a la mar me pregunté: ¿por qué debía parecer que solo tenía diecisiete años? No se puede tener todo.

No es, como alguien escribió una vez, el olor del pan de maíz el que nos hace retornar de la muerte; son las luces y las señales del amor y la amistad. Gil Bucknam me telefoneó al día siguiente, me dijo que el viejo estaba agonizando y me preguntó si volvería a ocupar mi puesto de trabajo. Fui a verlo y me explicó que era el viejo quien había pedido mi cabeza, y, por supuesto, me alegré de retornar al hogar de la fábrica.

Lo que no logré entender, mientras bajaba esa tarde por la Quinta Avenida, fue

cómo un mundo que parecía tan sombrío podía, en cosa de minutos, tornarse tan agradable. Las aceras parecían brillar y, al regresar en tren a casa, sonreí a aquellas necias muchachas que anunciaban fajas en las vallas del Bronx. A la mañana siguiente me pagaron un anticipo de mi sueldo y, tras adoptar ciertas precauciones respecto a mis huellas digitales, metí novecientos dólares en un sobre y fui andando hasta la casa de los Warburton cuando ya se habían apagado las últimas luces del vecindario. Había estado lloviendo, pero ya había escampado. Las estrellas empezaban a mostrarse. No tenía sentido extremar la prudencia, y rodeé la casa hasta la parte trasera; encontré abierta la puerta de la cocina y dejé el sobre encima de una mesa de la oscura estancia. Cuando comenzaba a alejarme de la casa, un coche de policía aparcó junto a mí y un agente a quien conozco bajó la ventanilla y me preguntó:

—¿Qué está haciendo en la calle a estas horas de la noche, señor Hake?

—Paseando al perro —contesté alegremente. No había perro por ninguna parte, pero no miraron—. ¡Ven aquí, Toby! ¡Vamos, Toby! ¡Qué buen perro! —llamé, y me fui silbando alegremente en la oscuridad.

EL AUTOBÚS A ST. JAMES

El autobús que iba a St. James —una escuela protestante episcopaliana para chicos y chicas— inició su recorrido a las ocho en punto de la mañana desde una esquina de Park Avenue, a la altura de las calles sesenta. Lo temprano de la hora suponía que algunos de los padres que enviaban a sus hijos a ese centro estaban soñolientos y no habían tomado su café, pero con cielo despejado la luz bañaba la ciudad oblicuamente, el aire era fresco, y aquel momento del día resultaba extraordinariamente alegre. Era la hora en que cocineros y porteros pasean a los perros y en que los conserjes restriegan los felpudos del vestíbulo con agua y jabón. Las huellas de la noche eran escasas: una vez, padres e hijos vieron volver a casa a un hombre con el esmoquin sucio de serrín.

A comienzos del semestre de otoño, cinco niños aguardaban el autobús escolar en la parada, y todos ellos vivían en los bloques de apartamentos de piedra caliza de la vecindad. Dos de ellos, Louise y Emily Sheridan, eran recién llegados. Los demás, el hijo de los Pruitt, Katherine Bruce y la niña de los Armstrong, ya habían utilizado el autobús a St. James el año anterior.

El señor Pruitt acompañaba a su hijo hasta la esquina todas las mañanas. Tenían el mismo sastre y ambos se llevaban la mano al sombrero para saludar a las señoras. Aunque Katherine Bruce era ya bastante mayor para ir sola hasta la parada, como era corta de vista, su padre la acompañaba siempre que no estaba fuera en viaje de negocios, en cuyo caso la llevaba una sirvienta. La primera mujer de Stephen Bruce, la madre de Katherine, había muerto, y él se esforzaba mucho más por ser atento con su hija que la mayoría de los padres. Era una chica ya crecida, pero él la cogía de la mano tiernamente, cruzaba con ella la calle y a veces se quedaba en la esquina con el brazo en torno a los hombros de su hija. La segunda señora Bruce no tenía hijos. La señora Armstrong acompañaba a su hija a la parada únicamente cuando se negaban a hacerlo su sirvienta o su cocinero. A semejanza de aquella, la señora Sheridan compartía esta tarea con una criada, pero era más constante. Por lo menos tres veces por semana iba hasta la esquina con sus hijas, llevando a un viejo terrier escocés sujeto con una correa.

St. James era una escuela pequeña, y los padres hablaban entre sí confidencialmente mientras aguardaban en la calle la llegada del autobús. El señor Bruce conocía al cuñado del señor Pruitt y era primo segundo de una mujer que había sido compañera de habitación de la señora Armstrong en un internado. La señora Sheridan y el señor Pruitt tenían amigos comunes.

—Anoche vimos a unos amigos suyos —dijo Pruitt una mañana—. Los Murchison.

—Ah, sí —asintió la señora Sheridan—, sí.

Nunca afirmaba una sola vez; siempre decía: «Ah, sí, sí», o bien: «Ah, sí, sí, sí».

Vestía con sencillez, y su pelo comenzaba a encanecer. No era bonita ni provocativa, y comparada con la señora Armstrong, de cabellos dorados, parecía poco atractiva; pero tenía unos rasgos finos, y su cuerpo era grácil y esbelto. El señor Bruce llegó a la conclusión de que era mujer de buenos modales y quizá de treinta y cinco años, con su hogar bien organizado y una perfecta digestión emocional: una de esas mujeres cuya bondad puede absorberlo todo. Su suavidad de maneras parecía esconder una gran autoridad. El señor Bruce conjeturó que habría sido educada por personas de sólidos principios, y que respetaría todas las virtudes del internado: valentía, deportividad, castidad y honor. Cuando la oyó decir una mañana: «Ah, sí, ¡sí!», él lo consideró una feliz combinación de buenos modales y vitalidad.

Pruitt prosiguió diciendo a la señora Sheridan que se había encontrado con amigos suyos, pero que sus caminos nunca parecían cruzarse directamente. El señor Bruce, que escuchaba indiscretamente su conversación, al amparo del periódico, se alegró al oír esto, porque no le gustaba Pruitt y respetaba a la señora Sheridan; pero sabía que estaban abocados a verse en algún sitio que no fuera la calle, y un día Pruitt se quitó el sombrero para saludar a la señora Sheridan y dijo:

—¿No fue una fiesta encantadora?

—Oh, sí —respondió ella—, sí.

Luego Pruitt le preguntó a qué hora se habían marchado ella y su marido, y la señora Sheridan contestó que a medianoche. No parecía especialmente interesada en hablar de la fiesta, pero respondió cortésmente a las preguntas de Pruitt.

El señor Bruce se dijo para sus adentros que la señora Sheridan perdía el tiempo; Pruitt era un necio y ella se merecía algo mejor. Al parecer, su aversión por él y su respeto por ella eran ociosos, pero una mañana se alegró al llegar a la esquina y descubrir que allí estaba ella con sus hijas y el perro, y que Pruitt, en cambio, no estaba. Le dio los buenos días.

—Buenos días —contestó ella—. Por lo visto, hemos llegado muy pronto.

Katherine y la mayor de los Sheridan se pusieron a charlar.

—Creo que conocí a la madre de Katherine —dijo amablemente la señora Sheridan—. Su primera mujer, ¿no fue Martha Chase?

—Sí.

—La conocí en la universidad, aunque no nos tratamos mucho. Estaba en el curso siguiente al mío. ¿Qué edad tiene Katherine ahora?

—Cumplió ocho años el verano pasado.

—Tenemos un hermano —dijo la más joven de las hijas de Sheridan—. Tiene ocho años.

—Sí, cariño —confirmó su madre.

—Se ahogó —dijo la niña.

—Oh, lo siento —lamentó el señor Bruce.

—Era muy buen nadador —prosiguió la chiquilla—, pero creemos que debió de darle un calambre. Mire, hubo una tormenta y todos nos metimos en un cobertizo, y no estábamos mirando y...

—Eso fue hace mucho tiempo, cariño —dijo su madre suavemente.

—No fue hace mucho tiempo —replicó la niña—. Fue el verano pasado.

—Sí, cariño —admitió su madre—. Sí, sí.

El señor Bruce notó que no había en su cara rastro de dolor ni de esfuerzo por ocultarlo, y su compostura le pareció una proeza de inteligencia y delicadeza. Permanecieron juntos sin decir palabra hasta que los demás padres llegaron con sus hijos justo en el momento en que el autobús subía por la calle. La señora Sheridan llamó al viejo perro y descendió por Park Avenue, y el señor Bruce se metió en un taxi y se fue al trabajo.

Hacia finales de octubre, una lluviosa noche de viernes, el matrimonio Bruce fue en taxi a St. James. Era la Noche de los Padres. Uno de los chicos mayores los condujo hasta un banco situado al fondo de la capilla. No había en el altar ningún objeto de culto, y el rector se hallaba de pie sobre la tarima, entre los sitiales del coro, esperando a que tomaran asiento los padres rezagados. Se arremangaba y estiraba nerviosamente las mangas de la túnica, y al cabo pidió silencio aclarándose la garganta.

—En nombre del profesorado y de la dirección —dijo—, sean bien venidos a St. James los padres aquí presentes esta noche. Lamento que el tiempo sea tan inclemente, pero al parecer no ha retenido en casa a ninguno de ustedes.

Dijo esto con cierta socarronería, como si la general asistencia fuera fruto de su propio poder de intimidación.

—Comencemos —agregó, ya en serio— con una plegaria por el bien de nuestra escuela: Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...

De rodillas, inclinadas las cabezas, la congregación parecía indestructible, como si la supervivencia de la sociedad dependiera o pudiera depender siempre de ella. Concluida la oración, el rector les habló confirmándoles su permanencia en tanto que comunidad.

—Esta noche dispongo de estadísticas muy interesantes para todos ustedes —dijo—. Este año, dieciséis de los niños inscritos en la escuela son hijos y nietos de alumnos de St. James. Creo que se trata de una cifra impresionante. Dudo que pueda igualarla ningún otro centro escolar de la ciudad.

Durante la breve alocución que siguió —una defensa de la educación conservadora—, el señor Bruce advirtió que la señora Sheridan estaba sentada unos cuantos bancos más adelante. A su lado se encontraba un hombre alto —probablemente su marido—, de espalda recta y pelo negro. Cuando acabó la plática, se abrió el turno de preguntas. Formuló la primera una madre que solicitaba consejo sobre cómo restringir el uso que sus hijos hacían de la televisión. Mientras el rector respondía a la pregunta, el señor Bruce reparó en que los Sheridan estaban

discutiendo. Susurraban, y su desacuerdo parecía profundo. De repente, ella se desentendió de la polémica. No tenía nada más que decir. El cuello de su marido enrojeció. Continuó en un susurro insistiendo en su criterio; se inclinaba hacia su esposa y sacudía la cabeza. La señora Sheridan alzó la mano.

—Sí, señora Sheridan —dijo el rector.

El marido recogió su abrigo y su bombín, y diciendo: «discúlpeme, por favor», «gracias», «perdone», pasó por delante de las demás personas que ocupaban el banco y abandonó la capilla.

—¿Sí, señora Sheridan? —repitió el rector.

—Me pregunto, doctor Frisbee, si usted y la dirección han pensado alguna vez en admitir niños negros en St. James.

—Esa cuestión surgió hace tres años —respondió el párroco con impaciencia—, y se presentó un informe al respecto al consejo de dirección. Ha habido muy pocas peticiones en ese sentido, pero, si desea usted una copia, haré que le envíen una.

—Sí —dijo ella—, me gustaría leerlo.

El sacerdote asintió y la señora Sheridan volvió a tomar asiento.

—¿Señora Townsend?

—Tengo una pregunta sobre ciencia y religión —declaró esta—. Me parece que los profesores hacen hincapié en la ciencia en detrimento de la religión, sobre todo en lo que respecta a la Creación. A mi manera de ver...

La señora Sheridan cogió sus guantes y, con una sonrisa cortés y diciendo: «disculpe», «gracias», «disculpe, por favor», pasó por delante de sus compañeros de fila. El señor Bruce oyó el repiqueteo de sus tacones en el embaldosado suelo del vestíbulo, y, estirando el cuello, pudo verla. El rumor del tráfico y de la lluvia se hizo más intenso en cuanto ella abrió una de las pesadas puertas, y se apagó al volver a cerrarla.

A última hora de la tarde de la siguiente semana, el señor Bruce abandonó una reunión de accionistas para atender una llamada telefónica de su mujer. Esta quería que pasara por la escuela de equitación donde Katherine recibía clases y que la llevase a casa. Le exasperó el hecho de tener que dejar la reunión para tomar nota de semejante mensaje, y cuando volvió, las riendas de la discusión habían caído en manos de un anciano que había llevado consigo las *Normas de orden* de Robert. Y, aunque se trataba de negocios que era preciso acometer de frente y resolver con sencillez, la reunión desembocó en una polémica acalorada y tediosa. Inmediatamente después, cogió un taxi que lo llevó hasta la altura de las calles noventa y entró en la escuela cruzando la sala donde estaba el tablón de anuncios. Katherine y otras chicas que lucían sombreros de caza y ropas oscuras estaban montando. El ruedo estaba frío y húmedo, las luces que lo iluminaban desde arriba arrojaban una luz blanquecina, la humedad empañaba y velaba los espejos que

recubrían la pared, y la profesora de equitación hablaba a sus alumnas con sofisticada deferencia. El señor Bruce contempló a su hija. Katherine usaba gafas, tenía un rostro franco y largos y fibrosos cabellos rubios. Era una muchacha receptiva y obediente, y su cara empezaba a revelar tenuemente que estudiaba en St. James. Al terminar la clase, el señor Bruce volvió a la sala. La señora Sheridan esperaba allí a sus hijas.

—¿Quiere que compartamos un taxi? —preguntó el señor Bruce.

—Desde luego —respondió ella—. Íbamos a coger el autobús.

Las niñas se reunieron con ellos y todos salieron fuera a buscar un taxi. Había anochecido.

—Me interesó la pregunta que usted hizo en la reunión de padres —dijo el señor Bruce. Era mentira. No le había interesado la pregunta, y si en St. James hubieran admitido negros, él habría sacado del colegio a Katherine.

—Me alegro de que interesara a alguien —dijo ella—. El rector estaba furioso.

—Eso fue lo que más me interesó —declaró él, intentando aproximarse a la verdad.

Un taxi se acercó y todos subieron a él. Se despidió de la señora Sheridan ante la puerta del bloque de apartamentos y miró cómo entraba con sus dos hijas en el vestíbulo iluminado.

La señora Sheridan había olvidado la llave, y le abrió una criada. Era tarde y tenía invitados a cenar. La puerta del dormitorio de su marido estaba cerrada, y se bañó y se vistió sin verlo. Mientras se peinaba, lo oyó dirigirse a la sala y encender el televisor. En público, Charles Sheridan siempre hablaba despectivamente de la televisión. «Por Dios —decía—, no comprendo cómo alguien puede mirar esa basura. Debe de hacer un año desde la última vez que la puse». Y en aquel momento su mujer lo oyó reír estruendosamente.

Salió de su habitación y recorrió el pasillo hasta el comedor para inspeccionarlo todo. Luego atravesó la despensa y llegó a la cocina. Percibió el conflicto en cuanto cerró la puerta. Helen, la camarera, estaba sentada ante una mesa junto al fregadero. Había estado llorando. Anna, la cocinera, apoyó la sartén que estaba fregando para cerciorarse de que no iba a perderse una palabra de lo que allí se dijera.

—¿Qué le pasa, Helen?

—De mi *paja*^[7], él quitó doce dólares, señora Sheridan —respondió Helen. Era austríaca.

—¿Para qué, Helen?

—El día en que me quemé. ¿Usted no me dijo que fuera al médico?

—Sí.

—Por eso él quitó de mi *paja* doce dólares.

—Le daré un cheque mañana, Helen. No se preocupe.

—Sí, señora. Gracias.

El señor Sheridan entró en la cocina cruzando la despensa. La ropa oscura le confería una elegante apariencia.

—Ah, estás aquí —le dijo a su mujer—. Vamos a beber algo antes de que lleguen. —Luego se dirigió a la camarera y preguntó—: ¿Ha sabido algo de su familia últimamente?

—No, señor Sheridan —contestó Helen.

—¿Dónde vive su familia?

—En Missigan^[8], señor.

Rio tontamente, pero había hecho el chiste innumerables veces desde hacía años y ya estaba cansada de él.

—¿Dónde?

—En Missigan, señor Sheridan —repitió Helen.

Él soltó una carcajada.

—¡Santo Dios, qué gracioso! —exclamó. Rodeó con el brazo la cintura de su esposa y ambos volvieron a la sala para tomar una copa.

El señor Bruce regresó a un hogar mucho más agradable. Lois, su mujer, era bonita, y lo recibió cariñosamente. Se sentó con ella a beber un cóctel.

—Me ha llamado Marguerite esta mañana —comentó ella— y me ha dicho que Charlie ha perdido su trabajo. En cuanto oí el teléfono, presentí un contratiempo; lo presentí. Supe que algo andaba mal incluso antes de descolgar. Al principio pensé que sería la pobre Helen Luckman. Le han sucedido tantas desgracias últimamente que he pensado muchísimo en ella. Pero luego oí la voz de Marguerite. Dijo que el bueno de Charlie se lo había tomado con una deportividad maravillosa y que estaba dispuesto a conseguir un trabajo mejor. Ha recorrido palmo a palmo Estados Unidos para esa misma empresa, y ahora lo dejan en la estacada. Ella llamó cuando yo todavía estaba acostada, y me he quedado en cama esta mañana porque la espalda está volviendo a fastidiarme un poco. No es nada serio, nada grave en absoluto, pero el dolor es insoportable, y mañana voy a ir a la consulta del doctor Parminter a ver si puede aliviarme.

Lois ya era de salud delicada cuando el señor Bruce la conoció. Su fragilidad había sido uno de sus mayores encantos. La extrema palidez y delicadeza de su piel eran en parte fruto de aquel año de su vida en que, como solía decir ella, los médicos la habían desahuciado. Su mala salud era un hecho, una mezcla de azar y herencia, y no se le podía reprochar que fuese tan susceptible a la hiedra venenosa, a los resfriados y a la fatiga.

—Siento mucho lo de tu espalda, cariño —dijo el señor Bruce.

—Bueno, no he estado todo el día en la cama —dijo ella—. Me he levantado a eso de las once, he comido con Betty y después he ido de compras.

Lois Bruce, como muchísimas otras neoyorquinas, pasaba una enorme cantidad

de tiempo de compras en la Quinta Avenida. Leía los anuncios de los periódicos con mayor interés que su marido las páginas de economía. Su ocupación principal era ir de tiendas. Por hacerlo era capaz de levantarse de su lecho de enferma. La atmósfera de los grandes almacenes producía efectos reconstituyentes sobre su salud. Empezaba la tarde en Altman, por ejemplo: compraba un par de guantes en el primer piso y después subía por la escalera mecánica y miraba los diversos mostradores. Compraba un bolso y crema facial en Lord & Taylor, mesillas para el café, telas de tapicería y vasos de cóctel. «¿Baja?», preguntaba al ascensorista cuando las puertas se abrían de par en par, y si la respuesta era «Subo», Lois entraba en el ascensor de todas formas, pensando de repente que buscara lo que buscara podría encontrarlo en la sección de muebles o mantelería. Adquiría una combinación y un par de zapatos en Saks, enviaba a su madre servilletas de Mosse, conseguía en De Pinna un ramo de flores de papel, una crema para las manos en Bonwit y un vestido en Bendel. Al llegar a ese punto, sentiría un placentero cansancio en los pies y la cabeza, el portero de Tiffany's estaría izando la bandera y los coches de caballos habrían encendido sus luces junto al Plaza. Compraba un pastel en Dean, última parada, y se volvía andando a casa al atardecer, como un honrado trabajador, satisfecha y cansada.

Cuando se sentaron a cenar, Lois observó a su marido mientras probaba la sopa y sonrió al ver que le gustaba.

—Está buena, ¿verdad? Yo no puedo tomarla, hace una semana que no pruebo bocado, pero no quiero decírselo a Katie, pobrecilla, porque le sabría mal, y tampoco quería felicitarla si no se lo merece. Katie —gritó, a través de la despensa—, la sopa está deliciosa.

La señora Sheridan no apareció en la esquina durante toda la semana siguiente. El miércoles por la tarde, al volver a casa desde la oficina, el señor Bruce pasó a recoger a Katherine por la clase de baile. Las hijas de Sheridan estaban en la misma clase, y él buscó a su madre en el vestíbulo del Chardin Club, pero no estaba. En realidad, no volvió a verla hasta la tarde del sábado, en que fue a recoger a Katherine a una fiesta de cumpleaños.

Como de vez en cuando Lois jugaba a las cartas hasta las siete de la tarde, muchas veces, al final del día, le tocaba al señor Bruce ir a recoger a Katherine a tal o cual sitio, para ayudarla a sortear los estirados «gracias» y «adiós» que coronan una fiesta infantil. Las calles estaban frías y oscuras; las cálidas estancias donde se celebraban las fiestas olían a chocolate y a flores. Entre los amigos y parientes, el señor Bruce frecuentemente volvía a ver con agrado a personas con quienes había ido a la escuela o pasado las vacaciones de verano. Algunas de aquellas fiestas eran muy aparatosas, en cierta ocasión el señor Bruce había ido a buscar a Katherine a un apartamento de las torres Waldorf, donde un artesano soplador de vidrio entretenía a un público de seis niñas.

Aquella tarde de domingo, una sirvienta irlandesa recogía en la entrada cáscaras de cacahuets con una aspiradora, globos perdidos se arremolinaban en el techo, encima de su blanca cabeza, y el señor Bruce se topó con un enano disfrazado de payaso que había animado fiestas en su propia infancia. El viejo no había modificado su jerga ni su repertorio de trucos, y se enorgullecía de poder recordar casi todos los nombres y los rostros de las muchas generaciones de niños a los que había divertido. Retuvo al señor Bruce en la entrada hasta que, tras equivocarse varias veces, acertó su nombre. Una docena de amigos y parientes estaban bebiendo cócteles en el cuarto de estar. De vez en cuando se colaba entre la muchedumbre de adultos un niño cansado que empuñaba un globo o un cestito de dulces. Al fondo de la habitación, una pareja que había dado una función de marionetas estaba desarmando su tinglado. La mujer llevaba el pelo teñido, y sonreía y gesticulaba ampliamente mientras trabajaba, como un artista de circo, aunque nadie la miraba.

Mientras el señor Bruce aguardaba a que Katherine se pusiera el abrigo, la señora Sheridan se acercó a ellos desde el vestíbulo. Se estrecharon la mano.

—¿Puedo llevarla a casa? —preguntó él.

Ella respondió «Sí, sí», y fue a buscar a su hija mayor.

Katherine se presentó ante su anfitriona e hizo una reverencia.

—Muy amable por su parte haberme invitado a su fiesta, señora Howells —dijo sin atropellarse—. Y muchas gracias.

—Es tan encantadora. ¡Qué maravilla tener una hija así! —le comentó la señora Howells al señor Bruce, y descansó una mano distraída sobre la cabeza de la niña.

La señora Sheridan reapareció con su hija. Louise Sheridan se inclinó y declamó su gratitud, pero la señora Howells estaba pensando en otra cosa y no la oyó. La niña reiteró su expresión de gracias, con voz más alta.

—¿Eh? ¡Ah, gracias a ti por haber venido! —exclamó de repente la señora Howells.

El señor Bruce, la señora Sheridan y las dos niñas bajaron en el ascensor. Todavía no había oscurecido cuando salieron a la Quinta Avenida.

—Vamos andando —propuso la señora Sheridan—. Solo son unas manzanas.

Las niñas los precedieron. Se hallaban en la parte inferior de las calles ochenta, y desde allí la panorámica era amplia: abarcaba la avenida, el museo y el parque. Conforme caminaban, la doble hilera de luces que flanqueaba el camino se encendió con un débil chasquido. La neblina que llenaba el aire transformó en amarilla la luz de las farolas, y las columnatas del museo, los techos abuhardillados del Plaza, por encima de los árboles, y el mar de luces amarillentas le recordaron a Stephen Bruce numerosos cuadros de París y Londres (*Tarde de invierno*) pintados a finales de siglo. Le agradó aquella engañosa semejanza, y la compañía femenina aumentó el placer que la vista le proporcionaba. Le pareció que ella veía muy claramente todo aquello. Recorrieron casi todo el trayecto sin decir palabra. A una manzana o dos del edificio donde ella vivía, la señora Sheridan retiró su mano del brazo del señor Bruce.

—Me gustaría hablar con usted, un día de estos, sobre el colegio St. James —dijo él—. ¿Comerá conmigo? ¿Podría comer conmigo el miércoles a mediodía?

—Me encantaría comer con usted —respondió ella.

El restaurante en que la señora Sheridan y el señor Bruce se vieron el miércoles para comer juntos era esa clase de sitio donde probablemente no tropezarían con nadie conocido. La carta estaba sucia, y también lo estaba el esmoquin del camarero. En la ciudad hay mil lugares parecidos. Al saludarse uno a otro, podrían haber pasado por una pareja que lleva casada quince años. Ella acarreaba paquetes y un paraguas. Tal vez acababa de llegar de las afueras con el propósito de comprar ropa para las niñas. Dijo que había estado de compras, que había cogido un taxi, que se había dado prisa y que tenía hambre. Se quitó los guantes, tamborileó con los dedos sobre la carta y echó un vistazo a su alrededor. Él tomó un whisky y ella pidió una copa de jerez.

—Quiero saber lo que piensa realmente del colegio St. James —dijo él, y ella empezó a hablar animadamente.

Explicó que un año antes se habían mudado de Nueva York a Long Island, porque quería que sus hijas estudiaran en un colegio del campo. Ella también se había educado en una escuela así. La de Long Island no les había satisfecho, y en septiembre habían vuelto a Nueva York. Su marido había estudiado en el St. James, y este hecho determinó su elección. Habló con excitación, como el señor Bruce había adivinado que haría, sobre la educación de sus hijas, y él conjeturó que era un tema del que ella no podía hablar tan satisfactoriamente con su marido. Se sentía alentada al encontrar a alguien que parecía interesado por sus opiniones, y se colocó en posición desventajosa —como él procuró que hiciera— al hablar demasiado. Es imposible disimular, incluso ante un camarero ciego, el profundo gozo que nos proporciona la compañía de una persona de la que acabamos de enamorarnos, y ambos estaban pendientes. Llamó un taxi para ella en la esquina de la calle. Se dijeron adiós.

—¿Comerá conmigo otro día?

—Por supuesto —respondió ella—, por supuesto.

Volvieron a comer juntos. Después se citaron para cenar: el marido de ella estaba fuera. Él la besó en el taxi, y se dieron las buenas noches delante del bloque de apartamentos de la señora Sheridan. Cuando el señor Bruce le telefoneó unos días más tarde, una niñera o sirvienta contestó a la llamada y dijo que la señora Sheridan estaba enferma y que no podía molestarla. Él se puso frenético. Llamó varias veces por la tarde y finalmente descolgó el teléfono la señora Sheridan. Su enfermedad no era nada grave, le comunicó. Se levantaría al cabo de uno o dos días y lo llamaría cuando se encontrase bien. Le telefoneó uno de los primeros días de la semana siguiente, y comieron juntos en un restaurante de un bloque de pisos, en la parte alta de la ciudad. Ella había ido de compras. Se quitó los guantes, tamborileó los dedos

sobre la carta y miró en derredor del modesto restaurante, pobremente iluminado y con muy pocos clientes. Una de las niñas había contraído el sarampión, dijo, y el señor Bruce se interesó por los síntomas. Pero para ser un hombre que fingía interesarse por las dolencias infantiles, presentaba un aspecto malhumorado y ladino. Tenía mal color. Fruncía el entrecejo y se frotaba la frente como si le doliera la cabeza. Se humedecía los labios continuamente, y cruzaba una y otra vez las piernas. Su incomodidad pronto pasó al otro lado de la mesa. Durante el tiempo restante que permanecieron sentados, la conversación recayó en lugares comunes, pero una emoción para la que parecían carecer de palabras teñía el diálogo y agrandaba y ensombrecía sus perfiles. Ella no acabó el postre. Dejó que el café se le enfriara. Ninguno de los dos habló durante un rato. Al verlos en aquel restaurante, un desconocido podría haber pensado que eran un par de viejos amigos que se habían reunido para conversar sobre algún infortunio. El señor Bruce tenía cara triste. Las manos de ella temblaban. Inclinandose hacia ella, él dijo, finalmente:

—Te he pedido que nos viésemos aquí porque la empresa donde trabajo tiene un apartamento arriba.

—Sí —asintió ella—. Sí.

Para los amantes, el contacto desencadena una metamorfosis. Todo parece transformarse, y se convierten en algo distinto y mejor. Aquella parte de las experiencias de cada uno, definida y separada —la totalidad de los años que han precedido al encuentro—, se modifica, se reordena y redirige hacia aquel preciso momento. Sienten que han alcanzado un grado de intensidad idéntico, un éxtasis de sincronización total, y cualquier recuerdo que los asalta cobra una claridad definitiva, ya sea una manecilla que avanza en el reloj de un aeropuerto o un búho de nieve, una estación ferroviaria de Chicago el día de Nochebuena, la barca que va a recalar en un puerto extraño mientras a lo largo de la costa tempestuosa unos desconocidos tocan sus bocinas para guiar al bote del club de yates, o al momento en que se deslizan cuesta abajo por la pista de esquí a aquella hora en que, si bien el sol se alza aún en el cielo, la cara norte de todas las montañas está sumida en la oscuridad.

—¿Quieres bajar sola? Los ascensoristas de estos edificios... —dijo Stephen Bruce cuando estuvieron vestidos.

—Me tienen sin cuidado los ascensoristas de estos edificios —respondió ella alegremente.

Ella lo cogió del brazo y bajaron juntos en el ascensor. Al salir del edificio no tuvieron ánimo para separarse y decidieron que el museo Metropolitano era un lugar donde probablemente no los vería nadie conocido. Casi vacía, la rotonda parecía a aquella hora de la tarde una estación por la que ya ha pasado el tren. Olía a carbón quemado. Contemplaron los caballos de piedra y los pedazos de tela. En un corredor oscuro descubrieron una pródiga representación del *Festín de amor*. El dios —

disfrazado ya de leñador, ya de vaquero, marino o príncipe— asomaba por todas las puertas abiertas. Tres espíritus aguardaban junto a un bosquecillo de acebo para quitarle la armadura de los hombros y desatarle el escudo. Una numerosa compañía alentaba a su amante. La creación entera estaba en armonía: la civeta y el oso, el león y el unicornio, el agua y el fuego.

Al volver por la rotonda, el señor Bruce y la señora Sheridan se encontraron con una amiga de la madre de Lois. Fue imposible evitarla, y se dijeron «¿Cómo está usted?», y «Me alegro de verla», y Stephen prometió decirle a su suegra que había visto a aquella amiga suya. La pareja siguió caminando hasta Lexington y se despidió. El señor Bruce volvió a la oficina y llegó a casa a las seis. La sirvienta le dijo que su mujer aún no había regresado. Katherine estaba en una fiesta, y se suponía que él debía ir a buscarla. La sirvienta le dio la dirección y él salió sin quitarse el abrigo. Llovía. El portero se internó en el aguacero con un impermeable blanco y retornó encaramado al estribo de un taxi. El vehículo tenía asientos de color naranja, y conforme se dirigía a la parte alta de la ciudad, el señor Bruce oyó que en la radio sonaba un tango. Otro portero le abrió la puerta del taxi y el señor Bruce entró en un vestíbulo que, lo mismo que el de la casa donde vivía, se había propuesto imitar el pórtico de una casa solariega. Arriba, había cáscaras de cacahuets sobre la alfombra y globos en el techo; amigos y parientes bebían cócteles en la sala y, al fondo de la misma, estaban desarmando de nuevo un teatrillo de marionetas. Tomó un martini y habló con un amigo mientras esperaba a que Katherine se pusiera el abrigo.

—Oh, ¡sí, sí! —oyó decir a la señora Sheridan, y luego la vio entrar en la habitación con sus dos hijas.

Katherine se interpuso entre ellos antes de que hablaran, y el señor Bruce se aproximó con su hija a la anfitriona. Katherine hizo una reverencia y dijo alegremente:

—Muy amable por su parte haberme invitado a la fiesta, señora Bremont, y muchas gracias.

Cuando el señor Bruce se encaminaba hacia el ascensor, la más joven de las Sheridan trazó una reverencia y dijo:

—Ha sido una fiesta muy agradable, señora Bremont...

Esperó abajo junto con su hija a la señora Sheridan, pero algo o alguien la retrasaba, y cuando el ascensor bajó por segunda vez sin ella, el señor Bruce se marchó.

El señor Bruce y la señora Sheridan se vieron de nuevo en el apartamento unos días después. Luego él la vio entre el gentío de la pista de patinaje del Rockefeller Center, esperando a las niñas. Volvió a verla en la sala de espera del Chardin Club, entre los demás padres, niñeras y chóferes que aguardaban a que terminase la clase de baile. Él no le habló, pero oyó cómo ella, a su espalda, contestaba a alguien:

—Sí, mamá está muy bien, gracias. Sí, le daré recuerdos de su parte.

Luego la oyó de nuevo hablando con otra persona más alejada, y finalmente la música sofocó su voz. Esa noche salió de la ciudad en viaje de negocios y no regresó hasta el domingo, y fue con un amigo a ver un partido de rugby. El encuentro fue lento, y el último cuarto de hora se jugó con el campo iluminado. Al volver a casa, Lois lo recibió en la puerta del apartamento. La chimenea estaba encendida en el cuarto de estar. Ella preparó las bebidas y se sentó al otro lado de la habitación, en una silla junto al fuego.

—Se me olvidó decirte que la tía Helen llamó el miércoles. Va a mudarse de Gray's Hill a una casa más próxima a la costa.

Él intentó encontrar un comentario a la noticia, pero no se le ocurrió nada. Al cabo de cinco años de matrimonio, parecía haberse quedado sin nada que decir. Era como estar en un aprieto por falta de dinero. Evocó desesperadamente el partido de rugby y el viaje a Chicago en busca de algo que pudiese agradaarla, y no halló una sola palabra. Lois percibió su esfuerzo y su fracaso. Enmudeció. No he tenido a nadie con quien hablar desde el miércoles —pensó—, y ahora él no va a decir nada.

—Mientras has estado fuera me he dislocado otra vez la espalda, al tratar de alcanzar una sombrerera —dijo—. Tengo un dolor insoportable, y el doctor Parminter no parece capaz de aliviarme, así que voy a ver a otro médico que se llama Walsh y que...

—Lamento enormemente que la espalda te esté atormentando —comentó él—. Espero que ese tal Walsh pueda ayudarte.

La ausencia de auténtica preocupación en su voz hirió a Lois.

—Ah, y se me olvidó decirte... Ha habido un pequeño problema —dijo, enfadada—. Katherine ha estado esta tarde con Helen Woodruff y otros niños. Algunos eran chicos. La asistenta ha ido al cuarto de jugar para decirles que ya estaba la cena y los ha encontrado a todos desnudos. La señora Woodruff estaba muy disgustada y le dije que la llamarías.

—¿Dónde está Katherine?

—En su cuarto. No quiere hablar conmigo. No me gusta tener que decirlo, pero creo que deberías llevarla al psiquiatra.

—Voy a hablar con ella —dijo el señor Bruce.

—Bien, ¿vas a cenar algo?

—Sí. Me gustaría.

Katherine ocupaba una amplia habitación en un costado del edificio; el mobiliario nunca había conseguido llenarla. Al entrar, el señor Bruce la vio sentada en el borde de la cama, a oscuras. El cuarto olía al par de ratones que tenía ella en una jaula. Él encendió la luz y le entregó una pulsera encantadora que le había comprado en el aeropuerto, y ella se lo agradeció educadamente. Él no mencionó el incidente en casa de los Woodruff, pero cuando le rodeó los hombros con un brazo, la niña rompió a llorar amargamente.

—Yo no quería hacer eso esta tarde —dijo—, pero ella me obligó, y era la anfitriona, y siempre tenemos que hacer lo que dice la anfitriona.

—No importa si querías o no —respondió él—. Lo que habéis hecho no es tan rematadamente malo.

La tuvo abrazada hasta que se quedó tranquila; luego la dejó, fue a su dormitorio y telefoneó a la señora Woodruff.

—Soy el padre de Katherine Bruce —dijo—. Tengo entendido que hubo cierta dificultad esta tarde. Solamente quería decirle que Katherine ya ha recibido su reprimenda y, por lo que respecta a la señora Bruce y a mí, el incidente ha quedado olvidado.

—Pues aquí no lo hemos olvidado —repuso la señora Woodruff—. No sé quién empezó, pero he mandado a Helen a la cama sin cenar. Mi marido y yo no hemos decidido todavía qué castigo vamos a aplicarle, pero vamos a castigarla severamente.

El señor Bruce oyó que Lois lo llamaba desde el cuarto de estar para decirle que la cena estaba lista.

—Supongo que ya sabe que la inmoralidad está devastando este país —prosiguió ella—. Nuestra niña jamás ha oído en esta casa una sola palabra fea. Aquí no hay sitio para porquerías. Si hace falta fuego para combatir el fuego, ¡eso es lo que voy a hacer!

La ignorante y malhumorada mujer se enfurecía, pero él no tuvo más remedio que escucharla hasta que hubo acabado, y a continuación volvió a la habitación de Katherine.

Lois miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea y llamó ásperamente a su marido por segunda vez. No le había hecho la menor ilusión prepararle la cena. La indiferencia de él por sus sentimientos y el hecho de haber tenido que esclavizarse por él en la cocina le habían hecho pensar que se trataba de una condición humana eterna. Los fantasmas de su sexo ultrajado se pusieron de su parte cuando abrió con un golpe el cajón de la plata y también cuando le sirvió la cerveza. Dispuso la bandeja cuidadosamente, a fin de acrecentar el disgusto que le producía hacerlo. Llenó de carne fría y ensalada el plato de su marido como si fueran alimentos envenenados. Luego se arregló el carmín de los labios y llevó ella misma la pesada bandeja al comedor, a pesar de su espalda dolorida.

Acto seguido dejó que transcurrieran cinco minutos, fumando un cigarrillo y paseando por la habitación. Llevó de vuelta la bandeja a la cocina, tiró por el fregadero el café y la cerveza y guardó en el frigorífico la carne y la ensalada. Cuando el señor Bruce salió del cuarto de Katherine, encontró a Lois sollozando de rabia: no por él, sino por su propia estupidez. «¿Lois?», preguntó, y ella salió corriendo de la habitación y se refugió en su dormitorio con un portazo.

A lo largo de los dos meses que siguieron, Lois Bruce supo por una serie de fuentes

que su marido había sido visto con una tal señora Sheridan. Le confesó a su madre que lo estaba perdiendo y, ante la insistencia de esta, contrató a un detective privado. Lois no era vengativa; no quería atrapar o intimidar a su marido; en realidad, tenía la sensación de que esa maniobra sería en cierto modo la salvación de Bruce.

El detective le telefoneó un día cuando ella estaba almorzando en casa, y le comunicó que su marido y la señora Sheridan acababan de subir a cierto hotel. Dijo que la llamaba desde la recepción. Lois no terminó su almuerzo, sino que se cambió de ropa. Se puso un sombrero con velo, porque tenía la cara demacrada; gracias al velo pudo hablar calmadamente con el portero, que le consiguió un taxi. El detective se reunió con ella en la acera. Le dio el piso y el número del apartamento y se ofreció a acompañarla. Entonces ella lo despidió con forzada cortesía, como si la propuesta del hombre hubiese sido una crítica de su capacidad para afrontar eficazmente aquella situación. Lois nunca había estado en aquel edificio, pero el sentimiento de que actuaba con todo derecho le impidió dejarse impresionar por aquel lugar desconocido.

El ascensorista cerró la puerta una vez que Lois descendió en el piso décimo y se vio sola en un largo pasillo sin ventanas. Las doce puertas idénticas, pintadas de un rojo oscuro para hacer juego con la polvorienta alfombra, las tenues luces del techo y el perfecto silencio del corredor la hicieron vacilar un segundo, pero en seguida fue directamente a la puerta del apartamento y llamó al timbre. No hubo ningún ruido ni respuesta. Llamó varias veces. Después habló junto a la puerta cerrada.

—Déjame entrar, Stephen. Soy Lois. Sé que estás ahí. Déjame entrar.

Esperó. Se quitó los guantes. Apoyó el dedo pulgar sobre el timbre y lo mantuvo un rato. Luego escuchó. Seguía sin oírse el menor ruido. Miró a las puertas rojas y cerradas que la circundaban. Dio un puñetazo al timbre.

—¡Stephen! —gritó—. ¡Stephen! Déjame entrar. Déjame. Sé que estás ahí. Te he visto entrar. Puedo oírte, te oigo moverte ahí dentro. Te oigo susurrar. Déjame entrar, Stephen, déjame. Si no me dejas entrar, se lo diré a su marido.

Esperó de nuevo. El silencio de las primeras horas de la tarde llenó la pausa. Atacó el picaporte. Aporreó con su bolso la puerta. Le asestó puntapiés.

—¡Déjame entrar, Stephen Bruce! —gritó—. Déjame entrar, ¿me oyes? ¡Déjame entrar, déjame, déjame!

Se abrió otra puerta del corredor; Lois se volvió y vio a un hombre en mangas de camisa que movía la cabeza. Corrió al fondo del pasillo y empezó a bajar llorando la escalera de incendios. Al igual que las de cientos de monumentos, parecían no tener principio ni fin, pero por último llegó a una galería oscura donde se amontonaban bicicletas y cochecitos de niño, y se abrió paso hacia el vestíbulo.

Cuando el señor Bruce y la señora Sheridan salieron del hotel, pasearon por el parque, que olía ligeramente a bosque bajo el sol de finales del invierno. Al cruzar un

camino de herradura, vieron a la señorita Prince, la profesora de equitación de las niñas. Estaba dando clase a una chiquilla obesa que llevaba de la brida a su caballo.

—¡Señora Sheridan! —exclamó—. ¡Señor Bruce! Pero ¡qué suerte! —Detuvo a los caballos—. Quería hablar con los dos —dijo—. El mes que viene voy a organizar una pequeña exhibición y quiero que sus hijas participen en ella. Quiero que las tres monten en la clase de las buenas Amazonas. Y quizá el año que viene —agregó, dirigiéndose a la chiquilla obesa— tú también podrás montar entre los buenos.

Prometieron dejar que las niñas participaran, la señorita Prince les dijo adiós y reanudó su lección. A la altura de las calles setenta oyeron el rugido de un león. Se encaminaron hacia el extremo meridional del parque. La tarde declinaba. El señor Bruce telefoneó a su oficina desde el Plaza. Entre los recados que le dieron había uno de la sirvienta: que pasara por el Chardin Club a recoger a Katherine.

Desde la acera, delante de la escuela de baile, oyeron el estrépito del piano. La Gran Marcha había comenzado. Se abrieron camino entre la multitud que llenaba el vestíbulo y se quedaron de pie en la puerta del salón de baile, buscando a las niñas. Por la puerta abierta divisaron a la señora Bailey, la profesora de baile, y a sus dos ayudantes, que ejecutaban rígidas reverencias conforme los niños se acercaban a ellas por parejas. Los chicos llevaban guantes blancos. Las chicas vestían con sencillez. De dos en dos, los niños se inclinaban o flexionaban la rodilla, según el caso, y se reunían después con los adultos en la entrada. Entonces el señor Bruce vio a Katherine. Mientras observaba a su hija haciendo obedientemente lo que se esperaba de ella, lo asaltó la idea de que él y toda aquella gente que se amontonaba alrededor estaban cortados por el mismo patrón. Todos estaban, en principio, perplejos y confusos, eran demasiado egoístas o desafortunados para aceptar las reglas que garantizan la supervivencia de una sociedad, como sus padres y madres lo habían hecho antes que ellos. En cambio, delegaban en sus hijos el fardo del orden, y abrumaban sus vidas con falsos ritos y ceremonias.

Una de las profesoras se acercó a ellos y dijo:

—Oh, me alegro tanto de verla, señora Sheridan. Temíamos que estuviera enferma. Muy poco después de empezar la clase de esta tarde, vino su marido y se llevó a las dos niñas. Dijo que iba a sacarlas del país, y nos preguntamos si estaría usted enferma. Parecía muy enfadado.

La profesora auxiliar sonrió y se retiró.

El rostro de la señora Sheridan perdió el color y se ensombreció. Dio la impresión de haber envejecido de repente. Hacía calor en el salón de baile, y Bruce la guio hasta la puerta y la acompañó hasta el aire fresco de una noche de invierno, agarrándola, literalmente sujetándola, porque podría haberse caído.

—Todo saldrá bien. Todo saldrá bien, cariño —repetía—, todo irá bien.

EL GUSANO EN LA MANZANA

Los Crutchman eran tan felices, tan extraordinariamente felices, y tan moderados en todas sus costumbres, y todo lo que les pasaba les parecía tan bien que uno se veía obligado a sospechar la existencia de un gusano en su sonrosada manzana, y a imaginar que el llamativo color de la fruta no tenía otro objeto que esconder la gravedad y la extensión de la enfermedad. Su casa de Hill Street, por ejemplo, con todas aquellas enormes ventanas. ¿Quién, excepto alguien con complejo de culpabilidad, querría que entrase tanta luz en su casa? Y el hecho de enmoquetar todas las habitaciones, ¿no era como reconocer que un centímetro de suelo al descubierto (que no existía) podía despertar recuerdos muy enterrados de amores no correspondidos y de soledad? Y había cierto entusiasmo necrófilico en su manera de trabajar el jardín. ¿Por qué tanto interés en cavar agujeros, plantar semillas y ver cómo brotan las plantas? ¿Por qué tanta morbosa preocupación con la tierra? Helen era una mujer muy bonita con esa llamativa palidez que con tanta frecuencia se descubre en las ninfómanas. Larry era un hombre corpulento que solía trabajar en el jardín sin camisa, lo que quizá ponía de manifiesto una tendencia infantil al exhibicionismo.

Los Crutchman se mudaron muy contentos a Shady Hill después de la guerra. Larry había servido en la marina. Tenían dos hijos muy alegres: Rachel y Tom. Pero ya habían surgido algunas nubes en su horizonte. El barco de Larry se había hundido durante la guerra y él pasó cuatro días en una balsa en el Mediterráneo y sin duda aquella experiencia le haría ver con escepticismo las comodidades y los pájaros cantores de Shady Hill, obsequiándolo al mismo tiempo con algunas agobiantes pesadillas. Pero quizá era todavía más grave el hecho de que Helen fuese rica. Hija única del viejo Charlie Simpson —uno de los últimos bucaneros de la industria—, su padre le había dejado unas rentas superiores al mejor sueldo que Larry pudiera conseguir trabajando para Melcher y Thaw. Los peligros de esa situación son bien conocidos. Puesto que Larry no tenía que ganarse la vida —al faltarle un incentivo—, cabía la posibilidad de que se tomara las cosas con calma, de que pasara demasiado tiempo en los campos de golf, y de que tuviera siempre una copa en la mano. Helen confundiría la independencia económica con la emocional, dañando el delicado equilibrio dentro de su matrimonio. Pero Larry no daba la sensación de tener pesadillas y Helen repartía sus ingresos entre diferentes obras de caridad y llevaba una vida cómoda pero modesta. Larry, por su parte, iba a su trabajo todas las mañanas con tanto entusiasmo que podía pensarse que intentaba escapar de algo. Su participación en la vida de la comunidad era tan intensa que apenas debía de quedarle tiempo para el examen de conciencia. Estaba en todas partes: en la fila para la

comuni3n, en el campo de f3tbol, tocando el oboe con el Club de M3sica de C3mara, conduciendo el coche de los bomberos, en el consejo escolar, y a las ocho y tres minutos de la ma1ana sal3a todos los d3as camino de Nueva York. 3Qu3 pesar lo empujaba de aquella manera?

Quiz3 hab3a deseado tener m3s hijos. 3Por qu3 ten3an solo dos? 3Por qu3 no tres o cuatro? 3Se hab3a producido quiz3 un fallo en sus relaciones despu3s del nacimiento de Tom? Rachel, la mayor, era terriblemente gorda de ni1a y muy agresiva en cuestiones econ3micas. Todas las primaveras arrastraba un viejo tocador desde el garaje hasta la acera y colocaba encima un cartel que dec3a: LIMonADA FResCA. 15 centavos. Tom tuvo una pulmon3a a los seis a1os y estuvo a punto de morir, pero se restableci3 sin que se produjeran complicaciones visibles. Los hijos podr3an haberse rebelado contra el conformismo de sus padres, porque Helen y Harry aceptaban todas las reglas sociales. 3Dos autom3viles? S3. 3Iban a la iglesia? Todos los domingos se arrodillaban y rezaban devotamente. 3Ropa? No podr3an haber sido m3s puntillosos en su observancia de las normas sobre la manera correcta de vestir. Clubs de lectura, arte local y asociaciones de amantes de la m3sica, competiciones atl3ticas y juegos de cartas: los Crutchman estaban metidos hasta el cuello en todo. Pero si sus hijos se rebelaban, ocultaban su rebeld3a y parec3an querer a sus padres sin traumas y verse respondidos con el mismo afecto, aunque quiz3 exist3a en este amor la tristeza de alguna profunda desilusi3n. Quiz3 Larry fuese impotente. Quiz3 Helen fuera fr3gida..., pero hab3a muy pocas probabilidades, con aquel cutis tan blanco. Todas las personas de Shady Hill con manos inquietas les hab3an hecho insinuaciones a los dos, pero siempre se hab3an visto rechazados. 3Cu3l era la fuente de su constancia? 3Estaban asustados? 3Eran gazmo1os? 3Mon3gamos? 3Qu3 hab3a en el fondo de aquella apariencia de felicidad?

A medida que sus hijos crecieron fue posible contar con ellos para encontrar el gusano en la manzana. Rachel y Tom ser3an ricos, heredar3an la fortuna de Helen, y quiz3 vi3ramos situarse encima de ellos la sombra que con tanta frecuencia oscurece las vidas de los hijos que cuentan con una existencia libre de preocupaciones econ3micas. Y de todas formas, Helen amaba demasiado a su hijo. Le comprobaba todo lo que quer3a. Un d3a, despu3s de llevarlo en coche a la academia de baile con su primer traje de sarga azul, Helen se entusiasm3 tanto con la figura varonil que ofrec3a subiendo la escalera, que al poner el autom3vil en marcha fue a estrellarse directamente contra un olmo. Un sentimiento como aquel ten3a inevitablemente que crear problemas. Y si Helen prefer3a a su hijo, terminari3a por tratar peor a su hija. Esc3chenla:

—Los pies de Rachel son inmensos, sencillamente inmensos —est3 diciendo—. Nunca encuentro zapatos para ella.

Quiz3 ahora veamos el gusano. Como la mayor3a de las mujeres hermosas, Helen tiene celos; 3tiene celos de su propia hija! No soporta tener una rival. Le pondr3a a la chica unos trajes horriblos, hablando del tama1o de sus pies hasta que la pobre

criatura se niegue a ir a los bailes, o si la obligan, a quedarse muy mohína en el tocador de señoras, mirándose esos pies monstruosos que Dios le ha dado. Se sentirá tan desgraciada y tan sola que para poder realizarse se enamorará de un poeta psicológicamente inestable y se escapará con él a Roma, donde vivirán un exilio miserable bebiendo más de la cuenta. Pero cuando la muchacha entra en la sala, vemos que es bonita, que va bien vestida y que le sonrío a su madre con sincero cariño. Tiene los pies grandes, no hay duda, pero su pecho también es abundante. Quizá debamos ocuparnos del hijo para encontrar el problema que buscamos.

Y ahí sí existen las dificultades. En el penúltimo año de bachillerato lo suspenden y tiene que repetir curso; el resultado es que se siente al margen de sus compañeros y lo colocan, por casualidad, en el pupitre vecino al de Carrie Whitchell, sin duda la chica más atractiva de Shady Hill. Todo el mundo sabe quiénes son los Whitchell y su alegre y bonita hija. Beben demasiado y viven en una de esas casas de madera de Maple Dell. La chica es realmente hermosa y todo el mundo está enterado de que sus astutos padres proyectan salir de Maple Dell apoyándose en la blanquísima piel de su hija. ¡Una situación perfecta! Los Whitchell no ignoran que Helen es rica. En su dormitorio a oscuras calcularán la compensación económica que podrán pedir, y en la cocina maloliente donde comen siempre le dirán a su hermosa hija que deje al muchacho llegar hasta donde quiera. Pero Tom se desenamoró de Carrie tan de prisa como se había enamorado, y después se enamoró de Karen Strawbridge y de Susie Morris y de Anna Macken, y podría pensarse que le faltaba estabilidad, pero en su segundo año de universidad anunció su compromiso con Elizabeth Trustman; se casaron cuando Tom terminó los estudios, y como él tenía que cumplir el servicio militar, ella se fue con él a su destino en Alemania, donde estudiaron y aprendieron el idioma, hicieron amistad con la gente y fueron un motivo de orgullo para su país.

Rachel no tuvo las cosas tan fáciles. Al perder los kilos que le sobraban, se convirtió en seguida en una chica muy atractiva. Fumaba, bebía y probablemente fornicaba, y el abismo que se abre ante una joven hermosa e incapaz de moderarse es insondable. ¿Qué, excepto la casualidad, le impediría terminar de chica de alterne en una sala de baile de Times Square? ¿Y qué pensaría su pobre padre, viendo el rostro de su hija (los pechos apenas cubiertos por un velo) contemplándolo mudamente desde una de esas vitrinas en una mañana lluviosa? Pero lo que Rachel hizo fue enamorarse del hijo del jardinero alemán de los Farquarson, que había llegado a Estados Unidos con su familia después de la guerra dentro del contingente de Personas Desplazadas. Se llamaba Eric Reiner y, si hemos de ser honestos, se trataba de un joven excepcional que consideraba Estados Unidos como un verdadero Nuevo Mundo. A los Crutchman debió de entristecerles la elección de Rachel, por no decir que les rompió el corazón, pero ocultaron sus sentimientos. Los Reiner no lo hicieron. Aquella pareja de industriales alemanes consideraron el matrimonio de su hijo con la chica de los Crutchman imposible e indecoroso. En una ocasión, el padre golpeó a su hijo en la cabeza con un trozo de leña. Pero los jóvenes siguieron

viéndose y terminaron por escaparse juntos. No les quedaba otro remedio: Rachel estaba embarazada de tres meses. Eric se encontraba entonces en su primer año de universidad en Tufts, adonde había ido con una beca. El dinero de Helen resultó muy útil en aquel momento y la madre de Rachel pudo alquilar un apartamento en Boston para la joven pareja y hacerse cargo de sus gastos. El hecho de que su primer nieto fuera prematuro no pareció preocupar a los Crutchman. Cuando Eric se graduó en la universidad, consiguió una beca para continuar sus estudios en el MIT (el Massachusetts Institute of Technology). Se doctoró en física e inmediatamente empezó a enseñar en aquel mismo departamento. Podría haber conseguido un empleo en la industria privada con un sueldo más alto, pero le gustaba dar clases, y Rachel era feliz en Cambridge, donde siguieron viviendo.

Con la marcha de sus queridos hijos podría esperarse que los Crutchman sufrieran la conocida indigencia espiritual de su edad y de su clase —por fin aparecería al descubierto el gusano de la manzana—, si bien, al contemplar a esta pareja encantadora mientras dan fiestas para sus amigos o leen los libros que les gustan, uno podría preguntarse si el gusano no se hallaba en el ojo del espectador que, por timidez o cobardía moral, era incapaz de abarcar el amplio espectro de sus entusiasmos naturales y de reconocer que, a pesar de que Larry no tocara a Bach ni jugara al fútbol demasiado bien, el placer que experimentaba con aquellas dos actividades era auténtico. Quizá podría esperarse al menos que se notara en los Crutchman la normal capacidad destructiva del tiempo, pero ya sea por simple suerte o como consecuencia de su moderada y saludable manera de vivir, no se les cayeron ni los dientes ni el pelo. Su capacidad para la euforia siguió dando frutos innegables, y aunque Larry renunció al coche de los bomberos, se lo continuaba viendo en la fila de la comunión, en el campo de fútbol, en el tren de las ocho y tres minutos, y en el Club de Música de Cámara. Y gracias a la prudencia y a la astucia del agente de Bolsa de Helen, fueron haciéndose cada vez más ricos y vivieron felices el resto de sus días.

EL PROBLEMA DE MARCIE FLINT

«Escribo esto a bordo del *Augustus*, que lleva tres días en alta mar. Mi maleta está llena de mantequilla de cacahuete, y soy fugitivo de los suburbios residenciales de todas las grandes ciudades. ¡Qué agujeros! Los suburbios residenciales, quiero decir. Dios me libre de las encantadoras mujeres que cambian de sitio sus ásteres y sus rosas al anochecer por temor de que la escarcha las mate, y de las que llevan dentro de la cabeza un torbellino de entusiasmo cívico. Voy a Turín, donde a las chicas les gusta la mantequilla de cacahuete, y donde el hombre tiene vara alta...». No había absolutamente nada malo en el barrio residencial (Shady Hill) del que Charles Flint escapaba; su edad no importa; y Turín no le era desconocido, porque poco tiempo atrás había pasado allí tres meses por motivos de trabajo.

«Dios me libre —continuó— de mujeres que se visten como toreros^[9] para ir al supermercado, y de las carteras de cuero, de los trajes de franela y de las gabardinas. Líbreme también de los juegos de palabras y de los adúlteros, de los perros salchicha y de las piscinas, de los canapés congelados y los Bloody Mary y de los presuntuosos, de los arbustos de lilas y los mítines de las asociaciones de padres y profesores». Escribió y escribió mientras el *Augustus*, navegando a diecisiete nudos, ponía oportunamente rumbo al este; un día más, y llegarían a las Azores.

Como todos los hombres amargados, Flint conocía menos de la mitad de la historia y estaba más interesado en desahogar sus sentimientos de ira que en conocer la verdad. Marcie, la esposa de la que estaba huyendo, era una mujer de pelo y ojos negros; no era posible considerarla joven ni con un esfuerzo de la imaginación, pero poseía abundantes dosis de dulzura y cortesía femeninas. No había contado a los vecinos que Charlie la había abandonado; ni siquiera había llamado a su abogado, pero había despedido al cocinero y en aquel momento seguía un rumbo sur-suroeste entre la cocina y el fregadero, preparando la cena de los niños. No acostumbraba a analizar el pasado, como hacía su marido, ni a examinar las fuerzas capaces de distanciar irremediabilmente a un matrimonio que llevaba felizmente casado quince años. Durante la reciente ausencia de Charles por cuestiones de trabajo, había existido, a su entender, una pequeña diferencia entre los puntos de vista de ambos, pues aunque él siempre le escribía que la echaba de menos, también decía que cenaba en el Superga seis noches por semana y que lo estaba pasando de maravilla. Había proyectado ausentarse solo seis semanas, y cuando aquellas se alargaron hasta convertirse en tres meses, ella consideró que era un contratiempo que había que sobrellevar.

Sus vecinos se habían ocupado generosamente de ella las primeras semanas, pero

sabía por sí misma que una mujer sin pareja puede estropear una fiesta, y como Flint continuaba fuera, vio que se le avecinaban más y más noches solitarias. Ahora bien, había dos aspectos en la vida nocturna de Shady Hill: por un lado las fiestas, por supuesto, y por otro la existencia de un taller permanente de Santa Claus para cantantes de madrigales, grupos de discusión política y de flauta, escuelas de baile, clases de confirmación, mítines de los comités y conferencias sobre literatura, filosofía, planificación urbana y lucha contra los insectos nocivos. Probablemente, jamás el brillante lienzo de estrellas del cielo había presidido semejante estampa de laboriosidad nocturna. Marcie, que poseía una voz dulce y clara, se adhirió a un grupo musical que se reunía los jueves y a un seminario político que celebraba sus reuniones los lunes. En cuanto se convirtió en persona disponible, fue solicitada como miembro femenino de los comités, aun cuando resultaría difícil decir por qué: casi nunca abría la boca. Finalmente, al tercer mes de ausencia de Charlie, aceptó un puesto en el consejo municipal, sobre todo para mantenerse ocupada.

La virtud, la razón, el espíritu cívico y la soledad acrecentaron el problema de la pobre Marcie. Allá en Turto, Charlie podía muy bien imaginarla de pie en la entrada iluminada de su casa la noche de su llegada, pero ¿podía acaso evocarla buscando a tientas bajo la cama los zapatos de los críos o vertiendo la grasa del tocino en una vieja lata de sopa? «Papá tiene que estar en Italia para ganar el dinero con que comprar las cosas que necesitamos», les dijo a los niños. Pero cuando Charlie la llamaba por teléfono desde el extranjero (cosa que hacía una vez por semana), él siempre daba la impresión de haber estado bebiendo. Considerad a esta dulce mujer cantando luego *Hodie Christus Natus Est*, estudiando a Karl Marx y asistiendo sentada en una dura silla a las reuniones del consejo municipal.

Si algo había realmente malo en Shady Hill, una llaga que podía señalarse con el dedo, era el hecho de que el pueblo no disponía de biblioteca pública: ni ejemplares manchados de Pascal, con olor a col, ni ediciones incompletas de Dostoievski o George Eliot, ni siquiera Galsworthy, ni Barrie ni Bennet. Esa fue la principal preocupación del consejo mientras Marcie formó parte de él. Los partidarios de la biblioteca eran en su mayoría personas afincadas en el pueblo desde hacía poco tiempo; el látigo de la oposición era la señora Selfredge, miembro del ayuntamiento y mujer muy decorosa, de ojos azules prodigiosamente inexpresivos y brillantes. La señora Selfredge hablaba a menudo de la deliberada tranquilidad de su vida. «No salimos nunca», decía, pero en tono tal que más que una elección parecía estar expresando una profunda queja contra la soledad. Estaba casada con un hombre acaudalado mucho mayor que ella, y no tenían hijos; en efecto, la más indirecta alusión al acto sexual subía los colores al rostro de la señora Selfredge. Sostenía la opinión de que una biblioteca entraba en la categoría de servicios públicos que podían convertir a Shady Hill en una zona atractiva para una urbanización. No era un prejuicio ciego. Carsen Park, el pueblo vecino, había autorizado una urbanización dentro de sus límites, y los resultados habían sido desastrosos para la gente que ya

vivía allí. Les habían doblado los impuestos y se habían desacreditado sus escuelas. Los partidarios de la biblioteca ponían en tela de juicio que existiera alguna relación entre la lectura y los bienes inmobiliarios, hasta que se produjo un horrible asesinato —tres asesinatos, de hecho— en una de las viviendas-colmena de la urbanización de Carsen Park, y el proyecto de la biblioteca fue enterrado junto con las víctimas.

Las terrazas del Superga dominan todo Turín y las montañas cubiertas de nieve que rodean la ciudad, y un hombre que esté allí bebiendo vino no puede imaginar que su mujer asiste en ese preciso momento a una reunión del consejo municipal de Shady Hill. Este constaba de diez hombres y dos mujeres que, bajo la presidencia del alcalde, sancionaban los proyectos expuestos. El consejo se reunía en el centro cívico, antigua casa solariega expropiada por impago de impuestos. La sala de reuniones había sido antaño el salón de la casa. Allí se habían escondido huevos de pascua, los niños habían clavado colas sobre burros de papel, había ardido el fuego en la chimenea y un árbol de Navidad se había erguido en el rincón; pero se diría que, cuando la casa pasó a ser propiedad municipal, se había realizado un concienzudo esfuerzo para exorcizar aquellos tiernos fantasmas. Descolgaron el autorretrato de Rafael y los cuadros del puente roto de Aviñón y del Avon a su paso por Stratford, y pintaron las paredes de un deprimente tono verde. La chimenea seguía en su sitio, pero la habían tapiado y pintado de verde los ladrillos. Una hilera de tubos fluorescentes a lo largo del techo arrojaba sobre los miembros del consejo una luz marchita que volvía sus rostros ojerosos y cansados. La habitación hacía que Marcie se sintiera incómoda. Bajo la severa luz, su dulzura no resaltaba, y no solo se sentía aburrida, sino en cierto modo dolorosamente ajena a todo aquello.

Aquella noche discutieron los impuestos sobre el agua y los parquímetros, y luego el alcalde sacó a relucir por última vez el tema de la biblioteca pública.

—El asunto está cerrado, desde luego —dijo—, pero hemos oído desde el principio a todo el mundo, a las dos partes. Hay otro hombre que desea hablarnos, y creo que deberíamos escucharlo. Es un vecino de Maple Dell.

A continuación abrió la puerta de la sala que daba al pasillo e hizo pasar a Noel Mackham.

El barrio de Maple Dell era lo más parecido a una urbanización que había en Shady Hill. Era la clase de sitio en que las viviendas están pegadas entre sí; todas ellas eran blancas, todas databan de hacía veinte años, y, aparcado detrás de cada una, había un coche de aspecto más sólido que las casas mismas, como un exponente de alguna cultura nómada. Y todo Maple Dell era como un almácigo, un lugar para criar y educar a los chicos y nada más, porque ¿quién querría volver a Maple Dell? ¿Quién, en mitad de la noche, pensaría con nostalgia en los tres dormitorios del piso superior, en el cuarto de baño con goteras y en los pasillos de olor acre? ¿Quién volvería alguna vez a la salita en la que uno no puede estirarse sin derribar la foto en color del Mount Rainier? ¿Quién sería capaz de volver a la silla que te muerde el culo, al anticuado televisor y al torcido cenicero con el relieve en acero prensado de

una mujer desnuda bailando la danza de los siete velos?

—Entiendo que el asunto está cerrado —dijo Mackham—, pero solo quiero dejar constancia de que estoy a favor de la biblioteca pública. Es lo que me dicta mi conciencia.

Realmente no tenía mucho de abogado. Era alto. Su cabello había iniciado un retroceso irregular, dejándole una pelusa rala sobre la frente desnuda. Poseía rasgos angulosos y la piel estropeada. En su voz no había notas graves. Sus registros parecían limitados a una delicada ronquera: un sonido monótono y laringítico que despertó en Marcie, como si fuera una especie de música húngara, sentimientos de irritable melancolía.

—Solo quería decir unas palabras en favor de una biblioteca pública —agregó con voz áspera—. Cuando yo era pequeño, éramos pobres. No había muchas cosas buenas en nuestra manera de vivir, pero ahí estaba la biblioteca Carnegie. Empecé a visitarla cuando tenía unos ocho años. Creo que seguí frecuentándola durante los diez años siguientes. Leí de todo: filosofía, novelas, libros técnicos, poesía, diarios de navegación. Hasta un libro de cocina. Para mí, aquella biblioteca vino a ser la diferencia que existe entre el éxito y el fracaso. Cuando recuerdo la emoción que me embargaba al abrir un buen libro, aborrezco la idea de educar a mis hijos en un lugar en que no hay biblioteca.

—Bueno, desde luego sabemos lo que quiere decir —intervino el alcalde Simmons—. Pero no creo que esa sea la cuestión. No se trata de negar libros a los niños. Casi todos los habitantes de Shady Hill tenemos nuestras propias bibliotecas.

Mark Barrett se puso en pie.

—A mí me gustaría, si se me permite, decir unas palabras sobre niños pobres y lecturas —dijo, con una voz tan viril que todos sonrieron—. Yo también era pobre —añadió alegremente—, y no me avergüenza confesarlo, y quiero señalar, valga lo que valga, que nunca puse un pie en una biblioteca pública, excepto para resguardarme de la lluvia, o quizá para seguir a una chica bonita. No quiero que nadie saque la conclusión de que una biblioteca pública es el camino del éxito.

—Yo no he dicho que una biblioteca pública sea el camino del...

—Bueno, ¡lo ha dado a entender! —gritó Barrett, y se sentó con gran agitación. Su silla crujió, y al hinchar un tanto los músculos, resonaron sus ligas, sus tirantes y sus zapatos.

—Yo solo quería decir... —empezó Mackham de nuevo.

—¡Lo ha dado a entender! —gritó Barrett.

—Que usted no sepa leer —señaló Mackham— no quiere decir que...

—¡Maldita sea, hombre, yo no he dicho que no sepa leer!

Barrett estaba de nuevo en pie.

—¡Por favor, señores! ¡Por favor! —dijo el alcalde Simmons—. Moderemos nuestros comentarios.

—¡No me voy a quedar aquí sentado y aguantar que alguien de Maple Dell me

diga que está podrido de dinero porque ha leído muchos libros! —gritó Barrett—. Los libros tienen su sitio, no lo niego. Pero ningún libro me ha ayudado a mí a llegar donde estoy, y desde donde estoy puedo escupir sobre Maple Dell. En cuanto a mis hijos, quiero que estén al aire libre jugando al balón, y no leyendo libros de cocina.

—Por favor, Mark. Por favor —dijo el alcalde. Luego se volvió hacia la señora Selfredge y le pidió que propusiera postergar la sesión.

«Mi día, mi hora, mi momento de revelación —escribió Charlie en su camarote de la cubierta superior del *Augustus*— llegó un domingo, cuando llevaba ocho días en casa. ¡Dios mío, qué feliz me sentía! Había pasado la mayor parte del día instalando contraventanas, y me gustaba trabajar en casa; hacer cosas como poner contraventanas. Cuando acabé la tarea, retiré la escalera, cogí una toalla y el bañador y me fui andando a la piscina de los Townsend. Estaban fuera, pero no habían vaciado la piscina. Me puse el bañador, me zambullí y recuerdo que vi —allá arriba, en la copa de uno de los pinos— un sujetador que supongo que los hijos de los Townsend habrían arrebatado y tirado allí en pleno verano, y ya hacía tiempo que el viento del oeste se había llevado los chillidos consternados de la víctima. El agua estaba muy fría, y la presión sanguínea o alguna otra razón médica pudo haber influido en el hecho de que casi estallara de felicidad cuando salí de la piscina y me vestí. Volví a casa, y al entrar había tanta calma que temí que algo malo hubiera sucedido. No era un silencio amenazador; me pregunté simplemente por qué sonaba tan fuerte el reloj. Subí al piso de arriba y encontré a Marcie dormida en su habitación. Estaba tapada con una bata ligera que había resbalado de sus hombros y su pecho. Luego oí las voces de Henry y Katie, y me asomé a la ventana del cuarto de atrás. Daba al jardín, y de él arrancaba hacia una pequeña colina un sendero de grava que necesitaba una limpieza de hierbajos. Allí estaban Henry y Katie. Katie escribía en la grava con un palo: algún mensaje de amor, me figuro. Henry tenía uno de esos aviones de alas anchas —aviones talismán, verdaderamente— hechos con madera de balsa e impulsados por una goma. La enroscó haciendo girar la hélice, y lo vi mover los labios a medida que contaba. A continuación, cuando la goma estuvo bien tirante, separó los pies sobre la grava, como un tirador —Katie no prestaba atención a nada de esto—, y lanzó al aire el avión. Las alas del aparato tenían un color claro a la luz del crepúsculo, y vi cómo el aparato salía de la sombra y ascendía hacia el espacio, en donde el sol lo bañaba de luz amarilla. Con no mucha más fuerza que una mariposa nocturna, el avión se elevó, trazó círculos, serpenteó, descendió poco a poco hacia la sombra y se estrelló contra el macizo de peonías. “¡Lo he hecho volar! —oí gritar a Henry—. Lo he hecho volar hasta la luz”. Katie continuaba escribiendo un mensaje en la tierra. Y entonces, como en un truco cinematográfico, me vi como si yo fuera mi hijo, me vi de pie en una especie de jardín lanzando allende la sombra un avión, una flecha, una pelota de tenis, una piedra, cualquier cosa, mientras mi hermana

dibujaba corazones en el suelo. Me hechizó el recuerdo de cuán fuerte había sido antaño ese impulso de llegar a la luz, y contemplé cómo el niño lanzaba una y otra vez el aeroplano.

»Después, todavía ágil y lleno de alegría, me dirigí hacia la puerta, me detuve a admirar las curvas de los pechos de Marcie y decidí, en un arranque de bondad, dejarla dormir. Me sentía tan bien que necesitaba una copa, no para levantar el ánimo, sino para remojarlo —una libación, de todas formas—, y me serví un poco de whisky en un vaso. Fui a la cocina a buscar hielo, y vi que habían entrado algunas hormigas. Era extraño, porque nunca habíamos tenido demasiados problemas con ellas. Con las arañas, sí. Antes de los huracanes equinocciales —incluso antes de que empezase a bajar el barómetro—, la casa parecía llenarse de arañas, como si hubieran percibido el trastorno del aire. Había arañas en el cuarto de baño, arañas en la sala y arañas en la cocina, y antes de una tormenta, al bajar la larga escalera del vestíbulo, a veces uno sentía contra la cara el hilo de una telaraña. Pero apenas habíamos tenido problemas con las hormigas. Aquella tarde de otoño salían miles de las maderas de la cocina, trazando una doble hilera a través del escurreplatos hacia el fregadero, donde al parecer había algo que atraía a los insectos.

»Sobre un estante del armario de las escobas encontré un veneno para hormigas, un tarrito con una sustancia marrón que había comprado hace años en el pueblo, en Timmons. Puse una buena cantidad en un platillo y lo coloqué en el escurreplatos. Después salí con mi copa y parte del periódico del domingo a la terraza delantera. La casa está orientada al oeste, de forma que a mí me llegaba más luz que a los niños, y me sentía tan feliz que hasta las noticias del diario me resultaban alegres. Ningún rey había sido asesinado en las lluviosas y oscuras calles de Marsella; ninguna tormenta se gestaba en los Balcanes; ningún empleadillo inglés —orgullo de su casera y de sus tías— había disuelto los restos de una joven en un baño de ácido; ni siquiera se había producido un robo de joyas. Y aquel poder de evocación de coronas derrocadas en un inquieto y húmedo mundo y de inevitables guerras que alguna vez poseyó el periódico dominical parecía haberse evaporado. Más tarde el sol se retiró de mi diario y de mi silla y pensé que ojalá me hubiese puesto un jersey.

»La estación estaba muy avanzada —la fragancia del cambio de tiempo flotaba ya en el aire—, y eso también me cosquilleaba. El último domingo, o el domingo anterior, la terraza habría estado inundada de luz. Entonces pensé en otros lugares en los que me hubiera gustado estar: Nantucket, con solo un puñado de personas, la flota de veleros reducida y las dunas arrojando una oscura sombra sobre la playa, lo que nunca ocurre en verano. E imaginé el estrecho de Vineyard, sus riscos color de harina de maíz, el mar púrpura del otoño y esa quietud en la que es posible oír, muy aguas adentro, el chirrido de una driza y una polea cuando un velero vira. Saboreé el whisky y enderecé el periódico, pero el espectáculo de la luz dorada sobre la hierba y los árboles era más imponente que las noticias, y ahora, mezclada con mis recuerdos de las islas, surgía la blancura de los muslos de Marcie.

»Entonces me asaltó una especie de orgullo embriagador por la hora, por el júbilo y la naturalidad de mi relación con el paisaje, y por la facilidad con que podía obtener lo que necesitaba. Volví a pensar en Marcie dormida y en que pronto iría hacia su lado: sería un modo de expresar tal orgullo. Y luego, escuchando sin oírlas las voces de mis hijos, decidí celebrar el instante conforme transcurría. Dejé el dominical y subí corriendo la escalera. Marcie seguía dormida; me desnudé y me tendí a su lado, despertándola de lo que parecía ser un sueño agradable, porque sonrió y me atrajo hacia sí».

Volviendo a Marcie y a su problema: cuando terminó la sesión, se puso el abrigo y dijo: «Buenas noches. Buenas noches... Espero a Charlie la próxima semana». No se alteraba fácilmente, pero de repente fue consciente de que había topado de lleno con la estupidez y la injusticia. Mientras bajaba la escalera a espaldas de Mackham, sintió una poderosa mezcla de piedad y simpatía por el desconocido y un claro enojo hacia su viejo amigo Mark Barrett. Quería disculparse; detuvo a Mackham en la puerta y le dijo que ella también tenía algunos buenos recuerdos de una biblioteca pública.

Mientras esto sucedía, la señora Selfredge y el alcalde Simmons eran los últimos en abandonar la sala. Con la mano en el interruptor de la luz, el alcalde esperaba a la señora Selfredge, que se estaba poniendo sus guantes blancos.

—Me alegro de que esté zanjado definitivamente el asunto de la biblioteca —dijo el alcalde—. Tenía algunas dudas, pero en este momento estoy contra cualquier cosa pública, contra todo lo que pueda hacer a esta comunidad atractiva para una urbanización.

Habló sintiendo lo que decía, y ante la palabra «urbanización», se alzó en su mente la imagen de una loma cubierta de casas idénticas y que tuvieran que estar construidas con madera verde y piedra falsa. Le pareció mal que las parejas jóvenes tuviesen que empezar su vida en un entorno carente de gracia y desaprobó severamente que las filas de viviendas no pudiesen mantener por mucho tiempo su poca convincente pretensión de fincas y se convirtieran en seguida en lugares antiestéticos.

—No se trata de apartar a los niños de los libros, por supuesto —repitió—. Todos disponemos de bibliotecas propias. No hay ningún problema. Supongo que usted fue educada en un hogar con biblioteca.

—Oh, sí, sí —dijo la señora Selfredge.

El alcalde había apagado la luz, y la oscuridad encubrió y suavizó la mentira que ella había dicho. Su padre había sido policía en Brooklyn, y en su casa no había habido un solo libro. Era un hombre amable —aunque no olía demasiado bien— que en su ronda hablaba con todos los niños. Despreocupado y alegre, había pasado los años de su jubilación en la cocina, bebiendo cerveza en camiseta y calzoncillos, para profunda desesperación y vergüenza de su única hija.

El alcalde se despidió en la acera de la señora Selfredge, y mientras estaba allí ella oyó a Marcie hablar con Mackham.

—Estoy muy apenada por Mark, por lo que ha dicho —decía Marcie—. Todos hemos tenido que aguantarlo alguna vez. Pero ¿por qué no viene a tomar una copa a mi casa? Quizá podamos volver a poner en marcha el proyecto de la biblioteca.

Así que no estaba definitivamente zanjado, pensó con indignación la señora Selfredge. No pararían hasta que las urbanizaciones cubrieran Shady Hill de punta a punta. La gente gris y apretujada del proyecto de Carsen Park, con sus tropeles de críos y sus pagos mensuales de los intereses, sus ventanales y sus vistas de casas gemelas y calles sin árboles, sin asfaltar, embarradas, parecían amenazar sus más queridas ideas: sus céspedes, sus placeres, sus derechos de propiedad, incluso su amor propio.

El señor Selfredge, un anciano caballero inteligente y elegante, estaba esperando a su Pequeña Princesa, y ella le contó sus penas. El señor Selfredge se había retirado del negocio bancario; y a Dios gracias, porque, siempre que se asomaba al mundo actual, descubría el deterioro de aquellas virtudes de responsabilidad e iniciativa que, en sus años mozos, habían hecho un mundo diferente, más selectivo, vigoroso y sano. Sabía muchas cosas de Shady Hill; incluso reconoció el nombre de Mackham.

—El banco tiene una hipoteca sobre su casa —dijo—. Me acuerdo de cuando la solicitó. Trabajaba en una editorial de Nueva York especializada en libros de texto. La empresa ha publicado varias historias de Estados Unidos, y por lo menos una comisión del Congreso las ha acusado de subversivas. Yo no me preocuparía por él, cariño, pero si eso sirve para tranquilizarte, podría escribir una carta al periódico.

«Pero los niños no estaban tan lejos como yo creía —escribió Charlie a bordo del *Augustus*—. Seguían en el jardín. Y creo que aquella hora significaba para ellos el momento de robar comida. Tengo que recomponer o adivinar qué sentimiento se apoderó de ellos. Debieron de sentirse atraídos al interior de la casa por una hambre tan feroz como la mía. Al entrar en el vestíbulo se pararon a escuchar y no oyeron nada, y abrieron lentamente la nevera, de tal manera que el pesado picaporte no hiciese ruido. El contenido debió de ser decepcionante, porque Henry fue curioseando hasta el fregadero y se puso a comer el arseniato sódico. “Dulce”, dijo; Katie se le unió, y se disputaron el veneno que quedaba. Seguramente estuvieron bastante rato en la cocina, ya que seguían allí cuando Henry empezó a vomitar.

»—Oye, no vomites aquí —dijo Katie—. Vamos afuera.

»Ella también empezaba a sentirse mal, y salieron y se escondieron bajo un arbusto de jeringuilla, donde los encontré cuando me vestí y bajé.

»Me contaron lo que habían comido, desperté a Marcie, volví abajo corriendo y llamé al doctor Mullens.

»—¡Dios santo! —dijo—. Voy ahora mismo.

»Me pidió que le leyera la etiqueta del frasco, pero solo ponía arseniato sódico; no indicaba el porcentaje. Y cuando le dije que lo había comprado en Timmons, me dijo que llamara a este y le preguntase el nombre del fabricante. Su teléfono estaba comunicando, así que mientras Marcie corría de aquí para allá entre los dos niños enfermos, salté al coche y me dirigí al pueblo. Recuerdo que el cielo estaba iluminado, pero en las calles era casi de noche. El bazar de Timmons era el único lugar con luz, y era el tipo de negocio que parece subsistir gracias a las migajas de las mesas de otros comerciantes. Las horas tardías en que todas las demás tiendas habían cerrado eran las mejores para Timmons. El disparatado revoltijo de artículos de sus escaparates —planchas, ceniceros, una Venus en un soporte, bolsas de hielo y perfumes— proseguía en el interior, que recordaba a una tienda de curiosidades farmacéuticas o a una casa de artículos de broma: una vitrina para bellezas de cartón que se empapaban de aceite solar; cordilleras de cartón bañadas en luz alpina anunciaban jabón con fragancia de pino; estantes para libros, arcones llenos de tapetes para mesas de juego y pistolas de agua de plástico. El bazar también tenía algo de hogar, pues tras el mostrador del bar estaba la señora Timmons, una mujer pulcra y de aspecto inquieto, con fotos de sus tres hijos (uno muerto) de uniforme pegadas en el espejo que se veía a su espalda. Cuando el propio Timmons salió al mostrador, estaba masticando algo y se limpió la boca con el reverso de la mano para quitarse las migas de un bocadillo. Le enseñé el frasco y le dije:

»—Los niños han comido esto hará cosa de una hora. He llamado al doctor Mullens y me ha dicho que venga a verlo a usted. No viene el porcentaje de arseniato que contiene, y él pensó que si usted se acordase de dónde lo había comprado, podríamos telefonar al fabricante para averiguarlo.

»—¿Se han envenenado los niños? —preguntó Timmons.

»—¡Sí! —respondí.

»—Aquí no ha comprado esa mercancía —dijo.

»La torpeza de su mentira y la tranquilidad que reinaba en aquella tienda demencial me inspiraron un sentimiento de impotencia.

»—La compré aquí, señor Timmons —dije—. No hay ninguna duda. Mis hijos están en peligro de muerte. Quiero que me diga dónde adquirió la sustancia.

»—No me la ha comprado a mí —insistió.

»Miré a la señora Timmons, pero estaba limpiando el mostrador; se hacía la sorda.

»—¡Maldita sea, Timmons! —grité, e inclinándome sobre el mostrador lo agarré por la camisa—. ¡Mire sus libros! Consulte sus condenados libros y dígame de dónde procede esa sustancia.

»—Ya sabemos lo que es perder a un hijo —dijo la señora Timmons a mi espalda. No había en su voz la menor viveza; nada más que la monótona, la valerosa música del dolor y la necesidad—. No hace falta que nos lo cuente a nosotros.

»—Usted no ha comprado aquí esa mercancía —repitió Timmons. Le retorcí la

camisa hasta que saltaron los botones y luego lo solté. La señora Timmons siguió limpiando el mostrador. Su marido mantenía la cabeza tan agachada por la vergüenza que yo no podía verle los ojos, y salí del establecimiento.

»Cuando llegué a casa, el doctor Mullens estaba en el rellano del piso de arriba, y lo peor había pasado.

»—Un poco más o un poco menos y podría haberlos perdido —dijo alegremente—. He utilizado una bomba especial para lavarles el estómago, y creo que se pondrán bien. Es un veneno fuerte, desde luego, y Marcie tendrá que guardar muestras de orina durante una semana (tiene tendencia a quedar retenido en los riñones), pero creo que se recuperarán.

»Le di las gracias y lo acompañé hasta el coche. Volví a casa, subí a la habitación en la que habían acostado a los dos críos para que no estuviesen solos y charlé con ellos de tonterías. Entonces oí llorar a Marcie en nuestro dormitorio, y me encaminé hacia allí.

»—Todo va bien, cariño —dije—. Ya ha pasado todo. Ya están bien.

»Pero al rodearla con mis brazos, sus gemidos y sus sollozos aumentaron, y le pregunté qué quería.

»—Quiero el divorcio —sollozó.

»—¿Qué?

»—Quiero el divorcio. Ya no puedo soportar vivir así. No puedo soportarlo. Cada vez que cogen un resfriado, cada vez que se retrasan al volver de la escuela, siempre que pasa algo malo, pienso que es un castigo merecido. No puedo aguantarlo.

»—¿Un castigo por qué?

»—Mientras estuviste fuera me metí en un lío.

»—¿Qué quieres decir?

»—Con alguien.

»—¿Con quién?

»—Con Noel Mackham. No lo conoces. Vive en Maple Dell.

»Durante un largo rato no dije esta boca es mía: ¿qué podía decir? Y de repente, ella se volvió hacia mí, furiosa.

»—Oh, ¡sabía que reaccionarías así, lo sabía, sabía que me lo reprocharías! Pero no fue culpa mía, no lo fue. Sabía que me lo ibas a reprochar, lo sabía, sabía que ibas a hacer esto, y...

»No oí mucho más de lo que decía, ya que empecé a llenar una maleta. Después di un beso de despedida a los niños, cogí un tren a la ciudad, y a la mañana siguiente me embarqué en el *Augustus*».

Esto es lo que le había ocurrido a Marcie: el periódico vespertino publicó la carta de Selfredge, al día siguiente de la reunión del consejo, y ella la leyó. Telefonó a Mackham. Este le dijo que iba a pedir al director que publicase una respuesta que él

había redactado, y que pasaría por su casa a las ocho para enseñarle la copia. Ella pensaba cenar con sus hijos, pero justo cuando iba a sentarse, sonó el timbre y apareció Mark Barrett.

—Hola, encanto —dijo—. ¿Me invitas a una copa?

Marcie preparó unos martinis, y él se quitó el sombrero y el abrigo y fue derecho al grano:

—Parece ser que anoche estuvo aquí ese tábano tomando un trago.

—¿Quién te lo ha dicho, Mark? ¿Quién ha podido decírtelo?

—Helen Selfredge. No es ningún secreto. Ella no quiere que vuelva a plantearse el tema de la biblioteca.

—Es como si me persiguieran. No me gusta esto.

—No te preocupes por eso, preciosa. —Alargó su vaso y ella lo llenó de nuevo—. Estoy aquí en calidad de vecino, de amigo de Charlie. ¿Y para qué sirven los amigos y los vecinos si no son capaces de darte un consejo? Mackham es un tábano, Mackham es un lobo. Estando Charlie ausente, me considero una especie de hermano mayor: no quiero perderte de vista. Prométeme que no recibirás otra vez a ese pesado en tu casa.

—No puedo, Mark. Va a venir esta noche.

—No, no vendrá, preciosa. Lo llamarás y le dirás que no venga.

—Es un ser humano, Mark.

—Bueno, escúchame, preciosa. Escúchame. Voy a decirte algo. Por supuesto que es un ser humano, pero también lo son el basurero y la mujer de la limpieza. Voy a contarte algo muy interesante. Cuando yo estaba en la universidad, había allí un moscardón igualito que Mackham. Nadie lo apreciaba. Nadie hablaba con él. Verás, yo era un chico alegre, Marcie, con muchos amigos, y empecé a hacerme preguntas sobre aquel tábano. Comencé a preguntarme si no era responsabilidad mía hacerme amigo de él y hacer que se integrara en el grupo. Bueno, hablé con él, y no me extrañaría haber sido la primera persona que lo hacía. Di una vuelta con él. Lo invité a subir a mi habitación. Hice todo lo que estaba en mi mano para que se sintiera aceptado.

»Fue una terrible equivocación. Para empezar, se dedicó a ir por todo el colegio diciendo a todo el mundo que él y yo íbamos a hacer esto y lo otro. Luego fue al despacho del decano y logró que lo trasladaran a mi habitación sin consultarme. Más tarde, su madre comenzó a enviarme unos asquerosos pastelillos, y su hermana, en la que nunca me había fijado, empezó a escribirme cartas de amor, y él se convirtió en una sanguijuela tal que tuve que decirle que me dejara en paz. Se lo dije francamente; le expliqué que había hablado con él únicamente por compasión. No le hizo la menor mella. Cuando se te pega un tábano, da igual lo que le digas. Siguió metiéndoseme entre las piernas, me esperaba a la salida de las clases, y después de los entrenamientos de rugby siempre bajaba a los vestuarios. Se volvió tan insoportable que tuvimos que escarmentarle. Le dijimos que subiera a la habitación de Pete Fenton

a tomar una taza de chocolate, le dimos una paliza, le tiramos las ropas por la ventana, le pintamos el culo con yodo y le metimos la cabeza en un cubo de agua hasta casi ahogarlo.

Mark encendió un cigarrillo y terminó su copa.

—Lo que quiero decir es que si aceptas a un tábano acabarás arrepintiéndote. Al principio puede que tus sentimientos sean buenos y generosos, pero antes de romper con él lo habrás pasado muy mal. Quiero que llames a Mackham y le digas que no venga. Dile que estás enferma. No quiero verlo en tu casa.

—Mackham no va a venir a visitarme, Mark. Viene para hablar sobre la carta que ha escrito al periódico.

—Te estoy ordenando que lo llames.

—No voy a hacerlo, Mark.

—Coge ese teléfono.

—Por favor, Mark. No me grites.

—Coge ese teléfono.

—Por favor, Mark, sal de mi casa.

—¡Eres una imbécil, una insoportable y una chiflada! —gritó—. ¡Eso es exactamente lo que eres!

Y acto seguido se marchó.

Ella cenó sola, y no había terminado aún cuando llegó Mackham. Llovía, y él llevaba un pesado abrigo y un sombrero raído, ex profeso, pensó Marcie, para las tormentas. El sombrero le confería el aspecto de un anciano. Parecía decaído y cansado, y se desató del cuello una larga bufanda de lana amarilla. Había visto al director: no publicaría la carta de réplica. Marcie le preguntó si quería una copa y, como él no contestó, se lo preguntó por segunda vez.

—Oh, no, gracias —dijo tristemente, y la miró a los ojos con una sonrisa de tan profundo cansancio que ella pensó que debía de estar enfermo. Después se dirigió hacia ella como si fuera a tocarla, y Marcie entró en la biblioteca y se sentó en el sofá. Había recorrido la mitad de la habitación cuando él se dio cuenta de que había olvidado quitarse las botas de agua.

—Oh, lo siento —dijo—. Me temo que he dejado manchas de barro...

—No importa.

—En *mi* casa sí hubiese importado.

—Pues aquí no tiene importancia.

Se sentó en una silla cercana a la puerta y comenzó a quitarse las botas de agua; las botas habían sido las culpables. Al verlo cruzar las piernas y quitarse el zapato primero de un pie y luego del otro, Marcie se apiadó de tal manera ante aquella muestra de torpe humanidad y de patética altitud de miras frente a la adversidad, que él debió de adivinar por su palidez o por sus ojos ensanchados que ella estaba indefensa.

El mar y los muelles están oscuros. Charlie puede oír las voces que llegan del bar situado al fondo del pasillo y ya ha concluido su relato, pero no deja de escribir. Van internándose en aguas más cálidas, y en la bruma, la sirena empieza a sonar a intervalos de un minuto. Lo comprueba con ayuda del reloj. Y de repente se pregunta qué está haciendo a bordo del *Augustus* con una maleta llena de mantequilla de cacahuete. «Hormigas, veneno, mantequilla, sirenas para la niebla —escribe—, amor, presión sanguínea, viajes de negocios, cosas inescrutables. Sé que voy a volver». La sirena pita de nuevo, y en una nota sostenida, Charlie tiene una visión de su familia corriendo a su encuentro escalones arriba: piedra que se desmorona, rosas salvajes, lagartos, y sus rostros amados. «Cogeré un avión en Génova —escribe—. Veré crecer a mis hijos, crecer y empuñar el timón de sus vidas, seré amable con Marcie, con mi querida y dulce Marcie, amor mío, Marcie. La protegeré con la curva de mi cuerpo de todos los peligros de la oscuridad».

«LA BELLA LINGUA»

Wilson Streeter, como muchos norteamericanos que viven en Roma, estaba divorciado. Trabajaba como experto en estadística para la F. R. U. P. C., y vivía solo. Aunque mantenía una discreta vida social con otros expatriados y con los romanos que frecuentan esos círculos, no conseguía practicar el italiano, porque en su despacho utilizaban el inglés durante todo el día, y los italianos con los que trataba hablaban inglés mucho mejor que Streeter italiano. Pero él estaba convencido de que para entender el país tenía que hablar italiano. Lo hacía bastante bien cuando solo se trataba de comprar algo o de hacer una gestión, pero él quería ser capaz de expresar sus sentimientos, de contar chistes, y de entender las conversaciones en los tranvías y en los autobuses. Era perfectamente consciente de que se estaba creando una existencia en un país que no era el suyo, y de que tan solo dejaría de considerarse un extranjero cuando conociera el idioma.

Para el turista, la experiencia de viajar por un país extraño se sitúa en el límite del pretérito perfecto. Incluso mientras los días pasan, *han sido* los días en Roma, y todas las cosas —los paisajes, los souvenirs, las fotografías y los regalos— tienen un carácter rememorativo. Incluso mientras el viajero espera el sueño en la cama del hotel, esas noches *han sido* las noches de Roma. Para el expatriado, en cambio, no existe el pretérito perfecto. Tiraría piedras contra su propio tejado si relacionara este tiempo en otro país con alguna ciudad o paisaje que haya sido en el pasado y pueda ser de nuevo en el futuro su hogar permanente; el expatriado vive en un presente continuo e inexorable. En lugar de acumular recuerdos, tiene que esforzarse por aprender un idioma y comprender a unas gentes. Unos y otros solo se ven de pasada en la Piazza Venezia: los expatriados, cuando la atraviesan camino de sus clases de italiano, y los turistas, porque ocupan, previa reserva, las mesas de las terrazas, y beben Campari, que, según les han informado, es un típico aperitivo romano.

La profesora de Streeter era Kate Dresser, una norteamericana que vivía en un viejo palacio cerca de la Piazza Firenze y tenía un hijo adolescente. Streeter iba allí a clase los martes y los viernes a última hora de la tarde, y los domingos después de comer. Le gustaba el paseo, a la hora del crepúsculo, desde su despacho, más allá del Panteón, hasta su clase de italiano. Entre las compensaciones por su condición de expatriado figuraba una intensa percepción de todo lo que veía y una estimulante sensación de libertad. Mezclado con el cariño que sentimos por nuestro país de origen, está el hecho de que es el lugar donde nos hemos criado, y si en ese proceso hubo algo que no fue del todo bien, vivir en el escenario del crimen nos hará recordar esa imperfección hasta el día de nuestra muerte. Alguna de esas pasadas desdichas debía de contar en la sensación de libertad de Streeter, y su sensibilidad agudizada era

tan solo la que puede esperarse de un hombre con buen apetito que camina por las calles poco transitadas de una ciudad. El aire era frío y olía a café —a veces a incienso si estaban abiertas las puertas de alguna iglesia—, y por todas partes vendían crisantemos. Las cosas que Streeter veía resultaban estimulantes y difíciles de comprender —las ruinas de la Roma republicana e imperial y las de lo que la ciudad había sido anteaer—, pero, sin duda, todo se aclararía cuando fuera capaz de hablar italiano.

Streeter no ignoraba las dificultades con que se enfrenta un hombre de su edad para aprender cualquier cosa, y también estaba al tanto de que no había tenido suerte al buscar un buen profesor de italiano. Primero fue al instituto Dante Alighieri, pero había tantos alumnos en las aulas que no hizo el menor progreso. Después pasó a recibir clases particulares de una anciana señora. Streeter tenía que leer y traducir el *Pinocho* de Collodi, pero al cabo de unas pocas frases la profesora le quitaba el libro y leía y traducía ella misma; le gustaba tanto la historia que reía y lloraba, y a veces las clases transcurrían sin que el alumno llegara a abrir la boca. Su sentido práctico le impedía aceptar que él, un cincuentón, acudiera día tras día a un piso sin calefacción de la periferia de Roma, para escuchar cómo una septuagenaria leía un cuento para niños. Al cabo de una docena de clases le dijo a la profesora que se iba a Perugia por un tema de negocios. Luego se apuntó a la Tauchnitz School y también le dieron clases particulares. Su profesora era una muchacha increíblemente bonita que llevaba vestidos ceñidos, de acuerdo con la moda de aquel año, y un anillo de boda; Streeter pensó que se trataba de una especie de defensa, porque la chica parecía alegre y con una clara tendencia a coquetear. Usaba un perfume muy penetrante, hacía tintinear las pulseras, se arreglaba constantemente la chaqueta, movía las caderas al dirigirse a la pizarra, y una tarde le dedicó a Streeter una mirada tan llena de intención que él la cogió entre sus brazos. La chica comenzó a aullar, derribó un pupitre, y tuvo que atravesar tres clases corriendo para llegar al vestíbulo, mientras gritaba que había sido atacada por una bestia. Después de todos los meses que llevaba estudiando, «bestia» fue la única palabra de lo que dijo que Streeter entendió. Por supuesto, se enteró toda la academia de idiomas, y Streeter tuvo que secarse el sudor de la frente y cruzar las tres aulas hasta el vestíbulo. La gente se subió a las sillas para verlo mejor, y él, evidentemente, no volvió nunca a Tauchnitz.

La profesora que tuvo a continuación era una mujer muy normal, de cabellos grises, que se abrigaba con un chal de color lavanda, y a juzgar por la cantidad de nudos y puntos equivocados que contenía, tejido probablemente por ella misma. Fue una profesora excelente durante un mes, pero una tarde le dijo a Streeter que su vida era difícil. Luego esperó a que su alumno la animara a contarle sus problemas, y al ver que no lo hacía se los contó de todas formas. Había estado veinte años prometida, pero la madre de su novio no aprobaba aquella relación y, cada vez que surgía el tema, se subía al alféizar de la ventana y amenazaba con arrojarle a la calle. Ahora, su prometido estaba enfermo y tenían que abrirle —lo explicó con un gesto— desde

el cuello hasta el ombligo, y si él fallecía, ella moriría soltera. Sus malvadas hermanas no habían dudado en quedar embarazadas para casarse —una de ellas recorrió el pasillo de la iglesia con una tripa de ocho meses (más gestos)—, pero ella antes que hacer una cosa así preferiría —tirándose del chal color lavanda— ofrecerse a los hombres por la calle. Streeter escuchó sus penas con una sensación de impotencia, como escuchamos la mayoría de los dolores humanos cuando también nosotros tenemos algunos, pero ella aún continuaba hablando cuando apareció el siguiente alumno, un japonés. Streeter no aprendió italiano aquella noche. Pero como la profesora no había terminado de contarle su historia, continuó en la clase siguiente. Quizá la culpa la tenía él —podría haberla tratado con menos miramientos—, pero una vez iniciadas las confidencias, no había forma de acabar con ellas. La fuerza con que se enfrentaba era la soledad característica de las grandes ciudades, y Streeter prefirió inventar otro viaje a Perugia. Tuvo dos profesores más, dos nuevos viajes a Perugia, y, por fin, durante el otoño de su segundo año en Roma, alguien de la embajada norteamericana le recomendó a Kate Dresser.

Una estadounidense que enseña italiano en Roma es algo frecuente, pero en la Ciudad Eterna todos los arreglos son tan complicados que lucidez y escepticismo flaquean cuando tratamos de seguir la descripción de una escena en un juzgado, o los trámites de un alquiler, o los incidentes durante una comida, o cualquier otra cosa. Cada hecho o detalle origina más preguntas que contestaciones, y al final perdemos de vista la verdad, que era lo que se pretendía. Ahí viene el cardenal Micara con el Dedo Auténtico de Tomás, el que tuvo dudas —hasta ahí, está todo claro—, pero el hombre que está sentado junto a nosotros en la iglesia, ¿duerme o está muerto?, y, ¿qué hacen todos los elefantes en la piazza Venezia?

Las clases tenían lugar en el extremo de una gran sala, junto a la chimenea. Streeter necesitaba una hora para prepararlas, y en ocasiones dos. Terminó *Pinocho* y comenzó a leer *Los novios*. Después vendría la *Divina Comedia*. Estaba tan orgulloso como un niño del trabajo que hacía en casa, y le gustaban los exámenes y escribir al dictado. De ordinario llegaba al piso de Kate con una gran sonrisa, un poco boba, debido a lo contento que estaba consigo mismo. Kate era una excelente profesora; entendía su vanidad, el precario estado de su memoria de hombre de mediana edad, y sus deseos de aprender. Hablaba un italiano que él entendía casi siempre, y gracias a colocar un reloj de pulsera sobre la mesa para controlar la duración de la clase, a cobrar sus honorarios por correo y a no hablar nunca de sí misma, el ambiente de las lecciones era práctico e impersonal al mismo tiempo. Streeter la consideraba una mujer bien parecida: fogosa, inquieta, un poco agotada físicamente, quizá, pero encantadora.

Entre las cosas que Kate Dresser no le había dicho durante los ratos que pasaban sentados en aquella parte de la sala, arreglada con un biombo chino y algunas desvencijadas sillas doradas, figuraba el hecho de haber nacido y haberse criado en un pueblecito de Iowa llamado Krasbie. Sus padres habían muerto. En un lugar donde

casi todo el mundo trabajaba en la fábrica de fertilizantes químicos, su padre era cobrador de tranvía. Durante sus años de infancia y adolescencia, Kate nunca llegó a aceptar que su padre cobrara los billetes en un tranvía. Ni siquiera llegó a aceptar que fuese su padre, aunque había heredado su rasgo físico más sobresaliente: una nariz terriblemente respingona que a ella le había valido los mote de Montaña Rusa y Perro Pequinés. Kate se fue de Krasbie a Chicago, y de Chicago a Nueva York, donde se casó con un diplomático. Vivieron en Washington y más tarde en Tánger. Poco después de la guerra se trasladaron a Roma, donde su marido murió de una intoxicación alimentaria, dejándola con un hijo y muy poco dinero. Así que Kate hizo de Roma su hogar. La única preparación que Krasbie le había dado para Italia era el telón del cine donde pasaba las tardes de los sábados cuando era una adolescente. Delgada por aquel entonces, con trenzas, no mejor vestida que la mayoría de los chicos rebeldes y oliendo igual que ellos, con los bolsillos llenos de cacahuets y caramelos y la boca igualmente llena de chicle, pagaba su cuarto de dólar todos los sábados por la tarde, tanto si llovía como si brillaba el sol, para arrellanarse en una butaca de la primera fila. Se oían gritos de «¡Montaña Rusa!» y de «¡Perro Pequinés!» por todo el cine, y no era extraño que la gente se burlara de ella, si se piensa que solía llevar zapatos de tacón alto (de su hermana) y sortijas con piedras enormes, compradas en almacenes de baratillo. Los chicos le tiraban chicle —que se le pegaba al cabello— y hacían puntería contra su nuca con pelotillas de papel mascado. Kate, perseguida en cuerpo y espíritu, alzaba los ojos hacia el telón del cine y creía contemplar su futuro con gran nitidez. Estaba pintado sobre lienzo, y se hallaba muy resquebrajado por haberlo enrollado y desenrollado tantas veces, pero seguía representando un jardín italiano con cipreses, una terraza, una piscina, una fuente y una balaustrada, con rosas cayendo de jarrones de mármol. Ahora, en Roma, tenía la sensación de haberse levantado de su asiento en el cine para entrar literalmente en la resquebrajada escena, que se correspondía perfectamente con la vista desde las ventanas del Palazzo Tarominia, donde vivía.

Quizá ustedes se pregunten por qué una mujer con tan poco dinero vivía en el Palazzo Tarominia, pero para esa pregunta hay una respuesta romana. La baronesa Tramonde —hermana del anciano duque de Roma—, vivía en el ala oeste del palacio, en unas habitaciones construidas para el papa Andros X, y a las que se llegaba por una gran escalinata con pinturas en las paredes y en el techo. Antes de la guerra, a la baronesa le gustaba recibir a sus amistades en lo alto de la escalinata, pero las cosas habían cambiado. La baronesa se había hecho vieja, y lo mismo les había pasado a sus amistades; ya no podían subir la escalera. Lo intentaron, desde luego. Habían trepado hacia sus partidas de cartas como un destacamento bajo el fuego de las ametralladoras: los caballeros empujando a las damas o viceversa, hasta que las ancianas marquesas y princesas —la flor y nata de Europa—, resoplando y suspirando, habían tenido que sentarse en los escalones, totalmente agotadas. En el ala opuesta del palacio —el ala en la que vivía Kate— existía un ascensor, pero

instalarlo en el lado oeste significaría echar a perder las pinturas. Solo había otro camino para llegar a los dominios de la baronesa: tomar el ascensor hasta el piso de Kate, atravesarlo y salir a la otra ala por la puerta de servicio. Gracias a haber concedido al duque de Roma, que tenía también un apartamento en el palacio, una especie de servidumbre de paso, Kate pagaba un alquiler muy reducido. Normalmente el duque visitaba a su hermana dos veces al día, y el primer jueves de cada mes, cinco minutos después de las ocho, un grupo de personas tan ancianas como distinguidas cruzaba las habitaciones de Kate camino de la partida de cartas de la baronesa. A Kate no le importaba. De hecho, cuando los jueves oía el timbre de la puerta, su corazón comenzaba a latir violentamente, presa de gran agitación. El anciano duque iba siempre en cabeza. Uno de los esbirros de Mussolini le había cortado la mano derecha, y ahora que sus enemigos habían muerto, mostraba el muñón con orgullo. Con él venían don Fernando Marchetti, el duque de Treno, el duque y la duquesa Ricotto-Sporci, el conde Ambro di Albentis, el conde y la condesa Fabrizio Daromeo, la princesa Urbana Tessoro, la princesa Isabella Tessoro, y el cardenal Federico Baldoia. Todos ellos eran célebres por uno u otro motivo. Don Fernando había conducido un automóvil desde París a Pekín, atravesando el desierto de Gobi. El duque Ricotto-Sporci se había roto casi todos los huesos cuando tomaba parte en una carrera ecuestre de obstáculos, y la condesa Daromeo había manejado una estación aliada de radio en el centro de Roma durante la ocupación alemana. El anciano duque de Roma regalaba a Kate un ramito de flores, y él y sus amigos atravesaban la cocina para salir por la puerta de servicio.

Kate hablaba un italiano admirable, y había hecho algunas traducciones y dado clases, pero durante los tres últimos años se había ganado la vida doblando al inglés los diálogos de viejas películas italianas que iban a pasarse en la televisión inglesa. Aunque debido a su excelente acento no actuaba en general más que de viuda aristocrática y en otros papeles semejantes, no le faltaba trabajo, y Kate pasaba buena parte de su tiempo en unos estudios de doblaje cerca del Tíber. Con su sueldo y el dinero que le había dejado su marido, tenía lo justo para ir tirando. Dos o tres veces al año su hermana mayor, que seguía viviendo en Krasbie, le escribía largas cartas llenas de lamentos: «¡Qué suerte tienes, Kate! ¡Cómo te envidio por haberte librado de todos los detalles aburridos, irritantes, estúpidos y mezquinos de la vida en Estados Unidos!». En la existencia de Kate Dresser no faltaban los detalles estúpidos e irritantes, pero en lugar de mencionarlos en sus cartas fomentaba la envidia de su hermana enviándole fotos suyas en góndola, o postales desde Florencia, donde solía pasar la Pascua con algunos amigos.

Streeter se daba cuenta de que, con Kate como profesora, su italiano estaba mejorando y, de ordinario, cuando salía del Palazzo Tarominia después de cada clase, se sentía feliz y con la idea de que al cabo de otro mes —al final del otoño, en

cualquier caso— entendería todo lo que pasaba y todo lo que se decía. Pero sus progresos tenían altibajos.

En nuestros días no resulta fácil captar la belleza de Italia —si es que alguna vez la ha tenido—, pero camino de una villa más allá de Anticoli para pasar un fin de semana con unos amigos, Streeter se tropezó con una región de una armonía y de una belleza tales que no pueden ser descritas. Llegaron a su destino a primera hora de una noche lluviosa. Los ruiseñores cantaban en los árboles; la puerta de dos hojas de la villa estaba abierta, y en todas las habitaciones había jarrones con rosas y en las chimeneas ardían fuegos de madera de olivo. Daba la impresión, con todos aquellos criados que hacían reverencias y traían candelabros y vino, de ser un gran recibimiento principesco en una película; más tarde, al salir a una terraza después de cenar para oír a los ruiseñores y ver las luces de los pueblos de las colinas, Streeter comprendió que nunca había sentido una ternura parecida por las oscuras colinas y las luces lejanas. A la mañana siguiente, cuando salió al mirador de su dormitorio, vio en el jardín a una criada descalza que cortaba una rosa para ponérsela en el pelo. Después la muchacha comenzó a cantar. Era algo parecido al flamenco, primero gutural y después en falsete, y el pobre Streeter descubrió que su italiano era aún tan deficiente que no entendía la letra de la canción, lo que significaba que tampoco entendía apenas el paisaje que la rodeaba. Sus sentimientos eran muy parecidos a los que podía haber experimentado acerca de algún hermoso lugar de veraneo: un escenario donde, quizá de niños, hemos mantenido una relación momentánea con la belleza y la simplicidad, relación bruscamente truncada por el final de las vacaciones. Streeter se rebeló contra la evocación de una felicidad prestada, momentánea, agrídulce; pero la criada siguió cantando, y él no entendía una sola palabra.

Mientras Streeter recibía sus clases, Charlie, el hijo de Kate, solía atravesar la sala por lo menos una vez en el espacio de una hora. Era un forofo del béisbol con granos en la cara y risa de búho. Saludaba a Streeter y lo hacía partícipe de alguna noticia deportiva publicada por el *Daily American* de Roma. El hijo de Streeter era de la misma edad aproximadamente, pero según la decisión del juez al conceder el divorcio, no tenía derecho a verlo, y la presencia de Charlie le producía inevitablemente una punzada de nostalgia. El hijo de Kate tenía quince años, y era uno de esos chicos norteamericanos que se ven esperando el autobús escolar junto a la embajada, con chaquetas negras de cuero y pantalones vaqueros; con patillas o con el pelo largo por los lados y peinado hacia atrás, y con guantes de jugar al béisbol: cualquier cosa que sirva para proclamar su condición de norteamericanos. Son los verdaderos expatriados, los que el sábado, después del cine, van a uno de esos bares que se llaman Harry's o Larry's o Jerry's, con las paredes cubiertas de fotografías dedicadas de guitarristas desconocidos y cantantes igualmente desconocidos, a comer huevos con beicon y hablar de béisbol, y poner discos norteamericanos en las máquinas de discos. Son los hijos de la embajada, y los hijos de los escritores y de los empleados de las compañías petroleras y de las líneas aéreas; los hijos de las

divorciadas y de los premios Fulbright. Comiendo huevos con beicon y escuchando canciones norteamericanas tienen la sensación de estar lejos, muy lejos de donde viven, y eso es un licor mucho más dulce y más embriagador que ninguno de los que sus padres paladearon jamás. Charlie había pasado cinco años bajo un techo decorado con oro traído del Nuevo Mundo por el primer duque de Roma, y había visto a viejas marquesas, con brillantes tan grandes como bellotas, guardarse en el bolso los bocadillos de queso al terminar el almuerzo. Había navegado en góndola y jugado al *softball* en el Palatino. Había visto el Palio en Siena, había oído las campanas de Roma, y las de Florencia, y las de Venecia, y las de Ravena y las de Verona. Pero cuando, hacia mediados de marzo, añadió unas letras a una carta de su madre para el tío George, no le hablaba de esas cosas. Al contrario: le pedía que se lo llevara con él y le diera la oportunidad de ser un chico norteamericano. Era el momento ideal. Tío George acababa de jubilarse, dejando la fábrica de fertilizantes, y siempre había querido que Kate y su hijo volvieran a Estados Unidos. Al cabo de dos semanas estaba a bordo de un buque, camino de Nápoles.

Evidentemente, Streeter no sabía nada de todo esto, pero sospechaba que existía cierta tirantez entre Charlie y su madre. La forma de vestir del muchacho, tan marcadamente norteamericana, sus poses de leñador, de jugador de béisbol y de vaquero, frente a los modales muy italianizados de su madre, daban pie, por lo menos, para frecuentes desavenencias, y un domingo por la tarde Streeter apareció por allí cuando se estaban peleando. Assunta, la criada, lo dejó entrar, pero él se quedó parado en la puerta de la sala cuando oyó que Kate y su hijo se gritaban, muy enfadados. Streeter no podía irse. Assunta entró delante para anunciar que había llegado, y no le quedó más remedio que esperar en el vestíbulo. Kate salió llorando y le dijo en italiano que no podía darle la clase, que lo sentía. Había surgido algún contratiempo y no había tenido tiempo de telefonarle. Las lágrimas de Kate lo hicieron sentirse muy estúpido, con su gramática, su bloc de notas y su ejemplar de *Los novios* bajo el brazo. Dijo que no tenía importancia, que no era nada, y preguntó si podía volver el martes. Ella dijo que sí, que sí; que viniera el martes, y ¿querría venir también el jueves, no para una clase, sino para hacerle un favor?

—El hermano de mi padre, mi tío George —explicó—, viene a Roma, e intentará llevarse a Charlie a Estados Unidos. No sé qué hacer. No sé si puedo hacer algo. Pero me gustaría que hubiese un hombre aquí; me sentiría mucho mejor si no estuviese sola. Usted no tendrá que hacer ni que decir nada; únicamente sentarse en una silla y tomarse una copa, pero yo me sentiré mucho mejor si no estoy sola.

Streeter prometió acudir a la cita y se marchó pensando en qué clase de vida habría llevado Kate para que en un momento difícil solo pudiera contar con un extraño como él. Al quedarse sin clase y no tener nada especial que hacer, Streeter dio un paseo por el río hasta el Ministerio de Marina, y volvió luego cruzando un barrio que no era ni nuevo ni viejo ni ninguna otra cosa muy definida. Como era domingo por la tarde, las casas estaban cerradas en su mayor parte, y las calles

desiertas. Cuando se cruzaba con alguien era normalmente una familia entera que volvía de visitar el zoo. También se tropezó con algunos de esos hombres y mujeres solitarios que pueden verse los domingos por la tarde en cualquier lugar del mundo: tíos y tías solteros que salen a tomar el té con sus familiares y llevan unos pasteles para endulzar la visita. Pero la mayor parte del tiempo estaba solo; no oía más ruido que el de sus propios pasos y, a lo lejos, el sonido metálico de las ruedas de los tranvías sobre los raíles, un sonido evocador de soledad para muchos norteamericanos en un domingo por la tarde; en cualquier caso, un sonido muy melancólico para él, porque le recordaba algún amargo domingo de su juventud, sin amistad y sin amor. A medida que se acercaba al centro había más luces y más gente—flores y ruido de conversaciones—, y en la puerta de Santa Maria del Popolo lo abordó una prostituta. Era una joven hermosa, pero Streeter le dijo, en su italiano entrecortado, que tenía una amiga, y siguió adelante.

Mientras cruzaba la *piazza* vio cómo un automóvil atropellaba a un hombre. El ruido fue terrible: ese sonido peculiar de los huesos humanos cuando reciben un golpe mortal. El conductor abandonó el coche y echó a correr por la colina del Pincio arriba. La víctima yacía como un muñeco de trapo sobre el pavimento: un hombre pobremente vestido, pero con mucha brillantina en el pelo negro y rizado, probablemente su mayor motivo de orgullo. La gente se agolpó en seguida a su alrededor, sin ninguna solemnidad, aunque unas pocas mujeres se santiguaran, y comenzaron a hablar muy excitados. La gente, parlanchina, y más interesada, al parecer, en sus propias opiniones que en el agonizante, se arremolinó tan de prisa que la policía, cuando apareció, tuvo que empujar y discutir para llegar hasta donde se encontraba la víctima. Todavía con las palabras de la prostituta en los oídos, Streeter se preguntó por qué aquellas gentes consideraban una vida humana como algo de tan dudoso valor.

Se alejó de la *piazza* en dirección al río y, cruzando junto a la tumba de Augusto, se fijó en un hombre que llamaba a un gato para ofrecerle algo de comer. El gato era uno de los miles de millones que viven en las ruinas de Roma y se alimentan con sobras de espaguetis; el hombre le estaba ofreciendo un trozo de pan. Luego, al acercarse el gato, sacó un petardo del bolsillo, lo colocó en el pedazo de pan y encendió la mecha. Puso el pan en la acera, y la pólvora estalló justo cuando el gato lo cogía. El animal lanzó un maullido aterrador, dio un salto en el aire con todo el cuerpo retorcido, cruzó la valla como un relámpago y se perdió en la oscuridad de la tumba de Augusto. El hombre rio ante el éxito de su broma, y lo mismo hicieron unas cuantas personas que le habían estado observando.

El primer impulso de Streeter fue agarrar por las orejas a aquel individuo y enseñarle a no dar de comer petardos encendidos a los gatos moribundos. Pero, a juzgar por la reacción de los demás testigos, la cosa podía terminar en un incidente internacional, y comprendió que no podía hacer nada. Las gentes que habían reído la broma eran personas buenas y afables; muchos de ellos, padres cariñosos que unas

horas antes habrían estado cogiendo violetas en el Palatino.

Streeter se internó en una calle oscura y oyó a su espalda las herraduras y el tintinear de los arreos de varios caballos —sonaban como un ejército—, y tuvo que apartarse para dejar pasar a un cortejo fúnebre. La carroza iba tirada por dos parejas de caballos bayos con penachos de plumas negras. El cochero llevaba una librea negra y una gorra de almirante, y tenía el rostro rojizo y embrutecido de un cuatrero borracho. La carroza se bamboleaba y crujía traqueteante sobre los adoquines de una manera tan feroz que al pobre cadáver debían de estar rompiéndosele todos los huesos. El coche para los acompañantes iba vacío. Los amigos del difunto habían llegado quizá demasiado tarde, o se habían confundido de fecha, o se habían olvidado por completo del entierro, que es algo que pasa en Roma con mucha frecuencia. En cualquier caso, la carroza fúnebre y el coche de los acompañantes siguieron su camino hacia la Puerta de Servio Tulio.

Streeter llegó entonces a una conclusión: no quería morir en Roma. Disfrutaba de una excelente salud y carecía de motivos para pensar en la muerte, pero tenía miedo, de todas formas. De vuelta en su apartamento, se preparó un whisky y salió al balcón. Contempló cómo caía la tarde y se iban encendiendo las farolas en la calle, y se sintió completamente desconcertado ante sus propios sentimientos. No quería morir en Roma. La intensidad de aquella emoción solo podía nacer de la ignorancia y de la estupidez, se dijo a sí mismo, porque ¿qué otra cosa significaba un miedo como aquel, excepto la incapacidad para dominar las fuerzas de la vida? Se tranquilizó con razonamientos y se consoló con whisky, pero de madrugada lo despertó el ruido de un carruaje y unos caballos, y de nuevo sintió sudores fríos. La carroza, el cuatrero y el coche vacío, pensó, traqueteaban bajo su balcón. Se levantó y se acercó a la ventana para mirar, pero no eran más que dos coches de caballo de vuelta hacia las cocheras.

Cuando el tío George atracó en Nápoles el martes, se sentía muy animado y de buen humor. Su intención al salir al extranjero era doble: traer a casa a Charlie y a Kate y tomarse unas vacaciones, las primeras en cuarenta y tres años. Un amigo de Krasbie que había estado en Italia le preparó un itinerario: «En Nápoles, hospédate en el hotel Royal. Visita el Museo Nacional. Una copa en la Galería Umberto. La cena, en el California; buena comida norteamericana. A la mañana siguiente, el *autopullman* Roncari para ir a Roma: atraviesa dos pueblos muy interesantes y se detiene en la villa de Nerón. En Roma, hospédate en el Excelsior. Haz las reservas con tiempo...».

El miércoles por la mañana, tío George se levantó temprano y bajó al comedor del hotel.

—Zumo de naranja, jamón y huevos —le dijo al camarero.

El camarero le trajo zumo de naranja, café y un bollo.

—¿Dónde están los huevos y el jamón? —preguntó tío George, y entonces, cuando el otro le hizo una reverencia y sonrió, se dio cuenta de que aquel hombre no

entendía el inglés. Sacó su libro de frases hechas, pero allí no había nada sobre huevos con jamón—. ¿No tener *jamone*? —preguntó, levantando mucho la voz—. ¿No tener *huevi*?

El camarero siguió inclinándose y sonriendo, y tío George lo dejó estar. Se tomó el desayuno que no había pedido, dio una propina de veinte liras al camarero, cambió en recepción cuatrocientos dólares en cheques de viajes y pagó la cuenta. Los billetes que le dieron hacían bulto en la americana, y puso la mano encima de la cartera como si le doliera el corazón. Tío George sabía que Nápoles estaba lleno de ladrones. Un taxi lo llevó hasta la estación de autobuses, junto a una plaza, cerca de la Galleria Umberto. Era muy de mañana, el sol estaba aún cerca del horizonte, y tío George disfrutó con el aroma del café y del pan, y con el bullicio de la gente por las calles, camino de su trabajo. Un agradable olor a mar llegaba desde la bahía. Se presentó en el autobús antes de la hora, y un caballero de faz rojiza que hablaba inglés con acento británico le indicó cuál era su asiento. Aquel individuo era el guía: uno de esos seres que, cualquiera que sea el vehículo, el sitio donde se vaya y los monumentos que se visiten, consiguen siempre hacer grotesco el viaje. Su dominio de los idiomas es extraordinario, sus conocimientos sobre la antigüedad impresionan, y sienten un apasionado amor por la belleza, pero si se apartan del grupo por unos instantes es para echar un trago del frasco que llevan en el bolsillo o para pellizcar a una joven turista. Cantan las alabanzas del mundo antiguo en cuatro idiomas, pero llevan ropa raída y camisas sucias, y les tiemblan las manos de sed y de lascivia. Mientras el guía charlaba del tiempo con tío George, en su aliento se advertía ya el olor a whisky. Al cabo de unos instantes, dejó a tío George para saludar al resto de los excursionistas, que empezaban a cruzar la plaza.

Eran alrededor de treinta, señoras ancianas en su mayoría, y se movían como un rebaño o una bandada de pájaros, comprensiblemente tímidos a causa de su falta de familiaridad con el país. A medida que subían al autobús, cacareaban —como haremos nosotros cuando llegemos a viejos—, y llevaban a cabo todos esos complicados preparativos que las personas de edad necesitan para viajar. Después, mientras el guía cantaba las alabanzas del Nápoles antiguo, iniciaron la expedición.

Avanzaron primero siguiendo la costa. El color del agua verde y azul hizo que tío George se acordara de las postales de Honolulu que le habían enviado unos amigos durante sus vacaciones allí. Nunca había visto nada parecido. Pasaron junto a lugares de veraneo, ocupados solo a medias y todavía soñolientos, con muchachos sentados sobre las rocas en traje de baño esperando pacientemente a que el sol les tostara la piel. En qué pensarán —se preguntó tío George—. Durante todas esas horas que pasan sentados en las rocas, ¿en qué demonios piensan? Dejaron atrás una desvencijada colonia de casetas de baño no mayores que retretes, y tío George recordó —hacía tantos años— la emoción de desnudarse en una de aquellas cámaras con olor a sal cuando lo llevaban a la playa de niño. A medida que la carretera se dirigía hacia el interior, tío George fue torciendo el cuello para prolongar la última

ojeada al mar, preguntándose cómo podía parecerle tan brillante y tan azul una cosa íntimamente ligada a sus recuerdos. Atravesaron un túnel y salieron a tierras de labor. El tío George se interesaba por las técnicas agrícolas, y se maravilló de que las vides treparan por los árboles. También le sorprendió la forma de terraplenar el suelo, y se inquietó ante los signos de erosión. Acabó reconociendo que solo el cristal de una ventanilla lo separaba de una realidad tan extraña para él como la vida en la luna.

El autobús, con su techo y sus paredes de cristal, era como una pecera, y la luz del sol y las sombras de las nubes caían sobre los viajeros. Se vieron detenidos por un rebaño de ovejas. Los animales rodearon el autobús, haciendo una isla de aquel grupo de norteamericanos de edad avanzada, y llenando el aire con sus ásperos y estúpidos balidos. Más allá de las ovejas vieron a una muchacha que llevaba un cántaro de agua sobre la cabeza. Un hombre dormía plácidamente sobre la hierba a un lado de la carretera. Una mujer estaba sentada en el quicio de una puerta, dando de mamar a un niño. Dentro de la cúpula de cristal, las ancianas señoras comentaban las tarifas astronómicas que las líneas aéreas cobraban por los equipajes.

—Grace cogió la tiña en Palermo —dijo una de ellas—. No creo que se cure nunca.

El guía señalaba fragmentos de la antigua calzada, y de los puentes y de las torres romanas. Vieron un castillo sobre una colina, un espectáculo que entusiasmó al tío George, cosa que no tiene nada de extraño, porque cuando era niño tenía castillos pintados en el plato para la sopa, y los primeros libros que le leyeron y fue capaz de leer estaban ilustrados con castillos. Los castillos habían significado para él todo lo que la vida tiene de estimulante, de extraño y de maravilloso, y ahora, solo con levantar los ojos, podía ver uno, recortado contra un cielo tan azul como los de sus libros de cuentos.

Después de viajar una o dos horas, se detuvieron en un pueblo donde había un bar y unos lavabos. Cada taza de café costaba cien liras, lo que dio tema de conversación a las señoras para un buen rato después de que reanudaron el viaje. El café les había costado sesenta liras en el hotel y cuarenta en el bar de la esquina. Luego tomaron píldoras y leyeron sus guías turísticas, y el tío George contemplaba por la ventanilla aquel extraño país donde las flores de la primavera y del otoño parecían crecer juntas entre la hierba. En Krasbie, el tiempo sería sin duda muy malo, pero allí todo estaba en flor —los árboles frutales, las mimosas—, los prados blanqueaban a causa de las flores, y las huertas producían ya sus cosechas.

Luego llegaron a una ciudad: un sitio muy antiguo con calles estrechas y torcidas. Tío George no se enteró del nombre. El guía explicó que había una fiesta. El chófer tuvo que tocar el claxon continuamente para avanzar, y en dos o tres ocasiones se detuvieron por completo porque el gentío era demasiado espeso. Las personas que estaban en la calle miraban aquella pecera llena de norteamericanos viejos con tal incredulidad que el tío George se sintió herido. Vio cómo una niña dejaba de comer su mendrugo de pan para mirarlo con asombro. Las mujeres levantaban a sus niños

para que vieran a los extranjeros. Las ventanas se abrían, los bares se vaciaban, y la gente señalaba con el dedo a los pintorescos turistas y se echaban a reír. El tío George hubiera querido dirigirles la palabra, como hacía a menudo con los miembros del Rotary Club. «No se asombren —hubiera querido decirles—. No somos tan estrafalarios, tan ricos ni tan extraños. No nos miren de esa manera».

El autobús torció por una calle lateral, y se detuvieron de nuevo para tomar café e ir al lavabo. Muchos de los viajeros se diseminaron en busca de postales. El tío George vio una iglesia abierta al otro lado de la calle y decidió entrar. El aire le olió a especias cuando abrió la puerta. Las paredes de piedra estaban desnudas —era como una armería—, y solo algunos cirios se consumían en las capillas laterales. Oyó hablar en voz alta y vio a un hombre arrodillado delante de una de las capillas, diciendo sus oraciones. Lo hacía de una forma que él no había visto nunca. Tenía una voz muy fuerte, suplicante, en ocasiones enfadada. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas. Le pedía algo a la cruz: una explicación o un perdón o que salvara una vida. Movía las manos, lloraba, y el eco en la iglesia vacía hacía resonar sus palabras y sus gemidos. El tío George salió otra vez a la calle y volvió a montarse en el autobús.

Dejaron de nuevo la ciudad por el campo, y poco antes del mediodía se detuvieron ante las puertas de la villa de Nerón, compraron los tickets y entraron. Eran unas ruinas de notables dimensiones, de trazado caprichoso, y vacías de todo lo que no fueran los muros maestros de ladrillo. Los edificios habían sido amplios y de considerable altura, pero ahora las paredes y los arcos de las habitaciones sin techo y los fragmentos de las torres se mantenían en pie sobre una verde alfombra de hierba, sin que nada llevara ya a ningún sitio como no fuera a otro espacio vacío, y todas las escaleras que se alzaban y giraban, terminaban por detenerse a mitad de camino. El tío George abandonó el grupo y deambuló feliz entre las ruinas del palacio. La atmósfera le resultaba agradable y tranquila —algo así como la sensación que se tiene en un bosque—, y oyó cantar a un pájaro y un ruido de agua. Las siluetas de las ruinas, erizadas de plantas como sucede con los pelos en las orejas de los ancianos, le resultaban gratamente familiares, como si sus sueños olvidados se hubieran desarrollado en un escenario como aquel. De pronto se encontró en un lugar que estaba más oscuro que el resto. Había humedad en la atmósfera, y las absurdas habitaciones de ladrillo que comunicaban las unas con las otras se hallaban llenas de matorrales. Quizá se tratara de mazmorras, o del sitio donde se alojaba el cuerpo de guardia, o de un templo donde se celebraban ritos obscenos, porque repentinamente la humedad lo hizo tener deseos sexuales. Volvió hacia atrás buscando el sol, el agua y el pájaro, y se encontró con un guía que le obstruía el camino.

—¿Desea ver las habitaciones especiales?

—¿Qué quiere usted decir?

—Muy especiales —dijo el otro—. Solo para hombres. Para hombres robustos. Unas pinturas muy antiguas.

—¿Cuánto?

—Doscientas liras.

—De acuerdo. —El tío George se sacó doscientas liras del bolsillo.

—Venga —dijo el guía—. Por aquí.

Y echó a andar rápidamente, tan rápidamente que tío George casi tuvo que correr para no quedarse atrás. Vio cómo el guía atravesaba una estrecha abertura en la pared, un lugar donde los ladrillos se habían caído, pero cuando tío George lo siguió, el guía parecía haber desaparecido. Era una trampa. Sintió un brazo alrededor del cuello y le doblaron la cabeza hacia atrás con tanta violencia que no pudo pedir ayuda. Sintió cómo una mano le sacaba la cartera del bolsillo —un movimiento tan delicado como el mordisco de un pez en el anzuelo—, y luego lo arrojaron brutalmente al suelo. Quedó allí atontado durante uno o dos minutos. Al incorporarse, vio que le habían dejado el billeteiro vacío y el pasaporte.

Entonces rugió airado contra los rateros y odió a Italia con su ladrona población de organilleros y albañiles. Pero incluso durante aquel desahogo su enojo no era tan fuerte como su sensación de debilidad y de vergüenza. Se sentía terriblemente avergonzado de sí mismo, y cuando recogió el billeteiro vacío y lo guardó en el bolsillo, tuvo la impresión de que le habían arrancado el corazón y se lo habían roto. ¿A quién culpar? A las ruinas húmedas, no. Había pedido algo que a todas luces no estaba bien, y solo podía culparse a sí mismo. Quizá aquel robo se repitiera todos los días: cada vez que el autobús parase allí podían desplumar a algún viejo loco tan lascivo como él. Se puso en pie cansado y aburrido de aquel viejo cuerpo suyo, que le había jugado una mala pasada. Se sacudió el polvo del traje. Entonces se le ocurrió que quizá llegara tarde, que podía haber perdido el autobús y tendría que quedarse en aquellas ruinas sin un centavo. Primero anduvo y después corrió atravesando habitaciones, hasta que llegó a un sitio despejado y vio a lo lejos el rebaño de ancianas, siempre muy juntas.

El guía salió de detrás de un muro, se subieron al autobús y reanudaron la marcha.

Roma era fea; por lo menos lo eran sus alrededores: tranvías, tiendas de muebles de ínfima categoría, calles en obras, y ese tipo de bloques de apartamentos donde nadie quiere vivir en realidad. Las ancianas comenzaron a recoger las guías y a ponerse los abrigos, los sombreros y los guantes. El final de un viaje es el mismo en todas partes. Una vez preparadas, se sentaron de nuevo, con las manos cruzadas sobre el regazo, y el interior del autobús en completa quietud.

—Quisiera no haber venido —le dijo una de las ancianas a otra—. Preferiría no haber salido nunca de casa.

Y no era la única.

—*Ecco, ecco, Roma* —anunció el guía; y así era, efectivamente.

El jueves a las siete, Streeter se presentó en casa de Kate. Assunta lo hizo entrar, y cruzó por primera vez la sala sin el ejemplar de *Los novios* bajo el brazo, para ir a

sentarse junto a la chimenea. Después apareció Charlie. Iba vestido como siempre: los ceñidos pantalones vaqueros, los puños remangados y la camisa de color rosa. Al moverse arrastraba los zapatos o taconeaba sobre el suelo de mármol. Habló de béisbol y echó mano de su risa de búho, pero no mencionó al tío George. Tampoco lo hizo Kate cuando compareció, ni le ofreció una copa. Parecía presa de un torbellino emocional, con toda su capacidad de decisión enajenada. Hablaron del tiempo. Al cabo de un rato Charlie se acercó a su madre, que le sujetó las dos manos con una de las suyas. Entonces sonó el timbre, y Kate salió a recibir a su tío. Se abrazaron con mucho cariño —miembros de una misma familia—, y nada más terminar de saludarse, tío George dijo:

—Me han robado, Kate. Ayer me robaron cuatrocientos dólares. Cuando venía de Nápoles en el autobús.

—¡Cuánto lo siento! —dijo ella—. ¿Y no has podido hacer nada, George? ¿No había nadie con quien pudieras hablar?

—¿Hablar con quién, Kate? No he podido hablar con nadie desde que desembarqué. *No hablare la inglés*. Aunque les cortes las manos, no dirán nada. No me importa perder cuatrocientos dólares, no soy pobre, pero hubiera preferido darlos para algo que mereciera la pena.

—Lo siento muchísimo.

—Tienes una casa muy bonita, Kate.

—Charlie, este es el tío George.

Si había contado con que no se entendieran, sus esperanzas se desvanecieron en un segundo. Charlie olvidó su risa de búho, se mantuvo tan erguido y se mostró tan necesitado de todo lo que Norteamérica podía hacer por él, que la comunicación entre el hombre y el muchacho fue instantánea, y Kate tuvo que separarlos para poder presentar a Streeter. Tío George estrechó la mano del alumno de Kate y llegó a una comprensible pero errónea conclusión.

—¿Hablar inglés? —preguntó.

—Soy norteamericano —dijo Streeter.

—¿Cuántos años de condena?

—Este es el segundo —respondió Streeter—. Trabajo para la F. R. U. P. C.

—Este país es muy inmoral —dijo el tío George, sentándose en una de las sillas doradas—. Primero me roban cuatrocientos dólares y después, al pasearme por las calles, todo lo que veo son estatuas de hombres desnudos. Completamente desnudos.

Kate llamó a Assunta, y cuando apareció le pidió que trajera whisky y hielo en un italiano muy rápido.

—No es más que otra manera distinta de ver las cosas, tío George —dijo ella.

—No, no lo es. No es natural, ni siquiera en un vestuario. Hay muy pocos hombres que prefieran pasearse completamente desnudos por un vestuario si tienen una toalla a mano. No es normal. Mires donde mires. En los tejados, en los cruces de las calles más importantes. Al venir hacia aquí he pasado por un jardincito, un sitio

para que jueguen los niños, supongo que dirías tú, y justo allí en medio, justo en medio de todos esos niños, hay uno de esos hombres en cueros.

—¿Quieres un poco de whisky?

—Sí, gracias... El barco zarpa el sábado, Kate, y quiero que el chico y tú vengáis a casa conmigo.

—No quiero que Charlie vaya —repuso Kate.

—Pero él quiere ir, ¿no es cierto, Charlie? Me escribió una carta muy maja. Bien redactada y con buena letra. Me gustó mucho tu carta, Charlie. Se la enseñé al director del instituto de Krasbie y dijo que puedes incorporarte a las clases cuando quieras. Y tú tienes que venir también, Kate. Es tu hogar, y solo se tiene un hogar. Lo que pasa es que se burlaron de ti cuando eras una cría y tú saliste corriendo, eso es todo, y después no has parado de hacerlo.

—Sí, eso es cierto, y tal vez lo sea —respondió Kate muy de prisa—, pero ¿por qué tendría que volver a un sitio donde voy a parecer ridícula?

—No, Kate. No vas a parecer ridícula. Ya me encargaré yo de eso.

—Quiero volver a casa, mamá —dijo Charlie. Se había sentado en un taburete junto a la chimenea y ya no se acordaba de mantener la espalda erguida—. La echo de menos todo el tiempo.

—¿Cómo puedes echar de menos Norteamérica? —Su voz era muy cortante—. No has estado nunca allí. Este es tu hogar.

—¿Qué quieres decir?

—Tu casa está donde está tu madre.

—Es algo más que eso, mamá. Aquí me siento un extraño todo el tiempo. En la calle, todo el mundo habla un idioma diferente.

—Nunca has intentado aprender italiano.

—Las cosas no cambiarían aunque lo hubiese intentado. Seguiría sonando extraño. Quiero decir que siempre notaría que no es mi idioma. No entiendo a la gente, mamá. Me gustan, pero no los entiendo. Nunca sé lo que van a hacer a continuación.

—¿Y por qué no procuras entenderlos?

—Ya lo hago, pero no soy un genio, y tú tampoco los entiendes. Te lo he oído decir, y a veces también tú echas de menos Estados Unidos: me he dado cuenta. Se te nota en la cara.

—Echar algo de menos no quiere decir nada —repuso Kate muy enfadada—. Absolutamente nada. El cincuenta por ciento de la gente que hay en el mundo echa algo de menos todo el tiempo. Pero imagino que no tienes suficiente edad para entenderlo. Cuando estás en un sitio y quieres estar en otro, no se resuelven todos los problemas tomando un barco. En realidad, no sueñas con otro país. Sueñas con algo dentro de ti mismo que no tienes o que no has sido capaz de encontrar.

—No me refiero a eso, mamá. Solo quiero decir que si estuviera con personas que hablaran mi mismo idioma, con gente que me entendiera, me sentiría más cómodo.

—Si todo lo que esperas conseguir de la vida es comodidad, que Dios te ampare.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Assunta salió a abrir. Kate miró el reloj y vio que eran las ocho y cinco. Y el primer jueves del mes. Antes de que pudiera dar una explicación, estaban ya cruzando la sala, precedidos por el anciano duque de Roma, que llevaba unas flores en la mano izquierda. Algo por detrás de él venía la duquesa, su esposa, una mujer alta y esbelta, de cabellos grises, que llevaba puestas muchas joyas regaladas a la familia por Francisco I. A continuación avanzaba un amplio surtido de nobles, que formaban algo así como la *troupe* de un circo provinciano, vistoso pero un poco cansado del viaje. El duque entregó las flores a Kate. Todos ellos hicieron una especie de inclinación de cabeza en dirección a sus acompañantes, y atravesaron la cocina, que olía a gas, camino de la puerta de servicio.

—*Giuseppe il barbero tieni il dinero* —cantó tío George a voz en grito—. *E tieni grandi bigoti negri*. —Esperó a que alguien se riera, y como no lo hizo nadie, preguntó—: ¿Quiénes eran esos?

Kate se lo explicó, pero le brillaban los ojos, y él se dio cuenta.

—Te gustan este tipo de cosas, ¿no es cierto? —preguntó.

—Tal vez —respondió ella.

—Es una locura, Kate —dijo tío George—. Una completa locura. Tú te vienes a casa conmigo y con Charlie. El chico y tú podéis vivir en la otra mitad de la casa, y haré que os instalen una buena cocina americana.

Streeter notó que a Kate le había conmovido aquella observación, y le pareció que iba a echarse a llorar. Pero lo que hizo fue decir a toda velocidad:

—¿Cómo demonios crees que se hubiese descubierto América si todo el mundo se hubiera quedado en casa, en sitios como Krasbie?

—Tú no estás descubriendo nada, Kate.

—Sí que lo estoy, claro que sí.

—Todos vamos a ser más felices, mamá —intervino Charlie—. Seremos más felices si tenemos una casa limpia y muchos amigos simpáticos y un bonito jardín y una buena cocina y una ducha de verdad.

Ella se quedó inmóvil, junto a la repisa de la chimenea, dándoles la espalda, y dijo en voz muy alta:

—Ni los amigos simpáticos, ni la cocina, ni el jardín, ni un baño con ducha, ni ninguna otra cosa conseguirán que yo no quiera ver el mundo y conocer a las gentes que viven en él. —Luego se volvió hacia su hijo y le habló con dulzura—: Echarás de menos Italia, Charlie.

El muchacho se rio con su risa de búho.

—Echaré de menos los pelos negros en la comida —replicó.

Kate no dijo nada. Ni siquiera suspiró. Entonces el chico se acercó a ella y empezó a llorar.

—Lo siento, mamá —dijo—. Lo siento. No tenía por qué decir una cosa tan

estúpida. No es más que un chiste viejo.

Le besó a su madre las manos y las lágrimas que le caían por las mejillas, y Streeter se levantó y se fue.

«Tal era ciò che di meno deforme e di men compassionevole si faceva vedere intorno, i sani, gli agiati —leyó Streeter cuando fue a clase el domingo por la tarde—. Chè, dopo tante immagini di miseria, e pensando a quella ancor più grave, per mezzo alla quale dovrem condurre il lettore, non ci fermeremo ora a dir qual fosse lo spettacolo degli appestati che si strascicavano o giacevano per la strade, de' poveri, de' fanciulli, delle donne».

Charlie se había marchado; Streeter no lo sabía porque Kate se lo hubiera dicho, sino porque el piso parecía mucho más grande. A media clase, el anciano duque de Roma cruzó la sala en bata y zapatillas, llevando un tazón de sopa a su hermana, que estaba enferma. Kate parecía cansada, pero eso le pasaba siempre, y cuando terminó la hora y Streeter se puso en pie, preguntándose si le hablaría de Charlie o del tío George, ella lo felicitó por los progresos que había hecho y lo animó a que terminara *Los novios* y se comprara un ejemplar de la *Divina Comedia* para la semana siguiente.

LOS WRYSON

Los Wryson querían que en Shady Hill las cosas siguieran exactamente igual que estaban. Su temor al cambio —a cualquier tipo de irregularidad— era muy intenso, y cuando se vendió la finca de los Larkin para convertirla en una residencia de ancianos, los Wryson fueron al pleno del ayuntamiento y exigieron saber qué clase de ancianos iban a ser los que vivirían allí. Las actividades cívicas de los Wryson se limitaban a la regulación de las zonas urbanas, pero en ese campo se mostraban muy activos, y si a uno lo invitaban a su casa a tomar unos cócteles, había muchas posibilidades de que le pidieran que firmase una petición para regular alguna zona antes de que se marchara. En aquella preocupación había algo más que el deseo natural de mantener la personalidad urbana de su comunidad. Los Wryson parecían notar la presencia de un desconocido que se empeñaba en entrar: un desconocido sucio, que intrigaba sin descanso, extranjero, padre de niños alborotadores que echarían a perder sus rosales y que conseguirían que se depreciara su propiedad; un hombre barbudo, con olor a ajo en el aliento y un libro bajo el brazo. Los Wryson no tomaban parte en la vida intelectual de Shady Hill. Era difícil encontrar un libro en su casa, y, en un sitio donde se sabía que incluso las cocineras colgaban reproducciones de Picasso sobre el lavabo, los gustos de los Wryson en pintura no iban más allá de las puestas de sol sobre el mar y de los jarrones con flores. Donald Wryson era un hombre corpulento, de pelo rubio cada vez más escaso y el aire jovial de un bravucón, pero Donald solo abusaba de la fuerza en defensa de la rectitud, de la separación entre las clases, y de la ordenada apariencia de las cosas. Irene Wryson era una mujer no totalmente desprovista de atractivo, pero tímida y pendenciera al mismo tiempo: especialmente belicosa cuando surgía el tema de la regulación de las zonas urbanas. Los Wryson tenían una única hija, una niña llamada Dolly, vivían en una agradable casa de Alewives Lane, y eran aficionados a la jardinería. Esto último era otra manera de mantener las apariencias de las cosas, y Donald Wryson adoptaba una actitud muy crítica frente a cualquier vecino que descuidara los arbustos de celindas o tuviera una calva en el césped delante de la fachada principal. La vida social de los Wryson era muy limitada; no parecían tener ambiciones o necesidades en este sentido, aunque todos los años enviaban unas seiscientas felicitaciones de Navidad. Redactarlas y escribir los sobres debía de ocuparles las veladas de dos semanas por lo menos. Donald tenía una risa muy parecida a un rebuzno, y las personas a las que no les caía bien evitaban cuidadosamente sentarse en el mismo vagón del tren. Los Wryson eran rígidos, inflexibles. Cuando encontraban grama entre el césped de su jardín u oían que unos vecinos suyos planeaban divorciarse, no daban la impresión de sentir desagrado, sino auténtica alarma. Eran raros, desde luego. Aunque no tan raros

como la pobre y aturdida Flossie Dolmetch, a quien cogieron falsificando recetas y se descubrió que llevaba tres años inyectándose morfina. Tampoco eran tan raros como Caruthers Mason, con su colección de dos mil fotografías pornográficas, ni tanto como la señora Temon, que, con aquellos dos encantadores niños en la habitación de al lado... Pero ¿para qué seguir? Los Wryson eran raros.

La rareza de Irene Wryson giraba alrededor de un sueño. Una o dos veces al mes soñaba que alguien —un desafortunado piloto norteamericano o algún enemigo— había hecho explotar una bomba de hidrógeno. A la luz del sol, su sueño era inadmisibile, porque no podía relacionarlo ni con su jardín, ni con su interés por la regulación de las zonas urbanas, ni con su agradable manera de vivir. Tampoco era capaz de decirle a su marido durante el desayuno que había soñado con la bomba de hidrógeno. Delante de una mesa bien servida y del agradable panorama del jardín —enfrentada incluso con un día lluvioso o con una nevada—, Irene no encontraba la manera de explicar lo que había turbado su sueño. Aquello le suponía un considerable desgaste de energías y una pérdida de equilibrio, y con frecuencia se quedaba muy deprimida. La sucesión de escenas en el sueño variaba, pero de ordinario era como sigue.

La acción transcurría en Shady Hill: Irene soñaba que se despertaba en su propia cama. Donald nunca se hallaba presente. Ella se daba cuenta de inmediato de que había estallado la bomba. A través de un gran agujero en el techo, entraba lana de colchón y un chorrito de líquido marrón. El cielo estaba gris —opaco—, aunque hacia el este se veían unos cuantos filamentos de luz roja, como esos encantadores jirones de vapor de agua que quedan en el aire después de la puesta de sol. Irene no sabía si aquello eran jirones de vapor o de agua o parte de la fuerza que iba a destruir la médula de sus huesos. La atmósfera gris parecía definitiva. En el cielo no volvería nunca a brillar el sol. Desde su ventana, Irene veía un río, y ahora, mientras lo contemplaba, empezaban a llegar embarcaciones corriente arriba. Al principio solo había dos o tres. Luego eran decenas, y después centenares. Había lanchas fuera borda, botes para excursiones, yates, goletas con motores auxiliares; había incluso barcas de remos. El número de embarcaciones crecía hasta cubrir el agua por completo, y el ruido de los motores se convertía en un estrépito ensordecedor. Las maniobras para situarse en esta retirada río arriba se hacían primero agresivas y después salvajes. Irene veía hombres disparando unos contra otros, y una barca de remos, en la que se encontraba una familia con niños pequeños, aplastada y hundida por un yate con motor. Y ella se echaba a llorar en el sueño, al ver este comportamiento inhumano mientras se acababa el mundo. Irene lloraba y seguía mirando, como si le estuviese siendo revelada alguna novedad, como si siempre hubiera sabido que la condición humana era así, como si siempre hubiera sido consciente de que el mundo era peligroso y que las comodidades de su vida en Shady Hill no eran más que un insignificante paliativo.

Después, en el sueño, Irene se apartaba de la ventana y atravesaba el cuarto de

baño que comunicaba su dormitorio con el de Dolly. Su hija dormía plácidamente, y ella la despertaba. Al llegar a este momento, sus emociones se hacían especialmente intensas. La fuerza y la pureza del amor que experimentaba hacia aquella niña envuelta en tibieza le causaban verdadero dolor. Irene vestía a su hijita y le ponía un traje de mucho abrigo para la nieve, y luego la llevaba al cuarto de baño. Una vez allí, abría el armario del botiquín, el único lugar de la casa que los Wryson, a pesar de su pasión por la limpieza, no tenían perfectamente ordenado. El botiquín estaba abarrotado con sobrantes de medicinas para curar las insignificantes enfermedades de Dolly: jarabes para la tos, loción de calamina para las ortigas, aspirinas y purgantes. Y el suave olor de aquellos restos y la ternura que había sentido por su hija cuando estaba enferma —como si la puerta del armario de las medicinas hubiese sido una ventana que se abriera a algún resplandeciente verano de las emociones— la hacían llorar de nuevo. Entre los frascos había uno que decía: «Veneno». Irene lo cogía, desenroscaba el tapón y dejaba caer sobre su mano izquierda una píldora para ella y otra para la niña. A su hija le contaba alguna mentira inofensiva, y cuando estaba a punto de ponerle la pastilla entre los labios, el techo del cuarto de baño se derrumbaba y se encontraban hundidas hasta la rodilla en escayola y agua sucia. Irene buscaba el veneno a su alrededor en el agua, pero había desaparecido, y de ordinario el sueño terminaba así. Y ¿cómo podía ella inclinarse sobre la mesa del desayuno y explicarle a aquel fornido esposo suyo su palidez con una detallada visión del fin del mundo? Donald hubiera soltado una de sus carcajadas, que eran como rebuznos.

No resultaba difícil rastrear la rareza de Donald Wryson hasta su infancia. Se había criado en un pueblecito del Medio Oeste que no debía de tener gran cosa de recomendable, y su padre, un viajante de comercio chapado a la antigua, con una rosa de invernadero en el ojal y polainas de color de ante, había abandonado a su mujer y a su hijo cuando el chico era todavía pequeño. La señora Wryson carecía de familia y tenía muy pocos amigos. Al desaparecer su marido, consiguió un empleo de oficinista en una compañía de seguros, y emprendió, junto con su hijo, una vida de absoluta melancolía y de muchas privaciones. Nunca olvidó el horror de haberse visto abandonada, y se apoyaba en su hijo con tanta fuerza para consolarse que parecía amenazar su vitalidad. Su existencia era un calvario, como ella misma decía con mucha frecuencia, y todo lo más que podía hacer era encontrar fuerzas para seguir viviendo.

Hubo un tiempo en que era joven, hermosa y feliz, y la única manera que tenía de evocar aquellos tiempos perdidos era dar a su hijo lecciones de repostería. Cuando las noches eran largas y frías y el viento silbaba alrededor de la casa para cuatro familias donde vivían, la madre de Donald encendía el fuego en la cocina y ponía una piel de manzana sobre la tapa del fogón para sentir su fragancia. Luego el muchacho se ponía un delantal e iba de un lado para otro, sacando los necesarios cuencos y cacerolas,

midiendo la harina y el azúcar, separando las claras de las yemas. Llegó a saberse el contenido de todos los armarios. Sabía dónde se guardaban las especias y el azúcar, los frutos secos y la cáscara de limón rallada, y cuando terminaban lo que estuvieran haciendo, a Donald le gustaba ver los cuencos y las cacerolas y volver a ponerlos en su sitio. Al muchacho le encantaban aquellas horas dedicadas a la repostería, sobre todo porque parecían disipar el sentimiento de opresión que dominaba todos aquellos años de la vida de su madre..., y, ¿había alguna razón para que un muchacho aquejado de soledad se rebelara contra el sentimiento de seguridad que le proporcionaba la cocina en las noches de tormenta? Su madre le había enseñado a hacer galletas, panecillos y pastel de plátano y, finalmente, tartas lady Baltimore. A veces eran más de las once cuando terminaban.

—Lo hemos pasado bien juntos, ¿verdad, hijo mío? —preguntaba la señora Wryson—. Hemos pasado un rato estupendo tú y yo, ¿no es cierto? ¡Fíjate cómo aúlla el viento! Piensa en los pobres marineros que están en la mar. —Luego lo abrazaba, le acariciaba el pelo con los dedos y, a veces, aunque era ya demasiado corpulento, lo hacía sentarse sobre su regazo.

De todo aquello hacía ya mucho tiempo. La señora Wryson había muerto, y cuando Donald se encontró al borde de su fosa no sintió un dolor excesivo. Su madre se había reconciliado con la idea de la muerte antes de morir, y su conversación en los últimos años había estado llena de gallardas alusiones a la tumba. Años más tarde, cuando Donald vivía solo en Nueva York, se había visto atacado de repente, una noche de primavera, por una depresión tan fuerte como cualquiera de las que había sufrido en su adolescencia. No bebía, ni disfrutaba con los libros, ni con el cine ni con el teatro, y, al igual que su madre, tenía pocos amigos. Buscando desesperadamente alguna manera de aliviar su angustia, se le ocurrió la idea de preparar una tarta lady Baltimore. Salió a la calle y compró los ingredientes —terriblemente avergonzado de sí mismo—, luego cernió la harina, cortó en trocitos los frutos secos y ralló la cáscara de limón en la cocina del pequeño apartamento sin ascensor donde vivía. Mientras daba vueltas a la masa, notó que su depresión se desvanecía, pero solo cuando metió la tarta en el horno y se sentó para limpiarse las manos con el delantal, se dio cuenta con toda claridad del éxito que había conseguido el hecho de evocar el fantasma de su madre y la sensación de seguridad que había experimentado de niño en su cocina durante las noches de tormenta. Cuando la tarta estuvo hecha, le puso el recubrimiento de azúcar, se comió un trozo y tiró el resto a la basura.

La siguiente vez que se sintió angustiado venció la tentación de hacer una tarta, pero después no siempre lo lograba, y durante los ocho o nueve años que llevaba casado con Irene debía de haber preparado ocho o nueve tartas. Donald tomaba precauciones extraordinarias, y su mujer ignoraba por completo esa faceta suya. Irene estaba convencida de que no sabía una palabra de cocina. Y ¿cómo podía él durante el desayuno —sus cien kilos de humanidad— explicar que tenía cara de sueño porque había estado en pie hasta las tres de la madrugada preparando una tarta lady

Baltimore que luego había escondido en el garaje?

Al conocer estos desagradables hechos acerca de estas personas nada atractivas, ¿no podemos librarnos de ellos con la suficiente brillantez, sabiendo que nadie, excepto Dolly, los echará jamás de menos? Donald Wryson, en su celo de cruzado por la regulación de las zonas urbanas, no tenía inconveniente en salir de casa por muy mal tiempo que hiciera, y digamos que una noche, cuando regresaba de un referéndum durante una tormenta de hielo, su coche patinó bajando por Hill Street, fue a estrellarse contra el olmo de la esquina y quedó destrozado. Fin. Su pobre viuda, ya fuera por amor o por la fuerza de la costumbre, se mostró inconsolable. Al levantarse de la cama una mañana, aproximadamente un mes después de haber perdido a su esposo, se le enganchó un pie en el dobladillo de la bata, se cayó y se rompió una cadera. Debilitada por una larga convalecencia, cogió una pulmonía y abandonó el mundo de los vivos. Esto nos deja únicamente con Dolly, y ¿qué relato tan triste cabe escribir acerca de la pobre niña! Durante los meses que pasan hasta la legalización del testamento de sus padres, vive primero de la caridad y luego de la tolerancia de sus vecinos. Finalmente se la manda a vivir con su única pariente, una prima de su madre, maestra de escuela en Los Ángeles. ¡Cuántos cientos de noches se dormirá llorando, abrumada por el desconcierto y la vivencia de su soledad! Qué extraño y frío le parecerá el mundo. Hay muy pocas cosas que le recuerden a sus padres, excepto el correo en época de Navidades, cuando, reexpedidas desde Shady Hill, le llega la felicitación de la señora Sallust Trevor, que ha estado viviendo en París y no se ha enterado del accidente; los saludos de los Parker, que viven en México y nunca ponen su lista al día; la «feliz navidad» de Meyers' Drugstore; las «muchas felicidades» de los Perry Brown; el «*bon natale*» del restaurante italiano Oak Tree; un «*joyeux nöel*» de Dodie Smith. Año tras año, nuestra niñita tendrá la responsabilidad de tirar a la papelera las alegres felicitaciones que han seguido a sus padres a la tumba y más allá de ella... Pero no fue eso lo que sucedió, y si hubiera sucedido no habría arrojado la menor luz sobre lo que ya sabemos.

Lo que pasó fue lo siguiente: Irene Wryson volvió a tener su sueño una noche. Al despertarse, vio que su marido no estaba en la cama. Había un olor dulce en el aire. Sudando profusamente, y con los latidos del corazón debilitados por el miedo, Irene se dio cuenta de que había llegado el fin. ¿Qué podía indicar aquel olor dulce en el aire excepto la presencia de cenizas atómicas? Corrió a la ventana, pero el río estaba desierto. Despejada solo a medias y sintiéndose terriblemente perdida como se sentía, tan solo una sana curiosidad le impidió despertar a Dolly. Había humo en el corredor, pero no era humo de un fuego corriente. El olor dulce le aseguraba que aquello solo podían ser cenizas mortíferas. Guiada por el olor, Irene bajó la escalera, atravesó el comedor y llegó a la iluminada cocina. Donald se había dormido con la cabeza apoyada en la mesa y la estancia estaba llena de humo.

—¡Cariño! —exclamó ella, despertándolo.

—Se me ha quemado —dijo él, cuando vio el humo que salía del horno—. Se me ha quemado la maldita tarta.

—Yo creía que era la bomba de hidrógeno —señaló ella.

—Es una tarta —dijo él—. Se me ha quemado. ¿Qué te ha hecho creer que fuera la bomba de hidrógeno?

—Si querías algo de comer, deberías haberme despertado.

Irene apagó el horno y abrió la ventana para que saliera el olor a humo y entrara el olor a nicotina y a otras flores nocturnas. Quizá ella vacilara un momento, pero ¿qué hubiera pensado el desconocido que se empeñaba en entrar —el desconocido con su barba y con su libro— de aquella pareja en pijama y camisón, a las cuatro y media de la mañana en una cocina llena de humo? Algún barrunto —quizá momentáneo— de la complejidad de la existencia debió de cruzar por sus mentes, pero fue solo un instante. No se dieron más explicaciones. Donald tiró a la basura la tarta (reducida a cenizas), y los dos apagaron las luces y subieron la escalera, más desconcertados que nunca por la vida, y más preocupados que nunca por las apariencias.

EL MARIDO RURAL

Habrá que contar, para empezar por el principio, que el avión de Minneapolis en el que Francis Weed se dirigía hacia el este se encontr  de pronto con graves problemas meteorológicos. El cielo había estado antes de un color azul brumoso, con nubes exclusivamente por debajo del avión, aunque tan juntas que no se veía la tierra. Luego empezó a formarse vaho en el exterior de las ventanillas, y penetraron en una nube blanca de tal densidad que reflejaba las llamas del escape de los motores. El color de la nube se oscureció hasta convertirse en gris, y el avión empezó a mecerse. Francis se había encontrado otras veces con fuertes perturbaciones atmosféricas, pero el balanceo no había sido nunca tan intenso. El hombre sentado junto a él sacó un frasco del bolsillo y ech  un trago. Francis le sonrió, pero el otro apartó la vista; no estaba dispuesto a compartir con nadie su analgésico particular. El avión empezó a caer y a dar violentos tumbos. Un niño se puso a llorar. Hacía demasiado calor en la cabina, el aire estaba viciado, y a Francis se le durmió el pie izquierdo. Leyó unas líneas del libro de bolsillo que había comprado en el aeropuerto, pero la violencia de la tormenta distraía su atención. Por fuera de las ventanillas todo estaba negro. Las llamas del escape de los motores brillaban y lanzaban chispas en la oscuridad, y, dentro, las luces indirectas, la mala ventilación y las cortinas de las ventanillas daban a la cabina una atmósfera intensamente doméstica que estaba por completo fuera de lugar. Luego las luces parpadearon y se apagaron.

— Sabe usted qué es lo que siempre he querido hacer? —dijo de pronto el hombre que viajaba sentado junto a Francis—. Siempre he deseado comprar una granja en New Hampshire y criar ganado vacuno.

La azafata anunció que iban a hacer un aterrizaje de emergencia. Todos, excepto los niños, vieron extenderse en su imaginación las alas del  ngel de la Muerte. Se oía cantar al piloto en voz muy baja:

—Tengo seis peniques, espléndidos, espléndidos seis peniques. Tengo seis peniques para que me duren toda la vida... —No se oía ningún otro ruido.

El violento gemir de las válvulas hidráulicas se tragó la canción del piloto, se oyó una especie de chillido muy fuerte, como el de los frenos de un automóvil, y el avión dio con el vientre en un maizal y los zarandeó con tanta energía que un anciano que iba sentado en la parte delantera aull :

— Mis riñones!  Mis riñones!

La azafata abrió la puerta de golpe, y alguien hizo lo mismo con la salida de emergencia en la parte de atrás, dejando entrar el grato ruido de su continuada mortalidad: el ocioso chapoteo y el olor húmedo de un fuerte chaparrón. Temerosos por sus vidas, los pasajeros salieron en fila por las puertas y se desperdigaron por el

maizal en todas direcciones, rezando para que todo saliera bien. Y así fue. Nada sucedió. Cuando estuvo claro que el avión no se quemaría ni estallaría, la tripulación y la azafata reunieron a los pasajeros y los hicieron refugiarse en un granero. No estaban lejos de Filadelfia, y al cabo de un rato una hilera de taxis los llevó a la ciudad.

—Es exactamente igual que en la batalla del Marne —dijo alguien, pero, sorprendentemente, apenas se había modificado la actitud de desconfianza con que la mayoría de los norteamericanos miran siempre a sus compañeros de viaje.

En Filadelfia, Francis Weed tomó un tren para Nueva York. Al final de aquel viaje cruzó la ciudad y se subió, cuando ya estaba a punto de salir, al tren de cercanías que cogía cinco noches por semana para volver a su casa en Shady Hill.

Se sentó junto a Trace Bearden.

—¿Sabes? Yo iba en ese avión que ha tenido que hacer un aterrizaje forzoso a las afueras de Filadelfia —declaró—. Hemos ido a parar a un maizal...

Pero Francis había viajado más de prisa que los periódicos o la lluvia, y en Nueva York lucía el sol y la temperatura de aquel día de finales de setiembre, tan fragante y tan armonioso como una manzana, era muy agradable. Trace escuchó su relato, pero ¿cómo iba a emocionarse? Francis carecía de las dotes narrativas que le permitieran recrear su roce con la muerte... especialmente en la atmósfera de un tren de cercanías, que recorre un paisaje soleado donde, en las huertas de los barrios pobres, se veían ya indicios de cosechas. Su compañero de asiento cogió de nuevo el periódico, y Francis se quedó a solas con sus reflexiones. En el andén de Shady Hill dijo adiós a Trace y se trasladó en su Volkswagen de segunda mano al barrio de Blenhollo, donde vivía.

La casa de estilo colonial holandés de los Weed era más grande de lo que parecía desde el camino de entrada. El cuarto de estar era espacioso y estaba dividido en tres partes, como las Galias. A la izquierda, según se entraba desde el vestíbulo, estaba la mesa larga, puesta para seis, con velas y una fuente de fruta en el centro. Los sonidos y los olores que llegaban a través de la puerta abierta de la cocina eran estimulantes, porque Julia Weed era una buena cocinera. La parte más amplia del cuarto de estar tenía como centro la chimenea. A la derecha había algunas estanterías con libros y un piano. La habitación estaba muy limpia y tranquila, y por las ventanas que daban al este entraba un poco de sol de finales de verano, muy brillante y tan claro como agua. Nada se había descuidado; no había ningún objeto al que no se hubiera sacado brillo. No era el tipo de casa donde, después de conseguir abrir una caja de cigarrillos con la tapa pegada, solo se encuentra dentro el botón de una camisa y una oxidada moneda de cinco centavos. El hogar de la chimenea había sido barrido, las rosas colocadas sobre el piano se reflejaban en su brillante y amplia superficie, y había un álbum de vals de Schubert en el atril. Louisa Weed, una guapa niña de nueve años, miraba hacia el exterior por las ventanas de poniente. Henry, su hermano pequeño, estaba junto a ella. Toby, su otro hermano aún más pequeño, estudiaba las figuras de unos

monjes tonsurados que bebían cerveza en los brillantes metales del cajón para la leña. Al quitarse el sombrero y dejar el periódico, Francis no se sintió conscientemente satisfecho con la escena; no era demasiado propenso a la reflexión. Aquel era su elemento, creación suya y volvía a él con ese sentimiento de liberación y de fuerza con que cualquier criatura vuelve a su casa.

—Hola a todo el mundo —saludó—. El avión de Minneapolis...

Nueve de cada diez veces, Francis hubiese sido recibido afectuosamente, pero esa noche los niños se hallaban absortos en sus propios antagonismos. Francis no ha terminado la frase sobre el aterrizaje forzoso cuando Henry le da una patada a Louisa en el trasero. La niña gira en redondo, diciendo:

—¡Bestia, más que *bestia*!

Francis comete el error de reñir a Louisa por su manera de hablar antes de imponer un castigo a Henry. Acto seguido, la niña se vuelve contra su padre y lo acusa de favoritismo. Henry siempre tiene razón; ella se ve perseguida y abandonada; el destino siempre le es adverso. Francis se dirige a su hijo, pero el niño tiene una excusa para la patada: ella le ha pegado primero, y en la oreja, que es un sitio peligroso. Louisa asiente con pasión. Le ha dado un golpe en la oreja y además quería dárselo precisamente allí, porque ha estado enredando con su vajilla de juguete. Henry asegura que su hermana miente. El pequeño Toby se acerca desde la leñera para dar testimonio en favor de Louisa. Henry le tapa la boca con la mano. Francis separa a los dos niños, pero sin querer tira a Toby dentro del cajón de la leña. Toby se echa a llorar. Louisa ya lo ha hecho antes. Precisamente en este momento, Julia Weed entra en la parte de la habitación donde está puesta la mesa. Es una mujer bonita e inteligente, con algunos cabellos prematuramente grises. No parece darse cuenta del alboroto.

—Hola, cariño —le dice serenamente a Francis—. Todo el mundo a lavarse las manos. La cena está lista. Coge una cerilla y enciende las seis velas para iluminar este valle de lágrimas.

Sus sencillas palabras, como los gritos de guerra de los jefes de los clanes escoceses, solo sirven para reavivar la ferocidad de los combatientes. Louisa le da un golpe en el hombro a Henry, quien, aunque no llora casi nunca, ha jugado al béisbol mucho rato y está cansado, por lo que se le saltan las lágrimas. El pequeño Toby descubre que se le ha clavado una astilla en la mano y comienza a aullar. Francis dice a gritos que ha sobrevivido a un aterrizaje forzoso y está cansado. Julia sale de nuevo de la cocina y, sin darse aún por enterada de la confusión, le pide a su marido que suba al piso de arriba y le diga a Helen que está todo listo. Francis se alegra de marcharse; es como volver a la sede central de la compañía. Quiere contarle a su hija mayor el aterrizaje forzoso, pero Helen está tumbada en la cama, leyendo un ejemplar de la revista *Amores románticos*, y lo primero que Francis hace es quitárselo de las manos y recordarle que le tiene prohibido comprarlo. Helen replica que no lo ha comprado: se lo ha prestado su mejor amiga, Bessie Black. Todo el mundo lee

Amores románticos. El padre de Bessie Black también la lee. No hay una sola chica en la clase de Helen que no lea *Amores románticos*. Francis insiste en lo mucho que le desagrada, y luego le dice a su hija que la cena está lista, aunque por los ruidos que llegan de la planta baja no parece que sea así. Helen lo sigue escaleras abajo. Julia se ha sentado a la mesa iluminada por las velas y extiende la servilleta sobre su regazo. Ni Louisa ni Henry han acudido a cenar. El pequeño Toby sigue aullando, tumbado boca abajo en el suelo. Francis le habla cariñosamente:

—Papá ha tenido que hacer un aterrizaje forzoso esta tarde, Toby. ¿No quieres que te lo cuente?

Toby sigue llorando.

—Si no vienes ahora mismo a la mesa, Toby —dice Francis—, te mando a la cama sin cenar.

El niño se pone en pie, lanza a su padre una mirada cortante, sube corriendo la escalera y se encierra en su dormitorio dando un portazo.

—¡Vaya por Dios! —dice Julia, y se levanta para ir tras él.

Francis comenta que lo mimaba demasiado. Su mujer responde que el niño pesa cuatro kilos menos de lo normal y que hay que mimarlo para que coma. Se acerca el invierno, y Toby se pasará en la cama los meses fríos a no ser que se tome la cena. Julia sube la escalera. Francis se sienta a la mesa junto con Helen, que experimenta en este momento la desagradable sensación de haber estado leyendo con demasiada intensidad en un hermoso día, y obsequia a su padre y a la habitación en general con una mirada de hastío. No puede imaginarse el aterrizaje forzoso, porque en Shady Hill no ha caído ni una gota de lluvia.

Julia vuelve con Toby, todos se sientan a la mesa y se sirve la cena.

—¿Tengo que estar siempre viendo a esa bola de grasa? —dice Henry, refiriéndose a Louisa.

Todo el mundo excepto Toby interviene en la refriega, que se prolonga, de un extremo a otro de la mesa durante cinco minutos. Hacia el final, Henry se tapa la cabeza con la servilleta y, tratando de comer así, se le caen las espinacas sobre la camisa. Francis le pregunta a Julia si los niños no podrían cenar antes. Julia está perfectamente preparada para semejante pregunta: no puede preparar dos cenas ni poner la mesa dos veces. Describe con pinceladas relampagueantes el panorama de monótonas tareas que han acabado con su juventud, su belleza y su inteligencia. Francis dice que también hay que comprenderlo a él; ha estado a punto de morir en un accidente aéreo, y no le gusta volver a casa todas las noches y encontrarse con un campo de batalla. Ahora Julia se siente muy afectada. Le tiembla la voz. Francis no se encuentra todas las noches con un campo de batalla. Es una acusación mezquina y estúpida. Todo estaba tranquilo hasta que él llegó. Julia se interrumpe, deja el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y contempla su plato como si fuera un abismo. Empieza a llorar.

—¡Pobre mamáita! —dice Toby, y cuando se levanta de la mesa, secándose las

lágrimas con la servilleta, él la acompaña—. ¡Pobre mamaíta! —dice—. ¡Pobre mamaíta! —Suben juntos la escalera.

Los otros niños se alejan del campo de batalla, y Francis sale al jardín de atrás para fumar un cigarrillo y respirar un poco de aire.

Era un jardín agradable, con senderos, macizos de flores y sitios para sentarse. La puesta de sol casi se había extinguido ya, pero aún había mucha luz. El accidente y la batalla campal en la mesa habían puesto a Francis Weed en la actitud meditativa con que se dispuso a escuchar los ruidos nocturnos de Shady Hill.

—¡Bribonas! ¡Sinvergüenzas! —les gritaba a las ardillas el anciano señor Nixon junto al comedero para los pájaros—. ¡Fuera! ¡Quitaos de mi vista!

Una puerta se cerró de golpe. Alguien estaba cortando hierba. Luego, Donald Goslin, que vivía en la esquina, empezó a tocar la sonata *Claro de luna*. Lo hacía casi todas las noches. Le traía sin cuidado el ritmo y la interpretaba en *rubato* desde el principio hasta el final, como un flujo de lloroso mal humor, soledad y autocompasión: todo lo que la grandeza de Beethoven le llevó a desconocer por completo. La música se derramaba de un extremo a otro de la calle bajo los árboles como una súplica de amor, de ternura, dirigida a alguna encantadora doncella: alguna chica de Galway de tez fresca y con morriña, que estaría mirando antiguas instantáneas en su cuarto del tercer piso.

—Aquí, *Júpiter*, aquí, *Júpiter* —llamó Francis al perdiguero de los Mercer.

El perro se abrió paso violentamente por las tomateras con los restos de un sombrero de fieltro entre los dientes.

Júpiter era una anomalía. Sus instintos de perdiguero y su incansable vitalidad estaban fuera de lugar en Shady Hill. Era tan negro como el carbón, con un rostro alargado, despierto, inteligente, de libertino. Había un brillo travieso en sus ojos, y llevaba siempre la cabeza muy alta. Era la cabeza ceñida con un pesado collar que aparecía en heráldica, en los tapices, y que solía utilizarse antes en los puños de los paraguas y en los bastones. *Júpiter* iba donde le apetecía, saqueando papeleras, tendederos, cubos de basura, y cajas de zapatos. Interrumpía las fiestas que se celebraban en los jardines y los partidos de tenis, y se metía los domingos en las procesiones de Christ Church, ladrando a los hombres vestidos de rojo. Atravesaba dos o tres veces al día la rosalada del anciano señor Nixon, abriendo un amplio hueco entre las condesas de Sastagos, y tan pronto como Donald Goslin encendía la barbacoa el jueves por la noche, a *Júpiter* le llegaba el olor. Nada de lo que los Goslin hicieran lograba echarlo. Palos, piedras y voces destempladas solo conseguían situarlo en el borde de la terraza, donde perseveraba, con su airoso y heráldico hocico, esperando a que Donald Goslin volviera la espalda para coger la sal. Entonces, *Júpiter* saltaba a la terraza, retiraba limpiamente el bistec del fuego y salía corriendo con la cena de los Goslin. Sus días estaban contados. El jardinero alemán

de los Wrightson o la cocinera de los Farquarson lo envenenarían pronto. Era incluso posible que el anciano señor Nixon pusiera un poco de arsénico en la basura que tanto le gustaba a *Júpiter*.

—¡Aquí, *Júpiter*, *Júpiter*! —llamó Francis, pero el perro hizo una cabriola alejándose, meneando vigorosamente el sombrero entre sus dientes blancos. Al mirar por la ventana de su casa, Francis vio que Julia había bajado y que estaba apagando las velas.

Julia y Francis Weed salían mucho. Julia era muy popular y sociable, y su gusto por las fiestas nacía de un temor perfectamente natural al caos y a la soledad. Examinaba el correo todas las mañanas con auténtica inquietud, en busca de invitaciones —y, de hecho, solía encontrar alguna—, pero era insaciable, y aunque hubiera salido siete noches por semana, no se habría curado de su aire pensativo —el aire de alguien que oye una música lejana—, porque siempre seguiría imaginándose la existencia de una fiesta más animada en algún otro sitio. Francis le había puesto el límite de dos durante la semana, con una mayor flexibilidad para los viernes, y surcando luego las aguas de los fines de semana como un esquife de fondo plano en una galerna. Al día siguiente del aterrizaje forzoso, los Weed estaban invitados a cenar con los Farquarson.

Francis llegó tarde de Nueva York, Julia se encargó de ir a buscar a la canguro, y luego lo sacó a toda prisa de casa. La fiesta era para pocas personas y muy agradable, y Francis se dispuso a disfrutar con ella. Una nueva doncella ofreció los cócteles. Tenía pelo oscuro, rostro redondo y tez pálida, y a Francis le resultó familiar. Nunca había desarrollado la memoria como facultad sentimental. El humo de leña, las sillas, y otros perfumes parecidos no le estimulaban, y la memoria era para él algo así como el apéndice: un depósito atrofiado. Su problema no era que fuese incapaz de escapar al pasado, sino que lo dejaba atrás con demasiada facilidad. Quizá hubiese visto a la doncella en otras fiestas, o dando un paseo el domingo por la tarde, pero en ambos casos no estaría ahora buscándola en su memoria. Su rostro era, de una manera admirable, una cara de luna —normanda o irlandesa—, pero no lo suficientemente hermosa para explicar su sensación de haberla visto antes, en circunstancias que debería recordar. Le preguntó a Nellie Farquarson quién era. Nellie dijo que la habían contratado a través de una agencia, y que era natural de Trenon, un pequeño pueblo de Normandía con una iglesia y un restaurante; Nellie había estado una vez allí. Mientras su anfitriona seguía hablando de sus viajes por el extranjero, Francis recordó cuándo había visto antes a aquella mujer. Fue al final de la guerra. Había abandonado con otros compañeros un cuartel de reemplazo, y les dieron un pase de tres días para Trenon. Durante el segundo día se acercaron a un cruce de carreteras para ver el castigo de una joven que había vivido con el comandante alemán durante la ocupación.

Era una fresca mañana de otoño. El cielo estaba cubierto, y arrojaba sobre el cruce de caminos una luz muy deprimente. Se hallaban en un sitio alto, y veían el

gran parecido existente entre las formas de las nubes y las de las colinas que se extendían hasta perderse de vista en dirección al mar. La prisionera llegó en un carro sentada sobre un taburete. Se quedó quieta junto al carro mientras el alcalde leía los cargos y la sentencia. Tenía inclinada la cabeza y el rostro inmovilizado en esa hueca semisonrisa detrás de la que queda suspendida el alma vapuleada. Cuando el alcalde terminó, la mujer se soltó el cabello y dejó que le cayera por la espalda. Un hombrecillo con bigote gris le cortó el pelo con unas tijeras y lo fue dejando caer al suelo. Luego, con un cuenco de agua jabonosa y una navaja, le afeitó la cabeza. Una mujer se acercó y empezó a desabrocharle la ropa, pero la prisionera la apartó y lo hizo ella misma. Cuando se sacó la camisa por la cabeza y la tiró al suelo, quedó desnuda. Las mujeres se burlaron de ella; los hombres permanecieron inmóviles. No se produjo el menor cambio en la falta de sinceridad o en la melancolía de la sonrisa de la prisionera. El aire frío le puso la carne de gallina y le endureció los pezones. Las burlas fueron cesando poco a poco, sofocadas por el reconocimiento de la común humanidad entre los presentes. Una mujer le escupió, pero cierta inexpugnable grandeza presente en su desnudez duró hasta el final de la prueba. Cuando la multitud se calmó, la mujer se dio la vuelta —había empezado a llorar— y, sin otra ropa que unos gastados zapatos negros y unas medias, echó a andar sola por el camino de tierra, alejándose del pueblo. La redonda cara de tez pálida había envejecido un poco, pero no cabía duda de que la doncella que ofrecía los cócteles y que más tarde sirvió la cena a Francis era la mujer que había sido castigada en el cruce de carreteras.

La guerra parecía ahora muy distante, y aquel mundo donde el precio de pertenecer a la resistencia había sido la muerte o la tortura quedaba terriblemente lejano. Francis había perdido la pista de los hombres que estuvieron con él en Vesey. No cabía contar con la discreción de Julia. No podía decírselo a nadie. Y si hubiera relatado su historia ahora, durante la cena, habría cometido una equivocación tanto social como humana. Las personas presentes en la sala de estar de los Farquarson parecían unidas en la implícita afirmación de que ni el pasado ni la guerra habían existido: que no había en el mundo ni peligros ni problemas. En la historia escrita del acontecer humano, aquel extraño encuentro hubiera hallado su sitio, pero la atmósfera de Shady Hill hacía que el recuerdo resultara inadecuado y poco cortés. La prisionera se retiró después de servir el café, pero su aparición en casa de los Farquarson logró que Francis se sintiera apático: le había abierto la memoria y los sentidos, dilatándoselos.

Cuando Julia entró en casa, Francis se quedó en el coche aguardando a la canguro para devolverla a su hogar. Como esperaba a la señora Henlein, la anciana señora que habitualmente se quedaba con los niños, Francis se sorprendió al ver que una chica joven abría la puerta y salía al porche iluminado. Se detuvo bajo la luz para contar sus libros de texto. Tenía el ceño fruncido y era muy hermosa. Es cierto que el mundo está lleno de muchachas hermosas, pero Francis reconoció en este caso la diferencia entre belleza y perfección. Todos esos atractivos defectos, lunares, marcas de

nacimiento y cicatrices faltaban en este caso, y Francis experimentó en su interior el momento en que la música rompe los cristales, y sintió un relámpago de reconocimiento tan extraño, tan profundo y tan hermoso como la más intensa de sus vivencias. Era algo en su entrecejo, en la impalpable oscuridad de su rostro: un algo que a él le pareció una directa petición de amor. Después de contar los libros, la muchacha bajó los escalones y abrió la portezuela del coche. Con la luz, Francis vio que tenía mojadadas las mejillas. La chica se subió al automóvil y cerró la portezuela.

—Eres nueva —dijo Francis.

—Sí. La señora Henlein está enferma. Yo soy Anne Murchison.

—¿Has tenido algún problema con los niños?

—No, no. —Anne se volvió hacia él y sonrió llena de tristeza, iluminada por la tenue luz del tablero de instrumentos. Su cabello claro quedó aprisionado por el cuello de la chaqueta, y agitó la cabeza para liberarlo.

—Has estado llorando.

—Sí.

—Espero que no sea por nada que haya sucedido en nuestra casa.

—No, no. No ha sido nada que haya pasado en su casa. —Su voz rebosaba desolación—. No es ningún secreto; en el pueblo lo sabe todo el mundo. Mi padre es alcohólico, y acaba de llamarme por teléfono desde algún bar para decirme lo que opina de mí. Cree que soy una persona inmoral. Llamó un momento antes de que volviera la señora Weed.

—Lo siento.

—¡Dios mío! —La chica jadeó y empezó a llorar.

Luego se volvió hacia Francis, y él la cogió entre sus brazos y la dejó que llorara sobre su hombro. Ella siguió agitándose entre sus brazos y ese movimiento acentuó la vivencia de lo delicado de su carne y de sus huesos. La ropa que los dos llevaban le pareció casi inexistente, y cuando los estremecimientos de la muchacha empezaron a disminuir, el efecto fue tan semejante a un paroxismo amoroso que Francis perdió la cabeza y la estrechó violentamente contra sí. Ella se apartó.

—Vivo en Belleview Avenue —dijo—. Baje por Lansing Street hasta el puente del ferrocarril.

—De acuerdo. —Francis puso el coche en marcha.

—Tuerza a la izquierda en aquel semáforo... Ahora gire aquí a la derecha y siga todo recto hacia la vía del tren.

El camino que Francis utilizó lo sacó de su barrio, llevándolo al otro lado de la vía, y en dirección al río, a una calle donde vivían los que estaban solo a un paso de la pobreza, en casas cuyos gabletes puntiagudos y adornos de tracería hechos en madera transmitían los más puros sentimientos de orgullo y de imaginación romántica, aunque las casas en sí mismas no podían ofrecer muchas comodidades ni espacio para la intimidad, porque eran todas extraordinariamente pequeñas. La calle se hallaba a oscuras, y Francis, conmovido por la gracia y la belleza de la angustiada muchacha,

tuvo la impresión de haber alcanzado la parte más profunda de algún oculto recuerdo al entrar en ella. A lo lejos vio una luz encendida en un porche. Era la única, y la muchacha le dijo que allí vivía ella. Cuando Francis detuvo el coche, divisó, detrás del porche iluminado, un zaguán con muy poca luz y un perchero pasado de moda.

—Bien, ya hemos llegado —exclamó Francis, consciente de que un joven hubiese dicho algo distinto.

Ella no movió las manos que llevaba cruzadas encima de los libros, y se volvió para mirarlo. Había lágrimas de deseo carnal en los ojos de Francis. Con determinación, aunque sin tristeza, abrió la puerta de su lado y rodeó el coche para abrir la de Anne. Le cogió la mano libre, entrecruzando sus dedos con los de la muchacha, subió con ella dos escalones de cemento, y por un estrecho sendero atravesó un jardín donde dalias, caléndulas y rosas —flores que habían resistido las primeras heladas— aún florecían, embalsamando el aire de la noche con un olor agrídulce. En los escalones de la casa, Anne retiró la mano, se volvió, y lo besó muy de prisa. Luego cruzó el porche y cerró la puerta. Primero se apagó la luz exterior, y luego la del vestíbulo. Un segundo después, se encendió otra luz en el piso de arriba, a un costado de la casa, iluminando un árbol que no había perdido aún las hojas. La chica tardó muy poco tiempo en desnudarse y acostarse, y en seguida la casa quedó a oscuras.

Julia se había dormido cuando su marido llegó a casa. Francis abrió una segunda ventana y se acostó para cerrar los ojos y olvidarse de aquella noche, pero tan pronto como los hubo cerrado —tan pronto como se durmió—, la muchacha irrumpió en su mente, moviéndose con absoluta libertad a través de sus puertas cerradas y llenando aposento tras aposento con su luz, con su perfume, con la música de su voz. Francis cruzaba el Atlántico con ella en el viejo *Mauretania*, y, después, vivían juntos en París. Cuando despertó de aquel sueño, se levantó y fumó un cigarrillo junto a la ventana abierta. Al volver a la cama, buscó en su mente por todas partes algo que deseara hacer y que no perjudicara a nadie, y pensó en esquiar. Entre las nieblas de su mente ofuscada surgió la imagen de una montaña cubierta de nieve. El día estaba ya muy avanzado. Mirara donde mirase, sus ojos veían cosas amplias y alentadoras. Por encima de su hombro había un valle cubierto de nieve, que se alzaba hasta unas colinas boscosas donde los árboles oscurecían la blancura del conjunto como una cabellera poco poblada. El frío mataba todos los ruidos, con la excepción del fuerte repiqueteo metálico de la maquinaria del telesquí. La luz en las pistas era azul, y tomar las curvas resultaba más difícil que uno o dos minutos antes, resultaba más difícil valorar —ahora que toda la nieve tenía un color azul marino— la capa exterior, el hielo, los sitios al descubierto y las acumulaciones de nieve poco compacta. Francis se lanzó montaña abajo, adaptando su velocidad al relieve de una pendiente que se había formado durante el primer período glaciario, buscando con ardor algo de sencillez en los sentimientos y en las circunstancias. Luego cayó la noche, y bebió un martini con algún viejo amigo en una sucia taberna rural.

A la mañana siguiente, la montaña cubierta de nieve había desaparecido, y Francis conservaba con toda claridad los recuerdos de París y del *Mauretania*. La infección era grave. Se lavó el cuerpo, se afeitó las mejillas, se bebió el café, y perdió el tren de las siete y treinta y un minutos, que abandonaba la estación en el momento en que él llegaba con el coche, y la nostalgia que sintió hacia los vagones que se alejaban testarudamente de él lo hizo pensar en los caprichos del amor. Esperó el tren de las ocho y dos minutos en lo que se había convertido ya en un andén vacío. Era una mañana clara, que parecía arrojada como un resplandeciente puente de luz sobre su confusa situación. Francis se sentía lleno de ardor y de buen humor. La imagen de la muchacha le proporcionaba una relación con el mundo que era a la vez misteriosa y subyugante. Los coches empezaban a llenar el aparcamiento, y se fijó en que los procedentes de zonas altas, por encima de Shady Hill, tenían una capa blanca de escarcha. Aquel primer signo irrefutable del otoño lo emocionó. Un tren nocturno — un expreso procedente de Buffalo o de Albany— pasó por la estación, y Francis vio que el techo de los primeros vagones estaba cubierto con una capa de hielo. Maravillado ante la milagrosa realidad física de todas las cosas, sonrió a los pasajeros del coche restaurante, a los que veía comer huevos y limpiarse la boca con la servilleta mientras viajaban. Los compartimentos del coche cama, con sus sábanas sucias, se arrastraban por la transparente mañana como una hilera de ventanas de una casa para huéspedes. Luego vio una cosa extraordinaria: ante una de las ventanillas del coche cama se hallaba una mujer desnuda de excepcional belleza, peinándose los rubios cabellos. Aquella mujer atravesó Shady Hill como una aparición, peinándose y repeinándose el cabello, y Francis fue siguiéndola con los ojos hasta que se perdió de vista. Luego la anciana señora Wrightson se reunió con él en el andén y empezó a hablar.

—Bueno, imagino que le sorprenderá verme aquí por tercera vez consecutiva —dijo—, pero gracias a los visillos de mi casa me estoy convirtiendo en una habitual de los trenes de cercanías. Los visillos que compré el lunes los devolví el martes, y los del martes voy a devolverlos hoy. El lunes conseguí exactamente lo que quería, un tejido de lana con rosas y pájaros, pero cuando llegué a casa descubrí que no eran de la longitud adecuada. Bien, pues ayer los cambié, y cuando llegué a casa me encontré con que seguían siendo cortos. Ahora estoy rogando al cielo con toda mi alma que el decorador los tenga de la longitud exacta, porque usted ya conoce mi casa, ha visto las ventanas de mi cuarto de estar, y puede imaginarse el problema que suponen. No sé qué hacer con ellas.

—Yo sí sé qué hacer con ellas —dijo Francis.

—¿Qué?

—Pintarlas de negro por dentro, y callarse.

La señora Wrightson se quedó boquiabierta, y Francis la miró para asegurarse de que se daba cuenta de que estaba siendo grosero intencionadamente. La anciana giró en redondo y se alejó de él, tan herida emocionalmente que lo hizo cojeando. A

Francis lo envolvió un sentimiento maravilloso, como si estuvieran agitando luz a su alrededor, y pensó de nuevo en Venus, peinándose una y otra vez el cabello mientras cruzaba el Bronx a la deriva. La toma de conciencia de los muchos años transcurridos desde la última vez que había disfrutado mostrándose deliberadamente descortés sirvió para calmarlo. Entre sus amigos y vecinos había personas brillantes y con talento —lo vio claramente—, pero también muchos de ellos eran gente aburrida y estúpida, y él había cometido la equivocación de escucharlos a todos con idéntica atención. Había confundido el amor cristiano con la falta de discernimiento, y le pareció que se trataba de una confusión muy generalizada y destructiva. Le estaba agradecido a la muchacha por aquella reconfortante sensación de independencia. Los pájaros cantaban: cardenales y el último petirrojo. El cielo brillaba como esmalte. Incluso el olor a tinta del periódico de la mañana intensificó sus ganas de vivir, y el mundo que se extendía a su alrededor era, sin lugar a dudas, un paraíso.

Si Francis hubiese creído en cierta jerarquía en el amor —en espíritus armados con arcos para cazar, en los caprichos de Venus y Eros—, o incluso en pociones, filtros, y cocimientos mágicos, en escápulas y cuartos menguantes, eso quizá explicara su impresionabilidad y su febril optimismo. Los amores otoñales de la mediana edad son muy conocidos, y se imaginó que se enfrentaba con uno de ellos pero no había el menor rastro de otoño en lo que sentía. Deseaba retozar en bosques verdeantes, satisfacer sus deseos, y beber de la misma copa.

Su secretaria, la señorita Rainey, llegó tarde aquella mañana —iba al psiquiatra tres veces por semana— y cuando apareció, Francis se preguntó qué le aconsejaría a él un psiquiatra. Pero la muchacha prometía devolver a su vida algo parecido al embrujo de la música. Sin embargo, su felicidad desapareció al darse cuenta de que aquella música podía llevarlo directamente a un proceso en el juzgado del distrito por violación de una menor. La fotografía de sus cuatro hijos sonriendo a la cámara en la playa de Gay Head se convirtió en un vivo reproche. En el membrete de su empresa había un dibujo del Laoconte, y la figura del sacerdote y de sus hijos entre los anillos de la serpiente le pareció que encerraba el más profundo de los significados.

Almorzó con Pinky Trabert. A nivel de conversación, las actitudes morales de sus amigos eran flexibles y nada mojigatas, pero Francis sabía que el castillo de naipes de la moralidad se derrumbaría sobre todos ellos —sin exceptuar a Julia y a los niños— si lo sorprendían aprovechándose de una canguro. Repasó la historia de Shady Hill durante los últimos tiempos en busca de un precedente, y descubrió que no había ninguno. No existía depravación; no se había producido un divorcio desde que él vivía allí; ni siquiera una sombra de escándalo. Las cosas parecían arreglarse incluso con más decoro que en el Reino de los Cielos. Después de despedirse de Pinky, Francis fue a una joyería y compró un brazalete para la chica. ¡Qué feliz lo hizo aquella clandestina adquisición, qué pomposos y risibles le parecieron los dependientes de la joyería, qué bien olían las mujeres que pasaban a su alrededor! En la Quinta Avenida, al cruzar junto a Atlas, con los hombros doblados bajo el peso del

mundo, Francis pensó en la gran dificultad que iba a suponerle contener su realidad física dentro de los moldes por él elegidos.

No sabía cuándo vería de nuevo a la chica. Llevaba el brazalete en el bolsillo interior de la chaqueta cuando llegó a casa. Al abrir la puerta se la encontró en el vestíbulo. Estaba de espaldas, y se volvió al oír el ruido de la puerta al cerrarse. Su sonrisa era sincera y afectuosa. Su perfección le impresionó como la de un día muy hermoso: un día después de una tormenta. La abrazó y empezó a besarla en la boca, y ella se debatió, pero no tuvo que hacerlo por mucho tiempo, porque justo en aquel momento la pequeña Gertrude Flannery salió de algún sitio y dijo:

—Oh, señor Weed...

Gertrude era una vagabunda. Había nacido con el gusto por la exploración, y no era capaz de organizar su vida en torno al afecto de sus cariñosos padres. Las personas que no conocían a los Flannery, al ver el comportamiento de Gertrude, llegaban a la conclusión de que se trataba de una familia terriblemente dividida, donde la regla eran las peleas entre borrachos. Aquello no era cierto. El hecho de que la ropa de la pequeña Gertrude estuviera rota y fuera escasa suponía un triunfo personal suyo al anular los esfuerzos de su madre por vestirla pulcramente y llevarla bien abrigada. Parlanchina, flacucha y sucia, Gertrude iba de casa en casa por el barrio de Blenhollo, creando y rompiendo alianzas basadas en su apego a bebés, animales, niños de su edad, adolescentes, y en algunos casos, personas adultas. Al abrir por la mañana la puerta de la calle, podías encontrar a Gertrude sentada en el porche. Al ir al cuarto de baño a afeitarte, podías encontrar a Gertrude usando el retrete. Al mirar en la cuna de tu hijo, podías encontrarla vacía, y, al seguir mirando, descubrir que Gertrude se lo había llevado en el cochecito hasta el pueblo de al lado. Gertrude era servicial, omnipresente, sincera, hambrienta y leal. Nunca volvía a su casa por decisión propia. Cuando llegaba la hora de irse, se mostraba insensible a todas las insinuaciones. «Vete a casa, Gertrude», se oía decir en una casa u otra, noche tras noche. «Vete a casa, Gertrude. Ya es hora de que te vayas a casa, Gertrude». «Será mejor que te vayas a casa a cenar, Gertrude». «Te dije hace veinte minutos que te fueras a casa, Gertrude». «Tu madre debe de estar preocupada por ti, Gertrude». «Vete a casa, Gertrude, vete a casa».

Hay veces en que las arrugas en torno al ojo humano parecen los rebordes desgastados de una piedra y en la que el ojo mismo pone de manifiesto un sentimiento animal tan primitivo que nos sentimos perdidos. La mirada que Francis dirigió a la niña fue desagradable y extraña, y Gertrude se asustó. Él se buscó en los bolsillos —le temblaban las manos— y sacó una moneda de veinticinco centavos.

—Vete a casa, Gertrude, vete a casa, y no se lo digas a nadie, Gertrude. No se lo... —Se atragantó, y entró corriendo en el cuarto de estar en el momento en que Julia lo llamaba desde el piso de arriba para que subiera a vestirse cuanto antes.

La idea de que más tarde, aquella misma noche, llevaría a Anne Murchison a su casa enlazó como un hilo dorado todos los incidentes de la fiesta a la que asistieron

Francis y Julia, y él rio ruidosamente chistes aburridos, se secó una lágrima cuando Mabel Mercer le contó la muerte de su gatito, y se estiró, bostezó, suspiró y gruñó como cualquier otro hombre que está pensando en una cita. Llevaba el brazaletes en el bolsillo. Mientras hablaba, tenía el olor de la hierba metido en la nariz, y se preguntaba dónde aparcaría el coche. En la antigua mansión de los Parker no vivía nadie, y el camino de grava se utilizaba para citas de amantes. Townsend Street era una calle sin salida, y podía aparcar allí, pasada la última casa. El viejo sendero que unía Elm Street con la orilla del río estaba invadido por la maleza, pero había ido a pasear por allí con sus hijos, y podría meter el coche entre los matorrales lo suficiente como para ocultarlo por completo.

Los Weed fueron los últimos en marcharse, y sus anfitriones les hablaron de su propia felicidad matrimonial mientras los cuatro se daban las buenas noches en el vestíbulo.

—Para mí no hay otra —dijo su anfitrión, estrechando a su mujer—. Es mi cielo azul. Después de dieciséis años, sigo mordiéndole en los hombros. Hace que me sienta como Aníbal cruzando los Alpes.

Los Weed se dirigieron a casa en silencio. Al llegar a la puerta principal, Francis se quedó frente al volante, con el motor encendido.

—Puedes meter el coche en el garaje —le dijo Julia mientras se apeaba—. Le dije a la chica de los Murchison que se marchara a las once. Alguien iba a venir a recogerla.

Cerró la portezuela y Francis se quedó inmóvil, a oscuras. Tendría que sufrir tanto, al parecer, como cualquier imbécil: una lascivia feroz, los celos, aquel resentimiento que le traía lágrimas a los ojos, el desprecio incluso, porque percibía con claridad la imagen que presentaba en aquel momento, con los brazos extendidos sobre el volante y la cabeza hundida entre ellos, enfermo de amor.

Francis había sido un explorador entusiasta de joven, y, recordando los preceptos de su adolescencia, salió pronto del despacho la tarde del día siguiente, y estuvo jugando a squash en un torneo de todos contra todos, pero, una vez tonificado el cuerpo por el ejercicio y una ducha, se dio cuenta de que quizá le hubiese dado mejores resultados quedarse trabajando. Cuando llegó a casa era ya de noche y hacía frío. El aire olía intensamente a cambio. Al entrar en el vestíbulo, advirtió una animación poco corriente. Sus hijos estaban endomingados, y cuando Julia bajó la escalera, llevaba puesto un vestido de color lavanda y su broche de brillantes en forma de sol. Su mujer le explicó el porqué de tanta animación: el señor Hubber estaba citado a las siete para hacerles la fotografía que iban a mandar aquel año en las felicitaciones de Navidad. Julia había sacado el traje azul de Francis y una corbata con algo de color, porque la fotografía no sería ya en blanco y negro. Julia estaba muy alegre ante la idea de hacerse una fotografía para la Navidad. Era el tipo de ritual que le gustaba.

Francis subió al piso de arriba a cambiarse de ropa. Estaba cansado después de un día de trabajo y cansado de desear, y sentarse en el borde de la cama sirvió para hacer aún más intensa su fatiga. Pensó en Anne Murchison, y lo dominó por completo la necesidad física de Julia. Fue al escritorio de su mujer, cogió una cuartilla y empezó a escribir: «Querida Anne: te quiero, te quiero...». Nadie vería la carta y no se contuvo en absoluto. Utilizó frases como «celestial felicidad» y «nido de amor». Se le llenó la boca de saliva, suspiró, y tembló. Cuando Julia lo llamó para que bajara, el abismo entre sus fantasías y el mundo práctico era tan profundo que sintió cómo le afectaba a los músculos del corazón.

Julia y los niños estaban en el zaguán, y el fotógrafo y su ayudante habían instalado dos grupos de focos para mostrar adecuadamente a la familia y la belleza arquitectónica de la entrada de su casa. Las personas que habían vuelto a Shady Hill en un tren tardío disminuyeron la velocidad de sus coches para ver cómo fotografiaban a los Weed para su felicitación de Navidad. Unos pocos saludaron con la mano y los llamaron por su nombre. Hizo falta media hora de sonreír y de humedecerse los labios para que el señor Hubber se declarara satisfecho. El calor de los focos confirmó un olor de habitación mal ventilada al aire frío de la noche, y cuando los apagaron, su resplandor siguió presente en la retina de Francis.

Más tarde aquella noche, mientras Francis y Julia tomaban café en el cuarto de estar, llamaron a la puerta. Julia salió a abrir y volvió acompañada por Clayton Thomas, que había vuelto a pagar unas entradas para el teatro: la señora Weed se las había dado a su madre algún tiempo atrás, y Helen Thomas había insistido puntillosamente en pagar, aunque Julia le dijo que no lo hiciera. Julia invitó al muchacho a tomar una taza de café.

—No quiero café —dijo Clayton—, pero entraré un minuto.

Siguió a la señora Weed al cuarto de estar, dio las buenas noches a Francis, y se sentó desmañadamente en una silla.

El padre de Clayton había muerto en la guerra, y la orfandad rodeaba al muchacho como si fuera una realidad física. Puede que esto se notara de modo especial en Shady Hill porque los Thomas eran la única familia descabalada; todos los demás matrimonios seguían intactos y con capacidad productiva. Clayton estaba en su segundo o tercer año de universidad, y él y su madre vivían solos en una casa muy grande que la señora Thomas esperaba poder vender. Años atrás, el muchacho había robado algún dinero y se había escapado; llegó hasta California antes de que dieran con él. Era alto, no muy bien parecido, llevaba gafas con montura de concha, y hablaba con voz grave.

—¿Cuándo vuelves a la universidad, Clayton? —preguntó Francis.

—No voy a volver. Madre no tiene dinero suficiente, y carece de sentido seguir fingiendo. Voy a buscarme un empleo, y si vendemos la casa, alquilaremos un apartamento en Nueva York.

—¿No echarás de menos Shady Hill? —preguntó Julia.

—No —respondió Clayton—. No me gusta.

—¿Por qué no? —preguntó Francis.

—Bueno, hay muchas cosas que no apruebo —dijo Clayton con gran seriedad—. Cosas como los bailes en el club. El sábado por la noche, pasé por allí hacia el final y vi al señor Granner tratando de poner a la señora Minot en la vitrina de los trofeos. Los dos estaban borrachos. Me parece mal que se beba tanto.

—Era sábado por la noche —señaló Francis.

—Y todos los palomares son de mentira —continuó Clayton—. Y la forma que tiene la gente de llenarse la vida de actividades innecesarias. He pensado mucho acerca de ello, y lo que me parece realmente mal de Shady Hill es que no tiene ningún futuro. Se gastan tantas energías perpetuando este sitio (impidiendo que se instalen aquí personas indeseables, y otras cosas por el estilo) que la única idea del futuro que tiene todo el mundo consiste en más trenes de cercanías y en más fiestas. No me parece que eso sea saludable. Creo que la gente debería ser capaz de soñar cosas grandes sobre el futuro. Creo que la gente debería ser capaz de tener grandes sueños.

—Es una lástima que no sigas yendo a la universidad —dijo Julia.

—Yo quería ir a la facultad de teología.

—¿A qué iglesia perteneces? —preguntó Francis.

—Unitaria, teosófica, trascendentalista y humanista —respondió Clayton.

—¿Emerson no era trascendentalista? —preguntó Julia.

—Me refiero a los trascendentalistas ingleses —explicó Clayton—. Todos los trascendentalistas norteamericanos eran tontos.

—¿Qué tipo de empleo esperas conseguir? —quiso saber Francis.

—Bueno, me gustaría trabajar para un editor, pero todo el mundo me dice que no hay nada que hacer. No obstante, ese es el tipo de cosas que me interesan. Estoy escribiendo una obra de teatro en verso sobre el bien y el mal. Puede que el tío Charlie me consiga un puesto en un banco; eso me vendría bien. Necesito disciplinarme. Todavía queda mucho por hacer en la formación de mi carácter. Tengo algunas costumbres muy malas. Hablo demasiado. Creo que tendría que hacer voto de silencio. Tratar de no hablar durante una semana, y disciplinarme. He pensado en hacer un retiro en uno de los monasterios episcopalianos, pero no me gustan las iglesias que creen en la Trinidad.

—¿Sales con alguna chica? —preguntó Francis.

—Estoy prometido. Claro que no soy ni lo bastante mayor ni lo bastante rico como para que se tenga en cuenta mi compromiso, ni se respete, ni nada parecido, pero compré una esmeralda falsa para Anne Murchison con el dinero que gané segando césped este verano. Nos casaremos en cuanto ella termine el bachillerato.

Francis dio un respingo al oír el nombre de la chica. Luego una luz deslustrada pareció emanar de su espíritu, dando a todo —a Julia, al muchacho, a las sillas— su verdadera falta de color. Algo así como un pronunciado deterioro del tiempo.

—La nuestra va a ser una familia numerosa —prosiguió Clayton—. Su padre es un terrible borrachín, yo he pasado por momentos difíciles y queremos tener muchos hijos. Ella es maravillosa, se lo aseguro, y tenemos mucho en común. Nos gustan las mismas cosas. El año pasado mandamos la misma felicitación de Navidad sin ponernos de acuerdo, los dos tenemos alergia a los tomates, y se nos juntan las cejas en el centro. Bien, buenas noches.

Julia acompañó al muchacho hasta la puerta. Cuando regresó, Francis dijo que Clayton era perezoso, irresponsable y afectado, y que olía mal. Julia le dijo que parecía estar volviéndose intolerante; que el chico era joven y había que darle una oportunidad. Julia era consciente de otros casos en los que Francis se había mostrado colérico.

—La señora Wrightson ha invitado a su fiesta de cumpleaños a todo el mundo menos a nosotros —dijo.

—Lo siento, Julia.

—¿Sabes por qué no nos ha invitado?

—¿Por qué?

—Porque tú la insultaste.

—Entonces, ¿estás enterada?

—June Masterson me lo contó. Estaba detrás de ti.

Julia se acercó al sofá con pasos muy breves que expresaban —Francis lo sabía muy bien— un sentimiento de indignación.

—Es cierto que insulté a la señora Wrightson, Julia, y además me proponía hacerlo. Nunca me han gustado sus fiestas, y me alegro de que no nos haya invitado.

—¿Y qué me dices de Helen?

—¿Qué tiene que ver Helen con esto?

—La señora Wrightson es la que decide quién va a las reuniones.

—¿Quieres decir que está en condiciones de impedir que Helen vaya a los bailes?

—Sí.

—No había pensado en eso.

—Claro. Ya sabía yo que no habías pensado en eso —exclamó Julia, hundiendo la espada hasta la empuñadura por aquella grieta en su coraza—. Y me pone furiosa la posibilidad de que esa estúpida imprevisión destruya la felicidad de todo el mundo.

—No creo haber destruido la felicidad de nadie.

—La señora Wrightson manda en Shady Hill y lleva cuarenta años haciéndolo. No sé qué te hace pensar que en una comunidad como esta puedes dar rienda suelta a todos tus impulsos de mostrarte insultante, vulgar y ofensivo.

—Estoy muy bien educado —dijo Francis, tratando de dar un giro humorístico a la velada.

—¡Vete al infierno, Francis Weed! —gritó Julia, y la violencia de sus palabras hizo que la saliva salpicara el rostro de su marido—. He trabajado mucho para alcanzar la posición social de la que disfrutamos, y no estoy dispuesta a quedarme

cruzada de brazos mientras tú la destrozas. Deberías haberte dado cuenta al instalarte en un sitio como este de que no ibas a poder vivir como un oso en una cueva.

—Tengo que expresar mis simpatías y mis antipatías.

—Puedes ocultar tus antipatías. No tienes que lanzarte de frente contra las cosas, como un niño. A no ser que estés ansioso de convertirte en un apestado, socialmente hablando. ¡No es una casualidad que tengamos muchas invitaciones! No es casualidad que Helen tenga tantas amistades. ¿Qué te parecería pasar las noches de los sábados en el cine? ¿Y los domingos amontonando hojas muertas? ¿Te gustaría que tu hija se pasara las noches en que hay baile sentada junto a la ventana, oyendo la música que tocan en el club? ¿Qué te parecería...?

Francis hizo algo entonces que, después de todo, no era tan inexplicable teniendo en cuenta que las palabras de Julia parecían alzar entre ambos un muro tan infranqueable que él empezó a marearse: la golpeó de lleno en la cara. Ella se tambaleó y luego, un momento después, pareció calmarse. Subió la escalera y entró en el dormitorio. No dio un portazo. Cuando Francis la siguió, pocos minutos después, la encontró haciendo la maleta.

—Julia, lo siento muchísimo.

—No tiene importancia —dijo ella. Estaba llorando.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. Acabo de mirar un horario de trenes. Hay uno para Nueva York a las once y dieciséis. Cogeré ese.

—No puedes irte, Julia.

—No puedo quedarme. Eso está claro.

—Siento lo de la señora Wrightson, Julia, y te...

—Lo de la señora Wrightson no tiene importancia. No es ese el problema.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Que no me quieres.

—Te quiero, Julia.

—No, no me quieres.

—Julia, sí que te quiero, y me gustaría ser como éramos antes: cariñosos, carnales y apasionados, pero ahora hay demasiada gente.

—Me odias.

—No te odio, Julia.

—No te haces idea de lo mucho que me odias. Creo que es inconsciente. No te das cuenta de las cosas tan crueles que has hecho.

—¿Qué cosas crueles, Julia?

—Las acciones crueles a las que te empuja el subconsciente para expresar tu odio hacia mí.

—¿Cuáles, Julia?

—No me he quejado nunca.

—Dímelas.

—Tu ropa.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la manera que tienes de dejar la ropa sucia para que exprese tu odio inconsciente hacia mí.

—No entiendo.

—¡Hablo de tus calcetines sucios y de tus pijamas sucios y de tu ropa interior sucia y de tus camisas sucias! —Estaba arrodillada junto a la maleta y se puso en pie, enfrentándose a él, los ojos echando fuego y la voz desbordante de emoción—. Me refiero al hecho de que nunca hayas aprendido a colgar nada. Te limitas a dejar la ropa en el sitio donde cae para humillarme. ¡Lo haces a propósito! —Se derrumbó sobre la cama, sollozando.

—¡Julia, cariño! —dijo él, pero cuando ella sintió su mano en el hombro se levantó.

—Déjame en paz —soltó—. Tengo que irme. —Pasó rozándolo en dirección al armario y regresó con un vestido—. No me llevo ninguna de las cosas que me has regalado —añadió—. Dejo las perlas y el chaquetón de pieles.

—¡Julia, por favor! —Al verla, inclinada sobre la maleta, tan indefensa por su capacidad para engañarse, Francis casi se sintió enfermo de compasión. Su mujer no se daba cuenta de lo desoladora que sería su vida sin él. No se daba cuenta del número de horas que la mujer que trabaja tiene que dedicar a su empleo. No entendía que la mayor parte de sus amistades existía dentro del marco del matrimonio, y que separada se encontraría muy sola. No entendía nada de viajes, ni de hoteles, ni de dinero—. ¡Julia, no puedo permitir que te vayas! No quieres darte cuenta, Julia, de que has llegado a depender de mí.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se tapó la cara con las manos.

—¿Has dicho que yo dependo de ti? —preguntó—. ¿Es eso lo que has dicho? ¿Y quién te dice a qué hora tienes que levantarte por la mañana y cuándo has de acostarte por la noche? ¿Quién te prepara las comidas, te recoge la ropa sucia e invita a cenar a tus amigos? Si no fuera por mí, tus corbatas estarían llenas de grasa, y tus trajes de agujeros de polilla. Estabas solo cuando te encontré, Francis Weed, y solo estarás cuando te deje. Cuando tu madre te pidió una lista para mandar las invitaciones a nuestra boda, ¿cuántos nombres fuiste capaz de darle? ¡Catorce!

—Cleveland no era mi ciudad natal, Julia.

—¿Y cuántos de tus amigos vinieron a la iglesia? ¡Dos!

—Cleveland no era mi ciudad natal, Julia.

—Como no voy a llevarme el chaquetón de pieles —dijo ella con gran calma—, será mejor enviarlo de nuevo al almacén para que lo guarden. El seguro de las perlas caduca en enero. El nombre de la lavandería y el número de teléfono de la doncella..., todas esas cosas están en mi escritorio. Espero que no bebas demasiado, Francis. Y que no te pase nada malo. Si tienes problemas serios, me puedes telefonar.

—¡Cariño mío, no puedo permitir que te vayas! —dijo Francis—. ¡No voy a dejar que te vayas, Julia! —La tomó entre sus brazos.

—Imagino que será mejor que me quede y siga cuidando de ti un poco más de tiempo —dijo ella.

Al ir a trabajar por la mañana, Francis vio a la chica cruzar el pasillo del vagón. Se quedó sorprendido; no se imaginaba que su instituto estuviera en Nueva York, pero llevaba libros, y parecía ir a clase. La sorpresa retrasó su reacción, pero después se levantó torpemente y salió al pasillo. Varias personas se habían interpuesto entre los dos, pero la veía delante de él, esperando a que alguien abriera la puerta del coche y luego, al virar bruscamente el tren, extendió la mano para apoyarse mientras cruzaba la plataforma camino del vagón siguiente. Francis la siguió atravesando todo aquel coche y la mitad del siguiente antes de llamarla por su nombre: «¡Anne! ¡Anne!», pero ella no se volvió. Luego continuó hasta el vagón siguiente, donde la chica se sentó por fin junto al pasillo. Al acercarse a donde estaba, con todos sus sentimientos cálidamente orientados hacia ella, Francis puso la mano en el respaldo del asiento —incluso ese contacto le produjo una especial tibieza—, y al inclinarse para hablar vio que no era Anne, sino una mujer de más edad que llevaba gafas. Siguió a propósito hasta el vagón siguiente, con la cara roja de vergüenza, y el sentimiento mucho más profundo de haber puesto en entredicho su buen sentido; porque si no distinguía una persona de otra, ¿qué pruebas existían de que su vida con Julia y los niños tuviera tanta realidad como sus sueños inicuos en París o como el lecho de paja, el olor a hierba y los árboles en forma de cueva del callejón de los Amantes?

Después del almuerzo, Julia lo llamó para recordarle que salían a cenar aquella noche. Pocos minutos más tarde le telefoneó Trace Bearden.

—Oye, muchacho —le dijo Trace—. Te llamo de parte de la señora Thomas. Ya sabes, Clayton, ese chico suyo, no parece capaz de conseguir un empleo, y me preguntaba si tú podrías ayudar. Si llamaras a Charlie Bell (sé que está en deuda contigo), y hablaras en favor del chico, creo que Charlie...

—Trace, siento mucho tener que decir esto —respondió Francis—, pero me temo que no estoy en condiciones de hacer nada por ese chico. Es un inútil. Sé que estoy diciendo una cosa muy dura, pero es un hecho. Si tenemos consideraciones con él, nos saldrá el tiro por la culata y acabará dándonos a todos en la cara. Ese chico es un inútil, Trace, y eso no hay forma de superarlo. Aunque le consiguiéramos un empleo, no le duraría ni una semana. Estoy seguro de que pasaría eso. Es una cosa terrible, Trace, ya sé que lo es, pero en lugar de recomendar a ese chico, me siento obligado a prevenir a la gente contra él: a las personas que conocían a su padre y querrían, como es lógico, echar una mano y hacer algo. Es un ladrón...

En el momento en que terminaba la conversación, entró la señorita Rainey y se acercó a su mesa.

—No voy a poder seguir trabajando para usted, señor Weed —dijo—. Me

quedaré hasta el diecisiete si me necesita, pero me han ofrecido un empleo maravilloso y quisiera marcharme lo antes posible.

Su secretaria salió, dejándolo que meditara a solas sobre la iniquidad cometida por el hijo de la señora Thomas. En la fotografía, sus hijos reían y reían, adornados con todos los brillantes colores del verano, y Francis recordó que aquel día se habían encontrado a un gaitero en la playa y que él le dio un dólar para que les tocara el himno de batalla de los Black Watch. La muchacha estaría en su casa cuando volviera a Shady Hill. Él pasaría otra velada entre sus amables vecinos, escogiendo calles sin salida, caminos para carros y senderos de casas abandonadas. No había nada que calmase sus sentimientos —las risas de sus hijos o un partido de *softball* no lograrían cambiar nada— y, al pensar de nuevo en el aterrizaje forzoso, en la nueva doncella de los Farquarson, y en las dificultades de Anne Murchison con el borracho de su padre, Francis se preguntó cómo podría haber evitado llegar a donde se encontraba. Y donde se encontraba era en un aprieto. Se había perdido tan solo en una ocasión, al volver de un río truchero en los bosques del norte, y ahora lo dominaba el mismo sombrío convencimiento: toda la alegría, o la esperanza, o el valor, o el tesón no lo ayudarían a encontrar, en la creciente oscuridad, el camino perdido. Percibió incluso el olor a bosque. El sentimiento de desolación era intolerable, y Francis vio con claridad que había llegado el momento de elegir.

Podía ir a un psiquiatra, como la señorita Rainey; o a la iglesia, y confesar sus malos deseos; podía ir a un salón de masajes daneses en la zona oeste de las calles setenta, recomendado por un viajante de comercio; podía violar a la chica o confiar en que, de alguna manera, se le impidiera hacerlo; o podía emborracharse. Se trataba de su vida, de su destino, y, como todos los demás hombres, estaba hecho para ser el padre de miles, y ¿qué mal podía haber en una cita de amantes que los hiciera ver el mundo a los dos más de color de rosa? Pero aquel razonamiento era erróneo, y Francis volvió a la primera posibilidad, al psiquiatra. Tenía el número de teléfono del doctor que trataba a la señorita Rainey; llamó y pidió ser recibido inmediatamente. Se mostró muy obstinado con la enfermera —era su manera de actuar en los negocios—, y cuando ella le dijo que no había ningún hueco en el horario por espacio de varias semanas, Francis exigió hora para aquel mismo día y la enfermera le dijo que fuera a las cinco.

La consulta del psiquiatra estaba en un edificio utilizado fundamentalmente por médicos y dentistas, y los corredores conservaban el olor azucarado de los preparados para enjuagarse la boca y el recuerdo de muchos dolores. El carácter de Francis se había formado mediante una serie de decisiones personales: decisiones sobre limpieza, sobre tirarse a la piscina desde el trampolín más alto o repetir cualquier otra proeza que pusiera a prueba su valor, decisiones sobre puntualidad, honradez y rectitud. Renunciar a la perfecta independencia con la que había tomado sus decisiones más vitales destrozaba su concepto de la integridad del carácter, y lo dejaba en una situación que tenía mucho de shock. Se sentía estupefacto. El escenario

para su *miserere mei Deus* era, como las salas de espera de tantos médicos, un tosco homenaje a los placeres de la felicidad doméstica: un lugar decorado con antigüedades, mesas de café, plantas en macetas y grabados de puentes cubiertos de nieve y de gansos volando, aunque no hubiese niños, ni cama de matrimonio, ni fogón. Incluso, en aquel simulacro de hogar donde nadie había pasado nunca una noche y donde las ventanas con visillos daban directamente a un oscuro pozo de ventilación. Francis repitió su nombre y su dirección a una enfermera y luego vio, a un lado de la sala a un policía que se acercaba a él.

—No se mueva —dijo el policía—. Estese quieto. Deje las manos donde las tiene.

—Creo que está todo en orden, agente —empezó la enfermera—. Creo que sería...

—Vamos a asegurarnos —dijo el policía. Y empezó a dar palmadas sobre la ropa de Francis, buscando... ¿pistolas, cuchillos, un punzón para picar el hielo? Al no encontrar nada, se marchó, y la enfermera trató de disculparse, todavía con evidente nerviosismo:

—Cuando telefoneó usted, señor Weed, parecía muy excitado, y uno de los pacientes del doctor ha amenazado con matarlo, así que hemos de tener cuidado. ¿Quiere entrar ahora?

Francis abrió una puerta conectada a un carillón eléctrico, y una vez en la guarida del psiquiatra, se dejó caer pesadamente sobre una silla, se sonó la nariz con un pañuelo, se registró los bolsillos en busca de cigarrillos, de cerillas, de algo, y dijo con voz ronca y lágrimas en los ojos:

—Estoy enamorado, doctor Herzog.

Estamos en Shady Hill una semana o diez días después. El tren de las siete catorce ha llegado y se ha ido, y en algunas casas han terminado ya de cenar y la vajilla está en el lavaplatos. El pueblo cuelga moral y económicamente de un hilo; pero cuelga de su hilo a la luz del atardecer. Donald Goslin ha empezado una vez más a destrozar la sonata *Claro de luna. Marcato ma sempre pianissimo*. Parece estar escurriendo una toalla húmeda, pero la doncella no le hace ningún caso: está escribiendo una carta a Arthur Godfrey. En el sótano de su casa, Francis Weed trabaja en una mesa para tomar café. El doctor Herzog recomienda la carpintería como terapia, y Francis halla cierto consuelo en los simples problemas aritméticos que ha de resolver y en el hermoso olor de la madera nueva. Francis es feliz. Arriba, el pequeño Toby llora porque está cansado. Se quita el sombrero de cowboy, los guantes, y la chaqueta con flecos; se desabrocha el cinturón adornado con oro y rubíes; se desprende de las balas de plata y de las pistoleras; sigue con los tirantes, la camisa de cuadros y los pantalones vaqueros, y luego se sienta en el borde de la cama para quitarse las botas altas. Después de dejar todo el equipo en un montón, va al armario y descuelga su traje espacial. Le cuesta mucho trabajo ponerse las ajustadas medias de malla, pero lo

consigue. Se ata con una lazada la capa mágica sobre los hombros y, subido en el pie de la cama, extiende los brazos y recorre volando la escasa distancia hasta el suelo, donde aterriza con un golpe audible para todos los habitantes de la casa menos para él.

—Vete a casa, Gertrude, vete a casa —dice la señora Masterson—. Hace una hora que te he dicho que te fueras a casa, Gertrude. Ya se te ha pasado la hora de cenar, y tu madre estará preocupada. ¡Vete a casa!

En la terraza de los Babcock se abre de golpe una puerta y por ella sale la señora Babcock sin nada de ropa, perseguida por su marido también desnudo. (Sus hijos están en un internado, y la terraza queda aislada por un seto). Corren por la terraza y vuelven a entrar por la puerta de la cocina, tan apasionados y bien parecidos como cualquier ninfa y cualquier sátiro que se puedan encontrar en las paredes de Venecia. Mientras corta la última rosa del jardín, Julia oye los gritos del viejo señor Nixon a las ardillas que se meten en el comedero para los pájaros:

—¡Bribonas! ¡Sinvergüenzas! ¡Fuera! ¡Quitaos de mi vista!

Un pobre gato cruza por el jardín, hundido en la más completa aflicción espiritual y física. Lleva atado a la cabeza un sombrerito de paja —un sombrero de muñeca—, y lo han abotonado a conciencia dentro de un vestido también de muñeca, de cuyas faldas sobresale el largo y peludo rabo. Al andar, sacude las patas, como si se hubiera caído al agua.

—¡Ven aquí, gatito, ven aquí! —lo llama Julia—. ¡Aquí, gatito, pobre gatito!

Pero el gato le dirige una mirada de escepticismo y se aleja a trompicones con sus faldas. El último en aparecer es *Júpiter*. Salta atravesando las tomateras, sosteniendo en la boca generosa los restos de una zapatilla. Luego llega la oscuridad; esta es una noche en la que reyes con trajes dorados cabalgan sobre las montañas a lomos de elefantes.

LA DUQUESA

Si a uno le ha tocado ser hijo de un minero o educarse —como yo— en una pequeña ciudad de Massachusetts, la compañía de una encopetada duquesa posiblemente le suscite ciertos sentimientos cuya vulgaridad no tiene cabida en el universo de la ficción, pero era una mujer hermosa, en definitiva, y la belleza no tiene nada que ver con la alcurnia. Era esbelta, pero no delgada, y más bien alta. Sus cabellos eran de un rubio ceniciento, y su clara y admirable frente armonizaba con aquel grandioso y derruido trasfondo de piedra caliza y mármol, el palacio romano donde residía. Era de su propiedad, y al abandonar las sombras de su mansión para recorrer a pie, en hora temprana, a lo largo del río, el camino que la separaba de la misa, nunca parecía haberse alejado por completo de su luz vetuada. Podría haber sorprendido, pero no alarmado, verla en compañía de los santos y los ángeles de piedra que coronan el tejado de Sant' Andrea della Valle. No se trataba de la Roma que figura en las guías turísticas, sino de la actual, cuyo atractivo no es el Coliseo a la luz de la luna ni la plaza de España bañada por una súbita ducha, sino el patético espectáculo de una magna y vetusta metrópoli que sucumbe confusamente al cambio. Vivimos en un mundo donde las riberas del más recóndito arroyuelo truchero han sido aplanadas por las botas de los pescadores, y en que la música que se despeña desde los muros medievales al jardín donde estamos sentados es una antigua grabación de Vivienne Segal cantando *Bewitched, Bothered and Bewildered*; y Donna Carla, como usted y yo, vivía con un pie en el pasado.

Se llamaba Donna Carla Malvolio-Pommodori y era duquesa de Vevaqua-Perdere-Giusti, etc. La hubieran considerado hermosa en cualquier sitio, pero sus ojos azules, su piel pálida y el resplandor de su pelo resultaban extraordinarios en Roma. Hablaba inglés, francés e italiano con similar elegancia, pero el italiano era el único que escribía correctamente. Redactaba su correspondencia mundana en una especie de inglés: «Donna Carla le dispensa gracias por las flaures», «Donna Carla solicita el honor de su compañía», etc. El primer piso de su palacio sobre el Tíber había sido habilitado para establecimientos comerciales, y ella vivía sobre *el piano nobile*. Las dos plantas superiores se habían convertido en apartamentos de alquiler. Pero aún conservaba para sí unas cuarenta habitaciones.

Casi todas las guías turísticas refieren en letra pequeña la historia de su familia, y no es posible viajar por Italia sin topar con las moles de albañilería que los Malvolio-Pommodori diseminaron por doquier, desde Venecia hasta Calabria. La dinastía contó con tres papas, un dux y treinta y seis cardenales, así como con muchos nobles avariciosos, deshonestos y sanguinarios. Don Camillo contrajo matrimonio con la princesa Plèves, y una vez que ella le hubo dado tres varones, hizo que la

excomulgaran bajo una falaz acusación de adulterio, y se apoderó de todas sus tierras. Don Camillo y sus hijos perecieron en el curso de una cena a manos de asesinos pagados por su anfitrión, Marcantonio, tío de don Camillo. Marcantonio murió estrangulado por los hombres de Cosimo, a quien envenenó más tarde su sobrino Antonio. El palacio de Roma había poseído una mazmorra: un calabozo bajo un aposento cuyo suelo se accionaba conforme al principio que mueve un balancín. Si alguien pisaba más allá del eje (o bien lo empujaban para que lo hiciese), caía aullando al pozo donde habría de dejar sus huesos. Todo ello acontecía mucho antes del siglo XIX, en que los pisos superiores fueron habilitados como apartamentos. Los abuelos de Donna Carla fueron nobles romanos ejemplares. Incluso eran mojigatos, y habían hecho adecentar los frescos eróticos del salón de baile, aunque este ya no se usaba. En el salón de fumar perduraba una estatua marmórea de ambos antepasados. Era de tamaño natural y los representaba tal como pudieron ataviarse para dar un paseo por el Lungotevere: con sombrero, guantes y bastón de mármol. El abuelo ostentaba incluso un cuello de piel marmórea sobre un abrigo igualmente pétreo. Ni el concejal de parques y jardines más corrompido y de peor gusto podría haber sido sobornado para exhibir al aire libre cosa semejante.

Donna Carla nació en el pueblo familiar de Vevaqua, en la Toscana, donde sus padres vivieron muchos años una especie de exilio. Su padre era de gustos sencillos, audaz, piadoso, justo y heredero de un inmenso patrimonio. Tuvo una mala caída cuando de joven cazaba en Inglaterra: se rompió brazos y piernas, se fracturó el cráneo y también varias vértebras. Sus padres emprendieron el entonces largo viaje desde Roma hasta Gran Bretaña, y aguardaron tres días a que su brillante vástago recobrara la conciencia. Se pensó que jamás podría volver a caminar. Su poder de recuperación fue extraordinario, pero pasaron dos años sin que lograra dar un solo paso. Entonces, todavía débil, gracias a dos bastones y a la ayuda de una enfermera de busto exuberante que se llamaba Winifred-Mae Bolton, cruzó el umbral de la clínica en dirección al jardín. Erguida la cabeza, esbozó su rápida sonrisa y avanzó cojeando como si, en lugar de su dolencia, demorara sus pasos el placer que sentía al salir al jardín y al aire fresco. Hasta seis meses después no pudo volver a Roma, y regresó con la nueva de que iba a casarse con Winifred-Mae Bolton. Ella le había dado —literalmente— su vida, y como buen noble que era, ¿qué podía darle él a cambio sino la suya propia? La consternación fue indescriptible en Roma, París y Milán. Sus padres lloraron, pero se mantuvieron firmes en su lucha contra aquella resuelta tendencia a la honradez que su hijo había demostrado poseer desde niño. Su padre, que lo amaba como a su propia vida, dijo que Winifred-Mae no traspasaría las puertas de Roma mientras él viviese, y ella no lo hizo.

La madre de Donna Carla era una mujer voluminosa y alegre, muy desenvuelta de maneras y con un penacho amarillo rojizo que coronaba su pelo. Todo el italiano que aprendió en su vida fue «prego» y «grazie», vocablos que pronunciaba «praigo» y «graizia». Se ocupó del jardín durante los años de exilio en Vevaqua. El estilo

vigente en los jardines de las estaciones ferroviarias de Inglaterra influía en sus gustos tradicionales, y dibujaba con violetas el nombre de su marido —Cosimo— y lo insertaba en un arriate de alcachofas con forma de corazón. Le gustaba freír pescado y patatas, razón por la cual los campesinos la creían loca. La única muestra de que el duque hubiese podido lamentar su matrimonio era alguna que otra —y encantadora— mirada de desconcierto en su rostro agraciado. Fue siempre cariñoso, cortés y protector con su esposa. Donna Carla tenía doce años cuando sus abuelos fallecieron. Tras un período de duelo, ella, Winifred-Mae y el duque entraron en Roma por la puerta de Santa Maria del Popolo.

Probablemente Winifred-Mae estaba ya para entonces lo suficientemente acostumbrada a la grandiosidad ducal como para sentirse apabullada por el tamaño del palacio sobre el Tíber. Su primera noche en Roma fijó la pauta de su futura vida allí.

—Ahora que estamos otra vez en una ciudad —dijo—, con todo lleno de tiendas y demás, voy a salir a comprar un poco de pescado fresco, ¿verdad que sí, duqui?, y te lo freiré como cuando estabas en el hospital.

La sonrisa de asentimiento del duque reveló un amor perfecto. En el mercado, Winifred-Mae desechó los calamares y las angulas, pero encontró un buen lenguado, se lo llevó a casa y lo frió con algunas patatas en la cocina, mientras las criadas asistían con lágrimas en los ojos al declive de tan augusta casa. Después de cenar, como era costumbre en Vevaqua, Winifred-Mae cantó. No era cierto que hubiera interpretado cancioncillas y alzado sus enaguas en *music halls* ingleses, como aseguraban sus enemigos. Había actuado en ellos antes de hacerse enfermera; pero solía cantar la *Meditación* de la ópera *Thais* y *Camino a Mandalay*. Su exhibición de falta de talento era completa; resultaba prodigiosa. Daba la impresión de que mostraba a plena luz su torpeza para que todos la constatasen, y de que enseñara públicamente la magnitud de la misma. Aporreaba ruidosamente al piano bemoles y sostenidos, pero lo hacía con tan delicioso candor y confianza en sí misma que su ejecución llegaba a ser refrescante. El duque irradiaba júbilo ante aquellos logros de su esposa, y en modo alguno parecía proclive a comparar estos esparcimientos con los de su infancia, cuando en compañía de su niñera había visto desde el balcón de la sala de baile cómo un emperador, dos reyes, tres reinas y ciento treinta y seis grandes duques y grandes duquesas danzaban una cuadrilla. Winifred-Mae cantó durante una hora, y después apagaron las luces y se fueron a la cama. Por aquellos años, un búho había anidado en la torre del palacio, y podían oír el campanilleo del ave prevaleciendo sobre la susurrante música de las fuentes. A Winifred-Mae aquel detalle le recordaba Inglaterra.

Roma no hizo jamás ni el menor esfuerzo por reparar en la existencia de Winifred-Mae, pero una encantadora duquesita, y multimillonaria además, era algo demasiado especial para pasarlo por alto, y al parecer, Donna Carla iba a ser la mujer más rica de Europa. Para que los pretendientes pudieran serle presentados, había que

tener en cuenta a Winifred-Mae, y entonces fue reclamada por la alta nobleza. Ella seguía cocinando, cosiendo, cantando y haciendo punto; la alta nobleza pudo conocerla en su propia salsa. Era todo un escándalo. Hacía entrar en la cocina a los nobles invitados mientras metía en el horno un pastel de riñones y carne. Confeccionaba fundas de cretona para el mobiliario del *salottino*. Se quejó explícitamente del anticuado sistema de cañerías palaciego. Instaló una radio. Ante su insistencia, el duque tomó como secretario a un joven inglés llamado Cecil Smith. El tal Smith no agradaba ni siquiera a sus compatriotas. Con solo verlo bajar la escalera de la plaza de España bajo el sol matutino, recordaba uno la zona industrial de las Midlands. Olía a Stoke-on-Trent^[10]. Era un hombre alto, de pelo castaño rizado, dividido en dos y peinado sobre la frente como si fuera un paño. Vestía prendas oscuras que le enviaban de Inglaterra y que le sentaban mal, y, como consecuencia de su temor a las corrientes de aire y su miedo a la impudicia, daba la impresión de estar sepultado en ropas. Usaba gorro de dormir, camisetas, guantes y chalecos, y le asomaban los puños de su larga ropa interior cuando estiraba la mano para coger otra taza de té, que tomaba con Winifred-Mae. Tenía modales refinados. Se ponía visera y puños de papel en el despacho del duque, y freía salchichas y patatas en una cocinilla de gas en su apartamento.

Pero la tronada nobleza tenía que pasar por alto el coser, el cantar, el aroma del pescado y las patatas y la presencia de Cecil Smith. Pensar en lo mucho que la gracia de Donna Carla —y sus miles de millones— podía hacer por resucitar el brillo de la aristocracia producía palpitaciones. Los posibles pretendientes empezaron a acudir al palacio cuando ella tenía apenas trece o catorce años. Y Donna Carla era amable con todos. Incluso poseía esa suerte de gracia interior que iba a hacerla tan persuasiva en su juventud. No era una muchacha solemne, pero la hilaridad parecía impropia de su rango, y cierta condesa que había ido a presentar a su hijo comentó más tarde que era como la princesa del cuento de hadas: la princesa que jamás se había reído. La observación encerraba sin duda algo de verdad, pues hizo fortuna: la gente la repetía, y con ella aludían a un clima de melancolía o cautividad que afectaba a Donna Carla a pesar de sus rasgos claros y su apariencia alegre.

Todo esto ocurría en los años treinta, década en Italia de desfiles callejeros, arrestos, asesinatos y pérdida de los lustres de familia. Cecil Smith regresó a Inglaterra al estallar la guerra. Por aquellos días, muy pocos pretendientes iban al palacio. El duque lisiado era un implacable antifascista, y dijo a todo el mundo que Il Duce era abominable, un virus infeccioso, pero jamás lo persiguieron ni lo encerraron en la cárcel, como les sucedió a hombres menos francos: tal vez su buena suerte obedeció a su linaje, a su invalidez o a su popularidad entre los romanos. Pero desde el comienzo de la guerra la familia vivió en un forzoso y absoluto aislamiento. Se estimó erróneamente que simpatizaban con los aliados, y se les permitía salir del palacio una

sola vez al día, para asistir a la primera o a la última misa en San Giovanni. La noche del 10 de setiembre de 1943 dormían todos.

El búho ululaba. Luigi, el viejo mayordomo, los despertó y dijo que había un mensajero en la sala. Se vistieron de prisa y bajaron. El mensajero se había disfrazado de granjero, pero el duque reconoció al hijo de un antiguo amigo. Informó al duque de que los alemanes bajaban por Via Cassia y estaban entrando en la ciudad. El general al mando había puesto un precio de un millón de liras por la cabeza del duque; el precio de su intransigencia. Tenían que marcharse de inmediato, a pie, a un lugar en la colina de Gianicolo. Winifred-Mae pudo oír al búho que ululaba en la torre y jamás sintió tanta nostalgia de Inglaterra.

—No quiero marcharme, duque —declaró—. Si van a matarnos, que nos maten en nuestra propia cama.

El duque sonrió amablemente y le abrió la puerta que daba a una de las más alborotadas noches romanas.

Había ya patrullas alemanas en las calles. Del palacio al río había un buen trecho, y los tres eran muy llamativos: la inglesa llorando, el duque con su bastón y la atractiva heredera. ¡Qué misteriosa debió de parecerles la vida en aquel momento! El duque avanzaba lentamente y de tanto en tanto se paraba a descansar, pero ocultó sus dolores a pesar de ser intensos. Con la cabeza alta y puesta a precio, miró en derredor con los ojos alerta, como si se hubiera detenido a observar o admirar ciertos cambios en su vieja ciudad. Cruzaron el río por puentes separados y se reunieron en una barbería, en cuyo sótano fueron disfrazados. Les mancharon la piel y les tiñeron el pelo. Abandonaron Roma antes del alba, escondidos en un cargamento de muebles, y esa noche llegaron a una pequeña aldea montañosa y se ocultaron en la bodega de una granja.

La aldea sufrió dos bombardeos, pero solo fueron destruidos unos cuantos cobertizos y edificios de las inmediaciones. Alemanes y fascistas registraron la granja una docena de veces, pero el duque siempre recibió aviso con mucho tiempo de adelanto. En la aldea se los conocía como *signor* y *signora* Giusti, y solo a Winifred-Mae le irritaba este incógnito. Ella era la duquesa Malvolio-Pomodori, y quería que su dignidad se conociese. A Donna Carla no le disgustaba ser simplemente Carla Giusti. En calidad de tal fue un día al lavadero y pasó una grata mañana lavando sus ropas y cotilleando con las demás mujeres. Cuando volvió a la granja, su madre estaba furiosa. Era Donna Carla; no debía olvidarlo. Pocos días después, Winifred-Mae vio a una mujer en la fuente que enseñaba a la heredera a transportar una tina de cobre sobre la cabeza; obligó a Donna Carla a volver a casa y le dictó otra feroz lección sobre cuestiones de rango. Donna Carla fue siempre maleable y obediente, pero sin por ello perder su frescura, y nunca volvió a intentar llevar una *conca* sobre la cabeza.

La familia regresó a Roma en cuanto fue liberada la ciudad; y descubrió que los alemanes habían saqueado el palacio; luego se retiró a una finca del sur y aguardó allí

el final de la guerra. El duque fue invitado a colaborar en la formación de un gobierno, pero rechazó la gentileza alegando que era demasiado viejo; la realidad era que apoyaba, si no al rey, al menos sí el concepto de monarquía. En una mina de sal se hallaron las pinturas y el resto de los tesoros familiares, que volvieron al palacio. Cecil Smith regresó, se puso sus puños de papel y reanudó la administración de la fortuna familiar, que se conservó intacta a lo largo de la guerra. Los pretendientes visitaron de nuevo a Donna Carla.

En el curso del segundo año posbélico, ciento diecisiete pretendientes afluyeron al palacio. Entre ellos había hombres rectos y honrados, granujas, varones hemofílicos y numerosos primos. Donna Carla gozaba del privilegio de elegir a su consorte, y los despidió a todos sin soltar prenda. Formaban una casta de hombres grandiosamente desheredados. Acostados en los lechos del hotel Excelsior, soñaban con la fortuna de la joven duquesa. Se reparó el tejado del castillo. Finalmente fueron instaladas las cañerías. El jardín florecía. Los caballos de silla estaban gordos y lustrosos. Al poner en la puerta a tantos caballeros sin haber mencionado el tema del matrimonio, Donna Carla los había ultrajado y había vejado sus sueños. Los enviaba de nuevo a sus castillos con goteras, a sus jardines arruinados; los condenaba al clima tempestuoso del linaje empobrecido. Muchos se enfadaron, pero siguieron acudiendo. Repudió a tantos pretendientes que al final fue llamada al Vaticano, donde el Santo Padre le recordó la responsabilidad que tenía para con su familia y su antiguo apellido.

Teniendo en cuenta que Winifred-Mae había desbaratado los planes aristocráticos, fue sorprendente su fervoroso interés por el linaje de los pretendientes de su hija, y se erigió en paladín de sus favoritos conforme estos iban apareciendo. A este propósito creció el resentimiento entre madre e hija, y Winifred-Mae tuvo palabras duras. Llegaban cada vez más pretendientes que se marchaban por donde habían venido para volver cada vez más perseverantes y necesitados; pero el tema de la boda seguía sin mencionarse. El confesor de Donna Carla sugirió entonces que la viese un psiquiatra, y la muchacha accedió. Nunca se negaba a nada. El sacerdote le concertó una cita con un médico devoto y ya de edad que ejercía en el seno de la fe católica. Había sido amigo de Croce, y en una de las oscuras paredes de su despacho colgaba una enorme fotografía del filósofo, pero quizá Donna no apreció el detalle. El médico ofreció una silla a la duquesa, y después, tras algunas preguntas, la invitó a tumbarse en el diván. Era un mueble macizo, recubierto de cuero gastado, que databa de las primeras épocas de Freud. Ella se dirigió graciosamente hacia el diván y luego se volvió y dijo:

—Pero no me es posible tumbarme en presencia de un caballero.

El médico entendió su argumento; era un auténtico callejón sin salida. Ella parecía contemplar el diván ansiosamente, pero no podía modificar las enseñanzas de su educación, y en consecuencia, se dijeron adiós.

El duque envejecía. Cada vez le resultaba más difícil andar, pero el dolor no

alteró su postura, y al parecer solo servía para acrecentar su vitalidad. La gente, al verlo, pensaba: qué agradable va a ser comer una chuleta, darse un baño, escalar una montaña; qué deliciosa es la vida, después de todo. Transmitió a Donna Carla su probidad y su ideal de vida sencilla y elegante. Comía alimentos naturales en platos suntuosos, vestía excelentes ropas en vagones de tren de tercera clase y, cuando viajaba a Vevaqua, solía tomar el sencillo almuerzo que llevaba en una cesta. Desembolsaba muchísimo dinero para mantener sus cuadros limpios y en buen estado, pero las fundas para el polvo que cubrían las butacas y las arañas de los salones llevaban años sin ser quitadas. Donna Carla empezó a interesarse por los bienes que heredaría y pasó cierto tiempo examinando los libros de contabilidad en el despacho de Cecil. La inconveniencia de que una hermosa mujer de la nobleza romana estudiase los libros mayores ante un escritorio dio pábulo a cierto chismorreo, y es posible que tal iniciativa marcara el punto de un cambio decisivo en su reputación.

Hubo un punto de inflexión. Su vida no era especialmente solitaria, pero su tímida elegancia daba esa impresión, y se había enemistado con bastantes de sus antiguos pretendientes, convirtiéndose en blanco de las murmuraciones. Se dijo que la probidad del duque era avaricia y que los gustos sencillos de su familia eran signo de demencia. Se comentó que comían mendrugos de pan y sardinas en lata, y que solo había una bombilla en todo el palacio. Se aseguró que se habían vuelto locos (los tres sin excepción) y que legarían a los perros su inmensa fortuna. Alguien afirmó que Donna Carla había sido detenida por hurtar en los comercios de la Via Nazionale. Otra persona la había visto birlar en el Corso un objeto de diez liras y guardárselo en el monedero. Cuando Luigi, el viejo mayordomo, se desplomó un día en la calle y fue trasladado al hospital en ambulancia, alguien contó que los médicos habían diagnosticado que agonizaba de inanición.

El partido comunista aprovechó para subirse al carro, e inició un ataque contra Donna Carla, diciendo que era el arquetipo del feudalismo en vías de extinción. Un diputado comunista pronunció un discurso ante el Parlamento en el que declaraba que los padecimientos de la nación italiana no cesarían hasta que la duquesita hubiese muerto. El pueblo de Vevaqua votó a los comunistas en las elecciones municipales. Donna Carla se desplazó a la localidad tras la cosecha para revisar las cuentas. Su padre estaba demasiado débil y Smith se hallaba ocupado. Viajó en tercera clase, como le habían enseñado. La vieja calesa y el andrajoso cochero la aguardaban en la estación. Los cojines de cuero levantaron nubes de polvo cuando se les sentó encima. En el momento en que el carruaje se internaba en un olivar a los pies de las murallas del pueblo, alguien arrojó una piedra. Alcanzó en el hombro a Donna Carla. Otra piedra le cayó sobre el muslo y una tercera le golpeó el pecho. Salió volando el sombrero del cochero y el hombre fustigó al caballo, pero el animal estaba demasiado

acostumbrado a tirar del arado, y no podía cambiar el paso. Entonces una piedra se estrelló en la frente del cochero, y de la herida empezó a manar sangre. Cegado por ella, dejó caer las riendas. El caballo se apartó a un lado del camino y empezó a pastar. Donna Carla se apeó de la calesa. Los hombres del olivar se dieron a la fuga. Vendó con un pañuelo la cabeza del cochero, empuñó las riendas y guio el viejo carruaje hasta entrar en el pueblo, donde por doquier estaba escrito: «¡MUERA DONNA CARLA!», «¡MUERTE A LA DUQUESA!». No había una alma en las calles. Los criados del castillo se mantenían leales, y le vendaron los cortes y las heridas, le sirvieron té y lloraron. Cuando a la mañana siguiente inició la intervención de cuentas, los arrendatarios se presentaron uno tras otro, y ella no mencionó el incidente. Con elegancia y paciencia, repasó los números, incluso con sus agresores, a quienes reconoció. Tres días después, cruzó de nuevo el olivar en calesa y cogió el tren a Roma en un vagón de tercera.

Pero el episodio no mejoró su reputación en la metrópoli. Alguien refirió que había despedido de su puerta a un niño famélico y que su tacañería era patológica. Que estaba pasando de contrabando sus cuadros a Inglaterra y amasando en la isla una fortuna. Que vendía sus joyas. Se supone que los nobles terratenientes romanos son gente perspicaz, pero sobre Donna Carla se inventaban y circulaban infundios de inusitada deshonestidad. También se dijo que estaba perdiendo su prestancia física. Que estaba haciéndose vieja. La gente discutía acerca de su edad: tenía veintiocho años, treinta y dos, treinta y seis, incluso treinta y ocho. Y que seguía siendo una figura familiar en el Lungotevere, tan solemne y encantadora como siempre, con su pelo reluciente y su media sonrisa. ¿Cuál era la verdad? ¿Qué encontraría en su casa, si iba allí a tomar el té, a un príncipe alemán, a un pretendiente dueño de un palacio con goteras?

A las cinco de la tarde de un domingo, el príncipe Bernstrasser-Falconberg pasó por debajo del imponente arco y entró en un jardín donde había unos cuantos mandarinos y una fuente. Era un hombre de treinta y cinco años, con tres hijos ilegítimos y una jovial amante que lo esperaba en el Grand Hotel. Al alzar la vista y ver los muros del palacio, no pudo evitar el pensamiento de todas las buenas cosas que prometía la riqueza de Donna Carla. Podría pagar sus deudas. Compraría una bañera a su anciana madre. Arreglaría el tejado. Un viejo portero de librea amarilla le franqueó la entrada, y Luigi abrió un segundo par de puertas dobles, haciéndolo pasar a una sala con escalera de mármol. Donna Carla lo aguardaba en la oscuridad.

—Muy amable por su parte el haber venido —le dijo en inglés—. Terriblemente lúgubre, ¿no cree?

La frágil música inglesa de su voz rebotó en las piedras. La sala era lúgubre, como él pudo comprobar, pero eso solo era la mitad de la verdad, y el príncipe captó al instante que no se esperaba de él que reparase en que asimismo era suntuosa. La

joven duquesa parecía estarle suplicando cierta comprensión por su desconcierto, por su dilema al tener que recibirlo en semejante ámbito, y por su anhelo de fingir que se trataba de una estancia totalmente ordinaria, un lugar en el que dos amigos podían reunirse cualquier domingo por la tarde. Ella le tendió la mano y se disculpó por la ausencia de sus padres, que no se encontraban bien. (No era totalmente cierto: Winifred-Mae estaba resfriada, pero el viejo duque se había ido a un cine de programa doble).

Al príncipe le agradó comprobar que Donna Carla era atractiva que lucía un vestido de terciopelo y que se había puesto un poco de perfume. Hizo conjeturas acerca de su edad, y vio que su cara parecía de cerca muy pálida y sugestiva.

—Nos queda un largo paseo por delante —dijo ella—. ¿Vamos? El *salottino*, la única habitación donde uno puede sentarse, está en el otro extremo del palacio, pero no es posible utilizar la puerta trasera, porque luego uno presenta una *brutta figura*...

Desde la sala accedieron a la cavernosa galería de pinturas. La estancia estaba tenuemente iluminada, y sus cientos de sillas cubiertas con gamuza. El príncipe se preguntó si sería oportuno mencionar los cuadros, y trató de indagarlo a través de la duquesa. Ella parecía mantenerse a la expectativa, pero ¿esperaba que él se reuniese con ella o acaso aguardaba a que su huésped hiciese gala de sensibilidad artística? Él decidió correr el riesgo, se detuvo delante de un Bronzino y lo ensalzó.

—Tiene mejor aspecto ahora que está limpio —dijo ella.

El príncipe rebasó el Bronzino y se encaminó hacia un Tintoretto.

—¿Le apetece que vayamos a un lugar más confortable? —añadió la duquesa.

La siguiente galería era la de los tapices, y la única concesión de la anfitriona consistió en murmurar: «Españoles... Exigen muchísimo cuidado. Polillas y todo eso». Cuando el príncipe se detuvo a admirar el contenido de una vitrina, ella se reunió con él y le explicó los objetos, y el pretendiente captó por primera vez cierta ambivalencia en su aparente anhelo de que la tomaran por una mujer sencilla que vive en un apartamento.

—Lapislázuli tallado —declaró—. Se cree que esa vasija del centro es la pieza de lapislázuli más grande del mundo.

Y a continuación, como si ella misma hubiera detectado y lamentado aquel punto débil en su comportamiento, preguntó según entraban en la habitación siguiente:

—¿Ha visto usted alguna vez más desechos?

Allí estaban las cunas de los papas, las sillas de mano carmesíes de los cardenales, los obsequios habituales de emperadores, reyes y grandes duques apilados hasta el techo, y al príncipe le confundió la turbación de su acompañante. ¿Qué actitud era la oportuna? La conducta de ella no era la que cabría esperar de una heredera, pero, en definitiva, ¿era realmente tan extraña, tan irreflexiva? Y ¿qué insólita actitud no adoptaría un visitante cegado por un kilómetro o más de sucesivos cuadros, agobiado por las abrumadoras reliquias de cuatro siglos consecutivos de riqueza y poder? Jugando, de niña, en aquellos glaciales aposentos, posiblemente

había descubierto dentro de sí una notable resistencia a vivir en el interior de un monumento. De todas maneras, habría tenido que hacer su elección, pues si tomaba en serio aquel tesoro, eso implicaría vivir en el pasado en todo instante del mismo modo que el resto de nosotros vive con ansias y apetitos, ¿y quién aceptaría cosa semejante?

El lugar adonde iban era un salón oscuro. El príncipe la observó agacharse hasta el zócalo y enchufar una débil lámpara.

—Siempre dejo desenchufadas todas las lámparas, porque los criados a veces se olvidan de apagarlas y la electricidad está carísima en Roma. ¡Henos aquí! — exclamó, enderezándose y señalando con gesto hospitalario un sofá cuyo raído terciopelo colgaba hecho jirones. Sobre el sofá había un retrato del primer papa Malvolio-Pommodori pintado por Tiziano.

»Me preparo el té con una lamparilla de alcohol, porque de la cocina aquí el agua llega bastante fría...

Se sentaron a la espera de que hirviera la tetera. Ella le tendió su taza y sonrió, y él se sintió conmovido, aunque sin saber por qué. Sobre aquella encantadora mujer, como sobre tantas otras cosas que admiraba él en Roma, pondría la amenaza del inminente desuso. Su palidez era un poco desvaída; su nariz, un tanto afilada. Su gracia y su acento, rayanos en excesivos. No era, sin embargo, la clase de mujer que extravía en el aire su mano izquierda, con el meñique extendido, como las personas vulgares suponen que debe cogerse una taza de té; los aires que adoptaba no eran tampoco equívocos, y a través de ellos el príncipe creyó percibir los latidos de un corazón decente y saludable. Pero pensó al mismo tiempo que los días de Donna Carla concluían inexorablemente en las humedades de un lecho solitario y que si llevaba ella mucho tiempo más semejante vida, acabaría transformándose en una de esas vírgenes yermas cuya voz musical ejerce sobre los hombres la fuerza de una total inapetencia erótica.

—Mi madre lamenta no haber podido venir a Roma —dijo el príncipe—, pero me pidió que le expresara su esperanza de que algún día venga usted a visitarnos a nuestro país.

—Qué delicadeza —respondió Donna Carla—. Por favor, dé las gracias a su madre. No creo que nos conozcamos, pero recuerdo a sus primos Otto y Friedrich, de cuando estudiaban aquí. Le ruego que a su vuelta los salude de mi parte.

—Debería visitar mi país, Donna Carla.

—Oh, me encantaría, pero tal como están ahora las cosas no puedo abandonar Roma. Tengo mucho que hacer. Hay veinte comercios abajo y apartamentos arriba. Los tubos de desagüe revientan constantemente y las palomas anidan en las tejas. Tengo que ir a la Toscana a inspeccionar las cosechas. No dispongo jamás de un solo minuto.

—Tenemos mucho en común, Donna Carla.

—¿Sí?

—La pintura. Adoro la pintura. Es el amor de mi vida.

—¿De veras?

—Me encantaría vivir como usted, en una casa enorme donde uno encuentra, ¿cómo lo diría?, la auténtica luminosidad del arte.

—¿Le encantaría, en serio? Yo no puedo afirmar que me guste demasiado. Oh, soy capaz de advertir la hermosura de un bonito cuadro o un jarrón, pero aquí no hay nada de eso. Mire donde mire, veo crucifixiones sangrientas, desnudez y crueldad. — Estrechó contra sí el chal—. Realmente no me agrada.

—¿Sabe por qué estoy aquí, Donna Carla?

—Por supuesto.

—Soy de buena familia. No soy joven, pero sí fuerte. Soy...

—Naturalmente. ¿Quiere otra taza de té?

—Gracias.

Su sonrisa, cuando le tendió la taza, fue un abierto ruego de que se limitara a mantener una conversación de tipo general, y el príncipe pensó en su anciana madre, la princesa, bañándose en una tina. Pero en aquella sonrisa había, a la vez, cierta persuasión, cierta triunfante inteligencia que también le hizo reparar, avergonzado, en la estupidez y la tosquedad de su propósito. ¿Por qué la duquesa habría de comprarle una bañera a su madre? ¿Por qué debía de querer arreglarle el tejado? ¿Por qué se lo habían dicho todo sobre ella, salvo que era una mujer sensible? Ahora podía entenderla. Incluso veía más cosas. Comprendió lo infundadas que eran las calumnias sobre ella. Aquella «estafadora», aquella «avara», aquella «ratera» no era más que una mujer agradable que usaba la cabeza. Él conocía la clase de pretendientes que le habían precedido —y tres de cada cuatro veces con una querida esperando en el hotel—, y ¿por qué no podían haber despertado sus sospechas? Conocía la brillante sociedad que ella había desdeñado; conocía sus frías partidas de cartas, sus elegantes y malévolas cenas, el tedio que no atemperaban los mayordomos de librea y los jardines iluminados con antorchas. Qué sensato por parte de Donna Clara haberse quedado en casa. Era una mujer sensible, demasiado sensible para interesarse por él, y su mente constituía el fondo del misterio. Nadie habría esperado que en la antigua Roma floreciese la flor de la sensatez.

Él y ella charlaron todavía unos veinte minutos, luego Donna Carla hizo sonar una campanilla y dijo a Luigi que enseñara al príncipe el camino de la puerta.

La muerte del anciano duque sobrevino de repente. Una noche en que leía a Joseph Conrad en el *salottino*, se levantó para coger un cenicero y se desplomó muerto. Su cigarrillo quedó encendido sobre la alfombra hasta mucho después de que su corazón hubo dejado de latir. Lo encontró Luigi. Winifred-Mae estaba histérica. Un cardenal con acólitos se precipitó al palacio, pero llegó demasiado tarde. El duque fue enterrado en el magno sepulcro renacentista, rodeado de jardines descuidados, sobre

la Appia Antica, y media aristocracia europea guardó luto. Winifred-Mae estaba deshecha. Resolvió volver a Inglaterra, pero una vez preparadas las maletas, cayó en la cuenta de que sus muchos achaques le impedían viajar. Bebía ginebra para sus indigestiones. Imprecaba a los criados, insultaba a Donna Carla por no haberse casado, y finalmente, tres meses después de haber enviudado, falleció.

Tras la muerte de su madre, Donna Carla salió del palacio todas las mañanas durante treinta días para asistir a la primera misa y visitar luego la tumba de su familia. A veces iba en coche. Otras veces cogía un autobús. El velo de su luto era tan espeso que casi hacía invisibles sus rasgos. Salía de casa tanto si llovía como si hacía sol, rezaba sus plegarias, y la vieron vagar por el jardín bajo una tormenta. Daba pena verla en el Lungotevere; sus ropajes negros parecían tener carácter definitivo. Todos se entristecían: los mendigos, las castañeras. Había querido demasiado a sus padres. Algo había fracasado. Ahora pasaría el resto de su vida —qué fácil resultaba imaginarlo— entre el palacio y la tumba. Pero al término de los treinta días fue a ver a su confesor y le dijo que quería ser recibida por Su Santidad. Pocos días después fue al Vaticano. No cruzó la plaza de San Pedro rodando en una limusina de alquiler, ni se quitó el carmín de los labios con un pañuelo de papel. Aparcó cerca de las fuentes su polvoriento cochecillo y atravesó a pie las puertas. Besó el anillo del Santo Padre, hizo una grácil genuflexión y dijo:

—Quisiera casarme con Cecil Smith.

EL CAMIÓN DE MUDANZAS ESCARLATA

Adiós al mortal aburrimiento de repartir un raquítico pollo entre una familia de siete, y a todos los demás ritos de los pueblos de las colinas. No me refiero a las aldeas que están de veras montaña arriba, como Asís, Perugia o Saracinesco, encaramadas sobre un despeñadero de novecientos metros de hondo, con murallas de aquel deprimente color gris de los cartones para camisas y líquenes color mostaza que florecen sobre los vencidos tejados. El terreno, de hecho, era llano, y las casas de madera. Hablo del este de Estados Unidos, de la clase de lugar donde vive la mayoría de nosotros. El municipio independiente de B____ tenía una población de tal vez doscientos matrimonios, todos ellos con perros y niños, y muchos con servicio doméstico; se asemejaba a una ciudad de las colinas en un solo aspecto, es decir, en que los enfermos, los desencantados y los pobres no podían escalar el escarpado sendero moral que constituía su defensa natural, y en que llegado el momento en que cualquiera de sus vecinos caía bajo el virus de la infelicidad o el descontento, consciente de la inutilidad de residir en un paraje de tal altura espiritual, se iba a vivir a la llanura. La vida era del todo cómoda y tranquila. B____ estaba exclusivamente reservado a los dichosos. Las amas de casa besaban con ternura a sus maridos por la mañana y con pasión al anochecer. En casi todos los hogares había amor, benevolencia y abundante esperanza. Las escuelas eran excelentes, las carreteras lisas, perfecto el alcantarillado e impecables los demás servicios públicos. Una tarde de primavera, al ponerse el sol, un inmenso camión de mudanzas, con letras doradas en ambos costados, recorrió la calle y se detuvo delante de la casa Marple, que había estado vacía durante tres meses.

Los tonos dorados y escarlatas del vehículo, que brillaban incluso en el crepúsculo, representaban un inspirado intento de encubrir la genuina melancolía de sus vagabundeos. «Transportes completos o parciales a larga distancia», rezaban las letras de oro de los lados, y la leyenda causaba el mismo efecto que el pitido de un tren lejano. Martha Folkestone, que vivía al lado, observó por una ventana cómo atravesaban el porche las pertenencias de sus nuevos vecinos.

—Parece un Chippendale auténtico —dijo—, aunque con esta luz no se puede saber. Tienen dos niños. Parecen buena gente. Oh, ojalá pudiera llevarles algo para que se sientan como en casa. ¿Tú crees que les gustarán las flores? Me figuro que podremos invitarlos a una copa. ¿Crees que les apetecerá? ¿Quieres ir a preguntárselo?

Más tarde, cuando todos los muebles estaban ya dentro de la casa y el camión se había marchado, Charlie Folkestone cruzó el césped que separaba las dos viviendas y

se presentó él mismo a Peaches^[11] y a Gee-Gee. Advirtió lo siguiente: Peaches era como la fruta de idéntico nombre: rubia y cálida, con vestido muy escotado y una frente luminosa. Gee-Gee había sido un hombre guapo y quizá seguía siéndolo, aunque sus rizos amarillos raleaban ya. Su rostro era a la vez angelical y amenazador. Nunca había sido boxeador (como Charlie supo luego), pero sus ojos bizqueaban levemente y su frente cuadrada y hermosa parecía hecha con capas de piel cicatrizada. Podía parecer un hombre de aspecto pensativo, hasta que uno se percataba de que, de pensativo, nada. Tenía el aspecto serio y contenido de las personas un poco estúpidas o algo duras de oído.

Les encantaría tomar una copa. Irían en seguida a casa de Charlie. Peaches quería pintarse un poco los labios y dar las buenas noches a los niños, y después irían en el acto. Así lo hicieron, y así empezó lo que prometía ser una velada inusualmente placentera. Los Folkestone se habían inquietado pensando en cómo serían sus nuevos vecinos, y al encontrar a una pareja tan simpática como Peaches y Gee-Gee se pusieron muy contentos. Como a todo el mundo, les encantaba opinar sobre sus vecinos y, naturalmente, Gee-Gee y su mujer demostraron interés. Era el nacimiento de una nueva amistad, y los Folkestone pasaron esta vez por alto su proverbial preocupación por el tiempo y la sobriedad. Se había hecho tarde —era más de medianoche—, y Charlie no reparó en la cantidad de whisky que estaban bebiendo ni en el hecho de que Gee-Gee estaba emborrachándose. Cayó en un total silencio —ya no participaba en la conversación—, y de pronto interrumpió bruscamente a Martha con voz tajante y desagradable:

—Dios, qué remilgados son ustedes —dijo.

—¡Oh, no, Gee-Gee! —exclamó Peaches—. ¡No en nuestra primera noche aquí!

—Ha bebido usted demasiado, Gee-Gee —dijo Charlie.

—Y un cuerno —replicó Gee-Gee. Se agachó y empezó a desabrocharse los zapatos—. Todavía no he bebido ni la mitad de lo que puedo llegar a beber.

—Por favor, Gee-Gee, por favor —suplicó Peaches.

—Tengo que enseñarles, cariño. Tienen que aprender.

Se levantó y, con la maña y la pericia del borracho, se quitó la mayor parte de la ropa antes de que nadie pudiera detenerlo.

—Largo de aquí —ordenó Charlie.

—El placer es mío, vecino —dijo Gee-Gee, y de un puntapié sacó por la puerta un paraguas con empuñadura de cobre que encontró en su camino.

—¡Oh, lo siento muchísimo! —se disculpó Peaches—. ¡Me siento terriblemente avergonzada!

—No tiene importancia, querida —dijo Martha—. Probablemente está muy cansado, y todos hemos bebido demasiado.

—Oh, no —dijo Peaches—. Siempre ocurre lo mismo. En todas partes. Nos hemos mudado ocho veces en los últimos ocho años, y nunca ha habido nadie que se haya despedido de nosotros. Ni una sola persona. ¡Oh, era un hombre encantador

cuando lo conocí! Imposible encontrar a un hombre más delicado, fuerte y generoso. En la universidad lo llamaban el Dios Griego. Por eso le decimos Gee-Gee^[12]. Jugó dos veces en la selección norteamericana, pero nunca por dinero; siempre jugó porque le salía de dentro. Todo el mundo lo quería. Ahora todo eso se ha acabado, pero me digo a mí misma que hubo un tiempo en que tuve el amor de un hombre bueno. No creo que muchas mujeres hayan conocido ese tipo de amor. Oh, ojalá volviera a ser como antes. Ojalá. Anteayer, cuando estábamos embalando los platos en la otra casa, se emborrachó y yo lo abofeteé, le grité: «¡Vuelve! ¡Vuelve a mí, Gee-Gee!». Pero no me escuchó. No me hizo caso. Ya no hace caso a nadie, ni siquiera a la voz de sus hijos. Me pregunto todos los días qué habré hecho para merecer este castigo tan cruel.

—¡Cuánto lo siento, querida! —exclamó Martha.

—No vendrá usted a despedirnos cuando nos vayamos —aseguró Peaches—. Duraremos un año. Espere y verá. Hay gente que organiza fiestas de despedida, pero en el último sitio donde vivimos hasta el basurero se alegró de que nos fuéramos.

Con una gracia y resignación que trascendía la malograda reunión, se puso a recoger las ropas que su marido había diseminado por la alfombra.

—Cada vez que nos mudamos, pienso que el cambio le vendrá bien —agregó—. Al llegar aquí esta noche, esto parecía tan bonito y tranquilo que pensé que podría cambiarlo. En fin, no es preciso que vuelvan a invitarnos. Ya han visto lo que ocurre.

Pocos días después, o quizá una semana más tarde, Charlie vio a su vecino en el andén de la estación y comprobó que tenía muy buen aspecto cuando estaba sobrio. B___ no era un lugar que se conquistase fácilmente, pero Gee-Gee parecía haberse ganado ya el afectuoso respeto de sus convecinos. Mientras lo contemplaba de pie al sol entre los demás viajeros, Charlie comprendió que el recién llegado sería invitado a participar en todo. Gee-Gee saludó cordialmente a Charlie, y en él no quedaba rastro del mal carácter que había mostrado aquella noche. En efecto, resultaba imposible creer que aquel hombre encantador y bien parecido se hubiera comportado de un modo tan ofensivo. A la luz de la mañana, y rodeado de nuevos amigos, parecía constituir un desafío a la memoria. Casi daba la impresión de que el reproche recaía sobre Charlie.

Las disposiciones para la iniciación mundana de la nueva pareja fueron insólitamente rápidas y complicadas, y dieron comienzo con una cena en casa de los Waterman. Charlie ya estaba allí cuando Peaches y Gee-Gee aparecieron, e hicieron una entrada majestuosa. Cogidos del brazo, radiantes, en el momento de su entrada pareció que realzaban la velada. Había mucha gente en la fiesta, y Charlie apenas volvió a verlos hasta que se sentaron a la mesa. Iban por la mitad de los postres cuando sonó, como una orden de desfile, el exabrupto brusco y desagradable de Gee-Gee en medio de la conversación general:

—¡Maldita pandilla de gente estirada! —exclamó—. Vamos a poner un poco de alegría en la conversación, ¿no?

Saltó al centro de la mesa y empezó a cantar una canción obscena y a bailar una giga. Las mujeres chillaron. Los platos se volcaron y se rompieron. Se echaron a perder vestidos. Peaches suplicó a su díscolo marido. Su escandalosa actuación hizo que en el comedor solo quedaran Charlie y su ruidoso vecino.

—Bájese de ahí, Gee-Gee —dijo Charlie.

—Tengo que enseñarles —respondió el otro—. Darles una lección.

—Pues no está enseñando nada a nadie, como no sea que está usted borracho como una cuba.

—Tienen que aprender —insistió Gee-Gee—. Tengo que enseñarles.

Bajó de la mesa, rompiendo unos cuantos platos más; luego se dirigió tambaleándose a la cocina, donde abrazó a la cocinera, y finalmente salió a la oscuridad de la noche.

Podría haberse pensado que el incidente habría escarmentado a una comunidad mundana, pero a Gee-Gee le fue concedida una insólita indulgencia. Gustaba a todo el mundo, y siempre existía la posibilidad de que se enmendase. Su encantadora figura desarmaba a sus enemigos a la luz del nuevo día, pero su actitud empezó a parecer cada vez más un señuelo para colarse en las casas a romper vajillas. Él no quería perdón, y si por ventura entendía que no había ultrajado la sensibilidad de sus anfitriones, aumentaba y extremaba sus escándalos. Nadie había visto nunca nada parecido. Se desnudó en casa de los Bilker. En la de los Levy lanzó por los aires un bol de queso blanco. Bailó en calzoncillos una danza escocesa, pegó fuego a más de una papelera y se columpió en la araña de los Townsend, la célebre araña. Al cabo de seis semanas, no era bien recibido en ninguna casa del vecindario.

Los Folkestone seguían viéndolo, por supuesto: lo veían en el jardín por la noche y charlaban con él a través del seto. A Charlie le trastornaba en gran medida el espectáculo de alguien tan rápidamente caído en desgracia, y le hubiera gustado ayudarlo. Él y Martha hablaron con Peaches, pero esta había perdido toda esperanza. No comprendía qué le pasaba a su adonis, y su inteligencia no llegaba más lejos. De vez en cuando, algún candoroso forastero de la ciudad vecina o tal vez algún recién llegado sentía simpatía por Gee-Gee y lo invitaba a cenar. Su actuación era siempre la misma, y siempre había platos rotos. Los Folkestone eran sus vecinos —había ese antiguo vínculo— y Charlie quizá pensaba que podía salvar al descarriado. Cuando Gee-Gee y Peaches se peleaban, a veces ella telefoneaba a Charlie y le pedía protección. Fue a su casa una noche de verano después de haberlo llamado ella por teléfono. La disputa había concluido; Peaches leía un libro en el comedor, y Gee-Gee se hallaba sentado a la mesa con un vaso en la mano. Charlie se instaló a su lado.

—Gee-Gee.

—¿Qué?

—¿Vas a dejar de beber?

—No.

—¿Dejarás la bebida si yo también la dejo?

—No.

—¿Irás a ver a un psiquiatra?

—¿Para qué? Me conozco. Lo único que tengo que hacer es llegar hasta el final.

—¿Irás a ver a un psiquiatra si yo te acompaño?

—No.

—¿Vas a hacer algo para ayudarte?

—Tengo que enseñarles.

Entonces echó hacia atrás la cabeza y sollozó: «Oh, Dios mío...».

Charlie se apartó. Dio la impresión de que en aquel instante Gee-Gee acababa de oír, en alguna recóndita región de sus adentros, el sonido de una lejana trompeta que profetizaba el modo y la hora de su muerte. Aquel hombre parecía poseer una enorme autenticidad. Folkestone experimentó un gran alivio. Creyó entender el mensaje del borracho; siempre lo había captado. Allá en el fondo de la amistad entre ambos, Gee-Gee era un abogado de los lisiados, los enfermos, los pobres; de todos aquellos que sin ninguna culpa vivían una existencia miserable y dolorosa. A los dichosos, los bien nacidos y los ricos, debía decirles esto: que precisamente porque tenían cariño, comodidades y privilegios, no debían serles ahorrados los agujonazos de la rabia y el deseo, ni tampoco las ansias y las agonías de la muerte. Gee-Gee solo quería advertirles que estuvieran preparados para el golpe cuando sobreviniera. Pero ¿no era acaso posible aceptar esta verdad sin que Gee-Gee tuviese que bailar la giga en las salas de sus vecinos? Difundía el mensaje del sufrimiento en la vida, pero ¿era necesario sufrirlo en carne propia para aceptar dicho mensaje? Eso parecía.

—Gee-Gee —dijo Charlie.

—¿Qué?

—¿Qué estás intentando enseñarles?

—No lo sabrás nunca. Tú también eres un maldito remilgado.

Ni siquiera duraron un año. En noviembre les hicieron una oferta razonable por la casa, y la vendieron. Regresó el camión de mudanzas, dorado y escarlata, y cruzaron la frontera del estado hasta la ciudad de Y____, donde compraron otra casa. Los Folkestone se alegraron de que se marcharan. Una pareja joven y formal ocupó su lugar y todo volvió a ser como antes. Rara vez se acordaban de ellos. Pero por unos amigos Charlie se enteró, el invierno siguiente, de que Gee-Gee se había roto la cadera jugando al rugby un día o dos antes de Navidad. Por alguna razón no olvidó esta circunstancia, y un domingo por la tarde en que no tenía nada mejor que hacer preguntó al servicio de información telefónica el número de su antiguo vecino y lo llamó para informarle de que iría a verlo para tomar una copa. Gee-Gee rugió de entusiasmo y le indicó a Charlie cómo llegar a su casa.

El trayecto fue largo, y a medio camino Charlie se preguntó por qué iba. Y _____ era, socialmente, bastante inferior a B_____.

La vivienda se hallaba en una urbanización, y el constructor no se había limitado a edificar algo feo: había erigido una comunidad de ventanas rectilíneas que parecía una colonia penitenciaria. Las calles llevaban nombres de universidades: calle de Princeton, de Yale, de Rutgers... Solo se habían vendido unas cuantas casas, y la de Gee-Gee estaba rodeada de viviendas vacías. Charlie llamó al timbre y oyó a su amigo gritándole que entrara. La casa estaba patas arriba, y mientras él se quitaba el abrigo, Gee-Gee recorrió lentamente el pasillo medio subido en un cochecillo de juguete que impulsaba con ayuda de una muleta. Una dura escayola recubría su cadera y su pierna derecha.

—¿Dónde está Peaches?

—En Nassau. Ella y los niños han ido a Nassau a pasar las Navidades.

—¿Y te han dejado solo?

—Yo quise que se marcharan. Los obligué a irse. No pueden hacer nada por mí. Me arreglo muy bien con este cochecito. Si tengo hambre, me preparo un bocadillo. Yo les dije que se fueran. Los obligué. Peaches necesitaba unas vacaciones, y a mí me gusta estar solo. Ven al cuarto de estar y sírreme una copa. No puedo sacar los cubitos de hielo; es casi lo único que no puedo hacer. Puedo afeitarme, meterme en la cama y todo eso, pero no consigo sacar el hielo.

Charlie sacó varios cubitos. Le alegró tener algo que hacer. La imagen de Gee-Gee en su coche de juguete le había conmocionado, y notó que en la casa reinaba una tranquilidad aterradora. Por la ventana de la cocina divisó fila tras fila de viviendas feas y vacías. Tuvo la sensación de que un terrible melodrama se aproximaba a su momento culminante. Pero en el cuarto de estar Gee-Gee estuvo sumamente encantador, y su sonrisa y su voz prestaron a la tarde un momentáneo equilibrio. Charlie le preguntó si no podía contratar a una enfermera que se ocupase de él. ¿No podía encontrar a nadie que lo hiciera? ¿No podía por lo menos alquilar una silla de ruedas? Gee-Gee rechazó riendo todas estas sugerencias. Se sentía a gusto. Peaches le había escrito desde Nassau; lo estaba pasando maravillosamente.

Charlie creyó que Gee-Gee los había obligado a marcharse. Por encima de todo, era este detalle el que convertía la situación en horrorosa. Naturalmente, a Peaches le habría gustado ir a Nassau, pero jamás hubiera insistido. Su inocencia era tanta, que jamás había soñado ni mucho menos ansiado viajar. Gee-Gee habría porfiado para que se fuese; le habría descrito el viaje de una manera tan tentadora que ella, en su inocencia, no debía de haber podido resistir la tentación. ¿Quería él de verdad que lo dejaran solo, borracho e inválido, en una casa aislada? ¿Necesitaba sentirse abandonado? Daba esa impresión. El desorden de la casa y la imagen de su mujer y sus hijos corriendo como el viento por una playa de coral parecían una feliz invención: una especie de triunfo.

Gee-Gee encendió un cigarrillo y, olvidándolo, encendió otro, y dejó caer tan

imprudentemente las cerillas que Charlie pensó que un día u otro Gee-Gee podía fácilmente provocar un incendio. Al levantarse de su cochecito para tomar asiento en una silla, estuvo a punto de caerse, y, caído en el suelo y solo, podía muy bien morirse de hambre y de sed allí, en su propia alfombra. Pero tal vez había aquella destreza del borracho en su torpeza, en su modo de jugar con el fuego. Sonrió levemente al advertir la mirada de Charlie.

—No te preocupes por mí —le dijo—. No me pasará nada. Tengo un ángel de la guarda.

—Eso cree todo el mundo.

—Bueno, pero yo lo tengo.

Fuera había empezado a nevar. El cielo invernal estaba encapotado, y pronto oscurecería. Charlie comentó que tenía que irse.

—Siéntate —dijo Gee-Gee—. Siéntate y toma otra copa.

La conciencia de Charlie lo retuvo allí un momento más. ¿Cómo podía abandonar de golpe a un amigo —a un antiguo vecino, cuando menos— en peligro de muerte? Pero no tenía alternativa: su familia lo esperaba y debía marcharse.

—No te preocupes por mí —dijo Gee-Gee cuando Charlie se ponía ya el abrigo—. Tengo mi ángel.

Era más tarde de lo que Charlie pensaba. Nevaba intensamente y tenía por delante dos horas de camino por tortuosas carreteras secundarias. Había una pequeña elevación del terreno en las afueras de Y____, y la nieve reciente era tan resbaladiza que le costó trabajo subir la colina. Y había otras aún más empinadas. Solo le funcionaba un limpiaparabrisas, y los copos cubrieron rápidamente el cristal, dejándole únicamente una pequeña abertura al mundo. La nieve se abalanzaba sobre los faros a un ritmo mareante, y en un punto en que la carretera se estrechaba, el coche patinó hasta el arcén, y Charlie tuvo que forzar el motor durante diez minutos para recuperar otra vez el control. Era aquel un paraje solitario —a kilómetros de cualquier casa—, y hubiera tenido que emprender una caminata sobre tierra embarrada con simples mocasines. El coche resbalaba y zigzagueaba en todas las colinas, y se diría que las rebasaba por un estrechísimo margen de suerte.

Dos horas después, Charlie seguía aún lejos de casa. La nieve era tan densa que conducir el coche era tan arduo como la navegación más arriesgada. Tardó tres horas en volver, y al llegar a la paz y oscuridad de su garaje estaba cansado, cansado e infinitamente agradecido. Martha y los niños ya habían cenado, y ella quería visitar a los Lissom para comentar ciertos asuntos sobre la dirección de la escuela. Él le dijo que la carretera estaba en malas condiciones, y como la distancia era corta, Martha decidió ir a pie. Charlie encendió el fuego en la chimenea y se sirvió un trago, y los niños se sentaron con él a la mesa mientras cenaba. Los domingos por la noche, después de la cena, los Folkestone formaban —o trataban de formar— un trío. Charlie tocaba el clarinete, su hija el piano y su hijo mayor la flauta tenor. El pequeño todavía gateaba. Aquel domingo interpretaron adaptaciones simples de música del

siglo XVIII en el más placentero clima hogareño: felicitándose mutuamente cuando atacaban los fragmentos más difíciles y extendiendo a la música lo mejor de su relación. Estaban tocando una sonata de Vivaldi cuando sonó el teléfono. Charlie supo inmediatamente quién era.

—Charlie, Charlie —dijo Gee-Gee—. Santo Dios, estoy en un aprieto. En cuanto te has marchado, me he caído del maldito cochecito. He tardado dos horas en llegar al teléfono. Tienes que venir. Nadie más puede hacerlo. Eres mi único amigo. Tienes que venir. ¿Charlie? ¿Me oyes?

Seguramente fue la extraña expresión que se dibujó en el rostro de Charlie lo que hizo llorar al bebé. Su hermana lo cogió en brazos y miró fijamente a su padre, lo mismo que el otro chico. Parecían enteramente conscientes de la situación, de cada detalle de la misma, y lo miraban con sosiego, como si esperasen que él tomara una decisión que no tenía nada que ver con la continuación de una velada agradable en una casa aislada por la nieve; una decisión, no obstante, que ejercería un profundo efecto sobre el conocimiento que tenían de su padre y sobre la futura felicidad de la familia. Él pensó que eran miradas claras y suplicantes, e hiciera lo que hiciese sería algo decisivo.

—¿Me oyes, Charlie? ¿Me oyes? Me ha costado casi dos malditas horas arrastrarme hasta el teléfono. Tienes que ayudarme. Nadie más vendrá.

Charlie colgó. Gee-Gee debió de oír el sonido de su respiración y el llanto del bebé, pero Charlie no había dicho una palabra. No dio explicaciones a sus hijos, ni tampoco ellos las pidieron. Lo sabían todo. Su hija volvió a sentarse al piano, y cuando el teléfono sonó otra vez y Charlie no contestó, nadie hizo pregunta alguna respecto del timbre que llamaba. Cuando dejó de sonar, parecieron sentirse dichosos y aliviados, e interpretaron Vivaldi hasta las nueve, hora en que Charlie los envió a la cama.

Se sirvió una copa para amortiguar el sentimiento de que allí había habido cierta explosión emocional, de que una especie de violencia había estremecido el aire. No sabía exactamente qué había hecho ni cómo afrontar la voz de su conciencia. Se lo contaría a Martha en cuanto ella volviese, pensó. Sería un paso hacia la comprensión de lo que acababa de hacer. Pero Martha regresó y Charlie no le dijo nada. Temió que si la ponía al corriente del problema, la inteligencia de su esposa no hiciera sino confirmar su culpa. «Pero ¿por qué no me has telefoneado a casa de los Lissom? —habría preguntado—. Yo hubiera vuelto a casa y tú podrías haber cogido el coche». Era una mujer demasiado compasiva para aceptar cruzada de brazos, como él estaba haciendo, la idea de que un amigo, un vecino, yacía en su casa moribundo. Martha subió directamente. Él se sirvió un poco más de whisky. Si hubiera telefoneado a los Lissom, si ella hubiera regresado a cuidar de los niños para que él pudiera ir a ayudar a Gee-Gee, ¿podría haber hecho el viaje de vuelta con semejante nevada? Podría haber puesto las cadenas en los neumáticos, pero ¿dónde estaban? ¿En el automóvil o en el sótano? No lo sabía. No las había usado ese año. Pero quizá para entonces ya

hubieran despejado las carreteras. Tal vez había acabado la tormenta. Esta última y angustiosa posibilidad lo puso enfermo. ¿Le habría traicionado el cielo? Encendió la luz de fuera y, a regañadientes, vacilante, se acercó a la ventana.

La nieve limpia despidió un centelleo zalamero y el rayo de luz resplandeció en la atmósfera vacía y apacible. Probablemente había dejado de nevar pocos minutos después de que él hubo entrado en casa. ¿Cómo podía haberlo sabido él? ¿Cómo podía exigírsele que tuviera en cuenta los caprichos del tiempo? ¿Y qué decir de aquella mirada de los niños, tan severa, tan clara, tan afirmativa de que a aquella hora le correspondía estar con ellos, y no socorriendo a borrachos que habían perdido la oportunidad de ser tomados en serio?

Entonces lo asaltó la imagen de Gee-Gee, abrumadoramente desvalido, y recordó a Peaches de pie en la entrada del domicilio de los Waterman, gritando: «¡Vuelve! ¡Vuelve a mí!». Invocaba al hombre joven que Charlie no había conocido, pero resultaba fácil imaginar cómo habría sido: equilibrado, alegre, generoso, fuerte... ¿Y por qué se había ido al traste todo aquello? «¡Vuelve! ¡Vuelve!». Peaches parecía invocar la dulzura de un día de verano: rosales en flor, puertas y ventanas abiertas al jardín. Su voz abarcaba todo aquello; era como la ilusión de una casa abandonada a la luz de los últimos rayos de sol. Una mansión desmoronándose, una casa encantada para los niños y un quebradero de cabeza para la policía y los bomberos, aunque al ver sus resplandecientes ventanas a la puesta del sol, uno podría creer que sus antiguos habitantes han vuelto. La cocinera pasa el rodillo sobre la pasta en la cocina. El olor del pollo sube por la escalera trasera. Las habitaciones del frente están ya dispuestas para recibir a los niños y a sus muchos amigos. Un fuego de carbón arde en la chimenea. Después, a medida que la luz se retira de las ventanas, la auténtica fealdad del lugar resurge en el crepúsculo con renovada fuerza, y conforme las notas de aquel verano de hace tanto tiempo abandonaban la voz de Peaches, va haciéndose perceptible la irrevocable, la desesperada confusión en su rostro inocente. «¡Vuelve! ¡Vuelve!». Charlie se sirvió un poco más de whisky, y al llevarse el vaso a la boca, oyó que cambiaba el viento y vio —la luz de fuera seguía encendida— que los copos caían girando de nuevo, con el vengativo torbellino de la ventisca. La carretera era intransitable; no podría haber hecho el viaje. El cambio de tiempo le había procurado una dulce absolución, y contempló la nieve con una sonrisa de amor, pero siguió en pie hasta las tres de la mañana, aferrado a la botella.

A la mañana siguiente, Charlie tenía los ojos inyectados en sangre, y temblaba; a las once se escabulló de la oficina y se tomó dos martinis. Bebió otros dos antes del almuerzo, otro más a las cuatro y dos en el tren, y llegó a cenar a casa haciendo esos. Las consecuencias del exceso de bebida nos resultan familiares a todos nosotros; aquí solo nos interesa el lado humano del caso, y Martha se vio por fin impulsada a hablar con él. Lo hizo con muchísima suavidad.

—Estás bebiendo mucho, cariño —dijo—. Has estado bebiendo demasiado las tres últimas semanas.

—Lo que yo beba o no es asunto mío. Ocúpate de tus cosas y yo me ocuparé de las mías.

La cosa fue a peor, y ella tenía que hacer algo. Acudió a ver al párroco en busca de consejo: era un joven de buena presencia, que practicaba a la vez la psicología y la liturgia. La escuchó comprensivamente.

—He pasado esta tarde por la casa del párroco —dijo esa noche Martha al volver a casa—, y he hablado con el padre Hemming. Le ha extrañado que no fueras a la iglesia y quiere hablar contigo. Es un hombre tan guapo —añadió, intentando que lo que acababa de decir no pareciese algo planeado—, que me pregunto por qué no se habrá casado.

Borracho, como de costumbre, Charlie llamó a casa del párroco.

—Oiga, padre —dijo—. Mi mujer me dice que usted la ha estado entreteniendo esta tarde. Pues bien, no me gusta. Más vale que le quite las manos de encima, ¿entendido? Ese condenado traje negro que usted lleva no me impresiona gran cosa. Apártese de mi mujer o le reventaré su hermosa naricita.

Acabó por perder su empleo, tuvieron que mudarse e iniciaron su peregrinaje, como Peaches y Gee-Gee, en el camión dorado y escarlata.

¿Y qué ocurrió con Gee-Gee?, ¿qué fue de él? Aquel ebrio ángel de la guarda, alborotado el pelo y las cuerdas de su arpa rotas, al parecer revoloteaba aún por encima de donde Gee-Gee yacía. Después de haber telefoneado a Charlie aquella noche, llamó a los bomberos. Llegaron al cabo de ocho minutos justos, con un repiqueteo de campanas y un aullido de sirenas. Lo acostaron, le sirvieron un trago y uno de los bomberos, que no tenía otra cosa que hacer, se quedó haciéndole compañía hasta que Peaches volvió de Nassau. El bombero y el enfermo se lo pasaron espléndidamente, comiendo todos los filetes del congelador y bebiendo más de un litro de bourbon todos los días. Gee-Gee ya era capaz de caminar cuando regresaron Peaches y los niños; abandonó aquella vida desordenada, para la cual parecía mucho más capacitado que su vecino Charlie, pero una vez más tuvieron que mudarse al final de aquel año y, al igual que los Folkestone, desaparecieron de las ciudades de las colinas.

SIMPLEMENTE DIME QUIÉN FUE

Will Pym era un hombre hecho a sí mismo; es decir, había comenzado su vida adulta sin un céntimo ni una sola relación —aparte de la amistad general que une a un hombre con otro—, y había llegado a la vicepresidencia de una empresa de mantas de rayón. Todos los años donaba una suma considerable a la prisión de Baltimore, que lo había puesto en el buen camino, y podía contar unas cuantas anécdotas sobre la época en que había trabajado de jornalero, mucho, mucho tiempo atrás. Pero su aspecto y su conducta eran los de un hombre de clase media alta, con una brizna, un ápice a lo sumo, de las inquietudes de un hombre que ha librado una encarnizada batalla para ingresar algún dinero en el banco. Es cierto que los mendigos, los ancianos andrajosos, los hombres y las mujeres mal abrigados que engullen una mala comida bajo las luces tenues de una cafetería cualquiera, los barrios bajos y las sórdidas ciudades industriales, los rostros que se ven en las ventanas de las casas de huéspedes y hasta un simple agujero en los calcetines de su hija podían recordarle su juventud y hacerlo sentirse incómodo. Ni siquiera le gustaba ver los signos de la pobreza. La mansión colonial holandesa en la que vivía con tantísimas ventanas iluminadas, sólido tejado, calefacción central, la cálida ropa de sus hijos y el hecho de haber sido capaz de llevar a cabo algo plausible y coherente a pesar de sus míseros comienzos eran para él fuentes de gran placer. Nunca olvidaba —y en ocasiones evocaba con cierto resentimiento— que la mayoría de sus socios y todos sus amigos y vecinos retozaban en los céspedes de Groton, Deerfield u otra universidad por el estilo hacia la misma época en que él sacaba de la biblioteca pública manuales para mejorar su gramática y su vocabulario. Reconocía, sin embargo, que aquel tenue rencor contra la gente cuya evolución había seguido cauces más fáciles era una mezquindad de su carácter. Teniendo en cuenta su corpulencia física, resultaba pasmoso que hubiera conservado como imagen de sí mismo la de un joven famélico que contemplaba un escaparate iluminado bajo la lluvia. Era un hombre grueso y alegre, cuya cara redonda parecía un pudín. A todo el mundo le alegraba verlo, del mismo modo que uno se pone contento cuando ve aparecer, a la hora del postre, un plato delicado, fragante y nutritivo, preparado a base de huevos frescos, nuez moscada y nata.

Will no se había casado hasta después de haber cumplido los cuarenta años y haberse trasladado a Nueva York. Hasta entonces no había tenido tiempo ni dinero, y las carencias de su juventud no habían sido endulzadas por mucho amor natural. Su madrastra —en camisión para estar más cómoda, y con un sombrero de flores por coquetería— se pasaba la vida sentada junto a la ventana de su cuarto de estar de Baltimore, bebiendo jerez en una taza de café. No era la típica borrachina jovial, y lo que tenía que decir solía ser amargo. La estampa que ofrecía quizá hubiese vuelto a

Will un tanto escéptico con respecto a la riqueza de las relaciones humanas. Tal vez aquello contribuyó a retrasar su matrimonio. Cuando por fin se casó, eligió a una mujer mucho más joven que él: una muchacha pelirroja de carácter dulce y ojos verdes. A veces ella lo llamaba Papi. Will estaba tan orgulloso de ella y hablaba con tanto entusiasmo de su belleza que cuando la gente la conocía quedaba siempre desilusionada. Pero Will había sido pobre, desvalido y solitario, así que al volver a casa al término de la jornada, a los brazos de una mujer bonita y cariñosa, al quitarse en el recibidor el abrigo y el sombrero, literalmente gemía de placer. Cada mueble que María compraba le parecía santificado por su gusto y su encanto. Un taburete o un juego de cacerolas lo deleitaban de tal manera que cubría de besos la cara y el cuello de su mujer. Era derrochadora, pero al parecer él quería una mujer pueril y caprichosa, y las inverosímiles excusas que ella prodigaba por haber adquirido algo caro y superfluo despertaban en Will la más honda ternura. María no era una gran cocinera, pero cuando le ponía delante un plato de sopa de lata, la noche que tenía libre la sirvienta, él se levantaba de su asiento en la mesa y la abrazaba con gratitud.

Al principio vivieron en un gran apartamento situado en las calles setenta del East Side. Salían muy a menudo. Will aborrecía las fiestas, pero ocultaba su disgusto en atención a su joven esposa. Cuando cenaban fuera, la miraba a través de la mesa, a la luz de una vela, y al verla reírse, charlar y exhibir los anillos que él le había comprado, suspiraba profundamente. Siempre aguardaba con impaciencia a que la fiesta acabase para estar solos de nuevo y poder besarla en un taxi o en una calle desierta. Cuando María quedó embarazada, él no acertó a describir su dicha. Toda evolución en el estado de su mujer lo dejaba atónito; seguía embelesado en los preparativos que ella hacía para la llegada del bebé. Su asombro llegó al pismo cuando nació su primera hija, cuando vio fluir leche de los pechos de la madre y cuando advirtió que esta sentía por su bebé la más natural ternura.

Los Pym tuvieron tres niñas. Al nacer la tercera, se mudaron a una zona residencial de las afueras. Por entonces Will pasaba de la cincuentena, pero llevó en brazos a María hasta la entrada, encendió un fuego en la chimenea y ofició toda clase de ritos amorosos y sentimentales al tomar posesión de la casa. A decir verdad, se diría que a menudo hablaba demasiado de María. Estaba ansioso por que se luciera. En las fiestas, interrumpía la conversación general y anunciaba: «María va a contarnos ahora algo muy divertido que ha ocurrido en el Club de Mujeres». Rumbo a la ciudad en el tren, proclamaba las opiniones de su mujer sobre la temporada de béisbol o los impuestos. Si cenaba solo en un hotel de Rochester o Toledo —viajaba a menudo por cuestión de negocios—, enseñaba a la camarera una foto de María. La vez que fue jurado en un proceso, los demás miembros del mismo lo supieron todo acerca de María mucho antes de concluir la deliberación a puerta cerrada. Y cuando fue a pescar salmones en Terranova, se preguntaba constantemente si su esposa estaría bien.

Un sábado, a principios de primavera, dieron una fiesta en su casa de Shady Hill

para celebrar su décimo aniversario. Unas veinticinco o treinta personas brindaron con champán a su salud. Casi todos los invitados eran de la edad de María. A Will no le gustaba verla rodeada de hombres jóvenes, y controlaba sus idas y venidas con un interés casi paternal. Si ella se escabullía a la terraza, él no andaba muy lejos. Pero era un buen anfitrión, y mantenía un admirable equilibrio entre el placer que le proporcionaban sus huéspedes y el júbilo que sentía al pensar que pronto se habrían ido todos. Vio a María hablando con Henry Bulstrode al otro extremo de la habitación. Podría haberse supuesto que diez años de matrimonio habían afeado la silueta de María y labrado arrugas en su cara, pero él solo era capaz de ver que su belleza se había perfeccionado. Una atractiva joven estaba hablando con él, pero su admiración por María lo tenía distraído.

—Pídale a María que le cuente lo que ha pasado con el florista esta mañana — dijo a la chica.

Avanzada la tarde del domingo, los Pym dieron un paseo con sus hijas, como solían hacer cuando hacía buen tiempo. Era aquella época del año en que los bosques no han recobrado aún sus hojas y se percibe una dulzura inexplicable, un perfume tan intenso como el de las rosas, mezclada con el olor de las cosas marchitas y cambiantes, a pesar de que nada está en flor. Las niñas iban delante. Will y María caminaban cogidos del brazo. Casi había anochecido. Cuervos encaramados en altos pinos se llamaban roncamente unos a otros. Era esa hora de un día —o una noche— de primavera en que sentimos de repente la oscuridad de los bosques y el frío y la humedad de todos los arroyos y los estanques próximos, en que nos damos cuenta de que hasta hace un minuto el mundo estaba iluminado únicamente por la luz del sol, y de que la ropa que llevamos es fina.

Will se detuvo, sacó una navaja del bolsillo y empezó a grabar las iniciales de ambos en la corteza de un árbol. ¿Qué sentido tendría señalar que su pelo era ralo? Quería expresar su amor. La juventud y la belleza de María habían inspirado sus sentidos y abierto su mente de tal forma que la tierra parecía extenderse ante él como un vasto mapa de razón y sensualidad. La presencia de María embellecía el canto de los cuervos. Con respecto al futuro de sus hijas, cuyas voces sonaban allí abajo, en el sendero, albergaba toda suerte de esperanzas prácticas. Ahora poseía todas las cosas de las que había carecido.

Pero María estaba cansada, tenía frío y hambre. Se habían acostado a las dos de la mañana, y le costaba esfuerzo mantener los ojos abiertos mientras paseaban por el bosque. Al llegar a casa tendría que preparar la cena. Fiambres o chuletas de cordero, pensó dubitativa mientras observaba a Will grabando sus iniciales dentro de un corazón y traspasándolo con una flecha.

—Ah, eres tan hermosa —lo oyó murmurar en cuanto acabó—. Tan joven y bonita.

Will gimió; la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Ella seguía preocupada por la cena.

No mucho después, la noche de un lunes, María se hallaba sentada en el cuarto de estar, atando a las ramas de un árbol unas flores de papel. Formaba parte del comité que se ocupaba de la decoración para la Fiesta de la Flor del Manzano, un baile de disfraces con fines benéficos que se celebraba todos los años en el club de campo. Will leía una revista mientras aguardaba a que ella terminara su trabajo. Llevaba zapatillas y un batín de brocado rojo —regalo de María— que formaba gruesos pliegues en torno a su estómago y lo hacía parecer más gordo. Las manos de María se movían velozmente. Cuando terminaba de cubrir con flores una rama, la sostenía en alto y decía: «¿No queda bonito?». Después la colocaba en un rincón donde nacía el lindero de un bosque de ramas florecidas. Los tres niños dormían arriba.

Aquel tipo de trabajo era el que mejor hacía María. No le gustaba asistir a las reuniones para la reforma de la escuela primaria que solían celebrarse por la mañana temprano, ni asomar la nariz en sucias cocinas de hospitales, ni reunirse con otras mujeres al atardecer para discutir las tendencias de la narrativa moderna. Había intentado ser secretaria del Club de Mujeres, pero sus actas resultaban tan tergiversadas que habían tenido que sustituirla, no sin cierto resentimiento por su parte. La noche del día en que la destituyeron de su cargo, Will la encontró hecha un mar de lágrimas, y necesitó horas para consolarla. Él disfrutaba con aquellos infortunios. María era joven y hermosa, y cualquier adversidad que la impulsara a recurrir a él en demanda de auxilio afianzaba la posición de Will. Más tarde, cuando le encomendaron que se hiciera cargo de la rifa de una estola de visón a fin de obtener fondos para el hospital, la recaudación fue tan exigua que Will tuvo que faltar un día a la oficina para enderezar las cosas. Ella lloró y él la consoló, mientras que un marido más joven hubiera expresado cierta impaciencia. Will no alentaba su incompetencia, pero atribuía esta característica a la delicadeza de sus ojos y a su palidez.

Mientras ataba las flores, hablaba sobre la fiesta. Iba a actuar una orquesta de doce instrumentos. La decoración nunca había sido tan bonita. Esperaban recaudar diez mil dólares. La modista ya le había entregado su disfraz. Will le preguntó cómo era el vestido, y ella le dijo que subiría a ponérselo. Para aquel baile solía ir disfrazada de personaje histórico francés, y Will no sentía especial curiosidad.

María bajó media hora después y se encaminó al espejo que había junto al piano. Llevaba zapatillas doradas, pantalones muy ajustados, de color rosa, y un ligero corpiño de terciopelo cuyo escote dejaba ver la división entre sus pechos.

—Voy a cambiarme totalmente el peinado, por supuesto —dijo—. Y todavía no he decidido qué joyas voy a llevar.

Una terrible tristeza invadió a Will. El ceñido disfraz —tuvo que limpiarse las gafas para verlo mejor— exhibía toda la hermosura que él idolatraba, y asimismo expresaba la perfecta inocencia de María ante la maldad del mundo. La lascivia y la consternación embargaron el ánimo del pobre Will. No era capaz de contrariarla, pero

no podía consentir que María provocase escandalosamente a sus vecinos, un grupo de hombres que en aquel momento de perturbación le parecieron voraces, juveniles, lujuriosos y bestiales. Al contemplarla mientras posaba feliz ante el espejo, pensó que su mujer tenía aspecto de niña —de doncella, por lo menos— abocada a una perdición obscena. En su rostro dulce y suave y en su pecho medio desnudo vio toda la tristeza de la vida.

—No puedes ponerte eso, mami.

—¿Qué?

María se apartó del espejo.

—Mami, te vas a morir con eso tan apretado.

—Todo el mundo va a llevar pantalones como estos, Will. Helen Benson y Grace Heatherstone se pondrán unos pantalones así.

—Ellas son distintas —dijo él tristemente—. Son muy distintas. Son mujeres duras, tercas, cínicas y mundanas.

—¿Y yo qué soy?

—Tú eres encantadora e inocente. No comprendes que los hombres son como lobos.

—No quiero ser encantadora e inocente todo el tiempo.

—Oh, mami, ¡no lo dirás en serio! ¡No querrás decir eso! No sabes lo que estás diciendo.

—Solo quiero pasármelo bien.

—¿No te lo pasas bien conmigo?

Ella se echó a llorar. Se tumbó de bruces sobre el sofá y se tapó la cara. Sus lágrimas actuaron como un corrosivo sobre la resolución de Will al inclinarse sobre el cuerpo esbelto y desgraciado de su esposa. Durante años se había preguntado si una mujer joven le causaría problemas. Ahora, con las gafas empañadas y el batín que formaba pliegues sobre su estómago, contemplaba el dilema cara a cara. ¿Cómo negar algo a la inocencia y a la belleza, incluso aunque se hallen en grave peligro?

—De acuerdo, mami, de acuerdo —dijo. Él también se encontraba al borde de las lágrimas—. Puedes ponértelo.

A la mañana siguiente, Will emprendió un viaje que lo llevó a Cleveland, Chicago y Topeka. Telefonó a María el martes y el miércoles por la noche, y la criada le dijo que había salido. Pensó que estaría decorando el club. Los crepés que desayunó el martes le sentaron mal en el acto, y le provocaron un dolor de estómago que no consiguió curar ninguna de las muchas medicinas que llevaba en su maleta. El viernes hubo neblina en Kansas, y esa noche su avión despegó con retraso. En el aeropuerto comió un trozo de pastel de pollo que le sentó aún peor. Llegó a Nueva York la mañana del domingo; tuvo que ir directamente a su despacho y no salió hacia Shady Hill hasta última hora de la tarde. Era el día de la fiesta, y María seguía en el

club. Will estuvo alrededor de una hora en el exterior de la casa, rastrillando hojas muertas de los macizos de flores. Cuando su mujer volvió, él pensó que María tenía un aspecto espléndido: buen color, ojos brillantes.

Enseñó a Will el atuendo que había alquilado para él. Era un traje de cota de malla provisto de yelmo. A Will le agradó porque era un disfraz. Exhausto y malhumorado, pensó que necesitaba uno para el baile. Después de bañarse y afeitarse, María lo ayudó a enfundarse la cota de malla. Arrancó algunas plumas de avestruz de un sombrero viejo y las encajó alegremente en el yelmo. Will fue a mirarse al espejo, pero en el preciso momento en que se plantó delante, se le cerró la visera y no logró abrirla. Bajó a la planta baja agarrándose a la barandilla —la cota de malla era pesada—, usó como cuña para abrir la visera una guía de ferrocarriles doblada y se sentó a beber algo. María bajó con sus ceñidísimos pantalones rosa y sus zapatillas doradas, y Will se levantó para admirarla. Ella dijo que no podría dejar temprano el baile, porque formaba parte del comité; si Will quería volver a casa, ya encontraría ella a alguien que la trajese. Él jamás había regresado sin ella de una fiesta, y aborreció la idea. María se puso un chal, besó a los niños y salió con su marido a cenar en casa de los Bearden.

Allí, la fiesta estuvo muy concurrida y se prolongó hasta muy tarde. Tomaron cócteles hasta después de las nueve. A la hora de la cena, Will se sentó junto a Ethel Worden. Era una mujer joven y bonita, pero llevaba dos horas bebiendo martinis; tenía la cara cansada y los ojos enrojecidos. Declaró que amaba a Will, que siempre lo había querido, pero Will miraba a María, que estaba al final de la mesa. A pesar de la distancia, le pareció captar algo decisivo en el juego de sombras que velaba el rostro de María. Le hubiera gustado estar lo bastante cerca para oír lo que decía.

Ethel Worden no le facilitó las cosas.

—Somos pobres, Will —dijo tristemente—. ¿Sabías que somos pobres? Nadie se da cuenta de que hay gente así en un vecindario como este. No podemos permitirnos el lujo de tomar huevos en el desayuno. Ni el de pagar a una mujer que venga a limpiar. Tampoco podemos comprar una lavadora, ni...

Antes de terminar el postre, varias parejas se levantaron para dirigirse al club. Will vio que Trace Bearden daba el chal a María, y se puso en pie de un salto. Quería llegar al club a tiempo de bailar el primer baile con ella. Cuando salió afuera, Trace y María ya se habían ido. Pidió a Ethel Worden que lo acompañara en coche. Ella accedió encantada. Al aparcar en el estacionamiento del club de campo, Ethel empezó a llorar. Era pobre, solitaria y víctima del desamor. Atrajo a Will hacia sí y lloró sobre el hombro de la cota de malla mientras él miraba por las ventanillas traseras de la camioneta para ver si reconocía el coche de Trace Bearden. Se preguntó si María ya habría entrado en el club o si también estaría en aprietos en el interior de un vehículo aparcado. Secó las lágrimas de Ethel, le habló con ternura y ambos entraron en el local.

Se había hecho tarde —era más de medianoche—, y aquel baile era siempre para

él como un castigo. La pista estaba atestada; plumas, coronas, cabezas de animales y turbantes se mecían a la tenue luz. Era la hora en que la orquesta acelera el ritmo, en que los tambores se vuelven más graves y los maduros bailarines estallan en gritos de deseo y júbilo, agarran a su pareja por la cintura y ensayan todo tipo de ritmos juveniles y desenfrenados: el *shimmy*, el charlestón, el *hop* y la danza del vientre.

Will bailó torpemente con su cota de malla. De vez en cuando vislumbraba a María, pero no consiguió llegar hasta ella. Al ir hacia el bar en busca de una copa, la vio en el otro extremo de la habitación, pero la muchedumbre era tan densa que no pudo acercarse. Un puñado de hombres la asediaban. La buscó en el salón durante el descanso, pero no la encontró. Cuando la música empezó de nuevo, dio a la orquesta diez dólares y le pidió que tocara *I Could Write a Book*. Era la música de ambos. Ella la oiría en medio del alboroto. Se acordaría de su matrimonio, abandonaría a su compañero e iría en su busca. Will esperó solo al borde de la pista mientras duró la canción.

Después, desalentado, cansado por el viaje y el peso de su disfraz, se encaminó hacia el salón, se quitó el yelmo y se quedó dormido. Al despertar media hora más tarde, vio que Larry Helmsford salía con Ethel Worden hacia el aparcamiento por la puerta que daba a la terraza. Ethel se tambaleaba. Atraído por una ruidosa algarabía, Will volvió a la sala de baile. Alguien había prendido fuego a un tocado de plumas. Lo estaban apagando con champán. Eran más de las tres de la mañana. Se puso el yelmo, abrió la visera con una caja de cerillas doblada y se fue a casa.

María bailó la última pieza. Tenía un vaso de vino de la última botella que quedaba. Ya había amanecido. La orquesta se había marchado, pero un pianista seguía tocando y unas cuantas parejas bailaban a la luz del día. Se estaban organizando desayunos en grupo, pero ella rechazó las invitaciones para poder volver a casa en el coche de los Bearden. Will quizá estuviese preocupado. Se despidió del matrimonio y se detuvo un momento en la escalera de delante para respirar un poco de aire. Había perdido el bolso. Las escamas de un dragón le habían rasgado los pantalones. Su ropa olía a vino derramado. La dulzura del aire y la pureza de la luz la conmovieron. La fiesta le pareció un galimatías. Había bailado con cuantos hombres había querido, pero en absoluto con los más adecuados. Los centenares de flores de papel que había atado a las ramas, y que a cierta distancia parecían de verdad, pronto irían a parar al cubo de la basura.

Los árboles de Shady Hill albergaban millones de pájaros —alondras, tordos, petirrojos, cuervos—, y su canto empezaba a inundar la atmósfera. La prístina luz y el sonoro cántico le recordaron un ideal: un modo de vida sencillo en el que ella se secase las manos en un delantal y Will retornase a casa desde el mar; ideal que ella había traicionado. Ignoraba por qué había fracasado, pero la suave luz matutina iluminaba despiadadamente su fracaso. Empezó a llorar.

Will estaba dormido, pero se despertó cuando María abrió la puerta de la calle.

—¿Mami? —preguntó mientras ella subía la escalera—. ¿Mami?... Hola, mami.

¡Buenos días!

María no respondió.

Él vio sus lágrimas, los pantalones rasgados y las manchas de vino. Ella se sentó ante el tocador, apoyó la cara en el espejo y rompió a llorar.

—¡No llores, mami! ¡No llores! No me importa, mami. Creí que me importaría pero pienso que en realidad no es importante. Ni siquiera lo mencionaré nunca. Vamos, ven a la cama. Ven a la cama y duerme un rato.

Sus sollozos aumentaron. Will se levantó, fue hasta el tocador y la rodeó con sus brazos.

—Ya te dije lo que ocurriría si te ponías ese vestido, ¿no? Pero ya no importa. Nunca te preguntaré nada sobre ello. Lo olvidaré todo. Pero ven a la cama y descansa un rato.

La cabeza de María daba vueltas, y la voz de Will zumbaba, monótona, acallando los sonidos matutinos. Entonces, el amor ansioso, la lastimera pasión de su marido pudo más que su paciencia.

—Me da igual. Estoy dispuesto a olvidarlo —insistió Will.

Ella se liberó de su abrazo, cruzó el dormitorio, salió al pasillo y le cerró en las narices la puerta de la habitación de huéspedes.

Abajo, sentado ante una taza de café, Will cayó en la cuenta de que su vigilancia sobre la vida de María había sido cualquier cosa menos concienzuda. Si ella hubiera querido engañarlo, no podría haber planeado su vida de manera más conveniente. En verano, excepto los fines de semana, estaba sola la mayor parte del tiempo. Él pasaba fuera una semana al mes por motivos de trabajo. Ella iba a Nueva York siempre que le apetecía, y en ocasiones de noche. Justo una semana antes del baile había ido a la ciudad a cenar con unas viejas amigas. Pensaba volver a Shady Hill en el tren de las once. Will fue a la estación en coche a recogerla. Era una noche lluviosa, y él recordaba haber esperado en el andén con humor bastante taciturno. En cuanto divisó las luces distantes del tren, la perspectiva de recibirla y llevarla a casa cambió su estado de ánimo. Cuando el tren se detuvo y solo vio bajar a Charlie Curtin —un tanto achispado—, Will sufrió una decepción y se inquietó. Poco después de haber vuelto a casa sonó el teléfono. Era María, diciendo que había perdido el tren y que no podía estar en casa antes de las dos. A esa hora, Will estaba de nuevo en la estación. Seguía lloviendo. María y Henry Bulstrode eran los únicos pasajeros. Ella corrió por el andén bajo la lluvia para besar a Will. Él recordaba haber visto lágrimas en sus ojos, pero en aquel momento no había pensado nada al respecto. Ahora sí se hacía preguntas sobre aquellas lágrimas.

Pocas noches antes, ella había dicho después de cenar que quería ir al cine en el pueblo. Will se había ofrecido a llevarla, aunque estaba cansado, pero ella le respondió que ya conocía su aversión por el cine. En aquella ocasión le pareció raro que, antes de ponerse en camino para la sesión de las nueve, María se hubiera dado un baño, y cuando ella bajó, él oyó el susurro de un vestido nuevo bajo su abrigo de

visión. Se quedó dormido antes de que ella volviese y, por lo que él sabía, ella podía muy bien haber regresado al alba. Siempre le pareció un detalle generoso que María no insistiera nunca en que él la acompañase a las reuniones de la Asociación de Progreso Cívico, pero ¿cómo podía Will saber si María iba a discutir la fluorización del agua o a verse con un amante?

Recordó algo que había ocurrido en febrero. El Club de Mujeres había organizado una función de beneficencia. Will sabía de antemano que María iba a expresar, mediante un baile, las opiniones del Comité de Acontecimientos Actuales sobre los impuestos. Salió al escenario al compás de la música de *A Pretty Girl is Like a Melody*. Lucía un largo vestido de noche, guantes y unas pieles —la indumentaria clásica de una artista de *striptease*—, y, para consternación de Will, recibió una calurosa acogida. María recorrió el escenario y se despojó de las pieles entre aplausos, gritos y hasta algún silbido. Al siguiente estribillo se quitó los guantes. Will fingía divertirse, pero había empezado a sudar. Al tercer estribillo se quitó el cinturón. Ahí acabó todo, pero los estruendosos aplausos que premiaron la actuación de su mujer resonaban aún en sus oídos y le calentaban las orejas.

Pocas semanas atrás, Will había almorzado en la parte alta de la ciudad, cosa que rara vez hacía. Al bajar por Madison Avenue creyó ver a María delante de él, acompañada de otro hombre. El traje rojo oscuro, el abrigo de piel y el sombrero eran indudablemente suyos. No reconoció al hombre. Dejándose dominar por el impulso en lugar de actuar con cautela, había gritado su nombre: «¡María! ¡María!». Una muchedumbre llenaba la calle; lo separaba de la pareja la distancia de media manzana. Antes de dar alcance a la mujer, esta había desaparecido; tal vez había cogido un taxi o entrado en una tienda. Esa noche, cuando le dijo a María, con fingida alegría, que creía haberla visto en Madison Avenue, ella replicó, enfadada: «Pues no era yo». Después de cenar, alegó que le dolía la cabeza y pidió a Will que durmiera en el cuarto de los huéspedes.

La tarde del día que siguió al baile, Will llevó a las niñas de paseo sin María. Fue indicándoles, como siempre hacía, el nombre de los árboles.

—Esto es un ginko... Y eso es un sauce llorón... Este olor acre viene del boj que hay en el hueco.

Quizá debido a que él carecía de estudios, le gustaba adoptar un tono didáctico cuando estaba con las niñas. Recitaban los nombres de los estados de la Unión a la hora de comer, hablaban de geología en algún que otro paseo, y señalaban por sus nombres las estrellas del cielo si anochecía mientras estaban fuera. Will se había propuesto mostrarse alegre esa tarde, pero la imagen de sus hijas caminando delante de él lo entristeció, porque parecían símbolos vivientes de su desazón. En realidad, no había pensado en dejar a María —se resistía incluso a concebir tal idea—, pero se olía la atmósfera de una separación. Al pasar junto al árbol donde había grabado sus iniciales, pensó en la prodigiosa maldad del mundo.

La casa estaba oscura cuando regresaron por el sendero de entrada al concluir el

paseo: oscura y fría. Will encendió algunas luces y calentó el café que había hecho para el desayuno. Llamaron al teléfono, pero no contestó. Llevó una taza de café al cuarto de los huéspedes, donde estaba María. Al principio pensó que seguía durmiendo. Al encender la luz vio que estaba incorporada sobre las almohadas. Sonrió, pero él respondió cautelosamente a sus encantos.

—Te traigo un café, mami.

—Gracias. ¿Ha sido agradable el paseo?

—Sí.

—Ya me encuentro mejor. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—No me siento con fuerzas para ir a ver a los Townsend.

—Entonces tampoco iré yo.

—Oh, ¿por qué no, Will? Por favor, ve a la fiesta y al volver me lo cuentas todo. Anda, vete.

Ahora que ella lo apremiaba, la fiesta le pareció una buena idea.

—Tienes que ir, Will —insistió María—. Habrá cantidad de chismes sobre el baile de anoche. Te enteras de todos y vienes a contármelos. Por favor, ve a la fiesta, querido. Me sentiré culpable si te quedas en casa por mí.

Ante la casa de los Townsend había coches aparcados a ambos lados de la calle, y todas las ventanas de la gran vivienda estaban brillantemente iluminadas. Will entró a la luz de las lámparas y de la chimenea y observó el animado bullicio humano de la reunión con un sincero deseo de vencer su decaimiento. Fue al piso de arriba para dejar su abrigo. Se lo entregó a Bridget, una anciana irlandesa. No era una sirvienta fija, sino que trabajaba por horas en casi todas las grandes fiestas de Shady Hill. Su marido era portero del club de campo.

—Así que su mujer no ha venido —dijo con su dulce acento regional—. Bueno, no puedo decir que se lo reproche.

Se rio de repente. Se cogió las rodillas con las manos y se meció.

—No debería decírselo, ya lo sé, Dios me perdone, pero al barrer el aparcamiento esta mañana, Mike ha encontrado dos zapatillas de color dorado y un cinturón azul de lazo.

Una vez abajo, Will habló con su anfitriona, quien le dijo que lamentaba la ausencia de María. Al atravesar la sala lo abordó Pete Parsons; lo llevó junto a la chimenea y le contó un chiste. Will había ido en busca de esas cosas, y su estado de ánimo comenzó a mejorar. Pero al separarse de Pete y dirigirse hacia la puerta del bar, vio que Biff Worden le cerraba el paso. El episodio de la indignancia de Ethel, sus lágrimas y su salida hacia el aparcamiento en compañía de Larry Helmsford seguía fresco en su memoria. No quería ver a Biff Worden. No le gustaba que Biff pudiera componer una expresión alegre y franca después de que su esposa fue seducida en la camioneta de Helmsford.

—¿Sabes lo que Mike Reilly encontró en el aparcamiento esta mañana? —

preguntó Biff—. Unas zapatillas y un cinturón.

Will dijo que iba a buscar una copa y se alejó de Biff, pero los Chesney obstruían el paso entre la sala y el bar.

En casi todas las zonas residenciales de las afueras hay siempre algún encantador matrimonio joven especialmente dotado para ejercer, en pareja, la función de embajadores. Matrimonios así son los que encuentran a Fulanito de Tal en el tren y se lo llevan al auditorio. Son los que organizan un torneo de tenis tras otro y se ocupan de los casos más difíciles en las campañas de recaudación de fondos; son aquellos en quienes confía una anfitriona para animar a los que se aburren, pasar el apio relleno, insuflar vida a una conversación mortecina y expulsar a los borrachos. Sus relaciones familiares y sociales son indescriptiblemente ricas y diversas, y físicamente constituyen modelos de atractivo y elegancia; francos, benevolentes, acicalados, en sus ojos brillan la amistad y la confianza. Los Chesney eran ese tipo de pareja.

—Me alegro mucho de verte —dijo Mark Chesney, quitándose la pipa de la boca y apoyando una mano en el hombro de Will—. Te eché de menos en el baile de ayer, aunque vi a María divirtiéndose. Pero quiero hablarte de algo más importante. ¿Me concedes un minuto? No sé si tú sabes que este año me encargo del programa de educación de adultos en el instituto. El número de inscritos es desalentador, y el martes viene una conferenciante para la que quisiera reunir bastante público. Se llama Mary Bickwald y va a hablar sobre problemas matrimoniales, relaciones extramatrimoniales y todo eso. Si tú y María estáis libres el martes, creo que podría interesaros.

Los Chesney entraron en la sala y Will prosiguió su camino hacia el bar.

El bar estaba lleno de gente ruidosa y agradable, y Will se alegró de sumarse a la concurrencia y tomar una copa. Empezaba a sentirse el mismo de siempre cuando el rector de la iglesia de Cristo se le acercó, le estrechó la mano y se lo llevó aparte.

El rector era un hombre voluminoso, y, a diferencia de algunos de sus colegas de otras zonas residenciales, vestía sin prevención alguna el negro traje clerical. Cuando él y Will se veían en cócteles, solían hablar de mantas. Will había donado muchas a la iglesia, para misiones y albergues. Los pastores que se arrodillaban sobre la paja, a los pies de la Virgen María, en la representación de Navidad, se arropaban con mantas hechas en la fábrica de Will. Como no esperaba otra cosa que un pedido de mantas, le sorprendió oír al rector que le decía:

—Quiero que sepas que puedes venir a mi despacho cuando quieras, Will, y hablar conmigo si algo te preocupa.

Will estaba dando las gracias al rector por la invitación cuando apareció Herbert McGrath.

Era un banquero rico e irritable. En el fondo de su cerebro parecía existir la aprensión —la pesadilla— de que, sin la clase de orden que él representaba, el mundo se derrumbaría. Despreciaba a los hombres que corrían para atrapar el tren de la mañana. En el vagón de no fumadores era habitual que la gente encendiera cigarrillos

en cuanto el tren se aproximaba a la estación Grand Central, y esta infracción le enfurecía tanto que le habría gustado dar una palmadita en el hombro de alguno de sus vecinos y decirle que el vagón para fumadores se hallaba al final del tren. Además de su insistencia en el respeto a las convenciones, poseía una curiosa vena de superstición. Cuando caminaba a lo largo del andén por las mañanas, miraba alrededor. Si veía una moneda, apartaba a empellones a los demás viajeros y se agachaba para recogerla.

—Da buena suerte, ¿sabe? —explicaba al guardarse la moneda en el bolsillo—. Uno necesita buena suerte y cerebro.

Ahora quería hablar sobre la inmoralidad demostrada en la fiesta, y Will decidió volverse a casa.

Dejó su vaso sobre el mostrador del bar y echó a andar pensativamente por el pasillo que conducía a la sala. Iba cabizbajo, y tropezó con la señora Walpole, una mujer muy fea.

—Veo que su mujer no se ha recuperado lo suficiente para dar la cara hoy en público —dijo ella alegremente.

Un destino singular parece abatirse sobre las mujeres feúchas hacia el final de las fiestas, como al final de los viajes. Se les deshacen los rizos y los lazos, se les quedan adheridas a los dientes partículas de comida; se les empañan las gafas, y la amplia sonrisa con la que proyectaban seducir al mundo se les convierte en el habitual rictus de descontento y amargura. La señora Walpole se había arreglado valerosamente para asistir a la fiesta, pero el tiempo (estaba bebiendo jerez) había destruido a la postre el efecto que pretendía causar: daba la impresión de que alguien se hubiese sentado encima de su sombrero, su voz era estridente, y la camelia prendida en su hombro se había marchitado.

—Pero supongo que María lo ha mandado a enterarse de lo que están diciendo de ella.

Will dejó a la señora Walpole y subió la escalera para recoger su abrigo. Bridget se había ido, y Helen Bulstrode, sola y luciendo un vestido rojo, estaba sentada en el pasillo. Era una borracha. En Shady Hill la trataban amablemente. Su marido era agradable, rico e indulgente. En aquel momento estaba muy bebida, y fuera lo que fuese lo que se había propuesto olvidar cuando ese día se sirvió la primera copa, hacía mucho tiempo que se había perdido en el barullo. Se meció un poco en su silla mientras Will se ponía el abrigo, y de repente empezó a hablarle torrencialmente en francés. Will no entendía palabra. La voz de Helen aumentó de volumen y se hizo más furiosa, y cuando él bajó al vestíbulo, ella fue a llamarlo desde lo alto de la escalera. Will se marchó sin despedirse de nadie.

María se encontraba en el cuarto de estar leyendo una revista cuando llegó Will.

—Oye, mami —dijo—. ¿Puedes decirme una cosa? ¿Perdiste tus zapatillas

anoche?

—Perdí el bolso —dijo María—, pero las zapatillas creo que no.

—Haz memoria. No es lo mismo que un impermeable o un paraguas. Normalmente la gente se acuerda de si ha perdido los zapatos.

—¿Qué te pasa, Will?

—¿Perdiste las zapatillas?

—No lo sé.

—¿Llevabas un cinturón?

—¿De qué me hablas, Will?

—Dios santo, ¡tengo que averiguarlo!

Subió al dormitorio, que estaba a oscuras. Encendió una luz en el armario de ella y abrió el cajón donde guardaba su calzado. Había muchísimos pares, y entre ellos zapatos de color bronce, color oro y color plata, y los estaba revolviendo cuando vio a María en la puerta.

—Oh, Dios mío, ¡perdóname, mami! —exclamó—. ¡Perdóname!

—¡Oh, Willie! Mira lo que has hecho con mis zapatos.

Will se sintió muy bien por la mañana, y tuvo un buen día en la ciudad. A las cinco fue en metro a la parte alta y cruzó maquinalmente la estación para coger el tren. Una vez dentro, tomó asiento junto al pasillo y hojeó las estupideces del periódico vespertino. Un anciano había presentado una demanda de divorcio contra su joven esposa por la causa de adulterio; el hecho de que esta reseña no lograra afectarle no solo satisfizo a Will, sino que lo hizo sentirse excepcionalmente en forma y feliz. El tren se encaminaba hacia el norte bajo un cielo todavía salpicado de luz.

Llovía ligeramente cuando se apeó en Shady Hill. «Hola, Trace —dijo—. Hola, Pete. Hola, Herb». En torno a él, sus vecinos saludaban a sus mujeres, a sus hijos. Subió por Alewives Lane hasta Shadrock Road, dejando atrás filas y filas de casas iluminadas. Metió el coche en el garaje, rodeó la casa hasta la entrada delantera y observó sus tulipanes, que brillaban bajo la lluvia y la luz del porche. Dejó que el gato zalamero se pusiese a cubierto de la humedad, y Flora, la más pequeña de sus hijas, corrió por el recibidor para besarlo. Fue como si algo muy hondo en su espíritu respondiese al recibimiento de la cariñosa criatura y a la visión de las habitaciones inundadas de luz. Will tuvo la sensación de que nunca tendría menos que aquello en su vida. Dentro de nada estaría sentado en una silla plegable, bajo el sol de junio, contemplando a Flora graduarse en Smith.

María acudió a recibirlo con un vestido de seda gris, color y tela que la favorecían. Tenía los ojos brillantes y grandes, y besó con ternura a su marido. Entonces sonó el teléfono, porque era la hora en que el teléfono suena sin parar en las zonas residenciales anunciando reuniones, propalando chismes, pidiendo donativos e invitando a fiestas. Contestó María, y Will la oyó decir: «Sí, Edith».

Will fue al cuarto de estar a prepararse un cóctel, y pocos minutos después llamaron a la puerta. Edith Hastings, buena vecina y mujer amistosa, entró en la habitación precediendo a María. Protestaba: «No debería entrar de este modo en tu casa». Sin dejar de disculparse, se sentó y cogió el vaso que le tendía Will. Este nunca la había visto con un color tan vivo ni una mirada tan radiante.

—Charlie está en Oregón —dijo—. Esta vez estará fuera tres semanas. Quería que yo te hablase sobre unos manzanos, Will. Él pensaba hablar contigo antes de marcharse, pero no tuvo tiempo. Puede conseguir una docena de manzanos en un semillero de Nueva Jersey, y quería saber si a ti no te gustaría comprar seis.

Edith Hastings era una de esas mujeres (y había muchas en Shady Hill) cuyos maridos dedicaban mensualmente tres semanas a viajes de negocios. Vivía, conyugalmente hablando, como la esposa de un pescador que faenase en los Grandes Bancos, pero sin ninguna de las tradiciones marineras como compensación. Todas —o casi todas— aquellas viudas estaban libres de la acusación de no haber afrontado valientemente sus problemas. Recaudaban fondos para el cáncer, procardíacos, cojera, sordera y enfermedades mentales. Cultivaban plantas tropicales en un clima caprichoso, tejían, hacían cerámica, se ocupaban amorosamente de sus hijos y hacían todo lo imaginable para sobrellevar la irremediable ausencia de sus hombres. Mujeres solitarias, desarrollaban una natural inclinación al chismorreo.

—No tienes por qué contestarme ahora mismo, desde luego —prosiguió Edith, sin que Will le hubiera respondido—. En realidad, no creo que debas decidirte hasta que Charlie haya vuelto de Oregón. De todas formas, no creo que haya una época especial para plantar manzanos, ¿no? Y a propósito de manzanos, ¿qué tal la fiesta?

Will le dio la espalda y abrió una ventana. Fuera llovía mansamente, pero dudó de que fuese el tiempo lo que había avivado los colores de Edith y el brillo de sus ojos. Oyó la respuesta de María y a continuación la nueva pregunta de Edith:

—¿Cuándo os marchasteis? —No logró disimular la excitación que se apoderaba de su voz—. Tengo entendido que un cinturón y un par de zapatillas...

Will giró sobre sus talones.

—¿Has venido aquí solo para hablar de eso? —preguntó, secamente.

—¿Cómo?

—¿Has venido solamente a hablar de eso?

—En realidad, he venido a hablar de los manzanos.

—Hace seis meses que le di un cheque a Charlie para comprarlos.

—Charlie no me lo ha dicho.

—¿Y por qué iba a decírtelo? Todo estaba arreglado.

—Bueno, creo que vale más que me vaya.

—Sí, por favor, hazlo —dijo Will—. Vete, por favor. Y si alguien te pregunta cómo estamos, dile que estupendamente.

—¡Oh, Will, Will, Will! —exclamó María.

—Parece que he venido en un mal momento —señaló Edith.

—Y cuando telefonees a los Trencher, los Farquarson, los Abbott y los Bearden, diles que me importa un bledo lo que sucedió en el baile. Diles que inventen chismes sobre otros. Que imaginen alguna inmundicia sobre el nombre de Fuller Brush, el majadero que reparte huevos o el jardinero de los Slater, pero que a nosotros nos dejen en paz.

Edith se fue. María, que lloraba, lo miró con tal odio que a él casi se le cortó la respiración. Luego subió la escalera con su vestido de seda gris y cerró la puerta de su dormitorio. Él la siguió y la encontró tumbada a oscuras sobre la cama.

—¿Quién fue, mami? —preguntó—. Dime nada más quién fue y lo olvidaré todo.

—No fue nadie —respondió ella—. No hubo nadie.

—Escucha, mami —dijo con voz grave—. Sé que no debo creerlo. No quiero reprochartelo. No te lo pregunto por eso. Simplemente quiero saberlo para poder olvidarlo.

—¡Por favor, déjame en paz! —gritó ella—. Déjame sola un rato, por favor.

Al despertar de madrugada en el cuarto de huéspedes, Will lo vio todo muy claro. Se quedó atónito al comprobar que la intensidad de su sentimiento le había ofuscado el juicio. El canalla era Henry Bulstrode. Henry estaba con ella en el tren cuando María volvió a las dos de la mañana aquella noche lluviosa. Henry había silbado cuando ella bailó en el Club de Mujeres. El día que había creído reconocer desde lejos a María en Madison Avenue, la cabeza y los hombros del hombre que iba con ella eran los de Henry. Y entonces recordó la cara macilenta de la pobre Helen Bulstrode en la fiesta de los Townsend; el rostro de una mujer que se había casado con un libertino. Precisamente trataba de olvidar los devaneos de su marido. El alcohólico torrente de francés que Helen le había soltado seguramente había sido una parrafada sobre Henry y María. La cara de Henry Bulstrode, sonriendo con desnuda y lasciva burla, apareció en el centro de la habitación de invitados. Solo se podía hacer una cosa.

Will se bañó, se vistió y desayunó. María seguía durmiendo. Todavía era temprano cuando terminó el café, y decidió ir andando a la estación. Bajó por Shadrock Road con el paso enérgico del hombre maduro. En la estación, pocos viajeros esperaban el tren de las ocho y diecinueve. Trace Bearden se reunió con él, y más tarde Biff Worden. Y entonces Henry Bulstrode salió de la sala de espera, sonrió mostrando sus dientes blancos y, frunciendo el ceño, se concentró en el periódico. Sin advertencia alguna, Will se acercó a él y lo derribó de un puñetazo. Las mujeres gritaron, y el altercado que siguió fue muy confuso. Herbert McGrath, que no había visto la cosa desde el principio, supuso que Henry la había iniciado y se interpuso, diciéndole: «¡Basta ya, joven! ¡Basta ya!». Trace y Biff inmovilizaron los brazos de Will, y se lo llevaron rápidamente al otro extremo del andén. Allí le preguntaron: «¿Estás loco, Will? ¿Te has vuelto loco?». El tren de las ocho y diecinueve asomó por la curva, la búsqueda de asientos interrumpió la reyerta y, cuando el jefe de estación

se precipitó al andén para ver lo que pasaba, el tren había partido y ya no quedaba nadie.

Lo más asombroso era lo bien que se sentía Will al subir al tren. Ahora reemprendería su fructífera vida con María. Volverían a pasear los domingos por la tarde, a jugar a adivinar palabras junto a la chimenea, a podar los rosales, a amarse el uno al otro bajo el rumor de la lluvia y a escuchar el canto de los cuervos. Y esa tarde le compraría un regalo en prenda de su amor y su perdón. Le compraría perlas, oro o zafiros; en todo caso, algo caro; quizá esmeraldas; un obsequio que ningún hombre joven pudiera costearse.

BRIMMER

Un personaje como Brimmer^[13] no despierta el interés de nadie, porque los hechos son indecentes y obscenos; pero entonces no habría que visitar los museos, los jardines y las ruinas, donde la obscenidad es tan abundante como las margaritas en Nantucket. En la superpoblación de estatuas que hay en torno al Mediterráneo, abundan más los sátiros que los héroes y los dioses. Como son en general indeseables en una sociedad organizada, parece que el rechazo tiene como único efecto hacerlos más agresivos, y están en todas partes: en Paestum y en Siracusa, en los patios lluviosos y en los portales al norte de Florencia. Están hasta en los jardines de la Embajada norteamericana. No me refiero a esos guapos chicos de orejas puntiagudas, aunque es posible que Brimmer fuera en sus tiempos uno de ellos; hablo de sátiros más viejos, de rostro arrugado y largo rabo. Se los representa con uvas o flautas, y alzan o bajan la cabeza en actitud de regocijo. Aparte de las orejas puntiagudas, no poseen rostro de animales, sino rasgos humanos, en ocasiones juveniles y atractivos, pero la edad avanzada no modifica en absoluto la gozosa inclinación de la cabeza ni la mirada de obsceno regocijo.

Hablo de un amigo, un conocido, en realidad; lo conocí en el curso de una tempestuosa travesía de Nueva York a Nápoles. Me fijé en él principalmente a causa de su actitud en el bar. Sus pupilas eran incoloras y alargadas como las de un macho cabrío. Ojos risueños, se hubiera dicho, aunque, a veces, vidriosos. En cuanto a las flautas, no tocaba ningún instrumento musical, que yo sepa; lo de las uvas ya es otro cantar, porque casi siempre tenía un vaso en la mano. Muchos sátiros se sostienen sobre una pierna cruzada, la otra por delante —la punta del pie hacia abajo, el talón hacia arriba—, y él adoptaba en el bar esa misma postura, con las piernas cruzadas, la cabeza erguida, con aquella mirada de permanente regocijo y las uvas, por así decirlo, en su mano derecha. Era alegre —ingenioso, deferente y perspicaz—, pero aunque no lo hubiera sido tanto, me habría visto forzado a beber y a hablar con él de todas formas. Exceptuando a la señora Troyan, no había a bordo nadie más con quien hablar.

A decir verdad, ¡qué insípido es viajar! A mediodía, cuando suena la sirena, la orquesta toca y ya se han lanzado los confetis, nos parece que nos han embarcado engañados, algo que se sostiene gracias al patronazgo de los solitarios y los extraviados: gentes de segunda clase, emocionalmente hablando. Vuelve a sonar la sirena. Retiran cabos y pasarelas, y el barco empieza a moverse. Se difuminan en la distancia los rostros tiernamente amados de amigos y conocidos, y al subir a cubierta para despedirnos con grandísima emoción del horizonte neoyorquino, descubrimos

que la lluvia oculta los edificios. Luego suena el carillón y bajamos a comer un copioso almuerzo. El barco se veía muy anticuado, y esto podría explicar el escalofriante desasosiego que sentimos al comparar la elegancia de los salones con la alborotada inmensidad del mar. ¿Qué haremos hasta la hora del té? ¿Y entre el té y la cena? ¿Y entre la cena y la hora de apostar a los caballos? ¿Qué haremos desde ahora mismo hasta el momento de desembarcar?

Era el barco más antiguo de la línea, y aquel mes de abril realizaba su última travesía del Atlántico. Muchos antiguos viajeros subieron a despedirse de sus célebres dependencias interiores y a birlar uno o dos ceniceros, pero tanto sentimentalismo no dejó ni uno, y cuando sonó el aviso de visitantes a tierra y bajaron todos, por fin nos dejaron, por así decirlo, solos. Era un mediodía triste y lluvioso; había oleaje en el canal y, fuera, galerna y mar de fondo. Se advertía al instante que la antigüedad del barco no era solo cuestión de chimeneas de mármol y pianos de cola. Aquello era una bañera. La primera noche a bordo me fue imposible dormir, y al subir a cubierta por la mañana vi que el vendaval había dañado uno de los botes salvavidas. Abajo, en segunda clase, unos pasajeros inmunes al desaliento trataban de jugar al ping-pong bajo la lluvia. La escena resultaba deprimente y no ofrecía buenas perspectivas a los jugadores, que finalmente desistieron. Pocos minutos después, un error de cálculo del timonel hizo que una pared de agua se desplomase sobre un costado del barco, y un mar encrespado inundó la cubierta de popa. La mesa de ping-pong sobrenadaba, y de pronto la vi deslizarse por la borda y reaparecer más allá de popa meciéndose en la estela del navío, como recordándonos qué arcano debe de parecerle el mundo a quien cae al agua en alta mar.

Abajo, pusieron en un cerco y ataron el mobiliario portátil, como si fueran a venderlo todo. Tendieron cuerdas a lo largo de los pasillos, y metieron la totalidad de los tiestos de palmeras en una especie de mazmorra. Hacía calor, un calor terrible y húmedo, y la música constante de la orquesta del barco parecía prestar —si ello fuera posible— un aire aún más melancólico a los elegantes salones, literalmente abandonados y como perdidos en aquel ámbito. Los músicos tocaron esa mañana y durante todo el viaje, para nadie; tocaban día y noche en aquellas salas vacías de gente y repletas de sillas atornilladas al suelo. Interpretaban ópera, vieja música de baile, fragmentos entresacados de *Show Boat*. Ahogando el estruendo de aquel mar semejante a una cordillera móvil, sonaba sin cesar la música, agotadora y frenética. Y realmente no había nada que hacer. Era imposible escribir cartas, hasta tal punto se balanceaba todo; y si te sentabas a leer en una butaca, se te salía de debajo para luego volver a ceñírsete, como un columpio. No se podía jugar a las cartas ni tampoco al ajedrez; ni siquiera era posible jugar al Scrabble. La tristeza, la música continua y escasamente alegre y el mobiliario amarrado hacían de todo aquello una especie de sueño desventurado, y yo, el soñador, vagaba por el barco hasta las doce y media, hora en que me iba al bar. Los parroquianos asiduos eran entonces una familia del sur (papá, mamá, hermana y hermano), que iban a pasar un año en el extranjero. Papá se

había retirado, y aquel era su primer viaje. Solían estar allí también dos mujeres a las que el camarero identificaba como «una mujer de negocios romana» y su secretaria. Luego, Brimmer, yo mismo, y un poco más tarde, la señora Troyan. El segundo día a bordo tomé unas copas con Brimmer. Yo diría que era un hombre más o menos de mi edad, delgado, de manos muy cuidadas que resultaban, por alguna razón, notorias, una voz suave aunque nunca monótona y un encantador sentido de la urgencia —una vivacidad—, que por lo visto no tenía nada que ver con el nerviosismo. Almorzamos y cenamos juntos, y bebimos en el bar después de la cena. Habíamos frecuentado los mismos sitios, pero no teníamos conocidos comunes, y no obstante parecía ser una excelente compañía. Al separarnos abajo (su camarote era contiguo al mío), yo estaba contento de haber encontrado a alguien con quien poder charlar los diez días que teníamos por delante.

A las doce del día siguiente, Brimmer estaba en el bar, y mientras conversábamos apareció la señora Troyan. Brimmer la invitó a reunirse con nosotros, y ella aceptó. Vistos desde la altura de mis años, los suyos eran muy pocos. Un hombre más joven le habría calculado una treintena larga, no sin advertir que las patas de gallo en torno a sus ojos no podían borrarse ya. Para mí, aquellas arrugas eran señales claras de capacidad probada para los juegos del ingenio y la pasión. Era una mujer indescriptiblemente encantadora. Ni su pelo oscuro, ni su palidez, ni sus brazos torneados, ni su vivacidad, ni la pesadumbre que se dibujó en su rostro cuando el camarero nos habló de un hijo suyo enfermo en Génova, ni sus imitaciones del capitán del barco, ni tampoco la impresión que daba de ser una mujer hermosa y brillante habituada a que la encontrasen deliciosa, nada de todo esto agotaba la enumeración de sus encantos.

Comimos y cenamos juntos los tres, y bailamos en el salón después de la cena. Éramos los únicos que bailaban, pero cuando cesó la música y Brimmer y la señora Troyan se volvían otra vez hacia el bar, yo me disculpé y bajé a acostarme. La velada había sido agradable, y en el momento mismo de cerrar la puerta del camarote pensé qué placentera habría sido la compañía de la señora Troyan allí a solas. Era imposible, por supuesto, pero el recuerdo de su pelo oscuro y sus blancos brazos seguía siendo intenso y prometedor cuando apagué la luz y me metí en la cama. Mientras pacientemente trataba de conciliar el sueño, caí de pronto en la cuenta de que la señora Troyan estaba en el camarote de Brimmer.

Me sentí indignado. Ella me había dicho que tenía marido y tres hijos en París, y ¿acaso se acordaba de ellos ahora? Brimmer y ella se habían conocido por casualidad esa misma mañana, ¡y qué anarquía carnal resquebrajaría el mundo si todo encuentro fortuito se consumase! Si hubieran esperado siquiera uno o dos días —tiempo suficiente para aparentar, por lo menos, que la relación física se apoyaba sobre una base sentimental o romántica—, creo que me habría parecido más aceptable. Tanta precipitación era, a mi entender, escéptica y depravada. Escuchando el ruido de los motores del barco y los débiles sonidos de ternura en la puerta de al lado, comprendí

que mi vida acostumbrada había quedado atrás, mil nudos a popa, y que mi carácter no era muy propenso al internacionalismo. En cierto sentido, ambos eran europeos.

Pero los sonidos de la puerta contigua me causaron un efecto parecido al de recibir un telegrama estando de viaje: me pareció que me tambaleaba y caía de bruces, que me arañaba y magullaba aquí y allá, y diseminaba por el suelo mis pertenencias emocionales e intelectuales. No tenía sentido insistir en que no me había caído, pues cuando estamos tendidos en el suelo debemos levantarnos y sacudirnos la ropa. En cierto modo, es lo que hice, reconsiderando mis meditaciones sobre el matrimonio, la constancia, la naturaleza humana y la importancia del amor. Una vez que hube recogido mis pertenencias y adecentado mi aspecto, me quedé dormido.

La mañana fue nublada y lluviosa, y el viento se había vuelto frío. Vagabundé por la cubierta superior. Di cuatro vueltas hasta completar kilómetro y medio y no vi a nadie. La inmoralidad de la puerta de al lado debería haber modificado mi relación con Brimmer y la señora Troyan, pero no tenía más alternativa que confiar en verlos al mediodía en el bar. Carecía de recursos para alegrar un barco desierto y un mar tempestuoso. Mis depravadas amistades se hallaban en el bar cuando me presenté allí a las doce y media, y ya me habían pedido una copa. Me alegró estar con ellos, y pensé que tal vez lamentaban lo que habían hecho. Almorzamos juntos amigablemente, pero cuando propuse buscar a una cuarta persona para organizar una partida de bridge, Brimmer dijo que tenía que enviar unos telegramas, y ella que deseaba descansar. Después de la comida no había una alma ni en los salones ni en cubierta, y en cuanto la orquesta, deprimentemente, empezó a afinar los instrumentos para su próxima actuación, bajé a mi camarote, donde descubrí que tanto los telegramas de Brimmer como el reposo de su amiga eran meras invenciones destinadas por lo visto a engañarme: ella estaba otra vez en el camarote de él. Volví a subir y di un largo paseo por cubierta con un pastor episcopaliano. Estimé que era un hombre sumamente interesante, pero no me sacó del tema, porque el buen hombre se iba de vacaciones lejos de una parroquia donde el alcoholismo y la promiscuidad morbosa eran moneda corriente. Más tarde tomé un trago con el pastor en el bar, pero Brimmer y su compañera no aparecieron para cenar.

Estaban en el bar tomando un aperitivo antes de la comida del día siguiente. Pensé que ambos parecían cansados. Probablemente habían comido unos bocadillos en el bar o se las habían arreglado de alguna otra manera, ya que no los vi en el comedor. Esa noche se despejó brevemente el firmamento —era la primera vez que ocurría en todo el viaje— y presencié el fenómeno desde la cubierta de popa en compañía de mi clerical amigo. ¡Cuánta más luz puede verse a bordo de un viejo barco que desde la cima de una montaña! Las fisuras en el cielo encapotado, lleno de vetas coloreadas de luz, las alturas y las extensiones me recordaron a mi querida esposa y a mis hijos, a nuestra granja de New Hampshire y a la modesta pirotecnia de las puestas de sol en aquellas tierras. Al bajar al bar antes de la cena, me encontré con Brimmer y la señora Troyan. No sabían que el cielo se hubiera despejado.

No vieron las Azores ni estuvieron presentes dos días después, cuando avistamos Portugal. Eran las cuatro y media o las cinco de la tarde. En primer lugar, aflojó un poco el balanceo del barco. Todavía se movía bastante, pero se podía ir de una parte a otra sin acabar de bruces en el suelo, y los camareros habían empezado a desatar las cuerdas y a volver a poner los muebles en su sitio. Luego, a babor, pudimos divisar unos acantilados; sobre ellos, colinas redondas se alzaban hasta formar una montaña, y en su cima había un fuerte o baluarte en ruinas, bajo pero hermoso, y detrás un banco de nubes tan denso que hasta que no nos aproximamos a la orilla no pudimos distinguir las nubes de la montaña. Unas cuantas gaviotas comenzaron a seguir nuestra estela, y entonces se hicieron visibles los chalets del puerto, y percibí el aroma inmemorial de las aguas costeras, un olor similar a las zapatillas de baño de mi abuelo. Allí el mar era diferente: laúdes, mansiones, redes de pesca, castillos de arena con banderas al viento y voces que llamaban a los niños para que dejaran de una vez la playa y fueran a cenar. Era la arribada, y al dirigirme hacia popa oí la campanilla del Sanctus en el salón de baile, donde el cura recitaba plegarias de acción de gracias sobre aguas que habrían visto, imagino, un millón de veces las campanillas y las velas de la misa. Todo el mundo se había congregado en la proa, felices como niños al ver Portugal. Todos se quedaron hasta tarde oliendo los bajíos y contemplando cómo las casas adquirían forma y las luces se iban encendiendo; todo el mundo, salvo Brimmer y la señora Troyan, que seguían encerrados en el camarote del primero cuando yo bajé, y que no habían visto absolutamente nada.

A la mañana siguiente, la señora Troyan desembarcó en Gibraltar, donde la esperaba su marido. Llegamos al Peñón al alba, un amanecer muy frío para ser abril, frío, desapacible y oloroso a nieve de las crestas nevadas africanas. No vi a Brimmer por ninguna parte; tal vez estaba en otra cubierta. Observé cómo un marinero metía el equipaje en un cúter, y luego la señora Troyan se embarcó en él ágilmente, con un abrigo sobre los hombros y un pañuelo al cuello. Desde la popa, empezó a agitar el pañuelo para despedirse de Brimmer, de mí o de los músicos, pues éramos las únicas personas con las que había hablado durante la travesía. Pero la embarcación se desplazaba más a prisa que mis emociones, y pasados los minutos que tardaron en agolparse mis dispersos sentimientos de ternura, el cúter se había alejado ya del barco y se perdieron el color y la forma de su cara.

Al zarpar de Gibraltar, pusieron de nuevo en sus respectivos sitios los tiestos de palmeras, retiraron los cabos de los pasillos y la orquesta reanudó su música; esta seguía siendo tosca e insípida. Brimmer estaba en el bar a las doce y media y parecía muy abstraído; supuse que echaba de menos a la señora Troyan. No volví a verlo hasta después de la cena, en que se reunió conmigo en el bar. Algo, tal vez tristeza, nublabla su mente, y cuando me puse a hablar sobre Nantucket (donde ambos habíamos pasado algunos veranos), sus inmensas reservas de cortesía parecieron agotarse. Se disculpó y se fue; media hora después lo vi bebiendo en el salón con la misteriosa mujer de negocios y su secretaria.

Era el camarero quien primero había identificado a la pareja como una «mujer de negocios romana» y su secretaria. Más adelante, al comprobarse que la mujer hablaba una zafia mezcla de español e italiano, el camarero decidió que era brasileña, si bien el contable de a bordo me dijo que viajaba con pasaporte griego. La secretaria era una rubia de rasgos duros, y su patrona componía una figura tan asombrosamente desagradable —incluso cabría decir que perversa— que nadie le dirigía la palabra, ni siquiera los camareros. Llevaba el pelo teñido de negro y los ojos maquillados de tal manera que semejaban los de una víbora; su voz era gutural, y, fuera el que fuese su negocio, este parecía haberla despojado de todo atractivo humano. Ambas iban al bar todas las noches, bebían ginebra y charlaban en un revoltijo de lenguas. Siempre estaban solas, hasta que Brimmer empezó a acompañarlas desde aquel atardecer.

La nueva amistad suscitó mi más natural y profunda desaprobación. Estaba yo hablando con la familia del sur, cuando, quizá una hora después, la secretaria llegó al mostrador, sola, y pidió whisky. Parecía tan trastornada que en lugar de imaginar intenciones obscenas en Brimmer juzgué toda la escena con un optimismo artificial y charlé voluntariosamente con la familia sureña sobre bienes raíces. Pero al bajar supe que la mujer de negocios estaba en el camarote de Brimmer. Hacían bastante ruido, y en un momento dado, hasta me pareció que se habían caído de la cama. Se oyó un golpe sordo. Podría haber derribado la puerta —como Carrie Nation^[14]—, ordenándoles que se separaran, pero ¿existía iniciativa más ridícula?

Sin embargo, no podía dormir. Mi experiencia, mis observaciones me enseñaban que la clase de personalidad que aflora de este tipo de promiscuidad encarna un grado especial de fracaso humano. Digo observación y experiencia porque no quisiera aceptar los dogmas de ninguna otra autoridad: ninguna idea preconcebida que atempere el sentimiento de que la vida es una peligrosa aventura moral. Es difícil ser hombre, creo; pero las dificultades no son insuperables. No obstante, si por un momento descuidamos la vigilancia, tendremos que pagar un precio exorbitante. Nunca he visto una relación como la de Brimmer y la mujer de negocios que no se fundamente en la amargura, la indecisión y la cobardía —lo más opuesto al amor—, y estoy seguro de que si me permitiera yo la menor indulgencia al respecto, el pelo se me volvería blanco al instante, perdería la pigmentación de los ojos, tendría tendencia a sonreír con afectación y un rabo velludo se me enroscaría en los pantalones. Nadie que haya optado por tal forma de vida lo ha hecho, que yo sepa, sino como expresión de insuficiencia, de escandalosa y repugnante desgana a encarar las generosas fuerzas de la vida. Brimmer era amigo mío, y por tanto yo debía hacer cuanto estuviera en mis manos para lograr que se avergonzase profundamente de lo que estaba haciendo. Y con este consuelo conseguí dormir.

Al día siguiente estaba en el bar a las doce y media, pero no hablé con él. Tomé una ginebra con un hombre de negocios alemán que había embarcado en Lisboa. Quizá porque mi compañero era aburrido, no le quité a Brimmer los ojos de encima, en busca de algún indicio revelador: insipidez, o quizá amargura en su voz. Pero ni

siquiera todo el peso de mi prejuicio, que era inmenso, pudo detectar, como me hubiera gustado, trazas de su fracaso humano. Era exactamente el mismo. La mujer de negocios y su secretaria se reunieron solas, después de la cena, y Brimmer hizo amistad con la familia sureña, tan obtusa o bien tan ingenua que no se había percatado de nada y no puso objeciones al hecho de que Brimmer bailara con la hermana y diera después con ella un paseo bajo la lluvia.

No volví a hablar con él durante el resto del viaje. Atracamos en Nápoles a las siete en punto de una mañana lluviosa, y ya había cruzado la aduana y me alejaba del puerto con mis maletas cuando Brimmer me llamó. Lo acompañaba una atractiva rubia de largas piernas que debía de ser veinte años más joven que él, y se ofreció a llevarme en coche a Roma. Retrospectivamente, creo que si acepté, si pasé por alto con enorme flexibilidad mi rotunda desaprobación, fue por mera aversión a la soledad. No quería viajar solo en tren hasta Roma. Acepté su invitación y los acompañé hasta la capital; paramos a comer en Terracina. Por la mañana salían para Florencia, y como mi destino era el mismo, seguí viaje con ellos.

Teniendo en cuenta el trato seductor de Brimmer con los animales y los niños pequeños —cautivaba a todos ellos— y su predilección (como descubrí más tarde) por las formas de oración franciscanas, valdrá tal vez la pena que relate lo que sucedió el día en que nos desviamos de la carretera y subimos a Asís para comer. Los prodigios no significan nada, pero lo cierto es que si empezamos un viaje por Italia, con truenos y un cielo casi ennegrecido por las golondrinas, prestamos más atención emocional a este espectáculo de lo que lo haríamos estando en nuestra patria. El tiempo había sido bueno toda la mañana, pero en cuanto nos desviamos hacia Asís se levantó el viento, y aun antes de llegar a las puertas de la población el cielo estaba ya oscuro. Comimos en una posada cerca del *duomo*, con vistas al valle y una buena panorámica de la tormenta a medida que esta avanzaba carretera arriba y alcanzaba la ciudad santa. La oscuridad, el viento y la lluvia surgieron de pronto, con densidad insólita. Había un toldo sobre la ventana junto a la que estábamos sentados, y una palmera en un jardín a nuestros pies, y mientras almorzábamos vimos cómo el viento hacía trizas palmera y toldo. Al acabar de comer era como si en las calles hubiera anochecido. Un joven hermano nos hizo pasar al *duomo*, pero la total oscuridad nos impidió ver los Cimabues. A continuación, nos llevó a la sacristía y abrió con llave la puerta. En el instante en que Brimmer entró en el sagrado recinto, las ventanas estallaron bajo el embate del viento, y por un golpe de suerte nos salvamos de ser destrozados por el torrente de cristales rotos que se estrelló contra el mueble donde se guardan las reliquias. Durante el breve momento en que la puerta estuvo abierta, el viento irrumpió en la iglesia y apagó todas las velas; Brimmer, el hermano y yo hubimos de juntar nuestras fuerzas para cerrarla de nuevo. Después de esto, el religioso salió corriendo en busca de ayuda, y nosotros trepamos hasta la iglesia de

más arriba. Al abandonar Asís, amainó el viento, y mirando atrás vi que las nubes desfilaban alejándose de la ciudad, la reluciente luz diurna bañándola entera.

Nos despedimos en Florencia y ya no volví a ver a Brimmer. Fue la rubia piernilarga quien me escribió en julio o en agosto a Estados Unidos, cuando ya estaba yo de vuelta en mi granja de New Hampshire. Me escribía desde un hospital de Zúrich y la carta me había sido reenviada desde mi dirección en Florencia. «El pobre Brimmer está moribundo —escribía—. Y si usted pudiese venir aquí a verlo, sé que eso lo haría muy feliz. A menudo habla de usted, y sé que usted era uno de sus mejores amigos. Adjunto varios documentos que podrían interesarle, ya que es escritor. Los médicos no creen que pueda vivir otra semana...». El hecho de que se refiriese a mí como a un amigo revelaba sin duda la inmensidad de su soledad; y me pareció que desde el principio mismo yo había sabido que Brimmer iba a morir pronto, que su promiscuidad era una relación no con la vida sino con la muerte. Serían las cuatro o quizá las cinco de la tarde, la luz brillaba y reinaba en el aire esa reconfortante quietud que cae sobre el campo con los primeros indicios de la noche. No le dije nada a mi mujer. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella no conocía a Brimmer, y ¿para qué traer la muerte a tan tranquilo escenario? Recuerdo haberme alegrado. La carta databa de seis semanas antes. Ya habría muerto.

No creo que mi corresponsal hubiera leído los documentos que adjuntaba. Seguramente se referían a una época de su vida en la que Brimmer padecía algún tipo de depresión nerviosa. El primero era un chistoso ensayo en el que atacaba a la moderna taza del retrete, sosteniendo que la postura encogida a la que obligaba era desventajosa para aquellos músculos y órganos que deben entrar en acción. Seguía a este una apasionada plegaria pidiendo limpieza de corazón. El ruego no parecía haber obtenido respuesta, ya que el siguiente escrito era un sucio tratado sobre el control sexual, seguido de una extensa balada titulada «Los altibajos de Jeremías Funicular». El poema constituía un nauseabundo relato de las aventuras eróticas de Jeremías, y hablaba de muchas mujeres casadas y solteras, así como de un mecánico de automóviles, un luchador y un farero. El texto era largo, y cada estrofa concluía con un estribillo lamentando el hecho de que Jeremías jamás hubiese tenido remordimientos, salvo cuando era malo con los niños, insensato con el dinero o glotón con el pan y la carne en las comidas. El último manuscrito eran los restos o fragmentos de un diario. «*Gratissimo signore* —escribía—, dedicado a las contraventanas que crujen, al amor de la señora Pigott, a las fragancias de la lluvia, a la franqueza de los amigos, a los peces del mar y especialmente al olor del pan y del café, puesto que simbolizan las mañanas y el resurgimiento de la vida». Proseguía en esta vena, ora piadosa, ora lasciva, pero no leí más.

Mi mujer es encantadora, cautivadores mis hijos y delicioso este paisaje, y a la luz del verano me parecieron del todo muertos Brimmer y sus palabras. Me alegré de

la noticia, y su muerte suprimió en apariencia la perplejidad que su persona me había causado. Recordé con cierta tristeza que Brimmer había sido capaz de transmitirme la sensación de que la exuberancia y el dolor de la vida eran un cristal contra el que él apretaba la nariz; que parecía dotado para dramatizar el sentido de la urgencia y la mortal seriedad de la vida. Recordé la delicadeza de sus manos, su voz suave y aquellos ojos conformados de tal modo que sus pupilas parecían las de un macho cabrío; pero me pregunté por qué habría fracasado Brimmer, y, a mi juicio, su fracaso era absoluto. ¿Quién de nosotros no pende de un hilo, teniendo debajo la anarquía carnal, y qué es ese hilo sino la luz del día? La diferencia entre la vida y la muerte no parecía mayor que la que hubo entre subir a cubierta para contemplar la llegada a Lisboa y quedarse en la cama con la señora Troyan. Recuerdo muy bien aquella entrada en puerto: el agradable olor salobre de las aguas costeras, similar al de las zapatillas de baño de mi abuelo; las voces distantes en la playa, las casas, las campanas del mar y las campanillas del Sanctus, el cántico del cura y todos los rostros de los pasajeros alzados, sonriendo deslumbrados por la vista de la tierra como si nada parecido hubiera existido antes.

Pero me equivocaba, y el lector puede situar el descubrimiento de mi error en cualquier sitio donde pueda hallarse cierto viejo ejemplar de *Europa* o *Época*. Es lunes y estoy pescando con arpón en compañía de mi hijo más allá de las rocas próximas a Porto San Stefano. Mi hijo y yo no hacemos muy buenas migas, y cuando mejor nos llevamos es cuando nos limitamos a estar en desacuerdo. Se diría que los dos queremos el mismo lugar bajo el sol, pero somos grandes amigos bajo el agua. Me encanta verlo allí abajo como un personaje de película, con la cabeza apuntando al fondo y los pies hacia arriba, empuñando el arpón mientras su esnórquel despidе aire y la arena, cuando él la remueve, asciende como si fuera humo. Aquí, en las aguas profundas entre las rocas, parece que esquivamos las tensiones que hacen tan fastidiosa nuestra relación en otros sitios. El paraje es hermoso. Con un leve chapoteo en la superficie, el sol baja al fondo marino como una gran malla de luz. Hay estrellas de mar que poseen los colores de una barra de labios, y flores blancas cubren todas las rocas. Y después de una *fiesta*, después de cualquier domingo en que las playas hayan estado atestadas, a muchas brazas de profundidad se encuentran otras cosas: pedazos de papel de bocadillo, la página del crucigrama de *Il Messaggero* y chorreantes ejemplares de *Época*. Desde las páginas finales de uno de ellos, Brimmer alza la mirada hacia mi en el fondo del mar. No ha muerto. Acaba de casarse con una actriz de cine italiana. Rodea con su brazo izquierdo el talle esbelto de su mujer, con el pie derecho cruzado delante del izquierdo y un vaso lleno en la mano derecha. Su aspecto no es mejor ni peor, y no sé si ha vendido su inteligencia y sus entrañas al diablo, o si por fin se ha encontrado a sí mismo. Subo a la superficie, me sacudo el agua del pelo y pienso que estoy a mil nudos de mi hogar.

LA EDAD DE ORO

La idea de los castillos que nos hemos formado en la infancia es inalterable; entonces, ¿por qué tratamos de modificarla? ¿Para qué señalar que en el patio de un auténtico castillo crecen cardos y que un nido de culebras verdes guarda el umbral del desvencijado salón del trono? He aquí la torre del homenaje, el puente levadizo, las almenas y los torreones que conquistamos con nuestros soldados más valientes mientras estábamos postrados en cama por la varicela. El primer castillo fue inglés, y este otro fue construido por el rey de España durante la ocupación de la Toscana, pero el sentimiento de la supremacía imaginativa —el prestigioso señorío de la nobleza— es el mismo. Nada es insignificante en este tema. Resulta emocionante tomar un martini sobre las almenas, emocionante bañarse en la fuente, emocionante incluso bajar la escalera, de regreso al pueblo después de la cena, y comprar una caja de cerillas. El puente está bajado, las dobles puertas abiertas, y una mañana temprano vemos cruzar el foso a una familia cargada con los pertrechos de una comida campestre.

Son norteamericanos. Nada de lo que hagan logrará ocultar del todo la enternecedora ridiculez, la torpeza del viajero. El padre es un hombre joven y alto, algo encorvado de hombros, de pelo rizado y hermosos dientes blancos. Su mujer es bonita y tienen dos hijos. Estos van armados de ametralladoras de plástico que sus abuelos les han enviado hace poco por correo. Es domingo, tañen las campanas, ¿y quién llevó las campanas a Italia? No las *vaca* de Florencia, sino las ásperas campanas campestres que repican sin tregua sobre los olivares y los paseos de cipreses, con una disonancia tan ajena al paisaje que podrían muy bien haber venido en las carretas de Atila. Ese apremiante tañido resuena en el último de los ancestrales pueblos de pescadores: en verdad, uno de los últimos en su género. La escalera del castillo baja serpenteando hasta un paraje encantador y remoto. No hay autobuses ni trenes hasta el lugar, no hay *pensionari* ni trenes, ni escuelas de arte, y tampoco turistas ni tiendas de souvenirs; ni siquiera hay una sola postal en venta. Los nativos llevan trajes pintorescos, cantan en el trabajo e izan vasijas griegas en sus redes de pesca. Es uno de los últimos lugares del mundo donde todavía pueden oírse las flautas de los pastores, se ven hermosas muchachas con corpiños holgados que nadie fotografía mientras transportan sobre la cabeza cestas de pescado, y se cantan serenatas en cuanto ha oscurecido. Bajando la escalera, los norteamericanos entran en el pueblo.

Las mujeres vestidas de negro, de camino a la iglesia, saludan con la cabeza y les dan los buenos días. «*Il poeta*», se dicen entre sí. Buenos días al poeta, a su mujer y a sus hijos. Su cortesía parece desconcertar al extranjero. «¿Por qué te llaman poeta?», pregunta el mayor de sus hijos, pero el padre no contesta. En la *piazza* hay ciertas

pruebas de que el pueblo no es del todo perfecto. Ha salido a la luz lo que taparon las toscas carreteras. Los muchachos del pueblo, sentados como gallos en la barandilla alrededor de la fuente, llevan sombreros de paja inclinados sobre la frente y mascan cerillas de madera, y al andar se balancean como si hubieran nacido sobre una silla de montar, aunque en la localidad no hay un solo caballo que no sea de labranza. A los norteamericanos les parece muy triste que el resplandor azul verdoso del televisor del café haya empezado a transformarlos de marinos en vaqueros, de pescadores en gángsters, de pastores en delincuentes juveniles y maestros de ceremonias, sus vejigas hinchadas de Coca-Cola. «*E colpa mia*», piensa Seton, el supuesto poeta, mientras guía a su familia a través de la plaza hacia los muelles donde está amarrado su bote de remos.

El puerto es tan redondo como un plato de sopa y se acurruca entre dos acantilados; sobre el que más se adentra en el mar se alza el castillo de torres redondas que los Seton han alquilado para el verano. Al contemplar el casi perfecto escenario, Seton extiende los brazos y exclama: «Dios mío, ¡qué paisaje!». Coloca una sombrilla en la popa del bote para su mujer y discute con los niños a propósito del sitio donde se van a sentar.

—¡Siéntate donde te he dicho, Tommy! —grita—. Y no quiero oír una palabra más.

Los chicos refunfuñan y comienzan a disparar con sus ametralladoras de juguete. Se hacen a la mar con tumulto ruidoso, aunque no enfurecido. Las campanas han enmudecido y se puede oír el jaleo del viejo órgano de la iglesia, con sus pulmones corroídos por el salitre. El agua costera es tibia y extraordinariamente sucia, pero más allá del muelle las aguas son tan claras, de tan bellos colores, que parecen un elemento más ligero, y cuando Seton atisba la sombra que proyecta el casco sobre la arena y las rocas a diez brazas de profundidad, da la impresión de que flotan sobre aire azul.

Hay correas en lugar de escálamos, y Seton boga enderezando la cintura y dejando caer todo su peso en los remos. Se cree muy diestro en ello, incluso pintoresco, pero nunca, ni siquiera de muy lejos, lo tomarían por italiano. En efecto, un aire delictivo, de vergüenza, delata al pobre hombre. La ilusión de que levitan, la encantadora tranquilidad del día —torres almenadas contra ese azul del cielo que parece un pedazo de nuestra conciencia— no bastan para erradicar ese sentimiento de culpa, sino que a lo sumo lo mantienen en suspenso. Es un impostor, un fraude, un delincuente estético; y, percibiendo estos sentimientos, su mujer le dice amablemente:

—No te preocupes, querido, nadie lo sabrá, y si lo saben, les tendrá sin cuidado.

Está preocupado porque no es un poeta, y este día perfecto lo exhorta, en cierto modo, a ajustar cuentas consigo mismo. No es un poeta ni mucho menos, y solo aspira a ser mejor comprendido en Italia presentándose como tal. Su impostura es inofensiva: en realidad, se trata de una aspiración. Está en Italia simplemente porque desea llevar una vida más ilustre, para por lo menos ensanchar sus facultades de

reflexión. Incluso ha pensado en escribir un poema que trate sobre el bien y el mal.

Hay muchos otros botes que bordean el acantilado. Todos los muchachos ociosos y amantes de la playa han salido a la mar, chocan entre sí las bordas de las embarcaciones, pellizcan a sus chicas y cantan en voz alta frases de *canzoni*. Todos saludan al *poeta*. Cortada a pico en el acantilado, en la costa hay terrazas de viñas, y toda ella está cubierta de romero silvestre, y en ese punto el mar ha tallado en la orilla calas arenosas. Seton enfila hacia la más grande, y sus hijos se zambullen desde el bote cuando están cerca de la playa. Atraca y desembarca la sombrilla y demás avíos.

Todos les hablan, todos los saludan con la mano, y todo el pueblo, salvo los que han ido a la iglesia, está en la playa. La arena es de color dorado oscuro, y el mar brilla como la curva de un arco iris: esmeralda, zafiro, añil y malaquita. La asombrosa ausencia de vulgaridad y censura en el espectáculo conmueve tanto a Seton que le parece que el pecho se le llena de una oleada de agradecimiento. ¡Esto es simplicidad —piensa—, esto es belleza, la gracia desnuda de la naturaleza! Nada un rato en las aguas frescas y vivificantes, y después del baño se tiende al sol. Pero de nuevo lo invade la inquietud, como si le perturbara una vez más el hecho de no ser un poeta. Y si no es un poeta, entonces, ¿qué es?

Es guionista de televisión. Tendido sobre la arena de la playa, debajo del castillo, yace el cuerpo de un guionista de televisión. Su crimen consiste en que es el autor de una detestable comedia de enredo titulada «La familia Best^[15]». Cuando cayó en la cuenta de que, debido a su propia mediocridad, aquello nada tenía que ver con la vida real, y era en cambio una descomunal sucesión de estupideces, abandonó su trabajo y voló a Italia. Pero «La familia Best» había sido adquirida por la televisión italiana —aquí se titulaba «La famiglia Tosta»—, y las necedades que él había escrito llegarían a las torres de Siena, se oirían en las antiguas calles de Florencia y se deslizarían hasta los pasillos del palazzo Gritti, sobre el Gran Canal. Aquel domingo emitirían la obra, y sus hijos, que estaban orgullosos de él, habían divulgado la noticia por el pueblo. ¡Poeta!

Sus hijos libraban una batalla con las ametralladoras. La escaramuza constituye para él un desgarrador recuerdo del pasado. El poder corruptor de la televisión pesa sobre los inocentes hombros de los pequeños. Mientras los del pueblo cantan, bailan y recogen flores silvestres, sus hijos avanzan de roca en roca, fingiendo matar. Es un error, un error trivial, pero lo pone nervioso aunque no logra decidirse a llamarlos y tratar de explicarles que su habilidad para imitar los gritos y los gestos de hombres agonizantes podría agravar la incompreensión entre las naciones. Están equivocados, y el padre ve a las mujeres que mueven la cabeza ante la idea de un país tan bárbaro que incluso proporciona juguetes bélicos a los niños pequeños. «*Mamma mia!*». Uno lo ha visto todo en las películas. Uno no se atreve a pasearse por las calles de Nueva York a causa de la guerra de pandillas, y una vez que sales de Nueva York te encuentras en territorio virgen repleto de salvajes desnudos.

La batalla finaliza, los chicos se van a nadar, y Seton, que ha llevado consigo

parte del equipo de pesca con arpón, explora durante una hora un saliente rocoso sumergido más allá de la extremidad de la cala. Se zambulle, nada entre un banco de peces transparentes, y un poco más lejos, donde el agua es oscura y fría, ve que un gran pulpo le mira aviesamente; encoge los miembros y se desliza en una cueva empedrada de flores blancas. En el fondo ve una vasija griega, una ánfora. Se zambulle otra vez para buscarla, toca con los dedos la áspera arcilla y emerge para coger aire. Una y otra vez, vuelve al fondo, y por fin saca el ánfora triunfalmente a la luz. Tiene forma rechoncha, cuello estrecho y dos pequeñas asas. Una banda de arcilla más oscura rodea al cuello. La vasija está casi partida en dos. A menudo se encuentran a lo largo de esta costa vasos de este tipo, y otros mucho más refinados, y cuando carecen de valor se ponen en las repisas del café, la panadería y la barbería, pero el valor del suyo es inestimable para Seton, como si el hecho de que un guionista de televisión fuese capaz de llegar al Mediterráneo y sacar a flote una ánfora griega fuese un presagio cultural de buen agüero, prueba de su valía personal. Celebra su hallazgo bebiendo un poco de vino, y ya ha llegado la hora de comer. Despacha la botella entera durante el almuerzo, y luego, como todo el mundo en la playa, se tumba a la sombra y se echa a dormir.

Inmediatamente después de despertar y refrescarse dándose un baño, vio que unos extranjeros se acercaban en un bote: una familia romana, pensó Seton, que venía a pasar el fin de semana en Tarlonia. Padre, madre e hijo. El padre manejaba torpemente los remos. La palidez de los tres forasteros, y también su actitud, los mantuvo apartados de la gente del pueblo: como si llegaran a la cala desde otro continente. Cuando estuvieron más cerca, pudo oírse a la mujer pidiendo a su marido que condujera la embarcación hasta la playa.

Las respuestas del marido eran malhumoradas y muy fuertes. Se le había acabado la paciencia. No era fácil llevar un bote de remos, dijo. No era fácil atracar en calles desconocidas donde, si se levantaba el viento, el bote podría hacerse pedazos, y entonces tendría que comprarle al propietario un bote nuevo. Y eran caros. La parrafada pareció incomodar a la mujer y cansar al niño. Madre e hijo iban en traje de baño, a diferencia del padre, que, con su camisa blanca, daba la impresión de no encajar del todo en el esplendoroso paisaje. El mar púrpura y los gráciles bañistas solo consiguieron exacerbar su exasperación y, enrojecido por el fastidio y las molestias, profirió nerviosas e innecesarias advertencias a los nadadores, interrogó tenazmente a la gente de la orilla (¿cuánto cubre aquí?, ¿es segura la cala?), y finalmente volvió sano y salvo con su bote. Mientras llevaba a cabo la ruidosa maniobra, el chico sonrió furtivamente a su madre y esta le devolvió otra sonrisa a hurtadillas. ¡Llevaban tantos años aguantando aquello! ¿No se acabaría nunca? Gruñendo y bufando, el padre ancló en medio metro de agua y madre e hijo saltaron por la borda y se alejaron nadando.

Seton observó al padre, que sacó del bolsillo un ejemplar de *Il tempo* y se puso a leer, pero la luz demasiado intensa lo cegaba. A continuación registró ansiosamente sus bolsillos para ver si a las llaves del coche y de la casa les habían salido alas y se habían marchado volando. Después achicó del bote cuatro dedos de agua con una lata. Luego examinó las gastadas correas que sujetaban los remos, consultó su reloj, comprobó el ancla, volvió a mirar la hora y observó el cielo, donde por todo signo de tempestad había una única nube. Por último se sentó y encendió un cigarrillo, y sus preocupaciones, convergiendo hacia él desde todos los puntos de la brújula, se centraron visiblemente en su frente. ¡Se habían dejado enchufado el calentador del agua, allá en Roma! Quizá en aquel mismo momento una explosión destruía su piso y todos los objetos de valor. La rueda delantera *izquierda* de su automóvil estaba un poco desinflada y probablemente habría perdido todo el aire, si es que no le habían robado el coche esos bandidos que siempre se encuentran en los pueblos pesqueros remotos. La nube que se veía hacia el oeste no era muy grande, a decir verdad, pero era el tipo de nube que anuncia mal tiempo, y las altas olas los zarandearían implacablemente en el camino de vuelta al doblar el cabo, y cuando llegaran a la *pensione* (donde ya habían pagado la cena), seguramente se habrían comido las mejores chuletas y bebido todo el vino. Que él supiera, el presidente de Estados Unidos podía haber sido asesinado durante su ausencia, y la lira devaluada. El gobierno quizá había caído. De repente se puso en pie y empezó a vociferar a su mujer y a su hijo. Era hora de irse, hora de volver. Se aproximaba la noche. Se avecinaba una tormenta. Llegarían tarde a la cena. Los atraparía el denso tráfico cerca de Fregene. Iban a perderse los buenos programas de televisión...

Su mujer y su hijo dieron media vuelta y nadaron hacia el bote, pero sin apresurarse. Sabían que no era tarde. No estaba oscureciendo ni había señales de tormenta. No se perderían la cena en la fonda. Sabían por experiencia que llegarían antes de que pusieran las mesas, pero no les quedaba otra opción. Subieron a bordo mientras el padre levaba el ancla, advertía a gritos a los bañistas y pedía consejo a los de la orilla. Por fin condujo el bote hasta la bahía y comenzó a bordear el cabo. Acababan de perderse de vista cuando uno de los chicos de la playa trepó a la roca más alta y agitó una camisa roja, gritando: «*Pesce cane! Pesce cane!*!». Todos los bañistas se volvieron, aullando con excitación y levantando un remolino de espuma, y regresaron nadando a la orilla. Sobre la franja de mar donde habían estado se veía la aleta de un tiburón. La alarma había sido anunciada a tiempo, y el tiburón parecía contrariado conforme surcaba las aguas de color malaquita. Los bañistas se alinearon a lo largo de la orilla, señalándose mutuamente la amenaza, y un chiquillo de pie en aguas poco profundas gritaba: «*Brutto! Brutto! Brutto!*!». Después, todo el mundo vitoreó a Mario, el mejor nadador del pueblo, que bajaba por el sendero con un largo fusil submarino. Mario trabajaba de albañil, y por alguna razón —tal vez por ser hombre laborioso—, nunca había encajado en aquel pueblo. Tenía las piernas demasiado largas o demasiado separadas, los hombros muy redondos o muy

cuadrados, el pelo excesivamente ralo, y aquella exuberancia de la carne tan generosamente repartida entre los demás muchachos había esquivado al pobre Mario. Su desnudez resultaba patética y enternecedora, como un extraño sorprendido en cierta intimidad. Le aplaudieron y lo aclamaron mientras avanzaba entre el gentío, pero ni siquiera logró dominar una sonrisa nerviosa y, apretando sus finos labios, se internó en el agua y nadó hacia la barra. Pero el tiburón se había ido, lo mismo que casi toda la luz del sol. El desencanto de una playa oscurecida incitó a los bañistas a recoger sus cosas y a iniciar el camino de regreso. Nadie esperó a Mario; a nadie pareció importarle. Se quedó en el agua oscura con su arpón en la mano, dispuesto a cargar sobre sus hombros la seguridad y el bienestar de sus vecinos, pero ellos le habían vuelto la espalda y cantaban al escalar el acantilado.

«Al diablo “La familia Tosta” —pensó Seton—. Que se vaya al infierno». Era la hora más maravillosa de toda la jornada. Todo tipo de placeres —la mesa, el vino y el amor— se extendían ante él, y en medio de las crecientes sombras pareció desprenderse suavemente de su responsabilidad para con la televisión, del fardo de dotar a su vida de un sentido. Ahora, el oscuro y vasto lienzo de la noche lo envolvía todo, y la conversación se interrumpía.

La escalera por la que subieron cruzaba las murallas que habían alquilado, festoneadas de flores, y en la extensión que se abría desde aquel punto hacia arriba, hasta el pórtico y el puente levadizo, resultaba más impresionante el acierto del rey, el arquitecto y los albañiles, pues un mismo hálito lo impregnaba todo del carácter militar inexpugnable, de majestuosidad y belleza. No había punto, recodo, torre ni almena donde dichos rasgos pareciesen separarse. Todas las murallas poseían magníficas cornisas, y en cada punto por donde el enemigo pudiera haber atacado, el magno blasón (ocho toneladas) del rey cristiano de España proclamaba el linaje, la fe y el buen gusto del defensor del castillo. Sobre el pórtico principal, el gran escudo de armas se había desprendido de su hermosa montura de divinidades marinas que enarbolaban tridentes y había caído al foso, pero tocó fondo con la faz blasonada hacia arriba, y a través del agua se veían los cantones, la cruz y los pliegues de mármol.

Entonces, en el muro, entre otras leyendas, Seton descubrió estas palabras: «*Americani, go home, go home*». Las letras eran borrosas; quizá llevasen escritas desde la guerra, o acaso el hecho de haber sido trazadas con premura explicase que fueran tan tenues. Ni su mujer ni sus hijos vieron la inscripción; Seton se hizo a un lado mientras ellos cruzaban el puente para entrar en el patio, y después volvió sobre sus pasos para borrar las palabras con los dedos. Oh, ¿quién podía haber escrito aquello? Se sintió desorientado y afligido. Lo habían invitado a visitar aquel país desconocido. Las invitaciones habían sido insistentes. Agencias de viajes, compañías de navegación, líneas aéreas, e incluso el gobierno italiano le habían implorado que renunciase a su modo de vida confortable y viajara al extranjero. Él había aceptado las invitaciones, se había entregado a su hospitalidad, y ahora le decían, por medio de

aquel antiguo muro, que no consideraban grata su presencia.

Nunca lo habían considerado indeseable. Nunca se lo habían dicho. Lo habían amado de niño y de joven, querido como amante, marido y padre, solicitado como guionista, narrador y compañero. En todo caso, había sido excesivamente mimado, y su única preocupación había sido no prodigarse demasiado, utilizar sus codiciadas dotes con prudencia y discreción para que alcanzasen su máxima eficacia. Había sido aceptado como jugador de golf, tenis y bridge, compañero de charadas y cócteles, y miembro de juntas directivas, y sin embargo aquella grosera y vieja pared lo trataba como a un paria, un anónimo mendigo, un proscrito. Se sintió profundamente herido.

Guardaban el hielo en la mazmorra del castillo, y Seton cogió allí la coctelera, la llenó, preparó varios martinis y subió con ellos a las almenas de la torre más alta, donde su esposa se reunió con él para contemplar los cambios de luz. La oscuridad se adueñaba de los carcomidos acantilados de Tarlonia, y aunque las colinas a lo largo de la costa no tenían sino una ligerísima, remota semejanza con los pechos de una mujer, sosegaron el espíritu de Seton y despertaron en él la misma profunda ternura.

—A lo mejor bajo al café después de cenar —dijo su mujer—, por lo menos para ver qué tal han hecho el doblaje.

Ella no entendía la intensidad de los sentimientos que Seton experimentaba en relación con el hecho de escribir para la televisión; nunca lo había entendido. Pero no dijo nada. Supuso que, visto de lejos, sobre aquella almena, podían haberlo tomado por lo que no era: un poeta, un viajero avezado, un amigo de Elsa Maxwell, un príncipe o un duque; pero aquel mundo que se extendía ante él no poseía realmente la facultad de cambiarlo y elevar su alma. Él, autor de «La familia Best», era lo único que había transportado consigo, con muchos gastos y molestias, a través de mares y fronteras. El imponente y esplendoroso paisaje que lo rodeaba no había alterado el hecho de que estaba bronceado, cariñoso, hambriento y encorvado, y la roca sobre la que se había sentado, puesta en su sitio por el gran rey de España, se le hincaba en el trasero.

Clementina, la cocinera, le preguntó en la cena si podía ir al pueblo a ver «La familia Tosta». Los chicos, por supuesto, iban a ir con su madre. Después de cenar, Seton volvió a la torre. La flota pesquera había zarpado y ya rebasaba el muelle, con sus linternas encendidas. La luna se alzaba y resplandecía tan brillantemente sobre el mar que el agua parecía girar, dar vueltas en su luz. Oyó en el pueblo el *bel canto* de las madres que llamaban a sus hijas y, de vez en cuando, el graznido del televisor. Todo habría acabado dentro de veinte minutos, pero la sensación de cometer un delito *in absentia* se le metió en los mismos huesos. Ah, ¿cómo podía frenarse el progreso de la barbarie, la vulgaridad y la censura? Al ver las luces que traía su familia subiendo la escalera, bajó al foso para salirles al encuentro. No venían solos. ¿Quién los acompañaba? ¿Quiénes eran aquellas siluetas que ascendían? ¿El médico? ¿El

alcalde? Y una muchachita que llevaba gladiolos. Era una delegación, una embajada amistosa, supo por la suavidad de sus voces. Habían venido a homenajearlo.

—¡Ha sido tan bonita, tan cómica, tan real! —exclamó el médico.

La muchachita le entregó las flores y el alcalde lo abrazó alegremente.

—Oh, *signore* —dijo—, pensábamos que era usted solamente un poeta.

LA CÓMODA

¡Oh!, odio a los hombres bajitos y no volveré a escribir sobre ellos, pero de paso me gustaría decir que mi hermano Richard es precisamente eso: un hombre bajito. Tiene las manos pequeñas, los pies pequeños, la cintura pequeña, los hijos y la mujer pequeños, y cuando asiste a nuestras fiestas se sienta en una silla pequeña. Si coges un libro suyo, encuentras en la guarda su nombre, «Richard Norton», escrito con su letra diminuta. En mi opinión, emana una aura repulsiva de pequeñez. Es también un niño mimado, y si vas a su casa, comes en sus platos su comida con cubiertos suyos, y si respetas las caprichosas y vulgares normas de su hogar tal vez tengas la suerte de probar un poco de su brandy, del mismo modo que hace treinta años uno iba a su habitación a jugar con sus juguetes a su antojo, y a ser recompensado con un vaso de gaseosa. Cierta gente convierte sus pasiones más en una actuación que en una aventura. Al parecer, no se enamoran ni hacen amistades, sino que representan con hombres, mujeres, niños y perros un bullicioso drama para el que estaban predestinados desde el momento de su nacimiento. Esto es especialmente notable en aquellos cuya teatralidad está limitada por la pobreza de su gama emocional. Su torpe actuación desvía nuestra atención hacia la obra. La que hace de ingenua es demasiado vieja, lo mismo que la primera actriz. El perro no es de la raza apropiada, los muebles no hacen juego, el vestuario es andrajoso, y cuando en la obra se sirve café, parece que no hay nada en la cafetera. Pero el drama prosigue con tanto terror y piedad como en las escenografías más magníficas. Observando a mi hermano, pienso que ha elegido un elenco de segunda fila, y que representa, quizá hasta la eternidad, el papel de niño mimado.

Es tradicional en nuestra familia exhibir nuestra más intensa capacidad emotiva cuando hay alguna herencia de por medio: nos apoderamos de una vajilla antes de que el testamento haya sido legalizado, nos disputamos una alfombra tirando de cada uno de sus lados, y rompemos lazos de sangre por culpa de una silla rota. Los cuentos y los relatos que nos hablan de un tenaz apego a un objeto —una sopera o una cómoda— parecen reducirse a la contextura del objeto mismo, el vidriado de la porcelana o el acabado de la madera, y provocan aquel sentimiento de frustración que yo, por lo menos, experimento cuando oigo música de clavicordio. Del último encontronazo que tuve con mi hermano fue responsable una cómoda. Como nuestra madre murió inesperadamente y había en su testamento una cláusula ambigua, la prima Mathilda se hizo con parte de la herencia familiar. En aquel momento nadie se sintió con fuerzas para oponerse a sus pretensiones. Ahora ha rebasado la frontera de los noventa, y al parecer la edad la ha curado de la rapacidad. Nos escribió a Richard y a mí comunicándonos que si poseía algo de nuestro gusto la haría feliz cedérselo.

Contesté que me gustaría quedarme con la cómoda. Recuerdo que era un mueble grácil y con las patas arqueadas, de pesados bronces y un chapado muy pulido de color marrón oscuro. Mi petición fue poco entusiasta. En realidad, la cómoda no me importaba gran cosa, pero mi hermano sí la quería. La prima Mathilda le escribió diciéndole que iba a dármela a mí, y él me telefoneó para decirme que la quería, que quería la cómoda hasta el punto de que no tenía sentido discutirlo. Me preguntó si podía visitarnos el domingo —vivimos a unos ochenta kilómetros de su casa— y, por supuesto, le dije que sí.

Como esta vez no se trataba de su casa ni de su whisky, prodigó el sol de su seducción concediéndome el derecho de tostarme a su luz, y al advertir en el jardín unas rosas que él había regalado a mi mujer hace muchos años, comentó: «Ya veo que mis rosas están bien». Tomamos una copa en el jardín. Hacía un día primaveral, uno de esos domingos de un verde dorado que inspiran incredulidad. Todo florecía, se abría, volvía a la vida. Había más cosas que no eran visibles —luces prismáticas, olores prismáticos, algo que producía un estremecimiento de placer—, pero lo más excitante y misterioso era la sombra, la luz que uno no acertaba a definir. Estábamos sentados bajo un gran arce cuyas hojas no se habían formado aún del todo, aunque sí lo bastante para retener la luz, y su belleza era asombrosa; no parecía un solo árbol, sino uno más entre millones, un eslabón de una larga cadena de árboles frondosos que empezaba en la infancia.

—¿Qué me dices de la cómoda? —preguntó Richard.

—¿Qué quieres que te diga? La prima Mathilda me escribió para preguntarme si quería algo y le dije que lo único que quería era la cómoda.

—Nunca te has preocupado por esas cosas.

—Yo no diría eso.

—Pero ¡esa cómoda es mía!

—Todo ha sido siempre tuyo, Richard.

—No discutáis —dijo mi mujer, y tenía toda la razón. Yo había hablado neciamente.

—Me encantaría comprarte la cómoda —dijo Richard.

—No quiero tu dinero.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría saber por qué quieres tanto ese mueble.

—Es difícil de decir, pero lo quiero, ¡lo quiero con toda mi alma!

Estaba hablando con un ardor y una candidez insólitos. Parecía tratarse de algo más que de su proverbial sentido de la posesión.

—No lo sé con certeza —añadió—. Me parece que fue el centro de nuestra casa, el centro de nuestra vida hasta que mamá murió. Si tuviese un mueble sólido, un objeto al que remitirme, eso me recordaría lo felices que éramos, el modo en que vivíamos...

Lo comprendí (¿quién no lo haría?), pero sospeché sus auténticos motivos. La

cómoda era un mueble elegante, y me pregunté si no lo querría como sello de alcurnia, como una especie de escudo de armas familiar, algo que atestiguase la opulencia de su pasado y certificase su calidad de descendiente de los colonos más aristocráticos del siglo XVII. Podía imaginarlo orgullosamente situado junto a la cómoda, con una copa en la mano. Mi cómoda. Figuraría en segundo plano de sus tarjetas de Navidad, porque era una de esas obras de ebanistería que parecen poseer el cuño de la más exquisita educación. Sería la pieza final del rompecabezas de respetabilidad que había constituido a lo largo de su vida. Habíamos compartido un pasado lleno de facturas que había que pagar, agitado y en ocasiones triste, y Richard se había encumbrado desde ese caos hasta una cima de esplendorosa y deslumbrante respetabilidad, pero quizá la cómoda mejoraría más aún aquella imagen de sí mismo; quizá su imagen no estaría completa sin la cómoda.

Le dije que podía quedarse con el mueble, y me lo agradeció con efusividad. Escribí a Mathilda y ella me contestó. Me enviaría, a modo de consolación, la caja de costura de la abuela DeLancey, con su interesante contenido: el abanico chino, el caballito de mar de Venecia y la invitación al Buckingham Palace. Había un problema con el traslado. El amable señor Osborn estaba dispuesto a transportar la cómoda hasta mi casa, pero no más lejos. La entregaría el jueves y yo podría llevársela a Richard en mi camioneta cuando lo estimase conveniente. Telefoneé a Richard y le conté cómo estaban las cosas, y él se mostró nervioso y preocupado, como desde el principio. ¿Era mi vehículo lo suficientemente grande? ¿Estaba en buenas condiciones? ¿Dónde iba a guardar la cómoda desde el jueves hasta el domingo? No podía dejarla en el garaje.

El jueves, al volver a casa, la cómoda ya había llegado y estaba en el garaje. Richard llamó en mitad de la cena para ver si la tenía ya en casa, y habló de un modo revelador, desde lo más hondo de su peculiar forma de ser.

—Entonces, ¿vas a darme la cómoda? —preguntó.

—No te entiendo.

—¿No vas a quedarte con ella?

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué sentía celos, así como amor, por un pedazo de madera? Le dije que se la entregaría el domingo, pero no me creyó. El domingo por la mañana vendría en su coche con Wilma, su diminuta mujer, y me acompañaría durante el traslado.

El sábado, mi hijo mayor me ayudó a llevar la cómoda desde el garaje hasta el vestíbulo, y tuve oportunidad de examinarla con detalle. La prima Mathilda la había cuidado con esmero y el chapado rojizo tenía un esmalte muy grueso, pero en la parte superior había un círculo oscuro —brillaba a través del esmalte como algo que se ve bajo el agua—, en el lugar que había ocupado, durante tanto tiempo como yo podía recordar, un antiguo jarrón de plata lleno de flores de manzano, peonías, rosas o, hacia el final del verano, crisantemos y hojas de colores. Recuerdo lo que contenían los cajones, que albergaban una especie de precipitado de nuestras vidas: correas de

perro, guirnaldas de Navidad, pelotas de golf y naipes, el ángel alemán, el cortapapeles con el que el primo Timothy se había apuñalado, el tintero de cristal y las llaves de muchísimas puertas ya olvidadas. Era un recordatorio poderoso.

Richard y Wilma llegaron el domingo, con un montón de mantas suaves para proteger el barniz de las asperezas de mi vehículo. Richard y la cómoda estaban unidos como auténticos amantes y, teniendo en cuenta las posibilidades de magnificencia y patetismo en el amor, parecía trágico que se hubiera prendado de un mueble. He visto jardineros apegados a sus céspedes, violinistas que sienten cariño por sus instrumentos, jugadores que adoran sus amuletos y ancianas enamoradas de sus encajes; y Richard se encontraba consigo mismo en aquel reino emotivo, tan pródigo como el amoroso. Observó inquieto cómo mi hijo y yo transportábamos el mueble envuelto en mantas hasta la camioneta. Era un poquito demasiado grande. Las patas talladas en forma de garras sobresalían algo de la puerta trasera. Richard se retorció las manos, pero no tuvo más remedio que aceptarlo. Arrancamos en cuanto la cómoda estuvo bien sujeta. No me apremió para que condujese con cuidado, pero yo sabía que lo estaba pensando.

Cuando ocurrió el accidente, se me podría haber reprochado mi desgana, pero no los hechos. No había manera de evitarlo. Nos detuvimos en la cabina de peaje, aguardando a que me dieran el cambio, cuando un descapotable lleno de adolescentes chocó con la parte trasera de mi vehículo y redujo a astillas una de las patas curvas.

—¡Estúpidos locos! —aulló Richard—. ¡Irresponsables, locos, delincuentes!

Se apeó, agitando las manos y jurando. El daño no me pareció excesivo, pero Richard estaba desconsolado. Con lágrimas en los ojos, reprendió a los perplejos culpables. La cómoda era de incalculable valor. Tenía más de doscientos años de antigüedad. Ninguna suma, ningún seguro podría compensar el daño. El mundo había perdido un objeto hermoso y raro. Mientras él desvariaba, los coches se amontonaron a nuestra espalda, empezaron a tocar las bocinas y el empleado del peaje nos dijo que avanzáramos. «Esto es una cosa seria», le replicó Richard. Proseguimos viaje después de haber apuntado el nombre y la matrícula del culpable que iba conduciendo, pero mi hermano estaba terriblemente afectado. Una vez en su casa, llevamos delicadamente al comedor la antigüedad lastimada y la depositamos en el suelo sin quitarle las mantas. Su desazón parecía haber dado paso a un resquicio de esperanza, y cuando tocó la pata dañada resultó evidente que pensaba ya en que el perjuicio podría ser remediado en el futuro. Me dio una copa decente y conversamos acerca del jardín, tal como deben hacer los hombres bien educados que topan con una tragedia personal, pero noté que su corazón se hallaba junto a la víctima de la habitación contigua.

Richard y yo no nos vemos muy a menudo; en aquella ocasión no coincidimos durante aproximadamente un mes, y nos encontramos por casualidad cenando en el

aeropuerto de Boston, donde ambos estábamos esperando un avión. Era verano, calculo que a mediados de verano, porque yo iba a Nantucket. Hacía calor. Estaba oscureciendo. Aquella noche había un menú especial que exigía espadas en llamas. Servían en una mesa aparte la comida preparada —kebab, hígado de ternera o medio pollo tomatero— y espetada en una pequeña espada. El camarero clavaba entonces en la punta algo parecido a un algodón, lo encendía y servía el plato con una llamarada de fuego y caballerosidad. Menciono esto no porque parezca cómico o vulgar, sino porque era conmovedor observar en el anochecer estival cómo deleitaba este espectáculo a la buena y modesta gente de Boston. Mientras las brochetas llameantes iban de un lado para otro, Richard me hablaba de la cómoda.

¡Qué aventura! ¡Qué historia! Primero había buscado a todos los ebanistas de las inmediaciones hasta localizar en Westport a un hombre a quien confiar la reparación de la pata, pero cuando el artesano vio el mueble, se prendó de él. Quiso comprarlo, y cuando Richard se negó a vendérselo mostró deseos de conocer su historia. Una vez reparado, lo fotografiaron y enviaron la foto a una autoridad sobre el mobiliario del siglo XVII. Resultó que era una pieza famosa, la célebre cómoda Barstow, obra realizada en 1780 por el célebre ebanista Sturbridge y que se creía perdida en un incendio. Había pertenecido a la familia Poole (nuestra tatarabuela era una Poole), y figuraba en sus inventarios hasta 1840, en que su casa fue destruida, pero se había perdido toda pista sobre su paradero. La pieza había llegado hasta nosotros en bastante buen estado. Y ahora la reclamaban como a un hijo pródigo los más nobles anticuarios. Un conservador del Metropolitan había pedido insistentemente a Richard que la cediese al museo en calidad de préstamo. Un coleccionista le había ofrecido diez mil dólares. Richard gozaba de la deliciosa experiencia de descubrir que casi toda la humanidad idolatraba lo que él adoraba y poseía.

Pestañeeé al oír la cifra; después de todo, podía haberme quedado con el mueble, pero yo no lo quería, en realidad, nunca lo había querido, y en el comedor del aeropuerto presentí que Richard corría alguna clase de peligro. Nos despedimos y cada uno tomó un vuelo con distinto rumbo. Me telefoneó en otoño para hablar de unos negocios, y de nuevo mencionó la cómoda. ¿Me acordaba de la alfombra sobre la que estaba puesta en casa? Sí, me acordaba. Era una vieja alfombra turca, multicolor, decorada con símbolos arcanos. Pues bien, había encontrado una muy parecida en el local de un comerciante neoyorquino, y ahora las patas en forma de garras descansaban sobre los mismos campos geométricos de color marrón y amarillo. Era evidente que estaba juntando las cosas —completando el rompecabezas—, y aunque nunca me contó lo que sucedió después, puedo imaginarlo fácilmente. Compró un jarrón de plata, lo llenó de hojas, y una noche de otoño se sentó allí solo a beber whisky y admirar su creación.

Debía de llover la noche que he imaginado; ningún otro sonido transporta al pasado a

Richard con tanta velocidad. Por fin todo era perfecto: el jarrón, el esmalte sobre los gruesos bronce, la alfombra. Se diría que la cómoda, en vez de haber sido trasladada al presente, se había desplazado hacia el pasado con todo lo que antaño la circundaba en la habitación. ¿No era eso lo que él quería? Admiraría el oscuro cerco sobre el esmalte y la fragancia de los cajones vacíos y, bajo el influjo de los dos líquidos —la lluvia y el whisky—, las manos de aquellos que habían tocado la cómoda, la habían brillantado, descansado sus copas sobre ella, colocado las flores en el cántaro y guardado pedazos de cuerda en los cajones surgirían de la oscuridad. Mientras las contemplaba, sus desvaídas huellas dactilares se asirían al esmalte, como si ese fuera su modo de aferrarse a la vida. Al recordarlas, al dar un paso más hacia adelante, las convocó, y ellas bajaron impetuosamente a la habitación, volaron, como si todos esos niños hubieran estado esperando con dolor e impaciencia la invitación de Richard.

La primera que volvió de entre los muertos fue la abuela DeLancey, enteramente vestida de negro y oliendo a jengibre. Guapa, inteligente, triunfadora, había roto con el pasado, y el estremecimiento que eso le causó la había acompañado con la fuerza de una ola a lo largo de todos los días de su vida y, hasta donde es posible saberlo, la había arrojado a las mismas puertas del paraíso. Su educación, dijo la abuela desdeñosamente, había consistido en aprender a coser el dobladillo de un pañuelo y a hablar un poco de francés, pero había abandonado un mundo donde era impropio de una mujer tener una opinión, y había accedido a otro donde podía expresar sus criterios desde una tribuna, aporrear el atril con el puño, pasear sola en la oscuridad y aclamar a los bomberos (como siempre había hecho) cuando el coche rojo subía la calle como un demonio. Su estilo era firme y profético, porque había viajado nada menos que hasta Cleveland dando conferencias sobre los derechos de las mujeres. ¡Una mujer puede ser cualquier cosa! ¡Médico! ¡Abogado! ¡Ingeniero! Una dama puede, como la tía Louisa, fumar puros.

La tía Louisa apareció fumando un puro al llegar por los aires a la reunión. Los flecos de su chal español flotaban a su espalda, y sus aretes se balancearon cuando hizo, como de costumbre, una entrada vigorosa y apresurada, tocó la cómoda y se instaló en una silla azul. Era una artista. Había estudiado en Roma. La crudeza, la extravagancia, la pasión y el desastre la seguían a todas partes. Abordaba todos los grandes temas: el rapto de las Sabinas y el saco de Roma. Desnudos de hombres y mujeres poblaban sus enormes lienzos, pero siempre con mal dibujo y colores desvaídos; hasta las nubes que se cernían sobre los campos de batalla que gustaba de pintar parecían desmayadas. No reconoció su fracaso hasta que fue demasiado tarde. Transmitió sus ambiciones a su hijo mayor, Timothy, que salió taciturno de la tumba, con un volumen de las sonatas de Beethoven bajo el brazo y la cara demudada por el rencor.

Timothy había de ser un gran pianista, lo había decidido ella. Fue sometido a todos los sufrimientos, las privaciones y las humillaciones que tan bien conoce un niño prodigio. Llevó una vida solitaria y amarga. Dio su primer recital a la edad de

siete años. Tocó con una orquesta a los doce. Al año siguiente realizó una gira. Vestía extrañas ropas, usaba brillantina para sus largos bucles y se suicidó a los quince años. Su madre, despiadadamente, lo había empujado a ello. ¿Y cómo había cometido tal error aquella mujer tan apasionada y abnegada? Es posible que hubiera querido curar o vengar un resentimiento que, por nacimiento o desventuras, había albergado contra la maldita cofradía de los hombres y las mujeres satisfechos. Quizá pensó que la fama pondría un fin a todo aquello, que si ella era una pintora famosa o él un célebre pianista, jamás volvería a sufrir la soledad o el desprecio.

Aunque hubiera querido, Richard no podría haber evitado que el tío Tom acudiera a la convocatoria. No podía hacer nada. Se había dado cuenta demasiado tarde de que la fascinación de la cómoda era la fascinación del dolor, y se había comprometido con ambos. El tío Tom se presentó con la gracia de un antiguo atleta. Era un tenorio. Nadie había sido capaz de seguir de cerca sus idilios. Cambiaba de chica todas las semanas; a veces en mitad de una semana. Tuvo decenas, centenares que pudieron haber sido miles. Llevaba en brazos a su hijo más joven, Peter, que usaba un aparato ortopédico en las piernas. Peter quedó lisiado aun antes de nacer, desde que en el curso de una disputa entre sus padres, el tío Tom tiró escaleras abajo a la tía Louisa.

La tía Mildred llegó por los aires muy envarada, se acomodó estirando su falda azul hasta más abajo de las rodillas y dedicó a la abuela una mirada inquieta. La anciana había concedido a Mildred la emancipación, como si fuera una nación consolidada por tratados y pactos, banderas e himnos. Mildred sabía que la pasividad, la costura y las faenas domésticas no eran para ella. Rebajarse a ser una ama de casa satisfecha hubiera sido ceder al tirano los territorios que su madre había conquistado con la espada para toda la eternidad. Sabía demasiado bien lo que *no* tenía que hacer, pero nunca llegó a decidir lo que sí debía hacer. Escribía narraciones históricas. Escribía versos. Trabajó durante seis años en una obra sobre Cristóbal Colón. Su marido, el tío Sidney, empujaba el cochecito del niño y a veces pasaba el aspirador por la alfombra. Ella lo vigilaba furiosa mientras él realizaba las tareas domésticas. Él le había usurpado sus derechos, anulado sus capacidades. La tía Mildred se echó un amante, y después de haber acudido tres o cuatro veces al hotel donde se veían, pensó que se había encontrado a sí misma. No era una de las oportunidades que su madre le había ofrecido, pero era mejor que Cristóbal Colón. El amor furtivo era su aportación deliberada a la causa. El sórdido asunto tuvo un final también sórdido, con descubrimientos, cartas anónimas y amargura. Su amante se fugó, y el tío Sidney se dio a la bebida. El tío Sidney salió tambaleándose de la tumba y se sentó en el sofá junto a Richard. Apeataba a licor. Había estado borracho en todo momento desde que había descubierto la locura de su esposa. Tenía la cara hinchada, y una barriga tan prominente que había reventado un botón de la camisa. Tenía, también, vidriosos los ojos y los sesos. Ebrio como estaba, dejó caer sobre el sofá un cigarrillo encendido y el terciopelo empezó a humear. Richard parecía condenado al papel de mero observador; no podía hablar ni moverse. Entonces, el tío Sidney advirtió el fuego y

vertió el contenido de su vaso de whisky sobre la tapicería. El whisky y el sofá ardieron. La abuela, que estaba sentada en la antigua silla Windsor guarnecida de clavijas, se puso en pie de un brinco, pero las puntas le engancharon el vestido y le rasgaron la parte de atrás. Los perros empezaron a ladrar, y Peter, el joven lisiado, se puso a cantar con voz débil, blasfemamente sarcástica: «¡Alegría en la tierra! El Señor ha venido. Que el cielo y la naturaleza canten...», ya que Richard había recreado una cena de Navidad.

En un momento determinado —tal vez cuando compró el jarrón de plata—, Richard se entregó a los horrores del pasado, y su vida, como muchas otras cosas de la naturaleza, cobró la forma de un arco. Sin duda antaño hubo cierta dicha, cierta claridad en su amor por Wilma, pero una vez que la cómoda ocupó un lugar dominante en la casa, Richard pareció remontarse a los desdichados días de su infancia. Fuimos a comer con ellos; creo que era un Día de Acción de Gracias. La cómoda estaba en el comedor, sobre su alfombra de misteriosos símbolos, y el jarrón de plata estaba lleno de crisantemos. Richard hablaba con su mujer y sus hijos en un tono ofensivo que yo había olvidado. Se peleaba con todo el mundo; incluso discutí con mis hijos. ¿Por qué la vida es para algunos un exquisito privilegio mientras que otros tienen que pagar por asistir al teatro del mundo un precio de cólera, pesadillas e infecciones? Nos marchamos en cuanto pudimos.

Al llegar a casa, cogí el centro de mesa de cristal verde que había pertenecido a la tía Mildred y lo rompí con un martillo. Luego tiré al cubo de la basura el costurero de la abuela, quemé su mantel de encaje hasta hacer un gran agujero y enterré en el jardín sus objetos de peltre. A la calle fueron a parar las monedas romanas, el abanico chino y el caballito de mar de Venecia. No debemos querer otras cosas aparte de nuestra ocasional comprensión de la muerte y el volcánico amor que nos impulsa a unirnos los unos con los otros. ¡Fuera el búho disecado de la sala de arriba y la estatua de Hermes sobre su palestra! Empeña el collar de color rubí, tira la invitación para ir al Buckingham Palace, salta una y otra vez sobre el pulverizador de perfume de cristal de Murano y los platos de pescado de Cantón. Prescinde de todo lo que te estorba o pone obstáculos a la consecución de tu propósito, estés dormido o despierto. Limpieza y valor sean nuestro santo y seña. Ningún otro servirá para pasar ante el centinela armado y franquear la montañosa frontera.

LA PROFESORA DE MÚSICA

Se diría que todo estaba preparado. Seton tuvo esa sensación cuando abrió aquella noche la puerta de su casa y cruzó el vestíbulo camino de la sala de espera. Parecía como si todo hubiese sido planeado con el mismo cuidado con que algunas chicas que había conocido en su primera juventud se dedicaban a las flores, a las velas o a los discos para el gramófono. La escena, indudablemente, no tenía por objeto proporcionarle placer, pero tampoco podría solucionarse con una simple regañina.

—Hola —dijo con voz sonora y jovial.

La música de fondo eran sollozos y gemidos. En el centro del reducido cuarto de estar había una tabla de planchar. Una de las camisas de Seton se hallaba extendida sobre ella, y su mujer, Jessica, se enjugaba una lágrima mientras planchaba. Cerca del piano, de pie y aullando, estaba Jocelin, la pequeña. Sentada en una silla cerca de su hermanita, su hija mayor, Millicent, sollozaba estrujando entre las manos los pedazos de una muñeca rota. Phyllis, la mediana, a gatas, se ocupaba en sacar el relleno del sofá con un abridor de botellas. Nubes de humo de algo que olía como una pierna de cordero quemada llegaban al cuarto de estar a través de la puerta de la cocina, que estaba abierta.

Seton no podía creer que su familia hubiese pasado todo el día en aquel orden. Aquello tenía que estar planeado, preparado —incluido el desastre del horno— para el momento de su regreso al hogar. Le pareció advertir incluso una expresión de paz interior en el desencajado rostro de su esposa al echar una mirada a la habitación y admirar el realismo de la escena. Se sintió derrotado pero no desesperado y, todavía en el quicio de la puerta, hizo un rápido cálculo de las fuerzas que aún le quedaban y decidió que su primer paso tenía que ser darle un beso a Jessica; pero al aproximarse a la tabla de planchar, su mujer le indicó que se alejara, diciendo:

—No te acerques. Te contagiaría. Tengo un catarro terrible.

Entonces Seton apartó a Phyllis del sofá, prometió arreglar la muñeca de Millicent y llevó a la pequeña al cuarto de baño para cambiarle los pañales. Desde la cocina le llegaron las violentas exclamaciones de Jessica mientras se abría camino entre las nubes de humo y sacaba la carne del horno.

Estaba quemada. Lo mismo sucedía con casi todo lo demás: los panecillos, las patatas y el pastel de manzana. A Seton se le llenó la boca de un sabor a ceniza y sintió un gran peso en el corazón mientras su mirada iba de la comida estropeada al rostro de Jessica, lleno en otro tiempo de encanto y de expresividad, y ahora ensombrecido y distante. Después de cenar, la ayudó a lavar la vajilla y estuvo leyendo un cuento a las niñas; el interés con que escuchaban lo que Seton leía, y la confianza en él, que nacía del cariño, parecían añadir tristeza al amargo sabor de la

carne quemada. El olor a humo duró hasta mucho después de que todos, excepto Seton, se hubieron acostado. Él se quedó solo en el cuarto de estar, pasando revista a sus problemas. Llevaba diez años casado y seguía aún convencido de que Jessica poseía un encanto poco común, tanto física como espiritualmente; pero en el último, o en los dos últimos años, algo grave y misterioso parecía haberse interpuesto entre ellos. Que el asado se quemara no era una excepción, sino el pan nuestro de cada día. Jessica quemaba las chuletas, quemaba las hamburguesas, quemaba incluso el pavo del Día de Acción de Gracias, y parecía quemar la comida deliberadamente, como si eso fuera una manera de expresar su resentimiento contra Seton. No era una rebelión que tuviera su origen en el cansancio. Las asistentes y los electrodomésticos —reducirle el trabajo— no daban ningún resultado. Seton creía incluso que tampoco se trataba de resentimiento. Era algo así como una profunda transformación subterránea, una oscura reivindicación sexual o el inicio de una revolución —que ella quizá ignoraba— por debajo de la reluciente y habitual apariencia de las cosas.

Seton no quería dejar a Jessica, pero ¿cuánto tiempo podría soportar aún los llantos de las niñas, las miradas sombrías y aquella casa caótica y llena de humo? No se oponía a que existieran diferencias de criterio, sino a una amenaza contra la parte más saludable y preciosa de su amor propio. Seguir sufriendo indefinidamente bajo aquellas circunstancias le parecía indecente. ¿Qué podía hacer? Daba la impresión de que Jessica y él necesitaban un cambio, movimiento, nuevas oportunidades, y quizá una indicación de sus propias limitaciones era el hecho de que, al buscar maneras de sacar adelante su matrimonio, solo se le ocurría llevar a Jessica a un restaurante que habían frecuentado diez años antes, cuando eran una pareja de enamorados. Pero Seton no ignoraba que tampoco aquello sería fácil. Una invitación directa obtendría únicamente una negativa directa y llena de amargura. Tendría que ser precavido. Tendría que sorprenderla y desarmarla.

Todo esto pasaba a principios de otoño. Los días eran claros. Las hojas amarillas se desprendían de los árboles. Desde todas las ventanas de la casa, y a través de los entrepaños de cristal de la puerta de entrada, se las veía caer. Seton esperó dos o tres días. Esperó a que hiciese un tiempo excepcionalmente bueno para llamar a Jessica desde la oficina a media mañana. Sabía que la asistente se hallaba en casa en ese momento. Millicent y Phyllis estarían en el colegio y Jocelin dormiría aún. Jessica no tendría demasiado que hacer. Quizá, incluso, estuviera inactiva y reflexionando. Seton la telefoneó y le dijo —no se lo preguntó— que fuese a la ciudad a cenar con él. Jessica dudó; dijo que sería difícil encontrar a alguien que se quedara con los niños; pero finalmente accedió. A Seton le pareció oír en su voz, al aceptar, incluso algo de la ternura que él adoraba.

Hacía por lo menos un año que no habían hecho nada parecido, y cuando aquella noche Seton salió de su despacho y echó a andar en una dirección distinta del camino de la estación, se dio cuenta de la enorme cantidad de hábitos que dificultaban sus relaciones. Había demasiados círculos trazados alrededor de su vida, pensó; pero ¡qué

fácil resultaba saltárselos! El restaurante en el que iba a esperar a Jessica era un buen restaurante, aunque sin pretensiones: muy limpio, con manteles almidonados, olor a pan fresco y a salsas y, al entrar allí aquella noche, le pareció que todo estaba agradablemente preparado y dispuesto. La chica del guardarropa lo reconoció y él se acordó del ímpetu con que descendía la escalera que llevaba al bar cuando era más joven. Qué maravillosamente olía todo. El barman acababa de incorporarse al trabajo, recién afeitado y con chaqueta blanca. Todo parecía cordial y hasta un poco solemne. Todas las superficies brillaban, y la luz que le caía sobre los hombros era la misma que diez años antes. Cuando el maître se acercó a darle las buenas noches, Seton pidió una botella de vino —el vino de los dos, de Jessica y de él— helado. La puerta de la calle era la misma de la que estaba pendiente para verla llegar con copos de nieve en el pelo, para verla llegar con un vestido y unos zapatos nuevos, para verla llegar con buenas noticias, con preocupaciones, con disculpas por haberse retrasado. Seton recordaba perfectamente la manera que tenía Jessica de mirar hacia el bar para ver si él estaba allí, la manera que tenía de pararse a hablar con la chica del guardarropa, y la elegancia con que cruzaba después el restaurante y le daba la mano para acabar sentándose a su lado —toda gracia y ligereza—, dispuesta a disfrutar con él durante el resto de la velada.

Luego oyó el llanto de un niño. Seton se volvió hacia la puerta a tiempo de ver entrar a Jessica. Llevaba en brazos a la pequeña, que estaba llorando. Detrás venían Phyllis y Millicent, con sus gastados abrigos para la nieve. Todavía era pronto, y el restaurante no estaba lleno. Aquella entrada, aquel cuadro, no resultaba tan espectacular como lo habría sido una hora más tarde, pero —al menos a los ojos de Seton— poseía una indudable fuerza. La presencia de Jessica en la puerta del restaurante con una criatura sollozante en brazos y otra más a cada lado no quería decir que se hubiese visto obligada a traer a las niñas debido a un fallo en los planes, sino que había venido a acusar públicamente al hombre que la había engañado. No lo señaló con el dedo, pero estaba claro que aquel grupo tenía un significado dramático y acusatorio.

Seton fue hacia ellas inmediatamente. No era el tipo de restaurante al que se va con niños, pero la chica del guardarropa se comportó con mucha amabilidad y ayudó a Millicent y a Phyllis a quitarse sus abrigos para la nieve. Seton cogió en brazos a Jocelin, que dejó de llorar inmediatamente.

—La canguro no ha podido venir —dijo Jessica, pero apenas se atrevió a mirarlo a los ojos, y volvió la cabeza cuando él la besó.

Los cambiaron a una mesa en la parte de atrás del restaurante. Jocelin volcó un cuenco de aceitunas y la cena resultó tan sombría y caótica como las que Jessica quemaba a domicilio. Las niñas se quedaron dormidas durante el trayecto de vuelta, y Seton comprendió que había fracasado: que había fracasado o se había visto superado de nuevo. Se preguntó, por primera vez, si más que con las oscuridades y los señoríos de la condición femenina no se estaría enfrentando, pura y simplemente, con mala

voluntad.

Seton volvió a intentarlo de nuevo, siguiendo el mismo esquema; invitó a los Thompson a tomar unos cócteles el sábado por la tarde. Se dio cuenta de que no les apetecía. Iban a casa de los Carmignole —todo el mundo frecuentaba la casa de los Carmignole—, y ya hacía por lo menos un año que los Seton no tenían invitados; su casa había sufrido una especie de descrédito social. Los Thompson vendrían por pura amistad y solo a tomar una copa. Formaban una pareja atractiva, y Jack Thompson parecía disfrutar de un tierno dominio sobre su mujer, cosa que Seton envidiaba. Le dijo a Jessica que iban a venir los Thompson. Jessica no respondió. No se hallaba en la sala de estar cuando llegaron, pero apareció pocos minutos después con un cesto lleno de ropa sucia, y al preguntarle su marido si quería tomar una copa dijo que no tenía tiempo. Los Thompson se dieron cuenta de que Seton atravesaba momentos difíciles, pero no podían quedarse a ayudarlo: hubieran llegado tarde a casa de los Carmignole. Sin embargo, cuando Lucy Thompson estaba ya en el coche, Jack regresó y habló con tanta energía —manifestando con tanta claridad su amistad y su comprensión—, que Seton estuvo pendiente de sus palabras. Dijo que se daba cuenta de lo que pasaba y que Seton debería tener un hobby muy concreto: recibir lecciones de piano. Había una mujer, la señorita Deming, y tenía que ir a verla. Ella podría ayudarlo. Luego hizo un gesto de despedida y volvió al coche. A Seton no le pareció nada extraño aquel consejo. Estaba desesperado y cansado y, ¿acaso su vida tenía algún sentido? Cuando volvió al cuarto de estar, Phyllis se entretenía de nuevo destripando el sillón con el abrebotellas. Su excusa fue que se le había caído una moneda de veinticinco centavos por el agujero de la tapicería. Jocelin y Millicent lloraban. Jessica había empezado a quemar la cena.

Tuvieron ternera quemada el domingo, carne mechada quemada el lunes, y la carne del martes estaba tan carbonizada que Seton no pudo averiguar qué era. Pensó en la señorita Deming, y decidió que debía de ser alguna chica de vida alegre que consolaba a los hombres de la vecindad con el pretexto de darles lecciones de música. Pero cuando telefoneó, la voz desde el otro extremo del hilo era la de una anciana. Seton le dijo que Jack Thompson le había dado su nombre, y la señorita Deming le propuso que fuera al día siguiente a las siete. Al salir de su casa el miércoles después de cenar, Seton pensó que no le vendría nada mal dedicarse a algo distinto de sus preocupaciones familiares y profesionales. La señorita Deming vivía en Bellevue Avenue, al otro lado de la ciudad. Los números de las casas apenas se veían, y Seton estacionó el coche junto a la acera y echó a andar, buscando el número de la casa.

Estaba atardeciendo. Bellevue Avenue era una de esas calles secundarias con casas de madera irreprochables por su aspecto y por su vigor, pero que han sido decoradas, por algún extraño capricho, con pequeños minaretes y cortinas de cuentas también de madera: algo así como un guiño equívoco o al menos misterioso hacia las

lejanas mezquitas y los harenes del islam sangriento. Aquella paradoja le daba su encanto al lugar. La calle estaba en decadencia, pero se trataba de una decadencia elegante, de una decadencia lujosa. En los jardines traseros, las rosas florecían profusamente y en los abetos cantaban los cardenales. Algunos inquilinos estaban aún rastrillando el césped. Seton se había criado en una calle igual que aquella, y le encantó tropezar de pronto con aquel fragmento del pasado. El sol se estaba poniendo —al otro extremo de la calle había un gran despliegue de luz roja—, y al verlo sintió una punzada tan clara en el estómago como si tuviera hambre; pero no era hambre, sino simple inspiración. ¡Qué maravilloso, ser capaz de vivir una vida ilustre!

La casa de la señorita Deming no tenía porche, y quizá necesitaba una mano de pintura con más urgencia que las demás, pero no era posible afirmarlo con gran seguridad, ahora que la luz había desaparecido casi por completo. Un cartel en la puerta decía: LLAME Y PASE. Seton entró en un vestíbulo pequeño con un perchero de madera y el nacimiento de una escalera. En la siguiente habitación vio a un hombre de su edad inclinado sobre las teclas de un piano.

—Ha llegado usted demasiado pronto —lo avisó la voz de la señorita Deming—. Haga el favor de sentarse y esperar.

La anciana señora hablaba con una profunda resignación y un terrible cansancio, como dándole a entender a Seton que sus clases no iban a proporcionarle más que desilusiones y molestias. Tomó asiento en un banco debajo del perchero. Se sentía incómodo. Le sudaban las manos y tenía la penosa sensación de ser demasiado grande para aquella casa, para aquel banco, para aquella situación. Pensó en lo misterioso de una vida en la que su mujer había ocultado sus encantos y él se disponía a estudiar piano. Su incomodidad se hizo tan intensa que, por un momento, pensó incluso en escaparse. Cruzaría el vestíbulo, saldría a la calle y no regresaría nunca. El recuerdo de la confusión que reinaba en su casa lo forzó a permanecer en su sitio. Después, el pensamiento de la espera como un modo de eternidad lo sobrecogió. ¡Cuánto tiempo perdido en las antecámaras de los médicos y de los dentistas, aguardando trenes y aviones, esperando frente a las cabinas telefónicas y en los restaurantes! Le pareció que había malgastado lo mejor de su vida esperando, y que comprometiéndose a aguardar por aquellas lecciones de piano quizá malgastara los pocos años de vida real que aún le quedaban. Volvió a pensar en escaparse, pero en ese momento terminó la clase en la habitación vecina.

—No ha practicado usted lo suficiente —oyó decir a la señorita Deming con voz malhumorada—. Tiene usted que practicar una hora todos los días sin excepción, de lo contrario no hará más que malgastar mi tiempo.

El alumno atravesó el pequeño vestíbulo con el cuello del abrigo levantado, de manera que Seton no pudiera verle la cara.

—El siguiente —dijo la señorita Deming.

La habitación con el piano vertical estaba más desordenada que el vestíbulo. La profesora apenas levantó la vista cuando él entró. Era una mujer pequeña. Tenía los

cabellos de color castaño, entreverados de gris, y los llevaba trenzados y sujetos a la cabeza, formando un moño muy ralo. Se sentaba sobre un cojín, con las manos cruzadas sobre el regazo; de vez en cuando movía los labios con desagrado, como si algo la irritase. Seton, más que sentarse, tropezó con el taburete.

—No he estudiado piano nunca —comentó—. En cierta ocasión di clases de corneta. Alquilé una cuando estudiaba bachillerato...

—Nos olvidaremos de todo eso —dijo la señorita Deming.

Le indicó dónde estaba el do mayor y le pidió que tocara una escala. Los dedos de Seton, gracias a la luz brillante que iluminaba las partituras, parecían enormes y singularmente desnudos. Él se debatió contra la escala. Una o dos veces la señorita Deming le golpeó en los nudillos con un lápiz; una o dos veces movió los dedos de Seton con los suyos, y él se imaginó la vida de la señorita Deming como una pesadilla de manos limpias, de manos sucias, de manos peludas, de manos fofas, y de manos musculosas, y llegó a la conclusión de que eso quizá explicase su expresión de desagrado. A mitad de la clase, Seton dejó caer las manos sobre el regazo. Sus vacilaciones solo sirvieron para que la señorita Deming se irritara y volviera a colocárselas sobre el teclado. Seton quería fumar, pero en la pared, encima del piano, había un cartel bastante grande que se lo prohibía. Tenía la camisa empapada en sudor cuando terminó la clase.

—Por favor, la próxima vez traiga el cambio exacto. Ponga el dinero en el jarrón del escritorio —dijo la señorita Deming—. El siguiente.

Seton y el nuevo alumno se cruzaron en la puerta, pero el otro volvió la cabeza.

Acabar aquel martirio tuvo la virtud de animarlo, y mientras salía a Bellevue Avenue, ya completamente a oscuras, Seton experimentó un placer infantil al imaginarse convertido en pianista. Se preguntó si aquella simple satisfacción sería el motivo de que Jack Thompson le hubiese recomendado las lecciones. Sus hijas estaban en la cama cuando llegó a casa, y se puso a practicar inmediatamente. La señorita Deming le había señalado un ejercicio para las dos manos con una breve melodía, y estuvo repitiéndolo una y otra vez por espacio de una hora. Practicó todos los días, incluso el domingo, con la sincera esperanza de que al volver a la clase la señorita Deming lo felicitaría y le daría inmediatamente algo más difícil, pero la profesora se pasó todo el rato criticando su fraseo y el mecanismo de los dedos, y le dijo que siguiera otra semana más con el mismo ejercicio. Seton creyó que al menos después de la tercera lección se produciría el cambio, pero volvió de nuevo a casa con el mismo ejercicio.

Jessica ni lo animó ni se quejó. Parecía desorientada ante el giro que habían tomado los acontecimientos. Los ejercicios de su marido la ponían nerviosa, y Seton entendía muy bien por qué. Aquella melodía tan simple, con su acompañamiento, llegó a grabarse incluso en la memoria de sus hijas, convirtiéndose en parte integrante de sus vidas, aunque tan mal recibida como una infección y tan contagiosa como ella. Cruzaba por la mente de Seton durante las horas de trabajo, y ante cualquier repentina

alteración de su estado de ánimo —dolor o sorpresa—, la melodía pasaba a ocupar un primer plano en su actividad consciente. Nunca se hubiera imaginado que aquel trabajo duro y tedioso, que aquel tormento mental fuera un requisito indispensable para dominar el piano. Por las noches, después de la cena, cuando se disponía a practicar, Jessica abandonaba precipitadamente el cuarto y subía al otro piso. Parecía intimidada por la música o quizá asustada. Incluso la misma relación de Seton con el ejercicio resultaba oprimente y poco clara. Cierta noche que regresó en uno de los últimos trenes, al pasar junto a la casa de los Thompson cuando volvía de la estación, oyó la misma melodía irritante brotando de sus paredes. Jack debía de estar practicando. No resultaba demasiado extraño, pero cuando pasó junto a la casa de los Carmignole y volvió a oír el mismo ejercicio, se preguntó si su memoria no le estaba jugando una mala pasada. La oscuridad de la noche y la sensación de haber perdido contacto con la realidad lo hicieron detenerse a la puerta de su casa pensando que el mundo cambia más de prisa de lo que uno advierte —muere y se renueva a si mismo—, y que él se movía a través de los acontecimientos de su vida como si caminara rodeado por una niebla muy espesa.

Jessica no había quemado la carne aquella noche. Le había guardado una cena muy aceptable en el horno, y se la sirvió con una timidez tal que lo hizo preguntarse si no estaría a punto de volver a él como esposa. Después de cenar, Seton leyó un cuento a las niñas, se arremangó la camisa y se sentó al piano. Antes de salir del cuarto, Jessica se volvió para hablarle. Su actitud era suplicante, y eso hacía que sus ojos parecieran más grandes y más oscuros, y resaltaba la blancura natural de su tez.

—No me gustaría entrometerme —dijo con voz dulce—, y no sé nada de música, pero me pregunto si no podrías pedirle a tu profesora que te diera algo nuevo para practicar. Ese ejercicio lo tengo metido en la cabeza. Lo oigo durante todo el día. Si pudiera darte algo distinto...

—Lo entiendo perfectamente —respondió él—. Se lo preguntaré.

Cuando Seton fue a recibir su quinta lección, los días eran mucho más cortos, y no había ya admirables puestas de sol al otro extremo de Bellevue Avenue que sirvieran para recordarle sus grandes esperanzas, sus nostalgias. Llamó a la puerta, entró en la casa y notó inmediatamente olor a tabaco. Se quitó el abrigo y el sombrero y entró en la sala de estar, pero la señorita Deming no ocupaba su cojín de goma. La llamó, ella le contestó desde la cocina, y al abrir la puerta se encontró con una escena sorprendente. La señorita Deming estaba con dos muchachos que fumaban y bebían cerveza. La negrura de sus cabellos —peinados hacia atrás— resaltaba bajo la brillantina. Llevaban botas altas y camisas rojas, y sus modales conseguían crear una impresión casi perfecta de juventud al margen de la ley.

—Te esperamos, cariño —dijo uno de ellos en voz muy alta, mientras la señorita Deming salía de la cocina y cerraba la puerta.

Al acercarse a él, Seton advirtió en su rostro una expresión de placer (de alegría y de orgullo), que fue desvaneciéndose progresivamente para dar paso a su habitual expresión de disgusto.

—Mis muchachos —dijo, dando un suspiro.

—¿Vecinos suyos? —preguntó Seton.

—No, no. Vienen de Nueva York. De vez en cuando me hacen una visita y se quedan a pasar la noche. Los ayudo siempre que puedo, pobrecillos. Son como mis hijos.

—Tienen mucha suerte —comentó Seton.

—Empiece, por favor —dijo ella. Su voz había perdido ya todo el calor.

—Mi esposa querría saber si puedo practicar con un ejercicio diferente..., algo nuevo.

—Las mujeres siempre preguntan lo mismo —repuso la señorita Deming cansadamente.

—Algo que sea un poco menos reiterativo —explicó Seton.

—Ninguno de los caballeros a los que doy clase se ha quejado nunca de mis métodos. Si no está usted satisfecho, no tiene por qué venir. Es cierto que el señor Purvis fue demasiado lejos. Su mujer está todavía en un sanatorio, pero la culpa no es mía. Usted quiere que se ponga de rodillas, ¿no es cierto? ¿No es esa la razón de que esté aquí? Haga el favor de empezar.

Seton comenzó el ejercicio, pero con más torpeza de lo corriente. Las palabras de aquella terrible mujer lo habían desconcertado por completo. ¿En qué lío se había metido? ¿Era culpable? ¿Debería haberse dejado guiar por el instinto que lo impulsaba a escaparse la primera vez que entró en aquella casa? Al ignorar voluntariamente la atmósfera opresiva de aquel sitio, ¿no estaba aceptando la utilización de prácticas inmorales, no había dicho que sí a la brujería? ¿Era cierto que estaba exponiendo a una mujer encantadora a la impalpable amenaza de la locura? La señorita Deming le habló en voz baja y, según le pareció a Seton, con una entonación llena de maldad:

—Toque la melodía con suavidad, con mucha suavidad. Así es como conseguirá su efecto.

Seton siguió tocando, dejándose llevar por una tendencia puramente instintiva a la perseverancia, porque si protestaba, como sabía que debería hacerlo, solo conseguiría dar definitiva realidad a su pesadilla. La cabeza y los dedos le funcionaban con perfecta independencia de los sentimientos, y mientras una parte de sí mismo estaba sorprendida, alarmada y llena de autoacusaciones, sus manos seguían interpretando la insidiosa melodía. Desde la cocina llegaban carcajadas, ruido de cerveza al caer en vasos, y arrastrar de botas. Quizá porque quería estar de nuevo con sus amigos —con sus muchachos—, la señorita Deming dio en seguida la clase por terminada, y Seton se sintió eufórico.

Tuvo que preguntarse una y otra vez si la señorita Deming había dicho realmente

lo que a él le parecía haber oído; era todo tan poco probable que pensó en detenerse a hablar con Jack Thompson; pero se dio cuenta de que no sabría explicar lo que había pasado, de que no sería capaz de decirlo con palabras. Las tinieblas en que hombres y mujeres luchan despiadadamente por la supremacía y ancianas de cabellos grises practican la brujería no eran un mundo en que su vida transcurriera habitualmente. La señorita Deming parecía habitar un último arrecife de la conciencia, un momento de semioscuridad después del despertar que sería destruido por la luz del día.

Jessica se hallaba en el cuarto de estar y Seton, al colocar la partitura en el piano, notó un gesto de horror en su rostro.

—¿Te ha dado otro ejercicio? —preguntó—. ¿Te ha dado algo, además de ese ejercicio?

—Por esta vez, no —dijo Seton—. Supongo que todavía no lo domino. Quizá la semana que viene.

—¿Vas a practicar ahora?

—Debería hacerlo.

—¡No toques esta noche, cariño! Por favor, ¡esta noche, no! Por favor te lo pido, esta noche no, amor mío. —Y Jessica se puso de rodillas.

Recuperar la felicidad —ambos empezaron a disfrutarla inmediatamente— produjo en Seton una curiosa reacción moral acerca de los medios empleados, y cuando pensaba en la señorita Deming lo hacía con desprecio y con desagrado. Sumergido en un vendaval de deliciosas cenas y de noches de amor, no se acercaba al piano. Se lavó las manos en lo que a los métodos de la profesora de piano se refería; había decidido olvidarse de aquel asunto. Pero el miércoles, después de cenar, se despidió de su mujer a la hora acostumbrada. Jessica se inquietó al verlo dispuesto a volver, pero Seton le explicó que solo se trataba de poner punto final a su relación como alumno; luego le dio un beso y se marchó.

La noche estaba oscura. Apenas se distinguían los adornos orientales de Bellevue Avenue. Alguien quemaba hojas en un jardín. Seton llamó a la puerta de la señorita Deming y entró en el vestíbulo. No había ninguna luz encendida, tan solo la claridad que llegaba de la calle a través de las ventanas.

—¿Señorita Deming? —llamó—. ¿Señorita Deming?

Repitió su nombre tres veces. La silla junto al taburete del piano estaba vacía, pero Seton sentía la presencia de la anciana en todos los objetos. La señorita Deming no estaba allí —es decir, no contestaba a sus preguntas—, pero daba la impresión de hallarse junto a la puerta de la cocina, o en la escalera, o en la oscuridad al fondo del pasillo, y el suave ruido que le llegó desde el piso de arriba parecían sus pasos.

Volvió a su casa, y no había pasado aún media hora cuando llegaron unos policías y le pidieron que los acompañara. Salió con ellos a la calle —no quería que se enteraran sus hijas—, y cometió la normal equivocación de protestar, ya que, después

de todo, ¿no era él un hombre temeroso de la ley? ¿No pagaba siempre el periódico, no respetaba los semáforos, no iba a la iglesia todas las semanas, no se bañaba todos los días, no pagaba los impuestos todos los años y las facturas pendientes los días diez de cada mes? No existía, en el vasto paisaje de su pasado, ni un solo indicio de ilegalidad. ¿Qué quería de él la policía? No quisieron decírselo, pero insistieron en que los acompañara, y finalmente se subió al coche y fueron al otro extremo del pueblo, más allá de unas vías de ferrocarril, hasta llegar a un callejón sin salida, un vertedero, donde se encontraban algunos policías más. Era un típico escenario de violencia: pelado, feo, lejos de cualquier casa, y sin nadie que pudiera oír a una persona pidiendo auxilio. La señorita Deming yacía en un cruce de caminos, como una bruja^[16]. Tenía el cuello roto y la ropa en desorden, consecuencia de su lucha con los grandes poderes de la muerte. A Seton le preguntaron si la conocía, y dijo que sí. Si había visto a algún joven rondando su casa; respondió que no. Su nombre y su dirección estaban apuntados en un bloc sobre el escritorio de la señorita Deming. Seton explicó que era su profesora de piano. Se dieron por satisfechos con aquella explicación, y lo dejaron marchar.

UNA MUJER SIN PAÍS

La vi aquella primavera en Campino, con el conde de Capra —el que lleva bigote—, entre la tercera carrera y la cuarta, bebiendo Campari junto a las pistas del hipódromo, con las montañas a lo lejos y, más allá de las montañas, una masa de nubes que en América hubieran significado una tormenta para la hora de cenar capaz de derribar árboles, pero que allí terminaría por quedarse en nada. Volví a verla en el Tennerhof de Kitzbühel, donde un francés cantaba canciones de vaqueros ante un público que incluía a la reina de Holanda; pero nunca la vi en las montañas, y no creo que esquicara; iba allí, al igual que tantos otros, para estar con la gente y participar en la animación. Más tarde la vi en el Lido, y de nuevo en Venecia algo después, una mañana en que yo iba en góndola a la estación y ella estaba sentada en la terraza de los Gritti, tomando café. La vi en la representación de la *Pasión* de Erl; no exactamente en la representación, sino en el mesón del pueblo, donde se suele comer aprovechando el intermedio, y la vi en la plaza de Siena con motivo del Palio, y aquel otoño en Treviso, cuando cogía el avión para Londres.

Exagero, pero todo esto podría ser verdad. Era una de esas personas que vagabundean incansablemente, y luego, noche tras noche, se van a la cama para soñar con bocadillos de beicon, lechuga y tomate. Aunque procedía de una pequeña ciudad industrial del norte donde se fabricaban cucharas de palo, uno de esos lugares solitarios de donde surge, paradójicamente, la sociedad internacional, eso no tuvo nada que ver con su vida errante. Su padre era el gerente de la fábrica, que pertenecía a la familia Tonkin: grandes propietarios, dueños de regiones enteras, por lo que la tramitación de su divorcio fue seguida con gran interés por los periódicos sensacionalistas; el joven Marchand Tonkin pasó un mes allí para adquirir práctica en los negocios, y se enamoró de Anne. Ella era una chica normal, dulce y modesta, por naturaleza —cualidades que nunca perdió—, y se casaron al cabo de un año. Aunque eran inmensamente ricos, Tonkin no amaban la ostentación, y la joven pareja vivió discretamente en un pequeño pueblo desde donde Marchand se trasladaba todos los días a Nueva York para trabajar en el despacho familiar. Tuvieron un hijo y vivieron una vida feliz y sin historia hasta una húmeda mañana del séptimo año de su matrimonio.

Marchand tenía una reunión en Nueva York y debía tomar el tren a primera hora de la mañana. Pensaba desayunar en la ciudad. Eran alrededor de las siete cuando se despidió de su mujer. Anne no se había vestido, y estaba echada en la cama cuando lo oyó pelearse con el motor del coche que solía usar para ir a la estación. Después oyó cómo se abría la puerta principal y la voz de su marido que la llamaba mientras subía la escalera. El coche no se ponía en marcha, ¿le importaría llevarlo a la estación en el

Buick? No le daba tiempo a vestirse, de manera que Anne se echó una chaqueta por encima de los hombros y lo llevó a la estación. De medio cuerpo para arriba estaba correctamente vestida, pero de la chaqueta para abajo el camisón seguía siendo transparente. Marchand le dio un beso de despedida y le recomendó que se vistiera en seguida; Anne abandonó la estación, pero en el cruce de Alewives Lane y Hill Street se quedó sin gasolina.

Como se hallaba delante de la casa de los Bearden, pensó que podrían proporcionarle un poco de gasolina, o, al menos, prestarle un abrigo. Tocó el claxon una y otra vez hasta darse cuenta de que los Bearden estaban de vacaciones en Nassau. Todo lo que podía hacer era esperar en el coche, prácticamente desnuda, a que alguna compasiva ama de casa pasara por allí y se ofreciera a ayudarla. Mary Pym fue la primera, y aunque Anne la saludó con la mano, pareció no darse cuenta. Después pasó Julia Weed, que llevaba a Francis al tren a toda velocidad, pero que iba demasiado de prisa para fijarse en nada. A continuación cruzó por allí Jack Burden, el libertino del pueblo, y sin que nadie lo llamara, pareció sentirse magnéticamente atraído hacia el automóvil. Se detuvo y preguntó si podía ayudar en algo. Anne se trasladó a su coche —¿qué otra cosa podría haber hecho?—, pensaba en lady Godiva y en santa Águeda. Lo peor de todo fue que no acababa de despertarse: de cruzar la distancia entre las sombras del sueño y la luz del día. Y era un día sin luz, sombrío y opresivo, como el ambiente de una pesadilla. El sendero hasta su casa quedaba oculto desde la carretera gracias a unos cuantos arbustos, y cuando Anne se apeó del coche y le dio las gracias a Jack Burden, él la siguió escalones arriba y se aprovechó de ella en el vestíbulo, donde fueron descubiertos por Marchand cuando volvió en busca de su cartera.

Marchand abandonó la casa en aquel mismo momento, y Anne nunca volvió a verlo. Murió de un ataque cardíaco diez días después en un hotel de Nueva York. Sus suegros fueron a los tribunales para solicitar la custodia del niño, y durante el juicio, Anne —en su inocencia— cometió la equivocación de echarle la culpa de su extravío a la humedad. Las revistas sensacionalistas lo sacaron a relucir —NO FUI YO; FUE LA HUMEDAD—, y aquello se extendió por todo el país. Inventaron una canción que se hizo muy popular, y, dondequiera que iba, parecía que Anne estaba condenada a escucharla:

La pobrecita Isabel
nunca besaba a un doncel
si faltaba la humedad,
pero si estaba nublado,
no se podía contener,
convertida en un tornado...

A mitad de juicio, Anne retiró sus demandas, se puso unas gafas de sol y se embarcó de incógnito para Génova, catalogada como persona indeseable por una sociedad que solo parecía capaz de suavizar su puritanismo con un procaz sentido del humor.

No le faltaba dinero, claro está —sus sufrimientos eran solo espirituales—, pero la habían herido, y sus recuerdos eran amargos. Por lo que sabía de la vida, Anne tenía derecho al perdón, pero no se lo habían concedido, y su propio país, al recordarlo desde el otro lado del Atlántico, parecía haber dictado contra ella una sentencia salvaje y poco realista. Se la había utilizado como cabeza de turco; se la había puesto en ridículo, y precisamente porque su pureza de corazón era auténtica, estaba profundamente ofendida. Basaba su expatriación en razones morales más que culturales. Al interpretar el papel de europea, quería expresar su desaprobación por lo que había pasado en su país. Vagabundó por toda Europa, pero finalmente compró una villa en Tavola-Calda y pasaba allí por lo menos la mitad del año. Aprendió italiano, así como todos los sonidos guturales y gestos de manos que acompañan al idioma. En el sillón del dentista decía ¡ay!, en lugar de ¡au!, y podía espantar a un abejorro de su vaso de vino con gran elegancia. Se sentía muy dueña de su expatriación —su territorio personal, conseguido con grandes sufrimientos—, y la irritaba oír a otros extranjeros hablando italiano. Su villa era encantadora; los ruiseñores cantaban en los robles, las fuentes susurraban en el jardín, y ella, desde la terraza más alta, con el cabello teñido del peculiar tono bronceado que estaba de moda en Roma aquel año, saludaba a sus huéspedes: «*Bentornati. Quanto piacere!*», pero la escena no era nunca del todo perfecta.

Parecía una reproducción, con las leves imperfecciones que se encuentran en las ampliaciones: una disminución de calidad. El resultado no era tanto que estuviera de verdad en Italia como que se había marchado completamente de Estados Unidos.

Anne pasaba gran parte del tiempo con gente que, como ella, aseguraban ser víctimas de una atmósfera moral represiva y raquíca. Sus corazones estaban en los muelles de los puertos, siempre escapándose de casa. Anne había pagado su continua movilidad con cierta dosis de soledad. El grupo de amigos que esperaba encontrar en Wiesbaden desapareció sin dejar ninguna dirección. Los buscó en Heidelberg y en Munich, pero no consiguió encontrarlos. Las invitaciones de boda y los partes meteorológicos («La nieve cubre el nordeste de Estados Unidos») le producían una terrible nostalgia. Siguió perfeccionando su interpretación del papel de europea, y, aunque sus logros eran admirables, no dejaba de tener una especie de alergia a las críticas, y detestaba que la confundiesen con una turista. Un día, al final de la temporada en Venecia, tomó el tren en dirección al sur, y llegó a Roma en una calurosa tarde de setiembre. La mayor parte de los habitantes de la Ciudad Eterna estaban durmiendo, y el único signo de vida eran los autobuses de los turistas rechinando cansadamente por las calles, como si fueran una pieza básica en el funcionamiento de la ciudad, igual que el alcantarillado o la conducción de la luz. Le dio el talón del equipaje a un mozo y le describió sus maletas en un excelente italiano, pero él no se dejó engañar y murmuró algo acerca de los norteamericanos. ¡Eran *tantos!* Esto irritó a Anne, que replicó con aspereza:

—Yo no soy norteamericana.

—Disculpe, *signora* —dijo el otro—. ¿De qué país es usted, entonces?

—Soy griega —respondió.

La enormidad, la tragedia de su mentira fue un terrible golpe para ella. «¿Qué he hecho?», se preguntó a sí misma con incredulidad. Su pasaporte era tan verde como la hierba, y viajaba bajo la protección del Gran Sello de Estados Unidos. ¿Qué la había impulsado a mentir sobre una faceta tan importante de su identidad?

Tomó un taxi para ir a un hotel de Via Veneto, mandó subir las maletas a la habitación, y se dirigió al bar para beber algo. No había más que un norteamericano: un hombre de cabellos blancos con un audífono. Estaba solo y parecía sentirse solo; finalmente se volvió hacia la mesa donde se encontraba Anne y le preguntó muy cortésmente si era estadounidense.

—Sí.

—¿Cómo es que habla italiano?

—Vivo aquí.

—Me llamo Stebbins —dijo él—. Charlie Stebbins, de Filadelfia.

—Encantada —dijo ella—. ¿De qué parte de Filadelfia?

—Bueno; nací en Filadelfia —dijo él—, pero no he vuelto allí desde hace cuarenta años. Mi verdadero hogar es Shoshone, en California. Lo llaman la puerta del valle de la Muerte. Mi mujer era de Londres. Londres en el estado de Arkansas, ja, ja. Mi hija se educó en seis estados de la Unión: California, Washington, Nevada, Dakota del Sur y del Norte y Louisiana. Mi mujer murió el año pasado, y decidí que tenía que ver un poco de mundo.

Las barras y las estrellas parecían materializarse en el aire por encima de la cabeza del señor Stebbins, y Anne se dio cuenta de que en Norteamérica las hojas estaban cambiando de color.

—¿Qué ciudades ha visitado? —le preguntó.

—¿Sabe? Es un poco cómico, pero no lo sé demasiado bien. Una agencia de California planeó el viaje y me dijeron que iba a hacerlo con un grupo de norteamericanos, pero tan pronto como llegué a alta mar descubrí que viajaba solo. No volveré a hacerlo nunca. En ocasiones me paso días enteros sin oír hablar a nadie en un inglés de Estados Unidos decente. Fíjese que algunas veces me siento en la habitación y hablo conmigo mismo por el placer de escuchar norteamericano. No sé si me creerá, pero tomé un autobús de Frankfurt a Munich, y no había nadie allí que supiera una palabra de inglés. Después tomé otro autobús de Munich a Innsbruck, y tampoco había nadie que hablara inglés. Luego otro de Innsbruck a Venecia y tres cuartos de lo mismo, hasta que se subieron unos norteamericanos en Cortina. Pero de los hoteles no tengo ninguna queja. Normalmente hablan inglés en los hoteles, y he estado en algunos francamente buenos.

A Anne le pareció que aquel desconocido, sentado en un taburete de un sótano romano, había conseguido redimir a su país. Un halo de timidez y de hombría de bien parecía rodearlo. En la radio, la emisora de las fuerzas armadas de Verona lanzaba a

las ondas los compases de *Stardust*.

—Eso es *Stardust* —señaló el norteamericano—. Aunque supongo que ya habrá reconocido la canción. La escribió un amigo mío, Hoagy Carmichael. Solo con esa pieza gana todos los años seis o siete mil dólares de derechos de autor. Es un buen amigo mío. No lo he visto nunca, pero nos escribimos. Quizá le parezca extraño tener un amigo al que no se ha visto nunca, pero Hoagy es realmente amigo mío.

A Anne le pareció que sus palabras eran mucho más melodiosas y expresivas que la música. El orden de las frases, su aparente falta de sentido, el ritmo con que habían sido pronunciadas le parecieron como la música de su propio país y se vio andando, todavía muchacha, junto a los montones de serrín de la fábrica de cucharas, camino de la casa de su mejor amiga. A veces, por las tardes, tenía que esperar en el paso a nivel, porque iba a cruzar por allí un tren de mercancías. Primero se oía un sonido a lo lejos, como de un huracán, y después un trueno metálico, el ruido de las ruedas. El tren de mercancías cruzaba a toda velocidad, como un rayo. Pero leer los carteles de los vagones solía emocionarla; no es que le hicieran imaginarse maravillosas posibilidades al final del trayecto: tan solo la grandeza de su propio país, como si los estados de la Unión —estados trigueros, estados petrolíferos, estados ricos en carbón, estados marítimos— se deslizaran por la vía muy cerca de donde ella se había parado, y desde donde leía Southern Pacific, Baltimore & Ohio, Nickel Plate, New York Central, Great Western, Rock Island, Santa Fe, Lackawanna, Pennsylvania, para ir después perdiéndose paulatinamente a lo lejos.

—No llore, mujer —dijo el señor Stebbins—. No llore.

Había llegado el momento de volver a casa, y Anne cogió un avión para París aquella misma noche; al día siguiente tomó otro con destino a Idlewild. Temblaba de nerviosismo mucho antes de que vieran tierra. Volvía a casa, volvía a casa. El corazón se le subió a la garganta. ¡Qué oscura y qué reconfortante parecía el agua del Atlántico después de aquellos años en el extranjero! A la luz del amanecer, desfilaron bajo el ala derecha del avión las islas con nombres indios, e incluso llegaron a entusiasmarla las casas de Long Island, colocadas como los hierros de una parrilla. Dieron una vuelta sobre el aeropuerto y aterrizaron. Anne tenía pensado buscar una cafetería allí mismo, y pedir un sándwich de beicon, lechuga y tomate. Agarró con fuerza su paraguas (parisino), y su bolso (sienés), y esperó su turno para abandonar el avión, pero cuando estaba bajando la escalerilla, antes incluso de tocar con los zapatos (romanos) su tierra nativa, oyó cantar a un mecánico que trabajaba en un DC-7 muy cerca de allí:

La pobrecita Isabel
nunca besaba a un doncel...

No llegó a salir del aeropuerto. Tomó el siguiente avión para Orly y se reunió con los cientos, con los miles de norteamericanos que circulaban por Europa, alegres o tristes, como si realmente fueran gentes sin un país. Se los ve doblar una esquina en

Innsbruck, en grupos de treinta, y esfumarse. Llenan un puente de Venecia, e inmediatamente ya se han ido. Se los oye pidiendo ketchup en un refugio del macizo Central por encima de las nubes, y se los ve curioseando entre las cuevas submarinas, con sus gafas y sus aparatos para respirar, en las aguas transparentes de Porto San Stefano. Anne pasó el otoño en París. También estuvo en Kitzbühel. Se trasladó a Roma para los concursos de equitación, y fue a Siena para ver el Palio. Seguía viajando sin descanso, soñando siempre con sándwiches de beicon, lechuga y tomate.

LA MUERTE DE JUSTINA

Bien sabe Dios que esto se vuelve cada vez más absurdo y corresponde cada vez menos a lo que recuerdo y a lo que espero, como si la fuerza de la vida fuera centrífuga y nos distanciara más y más de nuestras ambiciones y nuestros recuerdos más puros. Apenas puedo recordar la vieja casa donde me crie, donde en mitad del invierno florecían violetas de Parma en un frío arriate cerca de la puerta de la cocina; al fondo de un largo pasillo, sobrepasando las siete vistas de Roma —dos escalones arriba y tres abajo—, se hallaba la biblioteca, con todos los libros en orden, lámparas brillantes, una chimenea y una docena de botellas de buen bourbon, guardadas en una vitrina con un barniz similar al carey cuya llave de plata llevaba mi padre en una leontina. La ficción es un arte y el arte es el triunfo sobre el caos (nada menos), y solo es posible crear si llevamos a cabo el más atento proceso de selección, pero en un mundo que cambia más rápidamente de lo que percibimos siempre existe el peligro de que nuestras facultades de elección se equivoquen y la visión que perseguimos naufrague. Admiramos el decoro y despreciamos la muerte, pero incluso las montañas parecen desplazarse en el lapso de una noche, y quizá el exhibicionista de la esquina de las calles Chestnut y Elm es más importante que la hermosa mujer con el sol reflejado en su pelo que introduce un pedazo de hueso de sepia en la jaula del ruiseñor. Permítame el lector que le ponga un ejemplo de caos y, si no me cree, que consulte honradamente su propio pasado y vea si no puede encontrar una experiencia comparable...

El sábado, el médico me dijo que dejase de fumar y de beber, y así lo hice. Pasaré por alto el consabido síndrome de abstinencia, pero me gustaría señalar que aquella noche, mientras miraba por la ventana los brillos del crepúsculo y los progresos de la oscuridad, percibí —falto de tan humildes estimulantes— la fuerza de un recuerdo primitivo en el que la llegada de la noche, con su luna y estrellas, era apocalíptica. Pensé de pronto en las tumbas olvidadas de mis tres hermanos en la ladera de la montaña y en que la muerte es una soledad más cruel que cualquier otra que se conozca en la vida. El alma —pensé— no abandona el cuerpo, sino que permanece con él para sufrir las degradantes fases de descomposición y abandono, el calor, el frío y las largas noches de invierno en que nadie lleva una corona o una planta ni reza una oración. La inquietud sucedió a esta desagradable premonición. Íbamos a salir a cenar, y pensé que la cocina explotaría en nuestra ausencia e incendiaría la casa. La cocinera se emborracharía y atacaría a mi hija con un cuchillo de trinchar, o bien mi mujer y yo moriríamos víctimas en un choque en la autopista, dejando a nuestros

hijos en una orfandad desconcertada, sin más futuro que una vida de tristeza. Pude observar, además de estas preocupaciones insensatas y espantosas, un claro deterioro de mi libre albedrío. Sentí como si unas cuerdas me bajarán al reino de mi infancia. La dije a mi mujer, cuando atravesó el cuarto de estar, que había dejado de fumar y de beber, pero a ella no pareció importarle, ¿y quién me recompensaría por mis privaciones? ¿Quién se preocupaba por el gusto amargo que tenía en la boca y por el hecho de que mi cabeza pareciera a punto de separarse de mi cuerpo? Pensé que los hombres premiaban con medallas, estatuillas y copas méritos mucho menores, y que la abstinencia es una cuestión social. Con mucha más frecuencia me abstengo del pecado por temor al escándalo que debido a la íntima determinación de acrecentar la pureza de mi corazón, pero aquí se trataba de un llamamiento de la abstinencia sin la presión mundana de la sociedad, y la muerte es una amenaza distinta del escándalo. Llegado el momento de irnos, estaba tan mareado que tuve que pedirle a mi mujer que condujese el coche. El domingo fumé furtivamente siete cigarrillos en diversos escondrijos y me bebí dos martinis en el ropero de la planta baja. El lunes, durante el desayuno, mi panecillo me miró fijamente desde el plato. Quiero decir que vi una cara en su superficie tostada y desigual. Ese instante de reconocimiento fue efímero pero profundo, y me pregunté de quién era aquel rostro: ¿de un amigo, una tía, un marino, un monitor de esquí, un camarero o un maquinista de tren? La sonrisa desapareció del panecillo, pero moró en él durante un segundo —la sensación de que era una persona, una vida, un puro impulso de amabilidad y censura—, y estoy convencido de que aquel bollo había albergado la presencia de algún espíritu. Como puede advertirse, estaba nervioso.

La anciana prima de mi mujer, Justina, vino a visitarla el lunes. Justina era una mujer activa, aunque debía de rondar ya los ochenta. Mi mujer la invitó a la comida que dio el martes. El último invitado se marchó a las tres, y unos minutos más tarde, la prima Justina, sentada en el sofá de la sala con una copa de buen brandy, exhaló su último suspiro. Mi mujer me llamó a la oficina y le dije que iría de inmediato. Estaba ordenando mi escritorio cuando entró MacPherson, mi jefe.

—Concédeme un minuto —dijo—. Te he estado buscando como un loco por todas partes. Pierce ha tenido que marcharse temprano y quiero que me escribas el último comercial del Elixircol.

—Oh, no puedo, Mac —respondí—. Acaba de telefonarme mi mujer. La prima Justina ha muerto.

—Hazme ese anuncio —insistió él, con una malévola sonrisa—. Pierce se ha ido temprano porque su abuela se cayó de una escalera.

Ahora bien, no me gustan los relatos de ficción sobre la vida de oficina. Entiendo que si uno quiere hacer narrativa debe escribir sobre alpinismo o tempestades en el mar, así que referiré brevemente mis dificultades con MacPherson, agravadas, como ya se ha visto, por su negativa a respetar y honrar la muerte de la querida prima Justina. Era muy propio de él, un buen ejemplo del modo en que me trataba.

Yo diría que es un hombre alto, espléndidamente acicalado, que anda por los sesenta, se cambia de camisa tres veces al día, corteja a su secretaria todas las tardes entre las dos y las dos y media, y convierte en higiénica y elegante la costumbre de mascar chicle constantemente. Yo le escribo sus discursos, cosa que no me resulta muy gratificante. Si tienen éxito, MacPherson se lleva todos los honores. Sé que su presencia, su sastre y su excelente voz forman parte de la publicidad, pero me pone furioso que no me atribuyan el mérito del texto. Por otra parte, si el anuncio no tiene éxito —si la presencia y la voz de MacPherson no bastan para que triunfe—, sus aires sarcásticos y amenazadores resultan hirientes, y debo limitarme forzosamente a adoptar el papel de incompetente, a pesar de los montones de cartas de felicitación que a veces merece mi elocuencia. Tengo que fingir (y, al igual que un actor, estudiar y perfeccionar mi fingimiento) que no he contribuido en absoluto a sus triunfos, y debo agachar graciosamente la cabeza, avergonzado, cuando ambos hemos fracasado. Me veo obligado a recibir con gratitud las ofensas, a mentir, a sonreír falsamente y a interpretar un papel tan fútil y desligado de los hechos como un insignificante príncipe de opereta, pero, a decir verdad, mi mujer y mis hijos pagarían las consecuencias de mi franqueza. Ahora se negaba a respetar e incluso a creer el solemne hecho de un fallecimiento en nuestra familia, y aunque no pudiera rebelarme, me parecía que por lo menos podía insinuarlo.

El anuncio que quería que escribiese era el de un tónico llamado Elixircol, e iba a protagonizarlo en la televisión una actriz que no era joven ni guapa, pero tenía un aspecto de complaciente desenfado, y era, además, la amante de uno de los tíos del patrocinador.

«¿Se está haciendo viejo? —escribí—. ¿Le disgusta su imagen en el espejo? ¿Ve por las mañanas su rostro arrugado, agrietado por los excesos sexuales y alcohólicos? ¿Y el resto de su persona le parece una masa informe de color gris rosado, cubierta por todas partes de cabello multicolor? Si pasea por los bosques en otoño, ¿tiene la sensación de que media una sutil distancia entre usted y el olor a humo de leña? ¿Ha redactado su nota necrológica? ¿Jadea con facilidad? ¿Usa faja? ¿Está perdiendo el olfato, va disminuyendo su interés por la jardinería y aumentando su temor a las alturas? ¿Son sus impulsos sexuales tan voraces e intensos como siempre, y su esposa le parece cada vez más una desconocida de mejillas hundidas que se ha colado por error en su dormitorio? Si la totalidad o parte de esto es cierto, usted necesita Elixircol, el auténtico elixir de la juventud. El tamaño económico —se muestra la botella— cuesta setenta y cinco dólares, y la botella familiar vale doscientos cincuenta. Es toda una pasta, ya se sabe, pero vivimos en tiempos inflacionarios, y ¿quién puede poner precio a la juventud? Si no tiene ese dinero, pídaselo a un prestamista o atraque el banco local. Tiene tres probabilidades contra una de sacarle al pusilánime cajero diez de los grandes con una pistola de agua de un par de centavos y un pedazo de papel. Todo el mundo lo hace». (Música alta y se acaba). Envié el texto a MacPherson vía Ralphie, el recadero, y cogí el tren de las 4.16, en el

que atravesé un paisaje de total desolación.

Ahora bien, mi viaje es una digresión y no tiene una relación real con la muerte de Justina, pero lo que ocurrió después solo podría haber sucedido en mi país y en mi época, y como soy un norteamericano que viaja por un paisaje norteamericano, el trayecto puede muy bien ser un factor en la suma total. A pesar de que sus antepasados emigraron del Viejo Continente hace tres siglos, hay norteamericanos que no parecen haber concluido por completo su éxodo, y yo soy uno de ellos. Me encuentro —en sentido figurado— con un pie mojado en Plymouth Rock, mirando con cierta delicadeza, no una inmensidad formidable y estimulante, sino una civilización a medio concluir que abarca torres de cristal y plataformas de perforación de petróleo, continentes suburbanos y cines abandonados, y me pregunto por qué, en este universo supremamente perfecto, próspero y equitativo, donde incluso las mujeres de la limpieza tocan preludios de Chopin en sus horas libres, todo el mundo ha de parecer tan desilusionado.

En Manor Proxmire fui el único pasajero que se apeó del aleatorio, errabundo e improductivo tren de cercanías que proyectaba sus míseras luces hacia el crepúsculo como un guarda de caza o un alguacil que hace su ronda cotidiana. Fui a la entrada de la estación a esperar a mi mujer y a disfrutar del delicado sentido de la crisis que posee el viajero. Arriba, en la colina, estaba mi hogar y las casas de mis amigos, todas ellas iluminadas y con olor a fragante humo de leña, como templos erigidos a la monogamia, la infancia irreflexiva y la dicha doméstica en un bosquecillo sagrado, pero tan similares a un sueño que sentí con algo más que patetismo su falta de sustancia, la ausencia de ese dinamismo interno que captamos en algunos paisajes europeos. En suma, me sentía decepcionado. Era mi país, mi querido país, y algunas mañanas hubiera besado la tierra que cubre sus muchas provincias y sus estados. Me invadió una promesa de dicha; de felicidad romántica y doméstica. Me pareció oír los cascabeles del trineo que me conduciría a la casa de la abuela, aunque de hecho había trabajado de camarera en un transatlántico durante los últimos años de su vida y había perecido en el trágico naufragio del *Lorelei* y estaba ensoñándome con el recuerdo de algo que no había vivido. Pero la colina de luz se alzaba como una respuesta a algún sueño primitivo de regreso al hogar. En uno de los prados más altos vi los restos de un muñeco de nieve que todavía fumaba una pipa y lucía un pañuelo y una gorra, pero cuya forma iba fundiéndose y cuyos ojos de antracita contemplaban el paisaje con terrible amargura. Percibí cierta decepcionante inmadurez del espíritu en la escena, aunque mis propios huesos atestiguaban el largo tiempo que había transcurrido desde que mi padre abandonó el Viejo Mundo para encontrar uno nuevo; y pensé en las fuerzas que habían prestado energía a aquella imagen; las crueles ciudades de Calabria y sus crueles príncipes, los páramos al noroeste de Dublín, guetos, déspotas, casas de putas, colas para la compra del pan, sepultura de niños, hambre intolerable, corrupción, persecución y desesperanza habían generado aquellas luces débiles y suaves, y ¿no era todo ello parte de la gran migración que es la vida

del hombre?

Mi mujer tenía las mejillas mojadas de lágrimas cuando la besé. Estaba afligida, por supuesto, y realmente triste. Había sentido afecto por Justina. Me llevó en coche a casa, donde la difunta seguía sentada en el sofá. Me gustaría ahorrar al lector los detalles desagradables, pero diré que tanto su boca como sus ojos estaban abiertos de par en par. Entré en la cocina para telefonar al doctor Hunter. Comunicaba. Me serví una copa —la primera desde el domingo— y encendí un cigarrillo. El mismo médico contestó al teléfono cuando volví a llamarlo y le conté lo que había sucedido.

—Vaya, me apena muchísimo lo que me dices, Moses —dijo—. No puedo ir hasta después de las seis, y la verdad es que no te seré de gran ayuda. Este tipo de cosas ya han ocurrido antes y te voy a contar todo lo que sé. Mira, vives en la zona B: parcelas de doscientos metros cuadrados sin locales comerciales y todo eso. Hace un par de años, un forastero compró la vieja mansión Plewett y resultó que estaba proyectando establecer una funeraria. En aquella época no teníamos ninguna ley municipal que nos protegiese, y a medianoche el ayuntamiento dictó a toda prisa una serie de normas: evidentemente, exageraron. Al parecer, no solo no puede haber una funeraria en la zona B, sino que allí no se puede enterrar nada, y ni siquiera puedes morirte. Claro que es absurdo, pero todo el mundo comete errores, ¿no? De momento puedes hacer dos cosas. Ya me he visto antes en un apuro semejante. Coges a la anciana, la metes en el coche y la llevas a Chestnut Street, donde empieza la zona C. El límite está justo más allá del semáforo, junto al instituto. Una vez que la difunta se encuentre en la zona C, ya está. Puedes decir que murió en el coche. Puedes hacer eso, o bien, si te parece desagradable, llamar al alcalde y pedirle que haga una excepción a las ordenanzas de tu zona. Pero no te puedo extender un certificado de defunción hasta que el cadáver esté fuera de ese barrio, y desde luego ningún empresario de pompas fúnebres se hará cargo de él hasta que consigas el certificado.

—No entiendo —dije, y era cierto, pero entonces cayó o rompió sobre mí como una ola la posibilidad de que hubiese alguna verdad en lo que el doctor acababa de contarme, y me invadió una creciente indignación—. No he oído en mi vida tantas estupideces juntas. ¿Pretendes decirme que no me puedo morir en un barrio, enamorarme en otro y comer en...?

—Escucha. Cálmate, Moses. Me estoy limitando a explicarte los hechos, y tengo a un montón de pacientes esperando. No tengo tiempo de oírte echar pestes. Si quieres trasladarla, llámame en cuanto llegues al semáforo. Si no te decides, te aconsejo que te pongas en contacto con el alcalde o alguien del ayuntamiento.

Corté la comunicación. Estaba ofendido, pero eso no cambiaba el hecho de que Justina seguía sentada en el sofá. Me serví otra copa y encendí un nuevo cigarrillo.

Justina parecía estar esperándome y convirtiéndose en un cuerpo exigente en lugar de inerte. Intenté imaginarme sacándola de mi camioneta, pero no logré realizar esa tarea en mi fantasía, y estaba seguro de que tampoco podría llevarla a cabo en la realidad. Luego llamé al alcalde, pero su cargo en nuestro pueblo es sobre todo

honorario, y yo muy bien podía haber supuesto que estaba en su bufete de Nueva York y que no lo esperaban en su casa hasta las siete. Entretanto pensé que podía tapar a la difunta, que sería lo más decente, y subí por la escalera de atrás, llegué al armario de la ropa blanca y cogí una sábana. Cuando volví a la sala, oscurecía ya, pero aún no había llegado un compasivo crepúsculo. El ocaso parecía estar jugando directamente en las manos de Justina, y la oscuridad le prestaba mayor fuerza y estatura. La cubrí con una sábana y encendí una lámpara en el otro extremo de la habitación, pero su monumental silueta destruía el orden de la estancia, con su mobiliario antiguo, sus flores y sus cuadros. A continuación había que ocuparse de los niños, que volverían a casa unos minutos después. Su conocimiento de la muerte, abstracción hecha de sus sueños e intuiciones, de los que no sé nada, es nulo, y la descarnada escena de la sala sin duda les resultaría traumática. Al oírlos llegar por el sendero, salí a decirles lo que pasaba y les mandé que subieran a sus habitaciones. A las siete fui en coche a ver al alcalde.

Todavía no había vuelto, pero regresaría de un momento a otro, y hablé con su mujer. Me ofreció una copa. Para entonces, ya estaba yo fumando sin parar. Cuando llegó el alcalde me hizo pasar a un pequeño despacho o biblioteca: él ocupó su puesto tras el escritorio y a mí me indicó la silla baja de quien formula una súplica.

—Por supuesto que lo entiendo, Moses —me dijo—. Es terrible lo que ha sucedido, pero el problema consiste en que no podemos hacer una excepción a las ordenanzas sin el voto mayoritario del ayuntamiento, y resulta que todos los concejales están fuera. Pete está en California, Jack en París y Larry no volverá de Stowe hasta el fin de semana.

Me puse sarcástico:

—Así que supongo que la prima Justina tendrá que descomponerse tan ricamente en mi sala hasta que Jack vuelva de París.

—Oh, no —contestó—. Oh, no. Jack tardará un mes en volver, pero creo que puede usted esperar hasta que Larry regrese de Stowe. Entonces tendremos mayoría, claro está que en el supuesto de que accedan a su solicitud.

—Por el amor de Dios —gruñí.

—Sí, sí, sé que es difícil —dijo—, pero en definitiva tiene que darse cuenta de que así es el mundo en que vive, y de que la importancia de la zonificación no puede subestimarse. Caramba, si un solo miembro del consejo pudiera dictar excepciones a las ordenanzas, yo podría darle permiso para abrir un bar en el garaje, instalar luces de neón, contratar a una orquesta y destruir el vecindario y todos los valores humanos y comerciales por cuya protección tanto hemos trabajado.

—No quiero abrir un bar en mi garaje —bramé—. No quiero contratar a una orquesta. Solamente quiero enterrar a Justina.

—Lo sé, Moses, lo sé. Lo entiendo, pero por desgracia ha sucedido en una zona inadecuada, y si hago una excepción con usted, tendré que hacer una excepción con todo el mundo, y este tipo de anomalías, cuando se nos van de las manos, pueden

resultar muy deprimentes. A la gente no le gusta vivir en un vecindario donde ocurren todo el tiempo esta clase de cosas.

—Escúcheme —dije—, si no hace esa excepción conmigo ahora mismo, voy a casa, cavo un gran agujero y entierro yo mismo a Justina en el jardín.

—No puede hacer eso, Moses. No se puede enterrar nada en la zona B. Ni siquiera un gato.

—Se equivoca —respondí—. Puedo y voy a hacerlo. No puedo ejercer como médico ni soy dueño de una funeraria, pero puedo cavar un gran agujero en la tierra, y si no me concede esa excepción, eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Vuelva aquí, Moses, vuelva —dijo—. Por favor, vuelva aquí. Mire, le concederé el permiso si usted promete no decírselo a nadie. Es violar la ley, es un acto ilícito, pero lo haré si me promete guardar el secreto.

Prometí guardar el secreto, me entregó los documentos y utilicé su teléfono para llevar a cabo las gestiones necesarias. Justina fue trasladada pocos minutos después de llegar yo a casa, pero esa noche tuve un sueño extrañísimo. Soñé que estaba en un supermercado lleno de gente. Debía de ser de noche, porque las ventanas estaban oscuras. En el techo había lámparas fluorescentes, brillantes y alegres, pero teniendo en cuenta nuestros recuerdos prehistóricos, constituían un eslabón discordante en la cadena de luz que nos vincula con el pasado. Se oía música y había por lo menos mil compradores que empujaban sus carritos entre los largos pasillos de comestibles y provisiones. Y me pregunto: ¿es o no es cierto que la postura que adoptamos para empujar un carrito nos convierte en seres asexuados? ¿No podemos hacerlo con gallardía? Hago esta reflexión porque los muchísimos clientes de aquella noche parecían penitentes asexuados empujando sus carritos. Había gente de todo tipo, pues así es mi bienamado país. Había italianos, finlandeses, judíos, negros, ingleses, cubanos —cualquiera que hubiese atendido la llamada de la libertad—, vestidos con ese descuido suntuario que los caricaturistas europeos plasman con tan amargo disgusto. Sí, había abuelas en pantalones cortos, mujeres de gran trasero con pantalones de punto y hombres ataviados con tal diversidad de prendas que daban la impresión de haberse vestido a toda prisa en un edificio en llamas. Pero se trata, como he dicho, de mi propio país y, en mi opinión, el caricaturista que denigra a la anciana en pantalones cortos se denigra a sí mismo. Soy norteamericano y en aquel momento llevaba botas de ante, pantalones tan apretados que se me marcaban los genitales y una camisa de pijama de rayón y acetato con un estampado de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* a toda vela. La escena era extraña —la extrañeza de un sueño en el que vemos objetos familiares a una luz poco familiar—, pero a medida que observaba más de cerca reparé en varias irregularidades. Nada estaba etiquetado. Ninguna mercancía era identificable o conocida. En las latas y las cajas no se veía signo alguno. Los recipientes de alimentos congelados estaban llenos de paquetes marrones de formas tan raras que era imposible saber si contenían un pavo congelado o comida china. Todos los productos de los mostradores de panadería y verduras

estaban metidos en bolsas de papel de estraza, y los libros en venta ni siquiera tenían título. A pesar de que ignoraban el contenido de bolsas y paquetes, mis compañeros en el sueño, los miles de compatriotas extravagantemente vestidos, deliberaban muy serios acerca de aquellas misteriosas mercancías, como si las compras que iban a hacer fuesen decisivas. Como toda persona que sueña, yo era omnisciente, yo estaba con ellos y aparte, y contemplando la escena desde arriba durante un minuto vi también a los cajeros. Eran brutales. A veces vemos en una calle, un bar o una muchedumbre un rostro de tan categórica y terca resistencia a los alegatos del amor, la razón y la decencia, una cara tan lúbrica, bestial y degenerada que nos apartamos de ella. Hombres así aguardaban, ante la única salida del establecimiento, a que los clientes se acercasen a ellos, y desgarraban los paquetes —yo seguía sin poder ver lo que contenían—, pero en todos los casos, el comprador, al ver lo que había adquirido, mostraba todos los síntomas de la culpa más profunda; ese impulso que nos obliga a caer de rodillas. Una vez abiertos los paquetes de cada cliente, muerto de vergüenza, lo empujaban —en ocasiones a patadas— hasta la puerta; más allá de esta vi agua oscura y oí un terrible ruido de gemidos y llantos. La gente formaba grupos en la puerta a la espera de ser trasladada en un medio de transporte que no pude descubrir cuál sería. Mientras yo observaba, miles y miles de personas empujaban sus carritos por el supermercado, hacían sus compras con todo esmero y señorío y a la salida eran insultados y deportados. ¿Qué podía significar aquello?

La tarde siguiente enterramos bajo la lluvia a la prima Justina. Los muertos no son, bien lo sabe Dios, una minoría, pero en Proxmire Manor su poco glorioso reino se halla en las afueras, y es más bien un vertedero adonde se los lleva furtivamente como a una pandilla de bribones y canallas, y donde yacen en un ámbito de perfecto olvido. La vida de Justina había sido ejemplar, pero se diría que a su término nos había deshonrado a todos nosotros. El cura era amigo nuestro y una compañía alentadora, pero no así el empresario de pompas fúnebres y sus ayudantes, que cavaban tras sus coches funerarios; ¿acaso no son ellos el origen de casi todos nuestros males al exigir que la muerte sea un beso con sabor a violetas? ¿Cómo una persona que no procura entender la muerte espera comprender el amor, y quién dará la alarma?

Volví del cementerio a mi oficina. El anuncio descansaba sobre mi escritorio y MacPherson había escrito encima con rotulador: «Muy gracioso. Haz otro nuevo, cerebro averiado». Estaba cansado, pero no arrepentido, y al parecer no me sentía muy proclive a adoptar una actitud útil y obediente. Redacté otro anuncio: «No pierda a sus seres queridos —escribí— por culpa de la radiactividad. No se quede sin pareja en el baile debido a que tiene en los huesos estroncio 90. No sea una víctima de la lluvia radiactiva. Cuando la furcia de la calle Treinta y Seis lo mira con buenos ojos, ¿su cuerpo sigue una dirección y su imaginación escoge otra? ¿Sube tras ella

mentalmente la escalera y saborea lo que ella vende con repugnante parsimonia mientras su cuerpo va a Brooks Brothers o a la ventanilla de cambio de moneda del Chase Manhattan Bank? ¿No ha reparado en el tamaño de los helechos, la exuberancia de la hierba, el sabor amargo de las judías verdes y las marcas brillantes que exhiben las nuevas especies de mariposas? Usted ha estado inhalando residuos atómicos letales durante los últimos veinticinco años y solo Elixircol puede salvarlo». Entregué este texto a Ralphie y esperé unos diez minutos; el recadero me devolvió el papel con una nueva nota del rotulador: «Hazlo —había escrito— o eres hombre muerto».

Estaba muy cansado. Coloqué otra hoja en la máquina y escribí: «El Señor es mi Pastor; nada me faltará. En lugares de verdes pastos me hará yacer; junto a aguas de reposo me pastoreará; confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia en amor de su Nombre. Aunque ande yo por valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno: porque Tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento. Aderezas tu mesa delante de mí, en presencia de mis enemigos; ungiste mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente que el amor y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida, y en la Casa del Señor moraré largos días^[17]».

Entregué el texto a Ralphie y me marché a casa.

CLEMENTINA

Había nacido y se había criado en Nascosta durante la época de los prodigios: el milagro de las joyas y el invierno de los lobos. Clementina tenía diez años cuando los ladrones entraron en el santuario de la Santísima Virgen después de la última misa en San Giovanni y robaron las joyas que había regalado a la Madonna una princesa que se curó allí de una enfermedad del hígado. Al día siguiente, cuando el tío Serafino volvía del campo, vio, en la entrada de una cueva donde los etruscos enterraban a sus muertos, a un joven de brillantes vestiduras que le hizo señas, pero él se asustó y echó a correr. Después, Serafino tuvo unas fiebres e hizo llamar al cura y le contó lo que había visto, y el sacerdote fue a la cueva y encontró las joyas de la Madonna en el sitio donde el ángel se había aparecido, entre un montón de hojas caídas. Aquel mismo año, en la carretera debajo de la granja, su prima Maria había visto al demonio, con cuernos, con un rabo puntiagudo, y con un ajustado traje rojo: exactamente igual que en las películas. Clementina tenía catorce años cuando sucedió la gran nevada; tuvo que ir a la fuente, ya de noche cerrada, y al volver hacia la torre donde vivían por entonces vio a los lobos. Era una manada de seis o siete, que subían los escalones cubiertos de nieve de Via Cavour. Tiró el cántaro y echó a correr hacia la torre; se le hinchó la lengua del miedo, pero al mirar a través de las rendijas de la puerta los vio, más rústicos que los perros y más zarrapastrosos, marcándoseles las costillas bajo la piel sarnosa, y la boca todavía manchada con la sangre de las ovejas que habían matado. Quedó horrorizada y extasiada, como si ver a los lobos andando sobre la nieve fuera como ver a los muertos o tener algún otro atisbo del señorío que Clementina sabía estrechamente ligado con el sentido más profundo de la vida; cuando desaparecieron, no hubiera creído que los había visto de verdad a no ser por las huellas que dejaron sobre la nieve. Tenía diecisiete años cuando fue a trabajar como *donna di servizio* para un noble de poca importancia que tenía una villa en la colina, y fue aquel mismo verano cuando Antonio, en el campo a oscuras, la llamó su rosa del amanecer y le hizo perder la cabeza. Clementina fue a confesarse, cumplió la penitencia y fue absuelta, pero cuando aquello volvió a suceder otras seis veces, el sacerdote dijo que tenían que prometerse, y fue así como Antonio llegó a ser su *fidanzato*. La madre del muchacho no la miraba con simpatía, y al cabo de tres años Clementina era aún su rosa del amanecer y él todavía su *fidanzato*, y siempre que se hablaba de matrimonio la madre de Antonio se llevaba las manos a la cabeza y gritaba. En otoño, el señor barón le propuso ir a Roma como criada, y ¿cómo podía Clementina decir que no, cuando había soñado todas las noches de su vida con ver al papa con sus propios ojos y mirar por calles iluminadas con luz eléctrica cuando se hacía de noche?

En Roma dormía sobre paja y se lavaba en un cubo, pero las calles eran un espectáculo, aunque Clementina tenía que trabajar tantas horas que no podía pasear por la ciudad con frecuencia. El barón prometió pagarle doce mil liras, pero no lo hizo al final del primer mes, ni tampoco del segundo, y la cocinera dijo que traía con frecuencia a chicas del campo y que no les pagaba. Al abrirle la puerta una noche, le preguntó cortésmente por su sueldo, y él dijo que le había dado una habitación, un cambio de aires y la posibilidad de ver Roma, y que estaba muy mal educada si pedía más. Clementina carecía de abrigo para salir a la calle, sus zapatos tenían agujeros, y solo comía las sobras de la mesa del barón. Comprendió que necesitaba encontrar otro empleo, porque sin dinero no podía siquiera volver a Nascosta. La semana siguiente la prima de la cocinera le encontró una casa donde era al mismo tiempo costurera y criada, y allí trabajó todavía más, pero al finalizar el mes seguía sin recibir una lira. Entonces se negó a acabar el vestido que la señora le había pedido que le cosiera para una fiesta. Dijo que no lo terminaría hasta que se le pagara su sueldo. La señora se enfadó y se mesó los cabellos, pero acabó pagando. Aquella misma noche, la prima de la cocinera dijo que unos norteamericanos necesitaban una sirvienta. Clementina escondió todos los platos sucios en el horno para dar una apariencia de limpieza, dijo sus oraciones en la iglesia de San Marcello y cruzó Roma muy de prisa, convencida de que todas las chicas que encontraba por la calle aquella noche ambicionaban el mismo empleo que ella. Los norteamericanos eran una familia con dos niños: personas bien educadas, aunque Clementina se dio cuenta en seguida de que eran criaturas tristes y desprovistas de sentido común. Le ofrecieron veinte mil liras de sueldo, le enseñaron una habitación muy cómoda, le desearon que se encontrara a gusto allí, y a la mañana siguiente se llevó las cosas al piso de los estadounidenses.

Clementina había oído muchas cosas sobre los norteamericanos, y sobre su generosidad y su ignorancia, y había algo de cierto en ello, porque eran muy generosos y la trataban como si fuera una invitada, siempre preguntándole si tenía tiempo para hacer esto o aquello, e insistiendo en que saliera a pasear los jueves y los domingos. El *signore* era delgado y alto y trabajaba en la embajada. Llevaba el pelo muy corto, como si fuera alemán o preso o alguien que está convaleciente de una operación en el cerebro. Pero en realidad tenía el pelo negro y muy abundante, y si se lo hubiera dejado crecer, rizándolo luego con *frissone*, las chicas de la calle lo hubieran admirado; él, sin embargo, se empeñaba en ir todas las semanas a la peluquería y echarlo a perder. Era muy pudoroso en otras cosas, y en la playa se ponía un traje de baño muy modesto, pero por las calles de Roma no le importaba que todo el mundo le viera la forma de la cabeza. La *signora* era muy simpática, con la piel como mármol y muchos vestidos, y la vida era cómoda y agradable, y Clementina iba a rezar a San Marcello para que no se acabara nunca. Los norteamericanos dejaban todas las luces encendidas, como si la electricidad no costase nada; quemaban leña en la chimenea tan solo para evitarse el fresco del

atardecer, y bebían ginebra con hielo y vermut antes de cenar. Olían de manera distinta. Era un olor pálido, pensaba Clementina, un olor débil, y quizá tuviera algo que ver con la sangre de la gente del norte, o quizá se debiera a que siempre se estaban bañando con agua caliente. Se bañaban tanto que Clementina no entendía cómo no se habían vuelto neurasténicos. Sin embargo, comían comida italiana y bebían vino, y ella no perdía la esperanza de que, si comían suficiente pasta y suficiente aceite de oliva, llegarían a tener un olor más fuerte y saludable. A veces los olía mientras servía la mesa, pero el olor era siempre muy débil y en muchas ocasiones no olían a nada. Echaban a perder a sus hijos; a veces los niños levantaban la voz o se enfadaban con *sus genitori*, y lo lógico hubiera sido pegarles; pero aquellos extranjeros nunca pegaban a sus hijos, como tampoco alzaban la voz ni hacían nada que pudiera explicar a los niños la importancia de sus *genitori*, y en una ocasión en que el chico más pequeño se puso muy impertinente y habría que haberle dado una buena zurra, su madre se lo llevó a la juguetería y le compró un barco de vela. A veces, cuando se estaban vistiendo para salir por la noche, el *signore* le abrochaba los trajes a su mujer o el collar de perlas como si fuera un *cafone*, en lugar de llamar a Clementina. Y en cierta ocasión, cuando no había agua en el piso y ella bajaba a la fuente, él fue detrás para ayudarla, y cuando Clementina dijo que ir por agua no era cosa de hombres, él respondió que no podía quedarse sentado junto al fuego mientras una muchacha subía y bajaba por la escalera un cántaro tan pesado. Así que le quitó el cántaro a Clementina y bajó a la fuente, donde se lo pudo ver al lado de la portera y de todas las criadas de la casa; y Clementina lo veía desde la ventana de la cocina y estaba tan furiosa y avergonzada que tuvo que tomar un poco de vino para el estómago, porque todo el mundo diría que ella era una perezosa, y que trabajaba para una familia vulgar y maleducada. Tampoco creían en los muertos. Una vez, volviendo de la sala, que estaba a oscuras, Clementina vio un espíritu con tanta claridad que al principio creyó que era el *signore*, pero el *signore* estaba de pie junto a la puerta. Entonces gritó y se le cayó la bandeja con las botellas y los vasos, y cuando el *signore* le preguntó por qué había gritado, y ella dijo que había visto un fantasma, a él no le gustó. En otra ocasión, vio otro fantasma en el vestíbulo de atrás: el fantasma de un obispo con su mitra, y cuando gritó y le dijo al *signore* lo que había visto, tampoco le gustó.

Pero los niños sí que la comprendían, y, por las noches, cuando estaban acostados, les contaba historias de Nascosta. La historia que más les gustaba era la del joven granjero casado con una mujer muy hermosa llamada Assunta. Cuando llevaban un año de matrimonio tuvieron un hijo muy guapo de pelo negro rizado y piel dorada, pero desde el principio era enfermizo y lloraba mucho; los padres creyeron que debía de ser víctima de un encantamiento y lo llevaron al doctor de Conciliano, haciendo todo el camino a lomos de un asno, y el doctor dijo que el niño se estaba muriendo de inanición. Pero cómo podía ser eso, preguntaron ellos, si los pechos de Assunta estaban tan llenos de leche que le manchaban la blusa. El médico dijo que vigilaran

por la noche. Volvieron a casa en el asno, cenaron, y Assunta se durmió. El marido se quedó despierto para vigilar, y a medianoche vio a la luz de la luna una enorme serpiente que cruzaba el umbral hasta llegar a la cama y mamar toda la leche de los pechos de su mujer, pero el marido no pudo moverse, porque si se movía, la serpiente le clavaría los colmillos a Assunta en el pecho y la mataría. Cuando la serpiente terminó de beberse la leche y volvió a cruzar el umbral a la luz de la luna, el granjero dio la alarma; vinieron todos los granjeros de los alrededores, y encontraron, junto a la pared de la granja, un escondrijo con ocho serpientes muy grandes, engordadas con leche, tan venenosas que hasta su aliento era mortal, y las apalearon hasta matarlas. Y era una historia verdadera, porque Clementina había pasado cientos de veces junto a la granja donde ocurrió todo esto. La historia que más les gustaba después a los niños era la de la señora de Conciliano, que llegó a ser la amante de un guapo extranjero procedente de Estados Unidos. Una noche la señora notó en la espalda del hombre una pequeña señal en forma de hoja, y recordó que el hijo que le habían arrebatado muchos años atrás tenía una marca igual, y se dio cuenta de que su amante era su propio hijo. Corrió a la iglesia para pedir perdón en el confesionario, pero el sacerdote —que era un hombre gordo y muy orgulloso— dijo que no había perdón para su pecado y, de repente, se oyó un fuerte estrépito de huesos. Acudió la gente, abrieron el confesionario, y vieron que allí, donde había estado un sacerdote altivo y desdenoso, no quedaba más que un montón de huesos. Clementina también les contó a los niños el milagro de las joyas de la Madonna, y les habló del *tempo infame* cuando había visto a los lobos subiendo por Via Cavour y de cuando su prima Maria había visto al demonio con su traje rojo.

En el mes de julio, Clementina se marchó a las montañas con su familia norteamericana; en agosto fueron a Venecia, y, al volver a Roma en otoño, comprendió que estaban hablando de marcharse de Italia. Subieron los baúles del sótano, y ella ayudó a la *signora* a empaquetar las cosas. Ahora Clementina tenía cinco pares de zapatos y ocho vestidos y dinero en el banco, pero la idea de buscar otra colocación con una *signora* romana, que la miraría por encima del hombro siempre que le viniera en gana, era muy desalentadora, y un día, cuando le estaba arreglando un vestido a la *signora*, se sintió tan deprimida que se echó a llorar. Entonces le explicó lo dura que era la vida de una sirvienta que trabajaba para una familia romana, y la *signora* dijo que podían llevársela al Nuevo Mundo si ella quería. Iría por seis meses con un permiso temporal; lo pasaría muy bien y sería una gran ayuda para ellos. Arreglaron lo necesario y Clementina fue a Nascosta a despedirse; su madre lloró y le dijo que no se fuera y todos los del pueblo se lo dijeron también, pero no eran más que celos, porque nunca habían podido ir a ningún sitio, ni siquiera a Conciliano. Y por primera vez, el mundo en el que había vivido y en el que había sido feliz le pareció verdaderamente a Clementina un mundo viejo, donde las costumbres y los muros de las casas eran todavía más viejos que la gente, y se dio cuenta de que podría ser más feliz en un mundo en el que las paredes eran más

recientes, aunque la gente fueran unos salvajes.

Cuando llegó el momento de irse, se trasladaron en coche hasta Nápoles, parándose cada vez que al *signore* le apetecía tomarse un café y un coñac, disfrutando de todas las comodidades, como si fuesen millonarios, y alojándose en Nápoles en un hotel *di lusso*, en donde Clementina tuvo una habitación para ella sola. Pero la mañana en que tenían que zarpar sintió una gran tristeza, porque ¿quién puede ser feliz fuera del propio país? Entonces Clementina se dijo a sí misma que era solo un viaje, que volvería a casa al cabo de seis meses, y ¿para qué había hecho Dios el mundo tan distinto y variado si no era para verlo? Le sellaron el pasaporte y subió al barco sintiendo una gran emoción. Era un barco estadounidense, en el que hacía tanto frío como si estuvieran en invierno, y a la hora de comer había agua helada en la mesa, y lo que no estaba frío no tenía aroma y estaba mal cocinado, y Clementina volvió a convencerse de que, si bien aquellas personas eran amables y generosas, les faltaba educación, y los hombres abrochaban los collares de perlas de sus mujeres y, con todo su dinero, no sabían hacer nada mejor que comer carne cruda y beber un café que sabía a medicina. No eran ni hermosos ni elegantes, y tenían los ojos claros; pero lo que más le disgustaba del barco eran las ancianas, que en su país vestían de luto por sus numerosos difuntos y, tal como les correspondía por la edad, andaban despacio e inspiraban respeto. Pero allí las ancianas hablaban con voz chillona y llevaban ropa de colores llamativos y se ponían tantas joyas, todas falsas, como las que adornan a la Madonna de Nascosta, y además se pintaban la cara y se teñían el pelo. Aunque no engañaban a nadie, porque todo el mundo veía lo demacradas que tenían las mejillas debajo del colorete, y las arrugas en la piel del cuello, que las hacía parecidas a tortugas; y aunque olían como la *campagna* en primavera, estaban tan descoloridas y secas como las flores de una tumba. Aquellas ancianas eran como paja, y debían de proceder de un país muy salvaje, puesto que carecían totalmente de prudencia y de buen gusto, no merecían ni recibían el respeto de sus hijos y de sus nietos, y se olvidaban por completo de sus difuntos.

Pero Norteamérica tenía que ser hermosa, pensaba Clementina, porque había visto en las revistas y en los periódicos fotografías de las torres de Nueva York, torres de oro y plata, recortadas contra el azul del cielo, en una ciudad a la que no habían llegado nunca los horrores de la guerra. Pero llovía cuando llegaron a Narrows, y al buscar las torres de la ciudad no las vio, y cuando preguntó por ellas le dijeron que las tapaba la lluvia. Se sintió decepcionada, porque lo que veía del Nuevo Mundo le pareció feo, y toda la gente que soñaba con él tenía que sentirse decepcionada. Era como Nápoles durante la guerra, y Clementina lamentó haberse embarcado. El funcionario de la aduana que le miró las maletas era un maleducado. Tomaron primero un taxi, luego el tren para Washington —la capital del Nuevo Mundo—, y después otro taxi; a través de la ventanilla, Clementina vio que todos los edificios eran copias de los edificios de la Roma imperial, y le parecieron fantasmales a la luz nocturna, como si el Foro hubiera vuelto a surgir del polvo. En seguida salieron al

campo, donde todas las casas eran de madera y recién construidas, y donde los lavabos y las bañeras eran comodísimos, y a la mañana siguiente la *signora* le enseñó los electrodomésticos y cómo manejarlos.

Al principio, la lavadora le inspiraba desconfianza, porque gastaba una fortuna en jabón y agua caliente y no dejaba la ropa limpia, y eso la hacía acordarse de lo feliz que había sido en la fuente de Nascosta, charlando con sus amigas y dejándolo todo tan limpio como si fuese nuevo. Pero poco a poco la lavadora le fue pareciendo más y más *carina*, porque después de todo era solo una máquina, se llenaba de agua y se vaciaba sola, y daba vueltas y vueltas; a Clementina le parecía maravilloso que una máquina se acordara de tantas cosas y que además estuviera siempre allí, aguardando, lista para trabajar. Y luego estaba el lavaplatos, que se podía utilizar con un vestido de noche y sin que te cayera una sola gota de agua en los guantes. Cuando la *signora* había salido y los niños estaban en el colegio, Clementina metía primero algo de ropa en la lavadora y la ponía en marcha; después algunos cacharros en el friegaplatos, y también lo ponía en marcha; luego colocaba un buen *saltimbocca alla romana* en la sartén eléctrica y se sentaba en el *salone* delante de la televisión, escuchando el ruido de todas las máquinas que trabajaban a su alrededor; eso le encantaba y hacía que se sintiera importante. Además, no había que olvidarse del *frigidario* en la cocina, que fabricaba hielo y conservaba la mantequilla tan dura como una piedra; y del amplio congelador repleto de carne de cordero y de vaca, tan fresca como el día que mataron las reses; un batidor de huevos eléctrico, un exprimidor de naranjas, una aspiradora, y todas podían funcionar al mismo tiempo; y una tostadora —toda de plata brillante—, donde bastaba con poner el pan puro y simple, darse la vuelta y, *allora*, ya se habían tostado las dos rebanadas, justo del color que uno quisiera, y todo hecho por la máquina.

Durante el día, el *signore* se iba a su despacho, pero la *signora*, que en Roma había vivido como una princesa, en el Nuevo Mundo parecía una secretaria, y a Clementina se le ocurrió que quizá fueran pobres y que la *signora* no tuviera más remedio que trabajar. Se pasaba el día hablando por teléfono, haciendo cuentas y escribiendo cartas como una secretaria. Siempre andaba con prisas durante el día y estaba cansada de noche, igual que una secretaria. Como los dos terminaban el día rendidos, el ambiente de la casa no era tan agradable como en Roma. Finalmente Clementina le preguntó a la *signora* que para quién estaba haciendo de secretaria, y ella le dijo que no era una secretaria, sino que se encargaba de recaudar dinero para los pobres, los enfermos y los locos. A Clementina aquello le pareció muy extraño. El clima de Estados Unidos también le parecía extraño y húmedo, malo para los pulmones y para el hígado, pero los árboles en aquella estación tenían unos colores maravillosos: nunca había visto antes nada parecido; eran dorados, rojos y amarillos, y las hojas al caer cruzaban el aire como los fragmentos de pintura que se desprenden de los frescos del techo en algún gran salón de Roma o de Venecia.

Había un *paisano*, un hombre mayor a quien llamaban Joe, nacido en la parte más

meridional de Italia, que trabajaba como repartidor de leche. Tenía sesenta años o más y estaba un poco torcido por el peso de las botellas, pero Clementina fue con él al cine, donde Joe podía explicarle el argumento en italiano y donde la pellizcaba y le preguntaba si quería casarse con él. Esto último no pasaba de ser una broma, al menos por lo que a Clementina se refiere. En el Nuevo Mundo había extrañas fiestas —una con un pavo y sin ningún santo—, y luego estaba la fiesta de *Natale*, y ella no había visto nunca nada tan descortés para la Virgen Santísima y el Niño bendito. Primero compraban un arbolito, y luego lo ponían en el salón y le colgaban lazos de colores brillantes, como si fuera un santo que pudiera librarlos del mal y escuchar sus plegarias. *Mamma mia!* ¡Un árbol! Se confesó con un sacerdote que la puso de vuelta y media por no haber ido a la iglesia todos los domingos de su vida y que era muy seco. Durante la misa hacían tres colectas. Clementina pensó que cuando volviera a Roma iba a escribir un artículo para el periódico sobre la iglesia en aquel Nuevo Mundo donde no había siquiera un huesecillo de santo que besar, donde hacían ofrendas a un árbol, olvidaban los dolores de la Virgen y pasaban tres veces el cepillo. Y además estaba la nieve, pero era más *carina* que la nieve de Nascosta, no había lobos, los *signori* esquiaban en las montañas, los niños jugaban con ella, y la casa estaba siempre caliente.

Seguía yendo al cine con Joe los domingos; el lechero le explicaba el argumento, le pedía que se casara con él y la pellizcaba. En cierta ocasión, antes de ir al cine, Joe se paró delante de una casa muy bonita, toda de madera y pintada con mucho cuidado, abrió la puerta y la llevó escaleras arriba, a un apartamento muy agradable, con las paredes empapeladas y el suelo barnizado, cinco habitaciones en total, y un cuarto de baño moderno; Joe dijo que si se casaba con él sería todo suyo. Le compraría un fregaplatos, una batidora y una sartén eléctrica como la de la *signora*, que se apagaba sola cuando ya estaba preparado el *saltimbocca alla romana*. Cuando Clementina le preguntó de dónde iba a sacar el dinero para hacer todo aquello, Joe dijo que había ahorrado diecisiete mil dólares, y sacó una libreta del bolsillo, un talonario, y allí estaba escrito: diecisiete mil doscientos treinta dólares con diecisiete centavos. Todo sería suyo si aceptaba ser su esposa. Clementina le respondió que no, pero después del cine, cuando estaba en la cama, le entristeció pensar en todas aquellas máquinas y deseó no haber venido nunca al Nuevo Mundo. Nada sería ya igual que antes. Cuando volviera a Nascosta y les dijera que un hombre —no un hombre guapo, pero sí honrado y cariñoso— le había ofrecido diecisiete mil dólares y una casa con cinco habitaciones, nunca lo creerían. Se imaginarían que estaba loca, y ¿cómo podría volver a dormir sobre la paja y en una habitación fría sin sentirse desgraciada? Su visado provisional caducaba en abril y tendría que volver a Italia, pero el *signore* dijo que podía solicitar una prórroga si ella quería y Clementina le suplicó que lo hiciera. Una noche, desde la cocina, los oyó cuchichear y comprendió que estaban hablando de ella, pero el *signore* no le dijo nada hasta mucho más tarde, cuando los otros ya se habían acostado y ella entró en la sala de estar para dar las

buenas noches.

—Lo siento mucho, Clementina —dijo—, pero no han querido conceder la prórroga.

—No importa —contestó—. Si no me quieren en este país, me volveré a Italia.

—No es eso, Clementina, es la ley. Lo siento mucho. Su visado expira el día doce. Le conseguiré un pasaje en un barco para antes de ese día.

—Gracias, *signore* —dijo ella—. Buenas noches.

Tendría que volver, pensó. Tomaría el barco, se bajaría en Nápoles, cogería el tren en la estación Mergellina, y más tarde un autobús en Roma; luego abandonaría la Via Triburtina con las cortinillas del *pullman* ondeando al viento, y las nubes de color morado que expulsaba el tubo de escape se deslizarían cuesta abajo mientras ellos trepaban por la colina de Tivoli. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando pensó en besar a la *mamma* y darle la fotografía de Dana Andrews con marco de plata que le había comprado en Woolworth's. Luego se sentaría en la *piazza* con tanta gente alrededor como si hubiese habido un accidente, hablando en italiano, bebiendo el vino que habían elaborado ellos mismos, y contándoles cómo en el Nuevo Mundo hay sartenes que piensan y hasta los polvos para limpiar los *gabinetti* huelen a rosas. Se imaginó la escena con toda claridad, incluido el chorro de la fuente agitado por el viento; pero luego vio cómo iba apareciendo en el rostro de sus paisanos una expresión de escepticismo. ¿Quién iba a creer sus historias? ¿Quién se pararía a escucharlas? La habrían admirado si hubiese visto al demonio, como su prima Mana, pero ella quería hablarles de una especie de paraíso, y a nadie le importaba. Al dejar un mundo y trasladarse a otro, había perdido los dos.

Entonces sacó y releyó las cartas que su tío Sebastiano le había escrito desde Nascosta. Aquella noche, todas las cartas de su tío parecían destilar sufrimiento. El otoño había llegado en seguida —escribía—; hacía frío, incluso en setiembre; muchas viñas y muchos olivos se habían perdido, y la bomba atómica había echado a perder las estaciones en Italia. Ahora la sombra del pueblo caía antes sobre el valle. Clementina recordaba los comienzos del invierno, la inesperada escarcha cubriendo las viñas y las flores silvestres, y los *contadini* volviendo al oscurecer montados en sus *asini*, cargados con raíces y ramas, porque costaba mucho trabajo encontrar madera en aquella zona, y no era raro andar diez kilómetros para conseguir un hato de ramas verdes de olivo. Clementina recordaba el frío que se iba metiendo en los huesos, y veía recortarse a los asnos contra la luz amarillenta del atardecer, y oía el ruido melancólico de las piedras cayendo por los empinados senderos, empujadas por sus pezuñas. En diciembre, Sebastiano escribía que estaban otra vez en época de lobos. El tiempo era infame, y los lobos habían matado a seis de las ovejas del *padrone*; no había ni *abbacchio* ni huevos para la pasta, y la *piazza* estaba enterrada en la nieve hasta el borde de la fuente; pasaban hambre y frío, y Clementina recordaba muy bien las dos cosas.

La habitación en la que leía las cartas estaba caldeada. Las luces eran de color

rosa. Tenía un cenicero de plata igual que una *signora* y, si hubiese querido podría haberse dado un baño caliente en su cuarto de baño privado, llenando la bañera hasta que el agua le llegase al cuello. ¿Era la voluntad de la Santísima Virgen que ella viviera en un desierto y que se muriera de hambre? ¿Estaba mal aprovecharse de las comodidades que a una le ofrecían? Vio otra vez las caras de sus paisanos, y se dio cuenta de lo oscura que tenían la piel, los cabellos y los ojos, como si ella, al vivir con gente de pelo rubio, se hubiera apropiado de las inclinaciones y de los prejuicios de los rubios. Las caras de sus paisanos parecían hacerle reproches, mirarla con paciencia telúrica, y con una expresión dulce, llena de dignidad y desesperanza, pero ¿por qué tendría ella que sentirse obligada a volver y a beber vino agrio en la oscuridad de las colinas? Las gentes del Nuevo Mundo habían encontrado el secreto de la juventud, y ¿habrían rechazado los santos del cielo una vida de juventud si hubiera sido esa la voluntad de Dios? Clementina recordaba que en Nascosta hasta las muchachas más hermosas se marchitaban en seguida, como flores que nadie cuida; que hasta las más hermosas se encorvaban y se quedaban sin dientes, y que su ropa olía a humo y a estiércol, igual que le sucedía a su madre. Pero en este otro país tendría siempre los dientes blancos y no perdería el color del cabello. Hasta el día en que se muriera tendría zapatos de tacón, sortijas y las atenciones de los hombres, porque en el Nuevo Mundo se viven diez vidas y no se llega nunca a sentir la angustia de la edad; no, nunca. Se casaría con Joe. Se quedaría allí y viviría diez vidas, con una piel como mármol y con dientes siempre capaces de morder un filete.

La noche siguiente su *signore* le comunicó las fechas en que zarpaban los buques, y cuando terminó, Clementina dijo:

—No voy a marcharme.

—No entiendo.

—Voy a casarme con Joe.

—Pero Joe es mucho mayor que usted, Clementina.

—Tiene sesenta y tres años.

—¿Y usted?

—Veinticuatro.

—¿Está enamorada de él?

—No, señor. ¿Cómo podría quererlo, con esa barriga que es como un saco de manzanas y tantas arrugas en la nuca que se puede predecir el porvenir con ellas? No es posible.

—Clementina, yo aprecio a Joe. Es un hombre honrado. Si se casa usted con él, tendrá que cuidarlo.

—¡Claro que lo cuidaré, *signore*! Le haré la cama y le prepararé la comida, pero no le permitiré que me toque.

Él se quedó pensando un momento, bajó la vista y finalmente dijo:

—No la dejaré que se case con Joe, Clementina.

—Pero ¿por qué?

—No la dejaré que se case con él si no es para ser su mujer. Tiene que estar enamorada.

—Pero, *signore*, en Nascosta no tendría sentido casarse con un hombre cuyas tierras no están junto a las tuyas, y ¿quiere eso decir que tiene que hacerte perder la cabeza?

—Esto no es Nascosta.

—Pero todos los matrimonios son así, *signore*. Si la gente se casara por amor, el mundo no sería un sitio para vivir, sino un manicomio. ¿No se casó la *signora* con usted por el dinero y por todas las comodidades que usted le proporciona? —Él no respondió, pero Clementina vio cómo enrojecía hasta las orejas—. *Signore, signore!* —prosiguió—. Habla usted como un muchacho ilusionado, como un chiquito con la cabeza llena de poesía. Solo trato de explicarle que voy a casarme con Joe para quedarme en este país, y usted me contesta como un niño.

—No estoy hablando como un niño —replicó él, levantándose de la silla—. No estoy hablando como un niño. ¿Quién se cree que es? Cuando vino usted a nuestra casa en Roma no tenía zapatos ni abrigo.

—No me entiende usted, *signore*. Quizá llegue a querer a Joe, pero solo intento explicarle a usted que no me caso por amor.

—Y eso es lo que yo estoy tratando de explicarle a usted: que no pienso permitirlo.

—Me marcharé de su casa, *signore*.

—Está usted bajo mi responsabilidad.

—No, *signore*, ahora es Joe quien responde de mí.

—Entonces, váyase de mi casa.

Clementina subió a su cuarto y lloró y lloró, enfadada con aquel niño grande y compadeciéndolo al mismo tiempo, pero hizo las maletas. A la mañana siguiente preparó el desayuno, pero se quedó en la cocina hasta que el *signore* se marchó a trabajar; entonces bajó la *signora* y se echó a llorar, y los niños lloraron también, y al mediodía, Joe fue a buscarla con su coche y la llevó a casa de los Pelluchi, que eran *paisani*; se quedaría con ellos hasta que se casaran. Maria Pelluchi le explicó a Clementina que en el Nuevo Mundo todas las chicas se casaban como princesas, y era verdad. Durante tres semanas estuvo recorriendo tiendas con Maria. Primero para comprarse el traje de novia, todo de blanco y a la última moda, con una cola de satén para que arrastrase por el suelo, pero económico al mismo tiempo, porque la cola podía quitarse, convirtiendo el vestido en un traje de noche. Después, la ropa para Maria y para su hermana, que iban a ser las damas: un vestido amarillo y otro color lavanda que también podían usarse luego como trajes de noche. A continuación los zapatos, las flores, la ropa para el viaje y la maleta; nada de alquiler. Cuando llegó el día de la boda, Clementina estaba tan cansada que se le doblaban las rodillas. Durante la ceremonia le pareció que soñaba y apenas recordaba nada después. A la fiesta asistieron muchos *paisani*, y hubo música, vino y comida abundante, y luego, Joe y

ella se fueron en el tren a Nueva York, donde los edificios eran tan altos que Clementina tuvo nostalgia de su tierra y la sensación de ser muy poco importante. En Nueva York pasaron la noche en un hotel, y al día siguiente tomaron un tren *di lusso*, reservado para *signori* que iban a Atlantic City, con un sillón especial para cada viajero, y un camarero que traía bebidas y cosas de comer. Clementina colgó del respaldo de su asiento la estola de visón que Joe le había regalado, para que todo el mundo la viera y pensara que ella era una *signora* rica. Su marido llamó al camarero y le dijo que trajera whisky y soda, pero el otro hizo como que no entendía y fingió estar muy ocupado atendiendo a los demás viajeros para hacerlos esperar hasta el final. Clementina sintió de nuevo vergüenza y rabia al comprobar que los trataban con descortesía, como si fueran cerdos, por no hablar con elegancia el idioma de aquel nuevo país. Y eso fue lo que les pasó durante todo el viaje, porque el camarero no volvió a acercarse a ellos, como si su dinero no fuese tan bueno como el de los demás. Primero atravesaron una *galleria* muy grande y oscura, y salieron a una región fea y con muchas industrias y chimeneas que echaban fuego, pero también había árboles y ríos y sitios para navegar. Clementina miraba el paisaje, que se deslizaba con tanta suavidad como si fuera agua, para ver si era tan hermoso como Italia, pero lo que comprendió fue que aquel no era su país, que aquella no era su tierra. Al acercarse a las ciudades atravesaban por esos sitios donde viven los pobres y donde la ropa está tendida sobre cuerdas, y pensó que aquello era igual, que tender la ropa en cuerdas debía de ser lo mismo en todo el mundo. Las casas de los pobres también eran iguales, e idéntica la manera que tenían de apoyarse las unas en las otras, y en cuanto a las huertas, no eran sitios amplios, pero se veía que estaban cultivadas con cuidado y con amor. Era mediodía o un poco más tarde cuando salieron, y mientras atravesaban velozmente los campos y caía la tarde, Clementina vio que terminaban las clases en las escuelas y que se veían por las calles muchos niños con libros, montando en bicicleta y jugando; muchos saludaban al tren al pasar y ella les respondía. Saludó a unos niños que caminaban por un prado de hierbas altas, y a dos muchachos sobre un puente, y a un anciano, y todos le contestaron; saludó a tres muchachas y a una señora que empujaba un cochecito, y a un niño con un abrigo amarillo que llevaba una maleta, y también le respondieron. Todos saludaban. Luego notó que se estaban acercando al océano, porque estaba todo como más vacío, y había muchos menos árboles, y muchos anuncios de hoteles diciendo los centenares de habitaciones que tenían y los diferentes bares donde se podían beber cócteles; y Clementina se puso muy contenta al ver el nombre de su hotel en uno de esos anuncios y estar segura de que también era *di lusso*. Después el tren se detuvo porque habían llegado al final del viaje. Ella se sentía tímida y acobardada, pero Joe dijo *andiamo*, y el camarero que había sido tan descortés cogió las maletas e hizo intención de coger también la estola de visón, pero ella contestó: «No, gracias», y se la quitó de las manos al muy cerdo. Y en seguida encontraron el coche negro más grande que Clementina había visto nunca, con un rótulo en el que se leía el nombre

de su hotel; subieron a él junto con algunas otras personas, pero no se dijeron nada durante el trayecto, porque Clementina no quería que los otros supieran que no hablaba inglés.

El hotel era verdaderamente *di lusso*. Subieron en un ascensor y recorrieron pasillos con gruesas alfombras, hasta llegar a una habitación muy bonita, también con gruesas alfombras por todas partes, y un cuarto de baño, aunque sin bidet. Cuando se marchó el camarero, Joe sacó una botella de whisky de la maleta, bebió un trago y le pidió a Clementina que fuera a sentarse en sus rodillas, y ella dijo que un poco más tarde, que después, porque traía mala suerte de día y sería mejor esperar a que saliera la luna, y a ella le apetecía bajar a ver los comedores y los salones. Clementina se preguntaba si el aire del mar sería perjudicial para el visón, y mientras Joe se tomaba otro trago vio por la ventana el océano y las olas blancas que llegaban hasta la playa; como las ventanas estaban cerradas y no se oía el ruido de las olas al romper, parecía como si lo estuviera soñando. Bajaron otra vez, sin hablar, porque Clementina tenía ya una clara intuición de que era mejor no hablar la *bella lingua* en un sitio tan lujoso; vieron los bares y los comedores, que eran muy grandes, y salieron a un amplio paseo junto al mar, donde se notaba la sal en el aire, como en Venecia; olía como en Venecia, y había también un olor a fritura que a Clementina le recordó la fiesta de San Giuseppe en Roma. A un lado estaba el mar, verde y frío, el mar que ella había cruzado para venir a este Nuevo Mundo, y al otro lado había muchas cosas divertidas. Fueron andando hasta el sitio de los gitanos; había una ventana con el dibujo de una mano, y allí le leían a uno el porvenir. Cuando Clementina preguntó si hablaban italiano, respondieron:

—*Si, si, si, non c'è dubbio!*

Joe dio un dólar y ella se sentó detrás de una cortina, frente a la gitana, que le miró la mano y empezó a echarle la buena ventura, pero no era italiano lo que hablaba, sino una mezcla de un poco de español con otro idioma que Clementina no había oído nunca antes, y solo entendía una palabra aquí y allá, como «el mar» y «el viaje», pero no era capaz de decir si era un viaje que tenía que hacer o que ya había hecho; se impacientó con la gitana, que había mentido al decir que hablaba italiano, y pidió que le devolviera el dinero, pero la otra dijo que, si devolvía el dinero, este iría acompañado de una maldición. Conociendo las terribles maldiciones que echan los gitanos, Clementina no quiso complicar más las cosas, y salió a reunirse con Joe, que la esperaba en el paseo con tantos árboles. Volvieron a pasear junto al mar de color verde y junto a las barracas y las freidurías, donde había gente que los llamaba, diciéndoles que se gastaran allí el dinero, sonriendo y haciendo gestos maliciosos, como los demonios del infierno. Luego vieron el *tramonto*, y se encendieron las luces, deslumbrantes como perlas; mirando hacia atrás, Clementina veía las ventanas rosadas del hotel donde los conocían, donde tenía una habitación propia a la que podían volver cuando quisieran, y el ruido del mar sonaba como explosiones a lo lejos, en las montañas.

Clementina se portó como una buena esposa con Joe, y por la mañana su marido le estaba tan agradecido que le compró una bandeja de plata para la mantequilla, una funda para la tabla de planchar y unos pantalones rojos con cordones dorados. Ella sabía que su madre se pondría furiosa si la viera con pantalones, y ella misma, en Roma, hubiera escupido a una mujer tan vulgar como para ponerse pantalones, pero ahora estaba en un nuevo mundo, y allí no era pecado. Por la tarde, Clementina se puso la estola de visón y los pantalones rojos y estuvo paseando con Joe por la avenida repleta de árboles a la orilla del mar. El sábado se volvieron a casa, el lunes compraron los muebles y los electrodomésticos y el martes se los llevaron; el viernes Clementina se puso los pantalones rojos y fue al supermercado con Maria Pelluchi, que le explicó lo que decían las etiquetas de las latas, y ella se parecía tanto a una norteamericana que la gente se extrañaba de que no hablara inglés.

Pero aunque no hablara inglés hacía todo lo demás, e incluso aprendió a beber whisky sin toser ni escupir. Por la mañana ponía en marcha todos los electrodomésticos y veía la televisión, aprendiendo las letras de las canciones; por las tardes Maria Pelluchi iba a su casa y veían juntas la televisión, y por la noche la veía con Joe. Intentó escribir a su madre contándole las cosas que había comprado —cosas mucho mejores que las que tiene el papa—, pero se dio cuenta de que su carta solo serviría para desconcertar a su madre, y al final terminó por no enviarle más que tarjetas postales. Era imposible describir lo agradable y cómoda que había llegado a ser su vida. En las noches de verano, Joe la llevaba a las carreras de Baltimore. Clementina no había visto nunca nada tan bonito: los caballos, las luces, las flores, y el maestro de ceremonias con la chaqueta roja y el cornetín. Aquel verano fueron a las carreras todos los viernes, y a veces con más frecuencia; una de aquellas noches, cuando llevaba puestos los pantalones rojos y estaba bebiendo whisky, vio por primera vez a su *signore* desde que se habían peleado.

Le preguntó qué tal estaba y también por su familia, y él respondió:

—Ya no vivimos juntos. Nos hemos divorciado.

Al mirarle entonces a la cara, Clementina no vio el final de su matrimonio, sino el final de su felicidad. Era ella la que estaba en lo cierto, porque le había explicado que se comportaba como un chiquillo con la cabeza llena de poesía, pero algo de lo que él había perdido también le pareció haberlo perdido ella. Luego él se marchó, y, aunque la carrera estaba empezando, Clementina vio en cambio la nieve muy blanca y los lobos de Nascosta, la manada entera subiendo por Via Cavour y cruzando la *piazza* como si tuvieran que cumplir alguna misión relacionada con la oscuridad y el señorío que ella sabía que estaba presente en el corazón de la existencia, y, recordando el frío y la blancura de la nieve y el sigilo de los lobos, se preguntó por qué Dios habría dejado abiertas tantas posibilidades distintas y habría hecho la vida tan extraña y tan variada.

UN MUCHACHO EN ROMA

Está lloviendo en Roma —escribió el muchacho—; vivimos en un palacio de techo dorado y las glicinias están en flor, pero en esta ciudad no se oye el rumor de la lluvia. Al principio solíamos pasar los veranos en Nantucket y los inviernos en Roma, y allá en Norteamérica se puede oír la lluvia, y me gusta estar en la cama por la noche y escuchar cómo corre por la hierba como si fuera fuego, porque entonces uno ve con lo que llaman el ojo de la mente toda la serie de cosas diversas que crecen en los pastos junto al mar: brezos, tréboles y helechos. Solíamos bajar a Nueva York en otoño y embarcarnos en octubre, y el mejor recuerdo de aquellos viajes eran las fotos que el fotógrafo del barco sacaba y colocaba en la biblioteca después de la juerga: hombres con sombreros de mujeres, ancianos que jugaban al juego de las sillas y todo ello iluminado con bombillas de flash para que pareciese una tormenta en un bosque. Yo jugaba al ping-pong con los viejos y gané todos los torneos de la travesía hacia el este. Gané una cartera de piel de cerdo en un viaje de la compañía italiana, un juego de pluma y lápiz de la American Export y tres pañuelos de la Home Lines, y una vez que viajé en un barco griego gané un encendedor. Se lo regalé a mi padre, porque en aquellos tiempos yo no bebía, ni fumaba, ni juraba, ni hablaba italiano.

Mi padre era bueno conmigo, y cuando era pequeño me llevaba al zoo, me dejaba montar a caballo y siempre me compraba algún pastel y me invitaba a una naranjada en un café, y mientras yo me la tomaba, él siempre se bebía un vermut con una medida doble de ginebra o (más tarde) un martini, cuando había tantos norteamericanos en Roma, pero no estoy escribiendo un cuento sobre un muchacho que ve a su padre despachar a escondidas unos tragos. Las únicas veces que yo hablaba italiano era cuando mi padre y yo íbamos a ver al cuervo de los jardines Borghese y le dábamos cacahuets. El cuervo decía «*buongiorno*» al vernos y yo respondía «*buongiorno*», y cuando le daba cacahuets decía «*grazie*», y al marcharnos nos decía «*ciao*». Mi padre murió hace tres años y está enterrado en el cementerio protestante de Roma. Al entierro asistió mucha gente, y al término de la ceremonia mi madre me abrazó y me dijo:

—Nunca lo dejaremos aquí solo, ¿verdad, Pietro? Nunca jamás lo dejaremos aquí solo, ¿verdad que no, cariño?

Algunos norteamericanos viven en Roma para eludir los impuestos, y otros viven allí porque están divorciados o son excesivamente concupiscentes o poéticos o tienen alguna otra razón para creer que podrían ser perseguidos en la patria, y hay algunos que viven en Roma porque los huesos de mi padre yacen en el cementerio protestante.

Mi abuelo era un magnate, y creo que eso explica por qué a mi padre le gustaba

vivir en Roma. Mi abuelo empezó de la nada, pero hizo una fortuna, y esperaba que todo el mundo hiciera lo que él había hecho, solo que eso no era posible. Las únicas veces en que tuve trato con mi abuelo fue cuando lo visitábamos en su casa veraniega de Colorado. Lo que mejor recuerdo son las cenas que solía preparar los domingos por la noche, cuando las sirvientas y el cocinero estaban disfrutando de su día libre. Siempre cocinaba un filete, e incluso antes de que encendiera el fuego todo el mundo estaba tan nervioso que perdía el apetito. Lo pasaba terriblemente mal tratando de encender el fuego, y todos lo observábamos sentados mientras lo hacía, pero nadie se atrevía a decir una palabra. No había nada de beber porque el abuelo no aprobaba la bebida, pero mis padres saciaban de sobra su sed en el cuarto de baño. Bueno, pues después de la media hora que le llevaba encender el fuego, ponía los filetes en la parrilla y todos permanecíamos allí sentados. Lo que nos ponía nerviosos era que todos sabíamos que íbamos a ser juzgados. Si en el curso de la semana habíamos hecho algo que disgustase al abuelo, pues bien, ahora iba a hacérselo saber. El simple hecho de cocinar un filete casi lo ponía al borde de un ataque. Cuando la grasa ya estaba caliente, su cara adquiría un tono púrpura, daba saltos y corría de un lado para otro. Una vez que la carne estaba lista, cada uno cogía su plato y nos ponía en fila: entonces se iniciaba el juicio. Si el abuelo estaba contento contigo, te daba un buen pedazo de carne, pero si creía o sospechaba que habías hecho algo malo te entregaba un trozo diminuto de cartílago. Bueno, es difícil de explicar lo molesto que resulta tener en la mano un gran plato con un trocito de cartílago. Uno se siente fatal.

Una semana traté de hacerlo todo como es debido para no verme sometido a semejante castigo. Limpié la furgoneta, ayudé a la abuela en el jardín y recogí leña para los diversos fuegos de la casa, pero el domingo solo conseguí una ración de cartílago. Entonces dije: «Abuelo, no comprendo por qué nos preparas filetes todos los domingos si eso te hace tan infeliz. Mamá sabe cocinar y por lo menos podría hacer huevos revueltos, y yo sé preparar bocadillos. Yo podría hacerlos. Quiero decir que si quieres cocinar para nosotros me parece muy bien, pero yo creo que no te apetece y que sería mejor que en lugar de sufrir toda esta tortura comiéramos huevos revueltos en la cocina. O sea, que no entiendo por qué invitas a cenar a la gente si te pone de tan mal humor». Bueno, dejó el cuchillo y el tenedor y yo ya lo había visto ponerse colorado cuando la grasa estaba caliente, pero nunca tanto como aquella noche. «¡Maldito mentecato, simio parásito!», me gritó, y luego se metió en casa y subió a su dormitorio, cerrando de un portazo todas las puertas que encontró a su paso. Mi madre me bajó al jardín y me dijo que había cometido un error espantoso, pero yo no entendía qué había hecho de malo. Al cabo de un rato, oí a mi padre y a mi abuelo insultándose a gritos y diciendo palabrotas, y a la mañana siguiente nos marchamos y no volvimos nunca, y al morir el abuelo solo me dejó un dólar.

Un año después murió mi padre y lo eché de menos. Aunque contraria a todo aquello en lo que creo y opuesta a la clase de cosas que me interesan, solía asaltarme la idea de que mi padre volvería del reino de los muertos y me prestaría ayuda. Tengo

cabeza y hombros para hacer el trabajo de un hombre, pero a veces me decepciona mi madurez, y mi desilusión con respecto a mí mismo es mucho más profunda cuando al final de la jornada me apeo de un tren en una ciudad como Florencia, que no es la mía, mientras sopla la tramontana y no hay nadie en la plaza de la estación (excepto los que tienen que estar en ella), a causa de ese viento implacable. Entonces me parece que no soy yo mismo ni la suma de todo lo que he aprendido, sino que la tramontana y la hora y la extrañeza del lugar me han despojado de mi acervo emotivo, y no sé hacia dónde dirigirme, aparte de alejarme de este viento, por supuesto. Así ocurría cuando viajaba solo en el tren rumbo a Florencia: soplaba la tramontana y no había nadie en la *piazza*. Me sentía solo y entonces alguien me tocaba en el hombro y yo pensaba que era mi padre, que había vuelto del reino de los muertos, que volveríamos a ser felices juntos y a ayudarnos mutuamente. Pero quien me tocaba era un anciano harapiento que quería venderme llaveros de recuerdo, y cuando veía las llagas de su cara me sentía peor que nunca, me parecía que en mi vida había un gran agujero y que nunca iba a obtener todo el cariño que necesitaba. Ese otoño, de regreso en Roma, una vez me quedé hasta tarde en el colegio y volví a casa en el tranvía; eran más de las siete y todas las tiendas y las oficinas estaban cerrando, todo el mundo tenía prisa por volver a casa, y alguien me tocó en el hombro, y pensé que era mi padre, que había regresado del reino de los muertos. Esta vez ni siquiera alcé los ojos, porque no podía haber sido nadie, ni un cura, ni una furcia ni un anciano que hubiese perdido el juicio; experimenté el mismo sentimiento de que volveríamos a ser felices juntos, pero entonces supe que no, que nunca obtendría todo el afecto que necesitaba, nunca.

Después del fallecimiento de mi padre renunciamos a los viajes a Nantucket y vivimos todo el tiempo en el Palazzo Orvieta. Es un hermoso y sombrío edificio con una célebre escalera, aunque solo la iluminan bombillas de diez vatios y está poblada de sombras por la noche. Nunca hay suficiente agua caliente y abundan las corrientes de aire, porque Roma es a veces fría y lluviosa en invierno, a pesar de todas las estatuas desnudas. A cualquiera podría provocarle un arrebató de furia escuchar a los hombres que cantan en las calles oscuras canciones melodiosas sobre las rosas de la eterna primavera y los cielos soleados del Mediterráneo. Presumo que podría hacerse una canción sobre las frías *trattorie* y las glaciales iglesias, las frías tiendas de vinos y los bares helados, las cañerías reventadas y el goteo perenne de los lavabos, y sobre el modo en que la ciudad yace bajo la nieve como una víctima de apoplejía y la forma en que tose todo el mundo en las calles (incluso los cardenales y los archiduques), pero no valdría gran cosa como composición. Voy a la Escuela Internacional Católica Sant' Angelo di Padova, aunque no soy católico, y recibo la comunión en la iglesia de San Pablo todos los domingos por la mañana. En invierno solemos ir a la iglesia solamente dos personas, sin contar al sacerdote o al canónigo, y no me gusta sentarme junto al otro hombre porque huele a incienso chino, si bien he pensado alguna vez que, cuando no me he bañado en tres o cuatro días a causa de la escasez

de agua caliente, puede que él no quiera sentarse a mi lado. Cuando los turistas llegan en marzo suele haber más gente en la iglesia.

Al principio, casi todos los amigos de mi madre eran norteamericanos, y todos los años por Navidad solía organizar una gran fiesta patriótica. Había champán y tarta; Tibi, amigo de mi madre, tocaba el piano y todos, rodeándolo, cantaban en pie *Silent Night, We Three Kings of Orient Are, Hark, the Herald Angels Sing*, y otros villancicos de la patria. Nunca me gustaron esas fiestas porque todas las divorciadas solían llorar. En Roma hay centenares de divorciadas norteamericanas y todas son amigas de mi madre, y a continuación de la segunda estrofa de *Silent Night*, todas empezaban a vociferar, pero una vez que yo estaba en la calle el día de Nochebuena, paseando por delante del palacio en un momento en que las ventanas estaban abiertas porque hacía buen tiempo o quizá para dejar que saliese el humo por los altos ventanales, oí a toda aquella gente cantando el villancico en aquella ciudad extranjera llena de ruinas y fuentes, y se me puso la carne de gallina. Mi madre dejó de dar esa fiesta cuando empezó a conocer a tantísimos nobles italianos. A mi madre le gusta la nobleza y le trae sin cuidado la apariencia que tengan los nobles. A veces, la anciana princesa Tavola-Calda viene a tomar el té a nuestra casa. O es enana o ha encogido con la edad. Viste ropas ligeras que conserva a base de zurcidos, y siempre cuenta que sus mejores prendas, los vestidos de gala y todo eso, están en un gran baúl del que ha perdido la llave. Tiene vello en el mentón y un perro bastardo llamado *Zimba*, que sujeta con una cuerda para tender la ropa. Viene a nuestra casa a atiborrarse de pastas de té, pero a mi madre no le importa, porque es una princesa auténtica que tiene sangre de los césares en las venas.

El mejor amigo de mi madre es un norteamericano que se llama Tibi y reside en Roma. Hay mucha gente de ese estilo, pero no creo que escriban demasiado. Tibi suele estar siempre muy fatigado. Quiere ir a la ópera en Nápoles, pero está demasiado cansado para hacer el viaje. Quiere ir al campo a pasar un mes y acabar su novela, pero en el campo solo se puede comer cordero asado, y es un manjar que fatiga mucho a Tibi. Nunca ha visto el castillo de Sant' Angelo porque el simple pensamiento de tener que atravesar el río le provoca cansancio. Siempre está a punto de ir allí o allá, pero nunca va a ninguna parte porque se halla exhausto. Al principio cabría pensar que si alguien lo metiera en una ducha fría o prendiera un petardo debajo de su silla se descubriría si Tibi está realmente cansado o si su fatiga es un modo de obtener lo que quiere de la vida, como por ejemplo el afecto de mi madre, o si ronda nuestro palacio con un propósito concreto, del mismo modo que yo espero conseguir lo que le pido a la vida deambulando por las calles como si hubiera ganado un partido de tenis o un combate de boxeo.

Aquel otoño habíamos proyectado bajar en coche hasta Nápoles en compañía de Tibi para despedir a unos amigos que volvían a la patria, pero Tibi se presentó en el palacio esa mañana y dijo que estaba demasiado cansado para realizar el viaje. A mi madre no le agrada ir a ningún sitio sin él, y al principio fue amable con Tibi y dijo

que iríamos todos en tren, pero el hombre estaba extenuado incluso para eso. Luego fueron a otra habitación y oí la voz de mi madre, y cuando salió advertí que había estado llorando, y ella y yo bajamos solos en tren a Nápoles. Íbamos a pasar allí dos noches con una vieja marquesa, ver zarpar el barco e ir a la ópera de San Carlo. Viajamos ese día y la salida del barco fue al día siguiente, y nos despedimos y contemplamos cómo los cabos caían al agua en cuanto la nave empezó a moverse.

Tantas lágrimas se han vertido cada vez que un buque se hace a la mar con su cargamento de emigrantes que el puerto de Nápoles debe de rebosar de llantos, y me pregunté qué se sentiría al emprender una vez más el viaje a casa, pues los amigos de mi madre hablan tanto sobre el amor que profesan a Italia que se diría que la península tiene contornos de mujer desnuda en lugar de tener forma de bota. ¿La echaría de menos, me pregunté, o todo se derrumbaría como un castillo de naipes, todo se iría deslizando hacia el olvido? A mi lado, en el muelle, había una anciana señora italiana vestida de negro que no cesaba de gritar desde el muelle: «Bienaventurado, bienaventurado tú, que vas a ver Nueva York», y el hombre a quien se lo decía era un hombre viejo, un viejo que lloraba como un niño.

Después del almuerzo no había nada que hacer, y compré un billete para una excursión al Vesubio. En el autobús había alemanes y suizos y aquellas dos chicas norteamericanas, una que se había teñido el pelo de un curioso tono rojo en el lavabo de algún hotel, y que llevaba una estola de visón a pesar del calor que hacía, y aquella otra que no se había teñido los cabellos y ante cuya presencia mi corazón, como un gran búho (o en todo caso, algún pájaro nocturno), desplegaba sus alas y remontaba el vuelo. Era hermosa. La simple observación de sus diversas partes, su nariz, su cuello y todo lo demás, hizo que me pareciese más bonita. Se peinaba con los dedos el pelo negro, acariciándolo y manoseándolo, y solo mirarla me hizo muy feliz. Yo saltaba, realmente daba saltos de alegría al contemplar simplemente cómo se arreglaba el pelo. Noté que estaba haciendo el ridículo y miré por la ventanilla todas las chimeneas humeantes del sur de la ciudad de Nápoles y la *autostrada* del fondo, y pensé que cuando volviera a mirarla ya no me parecería tan preciosa; esperé hasta que llegamos al final de la *autostrada*, miré de nuevo y ahí estaba ella, tan bonita como siempre.

Estaban juntas y no hubo forma de trabar relación con ellas cuando hicimos cola para subir al telesilla, pero una vez que llegamos por el aire a la cima resultó que la pelirroja no podía caminar porque llevaba sandalias y las calientes cenizas volcánicas le quemaban los pies; entonces me ofrecí a enseñar a su amiga el paisaje y a indicarle las vistas que merecían la pena, Sorrento y Capri a lo lejos, el cráter y todo lo demás. Se llamaba Eva y estaba haciendo turismo, y cuando la interrogué acerca de su compañera, me dijo que no era su amiga, que acababan de conocerse en el autobús y que se habían sentado juntas únicamente porque ambas hablaban inglés. Me dijo que era actriz, tenía veintidós años y hacía anuncios en la televisión, sobre todo publicidad de maquinillas de afeitar para mujeres, pero que ella solamente hacía la

parte oral y otra muchacha realizaba el afeitado, y que su trabajo le había proporcionado el dinero para visitar Europa.

Volvimos juntos en autobús a Nápoles y conversamos todo el tiempo. Me contó que le gustaba la cocina italiana y que su padre no había querido que viajase sola a Europa. Había discutido con él. Le conté todo lo que se me pasó por la cabeza, incluso que mi padre estaba enterrado en el cementerio protestante. Pensé en invitarla a cenar conmigo en Santa Lucía, pero en algún punto cercano a la estación Garibaldi, el autobús chocó contra un pequeño Fiat y ocurrió lo que sucede normalmente en Italia cuando se produce una colisión. El conductor se apeó a pronunciar un discurso y todo el mundo bajó para escucharlo, y cuando volvimos a subir al autobús, Eva ya no estaba. Era tarde y cerca de la estación había una muchedumbre, pero he visto las suficientes películas de hombres que buscan a sus amadas entre las multitudes de una estación de ferrocarril para sentir la certeza de que todo terminaría felizmente. Así que la busqué en la calle durante una hora, pero jamás volví a verla. Regresé a la casa donde nos alojábamos y gracias a Dios no había nadie en ella; subí a mi habitación, una estancia amueblada —he olvidado decir que la marquesa alquilaba habitaciones—, me tendí en la cama, hundí la cara entre los brazos y pensé de nuevo que jamás obtendría todo el amor que necesitaba, nunca.

Más tarde entró mi madre y me dijo que acostado de aquel modo se me iba a arrugar la ropa. Se sentó en una silla junto a la ventana y me preguntó si la vista no me parecía *divina*, aun cuando yo sabía que únicamente se divisaba un lago, algunas colinas y unos cuantos pescadores en el muelle. Me enfadé con mi madre, y no sin cierta razón, pues siempre me había enseñado a respetar las cosas invisibles, y aunque yo había conservado una pupila experta, aquella noche supe que nada invisible iba a remediar la desazón que sentía. Siempre me había enseñado que las cosas morales más poderosas de la vida son invisibles, y siempre había estado de acuerdo con su pensamiento de que la luz de las estrellas y la lluvia eran lo que impedían que el mundo se hiciera añicos. Había estado de acuerdo con ella hasta aquel momento, en que descubrí que todas sus enseñanzas eran erróneas, pusilánimes y nauseabundas como el olor a incienso chino que exhalaba aquel hombre de la iglesia. ¿Qué tenía que ver con mis necesidades la luz de las estrellas? A menudo he admirado a mi madre, sobre todo en reposo, y se supone que es una mujer hermosa, pero aquella noche me pareció un ser extraviado. Me senté en el borde de la cama, observándola atentamente y pensando en lo ignorante que era. Experimenté un terrible impulso. Deseé propinarle una patada, un rápido puntapié, e imaginé —me permito imaginar la horrible escena— la cara que pondría y el modo en que se estiraría la falda y diría que yo era un hijo ingrato, que nunca había apreciado los privilegios de mi vida: la Navidad en Kitzbühel, etc. Añadió algo más sobre la divina panorámica y los deliciosos pescadores, y me acerqué a la ventana para ver de qué estaba hablando.

¿Qué tenían de encantador los pescadores? Eran sucios, sin duda, deshonestos y necios, y uno de ellos estaba probablemente borracho, ya que no dejaba de darle

tientos a una botella vacía. Mientras perdían el tiempo en el muelle, sus esposas y sus hijos seguramente estarían esperando que llevaran algún dinero a casa, ¿y qué había de encantador en eso? El cielo era dorado, pero no pasaba de ser un espejismo de gasolina y fuego; el agua era azul, pero esa zona del puerto está llena de desagües de alcantarillado, y las muchísimas luces de lo alto de la colina procedían de las ventanas de casas frías y feas cuyas habitaciones debían de oler a cortezas de *parmigiano*, y a coladas. La luz era dorada, pero luego adquirió otro color, más oscuro y rosáceo, y me pregunté dónde había visto antes aquella tonalidad, y creí que tal vez en los pétalos exteriores de esas rosas que florecen tarde en las montañas después de la escarcha. Luego el cielo palideció, se puso tan pálido que se podía ver el humo de la ciudad elevándose en el aire. A través de la humareda brotó la estrella vespertina con una llamarada como de farol, y empecé a contar las restantes estrellas a medida que iban apareciendo, pero en seguida fueron incontables. De pronto mi madre se echó a llorar y yo supe que lloraba porque estaba muy sola en el mundo, y lamenté mucho mi momentáneo deseo de asestarle un puntapié. Luego me dijo que por qué no íbamos a San Cario y cogíamos el tren a Roma, cosa que hicimos, y ella se alegró de ver a Tibi tumbado en el sofá cuando regresamos.

Acostado en la cama aquella noche, pensando en Eva y en todo lo demás, en una ciudad donde no puede oírse el rumor de la lluvia, pensé que volvería a Norteamérica. En Italia nadie me entendía realmente. Si daba los buenos días al portero, el hombre no sabía lo que yo le decía. Si salía al balcón y gritaba «socorro, fuego» o algo parecido, nadie lo entendería. Pensé que me gustaría regresar a Nantucket, donde sería comprendido y habría muchas chicas como Eva paseando por la playa. Asimismo, opinaba que una persona debe vivir en su propia patria; que siempre hay algo raro o misterioso en la gente que elige vivir en otro país. Ahora mi madre tenía numerosas amigas norteamericanas que hablaban un correcto italiano y usaban ropa italiana —todo lo que tienen es italiano, incluso en ocasiones también sus maridos—, pero me parecía que en ellas había algo raro, como si sus medias estuvieran torcidas o se les viese la combinación, y creo que lo que digo respecto a la gente que escoge vivir en otro país es siempre cierto. Quería volver a casa. Hablé de ello con mi madre al día siguiente y me dijo que era totalmente imposible, que no podía regresar solo y que ya no conocía a nadie allí. Entonces le pregunté si podría pasar el verano en Estados Unidos y me respondió que no se podía permitir el gasto porque iba a alquilar una casa de veraneo en Santa Marinella. Por último, le pregunté si podía ir en caso de que yo reuniese el dinero, y me contestó que por supuesto.

Empecé a buscar un trabajo de media jornada y resultaba difícil encontrar uno; hablé con Tibi y él me ayudó. No es un hombre extraordinario, pero siempre es amable. Dijo que se acordaría de mi petición de ayuda, y un día, cuando volví a casa, me preguntó si me gustaría trabajar de guía los sábados y los domingos para Roncari,

la empresa de turismo. El trabajo era perfecto, y me pusieron a prueba el sábado siguiente en el autobús que va a Villa Adriano y al Tivoli. A los norteamericanos les gusté, supongo que porque les recordaba a su país, y también trabajé el domingo. El pago era justo y el horario no me entorpecía las tareas escolares, y también pensé que el empleo me daría la oportunidad de encontrar a un rico industrial norteamericano que quisiera llevarme de vuelta a Estados Unidos y enseñarme todo lo referente al negocio del acero, pero nunca sucedió tal cosa. Conocí en cambio a un montón de vagabundos norteamericanos y comprobé en el curso de mi trabajo cuán grande es el ansia de muchos compatriotas que tienen hogares bonitos y confortables por recorrer el mundo y conocer sus parajes. Algunos sábados y domingos, cuando los veía amontonarse en el autobús, me daba la impresión de que somos una raza errabunda, como los nómadas. Durante el recorrido íbamos primero a la Villa Adriano, donde disponían de media hora para visitar el lugar y hacer fotografías, y luego recontaba a los viajeros y subíamos la gran colina que lleva al Tivoli y a la Villa d'Este. Sacaban más fotos y yo les enseñaba dónde podían comprar las postales más baratas; después bajábamos a la Tiburtina, dejábamos atrás todas las nuevas fábricas construidas allí y entrábamos en Roma. En invierno había oscurecido al regresar a la ciudad, y el autobús recorría todos los hoteles donde se alojaban, o los dejaba en algún lugar cercano. Los turistas siempre permanecían muy callados en el viaje de vuelta, y creo que era porque desde el autobús de la excursión percibían la extrañeza de Roma, como un remolino que giraba con sus luces, sus prisas y sus olores de cocina, en una ciudad donde no tenían parientes ni amigos, ni asuntos de ninguna clase, aparte de visitar ruinas. La última parada estaba junto a la puerta Pinciano. En invierno solía hacer allí mucho viento, y entonces yo me preguntaba si había en realidad en la vida más sustancia que la condición de ser ávidos viajeros, algunos con los pies doloridos, buscando las débiles luces de hotel en una ciudad que supuestamente no padece el invierno pero que, de hecho, sufre todos sus rigores, y donde todo el mundo habla un idioma extranjero.

Abrí una cuenta bancaria en el Santo Spirito, y en las vacaciones de Pascua trabajé en régimen de jornada completa haciendo el recorrido Roma-Florenia.

En estos trayectos hay paradas de camisa, de vejiga y de pelo. La primera se produce cada dos días para que los viajeros encuentren un lugar donde les laven una camisa; una parada de pelo consiste en detenerse cada tres días para que las mujeres puedan ir a la peluquería. Recogía a los pasajeros el lunes por la mañana, me sentaba delante, al lado del conductor, y les iba diciendo el nombre de los castillos, las carreteras, los ríos y los pueblos por donde pasábamos. Hacíamos un alto en Avezano y Asís. Perugia era el punto para las urgencias urinarias, y llegábamos a Florenia alrededor de las siete de la tarde. A la mañana siguiente recogía a otro grupo que bajaba de Venecia. Venecia es una parada de las de pelo.

Al término de las vacaciones retomé mis estudios, pero aproximadamente una semana después me llamaron de Roncari para decirme que el guía estaba enfermo y

preguntarme sí podía hacerme cargo del autobús a Tivoli. Entonces hice algo horrible, tomé la peor decisión de mi vida. Nadie me escuchaba y dije que sí. Estaba pensando en Nantucket y en volver a un lugar de mi patria donde me comprenderían. Hice novillos al día siguiente, y cuando volví a casa nadie notó la diferencia. Creí que me sentiría culpable, pero no fue en absoluto así. Lo que me sentí fue solo. Roncari me llamó de nuevo y escamoteé otro día, y luego me ofrecieron un trabajo estable y jamás reanudé mis estudios. Ganaba dinero, pero me sentía constantemente solo. Había perdido a todos mis amigos y mi lugar en el mundo, y me parecía que mi vida no era sino una mentira. Uno de los guías italianos se quejó porque yo no tenía licencia. Eran muy estrictos al respecto y tuvieron que despedirme, y me quedé sin sitio adonde ir. No podía volver al colegio ni andar holgazaneando por el palacio. Me levantaba por la mañana, cogía mis libros —siempre andaba con ellos a cuestas—, vagaba por las calles o el Foro, comía mis bocadillos y a veces iba al cine por la tarde. Cuando se habían acabado las clases y los entrenamientos de fútbol, volvía a casa y por lo general encontraba a Tibi allí sentado en compañía de mi madre.

Tibi sabía lo de mis novillos y supongo que sus amigos de Roncari le habían contado también lo sucedido, pero me prometió no decírselo a mi madre. Una noche en que ella se estaba vistiendo para salir, tuvimos una larga charla a solas. Primero me dijo que le parecía muy extraño que yo quisiera regresar a Norteamérica, y que él no quería hacerlo. Él no quiere volver porque tiene una difícil situación familiar. No se lleva bien con su padre, hombre de negocios, y tiene una madrastra que se llama Verna y a la que aborrece. No quiere regresar nunca. Pero me preguntó cuánto dinero había ahorrado, y yo le respondí que el suficiente para el viaje de vuelta, aunque no para mantenerme allí o hacer algo o regresar a Italia, y me dijo que creía poder hacer algo para ayudarme. Confié en él porque, después de todo, me había conseguido el trabajo en Roncari.

Al día siguiente era sábado y mi madre me dijo que no hiciera planes porque íbamos a visitar a la anciana princesa Tavola-Calda. Le dije que no me apetecía ir y ella dijo que tendría que hacerlo y punto. Fuimos alrededor de las cuatro, después de la siesta. El palacio de la princesa se halla en una parte antigua de Roma donde las calles dan vueltas sobre sí mismas, y en el ruinoso barrio, como en cualquier otro vecindario mísero, venden colchones de segunda mano, ropas y polvos contra las pulgas, las chinches, la sarna y demás flagelos que asolan a los pobres. Supimos cuál era el palacio porque la anciana princesa se había asomado a una de las ventanas y discutía con una mujer gorda que barría la escalera. Nos detuvimos en la esquina porque mi madre pensó que a la princesa no le gustaría que la viésemos en mitad de una riña. La princesa quería la escoba y la mujer gorda le decía que en ese caso tendría que comprarse una. La mujer obesa había trabajado cuarenta y ocho años para la princesa y recibía un sueldo tan miserable que ella y su marido se sentaban todas las noches a cenar agua y aire. La aristócrata volvió a la carga a pesar de sus años y su fragilidad, y declaró que el gobierno le había robado y que en su propio estómago

no había más que aire, y que necesitaba la escoba para barrer el *salone*. La mujer obesa replicó que si le daba la escoba le daría con ella en la cara. Entonces la princesa adoptó un tono sarcástico y llamó a la otra «*cara, cara*», y dijo que la había cuidado como a un niño durante cuarenta y ocho años, llevándole limones cuando estaba enferma, y ella no tenía siquiera la gentileza de prestarle la escoba un momento. La mujer gorda miró entonces a la princesa, se llevó la mano derecha a los labios y, apretándolos con el pulgar y el índice, produjo el sonido de burla más estridente que jamás he oído. La princesa dijo «*Cara, cara*, muchas gracias, querida, mi buena y amable amiga», se alejó de la ventana y volvió con un puchero de agua con el que se proponía duchar a su adversaria, pero falló y solo mojó la escalera. La gorda dijo «Gracias, su alteza real, gracias, princesa», y siguió barriendo. La anciana cerró de golpe las ventanas y se retiró.

Mientras todo esto sucedía, unos hombres entraban y salían del palacio cargados de viejos neumáticos de automóvil que introducían en un camión, y descubrí más tarde que toda la vivienda, excepto la parte donde vivía la dueña, estaba alquilada como almacén. A la derecha de la gran puerta se hallaba la casa del portero, que nos detuvo y nos preguntó qué deseábamos. Mi madre respondió que queríamos tomar el té con la princesa, y él dijo que estábamos perdiendo el tiempo. La princesa estaba loca —*matta*—, y si creíamos que nos iba a dar algo, estábamos equivocados, porque todo lo que ella tenía era propiedad de él y de su esposa, que había trabajado cuarenta y ocho años sin cobrar sueldo. Añadió que no le gustaban los norteamericanos porque habían bombardeado Frascati y el Tivoli y todo lo demás. Finalmente lo quité de en medio y subimos al tercer piso, donde la princesa tenía algunas habitaciones. *Zimba* ladró cuando tocamos el timbre. La anciana entreabrió la puerta y luego nos hizo pasar.

Me figuro que todo el mundo sabe cómo es la parte vieja de Roma, pero la princesa necesitaba aquella escoba. Primero se disculpó por su ropa raída y explicó que sus mejores prendas, los vestidos de gala y todo eso, estaban guardadas en aquel baúl del que había perdido la llave. Habla de un modo muy fino, de suerte que uno puede estar seguro de que es una princesa, o por lo menos, una mujer noble a pesar de sus harapos. Tiene fama de tacaña declarada, y creo que es verdad, porque, por muy chiflada que parezca, a veces uno nunca pierde la sensación de que es astuta y avara. Nos agradeció la visita, pero aclaró que no podía ofrecernos té, café ni vino, porque su vida era una constante desventura. Los proyectos de redistribución de tierras después de la guerra habían alejado de sus propiedades a todos los buenos campesinos, y no lograba encontrar a nadie que trabajase sus fincas. El gobierno le cobraba impuestos tan desafortunados que no se podía permitir el lujo de comprar ni una pizca de té, y que lo único que le quedaban eran sus cuadros, pero a pesar de que valían millones, el gobierno alegaba que eran patrimonio nacional y no le autorizaba su venta. Añadió que le gustaría hacerme un regalo, una concha marina que a su vez le había obsequiado en 1912 el emperador de Alemania, cuando visitó Roma y se

entrevistó con su querido padre, el príncipe. Salió de la habitación y tardó mucho en volver, y cuando lo hizo, dijo que qué lástima, que no podía regalarme la concha porque estaba guardada con sus vestidos de gala en el baúl cuya llave había extraviado. Le dijimos adiós y nos fuimos, pero el portero nos esperaba abajo para cerciorarse de que no habíamos robado nada, y regresamos a casa a través del terrible tráfico y las calles oscuras.

Tibi estaba en casa cuando entramos. Cenó con nosotros, y más tarde yo estaba leyendo en la cama y llamaron a la puerta de mi dormitorio: era él. Al parecer, volvía de la calle, porque llevaba el abrigo sobre los hombros, como si fuera una capa, al estilo de los romanos. Llevaba también sus pantalones ceñidos, su sombrero blando y sus zapatos del mismo material y hebillas doradas, todo lo cual le confería aspecto de mensajero. Creo que además se sentía como tal, porque estaba muy excitado y me habló en susurros. Dijo que todo estaba arreglado. La anciana princesa tenía un cuadro que quería vender en Estados Unidos y él la había persuadido de que yo podría introducirlo de contrabando. Era un lienzo pequeño, un Pinturicchio, no mayor que una camisa; lo único que debía hacer era aparentar aire de colegial y nadie registraría mis maletas. Había entregado a la aristócrata todo su dinero como garantía, y afirmó que otra gente había invertido en la operación; me pregunté si se refería a mi madre, pero no lo creí posible. Al entregar el cuadro en Nueva York me pagarían quinientos dólares. Me llevaría a Nápoles en coche la mañana del sábado. Había una pequeña línea aérea que transportaba pasaje y carga de Nápoles a Madrid, y una vez en esta ciudad podría coger un avión a Nueva York y cobrar mis quinientos dólares el lunes por la mañana. Tibi se marchó. Era más de medianoche, pero me levanté e hice la maleta. No partiría hasta dentro de una semana, pero ya me estaba preparando.

Recuerdo la mañana del viaje, es decir, la del sábado. Me levanté a eso de las siete, tomé un poco de café y revisé de nuevo la maleta. Más tarde oí que la sirvienta llevaba a mi madre la bandeja con el desayuno. No tenía otra cosa que hacer más que esperar a Tibi, y salí al balcón para verlo llegar por la calle. Sabía que aparecería el coche en la *piazzale* y que cruzaría la calle que hay frente al palacio. El sábado es en Roma igual que cualquier otro día; el tráfico era denso y había una multitud en la acera: romanos, peregrinos, miembros de órdenes religiosas y turistas con cámaras. Hacía bueno, y aunque no soy quién para decir que Roma es la ciudad más hermosa del mundo, a menudo lo he pensado, con sus pinos de copa chata, sus edificios y todos los colores de la madurez esparcidos entre las colinas como huesos y papeles, y esas grandes nubes redondas que en Nantucket son heraldo de tormenta antes de la cena y que en Roma no anuncian nada, salvo que el cielo se volverá púrpura y se llenará de estrellas, y toda la gente alegre presta a la capital su vivacidad. Por lo menos mil viajeros, mil como mínimo, han dicho antes que yo que la luz y el aire son como el vino, como esos vinos amarillos de los *castelli* que se beben en otoño. En ese momento vi entre la multitud a un hombre que llevaba el hábito pardo que usan en el colegio Sant' Angelo, y advertí que se trataba de mi profesor, el padre Antonini.

Estaba buscando nuestras señas. Llamaron al timbre, abrió la sirvienta y oí que el religioso preguntaba por mi madre. La sirvienta bajó a la habitación de mi madre y la oí salir al recibidor y decir:

—Oh, padre Antonini, me alegro mucho de verlo.

—¿Ha estado enfermo Peter?

—¿Por qué lo pregunta?

—Hace seis semanas que falta a clase.

—Sí —dijo ella, pero era evidente que la mentira no le salía del alma. Era muy preocupante oírle mentir; preocupante porque eso significaba que no le inquietaba si yo recibía o no una educación, que lo único que le importaba era que yo lograra pasar la frontera con el cuadro antiguo para que Tibi hiciera algún dinero—. Sí, ha estado muy enfermo.

—¿Podría verlo?

—Oh, no. Lo he mandado a Estados Unidos.

Salí del balcón, bajé por el *salone* hasta el pasillo, lo recorrí hasta mi habitación y la esperé allí.

—Mejor que bajes a esperar a Tibi —me dijo—. Dame un beso de despedida y vete. Rápido. Rápido. Odio las escenas.

Si de verdad las odiaba, ¿por qué siempre armaba escenas tan penosas? Era, sin embargo, su modo de despedirse desde que la conocía. Salí y aguardé a Tibi en el patio.

Apareció a las nueve y media o un poco más tarde, e incluso antes de que dijera algo supe lo que iba a decir. Estaba demasiado cansado para llevarme hasta Nápoles. Traía el Pinturicchio envuelto en papel de estraza y atado con un bramante; abrí la maleta y lo metí entre mis camisas. No le dije adiós —decidí en aquel momento que jamás volvería a hablar con él—, y me puse en camino hacia la estación.

Había estado en Nápoles muchas veces, pero aquel día me sentí muy raro. En primer lugar, cuando me dirigía hacia la estación pensé que me seguía el portero del Palazzo Tavola-Calda. Miré a mi alrededor dos veces, pero el desconocido escondió la cabeza en un periódico y no pude asegurarme, pero me sentí tan raro que creí que quizá lo había imaginado. Luego, mientras hacía cola para sacar el billete, alguien me tocó en el hombro y experimenté aquella atroz sensación de que mi padre había vuelto para ayudarme. Era un anciano que quería una cerilla; le encendí el cigarrillo, pero todavía persistía el calor de aquella mano sobre mi hombro y aquel recuerdo de que volveríamos a ser felices juntos y nos ayudaríamos mutuamente, y a continuación aquel sentimiento de que nunca obtendría todo el amor que necesitaba, no, nunca.

Subí al tren, observé a todos los viajeros que se apresuraban a lo largo del andén y esta vez sí vi al portero. No se trataba de ningún error. Solo lo había visto una vez, pero podía recordar su cara, y supuse que me estaba buscando. No parecía que me hubiera visto, prosiguió su camino hacia los vagones de tercera clase y yo me pregunté si aquello era el Ancho Mundo, si era realmente así: mujeres que se

arrojaban sobre imbéciles como Tibi, cuadros robados y perseguidores. No me inquietaba el portero, pero sí la idea de que la vida se parecía mucho a una competición.

(Pero no soy un muchacho en Roma, sino un hombre adulto que en la vieja cárcel de la ciudad ribereña de Ossining aplasta avispones con un periódico doblado una tarde de otoño. Desde mi ventana veo el río Hudson. Una rata muerta flota río abajo y dos hombres en un bote de remos que se hunde remontan su curso contra corriente. Uno de ellos rema desesperadamente desde un asiento de la embarcación, y me pregunto si se han fugado de la cárcel o simplemente han estado pescando percas, ¿y por qué habría de cambiar esta escena por las calles oscuras que rodean al Panteón? ¿Por qué, no habiendo recibido de mis padres más que afecto y comprensión, tengo que inventarme un grotesco anciano, una tumba en el extranjero y una madre insensata? ¿Qué soledad incurable me incita a fingirme un niño huérfano a merced de un viento frío? ¿Y no es posible armar con el engaño una historia mejor que la de Tibi y el Pinturicchio? Pero mi padre me enseñó, mientras plantaba las judías, que tengo que acabar lo que he empezado, sea malo o bueno, de modo que volvamos a la escena en que el chico se apea del tren en Nápoles).

En Nápoles me bajé del tren en Mergellina, con la intención de dar esquinazo al portero. Allí solo se apearon un puñado de personas, y no creo que él estuviese entre ellas, aunque no podía estar seguro. Había un hotelito en una calle lateral cerca de la estación. Fui allí, alquilé una habitación, metí la maleta con el cuadro debajo de la cama y cerré la puerta con llave. Luego salí a buscar la oficina de la compañía aérea para comprar un billete y supe que se encontraba en la otra punta de la ciudad. Era una pequeña compañía con sede en una oficina muy pequeña, y creo que el hombre que me vendió el pasaje era probablemente el piloto. El avión despegaba a las once de la noche, así que volví andando al hotel, y nada más entrar en el vestíbulo la mujer de la recepción me dijo que mi amigo me estaba esperando y, en efecto, allí estaba el portero en compañía de dos *carabinieri*. Se puso a gritar y a vociferar; la misma cantinela: yo había bombardeado Frascati y Tivoli e inventado la bomba de hidrógeno, y ahora estaba robando uno de los cuadros que formaban parte de la inapreciable herencia del pueblo italiano. Los *carabinieri* fueron realmente muy amables conmigo, aun cuando no me agrada hablar con gente que lleva espada, pero cuando les pregunté si podía llamar al consulado me dijeron que sí, y telefoneé. Eran alrededor de las cuatro de la tarde y me dijeron que iban a enviar a un funcionario y en seguida se presentó un norteamericano alto y amable que no paraba de decir: «Hum». Le expliqué que llevaba un paquete a un amigo y que no sabía lo que contenía, y él repitió: «Hum, hum». Llevaba una gran chaqueta cruzada y parecía

tener algún problema con el cinturón o los calzoncillos, porque de vez en cuando se cogía con la mano la cintura y se daba un fuerte tirón. Luego todos convinieron en que a efectos de abrir el paquete tendrían que recurrir a los oficios de un juez. Cogí mi maleta y todos subimos al coche del funcionario consular, que arrancó rumbo a una *questura* o palacio de justicia, donde fue menester esperar media hora a que el juez se pusiera la banda de su cargo, con orla dorada. Abrí la maleta y él entregó el paquete a un ayudante que deshizo los nudos del bramante. Después el juez desenvolvió el paquete y dentro no había más que un pedazo de cartón. El portero exhaló tal rugido de furia y desilusión al verlo que no creo que pudiese haber sido un cómplice, y pienso que la anciana misma lo había maquinado todo. Nadie recobraría el dinero que le habían dado, ninguno de los implicados, y pude imaginarla relamiéndose como Reddy *el Zorro*. Incluso sentí lástima por Tibi.

A la mañana siguiente intenté que me devolvieran el dinero de mi billete de avión, pero la oficina estaba cerrada y fui andando hasta la estación de Mergellina para coger el tren de la mañana a Roma. Había llegado un barco. Veinticinco o treinta turistas ocupaban el andén. Estaban cansados y emocionados, era un hecho evidente; señalaban con el dedo la máquina de café y preguntaban si no era posible conseguir un vaso más grande con nata, pero aquella mañana no me resultaron divertidos: me parecieron, en cambio, simpáticos y admirables, y reflexioné que en el fondo de su vagabundeo había una enorme seriedad. No estaba tan decepcionado como había estado con respecto a cosas menos importantes, e incluso experimenté un poco de alegría porque ya estaba seguro de que algún día habría de regresar a Nantucket, o por lo menos a cualquier otra ciudad donde fuera comprendido. Y entonces me acordé de la anciana que había visto en Nápoles, mucho tiempo atrás, gritando sobre el agua: «Bienaventurado, bienaventurado tú porque vas a ver Norteamérica, vas a ver el Nuevo Mundo», aun cuando yo sabía que los grandes automóviles, los alimentos congelados y el agua caliente no eran lo que ella imaginaba. «Bienaventurado, bienaventurado tú», seguía gritando desde el muelle, y yo sabía que pensaba en un universo donde no había policías con espadas, nobleza avara, deshonestidad, sobornos, retrasos ni temor al frío, el hambre y la guerra, y, si bien no eran ciertas sus fantasías, se trataba de una noble idea, y eso era lo más importante.

MISCELÁNEA DE PERSONAJES QUE NO APARECERÁN

1. La atractiva muchacha del partido de rugby entre Princeton y Dartmouth. Subía y bajaba detrás de la multitud apostada a lo largo de la línea de banda. No parecía tener una cita ni una compañía determinada, pero todo el mundo la conocía. Todos la llamaban por su nombre (Florrie), todos se alegraban de verla y, en un momento en que se paró a hablar con unos amigos, un hombre le puso la mano extendida en la parte baja de la espalda y, al percibir aquel tacto (a pesar del buen tiempo y el verde del terreno de juego), una oscura y meditabunda mirada asomó a los ojos del intruso, como si sintiera inmortales añoranzas. El pelo de Florrie era de un bonito color oro oscuro; dejaba que un rizo le tapase los ojos y miraba a través de él. Tenía una nariz un tanto puntiaguda, pero causaba un efecto sensual y aristocrático; sus brazos y sus piernas eran redondos y hermosos, aunque no del todo femeninos, y sus ojos violetas bizqueaban. Se jugaba la primera mitad, el marcador no se había movido, y el equipo de Dartmouth mandó el balón fuera. Fue un puntapié errado que fue a parar directamente a los brazos de la chica. Atrapó el balón con gracia; se diría que la habían escogido para recibir el pase, y vaciló un momento, sonriendo, haciendo reverencias, observada por todos, hasta que devolvió al campo la pelota con gesto torpe y encantador.

Hubo algunos aplausos. Después el público desvió su atención de Florrie y la centró en el desarrollo del juego, y un segundo después ella se dejó caer de rodillas, tapándose la cara con las manos y rechazando violentamente la emoción que la embargaba. Parecía muy tímida.

Alguien abrió una lata de cerveza y se la pasó, y Florrie se puso en pie y reanudó sus paseos por la línea de falta y fuera de las páginas de mi novela, porque jamás volví a verla.

2. Todos los papeles protagonistas escritos para Marlon Brando.

3. Ninguna de las descripciones desdeñosas de paisajes norteamericanos con casas en ruinas, cementerios de automóviles, ríos contaminados, ranchos construidos con materiales de desecho, campos de minigolf abandonados, desiertos de cenizas volcánicas, vallas publicitarias espantosas, antiestéticas torres de petróleo, olmos enfermos, tierras de labranza erosionadas, gasolineras extravagantes y chillonas, moteles sucios, salones de té alumbrados con velas y riachuelos sembrados de latas de cerveza, porque no son, como podría parecer, las ruinas de nuestra civilización, sino avanzadillas y campamentos temporales de la civilización que nosotros —usted y yo— edificaremos.

4. Escenas como la siguiente: «Clarissa entró en la habitación y entonces _____».

_____». Fuera con todo esto y demás descripciones explícitas propias del comercio sexual, pues ¿cómo es posible describir la más elevada experiencia de nuestra vida física como si —gato, tapacubos, llave inglesa y tuercas— estuviéramos hablando de cambiar una rueda pinchada?

5. Los borrachos. Por ejemplo: el telón se levanta sobre la sala de redacción de una agencia de publicidad de Madison Avenue, donde X, nuestro personaje principal, está trabajando en la campaña de promoción de una nueva marca de whisky de centeno. Sobre una mesa de bocetos, a la derecha de un escritorio de madera de árbol frutal, hay un montón de sugerencias del departamento artístico. Para la etiqueta han propuesto timbres y escudos de armas como de monarcas y barones. Para la publicidad sugieren una escena de la vida de las plantaciones en que la aristocracia del algodón, desaparecida hace mucho tiempo, bebe whisky en un suntuoso porche. A X no le satisface la idea y examina a continuación una acuarela de un pionero norteamericano. Qué fresco, frío y musical es el arroyo que discurre por el bosque. Las lenguas del arroyuelo hablan en el melancólico silencio de una inmensidad perdida, ¿y qué es eso que se ve en un extremo del cielo azul sino el vuelo de una paloma mensajera? En primer plano, sobre una roca, un joven fuerte y enjuto, con tosca ropa de cuero y un gorro de piel de mapache, está bebiendo whisky de un porrón de barro vidriado. La imagen parece entristecer a X, y pasa a estudiar el siguiente anuncio, que propone la idea de ofrecer whisky de centeno en las reuniones sociales; que reciba uno en casa a una repudiada celebridad literaria, una actriz en paro, la sobrina nieta de un presidente de Estados Unidos, un pelmazo con la moral por las nubes y un taciturno y malévolo crítico literario. El grupo forma un corro en torno a una gigantesca botella de whisky de centeno. El anuncio asquea a X, que se pone a examinar la última sugerencia: al atardecer, en una almena medieval (¿las luces y las torres que se ven al fondo no son las de Siena?), una joven y hermosa pareja, elegantemente vestida, está brindando en honor de la indescriptible proeza y tiempo que supone la elaboración del centeno, asequible a todos los bolsillos.

X no está satisfecho. Se aparta de la mesa de bocetos y se encamina hacia el escritorio. Es un hombre esbelto de edad indiscernible, aunque el tiempo parece haber dejado huellas en las cuencas de sus ojos y en la nuca. Esta última tiene tantas rayas y grietas como un inconexo estudio geodésico. Un corte tan profundo como una cicatriz de sable le cruza el cuello en diagonal, de izquierda a derecha, con tan numerosas y hundidas ramificaciones y afluentes que causa un efecto desalentador. Pero en los ojos es todavía más notable la labor de los años. Así como en una punta arenosa que penetra en el mar puede verse la acción simultánea de dos mareas, así también vemos cómo el poder de la exaltación y la desdicha, los anhelos y las aspiraciones humanas han depositado su yerma impronta de arrugas en la piel oscura que ha formado bolsas. Tal vez se ha cansado la vista mirando a Vega por el telescopio o leyendo a Keats bajo una débil luz, pero su mirada parece avergonzada e impura. Estos rasgos

podrían hacer pensar que se trata de un hombre de cierta edad, pero de pronto deja caer con garbo el hombro izquierdo y se estira la manga de la camisa de seda como si tuviera dieciocho años, diecinueve a lo sumo. Echa una ojeada a su reloj italiano con calendario. Son las diez de la mañana. La oficina está insonorizada y sobrenaturalmente silenciosa. El rumor de la ciudad llega débilmente a la alta ventana. Mira con fijeza su cartera, oscurecida por las lluvias de Inglaterra, Francia, Italia y España. Presa de una angustiosa melancolía, le parece que las paredes pintadas de la oficina (de color azul y amarillo pálidos) son falsificaciones de papel ideadas para ocultar los volcanes y las riadas que son hitos de su desventura. Se diría que se va aproximando al momento de la muerte, al instante de su concepción, a un punto crítico en el tiempo. Empiezan a temblarle las manos, los hombros, la cabeza. Abre su cartera, saca una botella de whisky de centeno, se arrodilla y apura, sediento, todo el contenido.

Va cuesta abajo, por supuesto, y únicamente nos ocuparemos de él una sola escena más. Despedido de la oficina donde lo vimos la última vez, le ofrecen un trabajo en Cleveland, adonde no parecen haber llegado los rumores de su flaqueza. Se ha marchado a Cleveland a arreglar las cosas y alquilar una casa para su familia. Ahora esta, en pleno, lo espera en la estación del tren, confiada en que traerá buenas noticias. Su bella mujer, sus tres hijos y los dos perros han ido a darle la bienvenida. Ha anochecido en la zona residencial donde viven. Hasta el momento presente, la familia ya ha padecido numerosos sinsabores, pero últimamente, al haber visto incumplidas las promesas comunes y denegadas las recomendaciones propias de su modo de vida —un nuevo coche, una nueva bicicleta—, han descubierto un afecto melancólico aunque estable que no tiene nada que ver con la adquisición de objetos. En su preocupado amor por papá, la familia ha entrevisto el escalofrío de un destino. El tren se aproxima traqueteando. Un suave haz de chispas doradas brota de la caja de frenos cuando el convoy reduce la marcha y se detiene. La intensidad de sus esperanzas hace que todos se sientan casi incorpóreos. Bajan del tren siete hombres y dos mujeres, pero ¿y papá? Hace falta la ayuda de dos revisores para bajarlo por la escalera. Ha perdido el sombrero, la corbata y el abrigo, y alguien le ha puesto el ojo derecho a la funerala. Todavía conserva la cartera bajo un brazo. Nadie habla, nadie llora mientras lo meten en el coche y lo llevan lejos de nuestra vista, fuera de nuestra jurisdicción y de nuestra incumbencia. Que se aparten de nosotros los borrachos y las borrachas: arrojan muy poca luz auténtica sobre el modo de vida norteamericano.

6. Y ya que hablamos de esto, fuera también todos esos homosexuales que han ocupado un lugar dominante en la narrativa más reciente. ¿No es hora de que abordemos la indiscreción y la inconstancia de la carne y sigamos adelante? El escenario esta vez es la playa de Hewitt, la tarde del 4 de julio. La señora Ditmar, esposa del gobernador, y su hijo Randall han cruzado una cala desierta, si bien puede verse más allá de las dunas la bandera de las barras y las estrellas, que ondea sobre los techos del club. El muchacho tiene dieciséis años, está bien formado, su piel

posee el oro atrayente de la juventud, y a los ojos de su madre solitaria es tan hermoso que lo admira, subyugada. Hace diez años que su marido, el gobernador, la ha abandonado por su inteligente y seductora secretaria ejecutiva. Con la extraordinaria capacidad de adaptación de la naturaleza humana, la señora Ditmar ha sufrido afrentas casi cotidianas. Ama a su hijo, desde luego. No encuentra en él nada de su marido. Estima que el chico ha heredado las mejores cualidades de la familia de *ella*, y es lo suficientemente vieja para creer que un pie esbelto o unos magníficos cabellos son sellos de buena crianza, como, de hecho, pueden serlo. El chico tiene los hombros cuadrados, el cuerpo compacto. Cuando lanza una piedra al mar, no es la potencia del tiro lo que maravilla a su madre, sino la delicada gracia con que su brazo completa el movimiento circular una vez que el guijarro ha abandonado su mano: como si todos sus gestos fueran eslabones de una cadena. La señora Ditmar es desmedida, como todos los amantes, y no quiere que concluya una tarde pasada en compañía del hijo. No se atreve a desear la eternidad, pero anhela que el día tenga todas las horas posibles. Palpa las perlas que tiene en sus manos gastadas, admira su brillo marino y se pregunta cómo quedarían en la piel dorada de su hijo Randall.

Él está un poco aburrido. Preferiría tratar con chicos y chicas de su misma edad, pero su madre lo ha apoyado y defendido de tal forma que a su lado experimenta cierta seguridad. Ha sido una protectora incommovible y formidable. Puesto que puede hacerlo, ha intimidado al director y a la mayoría de los profesores de su instituto. Randall ve mar adentro las velas de una flota deportiva, y por un instante desea estar a bordo de alguno de los veleros, pero ha rechazado una invitación para formar parte de las tripulaciones y no se siente capaz de navegar como patrón, así que en cierto sentido ha elegido quedarse en la playa a solas con su madre. Los deportes de competición le inspiran timidez, y retrocede ante la complejidad de una sociedad organizada, como si en ella se ocultara una fuerza capaz de hacerlo pedazos; pero ¿a qué obedece su miedo? ¿Es cobarde, si tal cosa existe? ¿Nace uno cobarde, del mismo modo que se nace rubio o moreno? ¿Ejerce su madre una excesiva vigilancia sobre él, ha llevado tan lejos su intención de protegerlo que lo ha convertido en vulnerable y enfermizo? Pero teniendo en cuenta que él conoce la profunda infelicidad de su madre, ¿cómo abandonarla antes de que haya encontrado ella otras amistades?

Piensa en su padre con dolor. Ha intentado conocerlo y amarlo, pero su propósito ha resultado vano. La excursión de pesca fue cancelada por la imprevista llegada del gobernador de Massachusetts. En el campo de juego, un mensajero le entregó una nota diciendo que su padre no podría ir. Cuando se cayó en un peral y se rompió un brazo, sin duda su padre lo hubiera visitado en el hospital de no haber estado en aquel momento en Washington. Aprendió a lanzar una caña de mosca, confiando en que, poco a poco, iría haciendo progresos en el avance hacia la estima y el afecto de su padre, pero este nunca tuvo tiempo de admirarlo. Randall es capaz de comprender la magnitud de su propia decepción. Este sentimiento lo rodea como si fuera una masa

de energía, una energía que carece de timón para ser encauzada y de peso para poder desplazarse. Su actitud misma trasluce estos tristes pensamientos. Tiene los hombros caídos. Su aspecto es pueril y desolado, y su madre lo llama para que acuda junto a ella.

Él se sienta en la arena, a sus pies, y ella le pasa los dedos por sus cabellos rubios. Luego hace algo repugnante. El espectador quiere apartar la mirada, pero no lo hace sin haber visto que la mujer desabrocha sus joyas y rodea con ellas el cuello dorado de su hijo. «Mira cómo brillan», le dice, encadenándolo tan irrevocablemente como los grilletes que unen las piernas de un preso.

Fuera con ellos, fuera; lo mismo que Clarissa y el borracho, proyectan una luz demasiado pobre.

7. Para concluir, es decir, para concluir esta tarde (tengo que ir al dentista y luego a cortarme el pelo), me gustaría reflexionar sobre la carrera de mi viejo y lacónico amigo Royden Blake. Para mayor comodidad, podemos dividir su obra en cuatro períodos. En primer lugar figuran las amargas anécdotas morales —debió de escribir un centenar—, que demostraron que la mayor parte de nuestros actos son pecaminosos. A esta época siguió, como recordará el lector, casi una década de esnobismo en la que nunca escribió sobre personajes con ingresos inferiores a sesenta y cinco mil dólares al año. Aprendió de memoria los nombres del profesorado de Groton y de los camareros del Club 21. Todos sus personajes eran atendidos a cuerpo de rey por puntillosos criados, pero si uno iba a cenar a casa de aquellos, encontraba las sillas atadas con cuerdas, comía huevos fritos en un plato rajado, se quedaba con los pomos de las puertas en la mano y, si quería tirar de la cadena, tenía que levantar la tapa de la cisterna, remangarse un brazo y hundirlo en el agua fría y herrumbrosa para accionar las válvulas. Al concluir su período esnob, cometió el error que he mencionado en el apartado 4 e inició su época romántica escribiendo *El collar de Malvio d'Alfi* (con aquella memorable escena de infancia en un paso de montaña), *El naufragio del Lorelei*, *El rey de los troyanos* y *El cinturón perdido de Venus*, por citar solo unos pocos títulos. A la sazón se hallaba bastante enfermo, y su incompetencia parecía ir en aumento. Su obra se caracterizaba por todo lo que ya he dicho. En sus páginas había alcohólicos, vitriólicas descripciones de la vida norteamericana y papeles gordos para Marlon Brando. Podría afirmarse que había perdido el don de evocar las dulzuras de la vida: el agua de mar, la humareda de la cicuta ardiendo y los pechos de las mujeres. Por decirlo así, había dañado la cámara más profunda del aparato auditivo, allí donde percibimos el ruido pesado de la cola del dragón moviéndose entre las hojas muertas. Nunca me cayó bien, pero era un colega y un compañero de copas, y cuando me enteré en mi casa de Kitzbühel de que se estaba muriendo, viajé en coche hasta Innsbruck y cogí el expreso a Venecia, donde él vivía entonces. Era a finales de un otoño frío y brillante. Los palacios vallados del Gran Canal —lúgubres, engalanados, coronados— se parecían a las caras melancólicas de ese estamento de la nobleza que aparece en las bodas reales de Hesse. Vivía en una

pensión de un canal trasero. La marea estaba alta y la sala de recepción inundada, y tuve que llegar hasta la escalera caminando sobre unos tablones de madera. Le llevé una botella de ginebra turinesa y un paquete de cigarrillos austríacos, pero al sentarme en una silla pintada (y rota) que había junto a la cama, comprobé que no se hallaba en condiciones de hacer honor al obsequio.

—¡Estoy trabajando! —exclamó—. Trabajando. Puedo verlo todo. ¡Escúchame!

—Sí —asentí.

—Empieza así —dijo, y cambió el tono de voz para adaptarse, me figuro, a la solemnidad de su relato—. El transalpino se detiene en Kirchbach a medianoche —declamó, mirando hacia mí para cerciorarse de que había recibido de lleno el impacto de su aliento poético.

—Sí —dije.

—Desde allí prosiguen viaje los que van a Viena —dijo sonoramente—, y los viajeros con destino a Padua tienen que esperar una hora. En atención a ellos, la estación permanece abierta y con la calefacción encendida, y hay un bar donde sirven café y vino. Una noche de nieve del mes de marzo, tres extranjeros entablaron una conversación en aquel bar. El primero era un hombre alto, calvo y con un abrigo forrado de marta cibelina que le llegaba a los tobillos. El segundo era una hermosa mujer que se dirigía a Isvia para asistir a los funerales de su hijo único, muerto en un accidente de alpinismo. La tercera era una gruesa mujer italiana de pelo blanco y chal negro a la que el camarero trataba con gran deferencia. Se inclinó hasta la cintura al servirle un vaso de vino barato, y se dirigió a ella llamándola «majestad». Ese día, muy temprano, habían pegado carteles advirtiendo del peligro de aludes...

En ese momento echó hacia atrás la cabeza en la almohada y expiró. En efecto, tales fueron sus últimas palabras, las palabras finales, pensé, de generaciones de novelistas, porque ¿cómo cabría esperar que este paso nevado y ficticio, con su trío de viajeros, pueda cantar un mundo que se extiende a nuestro alrededor como un sueño desconcertante y prodigioso?

LA QUIMERA

Cuando yo era joven y solía ir al circo, había un número llamado las Gemelas Treviso: Maria y Rosita. Esta última se mantenía en equilibrio sobre la cabeza de Maria, cráneo sobre cráneo, y la pareja daba vueltas a la pista. Como consecuencia de este fatigoso ejercicio, Maria había llegado a tener las piernas cortas y musculosas y un andar cómico, y siempre que veo caminar a mi mujer me acuerdo de Maria Treviso. Mi esposa es una mujerona. Es una de las cinco hijas del coronel Boysen, político de Georgia que fue amigo de Calvin Coolidge. Visitó la Casa Blanca siete veces, y mi mujer tiene una almohada en forma de corazón que lleva bordada la palabra AMOR y fue obra de la señora Coolidge o bien una de sus pertenencias en un momento dado. Mi mujer y yo somos terriblemente desdichados juntos, pero tenemos tres niños preciosos y tratamos de no sacar las cosas de quicio. Hago lo que tengo que hacer, como todo el mundo, y una de las cosas que me han tocado en suerte es servir el desayuno en la cama a mi mujer. Trato de prepararle un excelente desayuno, porque a veces el detalle mejora su carácter, por lo general horrible. Una mañana no hace mucho tiempo, al llevarle la bandeja, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Miré la bandeja para ver si había cometido algún error. El desayuno era perfecto: dos huevos duros, un pedazo de queso danés y una Coca-Cola con un chorrito de ginebra; es lo que le gusta. Jamás he aprendido a preparar el tocino. Los huevos tenían buen aspecto y los platos estaban limpios, de modo que le pregunté qué le pasaba. Retiró las manos de los ojos ojerosos y arrasados de lágrimas y dijo, con el acento peculiar de la familia Boysen:

—No puedo aguantar por más tiempo que me sirva el desayuno en la cama un hombre peludo en calzoncillos.

Me duché, me vestí y fui al trabajo, pero al volver a casa aquella noche comprobé que las cosas no habían mejorado; seguía enfadada por mi aparición de la mañana.

Preparo casi todas las comidas en una parrilla de carbón vegetal que tenemos en el patio de atrás. A Zena no le gusta cocinar y a mí tampoco, pero es agradable estar al aire libre, y me gusta vigilar el fuego. Nuestros vecinos, Livermore y Kovacs, también cocinan mucho fuera. Livermore se pone un gorro de chef y un delantal que reza «Pida lo que quiera», y cuelga por ahí un letrero que dice: PELIGRO, HOMBRES COCINANDO. Kovacs y yo no usamos atuendo culinario, pero creo que somos más serios. Una vez, preparó una pata de cordero y en otra ocasión un pavo. Esa noche cenamos hamburguesas, y noté que Zena no parecía tener el menor apetito. Los niños comieron con hambre, pero en cuanto acabaron (tal vez presintiendo una disputa), fueron a refugiarse al cuarto de la televisión para observar la riña desde allí. No se

equivocaban respecto a la pelea. La inició Zena.

—Eres tan desconsiderado —tronó—. Nunca piensas en mí.

—Lo siento, cariño —dije—. ¿No estaba bien hecha la hamburguesa?

Ella estaba tomando ginebra sola y yo no quería discutir.

—No ha sido la hamburguesa. Estoy acostumbrada a las porquerías que cocinas. Lo que haya de comer me tiene sin cuidado. He aprendido a apañarme con lo que preparas. Lo que pasa es que eres muy desconsiderado.

—¿Qué he hecho, cariño?

Siempre la llamo cariño con la esperanza de que se ablande.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —Alzó la voz, se puso colorada, se levantó y desde su superior estatura me chilló—: Me has arruinado la vida, eso es lo que has hecho.

—No veo cómo te he arruinado la vida —respondí—. Supongo que estás desengañada, como mucha gente, pero no me parece justo echarle toda la culpa al matrimonio. Hay cantidad de cosas que yo he querido hacer, por ejemplo, escalar el Matterhorn, pero no echo la culpa a nadie por no haberlo hecho.

—¿Escalar el Matterhorn, tú? ¡Ja! Ni siquiera podrías subir al monumento a Washington. Por lo menos, yo he hecho eso. Yo tenía ambiciones importantes. Podría haber sido congresista, guionista de televisión, política, actriz. ¡Podría haber sido miembro del Congreso!

—No sabía que quisieras ser congresista —declaré.

—Ese es el problema. Nunca piensas en mí. Nunca piensas en lo que podría haber sido. ¡Me has estropeado la vida!

Y dicho esto subió a su dormitorio y cerró con llave la puerta.

Su desencanto era dolorosamente auténtico, y yo no lo ignoraba, pero creía haberle dado todo lo que le había prometido. Las falsas promesas, las esperanzas cuyo incumplimiento la hacían tan desgraciada, seguramente fueron formuladas por el coronel Boysen, pero ya había muerto. Ninguna de las hermanas de Zena había tenido un matrimonio feliz, y hasta esa noche no había caído yo en la cuenta de lo desastrosamente desdichadas que habían sido. Es decir, nunca lo había analizado. Lila, la mayor, había perdido a su marido cuando daban un paseo por un alto acantilado sobre el Hudson. La policía la había interrogado, y toda la familia, yo incluido, reaccionó con indignación ante las sospechas policiales, pero ¿no podría ella haberle dado un ligero empujón? Stella, la segunda en edad, se había casado con un alcohólico que bebió sistemáticamente hasta desaparecer de escena. Pero Stella había sido caprichosa e infiel, y ¿acaso su conducta no habría acelerado la muerte de su esposo? El marido de Jessica se había ahogado misteriosamente en Lake George una noche que se detuvieron en un motel y fueron a darse un baño. Y el marido de Laura había perecido en un extraño accidente automovilístico en el que ella iba conduciendo. ¿Eran unas asesinas? ¿Me había emparentado con una familia de incorregibles asesinas? ¿El desengaño de Zena por no ser congresista era lo bastante

grande como para inducirla a planear mi muerte? No lo creía. Me pareció que el temor por mi vida era menos intenso que mi necesidad de ternura, amor, cariño, buen ánimo, todas las cosas decentes y espléndidas que yo creía posibles en el mundo.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, un compañero de oficina me dijo que había conocido en una fiesta a una chica que se llamaba Lyle Smythe y era una furcia. No era exactamente lo que yo buscaba, pero mi necesidad de reconciliarme con los miembros más afectuosos del sexo opuesto resultaba intolerable. Nos despedimos delante del restaurante, y luego volví adentro a buscar en la guía el número de teléfono de Lyle Smythe para intentar conseguir una cita. Una de las débiles bombillas de la lámpara que iluminaba el listín estaba fundida, y las letras me parecían borrosas y tenues. Encontré su nombre, que se hallaba en la parte más oscura de la página, donde el lomo y la encuadernación mantenían el libro sujeto, y leí con dificultad el número. ¿Estaba perdiendo vista? ¿Necesitaba gafas o simplemente era culpa de la luz débil? ¿No había cierta ironía en la idea de que un hombre no pudiese leer ya el listín telefónico al tratar de encontrar una amante? Moviendo la cabeza de arriba abajo como un pato descubrí que podía leer la guía, y encendí una cerilla para ver el número. La cerilla encendida se cayó de mis dedos y prendió fuego a la página. Soplé para apagarlo, pero eso solo sirvió para avivar las llamas, y tuve que extinguirlas con las manos. Mi primer instinto fue mirar alrededor para ver si me habían visto, y así era, en efecto: descubrí a un hombre alto y delgado que llevaba un impermeable azul transparente y una funda de plástico para el sombrero. Su presencia me sobresaltó. Parecía personificar algo, la conciencia, la maldad; volví a la oficina y jamás hice la llamada.

Esa noche, mientras fregaba los platos, oí que Zena me hablaba desde la puerta de la cocina. Me volví y la vi allí de pie, con mi navaja en la mano. (Tengo una barba muy espesa y me afeito con navaja).

—Más vale que no dejes por ahí estas cosas —gritó—. Si supieras lo que te conviene, no dejarías estas cosas tiradas por ahí. Hay cantidad de mujeres en el mundo que te cortarían en pedacitos si hubieran tenido que soportar lo que yo...

No me asusté. ¿Qué sentí? No lo sé. Desconcierto, un desconcierto abrumador, y cierta extraña ternura por la pobre Zena.

Ella subió y yo seguí fregando y preguntándome si en el vecindario donde vivo son corrientes las escenas de este tipo. Pero Dios, oh, Dios mío, cuán ardientemente deseaba un poco de amor, de suavidad, de buen trato, de humor, de dulzura y de amabilidad. Al terminar de fregar salí de casa por la puerta de atrás. En la oscuridad, Livermore estaba tiñendo las manchas marrones de su césped con una pistola de agua. Kovacs estaba cocinando dos gallinas. Yo no he inventado este mundo, con todas sus paradojas, pero nunca he tenido la suerte de viajar, y como quizá todo lo que vea en la vida sean patios así, contemplé la escena (incluso la inscripción PELIGRO, HOMBRES COCINANDO) con interés y amor. Había música en el aire (siempre la hay), y eso acrecentó mi deseo de ver a una mujer hermosa. Entonces se alzó un

viento repentino, un viento de lluvia, y el olor de un bosque profundo, aun cuando no hay bosques en esta parte del mundo, se esparció entre los céspedes. El aroma me excitó, y recordé lo que significa sentirse joven y dichoso, llevar un suéter y pantalones de algodón limpios y recorrer los frescos corredores de la casa donde me crié y donde, en verano, las hojas pendían sobre todas las puertas y las ventanas abiertas formando una densa cortina de color verde y oro. No rememoré mi juventud: me pareció que la recobraba. Incluso algo más, pues, dado que uno es más corriente con respecto al pasado, no solo estimé, sino que poseí los audaces privilegios de ser joven. El televisor de los Livermore difundía la música de un vals. La melodía era tan grácil y melancólica que seguramente se trataba de un anuncio de desodorantes, fajas o maquinillas de afeitar para mujeres. Entonces, cuando cesó la música —el aroma del bosque seguía siendo intenso en la atmósfera—, vi que ella subía por el césped y caía en mis brazos.

Se llamaba Olga. No puedo cambiar su nombre, como tampoco puedo modificar sus restantes atributos. No era más que un ocioso ensueño, lo sé. Nunca me he engañado al respecto. He imaginado que gano el partido de tenis cotidiano, conquisto el Matterhorn y viajo a Europa en camarote de primera, y me figuro que imaginé a Olga movido por la misma necesidad de evasión o afecto, pero, a diferencia de todos mis demás ensueños, ella se presentó con un expediente de los hechos. Era hermosa, desde luego. ¿Quién, en similares circunstancias, inventaría una bruja, una arpía? Tenía los cabellos lacios, fragantes y oscuros. Aunque apenas pude distinguir sus rasgos en la penumbra, vi que su cara era oval y su piel aceitunada. Acababa de llegar en tren de California. No venía a ayudarme, sino a solicitar mi ayuda. Necesitaba que la protegieran de su esposo, que amenazaba con seguirla. Necesitaba amor, fortaleza y consejo. La estreché en mis brazos, gozando de la gracia y el calor de su presencia. Lloró al hablar de su marido, y supe cómo era. Puedo verlo ahora. Era un sargento del ejército. Unos forúnculos le habían dejado cicatrices en su grueso cuello. Tenía el rostro colorado; el pelo rubio. Ostentaba una doble fila de condecoraciones de campaña en su ajustado uniforme. El aliento le olía a whisky de centeno y a pasta de dientes. Yo estaba tan embelesado por su compañía, su dependencia, que me pregunté —no en serio, naturalmente— si no me estaría perdiendo una oportunidad de oro. ¿Acaso Livermore, que teñía el césped, tenía una amiga tan bella como la mía? ¿Y Kovacs? ¿Compartíamos tan íntimamente nuestra decepción? ¿Existía en el universo cierta escondida clemencia y equilibrio de forma que nuestras necesidades quedaban siempre satisfechas? Empezó a llover. Ya era hora de que ella se marchara, pero tardamos una larga y dulce hora en despedirnos, y cuando entré en la cocina estaba calado hasta los huesos.

El miércoles por la noche siempre llevo a mi mujer al restaurante chino del pueblo y luego vamos al cine. Pedimos el menú familiar para dos, pero ella se lo come casi

todo. Zena es comilona. Estira la mano por encima de la mesa y se apodera del rollo imperial, se sirve el pato asado entero, me quita las galletas de la suerte y después de exhalar un profundo suspiro dice: «Bueno, realmente te has hartado». Los miércoles siempre tomo un almuerzo fuerte en la ciudad para no tener hambre por la noche. Como hígado de ternera con tocino o algo parecido para atiborrarme.

Apenas entré en el restaurante aquella noche, pensé que vería a Olga. Ignoraba que ella volvería, no había vuelto a pensar en ello, pero ya que en mis sueños me he visto muchas veces en la cima del Matterhorn, ¿cómo no habría de reaparecer Olga? Me sentía feliz e ilusionado. Me alegré de haberme puesto el traje nuevo y de haberme acordado de cortarme el pelo. Quería que ella me viese en plenitud, y deseaba verla a una luz más esplendorosa que la de la noche lluviosa en que se me apareció por primera vez. Reparé en que el Muzak estaba tocando el mismo vals grácil y melancólico que había oído en la televisión de los Livermore, y pensé que quizá no se tratase más que de una ilusión de la música, un simple giro de la memoria, que me había engañado, del mismo modo que el olor de la lluvia me había inducido a pensar que volvía a ser joven.

Olga no existía. No tuve consuelo. Me sentí desesperado, abrumado, desolado. Advertí que Zena chasqueaba los labios y me dirigía una mirada retadora, como si me desafiara a tocar las gambas *foo-yong*. Pero yo quería a Olga, y la fuerza de mi necesidad pareció restablecer su realidad. ¿Cómo podía ser irreal algo que deseaba tan ardientemente? La música no pasaba de ser una coincidencia. Me erguí de nuevo alegremente y miré en derredor, confiando en que ella vendría en cualquier momento, pero no se presentó.

No creí que estuviese en el cine —sabía que no le gustaba—, pero seguí con el presentimiento de que iba a verla esa noche. No me engañaba a mí mismo, quiero que quede bien claro: sabía que ella era irreal, y no obstante parecía poseer cierta puntualidad, cierto orden, un horario de compromisos, y por encima de todo, yo la necesitaba. Cuando mi mujer se acostó, me senté a leer el periódico en el borde de la bañera. A Zena no le gusta que me sienta en la cocina o en el cuarto de estar, y por eso leo en el cuarto de baño, que tiene muy buena luz. Estaba leyendo cuando entró Olga. No había música de vals, lluvia ni nada que pudiese explicar su presencia, salvo mi soledad.

—Oh, cariño —dije—, creí que nos veríamos en el restaurante.

Ella dijo algo respecto a que no quería que mi mujer la viese. Luego se sentó a mi lado, la abracé y hablamos de sus proyectos. Estaba buscando un apartamento. De momento vivía en un hotel barato, y tenía problemas para encontrar trabajo.

—Qué lástima que no sepas taquigrafía ni escribir a máquina —recuerdo que le dije—. Podría merecer la pena que fueras a una academia... Miraré a ver si puedo encontrarte algo. A veces necesitan recepcionistas... Podrías hacer eso, ¿no? No permitiré que trabajes de encargada del guardarropa o de camarera en un restaurante. No, no te dejaré. Prefiero pagarte un sueldo hasta que surja algo mejor...

Mi mujer abrió de golpe la puerta del cuarto de baño. Los bigudís de las mujeres, como el tinte para la hierba y los letreros grotescos, tan solo me recuerdan que debemos encontrar temas para comentar más serios y agradables; no diré sino que mi mujer usa tantos y tan belicosos bigudís que quien pretenda cortejarla acabará perdiendo un ojo.

—¡Estás hablando solo! —bramó—. Te está oyendo todo el vecindario. Van a creer que estás loco. Y me has despertado. Me has interrumpido un sueño profundo, y ya sabes que si pierdo el primer sueño no consigo volver a dormirme.

Se dirigió al botiquín y cogió un somnífero.

—Si quieres hablar solo —dijo—, sube al desván.

Regresó a su dormitorio y cerró la puerta con llave.

Pocas noches después, cuando estaba preparando unas hamburguesas en el patio de atrás, vi lo que me parecieron unas nubes de lluvia que se alzaban al sur. Pensé que era un buen augurio. Quería noticias de Olga. Después de fregar salí al porche trasero y aguardé. En realidad, no es un porche, sino una pequeña plataforma de madera con cuatro peldaños, encima del cubo de basura. Livermore estaba en su porche y Kovacs en el suyo, y me pregunté si estarían esperando a una quimera, lo mismo que yo. Si, por ejemplo, me acercaba a Livermore y le preguntaba si era rubia o morena, ¿me comprendería? Durante un minuto experimenté un tremendo anhelo de confiarme a alguien. Entonces empezó a sonar el vals, y en el preciso instante en que la música se desvanecía, ella subió corriendo los peldaños.

¡Oh, qué feliz estaba esa noche! Tenía trabajo. Ya lo sabía, puesto que yo se lo había buscado. Trabajaba de recepcionista en el mismo edificio que yo. Lo que yo ignoraba es que también había encontrado un apartamento; bueno, no un apartamento, sino una habitación amueblada con cocina y baño independiente. Le venía muy bien, porque tenía todos sus muebles en California. ¿Iría a ver su apartamento? ¿Ahora mismo? Cogéramos uno de los últimos trenes y dormiríamos allí. Dije que sí, pero que primero tenía que entrar en casa y ver si los niños se encontraban bien. Subí al dormitorio de los críos. Estaban dormidos. Zena ya se había encerrado en su habitación. Fui al cuarto de baño a lavarme las manos y encontré en el lavabo una nota escrita por Betty-Ann, mi hija mayor: «Querido papá, no nos abandones».

Esta convergencia de la realidad y la irrealidad carecía de sentido. Los niños no sabían nada de mi alucinación. Para sus ojos claros, el porche estaba vacío. La nota solo debía de expresar su ineludible conciencia de mi infelicidad. Pero Olga aguardaba en el porche de atrás. Me pareció sentir su impaciencia, ver el modo en que columpiaba sus largas piernas, consultaba su reloj de pulsera (regalo del día en que se graduó) y fumaba un cigarrillo, y sin embargo, la súplica de mis hijos me mantenía clavado en mi casa. No podía moverme. Recordé un desfile celebrado no

hacía mucho en el pueblo, al que asistí con mi hijo pequeño. Era el desfile anual de alguna fraternidad de provincias. Había dos bandas uniformadas y media docena de grupos de la fraternidad en cuestión. Los que desfilaban, la hermandad, parecían ser, sobre todo, simples trabajadores, empleados de correos y barberos, supongo. El tiempo no podría explicar mi actitud, puesto que recuerdo claramente que hacía bueno y fresco, pero el desfile me causó un efecto tan sombrío como si lo hubiera estado contemplando desde lo alto de un patíbulo. Vi en las filas rostros estragados por la bebida, arrasados por el trabajo, consumidos por las preocupaciones e invariablemente sellados por el desencanto, como si el desfile tuviese por objeto demostrar que la vida es un compromiso abrumador. La música era estrepitosa, pero las caras y los cuerpos eran los de hombres comprometidos, y recuerdo que me puse en pie y miré atentamente a la última de las filas en busca de una persona cuyos rasgos claros disiparan mis amargas reflexiones. No encontré ninguna. Sentado en el cuarto de baño, me pareció que me sumaba al desfile. Por primera vez en mi vida experimenté lo que todos ellos debían de haber conocido: la tortura, el desgarramiento entre el deseo de escapar y la sensación de tener el corazón encadenado por una súplica. Corrí abajo, pero Olga ya se había ido. Ninguna mujer bonita espera mucho tiempo a nadie. Aunque ella fuera un ente de ficción, yo era incapaz de hacer que volviese, del mismo modo que no podía cambiar el hecho de que su reloj era un obsequio del día en que se graduó y de que su nombre era Olga.

No regresó durante una semana, a pesar de que Zena tenía un malhumor de mil diablos y al parecer existía cierta relación, algún nexo entre su intemperancia y mi capacidad de invocar a un fantasma. Todas las noches, a las ocho, la televisión de los Livermore difundía el grácil y melancólico vals, y yo lo oía fuera. Transcurrieron diez días antes de que volviese. Kovacs estaba cocinando. Livermore teñía la hierba. La música empezaba justamente a apagarse cuando ella apareció. Algo había cambiado. Vino con la cabeza gacha. ¿Qué había pasado? En cuanto subió la escalera, vi que había bebido. Estaba borracha. Se echó a llorar apenas la estreché en mis brazos. Acaricié su pelo suave y oscuro, y me sentí perfectamente feliz porque podía consolarla y protegerla, pasara lo que pasase. Me lo contó todo: había salido con un hombre de la oficina, él se había emborrachado y la había seducido. Avergonzada de sí misma, no se atrevió a acudir al trabajo a la mañana siguiente, y estuvo cierto tiempo en un bar. Luego, medio borracha, se había presentado en la oficina para enfrentarse con su seductor, y se produjo una escandalosa escena en el curso de la cual fue despedida. Me dijo que era a mí a quien había traicionado. No pensaba en sí misma. Yo le había dado la oportunidad de emprender una nueva vida y ella me había fallado. Me sorprendí sonriendo fatuamente al comprobar la magnitud de su dependencia, el ardor con que se aferraba a mí. Le dije que todo se arreglaría, que le buscaría otro trabajo y le pagaría el alquiler mientras tanto. La perdoné y ella me prometió volver la noche siguiente.

Esa noche me precipité al porche: estuve allí desde mucho antes de las ocho, pero

no vino. Era irreflexiva. Yo no lo ignoraba. No era capaz de defraudarme adrede. Debía de estar de nuevo en apuros, pero ¿cómo ayudarla? ¿Cómo ponerme en contacto con ella? Yo conocía la dirección de su casa. Conocía sus olores y sus luces, la reproducción de un Van Gogh y las quemaduras de cigarrillos en la mesa del fondo, pero de todas formas la habitación no existía, y por tanto, no podía ir allí. Pensé en buscarla por los bares de las intermediaciones, pero todavía no había llegado a ese extremo de demencia. La esperé de nuevo a la noche siguiente. Me inquieté, pero no me enfurecí al ver que no venía, puesto que en definitiva no era más que una chiquilla indefensa. Al otro día llovió, y supe que no vendría porque no tenía impermeable. Me lo había dicho ella. Al día siguiente fue sábado y presumí que tal vez lo dejase para el lunes, ya que los horarios de trenes y autobuses son muy irregulares durante el fin de semana. Esto me pareció sensato, pero estaba tan convencido de que regresaría el lunes que cuando no lo hizo me sentí terriblemente decepcionado y perdido. Volvió a aparecer el jueves, a la misma hora; oí el grácil vals de siempre. A pesar de la longitud del patio, mucho antes de que llegase al porche advertí que se tambaleaba. Iba despeinada, llevaba el vestido roto y le faltaba el reloj. No sé por qué, la interrogué acerca de este último, pero no logró recordar dónde lo había dejado. La estreché entre mis brazos y me contó lo que había sucedido. Su seductor había vuelto a su casa. Ella lo había dejado entrar; le había permitido que se instalase allí. Se quedó tres días y luego dio una fiesta con unos amigos suyos. La fiesta duró hasta tarde y fue muy ruidosa; la propietaria llamó a la policía, que hizo una redada y metió a Olga en la cárcel, acusada de utilizar su apartamento con fines inmorales. Estuvo tres días en el centro de detención para mujeres hasta que se examinó su caso. Un juez bondadoso postergó la sentencia. Ahora volvía a California a reunirse de nuevo con su marido. Ella no era mucho mejor que él, insistió tenazmente; ambos eran parecidos. Él le había enviado un giro telegráfico e iba a marcharse en el tren de la noche. Traté de persuadirla de que se quedase y emprendiera una nueva vida. Yo seguiría ayudándola gustoso; me haría cargo de ella incondicionalmente. La sacudí por los hombros, lo recuerdo. Me acuerdo asimismo de que grité: «¡No puedes marcharte! ¡No puedes! Eres lo único que tengo. Si te vas, quedará demostrado que incluso las más transparentes invenciones de mi imaginación están supeditadas a la lascivia y la edad. ¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme solo!».

—Deja de hablar solo —me gritó mi mujer desde el cuarto de la televisión, y en aquel momento se me ocurrió lo siguiente: puesto que había creado a Olga, ¿no podría inventar a otras, rubias de ojos negros, pelirrojas vivarachas de piel marmórea, morenas lánguidas, bailarinas, cantantes, amas de casa solitarias? Mujeres altas, bajas, tristes, mujeres cuyo pelo bruñido les cae hasta la cintura, bellezas de ojos achinados, bizcos, violetas, bellezas de toda condición y edad podrían ser mías. La marcha de Olga ¿no significaría acaso sitio libre para otra?

LAS CASAS JUNTO AL MAR

Todos los años alquilamos una casa al borde del mar y nos ponemos en camino al principio del verano —con el perro y el gato, los niños y la cocinera— para llegar poco antes de caer la noche a un lugar que nos es completamente desconocido. El viaje al mar tiene unos atractivos que se han hecho ya tradicionales porque lo venimos repitiendo desde hace muchos años, pero nunca desaparece el sentimiento de que somos, como siempre nos ha parecido serlo en nuestros sueños, emigrantes o vagabundos: viajeros, por lo menos, con la sensibilidad a flor de piel que caracteriza al viajero. Nunca me adelanto para investigar cómo son las casas que alquilo, y tanto el castillo de madera con una torre como el caserón o el chalet de Staffordshire cubierto de rosas o la mansión sureña se nos aparecen, iluminados por los últimos vestigios de luz procedente del mar, con el enorme atractivo de lo desconocido. Hay que conseguir unas llaves herrumbrosas en la casa de al lado. Entonces se abre la puerta y se entra en un vestíbulo oscuro o claro, dispuestos a empezar las vacaciones: un mes que promete estar libre de problemas. Pero tan fuerte, o quizá aún más fuerte que este agradable sentimiento de punto de partida, es el de haber ido a caer en medio de la vida de otra persona. Siempre trato con corredores de fincas, y nunca he llegado a conocer a las personas que nos alquilan las casas, pero su habilidad para dejar tras de sí una sensación de presencia física y emocional es asombrosa. Nuestros problemas no están escritos, desde luego, ni en el aire ni en el agua, pero sí mantienen una estrecha relación con los arañazos en los zócalos, con los olores y con nuestras preferencias en muebles y en cuadros; y las diferencias ambientales que encontramos al entrar en esas casas alquiladas son tan pronunciadas como los cambios del tiempo en la playa. A veces encontramos en el largo corredor una afabilidad, una pureza y una sinceridad de sentimientos a las que todos respondemos de inmediato. Alguien ha sido enormemente feliz allí, y nosotros alquilamos su felicidad, además de su playa y de su bote. Algunas veces, el ambiente de la casa parece misterioso, y sigue siéndolo hasta que nos marchamos en agosto. ¿Quién es la señora del retrato que está en el descansillo del primer piso?, nos preguntamos. ¿De quién serán las escafandras de buzo, o las obras completas de Virginia Woolf? ¿Quién escondió el ejemplar de *Fanny Hill* en el armario de la porcelana, quién tocaba la cítara, quién dormía en la cuna, y quién fue la mujer que pintó con esmalte rojo las uñas de las patas terminadas en garras sobre las que descansa la bañera? ¿Qué significado tuvo ese momento en su vida?

El perro y los niños se van corriendo a la playa, y nosotros empezamos a instalarnos, paseándonos, al parecer, por entre las densas historias de personas desconocidas. ¿Quién era el dueño de los *lederhosen*, quién derramó tinta (o sangre)

sobre la alfombra, quién rompió la ventana de la despensa? Y ¿qué hacer con las estanterías del dormitorio, repletas de libros como *Felicidad matrimonial*, una *Guía ilustrada de la felicidad sexual en el matrimonio*, *El derecho a la felicidad sexual*, y una *Guía para la felicidad sexual de la pareja*? Pero del otro lado de las ventanas se oye el rítmico golpeteo del mar, que hace estremecerse la escarpada colina sobre la que se alza la casa, y envía sus vibraciones a través de la madera y el yeso, y al final, todos bajamos a la playa —a eso hemos venido, después de todo—, y la casa alquilada sobre la colina, en la que brillan ahora nuestras luces, es una de esas imágenes que han conservado su atractivo y su valor. Pescando entre bosques en primavera, al pisar una mata de menta silvestre nos llega una fragancia que es como la esencia de aquel día. En otra ocasión, paseando por el Palatino, cansados de las antigüedades y de la vida en general, vemos a un búho que emprende el vuelo desde las ruinas del palacio de Septimio Severo y, como por ensalmo, el día y la ciudad ruidosa y caótica se llenan de sentido. Estando en la cama, al dar una calada a nuestro cigarrillo, el rojo resplandor ilumina un brazo, un pecho y una cadera a cuyo alrededor parece girar el universo. Esas imágenes son como las cenizas de nuestros mejores sentimientos y, de pie en la playa, durante esa primera hora de las vacaciones, parece como si pudiéramos volver a convertirlas en fuego chisporroteante. Cuando ya es de noche, preparamos unos cócteles, mandamos a los niños a la cama, y hacemos el amor en una habitación desconocida que huele al jabón de otra persona: ritos, todos ellos, encaminados a exorcizar a los propietarios y a asegurar nuestra posesión de la casa. Pero en mitad de la noche la puerta de la terraza se abre con estrépito, aunque se diría que no corre ni una brizna de viento, y mi mujer dice, medio dormida:

—¿Por qué han vuelto? ¿Por qué han vuelto? ¿Qué se les ha perdido?

Broadmere es la casa alquilada que recuerdo con más claridad, y sé que llegamos allí a la hora de costumbre. Era un edificio grande, de color blanco, y se alzaba sobre una colina orientada hacia el mediodía, hacia mar abierto. Me dio la llave una anciana señora del sur que vivía enfrente; la puerta daba a un vestíbulo con una escalera circular. Los propietarios, de apellido Greenwood, parecían haberse marchado aquel mismo día, incluso podían haberse ido tan solo unos minutos antes. Había flores en los jarrones, colillas en los ceniceros, y un vaso sucio sobre la mesa. Después de subir el equipaje, mandamos a los niños a la playa y yo me quedé de pie en el cuarto de estar esperando a que mi mujer viniera a reunirse conmigo. La agitación, el choque producido por la repentina desaparición de los Greenwood, parecía aún suspendida en el aire. Tuve la certeza de que se habían ido precipitadamente y de mala gana, y que no les apetecía alquilar la casa. La habitación donde me encontraba tenía un mirador que daba sobre el mar, pero con la luz del crepúsculo aquel sitio resultaba triste y me pareció deprimente. Encendí una lámpara, pero la bombilla arrojaba una luz

mortecina, y pensé que el señor Greenwood debía de ser un hombre tacaño. Pero fuera como fuese, sentía su presencia como una fuerza poco común. En una de las estanterías para libros descubrí un pequeño trofeo de navegación a vela ganado diez años antes. Los libros eran en su mayor parte obras seleccionadas por un club de lectores. Saqué del estante una biografía de la reina Victoria, pero tenía esa peculiar rigidez de los libros sin usar, y creo que no lo había leído nadie. Detrás estaba escondida una botella de whisky, vacía. Los muebles parecían sólidos y de buen gusto, pero yo no me sentía ni contento ni cómodo en aquella habitación. Había un piano vertical en una esquina; toqué unas escalas para ver si estaba afinado (no lo estaba), y levanté la tapa del taburete en busca de alguna partitura. Encontré unas cuantas, y otras dos botellas vacías. ¿Por qué no se las había llevado como hacemos los demás? ¿Era un caso de alcoholismo oculto? ¿Explicaba aquello la tristeza de la habitación? ¿Habría aprendido a quitarle el tapón a la botella sin hacer ruido y, lo que es aún más difícil, a inclinar el vaso y la botella hasta conseguir que el whisky cayera en silencio? Mi mujer apareció con una maleta vacía que yo me encargué de subir al ático. Aquella parte de la casa estaba ordenada y limpia. Todas las herramientas y los botes de pintura tenían etiquetas y se hallaban en sus sitios correspondientes, y aquel orden, en contraste con la sala de estar, transmitía una atmósfera de honradez y seriedad. El señor Greenwood debía de haber pasado mucho tiempo en el ático, pensé. Se hacía de noche y me reuní en la playa con mi mujer y con mis hijos.

El mar estaba agitado, y la larga línea blanca de espuma en el sitio donde rompían las olas se prolongaba, como una arteria, por toda la extensión de la playa que me era posible ver. Mi mujer y yo permanecemos de pie, abrazados, porque ¿no es cierto que todos bajamos al mar como enamorados? ¿No les pasa lo mismo a la muchacha bonita con su bañador de premamá y a su rubio marido, a las parejas de ancianos que se mojan las piernas nudosas, a los jóvenes atléticos y a las muchachas que contemplan el océano y aspiran su perfume en espera de alguna aventura romántica, maravillosa y exaltante? Cuando ya se había hecho completamente de noche y era hora de irse a la cama, le conté un cuento a mi hijo pequeño. Dormía en una agradable habitación orientada hacia el este, y el resplandor de un faro lo iluminaba periódicamente. Luego noté algo en el zócalo de la esquina —un hilo o una araña, pensé—, y me arrodillé para ver de qué se trataba. Alguien había escrito con letra pequeña: «Mi padre es un bicho. Repito: mi padre es un bicho». Besé a mi hijo mientras le daba las buenas noches y nos fuimos todos a dormir.

El domingo hacía un tiempo espléndido, y me desperté de muy buen humor, pero al dar un paseo por los alrededores después del desayuno, me encontré otro depósito de botellas de whisky escondidas detrás de un tejo y sentí la misma tristeza —casi desesperación— que había experimentado en la sala de estar. El señor Greenwood me preocupaba y despertaba mi curiosidad. Sus problemas parecían insuperables. Pensé ir al pueblo e informarme acerca de él, pero ese tipo de curiosidad me parece indecente. Aquel mismo día encontré una fotografía suya en un cajón del armario

ropero. El cristal que la cubría estaba roto. El señor Greenwood llevaba el uniforme de comandante de las fuerzas aéreas, y tenía un rostro alargado y romántico. Me agradó que fuera bien parecido, como me había agradado su trofeo deportivo, pero aquellos dos puntos positivos no bastaban para salvar a la casa de la tristeza. No me gustaba aquel sitio, y eso parecía influir sobre mi estado de ánimo. Más adelante, durante el día, traté de enseñar a mi hijo mayor cómo lanzar el anzuelo sobre las olas, pero el sedal se le enredaba continuamente, el carrito se le llenó de arena, y acabamos discutiendo. Después de almorzar fuimos hasta el embarcadero donde estaba atracado el balandro que habíamos alquilado junto con la casa. Cuando preguntamos por él, el encargado se echó a reír: nadie lo había utilizado desde hacía cinco años y estaba cayéndose a pedazos. Era una sorpresa muy desagradable, pero no me enfadé con el señor Greenwood porque fuera un mentiroso, que sí que lo era: pensé en él comparativamente, considerándolo un hombre que se había visto forzado a echar mano de aquellos incómodos recursos al encontrarse con unos ingresos que disminuían rápidamente. Aquella noche, mientras leía uno de sus libros en la sala de estar, noté que los cojines del sofá apenas cedían bajo mi peso. Al mirar debajo, encontré tres ejemplares de una revista dedicada a los baños de sol. Las ilustraciones eran todas de hombres y mujeres que solo llevaban puestos los zapatos. Llevé las revistas al hogar de la chimenea y les apliqué una cerilla encendida, pero el papel era satinado y ardieron muy lentamente. ¿Por qué me enfado tanto?, me preguntaba. ¿Por qué me sentía tan afectado por la imagen de aquel hombre borracho y solitario? El descansillo del piso de arriba olía mal; quizá el responsable fuera un gato poco limpio o un desagüe obstruido, pero a mí me pareció algo así como el poso, como la esencia de una pelea muy encarnizada. Dormí muy mal aquella noche.

El lunes llovió. Los niños se entretuvieron por la mañana haciendo galletas. Yo estuve paseando por la playa. Aquella tarde visitamos el museo local, donde había un pavo real disecado, un casco alemán de principios de siglo, un abundante surtido de trozos de metralla, una colección de mariposas y varias fotografías antiguas. Se oía el ruido de la lluvia sobre el techo del museo. Aquella noche tuve un sueño muy extraño. Soñé que iba a Nápoles en el *Cristoforo Colombo*, y que compartía un camarote de tercera clase con un anciano que no aparecía nunca, pero cuyo equipaje se amontonaba sobre la litera inferior. Había un grasiento sombrero de fieltro, un paraguas muy estropeado, una novela barata y un frasco de píldoras laxantes. Yo necesitaba beber. No soy un alcohólico, pero en mi sueño experimentaba todos los padecimientos físicos y emocionales de una persona que lo fuera. Me dirigía al bar. Estaba cerrado. El barman no se había marchado aún, ocupado en cerrar la caja registradora, y todas las botellas estaban forradas con tela de estopa. Le rogué que abriera el bar, pero dijo que se había pasado las últimas diez horas limpiando camarotes y que se iba a la cama. Le pregunté si no podía venderme una botella y dijo que no. Entonces —el barman era italiano— le expliqué tímidamente que la botella no era para mí, sino para mi hijita. Su actitud cambió en el acto. Si era para mi

hija, se sentiría feliz proporcionándome una botella, pero tenía que ser muy bonita, y después de buscar por todo el bar volvió con una en forma de cisne, llena de un licor cremoso. Le dije que a mi hija no le gustaría, que lo que ella quería era ginebra, y finalmente me entregó una botella de ginebra y me cobró diez mil liras. Al despertar me pareció que había tenido uno de los sueños del señor Greenwood.

El miércoles recibimos nuestra primera visita. Era la señora Whiteside, la dama sureña que nos entregó la llave. Llamó a la puerta a las cinco y nos regaló una caja de fresas. Su hija, Mary-Lee, una chica de unos doce años, venía con ella. La señora Whiteside era una mujer extraordinariamente correcta, pero a Mary-Lee se le había ido la mano en su arreglo personal. Se había depilado las cejas, llevaba los párpados pintados, y en el resto de su cara también abundaba el colorido. Supuse que no tenía otra cosa que hacer. Invité a pasar a la señora Whiteside con la mayor cordialidad de la que fui capaz, ya que deseaba obtener toda la información posible acerca de los Greenwood.

—¿No le parece muy hermosa esta escalera? —preguntó al entrar en el vestíbulo—. La construyeron pensando en la boda de su hija. Dolores no tenía entonces más que cuatro años, pero les gustaba imaginar que se detendría junto a la ventana, vestida de blanco, y echaría las flores a sus damas de honor. —Hice una inclinación de cabeza, invitándola a entrar en el cuarto de estar, y le ofrecí una copa de jerez—. Estamos muy contentas de tenerlo a usted aquí, señor Ogden —dijo ella—. Es maravilloso que haya otra vez niños corriendo por la playa. Pero también es de justicia decir que echamos de menos a los Greenwood. Son unas personas muy simpáticas y nunca habían alquilado la casa. Es el primer verano que no están en la playa. Al señor Greenwood le gusta mucho Broadmere. Es su orgullo y su alegría. No me imagino qué hará lejos de aquí.

Si los Greenwood eran tan encantadores, ¿quién podía ser el alcohólico que escondía las botellas?

—¿A qué se dedica el señor Greenwood? —quise saber, y para suavizar lo directo de mi pregunta, crucé el cuarto y volví a llenarle la copa.

—Tejidos sintéticos —dijo ella—, pero creo que está a la expectativa de algo más interesante.

Aquello podía ser un indicio, quizá un paso en la buena dirección.

—¿Quiere usted decir que anda buscando trabajo? —pregunté en seguida.

—En realidad, no lo sé —replicó ella.

La señora Whiteside era una de esas mujeres de edad de las que quizá se diga que son tan tranquilas como las aguas bajo un puente, pero a mí me pareció de una sola pieza, poseedora de una de las lenguas afiladas de la comunidad, y capaz de destilar parte de su veneno. Se diría que sus múltiples y dolorosas desilusiones (su marido había muerto y andaba muy escasa de dinero) la habían apartado de la corriente de la

vida hasta dejarla sentada en sus orillas, desde donde, sin perder un solo instante su melancólica actitud, se entretenía viendo cómo los demás nos precipitábamos hacia el mar. Lo que trato de decir es que me pareció descubrir una vena de corrosiva amargura detrás de su voz melodiosa. En total se bebió cinco copas de jerez.

Estaba ya a punto de irse. Suspiró e hizo un gesto para incorporarse.

—Bien, me alegro de haber tenido esta oportunidad de darles la bienvenida — declaró—. ¡Es tan agradable que haya otra vez niños corriendo por la playa...!, y, aunque los Greenwood eran muy simpáticos, tenían sus dificultades. Digo que los echo de menos, pero no voy a decir que eche de menos sus peleas, y durante el último verano se peleaban todas las noches. ¡Las cosas que decía el señor Greenwood! Imagino que eran eso que suele llamarse dos personas incompatibles. —Movi6 los ojos en direcci6n a Mary-Lee para sugerir que podr6a habernos contado muchas m6s cosas—. Algunas veces me gusta trabajar en el jard6n al atardecer, cuando refresca, pero cuando los Greenwood se peleaban no pod6an salir de casa, y en ocasiones llegu6 incluso a cerrar las puertas y las ventanas. Supongo que no deber6a contarles todo esto, pero la verdad siempre acaba por saberse, ¿no es cierto? —Se levant6 y fue hasta el vest6bulo—. Como ya le he dicho, construyeron la escalera para la boda de su hija, pero la pobre Dolores tuvo que casarse con un mec6nico en el ayuntamiento durante el octavo mes de embarazo. Me alegro de tenerlos aqu6. Vamos, Mary-Lee.

Ya hab6a conseguido, hasta cierto punto, lo que quer6a. La se6ora Whiteside hab6a dado fe de la peculiar tristeza de la casa. Pero ¿por qu6 me emocionaba tanto el deseo de aquel pobre hombre de casar a su hija con toda felicidad? Me parec6a verlos de pie en el vest6bulo cuando terminaron la escalera. Dolores estar6a jugando en el suelo; los Greenwood, cogidos de la cintura, sonre6an ante la ventana abovedada, y ante el panorama de alegr6a, de bienestar y de duradera felicidad que les ofrec6a. Pero ¿qu6 hab6a sido de ellos, y por qu6 hab6a terminado en desastre un deseo tan simple?

A la ma6ana siguiente volvi6 a llover, y la cocinera anunci6 de repente que su hermana de Nueva York se estaba muriendo y que ten6a que volver a casa. Que yo supiera, no hab6a recibido ninguna carta ni llamada telef6nica, pero la llev6 al aeropuerto y la dej6 marchar. Volvi6 a Broadmere a rega6adientes. Hab6a llegado a odiar aquel sitio. Encontr6 un ajedrez de pl6stico e intent6 ense6ar a jugar a mi hijo, pero el aprendizaje degener6 en pelea. Mis otros hijos estaban en la cama, leyendo tebeos. Me enfad6 con todo el mundo, y decid6 que, por su propio bien, era mejor que me volviera a Nueva York por uno o dos d6as. Le ment6 a mi mujer diciendo que ten6a un asunto urgente, y ella me llev6 al aeropuerto el viernes por la ma6ana. Era agradable estar en el aire y lejos de la tristeza de Broadmere. En Nueva York brillaba el sol y hac6a calor, ol6a a asfalto recalentado y se ten6a la sensaci6n de estar en pleno verano. Me qued6 en el despacho hasta 6ltima hora y luego hice un alto en un bar pr6ximo a la estaci6n Grand Central. Cuando llevaba all6 unos minutos entr6 el se6or Greenwood. Su aire rom6ntico se hab6a esfumado por completo, pero lo reconoc6 en seguida gracias a la fotograf6a que encontr6 en el armario ropero. Pidi6 un martini y

un vaso de agua; se bebió el agua inmediatamente, como si fuese a eso a lo que había entrado.

Se advertía nada más mirarlo que era uno más de esa legión de empleados fantasmales que deambulan por el centro de Manhattan soñando con un nuevo empleo en Madrid, Dublín o Cleveland. Usaba brillantina para el pelo. Su rostro estaba tan encendido como el de un jugador de béisbol o el de un jinete, aunque, por el temblor de sus manos, no costaba trabajo llegar a la conclusión de que el sonrojo era por culpa del alcohol. El barman lo conocía, y estuvo algún tiempo charlando con él, pero luego se dirigió a la caja, comenzó a hacer sumas, y el señor Greenwood se quedó solo, acusándolo inmediatamente. Se le notó en la cara. Sentía que se había quedado solo. Era tarde; todos los trenes expresos habían salido ya, y los demás iban apareciendo: me refiero a los demás fantasmas. Solo Dios sabe de dónde viene y adónde va ese ejército de parásitos de aspecto próspero y correctamente vestidos que, a pesar de la atmósfera fraternal que llegan a crear, nunca soñarían con hablar entre sí. Todos tienen una botella escondida detrás de los volúmenes de un círculo de lectores y otra en el taburete del piano. Pensé en presentarme a Greenwood, pero en seguida abandoné la idea. Le había arrebatado su querida casa, y era inevitable que se mostrara hostil. Yo no podía reconstruir los incidentes de su autobiografía, pero sí imaginar el ambiente en que se habían producido y su influencia sobre él. Su padre habría muerto o habría abandonado a su madre cuando él era joven. No resulta difícil discernir la ausencia del padre entre las huellas que la vida deja en nuestros rostros. Lo educaron su madre y su tía, fue a la universidad estatal y se especializó —supuse— en técnicas mercantiles. Durante la guerra habría tenido a su cargo el abastecimiento de una cantina, y después las cosas nunca llegaron a enderezarse. Perdió a su hija, la casa, el amor de su mujer y hasta el interés por los negocios, pero ninguna de esas pérdidas bastaban para explicar su dolor y su desconcierto. La verdadera causa nunca llegaríamos a saberla ni él, ni yo, ni ninguno de nosotros. Eso es lo que hace que los bares junto a las estaciones de ferrocarril resulten tan misteriosos a esas horas.

—Oye, estúpido —le dijo al barman—. ¿Crees que tus muchas obligaciones te permitirán llenarme la copa de ambrosía?

Era la primera nota discordante, pero a partir de ahí todas serían más o menos por el estilo. El señor Greenwood llegaría a ponerse muy grosero. Flacos o gordos, alegres o malhumorados, jóvenes o viejos, es algo que les sucede a todos los fantasmas. Al final se arrastran hasta sus casas y acusan al conserje de ser un maleducado, riñen a sus mujeres por derrochadoras, sermonean a sus desconcertados hijos sobre su ingratitud y acaban durmiéndose en la cama del cuarto de huéspedes con los zapatos puestos. Pero no era esa imagen la que me preocupaba, sino figurármelo de pie en el vestíbulo recién estrenado, soñando con ver a su hija vestida de novia disponiéndose a bajar la escalera. No habíamos hablado, no lo conocía, sus problemas no eran los míos y, sin embargo, los sentía con tanta intensidad que no

quise pasar la noche solo, y estuve con una mujer muy empalagosa que trabaja en nuestro despacho. Por la mañana tomé un avión para volver junto al mar, donde seguía lloviendo y donde encontré a mi mujer lavando platos. Yo tenía resaca y me sentía terriblemente depravado, culpable y sucio. Pensé que quizá me sintiera mejor si iba a nadar, y le pregunté a mi mujer por el bañador.

—Debe de andar por ahí, en algún sitio —dijo ella, de mal humor—. Está por ahí estorbando en alguna parte. Lo dejaste sobre la alfombra del dormitorio, y como aún estaba mojado lo colgué en la ducha.

—No está en la ducha —dije.

—Bueno, pues anda por ahí en algún sitio —insistió ella—. ¿Has mirado en la mesa del comedor?

—Escúchame un instante —le dije—. No sé por qué tienes que hablar de mi traje de baño como si hubiese estado zascandileando por la casa, bebiéndose el whisky, ventoseando y contando chistes verdes delante de señoras. Te pregunto solo por un *inocente* bañador. —A continuación estornudé y estuve esperando a que dijera «Jesús» como hacía siempre, pero no dijo nada—. Y hay otra cosa que tampoco encuentro —añadí—: Mis pañuelos.

—Suénate con kleenex —replicó ella.

—No quiero sonarme con kleenex —contesté. Debí de levantar la voz, porque oí cómo la señora Whiteside le decía a Mary-Lee que entrara en la casa y procediera a cerrar una ventana acto seguido.

—¡Santo cielo! ¡Qué insoportable estás esta mañana! —dijo mi mujer.

—Pues tú me resultas insoportable desde hace seis años —le respondí.

Tomé un taxi para ir al aeropuerto y volví a Nueva York a primera hora de la tarde. Llevábamos doce años casados y habíamos sido amantes durante dos más, lo que hacía un total de catorce años viviendo juntos. Nunca he vuelto a verla.

Esto lo escribo en otra casa a la orilla del mar y con otra esposa. Estoy sentado en una silla que no pertenece a ningún período definido ni es resultado de una concreta inspiración. Los almohadones huelen a rancio. El cenicero fue robado en el Excelsior de Roma. Mi vaso de whisky contuvo mermelada en otro tiempo. La mesa sobre la que escribo cojea de una pata. La luz de la lámpara es mortecina. Magda, mi mujer, se tiñe el pelo. Se lo tiñe de color naranja, y tiene que hacerlo una vez a la semana. Hay niebla, vivimos cerca de un canal señalizado con boyas de campana, y oigo tantos repiques como en cualquier pueblo con tradición religiosa en una mañana de domingo. Hay campanas de sonido agudo, otras graves, y otras que parecen sonar debajo del agua. Cuando Magda me pide que le lleve las gafas, salgo al porche sin apresurarme. Las luces de la casa, brillando entre la niebla, crean una ilusión de solidez, y tengo la impresión de ir a tropezar con un rayo de luz. La playa describe una curva, y veo las luces de otras casas donde la gente amontona una reserva de

felicidad o de dolor que encontrarán los inquilinos que vengan en agosto o el verano que viene. ¿Estamos de verdad tan cerca los unos de los otros? ¿Es preciso que los extraños carguen con nuestros problemas? ¿Es tan ineludible nuestro sentido de la universalidad del sufrimiento?

—¡Las gafas! ¡Las gafas! —grita Magda—. ¿Cuántas veces tengo que pedirte que me las traigas?

Se las llevo, y cuando ha terminado de teñirse el pelo, nos vamos a la cama. En mitad de la noche se abren de pronto las puertas del porche, pero mi dulce esposa, la primera, no está aquí ya para preguntar: «¿Por qué han vuelto? ¿Qué es lo que han perdido?».

EL ÁNGEL DEL PUENTE

Quizá hayan visto ustedes a mi madre bailando un vals sobre la pista de hielo del Rockefeller Center. Tiene ahora setenta y ocho años, pero es delgada y vigorosa, y lleva un traje de terciopelo rojo con falda corta. También usa medias de color carne, gafas, una cinta encarnada para sujetarse el pelo blanco, y baila el vals con uno de los empleados de la pista de patinaje. No sé por qué me desconcierta tanto que baile el vals patinando sobre hielo, pero lo cierto es que así es. Siempre que está en mi mano procuro no acercarme a esa zona durante los meses de invierno, y nunca como en los restaurantes que hay junto a la pista. Una vez, cuando cruzaba por allí, un desconocido me cogió del brazo y, señalando a mi madre, dijo: «Mire esa vieja loca». Fue una situación muy embarazosa. Supongo que debería felicitarle por el hecho de que se divierta sola y no sea una carga para mí, pero a decir verdad preferiría que hubiese elegido otra ocupación menos llamativa. Siempre que veo a simpáticas ancianas arreglando crisantemos y sirviendo el té, pienso en mi propia madre, vestida como las encargadas de los guardarropas de los night clubs, girando sobre el hielo de la mano de un asalariado en el centro de la tercera ciudad más poblada del mundo.

Mi madre aprendió patinaje artístico en St. Botolphs, un pueblecito de Nueva Inglaterra, de donde procede nuestra familia, y sus valeses son una manifestación más de su cariño por el pasado. Cuanto mayor se hace, más suspira por el mundo provinciano de su juventud, que está ya a punto de desaparecer. Es una mujer valiente, como pueden ustedes comprender, pero no le gusta cambiar. Un verano hice los arreglos necesarios para que viajara en avión a Toledo y visitase a algunos amigos. La llevé al aeropuerto de Newark. La sala de espera, con sus anuncios luminosos, su techo abovedado y las conmovedoras y penosas escenas de separación interpretadas con un tumultuoso fondo de música de tango lograron impresionarla negativamente. El aeropuerto no le pareció en absoluto interesante ni hermoso y, comparado con la estación de ferrocarril de St. Botolphs, era efectivamente un extraño escenario para representar la propia despedida. El vuelo se retrasó una hora, y nos quedamos en la sala de espera. Mi madre parecía cansada y vieja. Cuando llevábamos media hora aguardando, empezó a respirar con dificultad. Se puso una mano sobre el pecho y comenzó a jadear, como si experimentara un dolor muy intenso. El rostro se le enrojeció, cubriéndosele, además, de manchas. Fingí no darme cuenta. Al anunciarse el vuelo, mi madre se puso en pie y exclamó: «¡Quiero irme a casa! Si he de morir de repente, no quiero hacerlo en una máquina voladora». Me devolvieron el dinero del billete y la llevé de nuevo a su apartamento; después, nunca he hablado de este ataque ni con ella ni con nadie, pero su miedo caprichoso, o quizá neurótico, a morir en un accidente de aviación me hizo comprender por vez primera

cómo, a medida que pasaba el tiempo, había más rocas y leones invisibles en su camino, y cómo las sendas que tomaba eran más extrañas a medida que el mundo parecía cambiar de referencia, haciéndose, por tanto, menos comprensible.

En la época de la que estoy hablando yo mismo me veía obligado a volar con mucha frecuencia. Tenía negocios en Roma, en Nueva York, en San Francisco y en Los Ángeles; a veces visitaba todas esas ciudades en el espacio de un mes. Me gustaba volar. Me gustaba el cielo incandescente en las alturas. Me gustaban los vuelos hacia el este en los que se puede ver desde la ventanilla cómo el borde de la noche se mueve sobre el continente y en los que, cuando son las cuatro en punto según el horario californiano, las amas de casa de Garden City friegan los platos de la cena y las azafatas distribuyen una segunda ronda de bebidas. Al final del vuelo, el aire se ha enrarecido. Todo el mundo está cansado. Los bordados en oro de la tapicería arañan la mejilla y aparece un momentáneo sentimiento de desamparo, una malhumorada e infantil sensación de distanciamiento. Se encuentran buenos compañeros en los aviones, por supuesto, y también pelmazos, pero la mayoría de los encargos que tenemos que llevar a cabo volando a grandes alturas son más bien humildes y a ras de tierra. Esa anciana que sobrevuela el Polo Norte lleva un tarro de gelatina de pezuñas de ternera a una hermana suya que vive en París, y el hombre que se sienta a su lado vende plantillas de imitación de cuero. Volando hacia el oeste en una noche oscura —después de atravesar la Divisoria Continental, pero todavía una hora antes de Los Ángeles, cuando aún no habíamos comenzado a descender, y estábamos a una altura en la que se pierde por completo el sentido de la distancia que nos separa de las casas, de las ciudades y de las gentes que se hallan debajo de nosotros—, vi una formación, un trazo de luz como de lámparas encendidas a lo largo de una orilla. No había ninguna playa en aquella parte del mundo, y comprendí que nunca sabría si se trataba del límite del desierto, o si era algún espejismo o una montaña lo que explicaba aquella curva de luz, pero con la oscuridad reinante —y a aquella velocidad y altura—, parecía algo así como la aparición de un nuevo mundo, una cortés insinuación de que yo era un ser anticuado, de que mi tiempo vital tocaba a su fin, y de mi incapacidad para entender cosas que veo con mucha frecuencia. Era un sentimiento agradable, completamente desprovisto de amargura; el sentimiento de haber encontrado por casualidad un camino que quizá mis hijos lograran recorrer hasta el final.

Como ya he dicho, me gusta volar, y no padezco ninguna de las angustias de mi madre. Mi hermano mayor —su preferido— heredó su determinación, su testarudez, su mesa de plata y algunas de sus peculiaridades. Una tarde, mi hermano —llevaba un año sin verlo— llamó para preguntarme si podía venir a cenar a casa. Lo invité con mucho gusto. Vivimos en el piso once de un edificio de apartamentos, y a las siete y media me llamó desde el portal y me pidió que bajara. Pensé que tendría algo confidencial que decirme, pero cuando nos reunimos en la entrada se dirigió al ascensor y empezamos a subir. En cuanto las puertas se cerraron, observé en él los

mismos síntomas de miedo que había visto en mi madre. La frente se le empapó de sudor y empezó a jadear como un corredor en pleno esfuerzo.

—¿Qué demonios te pasa? —le pregunté.

—Me dan miedo los ascensores —me respondió con tono compungido.

—Pero ¿qué es lo que te da miedo?

—Tengo miedo de que se hunda el edificio.

Me eché a reír —imagino que de una manera muy cruel—, pero su visión de los edificios de Nueva York entrechocando como bolos mientras se derrumbaban, resultaba sumamente divertida. Siempre ha habido un componente de celos en nuestro afecto mutuo, y me doy cuenta, en alguna oscura zona de mi espíritu, de que mi hermano mayor gana más dinero y tiene más de todo que yo, y verlo humillado —aplastado— me entristecía, pero, a pesar de mí mismo, me hacía sentir que había conseguido una formidable ventaja en esa carrera hacia el triunfo que ocupa siempre un primer término en cualquier análisis de nuestras relaciones. Él es el mayor y el predilecto, pero al ver lo mal que lo pasaba en el ascensor, comprendí que era simplemente una persona de más edad, desbordada por las preocupaciones. Mi hermano se detuvo en el descansillo para recobrar el dominio de sí mismo y contarme que llevaba más de un año atacado por aquella fobia. Estaba yendo a la consulta de un psiquiatra, dijo. No me pareció que le hubiera servido de mucho. Desde luego, se recuperó nada más salir del ascensor, pero noté que no se acercaba a las ventanas. Después de cenar, cuando llegó el momento de irse, lo acompañé hasta el descansillo. Sentía curiosidad. Llamamos el ascensor, pero al llegar a nuestro piso, mi hermano se volvió hacia mí y dijo: «Me temo que tendré que utilizar la escalera». Juntos descendimos lentamente los once pisos. Él los bajó agarrado al pasamanos. Nos dijimos adiós en el portal, yo subí a casa en el ascensor, y le conté a mi mujer su temor a que se derrumbara el edificio. A ella le pareció extraño y triste, y también a mí, pero al mismo tiempo resultaba sumamente divertido.

En tierra firme, mi hermano parecía encontrarse perfectamente. Mi mujer y yo fuimos con los niños a pasar un fin de semana en su casa de Nueva Jersey y daba la impresión de gozar de buena salud. No le pregunté por su fobia. Nosotros volvimos a Nueva York el domingo por la tarde. Al acercarnos al puente George Washington, vi una tormenta sobre la ciudad. Un viento fortísimo embistió el coche en el momento en que entrábamos en el puente y casi me arrancó el volante de las manos. Me pareció sentir las vibraciones de la enorme estructura. A mitad de camino noté que el pavimento empezaba a ceder bajo nuestros pies. No había indicios reales de semejante catástrofe, pero yo estaba convencido de que el puente iba a partirse en dos de un momento a otro, y arrojar las largas filas del tráfico dominical a las oscuras aguas que nos esperaban abajo. Esta catástrofe imaginada resultaba ya suficientemente aterradora. Sentí tal debilidad en las piernas que no estaba seguro de poder frenar si hacía falta. En seguida empezaron las dificultades respiratorias. Solo abriendo la boca y jadeando me resultaba posible introducir algo de aire en los

pulmones. También me aumentó la presión sanguínea, y empecé a notar que no podía ver con claridad. Siempre me ha parecido que los miedos siguen una trayectoria, y, al llegar a su climax, el cuerpo —y quizá el espíritu— se defiende aportando alguna nueva fuente de energía. Superado el centro del puente, el sufrimiento y el miedo comenzaron a disminuir. Mi mujer y los niños contemplaban extasiados la tormenta, y no parecían haberse dado cuenta de nada. Yo temía que se hundiera el puente, pero también me asustaba que ellos advirtieran mi pánico.

Repasé mentalmente el fin de semana en busca de algún incidente que justificara mi estúpido miedo de que una tormenta pudiera llevarse por delante el puente George Washington, pero había sido un fin de semana muy agradable, e incluso después de un análisis extremadamente minucioso, tampoco pude descubrir motivo alguno de nerviosismo o ansiedad. Aquella misma semana tuve que ir a Albano en automóvil y, aunque el cielo estaba despejado y no había viento, el recuerdo de mi primer ataque conservaba aún toda su fuerza; continué hacia el norte por la orilla este del río hasta llegar a Troy; allí encontré un puente pequeño y pasado de moda que pude cruzar sin problemas. Me había apartado veinticinco o treinta kilómetros de mi camino habitual, y resulta humillante ver cómo barreras invisibles y sin consistencia complican innecesariamente un viaje. Regresé a Albany por el mismo camino y a la mañana siguiente fui a ver a mi médico de cabecera para decirle que me daban miedo los puentes.

Mi médico se echó a reír.

—Precisamente tú —dijo en tono burlón—. Será mejor que aprendas a dominarte.

—Pero a mi madre le asustan los aviones —repliqué—. Y a mi hermano le dan miedo los ascensores.

—Tu madre tiene más de setenta años, y es una de las mujeres más extraordinarias que he conocido. Yo no la metería en esto. Lo que tú necesitas es un poco más de nervio.

Como no lo veía dispuesto a hacer ningún diagnóstico, le pedí que me recomendara a un psicoanalista. Mi médico de cabecera no incluye el psicoanálisis entre las ciencias médicas, y me dijo que iba a malgastar tiempo y dinero, pero, cediendo al deseo de ser útil, me proporcionó el nombre y la dirección de un psiquiatra; este me dijo que el miedo a los puentes era una manifestación superficial de una ansiedad profunda, y que no le quedaba otro remedio que hacerme un análisis completo. Como yo carecía de tiempo y de dinero y, sobre todo, de la necesaria confianza en sus métodos para ponerme en sus manos, dije que iba a intentar superarlo como pudiera.

Existen, sin duda, falsos y verdaderos sufrimientos, y el mío era espurio, pero ¿cómo convencer de ello a mi razón y a mis vísceras? Durante mi infancia y juventud había pasado años felices y otros de grandes preocupaciones, pero ¿bastaban algunas de sus repercusiones para explicar mi miedo a las alturas? La idea de que mi vida se viera desde aquel momento restringida por una serie de misteriosos obstáculos

resultaba inaceptable, y decidí seguir el consejo de mi médico de cabecera y exigirme más. Tenía que ir a Idlewild a final de semana, y en lugar de tomar un autobús o un taxi, fui en mi propio automóvil. Casi me desmayé en el puente Triborough. Cuando llegué al aeropuerto, pedí una taza de café, pero me temblaba tanto la mano que lo derramé sobre el mostrador. La persona que estaba a mi lado lo encontró muy divertido y comentó que debía de haber pasado una noche muy movida. ¿Cómo explicarle que me había acostado temprano y sin una gota de alcohol en el cuerpo, pero que me daban miedo los puentes?

Tomé el avión para Los Ángeles a última hora de la tarde. En mi reloj era la una cuando aterrizamos; en California, sin embargo, no eran más que las diez. Estaba cansado, y fui en taxi al hotel donde siempre me hospedo, pero una vez allí no fui capaz de conciliar el sueño. Frente a mi ventana había una estatua gigantesca de una mujer joven que era el anuncio de un night club de Las Vegas y giraba lentamente sobre un haz de luz. A las dos de la madrugada se apaga la luz, pero ella sigue girando toda la noche. Nunca he conseguido verla inmóvil, y en aquella ocasión me pregunté cuándo engrasarían el eje sobre el que gira y cuándo le limpiarían los hombros. En aquel momento sentía cierto afecto por ella, ya que ninguno de los dos lograba descansar, y me pregunté si tendría familia (¿quizá una madre con ambiciones teatrales, y un padre sumiso y desilusionado que conducía un autobús municipal de la línea que enlaza con West Pico?). Había un restaurante al otro lado de la calle y vi cómo sacaban de un automóvil a una mujer borracha con un abrigo de marta. Estuvo dos veces a punto de caerse. Las luces oblicuas de la puerta entreabierta, la hora tardía, su borrachera y la solicitud del hombre que la escoltaba daban, en mi opinión, a la escena un ambiente de angustia y de soledad. Más tarde, dos coches que parecían estar haciendo carreras por Sunset Boulevard se detuvieron en un semáforo bajo mi ventana. De cada automóvil salieron tres hombres y empezaron a pelearse. Desde donde yo estaba se oía el ruido de los golpes sobre huesos y cartílagos. Cuando la luz se puso verde, los seis volvieron a sus coches y siguieron adelante a toda velocidad. La pelea, como la línea de luz que había visto desde el avión, parecía el atisbo de un mundo nuevo, pero caracterizado en este caso por la brutalidad y el caos. Luego recordé que tenía que ir a San Francisco el jueves, y que me esperaban en Berkeley para la hora de comer. Esto significaba cruzar el puente San Francisco-Oakland Bay, y me prometí a mí mismo tomar un taxi a la ida y a la vuelta y dejar el coche que alquilaba en San Francisco en el garaje del hotel. Intenté nuevamente persuadirme de la irracionalidad de mi miedo a que los puentes se derrumbaran. ¿Estaba quizá siendo víctima de algún desajuste sexual? No me han faltado aventuras, nunca me he sentido culpable y he pasado muy buenos ratos, pero ¿había en todo ello algún secreto que solo un profesional podía sacar a la luz? Quizá todos mis placeres no eran más que falsedades y pura evasión, y en realidad yo estaba enamorado de mi anciana madre, ataviada con su traje de patinar.

Mientras contemplaba Sunset Boulevard a las tres de la madrugada, llegué a la

conclusión de que mi terror ante los puentes era una expresión de mi pánico —apenas disimulado— ante lo que el mundo está llegando a ser. Soy capaz de pasearme en coche sin perder la calma por los alrededores de Cleveland y de Toledo, más allá del lugar de nacimiento de los perritos calientes al estilo polaco y de los puestos de Buffalo Burger; más allá de las tiendas de coches de ocasión y de la monotonía arquitectónica. He asegurado muchas veces que disfruto paseando por Hollywood Boulevard los domingos por la tarde. He elogiado alegremente el cielo del atardecer sobre las desangeladas y desplazadas palmeras de Doheny Boulevard, recortadas entre los rayos del sol poniente como hilera tras hilera de húmedas bayetas. Duluth y East Seneca son calles encantadoras, y si no lo son, basta con mirar hacia otro sitio. La fealdad de la carretera entre San Francisco y Palo Alto se debe únicamente a que hay hombres y mujeres honestos que buscan un sitio decente donde vivir. Lo mismo pasa con San Pedro y con toda la costa. Pero la altura de los puentes parece ser un imposible eslabón en esta cadena de hipócritas concesiones. La verdad es que odio las autopistas y los Buffalo Burger. Me deprimen las palmeras en el exilio y los monótonos bloques de apartamentos. La música incesante en los trenes de tarifas especiales contribuye a exacerbar mis prejuicios. Detesto la destrucción de lugares ligados por el recuerdo a mi infancia; me preocupan tanto las desgracias de mis amigos como la desmedida afición a beber que descubro en ellos, y aborrezco los negocios sucios que se hacen a mi alrededor. Y fue precisamente al hallarme en el punto más elevado del arco de un puente cuando me di cuenta de pronto de la intensidad de mis sentimientos hacia la vida moderna, de la amargura que me producen y de lo mucho que anhelo un mundo más alegre, más simple y más pacífico.

Pero yo no podía reformar Sunset Boulevard, y hasta que pudiera, era incapaz de cruzar en automóvil el puente San Francisco-Oakland Bay. ¿Cuál era la solución? ¿Volver a St. Botolphs, ponerme una chaqueta estilo Norfolk y jugar al tute junto a la chimenea? Solo hay un puente en el pueblo, y la otra orilla no queda más allá de un tiro de piedra.

El sábado regresé de San Francisco, y me encontré con que mi hija estaba pasando el fin de semana en casa. El domingo por la mañana me pidió que la llevara a Jersey, al colegio de religiosas donde estudia. Tenía que llegar a tiempo para la misa de las nueve, y salimos de nuestro piso de Nueva York poco después de las siete. Íbamos hablando y riendo, y comencé a cruzar el puente George Washington sin acordarme de mi punto débil. Todo empezó sin previo aviso. El miedo se apoderó de mí repentinamente. Me quedé sin fuerza en las piernas, empecé a jadear y noté con horror cómo disminuía mi capacidad visual. Al mismo tiempo, estaba decidido a que mi hija no se diera cuenta. Conseguí llegar al otro lado del puente, pero lo hice temblando de manera ostensible. Mi hija pareció no advertir nada. La dejé a su hora

en el colegio, le di un beso de despedida y emprendí el camino de vuelta. No había que pensar en cruzar de nuevo el George Washington, y decidí dirigirme al norte, hacia Nyack, y utilizar el Tappan Zee. Lo recordaba como más gradual y más firmemente anclado en sus orillas. Siguiendo la ribera oeste del río, decidí que era oxígeno lo que necesitaba, y abrí todas las ventanillas del coche. El aire fresco pareció ayudarme, pero solo momentáneamente. Sentí cómo desaparecía mi sentido de la realidad. La carretera y el mismo automóvil parecían tener menos consistencia que un sueño. Varios amigos míos vivían por los alrededores, y pensé en parar y pedirle un trago a alguno, pero eran poco más de las nueve de la mañana y no me atrevía a enfrentarme con la embarazosa situación de pedir una copa a aquellas horas y de tener que explicar que me daban miedo los puentes. Pensé que me sentiría mejor si hablaba con alguien, y me detuve en una gasolinera para llenar el depósito, pero el encargado era un hombre de pocas palabras, estaba medio dormido y yo no era capaz de explicarle que su conversación podía ser para mí cuestión de vida o muerte. En seguida me encontré delante del Tappan Zee y tuve que plantearme qué alternativas me quedaban en el caso de no cruzarlo. Podía llamar a mi mujer y decirle que se las ingeniara para venir a recogerme, pero nuestras relaciones están tan basadas en el amor propio y en las apariencias que admitir abiertamente una cosa tan extraña quizá dañara gravemente nuestra felicidad conyugal. Podía llamar al garaje donde nos hacen habitualmente las reparaciones y pedirles que me enviaran a alguien para conducir el coche hasta casa. Y también cabía la posibilidad de aparcar el automóvil, esperar hasta la hora de apertura de los bares y beberme unos cuantos whiskeys, pero había tenido que pagar la gasolina con los últimos dólares que me quedaban en el bolsillo. Así que decidí arriesgarme y me dispuse a cruzar el puente.

Inmediatamente se reprodujeron todos los síntomas, y esta vez con mayor intensidad. Mis pulmones se quedaron sin aire. Perdí el sentido del equilibrio y el coche empezó a dar bandazos. Me situé en el arcén y puse el freno de mano. La evidencia de mi absoluta soledad era sobrecogedora. Si me hubiera sentido desgraciado a causa de un amor romántico, o consumido por la enfermedad, o si mi caso fuera el de un alcohólico incurable, la situación podría haber tenido más dignidad. Recordé el rostro de mi hermano en el ascensor, pálido y brillante por la transpiración, y a mi madre con la falda roja y una pierna graciosamente levantada mientras se reclinaba en los brazos de un empleado de la pista de patinaje, y tuve la impresión de que éramos personajes de una sórdida y amarga tragedia, con cargas insoportables sobre nuestras espaldas, y separados del resto de la humanidad a causa de nuestras desventuras. Debía considerarme acabado; nunca volvería a disfrutar de todo lo que amaba: del optimismo que producen un cielo azul intenso, la buena salud o la natural curiosidad ante las cosas. Todo eso había desaparecido para siempre. Terminaría en la sala de enfermos psiquiátricos del hospital del condado, gritando que los puentes, todos los puentes del mundo, se estaban derrumbando.

Fue entonces cuando una muchacha muy joven abrió la portezuela del coche y se

sentó a mi lado.

—No esperaba que me recogiera nadie en el puente —dijo.

Llevaba una maleta de cartón y —créanme— una arpa pequeña en una funda impermeable muy estropeada. El pelo, liso y de color castaño claro con mechones rubios, lo llevaba peinado con gran esmero y se le extendía sobre los hombros como una capa. Tenía un rostro redondo y alegre.

—¿Estás haciendo autostop? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y no es peligroso para una chica de tu edad?

—En absoluto.

—¿Viajas mucho?

—Siempre estoy viajando. Canto y toco en las cafeterías, sobre todo en las universidades.

—Y ¿qué es lo que cantas?

—Música tradicional, sobre todo. Y algunas cosas antiguas, Purcell y Dowland. Pero sobre todo música tradicional... «*I gave my love a cherry that had no stone* — cantó con una voz muy natural y extraordinariamente agradable—. *I gave my love a chicken that had no bone. I told my love a story that had no end. I gave my love a baby with no cryin'*».

Siguió cantándome a lo largo de todo un puente que parecía ser una construcción sorprendentemente razonable, duradera y hasta hermosa, diseñada por hombres inteligentes para simplificar mis viajes, mientras las aguas del Hudson brillaban bajo nosotros, tranquilas y agradables. Todo volvió a ser como antes: el cielo azul recobró su sentido, comprendí que mi salud era excelente, y me invadió una gran serenidad. Su canción terminó cuando llegamos a la caseta de peaje de la orilla este; mi acompañante me dio las gracias, dijo adiós y se apeó del automóvil. Me ofrecí a llevarla a donde quisiera ir, pero negó con la cabeza mientras se alejaba; yo seguí camino de Nueva York, atravesando un mundo que, al serme devuelto, parecía maravilloso y justo. Cuando llegué a casa pensé en telefonar a mi hermano y contarle lo que había pasado, porque quizá hubiera también un ángel de los ascensores. Pero el arpa —tan solo ese detalle— amenazaba con dejarme en ridículo o hacerme pasar por loco, de manera que no hice la llamada.

Me gustaría decir que estoy convencido de que en todos los momentos difíciles se me concederá siempre una misericordiosa ayuda que me saque de apuros, pero en cualquier caso no tengo intención de desafiar al destino y no pienso cruzar el George Washington, aunque ni el Triborough ni el Tappan Zee presenten ya dificultades para mí. Mi hermano sigue teniendo miedo a los ascensores, y mi madre, aunque ha perdido mucha flexibilidad, continúa moviéndose por todas partes de manera segura.

EL BRIGADIER Y LA VIUDA DEL GOLF

No quisiera ser uno de esos escritores que exclaman, al levantarse todas las mañanas: «¡Gogol, Chéjov, Thackeray y Dickens!, ¿qué hubierais hecho con un refugio atómico, cuatro patos de escayola, una pila para pájaros y tres gnomos de largas barbas y gorros encarnados?». Como digo, no quisiera empezar el día así, pero a veces me pregunto qué habrían hecho los que ya están muertos. Y es que el refugio se halla tan dentro de mi paisaje habitual como las hayas y los castaños de Indias de la colina. Lo veo desde la ventana junto a la que escribo. Lo construyeron los Pastern, y se alza en el solar vecino a nuestra propiedad. Bajo un velo de césped reciente y poco tupido, sobresale como una especie de molesto defecto físico, y creo que la señora Pastern colocó esas estatuas alrededor para suavizar el impacto. Es algo muy de su estilo. La señora Pastern era una mujer muy pálida. Sentada en su terraza, en su sala o en cualquier parte, vivía obsesionada por su amor propio. Si le ofrecías una taza de té, respondía: «Es curioso, estas tazas son iguales que las de un juego que regalé el año pasado al Ejército de Salvación». Si le enseñabas la nueva piscina, decía, dándose una palmada en el tobillo: «Imagino que es aquí donde crían ustedes sus gigantescos mosquitos». Si le ofrecías un asiento, replicaba: «¡Qué curioso!, es una buena imitación de las sillas estilo reina Ana que heredé de la abuela Delaney». Sus fanfarronadas resultaban enternecedoras más que otra cosa, y parecían implicar que las noches eran largas, sus hijos desagradecidos y su matrimonio un terrible fracaso. Veinte años antes se la hubiera considerado una viuda del golf^[18], y su comportamiento, en conjunto, era quizá el de una persona víctima de una gran aflicción. Normalmente vestía de oscuro y un desconocido podría imaginarse, al verla tomar el tren, que el señor Pastern había muerto; pero no era ese el caso, ni mucho menos. El señor Pastern se paseaba de un lado a otro por el vestuario del club de golf Grassy Brae, gritando: «¡Hay que bombardear Cuba! ¡Hay que bombardear Berlín! ¡Tiradles unas cuantas bombas atómicas para que aprendan quién manda!». El señor Pastern era el brigadier de la infantería ligera de los vestuarios del club, y antes o después declaraba la guerra a Rusia, a Checoslovaquia, a Yugoslavia y a China.

Todo empezó una tarde de otoño, y ¿quién, después de tantos siglos, es capaz de describir los matices de un día de otoño? Cabe fingir que nunca se ha visto antes nada parecido; aunque quizá resultase todavía mejor imaginar que nunca volverá a haber otro igual. El brillo del sol sobre el césped era como una síntesis de todas las claridades del año. En alguna parte quemaban hojas secas, y el olor del humo, a pesar de su acidez amoniaca, hacía pensar en algo que empieza. El aire azul se extendía, infinito, hasta el horizonte, tirante como la piel de un tambor. Al salir de su casa una

tarde a última hora, la señora Pastern se detuvo para admirar la luz de octubre. Era el día de hacer la colecta para la lucha contra la hepatitis infecciosa. A la señora Pastern le habían dado una lista con dieciséis nombres, un montón de prospectos y un talonario de recibos. Su trabajo consistía en visitar a sus vecinos y recoger los cheques que le entregaran. Su casa estaba en un altozano, y antes de subirse al coche contempló las casas que se extendían a sus pies. La caridad, según su propia experiencia, era algo complejo y recíproco, y prácticamente todos los tejados que veía significaban caridad. La señora Balcolm trabajaba para el cerebro. La señora Ten Eyke se ocupaba de la salud mental. La señora Trenchard se encargaba de los ciegos. La señora Horowitz, de las enfermedades de nariz y garganta. La señora Trempler, de la tuberculosis. La señora Surcliffe hacía la colecta para las madres necesitadas. La señora Craven para el cáncer, y la señora Gilkson se hacía cargo de los riñones. La señora Hewlitt presidía la liga para la planificación de la natalidad. La señora Ryerson se ocupaba de la artritis. Y a lo lejos podía verse el techo de pizarra de la casa de Ethel Littleton, un techo que quería decir gota.

La señora Pastern había aceptado la tarea de ir de casa en casa con la despreocupada resignación de una honesta trabajadora apegada a las tradiciones. Era su destino y su vida. Su madre lo había hecho antes que ella, e incluso su anciana abuela ya recogía dinero para combatir la viruela y para socorrer a las madres solteras. La señora Pastern había telefoneado de antemano a la mayor parte de sus vecinas, y casi todas la estaban esperando. No sentía la inquietud de esos infelices desconocidos que van vendiendo enciclopedias. De vez en cuando se quedaba a hacer una visita y a tomarse una copa de jerez. El dinero recogido superaba ya la cifra del año anterior, y aunque, por supuesto, no era suyo, a la señora Pastern le agradaba llevar en el bolso cheques por cantidades importantes. Estaba anocheciendo cuando entró en casa de los Surcliffe, y allí tomó un whisky con soda. Se quedó mucho rato, y al marcharse era ya completamente de noche y hora de volver a casa y preparar la cena a su esposo.

—He conseguido ciento sesenta dólares para el fondo contra la hepatitis —le dijo muy excitada al señor Pastern cuando su marido llegó a casa—. He visitado a todas las personas de mi lista, excepto a los Blevin y los Flannagan. Quisiera entregarlo todo mañana por la mañana, ¿te importaría ir a verlos mientras preparo la cena?

—¡Pero si no conozco a los Flannagan! —exclamó Charlie Pastern.

—Nadie los conoce, pero me dieron diez dólares el año pasado.

El señor Pastern estaba cansado, tenía problemas en los negocios, y ver a su mujer preparando unas chuletas de cerdo le pareció el adecuado colofón de un día poco afortunado. No le disgustó subirse al automóvil y acercarse a casa de los Blevin pensando en que quizá le ofrecieran algo de beber. Pero los Blevin no estaban en casa; la criada le dio un sobre con un cheque y cerró la puerta. Al torcer por el camino particular de los Flannagan intentó recordar si había estado con ellos alguna vez. El apellido lo animó, porque tenía el convencimiento de que sabía «manejar» a

los irlandeses. La puerta principal era de cristal, y al otro lado vio un vestíbulo donde una pelirroja algo entrada en carnes arreglaba unas flores.

—Hepatitis infecciosa —gritó con buen humor.

La dueña de la casa estuvo un buen rato mirándose al espejo antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta, avanzando con pasos muy breves.

—Entre, por favor —dijo. Su voz añorada era casi un susurro, aunque saltaba a la vista que la señora Flannagan no era ya una jovencita. Llevaba el pelo teñido, su atractivo declinaba, y debía de estar a punto de alcanzar los cuarenta, pero parecía ser una de esas mujeres que se aferran a los modales y a las gracias de una preciosa niña de ocho—. Su esposa acaba de telefonar —añadió, separando cada palabra exactamente como hacen los niños—, y no estoy segura de tener dinero en metálico, pero si espera un minuto le daré un cheque, si es que soy capaz de encontrar el talonario. Haga el favor de pasar a la sala de estar; allí estará más cómodo.

Charlie Pastern vio que su anfitriona acababa de encender el fuego y de hacer todos los preparativos necesarios para tomar unas copas, y, como cualquier descarriado, su respuesta ante aquella acogedora recepción fue instantánea. ¿Dónde estará el señor Flannagan? —se preguntó—. ¿Volviendo a casa en el último tren? ¿Cambiándose de ropa en el piso de arriba? ¿Dándose una ducha? En el otro extremo de la habitación había un escritorio donde se amontonaban los papeles y ella empezó a revolverlos, suspirando y haciendo ruidos de añorada exasperación.

—Siento muchísimo que tenga que esperar —dijo—, ¿no querrá prepararse algo de beber mientras tanto? Encontrará todo lo necesario encima de la mesa.

—¿En qué tren llega su marido?

—El señor Flannagan no está aquí —dijo ella, bajando la voz—. Lleva seis semanas de viaje...

—Entonces tomaré una copa, si usted me acompaña.

—Lo haré si promete no ponerme mucho whisky en el vaso.

—Siéntese —dijo Charlie—, bébase su cóctel y ya nos ocuparemos después del talonario. La única forma de encontrar las cosas es buscándolas con calma.

En total se tomaron seis copas. La señora Flannagan se describió a sí misma y explicó las circunstancias de su vida sin una sola vacilación. Su marido fabricaba depresores linguales de material plástico. Viajaba por todo el mundo. A ella no le gustaba viajar. Los aviones la hacían desmayarse, y en Tokio, donde había estado aquel verano, le dieron pescado crudo para desayunar. La señora Flannagan se volvió a casa inmediatamente. Ella y su marido habían vivido anteriormente en Nueva York, donde la señora Flannagan tenía muchos amigos, pero su marido pensó que el campo sería más seguro en caso de guerra. Ella, sin embargo, prefería vivir en peligro a morir de soledad y de aburrimiento. No tenía hijos y no había hecho amistades en Shady Hill.

—Pero a usted lo había visto ya antes —le dijo a Charlie con terrible timidez, dándole unas palmaditas en la rodilla—. Le he visto cuando pasea a su perro los

domingos y conduciendo su descapotable...

Pensar en la soledad de aquella mujer esperando junto a la ventana conmovió al señor Pastern, aunque todavía lo conmovió más que fuera una persona de generosa anatomía. La pura gordura, Charlie lo sabía muy bien, no cumple en el cuerpo ningún cometido vital, y no sirve para las funciones procreadoras. No tiene más utilidad que proporcionar un almohadillado supletorio al resto de la estructura. Y, conociendo su humilde situación en la escala de las cosas, ¿por qué él, en ese momento de su vida, tenía que sentirse dispuesto a vender su alma por ese almohadillado? Las consideraciones que la señora Flannagan hizo al principio sobre los sufrimientos de una mujer solitaria parecían tan amplias que Charlie no sabía cómo tomarlas; pero al terminar la sexta copa le pasó el brazo alrededor del talle y sugirió que podían subir al piso de arriba y buscar allí el talonario de cheques.

—Nunca había hecho esto antes —dijo ella más tarde, cuando él se estaba preparando para marcharse.

Su tono resultaba muy sincero, y a Charlie le pareció encantador. No puso en duda la veracidad de aquellas palabras, aunque las había oído cientos de veces. «No lo he hecho nunca», decían siempre, mientras sus vestidos, al caer, dejaban al descubierto sus blancos hombros. «No lo he hecho nunca», decían mientras esperaban el ascensor en el pasillo del hotel. «No lo he hecho nunca», decían siempre, sirviéndose otro whisky. «Nunca lo había hecho antes», decían siempre mientras se ponían las medias. En los barcos, en los trenes, en hoteles de veraneo, ante paisajes de montaña, decían siempre: «Nunca lo había hecho antes».

—¿Dónde has estado? —le preguntó la señora Pastern a su marido con la voz empañada por la tristeza cuando llegó a casa—. Son más de las once.

—He estado tomando unas copas con los Flannagan.

—Ella me dijo que su marido estaba en Alemania.

—Ha vuelto inesperadamente.

Charlie cenó algo en la cocina y pasó después al cuarto de la televisión para escuchar las noticias.

—¡Bombardeadlos! —gritó—. ¡Tíradles unas cuantas bombas atómicas! ¡Que aprendan quién es el que manda!

Pero aquella noche durmió mal. Charlie pensó primero en su hijo y en su hija, que estaban en la universidad, a muchos kilómetros de distancia. Los quería. Era el único sentido que tenía para él la palabra querer. Después hizo nueve hoyos imaginarios al golf, escogiendo, con todo detalle el hándicap, los palos, la posición de los pies, los contrincantes e, incluso, el tiempo; pero el verde del campo se esfumaba al hacer acto de presencia sus preocupaciones económicas. Había invertido su dinero en un hotel de Nassau, en una fábrica de cerámica de Ohio y en un líquido limpiacristales, y la suerte no le estaba sonriendo. Sus preocupaciones lo sacaron de la cama; encendió un

cigarrillo y se acercó a la ventana. A la luz de las estrellas vio los árboles sin hojas. Durante el verano había intentado compensar algunas de sus pérdidas apostando a las carreras, y los árboles desnudos le recordaban que sus boletos debían de yacer aún, como hojas caídas, en la cuneta de la carretera entre Belmont y Saratoga. Arces y fresnos, hayas y olmos; cien al Tres como ganador en la cuarta, cincuenta al Seis en la tercera, cien al Dos en la octava. Los niños, al volver a casa desde el colegio, arrastrarían los pies sobre lo que le parecía ser su propio follaje. Después, al volver a la cama, se acordó sin avergonzarse de la señora Flannagan, planeando dónde se verían la próxima vez y lo que harían. Ya que hay tan pocas posibilidades de olvidar en esta vida, pensó, ¿por qué tendría él que rechazar el remedio, aunque pareciera, como en este caso, un remedio muy casero?

A Charlie una nueva conquista siempre le levantaba la moral. En una sola noche se volvió generoso, comprensivo, poseedor de un inagotable buen humor, tranquilo, amable con los gatos, con los perros y con los desconocidos, comunicativo y misericordioso. Quedaba, por supuesto, el mudo reproche de la señora Pastern esperándolo por las tardes, pero había sido su fiel servidor, pensaba, durante veinticinco años, y si intentase acariciarla tiernamente durante aquellos días, diría con toda probabilidad: «¡Uf! Ahí es donde me he magullado en el jardín». La señora Pastern parecía escoger las veladas que pasaban juntos para sacar a relucir las esquinas más aceradas de su personalidad y pasar revista a todos sus agravios. «¿Sabes? —decía—, Mary Qusted hace trampas a las cartas». Sus observaciones se quedaban cortas; no llegaban hasta donde Charlie estaba sentado. Si se trataba de manifestaciones indirectas de descontento, era un descontento que ya no le afectaba.

El señor Pastern comió con la señora Flannagan en la ciudad y pasaron la tarde juntos. Al salir del hotel, ella se detuvo ante el escaparate de una perfumería. Dijo que le gustaban los perfumes, movió los hombros con coquetería y lo llamó «vidita». Teniendo en cuenta sus aires de adolescente y sus protestas de fidelidad, parecía haber demasiada práctica en su manera de pedir, pensó Charlie; pero le regaló un frasco de perfume. La segunda vez que se vieron, la señora Flannagan se entusiasmó con un salto de cama que vio en un escaparate y él se lo compró. La tercera vez fue un paraguas de seda. Mientras la esperaba en un restaurante donde iban a verse por cuarta vez, Charlie abrigó la esperanza de que no fuera a pedirle alguna joya, porque andaba mal de dinero. La señora Flannagan había prometido llegar a la una, y él dejaba correr el tiempo considerando su situación y aspirando los olores de las salsas, de la ginebra y de las alfombras rojas. La señora Flannagan llegaba siempre tarde, y a la una y media Charlie pidió otro whisky. A las dos menos cuarto notó que el camarero que le atendía cuchicheaba con otro: cuchicheaba, reía y movía la cabeza en dirección a su mesa. En ese momento tuvo el primer presentimiento de que ella pudiera darle de lado. Pero ¿quién era ella? ¿Quién se creía que era para hacerle una

cosa así? No era más que una ama de casa con su soledad auestas, ni más ni menos. A las dos encargó la comida. Se sentía derrotado. ¿Qué había sido su vida sentimental en aquellos últimos años, excepto una serie de aventuras de una noche, muchas veces deprimentes por añadidura? Pero sin ellas su vida hubiera sido insoportable.

No tiene nada de extraordinario que lo dejen a uno plantado entre la una y las dos en un restaurante en el centro de Nueva York: una tierra de nadie espiritual, con árboles tronchados, zanjas y agujeros que todos compartimos, desarmados a causa de la decepción de nuestros corazones. El camarero lo sabía, y las risas y las conversaciones intrascendentes alrededor de Charlie agudizaban estos sentimientos. Le parecía elevarse desesperanzadamente sobre su frustración como sobre un mástil, mientras su soledad se hacía cada vez más patente en el abarrotado comedor. Entonces advirtió su demacrada imagen en un espejo, los grises cabellos que se aferraban a su cráneo como los restos de un paisaje romántico, su cuerpo pesado que casi hacía pensar en un Santa Claus de cuartel de bomberos, rellena la panza con uno o dos cojines del peor sofá de la señora Kelly. Apartó la mesa y se encaminó hacia una de las cabinas telefónicas del vestíbulo.

—¿No está usted contento con el servicio, *monsieur*? —le preguntó el camarero.

La señora Flannagan respondió al teléfono y dijo con su voz más aniñada:

—No podemos seguir así. Lo he pensado despacio y no podemos seguir así. No es que yo no quiera, porque eres muy viril, pero mi conciencia no me lo permite.

—¿Puedo pasar por ahí esta noche para hablar de ello?

—Bueno... —contestó ella.

—Iré directamente desde la estación.

—Pero tienes que hacerme un favor.

—¿Cuál?

—Ya te lo diré esta noche. Acuérdate de aparcar el coche detrás de la casa, y entra por la puerta trasera. No quiero dar motivo de habladurías a esas viejas cotorras. Recuerda que nunca he hecho esto antes.

A la señora Flannagan no le faltaba razón, pensó Charlie; tenía una autoestima que mantener. Su orgullo, ¡era tan infantil, tan maravilloso! A veces, atravesando una de las ciudades fabriles de New Hampshire al caer la tarde, Charlie recordaba haber visto, en un callejón o en un camino particular, cerca del río, a una niña vestida con un mantel, sentada sobre un taburete cojo, y agitando su cetro sobre un reino de hierbajos, escorias y unas cuantas gallinas desmedradas. Emociona la pureza y la desproporción de su orgullo, y esos eran también sus sentimientos hacia la señora Flannagan.

Aunque aquella noche la señora Flannagan lo hizo entrar por la puerta trasera, en la sala de estar todo seguía igual. El fuego ardía en la chimenea, ella le preparó una copa, y al hallarse otra vez en su compañía, Charlie sintió que se le quitaba un gran

peso de encima. Pero la señora Flannagan se mostraba indecisa, dejándose abrazar y rechazándolo al mismo tiempo, haciéndole cosquillas y yéndose luego al otro extremo de la habitación para mirarse al espejo.

—Primero quiero que me hagas el favor que te he pedido —le dijo.

—¿De qué se trata?

—Adivina.

—Dinero no puedo darte. Ya sabes que no soy rico.

—No se me ocurriría pedirte dinero —replicó, muy indignada.

—¿De qué se trata, entonces?

—Algo que llevas encima.

—El reloj no tiene ningún valor, y los gemelos son de latón.

—Es otra cosa.

—Sí, pero dime qué.

—No te lo diré hasta que prometas dármelo.

Entonces él la apartó, consciente de que no era difícil tomarle el pelo.

—No puedo hacer una promesa sin saber qué es lo que quieres.

—Es una cosa muy pequeña.

—¿Cómo de pequeña?

—Muy chiquitita.

—Por favor, dime de qué se trata. —Charlie volvió a abrazarla y fue en ese momento cuando se sintió más él mismo: solemne, viril, prudente e imperturbable.

—No te lo diré si no me lo prometes antes.

—Pero ¿no ves que no puedo prometértelo?

—Entonces, vete —dijo ella—. Vete y no vuelvas nunca.

La señora Flannagan tenía unos modales demasiado infantiles para dar a sus palabras un tono autoritario, pero lograron el efecto deseado. ¿Estaba Charlie en condiciones de volver a una casa donde no encontraría más que a su esposa, ocupada, sin duda, en pasar revista a sus agravios? ¿Volver allí y esperar a que el tiempo y la casualidad le proporcionaran otra amiga?

—Dímelo, por favor.

—Promételo.

—Prometido.

—Quiero una llave de tu refugio antiatómico —dijo ella.

La petición de la señora Flannagan cayó sobre Charlie como una bomba y, de repente, se sintió invadido por un inmenso desconsuelo. Todas sus delicadas suposiciones sobre ella —la niña de la ciudad fabril reinando sobre las gallinas— eran absolutamente falsas. Venía pensando en aquello desde el primer momento; ya le daba vueltas en la cabeza cuando encendió el fuego la primera vez, cuando no encontraba el talonario de cheques y le ofreció una copa. La petición de la llave apagó los deseos de Charlie, pero solo por un momento, porque la señora Flannagan volvió de nuevo a sus brazos y empezó a acariciarle el tórax mientras decía:

«Ratoncito, ratoncito, ratoncito, hazte la casa en este rinconcito». Charlie no tuvo fuerzas para resistirse; era como si le hubieran dado un golpe feroz en las corvas. Y, sin embargo, en algún lugar de su dura cabeza se daba cuenta de lo absurdo y trasnochado de sus insaciables deseos. Pero ¿cómo podía él reformar sus huesos y sus músculos para acomodarse a un mundo nuevo? ¿Cómo educar su carne ávida y vagabunda para que entendiese de política y geografía, de holocaustos y cataclismos? Los pechos de la señora Flannagan eran redondos, fragantes y suaves, y Charlie sacó la llave del llavero —un trozo de metal de cinco centímetros de longitud, tibio por el calor de sus manos, genuino talismán de salvación, defensa contra el fin del mundo— y la dejó caer por el escote de su vestido.

Los Pastern habían terminado el refugio antiatómico aquella primavera. Les hubiera gustado que fuera un secreto, o al menos que el hecho de su existencia se divulgara paulatinamente, pero los camiones y las excavadoras entrando y saliendo habían bastado para informar a todo el mundo. Había costado treinta y dos mil dólares, y tenía dos retretes con purificadores químicos, reserva de oxígeno, y una biblioteca preparada por un profesor de la Universidad de Columbia con libros seleccionados para inspirar buen humor, tranquilidad y esperanza. Había alimentos para tres meses y varias cajas de bebidas alcohólicas fuertes. La señora Pastern compró los patos de escayola, la pila para pájaros y los gnomos con la intención de darle un aire inocente a la joroba de su jardín; para convertirla en algo aceptable, al menos para sí misma. Porque destacando como destacaba en un escenario tan encantador y doméstico, y simbolizando de hecho la muerte de la mitad —al menos— de la población del mundo, le resultaba, a pesar de la hierba que la recubría, imposible de conciliar con el cielo azul y las nubes blancas. La señora Pastern prefería tener corridas las cortinas en aquel lado de la casa, y así se hallaban la tarde del día siguiente, cuando le servía ginebra al obispo.

El obispo había llegado inesperadamente. El señor Ludgate, el ministro de su iglesia, telefoneó para decir que el obispo se hallaba en aquella zona y quería darle las gracias por los servicios que prestaba a la comunidad; ¿podían hacerle una visita sin protocolo alguno? La señora Pastern preparó algunas cosas para el té, se cambió de ropa y llegó al vestíbulo en el momento en que llamaban al timbre.

—¿Cómo está usted, eminencia? —preguntó—. ¿Quiere usted pasar, eminencia? ¿Le gustaría tomar el té, eminencia, o preferiría más bien una copa?

—Le agradecería un martini —dijo el obispo.

Tenía una voz muy agradable y con gran capacidad de convicción. Era un hombre de buena figura, cabellos muy negros, y piel cetrina y elástica con profundas arrugas alrededor de una boca grande; estaba tan ojeroso y su mirada tenía un brillo tan especial, pensó la señora Pastern, como la de una persona que se droga.

—Con su permiso, eminencia...

El hecho de que el obispo le pidiera un cóctel la había desconcertado; siempre era Charlie quien se encargaba de preparar las bebidas. Se le cayó el hielo en el suelo de la antecocina, echó aproximadamente medio litro de ginebra en la coctelera e intentó arreglar lo que le parecía un cóctel demasiado fuerte aumentando la proporción de vermut.

—El señor Ludgate me ha hablado de lo indispensable que es usted en la vida de la parroquia —dijo el obispo al aceptar la copa.

—Procuro esforzarme todo lo que puedo —respondió la señora Pastern.

—Tiene usted dos hijos.

—Sí. Sally está en Smith y Carkie en Colgate. ¡La casa nos parece tan vacía ahora! Los confirmó su predecesor, el obispo Tomlinson.

—Ah, sí —dijo el obispo—. Sí.

Tener delante a su eminencia ponía nerviosa a la señora Pastern. Le hubiese gustado darle un aire más natural a la visita; deseaba, por lo menos, que su propia presencia en la sala de estar resultara más real. La señora Pastern sentía una intensa desazón que ya la había asaltado otras veces durante las reuniones de los comités de los que formaba parte, cuando la atmósfera parlamentaria tenía un efecto desintegrador sobre su personalidad. Sentada en su silla, le parecía recorrer la habitación a gatas, reuniendo sus propios fragmentos y pegándolos con alguna de sus virtudes, como Soy una Buena Madre o una Esposa Paciente.

—¿Ustedes dos se conocen hace tiempo? —le preguntó la señora Pastern al obispo.

—¡No! —exclamó su eminencia.

—El señor obispo pasaba por aquí —dijo el ministro con voz apenas audible.

—¿Podría ver el jardín? —preguntó su eminencia.

Con el martini en la mano, siguió a la dueña de la casa, saliendo a la terraza por una puerta lateral. La señora Pastern era una entusiasta de la jardinería, pero en aquel momento la situación de sus plantas era poco satisfactoria. El variado ciclo de sucesivas floraciones casi había terminado ya; tan solo podían verse los crisantemos.

—Me hubiese gustado enseñárselo en primavera, especialmente al final de la primavera —dijo ella—. La *Magnolia stellata* es la primera que florece. Luego tenemos los cerezos y los ciruelos japoneses. Cuando acaban, empiezan las azaleas, los laureles y los rododendros. Y debajo de las glicinas hay tulipanes bronceados. Las lilas son blancas.

—Veo que tienen ustedes un refugio —dijo el obispo.

—Sí. —La habían traicionado los patos y los gnomos—. Sí, es cierto, pero no tiene nada de especial. En este arriate hay únicamente lirios del valle. Soy de la opinión de que las rosas quedan mejor cortadas en ramos que formando parte de un jardín ornamental; por eso las cultivo detrás de la casa. Los bordes son *fraises des bois*. Resultan muy dulces y jugosas.

—¿Hace mucho que tienen ustedes el refugio?

—Lo construimos en primavera —dijo la señora Pastern—. Ese seto son camelias japonesas. Más allá está nuestra pequeña huerta: lechugas, hierbas aromáticas y otras cosas por el estilo.

—Me gustaría ver el refugio —pidió el obispo.

La señora Pastern se sintió herida, con un dolor que despertaba incluso ecos infantiles, cuando tuvo ocasión de descubrir que sus amigas no venían a visitarla los días de lluvia porque les gustase su compañía, sino para comerse sus pastas y quitarle los juguetes. Nunca había sido capaz de poner buena cara ante el egoísmo, y la señora Pastern llevaba fruncido el entrecejo cuando pasaron junto a la pila para los pájaros y los patos pintados. Los gnomos, con sus gorros voluminosos, los contemplaban a los tres desde lo alto mientras ella abría la puerta con la llave que pendía de su cuello.

—Encantador —comentó el obispo—. Encantador. Vaya, veo que incluso tienen ustedes una biblioteca.

—Sí. Se trata de libros escogidos para fomentar el buen humor, la tranquilidad y la esperanza.

—Una de las desafortunadas características de la arquitectura eclesiástica es que el sótano queda reducido a un pequeño espacio bajo el presbiterio —dijo el obispo—. Esto nos da muy pocas posibilidades de salvar a los fieles, lo cual es un rasgo característico, debería tal vez añadir, de nuestra manera de interpretar el mensaje cristiano. Algunas iglesias tienen sótanos más espaciosos. Pero no quiero hacerle perder más tiempo.

Su eminencia cruzó el césped para regresar a la casa, dejó la copa del cóctel sobre la barandilla de la terraza y le dio su bendición.

La señora Pastern se dejó caer sobre los escalones de la terraza y vio alejarse el automóvil del obispo. Su eminencia no había venido a felicitarla, se daba cuenta perfectamente. ¿Era impiedad por su parte sospechar que recorría sus dominios para localizar y elegir posibles refugios? ¿Cabía suponer que pretendía utilizar su consagración episcopal para conseguirlo? El peso de la vida moderna, aunque oliera a plástico —como parecía ser el caso—, se hacía sentir cruelmente sobre los pilares de la religión, de la familia y del Estado. La carga era demasiado pesada, y a la señora Pastern le parecía oír el crujido de los cimientos. Había creído toda su vida en la santidad del sacerdocio, y si su fe era auténtica, ¿por qué no había ofrecido inmediatamente al obispo la seguridad de su refugio? Pero si su eminencia creía en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, ¿para qué necesitaba un refugio?

Sonó el teléfono y la señora Pastern contestó con fingida despreocupación. Era una mujer llamada Beatrice, que acudía a limpiar la casa dos veces por semana.

—Soy Beatrice, señora Pastern —dijo la voz al otro extremo del hilo—. Creo que hay algo que debe usted saber. Ya sabe que no me gusta cotillear. No soy como esa tal Adele, que va de señora en señora diciendo que Fulanito no duerme con su mujer, y que Menganito tenía seis botellas de whisky en la basura, y que no fue nadie al cóctel de Zutanito. Yo no soy como esa tal Adele, y usted lo sabe, señora Pastern. Pero hay

algo que creo que debe usted saber. Hoy he trabajado para la señora Flannagan; me ha enseñado una llave y me ha dicho que era la llave de su refugio antiatómico, y que se la había dado su marido de usted. No sé si es verdad, pero creo que debe usted saberlo.

—Gracias, Beatrice.

El señor Pastern había arrastrado el buen nombre de su mujer en un centenar de escapadas, había echado a perder sus buenas cualidades y despreciado su amor, pero ella nunca había imaginado que llegara a traicionarla en sus planes para el fin del mundo. Vertió lo que quedaba del martini en una copa. Detestaba el sabor de la ginebra, pero sus acumuladas preocupaciones se le antojaban ya como los dolores de una enfermedad, y la ginebra los embotaba, aun a costa de avivar su indignación. Fuera, el cielo se oscureció, cambió el viento y empezó a llover. ¿Qué alternativas se le ofrecían? Podía volver con su madre, pero su madre no tenía un refugio. No era capaz de rezar pidiendo ayuda al cielo. El mundano comportamiento del obispo restaba valor a los consuelos celestiales. No podía pararse a considerar la insensata ligereza de su marido sin beber más ginebra. Y entonces se acordó de la noche —la noche del juicio— en la que habían decidido dejar arder a la tía Ida y al tío Ralph; en la que la señora Pastern había sacrificado a su sobrina de tres años y Charlie a su sobrino de cinco; en la que habían conspirado como asesinos y decidido no tener siquiera piedad con la anciana madre del señor Pastern.

Estaba muy bebida cuando llegó Charlie.

—No podría pasarme dos semanas en un agujero con la señora Flannagan —dijo.

—¿De qué estás hablando?

—Le estuve enseñando el refugio al obispo y...

—¿Qué obispo? ¿Qué hacía aquí un obispo?

—No me interrumpas y escucha lo que tengo que decirte. La señora Flannagan tiene una llave de nuestro refugio y se la has dado tú.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La señora Flannagan —repitió ella— tiene una llave de nuestro refugio y se la has dado tú.

Charlie regresó al garaje bajo la lluvia y se pilló los dedos con la puerta. Con la prisa y la indignación se le ahogó el motor y, mientras esperaba a que se vaciara el carburador, tuvo que enfrentarse, a la luz de los faros, con los desechos —acumulados en el garaje— de su despilfarradora vida doméstica. Allí había una fortuna en inservibles muebles de jardín y diferentes herramientas con motor. Cuando el coche se puso en marcha, Charlie salió con gran chirriar de neumáticos a la calle y se saltó un semáforo en el primer cruce, donde, por un momento, su vida estuvo pendiente de un hilo. No le importó. Mientras subía la ladera a toda velocidad, sus manos se aferraban al volante como si estuvieran apretando ya el rollizo y estúpido cuello de la señora Flannagan. Era el honor y la tranquilidad espiritual de sus hijos lo que aquella mujer había pisoteado. Había hecho daño a sus hijos, a sus idolatrados

hijos.

Detuvo el coche a la puerta. Había luz en la casa, y olía a leña quemada, pero estaba todo en silencio; escudriñando a través de una ventana no advirtió ningún signo de vida ni oyó más ruido que el de la lluvia. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Entonces golpeó en el marco con el puño. Pasó mucho tiempo antes de que ella saliese del cuarto de estar, y Charlie imaginó que estaba dormida. Llevaba puesto el salto de cama que él le había regalado. Fue hacia la puerta arreglándose el pelo. En cuanto abrió, Charlie se precipitó en el interior de la casa, gritando:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has hecho esa estupidez?

—No sé de qué estás hablando.

—¿Por qué le dijiste a mi mujer que tenías la llave?

—Yo no se lo he dicho a tu mujer.

—¿A quién se lo has dicho, entonces?

—No se lo he dicho a nadie.

La señora Flanagan movió los hombros con coquetería y contempló la punta de sus zapatillas. Como muchos mentirosos incurables, tenía un desmedido respeto por la verdad, que se concretaba en una serie de signos que indicaban que estaba mintiendo. Charlie comprendió que no le diría la verdad, que no se la arrancaría aunque empleara toda la fuerza de sus brazos, y que su confesión, en caso de conseguirla, no le serviría de nada.

—Dame algo de beber —dijo.

—Sería mejor que te marcharas y volvieras más tarde, cuando te sientas mejor —repuso la señora Flanagan.

—Estoy cansado —dijo él—. Muy cansado, terriblemente cansado. No me he sentado en todo el día.

Charlie entró en la sala de estar y se sirvió un whisky. Se miró las manos, sucias después de un largo día de trenes y pasamanos de escaleras, de picaportes y papeles, y vio en el espejo que tenía el pelo empapado por la lluvia. Salió de la sala de estar y, atravesando la biblioteca, fue hacia el cuarto de baño de la planta baja. La señora Flanagan emitió un sonido muy débil, algo que no llegaba a ser un grito. Cuando Charlie abrió la puerta del cuarto de baño, se encontró cara a cara con un desconocido completamente desnudo.

Al cerrarla de nuevo se produjo uno de esos breves y densos silencios que preceden a las discusiones a gritos. La señora Flanagan habló primero:

—No sé quién es y he estado intentando que se marchara... Sé lo que estás pensando y no me importa. Estoy en mi casa, después de todo; yo no te he invitado y no tengo por qué darte explicaciones.

—Apártate de mí —dijo él—. Apártate de mí antes de que te retuerza el pescuezo.

Seguía lloviendo mientras Charlie regresaba a su casa, Al entrar oyó ruidos de actividad en la cocina y le llegó olor a comida. Supuso que aquellos sonidos y aquellos olores debían de haber sido uno de los primeros signos de vida en la tierra, y que serían también uno de los últimos. El periódico de la tarde estaba en la sala de estar y, dándole un manotazo, gritó:

—¡Tiradles unas cuantas bombas atómicas! ¡Que aprendan quién manda!

Y después, dejándose caer en un sillón, preguntó en voz muy baja:

—Santo cielo, ¿cuándo terminará todo?

—Llevaba mucho tiempo esperando a que dijeras eso —declaró la señora Pastern tranquilamente, saliendo de la antecocina—. Llevo casi tres meses esperando a que digas precisamente eso. Empecé a preocuparme cuando vi que habías vendido los gemelos y los palos de golf. Me preguntaba qué estaba sucediendo. Después, cuando firmaste el contrato del refugio sin tener un centavo para pagarlo, me di cuenta de cuál era tu plan. Quieres que el mundo se acabe, ¿no es eso? Lo he sabido todo este tiempo, y no quería admitirlo, porque me parecía demasiado cruel, pero todos los días se aprende algo nuevo.

La señora Pastern se encaminó hacia el vestíbulo y comenzó a subir la escalera.

—Hay una hamburguesa en la sartén —dijo—, y patatas en el horno; si quieres algo de verdura, puedes calentarte las sobras de brécol. Yo voy a telefonar a los chicos.

Viajamos a tal velocidad en estos días que solo recordamos los nombres de unos cuantos sitios. La carga de consideraciones metafísicas tendrá que alcanzarnos en un tren de mercancías, si es que llega a hacerlo. El resto de la historia me lo ha contado mi madre; recibí su carta en Kitzbühel, un lugar donde voy a veces. «Ha habido tantos cambios en las últimas seis semanas —me decía—, que apenas sé por dónde empezar. Lo primero es que los Pastern se han ido, quiero decir, que se han marchado para siempre. Charlie está en la cárcel del condado cumpliendo una condena de dos años por estafa. Sally ha dejado la universidad y trabaja en Macy's, y el chico está todavía buscando trabajo, según he oído. De momento vive con su madre en el Bronx. Alguien ha dicho que salían adelante gracias a la beneficencia pública. Parece que Charlie terminó de gastarse el dinero que había heredado de su madre hace un año, y que desde entonces estuvieron viviendo a crédito. El banco se lo llevó todo y ellos se fueron a un motel de Transford. Después siguieron mudándose de motel en motel, viajando en coches alquilados y sin pagar nunca las cuentas. El motel y la agencia de alquiler de automóviles fueron los primeros en atraparlos. Unas personas muy agradables que se llaman Willoughby le han comprado la casa al banco. Y los Flannagan se han divorciado. ¿Te acuerdas de ella? Solía pasearse por el jardín con

una sombrilla de seda. Su marido no tiene que pasarle una pensión ni nada parecido, y alguien la vio el otro día en Central Park West con un abrigo de entretiempo en una noche muy fría. Pero ha vuelto. Fue una cosa muy extraña. Volvió el jueves pasado. Estaba empezando a nevar. Era poco después de comer. Tu madre es una vieja loca, pero vieja y todo nunca deja de sorprenderme el milagro de una nevada. Tenía mucho que hacer, pero decidí dejarlo y quedarme un rato junto a la ventana para ver nevar. El cielo estaba muy oscuro. Era una nevada abundante, de copos gruesos, y lo cubrió todo en seguida como una mancha de luz. Fue entonces cuando vi a la señora Flannagan andando por la calle. Debió de llegar en el tren de las dos y treinta y tres y venir andando desde la estación. Imagino que no debe de tener mucho dinero, porque de lo contrario hubiera cogido un taxi. No llevaba ropa de abrigo e iba con tacones altos, en lugar de botas de agua. Bueno, pues cruzó la calle y atravesó el jardín de los Pastern, quiero decir, lo que era antes el jardín de los Pastern, hasta llegar al refugio antiatómico, y se quedó allí mirándolo. No tengo ni la menor idea de en qué estaba pensando, pero el refugio casi parece una tumba, ¿sabes?, y ella daba la impresión de estar de duelo, allí de pie, cayéndole la nieve sobre la cabeza y los hombros; y me entristeció pensar que apenas conocía a los Pastern. Entonces sonó el teléfono, y era la señora Willoughby. Me dijo que había una mujer muy rara frente a su refugio antiatómico y que si yo sabía quién era. Le respondí que sí, que era la señora Flannagan, que antes vivía en lo alto de la colina. Luego me preguntó qué debía hacer y le dije que lo único que se me ocurría era decirle que se marchara. La señora Willoughby mandó a la doncella, y vi cómo le decía a la señora Flannagan que se fuese; luego, un poco después, la señora Flannagan echó a andar hacia la estación bajo la nieve».

UNA VISIÓN DEL MUNDO

Escribo esto en otra casa al lado del mar, sobre una costa diferente. Las botellas de ginebra y de whisky han llenado de redondeles la mesa junto a la que estoy sentado. La luz es mortecina. En la pared hay una litografía en colores de un gatito con un sombrero floreado, vestido de seda y guantes blancos. El aire huele a moho, pero a mí me parece un olor agradable: reconfortante y sensual, como el del agua de las sentinas o el del viento que viene del interior. La marea está alta, y el mar, bajo el acantilado, golpea tabiques y puertas y agita cadenas con tal violencia que la lámpara que tengo sobre la mesa se tambalea. Estoy solo, tratando de descansar después de una serie de acontecimientos que comenzaron un sábado por la tarde, mientras removía la tierra de mi jardín. Enterrada a cosa de medio metro de profundidad encontré una cajita redonda que podría haber contenido betún para los zapatos. Conseguí abrirla con un cuchillo. Dentro había un pedazo de hule, y en su interior, una nota escrita en un trozo de papel pautado. Decía así:

Yo, Nils Jugstrum, juro que si no llego a ser miembro del club de campo de Gory Brook antes de cumplir los veinticinco años, me ahorcaré.

Veinte años antes aquella zona había sido tierra de labranza, e imaginé que el hijo de un granjero, viendo los campos de golf, había hecho aquella promesa y la había enterrado después. Me sentí conmovido, como me pasa siempre ante esos incompletos intentos de comunicación en los que damos rienda suelta a nuestros sentimientos más profundos. Era como si aquella nota, semejante a un impulso de amor romántico, me identificara más estrechamente con la tarde.

El cielo estaba azul y tenía una claridad musical. Yo acababa de cortar la hierba y el olor no se había desvanecido aún. Aquello me hizo pensar en los amplios horizontes de amor que se descubren cuando se es joven; en las promesas que se hacen en esos momentos. Al final de una carrera nos dejamos caer sobre la hierba junto a la pista de ceniza, jadeando, y el ardor con que abrazamos el césped del colegio encierra una promesa que habremos de mantener hasta el final de nuestros días. Mientras pensaba en cosas apacibles, me di cuenta de que las hormigas negras habían vencido a las rojas y estaban retirando los cadáveres del campo de batalla. Un petirrojo pasó volando, perseguido por dos grajos. El pato, junto al seto de las grosellas, acechaba a un gorrión. Pasaron dos oropéndolas, picoteándose, y luego vi, a cosa de treinta centímetros de distancia de donde yo me encontraba, una víbora que estaba terminando de librarse de su oscura piel invernal. No sentí miedo, sino sobresalto por mi falta de preparación ante semejante posibilidad. Allí había un

veneno mortífero, algo tan parte del universo como el agua que corría por el arroyo; pero hasta entonces no parecía haber encontrado cabida en mis pensamientos. Volví a casa para coger la escopeta pero tuve la desgracia de tropezarme con uno de mis perros, la de más edad, a quien asustan las armas de fuego. Al ver la escopeta empezó a ladrar y a gemir, cruelmente dividido entre sus instintos y sus ansiedades. Sus ladridos atrajeron al otro perro, cazador por naturaleza, que bajó la escalera a saltos, dispuesto a rastrear un conejo o un pájaro. Y, seguido por dos perros, uno ladrando alegremente y la otra horrorizada, volví al jardín a tiempo aún de ver cómo la víbora desaparecía entre las grietas de un muro de piedra.

Después fui en coche hasta el pueblo, compré semillas para renovar el césped y a continuación me acerqué al supermercado de la carretera 27 para recoger unos brioches que había encargado mi mujer. Supongo que en los días que corren haría falta una cámara cinematográfica para dar idea del aspecto de un supermercado un sábado por la tarde. Nuestro idioma es un conjunto de tradiciones, el resultado de siglos de comunicación. Pero, excepto las formas de las pastas y de los pasteles, no había nada de tradicional en el mostrador junto al que estuve esperando. Éramos seis o siete personas, detrás de un anciano que empuñaba una larga lista de comestibles, un auténtico rollo de pergamino. Mirando por encima de su hombro, leí:

6 huevos
entremeses

Me vio leer su documento y lo apretó contra el pecho, como un prudente jugador de cartas. De repente, la música de los altavoces pasó de una canción romántica a un chachachá, y la mujer que estaba a mi lado empezó a mover los hombros tímidamente y a dar unos pasos de danza.

—¿Le gustaría bailar, señora? —le pregunté.

Era una chica más bien fea, pero aceptó inmediatamente, y bailamos un par de minutos. Resultaba fácil darse cuenta de que le gustaba bailar, pero con una cara como la suya no debía de haber tenido demasiadas oportunidades. Después se sonrojó, se apartó de mí y se acercó a una vitrina, donde se dedicó a estudiar las tartas de crema. Sentí que habíamos dado un paso en la buena dirección, y cuando recogí los brioches y me puse en camino hacia casa estaba de excelente humor. Un policía me detuvo en la esquina de Alewives Lane para que dejara pasar a un desfile. En primera posición venía una muchacha con botas altas y unos pantalones cortos que realizaban la perfección de sus muslos. Tenía una nariz enorme, llevaba un altísimo gorro de piel, y agitaba rítmicamente un bastón de aluminio. Detrás venía otra muchacha, de muslos aún más perfectos y más amplios, que caminaba con la pelvis tan echada hacia adelante que su columna vertebral quedaba extrañamente curvada. Llevaba gafas bifocales y parecía que sacar la pelvis de aquella manera le molestaba mucho. Una banda formada por muchachos, con algún que otro ejecutante de cabellos grises, cerraba la comitiva, tocando *The Caissons Go Rolling Along*. No

llevaban banderas, ni parecían tener ningún propósito ni meta determinada, y todo resultaba terriblemente divertido. Fui riéndome durante el resto del camino hasta casa.

Pero mi mujer estaba triste.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

—Nada; pero tengo otra vez la horrible impresión de ser un personaje en una comedia de la televisión —dijo—. Quiero decir que soy una persona agradable, voy bien vestida, y mis hijos son guapos y simpáticos, pero me angustia la sensación de que solo existo en blanco y negro, y de que cualquiera, con solo usar el mando del televisor, puede hacerme desaparecer.

A menudo mi mujer está triste porque su tristeza no es suficientemente intensa; se apena porque sus aflicciones no son insoportables. Se lamenta de que su pesar no sea lo bastante trágico, y cuando le digo que su pesar, por lo inadecuado de su pesar, puede significar un nuevo matiz en el espectro de las penas humanas, no se siente consolada. Sí, es cierto que a veces pienso en dejarla. Podría prescindir de ella y de los niños sin demasiadas dificultades; podría pasar sin la compañía de mis amigos, pero no soy capaz de separarme de mi césped y de mi jardín; no puedo dejar las contraventanas del porche que yo mismo he reparado y pintado; no puedo renunciar al zigzagueante sendero de adoquines que yo mismo he construido entre la puerta lateral y la rosaleda; por eso, aunque mis cadenas estén hechas con grama y con pintura para interiores, me tendrán bien sujeto hasta el día de mi muerte. Pero en ese momento agradecí a mi mujer lo que acababa de decir; le agradecí la afirmación de que las realidades más exteriores de su vida tenían la consistencia de los sueños. Las energías de la imaginación en libertad habían creado el supermercado, la víbora y la nota en la caja de betún. Comparados con estas cosas, mis ensueños más desafortunados tenían la vulgaridad de las entradas dobles en un libro de contabilidad. Me agradaba pensar que nuestra vida normal tiene la consistencia de los sueños y que en nuestros sueños volvemos a encontrar las virtudes tradicionales. Al entrar en la casa me encontré a la asistente fumando un cigarrillo egipcio que había robado y reconstruyendo las cartas rotas tiradas a la papelera.

Aquella noche fuimos a cenar a Gory Brook. Consulté la lista de los socios para ver si encontraba algún Nils Jugstrum, pero no estaba allí, y me pregunté si se habría ahorcado. ¿Y con qué motivo? En el club de campo de Gory Brook todo seguía como siempre. Gracie Masters, la única hija de un empresario de pompas fúnebres con muchos millones, bailaba con Pinky Townsend. Pinky estaba en libertad condicional, con una fianza de cincuenta mil dólares, acusado de manipular el mercado de valores. Cuando el juez fijó la fianza, Pinky se sacó los cincuenta mil dólares del bolsillo. Yo estuve bailando un rato con Millie Surcliffe. Las piezas que tocaba la orquesta eran *Rain*, *Moonlight on the Ganges*, *When the red red robin comes bob bob bobbin' along*, *Five foot two, eyes of blue*, *Carolina in the morning* y *The Sheik of Araby*. Parecía que estuviésemos bailando sobre la tumba de la cohesión social. Pero aunque

la escena fuese decididamente revolucionaria, ¿dónde estaba el nuevo día, el mundo del futuro? Al reanudar su actuación, la orquesta tocó *Lena from Palesteena*, *I'm forever blowing bubbles*, *Louisville Lou*, *Smiles* y *The red robin* una vez más. Esta última pieza nos hizo movernos de verdad, pero cuando la orquesta limpió la saliva de los instrumentos, comprobé que movían la cabeza con gestos de profunda desaprobación ante nuestras cabriolas. Millie volvió a su mesa, y yo me quedé de pie junto a la puerta, preguntándome por qué, cuando la gente abandona la pista de baile durante un descanso de la orquesta, mi corazón se acelera como cuando veo a los bañistas recoger sus cosas y abandonar la playa porque la sombra del acantilado se proyecta ya sobre el agua y la arena; preguntándome si mi corazón se acelera porque veo en ese apacible acto de marcharse las energías y el atolondramiento de la vida misma.

El tiempo, me parece a mí, nos despoja brutalmente del privilegio de ser simples espectadores y, al final, la pareja que discute con voces destempladas en el vestíbulo del Grande Bretagne (de Atenas) en mal francés resultamos ser nosotros. Otras personas ocupan ahora nuestro sitio tras las palmeras enmacetadas, o en aquel tranquilo rincón del bar, y, al quedar al descubierto, buscamos inevitablemente a nuestro alrededor otras posibilidades de observación. Lo que yo quería aislar no era, por tanto, una cadena de hechos, sino una esencia: algo así como esa indescifrable colisión de sucesos que puede llevar a la alegría o a la desesperación. Lo que yo quería conseguir era que mis sueños, a pesar de la incoherencia del mundo, tuvieran legitimidad. Nada de esto influía, sin embargo, sobre mi estado anímico, y bailé, bebí y conté chistes hasta la una, hora en que nos volvimos a casa. Encendí la televisión y estaban dando un anuncio que, como muchas de las cosas que había visto aquel día, me pareció terriblemente divertido. Una joven, con acento de haberse educado en un internado, preguntaba: «¿Molesta usted al prójimo con el olor de las pieles húmedas? Una capa de martas cebellinas de cincuenta mil dólares, si se moja en un chaparrón, olerá peor que un viejo perro de caza que ha estado persiguiendo a un zorro por un terreno pantanoso. *Nada* huele peor que un visón húmedo. Hasta una ligera niebla hace que las pieles de cordero, de zarigüeya, de civeta, de marta, y otras menos costosas y útiles huelan tan mal como una jaula de leones mal ventilada. Evítese malos ratos y preocupaciones con ligeras aplicaciones de Elixircol antes de usar sus pieles...». Aquella presentadora pertenecía al mundo de los sueños, y así se lo dije antes de apagar el televisor. Me quedé dormido a la luz de la luna y soñé con una isla.

Me acompañaban algunos hombres más, y parecía que habíamos llegado hasta allí en un barco de vela. Recuerdo el color bronceado de nuestra piel y que, al tocarme la mandíbula, advertí la presencia de una barba de tres o cuatro días. Estábamos en una isla del Pacífico. En la atmósfera había un olor a aceite rancio de cocinar, señal de que se trataba de la costa de China. Habíamos desembarcado a media tarde, y no parecía que tuviéramos muchas cosas que hacer. Vagabundeamos por las calles. Debía de haber habido tropas de ocupación o una base militar, porque

muchos de los rótulos en los escaparates estaban escritos en algo que se asemejaba al inglés: «Ze corta pelo zepillo», rezaba un cartel en una barbería oriental. En muchas de las tiendas se veían imitaciones de whisky norteamericano, escrito con una curiosa ortografía: «Whikky». Como no teníamos nada mejor que hacer, visitamos el museo local. Había arcos, anzuelos primitivos, máscaras y tambores. Al salir del museo entramos en un restaurante y pedimos de comer. Yo tenía dificultades con el idioma, pero me sorprendió descubrir que se trataba de dificultades muy concretas. Parecía como si lo hubiese estudiado antes de desembarcar. Recordé con toda claridad que había sido capaz de construir una frase completa cuando el camarero se acercó a nuestra mesa: «*Porpozec ciebie nieprosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*», dije. El camarero sonrió y me felicitó y, cuando desperté, las palabras de aquel idioma hicieron que la isla soleada, su población y su museo fueran algo real, vivo y permanente. Recordé con añoranza a sus tranquilos y cordiales nativos y el pausado ritmo de sus vidas.

El domingo transcurrió agradable y velozmente en una sucesión de fiestas, pero por la noche tuve otro sueño. Me hallaba en Nantucket, de pie junto a la ventana del dormitorio en la casa que hemos alquilado algunas veces. Estaba mirando hacia el sur, siguiendo la agradable curva de la playa. He visto playas mejores, más hermosas y más blancas, pero cuando tengo delante su arena amarilla y su curva peculiar, siempre me parece que si contemplo la ensenada el tiempo suficiente acabará por revelarme algo. Había abundantes nubes en el cielo. El agua tenía un color grisáceo. Era domingo, aunque no sabría decir cómo llegué a averiguarlo. Era tarde y oía un agradable ruido de platos que me llegaba desde el hotel, donde las familias disfrutaban con sus cenas dominicales en el viejo comedor de tablas machihembradas. Entonces vi una figura solitaria que atravesaba la playa. Parecía un sacerdote o un obispo. Llevaba báculo, mitra, capa pluvial, casulla, alba y sotana, como para celebrar una misa de pontifical. Sus ornamentos estaban ricamente bordados en oro, y de vez en cuando la brisa del mar los agitaba. Tenía el rostro totalmente afeitado. No se distinguían sus facciones a la escasa luz del atardecer. Me vio apoyado en la ventana, alzó la mano y me llamó: «*Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zyolpocz ciwego*». Después apresuró el paso, apoyándose sobre el báculo como si fuera un bastón, aunque sus pesados ornamentos no le permitieran avanzar demasiado de prisa. Cruzó frente a la ventana donde yo estaba y luego desapareció donde la curva del promontorio ocultaba la curva de la playa.

Trabajé el lunes, y el martes a las cuatro de la mañana me desperté de un sueño en el que había estado jugando al fútbol americano y ganaba mi equipo. El marcador señalaba dieciocho a seis. Era un partido de domingo por la tarde, entre aficionados, en el jardín de alguien. Nuestras mujeres y nuestras hijas nos estaban mirando desde los laterales del campo, donde había sillas, mesas y bebidas. La jugada de la victoria fue una carrera muy larga, y cuando marcamos el tanto, una chica rubia y alta llamada Helen Farmer se levantó y organizó una especie de coro para animarnos.

—Ra, ra, ra —decían—. «*Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zjolpocz ciwego*». Ra, ra, ra.

Nada de esto me desconcertó. En cierta manera, era lo que yo había querido. ¿No es el ansia de descubrir lo que hace invencible al hombre? La repetición de aquella frase tenía para mí todo el atractivo de un descubrimiento. El hecho de que yo jugara con el equipo vencedor hizo que me sintiera feliz, y bajé a desayunar lleno de optimismo; pero nuestra cocina, desgraciadamente, también forma parte del país de los sueños. Con sus paredes lavables de color rosa, sus luces frías, su televisor empotrado (estaban diciendo unas oraciones) y sus plantas artificiales en macetas, hizo que sintiera nostalgia de mi sueño, y cuando mi mujer me ofreció el estilete y el bloc mágico en el que apuntamos lo que queremos de desayuno, escribí: «*Porpozec ciebie nie prosze dorzanin albo zjolpocz ciwego*». Ella se echó a reír y me preguntó qué significaba. Cuando repetí la misma frase —aquello parecía ser, en realidad, la única cosa que deseaba decir—, empezó a llorar y me di cuenta, al observar la amargura de sus lágrimas, que me vendría bien una temporada de descanso. El doctor Howland me administró un sedante, y después de comer tomé el avión para Florida.

Ahora ya es tarde. Bebo un vaso de leche y tomo una píldora para dormir. Sueño que veo una hermosa mujer arrodillada en un campo de trigo. Sus cabellos de color castaño claro son abundantes y su falda, amplia. Parece una ropa pasada de moda —una ropa de antes de mi época—, y me pregunto cómo puedo conocer y sentir tanta ternura por una mujer vestida con ropa que podría haber usado mi abuela. Y, sin embargo, parece real, más real que Tamiami Trail, seis kilómetros al este, con sus Smorgoramas y sus puestos de Giganticburger; más real que las callejuelas de Sarasota. No le pregunto quién es. Sé lo que dirá. Pero ella sonríe y empieza a hablar antes de que pueda marcharme: «*Porpozec ciebie...*», comienza. En ese momento, o bien me despierto desesperado, o me despierta el ruido de la lluvia sobre las palmeras. Pienso en los campesinos que, al oír la lluvia, estirarán los brazos doloridos y sonreirán, pensando en el agua que se derrama sobre sus lechugas y sus coles, su cebada y su avena, sus chirivías y su maíz. Pienso en los fontaneros que, al despertarlos la lluvia, sonreirán ante la visión de un mundo en el que ya no queden desagües atascados. Desagües en ángulo recto, desagües retorcidos, desagües sofocados por las raíces y llenos de orín, todos gorgotean y descargan sus aguas en el mar. Pienso en que la lluvia despertará a alguna anciana que se pregunte si ha olvidado en el jardín su ejemplar de *Dombey e hijo*. ¿Quizá el chal? ¿Se acordó de tapar las sillas? Y sé que el ruido de la lluvia despertará a alguna pareja de amantes y que ese ruido les parecerá parte de la fuerza que los ha arrojado al uno en brazos del otro. Entonces me incorporo en la cama y exclamo en voz alta, hablando conmigo mismo: «¡Valor! ¡Amor! ¡Virtud! ¡Compasión! ¡Esplendor! ¡Amabilidad! ¡Prudencia! ¡Belleza!». Las palabras parecen tener el color de la tierra, y mientras las recito siento que crece mi esperanza hasta quedar satisfecho y en paz con la noche.

REUNIÓN

La última vez que vi a mi padre fue en la estación Grand Central. Yo venía de estar con mi abuela en los montes Adirondack, y me dirigía a una casita de campo que mi madre había alquilado en el cabo; escribí a mi padre diciéndole que pasaría hora y media en Nueva York debido al cambio de trenes, y preguntándole si podíamos comer juntos. Su secretaria me contestó que se reuniría conmigo en el mostrador de información a mediodía, y cuando aún estaban dando las doce lo vi venir a través de la multitud. Era un extraño para mí —mi madre se había divorciado tres años antes y yo no lo había visto desde entonces—, pero tan pronto como lo tuve delante sentí que era mi padre, mi carne y mi sangre, mi futuro y mi fatalidad. Comprendí que cuando fuera mayor me parecería a él; que tendría que hacer mis planes contando con sus limitaciones. Era un hombre corpulento, bien parecido, y me sentí feliz de volver a verlo. Me dio una fuerte palmada en la espalda y me estrechó la mano.

—Hola, Charlie —dijo—. Hola, muchacho. Me gustaría que vinieses a mi club, pero está por las calles sesenta, y si tienes que coger un tren en seguida, será mejor que comamos algo por aquí cerca.

Me rodeó con el brazo y aspiré su aroma con la fruición con que mi madre huele una rosa. Era una agradable mezcla de whisky, loción para después del afeitado, betún, traje de lana y el característico olor de un varón de edad madura. Deseé que alguien nos viera juntos. Me hubiese gustado que nos hicieran una fotografía. Quería tener algún testimonio de que habíamos estado juntos.

Salimos de la estación y nos dirigimos hacia un restaurante por una calle secundaria. Todavía era pronto y el local estaba vacío. El barman discutía con un botones, y había un camarero muy viejo con una chaqueta roja junto a la puerta de la cocina. Nos sentamos, y mi padre lo llamó con voz potente:

—*Kellner!* —gritó—. *Garçon! Cameriere!* ¡Oiga usted!

Todo aquel alboroto parecía fuera de lugar en el restaurante vacío.

—¿Será posible que no nos atienda nadie aquí? —gritó—. Tenemos prisa.

Luego dio unas palmadas. Esto último atrajo la atención del camarero, que se dirigió hacia nuestra mesa arrastrando los pies.

—¿Esas palmadas eran para llamarme a mí? —preguntó.

—Cálmese, cálmese, *sommelier* —dijo mi padre—. Si no es pedirle demasiado, si no es algo que está por encima y más allá de la llamada del deber, nos gustaría tomar dos gibsons con ginebra Beefeater.

—No me gusta que nadie me llame dando palmadas —dijo el camarero.

—Debería haber traído el silbato —replicó mi padre—. Tengo un silbato que solo oyen los camareros viejos. Ahora saque el bloc y el lápiz y procure enterarse bien:

dos gibsons con Beefeater. Repita conmigo: dos gibsons con Beefeater.

—Creo que será mejor que se vayan a otro sitio —dijo el camarero sin perder la compostura.

—Esa es una de las sugerencias más brillantes que he oído nunca —señaló mi padre—. Vámonos de aquí, Charlie.

Seguí a mi padre y entramos en otro restaurante. Esta vez no armó tanto alboroto. Nos trajeron las bebidas, y empezó a someterme a un verdadero interrogatorio sobre la temporada de béisbol. Al cabo de un rato golpeó el borde de la copa vacía con el cuchillo y empezó a gritar otra vez:

—*Garçon! Cameriere! Kellner!* ¡Oiga usted! ¿Le molestaría mucho traernos otros dos de lo mismo?

—¿Cuántos años tiene el muchacho? —preguntó el camarero.

—Eso no es en absoluto de su incumbencia —dijo mi padre.

—Lo siento, señor, pero no le serviré más bebidas alcohólicas al muchacho.

—De acuerdo, yo también tengo algo que comunicarle —dijo mi padre—. Algo verdaderamente interesante. Sucede que este no es el único restaurante de Nueva York. Acaban de abrir otro en la esquina. Vámonos, Charlie.

Pagó la cuenta y nos trasladamos de aquel a otro restaurante. Los camareros vestían americanas de color rosa, semejantes a chaquetas de caza, y las paredes estaban adornadas con arneses de caballos. Nos sentamos y mi padre empezó a gritar de nuevo:

—¡Que venga el encargado de la jauría! ¿Qué tal los zorros este año? Quisiéramos una última copa antes de empezar a cabalgar. Para ser más exactos, dos bibsons con Geefeater.

—¿Dos bibsons con Geefeater? —preguntó el camarero, sonriendo.

—Sabe muy bien lo que quiero —replicó mi padre, muy enojado—. Quiero dos gibsons con Beefeater, y los quiero de prisa. Las cosas han cambiado en la vieja y alegre Inglaterra. Por lo menos eso es lo que dice mi amigo el duque. Veamos qué tal es la producción inglesa en lo que a cócteles se refiere.

—Esto no es Inglaterra —repuso el camarero.

—No discuta conmigo. Límitese a hacer lo que se le pide.

—Creí que quizá le gustaría saber dónde se encuentra —dijo el camarero.

—Si hay algo que no soporto, es un criado impertinente —declaró mi padre—. Vámonos, Charlie.

El cuarto establecimiento en el que entramos era italiano.

—*Buongiorno* —dijo mi padre—. *Per favore, possiamo avere due cocktail americani, forti fortio. Molto gin, poco vermut.*

—No entiendo el italiano —respondió el camarero.

—No me venga con esas —dijo mi padre—. Entiende usted el italiano y sabe perfectamente bien que lo entiende. *Vogliamo due cocktail americani. Subito.*

El camarero se alejó y habló con el encargado, que se acercó a nuestra mesa y

dijo:

—Lo siento, señor, pero esta mesa está reservada.

—De acuerdo —asintió mi padre—. Denos otra.

—Todas las mesas están reservadas —declaró el encargado.

—Ya entiendo. No desean tenernos por clientes, ¿no es eso? Pues váyanse al infierno. *Vada all' inferno*. Será mejor que nos marchemos, Charlie.

—Tengo que coger el tren —dije.

—Lo siento mucho, hijito —dijo mi padre—. Lo siento muchísimo. —Me rodeó con el brazo y me estrechó contra sí—. Te acompaño a la estación. Si hubiéramos tenido tiempo de ir a mi club...

—No tiene importancia, papá —dije.

—Voy a comprarte un periódico —dijo—. Voy a comprarte un periódico para que leas en el tren.

Se acercó a un quiosco y pidió:

—Mi buen amigo, ¿sería usted tan amable de obsequiarme con uno de sus absurdos e insustanciales periódicos de la tarde? —El vendedor se volvió de espaldas y se puso a contemplar fijamente la portada de una revista—. ¿Es acaso pedir demasiado, señor mío? —insistió mi padre—, ¿es quizá demasiado difícil venderme uno de sus desagradables especímenes de periodismo sensacionalista?

—Tengo que irme, papá —dije—. Es tarde.

—Espera un momento, hijito —replicó—. Solo un momento. Estoy esperando a que este sujeto me dé una contestación.

—Hasta la vista, papá —dije; bajé la escalera, tomé el tren, y aquella fue la última vez que vi a mi padre.

UNA CULTA MUJER NORTEAMERICANA

Sigo unida en sagrado matrimonio a mi nada intelectual marido, jugador de fútbol americano en la universidad, que pesa noventa kilos, y me mantengo ocupada llevando y trayendo a mi hijo Bibber de un colegio privado en cuya organización participé. He sido, en diferentes etapas, presidenta de todas las organizaciones cívicas de la comunidad, y el año pasado dirigí, durante nueve meses, la agencia local de viajes. Un editor de Nueva York (toco madera) se interesa por la biografía crítica de Gustave Flaubert que estoy escribiendo. El año pasado me presenté como candidata a supervisora municipal por el partido demócrata, y obtuve el mayor número de votos que nuestro partido ha obtenido en toda la historia de este pueblo. Polly Coulter Mellowes (graduada en el año 42) estuvo una semana con nosotros al volver de París camino de Minneapolis, y hablamos, comimos, bebimos y pensamos en francés durante toda su visita. ¡Cómo nos acordamos de mademoiselle De Grasse! Y aún me queda tiempo para curar pájaros y tejer calcetines con rombos de distintos colores.

Esta noticia biográfica redactada para la revista de antiguas alumnas de su universidad quizá haga pensar en una mujer agresiva, pero Jill no lo era en absoluto. Jill *Chidchester* Madison desempeñaba una multitud de cargos debido a su eficacia, a su inteligencia y a su simpatía personal, pero era en realidad bastante tímida. En la época a la que me estoy refiriendo se peinaba siempre —tenía el pelo de color castaño claro— con gran sencillez y de una manera que hacía pensar precisamente en su aspecto en el internado, veinte años antes. El internado pudo ensombrecer quizá sus gustos en el vestir; eso y el hecho de que Jill tenía unos pechos muy pequeños y era una de esas mujeres que consideran tal carencia como una desgracia peor que perder una pierna. Teniendo en cuenta sus amplios horizontes intelectuales, resultaba extraño que una cosa así pudiera preocuparla, pero lo cierto es que la preocupaba terriblemente. Jill tenía las piernas bonitas y un color de piel delicado y saludable. Los ojos, de color castaño, estaban demasiado juntos, de manera que, cuando se desanimaba, su mirada adquiría un aire de roedor.

La madre de Jill, Amelia Faxon Chidchester, era una mujer robusta y vigorosa de espléndidos cabellos blancos, rostro encarnado y una curiosa manera de acentuar las palabras que parecía más temperamental que regional. Los vocablos de la señora Chidchester estaban acuñados para expresar su infatigable vigor, su capacidad de triunfo sobre el sufrimiento, su entusiasmo por la cultura y su confianza en la humanidad. Amelia Chidchester era autora de diecisiete libros no publicados. El padre de Jill murió cuando ella tenía seis años. Jill había nacido en San Francisco, donde su padre dirigía una editorial de poca importancia y administraba una pequeña fortuna. A su mujer y a su hija les dejó dinero suficiente para evitarles situaciones difíciles y cualquier tipo de ansiedad económica, pero tenían mucho menos dinero que el resto de sus familiares. Jill daba la impresión de ser una niña precoz, y a los

tres años su madre la llevó a Munich, donde ingresó en el *Gymnasium für Kinder*, dirigido por el doctor Stock y orientado hacia la observación de niños superdotados. La competencia era feroz y los tests de reacción de Jill no pasaban de mediocres, pero ella se hacía querer y era una chica brillante. Cuando cumplió los cinco años, su madre la llevó a la *Scuola Pantola* de Florencia, una institución similar. De allí pasaron a Inglaterra, a la famosa *Tower Hill School*, situada en el condado de Kent. Después, Amelia, o Melee, como la llamaban, decidió que la niña debía echar raíces en algún sitio, y alquiló una casa en Nantucket; fue allí donde Jill se incorporó al sistema norteamericano de escuelas públicas.

No sé por qué los niños que han pasado años en el extranjero tendrían que parecer desnutridos, pero eso es lo que sucede en muchos casos, y Jill, con su mezcla de ropas e idiomas, con las piernas desnudas y sandalias, daba la impresión de que todo el esfuerzo empleado en educarla solo había servido para convertirla en una figura patética. Era una de esas niñas que brincan mucho. Iba al colegio dando saltitos y volvía a casa saltando. Era tímida. Carecía de sentido práctico, y su madre más bien la alababa por ello. «No hace falta que friegues los platos, cariño —le decía—. No hay razón para que una chica tan inteligente como tú pierda el tiempo fregando platos». Tenían una sirvienta muy fiel —todos los criados de Melee adoraban el suelo que pisaba—, y la única idea de Jill sobre las faenas caseras era que no tenía por qué perder el tiempo con ellas. Hacia los diez años aprendió a tejer calcetines con rombos de distintos colores, y se le permitió que cultivara aquella habilidad como pasatiempo. Jill era romántica. En uno de sus cuadernos escribió lo siguiente:

La señora Amelia Faxon Chidchester tiene el honor de invitarlo al enlace matrimonial de su hija Jill con el vizconde Ludley-Huntington, conde de Ashmead, en la abadía de Westminster. Se ruega corbata blanca y condecoraciones.

La casa de Nantucket era agradable, y Jill aprendió a navegar a vela. Fue en Nantucket donde su madre habló por primera vez con ella sobre un tema para el que carecemos de vocabulario en inglés: el amor. Sucedió al atardecer. Había fuego en la chimenea y flores sobre la mesa. Jill estaba leyendo y su madre escribía. Melee abandonó la pluma y dijo, por encima del hombro: «Creo mi deber decirte, cariño, que durante la guerra era la encargada de una cantina del Embarcadero, y me entregué a muchos soldados solitarios».

Esta confesión tuvo un efecto terrible. A Jill le resultó incomprendible, tanto a nivel emocional como intelectual. Sintió deseos de llorar. No era capaz de imaginar a su madre entregándose —según sus propias palabras— a una larga fila de soldados solitarios. La forma de hablar de su madre era una clara y autoritaria afirmación de su indiferencia ante aquel aspecto de la realidad. No parecía posible ignorar lo que había dicho. La frase de Melee quedó incrustada en la conciencia de Jill como los restos de un meteorito. Quizá fuera todo mentira, pero su madre no mentía nunca. Entonces Jill, por una vez en su vida, fue consciente de las limitaciones de Melee. No era

mentirosa, pero toda ella era mentira. Su acento era falso, sus gustos eran falsos y el aspecto seráfico que adoptaba cuando escuchaba música era la expresión de alguien que trata de recordar un número de teléfono olvidado. Con su incansable buen humor, sus continuos dolores, su implacable esnobismo, sus falsos derechos en nombre de la cultura, sus amigos pretenciosos y sus declaraciones, tan llenas de fuerza como carentes de sentido, por un momento, Melee le dio la impresión de ilustrar cierta suprema falta de discernimiento por parte de la naturaleza. Pero ¿era Jill capaz de crear, sin ayuda, lazos de amor y de sabiduría entre aquella desconocida que le había dado la vida y la vida misma tal como ella la veía, manifestándose en los campos y en los bosques, maravillosa y delicada, más allá de las ventanas? ¿No podría más bien...? Pero Jill se sentía demasiado joven, demasiado frágil, demasiado indefensa para construirse una vida prescindiendo de su madre, y, por consiguiente, decidió que Melee no había dicho lo que había dicho, y selló con un beso su negativa a enfrentarse con la realidad.

Jill entró en el internado a los doce años, y mientras estuvo allí se llevó todas las matrículas. Su expediente académico y sus éxitos deportivos y sociales carecían de precedente. Durante su segundo año de universidad, visitó a su familia de San Francisco, y conoció y se enamoró de Georgie Madison. Teniendo en cuenta la capacidad intelectual de Jill, Georgie no era el tipo de persona que uno le hubiera adjudicado, pero quizá fuese una muestra de sentido común por su parte elegir un hombre de intereses vitales tan distintos de los suyos. Georgie era un individuo tranquilo, de huesos grandes, pelo negro y un dulce mirar capaz de romper el corazón de las huérfanas de cualquier edad; y Jill, después de todo, no tenía padre. Georgie Madison trabajaba de adjunto a la dirección de unos astilleros de San Francisco. Se había graduado en Yale, pero una vez, cuando Melee le preguntó si le gustaba Thackeray, respondió con gran sinceridad y cortesía que nunca había probado ninguno. Su contestación acabó convirtiéndose en un chiste familiar. Jill y Georgie se prometieron cuando ella estaba en el tercer año de universidad y se casaron una semana después de su graduación, y en sus últimos exámenes la hija de Melee acaparó de nuevo todas las matrículas. A Georgie lo trasladaron a unos astilleros de Brooklyn y el nuevo matrimonio se fue a vivir a Nueva York, donde Jill consiguió un empleo en el departamento de relaciones públicas de unos grandes almacenes.

En el segundo o tercer año de matrimonio, nació un hijo, al que pusieron el nombre de Bibber. El parto fue difícil y Jill quedó imposibilitada para tener más hijos. Cuando el niño era todavía pequeño se trasladaron a Gordonville. Jill se sentía más feliz en el campo que en la ciudad, porque el campo parecía ofrecer más oportunidades para sacar partido a sus talentos. Sucesivamente recayó sobre ella la presidencia de todas las asociaciones cívicas, y cuando la viuda que se ocupaba de la agencia local de viajes se puso enferma, Jill la sustituyó con gran éxito. Su único problema era encontrar a alguien que cuidara de Bibber. Pasaron por la casa una multitud de mujeres de edad que no resultaron satisfactorias, además de muchas

estudiantes de bachillerato y mujeres de la limpieza. Georgie quería a su hijo con locura. El chico era bastante listo, pero a su padre le parecía de una inteligencia privilegiada. Paseaba con el crío, jugaba con él, lo bañaba antes de acostarlo y le contaba historias para que se durmiera. Cuando estaba en casa, Georgie se ocupaba de todo lo relativo a su hijo, cosa muy conveniente, porque con frecuencia Jill terminaba de trabajar después que él.

Al ceder las riendas de la agencia de viajes, Jill decidió organizar una excursión en grupo por Europa. No había salido al extranjero desde que se casó, y, si era ella quien organizaba el viaje podía resultarle gratis. Eso, al menos, era lo que decía. Los astilleros de Georgie marchaban bien y no había razones de peso para que Jill tuviera que viajar gratis, pero él comprendió que la idea de dirigir aquella expedición significaba un estímulo y una oportunidad de probar su eficiencia, y al final dio su aprobación e incluso la animó a hacerlo. Se apuntaron veintiocho personas a la excursión, y a primeros de julio Georgie vio cómo Jill y sus corderitos, como ella los llamaba, tomaban un jet con destino a Copenhague. Su itinerario los llevaría hacia el sur, hasta Nápoles, donde Jill depositaría a las personas a su cargo en otro avión que las devolvería al hogar. Georgie iría después a reunirse con ella en Venecia, para pasar juntos una semana. Jill mandó postales a su marido todos los días, y algunos de los excursionistas estaban tan encantados con su manera de llevar el viaje que escribieron a Georgie para decirle que tenía una esposa verdaderamente encantadora, competente y entendida. Los vecinos de Georgie se mostraron muy amables con él, y cenó en su casa casi todas las noches. A Bibber, que no había cumplido aún los cuatro años, lo enviaron a un campamento de verano.

Antes de salir para Europa, Georgie se pasó por New Hampshire para ver cómo iba Bibber. Lo echaba mucho de menos y aparecía en sus ensoñaciones con mucha más frecuencia que el vivaz rostro de su mujer. Para dormirse, Georgie imaginaba una improbable excursión a los Dolomitas cuando su hijo fuese ya mayor. Noche tras noche, ayudaba a Bibber a pasar de risco en risco. Por encima de sus cabezas, la escasa nieve de las cumbres brillaba bajo el sol del verano. Cargados de mochilas y cuerdas, descendían a Cortina poco después del anochecer. En la vida real, el viaje de Georgie hacia el norte resultó bien distinto de sus ensueños alpinos.

Tardó casi todo el día en llegar a la zona de New Hampshire donde se encontraba su hijo. Pasó una noche muy intranquila en un motel y salió por la mañana en busca del campamento. El tiempo estaba revuelto y a su alrededor predominaban las montañas. Caían chaparrones y a veces lucía el sol tímidamente: una atmósfera no tanto de tristeza como de desolación. La mayor parte de las granjas que iba dejando atrás estaban abandonadas. Mientras se aproximaba a su destino, Georgie tuvo la impresión de que tanto el campamento como el paisaje que lo rodeaba estaban situados al margen del tiempo; o quizá se trataba tan solo de una vuelta a su propia experiencia de veranos y campamentos como períodos vitales completamente aislados del resto. Luego pudo contemplar todas las instalaciones desde una pequeña

altura. Había un pequeño lago; un estanque, en realidad: uno de esos estanques redondos con aguas color de té, rodeados de bosquecillos de pinos que producen una impresión de fatiga geológica. Los recuerdos que Georgie conservaba de sus propios campamentos eran soleados y brillantes, y aquel agujero deprimente, con su hacinamiento de cabañas de tablas podridas, contrastaba brutalmente con ellos. Georgie se dijo que las cosas tendrían sin duda otro aspecto cuando brillase el sol. Había flechas indicando el camino al edificio donde estaban las oficinas y lo esperaba la directora. Era una mujer joven de ojos azules, y su eficiencia no había eclipsado por completo su atractivo.

—Hemos tenido algunas dificultades con su hijo —le explicó la directora—. No lo está pasando demasiado bien. Es algo que sucede muy pocas veces. Casi nunca tenemos niños que echen sus casas de menos. Las excepciones suelen ser hijos de familias divididas, y de ordinario procuramos que no vengan. Podemos resolver problemas normales, pero nos desbordan los niños que se sienten más desgraciados de lo normal. Por regla general, rechazamos las solicitudes de los hijos de divorciados.

—Pero la señora Madison y yo no estamos divorciados —aclaró Georgie.

—Eso es nuevo para mí. ¿Están ustedes separados?

—No —dijo Georgie—, no lo estamos. La señora Madison se encuentra en Europa, pero yo voy mañana a reunirme con ella.

—Ya veo. En ese caso, no entiendo por qué a su hijo le ha costado tanto trabajo adaptarse. ¡Pero aquí llega Bibber para contárnoslo todo él mismo!

El niño soltó la mano de la mujer que lo traía y echó a correr hacia su padre. Estaba llorando.

—Vamos, vamos —dijo la directora—. Papá no ha venido desde tan lejos para ver a un niño llorón, ¿no te parece, Bibber?

Georgie sintió que el corazón le latía con violencia, lleno de amor y de confusión. Besó las lágrimas que mojaban el rostro del niño y lo apretó contra su pecho.

—Quizá quiera usted dar un paseo con Bibber —sugirió la directora—. Y quizá a él le apetezca enseñarle el campamento.

Georgie, con el niño colgado del brazo, tuvo que enfrentarse con ciertas responsabilidades que trascendían el amor que le inspiraba su hijo. Su instinto le decía que se llevara al niño de allí. Su sentido de la responsabilidad lo impulsaba a animarlo para sobrellevar las dificultades de la existencia.

—¿Cuál es el sitio que más te gusta? —le preguntó con entusiasmo, consciente de lo forzado de su tono y convencido de la necesidad de usarlo—. Quiero que me enseñes el sitio que más te guste de todo el campamento.

—No tengo ningún sitio favorito —respondió Bibber, que estaba consiguiendo dejar de llorar—. Eso es el comedor —dijo, indicando un largo y feo cobertizo. Trozos nuevos de madera amarilla habían sustituido las tablas podridas.

—¿Es ahí donde jugáis? —preguntó Georgie.

—No jugamos —dijo Bibber—. La señora que se ocupaba de los juegos se puso enferma y tuvo que marcharse.

—¿Es ahí donde cantáis?

—Por favor, papá, llévame a casa —suplicó Bibber.

—No puedo, cariño. Mamá está en Europa y yo me marchó mañana por la tarde para reunirme con ella.

—¿Cuándo voy a poder volver a casa?

—Tendrás que esperar a que termine el campamento. —Georgie sintió en parte lo dura que aquella frase resultaba para su hijo. Notó cómo la respiración del niño sufría una dolorosa aceleración. En algún lugar sonó un cuerno de caza. Georgie, esforzándose por armonizar sus responsabilidades con sus sentimientos, se arrodilló y cogió al niño en brazos—. ¿Te das cuenta? No puedo telegrafiar a mamá y decirle que no voy. Me está esperando. Y en realidad no se puede decir que tengamos una casa cuando mamá se ha ido. Yo almuerzo fuera, y no vuelvo hasta la noche. No habría nadie que se ocupara de ti.

—He participado en todas las actividades —dijo el niño, con la esperanza de hacer valer sus méritos. Era su último intento de lograr clemencia, y al ver que también fallaba, añadió—: Tengo que irme. Va a empezar mi tercera clase —y se alejó por un sendero marcado entre los pinos a fuerza de pisadas.

Georgie volvió a las oficinas reflexionando sobre el hecho de que a él le habían gustado los campamentos de verano, que había sido uno de los muchachos con más amigos, y que nunca había sentido deseos de volver a casa.

—Yo creo que las cosas mejorarán —dijo la directora—. Una vez que supere este bache, lo pasará mucho mejor que los demás. De todas formas, quisiera pedirle que no se quede mucho tiempo. Ahora está en la clase de equitación. ¿Por qué no va a ver cómo monta a caballo y se marcha cuando termine la lección? Bibber está orgulloso de cómo monta, y así evitaremos una penosa despedida. Esta noche tendremos un gran fuego de campamento y cantaremos mucho. Estoy seguro de que su hijo no tiene nada que no pueda curarse cantando a pleno pulmón alrededor de una buena fogata.

A Georgie todo aquello le parecía razonable; también a él le gustaba cantar alrededor de un fuego de campamento. ¿Podía existir alguna pena infantil que se resistiera a una animada interpretación del *The Battle Hymn of the Republic*? Georgie fue hasta el picadero cantando «*They have builded him an altar in the evening dews and damps...*». Había empezado a llover de nuevo, y Georgie no pudo saber si lo que mojaba las mejillas del niño eran lágrimas o gotas de lluvia. Bibber iba montado a caballo, y un palafrenero llevaba al animal por la brida. El niño saludó a su padre y casi perdió el equilibrio; en cuanto le dio la espalda, Georgie se marchó.

Al día siguiente voló hasta Treviso y allí tomó el tren de Venecia; Jill lo esperaba en un hotel suizo, sobre uno de los canales interiores. Se emocionaron al reunirse de nuevo, y el cariño de Georgie no disminuyó al notar que su mujer estaba cansada y que había adelgazado. Guiar a sus corderitos a través de Europa había resultado una

tarea ardua y fatigosa. Lo que Georgie quería hacer era dejar aquel hotel de tercera categoría y trasladarse a Cipriani, alquilar un toldo en el Lido y pasarse una semana en la playa. Jill no quiso trasladarse a Cipriani —estaría lleno de turistas—, y el segundo día de su vida veneciana en común se levantó a las siete, preparó un café soluble en el vaso para el cepillo de dientes y los dos estaban ya en San Marcos cuando empezó la misa de ocho. Georgie conocía Venecia, y Jill sabía —o debería haber sabido— que no le interesaban los cuadros ni los mosaicos, pero ella fue llevándolo de la oreja (es una manera de decir) por todos los monumentos. Georgie supuso que había adquirido el hábito de hacer visitas a lugares artísticos sin cansarse, y que lo más sensato sería esperar a que el hábito terminara por agotarse. Sugirió que fueran a comer a Harry's, y Jill dijo:

—¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así, cariño?

Comieron en una *trattoria* y visitaron iglesias y museos hasta la hora de cerrar. A la mañana siguiente, Georgie volvió a sugerir el Lido, pero Jill ya había hecho las reservas para ir a Maser y visitar las villas.

Jill aportó toda su experiencia de directora de grupo a su estancia veneciana, aunque Georgie no veía la necesidad. Somos muchos los que disfrutamos cuando tenemos una oportunidad de mostrar nuestros conocimientos, pero Georgie no lograba detectar esa satisfacción en la actuación de Jill. Algunas personas aman la pintura y la arquitectura, pero no había el menor síntoma de afecto en la manera que Jill tenía de enfrentarse con los tesoros venecianos. A Georgie el culto a la belleza le resultaba más bien misterioso, pero ¿hacía falta que la belleza aplastara por completo el sentido del humor? Jill resistió a pie firme, un tórrido mediodía, ante la fachada de una iglesia, leyéndole los datos que daba su guía. Enunciaba fechas, batallas navales y otras cosas parecidas, y esbozaba la historia de la república veneciana como si estuviera preparando a su marido para un examen. La brillante luz que la iluminaba no resultaba nada favorecedora, y el ambiente ordinariamente festivo de Venecia hacía que su erudición y su incansable entusiasmo parecieran ridículos. Jill trataba de inculcarle que Venecia hay que tomársela en serio. ¿Y era aquel, se preguntaba Georgie, el significado, la suma total de tantos mármoles espléndidos, de la ruinosa y laberíntica ciudad, aromatizada con el olor característico del agua estancada? Rodeó a su mujer con el brazo y dijo:

—Vámonos, cariño.

Jill lo apartó y replicó:

—No sé de qué me estás hablando.

Jill no podría haber escudriñado Venecia con más detalle ni de manera más exhaustiva si hubiese estado buscando una dirección olvidada, o un niño, o una agenda, o un collar, o cualquier otra cosa de valor. Georgie pasó el resto de su común estancia en Venecia acompañándola en aquella búsqueda misteriosa. De vez en cuando se acordaba de Bibber y de su campamento. Volvieron a Estados Unidos en avión desde Treviso, y con la luz más matizada y familiar de Gordonville, Jill volvió

a parecer ella misma. Se reinstalaron en la felicidad conyugal, y dieron la bienvenida a Bibber cuando el campamento le permitió volver a casa.

«¿No es maravilloso, no es el período más maravilloso de la arquitectura doméstica norteamericana?», les preguntaba siempre Jill a sus huéspedes al mostrarles su amplia casa, construida enteramente de madera. Había sido edificada en los años setenta del siglo XIX, y tenía ventanas muy altas, un comedor ovalado y un establo con cúpula. Sin duda resultaba difícil de sostener, pero ese problema nunca se dejaba sentir (al menos, cuando había invitados). Las habitaciones —de techos altos— estaban siempre llenas de luz y poseían una gracia especial: resultaban austeras, melancólicas y delicadamente equilibradas. Las responsabilidades sociales más claras recaían sobre Jill; la conversación de Georgie quedaba limitada a la industria naval, pero él preparaba los cócteles, trinchaba el asado y servía el vino. Había fuego en la chimenea, flores sobre las consolas, los muebles y la plata resplandecían, pero nadie sabía ni sospechaba que era Georgie quien enceraba las sillas y sacaba brillo a los tenedores.

«Es muy sencillo —había dicho Jill—, el cuidado de la casa no va conmigo», y él era lo bastante inteligente como para descubrir la verdad que encerraba su afirmación; lo bastante inteligente como para no esperar que ella dejara de considerarse una mujer culta, porque aquello era la fuente de gran parte de su vitalidad y de su alegría.

Un invierno muy tormentoso no consiguieron tener ningún sirviente. Contrataban un cocinero para el día cuando tenían invitados, pero el resto del trabajo recaía sobre Georgie. Era el año que Jill estudiaba literatura francesa en la Universidad de Columbia e intentaba terminar su libro sobre Flaubert. En una típica velada casera, Jill estaría sentada frente a la mesa del dormitorio, trabajando en su libro. Bibber dormiría. Georgie se hallaría en la cocina, limpiando el bronce y la plata. Llevaría puesto un delantal y bebería whisky, rodeado de cajas de cigarrillos, aguamaniles, cuencos, morillos y un cajón entero de cubertería. No le gustaba limpiar la plata, pero si no lo hacía él, se ennegrecería. Y Jill había dicho que aquello no le iba. Tampoco le iba a él, ni lo habían educado para hacerlo; pero aunque, como ella decía, no fuera un intelectual, tenía la suficiente cabeza como para no aceptar ninguna de las vulgaridades ni los lugares comunes asociados con la lucha por la igualdad de los sexos. La lucha era reciente, lo sabía; era real, inexorable, y aunque Jill dejara a un lado los deberes domésticos, Georgie era capaz de comprender que quizá lo hacía sin desearlo. La habían educado para intelectual, en muchos ambientes se ponía en duda su emancipación, y puesto que él parecía poseer mayor flexibilidad y ocupar una posición tradicional más sólida, era lógico que cediese en materias de poca importancia como las faenas caseras. Georgie sabía que Jill no había elegido ser educada como una intelectual, pero la elección, hecha por otros, parecía irrevocable.

Su apasionado temperamento sexual atribuía a su esposa la suavidad, la tibieza y la total ceguera del amor; pero ¿por qué —se preguntaba mientras sacaba brillo a los tenedores— daba la impresión de existir cierta contradicción entre esos atributos y la posesión de una mente clara? La inteligencia, Georgie lo sabía muy bien, no es un atributo masculino, aunque el peso de la tradición haya colocado a lo largo de los siglos tanto poder en las manos de los hombres que su antigua supremacía resulte difícil de olvidar. Pero ¿por qué su instinto lo hacía esperar que la mujer entre cuyos brazos pasaba las noches procurase al menos ocultar sus muchos conocimientos? ¿Por qué parecía existir cierta fricción entre el enorme amor que sentía por ella y la incapacidad de Jill para entender la teoría del quantum?

Jill bajó a dar una vuelta paseando por la casa y se detuvo ante la puerta de la cocina para ver trabajar a su marido. Inmediatamente se sintió invadida por la ternura. Con qué hombre tan amable, delicado, serio y bien parecido se había casado. Cuánto interés se tomaba por la casa. Pero después, mientras seguía contemplándolo, tuvo un escalofrío espiritual, un paroxismo de dudas. Inclinado como se hallaba sobre la mesa de la cocina, haciendo un trabajo femenino, ¿era realmente un hombre? ¿Se había casado en realidad con un medio-hombre, con una aberración? ¿Le gustaba quizá llevar delantal? ¿Era tal vez un invertido? ¿Y no era también ella un ser aberrante? Pero aquello era inadmisibile, e igualmente inadmisibile el razonamiento que la llevaba a la conclusión de que Georgie limpiaba la plata porque se veía forzado a ello. Repentinamente, una tosca e imprecisa imagen cristalizó en algún lugar de su imaginación: la de un marinero hirsuto y borracho que le pegara los sábados por la noche, desfagara en ella sus vulgares apetitos y le hiciera fregar el suelo de rodillas. Ese era el tipo de hombre con quien debería haberse casado. Ese era su auténtico destino. Georgie levantó la vista, sonrió amablemente y le preguntó qué tal iba su trabajo.

—*Ça marche, ça marche* —dijo Jill cansadamente, y volvió al piso de arriba, a su mesa de trabajo.

«El pequeño Gustave no se llevaba bien con sus compañeros de colegio —escribió—. Despertaba muy pocas simpatías...».

Georgie subió al comedor al terminar con la plata. Pasó suavemente una mano por el cabello de su mujer.

—Espera a que termine este párrafo —le pidió ella.

Jill lo oyó darse una ducha, oyó sus pies descalzos sobre la alfombra cuando cruzó la habitación y se dejó caer, feliz, sobre la cama. Empujada tanto por el deber como por el deseo, pero pensando aún en las glorias de Flaubert, Jill se lavó, se perfumó y se reunió con Georgie en el amplio lecho que, con la fragancia de las sábanas limpias y gracias a la luz tamizada, parecía realmente un refugio boscoso. «*Bosquet* —pensó ella—, *brume, bruit*». Y después, incorporándose entre sus brazos, exclamó:

—*Elle avait lu Paul et Virginie, et elle avait rêvé la maisonnette de bambous, le*

nègre Domingo, le chien Fidèle, mais surtout l'amitié douce de quelque bon petit frère, qui va chercher pour vous des fruits rouges dans les grands arbres plus hauts que des clochers, ou qui court pieds nus sur le sable, vous apportant un nid d'oiseau
...

—¡Maldita sea! —dijo Georgie con toda la amargura de que era capaz. Se levantó de la cama, cogió una manta del armario y se fue a dormir al cuarto de estar.

Jill lloró. Georgie estaba celoso de su inteligencia. Se dio cuenta de ello. ¿Era preciso que se hiciera pasar por imbécil para resultar atractiva? ¿Por qué tenía que encolerizarse su marido si ella decía unas cuantas palabras en francés? Pretender que la inteligencia, la erudición y todos los lógicos resultados de una educación esmerada fuesen atributos masculinos era una actitud pasada de moda desde hacía un siglo. Luego tuvo la impresión de que tanta crueldad era más de lo que su corazón estaba en condiciones de soportar. Le pareció sentir el crujido de sus ensamblajes, como si su corazón fuese un barril y estuviera tan repleto de sufrimientos que, al igual que esas cajas medio rotas donde se ocultan tesoros infantiles, había terminado por estallar. «Inteligencia», fue la palabra sobre la que volvió a concentrar su atención: era la inteligencia lo que estaba en la palestra. Y, sin embargo, aquella palabra tenía que resonar libre y limpia del dolor que ella sufría. La inteligencia era el tema central de discusión, pero en aquel momento tenía el sabor de la carne y de la sangre. Jill se estaba enfrentando con el esqueleto del dolor, con sus mismos huesos, bien cocidos en la olla y brillantados por los dientes de los perros; se enfrentaba con una inteligencia que tenía sabor a muerte. Jill estuvo llorando hasta quedarse dormida.

Más tarde la despertó un ruido violento. Se asustó. ¿Quizá Georgie pretendía hacerle daño? ¿Se habría estropeado de alguna forma la complicada maquinaria de la antigua casa? ¿Ladrones? ¿Fuego? El ruido procedía del cuarto de baño. Encontró a Georgie desnudo y a gatas, con la cabeza debajo del lavabo. Se acercó rápidamente y lo ayudó a incorporarse.

—Estoy perfectamente —dijo él—, pero terriblemente borracho.

Jill lo llevó hasta la cama, donde se quedó dormido de inmediato.

Tuvieron invitados unos días después, y toda la plata que Georgie había limpiado volvió a usarse. La velada transcurrió sin un roce. Uno de los invitados, abogado, contó un escándalo local. Las autoridades municipales y estatales habían aprobado la construcción de un tramo de autopista para unir dos zonas urbanizadas de los alrededores. El coste era de tres millones, según la oferta hecha por un contratista llamado Felici. La autopista acabaría con un amplio jardín y un parque de estilo clásico que llevaban utilizándose medio siglo. El propietario, un octogenario, vivía en San Francisco, y o estaba incapacitado, o no le importaba, o se hallaba paralizado por la indignación. El nuevo tramo de autopista no tenía utilidad alguna; ningún estudio sobre frecuencia de tráfico había demostrado que fuese necesario. Un hermoso

parque y un buen pellizco del dinero de los contribuyentes iban a ser presa de un contratista avariento y sin escrúpulos.

Era el tipo de historia que le gustaba a Jill. Se le encendieron los ojos y se le colorearon las mejillas. Georgie la contemplaba con una mezcla de orgullo y de terror. Habían despertado su conciencia cívica y él sabía que estaba dispuesta a enfrentarse con aquel escándalo hasta conseguir algún resultado. Semejante oportunidad hacía feliz a Jill, pero aquella noche su felicidad incluía su casa, su marido y su manera de vivir. El lunes por la mañana cayó como un tornado sobre las diferentes comisiones que controlaban la construcción de autopistas y comprobó la veracidad de la historia. Inmediatamente organizó un comité e hizo circular una petición. Encontraron a una anciana, la señora Haney, para que se ocupara de Bibber, y una estudiante de bachillerato venía por las tardes para leerle. Jill estaba enfrascada en su trabajo y se la veía llena de entusiasmo y con los ojos brillantes.

Esto sucedía en el mes de diciembre. Una tarde, Georgie salió de su oficina de Brooklyn y se dirigió al centro para hacer algunas compras. Todos los rascacielos estaban ocultos por nubes de lluvia, pero él sentía su presencia como si de una familiar cordillera se tratase. Tenía los pies mojados y le dolía la garganta. Las calles se hallaban abarrotadas, y los adornos navideños en las fachadas de los grandes almacenes estaban tan altos que su significado se le escapaba. Aunque veía el dosel luminoso de Lord & Taylor's, solo distinguía las barbillas y las túnicas del coro de ángeles que ocupaba de un extremo a otro la fachada de Saks. Retazos de música navideña lograban atravesar la lluvia. Se metió en un charco. La oscuridad era tan intensa como si fuera de noche; quizá las muchas luces creaban una impresión total de oscuridad. Georgie entró en Saks. Dentro, el espectáculo del pillaje brillantemente iluminado al que se consagraban miles de personas bien vestidas lo obligó a detenerse. Se apartó a un lado para evitar que lo aplastaran las multitudes que intentaban entrar o salir. Advirtió claramente los primeros síntomas de un resfriado. A una mujer que estaba junto a él se le cayeron varios paquetes. Georgie se agachó para recogerlos. Ella tenía un rostro agradable y llevaba un abrigo de marta de color negro; él se fijó en que sus zapatos estaban aún más empapados que los suyos. La señora le dio las gracias y Georgie le preguntó si pensaba lanzarse al asalto de los mostradores.

—Esa era mi intención —respondió ella—, pero he cambiado de idea. Tengo los pies mojados y el terrible presentimiento de que me estoy acatarrando.

—A mí me pasa lo mismo —comentó él—. Vayámonos a algún sitio tranquilo a tomar una copa.

—Pero yo no puedo hacer eso —dijo ella.

—¿Por qué no? —preguntó Georgie—. ¿Estamos en fiestas, no es cierto?

Aquella frase logró que la tarde pareciera menos oscura. Quería ser un llamamiento a la alegría. Tal era el sentido de los cánticos y de las luces.

—No lo había enfocado nunca de esa manera —dijo ella.

—Vamos —insistió Georgie.

La cogió del brazo y caminaron por la avenida hasta encontrar un bar tranquilo. Georgie encargó las bebidas y empezó a estornudar.

—Lo que usted necesita es un baño caliente y meterse en la cama —dijo ella.

Su interés parecía puramente maternal. Georgie procedió a presentarse. Ella se llamaba Betty Landers. Su marido era médico. Tenía una hija casada y un hijo que terminaba ese año sus estudios en Cornell. Pasaba sola la mayor parte del tiempo, pero recientemente había empezado a pintar. Iba tres veces por semana a la Art Students League, y tenía un estudio en el Village. Se tomaron tres o cuatro copas y luego fueron en taxi a verlo.

El apartamento de Betty no respondía a la idea que Georgie tenía de un estudio. Tenía dos habitaciones, se hallaba en un edificio nuevo cerca de Washington Square, y parecía más bien un pisito de soltera. Betty fue mostrándole sus tesoros; así era como ella los llamaba. El escritorio comprado en Inglaterra, la silla, que adquirió en Francia, la litografía firmada por Matisse. Tenía el cabello y las cejas oscuros, y un rostro de facciones delicadas; podría haber sido una chica soltera. Betty le preparó un whisky, y cuando Georgie le pidió que le enseñara sus cuadros, ella rehusó modestamente, aunque más tarde tuvo ocasión de verlos, amontonados en el cuarto de baño, junto con el caballete y otros utensilios, cuidadosamente ordenados. Nunca llegó a entender por qué llegaron a ser amantes, por qué en presencia de aquella desconocida se encontró de repente libre de todas las inhibiciones y capaz de desprenderse de toda su ropa. Betty no era joven. Tenía ligeras rugosidades en los codos y en las rodillas, como si fuese una prima lejana de Dafne, dispuesta a transformarse en seguida no en arbusto florecido, sino en un árbol tan recio como ordinario.

A partir de entonces se vieron dos o tres veces por semana. Aparte de que vivía en Park Avenue y de que se quedaba sola con frecuencia, Georgie nunca llegó a saber mucho más acerca de Betty. Ella se interesaba por su vestuario y lo mantenía informado sobre las rebajas en los grandes almacenes. Era uno de sus temas predilectos de conversación. Sentada sobre sus rodillas, le decía que había un saldo de corbatas en Saks, o de zapatos en Brooks, o de camisas en Altman's. Jill estaba tan ocupada durante aquel tiempo con su campaña sobre la autopista que apenas se fijaba en sus entradas y salidas; pero una noche, sentado en la sala de estar mientras su mujer telefoneaba desde el piso de arriba, Georgie comprendió que se había comportado de una manera indigna. Decidió que ya era hora de terminar aquella aventura, comenzada en una tarde oscura, antes de Navidad. Cogió una cuartilla y escribió: «Cariño, salgo esta noche para San Francisco y pasaré fuera seis semanas. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que, sin duda, será mejor no volver a vernos». Rehízo la carta, cambiando San Francisco por Roma, y puso las señas del estudio de Betty en el Village.

Jill seguía haciendo llamadas telefónicas cuando Georgie llegó a casa al día siguiente. Matilde, la estudiante de bachillerato, estaba leyéndole un libro a Bibber.

Georgie habló con su hijo y después bajó a la antecocina para prepararse una copa. Mientras estaba allí oyó los tacones de Jill en la escalera. Su sonido era apresurado y tenía algo de vengativo; cuando entró, su rostro estaba pálido y desencajado. Sus manos temblaban, y en una de ellas sostenía la primera de las dos cartas escritas por Georgie.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En la papelera.

—Entonces te lo explicaré —dijo Georgie—. Siéntate, por favor. Siéntate un minuto y te lo contaré todo.

—¿Tengo que sentarme? Estoy terriblemente ocupada.

—No, no tienes que hacerlo, pero ¿te importaría cerrar la puerta? Matilde puede oírnos.

—No creo que nada de lo que tengas que decir exija cerrar la puerta.

—No tengo que decirte más que esto —dijo Georgie, cerrándola él—: Desde diciembre, justo antes de Navidad, mantengo una relación con otra mujer, una persona que está muy sola. No sabría explicarte mi elección. Quizá fuera porque Betty tiene un apartamento propio. No es ni joven ni guapa. Sus hijos ya son mayores. Su marido es médico. Viven en Park Avenue.

—¡Dios mío! —dijo Jill—. ¡Park Avenue! —y se echó a reír—. Me encanta ese detalle. Tendría que haberme figurado que si inventabas una amante viviría en Park Avenue. Siempre has sido muy ingenuo.

—¿Crees que me lo he inventado?

—Sí, creo que te has sacado todo eso de la manga para herirme. Nunca has tenido mucha imaginación. Quizá te saldría mejor si hubieses leído algo de Thackeray. De verdad. Una señora de Park Avenue. ¿No podrías haber inventado una historia más sugestiva? Una estudiante de Vassar en el último año de universidad, con una deslumbrante cabellera roja, por ejemplo. O una cantante de color que trabajara en un night club. O una princesa italiana...

—¿Crees de verdad que me lo he inventado todo?

—Claro que sí, claro que sí. No me cabe duda de que se trata de un cuento, y aburrido por añadidura, pero, anda, cuéntame más cosas de tu señora de Park Avenue.

—No tengo nada más que decirte.

—No tienes nada más que decirme porque tu capacidad de invención se ha venido abajo. Mi consejo, amiguito, es que no vuelvas a embarcarte en algo que exija una buena imaginación. No es ese tu punto fuerte.

—No me crees.

—Y aunque te creyera no estaría celosa. Las mujeres como yo no están nunca celosas. Tenemos otras cosas más importantes que hacer.

En ese punto de sus relaciones matrimoniales, la campaña de Jill en el asunto de la autopista sirvió a manera de puente colgante sobre el que podían trasladarse, verse, charlar y comer juntos a una conveniente altura por encima de sus encrespados sentimientos. Jill se esforzaba por llevar el asunto a los tribunales de justicia, e iba a presentarse ante la junta municipal con las peticiones y los documentos que probarían la gravedad del problema y el número de partidarios influyentes que había logrado reunir. Desgraciadamente, Bibber cayó enfermo con un catarro muy fuerte, y era difícil encontrar a alguien que se quedara con él. De vez en cuando, la señora Haney podía pasar algún rato junto a su cama y por las tardes Matilde seguía leyéndole. Si era necesario que Jill fuese a Albany, Georgie se quedaba en casa durante un día para que pudiera hacer el viaje. También se quedó en otra ocasión cuando su mujer tuvo una entrevista importante y la señora Haney estaba ocupada. Jill le agradecía aquellos sacrificios, y Georgie admiraba sinceramente su inteligencia y su tenacidad. Era muy superior a él como abogada y como organizadora. Se presentaría ante la comisión municipal un viernes, y a Georgie le gustaba imaginar que la batalla estaba ya en gran parte ganada. Aquel viernes volvió a casa hacia las seis.

—¿Jill? ¿Matilde? ¿Señora Haney? —llamó, sin recibir respuesta.

Tiró el sombrero y el abrigo, y subió corriendo a la habitación de Bibber. Había una luz encendida, pero el niño estaba solo y parecía dormido. Prendida en su almohada, Georgie encontró esta nota:

Querida señora Madison: mis tíos han venido a vernos y tengo que ir a casa a ayudar a mi madre. Bibber está dormido, así que no notará la diferencia. Lo siento. Matilde.

En la almohada, junto a la nota, había una oscura mancha de sangre. Georgie tocó suavemente la frente del niño y sintió el calor abrasador de la fiebre. Entonces intentó despertarlo, pero Bibber no estaba dormido, sino inconsciente.

Su padre le humedeció los labios con agua, y el niño recuperó el conocimiento el tiempo suficiente para abrazarse a él. La angustia de ver cómo una grave enfermedad se abatía sobre alguien tan débil y tan inocente hizo que Georgie se echara a llorar. Había una enorme cantidad de amor en aquella pequeña habitación, y tuvo que moderar sus sentimientos para no hacer daño al niño con la fuerza de su abrazo. Permanecieron un rato estrechamente unidos; luego Georgie llamó al médico. Lo telefoneó diez veces y todas ellas recibió la estúpida y descorazonadora señal de comunicar. En vista de ello, llamó al hospital y pidió una ambulancia. Envolvió al niño en una manta y bajó con él la escalera, sintiéndose agradecido por poder hacer algo. La ambulancia se presentó a los pocos minutos.

Jill se había retrasado tomando una copa con uno de sus ayudantes, y llegó media hora después.

—¡Salve a la heroína triunfante! —exclamó al entrar en la casa desierta—. Tendremos nuestro juicio, y a esos despreciables bribones no les llega la camisa al cuerpo. Hasta Felici parecía conmovido por mi elocuencia, y Carter dijo que mi vocación era la abogacía. No he podido hacerlo mejor.

TELEGRAMA INTERNACIONAL RESPUESTA PAGADA. FLORENCIA VIA RCA
22 23 9:35 AMELIA FAXON CHIDCHESTER AMERICAN EXPRESS: BIBBER
MURIÓ DE PULMONÍA EL JUEVES. PUEDES VOLVER O PREFIERES QUE VAYA
YO. ABRAZOS JILL.

Amelia Faxon Chidchester estaba viviendo con su vieja amiga Laisa Trefaldi, en Fiesole. Bajó en bicicleta a Florencia en la tarde del día 23 de enero. Su bicicleta era una vieja Dutheil, de sillín alto, que la situaba un poco por encima de los automóviles pequeños. Atravesó imperturbable una de las zonas del mundo donde el tráfico es más endemoniado. Su vida se veía amenazada a cada momento por una Vespa o por un tranvía, pero ella no cedía ante nadie, y la expresión de su rubicunda faz era serena. Desde su elevada posición, moviéndose con el ritmo sonámbulo de los ciclistas, sonriendo amablemente a la muerte que la amenazaba en cada cruce, Amelia resultaba casi sobrehumana, y es posible que también ella lo creyera así. Su sonrisa era dulce, impenetrable y decidida, y daba la impresión de que en el caso de salir despedida de la bicicleta, mientras viajara por el aire, su rostro conservaría toda su serenidad. Pedaleó para atravesar un puente, se apeó con gran donaire y anduvo a lo largo del río hasta la oficina de American Express. Al llegar allí saludó a voz en grito en italiano, ansiosa de distinguirse de los cowboys sin caballo, y sobre todo de los de su misma especie, de los verdaderos náufragos que nadie necesita, de los que se mueven como hojas caídas en las orillas del mundo, y se reúnen tan solo el tiempo necesario para esperar en fila y ver si ha llegado alguna carta. La oficina estaba abarrotada de gente y leyó el trágico telegrama en medio de aquella multitud. Nadie podría haber deducido su contenido analizando su expresión. Amelia suspiró profundamente y alzó la cabeza. El gesto pareció ennoblecerla. Redactó la respuesta inmediatamente:

NON POSSO TORNARE TANTI BACI FERVIDI. MELEE.

Queridísima —escribió aquella noche—: tus trágicas noticias me han afectado profundamente. Tengo que dar gracias a Dios por no haberlo conocido mejor, pero mi experiencia en estas materias es bastante amplia, y he llegado a un momento de la vida en el que no me gusta detenerme a considerar el problema de la muerte. Ni una sola calle, ni un solo edificio o un solo cuadro de los que veo aquí dejan de recordarme a Berenson, a mi querido Berenson. La última vez que lo vi, me senté a sus pies, y le pregunté, de todos los cuadros del mundo, a cuál querría que lo transportara una alfombra mágica, si la tuviera. Sin dudarle un instante eligió la Madonna de Rafael, en el Ermitage de Leningrado. No me es posible regresar. La verdad ha de imponerse, y la verdad es que no me gustan mis compatriotas. En cuanto a venir tú, estoy ahora con mi querida Louisa y, como bien sabes, para ella dos personas forman un grupo perfecto; tres, constituyen ya una multitud. Quizá en otoño, cuando tu pérdida no te resulte tan penosa, podamos vernos en París unos

cuantos días y volver a visitar algunos de nuestros sitios preferidos.

Georgie quedó destrozado por la muerte de su hijo. Culpó a Jill, acusándola de ser cruel y poco razonable, y, por lo que parece, al final resultó que él podía ser ambas cosas. A petición suya, Jill fue a Reno y consiguió el divorcio. Georgie lo había arreglado todo para que pareciese un castigo. Después Jill fue contratada por una editorial de libros de texto de Cleveland. Su inteligencia y su encanto personal hallaron eco inmediatamente y tuvo mucho éxito, pero no volvió a casarse, o por lo menos no lo había hecho la última vez que tuve noticias suyas. De Georgie es de quien he sabido más recientemente: me telefoneó una noche y dijo que *teníamos* que almorzar juntos. Eran las once, poco más o menos. Creo que estaba borracho. Tampoco él había vuelto a casarse, y por la amargura con la que hablaba de las mujeres, supongo que no lo hará. Me habló del trabajo de Jill en Cleveland y dijo que la señora Chidchester recorría Escocia en bicicleta. Pensé entonces que era inferior a Jill, mucho menos maduro. Al prometerle que lo llamaría para almorzar juntos, me dio el número de teléfono del astillero, con su correspondiente extensión, el teléfono de su apartamento, el de una casa de campo que tenía en Connecticut y el del club donde almorzaba y jugaba a las cartas. Los apunté todos en un trozo de papel, y cuando nos despedimos lo tiré a la papelera.

METAMORFOSIS

I

La figura de Larry Actaeon se adecuaba a patrones clásicos: pelo rizado, nariz triangular y un cuerpo grande y flexible, y poseía lo que podríamos denominar un interés por la innovación semejante al de Pericles. Diseñó su propio velero (escoraba un poquito a babor), se presentó candidato al puesto de alcalde (fue derrotado), cruzó una perra loba finlandesa con un pastor alemán (el Kennel Club Americano se negó a registrar la nueva raza), y organizó una cruzada moral en Bullet Park, donde vivía con su encantadora mujer y sus tres hijos. Era socio de la firma bancaria y de inversiones Lothard y Williams, donde lo apreciaban por su carácter exuberante y sagaz.

La firma Lothard y Williams, aunque muy conservadora y con una incomparable reputación de probidad, no era convencional en un aspecto. Uno de los socios era una mujer: una viuda, la señora Vuiton. Su marido había sido el socio mayoritario, y a su muerte propusieron a la viuda que se incorporase a la empresa. En su favor hablaban su inteligencia, su belleza y el hecho de que, si hubiese retirado las acciones de su esposo, la sociedad se habría resentido. Lothard, el más conservador de todos, apoyó su candidatura y la señora Vuiton fue admitida. Su formidable intelecto se veía realzado por su imponente e inmaculada belleza. Era una mujer despampanante, de unos treinta y cinco años, y aportó a la empresa algo más que un paquete de acciones. Larry no le tenía antipatía —no se atrevía—, pero en todo caso le incomodaba que su atractiva apariencia y su voz musical resultaran más eficaces en el negocio bancario que su propio talante expansivo y perspicaz.

Los socios de Lothard y Williams, siete en total, tenían sus despachos privados en torno a las oficinas centrales del señor Lothard. Los despachos contaban con los consabidos accesorios anticuados: escritorios de nogal, retratos de socios fallecidos, paredes oscuras y alfombras. Los seis socios varones usaban leontinas, alfileres de corbata y sombreros de copa. Larry estaba sentado una tarde en aquella atmósfera de calculada penumbra, sopesando los problemas de una emisión de obligaciones a largo plazo lanzada por la casa y que se vendía muy despacio, y de repente le cruzó por la cabeza la idea de endosar toda la emisión a un cliente del fondo de pensiones. Ganado por el entusiasmo y su exuberante carácter, atravesó a zancadas la antesala del despacho de Lothard y abrió impetuosamente la puerta interior. Allí estaba la señora Vuiton, sin más ropa encima que un simple collar. Lothard se hallaba a su lado, con un reloj de pulsera en la muñeca. «¡Oh, lo siento muchísimo!», exclamó

Larry; cerró la puerta y volvió a su escritorio.

Grabada en su memoria, la imagen de la señora Vuiton parecía arderle dentro. Había visto millares de mujeres desnudas, pero jamás una tan espléndida. Su piel poseía una luminosa y una nacarada blancura que no podría olvidar. El patetismo y la hermosura de la mujer desnuda se afincó en sus recuerdos como un compás musical. Había observado algo que no debería haber visto, y la viuda le había dirigido una mirada malvada e impía. No lograba suprimir o disipar racionalmente la impresión de que su metedura de pata era desastrosa; de que había incurrido en un delito que exigiría compensación y venganza. El puro entusiasmo lo había incitado a abrir la puerta sin llamar; el puro entusiasmo era, a su entender, un impulso irreprochable. ¿Por qué tenía que sentirse amenazado por la inquietud, la desventura, el desastre? La naturaleza humana es concupiscente; lo mismo estaría sucediendo en miles de oficinas. Se dijo a sí mismo que lo que había visto no era extraordinario. Pero sí resultaba excepcional la blancura de la piel o la intensa y sosegada mirada fija de la señora Vuiton. Se repitió que no había hecho nada malo, pero sobre todas sus reflexiones acerca del bien y del mal, los méritos y las recompensas, prevalecía la obstinada y dolorosa naturaleza de las cosas, y sabía que había visto algo que él no estaba destinado a ver.

Dictó algunas cartas y atendió al teléfono cuando llamaron, pero no hizo nada que valiese la pena durante el resto de la tarde. Empleó algún tiempo en intentar deshacerse de la camada que había parido su perra loba finlandesa. El zoo del Bronx no estaba interesado. El Kennel Club le dijo que no había creado una nueva raza, sino producido una monstruosidad. Alguien le había informado de que los perros fieros custodiaban joyerías, grandes almacenes y museos, y telefoneó a los departamentos de seguridad de un par de comercios importantes y del Museo de Arte Moderno, pero todos ellos tenían ya perros. Pasó las últimas horas de oficina asomado a la ventana, sumándose al vasto número de los torpes y los aburridos —el barbero que está mano sobre mano, el empleado de la tienda de antigüedades en la que nunca entra nadie, el agente de seguros desocupado, el camiserero arruinado—, a todos esos millares de personas que contemplan desde las ventanas de la ciudad cómo transcurre la tarde. Una imprecisa condena parecía amenazar su bienestar, y no lograba recuperar su dinamismo, su sentido común.

A las siete tenía una cena de negocios con directores de empresa en el East Side. Había llevado a la ciudad en una caja un traje para la cena, y su anfitrión lo había invitado a bañarse y a cambiarse en su casa. Abandonó la oficina a las cinco; para matar el tiempo y, si era posible, animarse un poco, recorrió a pie los tres o cuatro kilómetros que lo separaban de la calle Cincuenta y Siete. A pesar de todo, llegó con tiempo de sobra, y entró en un bar a tomar una copa. Era uno de esos establecimientos frecuentados por las mujeres solteras del barrio, que son recibidas con los brazos abiertos; después de haber trasegado jerez durante la mayor parte de la jornada, se reúnen para cumplir el rito del cóctel. Una de ellas tenía un perro. En

cuanto Larry entró en el local, el animal, un perro salchicha, le saltó encima. La correa estaba atada a la pata de una mesa, y se lanzó hacia Larry tan vigorosamente que arrastró la mesa unos centímetros y volcó varios vasos. No alcanzó a su presa, pero se produjo un gran tumulto y Larry se dirigió al extremo del bar más alejado de las mujeres. El perro estaba excitado, y su áspero, penetrante ladrido llenó todo el bar.

—¿En qué estás pensando, *Humo*? —le preguntó su dueña—. ¿En qué demonios estarás pensando? ¿Qué le ha pasado a mi perrito? Este no es mi pequeño *Humo*. Debe de ser otro animalito...

El perro salchicha siguió ladrando a Larry.

—¿No le cae bien a los perros? —le preguntó el camarero.

—Crío perros —respondió Larry—. Me llevo muy bien con ellos.

—Es curioso —repuso el camarero—, pero es la primera vez que oigo ladrar a ese bicho. La dueña viene todas las tardes, siete días a la semana, y el perro siempre viene con ella, pero es la primera vez que lo oigo chistar. Quizá no le importe tomar su consumición en el comedor.

—¿Quiere decir que estoy molestando a *Humo*?

—Verá, ella es una clienta asidua. A usted no lo he visto nunca.

—Muy bien —dijo Larry, con la mayor pesadumbre que logró imprimir a su asentimiento.

Cruzó una puerta con su copa en la mano, entró en el comedor vacío y se sentó a una mesa. El perro dejó de ladrar en cuanto dejó de verlo. Terminó la bebida y miró alrededor buscando otra salida para irse del bar, pero no encontró ninguna. *Humo* volvió a abalanzarse sobre él cuando atravesó el local, y todo el mundo se alegró de que se marchara un alborotador semejante.

Había estado muchas veces en la casa de apartamentos donde lo esperaban, pero había olvidado la dirección. Había confiado en reconocer la entrada y el vestíbulo, pero apenas puso el pie en el interior comprobó que aquellos sitios eran todos iguales. El suelo era blanco y negro y había una falsa chimenea, dos sillas inglesas y un cuadro de paisaje. Todo ello le resultaba familiar, pero comprendió que podía tratarse de uno más entre docenas de vestíbulos, y preguntó al ascensorista si allí vivía el señor Fullmer. El hombre dijo que sí, y Larry entró en el ascensor, pero en lugar de subir al décimo piso, donde vivían los Fullmer, bajó hacia las plantas inferiores. Lo primero que se le ocurrió a Larry fue que tal vez los Fullmer estuvieran pintando su entrada y que, debido a esta inconveniencia o a otro imprevisto cualquiera, esperaban que usase el ascensor de servicio. El ascensorista abrió la puerta ante una especie de región infernal repleta de cubos de basura colmados, cochecitos de niño rotos y cañerías cubiertas de revestimiento de amianto agujereado.

—Vaya por aquella puerta y coja el otro ascensor —dijo el hombre.

—Pero ¿por qué tengo que coger el ascensor de servicio? —preguntó Larry.

—Normas del edificio.

—No entiendo.

—Escuche —dijo el hombre—, no discuta conmigo. Límitese a hacer lo que le digo. Ustedes, los repartidores, siempre quieren entrar por la puerta principal como si fueran los dueños. Pues mire, en este inmueble eso no está permitido. La administración dice que todos los repartos deben hacerse por la puerta de servicio, y la administración es la que manda.

—No soy un repartidor. Soy un invitado.

—¿Qué hay en esa caja?

—Esta caja contiene mi traje para esta noche —respondió Larry—. Ahora haga el favor de subirme al décimo piso, a casa de los Fullmer.

—Discúlpeme, señor, pero *parece* un repartidor.

—Soy banquero —dijo Larry—, y voy a asistir a una reunión de directores donde se va a discutir la suscripción de una emisión de obligaciones por valor de cuarenta y cuatro millones de dólares. Tengo novecientos mil dólares. Soy propietario de una casa de veintidós habitaciones en Bullet Park, de una perrera particular y dos caballos de carreras, y tengo tres hijos en una universidad privada, un velero de siete metros y cinco coches.

—Dios santo —exclamó el hombre.

Después de haberse dado un baño, Larry se miró al espejo para ver si podía advertir algún cambio en su apariencia, pero su cara le resultaba demasiado familiar al contemplarla; se la había lavado y afeitado demasiadas veces para que aún le guardara algún secreto. Tras la cena y la reunión, tomó un whisky con los demás invitados. Permaneció silencioso de una forma que no hubiese acertado a definir, perturbado por haber sido confundido con un repartidor. Con intención de liberarse un poco de aquella sensación incómoda, se dirigió al hombre que tenía al lado:

—¿Sabe?, al subir en el ascensor esta noche me han tomado por un repartidor.

Su confidente no lo oyó, no lo entendió, o bien acogió con indiferencia el comentario. Rio ruidosamente una frase que alguien había pronunciado al otro lado de la habitación y Larry, que estaba acostumbrado a que le prestaran atención, sintió que había sufrido una nueva derrota.

Cogió un taxi hasta la estación Grand Central y volvió a casa en uno de esos trenes de cercanías que parecen el reducto de los espiritualmente descarriados, los borrachos y los perdidos. El revisor era un hombre corpulento de cara rosada y llevaba una rosa fresca en el ojal. Intercambiaba algunas palabras con la mayoría de los pasajeros.

—¿Trabaja en el mismo sitio que antes? —le preguntó a Larry.

—Sí.

—Sirve cerveza en Jorktown, ¿no es eso?

—No —respondió Larry, y se tocó la cara con las manos para ver si podía palpar las marcas, las arrugas y otros cambios que podrían haberse producido en su rostro desde hacía unas horas.

—Trabaja en un restaurante, ¿no?

—No —repitió Larry, con calma.

—Es curioso —dijo el revisor—. Cuando lo he visto tan de tiros largos he pensado que era usted camarero.

Se apeó del tren a la una de la mañana. La estación y la parada de taxis estaban cerradas, y solo quedaban unos cuantos coches en el aparcamiento. Al encender los faros del pequeño vehículo europeo que usaba para desplazarse a la estación, vio que daban una luz muy tenue, y en el momento de dar el contacto fueron extinguiéndose hasta desvanecerse por completo a cada revolución del motor. Al cabo de unos minutos la batería exhaló su último suspiro. Hasta su casa había poco más de un kilómetro, y en realidad no le importaba el paseo. Echó a andar enérgicamente por las calles desiertas y abrió la verja que daba al sendero de entrada. Estaba volviendo a cerrarla cuando oyó el ruido de carreras y jadeos y vio que los perros estaban sueltos.

El miedo despertó a su mujer, que, creyendo que ya había vuelto a casa, empezó a gritar pidiéndole ayuda: «¡Larry! ¡Larry, los perros están sueltos! ¡Los perros están sueltos! Ven rápido, por favor, Larry, ¡los perros están sueltos y creo que atacan a alguien!». Él oyó a su mujer gritando mientras caía, y vio las luces amarillas que iluminaban las ventanas, pero fue lo último que vio.

II

Orville Betman pasó los tres meses de verano solo en Nueva York, como había hecho desde que se casó. Tenía un amplio apartamento, una buena ama de llaves y un montón de amigos; pero no tenía esposa. Ahora bien, ciertos hombres tienen una disposición sexual tan vigorosa, indistinta y exigente como un aparato digestivo, y enriquecer tales impulsos iluminándolos con las luces cruzadas de la agonía romántica sería tan trágico como inventar rituales y música para estimular las funciones del sistema respiratorio. Estos hombres, cuando están comiendo un pedazo de pastel, no se consideran comprometidos por un contrato sagrado; del mismo modo, tampoco se sienten vinculados por el acto del amor. Betman no era así. Amaba a su mujer y no amaba a ninguna otra mujer en el mundo. Amaba la voz de su esposa, sus gustos, su cara, su presencia y su recuerdo. Era bien parecido, y cuando estaba solo lo perseguían otras mujeres. Le pedían que subiera a sus casas, trataban de invadir su apartamento, lo acosaban en pasillos y senderos de jardín, y en una ocasión una de ellas, en la playa de East Hampton, lo despojó del bañador, pero a pesar de estas molestias, sentía amor solo por Victoria. Betman era cantante. Su voz no se distinguía por su belleza ni por sus registros, sino por su persuasión. A comienzos de su carrera dio un recital de música del siglo XVIII y los críticos lo desollaron vivo. Logró entrar

en la televisión y durante un tiempo dobló voces para dibujos animados. Luego, por azar, alguien le pidió que hiciera un anuncio de cigarrillos. Eran cuatro líneas. El resultado fue explosivo. Las ventas de esa marca se dispararon hasta alcanzar un ochocientos por ciento, y con ese solo anuncio redondeó, a base de porcentajes, más de cincuenta mil dólares. El elemento de persuasión en su voz no se podía analizar ni imitar, pero el efecto era infalible.

Vio a su esposa por primera vez una noche lluviosa, en un autobús de la Quinta Avenida. Por entonces, ella era una muchacha rubia y esbelta, y nada más verla sintió por ella una singular atracción o pasión que nunca había experimentado y que jamás volvería a sentir. La intensidad de este sentimiento lo impulsó a seguirla cuando ella descendió del autobús, en algún punto de la parte superior de la Quinta Avenida. Padeció lo que cualquier amante que, impelido por un corazón puro e impetuoso, sabe bien que sus atenciones, sean las que sean, van a ser tomadas como una agresión, a menudo de carácter indignante. Ella se dirigió a la puerta de un bloque de apartamentos y titubeó un momento bajo un toldo lo suficientemente largo para permitirle sacudir las gotas de lluvia de su paraguas.

—Señorita —dijo.

—¿Sí?

—¿Podría hablar un minuto con usted?

—¿De qué?

—Me llamo Orville Betman —dijo—. Hago anuncios de televisión. Quizá me haya oído alguna vez. Yo...

La atención de la muchacha se repartió entre el desconocido y el vestíbulo iluminado, y entonces él cantó, con voz auténtica, dulce y varonil, un anuncio que había grabado aquella tarde:

Gream se lleva hasta lo que ya se ha ido
cuando lava un plato.

Su voz la conmovió igual que a todo el mundo, pero de una manera indirecta.

—Yo no veo la televisión —dijo—. ¿Qué quiere?

—Quiero casarme con usted.

Ella se rio y se encaminó hacia el vestíbulo y el ascensor. Por cinco dólares, el portero le informó del nombre y otros datos de la chica. Se llamaba Victoria Heartherstone y vivía con su padre inválido en el 14-B. En una sola mañana, el servicio de investigación del canal de televisión en que él trabajaba le comunicó que se había graduado en Vassar esa primavera y que trabajaba gratuitamente en un hospital del East Side. Una de las secretarias auxiliares de rodaje había estudiado con ella y conocía íntimamente a su compañera de habitación. Pocos días después, Betman consiguió asistir a una fiesta donde la encontró, y la invitó a cenar. Su instinto había sido certero al examinarla por primera vez en el autobús. Era la mujer que la vida le había destinado; era su destino. Ella resistió su cortejo durante una o

dos semanas, y luego sucumbió. Pero había un problema. Su anciano padre —un erudito especialista en Trollope— era, en efecto, un inválido, y ella creía que si lo abandonaba, el buen hombre moriría. Aunque eso significase limitar su propia vida, no podía cargar sobre su conciencia el peso de su muerte. Se suponía que él iba a morir pronto, y ella se casaría con Betman en cuanto ocurriese; a fin de expresar la autenticidad de su promesa, fue su amante. Betman vio su felicidad acrecentada. Pero el anciano no falleció.

Betman quería casarse; quería que su unión fuese bendecida, festejada y proclamada. No le satisfacía que Victoria fuese a su apartamento dos o tres veces por semana. Entonces el anciano sufrió un ataque y el médico lo apremió a abandonar Nueva York. Se trasladó a una casa de su propiedad en Albany, y de este modo su hija quedó libre, libre por lo menos nueve meses al año. Se casó con Betman y fueron muy felices juntos, aun cuando no tuvieron hijos. Sin embargo, el primero de junio ella se marchó a una isla en el lago St. Francis, donde el moribundo pasaba el verano, y no volvió junto a su marido hasta septiembre. El padre seguía creyendo que su hija era soltera, y en consecuencia Betman no podía visitarla. Le escribía tres veces por semana a un apartado de correos y ella respondía con menos frecuencia, puesto que, como ella misma explicaba, solo podía hablarle de la presión, la temperatura, la digestión y los sudores nocturnos del enfermo. Siempre parecía estar agonizante. Como Betman no conocía ni la isla ni a su suegro, el lugar fue adquiriendo para él proporciones de leyenda, y los tres meses que pasaba solo al año eran una tortura.

Se despertó la mañana de un domingo estival sintiendo tal amor por su mujer que gritó su nombre: «¡Victoria! ¡Victoria!». Fue a la iglesia, después del almuerzo dio al ama de llaves la tarde libre y a última hora salió a dar un paseo. Hacía un calor inhumano, y la alta temperatura parecía acercar más la ciudad al corazón del tiempo; el olor del tórrido pavimento parecía pertenecer a la historia. Por la ventanilla abierta de un automóvil se oyó a sí mismo, cantando una canción de un anuncio de una mantequilla de cacahuete. El tráfico era denso por la calle del East River, y aquel rumor respiratorio y melancólico llegaba hasta el lugar de su paseo. El tráfico sería intenso en todos los accesos a la ciudad, y la idea de todas aquellas filas de automóviles a última hora del domingo le dio la sensación de que el día se adecuaba a un cierto guión rígido, parte del cual era el tráfico; parte, la luz dorada que se derramaba sobre las calles paralelas de la ciudad; parte, el distante rumor del trueno, como si una hoja se hubiese desgajado de la masa total del sonido, y parte, en fin, el insoportable invierno espiritual de los meses de soledad. Le abrumaba la necesidad de su único amor. Cogió el coche y enfiló hacia el norte poco después de oscurecer.

Pasó la noche en Albany y llegó a la ciudad del lago St. Francis a mitad de la mañana siguiente. Era una pequeña y agradable ciudad de veraneo, ni próspera ni muerta. Preguntó en el puesto de embarcaciones de alquiler cómo podía llegar a Temple Island.

—Ella viene una vez por semana —dijo el encargado—. Viene a buscar comida y

medicinas, pero no creo que venga hoy.

Señaló al decirlo más allá del agua, donde estaba la isla, a unos dos kilómetros de distancia. Batman alquiló un fueraborda y emprendió la travesía del lago. Rodeó la isla y encontró un desembarcadero en una cala, y allí amarró el bote. La casa que se alzaba en lo alto era una absurda y anticuada mansión campestre, fácilmente inflamable, negra de creosota y decorada con espantosas extravagancias medievales. Tenía una torre redonda de piedra y un parapeto de madera que no hubiera aguantado el impacto de un proyectil del 22. Altos abetos circundaban el castillo de madera y lo envolvían en la oscuridad. Estaba tan oscuro en aquella mañana radiante que en casi todas las habitaciones había alguna luz encendida.

Cruzó el pórtico y, a través de un panel de cristal en la entrada, vio un largo pasillo que desembocaba en una escalera con pilastras. Venus se erguía sobre una de ellas, una estatua de bronce deslustrada. En una mano sostenía un candelabro con dos velas eléctricas que oponían su luz a las penumbras de los abetos. No había en su postura el menor recato, y el hecho de que tuviese las piernas separadas le confería un aspecto indefenso y algo patético, como a veces sucede con Venus. Sobre la otra pilastra se veía a Hermes; Hermes en vuelo. Él también portaba un par de velas encendidas. Alfombrada en un tono verde oscuro, la escalera llevaba hasta una vidriera. El resplandor del cristal, incluso en la penumbra, era asombrosamente intenso y disonante. Tocó el timbre y una sirvienta de edad bajó los escalones con una mano apoyada en la barandilla. Cojeaba. Se acercó a la puerta y, al mirarlo a través del panel de cristal, se limitó a mover la cabeza.

Él abrió la puerta; se abrió sin esfuerzo.

—Soy el señor Batman —dijo suavemente—. Quisiera ver a mi mujer.

—No puede verla ahora. Nadie puede hacerlo. Está con él.

—Necesito verla.

—Imposible. Váyase, por favor. Váyase.

Expresó esta súplica con voz asustada.

Más allá de los abetos divisó el lago, liso como un espejo, pero el viento producía entre los árboles un rumor tan parecido al del mar que aun con los ojos vendados hubiera adivinado que la casa se alzaba sobre un promontorio. Entonces pensó o presintió que había llegado el instante en que la muerte penetra en el territorio del amor. No se trataba de los desnudos hechos de la vida, sino de sus antiguas e invisibles tormentas, que lo conmovieron como el peso del agua. Entonces, cantó:

Dondequiera que vayas,
frescos vendavales abanicarán el claro del bosque;
los árboles donde te posas
se arracimarán en una sola sombra.

Demasiado cortés quizá para interrumpirlo, o acaso enternecida por la música de Haendel y la letra, la sirvienta no dijo nada. Él oyó una puerta que se cerraba arriba y

pisadas sobre la alfombra. Victoria dejó atrás apresuradamente la fea y resplandeciente ventana y bajó a donde Betman la aguardaba. Para él no había en el mundo nada más dulce que un beso de Victoria.

—Vuelve ahora conmigo —dijo él.

—No puedo, cariño, no puedo. Se está muriendo.

—¿Cuántas veces has pensado lo mismo?

—Oh, ya lo sé, pero ahora se muere.

—Ven conmigo.

—No puedo. Está agonizando.

—Ven.

La tomó de la mano y, cruzando el umbral de la puerta, la llevó a través del punzante y traicionero tapiz de agujas de pino hasta el desembarcadero de abajo. Atravesaron el lago sin decir palabra, pero con tan sombríos sentimientos que el aire, la hora y la luz les parecieron sólidos. Él pagó el alquiler de la embarcación, abrió a su mujer la puerta del coche y emprendieron viaje rumbo al sur. No la miró hasta que estuvieron en la autopista, y entonces se volvió para disfrutar de su frescura y su resplandor. Como la amaba tanto, sus brazos blancos, el color de su pelo y su sonrisa lo distrajeron. Se salió de su carril, se metió en el contrario, y el automóvil fue hecho añicos por un camión.

Victoria murió, por supuesto. Él pasó ocho meses hospitalizado, pero cuando fue capaz de andar de nuevo, descubrió que no había perdido la persuasión de su voz. Todavía canta tonadillas encomiando las virtudes de barnices para muebles, lejías y aspiradoras. Siempre canta sobre cosas baladíes, nunca sobre la universalidad del sufrimiento amoroso, pero miles de hombres y mujeres acuden a las tiendas como si lo hiciera, como si en realidad fuera ese el tema de sus canciones.

III

Mirar cómo la señora Peranger hacía su entrada en el club era un poco como decidir los equipos para un juego de balón en un solar: algo excitante. Cuando se dirigía hacia el comedor dedicaba a la señora Bebe, que había trabajado con ella en el comité del hospital, una sonrisa fugaz y distraída. Negaba el saludo a la señora Binger, que le hacía señas con la mano y la llamaba en voz alta. Besaba ligeramente en ambas mejillas a la señora Evans, pero parecía olvidarse de la pobre señora Budd, en cuya casa cenaba en ocasiones. Asimismo parecía haber olvidado a los Wright, los Huggins, los Frame, los Logan y los Halstead. Mujer de cabellos blancos, hermosamente vestida, esgrimía el poder de la grosería con tanta pericia que nunca la

sorprendían en posición desairada, y cuando la gente comentaba cómo lo conseguía, ello solo acrecentaba su ventaja. Había sido una belleza, y en los años veinte la retrató el pintor Paxton. Había posado delante de un espejo. La pared era luminosa, una imitación de Vermeer y, al igual que en este maestro, la luz figuraba en el cuadro sin que se viese su origen. Los objetos eran los de siempre: una jarra rojiza, la silla dorada y, en un extremo de la habitación, reflejada en el espejo, una harpa sobre una alfombra. Su pelo había sido del color del fuego. Pero aquel retrato estático no era más que la mitad de un universo. Ella había introducido el maxixe^[19] en Newport, jugado al golf con Bobby Jones, abandonado al alba los clubes clandestinos, apostado al póquer descubierto en casa de unos amigos de Baltimore, e incluso ahora, cuando ya era una anciana, si oía en el aromático aire estival la música del charlestón, se levantaba del sofá y se ponía a bailar con un vigoroso paso giratorio, echando primero una pierna hacia adelante y luego la otra, chasqueando los dedos y cantando: «¡Charlestón, charlestón!».

El señor Peranger y su único hijo, Patrick, habían muerto. De su única hija, Nerissa, mujer con aspecto de ninfa, afirmaba: «Nerissa me concede unos cuantos días de su tiempo. No creo que se le pueda pedir más. Está tan solicitada que a veces pienso que no se ha casado porque no ha tenido tiempo. La semana pasada exhibió sus perros en San Francisco, y espera poder llevarlos a Roma para el concurso internacional. Todo el mundo ama a Nerissa. Todo el mundo la adora. Es demasiado atractiva para expresarlo con palabras».

Entonces entra Nerissa en el salón de su madre. Es una delgada y estéril soltera de treinta años. Tiene el pelo gris. Se le ve la combinación por debajo del vestido. Lleva los zapatos apelmazados de barro. Es sencillamente una de esas criaturas que, sin amargura ni rencor, parecen agobiadas por los hechos más ingratos de la vida. Su destino consiste en proclamar que la elegancia y la distinción del mundo que sus madres dominaron no es, como podría parecer, el fin de la perplejidad y las pesadumbres. Son una casta realmente pura e inocente, y jamás se les pasaría por la cabeza o por el corazón la idea de trastornar o contrariar los proyectos, los sueños, los éxitos mundanos que sus mayores han dispuesto para ellas. En efecto, se diría que es la mano de Dios la que hace que se caigan mientras ejecutan los movimientos en el baile de presentación en sociedad. En Venecia, al pasar de una góndola a la escalera del palacio donde han sido invitadas a cenar, perderán el equilibrio y se hundirán en el Gran Canal. Se les cae la comida y vierten el vino, derriban jarrones, pisan excrementos de perro, estrechan la mano de los mayordomos, sufren accesos de tos durante los conciertos de música de cámara, tienen un gusto infalible por las amistades de mala reputación y, no obstante, son de una bondad y una sencillez franciscanas. Así pues, entra Nerissa. Mientras nos es presentada, embiste un extremo de la mesa con el hueso de la cadera, siembra de barro la alfombra y deja caer un cigarrillo encendido sobre una silla. Para cuando apagan el fuego, ya ha agitado satisfactoriamente las aguas apacibles de la creación de su madre. No es perversidad;

ni siquiera torpeza. Es su llamamiento casi sagrado a restaurar el patetismo y la desmaña de la humanidad.

La virginal Nerissa cría terriers Townsend. Los comentarios de su madre sobre el modo en que emplea su tiempo eran, desde luego, transparentes y patéticos. Nerissa era una mujer tímida y solitaria que consagraba casi todo su tiempo a los perros. No poseía un corazón insensible, pero siempre se enamoraba de jardineros, repartidores, camareros y porteros. Una noche en que su mejor perra (*Ch. Gaines-Clansman*) estaba a punto de parir, requirió la ayuda de un nuevo veterinario que acababa de abrir una clínica para perros y gatos en la Nacional 14. El hombre acudió de inmediato al cojín sobre el que estaba la perra y apenas llevaba allí unos minutos cuando el animal tuvo el primer cachorro. Rompió la placenta y lo puso a mamar. Nerissa pensó que tenía una mano rápida y natural con los animales, y aguardando de pie mientras él se arrodillaba ante la caja, sintió un fuerte impulso de tocar sus cabellos morenos. Le preguntó si estaba casado, y cuando él le respondió que no, se entregó al deleite de experimentar que de nuevo se había enamorado. Ahora bien, Nerissa nunca preveía el veto de su madre. Cuando le anunciaba su compromiso con un mecánico de coches o un arboricultor, siempre le sorprendía su furiosa reacción. Nunca se le ocurría pensar que a su madre pudiera no gustarle su nuevo elegido. Le sonrió al veterinario, le llevó agua, toallas, whisky y bocadillos. El parto se prolongó a lo largo de toda la noche, y al amanecer ya había concluido. Los cachorros estaban mamando; la perra estaba orgullosa y satisfecha. Toda la camada estaba bien atendida e identificada. Al salir de la perrera Nerissa y el veterinario, una fría luz blanca se alzaba más allá de los árboles oscuros de la finca.

—¿Le apetece un café? —preguntó Nerissa, y después, al oír a lo lejos el murmullo del agua deslizándose, continuó—: ¿O le apetece nadar? Yo a veces nado por la mañana.

—Eso sí, mire —respondió él—. Eso sí me apetece. Me gustaría nadar. Tengo que volver a la clínica, y un baño me despejará.

La piscina, construida por el abuelo de Nerissa, era de mármol y poseía un trazado elegante y profundo, curvado como el marco de un espejo. El agua estaba limpia, y aquí y allá, una hoja hundida modelaba una sombra orillada por los vivos colores del espectro lumínico. Era el rincón de la finca de su madre que, sin comparar con cualquier otra habitación o jardín, más se asemejaba a un hogar para Nerissa. Si se hallaba ausente, echaba de menos la piscina, y al volver era allí adonde iba, a aquel lugar, dulce hogar acuático. Encontró un par de bañadores en los vestuarios y ambos se dieron un baño inocente. Se vistieron y caminaron a través del césped hasta el automóvil del veterinario.

—Es usted una persona muy agradable, ¿sabe? —dijo él—, ¿no se lo habían dicho nunca?

La besó con ternura y se marchó.

Nerissa no vio a su madre hasta las cuatro de la tarde siguiente, cuando bajó a

tomar el té con dos zapatos izquierdos, uno marrón y otro negro.

—Mamá, mamá —dijo—. He encontrado al hombre con el que quiero casarme.

—¿De veras? —preguntó su madre—. ¿Quién es ese diamante en bruto?

—Se llama Johnson —respondió Nerissa—. Es el dueño de la nueva clínica veterinaria de la Nacional 14.

—Pero no puedes casarte con un veterinario, mi amor —dijo la señora Peranger.

—Él dice que es un higienista de los animales.

—¡Qué asco!

—Pero yo lo quiero, mamá. Lo quiero y voy a casarme con él.

—¡Vete al infierno!

Esa noche, la señora Peranger telefoneó a casa del alcalde y pidió que la pusieran con su mujer.

—Soy Louisa Peranger —dijo—. Voy a proponer a alguien como nuevo socio del Club Tilton este otoño y estaba pensando en usted.

La mujer del alcalde dio muestras de emoción al otro lado del hilo telefónico. Le estaría dando vueltas la cabeza. Pero ¿por qué? Las salas del club estaban desvencijadas, las sirvientas eran desabridas y la comida era mala. ¿Por qué había entonces una lista de espera de miles de personas?

—Mis condiciones son duras —prosiguió la viuda Peranger—, como todo el mundo sabe. Hay una clínica veterinaria en la Nacional 14 y me gustaría que la cerraran. Estoy segura de que su marido podrá descubrir que existe alguna violación de las ordenanzas municipales. Tiene que haber algún tipo de irregularidad. Si habla usted con su marido a propósito de esa clínica, le entregaré la lista de miembros para que usted elija a los nuevos. Organizaré una comida a mediados de septiembre. Adiós.

Nerissa languideció, murió y fue enterrada en la pequeña iglesia episcopaliana cuyas ventanas eran una donación en memoria de su abuelo. La señora Peranger se mostró imperiosa y estoica en su dolor, y al salir de la iglesia la oyeron sollozar ruidosamente: «Era tan atractiva... tan increíblemente atractiva».

Se recobró de su pérdida y prosiguió con sus tareas, que en aquella época del año consistían en seleccionar a las candidatas para el baile de presentación en sociedad. Tres semanas después del entierro de Nerissa, una tal señora Pentason y su hija se presentaron en el salón de su casa.

La viuda Peranger sabía lo mucho que le había costado a la señora Pentason conseguir esa entrevista. Había trabajado en el hospital, había organizado obras de teatro, las tradicionales fiestas de las fresas y ferias de antigüedades. Pero la viuda miró hoscamente a sus visitantes. Debían de haber aprendido sus modales en un libro. Parecían haber estudiado el capítulo correspondiente al modo de beber el té. Pertenecían a esa clase de mujeres que sueñan con invitaciones que nunca recibirán. «El señor y la señora William Paley les ruegan que les hagan el honor de...». Su correo, en cambio, consistía sin duda en anuncios de subastas privadas, ofertas

publicitarias del Club del Libro del Mes y fastidiosas cartas de la tía Minnie, que vivía en Waco, Texas, y usaba escupidera. Nora pasó el té y la anfitriona clavó una penetrante mirada en la muchacha. El ruido del agua de la piscina era muy fuerte, y la señora Peranger le pidió a Nora que cerrase la ventana.

—Hemos recibido tantas solicitudes para el baile de este año, que esta vez somos un poco más exigentes —dijo—. No solo queremos chicas atractivas y bien educadas, sino que además sean interesantes.

A pesar de que la ventana estaba ahora cerrada, seguía oyendo el rumor del agua. El hecho parecía incomodarla.

—¿Sabes cantar? —preguntó.

—No —respondió la joven.

—¿Tocas algún instrumento?

—Toco un poco el piano.

—¿Qué sabes tocar?

—Alguna pieza de Chopin. Bueno, antes sabía tocarla. Y *Para Elisa*. Pero sobre todo música popular.

—¿Dónde veraneas?

—En Dennis Port.

—Ah, sí —dijo la señora Peranger—. Dennis Port, pobre Dennis Port. Ya no quedan sitios donde ir, ¿verdad? La costa adriática está llena de gente. Capri, Ischia y Amalfi se han echado a perder. La princesa de Holanda ha estropeado el Argentario. La Riviera está saturada. En Inglaterra hace frío y llueve. Me encanta Skye, pero la comida es espantosa. Bar Harbor, el cabo, las islas, todos esos sitios tienen ahora un aspecto lamentable.

Volvió a oír el ruido del agua que corría en la piscina, como si una brisa transportara directamente el sonido hasta las ventanas cerradas.

—Y dime, ¿te interesa el teatro?

—Oh, sí. Muchísimo.

—¿Qué obras has visto la última temporada?

—Ninguna.

—¿Montas a caballo, juegas al tenis y todo eso?

—Sí.

—¿Qué museo de Nueva York es tu predilecto?

—No lo sé.

—¿Qué libros has leído últimamente?

—He leído *La plaga de aprendices de brujo*. Estaba en la lista de los libros más vendidos. Lo han comprado para hacer una película. Y *Siete caminos al cielo*. También estaba en la lista.

—Por favor, Nora, retira estas cosas —dijo la viuda, haciendo un amplio gesto de disgusto, como si esperara que la sirvienta retirase a las Pentason junto con las tazas sucias y la jarrita con los posos del té.

La entrevista había terminado, y acompañó a sus huéspedes hasta la puerta de la habitación. Si hubiera querido ser cruel, habría sido más eficaz hacerlas esperar; aprovecharse de la común debilidad de hombres y mujeres que aguardan buenas noticias por correo. Llevó aparte a la señora Pentason y le dijo:

—Me apena terriblemente...

—Bueno, gracias de todas formas —respondió la señora Pentason, y empezó a llorar. La hija puso un brazo en los hombros de su madre afligida y la guio hasta la puerta.

La señora Peranger reparó de nuevo en el ruido del agua de la piscina. ¿Por qué era tan fuerte, por qué parecería decir: «Mamá, mamá, he encontrado al hombre con el que quiero casarme...»? ¿Por qué sonaba con tanta autenticidad y volvía dura y necia la tarea de desairar a las Pentason? Bajó la escalera y cruzó el césped en dirección a la piscina. De pie sobre el bordillo, llamó: «¡Nerissa! ¡Nerissa! ¡Nerissa!», pero el agua replicó: «Mamá, mamá, he encontrado al hombre con el que quiero casarme».

Su única hija se había convertido en una piscina.

IV

Bradish deseaba un cambio. No deseaba en absoluto cambiar él mismo, sino el decorado, el ritmo, el entorno, y únicamente por espacio de dieciocho o veinte días. Durante ese tiempo podía ausentarse de la oficina. Era un fumador empedernido, y el informe del cirujano jefe lo había hecho consciente de su adicción. Le parecía que los desconocidos en la calle miraban el cigarrillo entre sus dedos con desaprobación, y a veces también con lástima. Era manifiestamente absurdo, y necesitaba irse lejos. Haría un viaje. En esa época estaba divorciado, e iría solo.

Un día, después del almuerzo, entró en una agencia de viajes de Park Avenue para informarse de los precios vigentes. Una recepcionista lo envió a un escritorio del fondo de la oficina, donde una mujer joven le ofreció una silla y le encendió el cigarrillo con una caja de cerillas que ostentaba la enseña del Corinthian Yatch Club. Reparó en que la joven tenía una sonrisa deslumbrante que interrumpía bruscamente una vez que había cumplido su objetivo, del mismo modo que un sastre corta un hilo con los dientes. Bradish pensaba en ir a Inglaterra. Pasaría diez días en Londres y otros diez en el campo con unos amigos. Cuando él mencionó Inglaterra, la empleada le dijo que ella había vuelto de allí hacía poco. De Coventry. Brotó el fulgor de su sonrisa y lo cortó. Él no quería ir a Coventry, pero la joven tenía la resolución y la perseverancia propias de sus años, y él comprendió que tendría que escuchar el

panegírico de las bellezas del sitio, donde ella parecía haber conocido un renacimiento estético y espiritual. Sacó de un cajón del escritorio una revista ilustrada para enseñarle fotografías de la catedral. Curiosamente, lo que más impresionó a Bradish fue un anuncio categórico que afirmaba en la revista que el tabaco provocaba cáncer de pulmón. Descartó Inglaterra mentalmente —la chica seguía anclada en Coventry—, y decidió que iría a Francia. A París. El gobierno francés no había censurado el hábito de fumar, y podría aspirar su Gauloises sin sentirse subversivo. Sin embargo, el recuerdo de esa marca lo frenó. Gauloises, Bleues y Jaunes. Recordó cómo el humo parecía desplomarse desde una altura sobre sus pulmones y lo obligaba a doblarse con paroxismo de tos. Nubes de humo de maloliente tabaco francés parecían asentarse en su imaginación como una amarga bruma sobre la Ciudad de la Luz, convirtiéndola a sus ojos en un lugar insípido y deprimente. De modo que iría al Tirol, pensó. Estaba a punto de pedir información al respecto cuando recordó que en Austria el tabaco era un monopolio estatal y que lo único que podría fumar allí serían esos óvalos insulsos que vienen en cajas de fantasía y huelen a perfume. En ese caso, Italia. Cruzaría el Brennero y bajaría hasta Venecia. Pero recordó que los cigarrillos italianos —Esportaciones y Giubeks— le renovaban la sensación del tabaco ordinario pegado a la lengua, y que el humo, como un viento invernal, lo hacía estremecerse y pensar en la muerte. Así pues, iría a Grecia; haría un crucero por las islas, resolvió; pero entonces rememoró el sabor del tabaco egipcio, que es lo único que se puede fumar en Grecia. Pensó en Rusia, Turquía, India, Japón... Sobre la cabeza de la empleada vio un mapa del mundo como si fuera una cadena de estancos. No había escapatoria. «Creo que no voy a ir a ningún sitio», dijo. La joven esbozó su deslumbrante sonrisa, la cortó de repente como si fuera un hilo y lo observó mientras salía por la puerta.

La virtud de la disciplina resplandece en la vida y en los actos de un hombre, confiriéndoles una probidad y una pureza que excluye el desorden, o por lo menos eso pensaba Bradish. Le había llegado la hora de disciplinarse. Apagó su último cigarrillo y subió por Park Avenue con ese paso medido, agradable y ligeramente danzarín del viejo atleta que usa calzado y trajes ingleses. Como consecuencia de su decisión, hacia el final de la tarde empezó a sufrir de algo similar a la enfermedad de los buzos. Experimentó trastornos del sistema circulatorio. Los capilares le parecieron desgastados, los labios se le hincharon, y de vez en cuando le picaba el pie derecho. La pronunciada sequedad de boca parecía demasiado diversa y poderosa para ser tolerada por un órgano tan pequeño, y la intensidad y la variedad de los síntomas lo agrandaban hasta prestarle, de hecho, las dimensiones y el mal olor característicos de algún antiguo teatro de variedades como el Howard Athenaeum. Sentía como si el humo le subiera desde la boca hasta el cerebro, produciéndole una extraordinaria sensación de mareo. Puesto que se había sometido deliberadamente a

esa disciplina, decidió pensar en aquellos síntomas utilizando la metáfora de un viaje. Los observaría tal como se manifestaran, como un viajero que contemplase desde la ventanilla de un tren los cambios en la geología y la vegetación de un país extranjero.

A medida que el día se internaba en la noche, el país por el que viajaba se volvía montañoso y árido. Tuvo la sensación de que se hallaba en un ferrocarril de vía estrecha que atraviesa un paso rocoso. Entre las rocas solo crecían cardos y hierbas tiesas como alambres. Razonó que una vez rebasaran el paso accederían a una fértil llanura con árboles y agua, pero cuando el tren dobló una curva en la cima de la montaña, vio que el nuevo paisaje era un desierto alcalino salpicado de cauces de arroyuelos secos. Sabía que, si fumaba, el tabaco irrigaría aquel inhóspito paraje, los campos se cubrirían de flores y el agua correría por los lechos fluviales, pero ya que había elegido aquel viaje concreto, ya que casi literalmente era una huida de un estado intolerable, se entregó al estudio de aquella aridez profunda. Esa noche, al prepararse una copa en su apartamento, sonrió —llegó a sonreír—, al comprobar que en los ceniceros no había otra cosa que polvo y una hoja que se le había adherido al zapato.

Estaba cambiando, cambiando, y al igual que la mayoría de los hombres, al parecer había deseado aquel cambio. Al cabo de unas horas se había vuelto más sagaz, más comprensivo, más maduro. Le pareció sentir que el manto de lana de sus días descansaba sobre sus hombros. Creyó que comenzaba a captar la poesía existente en el impulso del cambio, se vio como protagonista de una de esas íntimas, arduas e invisibles contiendas que configuran la historia de una alma humana. Sí dejaba de fumar, podría dejar la bebida. Incluso podría reducir sus apetitos eróticos. La falta de moderación había sido la causa de su divorcio. La desmesura lo había privado de sus amados hijos. Si pudieran verlo entonces, si vieran los ceniceros limpios en su habitación, ¿no lo invitarían a volver a casa? Podría alquilar una goleta y recorrer con ellos la costa de Maine. Cuando, más tarde, esa misma noche, fue a ver a su amante, el olor a tabaco de su aliento la volvió a sus ojos tan depravada e impura que no se molestó en desnudarse y regresó temprano a casa, a su cama y a sus ceniceros limpios.

Bradish nunca había tenido ocasión de conocer otro fariseísmo que el del pecador. Había dirigido sus críticas a la gente que bebía caldo de almejas y cultivaba gustos moderados. A la mañana siguiente, cuando fue al trabajo, se vio bruscamente trasplantado al bando de los ángeles; descubrió que se había convertido en un abogado forzoso de la continencia, y comprendió que esa condición era parcialmente un impulso involuntario de juzgar la conducta del prójimo; la sensación le resultaba tan extraña, tan reciente, tan distinta de su punto de vista habitual, que la encontró excitante. Contempló con enérgica desaprobación a un desconocido que encendía un cigarrillo en una esquina. Sencillamente, aquel hombre carecía de fuerza de voluntad. Estaba dañando su salud, acortando su vida, y traicionando a quienes dependían de él, que acaso padecían hambre y frío por su tolerancia consigo mismo. Y lo que era aún

peor, el hombre vestía pobremente y llevaba los zapatos sucios, y si no podía permitirse el gasto de vestir decentemente, sin duda tampoco podía permitirse el vicio del tabaco. ¿Qué hacer? ¿Quitarle el cigarrillo de la boca? ¿Reprenderlo? ¿Abrirle los ojos? A aquellas alturas le pareció un tanto excesivo, pero el impulso estaba allí y era la primera vez que lo experimentaba. Remontó a pie la Quinta Avenida con su virtud recientemente adquirida, sin mirar al cielo ni a las mujeres bonitas, y barriendo a la población como un teniente de la brigada antivicio cuya misión consiste en perseguir malhechores. ¡Y había tantos! Una anciana despeinada y sin otro adorno que una mancha grasienta de barra de labios carmesí estaba parada en la esquina de la calle Cuarenta y Cuatro, encendiendo un pitillo tras otro. Hombres en las puertas, chicas en la escalera de la biblioteca y chicos en los parques parecían resueltos a destruirse.

El mareo persistió a lo largo de toda la mañana, de modo que le resultó difícil tomar decisiones en el trabajo, y era evidente que sufría un trastorno en la vista, como si una tempestad de polvo hubiera arrasado sus ojos. Asistió a una comida de negocios en que se sirvió alcohol, y cuando alguien le ofreció un cigarrillo, dijo: «Ahora no, gracias». Lo sonrojó su propia hipocresía, pero no iba a rebajar el mérito de su batalla contándosela a un extraño. Tras una abstinencia triunfal de casi veinticuatro horas, pensó que merecía un premio y dejó que el camarero siguiera llenándole la copa. Al final bebió demasiado, y al volver a la oficina se tambaleaba. La embriaguez, sumada al trastorno de su sistema circulatorio, los labios hinchados, los ojos borrosos, la sensación de picor en el pie derecho y la impresión de que tenía el cerebro lleno del humo y mal olor de un viejo teatro de variedades, le impidió trabajar, y pasó el resto de la tarde ocioso. Rara vez iba a fiestas, pero esa tarde fue a una con la esperanza de distraerse. No se sentía él mismo. Para entonces, el malestar había afectado a su equilibrio, y cruzar las calles le pareció arduo y arriesgado, como si avanzara por un puente alto y angosto.

La fiesta fue muy concurrida, y Bradish iba al bar constantemente. Pensó que la ginebra calmaría su ansiedad. No se trataba propiamente de ansiedad, se dijo: no era en absoluto parecido al hambre, la sed o la necesidad de amor. Sintió que la sangre circulaba lenta y obstinadamente por sus venas. El mareo había empeorado. Rio, conservó y mantuvo las formas hasta un cierto punto, pero eran acciones meramente mecánicas. Más tarde, entró una mujer joven, con un vestido claro en forma de saco o de tubo y el pelo largo del color del tabaco de Virginia. En su ardor por llegar hasta ella, tiró una mesa y varios vasos. Era (había sido hasta aquel momento) una fiesta decorosa, pero el estrépito de los vasos rotos, seguido por los chillidos del hombre que enroscó sus piernas alrededor de la mujer y sepultó la nariz en sus cabellos de color tabaco, fue formidable. Dos invitados lo separaron. Se quedó acurrucado, ansioso, resoplando por los dilatados orificios nasales. Luego se liberó de los brazos que lo sujetaban y salió dando zancadas de la habitación.

Bajó en el ascensor con un desconocido cuyo traje castaño se parecía y olía como un Havana Upmann, pero Bradish mantuvo los ojos clavados en el suelo y se

contentó con aspirar la fragancia del vecino. El ascensorista despedía el aroma de una marca suave y barata que había sido popular en los años cincuenta. Reparó en que el portero olía a pipa de brezo con una mezcla Burley. Y en la calle Cincuenta y Siete vio a una mujer cuyo pelo poseía el color de su tabaco favorito y que parecía arrastrar tras sus pasos su perfume notablemente corrompido. Tuvo que apretar los dientes y tensar los músculos para no abalanzarse sobre ella, pero comprendió que acabaría en la cárcel si repetía en la calle su conducta en la fiesta y, que él supiera, no había cigarrillos en prisión. Había cambiado; había cambiado él y al mismo tiempo el mundo, pues al observar a la multitud urbana que se cruzaba con él en la oscuridad, vio a las personas como si fueran Winstons, Chesterfields, Marlboros, Salems, narguiles, pipas de espuma de mar, pitillos, Corona-Coronas, Carnets y Players. Su perdición fue una mujer joven, una niña, en realidad, a quien confundió con un Lucky Strike. Chilló al verse atacada, y dos hombres derribaron a Bradish, asestándole puntapiés y puñetazos con justa indignación moral. Se formó un corro. Hubo un enorme tumulto, y poco después se oyeron las sirenas del coche de policía que se lo llevó.

MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN^[20]

Al volver aquel año de Europa, viajé en un viejo DC-7 que sufrió un incendio en un motor mientras sobrevolaba el Atlántico. Casi todos los pasajeros estaban dormidos o sedados, y en la parte delantera del avión nadie vio las llamas, salvo una chiquilla, un anciano y yo. Cuando se apagaba el fuego, el avión giró violentamente y se abrió de golpe la puerta que daba a la cabina de los pilotos. Entonces vi que estos y las dos azafatas llevaban los chalecos salvavidas puestos y ya inflados. Una de las azafatas cerró la puerta, pero unos minutos después salió el comandante y explicó con un susurro paternal que habíamos perdido uno de los motores y volábamos rumbo a Islandia o a Shannon. Al cabo de un rato volvió a aparecer y dijo que aterrizaríamos en Londres media hora más tarde. Dos horas después aterrizamos en Orly, ante la estupefacción de los que habían estado durmiendo. Embarcamos en otro DC-7 e iniciamos la travesía del Atlántico, y cuando finalmente tomamos tierra en Idlewild llevábamos alrededor de veintisiete horas de incomodísimo viaje.

Cogí un autobús a Nueva York y un taxi hasta la estación Grand Central. Eran las siete y media o las ocho de la noche y todo estaba cerrado, incluso los quioscos de periódicos, y las pocas personas que vi en la calle iban solas y tenían un aspecto solitario. Hasta una hora después no había tren al lugar adonde me dirigía, de modo que entré en un restaurante próximo a la estación y pedí el *plat du jour*. El dilema de un norteamericano expatriado que toma su primer almuerzo en un restaurante de la patria ha sido narrado tantas veces que no vale la pena hablar aquí de ello. Después de pagar la cuenta, bajé una escalera y entré en los servicios. El lugar tenía separaciones de mármol, iniciativa, supongo, encaminada a ennoblecer aquellos dominios. El mármol era de un color amarillento: podría haber sido un *giallo antico*, pero luego advertí fósiles paleozoicos debajo del brillante pulimento y supuse que la piedra era en realidad una madrepora. La cara más cercana del pulimento estaba cubierta de escritura. La caligrafía era legible, aunque sin personalidad ni simetría. Lo insólito era la extensión del texto y el hecho de que estaba dispuesto en forma de tablero, como las páginas de un libro. Jamás había visto cosa semejante. Mi instinto más profundo me incitaba a pasar por alto la inscripción y a estudiar los fósiles, ¿pero acaso la escritura del hombre no es más duradera y maravillosa que un coral paleozoico? Leí:

Ha sido un día de triunfo en Capua. Lentulus, que regresa con victoriosas águilas, ha divertido al populacho con los juegos del anfiteatro hasta un punto que no conoce precedentes, ni siquiera en esta lujosa ciudad. Los gritos de jolgorio se desvanecieron; cesaron los rugidos de los leones; se retiró de la mesa del banquete el último holgazán, y se apagaron las luces del palacio del vencedor. La luna,

traspasando el tejido de las nubes lanudas, tiñe de plata las gotas de rocío del coselete del centinela romano y baña las aguas oscuras del Volturno con una luz ondulante y trémula. Era una noche de santa calma, cuando el céfiro mece las jóvenes hojas de la primavera y susurra su soñadora música entre los juncos huecos. No se oyó nada más que el último sollozo de una ola cansada refiriendo su historia a los guijarros lisos de la playa, y luego todo quedó tan en silencio como un pecho del que ha partido el alma...

No leí más, aunque el texto seguía. Estaba cansado y en cierto modo indefenso por el hecho de haber estado ausente de la patria durante años. El cúmulo de circunstancias que pudo impulsar a un hombre a transcribir sobre mármol este galimatías era inimaginable. ¿Era indicio de que se habían producido ciertos cambios en el ámbito social o el resultado de una nueva forma de represión? ¿O quizá no pasaba de ser un simple ejemplo de que el amor humano por la prosa florida es irresistible? La sonoridad del fragmento poseía la tenacidad de la mala música, y era difícil olvidarla. ¿Se había operado durante mi ausencia un cambio profundo en la psique de mis compatriotas? ¿Se había producido alguna ruptura en los cauces normales de comunicación, había surgido un desmesurado amor por el romántico pasado?

Pasé los siete o diez días siguientes viajando por el Medio Oeste. Una tarde estaba esperando el tren de Nueva York en la Union Station de Indianápolis. Venía con retraso. La estación local, proporcionada como una catedral e iluminada por un rosetón, constituye un melancólico y brillante ejemplo de esa clase de arquitectura que pretende expresar el señorío y el dramatismo del viaje y de la separación. Los colores de los rosetones, límpidos como los de un caleidoscopio, bañaban las paredes de mármol y la sala de espera. Un rayo de color azul lavanda caía sobre una mujer con una bolsa de la compra. Un anciano dormía en un pozo de luz amarilla. Entonces vi un letrero que indicaba el camino hacia los urinarios de hombres, y me pregunté si no encontraría allí otra muestra de aquella curiosa literatura que había descubierto pocas horas después de mi regreso. Bajé por la escalera a un sótano cavernoso donde un limpiabotas dormía en una silla. Las paredes también eran de mármol. Mármol corriente, piedra caliza ordinaria: silicato de calcio y magnesio, vetado de un metalífero mineral gris. Mi corazonada había sido certera. La escritura recubría la piedra, y al primer vistazo poseía una sorprendente oportunidad, pues recordaba el hecho de que las más primitivas profecías y escritos humanos se hicieron en las paredes. La caligrafía era clara y simétrica, obra de alguien dotado de una mente ordenada y una mano firme. Ruego al lector que trate de imaginar la luz nociva, el aire viciado y el ruido del agua que corre mientras yo leía:

La gran casa solariega de Wallowyck se yergue sobre una colina que domina la humeante ciudad fabril de X; sus incontables ventanas divididas por parteluces parecen fisgar reprobadoramente los tenebrosos y estrechos callejones de los tugurios que se extienden desde las verjas del parque hasta las fábricas humeantes de las riberas del río. En los linderos de aquel parque poblado de árboles, sin que

el señor Wallow lo supiera, pasé las horas más gratas de mi juventud, vagando por allí con un tirador y un saco donde transportar mis muestras geológicas. La colina y su prohibido santuario se alzaban entre la escuela donde yo estudiaba y el cuchitril donde vivía con mi madre enferma y mi padre borracho. Todos mis amigos tomaban la senda ordinaria alrededor de la colina; solo yo escalaba los muros de Wallow Park y pasaba las tardes en la propiedad vedada.

Hoy sigo considerando muy queridos los céspedes, los grandes árboles, el rumor de las fuentes y la solemne atmósfera de una dinastía. Los Wallow no tenían blasones, por supuesto, pero contrataron escultores que improvisaron centenares de escudos y timbres aparentemente señoriales vistos desde lejos, pero que se reducían a modestas formas geométricas examinados de cerca. Así pues, las chimeneas, las verjas, las torres y los bancos de jardín ostentaban aquellos escudos de piedra labrada. Otra tarea de los escultores había consistido en representar a Emily, hija única del señor Wallow. Había Emilys en bronce y en mármol, Emilys personificando las cuatro estaciones, los cuatro vientos, los cuatro momentos del día y las cuatro virtudes cardinales. En un sentido, Emily era mi única compañía. Entraba en la finca en otoño, contemplando la rica policromía que proyectaban los árboles sobre la hierba. Entraba allí cuando reinaba la glacial nieve. Buscaba los primeros indicios de la primavera y olfateaba el fino perfume del humo de leña que despedían las numerosas chimeneas talladas de la regia casa. Un día de primavera, cuando erraba por aquel paraje, oí una voz de muchacha que gritaba socorro. Seguí la voz hasta la orilla de un arroyuelo y encontré a Emily. Sus hermosos pies estaban desnudos, y aferradas a ellos, como malévolas cadenas, se veían las retorcidas formas de una víbora.

Le arranqué el reptil de los pies, abrí la herida con mi navaja y sorbí el veneno de la sangre. A continuación me despojé de mi humilde camisa, confeccionada por mi querida madre a partir de una mantelería desechada que había encontrado, en el curso de sus vagabundeos cotidianos, en el cubo de basura de un arquitecto. Una vez limpia y vendada la herida, cogí a Emily en brazos y subí corriendo por el césped hacia las grandes puertas de Wallowyck, que se abrieron con estruendo ante mi llamada. El mayordomo se puso pálido al vernos.

—¿Qué le has hecho a nuestra Emily? —gritó.

—Lo único que ha hecho es salvarme la vida —dijo Emily.

De las penumbras de la sala emergió el barbudo e implacable señor Wallow.

—Gracias por haber salvado la vida de mi hija —dijo con voz ronca. Luego me miró más detenidamente y vi lágrimas en sus ojos—. Algún día serás recompensado —agregó—. Y llegará ese día.

El estado de mi camisa de hilo me obligó esa noche a contar la aventura a mis padres. Mi padre estaba borracho, como de costumbre.

—¡Esa bestia no te dará ninguna recompensa! —bramó—. ¡Ni en este mundo ni en el cielo ni en el infierno!

—Por favor, Ernest —suplicó mi madre, suspirando, y yo fui hacia ella y cogí entre las mías sus manos secas por la fiebre.

Borracho y todo, se diría que por la boca de mi padre había hablado la verdad, pues, en los años que siguieron, no recibí deferencia, señal de cortesía, el más mínimo recuerdo ni la menor muestra de agradecimiento de la gran mansión de la colina.

En el austero invierno del año 19—, el señor Wallow cerró las fábricas, en un gesto vengativo ante mis esfuerzos por organizar un sindicato obrero. El silencio de las factorías —aquellas chimeneas sin humo— fue un duro golpe en el corazón de la localidad de X. Mi madre estaba agonizando. Mi padre se sentaba a beber en la cocina. La enfermedad, el frío y el hambre reinaban en todas las casuchas. La nieve de las calles, no maculada por el humo de las fábricas, tenía una blancura acusadora. La víspera de Navidad encabecé la delegación sindical que —muchos hombres apenas podían caminar— se presentó ante las grandiosas puertas de Wallowyck y llamé al timbre. Emily estaba en el umbral cuando se abrieron las puertas.

—¡Tú! —exclamó—. Tú, que me salvaste la vida, ¿por qué quieres ahora matar a mi padre?

Las puertas se cerraron con estruendo.

Esa noche conseguí reunir unos cuantos cereales y preparé gachas para mi madre. Estaba llevando a sus escuálidos labios cucharadas de comida cuando la puerta se abrió y entró Jeffrey Ashmead, el abogado de Wallow.

—Si ha venido a denunciarme por la manifestación de esta tarde en Wallowyck, pierde el tiempo —dije—. No hay en la tierra sufrimiento más grande que el que ahora padecemos, mientras veo cómo se muere mi madre.

—He venido para hablar de otro asunto —respondió—. El señor Wallow ha muerto.

—¡Larga vida al señor Wallow! —gritó mi padre desde la cocina.

—Acompáñeme, por favor —dijo el abogado.

—¿De qué quiere hablarme, señor?

—Es usted el heredero del señor Wallow, de sus minas, sus fábricas y su dinero.

—No comprendo.

Mi madre exhaló un penetrante sollozo. Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

—¡La verdad del pasado no es más penosa que la de nuestra triste vida! He querido ocultártelo durante todos estos años, pero la verdad es que eres su único hijo. De joven yo era camarera en la gran mansión, y él se aprovechó de mí una noche de verano. Eso contribuyó a la destrucción de tu padre.

—Lo acompañaré, señor —le dije al señor Ashmead—. ¿Lo sabe la señorita Emily?

—La señorita Emily se ha ido.

Regresé esa noche a Wallowyck y traspasé sus magnas puertas en calidad de dueño, Pero Emily no estaba allí. Antes de la llegada del día de Año Nuevo, ya había enterrado a mis padres, reabierto las fábricas con un régimen de participación en los beneficios y llevado la prosperidad a la ciudad de X, pero al vivir en Wallowyck, conocí una soledad que jamás había experimentado antes...

Me horroricé, por supuesto, y me sentí enfermo. Lo prosaico de mi entorno convirtió en nauseabunda la puerilidad del relato. Volví rápidamente a la noble sala de espera, con sus límpidos paneles de luz coloreada, y me senté junto al expositor de libros de bolsillo. Las cubiertas sensacionalistas y las promesas de descripciones gráficas de escenas de sexo parecían concordar con lo que acababa de leer. Supongo que lo que había ocurrido era que, a medida que la pornografía pasaba a formar parte del dominio público, aquellas paredes de mármol, aquellas inmemoriales sedes de semejante diversidad, se habían visto obligadas a proteger, en defensa propia, la más refinada tarea literaria. Consideré la idea desconcertante y revolucionaria, y me pregunté si dentro de uno o dos años más habría que leer la poesía de Sara Teasdale en los urinarios públicos, mientras el rey de Suecia honraría a cualquier zafio de pensamientos sucios. Llegó mi tren y me alegré de abandonar Indianápolis y dejar — así lo esperaba— mi hallazgo en el Medio Oeste.

Fui al vagón restaurante y tomé una copa. Enfilamos a toda velocidad hacia el este a la altura de Indiana, asustando a vacas y gallinas, caballos y cerdos. La gente saludaba con la mano al tren según pasaba: una chiquilla con una muñeca boca abajo, un anciano en una silla de ruedas, una mujer de pie en la puerta de una cocina con rulos en el pelo, un joven sentado en una camioneta. Sentí que el tren brincaba hacia adelante en las rectas, oí sus pitidos, la campana de peligro en los pasos a nivel

estallaba como una trombosis coronaria, y las junturas de las vías ejecutaban un bajo de jazz versátil, estimulante y fugaz como una brillante improvisación en el latido de un corazón, y el viento resonaba en la caja de frenos como las últimas, roncas grabaciones de la pobre Billie Holiday. Tomé dos tragos más. Cuando abrí la puerta del retrete del coche cama contiguo y vi que las paredes estaban recubiertas de escritura, reaccioné como si estuviera recibiendo una mala noticia.

No quería leer nada más; no en aquel momento. Wallowyck ya me bastaba para un día. Lo único que quería era volver al vagón restaurante, beber algo y afianzar mi saludable indiferencia por las fantasías de aquellos desconocidos. Pero el texto estaba allí, era irresistible, se diría que formaba parte de mi destino, y, aunque lo leí con amarga desgana, terminé el primer párrafo. Lo más destacado era la caligrafía.

¿Por qué no tienen un geranio en su ventana todos aquellos que pueden permitirse el lujo? Es muy barato. Incluso resulta casi gratuito si se cultiva a partir de una semilla o un esqueje. Es hermoso, y hace compañía. Endulza el aire, regocija la vista, nos vincula con la naturaleza y la inocencia, y podemos amarlo. Y aunque el geranio no puede corresponder a nuestro amor, tampoco nos odia, le es imposible proferir un reproche odioso ni siquiera en el caso de que lo descuidemos, porque es todo belleza, carece de vanidad y, siendo así y teniendo en cuenta que su existencia solo es capaz de procurarnos bien y complacernos, ¿cómo podríamos descuidarla? Pero, por favor, si elige un geranio...

Cuando volví al bar, ya oscurecía. Me sentí trastornado por aquellos sentimientos tiernos y deprimido por la general melancolía del campo a aquella hora. Lo que había leído ¿era la expresión de un irrefrenable amor por el rebuscamiento y la inocencia? Fuera lo que fuese, sentí entonces la clara responsabilidad de contar lo que había descubierto. Nuestro conocimiento de nosotros mismos y de los demás, en un momento histórico de volubles cambios, es inseguro. Poner impedimentos a nuestras observaciones, a la curiosidad y a la meditación sería pura temeridad. El tercer hallazgo fortuito me demostró que ese tipo de literatura estaba muy extendido. Si tales extravagancias fuesen registradas y valoradas, pensé, podrían esclarecer enormemente el señorío de nuestra psique y acercarnos un poco más al mundo secreto de la verdad. Mi investigación tenía aspectos nada convencionales, pero, si nos conformamos con menos que perspicacia, valentía y honradez para con nosotros mismos, somos despreciables. Tengo seis amigos que trabajan para diversas fundaciones, y decidí llamar su atención sobre el fenómeno de los escritos en los urinarios públicos. Sabía que habían otorgado becas para poesía, investigación zoológica, estudios sobre la historia de las vidrieras y sobre el significado social de los tacones altos, y en aquel momento el hábito de escribir en los urinarios parecía ser un sendero —uno de los muchos caminos de la verdad— que exigía exploración.

Al volver a Nueva York concerté una comida con mis amigos en cierto restaurante situado en una de las calles sesenta que tenía un comedor privado. Pronuncié mi discurso al final de la comida. Mi mejor amigo fue el primero en contestar.

—Has estado fuera demasiado tiempo —dijo—. Ya no estás al corriente de las inquietudes del país. Aquí no nos interesan esas cosas. Hablo por mí, naturalmente, pero creo que la idea es repulsiva.

Eché una ojeada a mi propio aspecto y vi que llevaba un chaleco de seda cruzado y unos zapatos puntiagudos amarillos, y supuse que mis palabras habían tenido el tono amanerado y monótono de la mayoría de los expatriados. Las acusaciones de mi amigo —la idea era forastera, extraña e indecente— parecían inapelables. Pensé entonces (y sigo pensándolo ahora) que lo que lo desconcertaba no era lo indecoroso de mi descubrimiento, sino el carácter explosivo que este tenía, y que mi amigo se había sumado durante mi ausencia a las filas de esos hombres nuevos que opinan que ya no se puede utilizar la verdad en la resolución de nuestros dilemas. Se despidió y los demás se fueron marchando uno tras otro, todos ellos de acuerdo en que yo había estado fuera demasiado tiempo y estaba desfasado con respecto a la decencia y al sentido común.

Regresé a Europa pocos días después. El avión a Orly iba con retraso; maté el tiempo en el bar, y en un momento dado busqué los urinarios. Esta vez, el mensaje estaba escrito sobre un azulejo. «¡Brillante estrella! —leí—. Si yo fuera constante como tú, la noche no pendería en el aire con solitario esplendor...». Eso era todo. Anunciaron mi vuelo y volé por los aleros del cielo de regreso a la Ciudad de la Luz.

MONTRALDO

La primera vez que robé en Tiffany's estaba lloviendo. Compré una sortija con un diamante de imitación en una tienda de joyas de fantasía de las calles cuarenta. Luego fui a pie hasta Tiffany's bajo la lluvia y pedí que me enseñaran anillos. El empleado tenía un porte altivo. Examiné seis u ocho sortijas de brillantes. Los precios iban de los ochocientos a los diez mil dólares. Había uno de tres mil que me pareció similar al falso que llevaba en el bolsillo. Estaba mirándolo cuando una mujer de edad avanzada —supuse que clienta asidua— apareció en el otro extremo del mostrador. El dependiente se apresuró a atenderla y yo cambié las sortijas. Entonces dije: «Muchas gracias. Lo pensaré». «Muy bien», contestó el empleado con arrogancia, y salí del establecimiento. Había sido coser y cantar. Bajé hasta el mercado de diamantes de las calles cuarenta y vendí el anillo por mil ochocientos dólares. No me hicieron preguntas. Fui luego a la agencia Cook y me enteré de que el *Conte di Salvini* zarpaba a las cinco para Génova. Era agosto, y había muchas plazas libres en los cruceros hacia el este. Cogí un camarote de primera, y me encontraba en el bar cuando el barco levó anclas. El bar estaba oficialmente cerrado, desde luego, pero el marinero encargado de la barra me sirvió un martini para resistir hasta que llegásemos a aguas internacionales. La sirena del *Salvini* era excepcionalmente percusiva y era posible oírla desde el centro de la ciudad, pero ¿quién está en el centro a las cinco en punto de una tarde de agosto?

Aquella noche conocí a la señora Winwar y a su anciano marido en las apuestas de caballos. Él se mareó en seguida, y nosotros nos zambullimos en las maravillosas trampas del amor ilícito. Las notas cruzadas, las llamadas telefónicas equivocadas, la afectada indiferencia, y lo que sucedía cuando estábamos tras la puerta cerrada de mi camarote volvían candoroso mi robo de la sortija. El señor Winwar se recuperó a la altura de Gibraltar, pero ello solo añadió a la situación un matiz de desafío, y su mujer y yo continuamos nuestro idilio en sus mismísimas narices. Nos despedimos en Génova, donde compré un Fiat de segunda mano y emprendí el recorrido de la costa.

Llegué a Montraldo una tarde a última hora. Me detuve allí porque estaba cansado de conducir. Había una bahía semicircular, flanqueada por altos acantilados de piedra, y una de esas playas llenas de cafés y casetas de baños. Había dos hoteles: el Gran Hotel y el Nacional. Me daba lo mismo uno que otro, y el camarero de una cafetería me informó de que podía alquilar una habitación en la villa situada sobre el acantilado. Dijo que se llegaba a ella por una abrupta y sinuosa carretera, o bien por unos escalones de piedra (ciento veintisiete, según descubrí más tarde) que descendían hasta el pueblo desde el jardín trasero. Subí en coche por la serpenteante carretera. El romero tapizaba el acantilado, y las ropas de los lugareños, que se

secaban al sol, cubrían el romero. Letreros en cinco idiomas anunciaban en la puerta que se alquilaban habitaciones. Toqué el timbre, y una criada rechoncha y belicosa abrió la puerta. Supe, después, que se llamaba Assunta. No llegué a ver que su belicosidad se permitiese el menor respiro. En la iglesia, cuando avanzaba por la nave lateral para recibir la Santa Comunión, se decía que iba a dejar fuera de combate al cura y hacer trizas al monaguillo. Me dijo que me daría una habitación si pagaba una semana por adelantado, y tuve que pagársela antes de que me permitiese cruzar el umbral.

El lugar era una completa ruina, pero el dormitorio encalado que me enseñó estaba en una pequeña torre, y a través de la ventana rota, la habitación tenía una amplia vista al mar. El único lujo consistía en un hornillo de gas. No había cuarto de baño ni agua corriente; para lavarme usaba el agua que sacaban de un pozo con una lata de mermelada agujereada. Evidentemente, yo era el único huésped. Aquella primera tarde, mientras Assunta ensalzaba la salubridad del aire marino, oí una quejumbrosa y elegante voz que nos llamaba desde el patio. Bajé la escalera delante de la sirvienta y me presenté a una anciana que estaba de pie junto al pozo. Era pequeña, delicada y vivaz, y hablaba con un acento romano tan florido que me pregunté si no trataría de deslumbrarnos con una especie de barniz cultural o social para disimular con él su vestido andrajoso y sucio.

—Veo que tiene usted un reloj de oro —señaló—. Yo también tengo uno. Tenemos eso en común.

La criada se volvió hacia ella y le dijo:

—¡Vete al infierno!

—Pero es cierto. El caballero y yo tenemos relojes de oro —dijo la anciana—. Nos llevaremos bien.

—Pesada —bufó la criada—. Así te pudras.

—Gracias, gracias, tesoro de mi casa, luz de mi vida —dijo la anciana, y se encaminó hacia una puerta abierta.

La sirvienta se puso las manos en las caderas y gritó:

—¡Bruja! ¡Sapo! ¡Cerde!

—¡Gracias, gracias, mil gracias! —replicó la vieja, y entró.

Aquella noche, en el café, indagué sobre la *signorina* y su criada, y el camarero, hombre bien informado, me dijo que la *signorina* provenía de una noble familia romana que la había repudiado a causa de un romántico e inconveniente asunto amoroso. Vivía en Montraldo como una ermitaña desde hacía cincuenta años. Assunta había venido desde Roma para ser su *donna di servizio*, pero lo único que hacía actualmente por la anciana era bajar al pueblo y comprarle pan y vino. Había despojado a la mujer de todas sus pertenencias, incluso le había confiscado la cama de su dormitorio, y ahora la tenía poco menos que prisionera en la villa. Tanto el Gran Hotel como el Nacional eran lujosos y cómodos. ¿Por qué me quedaba yo en semejante casa?

Me quedé por la panorámica, porque había pagado por adelantado y por la curiosidad que despertaban en mí la excéntrica solterona y su estrafalaria sirvienta. A la mañana siguiente, temprano, empezaron a pelearse. Assunta inició la riña con injurias e indecencias. La *signorina* contestó con exquisito sarcasmo. El espectáculo fue deprimente. Me pregunté si la anciana sería realmente una prisionera, y cuando la vi sola en el patio, avanzada la mañana, le pregunté si le gustaría acompañarme en mi coche hasta Tambura, el siguiente pueblo subiendo por la costa. Me contestó, en su florido romano, que le encantaría. Quería llevar a arreglar su reloj, su reloj de oro. Era tan valioso y bello que solo había un artesano a quien se atrevía a confiarlo. El relojero vivía en Tambura. Assunta llegó mientras hablábamos.

—¿Para qué quieres ir a Tambura? —le preguntó a la anciana.

—Quiero llevar a arreglar mi reloj de oro.

—No tienes ningún reloj de oro —replicó Assunta.

—Es cierto —dijo la anciana—. Ya no tengo reloj de oro, pero tuve uno. Tuve un reloj de oro y un lápiz de oro.

—Si no tienes reloj, no puedes ir a Tambura para que te lo arreglen —dijo Assunta.

—Es verdad, luz de mi vida, tesoro de mi casa —asintió la anciana, y se retiró a su habitación.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la playa y en los cafés. Los centros estivales no parecían excesivamente prósperos. Los camareros se quejaban del negocio, pero siempre lo hacen. El olor del mar era un reclamo, aunque impuro, y yo solía recordar con nostalgia las salvajes y magníficas playas de mi país. Gay Head está hundiéndose en el mar, lo sé, pero el hundimiento de Montraldo parece ser espiritual; como si las olas erosionaran la vitalidad del paraje. El mar era incandescente; la luz clara, pero no brillante. El sabor de Montraldo, tal como lo recuerdo, era inmutable, íntimo, exhausto: detestable para mí, porque ¿no debe el alma del hombre ser tan límpida y cortante como un diamante? Las olas hablaban en francés o en italiano (con alguna que otra palabra en dialecto), pero parecían hacerlo sin fuerza.

Una tarde bajó a la playa una mujer extraordinariamente bella, seguida por un chiquillo de unos ocho años y por una mujer italiana vestida de negro: una sirvienta. Llevaban bolsas de bocadillos del Gran Hotel, y supuse que el chico pasaba la mayor parte de su vida en hoteles. Era digno de lástima. La criada sacó algunos juguetes del montón que llevaba en una bolsa de cuerda. Todos parecían poco apropiados para la edad del niño: un cubo de playa, una pala, algunos moldes, un balón hinchable y unas anticuadas aletas de nadar. La madre, que tendida sobre una manta leía una novela norteamericana, debía de ser divorciada, supuse, e imaginé que poco después estaría en el café tomando una copa conmigo. Con esta idea en mente, me levanté y me ofrecí a jugar al balón con el chico. Él pareció encantado de tener compañía, pero no

era capaz de lanzar la pelota ni de atraparla, así que, tanteando sus gustos, le pregunté, con un ojo puesto en su madre, si le gustaría que le construyese un castillo de arena. Me dijo que sí. Construí un foso de agua, luego una rampa con escaleras en curva, un foso seco, un muro almenado con emplazamientos para los cañones, y varias torres redondas con parapetos. Trabajé como si realmente intentara edificar un bastión inexpugnable, y al terminar puse en cada torre ondeantes banderas confeccionadas con papel de caramelos. Creí ingenuamente que era una obra hermosa, y también lo creyó el niño, pero cuando llamé la atención de su madre para mostrarle mi hazaña, ella dijo: «*Andiamo*». La sirvienta recogió los juguetes y se fueron, dejándome allí, hombre hecho y derecho en un país extranjero y a solas con un castillo de arena.

En Montraldo, el momento cumbre del día eran las cuatro de la tarde. A esa hora había retreta, gentileza del ayuntamiento. El quiosco de música era de madera, de inspiración turca, y estaba azotado por los vientos marinos. Algunas veces, los músicos llevaban uniforme, otras tocaban en traje de baño, y el número de los ejecutantes variaba todos los días, pero siempre interpretaban *Dixieland*. Por lo visto, la historia del jazz les tenía sin cuidado. Era como si hubiesen encontrado en el fondo de un baúl unas cuantas partituras viejas arregladas para banda, y no se salían de ellas. La música era cómica, apresurada; parecían estar tocando para algún decrepito salón de baile. *Clarinet Marmalade, China Boy, Tiger Rag, Careless Love*. Qué emocionante resultaba oír aquel viejo, vetusto jazz estallando en el aire salado. El concierto terminaba a las cinco, cuando la mayoría de los músicos guardaban sus instrumentos y se hacían a la mar en la flota sardinera, y los bañistas volvían a los cafés y al pueblo. Hombres, mujeres y niños en la playa, una banda de música, las algas marinas y las cestas con bocadillos evocan para mí, con mucha mayor fuerza que los paisajes clásicos, nuestros legendarios vínculos con el paraíso. Solía subir con los demás al café, y así fue como me hice amigo de lord y lady Rockwell, que me invitaron a un cóctel. ¿Que por qué digo *lord* y *lady* con tanto respeto? La razón de ello es que mi padre era camarero.

No un camarero corriente: trabajaba en los salones de cena y baile de uno de los grandes hoteles. Una noche perdió los estribos con un bruto borracho; le estampó en la cara un plato de canelones y se marchó del comedor. El sindicato lo suspendió durante tres meses, pero en cierto sentido se convirtió en un héroe, y cuando volvió al trabajo le asignaron el turno de los banquetes, donde servía los champiñones a reyes y presidentes. Conoció mucho mundo, pero yo me pregunto algunas veces si la gente vio de él algo más que la manga de su chaqueta roja y su suave y hermoso rostro un poco más arriba de los candelabros. Debió de ser como vivir en un universo dividido por un cristal transparente solo por uno de sus lados. En ocasiones, me recuerdan a mi padre esos pajes y guardas que en las obras de Shakespeare salen por la izquierda y se plantan ante una puerta, proclamando con su indumentaria que nos hallamos en Venecia o en Arden. Apenas se les ve la cara, nunca dicen una palabra; tampoco las

decía mi padre, que cuando, a los postres, empezaban los discursos, desaparecía de escena igual que los pajes. Yo decía a la gente que él trabajaba en la hostelería, rama administrativa, pero en realidad era camarero, camarero de banquetes.

Había mucha gente en la fiesta de los Rockwell, y me marché a eso de las diez. Un viento cálido soplaba del mar. Más tarde me dijeron que era el siroco, un viento del desierto tan opresivo que tuve que levantarme varias veces esa noche para beber agua mineral. A poca distancia de la costa, un barco tocaba su sirena de niebla. A la mañana siguiente, el tiempo era hermoso y sofocante. Mientras yo me hacía un poco de café, Assunta y la *signorina* comenzaron su pelea mañanera. Empezó Assunta con el acostumbrado «¡Cerde! ¡Perra! ¡Bruja! ¡Basura del arroyo!». Asomada a una ventana, la bigotuda anciana vertió sus floridas réplicas: «Querida. Adorada. Bendita. Gracias, gracias». Yo estaba en la puerta con mi café, deseando que hubieran aplazado sus disputas para cualquier otro momento del día. Interrumpieron la riña mientras la *signorina* bajaba la escalera para recoger el pan y el vino. Luego la reanudaron: «¡Bruja! ¡Sapo! ¡Sapo de sapos! ¡Bruja de brujas!», etc. La anciana contestó: «¡Tesoro! ¡Luz! ¡Tesoro de mi casa! ¡Luz de mi vida!». Después se produjo un altercado, un tira y afloja por la barra de pan. Vi que Assunta golpeaba a la anciana cruelmente con el canto de la mano. La mujer rodó escalones abajo y comenzó a gemir: «¡Ayyy! ¡Ayyyy!». Hasta sus gritos de dolor parecían floridos. Crucé corriendo el patio hasta donde yacía, como una masa informe. Assunta me chillaba: «¡No es culpa mía!, ¡no es culpa mía!». La anciana tenía grandes dolores. «¡Por favor, *signore!* —me rogó—. ¡Por favor, tráigame un sacerdote!». La levanté. No pesaba más que un niño, y sus ropas olían a mugre. La llevé arriba, a una habitación de techo alto festoneada de telarañas, y la instalé en un sofá. Assunta me pisaba los talones, gritando: «¡No es culpa mía!». Luego bajé los ciento veintisiete escalones que conducían al pueblo.

La neblina flotaba en el aire, y el viento africano parecía la bocanada de un horno. Nadie contestó a la puerta en la casa del cura, pero lo encontré en la iglesia, barriendo el suelo con una escoba de ramitas. Yo estaba excitado e impaciente, y cuanto más me impacientaba yo, más despacio se movía el cura. Primero tuvo que guardar la escoba en un armario. La puerta estaba torcida y no se cerraba, y empleó en tratar de cerrarla una exagerada cantidad de tiempo. Finalmente salí y lo esperé en el atrio. Tardó media hora en prepararse; cuando por fin estuvo dispuesto, en vez de dirigirnos a la villa, recorrimos el pueblo en busca de un monaguillo. Finalmente se nos unió un joven que se puso una sotana con una sucia puntilla, y empezamos a subir la escalera. El sacerdote subió diez escalones y se sentó a descansar. Tuve tiempo de fumarme un cigarrillo. Diez escalones más, y un nuevo descanso. A mitad de la escalera empecé a preguntarme si lograría llegar arriba. Su cara había pasado del rojo al púrpura, y su sistema respiratorio emitía sonidos violentos y desesperados. Por fin llegamos a la puerta de la villa. El monaguillo encendió el incensario. Entramos en el destartado lugar. Las ventanas estaban abiertas. La bruma marina empapaba el aire. La anciana

padecía grandes dolores, pero el tono de su voz seguía siendo elegante, como cabía esperar.

—Es mi hija —dijo—. Assunta es mi hija, mi niña.

Assunta chilló:

—¡Mentirosa! ¡Embustera!

—No, no, no —dijo la anciana—, tú eres mi niña, mi única niña. Por eso te he cuidado durante toda mi vida.

Assunta se echó a llorar y se lanzó escaleras abajo. Desde la ventana la vi cruzar el patio. El sacerdote empezó a administrar a la moribunda los últimos sacramentos, y salí.

En el café estuve como quien dice en vigilia. Las campanas de la iglesia tocaron las tres, y un poco más tarde llegó de la villa la noticia de que la *signorina* había muerto. En el café nadie parecía sospechar que fueran algo más que una excéntrica solterona y su estafalaria sirvienta. A las cuatro en punto, la orquesta abrió el concierto con *Tiger Rag*. Esa noche me trasladé desde la villa al hotel Nacional, y por la mañana me fui de Montraldo.

EL OCÉANO

Escribo este diario porque creo estar en peligro y porque no tengo ningún otro medio de expresar mis temores. No puedo ir a contárselos a la policía, como se verá en seguida, ni tampoco confiárselos a mis amigos. Mi amor propio, mi sentido común y mi caridad se han visto considerablemente afectados recientemente, pero además me queda una dolorosa incertidumbre sobre quién tiene la culpa. Quizá sea yo el responsable. Permítaseme poner un ejemplo. Anoche me senté a cenar con Cora, mi mujer, a las seis y media. Nuestra única hija ya no vive en casa, y ahora comemos en la cocina, en una mesa decorada con una pecera. Para comer teníamos jamón de York, ensalada y patatas. Probé la ensalada y tuve que escupirla.

—Claro —dijo mi mujer—. Ya me temía yo que iba a pasar algo así. Siempre dejas el líquido para encender la barbacoa en la despensa, y lo he confundido con el vinagre.

Como decía: ¿quién tiene la culpa? Yo siempre procuro dejar las cosas en su sitio, y si ella pensaba envenenarme, no habría cometido la torpeza de aderezar la ensalada con gasolina. Si yo no la hubiese dejado en la despensa, no habría sucedido nada. Pero voy a seguir un poco más con estos razonamientos. Durante la cena se nos vino encima una tormenta. El cielo se ensombreció y de repente empezó a llover a cántaros. Nada más terminar de comer, Cora se puso un impermeable verde y salió a regar el césped. La estuve viendo desde la ventana. Parecía no darse cuenta de las cortinas de agua que caían a su alrededor, y regaba el césped con gran cuidado, deteniéndose especialmente en los sitios donde la hierba tenía un color amarillento. Temí que se pusiera en evidencia ante los vecinos. La dueña de la casa de al lado telefonaría a la señora de la esquina para decirle que Cora Fry estaba regando el césped mientras caía un aguacero. El deseo de que mi mujer no se convirtiera en tema para los cotilleos del vecindario me llevó a su lado, pero mientras me acercaba, protegiéndome con el paraguas, comprendí que me faltaba el tacto necesario para salir airoso de aquel trance. ¿Qué tenía que decir? ¿Acaso que la llamaba una amiga por teléfono? Mi mujer no tiene amigas.

—Vuelve a casa, cariño —dije—. Podría alcanzarte un rayo.

—Me extrañaría muchísimo —respondió ella con su voz más musical. Últimamente habla siempre a una octava por encima del do mayor.

—¿Por qué no esperas a que deje de llover? —insistí.

—No va a durar mucho —contestó con entonación muy dulce—. Las tormentas nunca duran.

Volví a casa bajo el paraguas y me serví una copa. Cora estaba en lo cierto. Un minuto después, la tormenta había cesado y ella seguía regando el césped. En los dos

incidentes que acabo de narrar, mi mujer tenía razón en parte, pero eso no me impide seguir pensando que estoy en peligro.

Ah, mundo, mundo, mundo maravilloso y desconcertante, ¿cuándo empezaron mis problemas? Escribo esto en mi casa de Bullet Park. Son las diez de la mañana. Estamos a martes. Se me podría preguntar con toda razón qué estoy haciendo en Bullet Park un día de trabajo. Los únicos varones que quedamos por aquí son tres clérigos, dos enfermos crónicos y un viejo excéntrico de Turner Street que está completamente loco. Todo el barrio disfruta de la serenidad, de la quietud de un lugar donde las tensiones entre los sexos han quedado suspendidas: excepto las mías con mi mujer, por supuesto, y las de los tres clérigos. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Por qué no tomo el tren para ir a Nueva York? Tengo cuarenta y seis años, disfruto de una buena salud, me visto bien, y sé más acerca de la fabricación y la venta de Dynaflex que ninguna otra de las personas que trabajan en el ramo. Una de mis dificultades es que parezco más joven de lo que soy. Mi cintura no pasa de los setenta y cinco centímetros y tengo el pelo completamente negro; de manera que cuando le digo a la gente que era vicepresidente encargado de ventas y ayudante ejecutivo del presidente de Dynaflex —cuando le digo esto a un extraño en un bar o en el tren—, nunca me creen porque parezco demasiado joven.

El señor Estabrook, el presidente de Dynaflex y en cierto sentido mi protector, era un entusiasta de la jardinería. Una tarde, mientras contemplaba sus flores, le picó un abejorro y murió antes de que pudieran llevarlo al hospital. Yo podría haber sido el nuevo presidente, pero prefería seguir ocupándome de las ventas y de la producción. Poco después, los miembros del consejo de administración —entre los que me encontraba— votamos en favor de una fusión con Milltonium Ltd., colocando así a Eric Penumbra, el jefe de Milltonium, al timón. Yo voté por la fusión con ciertos celos, pero los oculté y me ocupé de llevar a cabo la porción más importante del trabajo previo. Tenía que conseguir la aprobación de una serie de accionistas conservadores y desconfiados y, uno a uno, los fui convenciendo a todos. El hecho de que yo hubiese trabajado únicamente para Dynaflex desde que salí de la universidad les inspiraba confianza. Pocos días después de que la fusión fue una realidad, Penumbra me llamó a su despacho.

—Bien —dijo—, lo ha conseguido.

—Así es, efectivamente —respondí.

Pensé que me estaba felicitando por el resultado de mi gestión. Había viajado por todos los estados de la Unión y hecho dos visitas a Europa. Ningún otro podría haberlo conseguido.

—Lo ha logrado —dijo Penumbra con aspereza—. ¿Cuánto tiempo necesitará para marcharse?

—No lo entiendo —respondí.

—¡Demonios! ¿Que cuánto tiempo le hará falta para irse? —gritó—. Está usted anticuado. No podemos permitirnos el lujo de tener gente como usted en este

negocio. Le estoy preguntando cuánto tiempo necesita para marcharse.

—Creo que una hora será suficiente —contesté.

—Bien, voy a darle hasta finales de semana —dijo él—. Si quiere mandarme a su secretaria, yo me encargaré de despedirla. Realmente es usted un hombre afortunado. Con el subsidio de desempleo, la indemnización por despido y el paquete de acciones de la compañía que posee seguirá cobrando casi el mismo dinero que yo, y no tendrá que mover un dedo. —Después se levantó de la mesa y vino a donde yo estaba. Me pasó el brazo por encima del hombro y me abrazó—. No se preocupe —dijo—, estar anticuado es algo con lo que tenemos que enfrentarnos todos. Confío en que sabré conservar la calma tan bien como usted cuando me llegue la hora.

—Así lo espero, desde luego —dije, y salí del despacho.

Me fui a los lavabos, me encerré en uno de los retretes y lloré. Lloré por la deshonestidad de Penumbra, por el futuro de Dynaflex, y por el porvenir de mi secretaria, una soltera de mediana edad, muy inteligente, que escribe relatos breves en su tiempo libre; lloré amargamente por mi propia ingenuidad y por mi falta de doblez; lloré por dejarme abrumar por los hechos más básicos de la existencia. Al cabo de media hora, me sequé las lágrimas y me lavé la cara. Recogí todos mis efectos personales del despacho, tomé el tren para volver a casa y le conté a Cora lo que había sucedido. Yo estaba enfadado, por supuesto, y ella pareció asustarse. Empezó a llorar y se fue al tocador, que es el lugar que ha venido utilizando como muro de las lamentaciones desde que nos casamos.

—En realidad, no hay ningún motivo para llorar —dije—. Quiero decir que tenemos mucho dinero. Grandes cantidades de dinero. Nos podemos ir a Japón, o a la India. Podemos visitar las catedrales inglesas.

Cora siguió llorando y llorando, y después de cenar llamé a nuestra hija Flora, que vive en Nueva York.

—Lo siento, papá —dijo cuando le conté las noticias—. Lo siento muchísimo, e imagino lo mal que lo estás pasando; me gustaría verte dentro de algún tiempo, pero no ahora mismo. Recuerda tu promesa... prometiste dejarme en paz.

El próximo personaje que entra en escena es mi suegra, que se llama Minnie. Minnie es una rubia de unos setenta años, con voz ronca y cuatro cicatrices en la cara, consecuencia de una operación de cirugía estética. Se la puede ver zascandileando alrededor de Neiman-Marcus, o en el vestíbulo de cualquier gran hotel. Minnie usa la expresión «estar de moda» con gran flexibilidad. Cuando habla del suicidio de su marido en 1932, suele decir que «tirarse por la ventana estaba muy de moda». Cuando expulsaron del instituto a su hijo único por conducta inmoral, y se fue a vivir a París con un hombre de más edad, Minnie dijo: «Me doy cuenta de que es repugnante, pero parece que está terriblemente de moda». Acerca de su atroz forma de arreglarse, suele decir: «No puedes figurarte lo incómodo que es, pero ¡está tan de moda!». Minnie es cruel y perezosa, y Cora, su única hija, la odia. Mi esposa ha orientado su manera de ser por caminos que son diametralmente opuestos a los de

Minnie. Cora es cariñosa, responsable, sobria y amable. Tengo la impresión de que para salvaguardar sus virtudes —para no perder la esperanza, en realidad—, se ha visto obligada a inventar una historia fantástica según la cual Minnie no es en realidad su madre; su madre es una señora prudente y muy simpática que se entretiene haciendo bordados. Todo el mundo sabe lo convincentes y traicioneras que pueden ser las fantasías.

El día siguiente a mi despido estuve sin hacer nada. Al cerrármeme las oficinas de Dynaflex me encontré con la sorpresa de que apenas tenía ningún sitio adonde ir. Mi club está anexo a una universidad donde solo sirven almuerzos estilo cafetería, y tiene muy poco de refugio. Siempre he querido leer buenos libros, y parecía que aquella iba a ser mi oportunidad. Me fui al jardín con un ejemplar de Chaucer y leí media página, pero era un trabajo realmente duro para un hombre de negocios. Me pasé el resto de la mañana labrando la tierra en el sembrado de las lechugas, y logré que se enfadara el jardinero. Por alguna razón, la comida con Cora resultó tirante. Después de almorzar, ella se quedó dormida. Lo mismo hizo la criada, cosa que descubrí cuando entré en la cocina a por un vaso de agua. Estaba profundamente dormida con la cabeza sobre la mesa. La quietud de la casa en aquel momento me produjo una sensación muy peculiar. Pero el mundo, con todas sus diversiones y entretenimientos, estaba a mi alcance, de manera que llamé a Nueva York y encargué entradas para un teatro. A Cora no le gusta demasiado el teatro, pero vino conmigo. Al acabar la representación, fuimos al St. Regis a tomar una copa. Cuando entramos, la orquesta estaba terminando una de sus actuaciones: trompetas hacia el cielo, banderas desplegadas, y el tipo sonriente que tocaba la batería golpeando energicamente todo lo que encontraba a su alcance. En el centro de la pista, Minnie agitaba el trasero, zapateaba y chasqueaba los pulgares. Su pareja era un gigoló que se había quedado sin resuello y no hacía más que mirar desesperadamente por encima del hombro, como esperando a que su entrenador tirase la toalla. El vestuario de Minnie era excepcionalmente brillante, su rostro parecía excepcionalmente demacrado, y mucha gente se reía de ella. Como digo, Cora parece haberse inventado una madre que rebosa dignidad, y estos encuentros resultan muy crueles. Nos fuimos de inmediato. Cora no dijo una sola palabra durante todo el largo viaje de vuelta a casa.

Minnie debió de ser una mujer hermosa hace muchos años. Cora ha heredado de ella sus grandes ojos y su delicada nariz. Minnie viene a visitarnos dos o tres veces al año. No hace falta decir que si anunciase su llegada cerraríamos la casa y nos marcharíamos, pero mi suegra sabe perfectamente cómo hacer desgraciada a su hija, y por ello, con gran habilidad, convierte sus visitas en una sorpresa. Al día siguiente pasé la tarde en el jardín intentando leer a Henry James. A eso de las cinco oí detenerse un coche delante de nuestra casa. Poco después empezó a llover, y al entrar en la sala de estar vi a Minnie de pie junto a una ventana. La habitación estaba casi a oscuras, pero nadie se había molestado en encender la luz.

—Vaya, Minnie —exclamé—, cómo me alegro de verte, qué sorpresa tan agradable. Deja que te prepare algo de beber.

Encendí una lámpara y me di cuenta de que era Cora.

Mi mujer se volvió lentamente hacia mí con una mirada directa y elocuente, de total desconfianza. Podría haber pasado por una sonrisa si yo no supiera que la herí en lo más íntimo; si no hubiese notado la oleada de emoción que brotó de ella como brota la sangre de una herida.

—Lo siento muchísimo, cariño —dije—. Lo siento muchísimo. No veía bien.

Cora abandonó la habitación.

—Ha sido la oscuridad —insistí—. Se hizo de noche de repente cuando empezó a llover. Lo siento muchísimo, pero ha sido la oscuridad y la lluvia.

La oí subir la escalera sin molestarse en encender la luz y cerrar la puerta de nuestro cuarto.

Cuando vi a Cora a la mañana siguiente —y no volví a verla hasta entonces—, deduje, por la dolorosa crispación de su rostro, que para ella mi confusión había sido intencionada. Imagino que la herí tanto como Penumbra a mí cuando me llamó anticuado. A partir de entonces, su voz se hizo una octava más aguda, y empezó a hablarme —cuando me hablaba— con entonación cansada y musical, acompañando sus palabras con miradas acusadoras y tristes. Ahora bien: es posible que yo no hubiese notado nada de todo esto si hubiera continuado absorto en mi trabajo y volviendo a casa por las tardes muerto de cansancio. Conseguir un saludable equilibrio entre movimiento y observación era casi imposible al quedar mis oportunidades para la acción tan repentinamente truncadas. Continué con mi programa de lecturas serias, pero pasaba más de la mitad del tiempo observando las tribulaciones de Cora y el desorganizado funcionamiento de la casa. Una asistenta venía cuatro veces por semana, y cuando la vi barriendo el polvo bajo las alfombras y descabezando sueños en la cocina, me enfadé. No dije nada acerca de aquello, pero nuestras relaciones empezaron a hacerse poco cordiales. Lo mismo sucedió con el jardinero. Si yo me sentaba en el jardín a leer, venía a cortar la hierba debajo de mi silla; y le llevaba un día entero, a cuatro dólares la hora, cortar el césped, aunque yo sabía por propia experiencia que aquel trabajo se podía hacer en mucho menos tiempo. En cuanto a Cora, veía con toda claridad lo vacía y solitaria que resultaba su vida. Nunca salía a almorzar fuera. Nunca jugaba a las cartas. Arreglaba las flores, iba a la peluquería, cotilleaba con la criada y descansaba. Las cosas más insignificantes empezaron a irritarme y a ofenderme, y lo poco razonable de mi irritabilidad me molestaba doblemente. El ruido apenas perceptible de los inocentes pasos de Cora cuando deambulaba por la casa sin ir a ningún sitio en particular bastaba para ponerme de mal humor. Me molestaba incluso su manera de hablar.

—Tengo que *tratar de* arreglar las flores —decía—. Tengo que *tratar de* comprarme un sombrero. Tengo que *tratar de* que me hagan la permanente. Tengo que *tratar de* encontrar un bolso amarillo. —Al levantarse de la mesa después de

almorzar, decía—: Ahora *trataré de* tumbarme al sol. —Pero ¿por qué utilizaba el verbo tratar? El sol descendía a raudales desde el cielo sobre la terraza, donde había gran abundancia de muebles cómodos, y pocos minutos después de echarse en una hamaca, Cora se quedaba dormida. Al levantarse de la siesta, decía—: Tengo que *tratar de* que no me quemee el sol. —Y al entrar en la casa—: Ahora voy a *tratar de* bañarme.

Una tarde fui a la estación para ver llegar el tren de las seis y treinta y dos. Era el tren en el que yo solía volver a casa. Aparqué el coche junto a una larga fila de automóviles, conducidos en su mayor parte por amas de casa. Estaba muy nervioso. Yo no aguardaba a nadie, y las mujeres a mi alrededor esperaban únicamente a sus maridos, pero a mi modo de ver, aguardábamos algo mucho más importante. Daba toda la impresión de que el decorado estaba listo. Pete y Harry, los dos taxistas, aguardaban de pie junto a sus coches. Con ellos estaba el terrier de los Bruxton, un eterno vagabundo. El señor Winters, el factor, hablaba con Louisa Balcolm, la administradora de correos, que vive dos estaciones más allá en la línea del ferrocarril. Eran los actores secundarios, los tramoyistas y los curiosos que constituían la base del espectáculo. Yo no dejaba de mirar el reloj. El tren llegó por fin, y un momento después, una erupción, un borbotón de humanidad, salió por las puertas de la estación: tan numerosos y decididos, tan semejantes a los marineros que vuelven a casa después de faenar en el mar, tan apresurados, tan cariñosos, que me eché a reír de placer. Allí estaban todos, los bajos y los altos, los ricos y los pobres, los prudentes y los atolondrados, mis amigos y mis enemigos, y todos atravesaban las puertas con un paso tan ligero y unos ojos tan brillantes que comprendí que debía unirme a ellos. Simplemente, volvería a trabajar. Esta decisión hizo que me sintiera alegre y magnánimo, y cuando volví a casa me pareció por un momento que mi alegría era contagiosa. Cora, por primera vez en muchos días, habló con voz decidida y cálida, pero cuando le contesté, dijo, recuperando el tono musical:

—Hablabas con el pez de colores.

Así era, efectivamente. La hermosa sonrisa que creía destinada a mí, en realidad, iba dirigida a la pecera, y me pregunté si Cora no habría renunciado al mundo, a sus luces, a sus ciudades y al fragor de la vida real por aquel globo de cristal y su disparatado castillo. Observando cómo se inclinaba amorosamente sobre la pecera, tuve la clara impresión de que contemplaba con envidia aquel otro mundo.

Fui a Nueva York a la mañana siguiente, y llamé por teléfono a un amigo que siempre había elogiado mucho mi trabajo con Dynaflex. Me dijo que me pasara por su oficina a eso de las doce, supuse que para almorzar juntos.

—Quiero volver a trabajar —le dije—. Necesito que me ayudes.

—Bueno, eso no es nada fácil —respondió—. No es tan fácil como podría parecer. En primer lugar, no esperes mucha comprensión por parte de la gente. Todos

nuestros colegas saben la generosidad con que Penumbra te ha tratado. A la mayoría de nosotros nos gustaría cambiarnos contigo. Quiero decir que existe un comprensible porcentaje de envidia. A la gente no le apetece ayudar a alguien que está en una situación más cómoda que la suya. Y además, Penumbra quiere que sigas apartado de la profesión. Ignoro por qué, pero es un hecho, y cualquiera que te dé trabajo se verá en dificultades con Milltonium. Y, para seguir con las verdades desagradables, eres demasiado viejo. Nuestro presidente tiene veintisiete años. El mandamás de nuestro mayor competidor ha cumplido los treinta recientemente. ¿Por qué no te dedicas a pasarlo bien? ¿Por qué no te lo tomas con calma? Dedícate a dar la vuelta al mundo, por ejemplo.

Entonces le pregunté con humildad que si haciendo una inversión en su firma, digamos cincuenta mil dólares, podría encontrarme con un puesto de cierta responsabilidad. Mi amigo me obsequió con una gran sonrisa. Todo parecía muy sencillo.

—Me encantaría aceptar tus cincuenta mil —dijo alegremente—, pero en cuanto a encontrarte alguna ocupación, mucho me temo...

En ese momento entró su secretaria para decir que se le estaba haciendo tarde para el almuerzo.

Al salir de allí me detuve en un cruce como si estuviera esperando a que se pusiera en verde el semáforo, pero en realidad no esperaba nada. Me sentía aturdido. Lo que quería era comprarme un par de cartelones, como los de los hombres anuncio, y apuntar en ellos todas mis quejas. Describiría la falta de honradez de Penumbra, las amarguras de Cora, los insultos sufridos a manos del jardinero y de la criada, y lo cruelmente que se me había apartado de la corriente de la vida porque la moda exigía juventud e inexperiencia. Me colgaría los cartelones de los hombros para pasearme frente a la biblioteca pública de nueve a cinco, facilitando información más detallada a quienes manifestasen interés. Hubiese querido añadir una tormenta de nieve, vientos huracanados y el fragor de los truenos; me hubiera gustado convertirlo en un espectáculo.

Entré en un restaurante de una bocacalle para comer algo y tomar una copa. Era uno de esos sitios donde hombres solitarios comen pescado y marisco mientras leen el periódico de la tarde y, donde, a pesar de las luces de colores y de la música de fondo, el ambiente es muy tenso. El jefe de los camareros era un tipo enérgico salido del Corso di Roma. Andaba como un pato, golpeando el suelo con los tacones de sus zapatos italianos, y llevaba los hombros encorvados, como si le apretara la chaqueta. Le habló con aspereza al barman, quien inmediatamente le susurró a un camarero:

—¡Lo mataré! ¡Un día de estos lo voy a matar!

—Tú y yo —susurró el camarero—. Lo mataremos juntos.

La chica del guardarropa se unió a los susurros. También ella quería matar al encargado. Los conspiradores se dispersaron cuando reapareció el otro, pero el ambiente seguía siendo de rebelión. Me bebí un cóctel y pedí una ensalada, y

mientras me la traían me llamó la atención la voz de un hombre que hablaba apasionadamente en el reservado contiguo al mío. No tenía nada mejor que hacer, así que me puse a escucharlo.

—Me voy a Minneapolis —decía—. Tengo que ir a Minneapolis, y nada más llegar al hotel ya está sonando el teléfono. Llama para decirme que no funciona el calentador del agua. Yo estoy en Minneapolis y ella está en Long Island, y me pone una conferencia para decirme que no funciona el calentador del agua. Le pregunto que por qué no llama a un fontanero, y se echa a llorar. Se pasa llorando un cuarto de hora de conferencia, solo porque le sugiero que llame al fontanero. Bien; en cualquier caso, resulta que en Minneapolis hay una joyería muy buena y le compro unos pendientes. Zafiros. Ochocientos dólares. No me lo puedo permitir, pero tampoco me puedo permitir no comprarle regalos. Quiero decir que quizá gane ochocientos dólares en diez minutos, pero, como dice mi abogado, no me llevo más que la tercera parte de lo que gano, y por tanto, unos pendientes de ochocientos dólares me cuestan alrededor de los dos mil. El caso es que compro los pendientes, se los doy cuando llego a casa, y vamos a la fiesta de los Barnstable. Cuando volvemos a casa ha perdido uno de los pendientes. No sabe dónde. No le preocupa en absoluto. Ni siquiera desea llamar a los Barnstable para preguntar si por casualidad está allí el pendiente. No quiere molestarlos. Entonces yo digo que es como tirar el dinero y ella empieza a llorar, y dice que los zafiros son piedras frías, que ponen de manifiesto mi frialdad interior hacia ella. Dice que no ha habido amor en ese regalo; que no era un regalo de enamorado. Me ha bastado con entrar en una joyería y comprarlos, dice. No he gastado en ellos ni solicitud ni afecto. Entonces le pregunto si espera que le fabrique los pendientes, si quiere que me matricule en una escuela nocturna y aprenda a hacer uno de esos horribles brazaletes de plata. A martillazos. Ya sabes. Cada martillazo es una prueba de solicitud y de afecto. ¿Es eso lo que quiere, maldita sea? Y, claro, aquella noche volví a dormir en el cuarto de los huéspedes...

Seguí comiendo y escuchando. Esperaba a que el acompañante del narrador dijera algo, a que manifestara de alguna forma su simpatía o su aprobación, pero su silencio era total, y me pregunté por un momento si el ocupante del reservado no estaría hablando consigo mismo. Torcí el cuello para mirar al otro lado del tabique de separación, pero estaba demasiado al fondo para verlo.

—Tiene un dinero que no es suyo —continuó la voz—. Yo pago los impuestos por esa cantidad, y ella se lo gasta todo en ropa. Tiene cientos y cientos de trajes y de zapatos, tres abrigos de pieles y cuatro pelucas. *Cuatro*. Pero si yo me compro un traje, dice que estoy derrochando. Tengo que comprarme ropa de vez en cuando. Quiero decir que no puedo ir al despacho como si fuera un pordiosero. Pero si yo compro algo, estoy derrochando. El año pasado me compré un paraguas; solo trataba de no mojarme. Manirroto. El año anterior me compré un abrigo de entretiempo. Dilapidador. Ni siquiera puedo comprarme un disco, porque sé que me va a mandar al infierno por malgastar el dinero. Con mi sueldo, imagínate, con mi sueldo, solo

podemos desayunar beicon los domingos. El beicon está demasiado caro. Pero tendrías que ver los recibos del teléfono. Tiene una amiga, su compañera de cuarto en la universidad. Imagino que eran muy buenas amigas. Ahora vive en Roma, y Vera sigue llamándola por teléfono. El mes pasado, solo en llamadas a Roma, más de ochocientos dólares. Entonces le dije: «Vera, si tanto te gusta hablar con tu amiguita, ¿por qué no coges el avión y te vas a Roma? Saldría mucho más barato». Y ella me dijo: «No quiero ir a Roma. No me gusta nada. Es un sitio ruidoso y sucio».

»Pero ¿sabes?, cuando pienso en mi pasado y también en el suyo, me parece que esta situación tiene unas raíces muy antiguas. Mi abuela era una mujer muy independiente, tenía unas opiniones muy tajantes sobre los derechos de la mujer. Mi madre se matriculó a los treinta y dos años en la Facultad de Derecho y consiguió licenciarse. Nunca practicó la abogacía. Explicaba que había ido a la facultad para tener algo más en común con mi padre, pero lo que hizo en realidad fue destruir, *destruir* literalmente la poca ternura que aún quedaba entre ambos. Casi nunca estaba en casa, y cuando estaba no hacía más que estudiar para los exámenes. Siempre lo mismo: “Chist... Tu madre está estudiando”. Mi padre era un hombre solitario, pero hay una enorme cantidad de hombres solitarios por el mundo. No lo confiesan, por supuesto. ¿Hay alguien que diga la verdad? Te encuentras por la calle con un viejo amigo. Está terriblemente desmejorado. Es de asustar. La cara grisácea, se le cae el pelo y, por añadidura, tiene una tiritona. De manera que vas y le dices: “Charlie, Charlie, ¡qué buen aspecto tienes!”. Entonces él responde, temblando de pies a cabeza: “Nunca me he sentido mejor en mi vida, de verdad”. Y tú sigues tu camino, y él el suyo.

»Me doy cuenta de que no es fácil para Vera, pero ¿qué puedo hacer? Te lo digo en serio, a veces tengo miedo de que me haga daño; tengo miedo de que me abra la cabeza con una hacha mientras duermo. No por tratarse de mí, sino tan solo porque soy hombre. A veces pienso que las mujeres de hoy son las criaturas más desgraciadas de toda la historia de la humanidad. Quiero decir que están justo en medio del océano. La encontré, por ejemplo, besuqueándose con Pete Barnstable en la antecocina. Era la noche en que perdió el pendiente, la noche en que yo había vuelto de Minneapolis. Por eso, cuando volví a casa, antes de darme cuenta de que había perdido el pendiente, le pregunté qué era aquello, aquel besuquearse con Pete Barnstable. Entonces me dijo, *muy* emancipada, que era demasiado pedirle a una mujer que se conformara con las atenciones de un solo hombre. Entonces, dije yo, ¿qué pasa conmigo?, ¿eso también vale para mí, no?, quiero decir, si a ella le está permitido besuquearse con Pete Barnstable, ¿no se deduce de ahí que yo puedo irme con Mildred Renny al aparcamiento? Entonces dijo que yo estaba convirtiendo en basura todo lo que ella decía. Dijo que yo tenía una mente tan sucia que no se podía hablar conmigo. Luego me di cuenta de que había perdido el pendiente, después tuvimos la pelea sobre si los zafiros son unas piedras muy frías, y a continuación...

La voz se convirtió en un susurro y, al mismo tiempo, unas mujeres que ocupaban

el reservado del otro lado iniciaron un ruidoso y salvaje ataque contra una amiga común. Me hubiera gustado mucho ver la cara del hombre que contaba la historia, y llamé al camarero pidiéndole la cuenta, pero cuando salí del reservado ya se había ido, y nunca sabré qué aspecto tenía.

Cuando volví a casa dejé el coche en el garaje y entré por la puerta de la cocina. Cora estaba sentada a la mesa, inclinada sobre una fuente de chuletas. Tenía un bote de insecticida en la mano. No podría asegurarlo porque soy miope, pero creo que estaba rociando las chuletas con insecticida. Se sobresaltó al entrar yo, y para cuando me puse las gafas ya había dejado el bote sobre la mesa. Como yo ya había cometido un error muy grave a causa de la miopía, no deseaba volver a equivocarme; pero el insecticida estaba aún sobre la mesa, junto a la fuente de chuletas, y ese no era su sitio. Contenía un porcentaje muy alto de veneno contra el sistema nervioso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunté.

—¿Qué es lo que parece que estoy haciendo? —preguntó a su vez Cora, hablando siempre en una octava por encima del do mayor.

—Parecía que estuvieras sazonando las chuletas con insecticida —dije.

—Ya sé que no me consideras muy inteligente —replicó—, pero haz el favor de concederme un poco más de crédito que todo eso.

—Entonces, ¿qué haces con ese bote de insecticida? —pregunté.

—He estado rociando las rosas —contestó.

Me había derrotado, en cierta manera; me había derrotado y asustado. Estaba convencido de que la carne aderezada con una buena cantidad de aquel insecticida podía ser fatal. Había una posibilidad de que me muriera si comía las chuletas. Lo verdaderamente extraordinario, sin embargo, era que después de veinte años de matrimonio yo no conociera a Cora lo bastante bien como para saber si tenía o no la intención de asesinarme. Soy capaz de fiarme de un repartidor que veo por vez primera o de una mujer de la limpieza, pero no me fiaba de Cora. Los vientos dominantes no han logrado aún, al parecer, alejar de nuestro matrimonio el humo de la batalla. Me preparé un martini y me instalé en la sala de estar. Si realmente me hallaba en peligro, no me sería difícil eludirlo. No tenía más que irme a cenar al club. Retrospectivamente, la única explicación de que no me decidiera a hacerlo fueron las paredes azules de la habitación donde me encontraba. Se trata de un cuarto muy bonito, con amplias ventanas que dan sobre un césped muy cuidado, y desde las que se ven algunos árboles y el cielo. El orden de la habitación parecía imponer cierto orden en mi conducta, como si al ausentarme del comedor hubiese quebrantado de alguna forma el orden de las cosas. Si me marchaba a cenar al club, lo haría cediendo ante mis sospechas y echando a perder mis esperanzas, y yo estaba decidido a no desesperar. Las paredes azules del cuarto eran algo así como el símbolo de todo lo que ofendería yéndome al club y tomándome a solas un sándwich de carne en el bar.

Me comí una de las chuletas que había preparado mi mujer. Tenía un sabor peculiar, pero para entonces yo ya no era capaz de distinguir mis temores de la realidad. Estuve muy indispuerto aquella noche, pero pudo ser mi imaginación. Me pasé una hora en el cuarto de baño luchando con una indigestión aguda. Cora parecía estar dormida, pero al volver del cuarto de baño me di cuenta de que tenía los ojos abiertos. Estaba preocupado, y por la mañana me hice yo mismo el desayuno. La criada preparó el almuerzo, y parecía muy poco probable que quisiera envenenarme. Estuve leyendo a Henry James en el jardín, pero al acercarse la hora de la cena, me di cuenta de que volvía a dominarme el miedo. Fui a la antecocina a prepararme un cóctel. Cora se ocupaba de la cena, pero se hallaba en ese momento en otro sitio de la casa. En la cocina hay un armario para las escobas: me metí en él y cerré la puerta. En seguida oí los pasos de mi mujer, que volvía. Guardamos el insecticida en otro de los armarios de la cocina, y la oí abrirlo. Después salió al jardín y la oí mientras rociaba las rosas. Volvió a la cocina, pero no dejó el veneno en el armario. Mi campo de visión a través del agujero de la cerradura era limitado. Cora permaneció de espaldas mientras aderezaba la carne, y no podría decir si usó sal y pimienta o veneno mortífero. Después, mi mujer volvió al jardín y yo salí del armario. El insecticida no estaba sobre la mesa. Me fui al cuarto de estar, y entré en el comedor cuando la cena estuvo lista.

—¿No te parece que hace mucho calor? —le pregunté a mi mujer mientras me sentaba.

—Bueno —dijo Cora—, no podemos esperar sentirnos muy cómodos si nos escondemos en los armarios de las escobas, ¿no es cierto?

Procuré seguir sentado de manera natural, mordisqueé lo que había en mi plato, hice unos cuantos comentarios intrascendentes y conseguí llegar hasta el final de la comida. De vez en cuando, Cora me obsequiaba con una sonrisa tan serena como malévola. Después de cenar salí al jardín. Necesitaba ayuda, la necesitaba con urgencia y pensé en mi hija. Debo explicar que Flora hizo sus estudios secundarios en Florencia, en la Villa Mimosa, y que dejó el Smith College a mitad del primer año para irse a vivir con un hippy a una casa de vecindad del Lower East Side. Yo le mandaba una cantidad todos los meses y había prometido dejarla en paz, pero considerando lo peligroso de mi situación, me sentí en libertad para romper el compromiso. Se me ocurrió también que si llegaba a verla conseguiría persuadirla para que volviera con nosotros. La llamé por teléfono y le dije que necesitaba verla. Se mostró muy cordial y me invitó a ir a su casa a tomar el té.

Fui a almorzar a Nueva York al día siguiente, y pasé las primeras horas de la tarde en el club, jugando a las cartas y bebiendo whisky. Flora me había explicado lo que tenía que hacer, y tomé el metro por vez primera en muchos años. Todo resultaba muy extraño. Había pensado muchas veces en aquel primer encuentro con mi única hija y con el gran amor de su vida, encuentro que ahora estaba finalmente a punto de convertirse en realidad. En mis sueños, nuestra reunión tenía por escenario un club.

Su novio provendría de una buena familia. Flora sería feliz: tendría el rostro resplandeciente de una muchachita que se había enamorado por vez primera. Él sería un muchacho serio, aunque no demasiado; inteligente, bien parecido, y con la actitud enérgica de alguien que está a punto —literalmente— de hacer carrera. Yo era consciente de la estupidez de esos sueños, pero ¿resultaban tan vulgares y desquiciados como para hacer necesario rebatirlos en todos y en cada uno de sus puntos? ¿Era necesario cambiar el club por el peor barrio de la ciudad y sustituir al joven decidido por un hippy que se dejaba barba? Yo tenía amigos cuyas hijas se casaban con muchachos aceptables de familias conocidas. En el abarrotado metro me asaltó primero la envidia y luego el mal humor. ¿Por qué tenía que sucederme a mí aquel desastre? Yo quería a mi hija. El amor que sentía por ella era sin duda un sentimiento puro, intenso y natural. De repente sentí deseos de llorar. Para mi hija se habían abierto todas las puertas, había tenido ocasión de ver los paisajes más hermosos, había disfrutado, pensé, de la compañía de las personas con mayor capacidad para desarrollar sus propios talentos.

Llovía cuando salí del metro. Seguí las instrucciones de Flora y atravesé un barrio miserable hasta llegar a una casa de vecindad. Calculé que aquel edificio debía de tener unos ochenta años. Dos pulimentadas columnas de mármol sostenían un arco de estilo románico. El edificio incluso tenía un nombre. Se llamaba Edén. Vi al ángel con la espada de fuego, la pareja desnuda, los dos agachados, cubriéndose el sexo con las manos. ¿Masaccio? Aquello había sido cuando fuimos a Florencia para verla. Así que entré en el Edén como un ángel vengativo, pero nada más atravesar el arco románico me encontré en un corredor tan estrecho como las escalerillas de un submarino, y la influencia de la luz sobre mi estado de ánimo —siempre considerable— resultó en aquella ocasión muy negativa, porque la iluminación del portal era extraordinariamente rudimentaria y triste. En mis sueños aparecen con frecuencia tramos de escaleras, y los que comencé a subir en aquel momento tenían un aire descaradamente irreal. Oí hablar en español, el rugido del agua en un retrete, música y ladridos de perros.

Empujado por la indignación, o tal vez por lo que había bebido en el club, subí tres o cuatro tramos de escaleras a toda velocidad y de repente me quedé por completo sin aliento; tuve que detenerme y librar una humillante batalla para normalizar mi respiración. Pasaron varios minutos antes de que me fuera posible continuar, y subí el resto de los escalones muy despacio. Flora había clavado una de sus tarjetas de visita en la puerta con chinchetas. Llamé.

—Hola, papá —me saludó alegremente al abrir, y yo la besé en la frente. Hasta ahí todo iba bien; aquello tenía fuerza y autenticidad. En mi mente se agolparon los recuerdos, la imagen de todos los buenos momentos que habíamos compartido. La puerta de la calle daba a la cocina, y más allá había otra habitación—. Quiero presentarte a Peter —dijo ella.

—Hola —dijo Peter.

—¿Qué tal estás? —dije yo.

—Mira qué hemos hecho —declaró Flora—. ¿No es divino? Acabamos de terminarlo. Ha sido idea de Peter.

Lo que habían fabricado, lo que habían hecho, era comprar un esqueleto de una empresa de suministros médicos y pegar mariposas aquí y allá sobre sus huesos barnizados. Mis aficiones juveniles me permitieron reconocer algunos de los ejemplares utilizados, y también darme cuenta de que, por aquel entonces, yo no hubiese tenido dinero para comprar unas mariposas tan caras. Había una *Catagramme astarte* sobre un omóplato, una *Sapphira* en una de las órbitas y un buen grupo de *Appia zarinda* sobre el pubis.

—Maravilloso —dije, tratando de ocultar mi desagrado—. Maravilloso. —La idea de dos personas adultas pegando mariposas de mucho valor sobre los huesos barnizados de un pobre desconocido en lugar de dedicarse a alguna tarea útil me llenó de irritación. Me senté en una silla de lona y sonreí, contemplando a Flora—. ¿Qué tal estás, cariño?

—Muy bien, papá. Estupendamente.

Me abstuve de hacer ningún comentario sobre su manera de vestir o de peinarse. Iba toda de negro y llevaba el pelo completamente liso. La finalidad de aquel atavío o uniforme se me escapaba. No le sentaba bien. No resultaba nada favorecedor. Parecía tener un efecto negativo sobre su amor propio; daba la impresión de que estaba de luto y haciendo penitencia, de que era una declaración de su indiferencia ante las sedas que a mí me gusta ver usar a las mujeres; pero ¿qué razones tenía Flora para despreciar la ropa lujosa? El atavío de Peter era mucho más desconcertante. ¿Sería de procedencia italiana?, me pregunté. Los zapatos resultaban afeminados y la chaqueta demasiado corta, pero en conjunto su apariencia estaba más cerca de la de un chico de la calle del Londres del siglo XIX que de alguien que pasea por el Corso Vittorio Emmanuelle. Habría que exceptuar su pelo, sin embargo. Llevaba barba, bigote y largos rizos oscuros que hacían pensar en algún apóstol sin importancia en una representación de la *Pasión* de tercera categoría. Su rostro no era afeminado pero sí delicado, y a mi modo de ver, ponía de manifiesto una clara actitud de inhibición.

—¿Te apetece una taza de café, papá? —me preguntó Flora.

—No, gracias, cariño —dije—. ¿No tenéis nada para beber?

—Me temo que no —respondió ella.

—¿Sería Peter tan amable como para salir y comprar algo? —pregunté.

—Supongo que sí —contestó Peter con aire sombrío, y yo me dije a mí mismo que probablemente su descortesía no era intencionada.

Le di un billete de diez dólares y le pedí que comprara una botella de bourbon.

—No creo que tengan bourbon.

—En ese caso, compra whisky escocés.

—En este barrio se bebe sobre todo vino —dijo Peter.

Le lancé una mirada penetrante, llena de amabilidad, pensando en hacer que lo

asesinaran. Por lo que sé del mundo, todavía se pueden contratar asesinos profesionales, y me sentí dispuesto a pagar a alguien para que lo apuñalara o lo arrojase al vacío desde una azotea. Mi sonrisa era amplia, sincera y decididamente criminal, y el muchacho se puso un abrigo verde —otra pieza más de su disfraz— y desapareció.

—¿No te gusta? —preguntó Flora.

—Lo encuentro despreciable —respondí.

—Pero, papá, ¿si no lo conoces!

—Cariño, si llegara a conocerlo mejor, le retorcería el cuello.

—Es muy delicado y amable..., extraordinariamente generoso.

—Ya he visto que es muy sensible —señalé.

—Es la persona más cariñosa que he conocido.

—Me alegro, pero vamos a hablar de ti, ¿no te parece? No he venido aquí para hablar de Peter.

—Pero vivimos juntos, papá.

—Eso me han dicho. Pero yo he venido para saber algo de ti: cuáles son tus planes y todo lo demás. No van a parecerme mal, sean los que sean. Solo quiero saber cuáles son. No puedes pasarte toda la vida pegando mariposas en esqueletos. Todo lo que quiero saber es qué vas a hacer con tu vida.

—No lo sé, papá. —Levantó la cabeza—. Nadie de mi edad lo sabe.

—No estoy pidiendo a toda tu generación que me dé su punto de vista. Te pregunto a ti. Te pregunto qué te gustaría hacer en la vida. Te pregunto qué ideas tienes, con qué sueñas, cuáles son tus esperanzas.

—No lo sé, papá. Nadie de mi edad lo sabe.

—Me gustaría que dejaras a un lado al resto de tu generación. Conozco por lo menos a cincuenta chicas de tu edad que saben perfectamente lo que quieren hacer. Desean ser historiadoras, periodistas, médicas, amas de casa y madres. Quieren hacer algo útil.

Peter volvió con una botella de bourbon, pero no me devolvió el cambio. Me pregunté si sería codicia o simple distracción. No dije nada. Flora me trajo un vaso y un poco de agua, y yo les pregunté si querían beber conmigo.

—Apenas bebemos —respondió Peter.

—Está bien, eso me gusta —dije—. Mientras estabas fuera he estado hablando con Flora acerca de sus planes. Es decir, he descubierto que no tiene ninguno, y en vista de ello me la voy a llevar a Bullet Park hasta que sus ideas se aclaren un poco más.

—Voy a quedarme aquí con Peter —replicó Flora.

—Pero supongamos que Peter tuviera que marcharse —dije—. Supongamos que Peter recibiera una oferta interesante, algo que le permitiera pasar seis meses o un año en el extranjero..., ¿qué harías tú en ese caso?

—No, papá —respondió ella—, tú no serías capaz de hacer una cosa así, ¿verdad?

—Claro que sí, ya lo creo que lo haría —aseguré—. Haría cualquier cosa que me pareciese útil para lograr que recobraras el sentido común. ¿Te gustaría salir al extranjero, Peter?

—No lo sé —dijo él. No se puede decir que su expresión se animara, pero por un momento pareció hacer uso de su inteligencia—. Creo que me gustaría ir al Berlín oriental.

—¿Por qué?

—Me gustaría ir al Berlín oriental y dar mi pasaporte norteamericano a alguien con grandes dotes creativas —dijo—; un escritor, o un músico, y dejarlo escapar al mundo libre.

—¿Por qué no te pintas PAZ en el culo y te tiras desde un edificio de veinte pisos? —pregunté.

Fue una equivocación, un desastre, una catástrofe decir aquello, y me serví un poco más de bourbon.

—Lo siento —dije—. Estoy cansado. Mi oferta sigue en pie, sin embargo. Si quieres ir a Europa, Peter, pagaré los gastos con mucho gusto.

—No sé. Ya he estado allí. Quiero decir que lo he visto casi todo.

—Bueno, no lo olvides —dije—. Y en cuanto a ti, Flora, quiero que vengas a casa conmigo. Al menos por una semana o dos. Es todo lo que te pido. Dentro de diez años me echarás en cara que no te ayudara a salir de este lío. Dentro de diez años me preguntarás: «Papá, papá, ¿por qué me dejaste pasar los mejores años de mi vida en un barrio bajo?». No soporto la idea de que vengas a verme dentro de diez años y me culpes por no haberte forzado a seguir mis consejos.

—No pienso volver a casa.

—No puedes seguir aquí.

—Claro que puedo.

—Dejaré de mandarte la mensualidad.

—Me buscaré un empleo.

—¿Qué clase de empleo? No sabes ni escribir a máquina, ni taquigrafía; careces de experiencia mercantil, y ni siquiera podrías encargarte de una centralita telefónica.

—Puedo ocuparme de los ficheros en alguna oficina.

—¡Cielo santo! —rugí—. ¡Bendito sea Dios! Después de las clases de navegar y de las lecciones de esquí, después de los bailes y de las reuniones, después de un año en Florencia y de largos veranos en el mar; después de todo eso, resulta que lo que realmente quieres ser es una oficinista solterona, en el grado más bajo de la administración pública, una de esas personas cuya principal diversión consiste en ir una o dos veces al año a un restaurante chino de cuarta categoría con una docena de oficinistas también solteronas y ponerse un poco alegres con dos cócteles demasiado dulces.

Me dejé caer hacia atrás en el asiento y me serví un poco más de bourbon. Sentía un dolor muy agudo en el corazón, como si esa torpe víscera, después de superar

tantos malos tratos, fuera a dejarse vencer por la infelicidad. El dolor era muy intenso, y pensé que iba a morirme: no en aquel momento, no en aquella silla de lona, sino unos días más tarde, quizá en Bullet Park o en el cómodo lecho de un hospital. La idea no me asustó; me sirvió de consuelo. Yo me moriría, y al desaparecer por fin las zonas de tensión que yo representaba, mi hija, mi única hija podría tomar por fin posesión de su vida. Mi repentina desaparición le produciría pesar y temor. Mi muerte serviría para hacer de ella una persona madura. Volvería a la universidad, se incorporaría al coro, trabajaría en el periódico, haría amistad con chicas de su misma posición, se casaría con un muchacho inteligente lleno de proyectos audaces y que, en aquel momento, parecía tener que usar gafas, y tendría tres o cuatro niños que se criarían muy robustos. Mi hija sentiría mi muerte. Eso era lo que hacía falta: una desgracia repentina le demostraría la inutilidad de vivir en un barrio bajo, con un sujeto sin oficio ni beneficio.

—Vete a casa, papá —dijo Flora. Estaba llorando—. ¡Vete a casa, papá, y déjanos en paz! ¡Haz el favor de irte a casa, papá!

—Siempre he procurado entenderte —declaré—. Solías poner cuatro o cinco discos de una vez en Bullet Park y en cuanto empezaba a sonar la música te marchabas de casa. Nunca entendí por qué lo hacías hasta que una noche salí yo también a buscarte, y, andando por el césped, con la música saliendo por todas las ventanas, me pareció que lo había entendido. Quiero decir que se me ocurrió que ponías los discos y te ibas porque te gustaba oír la música saliendo por las ventanas. Me pareció que te gustaba, al volver del paseo, encontrarte con una casa donde sonaba la música. Tenía razón, ¿no es cierto? ¿Verdad que eso por lo menos lo entendí?

—Vete a casa, papá —repitió Flora—. Haz el favor de irte a casa.

—Y no creas que pienso solo en ti —proseguí—. Te necesito, Flora. Me haces mucha falta.

—Vete a casa, papá —dijo, y así lo hice.

Cené algo en Nueva York y volví a casa hacia las diez. Oí a Cora llenando el baño en el piso de arriba, y me di una ducha en el cuarto de baño que hay junto a la cocina. Cuando subí, Cora estaba sentada ante el tocador, cepillándose el pelo. Hasta ahora no me he acordado de decir que Cora es una mujer muy hermosa y que estoy enamorado de ella. Su cabello es de color rubio ceniza; tiene las cejas oscuras, los labios carnosos y unos ojos asombrosamente grandes, misteriosos y sugestivos, y colocados de una manera tan admirable que a veces pienso que se los puede quitar y guardarlos entre las páginas de un libro; que podría dejarlos sobre la mesa. La córnea tiene una suave tonalidad azul, y el azul de sus pupilas una profundidad nada frecuente. Es una mujer llena de gracia, aunque no sea alta. Fuma continuamente y lo ha hecho la mayor parte de su vida, pero maneja los cigarrillos con una torpeza

encantadora, como si en lugar de ser un hábito arraigado hubiese comenzado a fumar hace tan solo unos días. Sus brazos, sus piernas, su pecho: todo está bien proporcionado. La quiero muchísimo y queriéndola me doy cuenta de que el amor no sigue un proceso razonable. Cuando la vi por vez primera en una boda en el campo no se me había ocurrido enamorarme ni tenía deseos de hacerlo. Cora era una de las damas de honor. La boda se celebraba en un jardín. Cinco músicos vestidos de frac se hallaban semiocultos entre los rododendros. Se oía cómo en la carpa, instalada sobre la colina, los camareros estaban poniendo a enfriar el vino en cubos con hielo. Cora fue la segunda en llegar, y llevaba uno de esos vestidos extravagantes especialmente concebidos para ceremonias nupciales, como si el matrimonio ocupara por méritos propios un lugar único y misterioso en la historia de la moda. El vestido era azul, según creo recordar, con cosas colgando, y un sombrero de ala ancha completamente plano le cubría la pálida cabellera. Atravesó el césped tambaleándose con unos zapatos de tacones altos, sin dejar de mirar —tímida y compungidamente— el ramo de flores azules que llevaba, y cuando se colocó en el sitio que le correspondía, alzó el rostro, sonrió furtivamente a los invitados, y yo vi por vez primera sus enormes y misteriosos ojos, y se me ocurrió, también por primera vez, que quizá se los quitase y los guardara en un bolsillo.

—¿Quién es? —pregunté en voz alta—. ¿Quién es?

—Chist... —dijo alguien.

Quedé fascinado. Mi corazón y mi espíritu se pusieron a dar saltos. No vi absolutamente nada del resto de la ceremonia, y cuando terminó, crucé corriendo el césped a toda velocidad y me presenté. No me quedé contento hasta que aceptó casarse conmigo, un año después.

Ahora mi corazón y mi espíritu daban saltos mientras la veía cepillarse el pelo. Unos días antes había pensado que se escondía en el interior de una pecera. También sospeché que trataba de asesinarme. ¿Cómo podía abrazar con todo el ardor de mi mente y de mi corazón a alguien a quien consideraba sospechoso de asesinato? ¿Acaso abrazaba la desesperación, era aquella una pasión repugnante, era crueldad y no belleza lo que vi en sus enormes ojos en aquella boda, tantos años atrás? Con la imaginación había hecho de Cora un pez de colores, una asesina, y, ahora, al abrazarla, se convertía en un cisne, en una escalinata, en una fuente, en las fronteras sin protección y sin vigilancia que llevan al paraíso.

Pero me desperté a las tres sintiéndome terriblemente triste, y nada dispuesto a consagrarme ni a la tristeza, ni a la locura, ni a la melancolía, ni a la desesperación. Deseaba saborear triunfos, quería volver a descubrir el amor; salir al encuentro de todo lo que existe de sincero, de radiante y de cristalino en el mundo. La palabra «amor», el impulso de amar, fue creciendo dentro de mí en algún sitio por encima de la cintura. El amor parecía brotar de mí en todas direcciones, tan abundante como agua: amor por Cora, amor por mi hija, amor hacia todos mis amigos y vecinos, amor hacia Penumbra. Aquella tremenda ola de vitalidad no cabía dentro de la ortografía

tradicional, así que cogí uno de esos lápices indelebles para marcar la ropa y escribí «amor» en la pared. Escribí «amor» en la escalera, y «amor» en la despensa, en el horno, en la lavadora, y en la cafetera; y cuando Cora bajase por la mañana (yo no estaría allí), dondequiera que mirase leería «amor», «amor», «amor». Luego vi un prado muy verde y un arroyo resplandeciente bajo el sol. En la colina había casas con tejados de bálago y una iglesia de torre cuadrada, de manera que supuse que se trataba de Inglaterra. Desde el prado subí por la ladera hasta las calles, buscando la casa donde Cora y mi hija me esperaban. Pero había habido algún error. Nadie sabía quiénes eran. Pregunté también en la oficina de Correos, pero me dieron la misma respuesta. Entonces se me ocurrió que quizá estuvieran en la mansión del hidalgo. ¡Qué estúpido había sido! Salí del pueblo y ascendí por una suave ladera cubierta de césped hacia una casa de la época del rey Jorge, donde un mayordomo me dejó pasar. El hidalgo daba una fiesta. En el vestíbulo había unas veinticinco o treinta personas bebiendo jerez. Cogí una copa de una bandeja y miré alrededor buscando a Flora y a mi mujer, pero no estaban allí. Entonces le di las gracias al anfitrión y volví a descender la suave ladera de la colina, de vuelta hacia el prado y el arroyo resplandeciente; al llegar me tendí sobre la hierba y dormí plácidamente.

«MARITO IN CITTÀ»

Hace algunos años se hizo popular en Italia una canción titulada *Marito in città*. La melodía era simple y pegadiza. La letra decía así: «*La moglie ce ne va, marito poverino, solo in cittadina*», y se refería a los apuros de un hombre solo, con el acostumbrado tono alegre y humorístico, como si quedarse solo fuera una situación esencialmente cómica; algo así como engancharse en el anzuelo de una caña de pescar. El señor Estabrook oyó la canción mientras viajaba por Europa con su mujer (catorce días, diez ciudades), y por alguna caprichosa razón su memoria conservó un recuerdo indeleble de las palabras y de la música. No la olvidó, desde luego; de hecho, parecía incapaz de olvidarla, aunque su punto de vista sobre las posibilidades de la soledad era bien distinto.

La escena, el momento en que su mujer y sus cuatro hijos partieron camino de la montaña, tuvo el encanto, el aspecto ordenado, la sencillez ilusoria de la portada de una revista un poco anticuada. Todo resultaba previsible: la mañana de verano, la rubia, las maletas, la alegría en los ojos de los niños, la abundancia de cambio para pagar en las autopistas de peaje, algunas consideraciones rituales acerca del cambio de estación, acerca de otro anillo más en la edad del planeta. El señor Estabrook estrechó la mano de sus hijos, besó a su mujer y a sus hijas y contempló cómo el automóvil se ponía en movimiento por la avenida de grava con la impresión de que aquel instante era importante, de que si poseyera el don de escudriñar las fuerzas que intervenían en él, llegaría a algo muy parecido a una revelación. También en Roma, en París, en Londres y en Nueva York esposas e hijos estaban —se daba cuenta— poniéndose en camino del mar o de la montaña. Era un día laborable, de manera que encerró al perro, *Scamper*, en la cocina, y cogió el coche para ir a la estación, cantando por el camino: «*Marito in città, la moglie ce ne va*», etc.

Todo el mundo sabe lo que esta historia va a dar de sí, como es lógico: nunca llegará a trascender el ambiente caricaturesco de una tonada callejera, pero lo cierto es que las aspiraciones del señor Estabrook eran serias, sinceras y merecedoras de atención. Estaba familiarizado con la vasta y evangélica literatura sobre la soledad, y decidido a sacar partido a sus semanas de aislamiento. Limpiaría el telescopio y estudiaría las estrellas. Leería. Practicaría las variaciones de Bach para piano en dos partes. Aprendería —como un expatriado cuando insiste en que la desnudez y, en ocasiones, la angustia del alejamiento traen consigo muy altas posibilidades de autodescubrimiento— más cosas acerca de sí mismo. Observaría las costumbres migratorias de las aves, los cambios en el jardín, las nubes del cielo. El señor Estabrook tenía de sí mismo una imagen muy clara en la que su poder de observación se veía considerablemente aumentado a causa de la soledad. Cuando volvió a casa la

primera noche descubrió que *Scamper* se había escapado de la cocina y había dormido en un sofá de la sala de estar, manchándolo de barro y pelos. *Scamper* era un perro de raza indefinida, compañero favorito de sus hijos. El señor Estabrook le reprochó su conducta y dio la vuelta a los cojines del sofá. El problema inmediato con el que tuvo que enfrentarse es uno al que raramente se hace alusión en la literatura sobre la soledad: el problema de satisfacer sus apetitos más elementales. Esto significaba —bien a su pesar— dar la nota de la comicidad más burda, *O, marito in città*. No le costaba trabajo imaginarse con unos pantalones de estar por casa, instalando el telescopio en el jardín a la caída de la tarde, pero no lograba visualizar, en cambio, quién iba a dar de comer a aquel hombre tan seguro de sí mismo.

El señor Estabrook se hizo unos huevos fritos, pero descubrió que no era capaz de comérselos. Se preparó un cóctel con gran esmero y se lo bebió. Después volvió a los huevos, pero seguían dándole asco. Se bebió un segundo cóctel, e intentó enfrentarse con los huevos desde otro punto de vista, pero seguían pareciéndole repulsivos. Terminó por dárselos a *Scamper* y se dirigió en coche hasta un sitio en la autopista donde había un restaurante. Cuando entró allí, la música sonaba tan fuerte como si se tratara de un desfile, y la camarera estaba subida en una silla, colocando unas cortinas.

—Le atiendo en seguida —dijo—. Siéntese donde mejor le parezca.

El señor Estabrook escogió una de las cuarenta mesas vacías. No puede decirse en realidad que se sintiera decepcionado por su situación; normalmente se hallaba rodeado por un crecido número de hombres, mujeres y niños, y era algo completamente lógico que se sintiera, como de hecho se sentía, no ya solo, sino solitario. Teniendo en cuenta las repercusiones físicas y espirituales de aquel estado, le pareció extraño que únicamente existiera una palabra para designarlo. El señor Estabrook se sentía solo y sufría. La comida, más que mala, le resultó increíble. Se daba en ella esa total ausencia de semejanza con algo anterior que es la esencia de la insipidez. No pudo comer nada. Apartó el correoso bistec a la pimienta y pidió un helado para no herir los sentimientos de la camarera. La cena en el restaurante lo hizo pensar en todos los que —por torpeza o mala suerte— tienen que vivir solos y comer de esa manera todas las noches. Era una idea estremecedora, y el señor Estabrook decidió ir a un cine al aire libre.

El largo atardecer veraniego aún se prolongaba en la atmósfera con una suave luminosidad. El lucero de la tarde, suspendido del cielo sobre la enorme pantalla, parecía inclinarse un poco hacia los espectadores, creando una impresión de destino adverso. Borrosas por la luz del atardecer, las figuras y los animales de una película de dibujos se perseguían unos a otros, explotaban, cantaban, bailaban y tropezaban. Los primeros compases musicales y los títulos de crédito de la película que el señor Estabrook había ido a ver llegaron a término con el fin del crepúsculo, y luego, mientras cerraba la noche, una trama de increíble estupidez comenzó a perfilarse en la pantalla. La indignación moral del señor Estabrook ante aquella confluencia de

hambre, aburrimiento y soledad fue muy intensa, y pensó con tristeza en los hombres que se habían visto obligados a escribir el guión de la película, y en los esforzados actores a quienes se pagaba para recitar frases tan vulgares. Los veía apearse de sus coches descapotables en Beverly Hills, al terminar el día, completamente desanimados. Quince minutos fue todo lo que pudo resistir; luego se volvió a casa.

Scamper se había pasado del sofá a una silla, y había manchado de barro y pelos su tapicería de seda.

—*Scamper*, malo —lo regañó el señor Estabrook, y desde entonces empezó a tomar las precauciones que habría de repetir todas las noches para salvar los muebles. Puso un taburete patas arriba sobre el sofá, hizo lo mismo con las sillas tapizadas en seda, y colocó una papelera sobre el confidente del vestíbulo; en el comedor puso las sillas del revés sobre la mesa, como hacen en los restaurantes cuando friegan el suelo. Con las luces apagadas y los muebles boca abajo, la estabilidad de su casa parecía comprometida, y el señor Estabrook se sintió por un instante como un fantasma que ha vuelto para comprobar los terribles efectos del paso del tiempo.

Ya acostado, pensó, como es normal, en su esposa. La experiencia le había enseñado la conveniencia de que sus separaciones resultaran lo más efusivas posible, y dos días antes de su marcha se le había declarado; pero la señora Estabrook estaba cansada. Volvió a declararse a la noche siguiente. Su mujer pareció dispuesta a complacerlo, pero lo que en realidad hizo fue bajar a la cocina, meter cuatro mantas muy pesadas en la lavadora, fundir los plomos e inundar la casa. De pie junto a la puerta de la cocina, terriblemente decepcionado, el señor Estabrook se preguntó por qué había hecho aquello su mujer. ¡La pobrecilla no pretendía más que mostrarse esquiva! Mientras la contemplaba, recogiendo el agua del suelo de la cocina, con su figura llena de dignidad pero un tanto corpulenta, pensó que solo había querido, como cualquier ninfa, atravesar corriendo el bosque frondoso —manchas de sol y sombra sobre la espalda, el agua relampagueándole entre los pies—, pero como por aquellos días se cansaba muy pronto y tampoco había bosques frondosos, se había visto obligada a meter las manos en la lavadora. Al señor Estabrook nunca se le había pasado por la imaginación que la tendencia a mostrarse esquivas fuese en el sexo débil tan fuerte como entre los varones la de dar caza. Este atisbo de la realidad profunda de las cosas lo conmovió, y de alguna manera lo satisfizo, si bien es cierto que esa fue la única satisfacción que obtuvo aquella noche.

Hacer realidad la imagen de un hombre pulcro y seguro de sí mismo disfrutando de su soledad no era tarea fácil, pero lo cierto es que tampoco el señor Estabrook había esperado que lo fuera. La noche siguiente practicó las variaciones de Bach para piano hasta las once. Al otro día sacó el telescopio. No había sido capaz de resolver el problema de la alimentación, y en el espacio de una semana perdió más de seis kilos. Al apretarse el cinturón, los pantalones le hacían pliegues como si se tratara de una camisa. Se presentó con tres pares en la tintorería del pueblo. Ya habían cerrado la tienda, pero el dueño seguía allí, convertido en un hombre aplastado por la vida.

Había rasgado las fundas de encaje de las almohadas de la señora Hazelton, y había perdido las camisas de seda del señor Fitch. Tenía empeñados los útiles de trabajo, el sindicato le exigía un seguro de enfermedad, y todo lo que comía —hasta el yogur— parecía convertirse en fuego al llegarle al esófago. Habló con el señor Estabrook desesperanzadamente.

—Ya no tenemos sastre en nuestro establecimiento, pero hay una mujer en Maple Avenue que hace arreglos, la señora Zagreb. Su casa está en la esquina de Maple Avenue con Clinton Street. Tiene un anuncio puesto en la ventana.

La noche estaba oscura y era la época del año en que abundan las luciérnagas. La avenida de los Arces hacía honor a su nombre, y la espesura del follaje aumentaba la oscuridad de la calle. La casa de la esquina era de madera y tenía porche. Los arces crecían tan juntos que no había hierba en el jardín. El anuncio —ARREGLOS— ocupaba un lugar destacado en la ventana. El señor Estabrook tocó el timbre.

—Un momento —exclamó alguien. La voz era sonora y alegre. Una mujer abrió una puerta con una mano, mientras con la otra se restregaba el pelo (de color oscuro) con una toalla. Pareció sorprendida al verlo—. Pase —dijo—. Acabo de lavarme la cabeza.

El vestíbulo era diminuto, y el señor Estabrook la siguió hasta una pequeña sala de estar.

—Tengo unos pantalones que me gustaría reducir de cintura —dijo—. ¿Hace usted ese tipo de trabajo?

—Hago cualquier cosa —respondió ella riendo—. Pero ¿por qué pierde peso? ¿Es que está a dieta?

La señora Zagreb había dejado la toalla pero seguía sacudiendo el cabello y frotándose la cabeza con los dedos. Se movía por la habitación mientras hablaba, y parecía llenarla de desasosiego: una particularidad que a él podría haberle irritado tratándose de otra persona, pero que en ella resultaba graciosa, fascinante, como si se moviera impulsada por una necesidad íntima.

—No sigo ninguna dieta —dijo él.

—¿No estará enfermo? —Su preocupación fue inmediata y sincera; el señor Estabrook podría haber sido el más entrañable de sus amigos.

—No, no. Es que he estado tratando de cocinar.

—Pobrecillo. ¿Sabe qué medidas tiene?

—No.

—Bueno; tendré que tomárselas.

Moviendo todo el cuerpo y agitando el aire y los cabellos al andar, la señora Zagreb cruzó la habitación y sacó de un cajón un metro de color amarillo. Para tomar medidas de la cintura le pasó las manos por debajo de la chaqueta, un gesto que parecía cariñoso. Cuando tuvo el metro en la cintura, él la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. La señora Zagreb se limitó a reír y a agitar el pelo. Luego lo apartó suavemente, con un ademán que tenía mucho más de promesa que de negativa.

—Lo siento —dijo—. Esta noche, no, cariño. Esta noche no puede ser. —Cruzó la habitación y lo contempló desde el otro lado. Su rostro tenía una expresión de ternura y estaba como ensombrecido por la indecisión, pero cuando él se acercó, movió la cabeza vigorosamente en un gesto negativo—. No, no —dijo—. Esta noche, no. Por favor.

—Pero ¿volveré a verte?

—Claro que sí, pero no esta noche. —Se acercó a él y le acarició la mejilla—. Ahora vete. Yo te llamaré. Me gustas mucho, pero ahora vete.

El señor Estabrook salió de la casa a trompicones; estaba desconcertado, pero se sentía maravillosamente importante. Había pasado tres minutos en aquella casa, cuatro quizá, y ¿qué había sucedido, cómo habían advertido inmediatamente que existía entre ellos una afinidad de amantes? A él le había bastado con verla para excitarse; le había bastado su voz sonora y alegre. ¿Por qué habían sido capaces de moverse tan sin esfuerzo, tan directamente, el uno hacia el otro? Y ¿qué se había hecho con su sentido del bien y del mal, con su apasionado deseo de rectitud, de hombría de bien y, dentro de su estado, de castidad? El señor Estabrook pertenecía a la iglesia de Cristo, formaba parte de la junta rectora, comulgaba con frecuencia y devoción, y estaba sinceramente decidido a defender los artículos de la fe. Ya era culpable de pecado mortal. Pero mientras avanzaba en su automóvil bajo los arcos y a través de la noche de verano, no era capaz de descubrir dentro de sí, al examinarse atentamente, más que sentimientos de bondad y de magnanimidad, y una conciencia del mundo mucho más amplia. Al llegar a casa luchó con unos huevos revueltos, practicó las variaciones para piano y trató de dormir. «*O, marito in città!*».

Era el recuerdo del pecho de la señora Zagreb lo que lo atormentaba. Su suavidad y su fragancia parecían materializarse en el aire mientras trataba de conciliar el sueño, siguieron persiguiéndolo mientras dormía y, al despertarse, era como si su rostro estuviese sumergido en el pecho de la señora Zagreb que, resplandeciente como el mármol, ofrecía a sus sedientos labios sabores tan variados y tan dulces como las brisas de una noche de verano.

Por la mañana se duchó con agua fría, pero fue como si el pecho de la señora Zagreb estuviera esperándolo al otro lado de la cortina de la ducha. Más tarde descansó contra su mejilla mientras iba en el coche hasta la estación, leyó por encima de su hombro en el tren de las ocho treinta y tres, se agitó violentamente con él en el tren de enlace y en el metro, y le obsesionó durante toda la jornada de trabajo. El señor Estabrook pensó que iba a volverse loco. Nada más volver a casa, buscó el número de la señora Zagreb en la *Agenda Social* que su mujer tenía junto al teléfono, y la llamó.

—Sus pantalones están listos —le dijo ella—. Puede venir cuando quiera a recogerlos. Ahora mismo, si lo desea.

La señora Zagreb le pedía que fuera. La encontró en la sala de estar y ella le

entregó los pantalones. Entonces, al señor Estabrook lo invadió la timidez, y se preguntó si no habría inventado todo lo de la noche anterior. Allí no había más que una costurera viuda entregando unos pantalones a un hombre solitario, de mediana edad, en una casa de madera de Maple Avenue que necesitaba una mano de pintura. El mundo se regía por el sentido común, las pasiones legítimas y los artículos de fe. La señora Zagreb agitó la cabeza. Se trataba de una costumbre, por tanto, y no tenía nada que ver con el hecho de lavarse la cabeza. Después se apartó el cabello de la frente y se pasó los dedos por entre los rizos.

—Si tienes tiempo para tomar una copa —dijo—, encontrarás todas las cosas en la cocina.

—No me vendría nada mal —dijo él—. ¿Tomarás algo conmigo?

—Whisky con soda —respondió ella.

Sintiéndose simultáneamente triste, apesadumbrado, importante y prisionero de esas corrientes emocionales que nunca llegan a la superficie, el señor Estabrook fue a la cocina y preparó las bebidas. Cuando volvió al cuarto de estar, la señora Zagreb se hallaba en el sofá, y fue a reunirse con ella; le pareció sumergirse en su boca como si fuera un remolino, girar tres veces alrededor y lanzarse luego hasta el fondo con una maravillosa sensación de intemporalidad. El diálogo del amor repentino no parece variar mucho de un país a otro. En cualquier idioma se repite desde los dos extremos de una almohada, «Hola, hola, hola, hola, hola», como si se tratara de una conferencia transoceánica tan interminable como tierna, y la adúltera, estrechando al adúltero entre sus brazos, exclama: «Amor mío, ¿por qué tienes ese gesto de amargura?». Ella elogió sus cabellos, su cuello, la inclinación de su espalda. La señora Zagreb olía levemente a jabón —no a perfume—, y cuando el señor Estabrook lo dijo, respondió suavemente: «Nunca me pongo perfume cuando voy a hacer el amor». Subieron enlazados la estrecha escalera que llevaba a su dormitorio: la habitación más grande de una casa pequeña, y de reducidas dimensiones de todas formas; casi vacía, como un dormitorio de un hotelito veraniego, con muebles viejos repintados de blanco, y una alfombra muy gastada, también de color blanco. La elasticidad de la señora Zagreb y su eficiencia le parecieron una embriagadora fuente de pureza. El señor Estabrook llegó a la conclusión de que nunca había conocido una alma tan pura, tan generosa, tan valiente y tan sencilla. De manera que siguieron diciéndose «Hola, hola, hola, hola» hasta las tres, cuando ella le pidió que se marchara.

El señor Estabrook atravesó el jardín de su casa a eso de las tres y media o las cuatro. La luna estaba en cuarto creciente, soplaba una suave brisa, la luz era muy tenue, las nubes formaban una especie de playa, y las estrellas se filtraban a través de ella como conchas y cantos rodados. Alguna planta que florece en julio —*phlox* o *nicotiana*— había perfumado la atmósfera, y el significado de una luz tenue no había cambiado mucho desde los tiempos de su adolescencia; ahora, como entonces, parecía encerrar todas las posibilidades de un amor romántico. Pero ¿qué pasaba con

las condenas de su fe? Había incumplido su sagrado mandamiento, lo había incumplido repetidamente, con alegría, y volvería a hacerlo en cuanto se le presentara otra oportunidad; había cometido, por consiguiente, un pecado mortal, y su iglesia tendría que negarle los sacramentos. Pero no podía modificar su convencimiento de que la señora Zagreb, con toda su antigua sabiduría, poseía una pureza y una virtud muy poco comunes. Pero si realmente pensaba así tendría que dimitir de la junta, abandonar la iglesia, improvisar sus propios esquemas sobre el bien y el mal, e intentar organizarse la vida más allá de los artículos de fe. ¿No había conocido a otros adúlteros que se acercaban a comulgar? Ciertamente. ¿Es que su iglesia no era más que una convención social, un signo de disolución y de hipocresía, una manera de progresar social y económicamente? ¿Es que las conmovedoras palabras que se decían en las bodas y en los funerales no pasaban de meras costumbres y tenían tan poco de religiosidad como quitarse el sombrero en el ascensor de Brooks Brothers cuando entra una mujer? Bautizado, criado y educado dentro del dogma, al señor Estabrook le resultaba inimaginable la posibilidad de abandonar su fe. No existía otra explicación mejor para su profundo sentimiento del carácter milagroso de la existencia, para su confianza en ser el destinatario de un amor vigoroso y omnisciente, tan universal y resplandeciente como la luz del día. ¿Quizá debería pedirle al obispo sufragáneo una revisión de los diez mandamientos, para incluir en las oraciones de la comunidad eclesiástica alguna referencia especial a los sentimientos de magnanimidad y amor que llevan consigo las auténticas satisfacciones sexuales?

El señor Estabrook atravesó el jardín de su casa consciente de que la señora Zagreb le había proporcionado al menos la ilusión de interpretar un importante papel romántico; de que lo había hecho protagonista, dándole una extraordinaria ventaja sobre los diferentes mensajeros, mozos de cuerda y payasos de la monogamia, y no cabía la menor duda de que sus elogios le habían hecho perder la cabeza. El entusiasmo de la señora Zagreb por la inclinación de su espalda, ¿no era en realidad una astuta y despiadada explotación de la enorme, aunque soterrada, vanidad de los hombres? Estaba empezando a amanecer y, antes de meterse en la cama, el señor Estabrook se miró al espejo. No había duda: los elogios de la señora Zagreb no eran más que mentiras. Su abdomen presentaba una curva desalentadora. ¿O quizá no? Lo contrajo, lo distendió, lo examinó de frente y de perfil, y se fue a la cama.

Al día siguiente era sábado, y el señor Estabrook se confeccionó un plan de actividades: cortar el césped, podar los setos, partir algo de leña y pintar las contraventanas. Trabajó alegremente hasta las cinco, hora en la que decidió darse una ducha y beber algo. Su intención era hacerse unos huevos revueltos y, como el cielo estaba claro, instalar el telescopio; pero cuando terminó el whisky se acercó humildemente al teléfono y llamó a la señora Zagreb. La estuvo llamando a intervalos

de quince minutos hasta que se hizo de noche, y luego se acercó en coche hasta Maple Avenue. La luz del dormitorio estaba encendida. El resto de la casa se hallaba a oscuras. Un lujoso automóvil con un escudo oficial junto a la matrícula se encontraba aparcado bajo los arcos, y su chófer dormía en el asiento delantero.

Le habían pedido que realizara la colecta durante la Sagrada Eucaristía y así lo hizo, pero cuando se puso de rodillas para llevar a cabo su confesión general, no pudo admitir que lo que había hecho fuera una ofensa a la majestad divina; el peso de sus pecados no le resultaba intolerable; recordarlos no tenía nada de penoso. De manera que improvisó una culpable acción de gracias por la constancia y la inteligencia de su esposa, por los limpios ojos de sus hijos y por la flexibilidad de su amante. No se acercó a recibir la comunión, y cuando el sacerdote le dirigió una mirada inquisitiva, estuvo tentado de decir con toda claridad: «Mantengo unas relaciones adúlteras de las que no me avergüenzo». Se quedó leyendo los periódicos dominicales hasta las once, hora en que llamó a la señora Zagreb y ella le dijo que fuese cuando quisiera. Estaba allí al cabo de diez minutos y le dio un tremendo abrazo nada más cruzar el umbral.

—Vine anoche —le dijo.

—Supuse que quizá lo hicieras —respondió ella—. Conozco a muchos hombres. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto.

—Algún día, cogeré papel y pluma y escribiré todo lo que sé de los hombres. Después lo tiraré a la chimenea y le prenderé fuego.

—Pero si no tienes chimenea —dijo él.

—Es verdad —respondió ella; luego, durante el resto de la tarde y la mitad de la noche, apenas dijeron otra cosa que «Hola, hola, hola, hola».

Cuando el señor Estabrook volvió a casa por la tarde al día siguiente halló una carta de su mujer sobre la mesa del vestíbulo. Tuvo la impresión de ver su contenido sin necesidad de rasgar el sobre. La señora Estabrook le contaría inteligente y desapasionadamente que su antiguo amante, Olney Pratt, había regresado de Arabia Saudí y le había pedido que se casara con él. Su mujer deseaba recuperar la libertad y confiaba en que el señor Estabrook fuese comprensivo. Olney y ella nunca habían dejado de quererse, y no serían sinceros con su yo más auténtico si siguieran un día más diciéndole «no» a aquella pasión. Estaba segura de que podrían llegar a un acuerdo sobre cuál de los dos se quedaría con los niños. Él había sido un buen padre y un hombre paciente, pero no quería volver a verlo nunca.

Se quedó con la carta en la mano, pensando que la letra de su mujer manifestaba feminidad, inteligencia, penetración; pensando que era la letra de una mujer que pedía su libertad. Luego la abrió dispuesto a leer todo lo relativo a Olney Pratt, pero se encontró en cambio con lo siguiente: «Osito mío: las noches son terriblemente frías y echo de menos...». La carta seguía en el mismo tono a lo largo de dos páginas.

Todavía estaba leyéndola cuando llamaron al timbre. Era Doris Hamilton, una vecina.

—Sé que no contestas al teléfono y que no te gusta cenar fuera —dijo—, pero estoy decidida a que al menos comas bien un día y he venido a secuestrarte.

—De acuerdo —asintió él.

—Entonces, sube a darte una ducha mientras yo me preparo una copa —dijo ella—. Cenaremos langosta. Tía Molly nos ha mandado un montón esta mañana y vas a tener que ayudarnos. Eddie se irá al médico después de cenar, y tú te puedes volver a casa cuando quieras.

El señor Estabrook subió al piso de arriba e hizo lo que le habían dicho. Cuando se cambió y volvió a bajar, Doris se estaba tomando una copa en la sala de estar. Fueron a su casa cada uno en su propio coche. Cenaron en el jardín, a la luz de las velas. Recién duchado y con un traje limpio de lino, el señor Estabrook se sintió a gusto en el papel que el día anterior había rechazado con tanto apasionamiento. No era un papel de protagonista romántico, pero tenía un encanto sutil. Después de cenar, Eddie pidió disculpas por tener que ir al psiquiatra, cosa que hacía tres veces a la semana.

—Imagino que no habrás visto a nadie —dijo Doris—. Y que no estás al tanto de las habladurías.

—Es cierto, no he visto a nadie.

—Sí, ya lo sé. Te he oído practicar al piano. Bueno, Lois Spinner va a llevar a Frank a los tribunales, y está dispuesta a hacerle sudar tinta.

—¿Por qué?

—Bueno, Frank lleva algún tiempo liado con esa horrible mujerzuela, una criatura de lo más desagradable. Se estaban *dando de comer* el uno al otro. Ninguno de sus hijos quiere volver a verlo.

—Otros hombres han tenido queridas antes —dijo él, tanteando.

—El adulterio es un pecado mortal —repuso Doris alegremente—, y se castigó con la pena de muerte en muchas sociedades.

—¿También piensas así sobre el divorcio?

—Frank no tiene ninguna intención de casarse con esa cochina. Creía sencillamente que podría divertirse a su modo, que podría humillar a su familia, hacerlos desgraciados, herir sus sentimientos y luego volver a disfrutar de su afecto cuando se cansara del juego. Lo del divorcio no ha sido idea suya. Le ha suplicado a Lois que no se divorcie. Creo incluso que ha amenazado con suicidarse.

—He conocido a hombres que dividían sus atenciones entre su amante y su mujer —comentó el señor Estabrook.

—Apuesto a que no sabes de ningún caso en que eso tuviera éxito —dijo Doris.

El señor Estabrook no captó plenamente la cruel verdad contenida en dicha afirmación.

—El adulterio es un lugar común —dijo—. Es el tema de la mayor parte de nuestra literatura, de muchas de nuestras obras de teatro, de nuestras películas. Se han

escrito canciones muy populares sobre el adulterio.

—No te gustaría convertir tu vida en una comedia de bulevar, ¿no es cierto?

La autoridad con que Doris le hablaba lo asombró. Se ponía allí de manifiesto la fuerza irresistible del mundo legal, del equipo universitario, del club más elegante. De pronto, la imagen del dormitorio de la señora Zagreb, cuya desnudez le había parecido tan interesante, se le presentó con una luz muy poco agradable. Recordó que las cortinas de las ventanas tenían desgarrones, y que las manos que tanto lo habían elogiado eran ásperas y rechonchas. El desenfado sexual, que le había parecido la fuente de su pureza, se le antojaba ahora una enfermedad incurable. El cariño con que la señora Zagreb lo había tratado le pareció únicamente vicio y perversión. Ella se había mostrado lasciva ante su desnudez. Sentado en el jardín en aquella noche de verano, con su ropa limpia, pensó en la señora Estabrook, serena y pulcra, guiando a sus cuatro hijos, inteligentes y bien parecidos, por alguna galería de su propia imaginación. El adulterio era tan solo materia prima para farsas, música popular, locura y autodestrucción.

—Has sido muy amable al invitarme —dijo—. Creo que voy a irme ya. Tocaré el piano un rato, antes de acostarme.

—Te escucharé —dijo Doris—. Lo oigo con toda claridad a través del jardín.

Estaba sonando el teléfono cuando el señor Estabrook entró en casa.

—Estoy sola —dijo la señora Zagreb—, y he pensado que quizá te gustase tomar una copa.

Tardó muy pocos minutos en llegar, y se dejó arrastrar de nuevo hasta el fondo del mar, envuelto en aquella estupenda sensación de estar fuera del tiempo, inexpugnable ante los sufrimientos de la vida. Pero cuando llegó el momento de marcharse le dijo a la señora Zagreb que no podía volver a verla.

—Me parece perfecto —dijo ella. Y luego—: ¿Nunca se ha enamorado nadie de ti?

—Sí —respondió él—, una vez. Fue hace un par de años. Estuve en Indianápolis para organizar el programa de unos cursos, y tuve que convivir con un grupo de personas (era parte del trabajo); había entre ellos una mujer encantadora que cada vez que me veía se echaba a llorar. Lloró durante el desayuno. Lloró durante los cócteles, y también durante la cena. Fue terrible. Tuve que irme a un hotel y, naturalmente, nunca he podido contárselo a nadie.

—Buenas noches —dijo ella—, buenas noches y adiós.

—Buenas noches, amor mío —dijo él—, buenas noches y adiós.

Su mujer telefoneó la noche siguiente mientras él instalaba el telescopio. ¡Cuántas noticias! Volvían a casa al día siguiente. Su hija iba a anunciar su compromiso matrimonial con Frank Emmet. Querían casarse antes de Navidad. Tenían que hacerse fotografías, enviar notas a los periódicos, había que alquilar una carpa,

encargar vino, etc. Y su hijo había ganado las regatas de balandros del lunes, del martes y del miércoles. «Buenas noches, cariño», dijo su mujer, y él se dejó caer en la silla extraordinariamente satisfecho al ver realizadas tantas de sus aspiraciones. Quería mucho a su hija, le gustaba Frank Emmet, le gustaban incluso los padres de Frank Emmet, que eran personas de dinero, y la imagen de su querido hijo al timón, llevando el balandro hasta la meta después de dar la última bordada, lo colmaba de alegría. ¿Y la señora Zagreb? No sabría cómo navegar. Se engancharía con las velas, vomitaría con el viento en contra y se desmayaría en el camarote tan pronto como salieran a mar abierto. No debía de saber jugar al tenis. ¡Ni siquiera debía de saber esquiar! A continuación, el señor Estabrook desmanteló la sala de estar seguido por la atenta mirada de *Scamper*. Puso una papelera sobre el confidente del vestíbulo. Colocó las sillas del comedor sobre la mesa y apagó las luces. Andando por la casa con los muebles cabeza abajo, sintió de nuevo el desconcierto y el horror de alguien que ha vuelto a un sitio familiar y comprueba los terribles efectos del paso del tiempo. Después subió a acostarse, cantando: «*Marito in città, la moglie ce ne va, o, povero marito!*».

LA GEOMETRÍA DEL AMOR

Era una de esas tardes lluviosas en las que el departamento de juguetes de Woolworth's, en la Quinta Avenida, está lleno de mujeres que parecen recién salidas de un lecho adúltero, y en ese momento compran un regalo para su hijo pequeño antes de regresar a casa. Aquella tarde concreta había unas ocho o diez, bonitas, fragantes y bien vestidas, pero con el aire cariacontecido de las mujeres a quienes poco antes ha desnudado un caradura cualquiera en una anónima habitación de hotel del centro de la ciudad cuando están a punto de volver al hogar, a recibir los abrazos de un niño cariñoso. Era Charlie Mallory, que acababa de comprar un destornillador en el departamento de ferretería, quien había llegado a dicha conclusión. No era un juicio de orden moral. Se le ocurrió generalizar principalmente para conferir algún interés y animación a la lasitud de una tarde de lluvia. Las cosas iban muy despacio en su oficina. Después del almuerzo, había empleado su tiempo en reparar un fichero. Para eso quería el destornillador. Una vez formulada esa conjetura, miró más de cerca los rostros de las mujeres y le pareció hallar en ellos alguna confirmación de su fantasía. ¿Qué otra cosa que no fueran las congestiones y los desengaños del adulterio podía prestarles un aire tan espiritual, tan lloroso? ¿Por qué suspiraban tan profundamente al tocar las cosas con que juega la inocencia? Una de las mujeres llevaba un abrigo de piel parecido al que Mallory había regalado en Navidad a su mujer, Mathilda. Observando con más atención, vio que no solo era el abrigo de Mathilda, sino Mathilda en persona.

—Vaya, Mathilda —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella levantó la cabeza del pato de madera que había estado examinando. Lenta, muy lentamente, la mirada de disgusto de su rostro se transformó en ira y desdén.

—No me gusta que me espíen —dijo en voz alta, y las otras compradoras alzaron la mirada, disponiéndose a presenciar una escena.

Mallory se sintió perplejo.

—Pero si yo no te estoy espiando, cariño —repuso—. Yo solo...

—No hay nada más despreciable que seguir a la gente por la calle —dijo ella; su semblante y su tono de voz eran teatrales. Su auditorio permaneció atento, y rápidamente se sumaron al grupo las clientas de las secciones de ferretería y accesorios de jardín—. Perseguir a una mujer inocente por las calles es la ocupación más baja, enfermiza y vil que existe.

—Pero, cariño, estoy aquí por casualidad.

Ella rio despiadadamente.

—¿Por casualidad en la sección de juguetes de Woolworth's? ¿Esperas que me lo crea?

—Vengo de la sección de ferretería —explicó él—, pero eso no hace al caso. ¿Por qué no nos tomamos una copa y cogemos el tren temprano?

—Yo no tomo copas ni cojo el tren con un espía —replicó ella—. Voy a salir de estos almacenes, y si me sigues o me molestas de alguna forma, diré a la policía que te detenga y te metan en una celda.

Cogió y pagó el pato de madera y subió majestuosamente la escalera. Mallory esperó unos minutos y luego volvió a pie a la oficina.

Mallory era ingeniero y trabajaba por su cuenta, y aquella tarde su oficina estaba vacía: su secretaria se había marchado a Capri. En el contestador automático no había ningún mensaje para él. No había correo.

Estaba solo. Más que infeliz, se sentía atónito. No era que hubiera perdido el sentido de la realidad, sino que la realidad que observaba había perdido su coherencia y su simetría. ¿Cómo explicar racionalmente aquel grotesco encuentro en Woolworth's? Y así y todo, ¿cómo aceptar lo irracional? Ya había intentado en otras ocasiones recurrir al olvido, pero no podía olvidar la enérgica voz de Mathilda ni el extraño decorado del departamento de juguetes. Los malentendidos con su mujer eran dramáticos, se daban a menudo, y por lo general les hacía frente con su mejor voluntad, tratando de descifrar la serie de contingencias que habían culminado en aquella escena. Aquella tarde se sentía decaído. El encuentro parecía resistirse al análisis. ¿Qué podía hacer? ¿Consultar a un psiquiatra, a un consejero matrimonial, a un sacerdote? ¿Suicidarse? Con esta última idea en la cabeza, se acercó a la ventana.

El día seguía nublado y lluvioso, pero aún no había anochecido. El tráfico discurría lentamente. Vio pasar a sus pies una camioneta, luego un descapotable, un camión de mudanzas y un vehículo que anunciaba: LIMPIEZA EN SECO Y TINTE EUCLIDES. Este ilustre nombre lo llevó a pensar en el triángulo rectángulo, en los principios del análisis geométrico y la doctrina de la proporción de conmensurables e inconmensurables. Necesitaba una nueva forma de raciocinio, y Euclides podía echarle una mano. Si conseguía analizar sus problemas según los procedimientos geométricos, ¿no podría quizá resolverlos? ¿O crearía, al menos, un clima que condujera a la solución? Cogió una regla de cálculo y recurrió al sencillo teorema de que si dos de los lados de un triángulo son iguales, los ángulos opuestos a estos lados son también iguales; y a la inversa, si dos de los ángulos de un triángulo son iguales, los lados opuestos a ellos serán también iguales. Trazó una línea que representaba a Mathilda y los rasgos más sobresalientes que conocía de ella. La base del triángulo eran sus dos hijos, Randy y Priscilla. Él, por supuesto, venía a ser el tercer lado. El elemento crítico en la línea de Mathilda, que amenazaba con hacer su ángulo desigual a los de Randy y Priscilla, era el hecho de que desde hacía poco tiempo tenía un amante fantasma.

Era una impostura corriente entre las amas de casa de Remsen Park, donde ellos

vivían. Una o dos veces por semana, Mathilda se vestía con sus mejores galas, se ponía un poco de perfume francés y el abrigo de piel e iba a la ciudad en uno de los últimos trenes de la mañana. A veces comía con alguna amiga, pero por lo general almorzaba en uno de esos restaurantes franceses de las calles setenta tan concurridos por mujeres solas. Normalmente tomaba un cóctel o media botella de vino. Quería parecer disipada, misteriosa, una víctima de ese amargo acertijo que es el amor, pero, si algún desconocido ponía el ojo en ella, caía en un paroxismo de timidez, recordando casi con pánico su querido hogar, las caritas frescas de sus hijos, las begonias de los arriates. Por la tarde asistía a una función vespertina o veía alguna película extranjera. Prefería temas fuertes, que la dejaran emocionalmente exhausta, o, como ella solía decirse, «vacía». De vuelta a casa en uno de los últimos trenes, se mostraba tranquila y triste. A menudo lloraba mientras preparaba la cena, y si Mallory le preguntaba qué le ocurría, suspiraba por toda respuesta. Durante un tiempo, él sospechó algo, pero una tarde en que subía andando por Madison Avenue la vio con sus pieles tomando un bocadillo en la barra de un bar, y llegó a la conclusión de que las pupilas de sus ojos estaban dilatadas por la oscuridad de un cine y no por causa de una pasión amorosa. Era una impostura inofensiva y usual, y con un poco de caridad forzada se podía considerar incluso útil.

Así pues, la línea trazada por estos elementos formaba un ángulo con la línea que representaba a sus hijos, y lo único cierto en todo esto era que él los quería. ¡Los amaba! No podía concebir ignominia ni maldad capaces de separarlo de ellos. Al pensar en sus hijos, le parecían el mobiliario de su alma, dintel y tejado de su ser.

La línea que lo representaba a él era la más proclive a errores de cálculo. Se consideraba a sí mismo sincero, sano e instruido (¿quién era capaz de recordar tanto sobre Euclides?), pero al despertar por las mañanas con la sensación de ser útil e inocente, le bastaba hablar con Mathilda para que tanto optimismo se disipase. ¿Por qué sus propios ingenuos compromisos con la vida parecían hostigarlo hasta el punto de arrinconar lo mejor que había en él? ¿Por qué lo calumniaban llamándolo espía cuando simplemente vagaba al azar por el departamento de juguetes? Pensó que su triángulo tal vez le proporcionase la respuesta, y en cierto modo así fue. Los lados del triángulo, determinados por las informaciones pertinentes, eran iguales, y por tanto, también lo eran los ángulos opuestos a dichos lados. De pronto se sintió mucho menos perdido, más contento, esperanzado y magnánimo. Pensó, como todo el mundo piensa una o dos veces al año, que estaba empezando una nueva vida.

En el tren de vuelta a casa, se preguntó si le sería posible establecer analogías geométricas para el aburrimiento de los viajeros cotidianos, las necesidades del periódico vespertino y la apresurada carrera hacia el aparcamiento. Cuando por fin llegó, Mathilda ponía la mesa en el pequeño comedor. Sus primeras pullas se proponían anularlo: «Esquirol de Pinkerton^[21] —dijo—. Lapa». Él oyó sus palabras sin cólera, inquietud ni frustración. Era como si cayesen a unos pasos de donde él estaba. ¡Qué tranquilo se sentía, qué feliz! Incluso la angularidad de Mathilda parecía

conmovedora y amable; caprichosa criatura de la familia humana.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntaron sus hijos—. ¿Por qué, papá?

Dentro de poco, todo el mundo diría lo mismo: «¡Cómo ha cambiado Mallory. Qué feliz se lo ve!».

La noche siguiente, Mallory encontró en el desván un texto de geometría y refrescó sus conocimientos. El estudio de Euclides le proporcionó un estado de ánimo compasivo y tranquilo, y le enseñó, entre otras cosas, que la confusión y la desesperanza últimamente le habían ofuscado la mente y las emociones. Era consciente de que lo que consideraba un hallazgo podía muy bien ser una ilusión, pero seguía disfrutando de sus ventajas prácticas. Se sentía mucho mejor. Estimaba que había rectificado la distancia existente entre su realidad y aquellas otras que atormentaban su espíritu. Quizá de haber tenido una filosofía o alguna religión podría haber prescindido de la geometría, pero las prácticas religiosas de su vecindario le parecían tediosas y poco convincentes, y no sentía inclinación por la filosofía. La geometría le servía perfectamente para la metafísica del sufrimiento comprendido. La principal ventaja de esta consistía en que, una vez planteados en términos lineales, podía observar los talentos y los descontentos de Mathilda con ardor y comprensión. No era un triunfador, pero estaba completamente a salvo de convertirse en víctima. A medida que continuaba sus estudios y prácticas, descubrió que la brusquedad de los maîtres en los restaurantes, las frías almas de los oficinistas y la grosería de los agentes de tráfico no podían ya hacer mella en su tranquilidad, y que aquellos opresores, al percibir su fortaleza, se volvían a su vez menos bruscos, fríos y groseros. Era capaz de conservar durante todo el día la convicción de inocencia que lo embargaba todas las mañanas al despertarse. Pensó en escribir un libro sobre su descubrimiento: *La emoción euclidiana: geometría del sentimiento*.

Por esa época tuvo que ir a Chicago. El día era nublado y cogió el tren. Despertó un poco antes del alba, plenamente útil e inocente, miró por la ventanilla y vio una fábrica de ataúdes, un cementerio de coches, chabolas, campos de juegos invadidos por la broza, cerdos engordando con bellotas y, a lo lejos, la monumental tristeza de Gary, Indiana. El tedioso y melancólico espectáculo repercutió en su espíritu como una muestra de la estupidez humana. Nunca había aplicado su teorema al paisaje, pero descubrió que formando un paralelogramo con los componentes del momento podía ahuyentar la desolada panorámica hasta hacerla inofensiva, práctica e incluso encantadora. Desayunó copiosamente y tuvo una buena jornada de trabajo. Ese día no necesitó apelar a la geometría. Uno de sus socios de Chicago lo invitó a cenar. No se atrevió a rechazar la invitación, y a las seis y media estaba ante una casita de ladrillo visto, en una zona de la ciudad desconocida para él. Aun antes de que le abrieran la puerta presintió que iba a necesitar a Euclides.

Dentro, la anfitriona estaba llorando. Tenía una copa en la mano. «Está en la bodega», gimoteó, y entró en una salita sin indicar a Mallory dónde estaba la bodega ni cómo se llegaba a ella. La siguió a la sala. Ella se arrodilló y empezó a poner un

marbete en la pata de una silla. Mallory reparó en que la mayoría de los muebles estaban etiquetados. Las etiquetas decían: GUARDAMUEBLES DE CHICAGO. Bajo el encabezamiento, la mujer había escrito: «Propiedad de Helen Fells McGowen». McGowen era el apellido del amigo de Mallory.

—No pienso dejarle nada al muy h. d. p. —sollozó—. Ni una astilla.

—Hola, Mallory —dijo McGowen, cruzando la cocina—. No le hagas caso. Una o dos veces al año se enfada, etiqueta todos los muebles, y hace como que los va a guardar en un almacén, alquilar una habitación amueblada y trabajar en Marshall Field's.

—Qué sabrás tú —dijo ella.

—¿Alguna novedad? —preguntó McGowen.

—Acaba de telefonar Lois Mitchell. Harry se emborrachó y metió al gatito en el túrmix.

—¿Viene ella para aquí?

—Por supuesto.

Sonó el timbre de la puerta. Entró una mujer despeinada y con las mejillas húmedas.

—Oh, ha sido terrible —dijo—. Los niños estaban delante. El gatito era suyo, y lo adoraban. No me hubiera importado tanto si no hubiesen estado los niños.

—Vámonos de aquí —dijo McGowen, volviéndose hacia la cocina.

Mallory lo siguió; cruzaron la cocina, en la que no había el menor rastro de cena, y por una escalera bajaron a una bodega amueblada con una mesa de ping-pong, un televisor y un bar. McGowen le sirvió una copa.

—Ya ves, Helen era rica —dijo—. Es uno de sus problemas. Su familia era muy rica. Su padre tenía una cadena de lavanderías que llegaba hasta Denver. Introdujo espectáculos en directo en sus establecimientos: cantantes de folk, conjuntos de jazz... El sindicato de músicos empezó a meterse con él y lo perdió todo de la noche a la mañana. Ella sabe que voy tonteando por ahí, pero si no me acostase con otras mujeres, Mallory, no sería sincero conmigo mismo. Quiero decir que hubo una época en que me entendí con la Mitchell, esa que está arriba, la del gatito. Es fantástica. Si te apetece, puedo arreglarlo. Hará cualquier cosa por mí. Por lo general, le daba alguna cosilla. Diez pavos o una botella de whisky. Una vez, en Navidad, le regalé una pulsera. Mira, su marido anda con el rollo del suicidio, venga tomar somníferos, pero siempre le lavan el estómago a tiempo. Una vez intentó ahorcarse...

—Tengo que irme —dijo Mallory.

—Espera un poco, espera un poco —dijo McGowen—. Déjame que te endulce la copa.

—En serio, tengo que irme —insistió Mallory—. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Pero no has comido nada. Espera un poco y calentaré cualquier cosa.

—No hay tiempo —dijo Mallory—. Tengo mucho que hacer.

Y subió sin despedirse siquiera. La señora Mitchell se había ido, pero la mujer de

McGowen seguía colocando etiquetas en los muebles. Mallory salió y cogió un taxi de vuelta al hotel.

Sacó su regla de cálculo e intentó poner en términos lineales la embriaguez de la señora McGowen y el destino del gatito de los Mitchell, trazando la relación entre el volumen de un cono y el de su prisma circunscrito. ¡Oh, Euclides, ilumíname ahora! ¿Qué quería Mallory? Quería resplandor, belleza y orden, nada menos; quería racionalizar la imagen del señor Mitchell colgado del cuello. ¿Era exigente y cobarde el modo apasionado en que Mallory aborrecía la miseria? ¿Se equivocaba al buscar definiciones del bien y del mal, al creer en el inalienable poder del remordimiento, en la belleza de la piedad? Había un dilatadísimo número de imponderables en el cuadro, pero trató de limitar su ecuación a los hechos de la velada, y eso lo mantuvo ocupado hasta después de medianoche, hora en que se metió en la cama. Durmió bien.

La estancia en Chicago había sido un desastre por lo que se refería a los McGowen, pero económicamente había resultado provechosa, y los Mallory decidieron viajar, como solían hacer siempre que andaban bien de dinero. Fueron a Italia y se alojaron en un hotelito cerca de Sperlonga en el que ya habían estado en otra ocasión. Mallory estaba feliz, y no necesitó a Euclides en los diez días que pasaron en la costa. Antes del vuelo de regreso pasaron por Roma, y el último día fueron a comer a la Piazza del Popolo. Pidieron langosta, y se rieron, bebieron y rompieron con los dientes el caparazón del crustáceo, hasta el momento en que Mathilda se puso melancólica. Dejó escapar un sollozo y Mallory comprendió que iba a necesitar a Euclides otra vez.

Mathilda estaba taciturna, pero la tarde parecía prometer a Mallory que podría, gracias a su plan y a la geometría, aislar los componentes de la melancolía de su mujer. El restaurante ofrecía un espléndido campo para la investigación. El lugar era fragante y ordenado. Los demás clientes eran simpáticos italianos, todos ellos desconocidos, y supuso que carecían del poder de hacer que Mathilda se sintiese tan desgraciada como evidentemente se sentía. A ella le había gustado la langosta. La mantelería era blanca, la plata bruñida, y el camarero amable. Mallory examinó el local —las flores, las pilas de fruta, el tráfico en la plaza que se veía por la ventana— y no pudo hallar la causa de la tristeza y la amargura de Mathilda.

—¿Quieres un helado, una fruta? —le preguntó él.

—Si quiero algo, ya lo pediré —replicó ella, y lo hizo.

Llamó al camarero y, lanzando a Mallory una negra mirada, pidió un helado y un café para ella. Después de pagar la cuenta, Mallory le preguntó si quería un taxi.

—Qué idea tan estúpida —dijo ella, frunciendo el ceño con asco, como si le hubiera sugerido despilfarrar sus ahorros o exhibir a sus hijos en un escenario.

Volvieron andando al hotel, uno detrás del otro. La luz era brillante y el calor

intenso, y daba la impresión de que las calles de Roma siempre habían estado calientes y siempre lo estarían, hasta el fin del mundo. ¿Habría sido el calor la causa de su depresión?

—¿Te molesta el calor, cariño? —le preguntó, y ella se volvió y le contestó:

—Me pones enferma.

La dejó en el vestíbulo del hotel y se fue a un café.

Resolvió sus problemas con la regla de cálculo en el dorso de un menú. Al volver al hotel, ella había salido, pero regresó a las siete y se echó a llorar en cuanto llegó a la habitación. La geometría de la tarde le había demostrado a Mallory que la felicidad de su mujer, al igual que la suya y la de sus hijos, se resentía por culpa de una corriente de emoción caprichosa, insondable y submarina que serpenteaba misteriosamente a través del carácter de Mathilda y afloraba con turbulencia, a intervalos irregulares y sin causa conocida.

—Lo siento, cariño —dijo—. ¿Qué pasa?

—En esta ciudad, nadie entiende el inglés —respondió ella—. Absolutamente nadie. Me he perdido y he preguntado a unas quince personas el camino de vuelta al hotel, pero nadie me entendía.

Se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo. Tranquilo y feliz, él se instaló junto a la ventana a observar el paso de una nube con la forma exacta de una nube y el nacimiento de esa luz metálica que algunas veces cubre los cielos de Roma justo antes del anochecer.

Algunos días después del regreso de Italia, Mallory tuvo que volver a Chicago. Terminó sus asuntos en un día —evitó a McGowen— y cogió el tren de las cuatro en punto. A las cuatro y media aproximadamente se encaminó al vagón cafetería para beber algo, y al ver a lo lejos las formas de Gary, repitió aquel teorema que la vez anterior había logrado corregir el ángulo de su relación con el paisaje de Indiana. Pidió una copa y miró por la ventanilla en dirección a Gary. No había nada que ver. Debido a algún error de cálculo, no solo le había arrebatado sus poderes a Gary, sino que la había perdido de vista. No había lluvia, bruma ni oscuridad repentina que justificasen el hecho de que para sus ojos la ventanilla del tren estuviese vacía, Indiana se había esfumado. Se volvió hacía una mujer que se hallaba a su izquierda y le preguntó:

—Eso es Gary, ¿verdad?

—Claro —dijo ella—. ¿Qué le pasa? ¿No lo ve?

Un triángulo isósceles suavizó la aspereza con que le había respondido la mujer, pero no vio rastro de las demás ciudades del itinerario. Volvió a su compartimento solo y asustado. Sepultó la cara entre las manos, y al levantarla pudo ver con toda claridad las luces del paso a nivel y de los pueblecitos, pero nunca había usado la geometría para aquellas cosas.

Aproximadamente una semana más tarde, Mallory enfermó. Su secretaria, que había vuelto de Capri, lo encontró inconsciente en el suelo de la oficina. Llamó a una ambulancia. Lo operaron y su estado fue considerado crítico. No pudo recibir visitas hasta pasados diez días, y la primera en ir a verlo fue, por supuesto, Mathilda. Él había perdido veinticinco centímetros del tracto intestinal, y tenía tubos sujetos a ambos brazos.

—Vaya, tienes un aspecto estupendo —exclamó Mathilda, fingiendo una expresión distraída para ocultar su consternación y sobresalto—. Qué habitación tan agradable, con estas paredes amarillas. Si uno cae enfermo, supongo que es mejor que sea en Nueva York. ¿Te acuerdas de aquel horrible hospital de pueblo en que nacieron los niños?

Se sentó, pero no en una silla, sino en el alféizar de la ventana. Mallory se recordó a sí mismo que nunca había oído hablar de un amor capaz de templar un poco el poder divisorio que el dolor tiene; un amor que pudiese salvar la distancia que separa al sano del enfermo.

—En casa todo va estupendamente —dijo ella—. Nadie parece echarle de menos.

Como era la primera vez que estaba gravemente enfermo, ignoraba las pocas dotes de su mujer como enfermera. Era como si se tomase a mal el hecho de que él estuviera enfermo, pero Mallory interpretó su enfado como una torpe expresión de amor. Mathilda nunca había sabido disimular, y no logró ocultar que consideraba egoísta la enfermedad de su esposo.

—¡Qué suerte tienes! —dijo ella—. Me refiero a que es una suerte que esto te haya pasado en Nueva York. Dispones de los mejores médicos y enfermeras, y este debe de ser uno de los mejores hospitales del mundo. En realidad, no tienes que preocuparte de nada. Te lo dan todo hecho. Por una vez en la vida, ojalá pudiera quedarme en cama una o dos semanas bien atendida.

Era Mathilda quien hablaba, su querida Mathilda, fidelísima a sí misma en su angularidad, en aquel lícito interés por su propia persona, interés que ninguna fuerza del amor podía explicar o atemperar. Así era ella, y él agradeció la falta de sentimentalismo que mostraba. En la habitación entró entonces una enfermera con una taza de caldo en una bandeja. Le puso una servilleta bajo la barbilla y se preparó para darle de comer, ya que él no podía mover los brazos.

—Oh, déjeme a mí, déjeme —dijo Mathilda—. Es lo menos que puedo hacer.

Era la primera manifestación de que tenía algo que ver con la patética escena (a pesar de las paredes amarillas). Cogió de manos de la enfermera el cuenco de caldo y la cuchara.

—Hum, qué bien huele —dijo—. Me dan ganas de tomármelo yo. Se supone que la comida de los hospitales es espantosa, pero esta parece ser una excepción.

Acercó una cucharada a la boca de Mallory, y entonces, aunque no fue culpa suya, derramó la taza de caldo sobre el pecho y las sábanas de su marido.

Llamó a la enfermera y luego frotó enérgicamente la mancha de su blusa. Cuando

la enfermera comenzó la lenta y complicada tarea de cambiar la ropa de la cama, Mathilda miró su reloj y comprobó que era hora de irse.

—Vendré mañana —dijo—. Les diré a los niños que estás muy bien.

Era su Mathilda, y lo comprendía, pero cuando se hubo marchado advirtió que la comprensión tal vez no bastase para soportar otra visita suya. Sintió claramente que la convalecencia de sus intestinos había sufrido un revés. Mathilda era capaz incluso de acelerar su muerte. Cuando la enfermera terminó de cambiarle y le dio otra taza de caldo, Mallory le pidió que le acercara la agenda y la regla de cálculo que tenía en el bolsillo de su traje. Trazó una sencilla analogía geométrica entre su amor por Mathilda y su miedo a la muerte.

Al parecer, surtió efecto. A las once de la mañana siguiente, llegó Mathilda y él la vio y la escuchó, pero ella había perdido la virtud de trastornarlo. Había rectificado el ángulo de su esposa. Ella se había acicalado para su amante fantasma, y siguió ponderándole el buen aspecto y la inmensa suerte que tenía. Le indicó que le hacía falta un afeitado. Cuando se fue, Mallory preguntó a la enfermera si podía llamar al barbero. Ella le explicó que este solo venía los miércoles y los viernes, y que los enfermeros estaban en huelga. Le procuró un espejo, jabón y una maquinilla de afeitar, y Mallory vio su rostro por primera vez desde el ataque. Al verse demacrado, recurrió de nuevo a la geometría e intentó formar una ecuación entre su voraz apetito, sus esperanzas sin límite y la fragilidad de su cuerpo. Razonó con todo cuidado, porque era consciente de que un error como el cometido en el caso de Gary pondría fin a los acontecimientos que habían comenzado cuando pasó bajo su ventana aquella camioneta de LIMPIEZA EN SECO Y TINTE EUCLIDES. Desde el hospital, Mathilda fue primero a un restaurante y más tarde al cine, y cuando regresó a casa, la mujer de la limpieza le dijo que Mallory había muerto.

EL NADADOR

Era uno de esos domingos de mitad de verano en que todo el mundo repite: «Anoche bebí demasiado». Lo susurraban los feligreses al salir de la iglesia, se oía de labios del mismo párroco mientras se despojaba de la sotana en la sacristía, así como en los campos de golf y en las pistas de tenis, y también en la reserva natural donde el jefe del grupo Audubon sufría los efectos de una terrible resaca.

—Bebí demasiado —decía Donald Westerhazy.

—Todos bebimos demasiado —decía Lucinda Merrill.

—Debió de ser el vino —explicaba Helen Westerhazy—. Bebí demasiado clarete.

El escenario de este último diálogo era el borde de la piscina de los Westerhazy, cuya agua, procedente de un pozo artesiano con un alto porcentaje de hierro, tenía una suave tonalidad verde. El tiempo era espléndido. Hacia el oeste se amontonaban las nubes, tan parecidas a una ciudad vista desde lejos —desde el puente de un barco que se aproximara— que podían haber tenido un nombre. Lisboa. Hackensack. El sol calentaba. Neddy Merrill, sentado en el borde de la piscina, tenía una mano dentro del agua, y sostenía con la otra una copa: ginebra. Neddy era un hombre enjuto que parecía conservar aún la peculiar esbeltez de la juventud, y, aunque los días de su adolescencia quedaban ya muy lejos, aquella mañana se había deslizado por el pasamanos de la escalera, y en su camino hacia el olor a café que salía del comedor, había dado un sonoro beso en la bronceada espalda a la Afrodita del vestíbulo. Podría habérselo comparado con un día de verano, en especial con las últimas horas de uno de ellos, y aunque le faltase una raqueta de tenis o una vela hinchada por el viento, la impresión era, decididamente, de juventud, de vida deportiva y de buen tiempo. Había estado nadando y ahora respiraba hondo, como si fuera capaz de almacenar en sus pulmones los ingredientes de aquel momento, el calor del sol, y la intensidad de su propio placer. Era como si todo le cupiera dentro del pecho. Doce kilómetros hacia el sur, en Bullet Park, estaba su casa, donde sus cuatro hermosas hijas habrían terminado de almorzar y quizá jugasen al tenis en aquel momento. Fue entonces cuando se le ocurrió que si atajaba por el suroeste podría llegar nadando hasta allí.

No había nada de opresivo en la vida de Neddy, y el placer que le produjo aquella idea no puede explicarse reduciéndola a una simple posibilidad de evasión. Le pareció ver, con mentalidad de cartógrafo, la línea de piscinas, la corriente casi subterránea que iba describiendo una curva por todo el condado. Se trataba de un descubrimiento, de una contribución a la geografía moderna, y le pondría el nombre de Lucinda, en honor a su esposa. Neddy no era ni estúpido ni partidario de las bromas pesadas, pero tenía una clara tendencia a la originalidad, y se consideraba a sí mismo —de manera vaga y sin darle apenas importancia— una figura legendaria. El

día era realmente maravilloso, y le pareció que un baño prolongado serviría para acrecentar y celebrar su belleza.

Se desprendió del suéter que le colgaba de los hombros y se tiró de cabeza a la piscina. Neddy sentía un inexplicable desprecio por los hombres que no se tiran de cabeza. Nadó a crol pero de forma poco organizada, respirando unas veces con cada brazada y otras solo en la cuarta, y sin dejar de contar, de manera casi subconsciente, el un-dos, un-dos, del movimiento de los pies. No era un estilo muy apropiado para largas distancias, pero la utilización doméstica de la natación ha gravado ese deporte con ciertas costumbres, y en la parte del mundo donde habitaba Neddy, el crol era lo habitual. Sentirse abrazado y sostenido por el agua verde y cristalina, más que un placer, suponía la vuelta a un estado normal de cosas, y a Neddy le hubiese gustado nadar sin bañador, pero eso no resultaba posible, debido a la naturaleza de su proyecto. Salió a pulso de la piscina por el otro extremo —nunca usaba la escalerilla—, y comenzó a cruzar el césped. Cuando Lucinda le preguntó que adónde iba, respondió que iría nadando hasta casa.

Solo podía utilizar mapas imaginarios o sus recuerdos de los mapas reales, pero eso era suficiente. Primero estaban los Graham, y a continuación los Hammer, los Lear, los Howland, y los Crosscup. Cruzaría Ditmar Street para llegar a casa de los Bunker y después de andar un poco pasaría por casa de los Levy y de los Welcher, para utilizar así también la piscina pública de Lancaster. Luego venían los Halloran, los Sachs, los Biswanger, Shirley Adams, los Gilmartin y los Clyde. El día era estupendo, y vivir en un mundo con tan generosas reservas de agua parecía poner de manifiesto la misericordia y la caridad del universo. Neddy se sentía en plena forma, y atravesó el césped corriendo. Volver a casa utilizando un camino desacostumbrado lo hacía sentirse peregrino, explorador; lo hacía sentirse un hombre con un destino, y estaba seguro de encontrar amigos a lo largo de todo el trayecto; no tenía la menor duda de que sus amigos ocuparían las orillas del río Lucinda.

Atravesó el seto que separaba la propiedad de los Westerhazy de la de los Graham, anduvo bajo algunos manzanos en flor, pasó junto al cobertizo que albergaba la bomba y el filtro y salió al lado de la piscina de los Graham.

—¡Hola, Neddy! —dijo la señora Graham—, ¡qué agradable sorpresa! Me he pasado toda la mañana tratando de hablar contigo por teléfono. Déjame que te prepare algo de beber.

Neddy comprendió entonces que, como cualquier explorador, necesitaría hacer uso de toda su diplomacia para conseguir que la hospitalidad y las costumbres de los nativos no le impidieran llegar a su destino. No deseaba desconcertar a los Graham ni mostrarse antipático, pero tampoco disponía de tiempo para quedarse allí. Hizo un largo en la piscina y se reunió con ellos al sol; unos minutos más tarde, la llegada de dos automóviles cargados de amigos que venían de Connecticut le facilitó las cosas. Mientras todos se saludaban efusiva y ruidosamente, Neddy pudo escabullirse. Salió por la puerta principal de la finca de los Graham, pasó por encima de un seto

espinoso y cruzó un solar vacío para llegar a casa de los Hammer. La dueña de la casa, al levantar la vista de las rosas, vio a alguien que pasaba nadando, pero no llegó a saber de quién se trataba. Los Lear lo oyeron cruzar la piscina a nado a través de las ventanas abiertas de la sala de estar. Los Howland y los Crosscup habían salido. Al dejar la casa de los Howland, Neddy cruzó Ditmar Street y se dirigió hacia la finca de los Bunker, desde donde, ya a aquella distancia, le llegaba el alboroto de una fiesta.

El agua devolvía el sonido de las voces y de las risas, y daba la impresión de dejarlas suspendidas en el aire. La piscina de los Bunker estaba en alto, y Neddy tuvo que subir unos cuantos escalones hasta llegar a la terraza, donde unas veinticinco o treinta personas charlaban y bebían. Rusty Towers era el único que se hallaba dentro del agua, flotando sobre una balsa de goma. ¡Qué hermosas eran las orillas del río Lucinda y qué maravillosa vegetación crecía en ellas! Acaudalados hombres y mujeres se reunían junto a sus aguas color zafiro, mientras serviciales criaturas de blancas chaquetas les servían ginebra fría. Sobre sus cabezas, una avioneta roja de las que se utilizaban para dar clases de vuelo daba vueltas y más vueltas, y sus evoluciones hacían pensar en el regocijo de un niño subido en un columpio. Ned sintió un momentáneo afecto por aquella escena, una ternura que era casi como una sensación física, motivada por algo tangible. Oyó un trueno a lo lejos. Enid Bunker se puso a gritar nada más verlo.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! Cuando Lucinda dijo que no podías venir, creí que iba a morirme.

Neddy se abrió camino entre la multitud en su dirección, y cuando terminaron de besarse, Enid lo llevó hacia el bar; avanzaron lentamente porque Ned tuvo que pararse para besar a otras ocho o diez mujeres y estrechar la mano de otros tantos hombres. Un barman sonriente que había visto ya antes en un centenar de fiestas le dio una ginebra con tónica, y Ned se quedó allí un instante, temeroso de tener que participar en alguna conversación que pudiera retrasar su viaje. Cuando parecía que iba a verse rodeado, se tiró a la piscina y nadó pegado al borde para evitar la balsa de Rusty. Al salir por el otro lado se cruzó con los Tomlinson; los obsequió con una cordial sonrisa, y echó a andar rápidamente por el sendero del jardín. La grava le hacía daño en los pies, pero esa era la única sensación desagradable. La fiesta se celebraba únicamente en los alrededores de la piscina y, al llegar junto a la casa, Ned notó que se había debilitado el sonido de las voces. En la cocina de los Bunker alguien oía por la radio un partido de béisbol. Domingo por la tarde. Tuvo que avanzar en zigzag entre los coches aparcados y llegó hasta Alewives Lane siguiendo el césped que bordeaba el camino de grava de los Bunker. Ned no quería que lo vieran en la carretera en traje de baño, pero no había tráfico y cruzó en seguida los pocos metros que lo separaban del sendero de grava de los Levy, con un cartel de PROPIEDAD PRIVADA y un recipiente cilíndrico de color verde para el *New York Times*. Todas las puertas y las ventanas de la amplia casa estaban abiertas, pero no había signos de vida; ni siquiera un perro que ladrara. Ned rodeó el edificio y al llegar a la

piscina vio que los Levy acababan de marcharse. Sobre una mesa al otro extremo de la piscina, cerca de un cenador adornado con linternas japonesas, había una mesa con vasos, botellas y platos con cacahuètes, almendras y avellanas. Después de atravesar la piscina a nado, Ned se sirvió ginebra en un vaso. Era la cuarta o la quinta copa, y había nadado aproximadamente la mitad del curso del río Lucinda. Se sentía cansado, limpio, y, en ese momento, satisfecho de encontrarse solo; satisfecho con el mundo en general.

Iba a haber una tormenta. La masa de nubes —aquella ciudad— se había elevado y oscurecido, y mientras descansaba allí un momento, oyó otra vez el retumbar de un trueno. La avioneta roja seguía dando vueltas, y a Ned casi le parecía oír la risa placentera del piloto flotando en el aire de la tarde; pero al oír el fragor de otro trueno se puso de nuevo en movimiento. El pitido de un tren lo hizo preguntarse qué hora sería. ¿Las cuatro, las cinco? Se imaginó la estación local, donde, en ese momento, un camarero con el esmoquin oculto bajo un impermeable, un enano con un ramo de flores envuelto en papel de periódico y una mujer que había llorado esperarían el tren de cercanías. Estaba oscureciendo de pronto; era el instante en que los pájaros más estúpidos parecían transformar su canto en un anuncio, preciso y bien informado, de la proximidad de la tormenta. Se produjo entonces un agradable ruido de agua cayendo desde la copa de un roble, como si alguien hubiera abierto una espita. Después, el ruido como de fuentes se extendió a las copas de todos los árboles altos. ¿Por qué le gustaban las tormentas? ¿Por qué se animaba tanto cuando las puertas se abrían con violencia y el viento que arrastraba gotas de lluvia trepaba a empellones por las escaleras? ¿Por qué la simple tarea de cerrar las ventanas de una casa antigua le parecía tan necesaria y urgente? ¿Por qué los primeros compases húmedos de un viento de tormenta constituían siempre el anuncio de alguna buena nueva, de algún suceso reconfortante y alegre? En seguida se oyó una explosión, acompañada de un olor como de pólvora, y la lluvia azotó las linternas japonesas que la señora Levy había comprado en Kyoto dos años antes, ¿o hacía solo un año?

Ned se quedó en el cenador de los Levy hasta que pasó la tormenta. La lluvia había enfriado el aire, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. La fuerza del viento había arrancado las hojas secas y amarillas de un arce y las había esparcido sobre la hierba y el agua. Como estaban aún a mitad de verano, Ned supuso que el árbol se hallaba enfermo, pero sintió una extraña tristeza ante ese signo del otoño. Hizo unos movimientos gimnásticos, apuró la ginebra y se dirigió hacia la piscina de los Welcher. Eso significaba cruzar el picadero de los Lindley, y le sorprendió encontrar la hierba demasiado crecida y los obstáculos desmantelados. Se preguntó si los Lindley habrían vendido sus caballos o si se habrían ausentado durante el verano, dejando sus animales al cuidado de otras personas. Le pareció recordar que había oído algo acerca de los Lindley y de sus caballos, pero no sabía exactamente qué. Siguió adelante, notando la hierba húmeda contra los pies descalzos, en dirección a la casa de los Welcher, donde se encontró con que la piscina estaba vacía.

Esa ruptura en la continuidad de su río imaginario le produjo una absurda decepción, y se sintió como un explorador que busca las fuentes de un torrente y encuentra un cauce seco. Ned notó que lo dominaba el desconcierto y la decepción. Era bastante normal que los vecinos de aquella zona se marcharan durante el verano, pero nadie vaciaba la piscina. Los Welcher se habían ido definitivamente. Las sillas, las mesas y las hamacas de la piscina estaban dobladas, amontonadas y cubiertas con lonas. Los vestuarios, cerrados, y lo mismo sucedía con todas las ventanas de la casa, y cuando la rodeó hasta llegar al camino de grava que llevaba hasta la puerta principal se encontró con un cartel que decía: «SE VENDE», clavado en un árbol. ¿Cuándo había oído hablar de los Welcher por última vez? ¿Cuándo —habría que decir, más exactamente— Lucinda y él se habían disculpado por última vez al recibir una invitación suya para cenar? No daba la impresión de que hubiese transcurrido más de una semana. ¿Le fallaba la memoria o la tenía tan disciplinada contra los sucesos desagradables que llegaba a falsear la realidad? A lo lejos oyó que alguien jugaba un partido de tenis. Aquello lo animó, disipando todas sus aprensiones, y permitiéndole enfrentarse con indiferencia al cielo oscurecido y al aire frío. Aquel era el día en que Neddy Merrill iba a atravesar a nado el condado. ¡Aquel día, precisamente! De inmediato inició la etapa más difícil de su viaje.

Alguien que hubiese salido a pasear en coche aquella tarde de domingo podría haberlo visto, casi desnudo, en la cuneta de la autopista 424, esperando una oportunidad para cruzar al otro lado. Podría habersele creído la víctima de alguna apuesta insensata, o una persona a quien se le ha estropeado el coche, o, simplemente, un chiflado. Junto al asfalto, con los pies descalzos —entre latas de cerveza vacías, trapos sucios y parches para neumáticos desechados—, expuesto al ridículo, resultaba penoso. Ned sabía desde el principio que aquello era parte de su recorrido, que figuraba en sus mapas, pero al enfrentarse con las largas filas de coches que culebreaban bajo la luz del verano, descubrió que no estaba preparado psicológicamente. Los ocupantes de los automóviles se reían de él, lo tomaban a broma, y llegaron incluso a tirarle una lata de cerveza, y él no tenía ni dignidad ni humor que aportar a aquella situación. Podría haberse vuelto atrás, regresar a casa de los Westerhazy, donde Lucinda estaría aún sentada al sol. No había firmado nada, no había prometido nada, no se había apostado nada, ni siquiera consigo mismo. ¿Por qué, creyendo como creía que toda humana testarudez era susceptible de ceder ante el sentido común, se sabía incapaz de volver atrás? ¿Por qué estaba decidido a terminar el recorrido, aun a costa de poner en peligro su vida? ¿En qué momento aquella travesura, aquella broma, aquella payasada se había convertido en algo muy serio? No estaba en condiciones de volver atrás, ni siquiera recordaba con claridad las verdes aguas de la piscina de los Westerhazy, ni el placer de aspirar los componentes de aquel día, ni las serenas y amistosas voces que se lamentaban de haber bebido

demasiado. En una hora aproximadamente, Ned había cubierto una distancia que hacía imposible el regreso.

Un anciano que conducía a veinticinco kilómetros por hora le permitió llegar hasta la mediana de la autopista, donde había una tira de césped. Allí se vio expuesto a las bromas del tráfico que avanzaba en dirección contraria, pero al cabo de unos diez minutos o un cuarto de hora consiguió cruzar. Desde allí solo tenía que andar un poco para llegar al centro recreativo situado a las afueras de Lancaster, que disponía de varios frontones y de una piscina pública.

La peculiar resonancia de las voces cerca del agua, la sensación de brillantez y de tiempo detenido eran las mismas que anteriormente en casa de los Bunker, pero aquí los sonidos resultaban más fuertes, más agrios y más penetrantes, y tan pronto como entró en aquel espacio abarrotado de gente, Ned tuvo que someterse a las molestias de la reglamentación: «TODOS LOS BAÑISTAS TIENEN QUE DUCHARSE ANTES DE USAR LA PISCINA. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN UTILIZAR EL PEDILUVIO. TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN LLEVAR LA PLACA DE IDENTIFICACIÓN». Ned se duchó, se lavó los pies en una oscura y desagradable solución y llegó hasta el borde de la piscina. Apestaba a cloro y le recordó a un fregadero. Sendos monitores, desde sus respectivas torres, hacían sonar sus silbatos a intervalos aparentemente regulares, insultando además a los bañistas mediante un sistema de megafonía. Ned recordó con nostalgia las aguas color zafiro de los Bunker y pensó que podía contaminarse —echar a perder su prosperidad y disminuir su atractivo personal— nadando en aquella ciénaga, pero recordó que era un explorador, un peregrino, y que aquello no pasaba de ser un remanso de aguas estancadas en el río Lucinda. Se tiró al cloro con ceñuda expresión de disgusto y no le quedó más remedio que nadar con la cabeza fuera para evitar colisiones, pero incluso así lo empujaron, lo salpicaron y le dieron codazos. Cuando llegó al lado menos profundo de la piscina, los dos monitores le estaban gritando:

—¡A ver, ese, ese que no lleva placa de identificación, que salga del agua!

Ned lo hizo así, pero los otros no estaban en condiciones de perseguirlo, y, dejando atrás el desagradable olor de las cremas bronceaduras y del cloro, saltó una valla de poca altura y atravesó los frontones. Le bastó cruzar la carretera para entrar en la parte arbolada de la propiedad de los Halloran. Nadie se había preocupado de arrancar la maleza que crecía entre los árboles, y tuvo que avanzar con grandes precauciones hasta llegar al césped y al seto de hayas recortadas que rodeaba la piscina.

Los Halloran eran amigos suyos; se trataba de unas personas de edad avanzada y enormemente ricos, que se sentían felices cuando alguien los consideraba sospechosos de filocomunismo. Eran reformadores llenos de celo, pero no comunistas; sin embargo, cuando alguien los acusaba de subversivos, como sucedía a veces, parecían agradecerlo y sentirse rejuvenecidos. Las hojas del seto de haya también se habían vuelto amarillas, y Ned supuso que probablemente padecían la misma enfermedad que el arce de los Levy. Gritó «¡hola!» dos veces para que los

Halloran advirtieran su presencia y de esa forma la invasión de su intimidad no resultara demasiado brusca. Los Halloran, por razones que nunca le habían sido explicadas, no utilizaban trajes de baño. En realidad, no hacía falta ninguna explicación. Su desnudez era un detalle de su celo reformista libre de prejuicios, y Ned se quitó cortésmente el bañador antes de entrar en el espacio limitado por el seto de hayas.

La señora Halloran, una mujer corpulenta de cabello blanco y expresión serena, leía el *Times*. Su marido sacaba hojas de haya de la piscina con una red. No parecieron ni sorprendidos ni disgustados al verlo. Su piscina era quizá la más antigua del condado, un rectángulo construido con piedras cogidas del campo, alimentado por un arroyo. Carecía de filtro o de bomba, y sus aguas tenían la dorada opacidad de la corriente.

—Estoy atravesando a nado el condado —dijo Ned.

—Vaya, no sabía que se pudiera hacer eso —exclamó la señora Halloran.

—Bueno, he empezado en casa de los Westerhazy —dijo Ned—. Debo de haber recorrido unos seis kilómetros.

Dejó el bañador junto al extremo más hondo de la piscina, fue andando hasta el otro lado y nadó aquella distancia. Mientras salía a pulso del agua, oyó decir a la señora Halloran:

—Sentimos mucho que te hayan ido tan mal las cosas, Neddy.

—¿Lo mal que me han ido las cosas? No sé de qué me está usted hablando.

—¿No? Hemos oído que has vendido la casa y que tus pobres hijas...

—No recuerdo haber vendido la casa —dijo Ned—. En cuanto a las chicas, no les ha pasado nada, que yo sepa.

—Sí —suspiró la señora Halloran—. Claro...

Su voz llenaba el aire con una melancolía intemporal, y Ned la interrumpió precipitadamente:

—Gracias por el baño.

—Que tengas una travesía agradable —dijo la señora Halloran.

Al otro lado del seto, Ned se puso el bañador y tuvo que apretárselo. Le estaba un poco grande, y se preguntó si era posible que hubiera perdido peso en una tarde. Tenía frío, estaba cansado, y la desnudez de los Halloran y el agua oscura de su piscina lo habían deprimido. Aquella travesía era demasiado para sus fuerzas, pero ¿cómo podía haberlo previsto mientras se deslizaba aquella mañana por el pasamanos de la escalera o cuando estaba sentado al sol en casa de los Westerhazy? Los brazos no le respondían. Las piernas parecían de goma y le dolían las articulaciones. Lo peor de todo era el frío en los huesos y la sensación de que nunca volvería a entrar en calor. Caían hojas de los árboles y el viento le trajo olor a humo. ¿Quién podía estar quemando hojarasca en aquella época del año?

Necesitaba un trago. El whisky lo calentaría, le levantaría el ánimo, lo sostendría hasta el final de su viaje, renovaría su convicción de que atravesar a nado aquella

zona era un proyecto original que exigía valor. Los nadadores que recorren grandes distancias toman coñac. Necesitaba un estimulante. Cruzó la zona de césped delante de la casa de los Halloran, y siguió andando hasta el pabellón que habían construido para Helen, su única hija, y para su marido, Erich Sachs. Ned encontró a los Sachs en su piscina, que era bastante pequeña.

—¡Neddy! —exclamó Helen—. ¿Has almorzado en casa de mi madre?

—No exactamente —dijo Ned—. He entrado un momento a saludar a tus padres. —No parecía que hiciese falta dar más explicaciones—. Siento mucho presentarme así de sorpresa, pero me ha dado un escalofrío de pronto y me preguntaba si podríais ofrecerme una copa.

—Me encantaría hacerlo —dijo Helen—, pero no tenemos nada para beber desde la operación de Eric. Y de eso hace ya tres años.

¿Estaba perdiendo la memoria, o era acaso que su capacidad para ignorar acontecimientos penosos le había permitido olvidarse de la venta de su casa, de las dificultades de sus hijas, y de la enfermedad de su amigo Eric? La mirada de Ned se desplazó del rostro de Eric a su vientre, donde vio tres cicatrices antiguas, más blancas que el resto de la piel, dos de ellas de treinta centímetros de largo por lo menos. El ombligo había desaparecido, y Ned pensó en el desconcierto de una mano inquisitiva que, al buscar en la cama a las tres de la mañana los atributos masculinos, se encontrara con un vientre sin ombligo, sin unión con el pasado, sin continuidad en la sucesión natural de los seres.

—Estoy segura de que encontrarás algo de beber en casa de los Biswanger —dijo Helen—. Dan una fiesta por todo lo alto. Se los oye desde aquí. ¡Escucha!

Helen alzó la cabeza, y desde el otro lado de la carretera, desde el otro lado de los jardines, de los bosques, de los campos, Ned oyó de nuevo el ruido, lleno de resonancias, de las voces cerca del agua.

—Bueno, voy a darme un remojón —dijo, notando que carecía aún de libertad para decidir sobre su manera de viajar. Se tiró de cabeza al agua fría y faltándole el aliento, casi a punto de ahogarse, cruzó la piscina de un extremo a otro—. Lucinda y yo tenemos muchas ganas de veros —dijo vuelto de espaldas, con el cuerpo orientado ya hacia la casa de los Biswanger—. Sentimos mucho que haya pasado tanto tiempo sin vernos, y os llamaremos cualquier día de estos.

Ned tuvo que cruzar algunos campos hasta la casa de los Biswanger y los sonidos festivos que salían de ella. Sería un honor para los dueños ofrecerle una copa, se sentirían felices de darle de beber. Los Biswanger los invitaban a cenar —a Lucinda y a él— cuatro veces al año con seis semanas de anticipación. Ellos nunca aceptaban, pero los Biswanger continuaban enviando invitaciones como si fueran incapaces de comprender las rígidas y antidemocráticas normas de la sociedad en la que vivían. Pertenecían a ese tipo de personas que hablan de precios durante los cócteles, que se hacen confidencias sobre inversiones bursátiles durante la cena y que después cuentan chistes verdes cuando están presentes las señoras. No pertenecían al grupo de

amistades de Neddy; ni siquiera figuraban en la lista de personas a las que Lucinda enviaba felicitaciones de Navidad. Se dirigió hacia la piscina con sentimientos a mitad de camino entre la conciencia de su superioridad y el deseo de mostrarse amable, y también con algún desasosiego porque parecía que estaba oscureciendo y, sin embargo, aquellos eran los días más largos del año. La fiesta era ruidosa y había mucha gente. Grace Biswanger pertenecía al tipo de anfitriona que invitaba al óptico, al veterinario, al corredor de fincas y al dentista. No había nadie nadando en la piscina, y el crepúsculo, al reflejarse en el agua, despedía un brillo invernal. Ned se dirigió hacia el bar. Cuando Grace Biswanger lo vio, avanzó hacia él, pero no con gesto afectuoso, como él había esperado, sino de la forma más hostil imaginable.

—Vaya, en esta fiesta hay de todo —comentó alzando mucho la voz—, incluso personas que se cuelan.

Grace no estaba en condiciones de hacerle un feo social, no tenía ni la más remota posibilidad, de manera que Ned no se echó atrás.

—En mi calidad de gorrón —preguntó cortésmente—, ¿tengo derecho a tomar una copa?

—Haga lo que guste —dijo ella—. No parece que las invitaciones signifiquen mucho para usted.

Le dio la espalda y se reunió con otros invitados. Ned se acercó al bar y pidió un whisky. El barman se lo sirvió, pero de forma descortés. El mundo de Ned era un mundo en el que los camareros estaban al tanto de los matices sociales, y verse desairado por un barman a media jornada significaba haber perdido puntos en la escala social. O quizá aquel hombre era novato y le faltaba información. En seguida oyó cómo Grace decía a su espalda:

—Se arruinaron de la noche a la mañana; no les quedó más que su sueldo, y él apareció borracho un domingo y nos pidió que le prestáramos cinco mil dólares...

Siempre hablando de dinero. Aquello era peor que llevarse el cuchillo a la boca. Ned se zambulló en la piscina, hizo un largo y se marchó.

La siguiente piscina de la lista, la antepenúltima, pertenecía a su antigua amante, Shirley Adams. Si había sufrido alguna herida en casa de los Biswanger, aquel era el lugar ideal para curarla. El amor —los violentos juegos sexuales, para ser más exactos— era el supremo elixir, el remedio contra todos los males, la píldora mágica capaz de rejuvenecerlo y de devolverle la alegría de vivir. Habían tenido una aventura la semana pasada, o el mes último, o el año anterior. No se acordaba. Pero había sido él quien había decidido acabar, y eso lo colocaba en una situación privilegiada, de manera que cruzó la puerta de la valla que rodeaba la piscina de Shirley repleto de confianza en sí mismo. En cierta forma, era como si la piscina fuese suya, porque la persona amada, especialmente si se trata de un amor ilícito, goza de la posesión de la amante con una plenitud desconocida en el sagrado vínculo del matrimonio. Shirley estaba allí, con sus cabellos color de bronce, pero su figura, al borde del agua de color azul intenso, iluminada por la luz eléctrica, no despertó en él ninguna emoción

profunda. No había sido más que una aventurilla, pensó, aunque Shirley lloraba cuando él decidió romper. Pareció turbada al verlo, y Ned se preguntó si se sentiría aún herida. ¿Acaso iba, Dios no lo quisiera, a echarse a llorar de nuevo?

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—Estoy nadando a través del condado.

—¡Santo cielo! ¿Te comportarás alguna vez como una persona adulta?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Si has venido buscando dinero —dijo ella—, no voy a darte ni un centavo.

—Puedes darme algo de beber.

—Puedo, pero no quiero. No estoy sola.

—Bueno, me marcho en seguida.

Ned se tiró al agua e hizo un largo, pero cuando intentó alzarse hasta el borde para salir de la piscina, descubrió que sus brazos y sus hombros no tenían fuerza; llegó como pudo a la escalerilla y salió del agua. Al mirar por encima del hombro, vio a un hombre joven en los vestuarios iluminados. Al cruzar el césped —ya se había hecho completamente de noche— le llegó un aroma de crisantemos o de caléndulas, decididamente otoñal, y tan intenso como el olor a gasolina. Levantó la vista y comprobó que habían salido las estrellas, pero ¿por qué tenía la impresión de ver Andrómeda, Cefeo y Casiopea? ¿Qué se había hecho de las constelaciones de pleno verano? Ned se echó a llorar.

Era probablemente la primera vez que lloraba en toda su vida de adulto, y desde luego la primera vez en su vida que se sentía tan desdichado, con tanto frío, tan cansado y tan desconcertado. No entendía los malos modos del barman ni el mal humor de una amante que se había acercado a él de rodillas y le había mojado el pantalón con sus lágrimas. Había nadado demasiado, había pasado demasiado tiempo bajo el agua, y tenía irritadas la nariz y la garganta. Necesitaba una copa, necesitaba compañía y ponerse ropa limpia y seca, y aunque podría haberse encaminado directamente hacia su casa por la carretera, se fue a la piscina de los Gilmartin. Allí, por primera vez en su vida, no se tiró, sino que descendió los escalones hasta el agua helada y nadó dando unas renqueantes brazadas de costado que quizá había aprendido en su adolescencia. Camino de casa de los Clyde, se tambaleó a causa del cansancio y, una vez en la piscina, tuvo que detenerse una y otra vez mientras nadaba para sujetarse con la mano en el borde y descansar. Trepó por la escalerilla y se preguntó si le quedaban fuerzas para llegar a casa. Había cumplido su deseo, había nadado a través del condado, pero estaba tan embotado por la fatiga que su triunfo carecía de sentido. Encorvado, agarrándose a los pilares de la entrada en busca de apoyo, Ned torció por el sendero de grava de su propia casa.

Todo estaba a oscuras. ¿Era tan tarde que ya se habían ido a la cama? ¿Se habría quedado su mujer a cenar en casa de los Westerhazy? ¿Habrían ido las chicas a reunirse con ella o se habrían marchado a cualquier otro sitio? ¿No se habían puesto previamente de acuerdo, como solían hacer los domingos, para rechazar las

invitaciones y quedarse en casa? Ned intentó abrir las puertas del garaje para ver qué coches había dentro, pero la puerta estaba cerrada con llave y se le mancharon las manos de orín. Al acercarse más a la casa vio que la violencia de la tormenta había separado de la pared una de las tuberías de desagüe para la lluvia. Ahora colgaba por encima de la entrada principal como una varilla de paraguas, pero no costaría arreglarla por la mañana. La puerta de la casa también estaba cerrada con llave, y Ned pensó que habría sido una ocurrencia de la estúpida de la cocinera o de la estúpida de la doncella, pero en seguida recordó que desde hacía ya algún tiempo no habían vuelto a tener ni cocinera ni doncella. Gritó, golpeó la puerta, intentó forzarla golpeándola con el hombro; después, al mirar a través de las ventanas, se dio cuenta de que la casa estaba vacía.

EL MUNDO DE LAS MANZANAS

Asa Bascomb, el viejo poeta laureado, se paseaba por su estudio o gabinete de trabajo (nunca había sido capaz de dar un nombre al lugar en el que se escribe poesía) aplastando avispones con un ejemplar de *La Stampa* y preguntándose por qué no le habían concedido nunca el Premio Nobel. Había recibido casi todos los demás galardones prestigiosos. En un baúl colocado en un rincón guardaba medallas, menciones, coronas, fajos de papeles, cintas e insignias. El PEN club de Oslo le había regalado la estufa que calentaba su estudio, el escritorio era un obsequio de la Unión de Escritores de Kiev, y el estudio mismo había sido construido por una asociación internacional de admiradores. Los presidentes de Estados Unidos y de Italia le telegrafiaron para felicitarlo el día en que recibió la llave. ¿Por qué no el Premio Nobel? Aplastar, aplastar. El estudio era un edificio similar a un cobertizo, con vigas en el techo y un gran ventanal orientado al norte, con vista a los Abruzzos. Él habría preferido un sitio más reducido, con ventanas más pequeñas y las disciplinas del verso. En aquella época, Bascomb tenía ochenta y dos años y vivía en una casa de campo a los pies de una ciudad asentada sobre una colina: Monte Carbone, al sur de Roma.

Su cabello blanco, fuerte y espeso le caía en un mechón sobre la frente. En la coronilla lucía casi siempre dos o más remolinos alborotados y erectos. Solía aplastárselos con jabón para las recepciones serias, pero nunca aguantaban pegados más de una o dos horas, y siempre estaban erguidos de nuevo para cuando servían el champán. Eran un rasgo importante de la impresión que causaba. Así como se recuerda a una persona por su gran nariz, por una sonrisa, marca de nacimiento o cicatriz, de Bascomb se recordaban sus indomables remolinos. Era vagamente conocido como el Cézanne de los poetas. La precisión lineal de su obra evocaba quizá a aquel pintor, pero carecía de la visión que subyace en las pinturas de Cézanne. La errónea comparación se debía tal vez al hecho de que su obra más conocida se titulaba *El mundo de las manzanas*, y la de aquel libro era una poesía en la que sus admiradores hallaban la acidez, la diversidad, el color y la nostalgia de las manzanas del norte de Nueva Inglaterra, tierra que él no había vuelto a ver desde hacía cuarenta años.

¿Por qué había elegido él, hombre provinciano y famoso por su sencillez, cambiar Vermont por Italia? ¿Había sido idea de su querida Amelia, muerta hacía diez años? Ella había tomado por él muchas de sus decisiones. Él, hijo de un granjero, ¿era tan ingenuo que pensó que vivir en el extranjero prestaría algún realce a sus austeros comienzos? ¿O había sido simplemente una cuestión práctica, una huida de la publicidad que habría sido una molestia en su propio país? Sus admiradores lo

visitaban en Monte Carbone, llegaban prácticamente a diario, pero en número reducido. Una o dos veces al año le hacían fotografías para el *Match* o el *Época*, casi siempre el día de su cumpleaños, pero en general llevaba una vida más tranquila que la que habría tenido que llevar en Estados Unidos. La última vez que visitó su tierra natal varios desconocidos lo detuvieron cuando bajaba andando por la Quinta Avenida y le pidieron que les firmase autógrafos en pedacitos de papel. En las calles de Roma, nadie sabía quién era ni se ocupaban de él, y eso era lo que deseaba.

Monte Carbone era una ciudad sarracena, construida en la cima de un otero de sombrío granito con forma de barra de pan. En la parte más alta había tres puros y caudalosos manantiales, cuyas aguas caían a través de pozos o conductos por los costados de la montaña. La casa de Bascomb estaba al pie de la ciudad, y en su jardín había numerosas fuentes alimentadas por los manantiales de la cima. El ruido del agua al caer era estrepitoso y nada musical, un sonido como de aplausos o de platos rotos. Aun en pleno verano, el agua estaba tan fría que hacía daño, y en un estanque de la terraza guardaba el poeta sus botellas de ginebra, vino y vermut. Por las mañanas trabajaba en su estudio, después de comer echaba una siesta, y luego subía la escalera que conducía al pueblo.

La toba, los *pepperoni* y los acres colores del liquen que se aferra a paredes y tejados no forman parte de la conciencia de un norteamericano, aunque llevara años viviendo allí, rodeado de aquella acritud, como era el caso de Bascomb. La escalera lo dejaba sin aliento; se detenía una y otra vez para recobrarlo. Todo el mundo lo saludaba. «¡Salve, maestro, salve!». Cuando divisaba el crucero tapiado con ladrillos de la iglesia del siglo XII siempre murmuraba para sí la fecha, como si estuviera explicando a algún acompañante las bellezas del lugar. Estas eran diversas y lóbregas. Él siempre sería allí un extranjero, pero su extranjería le parecía una metáfora relacionada con el tiempo, como si al subir los extranjeros peldaños y cruzar las extranjeras murallas, trepase a través de horas, años y décadas. En la plaza tomaba un vaso de vino y recogía el correo. Un día cualquiera recibía más correspondencia que todos los habitantes del pueblo juntos. Eran cartas de admiradores, invitaciones para dar conferencias o lecturas de versos, o simplemente para que se dejara ver, y daba la impresión de que figuraba en la lista de invitados de todas las sociedades honorarias del mundo occidental, excepción hecha, por supuesto, de la que formaban los ganadores del Premio Nobel. Le guardaban el correo en un saco, y si le resultaba demasiado pesado, Antonio, el hijo de la *postina*, lo acompañaba hasta su casa. Despachaba correspondencia hasta las cinco o las seis. Dos o tres veces por semana, algunos peregrinos se llegaban a su casa, y si a él le gustaba su aspecto, les ofrecía una copa mientras firmaba ejemplares de *El mundo de las manzanas*. Casi nunca le llevaban sus otros libros, a pesar de que había publicado una docena. Dos o tres tardes por semana jugaba al backgammon con Carbone, *el padrone* del pueblo. Ambos estaban convencidos de que el otro hacía trampas y ninguno de los dos abandonaba el tablero durante la partida, aunque tuvieran la vejiga a punto de

reventar. Dormía profundamente.

De los cuatro poetas con quienes se lo solía emparentar literariamente, uno se había pegado un tiro, otro se había ahogado deliberadamente, el tercero se había ahorcado y el cuarto había muerto de *delirium tremens*. Bascomb los había conocido a los cuatro, los había querido casi igual a todos, y hasta había asistido a dos de ellos en sus enfermedades; pero se rebelaba vigorosamente contra la difundida teoría de que escribir poesía implicaba optar por la autodestrucción. Conocía la tentación del suicidio del mismo modo que conocía las tentaciones de cualquier otra forma de maldad, y tenía buen cuidado de alejar de su casa toda arma de fuego, cuerdas de longitud considerable, venenos y somníferos. Había observado que en Z (el más íntimo de aquellos cuatro) había existido un inextricable vínculo entre su prodigiosa imaginación y sus enormes dotes para la autodestrucción, pero el temperamento rústico y porfiado de Bascomb decidía romper o ignorar ese vínculo, derribar a Marsias y Orfeo. La poesía era una gloria perdurable, y él estaba dispuesto a demostrar que la escena final de la vida de un poeta no necesariamente tenía que desarrollarse en una sucia habitación con veintitrés botellas de ginebra vacías, como había ocurrido en el caso de Z. Ya que no podía negar la conexión entre genialidad y tragedia, parecía decidido a combatirla.

Bascomb opinaba, como alguna vez dijo Cocteau, que escribir poesía era la explotación de un sustrato de la memoria imperfectamente comprendido. Su obra no parecía ser sino un acto recordativo. Al trabajar no encomendaba a su memoria ninguna función práctica, sino que era claramente aquella la que entraba en acción: el recuerdo de sensaciones, paisajes, rostros y el rico vocabulario de su propia lengua. Podía tardar un mes o más en escribir un poema brevísimo, pero los términos disciplina y aplicación no son los más idóneos para describir su trabajo. Se diría que en vez de elegir las palabras las extraía de entre los miles de millones de sonidos que había oído desde que había aprendido a hablar. A veces se preguntaba si no estaría fallándole la memoria, ya que la utilidad de su vida dependía de ella. Cuando hablaba con amigos y admiradores, hacía enormes esfuerzos para no repetirse. Se despertaba a las dos o las tres de la madrugada para escuchar el inarmónico chapoteo de las fuentes e interrogarse sin piedad durante una hora sobre nombres y fechas. ¿Quién fue el adversario de lord Cardigan en Balaklava? El nombre de lord Lucan tardaba un minuto en abrirse paso a través de las tinieblas, pero aparecía por fin. Conjugaba el pasado remoto del verbo *esse*, contaba hasta cincuenta en ruso, recitaba poemas de Donne, Eliot, Thomas y Wordsworth, repasaba las efemérides del *Risorgimento* desde sus inicios con las revueltas de Milán en 1812 hasta la coronación de Víctor Manuel II, enunciaba las edades de la prehistoria, el número de kilómetros y la velocidad de la luz. Su memoria respondía con evidente retardo, pero seguía considerándola aceptable. El único problema consistía en la inquietud. Tantas cosas había destruido el tiempo delante de sus ojos que se preguntaba si sería posible que la memoria de un anciano tuviera más fuerza y longevidad que un roble; sin embargo, el

roble que treinta años antes había plantado en la terraza estaba muriéndose, y él podía recordar aún el corte y el color exactos del vestido que llevaba su adorada Amelia el día en que se conocieron. Imponía a su memoria el tributo de hallar de nuevo el camino a través de tantísimas ciudades. Se veía a sí mismo yendo a pie desde la estación de Indianápolis a la fuente conmemorativa, desde el hotel Europe de Leningrado al palacio de Invierno, y desde el Eden-Roma, a través del Trastevere, hasta San Pietro in Montori. Delicado, inseguro de sus facultades, el carácter solitario de su indignación la convertía en una batalla.

Una noche o una mañana, su memoria lo despertó instándolo a recordar el nombre propio de lord Byron. No pudo. Planeó dissociarse por un instante de su memoria y volver a ella por sorpresa para hallarla en posesión del nombre del poeta, pero cuando regresó cautelosamente a su receptáculo, lo encontró vacío. ¿Sydney? ¿Percy? ¿James? Se levantó de la cama —hacía frío—, se puso unos zapatos y un abrigo y subió por la escalera, a través del jardín, hasta su estudio. Cogió un ejemplar de *Manfred*, pero el autor figuraba solo como lord Byron. Lo mismo ocurría en *Las peregrinaciones de Childe Harold*. Por fin descubrió en la enciclopedia que el nombre de su señoría era George. Se excusó en parte a sí mismo por este lapsus de memoria y volvió a su cálido lecho. Como la mayoría de los ancianos, había empezado a elaborar un glosario secreto de alimentos que parecían avivarle la pluma: trucha fresca, aceitunas negras, cordero tierno asado con tomillo, champiñones silvestres, carne de oso, venado y conejo. En la otra columna del libro mayor figuraban los productos congelados, legumbres de invernadero, pastas precocidas y sopas enlatadas.

En primavera le escribió un admirador escandinavo pidiéndole que le hiciera el honor de acompañarlo a una excursión de un día por los pueblos de las colinas. La idea entusiasmó a Bascomb, que por aquella época no tenía coche propio. El escandinavo era joven y simpático y se pusieron en marcha felizmente hacia Monte Felici. En los siglos XIV y XV, las fuentes que abastecían de agua a la localidad se habían secado, y el pueblo había bajado hasta media montaña. Del otro, del antiguo y abandonado, no quedaban en pie sino dos iglesias o catedrales de insólito esplendor. Bascomb las adoraba. Se alzaban sobre campos de floreciente maleza; las pinturas de las paredes se conservaban brillantes; adornaban las fachadas grifos, cisnes y leones con rostro y miembros de hombres y mujeres, dragones ensartados, serpientes aladas y otras maravillas y metamorfosis. Aquellas vastas y fantasiosas moradas de Dios le recordaron cuán ilimitada es la imaginación humana, y se sintió entusiasmado y alegre. De Monte Felici fueron a San Giorgio, donde había algunas tumbas pintadas y un pequeño teatro romano. Comieron en un bosquecillo al pie del pueblo. Bascomb se internó en el bosque para hacer sus necesidades y tropezó con una pareja que hacía el amor. No se habían tomado la molestia de desvestirse, y la única carne visible era el velludo trasero del desconocido. «*Tanti scusi*», murmuró Bascomb, y se retiró hacia otra parte del bosque. Cuando se reunió con su acompañante escandinavo, se

sentía incómodo. La beligerante pareja parecía haber eclipsado sus recuerdos de las catedrales. Al volver a casa lo estaban esperando unas monjas de un convento de Roma para que les firmase ejemplares de *El mundo de las manzanas*. Lo hizo y le dijo a Maria, su ama de llaves, que les sirviera algo de vino. Le dedicaron los típicos elogios: él había creado un universo acogedor para el ser humano; había adivinado la voz de la belleza moral en medio del viento que anunciaba lluvia. Pero él no podía dejar de pensar en el trasero del desconocido; por lo visto, aquel trasero poseía más ardor y significación que su propia y celebrada búsqueda de la verdad. Incluso eclipsaba todo lo visto aquel día: castillos, nubes, catedrales, montañas y campos de flores. Una vez que se fueron las monjas, miró hacia las montañas para elevar el ánimo, pero le parecieron pechos de mujer. Su mente se había vuelto sucia. Alejó por un momento su obsesión y observó el rumbo que esta tomaba. A lo lejos oyó el silbido de un tren; ¿qué le sugeriría a su caprichoso pensamiento? ¿Las emociones del viaje, el menú *prix fixe* en el coche restaurante, la clase de vino que se sirve en los trenes? Todo ello parecía bastante inocente, hasta que sorprendió a su fantasía saliendo furtivamente del vagón restaurante hacia los compartimentos venéreos de los coches cama, y de allí a la zafia obscenidad. Creyó saber lo que necesitaba y habló con Maria después de cenar. A Maria le gustaba complacerlo, si bien él siempre insistía en que ella se bañase antes. Aquello, y la tarea de recoger los platos, impusieron cierta tardanza, pero cuando ella lo dejó solo se sintió mucho mejor, aunque no definitivamente curado.

Esa noche tuvo sueños obscenos y se despertó en varias ocasiones para deshacerse de su hartazgo erótico o de su torpor. La luz de la mañana no mejoró las cosas. Al parecer, la obscenidad, la grosera obscenidad, era el único elemento de la vida que poseía colorido y alegría. Después de desayunar subió al estudio y se sentó ante su escritorio. El universo acogedor, el viento de lluvia que sonaba a través del mundo de las manzanas se había desvanecido. La inmundicia era su destino, lo mejor de sí mismo, y comenzó con deleite una larga balada titulada «El pedo que salvó a Atenas». Esa misma mañana terminó el poema y lo quemó en la estufa que le había regalado el PEN de Oslo. Era, o lo había sido hasta que lo quemó, un exhaustivo y nauseabundo ejercicio escatológico, y cuando bajaba la escalera hacia la terraza se sintió sinceramente arrepentido. Pasó la tarde escribiendo una repugnante confesión titulada «La favorita de Tiberio». A las cinco llegaron dos admiradores para elogiarlo; un matrimonio joven. Se habían conocido en un tren, cuando llevaban cada uno de ellos un ejemplar de las *Manzanas*. Se habían enamorado leyendo las líneas de amor puro y ardiente que él describía. Bascomb se acordó de su jornada de trabajo y bajó la cabeza.

Al día siguiente escribió *Las confesiones del director de una escuela pública*. Quemó el manuscrito al mediodía. Cuando bajaba entristecido la escalera de la terraza encontró a catorce estudiantes de la Universidad de Roma que nada más verlo empezaron a entonar «Los huertos celestiales», el primer soneto de *El mundo de las*

manzanas. Se estremeció. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pidió a Maria que les sirviera vino mientras él firmaba ejemplares. Más tarde se pusieron en fila para estrechar su mano impura y volvieron al autobús que los había traído desde Roma y que esperaba en el campo. Bascomb miró a unas montañas incapaces de transmitirle alegría; alzó la vista hacia un cielo azul desprovisto de sentido. ¿Dónde estaba la fuerza de la decencia? ¿Tenía acaso alguna realidad? ¿Era una verdad auténtica la bestialidad que lo obsesionaba? El aspecto más horrible de la obscenidad era su grosería, como descubriría antes de que terminase la semana. Si bien emprendía con ardor sus indecentes proyectos, los terminaba aburrido y avergonzado. La trayectoria del pornógrafo parece inflexible, y Bascomb se vio repitiendo ese tipo de obra que suelen poner en circulación los inmaduros y los obsesos. Escribió *Las confesiones de la doncella de una dama*, *La luna de miel del jugador de béisbol* y *Una noche en el parque*. Al cabo de diez días había descendido al punto más bajo de la pornografía; escribía sucias quintillas humorísticas. Compuso sesenta y las quemó. A la mañana siguiente cogió el autobús a Roma.

Se alojó en el Minerva, como de costumbre, y telefoneó a una larga lista de amigos, pero sabía que llegar a una gran ciudad sin anunciarse equivalía a no encontrar a nadie: ninguno de ellos estaba en casa. Deambuló por las calles y, al entrar en unos urinarios públicos, topó con un marica que exhibía sus atributos. Lo miró fijamente, con la inocencia o la lentitud de las personas muy ancianas. El hombre tenía cara de idiota —drogado y feo— y, sin embargo, mientras declamaba su infame plegaria, Bascomb lo encontró angelical, armado con una llameante espada capaz de vencer la banalidad y de hacer añicos el cristal de la costumbre. Se alejó corriendo de allí. Anochece, y aquella endiablada explosión de ruidos de coches que rodea al crepúsculo las murallas de Roma iba alcanzando su punto máximo. Recorrió una galería de arte de la vía Sistina cuyo pintor o fotógrafo —era ambas cosas— por lo visto padecía la misma afección que él, pero en grado más agudo. De nuevo en la calle se preguntó si el venéreo crepúsculo que se había apoderado de su espíritu sería universal. El mundo, al igual que él, ¿había perdido también el rumbo? Pasó por delante de una sala de conciertos que anunciaba en la puerta su programa, y pensando que la música podría purificar sus pensamientos íntimos, decidió entrar. Había muy poca gente. Cuando apareció el pianista, solo estaba ocupada una tercera parte de las butacas. A continuación salió a escena la soprano, una espléndida rubia ceniza que lucía un vestido carmesí, y mientras cantaba *Die Liebhaber der Brücke*, el viejo Bascomb se entregó al repugnante y funesto vicio de desnudarla en su imaginación. ¿Corchetes? —se preguntó—. ¿Cremallera? Mientras ella cantaba *Die Feldspar* y *Le temps des lilas et le temps des roses ne reviendra plus*, se decidió por la cremallera, e imaginó que le desabrochaba el vestido por detrás y le descubría delicadamente los hombros. Cuando ella estaba interpretando *L'amore nascondere*, la despojó del vestido quitándoselo por la cabeza, y mientras cantaba *Les rêves de Pierrot*, le soltó los corchetes del sujetador. La soprano se retiró a los bastidores para hacer gárgaras y

Bascomb interrumpió su ensueño, pero en cuanto ella volvió junto al piano, empezó a trabajar en el ligero y en todo lo que contenía. Cuando la artista hizo una reverencia antes del descanso, él aplaudió clamorosamente, aunque no por sus conocimientos de música o por las cualidades de su voz. Luego pareció abrumarlo la vergüenza, transparente y despiadada como toda pasión, y salió de la sala de conciertos en dirección al Minerva; pero el arrebató no había terminado. Sentado ante el escritorio del hotel, escribió un soneto a la legendaria papisa Juana. Técnicamente era mejor que las quintillas de unos días antes, pero moralmente no se apreciaba mejoría alguna. Por la mañana cogió el autobús de vuelta a Monte Carbone y recibió en la terraza a algunos agradecidos admiradores. Al día siguiente subió a su estudio, escribió unas cuantas quintillas y luego cogió de las estanterías algunas obras de Petronio y Juvenal para ver qué se había hecho anteriormente en aquel dominio.

Encontró francos e inocentes relatos de regocijo sexual. No poseían aquella sensación de maldad que él experimentaba todas las tardes al quemar sus obras en la estufa. ¿Se trataba sencillamente de que su mundo era mucho más viejo, sus responsabilidades sociales mucho más penosas y aquella impudicia la única respuesta a un aumento de la ansiedad? ¿Qué era lo que había perdido? Aparentemente, un cierto sentido del orgullo, cierta aureola de luminosidad y valor, una especie de corona. Hizo como que levantaba la corona para examinarla, ¿y qué encontró? ¿Se trataría nada más que de algún antiguo temor a la correa que Papá usaba para asentar la navaja y al ceño de Mamá, de alguna infantil subordinación al mundo intimidante? Sabía bien que sus instintos eran desordenados, abundantes e indiscretos, y ¿no habría él quizá permitido al mundo y a todos sus idiomas imponerle una estructura de valores transparentes en interés de una economía conservadora, de una iglesia establecida y de una armada y un ejército belicosos? Le pareció que sostenía la corona, que la acercaba a la luz; se diría que estaba hecha de luz y que encarnaba el sabor genuino y reconfortante de la exaltación y el dolor. Las quintillas que acababa de terminar eran inocentes, alegres, y estaban basadas en hechos reales. También eran obscenas, pero ¿desde cuándo eran obscenos los hechos de la vida, y cuáles eran las realidades de esa virtud de la que tan dolorosamente se desprendía todas las mañanas? Al parecer, eran las realidades de la inquietud y el amor: Amelia de pie bajo un oblicuo rayo de luz; la noche de tormenta en que nació su hijo; el día de la boda de su hija. Quizá deja uno de lado todo esto por demasiado familiar, pero todo esto era, según su experiencia, lo mejor de la vida, inquietud y amor, a años luz de la quintilla que descansaba sobre su escritorio y empezaba así: «Un joven cónsul llamado César / tenía una enorme grieta». La arrojó a la estufa y bajó la escalera.

El día siguiente fue el peor. Únicamente escribió J---r una y otra vez hasta llenar seis o siete hojas. Al mediodía las tiró a la estufa. A la hora de comer, Maria se quemó un dedo, blasfemó largamente y luego dijo:

—Tendré que hacer una visita al ángel santo de Monte Giordano.

—¿Qué es eso del ángel santo? —le preguntó Bascomb.

—Un ángel que limpia los pensamientos íntimos de una persona —explicó ella—. Está en la vieja iglesia de Monte Giordano. Fue tallado en madera del Monte de los Olivos y lo esculpió uno de los santos. Si se va en peregrinación a visitarlo, purifica los pensamientos.

Lo único que Bascomb sabía sobre peregrinaciones era que había que ir andando y, por algún motivo, llevar una concha. Cuando Maria subió a echar la siesta, él rebuscó entre las reliquias de Amelia y encontró una concha. Imaginó que el ángel esperaba un donativo y, registrando en la maleta que tenía en su estudio, eligió la medalla de oro que le había entregado el gobierno soviético en el cincuenta aniversario de Lérmontov. No despertó a Maria ni le dejó ninguna nota. Parecía una notable muestra de senilidad. Hasta ahora nunca había sido maliciosamente esquivo, aunque los viejos suelen serlo, y debería haberle dicho a Maria adónde iba, pero no lo hizo. Descendió entre los viñedos hacia la carretera principal, en el fondo del valle.

Cuando se acercaba al río, un pequeño Fiat salió de la carretera y se detuvo entre unos árboles. Bajaron del coche un hombre, su mujer y tres niñas vestidas con pulcritud. Bascomb se paró a observarlos y vio que el hombre llevaba una escopeta. ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a cometer un asesinato? ¿Un suicidio? ¿Estaba a punto de ser testigo de un sacrificio humano? Se sentó, oculto por la hierba alta, y miró. La madre y las tres niñas estaban muy excitadas. El padre parecía gozar de una total autoridad. Hablaban en dialecto, y Bascomb no entendía casi nada. El hombre sacó la escopeta de su funda e introdujo un solo cartucho en la recámara. Luego puso en fila a su mujer y a sus tres hijas y les hizo taparse los oídos con las manos. Gritaban. Cuando todo estuvo listo, se puso de espaldas a ellas, apuntó el arma hacia el cielo y disparó. Las tres niñas aplaudieron y lanzaron exclamaciones sobre lo fuerte que había sido el ruido y el valor de su querido papá. El padre guardó la escopeta en su funda, volvieron todos al Fiat y siguieron camino (supuso Bascomb) hacia su apartamento de Roma.

Se tendió en la hierba y se durmió. Soñó que estaba de nuevo en su patria. Vio un viejo camión Ford con los cuatro neumáticos desinflados en medio de un campo de ranúnculos. Un niño vestido con una corona de papel y una toalla de baño a manera de manto doblaba apresuradamente la esquina de una casa blanca. Un anciano sacaba un hueso de una bolsa de papel y se lo daba a un perro vagabundo. Hojas otoñales ardían lentamente en una bañera con patas de león. Lo despertaron unos truenos distantes; su fantasía los imaginó como calabazas. Bajó hasta la carretera principal y allí se le acercó un perro. El animal temblaba, y Bascomb se preguntó si estaría enfermo, tendría la rabia o sería peligroso, y entonces comprendió que al perro le asustaba la tormenta. Cada trueno le provocaba un acceso de temblor, y Bascomb le acarició la cabeza. Nunca había visto a un animal temeroso de la naturaleza. El viento agitó las ramas de los árboles y Bascomb levantó su vieja nariz para olfatear la lluvia, minutos antes de que esta empezara a caer. El olor era igual que el de las húmedas iglesias de campo, las habitaciones para huéspedes de las casas viejas, los armarios de

obra, los trajes de baño puestos a secar; un olor de gozo tan penetrante que Bascomb olfateó con fruición, ruidosamente. A pesar del arrebató, no perdió de vista la necesidad de buscar cobijo. Junto a la carretera había un chamizo para los viajeros del autobús, y allí se refugiaron él y el perro. Las paredes estaban cubiertas de aquellas indecencias que Bascomb tenía la esperanza de rehuir, y salió del chamizo a escape. Carretera arriba había una granja, una de esas improvisaciones esquizofrénicas que se ven a menudo en Italia. Se diría que la habían bombardeado, arrasado por completo y vuelto a construir, no al azar, sino como un deliberado ataque a la lógica. A uno de los lados había un cobertizo en el que estaba sentado un anciano. Bascomb le pidió que tuviera la amabilidad de dejarlo entrar en su refugio, y el hombre lo invitó a hacerlo.

Parecía tener aproximadamente la misma edad que Bascomb, pero este envidió su aspecto apacible, su sonrisa benévola y su rostro limpio. Obviamente nunca se había sentido acosado por el deseo de escribir quintillas obscenas; nunca se vería obligado a emprender una peregrinación con una concha en el bolsillo. Tenía un libro en el regazo —un álbum de sellos—, y el cobertizo estaba repleto de tuestos con plantas. No exigía a su alma que aplaudiese y cantase, y, sin embargo, parecía haber alcanzado la orgánica paz de espíritu que Bascomb codiciaba. ¿Debería haber coleccionado sellos y plantas? En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Empezó a llover, los truenos estremecieron la tierra, el perro gañía y temblaba y Bascomb lo acarició. La tormenta duró solo unos minutos y, tras dar las gracias a su anfitrión, volvió a la carretera.

Tenía un paso largo para su edad, y caminaba, como todo el mundo, con el recuerdo de alguna proeza: amor o rugby, Amelia o una buena patada al balón, pero al cabo de dos o tres kilómetros cayó en la cuenta de que no llegaría a Monte Giordano hasta mucho después del atardecer, y cuando un coche se detuvo y le ofrecieron acercarlo al pueblo, aceptó con la esperanza de que eso no interfiriese en su curación. Aún era de día cuando llegó a Monte Giordano. De tamaño, el pueblo era más o menos como el suyo, con los mismos muros de toba e implacable liquen. La vieja iglesia se alzaba en el centro de la plaza, pero la puerta estaba cerrada con llave. Preguntó por el cura y lo encontró en un viñedo quemando ramas. Le explicó que quería hacer una ofrenda al santo ángel y le enseñó la medalla de oro. El cura quiso saber si era oro auténtico, y Bascomb se arrepintió de haber elegido aquella pieza. ¿Por qué no había cogido la medalla de Oxford o la que le había dado el gobierno francés? Los rusos no habían estampado el contraste en el oro, y no había modo de demostrar su autenticidad. Entonces el sacerdote reparó en que la dedicatoria estaba escrita en ruso. No solo era falso; era oro comunista, un don inadecuado para el santo ángel. En ese momento se abrieron las nubes, un único rayo de luz llegó al viñedo e iluminó la medalla. Era una señal. El cura trazó una cruz en el aire y echaron a andar hacia la iglesia.

Era una iglesia provinciana, pequeña, pobre y vieja. El ángel estaba en una capilla de la izquierda; el sacerdote lo iluminó. Semienterrada en joyas, la estatua se erguía

en una jaula de hierro cerrada con candado. El cura la abrió y Bascomb depositó la medalla de Lérmonov a los pies del ángel. A continuación se arrodilló y dijo en voz alta:

—Dios bendiga a Walt Whitman. Dios bendiga a Hart Crane. Dios bendiga a Dylan Thomas. Dios bendiga a William Faulkner, a Scott Fitzgerald y especialmente a Ernest Hemingway.

El cura cerró la sagrada reliquia y salieron juntos de la iglesia. Bascomb cenó y pagó una cama en el café que había en la plaza. La cama era un extraño artefacto con cuatro ángeles de latón en las esquinas, pero daba la impresión de poseer una bendición metálica, pues su sueño fue apacible, y al despertarse en mitad de la noche sintió dentro de sí aquel resplandor que había conocido en su juventud. Algo parecía brillar en su mente, en sus miembros, en su inteligencia y en sus entrañas. Volvió a cerrar los ojos y durmió hasta la mañana.

Al día siguiente, cuando descendía de Monte Giordano hacia la carretera principal, oyó el estruendo de una cascada. Se adentró en los bosques para verla. Era un salto de agua natural, una repisa rocosa y una cortina de agua verde, y le recordó la cascada que había en el lindero de la granja de Vermont donde se había criado. Había ido allí un domingo por la tarde, cuando aún era un niño, y se había sentado en una colina sobre el remanso. Desde allí había visto acercarse a un hombre viejo, con el cabello blanco y espeso como el suyo ahora. Había visto que el hombre se desataba los zapatos y se desvestía con la precipitación de un amante. Primero se había mojado las manos, los brazos y los hombros, y luego se había introducido en el torrente, gritando de alegría. Después se había secado con los calzoncillos, se había vestido y había vuelto al bosque, y hasta que no desapareció, Bascomb no se dio cuenta de que el hombre era su padre. Entonces hizo lo que antaño había hecho aquel: se desató los zapatos y desabrochó los botones de la camisa y, consciente de que una piedra cubierta de musgo o la fuerza del agua podrían ser su fin, se metió desnudo en la corriente, gritando como su padre. Solo aguantó el frío un minuto, pero al salir del agua le pareció que por fin volvía a ser él mismo. Siguió bajando hacia la carretera principal y allí lo recogió un motorista de la policía, ya que Maria había dado la voz de alarma y toda la provincia estaba buscando al maestro. Su retorno a Monte Carbone fue triunfal, y por la mañana empezó un largo poema sobre la inalienable dignidad de la luz y el aire que, si bien no le haría conquistar el Premio Nobel, embellecería los últimos meses de su vida.

OTRA HISTORIA

Píntenme una pared en Verona y luego un fresco encima de la puerta. En primer plano, un campo florido, algunas casas o palacios amarillos, y a lo lejos las torres de la ciudad. A la derecha, un mensajero con un manto carmesí baja corriendo una escalera. A través de una puerta abierta se ve a una anciana acostada. Sirvientes de la corte rodean el lecho. En un tramo más alto de la escalera dos hombres se batían en duelo. En medio del campo, una princesa corona de flores a un santo o a un héroe. Un corro de perros de caza y otros animales, un león entre ellos, observan con respeto la ceremonia. Al fondo, a la izquierda, hay una extensión de agua verdosa que surca una flota de cinco veleros rumbo al puerto. En lo alto, recortados contra el cielo, dos hombres con ropajes cortesanos cuelgan de una horca. Mi amigo era príncipe y Verona su patria, pero su paisaje vital eran el tren cotidiano, las casas blancas con tejos en los jardines y las calles y las oficinas de Nueva York, y vestía un sombrero verde afelpado y una gabardina raída, con el cinturón bien ajustado y una quemadura de cigarrillo en la manga.

Marcantonio Parlapiano —o Bubi, como lo llamaban— era un príncipe pobre. Vendía máquinas de coser para una empresa de Milán. Su padre había perdido lo que quedaba de su patrimonio en el casino de Venecia, y no habían sido cuatro cuartos. Quedaba el castillo Parlapiano, a las afueras de Verona, pero el único privilegio que conservaba la familia era el de ser enterrado en la cripta. Bubi quería a su padre aunque aquel hubiera perdido una fortuna de una manera tan estúpida. En una ocasión me llevó a Verona a tomar el té con el anciano, y su comportamiento con el viejo jugador fue reverente y sereno. Una de las abuelas de Bubi había sido inglesa, y él tenía el pelo rubio y los ojos azules. Era un hombre alto, esbelto, con una nariz inmensa, y se movía como si vistiera galas renacentistas. Se quitaba los guantes dedo a dedo, se ceñía el cinturón de la gabardina cómo si de él pendiera una espada, y ladeaba su sombrero afelpado como si estuviera cubierto de plumas. Cuando lo conocí tenía una querida, una francesa maravillosa e inteligente. Bubi viajaba por cuenta de su empresa, y en una de sus estancias en Roma conoció a Grace Osborn, que trabajaba en el consulado norteamericano, y se enamoró de ella. Era una mujer hermosa. En su carácter había cierta intransigencia que alguien más astuto hubiera disimulado. Era reaccionaria en política y maniáticamente pulcra. En una ocasión, un enemigo suyo, borracho, dijo que Grace era una mujer de aquellas para quienes se sellan los vasos de agua y las tazas de los retretes en hoteles y moteles. Bubi la amaba por muchos motivos, pero le gustaba especialmente el hecho de que fuera norteamericana. Adoraba Estados Unidos, y era el único italiano que he conocido cuyo restaurante preferido en Roma fuese el Hilton. Se casaron en Campidoglio y

pasaron la luna de miel en el Hilton. Algún tiempo después trasladaron a Bubi a Estados Unidos, y me escribió preguntándome si podía ayudarlos a encontrar casa. En nuestro vecindario se alquilaba una, y los Parlapiano se la quedaron.

Cuando Bubi y Grace llegaron de Italia yo estaba fuera. El escenario de nuestro encuentro fue el andén de la estación de Bullet Park, a las siete cuarenta de la mañana de un martes. Y, en efecto, era todo un escenario. Un centenar de viajeros habituales, en su mayoría hombres, integraban el reparto. Había vías, traviesas y ruido de motores, pero daba mucho más la impresión de tratarse de una ceremonia que de viajes y separaciones. Nuestros papeles parecían fijados por la luz de la mañana, y puesto que todos volveríamos antes del anochecer, no se tenía la sensación de viaje. La inmovilidad y la rigidez de la escena fueron la causa de que la aparición de Bubi, con su sombrero de felpa verde y su ajustada gabardina, resultara tan extraña. Gritó mi nombre, se inclinó, me dio un abrazo que casi me rompe los huesos y me besó sonoramente en ambas mejillas. Nunca hubiera imaginado cuán raro, salvaje e indecente podía resultar ese saludo en un andén de estación, en el estado de Nueva York, a las siete cuarenta de la mañana. Fue algo increíble. Creo que nadie se rio. Varias personas miraron hacia otro lado. Un amigo se puso pálido. Nuestra conversación en voz alta y en un idioma distinto del inglés causó también sensación. Supongo que lo consideraron afectado, descortés y poco patriótico, pero no podía decirle a Bubi que se callase ni explicarle que en Norteamérica procuramos que las conversaciones matutinas versen sobre banalidades meramente rituales. Mientras mis amigos y vecinos hablaban sobre cortadoras de césped y fertilizantes químicos, Bubi elogiaba la belleza del paisaje, la inmaculada limpieza de las mujeres norteamericanas y el pragmatismo de nuestra política, y comentaba los horrores de una guerra con China. En Madison Avenue me dio un beso de despedida. Creo que ningún conocido miraba en ese momento.

Poco tiempo después invitamos a cenar a los Parlapiano para presentarles a nuestros amigos. El inglés de Bubi era espantoso: «¿Puedo echarme encima de usted y estarnos un tiempo juntos?», le preguntaba a una mujer, sin otra intención que la de sentarse a su lado. Era encantador, sin embargo, y su espontaneidad y buena planta lo llevaron lejos. No pudimos presentarle a italianos porque no conocíamos a ninguno. La mayor parte de la pequeña colonia italiana existente en Bullet Park se componía de peones y empleados domésticos. El más alto pináculo social lo ocupaba la familia De Cario, afortunados y prósperos contratistas, que parecían no haber salido nunca, ni por fuerza ni por casualidad, de los límites de la colonia italiana. La posición de Bubi era, por tanto, ambigua.

Un sábado por la mañana me llamó para preguntarme si podía acompañarlo a hacer unas compras. Quería comprarse unos pantalones vaqueros. Pronunciaba «vagueros», y tardé un rato en entender a qué se refería. Unos minutos más tarde se

presentó en mi casa y me llevó al almacén local del ejército y la marina. Tenía un gran coche cromado, provisto de aire acondicionado, y conducía como un romano. Hablábamos en italiano cuando entramos en el almacén. Al oír este idioma, el empleado torció el gesto como si hubiera olfateado rateros o a un equipo de inspección.

—Queremos unos pantalones vaqueros —dijo.

—Unos vagueros —dijo Bubi.

—¿De qué talla?

Bubi y yo comentamos que no conocíamos sus medidas en pulgadas. El empleado cogió una cinta métrica de un cajón y me la tendió.

—Mídalo usted mismo —me dijo.

Tomé las medidas a Bubi y se las comuniqué al empleado. Este arrojó un par de pantalones sobre el mostrador, pero no eran los que Bubi deseaba. Explicó extensamente y por medio de gestos que quería algo más fino y no tan oscuro. Desde el fondo del establecimiento, a través del desfiladero formado por cajas de botas de trabajo y camisas vaqueras, el dueño gritó a su empleado:

—Diles que no tenemos otra cosa. En su país se visten con pieles de cabra.

Bubi lo entendió. Dio la impresión de que se le alargaba la nariz, como ocurría en todas sus crisis emocionales. Suspiró. Nunca se me había ocurrido pensar que en Norteamérica castigarán a un príncipe soberano por el hecho de ser extranjero. Había notado algún sentimiento antiamericano en Italia, pero no tan brutal como a la inversa, y además yo no era príncipe. En Estados Unidos, el príncipe Parlapiano era solo un espagueti.

—Muchas gracias —dije, y me encaminé hacia la puerta.

—¿De dónde es usted, señor? —me preguntó el empleado.

—Vivo en Chilmark Lane —contesté.

—No me refiero a eso —dijo—. ¿De qué parte de Italia?

Salimos de la tienda y encontramos en otro sitio lo que Bubi buscaba, pero comprendí que su vida como extranjero estaba llena de azares. Podía ser el príncipe Parlapiano en sitios como el hotel Plaza, pero luchando por descifrar el menú del Chock Full O’Nuts era un intocable.

Durante aproximadamente un mes no volví a ver a los Parlapiano, y cuando en el andén de la estación encontré de nuevo a Bubi, parecía haber hecho muchos amigos, aunque su inglés no había mejorado gran cosa. Más tarde, Grace llamó un día diciendo que sus padres habían ido a visitarlos y que fuéramos a tomar una copa. Era un sábado por la tarde, y al llegar nos topamos con unos doce vecinos incómodamente sentados. Bubi no había captado el sentido de la hora norteamericana del cóctel. Estaba sirviendo campari natural y gominolas. Cuando le pregunté, en inglés, si podía tomar un whisky escocés, me preguntó a su vez que de qué clase lo

quería. Respondí que cualquiera iría bien.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Entonces voy a darte whisky de centeno. Es el mejor whisky, ¿no?

Menciono esto únicamente para mostrar que su comprensión de nuestra lengua y de nuestras costumbres tenía muchas lagunas.

Los padres de Grace, oriundos de Indiana, formaban un matrimonio insulso de mediana edad.

—Somos de Indiana —dijo la señora Osborn—, pero descendemos directamente de los Osborn que se afincaron en Williamsburg, Virginia, en el siglo diecisiete. Mi bisabuelo por parte de madre era oficial del ejército de la Confederación y fue condecorado por el general Lee. Tenemos un club en Florida. Somos todos científicos.

—¿En cabo Kennedy? —pregunté.

—De la Iglesia de Cristo Científico.

Presté atención entonces al señor Osborn, vendedor retirado de coches de segunda mano. Seguía hablando de su club. Entre sus miembros había numerosos millonarios. Tenía un puerto deportivo, un especialista diplomado en dietética y un severo comité de admisión. Bajó la voz y, tapándose la boca con una mano, dijo:

—Procuramos que no entren judíos ni italianos.

Bubi, de pie junto a mi mujer, le preguntó:

—¿Me echo encima de usted para quedarnos juntos?

Desde el otro extremo de la habitación, su suegra preguntó:

—¿Qué has dicho, Anthony?

Bubi agachó la cabeza. Parecía desvalido.

—Le preguntaba a la señora Duclose si puedo echarme sobre ella —respondió con timidez.

—Si no sabes hablar inglés —repuso la señora Osborn—, es mejor que te calles. Pareces un vendedor ambulante de fruta.

—Lo siento —dijo Bubi.

—Por favor, siéntese —le dijo mi esposa, y él lo hizo, pero su nariz dio la impresión de alargarse enormemente. Le habían ofendido. La desagradable reunión no duró mucho más de una hora.

Una noche de finales de verano, Bubi me telefoneó y me dijo que tenía que verme. Lo invité a casa. Llevaba puestos los guantes y su sombrero verde afelpado. Mi mujer estaba en el piso de arriba, y no la llamé porque sabía que no apreciaba especialmente a Bubi. Preparé unas copas y nos sentamos en el jardín.

—¡Escucha! —me dijo Bubi. Empleó el imperativo *ascolta*—. Escúchame. Grace está loca... Esta noche se retrasó la cena. Yo tenía mucha hambre, y si mi cena no está a la hora en punto, pierdo el apetito. Grace lo sabe bien, pero cuando llego a

casa, no hay cena. No hay nada de comer. Ella está en la cocina quemando algo en una sartén. Le explico con amabilidad que tengo que cenar a la hora. ¿Sabes lo que pasa entonces?

Yo lo sabía, pero decirlo me pareció poco delicado. Contesté:

—No.

—No te lo puedes ni imaginar —me dijo. Se llevó una mano al corazón—. Escucha —dijo—. Lloras.

—Las mujeres lloran fácilmente, Bubi —le dije.

—Las europeas, no.

—Pero tú no te has casado con una europea.

—Eso no es todo. La locura viene ahora. Ella llora, y cuando le pregunto por qué, explica que llora porque al convertirse en mi esposa ha sacrificado una gran carrera de soprano en la ópera.

No creo que haya una gran diferencia entre los rumores de una noche de verano, una noche de finales de verano, en mi país y en Italia, y, sin embargo, me pareció que así era. Del aire nocturno había desaparecido toda dulzura —luciérnagas y vientos susurrantes—, y en la hierba circundante los insectos producían un sonido tan violento y predatorio como las afiladas herramientas de un ladrón. La distancia que Bubi había recorrido de Verona a Bullet Park se hacía inmensa.

—¡Ópera! —gritó—. ¡La Scala! No está actuando esta noche en La Scala por mi culpa. Asistía a clases de canto, es cierto, pero nunca la invitaron a actuar. Ahora le ha entrado esa locura.

—Muchas mujeres norteamericanas sienten que al casarse han sacrificado una carrera, Bubi.

—Locura —dijo. No me escuchaba—. Completa locura. Pero ¿qué se puede hacer? ¿Hablarás tú con ella?

—No sé de qué puede servir, Bubi, pero lo haré.

—Mañana. Regresaré tarde. ¿Le hablarás mañana?

—Sí.

Se levantó y se puso los guantes, dedo a dedo. Luego se caló el sombrero de felpa con sus imaginarias plumas y me preguntó:

—¿Cuál es el secreto de mi atractivo, de mi increíble exultancia?

—No lo sé, Bubi —respondí, pero un cálido sentimiento de simpatía hacia Grace invadió mi pecho.

—Se debe a que mi filosofía de la vida supone un control de las consecuencias y las limitaciones. Ella no comparte esta filosofía.

Se metió en su coche y arrancó tan bruscamente que sembró de grava todo el césped.

Apagué las luces del primer piso y subí a nuestro dormitorio; mi mujer estaba allí leyendo.

—Ha venido Bubi —dijo—. No te he avisado.

—Lo sé. Os he oído hablar en el jardín —su voz era trémula, y vi lágrimas en sus mejillas.

—¿Qué pasa, cariño?

—Oh, siento que he desperdiciado mi vida —dijo—. Tengo la terrible sensación de haberla desperdiciado. Sé que no es culpa tuya, pero realmente os he dado demasiado de mí misma a ti y a los niños. Quiero volver al teatro.

Debería explicar la carrera teatral de mi esposa. Hace unos años, una compañía de aficionados del barrio representó la obra de Shaw *Santa Juana*. Margaret tenía el papel principal. Yo me encontraba en Cleveland por motivos de trabajo, no por gusto, y no presencié la representación, pero estoy seguro de que fue sobresaliente. Iba a haber dos funciones, y cuando al final de la primera bajaron el telón, el público se puso en pie, aplaudiendo. Me han dicho que la actuación de Margaret fue brillante, radiante, magnética e inolvidable. Produjo tanto entusiasmo que recomendaron a varios directores y escenógrafos de Nueva York que asistieran a la segunda noche. Varios de ellos aceptaron. Ya he dicho que yo no estaba, pero Margaret me contó lo que pasó. Era una mañana fría, de una cegadora claridad. Ella llevó a los niños al colegio, y al volver a casa intentó repasar su papel, pero el teléfono no dejaba de sonar. Todo el mundo pensaba que se había descubierto a una gran actriz. A las diez se encapotó el cielo y empezó a soplar el viento del norte. Comenzó a nevar a eso de las diez y media, y hacia el mediodía la tormenta se había convertido en una ventisca. A la una cerraron los colegios y mandaron a los niños a sus casas. Para las cuatro estaban cerradas la mayoría de las carreteras. Los trenes iban con retraso o no circulaban. Margaret no consiguió sacar el coche del garaje, y recorrió a pie los tres kilómetros que había hasta el teatro. Ninguno de los escenógrafos o directores pudo hacer lo mismo, desde luego, y solo se presentó la mitad del reparto, así que se suspendió la representación. Proyectaron repetirla más adelante, pero el Delfín tenía que trasladarse a San Francisco, el teatro estaba alquilado para otras cosas, y los escenógrafos y los directores que se habían mostrado dispuestos a venir parecían, al pensarlo más detenidamente, reacios a desplazarse tan lejos. Margaret no volvió a interpretar el papel de Juana. Su pena era totalmente comprensible. Los elogios prodigados resonaron en sus oídos durante meses. Se había incumplido una promesa apasionante, y consideraba que su decepción era legítima y profunda, y todo el mundo, en su lugar, habría sentido lo mismo.

Al día siguiente llamé a Grace Parlapiano, y después del trabajo fui a su casa. Estaba pálida y parecía desgraciada. Le dije que había hablado con Bubi.

—Anthony se ha vuelto insoportable —me dijo ella—, y estoy pensando seriamente en pedir el divorcio, o al menos la separación legal. Yo tenía antes una voz bastante buena, pero él parece creer que se lo digo por despecho y solamente para humillarlo. Sostiene que soy egoísta y avariciosa. Después de todo, esta es la única

casa del vecindario que no tiene moqueta, pero cuando vinieron a entregarme un presupuesto, Anthony se puso hecho una furia. Perdió los estribos por completo. Ya sé que los latinos son exaltados, todo el mundo me lo dijo antes de casarme, pero Bubi da miedo cuando se enfada.

—Bubi te quiere —aseguré.

—Anthony es muy estrecho de miras —repuso ella—. A veces pienso que se ha casado demasiado tarde. Por ejemplo, le sugerí que nos hiciéramos socios del club de golf. Podía aprender a jugar, ya sabes lo importante que es eso en los negocios. Si nos hiciéramos socios, tendría oportunidad de entablar relaciones muy provechosas para su trabajo, pero cree que es capricho mío. No sabe bailar, pero cuando le sugiero que vaya a clases de baile dice que soy poco razonable. No me quejo, de verdad que no lo hago. Por ejemplo, no tengo abrigo de piel, y nunca le he pedido que me compre uno, y sabes perfectamente que soy la única mujer del barrio que no lo tiene.

Terminé torpemente la entrevista, con esa nota de cinismo espiritual que ponemos en los problemas matrimoniales de nuestros amigos. Mis palabras no sirvieron de nada, por supuesto, y las cosas no mejoraron. Lo sabía porque Bubi me informaba todas las mañanas en el tren. No entendía que los hombres norteamericanos no se quejasen de sus esposas, y eso suponía un grave y penoso malentendido. Una mañana se me acercó en la estación y me dijo:

—Estabas equivocado, muy equivocado. La noche en que te dije que estaba loca, tú me dijiste que no era nada. ¡Escucha esto! Se va a comprar un piano de cola y va a contratar a un profesor de canto. Lo hace por despecho. ¿Crearás ahora que está loca?

—Grace no está loca —repuse—. No hay nada de malo en el hecho de que le guste cantar. Tienes que comprender que su deseo de hacer una carrera no es mero despecho. La mayoría de las mujeres del barrio lo comparten. Margaret ensaya en Nueva York con un profesor de arte dramático tres veces por semana, y yo no la considero rencorosa o loca.

—Los hombres norteamericanos no tienen carácter —replicó él—. Tienen espíritu de viajante y son superficiales.

Le hubiera golpeado, pero él dio media vuelta y se alejó. Evidentemente, aquello era el fin de nuestra amistad, y me sentí muy aliviado, pues sus comentarios sobre la locura de Grace se habían vuelto insoportablemente tediosos, y al parecer no había manera de hacerlo cambiar o matizar su punto de vista. Me dejó tranquilo durante dos semanas o más, y una mañana se me acercó de nuevo. Traía un rostro sombrío, tenía la nariz más larga, y su actitud era claramente hostil. Me habló en inglés.

—Ahora estarás de acuerdo conmigo cuando te cuente lo que está tramando —dijo—. Ahora comprenderás que su rencor no tiene fin. —Suspiró; silbó entre dientes—. ¡Va a dar un concierto! —exclamó, y se fue.

Unos días más tarde recibimos una invitación para oír cantar a Grace en casa de los

Aboleen. La señora Aboleen es la musa de nuestra comunidad. Tiene algunos contactos literarios a través de su hermano, el novelista W. H. Towers, y gracias a la liberalidad de su esposo, un prestigioso dentista, posee una gran pinacoteca. En sus paredes se ven las firmas de Dufy, Matisse, Picasso y Braque, pero las ostentan cuadros muy malos, y la señora Aboleen es una musa sorprendentemente celosa. Cualquier mujer del vecindario con inclinaciones similares a las suyas pasa por ser una vulgar usurpadora. Los cuadros, por supuesto, le pertenecen, pero cuando un poeta pasa el fin de semana en casa de los Aboleen se convierte en su poeta. Ella puede exhibirlo, animarlo a actuar y permitir que la gente le estreche la mano, pero si uno se le acerca demasiado o habla con él durante más de un minuto, ella interrumpe la charla con un ávido sentido de la propiedad, con una especie de indignación, como si hubiera sorprendido a alguien metiéndose en los bolsillos la cubertería de plata. Supuse que Grace se había convertido en su princesa. El concierto tuvo lugar un domingo por la tarde, un día precioso, y yo asistí con desgana. Mi estado de ánimo puede haber influido en mi juicio sobre la actuación de Grace, pero todo el mundo dijo que había sido espantosa. Interpretó una docena de canciones, la mayoría en inglés, maliciosas y de tema amoroso. Entre canción y canción, se oían los desolados suspiros de Bubi, y yo sabía que estaba pensando que la abismal malevolencia de su mujer había inventado toda la escena: las sillas plegables, los jarrones con flores, las doncellas esperando para servir el té. Se comportó con corrección cuando terminó el concierto, pero su nariz parecía enorme.

No volví a verlo durante algún tiempo, y un día leí en el vespertino local que Marcantonio Parlapiano había resultado herido en un accidente en la Nacional 67 y se reponía en el hospital Platner Memorial. Fui allí inmediatamente. Pregunté a la enfermera de su planta dónde podía encontrarlo, y me respondió alegremente:

—Oh, ¿usted quiere ver a Tony? Pobrecillo. Tony no habla an inglés.

Ocupaba una habitación con otros dos pacientes. Se había roto una pierna, tenía un aspecto lamentable y a sus ojos asomaban las lágrimas. Le pregunté cuándo volvería a casa.

—¿Con Grace? —me dijo—. Nunca. No voy a volver nunca. Sus padres están ahora con ella. Están tramitando la separación. Me vuelvo a Verona. Embarco el veintisiete en el *Colombo*. —Sollozó—. ¿Sabes lo que me pide? —dijo.

—No, Bubi. ¿Qué te ha pedido?

—Me pide que me cambie de nombre.

Se echó a llorar.

Lo vi partir en el *Colombo*, más a causa de mi afición a los barcos y a los viajes marítimos que a la hondura de nuestra amistad, y no he vuelto a verlo desde entonces. La última parte de mi historia no tiene más importancia que aquella pared en Verona, pero cuando sucedió me acordé de Bubi y por eso voy a contarla. Ocurrió en una

pequeña ciudad llamada Adrianópolis, a unos noventa y cinco kilómetros de Yalta, en la zona árida de los montes de Crimea. Yo había llegado en taxi, procedente de la costa, y estaba esperando el avión para Moscú cuando me encontré con otro norteamericano. Naturalmente, a ambos nos agradó conocer a alguien que hablase inglés; fuimos al comedor y pedimos una botella de vodka. Él trabajaba como ingeniero químico en una fábrica de fertilizantes de la montaña y volvía a Estados Unidos para disfrutar de unas vacaciones de seis semanas. Nos sentamos a una mesa junto a una ventana con vistas al campo de aviación, donde había muy poco movimiento. En nuestro país se hubiera pensado que era uno de esos aeródromos privados que hay a las afueras de las ciudades y que se usan sobre todo para vuelos de alquiler. Había una instalación de altavoces, y una mujer con voz muy pura y musical estaba anunciando algo en ruso. Yo no entendía lo que decía, pero imagino que estaba pidiendo a Igor Vassilyevitch Kryukov que tuviera la amabilidad de presentarse en el mostrador de Aeroflot.

—Me recuerda a mi mujer —dijo mi amigo—. La voz. Ahora estoy divorciado, pero estuve cinco años casado con ella. Era una mujer dotada de todo lo que cabe desear: bonita, erótica, inteligente, cariñosa, gran cocinera... Por tener, hasta tenía algún dinero. Quería ser actriz, pero cuando vio que no era posible, no se amargó ni se llevó una decepción. Comprendió que no estaba a la altura de la competencia y lo dejó, sin más. Quiero decir que no era una de esas mujeres que pretenden haber renunciado a una gran carrera. Teníamos un pequeño apartamento en Bayside, y se buscó un trabajo. Gracias a su preparación (me refiero a que sabía usar la voz), la contrataron como locutora en el aeropuerto de Newark. Tenía una voz muy bonita, nada afectada, muy tranquila, festiva y musical. Trabajaba en un turno de cuatro horas, diciendo cosas como: «Por favor, los pasajeros del vuelo de la United con destino a Seattle embarquen por la puerta dieciséis. Señor Henry Tavistock, por favor, acuda al mostrador de American Airlines. Señor Henry Tavistock, por favor, acuda al mostrador de American Airlines». Me imagino que esta chica está diciendo el mismo tipo de cosas. —Señaló con la cabeza el altavoz—. Era un trabajo magnífico; en solo cuatro horas al día ganaba más que yo y disponía de mucho tiempo para hacer compras, cocinar y ocuparse de las tareas del hogar, cosa que hacía de maravilla. Pues bien, cuando tuvimos ahorrados unos cinco mil dólares, comenzamos a pensar en tener un hijo e irnos a vivir al campo. Llevaba cinco años trabajando en Newark. Una noche, antes de cenar, estaba tomándome un whisky y leyendo el periódico cuando la oí decir desde la cocina:

»—¿Vienes a la mesa? La cena está lista. ¿Vienes a la mesa? La cena está lista.

»Me hablaba con la misma voz musical que empleaba en el aeropuerto y me puse furioso, así que le dije:

»—Cariño, no me hables así; no me hables con ese tono.

»Ella me contestó:

»—¿Vienes a la mesa?

»Era como si dijese “¿Tendría el señor Henry Tavistock la amabilidad de acudir al mostrador de American Airlines?”. Entonces le dije:

»—Cariño, me haces sentirme como si estuviera esperando un avión o algo parecido. Quiero decir que tu voz es preciosa, pero que suena muy impersonal.

»Me contestó con su voz bien modulada:

»—Supongo que no puedo evitarlo.

»Y me dedicó una de esas sonrisas dulces y forzadas que prodigan los empleados de las compañías aéreas cuando tu avión lleva cuatro horas de retraso, has perdido el vuelo de enlace y vas a tener que pasar una semana en Copenhague. Nos sentamos a cenar y durante toda la comida me habló con la misma voz uniforme y musical. Era como cenar con un magnetofón. Después vimos un rato la televisión, ella subió a acostarse y me llamó:

»—¿Vienes a la cama, por favor? ¿Vienes a la cama, por favor?

»Era igual que cuando te dicen que los pasajeros con destino a San Francisco están embarcando por la puerta siete. Me acosté pensando que todo iría mejor por la mañana.

»De todas maneras, cuando llegué a casa la noche siguiente, grité: “Hola, cariño”, o algo por el estilo, y desde la cocina me llegó aquella voz impersonal que decía: “¿Tendrías la amabilidad de ir a la droguería de la esquina y comprarme un tubo de pasta de dientes? ¿Tendrías la amabilidad de ir a la droguería de la esquina y comprarme un tubo de pasta de dientes?”. Entré en la cocina, la levanté en brazos, le di un beso grande y confuso y le dije: “Ya vale, nena, ya vale”. Se echó a llorar y estimé que era una buena señal, pero continuó llorando y me dijo que yo era insensible y cruel y que imaginaba cosas falsas sobre su voz solo para organizar broncas. Bueno, seguimos juntos durante seis meses más, pero aquello era el fin. Yo la quería de verdad. Era una chica maravillosa hasta que empezó a producirme aquel sentimiento de ser un estúpido pasajero entre cientos que aguardan en la sala de espera a que los dirijan hacia la puerta y el vuelo correctos. Nos peleábamos continuamente. Al fin me marché y nos separamos de mutuo acuerdo en Reno. Ella sigue trabajando en Newark y yo, naturalmente, prefiero el aeropuerto Kennedy, pero en ocasiones tengo que utilizar el de Newark y la oigo rogar al señor Henry Tavistock que tenga la amabilidad de acudir al mostrador de American Airlines.

»Pero no solo oigo su voz en Newark; la oigo en todas partes: Orly, Londres, Moscú, Nueva Delhi. Tengo que viajar en avión y en cada aeropuerto del mundo oigo su voz o una voz parecida a la suya pidiendo al señor Henry Tavistock que tenga la amabilidad de acudir al mostrador. En Nairobi, en Leningrado, en Tokio; siempre es lo mismo. Aunque no entienda el idioma, me recuerda lo feliz que fui durante aquellos cinco años, lo maravillosa que era ella, realmente maravillosa, y los misterios que pueden acontecer en el amor. ¿Tomamos otra botella de vodka? Yo invito. Me han dado más rublos de los que puedo gastar en el viaje, y tengo que devolverlos en la frontera.

PERCY

Como las tablas para el queso y las feas figuras de cerámica que a veces se regalan a las novias, la reminiscencia parece tener un destino semejante al del mar. Los libros de memorias se escriben en una mesa como esta, se corrigen, se publican, se leen, e inician su inevitable viaje hacia las estanterías de las casas y chalets que uno alquila durante el verano. En la última vivienda que alquilamos, teníamos junto a la cama las *Memorias de una gran duquesa*, los *Recuerdos de un ballenero yanqui* y un ejemplar de bolsillo de *Adiós a todo eso*, pero es lo mismo en todo el mundo. El único libro que había en mi habitación en un hotel de Taormina era *Ricordi d'un soldato garibaldino*, y en el cuarto que ocupé en Yalta encontré «Повесть о Жизни». Seguramente, la impopularidad es en parte responsable de ese desplazamiento hacia el agua salada, pero, si el mar es el símbolo más universal del recuerdo, ¿cómo podría no haber una misteriosa afinidad entre las memorias publicadas y el estruendo de las olas? Así pues, redacto lo que sigue con la feliz convicción de que estas páginas se abrirán camino por ocupar alguna repisa con una buena vista sobre una costa bravía. Hasta soy capaz de ver la habitación: veo la alfombra de paja, el cristal de la ventana empañado por el salitre, y siento que la casa se estremece ante el clamor de la mar gruesa.

El tío abuelo Ebenezer fue apedreado en las calles de Newburyport por sus opiniones abolicionistas. Su remilgada esposa, Georgiana (una artista del pianoforte), una o dos veces al mes solía ponerse plumas en el pelo. También solía acuclillarse en el suelo, encender una pipa e, investida por mediación de fuerzas psíquicas de la personalidad de una *squaw* india, recibía mensajes de los muertos. Una prima de mi padre, Anna Boynton, que había dado clases de griego en Radcliffe, se dejó morir de inanición cuando la hambruna de Armenia. Ella y su hermana Nanny poseían la piel cobriza, los pómulos altos y el pelo negro de los indios natick. A mi padre le complacía rememorar la noche en que se bebió todo el champán que había a bordo del tren de Nueva York a Boston. Empezó bebiendo medias botellas con un amigo antes de la cena, al acabarlas despacharon las de tres cuartos, y a continuación las *magnum*, y estaban tumbando un garrafón cuando el tren llegó a Boston. La consideraba una melopea heroica. Mi tío Hamlet —un viejo desecho de naufragio, con los dientes ennegrecidos, que había destacado en el equipo de béisbol del parque de bomberos voluntarios de Newburyport— me llamó a su lado en su lecho de muerte y gritó: «He vivido los mejores cincuenta años de la historia de este país. Te dejo a ti los restantes». Como si me los cediera en bandeja: depresiones, sequías, trastornos naturales, peste y guerra. Se equivocaba, por supuesto, pero le agradaba la idea. Todo esto sucedió en la ateniense Boston, pero la familia parecía más próxima a

la hipérbole y a la retórica procedentes de Gales o Dublín y más cercana a los diversos principados del alcohol que a los sermones de Phillips Brooks.

Uno de los miembros más pintorescos de la rama materna de la familia era una tía que se llamaba a sí misma Percy y fumaba puros. No había en ella ambigüedad sexual. Era encantadora, rubia e intensamente femenina. Nunca tuvimos una relación muy estrecha con ella. Puede que a mi padre le disgustara, aunque no lo recuerdo. Mis abuelos maternos habían emigrado de Inglaterra con sus seis hijos en la década de 1890. De mi abuelo Holinshed se decía que era forajido: palabra que siempre suscitaba en mí la imagen de un hombre que salta por encima de un seto y escapa por un pelo a una descarga de perdigones. No sé qué fechorías habría cometido en Inglaterra, pero su suegro, sir Percy Devere, le financió el traslado al Nuevo Mundo, y cada tanto le enviaba una modesta suma con la condición de que no volviera a poner los pies en Gran Bretaña. Aborrecía Estados Unidos, y falleció pocos años después de haber llegado. El día de su entierro, la abuela anunció a sus hijos que esa noche habría cónclave familiar. Debían prepararse para hablar de sus proyectos. Llegada la hora de la reunión, la abuela fue preguntando a sus hijos qué pensaba hacer cada uno en la vida. El tío Tom quería ser soldado. El tío Harry quería ser marino. El tío Bill prefería el comercio. La tía Emily deseaba casarse. Mi madre quería ser enfermera y curar a los enfermos. La tía Florence —que más tarde se rebautizaría a sí misma como Percy— exclamó: «¡Yo quisiera ser una gran pintora, como los maestros del Renacimiento italiano!». La abuela comentó entonces:

—Puesto que al menos uno de vosotros tiene una idea clara de su destino, Florence irá a una escuela de arte y los demás os pondréis a trabajar.

Eso fue lo que hicieron, y que yo sepa ninguno lamentó aquella decisión.

Qué fácil parece todo eso ahora, y qué distinto debió de ser entonces. Aceite de ballena o queroseno debía de alumbrar la mesa en torno a la cual se congregaron. Vivían en una granja de Dorchester. Sin duda cenaban lentejas o gachas o, como mucho, estofado. Eran muy pobres. Si ocurrió en invierno haría sin duda mucho frío, y el viento extinguiría después de la reunión la vela de la abuela, la majestuosa abuela, al bajar ella por el senderillo trasero camino del maloliente retrete. No se bañarían más de una vez por semana, y supongo que lo harían en una tina. Parece como si la concisión de la frase de Percy hubiera eclipsado los problemas de una viuda con seis hijos y sin recursos. Alguien debió de lavar todos aquellos platos con agua grasienta, extraída con bomba y calentada al fuego.

Sobre este tipo de memorias pende el riesgo de caer en la cursilería como otra espada de Damocles, pero hablo de gentes sin pretensiones ni amaneramientos, y cuando la abuela hablaba francés en la cena, cosa que hacía a menudo, únicamente quería que su educación tuviese alguna aplicación práctica. Aquel mundo era más sencillo, desde luego. Por ejemplo, un día después de leer en el periódico que un carnicero borracho, padre de cuatro hijos, había despedazado a su mujer con una cuchilla, la abuela se dirigió sin pérdida de tiempo a Boston, en cabriolé o simón o lo

que fuese. Una multitud se arracimaba alrededor de la vivienda donde había tenido lugar el asesinato, y dos policías custodiaban la puerta. La abuela pasó por delante de ellos y encontró aterrados a los cuatro niños en un domicilio ensangrentado. Recogió sus ropas, se llevó a los huérfanos a casa y los albergó durante un mes o más hasta que les buscaron otro lugar. La decisión de la prima Anna de morirse de hambre fue tan firme como el anhelo de Percy de convertirse en pintora. Percy pensaba que eso era lo que mejor haría, lo que más sentido podía dar a su vida.

Empezó a llamarse Percy en la escuela de arte, pues advirtió que en el mundo artístico existían ciertos prejuicios contra las mujeres. En su último año de estudios pintó un cuadro de dos por cuatro metros que representaba a Orfeo domando a las fieras. La obra le valió una medalla de oro y un viaje a Europa, donde estudió en Beaux-Arts durante unos meses. Al volver recibió el encargo de hacer tres retratos, pero era demasiado escéptica para que le fuera bien en ese campo. Sus retratos fueron tres acusaciones pictóricas, y los tres fueron rechazados. No era una mujer agresiva, pero sí inmoderada y crítica.

Tras su regreso de Francia conoció a un joven médico llamado Abbott Tracy en no sé qué club náutico de la costa norte. No me refiero al Corinthian Club, sino a un salobre cúmulo de maderas flotantes ensambladas por marinos de fin de semana. Polillas en el tapete del billar. Muebles rescatados de algún naufragio. Los retretes, dos agujeros cavados en la tierra con los letreros «Señoras» y «Caballeros», y amarras para una docena de esos laúdes panzudos que según mi padre eran tan marineros como los bienes raíces. Percy y Abbott Tracy se conocieron en un lugar así, y ella se enamoró de él. Él ya había comenzado una magnífica y clínica carrera sexual, y no parecía tener familiaridad ninguna con los sentimientos, si bien recuerdo que le gustaba ver a los niños rezando sus oraciones. Percy espiaba sus pasos, languidecía en su ausencia, oía como si fuese música su tos tabáquica, y llenó una cartera con bocetos a lápiz de su cara, sus ojos, sus manos y, después del matrimonio, con todo lo demás.

Compraron una casa vieja en West Roxbury. Los techos eran bajos, las habitaciones oscuras, las ventanas pequeñas, y las chimeneas tiraban mal y lo llenaban todo de humo. A Percy le agradaba esto, pues compartía con su madre un gusto por las ruinas expuestas a las corrientes de aire que parecía raro en mujer de tan nobles sentimientos. Transformó en estudio un dormitorio sobrante y pintó otro vasto lienzo: *Prometeo entregando el fuego al hombre*. Fue expuesto en Boston, pero nadie lo compró. Luego pintó una ninfa y un centauro. La obra estaba guardada en el desván, y el centauro era exactamente igual que el tío Abbott. El ejercicio de la medicina no le resultaba muy lucrativo, por pereza, creo. Recuerdo haberlo visto desayunando en pijama a la una de la tarde. Debían de ser pobres, y supongo que Percy haría la compra y las faenas domésticas, y tendería la ropa fuera. Una noche, tarde, estando ya en la cama, oí gritar a mi padre: «Ya estoy harto de esa hermana tuya que fuma puros». Percy se dedicó por un tiempo a copiar cuadros en Fenway

Court. Con ello ganó algún dinero, pero sin duda no lo suficiente. Una de sus amigas de la escuela le aconsejó que dibujase portadas de revistas. La idea atentaba profundamente contra sus aspiraciones y sus instintos, pero probablemente pensó que no le quedaba otro remedio, y empezó a producir óleos deliberadamente sentimentales para las revistas. En esta actividad llegó a ser bastante famosa.

Nunca fue presuntuosa, pero no pudo olvidar que no había explorado al máximo los dones que quizá poseía, y su entusiasmo por la pintura era auténtico. Cuando pudo contratar a una cocinera, le daba clases de dibujo.

Recuerdo haberla oído decir, hacia el final de su vida: «Antes de morir, tengo que volver al museo de Boston, a ver las acuarelas de Sargent». Cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años, hice con mi hermano un viaje por Alemania y compré en Munich unas cuantas reproducciones de Van Gogh para Percy. Se emocionó mucho. A su entender, el arte de la pintura tenía cierta vitalidad orgánica; pintar era explorar los territorios de la conciencia, y allí había un nuevo mundo. La deliberada puerilidad de la mayor parte de su obra había perjudicado a su dibujo, y en un momento dado empezó a alquilar una modelo los sábados por la mañana y a pintar del natural. Una vez que entré en su estudio con no sé qué trivial motivo —devolverle un libro o llevarle un recorte de prensa—, encontré sentada en el suelo a una joven desnuda.

—Nellie Casey —dijo Percy—; este es mi sobrino, Ralph Warren.

Siguió dibujando. La modelo sonrió dulcemente; fue una sonrisa casi mundana, que en parte pareció atenuar su monumental desnudez. Sus pechos eran muy hermosos, y sus pezones, relajados y sin apenas color, eran más grandes que dólares de plata. La atmósfera reinante no era erótica ni lúdica, y en seguida me marché. Soñé durante años con Nellie Casey. Las portadas de Percy le proporcionaron suficiente dinero para comprarse una casa en el cabo y otra en Maine, un gran automóvil y un cuadro de Whistler que solía colgar en el cuarto de estar, junto a una copia suya de la *Europa* de Tiziano.

Su primer hijo, Lovell, nació en el tercer año de su matrimonio. Cuando tenía cuatro o cinco años, quedó decidido que era un genio musical, y en verdad poseía una insólita destreza manual. Era buenísimo desenredando hilos de cometa y aparejos de pescar. Lo sacaron de la escuela, le pusieron profesores particulares y pasaba casi todo el día ejercitándose al piano. Yo lo detestaba por una serie de razones: era extremadamente lascivo y se ponía aceite en el pelo. A mi hermano y a mí nos hubiera desconcertado menos que se hubiese coronado de flores. No solo utilizaba aceite para el pelo, sino que cuando venía a visitarnos se dejaba la botella en nuestro botiquín. Dio su primer recital en el Steinway Hall a los ocho o nueve años, y siempre tocaba una sonata de Beethoven cuando la familia se reunía.

En los primeros años de matrimonio, Percy debió de presentir que la lujuria de su marido era incorregible e incurable, pero estaba resuelta, como cualquier otra amante, a comprobar la veracidad de sus sospechas. ¿Cómo podía serle infiel un hombre al que adoraba? Contrató a un detective que siguió a Abbott hasta un bloque de

apartamentos denominado Orfeo, cercano a la estación de tren. Percy se presentó en el lugar y lo encontró en la cama con una telefonista sin trabajo. Estaba fumando un puro y bebiendo whisky.

—Oye, Percy —se supone que dijo él—, ¿cómo se te ha ocurrido hacer esto?

Ella se vino a casa y se quedó con nosotros una semana o algo más. Estaba embarazada, y su hijo Beaufort nació con el cerebro o el sistema nervioso seriamente dañado. Abbott siempre pretendió que el chico era totalmente normal, pero cuando cumplió cinco o seis años lo enviaron a cierta escuela o institución de Connecticut. Solía venir a casa en vacaciones y había aprendido a quedarse quieto en su silla a lo largo de una comida de adultos, pero eso era casi todo lo que sabía hacer. Era un incendiario, y en una ocasión se exhibió en una ventana del piso de arriba mientras Lovell tocaba la *Waldstein*. A pesar de todo ello, Percy nunca cedió a la amargura o a la melancolía, y siguió idolatrando al tío Abbott.

Que yo recuerde, la familia solía reunirse casi todos los domingos. No sé por qué tenían que pasar tanto tiempo en compañía. Tal vez no contaban con muchos amigos, o quizá consideraban que los lazos familiares eran más fuertes que la amistad. Bajo la lluvia, ante la puerta de la vieja casa de Percy, no parecíamos vinculados por la sangre ni el amor, sino por la sensación de que el mundo y sus pompas nos eran hostiles. La vivienda era sombría. Olía a tristeza.

Entre los invitados figuraban con frecuencia la abuela y la anciana Nanny Boynton, cuya hermana se había dejado morir de hambre. Nanny dio clases de música en las escuelas públicas de Boston hasta jubilarse, y después se fue a vivir a una granja de la costa sur. Allí criaba abejas, cultivaba champiñones y leía partituras musicales —Puccini, Debussy, Mozart, Brahms...— que le enviaba por correo una amiga de la biblioteca pública. Conservo de ella un agradable recuerdo. Ya he dicho que parecía una india natick. Tenía la nariz picuda, y cuando iba a las colmenas se tapaba con una estopilla y cantaba *Vissi d'arte*. Una vez oí decir que estaba borracha la mayor parte del tiempo, pero no lo creo. Se quedaba con Percy cuando el clima invernal era malo, y siempre viajaba con una colección de la enciclopedia *Britannica*, que, en el comedor, colocaba detrás de su silla, para dirimir disputas.

Las comidas en casa de Percy eran muy tristes. Cuando soplaba el viento humeaban las chimeneas. Hojas y lluvia caían al otro lado de la ventana. A la hora de retirarnos al lúgubre cuarto de estar, todos nos sentíamos incómodos. Entonces le pedían a Lovell que tocara. Las primeras notas de la sonata de Beethoven transformaban aquella habitación tenebrosa, cerrada y maloliente en un escenario de extraordinaria belleza. Había una casa de campo en una extensión verde junto a un río. Una mujer de cabellos rubios salía por la puerta y se secaba las manos en un delantal. Llamaba a su amante. Gritaba una y otra vez, pero ocurría algo malo. Se avecinaba una tormenta. El río se desbordaría. El puente sería arrastrado. Los bajos eran imponentes, sombríos, proféticos. ¡Atención, atención! Los accidentes de tráfico superaban todo precedente. Las tempestades azotaban la costa oeste de Florida. Un

apagón había paralizado Pittsburgh. El hambre atenazaba a Filadelfia, y no había esperanza para nadie. Entonces, los agudos entonaban una larga canción sobre el amor y la belleza. Nada más terminar entraban otra vez los bajos, fortificados con otra remesa de malas noticias. La tormenta se desplazaba hacia el norte a través de Georgia y Virginia. Aumentaba el número de víctimas en la carretera. Cólera en Nebraska. El Mississippi, desbordado. Un volcán había entrado en erupción en los Apalaches. ¡Ay, ay! Los agudos cantaban su parte del argumento y sus voces eran persuasivas, esperanzadas y más puras que ninguna voz humana que jamás hubiese oído yo. Entonces, las dos voces entraban en contrapunto y seguían de este modo hasta el final.

Una tarde, después de la lluvia, Lovell, el tío Abbott y yo subimos al coche y fuimos a los barrios bajos de Dorchester. Era a principios de invierno y el tiempo era ya oscuro y brumoso, y las lluvias de Boston caían con magna autoridad. Aparcó el coche frente a una vivienda y dijo que iba a ver a un paciente.

—¿Tú crees que va a ver a un paciente? —preguntó Lovell.

—Sí —respondí.

—Va a ver a su amiguita —dijo Lovell, y se echó a llorar.

Lovell no me gustaba. Yo no tenía compasión para ofrecerle. Mi único deseo era tener una parentela más digna. Se secó las lágrimas y nos quedamos sentados sin hablar hasta que volvió el tío Abbott, silbando, satisfecho, y oliendo a perfume. Nos llevó a un *drugstore* y nos compró un helado a cada uno, y luego volvimos. Percy estaba abriendo las ventanas de la sala para que entrara algo de aire. Parecía cansada, pero aún animosa, aunque supongo que ella y todos los que estaban en la habitación sabían lo que Abbott acababa de hacer. Era hora de volver a nuestra casa.

Lovell entró en el conservatorio Eastman a los quince años, y tocó con la orquesta de Boston el concierto en sol mayor de Beethoven el año en que se graduó. Como desde niño me enseñaron a no hablar jamás del dinero, me resultaba extraño recordar los detalles económicos de su debut. Su frac costó cien dólares, su profesor cobró quinientos, y la orquesta le pagó trescientos por dos actuaciones. La familia se hallaba dispersa por toda la sala, así que no pudimos concentrar la emoción, pero todos estábamos enormemente excitados. Después del concierto fuimos al camerino y bebimos champán. Koussevitzky no apareció, pero vino Burgin, el concertino. Las críticas del *Herald* y el *Transcript* fueron totalmente elogiosas, pero ambas señalaban que al estilo de Lovell le faltaba sentimiento. Aquel invierno, Percy y su hijo emprendieron una gira que los llevó al oeste, hasta Chicago, pero algo no marchó bien. Quizá, como viajeros, no eran una buena compañía el uno para el otro; acaso no les prestaron excesiva atención o solo consiguieron auditorios escasos; aunque nunca se habló de ello, recuerdo que la gira no fue un éxito. Al volver, Percy vendió una parcela contigua a la casa y se marchó a Europa a pasar el verano. Lovell podría

haberse ganado la vida como músico, pero optó por aceptar un trabajo de operador manual en una empresa de instrumentos eléctricos. Vino a vernos antes de que Percy regresara y me contó lo que había sucedido aquel verano.

—Papá no paró mucho tiempo en casa después de la partida de mamá —dijo—, y yo me quedaba solo casi todas las noches. Me preparaba la cena e iba mucho al cine. Traté de ligar con chicas, pero soy flaco y no tengo mucha confianza en mí mismo. Bueno, pues un domingo fui a la playa en el viejo Buick. Papá me lo dejó. Vi a la pareja de gordos con su hija. Parecían solitarios. La señora Hirshman es muy gorda, se maquilla como un payaso y tiene un perrito. Es de ese tipo de gordas que siempre tienen un perrito. Así que les dije que a mí me encantaban los perros, y me dio la impresión de que se alegraban de hablar conmigo, y luego corrí a las olas y exhibí mi estilo; volví y me senté con ellos. Eran alemanes y tenían un acento raro, y creo que su modo de hablar inglés y lo gordos que son los hace sentirse solos. La hija se llamaba Donna-Mae, estaba tapada entera con un albornoz y llevaba un sombrero, y me dijeron que tenía una piel tan blanca que debía tener cuidado con el sol. Me dijeron también que tenía un pelo precioso; ella se quitó el sombrero y se lo vi por primera vez: era hermoso, del color de la miel y muy largo, y tenía una piel nacarada. Era fácil comprender que el sol la quemaría. Nos pusimos a hablar, compré unas salchichas y una tónica y llevé a Donna-Mae de paseo por la playa; estaba muy contento. Después, cuando se hizo tarde, me ofrecí a llevarlos a casa, porque habían ido en autobús, y me contestaron que aceptaban si me quedaba a cenar con ellos. Vivían en una especie de barriada pobre, y el padre era pintor de brocha gorda.

»Su casa estaba detrás de otra. Mientras preparaba la cena, la madre dijo que por qué no bañaba yo a Donna-Mae con la manguera. Lo recuerdo con toda claridad, porque fue entonces cuando me enamoré. Se puso otra vez el traje de baño y yo me puse el mío y la rocié muy suavemente con la manguera. Ella chilló un poco, como es natural, porque el agua estaba fría y era casi de noche, y en la casa de al lado alguien tocaba el concierto en do bemol menor de Chopin, opus 28. El piano estaba desafinado y el pianista no sabía tocar, pero la música, la manguera, la piel nacarada de Donna-Mae, sus cabellos de oro, los olores de la cena en la cocina y el crepúsculo hacían de todo aquello una especie de paraíso. Cené con ellos y me marché a casa, y a la mañana siguiente llevé a Donna-Mae al cine. Volví a cenar con ellos esa noche, y cuando le dije a la señora Hirshman que mi madre estaba en el extranjero y que casi nunca veía a mi padre, me dijo que tenían una habitación de sobra y que por qué no me quedaba a dormir allí. Así que la noche siguiente cogí un poco de ropa y me mudé a la habitación, y desde entonces vivo allí.

Es improbable que Percy le escribiese a mi madre después de su retorno de Europa, y, de haberlo hecho, habrían destruido la carta, pues la familia detestaba los recuerdos con un fervor de cruzados. Cartas, fotografías y diplomas, cualquier cosa que diese fe del pasado iba a parar siempre al fuego. Creo que no se trataba, como ellos pretendían, de una aversión al desorden, sino del miedo a la muerte. Mirar hacia

atrás equivalía a morir, y no deseaban dejar ningún rastro. No existió tal carta, pero, de haber existido, enfocada a la luz de lo que me han contado, habría sido una cosa así:

Querida Polly:

Lovell vino a buscarme al barco el jueves. Le compré un autógrafo de Beethoven en Roma, pero antes de tener oportunidad de dárselo, me anunció que se había prometido en matrimonio. No puede permitirse el lujo de casarse, por supuesto, y cuando le pregunté cómo pensaba mantener a una familia me dijo que trabajaba en una empresa de instrumentos eléctricos. Le pregunté qué pasaría con la música, y me contestó que seguiría tocando por las noches. No quiero dirigir su vida y deseo su felicidad, pero no puedo olvidar la cantidad de dinero que ha costado su educación musical. Estaba deseando volver a casa y me ha disgustado mucho recibir estas noticias nada más desembarcar. Luego me dijo que ya no vive con su padre y conmigo. Vive con sus futuros suegros.

He estado ocupadísima instalándome de nuevo y tuve que ir a Boston varias veces para encontrar trabajo, de modo que no pude recibir a su novia hasta después de una o dos semanas. La invité a tomar el té. Lovell me rogó que no fumase puros y accedí. Comprendí su punto de vista. Le incomoda mucho lo que él llama mi «bohemia», y quise causar una buena impresión. Llegaron a las cuatro. Se llama Donna-Mae Hirshman. Sus padres son inmigrantes alemanes. Ella tiene veintiún años y trabaja de empleada en la oficina de una compañía de seguros. Tiene un tono de voz alto. Se ríe tontamente. La única cosa que puede decirse en su favor es que tiene una impresionante cabellera rubia. Supongo que a Lovell le ha atraído ese color dorado, pero no me parece bastante razón para casarse. Se rio como una boba cuando él nos presentó. Se sentó en el sofá rojo y en cuanto vio la Europa volvió a reír. Lovell no era capaz de apartar los ojos de ella. Le serví el té y le pregunté si lo quería con limón o con leche. Dijo que no lo sabía. Le pregunté cortésmente con qué solía tomar el té, y me contestó que nunca lo había probado. Entonces le pregunté qué bebía normalmente y me dijo que sobre todo tónica y a veces cerveza. Le serví el té con leche y azúcar y traté de encontrar algo de que hablar. Lovell rompió el hielo preguntándome si no me parecía que Donna-Mae tenía un pelo precioso. Dije que era magnífico. «Bueno, da mucho trabajo —dijo ella—. Tengo que lavarlo dos veces a la semana con claras de huevo. Oh, muchísimas veces he tenido ganas de cortármelo. La gente no lo entiende. La gente cree que si Dios la bendice a una con una hermosa cabellera hay que cuidarla como a un tesoro, pero da tanto trabajo como fregar una pila de platos. Hay que lavarla, secarla, peinarla, cepillarla y recogerla de noche. Sé que es difícil de entender, pero juro por Dios que hay días en que simplemente me lo cortaba de un tijeretazo, pero mamá me obligó a prometer sobre la Biblia que no lo haría. Me la soltaré si quiere, para que la vea».

Te digo la verdad, Polly. No estoy exagerando. Fue hasta el espejo, se quitó del pelo un montón de alfileres y se lo soltó. Tenía una larguísima melena. Supongo que podría sentarse encima de ella, pero no se lo pedí. Dije varias veces que era muy hermosa. Entonces comentó que ya sabía que me iba a gustar, porque Lovell le había dicho que yo era artista y me interesaba por las cosas bellas. Pues bien, exhibió el pelo durante un rato y luego empezó la ardua tarea de recogerse otra vez. Fue duro, créeme. Empezó a decir que algunos pensaban que su pelo era teñido y eso la enfadaba, pues en su opinión las mujeres que se teñían el pelo eran inmorales. Le pregunté si quería otra taza de té, y dijo que no. Le pregunté si había oído a Lovell tocar el piano y respondió que no, que ellos no tenían piano. Luego miró a Lovell y dijo que era hora de marcharse. Él la llevó en coche a casa y volvió, me figuro, en busca de mi aprobación. Yo, por supuesto, tenía el corazón destrozado. Aquella mata de pelo iba a arruinar una gran carrera musical. Le dije que no quería volver a verla jamás. Me dijo que iba a casarse con ella y le contesté que me tenía sin cuidado.

Lovell se casó con Donna-Mae. El tío Abbott asistió a la boda, pero Percy cumplió su palabra y jamás volvió a ver a su nuera. Lovell se presentaba en casa cuatro veces al año para hacer una visita de cumplido a su madre. No se acercaba al piano. No solo había abandonado la música, sino que la odiaba. Su tendencia simplona a la obscenidad parecía haberse convertido en una piedad simplona también. Abandonó la iglesia episcopaliana y entró en la congregación luterana de los Hirshman, e iba a los oficios dos veces los domingos. La última vez que hablé con él estaban recogiendo dinero para construir una nueva iglesia. Me habló íntimamente de la Divinidad.

—Nos ha auxiliado una y otra vez en nuestras batallas. Cuando todo parece perdido, nos ha dado ánimos y fortaleza. Ojalá lograra hacerte entender lo maravilloso que es Él, la bendición que supone amarlo...

Lovell murió antes de cumplir los treinta, y puesto que todo debe de haber sido quemado, no creo que quede el menor vestigio de su carrera musical.

La oscuridad de la vieja casa parecía intensificarse cada vez que íbamos allí. Abbott prosiguió con sus flirteos, y cuando iba a pescar en primavera o a cazar en otoño, Percy se sentía desesperadamente infeliz sin él. Menos de un año después de la muerte de Lovell, Percy contrajo una dolencia cardiovascular. Recuerdo un ataque durante la cena de un domingo. El color se esfumó de su cara y la respiración se le volvió áspera y rápida. Se disculpó y tuvo el elegante detalle de decir que había olvidado algo. Fue a la sala y cerró la puerta, pero oímos su respiración acelerada y sus gemidos de dolor. Regresó a la mesa con manchas rojas en la frente.

—Si no te ve un médico, vas a morir —dijo el tío Abbott.

—Tú eres mi marido y mi médico.

—Te he dicho repetidamente que no te quiero como paciente.

—Tú eres mi médico.

—Si no te avienes a razones, vas a morir.

El tío Abbott tenía razón, por supuesto, y ella no lo ignoraba. Cuando Percy veía caer la nieve y las hojas, cuando se despedía de sus amigos en estaciones de tren y vestíbulos, lo hacía siempre con el presentimiento de que era la última vez. Murió a las tres de la mañana en el comedor, adonde había ido a buscar un vaso de ginebra, y toda la familia se reunió por última vez con ocasión de su entierro.

Hubo un incidente más. Yo iba a coger un avión en el aeropuerto de Logan. Cuando cruzaba la sala de espera, un hombre que barría el suelo me detuvo.

—Te conozco —dijo con voz poco clara—. Sé quién eres.

—No lo recuerdo —repuse.

—Soy el primo Beaufort —dijo—. Tu primo Beaufort.

Cogí mi cartera y saqué un billete de diez dólares.

—No quiero dinero —declaró—. Soy tu primo, tu primo Beaufort. Tengo un empleo. No quiero dinero.

—¿Cómo estás, Beaufort?

—Lovell y Percy han muerto —dijo—. Están los dos bajo tierra.

—Tengo prisa, Beaufort —repliqué—. Voy a perder mi avión. Me alegra verte.
Adiós.

Y así despegué hacia el mar.

LA CUARTA ALARMA

Estoy sentado al sol bebiendo ginebra. Son las diez de la mañana. Domingo. La señora Uxbridge se ha ido a algún sitio con los niños. La señora Uxbridge es nuestra ama de llaves. Prepara las comidas y se ocupa de Peter y de Louise.

Estamos en otoño. Las hojas han cambiado de color. Es una mañana sin viento, pero las hojas caen de los árboles a centenares. Para poder ver cualquier cosa —una hoja o un tallo de hierba—, uno tiene que conocer, me parece, la vehemencia del amor. La señora Uxbridge tiene sesenta y tres años, mi mujer se ha marchado, y la señora Smithsonian (que vive en el otro extremo del pueblo) no está casi nunca de humor en estos días, de manera que, si no me equivoco, voy a perder parte de la mañana, como si esta hora tuviese un umbral o una serie de umbrales que no soy capaz de cruzar. Hacer pases con un balón de fútbol americano podría ser la solución, pero Peter es demasiado pequeño, y el único de mis vecinos que juega al fútbol va a la iglesia los domingos por la mañana.

Bertha, mi mujer, volverá el lunes. Viene de Nueva York los lunes y se marcha otra vez los martes. Bertha es una mujer joven y bien parecida con una figura espléndida. Creo que tiene los ojos un poco demasiado juntos y a veces se deja dominar por el mal genio. Cuando los chicos eran muy pequeños, Bertha tenía una manera muy malhumorada de castigarlos.

—Si no te comes el desayuno tan rico que mamaíta te ha preparado antes de que cuente tres —decía—, te mandaré a la cama. Uno. Dos. Tres...

A la hora de la cena se lo oía repetir:

—Si no te comes la cena tan rica que mamaíta te ha preparado antes de que cuente tres, te mandaré a la cama con la tripa vacía. Uno. Dos. Tres...

Aún volvía a oírlo de nuevo:

—Si no recoges los juguetes antes de que mamaíta cuente tres, mamaíta te los tirará todos a la basura. Uno. Dos. Tres...

Y así seguía durante el baño, y cuando llegaba el momento de irse a la cama, uno, dos, tres era su nana. A veces se me ocurría que Bertha debía de haber aprendido a contar cuando era muy pequeña y que al llegar su último instante también utilizaría el uno, dos, tres con el ángel de la muerte. Si ustedes me lo permiten, iré a buscarme otra copa de ginebra.

Cuando los niños tuvieron edad suficiente para ir al colegio, Bertha consiguió un empleo de profesora de estudios sociales para alumnos de sexto grado. Eso la hacía sentirse ocupada y feliz, y decía que siempre había querido dedicarse a la enseñanza. Consiguió crearse una reputación de persona muy estricta. Llevaba ropa oscura, se peinaba con mucha sencillez, y exigía contrición y obediencia a sus alumnos. Para

dar un poco más de variedad a su vida, se hizo miembro de un grupo teatral de aficionados. Interpretó la doncella de *Angel Street* y la vieja arpía de *Desmonds Acres*. Sus amistades del teatro eran todas personas muy agradables, y yo disfrutaba acompañándola a sus fiestas. Es importante saber que Bertha no bebe. Acepta un Dubonnet por cortesía, pero no disfruta bebiendo.

Por medio de sus amigos del teatro, se enteró de que se buscaban intérpretes para un espectáculo de desnudo integral llamado *Ozamanides II*. Bertha me contó esto y todo lo que vino después. Su contrato como profesora le daba derecho a diez días de baja por enfermedad, y con el pretexto de estar enferma se fue una mañana a Nueva York. *Ozamanides* estaba probando actores en el despacho de un empresario en el centro de la ciudad, y Bertha se encontró allí con una cola de más de cien hombres y mujeres en espera de ser entrevistados. En seguida sacó una factura sin pagar del bolso y agitándola como si fuera una carta, se saltó la cola, diciendo:

—Perdóneme, haga el favor, perdóneme, tengo una cita...

Nadie protestó, y Bertha se colocó en un momento a la cabeza de la fila, donde una secretaria apuntó su nombre, su número de la Seguridad Social y todo lo demás. Le dijeron que entrase en una cabina y que se desnudara. Después la pasaron a un despacho donde había cuatro hombres. La entrevista, teniendo en cuenta las circunstancias, fue muy prudente. Le explicaron que actuaría desnuda durante todo el espectáculo. Entre sus obligaciones figuraba simular o realizar el coito dos veces durante la representación e intervenir en una experiencia sexual múltiple con participación del público.

Recuerdo la noche en que me contó todo esto. Fue en el cuarto de estar. Los niños ya estaban acostados. Bertha era muy feliz. Sobre eso no había la menor duda.

—Allí me tenías, desnuda —dijo—, pero sin sentirme en absoluto avergonzada. La única cosa que me preocupaba era que se me ensuciaran los pies. Era un sitio de aspecto anticuado, con programas de funciones puestos en marcos colgando de las paredes, y una fotografía muy grande de Ethel Barrymore. Allí estaba yo, desnuda delante de aquellos desconocidos y sintiendo por vez primera en mi vida que me había encontrado a mí misma. Me había encontrado a mí misma en mi desnudez. Me sentía como una mujer nueva, como una mujer mejor. Estar desnuda sin avergonzarme delante de unos desconocidos ha sido una de las experiencias más estimulantes que he tenido nunca...

Yo no supe qué hacer. En esta mañana de domingo sigo sin saber qué es lo que debería haber hecho. Imagino que tendría que haberle pegado. Dije que no podía hacer eso. Ella dijo que no podría impedirselo. Saqué a relucir a los niños y dijo que aquella experiencia haría de ella una madre mejor.

—Cuando me quité la ropa —dijo—, sentí como si me hubiese librado de un montón de pequeñeces y de mezquindades.

Entonces yo dije que no la contratarían debido a la cicatriz de la operación de apendicitis. Pocos minutos después, sonó el teléfono. Era el empresario ofreciéndole

un papel.

—¡Qué feliz me siento! —dijo—. Qué maravillosa, espléndida y extraña puede ser la vida cuando una deja de representar los papeles que tus padres y tus amigos han escrito para ti. Me siento como una exploradora.

Lo acertado de lo que hice entonces o, más bien, de lo que dejé sin hacer es un punto que aún no he resuelto. Bertha renunció a su puesto de profesora, se asoció a Equity, y empezó los ensayos. En cuanto estrenaron *Ozamanides*, contrató a la señora Uxbridge y alquiló un apartamento en un hotel cerca del teatro. Yo le pedí que me concediera el divorcio. Bertha dijo que no veía ninguna razón para divorciarse. El adulterio y la crueldad mental tienen unas vías de acción muy claramente establecidas, pero ¿qué puede hacer un hombre cuando su mujer quiere salir desnuda al escenario? Cuando era más joven, conocí a chicas que trabajaban en espectáculos de variedades con números eróticos, y algunas de ellas estaban casadas y tenían hijos. Sin embargo, ellas solo hacían los sábados en el espectáculo de las doce de la noche lo que Bertha iba a hacer todos los días, y por lo que recuerdo, sus maridos eran cómicos de tercera clase y sus hijos parecían estar siempre hambrientos.

Al día siguiente más o menos fui a ver a un abogado especialista en divorcios. Dijo que mi única esperanza era el consentimiento mutuo. No existen precedentes de simulación de relaciones carnales en público como motivo de divorcio en el estado de Nueva York, y ningún abogado acepta un caso de divorcio sin un precedente. La mayoría de mis amigos se mostraron muy discretos sobre la nueva vida de Bertha. Imagino que en su mayoría fueron a verla, pero yo tardé por lo menos un mes. Las entradas eran caras y costaba trabajo conseguirlas. Nevaba la noche que fui al teatro o, más bien, a lo que había sido un teatro. El arco del proscenio había sido derruido, el decorado era una colección de neumáticos usados, y la única cosa familiar eran las butacas y los pasillos que había entre ellas. El público de los teatros siempre me desconcierta. Supongo que se debe a que uno encuentra una incomprensible diversidad de tipos reunidos en lo que, esencialmente, es un interior doméstico y exageradamente ornamentado. Había todo tipo de gentes allí aquella noche. Estaban tocando música rock cuando entré. Era el ensordecedor y anticuado tipo de rock que solían tocar en sitios como Arthur. A las ocho y media se apagaron las luces, y los actores —catorce en total— avanzaron por los pasillos hacia el escenario. Como era de esperar, iban todos desnudos con la excepción de Ozamanides, que llevaba una corona.

No soy capaz de describir el espectáculo. Ozamanides tenía dos hijos, y creo que los asesinaba, pero no estoy seguro. Había sexo por todas partes. Hombres y mujeres se abrazaban entre sí y Ozamanides abrazaba a varios hombres. En un momento dado, un extraño que se hallaba sentado a mi derecha me puso una mano en la rodilla. Yo no quería hacerle reproches por una inclinación perfectamente humana, pero

tampoco deseaba darle ánimos. Retiré la mano de mi rodilla experimentando una profunda nostalgia por los inocentes cines de mi juventud. En el pueblo donde me crié había uno, el Alhambra. Mi película favorita se llamaba *La cuarta alarma*. La vi por primera vez un martes al salir del colegio, y me quedé a la sesión de la noche. Mis padres se preocuparon al ver que no iba a casa a cenar y me riñeron. El miércoles hice novillos, pude ver el programa dos veces y estar en casa a la hora de la cena. El jueves fui al colegio, pero me metí en el cine nada más terminar las clases y me quedé hasta la mitad de la sesión de la noche. Mis padres debieron de llamar a la policía, porque un agente entró en el cine y me obligó a irme a casa. Se me prohibió ir el viernes, pero me pasé el sábado en el cine, y el domingo cambiaron de película. El filme trataba de la sustitución por automóviles de coches de bomberos tirados por caballos. Intervenían cuatro equipos de bomberos. En tres casos ya se había llevado a cabo la sustitución, y los desgraciados caballos habían sido vendidos a gentes sin escrúpulos. Quedaba aún uno de los equipos, pero sus días estaban contados. La tristeza se había apoderado de los hombres y de los caballos. Luego, de repente, estallaba un gran fuego. Se veía salir a toda velocidad hacia el incendio al primer coche, luego al segundo, y después al tercero. En el cuartel de los bomberos las cosas tenían muy mal aspecto para el equipo que aún conservaba los caballos. Luego sonaba la cuarta alarma —era su señal—, e inmediatamente entraban en acción: enjaezaban a los animales y cruzaban la ciudad al galope. Eran ellos los que apagaban el fuego y salvaban la ciudad, y como premio el alcalde les concedía el indulto. Ahora, en el escenario, Ozamanides estaba escribiendo una obscenidad en las nalgas de mi mujer.

¿Era posible que la desnudez —su emoción— hubiese aniquilado su sentido de la nostalgia? A pesar de sus ojos demasiado juntos, la nostalgia era uno de los principales encantos de mi mujer. Bertha tenía el don de trasladar airoso a otro tiempo verbal el recuerdo de algunas experiencias. ¿Se acordaba quizá, al verse montada en público por un desconocido en cueros, de cualquiera de los sitios donde habíamos hecho el amor, de las casas alquiladas cerca del mar, donde uno oye en el estrépito de un chaparrón de verano las promesas prehistóricas del amor, del humor y de la serenidad? Era agradable volver a casa después de una fiesta mientras caía la nieve, pensé. La nieve se precipitaba contra los faros y creaba la impresión de que íbamos a ciento cincuenta kilómetros por hora. Era muy agradable volver a casa después de una fiesta con la nieve cayendo. Luego los intérpretes se colocaron en fila y nos pidieron —nos ordenaron, de hecho— que nos desnudásemos y nos reuniéramos con ellos.

Aquello parecía ser mi deber. ¿De qué otra manera podía hacer un intento de entender a Bertha? Siempre he sido capaz de desnudarme muy de prisa, y así lo hice entonces. Sin embargo, surgió un problema. ¿Qué hacer con la cartera, con reloj de pulsera y con las llaves del coche? No era nada seguro dejar aquellas cosas con la ropa. De manera que, desnudo, eché a andar por el pasillo con mis cosas de valor en

la mano. Al acercarme donde estaba la acción, un joven desnudo hizo que me detuviera y gritó, cantando:

—Abandona tus posesiones; las posesiones son impuras.

—Pero son mi cartera y mi reloj y las llaves del coche —dije.

—Abandona tus posesiones —cantó.

—Pero tengo que ir en coche a casa desde la estación —expliqué—, y llevo sesenta o setenta dólares en efectivo.

—Abandona tus posesiones.

—No puedo, de verdad que no puedo. Tengo que comer y beber e ir a casa.

—Abandona tus posesiones.

Entonces, todos ellos, uno a uno, Bertha incluida, se fueron apropiando del conjuro. Los actores, en conjunto, empezaron a salmodiar:

—Abandona tus posesiones, abandona tus posesiones.

Sentirme rechazado me ha resultado siempre extraordinariamente penoso. Supongo que algún médico sabría explicarlo. La sensación es retrospectiva y da la impresión de incorporarse como un nuevo eslabón a una cadena formada por todas las experiencias similares. Los actores cantaban con fuerza y tono despreciativo, y allí estaba yo, completamente desnudo, en medio de la gran ciudad y sintiéndome rechazado, recordando jugadas fallidas de fútbol, peleas perdidas, el desdén de los extraños, el sonido de risas detrás de puertas cerradas. Yo sostenía los objetos de valor con la mano derecha, cosas que representaban, literalmente, mi identidad. Ninguno de ellos era irremplazable, pero tirarlos hubiera parecido como una amenaza a mi esencia, a la sombra de mí mismo que veía proyectada sobre el suelo, a mi nombre.

Volví a mi localidad y me vestí. Era difícil hacerlo en un sitio tan estrecho. Los actores seguían gritando. Subir por el pasillo en declive de lo que había sido un teatro resultaba evocador en extremo. Yo había ascendido la misma suave pendiente después de *El rey Lear* y de *El jardín de los cerezos*. Salí a la calle.

Aún seguía nevando. Daba la impresión de ser una verdadera tormenta. Un taxi se había quedado atascado delante del teatro, y recordé que mi automóvil llevaba puestos los neumáticos para la nieve. Aquello me provocó una sensación de seguridad y de éxito que hubiese repugnado a Ozamanides y a sus desnudos cortesanos; pero yo no tenía la sensación de haber puesto al descubierto mis represiones, sino, más bien, de haber encontrado una parte de mí mismo maravillosamente práctica y obstinada. El viento me arrojaba la nieve contra la cara, de manera que, cantando y haciendo tintinear las llaves del coche, fui andando hasta el tren.

ARTEMIS, EL HONRADO CAVADOR DE POZOS

Artemis amaba el terapéutico rumor de la lluvia, el sonido del agua en movimiento: arroyos, caños, canalones, cascadas y grifos. En primavera recorría ciento cincuenta kilómetros para oír la catarata del embalse de Wakusha. No era nada sorprendente, puesto que su oficio consistía en cavar pozos y el agua era su profesión, su medio de vida y asimismo su pasión. Pensaba que el agua era la raíz de las civilizaciones. Había visto fotografías de una ciudad de Umbría que había sido abandonada al secarse los pozos. Catedrales, palacios, granjas, habían sido evacuados a causa de la sequía, un poder más temible que la peste, el hambre o la guerra. Los hombres buscaban agua del mismo modo que el agua buscaba su nivel. Esa búsqueda explicaba las migraciones periódicas. El hombre estaba hecho en gran medida de agua. El agua era el hombre. El agua era amor. El agua era agua.

Concretando los hechos: Artemis cavaba con una vieja perforadora Smith & Matthewson que estremecía el planeta a un ritmo de sesenta golpes por minuto. Armaba un alboroto terrible, y había habido dos quejas: una de una ama de casa muy nerviosa y la otra de un poeta homosexual que alegaba que la conmoción le estropeaba la métrica. A Artemis le gustaba bastante aquel ruido. Vivía con su madre viuda en la periferia, en uno de esos barrios de viviendas blancas que se distinguen por la abundancia de banderas en las ventanas. Se encuentran en las carreteras alejadas del centro: seis o siete casitas apiñadas por ninguna razón en especial. No hay tienda, iglesia, nada que sirva de centro. Los céspedes donde duermen los perros están bien segados y todo está limpio, y en cada casa ondea la Vieja Gloria. No justifica tanto celo patriótico el hecho de que esa gente haya recibido en abundancia las riquezas del país; porque no ha sido así. Son gentes que trabajan duro, viven frugalmente y conocen estrecheces económicas. Quienes han obtenido espléndido provecho de los dones de nuestra prosperidad no parecen sentir tanta pasión por las Barras y las Estrellas. La madre de Artemis, por ejemplo, que es una humilde trabajadora, tiene una asta de bandera delante de la casa, cinco banderitas clavadas en una jardinera y una séptima colgada encima del porche.

Su padre había elegido el nombre de Artemis creyendo que hacía referencia a los pozos artesianos. Hasta que Artemis no fue un hombre adulto, ignoró que le habían dado el nombre de la casta diosa de la caza. Pero no pareció importarle y, de todas formas, todo el mundo lo llamaba Art. Vestía ropa de trabajo y en invierno un gorro de punto. Su actitud con desconocidos era rústica, tímida y en cierta medida algo afectada, pues había leído mucho y poseía una inteligencia despierta e inquisitiva. Su padre estaba en el oficio desde aprendiz, y no había concluido la enseñanza secundaria. Lamentaba su escasa instrucción y anhelaba que su hijo fuera a la

universidad. Artemis estudió en una pequeña facultad llamada Laketon, al norte del estado, y obtuvo un diploma de ingeniero. Se familiarizó también con la literatura gracias a un profesor insólitamente estimulante que se llamaba Lytle. Físicamente no poseía nada notable, pero era un maestro de aquellos cuya presencia inspira a los alumnos a lo largo de muchos años un irresistible deseo de leer libros, hacer redacciones y exponer sus ideas más íntimas sobre la historia de la humanidad. Lytle distinguió a Artemis y lo animó a leer a Swift, Donne y Conrad. Durante el curso, Artemis escribió cuatro redacciones que Lytle, caritativamente, premió con la máxima calificación. Perjudicaba su sensibilidad para la prosa una incurable fascinación por palabras tales como «cacofonía», «percusión», «palpitantemente» y «descomunamente». Casi con seguridad, dicha propensión tenía algo que ver con su trabajo.

Lytle le aconsejó que consiguiera un empleo editorial en una revista de ingeniería, y él pensó seriamente en esa posibilidad, pero finalmente optó por ser cavador de pozos. Tomó esa decisión un sábado en que él y su padre se desplazaron con las herramientas al sur del país, donde había sido construida una espaciosa vivienda: una finca. Tenía piscina y siete cuartos de baño, y el pozo producía unos doce litros por minuto. Artemis se comprometió a cavar otros treinta metros, pero incluso a esa profundidad el pozo solo daba veinticuatro litros por minuto. La inmensa, inútil y suntuosa casa le había impresionado hasta hacerlo consciente de la importancia de su oficio. Agua, agua. (Al final ocurrió que el dueño de la casa demolió seis dormitorios de la planta superior para instalar un tanque de depósito que los bomberos de la localidad llenaban dos veces por semana).

Los conocimientos ecológicos de Artemis se limitaban a sus saberes sobre el agua. Un primero de abril fue a pescar y descubrió que las cascadas del South Branch rebosaban de espuma de jabón. Parte de ella habría de ir a parar forzosamente al lugar donde trabajaba. Ese mismo mes, días después, pescó una trucha de dos kilos y medio en el río de Lakeside. Era una pieza soberbia para aquel lugar; fue a enseñársela al guarda de caza y le preguntó cómo se preparaba.

—No se moleste en cocinarla —dijo el guarda—. Este pez tiene dentro suficiente DDT para mandarlo al hospital. Ya no se pueden comer estas truchas. El gobierno fumiga las orillas con DDT desde hace unos cuatro años y todo va a parar al arroyo.

Artemis había cavado una vez un pozo y encontrado DDT, y otro mostraba indicios de haber contenido fuel-oil. Su sentido de la degradación del medio ambiente era agudo e intensamente práctico. Firmó un contrato para encontrar agua potable y dijo que si fracasaba perdería la camisa. Un entorno contaminado era para él representación de la tristeza, la rapacidad y la estupidez humana, y también un agujero en su bolsillo. Había fracasado solo dos veces, pero las probabilidades iban en contra suya, y en contra de todo el mundo.

Una cosa más: Artemis desconfiaba de los zahoríes. Unos cuantos hombres y dos mujeres del condado se ganaban la vida adivinando la existencia de agua subterránea

mediante ramitas bifurcadas de árboles frutales. La fruta tenía que ser de hueso. Una rama de peral, por ejemplo, no servía. Cuando la ramita y la psique del zahorí designaban un sitio, contrataban a Artemis para que cavase un pozo. Según su experiencia, el promedio de aciertos de los zahoríes era bajo, y rara vez descubrían un adecuado emplazamiento de agua, pero al parecer la intervención de la magia los volvía irresistibles. En la búsqueda del agua, cierta gente prefería un mago a un ingeniero. Si la magia derrotara a la ciencia, qué sencillo sería todo: agua, agua.

Artemis era la clase de hombre que continuamente proponía matrimonio, pero a los treinta años todavía no se había casado. Salió durante más o menos un año con la hija de los Macklin. Fueron amantes, pero cuando él le propuso matrimonio, ella lo dejó plantado para casarse con Jack Bascomb porque era rico. Por lo menos, eso dijo ella. Artemis pasó más o menos un mes entristecido y luego empezó a salir con una divorciada que se llamaba Maria Petroni, vivía en Maple Avenue y era cajera en un banco. No lo sabía con certeza, pero le daba la impresión de que ella era mayor que él. Sus ideas respecto al matrimonio eran románticas y un tanto pueriles, y esperaba que su esposa fuese una virgen de rostro puro. Maria no lo era. Era robusta, buena bebedora y pasaban la mayor parte del tiempo en la cama. Una noche o una mañana temprano, él despertó a su lado y pensó en su vida. Tenía treinta años y seguía sin novia. Hacía casi dos años que salía con Maria. Antes de moverse hacia ella para despertarla, pensó en lo animosa, amable, apasionada y complaciente que siempre había sido. Mientras le acariciaba la espalda, pensó que la amaba. Su espalda parecía demasiado hermosa para ser verdad. La imagen de una muchacha fresca y pura como la que aparecía en los envases de margarina perduraba aún en algún lugar de su cerebro, pero ¿dónde estaba y cuándo aparecería? ¿Se estaba engañando a sí mismo? ¿Se equivocaba al rebajar a Maria por culpa de alguien a quien jamás había visto? Cuando ella despertó, le pidió que se casara con él.

—No puedo, cariño —respondió ella.

—¿Por qué? ¿Quieres un hombre más joven?

—Sí, querido, pero no uno solo. Quiero siete, uno después de otro.

—Oh —dijo él.

—Debo contártelo. Ya lo he hecho. Antes de conocerte. Invité a cenar a los siete hombres más atractivos que encontré. Ninguno estaba casado. Dos se habían divorciado. Preparé escalopes de ternera. Bebimos muchísimo y luego nos desnudamos todos. Era lo que yo quería. Cuando todos acabaron, no me sentí sucia, depravada o avergonzada. No sentí que había hecho nada malo. ¿Te asquea?

—Sinceramente, no. Eres una de las personas más limpias que he conocido. Es lo que pienso de ti.

—Estás loco, querido —dijo ella.

Artemis se levantó, se vistió y le dio un beso de despedida, y eso fue todo. Siguió viéndola durante una temporada, pero la fidelidad de Maria parecía asunto concluido, y sospechó que ella tenía relaciones con otros hombres. Entonces siguió buscando a

una muchacha tan pura y fresca como la del envase de margarina.

Era a principios de otoño y estaba excavando un pozo para una vieja casa de Olmstead Road. El primer pozo se estaba secando. La familia se apellidaba Filler y le pagaban a dólar el centímetro, tarifa vigente entonces. Confiaba en hallar agua a juzgar por lo que conocía sobre la configuración del terreno. Puso la perforadora en marcha y se acomodó en la cabina del camión a leer un libro. La señora Filler se acercó a preguntarle si quería una taza de café. Él rehusó tan cortésmente como pudo. No era fea en absoluto, pero él había decidido desde el principio no poner las manos sobre las amas de casa. Quería casarse con la chica del paquete de margarina. A mediodía abrió su fiamblera y había engullido la mitad de un bocadillo cuando ella volvió a la cabina.

—Acabo de prepararle una hamburguesa estupenda —anunció.

—Oh, no, gracias, señora —dijo—. Tengo aquí tres bocadillos.

Esa vez dijo «señora» como otras veces decía «córcholis», a pesar de que el libro que estaba leyendo, y con mucho interés, era de Aldous Huxley.

—Venga ahora mismo —insistió ella—. No acepto una negativa.

La mujer abrió la puerta de la cabina; él bajó y la acompañó hasta la puerta trasera.

La señora Filler tenía un trasero grande, una buena delantera, un rostro jovial y los cabellos probablemente teñidos, porque eran una mezcla de grises y azules. Le había puesto un asiento en la mesa de la cocina y se sentó enfrente mientras él comía la hamburguesa. Ella le contó directamente la historia de su vida, como era costumbre en Estados Unidos en aquella época. Había nacido en Evansville, Indiana, había terminado sus estudios en el instituto de Evansville Norte, y la habían elegido reina de la fiesta de fin de curso en su último año. Luego fue a la Universidad de Bloomington, donde el señor Filler, que era mayor que ella, había sido profesor. Se trasladaron de Bloomington a Siracusa, y de allí a París, donde él se hizo famoso.

—¿Por qué es famoso? —preguntó Artemis.

—¿Quiere decir que nunca ha oído hablar de mi marido? J. P. Filler, es un escritor famoso.

—¿Qué ha escrito?

—Bueno, un montón de cosas —respondió ella—, pero sobre todo es conocido por *Mierda*.

Artemis se rio y a continuación enrojeció.

—¿Cómo se titula el libro?

—*Mierda*. Se titula así. Me sorprende que nunca haya oído hablar de él. Se han vendido medio millón de ejemplares.

—Bromea usted.

—No, no bromeo. Venga conmigo. Voy a demostrárselo.

Él la siguió a través de la puerta de la cocina y de varias habitaciones más lujosas y confortables de lo que él estaba acostumbrado a ver. Ella cogió de una estantería un

libro que se titulaba *Mierda*.

—Dios mío —dijo Artemis—, ¿cómo se le ha ocurrido escribir un libro así?

—Verá —explicó ella—, cuando estaba en Siracusa consiguió una beca de una fundación para investigar la anarquía literaria. Pasó un año en el extranjero. Fue cuando estuvimos en París. Quería escribir un libro sobre algo que incumbiese a todo el mundo, como el sexo, solo que en la época en que le dieron la beca ya se había escrito todo lo que se podía escribir acerca del sexo. Entonces se le ocurrió la idea. Después de todo, era algo universal. Eso dijo él. Conciérne a todo el mundo: reyes, presidentes y marinos. Es algo tan importante como el fuego, el agua, la tierra y el aire. Alguna gente pensará tal vez que no es un tema muy delicado para escribir sobre él, pero él odia la delicadeza, y de todas maneras, teniendo en cuenta los libros que hay actualmente en el mercado, *Mierda* es una obra prácticamente llena de pureza. Me sorprende que nunca haya oído hablar de ella. Ha sido traducida a doce idiomas. Mire.

Hizo un gesto en dirección a la librería y Artemis pudo leer *Merde, Kaka*,³ y **ГОбНО**.

—Si quiere, le regalo una edición de bolsillo.

—Me gustaría leerlo —dijo Artemis.

Ella sacó un libro de un armario.

—Lástima que él esté fuera. Le encantaría dedicárselo, pero está en Inglaterra. Viaja mucho.

—Bueno, gracias, señora. Gracias por el almuerzo y también por el libro. Tengo que volver al trabajo.

Verificó la perforadora, subió a la cabina y dejó a Huxley en beneficio de J. P. Filler. Leyó el libro con cierto interés, pero su incredulidad fue obstinada. Aparte de los desplazamientos a la universidad, Artemis nunca había viajado, y, sin embargo, se sentía un viajero, un hombre rodeado de extraños. Caminando por una calle en China no se hubiera sentido más forastero que en ese mismo momento, en que trataba de comprender cómo era posible que un hombre fuese rico y estimado por haber escrito un libro sobre los excrementos.

No trataba de otra cosa: solo de excrementos. Los había de todos los tamaños, formas y colores, así como incontables descripciones de retretes. Filler había viajado muchísimo. Describía los retretes de Nueva Delhi y de El Cairo, e incluso había visitado o imaginado las cámaras del papa en el Vaticano y las instalaciones del palacio imperial de Tokio. Había bastantes descripciones líricas de la naturaleza: diarrea en un limonar español, estreñimiento en un paso montañoso de Nepal, disentería en las islas griegas. Verdaderamente, no era un libro monótono, y poseía, como la mujer había dicho, una clara universalidad, aun cuando Artemis siguió sintiéndose extraviado en un país como China. No era un mojigato, pero solía utilizar un vocabulario prudente. Si un pozo se acercaba demasiado a una fosa séptica, denominaba el peligro «asunto fecal». Había «bajado» (tal era su expresión) en Maria

muchas veces, pero contar aquellos lances y recordar con detalle las técnicas parecía restar valor a la experiencia. Opinaba que existía una cima de éxtasis sexual cuya inmensidad y hondura iban más allá de toda observación. Terminó el libro poco después de las cinco. Parecía que iba a llover. Apagó la perforadora, la cubrió con una lona y se marchó a casa. Al pasar por una ciénaga, arrojó el ejemplar de *Mierda*. No quería esconderlo y habría tenido problemas para explicar a su madre el contenido del libro, y además, no tenía ganas de releerlo.

Al día siguiente llovió y la lluvia empapó a Artemis. La perforadora trabajó poco y empleó casi toda la mañana en afianzarla. La señora Filler se preocupó por su salud. Primero le llevó una toalla.

—Va a pillar un resfriado de muerte, mi querido amigo. Oh, fíjese cómo se le ha rizado el pelo.

Más tarde, protegiéndose con un paraguas, le llevó una taza de té. Lo apremió a entrar en la casa y a ponerse ropa seca. Él contestó que no podía dejar la perforadora.

—De todos modos —añadió—, no me resfrío nunca.

Apenas lo había dicho, estornudó. La señora Filler insistió en que o bien entraba en la casa o se marchaba a la suya. Artemis se sintió incómodo y desistió a eso de las dos. La mujer tenía razón. A la hora de la cena le dolía la garganta. Sentía la cabeza pesada. Tomó dos aspirinas y se acostó alrededor de las nueve. Se despertó algo después de medianoche con los espasmos de calor y de frío de una fiebre alta. La fiebre tuvo por curioso efecto reducirlo a la actitud emocional de un niño. Se acurrucó en posición fetal, con las manos entre las rodillas, sudando y tiritando alternativamente. Se sentía solo pero protegido, irresponsable y cómodo. Le pareció que su padre vivía todavía y que al regresar a casa del trabajo le llevaba un interruptor nuevo para su tren de juguete o un cebo para su caja de aparejos. Su madre le sirvió el desayuno y le tomó la temperatura. Tenía un poquito menos de cuarenta grados, y dormitó casi toda la mañana.

A mediodía su madre le anunció que una mujer que aguardaba abajo había venido a verlo. Le había llevado un poco de sopa. Dijo que no quería ver a nadie, pero su madre se mostró dubitativa. La mujer era una clienta. Su intención era buena; sería grosero despedirla. Se sintió demasiado débil para oponer resistencia, y pocos minutos después la señora Filler apareció en la puerta con un bote hermético lleno de caldo.

—Ya le dije que caería enfermo. Se lo dije ayer.

—Voy a casa de los vecinos para ver si tienen una aspirina —dijo la madre—. Las nuestras se han acabado.

Salió de la habitación y la señora Filler cerró la puerta.

—Oh, pobre muchacho —dijo—. Pobrecillo.

—Solo es un resfriado —dijo Artemis—. Nunca estoy enfermo.

—Pero ahora sí lo está —replicó ella—. Está enfermo y yo le avisé de que le ocurriría, tontuelo. —Le temblaba la voz; se sentó en el borde de la cama y empezó a

acariciarle la frente—. Si hubiera entrado en mi casa, hoy estaría levantado y haciendo girar la almádena.

Extendió sus caricias al pecho y a los hombros varoniles, y luego, metiendo la mano por debajo de las sábanas, encontró un filón, ya que Artemis nunca usaba pijama.

—Oh, qué muchacho tan encantador —dijo ella—. ¿Siempre tiene erecciones tan rápidas? Está durísima.

Artemis gimió y la señora Filler puso manos a la obra. Un momento después, él arqueó la espalda y dejó escapar un grito sofocado. La trayectoria de su descarga se pareció un poco a las bolas de fuego de una vela romana, y quizá eso explique nuestra fascinación por esas pirotecnias. Oyeron entonces que se abría la puerta principal y la señora Filler se levantó de la cama y fue a sentarse en una silla junto a la ventana. Tenía la cara muy roja y respiraba con dificultad.

—Solo tenían aspirinas para niños —dijo la madre—. Son de las de color rosa, pero me imagino que si tomas bastantes, te harán el mismo efecto.

—¿Por qué no va a la farmacia a comprar aspirinas? —sugirió la señora Filler—. Yo me quedaré con él mientras usted esté fuera.

—No sé conducir —repuso la madre de Artemis—. ¿No es curioso? A mi edad y en estos tiempos. Nunca he aprendido a conducir.

La visitante estaba a punto de sugerirle que fuese andando hasta la farmacia, pero comprendió que eso podría revelar sus intenciones.

—Telefonaré a la farmacia para ver si hacen repartos a domicilio —prosiguió la madre, y salió de la habitación dejando la puerta abierta. El teléfono se hallaba en la entrada y la señora Filler se quedó sentada en su silla. Permaneció allí unos minutos más y se marchó fingiendo una falsa alegría.

—Ponte bueno —dijo—, y vuelve y cávame un hermoso pozo.

Artemis volvió al trabajo tres días después. La señora Filler no estaba en casa, pero regresó alrededor de las once con una bolsa de comestibles. Al mediodía, Artemis estaba abriendo su fiambarrera y ella salió de la casa con una bandejita en la que llevaba dos bebidas marrones y humeantes.

—Traigo un ponche —dijo. Él abrió la puerta de la cabina, ella subió y se sentó a su lado.

—¿Lleva whisky? —preguntó Artemis.

—Una gota. Casi todo es té y limón. Bébetelo y te sentirás mejor.

Artemis probó el ponche y pensó que nunca había probado nada tan fuerte.

—¿Has leído el libro de mi marido? —preguntó ella.

—Lo he hojeado —respondió él astutamente—. No lo entendí. Quiero decir que no comprendo por qué ha tenido que escribir sobre eso. No leo mucho, pero imagino que es mejor que otros libros. Los que realmente detesto son esos en los que la gente no hace más que pasear, encender cigarrillos y decir cosas como «buenos días». Se limitan a dar paseos por ahí. Cuando leo un libro me gusta que traten de temblores de

tierra, exploraciones y maremotos. No me gusta leer cosas sobre gente que pasea y abre puertas.

—Oh, tontuelo —dijo ella—. No sabes nada.

—Tengo treinta años, y sé cavar pozos —repuso Artemis.

—Pero no sabes lo que quiero.

—Supongo que quiere un pozo. Cuatrocientos cincuenta litros por minuto. Buena agua potable.

—No me refiero a eso. Quiero decir lo que quiero ahora.

Él se hundió un poco en el asiento y se desabrochó los pantalones. Ella bajó la cabeza y adoptó una postura singular, como un pájaro que busca semillas o agua.

—Oiga, es fantástico —dijo Artemis—, realmente fantástico. ¿Quiere que le diga cuándo voy a correrme?

Ella se limitó a negar con la cabeza.

—Un gran chorro se acerca —dijo Artemis—. Un gran chorro está a punto de llegar a su destino. ¿Quiere que lo retenga?

Ella movió la cabeza.

—Ay —exclamó Artemis—, ¡ay!

Una de sus limitaciones como amante era que en el instante más sublime acostumbraba a gritar: «Ay, ay, ay».

Maria se había quejado al respecto. «Ay —rugió—, ay, ay, ay», al estremecerse con un inmenso orgasmo.

—Eh, ha sido fantástico —dijo—, realmente fantástico, pero juraría que no es saludable. Quiero decir que si siempre hace usted esto, va a terminar encorvada de espaldas.

Ella lo besó tiernamente y dijo:

—Estás loco.

Ya iban dos veces. Él le dio uno de sus bocadillos.

La perforadora había llegado ya a más de noventa metros de hondo. Al día siguiente, Artemis remontó el martillo y quitó el cilindro que medía el agua. El agua era turbia, pero no jabonosa, y calculó que la toma sería de unos noventa litros por minuto. Cuando la señora Filler salió de la casa, Artemis le comunicó la noticia. No pareció complacerla. Tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos.

—Bajaré otros cinco o seis metros. Creo que será un pozo estupendo.

—Y luego te irás —dijo ella—, y no volverás nunca.

Se echó a llorar.

—No llore, señora Filler. No llore, por favor. Detesto ver llorar a las mujeres.

—Estoy enamorada —dijo ella con un intenso sollozo.

—Bueno, me figuro que una mujer bonita como usted debe de enamorarse con bastante frecuencia.

—Estoy enamorada de ti —sollozó—. Nunca me había ocurrido. Me despierto a las cinco de la mañana y me pongo a esperar tu llegada. Las seis, las siete, las ocho en

punto. Es angustioso. No puedo vivir sin ti.

—¿Y qué pasa con su marido? —preguntó Artemis alegremente.

—Ya lo sabe —sollozó—. Está en Londres. Le telefoneé anoche y se lo dije. No me parecía justo que volviera a casa esperando encontrar a una esposa cariñosa cuando su mujer está enamorada de otro.

—¿Qué dijo él?

—No dijo nada. Colgó. Vuelve esta noche. Tengo que ir a las cinco a esperar el avión. Te quiero. Te quiero, te quiero.

—Bueno, tengo que volver al trabajo, señora Filler —dijo Artemis con su mayor rusticidad—. Ahora vuelva a casa y descanse un poco.

Ella dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. A él le hubiera gustado consolarla —toda forma de tristeza lo afligía—, pero sabía que cualquier gesto por su parte sería arriesgado. Volvió a colocar la perforadora y excavó otros cuatro metros, hasta donde calculó que la toma alcanzaría unos ciento treinta litros por minuto. A las tres y media se marchó la señora Filler. Lo miró ceñuda al pasar en el coche. En cuanto ella se hubo ido, él actuó rápidamente. Tapó el pozo, guardó la perforadora en el camión y regresó a casa. Esa noche, el teléfono sonó alrededor de las nueve. Pensó en no contestar o en decirle a su madre que lo cogiera ella, pero su madre estaba viendo la televisión y él tenía sus responsabilidades como cavador de pozos.

—Dispone usted de unos ciento treinta litros por minuto —dijo—. Haversham le instalará la bomba. No sé si necesitará un depósito nuevo. Pregúntele a Haversham. Adiós.

Al día siguiente cogió su escopeta y un paquete de bocadillos y recorrió los bosques del norte de la ciudad. No era muy buen tirador y tampoco había demasiados pájaros, pero le gustaba pasear por los bosques y los pastos y escalar los muros de piedra. Al volver a casa, su madre le dijo:

—Ha estado aquí esa mujer. Te ha traído un regalo.

Y le entregó una caja que contenía tres camisas de seda y una carta de amor. Esa noche, más tarde, cuando sonó el teléfono, pidió a su madre que dijera que no estaba. La llamada, por supuesto, era de la señora Filler. Artemis no había hecho vacaciones en varios años, y advirtió que había llegado el momento de viajar. A la mañana siguiente fue a una agencia de viajes del pueblo.

La agencia tenía su sede en una sala tenebrosa y estrecha de una calle oscura, y en sus paredes resplandecían fotografías de playas, catedrales y parejas de enamorados. La dueña era una mujer de pelo grisáceo. Sobre su escritorio, un letrero decía: HACE FALTA ESTAR LOCO PARA TENER UNA AGENCIA DE VIAJES. Parecía agobiada, y tenía la voz cascada por la edad, el whisky o el tabaco. No paraba de fumar. En dos ocasiones encendió un cigarrillo a pesar de que otro humeaba todavía en el cenicero. Artemis dijo que disponía de unos quinientos dólares para gastar y que le gustaría irse al extranjero durante dos semanas.

—Bueno, supongo que ya habrá estado en París, Londres y Disneylandia —dijo

ella—. Todo el mundo ha estado. Podría visitar Tokio, claro está, pero me han dicho que es un vuelo agotador. Diecisiete horas en un 707, con una escala técnica en Fairbanks. Actualmente, mis clientes más satisfechos son los que van a Rusia. Hay una oferta con todos los gastos incluidos. —Sacó de pronto un folleto y se lo mostró—. Por trescientos veintiocho dólares tiene un pasaje económico de ida y vuelta a Moscú, doce días en un hotel de primera categoría, pensión completa, entradas gratis para el hockey, la ópera, el ballet y el teatro, y un pase a una piscina pública. Las visitas a Leningrado y Kiev son optativas.

Él le preguntó qué otros viajes podía ofrecerle.

—Bueno, podría ir a Irlanda, pero ahora llueve mucho. Hace casi diez días que no aterriza un avión en Londres. Se amontonan en Liverpool y hay que bajar a Londres en tren. En Roma hace frío, igual que en París. Se tarda tres días en llegar a Egipto. El Pacífico queda descartado para un viaje de dos semanas, pero podría visitar el Caribe, aunque es muy difícil conseguir reservas. Supongo que querrá adquirir souvenirs, y en Rusia no hay gran cosa que comprar.

—No quiero comprar nada —respondió Artemis—. Solo quiero viajar.

—Siga mi consejo —dijo ella—, y vaya a Rusia.

Al parecer, era la máxima distancia que podía poner entre él y el matrimonio Filler. Su madre no se inmutó. Otra mujer que, como ella, tuviese en casa siete banderas norteamericanas habría protestado, pero ella no dijo más que: «Vete a donde te apetezca, hijo. Te mereces un cambio». Su pasaporte y su visado tardaron una semana, y una noche agradable embarcó en el vuelo de Aeroflot que salía a las ocho y que lo llevaría desde el aeropuerto Kennedy hasta Moscú. Casi todos los demás pasajeros eran japoneses y no hablaban inglés, y el viaje fue largo y solitario.

Llovía en Moscú, así que Artemis oyó lo que le gustaba: el rumor de la lluvia. Se puso detrás de los japoneses, que hablaban ruso, cruzó con ellos la pista de despegue y al llegar al edificio principal respetó la cola. La fila avanzaba despacio; llevaba aproximadamente una hora esperando cuando se le acercó una joven atractiva y le preguntó:

—¿Es usted el señor Artemis Bucklin? Tengo buenas noticias para usted. Venga conmigo.

Ella cogió su maleta y se saltó la cola de los que aguardaban para pasar aduanas e inmigración. Un amplio coche negro los estaba esperando.

—Primero iremos a su hotel —dijo la muchacha, que tenía un marcado acento inglés—. Después iremos al teatro Bolshoi, donde nuestro gran Premier, Nikita Sergéievich Krushev quiere darle a usted la bienvenida; a usted, miembro del proletariado norteamericano. Gentes de las más diversas profesiones visitan nuestro hermoso país, pero usted es el primer cavador de pozos.

Su voz era melodiosa, y sus propias noticias parecían hacerla muy dichosa. Artemis estaba cansado, confuso y se sentía sucio. Por la ventanilla del automóvil divisó un gigantesco retrato del secretario general clavado en un árbol. Estaba

asustado.

Pero ¿por qué iba a estarlo? Había excavado pozos para ricos y pobres y había tratado a unos y otros sin temor ni timidez. Kruschev era simplemente un campesino que a fuerza de astucia, vitalidad y suerte se había convertido en el amo de una población de más de doscientos millones de almas. Ahí estaba el quid; y a medida que el coche se aproximaba a la ciudad, los retratos de Kruschev instalados en las panaderías, los grandes almacenes y las farolas miraban pasar a Artemis. Pancartas con la imagen del político ruso ondeaban al viento en un puente sobre el Moskova. En la plaza Mayakovski, un gran retrato iluminado del político resplandecía por encima de sus hijos mientras estos se precipitaban a la boca del metro.

Artemis fue conducido a un hotel llamado Ucrania.

—Ya vamos con retraso —dijo la joven.

—No puedo ir a ningún sitio hasta que no me haya bañado y afeitado —repuso Artemis—. No puedo ir a ningún sitio con esta facha. Y también me gustaría comer algo.

—Suba y cámbiese. Me reuniré con usted en el comedor. ¿Le gusta el pollo?

Artemis subió a su habitación y abrió el grifo del agua caliente de la bañera. Como era de esperar, no salió nada. Se afeitó con agua fría y estaba vistiéndose cuando el grifo del agua caliente entró en erupción como si fuera el Vesubio y empezó a eyacular agua hirviente y herrumbrosa. Se bañó, se vistió y bajó al comedor. Ella estaba sentada ante una mesa con la cena de Artemis ya servida. Había tenido la gentileza de pedir una jarra de vodka, que Artemis bebió antes de comer el pollo.

—No quiero meterle prisa —dijo la muchacha—, pero vamos a llegar tarde. Intentaré explicarle. Hoy se celebra el aniversario de la batalla de Stavitsky. Iremos al teatro Bolshoi y usted se sentará en la mesa presidencial. Yo no podré estar a su lado, de modo que entenderá muy poco de lo que allí se diga. Habrá discursos. Una vez acabados, tendrá lugar una recepción al fondo del escenario y nuestro secretario general, Nikita Sergéievich Kruschev, le dará a usted, en su carácter de miembro del proletariado norteamericano, la bienvenida a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Creo que deberíamos irnos ya. El mismo coche y conductor los esperaban fuera y, durante el trayecto del Ucrania al Bolshoi, Artemis contó setenta retratos del hombre que estaba a punto de conocer. Entraron en el teatro por la puerta trasera. Fue conducido hasta el escenario, donde ya habían comenzado los discursos. Estaban televisando el acto conmemorativo y los focos daban tanto calor como el que reina en un desierto, ilusión acrecentada por el hecho de que flanqueaban el escenario unas palmeras de plástico. Artemis no entendió ni una palabra de lo que oía, pero buscó con los ojos al mandatario ruso. No estaba en el palco de honor. Este lo ocupaban dos mujeres muy ancianas. Al cabo de una hora de discursos, su angustia desembocó en aburrimiento y en la incomodidad de tener la vejiga llena. Al cabo de otra hora, estaba simplemente adormilado. Entonces acabó la ceremonia. Se sirvió un bufet

entre bastidores y fue hacia allí según le indicaron, esperando a que Krushev hiciera su terrible aparición, pero el líder no estaba en ningún sitio y cuando Artemis preguntó si habían de esperarlo aún, no recibió respuesta. Comió un bocadillo y bebió un vaso de vino. Nadie le dirigió la palabra. Decidió volver al hotel andando para estirar un poco las piernas. En cuanto salió del teatro, lo detuvo un policía. No cesó de repetir el nombre del hotel y de señalarse los zapatos, y en cuanto el policía lo entendió le indicó el camino de regreso. Artemis se puso en marcha. Le pareció que seguía el mismo trayecto que el coche en el que había ido, pero todos los retratos de Krushev habían desaparecido. Todas las fotos que brillaban ante él en panaderías, farolas y paredes se habían esfumado. Creyó que se había perdido hasta que cruzó un puente sobre el río Moskova que recordó gracias a las banderas. Ya no ondeaban. Al llegar al hotel, buscó un gran retrato de Krushev colgado en el vestíbulo. Ni rastro. Así pues, como muchos otros viajeros antes que él, subió a una extraña habitación de un país extranjero canturreando los blues de la irrealidad. ¿Cómo podría haber adivinado que Krushev había sido destituido?

Desayunó en el comedor con un inglés que le refirió los hechos. También le aconsejó que si necesitaba un intérprete fuese a la Agencia Central del Gobierno y no a la Intourist. Le escribió en una tarjeta una dirección en alfabeto cirílico. Hablaba con los camareros oficiosamente en ruso y Artemis admiró su fluidez, pero, de hecho, aquel inglés era uno de esos viajeros que pueden pedir huevos fritos y licores fuertes en siete idiomas sin saber contar hasta diez en más de uno.

Delante del hotel había una parada de taxis, y Artemis dio la dirección a un conductor. Recorrieron el mismo trayecto que antes había seguido hacia el Bolshoi, y Artemis volvió a comprobar que habían quitado todos los retratos de Krushev en dos horas o tres como mucho. Habrían necesitado centenares de hombres. El lugar era un sórdido edificio de oficinas con un letrero en inglés y otro en ruso. Artemis subió una destartada escalera hasta llegar a una puerta acolchada. ¿Por qué acolchada? ¿Para que hubiera silencio? ¿Pura demencia? Abrió la puerta de una oficina brillantemente iluminada y dijo a una joven muy atractiva que quería un intérprete para que le enseñara Moscú.

Los rusos no parecen haberle cogido la medida a la cuestión del alumbrado. O hay demasiada luz o demasiado poca, y la que caía sobre la muchacha era mortecina. Ella, sin embargo, era lo bastante hermosa para superar la situación. Si era posible que miles de retratos de Krushev desaparecieran en tres horas, ¿por qué no podría enamorarse él en tres minutos? Le pareció que así era. La muchacha debía de medir uno sesenta y cinco. Él medía un metro ochenta, de modo que era de la talla adecuada, reflexión que había aprendido a tener en cuenta. Su frente y la forma de su cabeza eran espléndidas, y se mantenía con la cabeza un tanto erguida, como si estuviera acostumbrada a hablar con gente más alta que ella. Llevaba un suéter ajustado que revelaba sus hermosos pechos, y la falda era asimismo ceñida. Parecía estar a cargo de la oficina, pero a pesar de sus manifiestas responsabilidades

ejecutivas, no había rastro de agresividad en su porte. Era muy femenina. Su quintaesencia parecía residir en dos cosas: un sentido de la jovialidad y la rapidez con que movía la cabeza. Parecía capaz de la volubilidad y el humor cambiante de una persona mucho más joven. (Artemis descubrió más tarde que tenía treinta y dos años). Movía la cabeza como si su visión fuera estrecha, como si captara los objetos uno por uno en lugar de percibirlos globalmente. No era así, pero a Artemis le dio esa impresión. Había cierta nostalgia en su aspecto, cierto encantador sentido femenino del pasado.

—La señora Kósiev lo guiará —dijo—. Taxis aparte, la tarifa son veintitrés rublos.

Hablaba exactamente con el mismo acento que la mujer que lo había recibido en el aeropuerto. (Él no lo sabría nunca, pero ambas habían aprendido el inglés con la misma cinta, grabada en la Universidad de Leningrado por una institutriz inglesa convertida al comunismo).

Artemis ignoraba las costumbres de aquel país extraño, pero decidió arriesgarse.

—¿Le importaría cenar conmigo? —preguntó.

Ella le dedicó una mirada simpática e inquisitiva.

—Voy a una lectura de poesía —contestó.

—¿Puedo acompañarla?

—Bueno, sí. Por supuesto. Venga aquí a las seis.

Llamó a la señora Kósiev. Era una mujer de anchos hombros que le estrechó la mano virilmente, pero no sonrió.

—¿Sería tan amable de acompañar en la visita de veintitrés rublos a Moscú a nuestro huésped de Estados Unidos?

Artemis contó veintitrés rublos y los depositó sobre el escritorio de la mujer de quien se acababa de enamorar.

Al bajar la escalera, la señora Kósiev dijo:

—Es Natasha Funarova. Hija del mariscal Funarov. Han vivido en Siberia...

Tras proporcionarle esta información, empezó a ensalzar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y prosiguió haciéndolo durante toda la jornada. Recorrieron una corta distancia desde la oficina hasta el Kremlin, y en primer lugar lo llevó al Arsenal. Había una larga cola ante la puerta, pero no la respetaron. Una vez dentro, se pusieron zapatillas de fieltro encima de los zapatos y contemplaron las joyas de la corona, los arreos del caballo real y parte del vestuario palaciego. Artemis se aburría y empezaba a sentirse enormemente cansado. Luego visitaron tres iglesias en el Kremlin; le parecieron suntuosas, arrogantes y completamente misteriosas. Después cogieron un taxi para ir a la Galería Tretiakov. Artemis había comenzado a percibir que el olor de Moscú, tan alejada de toda tierra cultivada, era olor a estiércol, requesón y suero rancios, y guardapolvos manchados de tierra; un olor que dominaba el grandioso vestíbulo del hotel Ucrania. Las iglesias doradas del Kremlin, desprovistas de su incienso, olían como cobertizos, y, en el museo, al olor de

requesón y suero se sumaba el tufo misterioso pero perceptible de boñigas de vaca. A la una, Artemis dijo que tenía hambre e hicieron un alto para almorzar. Después visitaron la biblioteca Lenin y a continuación un monasterio secularizado convertido en museo popular. Artemis ya había visto bastante, y después del monasterio dijo que quería volver al hotel. La señora Kósiev alegó que no habían completado el recorrido y que no habría reembolso. Él respondió que le tenía sin cuidado y cogió un taxi de vuelta al Ucrania.

Se presentó en la oficina a las seis. Ella lo esperaba en la calle, junto a la puerta.

—¿Ha disfrutado de la visita? —preguntó.

—Oh, sí. Sí. No creo que me gusten los museos, pero no había estado en ninguno y quizá se trate de algo que se puede aprender.

—Detesto los museos —dijo ella.

Se cogió del brazo de él sin apoyarse y apenas si unió su hombro al de Artemis. Su cabello era de un castaño muy claro, no era propiamente rubio, pero brillaba a la luz de las calles. Era liso y se lo peinaba con sencillez, con una pequeña cola de caballo sujeta con una goma. El aire húmedo y frío olía como el tubo de escape de un motor diésel.

—Vamos a escuchar a Luncharvsky —anunció—. No es muy lejos. Podemos ir andando.

¡Oh, Moscú, Moscú, la más anónima de todas las ciudades anónimas! Unas flores marchitas adornaban el busto de Chaliapin, pero por lo visto eran las únicas flores en toda la ciudad. Del bullicio de una metrópoli auténticamente grande forma parte la fragancia del café tostado y (en Roma) el aroma del vino, el pan recién hecho y las mujeres que llevan flores a un amante, esposo o a nadie en especial, nadie en absoluto. A medida que oscurecía y se iban encendiendo las luces, Artemis sintió que no existía la animación propia de un final de jornada. Por una ventana vio a un niño leyendo un libro y a una mujer friendo patatas. La sensación de que un decisivo espectro de la vida ciudadana se había extinguido, ¿se debía a la desaparición de todos los príncipes y al hecho de que todos los palacios, para bien o para mal, seguían en pie? Se cruzaron con un hombre que transportaba tres barras de pan recién hecho en una cesta de hilo. El hombre iba cantando y Artemis se sintió dichoso.

—Te quiero, Natasha Funarova —dijo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—La señora Kósiev me ha hablado de ti.

Vieron ante ellos la estatua de Maiakovski, aunque Artemis no sabía (ni sabe hoy) nada del poeta. Era gigantesca y de mal gusto, una reliquia de la era estalinista que remodeló el panteón entero de la literatura rusa a imagen y semejanza de los hijos de Lenin. (Incluso al pobre Chéjov le otorgaron póstumamente unos hombros heroicos y una frente compacta). Oscurecía cada vez más y aumentaba el número de luces. Más tarde, mientras observaban a la multitud, Artemis vio que el humo de los cigarrillos había formado en el aire, a nueve o doce metros de altura, una nube plana, consistente

y poco natural. Supuso que se trataba de cierto proceso de inversión. Antes de llegar a la plaza alcanzó a oír la voz de Luncharvsky. El ruso es una lengua más resonante que el inglés, menos musical pero más variada, y ello puede explicar su capacidad de provocar exaltación. La voz era potente, no solo en volumen sino en fuerza emocional. Parecía melancólica y exaltada. Aparte del ruido, Artemis no captó nada. Luncharvsky ocupaba un estrado bajo la estatua de Maiakovski y declamaba poesías de amor a un auditorio compuesto de mil o dos mil personas en pie bajo la extraña nube o toldo de humo. No estaba cantando, pero la fuerza de su voz equivalía a un canto. Natasha hizo un gesto como dando a entender que lo había llevado a presenciar una de las maravillas del universo, y él pensó que tal vez era cierto.

Era un turista, un forastero, y había viajado hasta tan lejos para ver cosas extrañas. El crepúsculo era frío, pero Luncharvsky estaba en mangas de camisa. Era ancho de hombros; ancho de huesos, para ser más exacto. Tenía largos brazos; al cerrar sus manazas, cosa que hacía cada pocos minutos, los puños resultaban imponentes. Era alto, y llevaba el pelo rubio sin cortar ni peinar. Poseía la mirada desconcertante e irresistible del hombre que trepa incesantemente. Artemis experimentó la sensación de que no solo absorbía la atención de la muchedumbre, sino de que si hubiera habido alguien momentáneamente distraído, él lo habría notado. Al término de la recitación, alguien le tendió el abrigo y un ramo de crisantemos marchitos.

—Tengo hambre —comentó Artemis.

—Vamos a un restaurante georgiano —dijo ella—. La georgiana es nuestra mejor cocina.

Fueron a un lugar muy ruidoso donde Artemis comió pollo por tercera vez. Al salir del restaurante, ella lo cogió del brazo, apretó su hombro contra el suyo y lo llevó calle abajo. Se preguntó si ella iba a llevarlo a su casa, y en ese caso, qué encontraría. ¿Padres ancianos, hermanos, hermanas o quizá una compañera de cuarto?

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al parque. ¿Te parece bien?

—Muy bien —respondió Artemis.

Cuando llegaron a él, vio que el parque era igual que cualquier otro. Había árboles que en aquella época del año perdían sus hojas, bancos y paseos de asfalto. Una estatua de hormigón representaba a un hombre cargando a un niño sobre los hombros. El niño tenía un pájaro en la mano. Artemis supuso que encarnaban el progreso o la esperanza. Se sentaron en un banco, él la rodeó con un brazo y la besó. Ella respondió tierna y diestramente, y durante la siguiente media hora estuvieron besándose. Artemis se sintió relajado, afectuoso y próximo a la sensiblería. Al levantarse para enderezar la protuberancia de sus pantalones, ella le cogió la mano y lo llevó a una casa de apartamentos situada a una manzana o dos de distancia. Un policía armado se hallaba junto a la puerta. Ella sacó de su bolso lo que Artemis

pensó que sería un carnet de identidad. El policía la examinó de un modo deliberadamente ofensivo. Parecía abiertamente belicoso. Rio con sarcasmo, miró furiosamente, señaló varias veces a Artemis y se dirigió a Natasha como si ella fuera un ser despreciable. En circunstancias distintas, en otro país, Artemis le hubiera golpeado. Por último, los dejó pasar y subieron en un ascensor que parecía una jaula a un piso superior. Artemis pensó que incluso la casa olía como una granja. Ella abrió la puerta con dos llaves y lo hizo pasar a una mísera habitación. Había una cama en una esquina y ropa puesta a secar en una cuerda. Sobre una mesa descansaban una barra de pan y varios trozos de carne. Artemis se desvistió rápidamente, ella lo imitó y (Artemis prefería esta expresión) hicieron el amor. Ella limpió la suciedad con un trapo, le puso entre los labios un cigarrillo encendido y le sirvió un vaso de vodka.

—No quiero que esto se acabe —dijo él—. No quiero que acabe nunca.

Aunque eran entre sí perfectos desconocidos, con ella en sus brazos había experimentado la sensación escalofriante y galvánica de su inseparabilidad. Estaba pensando distraídamente en un pozo que había excavado dos años antes, y Dios sabe qué pensaba ella.

—¿Cómo es Siberia? —preguntó él.

—Maravillosa.

—¿Y tu padre?

—Le gustaban los pepinos —respondió—. Fue mariscal hasta que nos enviaron a Siberia. Al volver le dieron un despacho en el Ministerio de Defensa. Era un despacho pequeño, no tenía silla, mesa, escritorio, teléfono ni nada. Iba por la mañana y se sentaba en el suelo. Luego murió. Ahora tienes que irte.

—¿Por qué?

—Porque es tarde y me preocupo por ti.

—¿Puedo verte mañana?

—Naturalmente.

—¿Puedes venir a mi hotel?

—No, no puedo hacer eso. No sería seguro que me vieran en un hotel para turistas y, de todas formas, los detesto. Podemos vernos en el parque. Te escribiré la dirección.

Abandonó la cama y atravesó el cuarto. Su figura era asombrosa, tan perfecta que casi parecía anómala. Tenía los pechos grandes, el talle muy esbelto y unas nalgas voluminosas. Movía el trasero con un leve balanceo, como si lo tuviera lastrado con munición de posta. Artemis se vistió, le dio las buenas noches con un beso y bajó. El policía lo detuvo, pero finalmente lo dejó partir, ya que ninguno de los dos entendía lo que decía el otro. Al pedir su llave en el hotel hubo cierta tardanza. Luego apareció un hombre uniformado que llevaba en la mano el pasaporte de Artemis y le anuló el visado.

—Abandonará Moscú mañana por la mañana —declaró—. Tomará el vuelo 769 de la SAS hasta Copenhague y allí cogerá un avión a Nueva York.

—Pero yo quiero visitar este gran país —protestó Artemis—. Quiero conocer Leningrado o Kiev.

—El autobús del aeropuerto sale a las nueve y media.

A la mañana siguiente, Artemis hizo que el agente de la Intourist llamara desde el teléfono del vestíbulo a la oficina de intérpretes. Al preguntar por Natasha Funarova, le dijeron que allí no trabajaba ni había trabajado nunca una persona con ese nombre. Cuarenta y ocho horas después de su llegada, Artemis volaba de regreso a la patria. Los otros pasajeros eran norteamericanos, y pudo charlar, hacer amigos y pasar el tiempo.

Pocos días después, reanudó su trabajo excavando a las afueras del pueblo de Brewster. El emplazamiento había sido elegido por un zahorí y Artemis desconfiaba, pero estaba equivocado. A unos ciento veinte metros de profundidad topó con piedra caliza y con una corriente de agua dulce que daba cuatrocientos cincuenta litros por minuto. Dieciséis días después de su regreso de Moscú, recibió la primera carta de Natasha. Las señas del sobre estaban en inglés, pero había cantidad de letras en alfabeto cirílico y los sellos eran de brillantes colores. La carta desconcertó a su madre y, según ella, había alarmado al cartero. Ir a Rusia era una cosa, pero recibir cartas de aquel extraño y distante país otra muy distinta. «Cariño mío —escribía Natasha—. Anoche soñé que tú y yo éramos una ola del mar Negro, en Yalta. Ya sé que no conoces esa región de mi país, pero si fuéramos una ola que avanza rumbo a la orilla, podríamos ver las montañas de Crimea cubiertas de nieve. A veces, en Yalta, cuando florecen las rosas, se puede ver cómo nieva en las montañas. Al despertar del sueño me sentí tranquila y dignificada, y en mi boca persistía claramente el sabor de la sal. Debo firmar esta carta con el nombre de Fifí, puesto que tu amorosa Natasha no puede haber escrito nada tan irracional».

Contestó a la carta esa misma noche. «Queridísima Natasha: te quiero. Si vienes a mi país, me casaré contigo. Pienso en ti todo el tiempo y me gustaría enseñarte cómo vivimos aquí, las carreteras, los árboles y las luces de las ciudades. Es muy distinto de vuestro modo de vida. Estoy hablando en serio al respecto de todo esto, y si necesitas dinero para el pasaje de avión, yo te lo enviaré. Si decidieses que no quieres casarte conmigo, podrías volver a tu patria. Esta noche es Halloween. No creo que celebréis esta fiesta en Rusia. Es la noche en que se cree que los muertos se levantan, aunque no lo hacen, por supuesto, y los niños se pasean por las calles disfrazados de fantasmas, esqueletos y demonios, y en las casas les dan bombones y centavos. Por favor, ven a mi país y cástate conmigo».

Hasta aquí todo fue sencillo, pero copiar su dirección en alfabeto ruso le llevó mucho más tiempo. Gastó diez sobres antes de lograr una escritura que le pareció satisfactoria. El empleado de correos era amigo suyo.

—¿Qué diablos estás haciendo, Art, con todos estos garabatos dirigidos a los

comunistas?

Artemis recobró su rusticidad.

—Verás, Sam, resulta que estuve allí un día o dos y encontré a una chica que me gustó.

La carta recibió un franqueo de veinticinco centavos, un deprimente grabado gris de Abraham Lincoln. Pensando en el brillante colorido de la carta de Natasha, Artemis preguntó si no había un sello más alegre, y su amigo le respondió que no.

Recibió respuesta al cabo de diez días. «Me agrada pensar que nuestras cartas se cruzan, y me gusta creer que van batiendo sus alas al encuentro del otro en algún lugar por encima del Atlántico. Me encantaría ir a tu país y casarme contigo o que te cases conmigo aquí, pero no podemos hacerlo hasta que haya paz en el mundo. Me gustaría que nuestro amor no tuviese que depender de la paz. Fui al campo el sábado, y los pájaros, los abedules y los pinos me tranquilizaron. Ojalá hubieras estado conmigo. Un doctor en teología de la Iglesia Unitaria vino ayer a la oficina buscando un intérprete. Parecía inteligente y yo misma lo llevé a visitar Moscú. Me dijo que para ser miembro de la Iglesia Unitaria no necesitaba creer en Dios. Me dijo que Dios es el progreso del caos al orden, a la responsabilidad humana. Siempre he pensado que Dios está sentado en las nubes con sus escuadrones de ángeles alrededor, pero quizá vive en un submarino, rodeado por divisiones de sirenas. Por favor, mándame una fotografía tuya y escíbeme otra vez. Tus cartas me hacen muy feliz».

«Adjunto una foto —contestó él—. Es de hace tres años. Me la sacaron en el embalse de Wakusha. Está en el centro del cauce nordeste. Pienso en ti continuamente. Esta madrugada me desperté a las tres pensando en ti. Fue un sentimiento agradable. Me gusta la oscuridad. Me parece una casa con muchas habitaciones. Sesenta o setenta. Por la noche, después del trabajo, voy a patinar. Me imagino que en Rusia todo el mundo sabe patinar. Sé que los rusos juegan al hockey, porque normalmente ganan a los norteamericanos en los Juegos Olímpicos. Tres a dos, siete a dos, ocho a uno. Está empezando a nevar. Con amor, Artemis». Libró una nueva batalla para escribir la dirección.

«Tu última carta tardó dieciocho días —escribió Natasha—. Me sorprende respondiendo a tus noticias antes de que lleguen, pero no hay nada místico en ello, realmente, pues en Correos hay un reloj inmenso con un lado negro y el otro blanco que marca la hora que es en las distintas partes del mundo. Cuando allí despunta el alba, aquí ya ha transcurrido la mitad del día. Acaban de pintarme la escalera. Los colores son los preferidos por todos los pintores municipales: marrón claro con una franja marrón oscuro. Mientras estaban trabajando salpicaron con un poco de pintura blanca la parte inferior de mi buzón. Así que ahora, cuando bajo en ascensor, esa mancha blanca me proporciona la ilusión de que hay una carta tuya. No puedo remediarlo. Mi corazón late y corro al buzón, pero solo encuentro la mancha blanca. Ahora bajo en el ascensor vuelta de espaldas, tan dolorosa me resulta esa gota de pintura».

Al volver del trabajo una noche, su madre le dijo que alguien había llamado de la capital del condado diciendo que la llamada era urgente. Artemis supuso que debía de ser de la oficina de impuestos. Había tenido dificultades al intentar informarles de las pérdidas y ganancias en el oficio de buscador de agua. Era un ciudadano consciente y telefoneó a aquel número. Un desconocido se identificó como señor Cooper, y Artemis no tuvo la impresión de que perteneciese a la oficina de impuestos. Cooper quería verlo de inmediato.

—Bueno, veré, esta noche juego a los bolos —dijo Artemis—. Nuestro equipo está empatado en el primer puesto y me disgustaría perderme el partido si no podemos vernos en otro momento.

Cooper se mostró conforme y Artemis le dijo dónde estaba trabajando y el modo de llegar allí. Cooper dijo que iría a verlo a las diez y Artemis fue a jugar a los bolos.

A la mañana siguiente empezó a nevar. Parecía tratarse de una gran tormenta. Cooper apareció a las diez. No se apeó de su coche, pero se comportó con tanta amabilidad que Artemis imaginó que era un vendedor. Un agente de seguros.

—Tengo entendido que ha estado usted en Rusia.

—Bueno, solo estuve cuarenta y ocho horas. Me anularon el visado. No sé por qué.

—Pero usted mantiene correspondencia con Rusia.

—Sí, con una chica. Salí con ella una vez. Nos carteamos.

—La Secretaría de Estado está muy interesada en su experiencia. Al subsecretario Hurlow le gustaría charlar con usted.

—En realidad, no tuve ninguna experiencia. Visité algunas iglesias, cené pollo tres veces y luego me echaron del país.

—Veré, el subsecretario está interesado. Llamó ayer y ha vuelto a llamar esta mañana. ¿Le importaría ir a Washington?

—Estoy trabajando.

—Solo sería un día. Puede hacer el viaje por la mañana y volver por la tarde. No será mucho tiempo. Creo que le pagarán los gastos, aunque todavía no se ha decidido. Tengo aquí la información.

Tendió al cavador de pozos una carta con membrete que requería la presencia de Artemis Bucklin en el nuevo edificio de la secretaría a las nueve de la mañana del día siguiente.

—Si lo hace —añadió Cooper—, el gobierno le quedará muy agradecido. Yo no me preocuparía demasiado por la hora. Casi nadie empieza a trabajar antes de las diez. Encantado de conocerlo. Si desea hacerme alguna pregunta, llámeme a este número.

Luego se marchó, y a gran velocidad, porque la nevada empezaba a arreciar. El pozo estaba emplazado en un lugar remoto donde las carreteras no serían despejadas, y Artemis volvió en coche antes de almorzar.

Cierto provincianismo, cierto apego a las placenteras rutinas de su vida, lo hacían

reacio a emprender un viaje a Washington. Él no quería ir, pero ¿podrían obligarlo? El único imperativo se hallaba en la frase de que el gobierno le quedaría agradecido. Salvo en el caso de la oficina de impuestos, no tenía ningún conflicto especial con el gobierno, y le hubiera gustado —infantilmente, tal vez— merecer su gratitud. Esa noche hizo una maleta, consultó los horarios de vuelos y a las nueve de la mañana siguiente estaba en el nuevo edificio de la Secretaría de Estado.

Cooper tenía razón con respecto a la hora. A Artemis se le enfriaron los pies aguardando en la sala de espera hasta después de las diez. Lo llevaron dos pisos más arriba, no para ver al subsecretario, sino a un hombre llamado Serge Belinsky. Su despacho era pequeño y desnudo; su secretaria, una malhumorada mujer sureña que llevaba zapatillas. Belinsky pidió a Artemis que rellenara unos sencillos impresos burocráticos. ¿Cuándo había llegado a Moscú? ¿Cuándo se había marchado? ¿Dónde se había alojado?, etc. Una vez concluidos estos trámites, Belinsky mandó hacer un duplicado y llevó a Artemis un piso más arriba, a ver a un hombre llamado Moss. Esta vez, las cosas fueron muy distintas. La secretaria era bonita y coqueta, y calzaba zapatos. El mobiliario no era lujoso, pero sí un poco más que el de Belinsky. Había flores sobre el escritorio y un cuadro en la pared. Artemis repitió lo poco que recordaba, lo poco que había para recordar. Al contar lo de las disposiciones adoptadas para su entrevista con Kruschev, Moss se rio; Moss aplaudió. Era un hombre joven muy elegante, tan magníficamente vestido y acicalado que Artemis se sintió andrajoso, zafio y sucio. Estaba lo suficientemente limpio y era persona de buenos modales, pero llevaba la ropa muy ceñida en los hombros y en la entrepierna.

—Creo que al subsecretario le agrada recibirlo —dijo Moss, y subieron otro piso.

El escenario pasó a ser completamente distinto. El suelo estaba cubierto de alfombras y las paredes revestidas de paneles de madera, y la secretaria lucía unas botas abrochadas con hebilla que le llegaban más arriba de la falda, hasta Dios sabe dónde. En tan corta distancia, ¡qué lejos habían ido a partir de la hosca secretaria en zapatillas! ¡Cuánto añoraba Artemis su perforadora, su ropa de trabajo y su fiamblera! Les sirvieron café, y después, la secretaria —la que llevaba botas— despidió a Moss e hizo pasar a Artemis al despacho del subsecretario.

A excepción de un escritorio muy pequeño, no había nada formal en la estancia. Había alfombras de colores, sofás, cuadros y flores. El señor Hurlow era un hombre muy alto de aspecto cansado o quizá enfermo.

—Me alegro de que haya venido, señor Bucklin —le dijo—. Iré derecho al grano. Tengo que estar en Hill a las once. Usted conoce a Natasha Funarova.

—Salí con ella una vez. Cenamos juntos y nos sentamos en un parque.

—Usted se cartea con ella.

—Sí.

—Por supuesto, hemos controlado sus cartas. El gobierno ruso hace lo mismo. Nuestro servicio de inteligencia cree que contienen cierta clase de información.

Como hija de un mariscal, Natasha es fiel a su gobierno. El resto de su familia fue fusilada. Ella ha escrito que Dios podría vivir en un submarino, rodeado de divisiones de sirenas. Ese mismo día fue la fecha de nuestra última crisis submarina. Tengo entendido que es una mujer inteligente y no puedo creer que haya escrito algo tan insensato sin tener segundas intenciones. Antes le escribió que usted y ella eran una ola del mar Negro. La fecha corresponde exactamente a la de las maniobras en el mar Negro. Usted le envió una foto sacada en el embalse de Wakusha, señalando que era el centro del cauce nordeste. Lo cual, desde luego, no es información secreta, pero todo ayuda. Más tarde usted le escribió que la oscuridad le parece una casa dividida en setenta habitaciones, justo diez días antes de que activáramos la División Setenta. ¿Le importaría explicarme todo esto?

—No hay nada que explicar. La quiero.

—Es absurdo. Usted mismo ha dicho que únicamente la ha visto una vez. ¿Cómo ha podido enamorarse de una mujer a la que solo ha visto una vez? En este momento no puedo amenazarlo, señor Bucklin. Puedo hacerlo comparecer ante un comité, pero a menos que se muestre más dispuesto a colaborar, sería una pérdida de tiempo. Estamos completamente seguros de que usted y su amiga han inventado un código. No puedo prohibirle que le escriba, naturalmente, pero sí interceptar sus cartas. Lo que me gustaría es su cooperación patriótica. El señor Cooper, con quien creo que ya se ha entrevistado usted, lo llamará una vez por semana más o menos y le proporcionará la información o más bien la falsa información que deseamos que usted envíe a Rusia, cifrada, por supuesto, conforme a su código, a esas expresiones suyas de que la oscuridad es una casa.

—No puedo hacer eso, señor Hurlow. Sería deshonesto para con usted y para con Natasha.

El subsecretario rio y le dio un ligero y jovial empujoncito en el hombro.

—Bien, piénselo con calma y telefonee a Cooper cuando haya decidido algo. Naturalmente, el destino de la nación no depende de su decisión. Llego tarde.

No se levantó ni le tendió la mano. Sintiendo peor de lo que se había sentido en Moscú y entonando los blues de la irrealidad, Artemis cruzó por delante de la secretaria con botas, bajó en ascensor y dejó atrás a la que usaba zapatos y también a la que calzaba zapatillas. Llegó a casa a tiempo para la cena.

Nunca más tuvo noticias del ministerio. ¿Se habían equivocado? ¿Eran estúpidos u holgazanes? Nunca lo sabría. Escribió a Natasha cuatro cartas muy circunspectas, sin mencionar sus tanteos en el hockey y los bolos. No recibió contestación. Aguardó cartas de ella durante algo más de un mes. A menudo pensó en la mancha de pintura blanca de su buzón. Cuando el tiempo mejoró, pudo oír el cicatrizante rumor de la lluvia; al menos le quedaba eso. Agua, agua.

TRES CUENTOS

I

El tema de hoy será la metafísica de la obesidad, y yo soy la barriga de un hombre llamado Lawrence Farnsworth. Soy la cavidad corporal que se extiende entre su diafragma y su región pélvica, y poseo sus vísceras. Sé que no me creerán, pero si creen en un *cri de coeur*, ¿por qué no en un *cri de ventre*? Desempeño una función tan importante como cualquier otro órgano vital, y aunque no puedo actuar independientemente, él también se halla a merced de fuerzas tan dispares de su medio ambiente como el dinero y la luz de las estrellas. Ambos nacimos en el Medio Oeste y él fue educado en Chicago. Formaba parte del equipo de atletismo (salto con pértiga), y más tarde del equipo de buceo, dos deportes que hicieron mi existencia peligrosa y oscura. No me descubrí a mí misma hasta que él llegó a los cuarenta, y me identificaron su médico y su sastre. Se negó obstinadamente a concederme mis derechos, y durante casi un año continuó usando ropas que me sofocaban y me causaron muchos dolores y padecimientos. Mi única compensación consistía en poder desabrocharle a mi antojo la bragueta.

Muchas veces lo he oído decir que habiendo pasado la mitad de su vida atendiendo las demandas de un fogoso bauprés, parecía condenado a consumir el resto ocupándose de una panza tan independiente y caprichosa como sus genitales. Por supuesto, he estado en condiciones de observar su comercio carnal, pero creo que no voy a describir los miles o millones de actuaciones en las que he participado. A pesar de mi reputación de ser grosera, soy una auténtica visionaria, y me gustaría pasar por alto sus gimnasias y considerar las consecuencias, que, según he oído, son a menudo extáticas. Lawrence parece pensar que su vida erótica es un salvoconducto para lo verdaderamente hermoso que hay en el mundo. Provocar una tormenta —una lluvia cualquiera servirá— constituye su concepto de una relación total. Ha habido quejas. En una ocasión oí preguntar a una mujer: «¿No entenderás nunca que en la vida hay algo más que sexo y culto a la naturaleza?». Otra vez en que él expresó su admiración por la belleza de las estrellas, su *belle amie* rio burlonamente. Mi abierto conocimiento del mundo se limita a la relativa frecuencia de la desnudez: dormitorios, duchas, playas, piscinas, citas y baños de sol en las Antillas. Paso el resto de mi vida comprimida entre pantalones y camisas.

Después de haberse negado a reconocer mi existencia durante un año o más, finalmente se decidió a pasar de la talla cuarenta a la cuarenta y cuatro. Cuando ya había alcanzado ochenta y cinco centímetros y me estaba esforzando por llegar a los

noventa, su preocupación por mi presencia se volvió obsesiva. El choque entre lo que había sido y quería ser y aquello en lo que se había convertido era algo serio. Cuando la gente me clavaba un dedo y le hacía bromas sobre la barriguita, su risa forzada no lograba ocultar su rabia. Dejé de enjuiciar a sus amigos por el ingenio y la inteligencia, y empezó a juzgarlos por sus cinturones. ¿Por qué X tenía una barriga tan tersa y Z, cuya panza medía por lo menos cien centímetros, se mostraba satisfecho de aquel estado de cosas? Cuando sus amigos estaban de pie, Lawrence desviaba la atención de sus sonrisas y les miraba la tripa. Una noche fuimos al Yankee Stadium a ver un partido de béisbol. Lawrence había empezado a divertirse cuando reparó en que el *fielder* derecho tenía un barrigón de noventa centímetros. Los restantes *fielder* y los jugadores de la base podían pasar, pero el *pitcher*, un hombre de más edad, presentaba una evidente turgencia, y dos de los árbitros, cuando bajaban la guardia, eran repulsivos. Lo mismo ocurría con el *catcher*. Al darse cuenta de que no estaba presenciando un partido de béisbol, de que a causa de mi influencia no era capaz de disfrutarlo, nos marchamos. Esto ocurrió al final del cuarto día. Uno o dos días después comenzó lo que habría de ser un año o año y medio infernal.

Empezamos por una dieta que hacía hincapié en el agua y los huevos duros. Perdió cinco kilos en una semana, pero no en los sitios deseados, y aunque mi existencia corrió peligro, logré sobrevivir. La dieta provocó cierto trastorno metabólico que dañó sus dientes; renunció a ello por consejo médico y se inscribió en un club de salud. Tres veces a la semana me atormentaban una bicicleta eléctrica y una máquina de remos, y después un masajista me amasaba y golpeaba ruidosa y cruelmente con la palma de la mano. Más tarde, Lawrence compró una serie de fajas y calzoncillos elásticos con intención de disimularme o hacerme desaparecer, y aunque me causaban un dolor enorme, solo consiguieron poner a prueba mi naturaleza invulnerable. De noche, cuando se los quitaba, yo recobraba mi ancho y adorado lugar en el mundo. Poco después adquirió un artefacto garantizado para destruirme. Se trataba de un par de *shorts* de plástico de color dorado que podían inflarse con una bomba de mano. La acidez de las secreciones que me vi obligada a purificar me reveló lo dolorido y ridículo que se sentía él. Una vez inflados los pantalones, leyó las instrucciones en un manual y realizó ejercicios de gimnasia. Eso fue lo peor de todo lo que yo había padecido hasta ese momento y, al término de los ejercicios, mis diversas partes se quedaron tan anormalmente apretadas y enredadas que esa noche no conciliamos el sueño.

Por entonces llegué a reparar en dos hechos que garantizaban mi supervivencia. El primero fue que él detestaba el ejercicio solitario. Le gustaban bastante los juegos, pero no la gimnasia. Todas las mañanas iba al cuarto de baño y se agachaba diez veces hasta tocarse los dedos de los pies. Sus nalgas (esa es otra historia) arañaban el lavabo y su frente rozaba la taza del retrete. Gracias a las secreciones en tránsito por mi territorio supe que esta experiencia le era espiritualmente abrumadora. Más tarde fuimos de veraneo al campo, y él empezó a levantar pesas y a correr al trote. A fin de

conferir cierta dignidad al primer ejercicio, aprendió a contar en japonés y en ruso, pero la iniciativa no tuvo éxito. Ambos deportes le resultaban fastidiosos. El segundo elemento en mi favor era su convicción de que llevábamos una vida sencilla. «Realmente hago una vida muy sencilla», decía a menudo. De haber sido así, yo no hubiera tenido oportunidad de sobresalir, pero creo que no hay un solo restaurante de primera categoría en Europa, Asia, África o las islas Británicas adonde Lawrence no me haya llevado y me haya pedido que entre en acción. Muchas veces lo dice. Al sentarse ante un plato de grillos en Tokio, me dio una palmadita amistosa y dijo: «Adelante, compañera». Mientras él siga estimando que a esto se le llama vivir sencillamente, tengo asegurado mi lugar en el mundo. Si alguna vez le fallo, no se debe a maldad ni premeditación. Tras una cena pantagruélica, compuesta por catorce platos, en el sur de Rusia, pasamos una noche juntos en el cuarto de baño. Ocurrió en Tiflis, a las tres de la mañana, y al parecer puse su vida en peligro. Chillaba de dolor. Lloraba, y tal vez yo conozco la auténtica soledad de este hombre mejor que ninguna otra región de su cuerpo. «Vete —me gritaba—, vete». ¿Qué puede haber más lastimoso y absurdo que un hombre desnudo a una hora intempestiva en un país extranjero, echando las tripas fuera? Fuimos a la ventana a escuchar el viento entre los árboles. «Oh, debería haber prestado más atención a las cosas espirituales», exclamó. Si yo hubiera sido la barriga de un agente secreto o un príncipe reinante, mi papel en la lucha contra el tiempo habría sido el mismo. Yo represento al tiempo más sucintamente que ningún esperpento con guadaña. ¿Por qué un poder tan simple como el tiempo, señalado con toda exactitud por los relojes de la casa, habría de hacer gemir y sudar a Lawrence? ¿Creía que cierta falsa juventud era su principal, su único atractivo? Sé que yo le recordaba el dolor de las relaciones con su padre. Este se retiró a los cincuenta y cinco años y pasó el resto de su vida puliendo piedras, consagrado a la jardinería y tratando de aprender el francés coloquial por medio de discos. Había sido un hombre ágil y atlético pero, al igual que su hijo, se vio derrotado a mitad de camino por un abdomen independiente. Y también a semejanza de su hijo, parecía incapaz de envejecer y engordar con cierta gracia. Se diría que la barriga, el abdomen, le quebrantaba el ánimo. La panza lo obligaba a encorvarse, a caminar con torpeza, a suspirar y a usar pantalones más holgados. Aquella barriga parecía ser el precursor del ángel de la muerte, ¿y acaso Farnsworth, que se agachaba hasta tocarse los pies en el cuarto de baño todas las mañanas, no estaba batallando contra el mismo ángel?

Entonces vino el año en que viajamos. Ignoro lo que lo movió a ello, pero en doce meses dimos tres veces la vuelta al mundo. Tal vez pensó que el viaje recompondría su metabolismo y minimizaría mi importancia. No diré nada de la dureza de los cinturones de seguridad y de los caóticos horarios de comida. Conocimos los lugares habituales, así como Nairobi, Madagascar, Mauricio, Bali, Nueva Guinea, Nueva Caledonia y Nueva Zelanda. Estuvimos en Madang, Goroka, Li, Rabaul, Fidji, Reykjavik, Thingvellir, Akureyri, Narsarssuak, Kagsiarauk, Bujara, Irkutsk, Ulan

Bator y el desierto de Gobi. Después visitamos las islas Galápagos, la Patagonia, la selva del Mato Grosso y, por supuesto, las islas Seychelles y las Amirantes.

La cosa acabó o se resolvió una noche en el restaurante Passetto. Para empezar, engulló higos y jamón de Parma con dos panecillos untados en mantequilla. Siguió con espaguetis carbonara, un filete con patatas fritas, una ración de ancas de rana, una lubina entera asada en papel, varias pechugas de pollo, una ensalada sazonada con aceite, tres clases de quesos y un enorme *zabaglione*. A mitad de la comida tuvo que concederme un respiro, pero no estaba arrepentido, y presentí que la victoria se acercaba. Cuando pidió el *zabaglione* supe que había vencido o que habíamos llegado a una tregua sensata. Lawrence no intentaba eclipsarme, descartarme ni olvidarme, y sus secreciones no eran muy intensas. Al levantarnos de la mesa tuvo que otorgarme otros cinco centímetros de expansión, de suerte que al cruzar la *piazza* percibí el viento nocturno y oí el rumor de las fuentes, y desde entonces hemos llevado una vida feliz juntos.

II

En los días remotos de la jerga freudiana, podía haberse pensado que Marge Littleton era maternal, aun cuando no lo era más que el lector o que yo. Tal vez eso hubiera significado que su voz y sus maneras poseían una encantadora suavidad y que ella olía como un día de verano, o quizá un día de verano huele como una mujer así. Iba a la iglesia con asiduidad, y siempre pensé que su devoción era más profunda que la de mucha gente, si bien es imposible hacer conjeturas sobre algo tan íntimo. Asistía a las ceremonias litúrgicas y se conformaba con el libro de oraciones ordinario, evitando los sermones siempre que fuera posible. No había nacido en Norteamérica, desde luego —el último nativo auténtico, así como la última vaca, murieron hace veinte años—, y no recuerdo dónde habían nacido ella o su marido. Él era calvo. Tenían tres hijos, y llevaban una vida escrupulosamente ordinaria hasta cierta mañana de otoño.

Fue después del Día del Trabajo, un día algo ventoso. Por la ventana podía verse la caída de las hojas. La familia desayunó en la cocina. Marge había preparado una torta de maíz. «Buenos días, señora Littleton», le dijo su marido, besándola en la frente y dándole una palmadita en la espalda. La voz y el ademán del hombre parecían poseer el equilibrio perfecto del amor. No sé lo que dirían de esta escena los virulentos críticos de la familia. Al dominar sus pasiones hasta conferirles una imagen social aceptable, ¿estaba el matrimonio Littleton fraguando para sí mismo una especie de prisión o, por el contrario, se arriesgaban a ser un hombre y una mujer para quienes el placer que les procuraba su compañía era tierno, robusto e invencible?

Que yo sepa, formaban un matrimonio excepcional. Como nunca he contraído matrimonio, es posible que sea injustamente susceptible al elemento de bufonería que hay en ese santo sacramento, pero ¿no es cierto que cuando una pareja celebra el décimo o el decimoquinto aniversario de su enlace parecen distar mucho de estar contentos? De hecho, parecen víctimas de un engaño, mientras que Pedro Botero, el calavera, ostenta aparentemente los laureles. Pero en el caso de los Littleton daba la impresión de que eran capaces de vivir juntos con inteligencia y ardor, dando y recibiendo hasta que la muerte llegase a separarlos.

La mañana de aquel sábado, el marido se disponía a ir de compras. Después de desayunar, hizo una lista de lo que necesitaba adquirir en una ferretería. Unos cuatro kilos de pintura acrílica blanca, una brocha de diez centímetros, alcayatas, un biello y aceite para la cortadora de césped. Los niños lo acompañaron. No fueron al pueblo, porque, al igual que muchos otros, era un lugar muerto, sino a un supermercado de ambiente muy festivo y concurrido en la Nacional 64. Dio a los niños dinero para Coca-Cola. Al volver a casa, el tráfico hacia el sur era denso. Como ya he dicho, fue después del Día del Trabajo, y numerosos coches transportaban roulettes, tiendas de campaña, veleros, motores y remolques. La larga procesión de vehículos más parecía la trágica evacuación de alguna gran ciudad o estado que el espectáculo de una muchedumbre que regresa de las vacaciones. Cuando intentaron adelantar a una casa rodante excepcionalmente voluminosa, un camión que transportaba coches chocó con el vehículo de los Littleton y acabó con la vida de todos. No asistí al entierro, pero me lo contó uno de nuestros vecinos: «Permaneció de pie al borde de la tumba. No lloró. Estaba muy hermosa y serena. Tuvo que ver cómo bajaban a la sepultura, uno tras otro, los cuatro féretros. Cuatro».

No abandonó la localidad. La gente la invitaba a cenar, por supuesto, pero en una comunidad tan doméstica, las personas solas sufren un inevitable aislamiento. Aproximadamente un mes después del accidente, la comisión federal de autopistas anunció que iba a ensanchar de cuatro a ocho carriles la Nacional 64. Organizamos un comité en defensa de la comunidad y recaudamos diez mil dólares para las costas legales. Marga Littleton se mostró muy activa. Celebramos reuniones casi todas las semanas. Coincidí con ella en casas parroquiales, juzgados, institutos de segunda enseñanza y domicilios particulares. Al principio, las reuniones eran muy emotivas. En una ocasión, la señora Pinkham se echó a llorar. «He trabajado durante dieciséis años en mi habitación rosa y ahora quieren echármela abajo», sollozó. Hubo que sacarla del lugar de reunión; una mujer verdaderamente acongojada. Alquilamos un autobús y fuimos a la capital del estado. Un domingo lluvioso desfílamos por la Nacional 64 con una escolta de motoristas. No creo que fuéramos más de treinta personas, y nos dispersamos. Portábamos pancartas de madera. Recuerdo a Marge. Hay gente que parece poseer un don congénito para la protesta y un talento especial para enarbolar pancartas, pero no era el caso de Marge. Llevaba un gran letrero que decía: NO AL DESVÍO PARA LA GASOLINERA. Parecía muy trastornada. Cuando la

comitiva se dispersó, me despedí de ella en un montículo que dominaba la autopista. Recuerdo la ecuánime mirada con que contempló la procesión del tráfico, me figuro que de un modo parecido a como las viudas de Nantucket contemplan el mar.

Gastados sin fruto los diez mil dólares, nuestras reuniones se hicieron cada vez menos frecuentes y muy poco concurridas. La última vez asistieron solo tres personas, contando al orador. La autopista fue ensanchada, demolieron seis casas y dejaron dos más en un estado inhabitable, aun cuando sus propietarios no percibieron indemnización. Las explosiones de dinamita destruyeron varios pozos. Tras la disolución de nuestro comité, vi muy poco a Marge. Alguien me dijo que se había ido al extranjero. Al volver la acompañaba un encantador joven romano que se llamaba Pietro Montani. Se habían casado.

Marge demostró con Pietro su capacidad para la dicha matrimonial, aunque el muchacho era muy distinto de su primer marido. Era bien parecido, ingenioso y rico, representaba a una empresa fabricante de suelas, pero hablaba el peor inglés que yo haya oído en mi vida. Se podía hablar, beber y reír con él, pero, aparte de eso, era imposible toda comunicación con Pietro. Cosa que, por otra parte, carecía de importancia. Ella parecía muy feliz y resultaba agradable visitarla en casa. Solo llevaban dos meses casados cuando Pietro, al volante de un automóvil descapotable, fue decapitado por una grúa en la Nacional 64.

Lo enterró con los demás miembros de su familia, pero no se mudó de casa, sino que siguió residiendo junto a la carretera de Twin-Rock, desde donde se oía el estruendo del tráfico industrial. Creo que consiguió un trabajo. La veíamos en el tren que iba a la ciudad. Tres semanas después de la muerte de Pietro, un camión de veinticuatro ruedas y ochenta toneladas que viajaba hacia el norte por la Nacional 64 se metió en la calzada contraria por razones que nunca pudieron averiguarse, aplastó dos automóviles y mató a sus cuatro pasajeros. A continuación chocó contra el muro de granito, volcó sobre un costado y estalló en llamas. La policía y los bomberos llegaron al momento, pero la carga del camión era combustible y el incendio no pudo extinguirse hasta las tres de la mañana. Todo el tráfico de la 64 fue desviado. El grupo auxiliar femenino del parque de bomberos distribuyó café.

Dos semanas más tarde, a las ocho de la noche, otro camión de veinticuatro ruedas que transportaba un cargamento de cemento perdió el control en el mismo lugar, atravesó la calzada que iba hacia el sur y derribó cuatro árboles crecidos antes de estrellarse contra el muro. El impacto de la colisión fue tan violento que arrancó del muro sesenta centímetros de granito. No se produjo un incendio, pero los dos conductores quedaron destrozados de tal modo que hubo que identificarlos por sus dentaduras.

El 3 de noviembre, a las ocho y media de la tarde, el teniente Dominic DeSisto informó de que un hombre con ropa de trabajo había irrumpido en la oficina principal. Parecía histérico, drogado o borracho, y declaró que le habían disparado. Según el teniente DeSisto, sus explicaciones eran tan incoherentes que tardó algún

tiempo en poder contar lo que había sucedido. Se dirigía hacia el norte por la 64 y, aproximadamente a la misma altura donde otros camiones habían perdido el control, una bala de rifle había perforado la ventanilla izquierda del vehículo, respetado al conductor y roto el cristal de la ventanilla derecha. La víctima del atentado era Joe Langston, de Baldwin, Carolina del Sur. El teniente examinó el camión y verificó que las dos ventanillas estaban rotas. Él y Langston se desplazaron en un coche patrulla al lugar donde habían disparado el proyectil. En el lado derecho de la carretera había una pequeña colina de granito recubierta de tierra. Cuando fue ensanchada la autopista, la colina fue dividida en dos por una explosión y el montículo de la derecha correspondía al muro que había matado a los demás conductores. DeSisto inspeccionó la colina. La hierba del montículo presentaba huellas de pisadas y en el suelo había dos colillas de cigarrillos. Langston, conmocionado, fue trasladado al hospital. La colina fue sometida a vigilancia durante todo el mes siguiente, pero las fuerzas policiales contaban con poco personal, y era una tarea aburrida permanecer sentado en la colina desde el atardecer hasta medianoche. En cuanto se suprimió la vigilancia, un cuarto camión de gran tamaño perdió el control. Esta vez giró hacia la derecha, tumbó una docena de árboles y se precipitó en un angosto aunque escarpado valle. Cuando la policía llegó hasta él, el conductor estaba muerto. Le habían pegado un tiro.

En diciembre, Marge se casó con un viudo acaudalado y se trasladó a Salem Norte, donde hay una autopista de solo dos carriles y el ruido del tráfico es tan tenue como el murmullo de una caracola.

III

Se instaló en un asiento junto al pasillo —en el número 32— del vuelo 707 rumbo a Roma. El avión no estaba completamente lleno y había un sitio vacío entre él y el pasajero que ocupaba el asiento de la ventanilla. Le agradó comprobar que la ocupante era una mujer guapa, aunque no joven, pero él tampoco lo era. Ella despedía olor a perfume, lucía joyas y un vestido oscuro, y parecía pertenecer a aquella parte del mundo en donde él se encontraba más a gusto. «Buenas noches», le dijo al tomar asiento. Ella no le respondió; emitió una especie de zumbido poco hospitalario y se llevó un libro de bolsillo a la altura de la cara. Él intentó ver el título, pero ella lo tapaba con las manos. En anteriores vuelos, ya había topado con mujeres tímidas; no con frecuencia, pero sí alguna vez. Supuso que estarían comprensiblemente hartas de seductores, borrachos y pesados. Él abrió un ejemplar del *Manchester Guardian*. Había notado que los periódicos conservadores a veces inspiraban confianza a las

tímidas. Si uno lee los editoriales, las páginas deportivas o la sección de economía, las desconocidas tímidas se prestan a veces a entablar una conversación. El avión despegó, la señal de prohibido fumar se apagó, y él sacó una pitillera y un encendedor de oro. Aunque no deslumbrantes, al menos eran de oro. «¿Le importa que fume?», preguntó. «¿Por qué habría de importarme?», preguntó ella a su vez, sin mirarlo. «Hay gente a quien le importa», respondió él encendiendo un cigarrillo. Era casi tan bella como hostil, pero ¿por qué tenía que ser tan fría? Iban a estar juntos durante nueve horas, y lo menos que podía esperarse es que entablaran una pequeña charla. ¿Acaso él le recordaba a alguien desagradable, a una persona que le había hecho daño? Se había bañado y afeitado, iba correctamente vestido y tenía la costumbre de hacer amigos. Quizá se tratase de una mujer infeliz que detestaba el mundo, pero cuando la azafata llegó con las bebidas, la mujer dedicó a la joven una sonrisa franca y deslumbradora. A él le alegró tanto el hecho que también sonrió, pero al advertir que el desconocido estaba entrometiéndose en una forma de comunicación dirigida a otra persona, ella lo miró, ceñuda, y reanudó la lectura de su libro. La azafata sirvió al hombre un martini y un jerez a su vecina. Él conjeturó que el hecho de que hubiera pedido una bebida fuerte podría acrecentar la incomodidad de la mujer, pero tenía que correr ese riesgo. Ella seguía leyendo. Si por lo menos lograra descubrir el título del libro, pensó, habría dado un gran paso. Harold Robbins, Dostoievski, Philip Roth, Emily Dickinson, cualquier nombre serviría de ayuda.

—¿Puedo preguntarle qué está leyendo? —preguntó cortésmente.

—No —respondió ella.

Cuando la azafata les llevó la cena, él le pasó la bandeja por encima del asiento vacío. Ella no le dio las gracias. Él empezó a comer, a sustentarse, a gozar de un hábito tan sencillo. La cena era inusitadamente mala, y así lo dijo.

—En estas circunstancias no se puede ser muy exigente —repuso ella. A él le pareció detectar cierto calor en su voz—. Un poco de sal mejoraría las cosas, pero han olvidado traérmela. ¿Podría usar la suya?

—Oh, claro —respondió él. Las cosas iban ya mucho mejor. Abrió el salero y, al pasárselo, cayó sobre la alfombra un poco de sal.

—Me temo que la mala suerte será para usted —comentó la mujer. No lo dijo alegremente.

Vertió sal sobre la chuleta y engulló todo lo que contenía la bandeja. Luego continuó leyendo el libro de título oculto. Él sabía que, tarde o temprano, ella tendría que ir al lavabo, y entonces podría leer el título del libro, pero cuando la mujer se dirigió a la cola del avión, se llevó consigo el ejemplar.

Bajaron la pantalla para la película. A menos que el filme fuese extraordinariamente interesante, él nunca alquilaba un equipo de sonido. Había descubierto que la tarea de leer los labios y adivinar los diálogos confería un nuevo atractivo a las imágenes y, de todas formas, la parte hablada solía ser ofensivamente trivial. Su vecina decidió aceptar el equipo de sonido y parecía divertirse mucho. Su

risa musical resultaba encantadora, y establecía con los actores de la pantalla una comunicación similar a la que había entablado con la azafata y negado al hombre que se sentaba a su lado. El sol se alzó cuando se aproximaban a los Alpes, si bien la película no había acabado. Aquí y allá, a través de las fisuras de las sombras que se disipaban, se podía apreciar el resplandor de una mañana alpina, y mientras ellos surcaban los aires por encima del Mont Blanc y el Matterhorn, los personajes de la pantalla seguían inexorablemente su guión. Hubo un desfile, una persecución, una reconciliación y un desenlace. Con el misterioso libro en las manos, su compañera se retiró de nuevo a la parte trasera del avión y volvió luciendo una especie de cofia, con la cara profusamente cubierta por un ungüento blanco. Dispuso la almohada y la manta y se preparó para dormir. «Felices sueños», dijo él, audazmente. Ella suspiró.

Él jamás dormía en los aviones. Fue al bar y tomó un whisky. La azafata era bonita y parlanchina, y le habló de su procedencia, sus horarios, su novio y sus problemas con los pasajeros que tenían miedo a volar. Más allá de los Alpes empezaron a perder altura, vio por la ventanilla el Mediterráneo y tomó otro whisky. Vio Elba, Giglio y los yates en el embarcadero de Porto Ercole, donde divisó las casas veraniegas de sus amigos. Recordó su llegada a Nantucket, muchos años atrás. Solían amontonarse en la barandilla de babor y gritar: «Oh, ahí están los Perry, los Salton y los Greenough». En parte era sincero y en parte pose. Cuando volvió a su asiento, su vecina se había quitado la cofia y el ungüento. A la luz de la mañana, su belleza era notable. No pudo determinar qué era lo que encontraba tan irresistible — la nostalgia, tal vez—, pero sus rasgos, su palidez, la forma de sus ojos, todo correspondía a su noción de la belleza. «Buenos días —dijo—, ¿ha dormido bien?». Ella lo miró frunciendo el ceño, como si aquella cortesía le pareciese una impertinencia. «¿Alguna vez se puede dormir bien?», respondió con un volumen de voz ascendente. Guardó su misterioso libro en un bolso de cremallera y recogió sus cosas. Al aterrizar en Fiumicino, él se hizo a un lado para dejarle paso y la siguió por el pasillo. Se colocó detrás de ella al pasar por los controles de pasaporte, de emigración y sanitarios, y se reunió con la mujer en el lugar donde se recogía el equipaje.

Pero vaya, qué curioso. ¿Por qué es él quien le indica al maletero cuál es la maleta de ella, y por qué, una vez que ambos tienen el equipaje, la sigue a la parada de taxis, donde él regatea con un chófer un trayecto a Roma? ¿Por qué ella entra con él en el vehículo? ¿Acaso el hombre es el tenorio inaccesible al desaliento que ella tanto temía? No, no. Es su marido; ella es su mujer, la madre de sus hijos, una mujer a la que él ha idolatrado durante cerca de treinta años.

LAS JOYAS DE LOS CABOT

Los funerales por el hombre asesinado se celebraron en la Iglesia Unitaria del pueblecito de St. Botolphs. La arquitectura de la iglesia era de estilo Bullfinch, con columnas y una de aquellas agujas etéreas que seguramente predominaban en los paisajes de hace un siglo. La ceremonia constituyó una selección fortuita de citas bíblicas terminadas en verso. «Descansa en paz, Amos Cabot, han cesado tus sufrimientos mortales...». La iglesia estaba llena. Cabot había sido un destacado miembro de la comunidad. En una ocasión había sido candidato a gobernador del estado. En el curso de su campaña, que duró alrededor de un mes, su foto apareció en cobertizos, paredes, edificios y postes telefónicos. No creo que la sensación de pasar por delante de un espejo móvil —veía su imagen en cada esquina— le incomodara tanto como a mí. (Una vez, por ejemplo, yo me hallaba a bordo de un ascensor en París y reparé en una mujer que llevaba un libro mío. Había una foto en la sobrecubierta y un retrato mío sobresalía por encima de su brazo. Yo quería la fotografía, supongo que para destruirla. Me parecía que el hecho de alejarse de mi lado con mi rostro debajo del brazo suponía una amenaza para mi dignidad. La mujer salió del ascensor en el cuarto piso y la separación de aquellas dos imágenes me desconcertó. Quise seguirla, pero me pregunté cómo podría explicar mis sentimientos en francés o en cualquier otro idioma). Amos Cabot no era así ni mucho menos. Contemplarse le resultaba divertido, y al perder las elecciones y desvanecerse su retrato (excepto en unos cuantos cobertizos en medio del campo, donde tardaron alrededor de un mes en despegarse), no pareció inmutarse.

Hay, por supuesto, los malos Lowell, los malos Hallowell, y hay también malos entre los Eliot, los Cheever, los Codman y los English; pero hoy vamos a ocuparnos de los malos Cabot. Amos procedía de la costa meridional y quizá nunca había oído hablar de la rama familiar oriunda de la costa norte. Su padre había sido subastador, lo que en aquellos tiempos quería decir animador, charlatán y, en ocasiones, ladrón. Propietario de bienes raíces, de la ferretería y de las empresas de servicios públicos, Amos era también uno de los directores del banco. Tenía un despacho en Cartwright Block, delante del jardín. Su mujer era de Connecticut, que para nosotros, en aquella época, representaba un remoto páramo desierto en cuyos límites orientales se asentaba la ciudad de Nueva York. Poblaban la gran metrópoli forasteros acosados, nerviosos y avaros que carecían del valor necesario para bañarse con agua fría a las seis de la mañana y vivir con compostura existencias de insoportable aburrimiento. Cuando yo la conocí, la señora Cabot tenía probablemente cuarenta y pocos años. Era una mujer de baja estatura, y su rostro poseía ese vivo color rojo de los alcohólicos, aunque militaba decididamente en pro de la abstinencia. Sus cabellos eran blancos

como la nieve. Tenía un pecho y una espalda prominentes y una memorable curva en la columna vertebral, que tanto podía deberse a un corsé cruel como a un principio de lordosis. Nadie sabía exactamente la razón de que Cabot se hubiera casado con aquella excéntrica de la remota Connecticut —después de todo, era asunto suyo—, pero era propietaria de casi todas las viviendas de la ribera este del río, habitadas por los trabajadores de la fábrica de cubertería de plata. Estos inmuebles eran bienes rentables, pero hubiera sido una presunción injustificable creer que él se había casado con ella por dinero. Ella misma cobraba los alquileres. Presumo que hacía también las faenas domésticas, y vestía con sencillez, aunque llevaba en la mano derecha siete anillos con diamantes muy grandes. Evidentemente había leído en algún sitio que los diamantes son una inversión sólida, y las resplandecientes piedras resultaban tan atractivas como una cuenta bancaria. Tenía diamantes redondos, cuadrados, rectangulares y algunos tallados en forma de aguja. El jueves por la mañana los lavaba en una solución de joyería y los ponía a secar en el patio de tender la ropa. Nunca dio explicaciones al respecto, pero la excentricidad era tan habitual en el pueblo que su conducta no se consideraba anómala.

La señora Cabot hablaba una o dos veces al año en la Botolphs Academy, donde muchos de nosotros cursábamos estudios. Disertaba sobre tres temas: «Mi Viaje a Alaska» (con diapositivas), «Los perjuicios del tabaco» y «Lo nocivo del alcohol». La bebida era para ella un vicio tan impensable que no lo atacaba con excesiva vehemencia, pero la sola idea del tabaco la encendía. ¿Era posible imaginar a Cristo en la cruz fumando un cigarrillo?, nos preguntaba. ¿Cabía concebir que la Virgen María fumase? Una gota de nicotina administrada a un cerdo por expertos técnicos de laboratorio había causado la muerte del animal. Convertía el hecho de fumar en un hábito irresistible, y si muero de cáncer de pulmón se lo reprocharé a la señora Cabot. Daba sus conferencias en lo que denominábamos Great Study Hall. Era una amplia sala del segundo piso, con cabida para todos nosotros. La academia databa de la década de 1850 y tenía las altas, bellas y espaciosas ventanas de aquel período de la arquitectura norteamericana. En primavera y en otoño, el edificio parecía elegantemente suspendido sobre sus cimientos, pero en invierno se filtraba por los ventanales un aire glacial. En el Great Study Hall nos permitían conservar puesto el abrigo, el sombrero y los guantes. Agravaba esta situación el hecho de que mi tía abuela Anna había comprado en Atenas una amplia colección de moldes de yeso, de manera que tiritábamos y aprendíamos de memoria los verbos volitivos en compañía de al menos una docena de dioses y diosas en desnudez absoluta. Así pues, la conferenciante echaba pestes contra los venenos del tabaco no solo ante nosotros, sino asimismo ante Venus y Hermes. Era una mujer de prejuicios violentos y lamentables, y supongo que hubiera incluido tranquilamente en sus diatribas a los negros y a los judíos, pero en el pueblo solo había una familia de negros y otra de judíos, y ambas eran ejemplares. La posibilidad de que en el pueblo brotase la intolerancia no se me pasó por la cabeza hasta mucho más tarde, cuando mi madre

llegó a nuestra casa de Westchester el Día de Acción de Gracias.

De esto hace algunos años: las autopistas de Nueva Inglaterra no estaban aún terminadas, y el viaje de Nueva York a Westchester requería cuatro horas. Salí por la mañana, muy temprano, y primero fui en automóvil a Haverhill, donde pasé por la escuela de la señorita Peacock para recoger a mi sobrina. Luego me dirigí a St. Botolphs y encontré a mi madre en la entrada, sentada en la silla de un acólito. La silla tenía un respaldo ojival, y lo coronaba una flor de lis grabada en madera. ¿De qué iglesia húmeda de lluvia habían robado aquel mueble? Mamá llevaba un abrigo y el bolso yacía a sus pies. «Estoy lista», dijo. Seguramente estaba preparada desde hacía una semana. Parecía terriblemente sola. «¿Te apetece beber algo?», preguntó. Yo la conocía lo bastante para no morder el anzuelo. Si le hubiera respondido que sí, habría ido a la despensa y habría vuelto diciendo, con una sonrisa apenada: «Tu hermano se ha bebido todo el whisky». De modo que iniciamos el regreso hacia Westchester. El día era frío y nublado, y descubrí que me cansaba conducir, aunque la fatiga no tuvo nada que ver con lo que ocurrió después. Dejé a mi sobrina en casa de mi hermano, en Connecticut, y seguí el trayecto hacia mi casa. Ya había oscurecido cuando el viaje concluyó. Mi mujer había hecho los preparativos usuales ante la llegada de mi madre. La chimenea estaba encendida y había un jarrón de rosas sobre el piano, té y sándwiches con emparedados de pasta de anchoas.

—Qué bonito es tener flores —dijo mamá—. Las adoro. No puedo vivir sin ellas. Si sufriera algún revés económico y tuviera que elegir entre ellas y la comida, creo que me quedaría con las flores...

No pretendo dar la impresión de que era una anciana elegante, pues había lagunas en su comportamiento. Mencionaré, muy a pesar mío, algo que me refirió su hermana tras la muerte de mamá. Parece ser que hubo un tiempo en que aspiró a un empleo en la policía de Boston. Por entonces tenía montones de dinero, e ignoro por completo las razones de dicha iniciativa. Supongo que querría ser una mujer policía. No sé en qué departamento pretendía ingresar, pero siempre la he imaginado vistiendo un uniforme azul oscuro, con un manajo de llaves colgando de la cintura y una porra en la mano derecha. Mi abuela la disuadió de la idea, pero proyectaba, entre otras, la imagen de la mujer policía cuando tomaba el té junto a nuestra chimenea. Esa noche se propuso adoptar lo que ella consideraba una actitud aristocrática. A este respecto, solía decir: «Debe de haber por lo menos una gota de sangre plebeya en la familia. Si no, no se explica tu afición por la ropa rasgada y andrajosa. Siempre has tenido un montón de ropa y siempre has elegido harapos».

Preparé un combinado y expresé lo mucho que me había alegrado ver a mi sobrina.

—La señorita Peacock ha cambiado —dijo mamá con tristeza.

—No lo sabía —dije—. ¿En qué sentido?

—Ha aflojado las tuercas.

—No comprendo.

—Permite la entrada a los judíos —declaró. Escupió la última palabra como si le quemara.

—¿No podemos cambiar de tema? —pregunté.

—No veo por qué —repuso ella—. Tú has empezado.

—Mi mujer es judía, mamá.

Mi esposa estaba en la cocina.

—No es posible —dijo mi madre—. Su padre era italiano.

—Su padre —la corregí— es un judío polaco.

—Bien, yo vengo de una antigua familia de Massachusetts y no me avergüenzo de ello, aunque no me gusta que me llamen yanqui.

—Eso es distinto.

—Tu padre decía que el único judío bueno es el judío muerto, pero a mí el juez Brandeis me parecía encantador.

—Creo que va a llover —comenté. Era una de nuestras maneras clásicas de poner término a una conversación, y la usábamos para expresar furia, hambre, amor y miedo a la muerte. Entró mi mujer y mamá reanudó la rutina.

—Hace casi el frío necesario para que nieve —dijo—. Cuando tú eras pequeño, solías rezar para que nevase o helase. Dependía de que quisieras patinar o esquiar. Eras muy especial. Te arrodillabas junto a la cama y pedías a Dios en voz alta que gobernase los elementos. Nunca rezabas para obtener otros bienes. Nunca oí que le pidieras una bendición para tus padres. En verano nunca rezabas.

Los Cabot tenían dos hijas: Geneva y Molly. Geneva era la mayor y estaba considerada como la más guapa. Molly fue mi novia durante aproximadamente un año. Era una jovencita encantadora, con una mirada soñolienta que rápidamente disipaba una radiante sonrisa. Tenía un pelo castaño claro que reflejaba la luz. Cuando estaba cansada o excitada, su labio superior se perlaba de sudor. De noche, yo iba andando hasta su casa y me sentaba con ella en el salón bajo la más estricta vigilancia. La señora Cabot, por supuesto, sentía un pánico manifiesto por todo lo relativo al sexo. Nos vigilaba desde el comedor. Arriba se oía un golpeteo sordo, muy alto y regular. Era la máquina de remo de Amos Cabot. A veces nos dejaban pasear juntos, siempre que no nos alejáramos de las calles principales, y cuando tuve edad suficiente para conducir, la llevaba en coche a los bailes del club. Yo era enormemente —patológicamente— celoso, y si me parecía que ella se estaba divirtiendo con algún otro, me quedaba parado en una esquina, acariciando ideas de suicidio. Recuerdo que una noche la llevé de vuelta a la casa de Shore Road.

A finales de siglo, alguien decidió que St. Botolphs podía tener un buen futuro como centro turístico, y en un extremo de Shore Road edificaron cinco palacetes. Los Cabot vivían en uno de ellos. Tenían torres redondas, con tejados cónicos, y se alzaban un piso o dos por encima de las restantes viviendas. Sorprendentemente, las

torres carecían del menor cariz militar, y por eso sospecho que pretendían ofrecer un aspecto romántico. ¿Qué había en ellas? Estudios, me figuro, habitaciones de criadas, muebles rotos y baúles que debían de ser el escondite predilecto de los abejorros. Aparqué mi coche delante de la casa de los Cabot y apagué las luces. La mansión se alzaba, oscura, sobre nuestras cabezas.

Fue hace mucho tiempo, tanto que el follaje de los olmos formaba parte de la noche veraniega. (Fue hace tanto tiempo que cuando uno quería girar a la izquierda bajaba la ventanilla e indicaba con la mano la dirección del giro. Estaba prohibido hacer, con la mano, ninguna otra señal. «No señales con la mano», te decían. No puedo imaginar por qué, a menos que fuese porque el gesto se considerara erótico). Los bailes —las reuniones— eran formales, y yo vestía un esmoquin cedido por mi padre a mi hermano y por mi hermano a mí como si fuese un escudo de armas o una antorcha suntuaria. Estreché a Molly entre mis brazos. Ella me correspondió. No soy alto (en ocasiones, tengo inclinación a encoger los hombros), pero la ternura y la convicción de que me aman produce en mí efectos militares. Alcanzo toda mi estatura (uno ochenta y pico), y me embarga un clamoroso tumulto emocional. A veces me zumban los oídos. Puede ocurrir en cualquier lugar del mundo, en una casa de ginseng de Seúl, por ejemplo, pero sucedió aquella noche delante de la casa de los Cabot, en Shore Road. Molly dijo luego que tenía que irse. Su madre estaría espiando por la ventana. Me pidió que no la acompañara a casa; no debían verme. La acompañé por el sendero y la escalera hasta el porche, y cuando ella trató de abrir la puerta, la encontró cerrada con llave. Me pidió de nuevo que me fuese, pero no podía dejarla allí, ¿verdad? Entonces se encendió una luz y abrió la puerta un enano. Era un ser completamente deforme: hidrocefálico, de rasgos hinchados, piernas gruesas y cruelmente encorvado. Me hizo pensar en el circo. La encantadora jovencita empezó a llorar. Entró en la casa, cerró la puerta y yo me quedé solo en la noche estival en compañía de los olmos y el sabor del viento del este. Después de este incidente, ella me evitó durante una semana, y Maggie, nuestra vieja cocinera, me puso al corriente de los hechos.

Pero antes mencionaré otros detalles. Era verano, y en verano casi todos íbamos a un campamento en el cabo, a cargo del director de la academia de Botolphs. Los meses transcurrían de una forma tan irreflexiva y deprimente que no los recuerdo en absoluto. Yo dormía al lado de un chico de apellido DeVarennes, a quien conozco de toda la vida. Estábamos juntos casi todo el tiempo. Jugábamos a las canicas, dormíamos juntos, formábamos parte del mismo equipo, y una vez hicimos un viaje en canoa que duró diez días y en el curso del cual casi nos ahogamos. Mi hermano decía que incluso empezábamos a pareceros. Fue la relación más gratificante y franca que he entablado en mi vida. (Todavía me telefona una o dos veces al año desde San Francisco, donde vive una existencia infeliz con su mujer y tres hijas solteras. Siempre me da la impresión de estar borracho: «Éramos felices, ¿verdad?», me pregunta). Un día, otro chico, un desconocido llamado Wallace, me preguntó si

quería atravesar el lago nadando. Podría alegar que yo no sabía nada del tal Wallace, y en verdad sabía muy poco, pero no ignoraba, o bien presentía, que era un solitario. Era algo tan manifiesto como —o más patente que— cualquier otra de sus características. Actuaba como se esperaba que actuase. Jugaba a la pelota, hacía la cama, recibía clases de navegación y obtuvo su certificado de socorrista, pero todo ello más parecía una cuidadosa impostura que una forma de participación. Era desventurado y solitario, y tarde o temprano, lloviese o brillase el sol, se lo contaría a alguien y, al realizar el acto de confesión, solicitaría una imposible declaración de lealtad por nuestra parte. Todos sabíamos esto, pero fingíamos ignorarlo. El entrenador de natación nos dio permiso y cruzamos el lago a nado. Utilizamos un torpe estilo lateral que todavía me parece más práctico que nadar levantando los brazos, como actualmente obligan a hacer en aquellas piscinas donde paso la mayor parte de mi tiempo. Nadar de costado es propio de la clase baja. Una vez vi nadar así en una piscina, y cuando me interesé por la identidad del nadador, me respondieron que era el mayordomo. Cuando un barco naufrague o un avión caiga al mar, intentaré alcanzar el bote salvavidas nadando según los cánones y me ahogaré con impecable estilo; con el braceo de la clase baja, en cambio, tendría la supervivencia asegurada.

Atravesamos el lago, descansamos tumbados al sol —sin confidencias—, y volvimos otra vez a nado. Al llegar a nuestra cabaña, DeVarenes me llevó aparte.

—No quiero verte otra vez con ese Wallace.

Le pregunté por qué. Me lo dijo:

—Wallace es hijo bastardo de Amos Cabot. Su madre es una prostituta. Viven en una de las casas del otro lado del río.

Al día siguiente, el tiempo fue caluroso y resplandeciente, y Wallace me preguntó si quería volver a efectuar la travesía del lago. Le respondí que claro, claro que sí, y la hicimos. Al regresar al campamento, DeVarenes no me dirigió la palabra. Esa noche se alzó un viento del nordeste y llovió durante tres días. DeVarenes me perdonó y no recuerdo haber vuelto a cruzar el lago con Wallace. En cuanto al enano, Maggie me dijo que era el fruto de un matrimonio anterior de la señora Cabot. Trabajaba en la fábrica de cubertería de plata, pero iba temprano al trabajo y no volvía hasta después del atardecer. Procuraban mantener en secreto su existencia. Era un caso insólito, aunque en la época de la que estoy hablando no carecía de precedentes. Los Trumbull ocultaban en el desván a la hermana loca de la señora Trumbull, y el tío Peepee Marshmallow, un exhibicionista, a menudo permanecía meses escondido.

Era una tarde de invierno, una tarde de principios de invierno. La señora Cabot lavó sus diamantes y los colgó para que se secaran. Luego subió al piso de arriba a echar una siesta. Afirmaba que no había conseguido echar una siesta en toda su vida, y cuanto más profundo era su sueño, más insistente su empeño en que no había dormido. No constituía tanto una excentricidad cuanto el hábito del avestruz que prevalecía en aquella parte del mundo a la hora de exponer los hechos. Se despertó a

las cuatro y bajó a recoger sus piedras preciosas. Pero habían desaparecido. Llamó a Geneva, pero no recibió respuesta. Cogió un rastrillo y lo pasó por los rastros que había debajo del tendedero. No encontró nada. Llamó a la policía.

Como he dicho, era una tarde de invierno, y los inviernos eran muy fríos. Para calentarnos, y a veces para sobrevivir, encendíamos fuegos y también grandes estufas de carbón que de vez en cuando escapaban a nuestro control. Una noche de invierno suponía una amenaza, y ello explica en parte el temor que experimentábamos al contemplar, a finales de noviembre y diciembre, la luminaria que se apagaba en el oeste. (Los diarios de mi padre, por ejemplo, contenían numerosas descripciones de crepúsculos invernales, y no porque él fuese un hombre crepuscular, sino porque la llegada de la noche significaba peligro y sufrimiento). Geneva había preparado una maleta, recogido los diamantes y subido al último tren que abandonaba la ciudad: el de las 4.37. Tuvo que ser muy emocionante. Inevitablemente, alguien tenía que acabar robando las joyas. Eran un cebo evidéntísimo, y Geneva llevó a cabo lo que se había propuesto. Esa noche llegó en tren a Nueva York y tres días después embarcó en el transatlántico *Serapis*, rumbo a Alejandría. De allí se trasladó a Luxor en barco, y en esta última ciudad, al cabo de dos meses, abrazó la fe musulmana y se casó con un noble egipcio.

Leí la noticia del robo en el periódico vespertino del día siguiente. Yo repartía los periódicos. Había empezado mi cometido a pie, luego conseguí una bicicleta, y a los dieciséis años me cedieron un viejo camión Ford. ¡Era chófer de camión! Rondaba por la sala de linotipia hasta que se imprimían todos los ejemplares, y luego recorría en mi vehículo los cuatro pueblos de las inmediaciones, arrojando fardos a la puerta de las confiterías y las papelerías. Durante los campeonatos mundiales de béisbol, tiraban una segunda edición con recuadros que informaban de los resultados, y después de haber atardecido, viajaba de nuevo a Travertine y demás lugares a lo largo de la orilla. Las carreteras eran oscuras, había poco tráfico, y no estaba prohibido quemar hojarasca, de suerte que la atmósfera era tánica, melancólica y estimulante. Es posible atribuir una importancia misteriosa y desmesurada a un simple viaje, y este segundo trayecto me hacía muy feliz. Yo temía el final de los campeonatos mundiales del mismo modo que se teme el epílogo de cualquier placer, y de haber sido más joven hubiera rezado. *ROBADAS LAS JOYAS DE CABOT*, decían los titulares, y el periódico no volvió a mencionar jamás el incidente. Tampoco se habló de él para nada en nuestra casa, lo cual no era raro. No se comentó en absoluto el hecho de que el señor Abbott se ahorcara colgándose de un peral en la puerta de al lado.

Aquel domingo por la tarde, Molly y yo dimos un paseo por la playa de Travertine. Yo tenía problemas, pero los de Molly eran mucho más serios. No le preocupaba que Geneva hubiera robado los diamantes. Lo único que quería saber era el paradero de su hermana, y no lo habría de descubrir hasta seis semanas más tarde. Sin embargo, la noche anterior había sucedido algo en su casa. Había habido una escena entre sus padres, y Amos Cabot se había marchado. Molly me lo contó

mientras caminábamos descalzos. Lloraba. Me hubiera gustado olvidar el relato en cuanto terminó su narración.

Hay niños que parecen ahogados, hermosas mujeres que mueren destrozadas en accidentes de coche, cruceros que naufragan y hombres que fallecen de una lenta muerte en submarinos y minas, pero nada de esto hallará el lector en mi narrativa. En el último capítulo, el barco llega intacto a puerto, los niños se salvan, y los mineros son rescatados. ¿Es una flaqueza cursi o la convicción de que hay verdades morales discernibles? El señor X defecó en el cajón superior de la cómoda de su esposa. Esto es un hecho, pero yo digo que no es una verdad. Al describir St. Botolphs, preferiría pintar la ribera oeste del río, donde las casas eran blancas y tañían las campanas de la iglesia, pero al otro lado del puente había una fábrica de cubiertos de plata, las viviendas de las que era propietaria la señora Cabot y el hotel Comercial. Cuando baja la marea, es posible percibir el olor a gasolina del mar en las ensenadas del Travertine. Los titulares del periódico de la tarde hablaban de un asesinato en la carretera nacional. Las mujeres de las calles eran feas. Incluso las maniquís de los escaparates parecían cargadas de hombros, deprimidas y ataviadas con ropas que no les sentaban bien. Hasta la novia, en su exultación, daba la impresión de haber recibido malas noticias. Los políticos eran neofascistas, la fábrica no tenía sindicato, los alimentos no eran comestibles, y el viento nocturno resultaba amargo. Se trataba de un mundo provinciano y tradicional con muy pocas de las ventajas propias de los lugares pequeños y tradicionalistas, y si hablo de la beatitud de todos aquellos pueblecitos, me refiero siempre a la ribera oeste. En la ribera este se hallaba el hotel Comercial, la morada de Doris, un homosexual que trabajaba de día como supervisor en la fábrica y en el bar por la noche, explotando la extraordinaria lasitud moral de la localidad. Todo el mundo conocía a Doris, y muchos de sus clientes habían utilizado sus servicios en un momento u otro. No había en ello escándalo ni deleite. Doris cobraba todo lo posible a un viajante de comercio, pero lo hacía gratis con los clientes asiduos. Era menos una cuestión de tolerancia que de desventurada indiferencia, de falta de visión, de energía moral, de la espléndida ambición del amor romántico. En noches de pelea, Doris demuele el bar a golpes. Si lo invitas a tomar una copa, te apoya la mano en el brazo, en el hombro, en la cintura, y si avanzas medio centímetro en dirección a él, te echará mano a la golosina. El ajustador de la fábrica, el marginado, el relojero, le pagan una copa. (Una vez, un desconocido gritó al camarero: «Dile a este hijo de puta que saque la lengua de mi oreja», pero era un forastero). Este no es un universo de transeúntes, no hay erráticos viajeros, más de la mitad de estos hombres nunca vivirán en otro lugar, y no obstante parecen la quintaesencia del nomadismo espiritual. El teléfono suena y el camarero le hace señas a Doris. Hay un cliente en la habitación 8. ¿Por qué habría de llegar yo más temprano a la ribera oeste, donde mis padres están jugando al bridge con el matrimonio Pinkham a la luz dorada de una gran araña de gas?

Culpo de ello al asado, al asado, al asado dominical que nos vende el carnicero,

quien luce un canotier de paja con una pluma de faisán en la cinta del sombrero. Me figuro que el asado entró en nuestra casa el jueves o el viernes, envuelto en un papel ensangrentado y transportado en la parrilla de una bicicleta. Sería una exageración grosera decir que la carne poseía la fuerza explosiva de una mina terrestre capaz de arrancarte los ojos y los genitales, pero su poder era desmesurado. Nos sentábamos a comer después de ir a la iglesia. (Mi hermano vivía en Omaha, así que solo éramos tres). Mi padre afilaba el cuchillo de trinchar y hacía un corte en la carne. Era muy diestro con el hacha y la sierra de corte transversal, y podía derribar en poco tiempo un árbol grande, pero el asado del domingo era otro cantar. Una vez que había hecho el primer corte, mi madre suspiraba. Era una ejecución extraordinaria, tan sonora y tan rotunda que parecía como si su vida peligrase. Como si la misma alma fuese a soltarse de sus bisagras y se le escapase por la boca abierta.

—Leander, ¿no aprenderás nunca que hay que trinchar el cordero en el sentido contrario a la fibra? —decía ella.

Una vez iniciada la batalla del asado, las réplicas eran tan veloces, predecibles y tediosas que no tendría sentido transcribirlas. Al cabo de cinco o seis comentarios hirientes, mi padre agitaba el cuchillo en el aire y gritaba:

—¿Serías tan amable de no meterte en lo que no te importa? ¿Serías tan amable de cerrar el pico?

Ella suspiraba una vez más y se llevaba una mano al corazón. Seguramente era su último suspiro. Luego, mirando el aire que se cernía sobre la mesa, decía:

—Qué brisa más refrescante.

Rara vez había brisa, por supuesto. Podía no correr aire o la atmósfera ser de pleno invierno, lluviosa o cualquier otra cosa. Su comentario era el mismo en todas las estaciones. ¿Venía a ser una encomiástica metáfora sobre la esperanza, la serenidad del amor (que yo creo que nunca había experimentado), o se trataba de nostalgia por una noche de verano, afectuosa y comprensiva, en que nos sentamos dichosos sobre el césped, a la orilla del río? ¿No era mejor ni peor que la clase de sonrisa que dedica a la estrella vespertina un hombre enteramente desesperado? ¿Constituía una profecía de que la generación siguiente sería tan hábil para las evasivas que encontrarían vedados para siempre los esplendores de una apasionada confrontación?

El telón se abre ahora en Roma. Es primavera, cuando las cautas golondrinas acuden en bandada a la ciudad para eludir las escopetas de Ostia. El rumor de los pájaros se vuelve más débil a medida que la luz del día va perdiendo su brillo. Entonces se oye al otro lado del patio la voz de una mujer norteamericana. Está vociferando.

—Eres una maldita basura que no vale para nada. No sabes ganarte un céntimo, no tienes ni un solo amigo, y en la cama eres un asco...

No hay respuesta, y uno se pregunta si está apostrofando a la oscuridad. Luego un hombre tose. Es lo único que se oirá de él.

—Oh, ya sé que he vivido contigo ocho años, pero si alguna vez has pensado que esto me gustaba es porque eres tan majadero que no reconocerías lo auténticamente bueno si lo tuvieras. Cuando me corro, los cuadros se caen de las paredes. Contigo siempre es un acto...

Las campanas altas y bajas que suenan en Roma a esa hora del día habían empezado a repicar. Sonreí al oír aquel sonido a pesar de que carecía de importancia para mi vida y mi fe, de que no poseía una auténtica armonía, nada semejante a las revelaciones hechas por la voz al otro lado del patio. ¿Por qué habría de preferir la descripción de las campanas de la iglesia y de las bandadas de golondrinas? ¿Se trata de algo pueril, de una especie de naturaleza proclive a las postales de felicitación, una antojadiza y afeminada negativa a mirar de frente los hechos? La mujer prosigue con su cantinela, pero ya no la escucho. La emprende con el pelo, la mente y el espíritu de su compañero, mientras observo que ha empezado a caer una débil lluvia cuyo efecto es intensificar el ruido del tráfico en el Corso. Ahora se ha puesto histérica, habla con voz entrecortada, y pienso que quizá, en el apogeo de sus maldiciones, se echará a llorar y pedirá perdón al hombre. No lo hará, por supuesto. Lo perseguirá con un cuchillo de trinchar y él acabará en la sala de urgencias del policlínico, alegando que se ha herido a sí mismo, pero cuando salgo a cenar, sonriendo a mendigos, fuentes, niños y a las primeras estrellas de la tarde, me digo a mí mismo que todo saldrá estupendamente. Qué brisa más refrescante.

Mis recuerdos de los Cabot son solo una nota a pie de página con respecto a mi obra principal, y empiezo a trabajar temprano estas mañanas de invierno. Todavía está oscuro. Aquí y allí, en las esquinas, a la espera de los autobuses, hay mujeres vestidas de blanco. Calzan zapatos blancos y llevan medias y uniformes blancos que asoman por debajo de sus abrigos blancos. ¿Son enfermeras, empleadas de un salón de belleza, ayudantes de dentista? No lo sabré nunca. Normalmente llevan una bolsa de papel de estraza que contiene, supongo, jamón de centeno o un termo de leche entera. Hay poco tráfico a esta hora. Un camión de la lavandería entrega uniformes en el Fried Chicken Shack, y en Asburn Place hay un camión de reparto de leche; el último de esta generación. Hasta dentro de media hora, los autobuses amarillos de los colegios no comenzarán su recorrido.

Trabajo en un bloque de apartamentos llamado Prestwick. Tiene siete pisos y creo que data de finales de los años veinte. Posee la persuasión del estilo Tudor. Los ladrillos son irregulares, hay un pretil en el techo, y el letrero que anuncia las vacantes es literalmente una tablilla que cuelga de cadenas de hierro y chirría románticamente cuando la mece el viento. A la derecha de la puerta hay una lista de tal vez veinticinco nombres de médicos, pero no son corteses curanderos con estetoscopios y martillos de goma; son psicoanalistas, y este es el paraíso de las sillas de plástico y los ceniceros llenos. No sé por qué han escogido este lugar, pero sobrepasan en número a los demás inquilinos. De vez en cuando se ve a una mujer con un carrito de la compra y un niño esperando el ascensor, pero lo más normal es

encontrar los rostros desolados de hombres y mujeres con problemas. A veces sonríen; a veces hablan solos. Parece que los negocios no son boyantes en estos tiempos, y el médico del despacho contiguo al mío está muchas veces en la entrada, mirando por la ventana. ¿Qué piensa realmente un psicoanalista? ¿Se pregunta qué habrá sido de aquellos pacientes que desistieron, que rechazaron la terapia de grupo, que desatendieron sus advertencias y sus consejos? Conocerá no pocos secretos. Yo intenté asesinar a mi marido. Yo traté de matar a mi mujer. Hace tres años tomé una sobredosis de pastillas para dormir. El año anterior me corté las venas. Mi madre quería que yo fuese chica. Mi madre quería que yo hubiese sido chico. Mi madre quería que fuese homosexual. ¿Adónde habrían ido, qué estarían haciendo? ¿Seguían casados, se peleaban en la mesa, decoraban el árbol de Navidad? ¿Se habían divorciado, vuelto a casar, saltado los puentes, ingerido Seconal, pactado algún tipo de tregua, devenido homosexuales o mudado a una granja de Vermont donde proyectaban cultivar fresas y llevar una vida sencilla? El médico a veces se queda una hora junto a la ventana.

Mi verdadera labor de estos días es escribir una edición del *New York Times* que alegre los corazones de los hombres. ¿Hay mejor ocupación? El *Times* es un eslabón oxidado, aunque crítico, de la cadena que me une con la realidad, pero a lo largo de estos últimos años sus noticias han sido monótonas. Los profetas del desastre final han enmudecido. Lo único que puede hacer uno es ir reuniendo piezas sueltas. El artículo principal es el siguiente: EL TRASPLANTE DE CORAZÓN DEL PRESIDENTE HA SIDO CONSIDERADO SATISFACTORIO. En la parte inferior izquierda figura este recuadro: IMPUGNADO EL COSTE DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO A J. EDGAR HOOVER. «El subcomité de monumentos conmemorativos amenaza con reducir a la mitad los siete millones de dólares destinados a perpetuar la memoria del difunto J. Edgar Hoover con un templo a la Justicia...». Columna tres: LEGISLACIÓN POLÉMICA RECHAZADA POR EL SENADO. «El reciente proyecto de ley, que convierte en delito sustentar pensamientos malévolos respecto de la Administración, fue rechazado esta tarde por cuarenta y tres votos a favor y siete en contra». Y así sigue y sigue. Hay editoriales alentadores y robustos, emocionantes noticias deportivas y, por supuesto, el tiempo es siempre soleado y cálido, a menos que necesitemos lluvia. Entonces tenemos lluvia. El grado de contaminación del aire es nulo, e incluso en Tokio la gente lleva cada vez menos mascarillas quirúrgicas. Durante las vacaciones de fin de semana se cerraron todas las autopistas, carreteras y pasos. ¡Alégrese el mundo!

Pero volvamos a los Cabot. La escena que me hubiera gustado olvidar o pasar por alto tuvo lugar la noche siguiente al día en que Geneva robó los diamantes. Guarda relación con el sistema de cañerías. Muy pocas casas del pueblo tienen una instalación adecuada. Por lo general, solía haber un retrete en el sótano para la cocinera y para el hombre que venía a partir leña, y un solo cuarto de baño en el

segundo piso para el resto de la familia. Algunos eran muy espaciosos, y los Endicott tenían chimenea en el suyo. En un momento dado, la señora Cabot decidió que el cuarto de baño era su refugio privado. Llamó a un cerrajero e instaló una cerradura en la puerta. El señor Cabot estaba autorizado a darse un baño con esponja todas las mañanas, pero después se cerraba el cuarto y su mujer guardaba la llave en un bolsillo. Amos Cabot se vio obligado a usar un orinal, pero desde que volvió de la costa sur me imagino que esto no representaría sacrificio alguno para él. Incluso puede que sintiese nostalgia. Estaba utilizando el orinal aquella noche, a una hora tardía, cuando la señora Cabot se acercó a la puerta de su habitación (dormían en habitaciones separadas).

—¿Vas a cerrar esa puerta? —gritó—. ¿Vas a cerrar de una vez esa puerta? ¿Voy a tener que oír ese ruido horrible durante el resto de mi vida?

Ambos estaban en pijama, y ella había recogido en trenzas sus cabellos níveos. Cogió el orinal del suelo y arrojó su contenido a la cara del marido. Él derribó de una patada la puerta cerrada del cuarto de baño, se lavó, se vistió, hizo la maleta y cruzó el puente rumbo a la casa de la señora Wallace, en la ribera este.

Se quedó allí tres días y después volvió. Le preocupaba Molly, y en un pueblo tan pequeño había que cuidar las apariencias: por la señora Wallace y también por él mismo. Dividió su tiempo entre las riberas este y oeste hasta aproximadamente una semana después, en que cayó enfermo. Se sentía decaído. Se quedaba en la cama hasta el mediodía. Se vestía e iba a su despacho, pero regresaba al cabo de una hora. El médico lo examinó y no encontró nada anómalo.

Una noche, la señora Wallace vio a la señora Cabot saliendo de la farmacia de la ribera este. Contempló cómo su rival cruzaba el puente y luego entró en el comercio y preguntó al dependiente si la señora Cabot era una cliente asidua.

—Eso mismo me he preguntado yo —respondió el hombre—. Claro que suele venir a cobrar los alquileres, pero siempre he pensado que iba a otras farmacias. Ha venido a comprar veneno para hormigas; concretamente, arsénico. Dice que en su casa de Shore Road hay cantidad de horribles hormigas, y que el arsénico es la única manera de librarse de ellas. A juzgar por la cantidad de veneno que ha comprado, las hormigas deben de ser monstruosas.

La señora Wallace podría haber advertido a Amos Cabot, pero nunca volvió a verlo.

Después del entierro, la señora Wallace fue a ver al juez Simmons y le dijo que quería acusar de asesinato a la señora Cabot. El dependiente de la farmacia tendría apuntadas las compras de arsénico y el hecho bastaría para incriminarla.

—Es posible que lo tenga anotado —dijo el juez—, pero no va a entregarle esas notas a usted. Lo que usted está solicitando es la exhumación del cuerpo y un largo juicio en Bernstable, y no tiene ni el dinero ni la reputación necesarios para permitírselo. Fue amigo suyo, lo sé, durante dieciséis años. Era un hombre excelente, pero ¿por qué no se consuela pensando en todos esos años de relación con él? Y otra

cosa. Le ha dejado a usted y a Wallace una herencia sustanciosa. Si la señora Cabot se viera obligada a impugnar el testamento, usted podría perderlo todo.

Fui a Luxor a ver a Geneva. Volé a Londres en un 747. Solo había tres pasajeros; pero, como digo, los profetas del desastre final han enmudecido. Remonté desde El Cairo el curso del Nilo en un bimotor de hélices que volaba bajo. Como la erosión producida por el viento es muy semejante a la que produce el agua, aquella región del Sahara parece arrasada por inundaciones, ríos, corrientes, arroyos y arroyuelos, efecto del ímpetu de los elementos que buscan salida natural. Las estribaciones son acuosas y arbóreas, y los falsos lechos fluviales adoptan allí la forma de un árbol que se esfuerza por alcanzar la luz. Hacía un frío glacial en El Cairo cuando despegamos poco antes del amanecer. En Luxor, en cuyo aeropuerto me aguardaba Geneva, hacía calor.

Me alegró muchísimo verla, tanto que no capté muchos detalles, pero advertí que había engordado. No quiero decir que estuviese rellenita; me refiero a que pesaba unos ciento cuarenta kilos. Era una mujer gordísima. Antaño de un burdo color rubio, sus cabellos se habían vuelto dorados, pero su acento de Massachusetts era tan fuerte como siempre. En el Alto Nilo me sonaba a música. Su marido, ya ascendido a coronel, era un hombre esbelto y de edad mediana, pariente del último rey. Era propietario de un restaurante en las afueras de la ciudad, y vivían en un agradable apartamento encima del comedor. Hombre de buen humor, el coronel era inteligente —un calavera, supuse—, y bebía mucho. Cuando visitamos el templo de Karnak, nuestro dragomán llevó hielo, ginebra y tónica. Pasé una semana con ellos, sobre todo en templos y tumbas. De noche íbamos a su bar. Había amenazas de guerra —el cielo estaba siempre lleno de aviones rusos—, y el único turista era un inglés que leía su propio pasaporte sentado en el bar. El último día nadé en el Nilo (de costado), y me llevaron en coche al aeropuerto, donde besé a Geneva y dije adiós a los Cabot.



JOHN CHEEVER, (Quincy, Massachusetts, 1912 - Ossining, Nueva York, 1982), cuentista y novelista, es el narrador que mejor ha sabido plasmar las obsesiones y los miedos de la clase media estadounidense que habita a las afueras de los grandes centros urbanos. Desde su juventud logró ganarse la vida escribiendo relatos para revistas tan prestigiosas como *The New Republic* o, sobre todo, *The New Yorker*. Autor de grandes novelas como *Crónica de los Wapshot* (1957), que recibió el National Book Award, *El escándalo de los Wapshot* (1964) o *Falconer* (1977), su consagración definitiva le llegó en 1978 con *The Stories of John Cheever*, que reunía sus mejores relatos, muchos de los cuales solo habían visto la luz en diversas publicaciones periódicas. Fue por ello galardonado con el Premio Pulitzer de 1979 y el National Book Award de 1981.

NOTAS

[1] Gideons International es una organización evangélica cristiana que se dedica a distribuir ejemplares de la Biblia en determinados lugares, pero, sobre todo, en hoteles. (N. del T.) <<

[2] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[3] Con este nombre se conoce al sastre que quedó ciego (o muerto, según otras versiones) al contemplar a hurtadillas la estampa de lady Godiva, noble de Coventry que se paseó a caballo desnuda en protesta por los altos impuestos con que su esposo abrumaba a la ciudad. En la literatura anglosajona, el término «Peeping Tom» ha pasado a designar al «voyeur» o mirón. (*N. del T.*) <<

[4] Ciudad de Hartford Country (Connecticut), donde se halla el Missporter' School, escuela privada para señoritas. (*N. del T.*) <<

[5] «Grano de pimienta», «tormenta fuerte», «fruta con hueso», «sangre», «barro» (fonéticamente) y «perejil» respectivamente. (*N. del T.*) <<

[6] Juego parecido al béisbol que se juega con pelota blanda. (*N. del T.*) <<

[7] Evidentemente, la camarera quiere decir «paga». En el original, *pie* (tarta) por *pay* (paga). (N. del T.) <<

[8] Juego de palabras. *Michigan*, estado de la Unión, y «*missigan*», neologismo construido a partir del verbo *to miss*, uno de cuyos sentidos es «*echar de menos*», «*añorar*». (N. del T.) <<

[9] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[10] Ciudad inglesa muy próxima a Manchester. (*N. del T.*) <<

[11] Peaches, «melocotones». (*N. del T.*) <<

[12] Dios Griego, *Greek God*, de ahí el diminutivo extraído de las iniciales de aquel apodo: G. G. (*N. del T.*) <<

[13] En inglés, *brimmer* significa copa llena hasta el borde. (N. del T.) <<

[14] Carrie Nation (1846-1911) emprendió una enérgica cruzada contra el alcoholismo, el juego, el tabaco y la inmoralidad, llegando incluso en su fervor a destruir tabernas a hachazos. (*N. del T.*) <<

[15] Juego de palabras: *Best* significa «mejor», pero es también un apellido relativamente corriente. Así, el título de la serie podría entenderse como *La mejor familia*. (N. del T.) <<

[16] A todas las personas excluidas de la tutela espiritual de la Iglesia se las enterraba en otros tiempos en las encrucijadas de los caminos. (*N. del T.*) <<

[17] Este texto pertenece al número 23 de los Salmos y se transcribe la traducción de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. (N. del T.) <<

[18] Expresión sin equivalente en castellano, para designar a una mujer que apenas ve a su marido porque este se pasa la mayor parte del tiempo en el campo de golf.
(*N. del T.*) <<

[19] Baile de origen brasileño muy popular en los años que precedieron a la primera guerra mundial. (*N. del T.*) <<

[20] Según el libro de Daniel, palabras que aparecieron misteriosamente escritas durante una cena en el palacio del rey Balthazar. Indican la inminencia de un desastre. (*N. del T.*) <<

[21] Allan Pinkerton (1819-1884), célebre detective que creó una próspera agencia de investigaciones. Hacia el final de su vida colaboró con el gobierno norteamericano en la represión de las huelgas organizadas por los sindicatos obreros. (N. del T.) <<